
Sara Maher
La Tienda de los cuentos de hadas
Trilogía: Crónicas de Silbriar Vol.1
Lxl EDITORIAL
UpBook


Sara Maher
La Tienda
de los
cuentos de hadas
Trilogía: Crónicas
de Silbriar Vol.1
Lxl
EDITORIAL
UpBook

La tienda de los cuentos de hadas

La Tienda de los cuentos de hadas

Trilogía: Crónicas de Silbriar Vol.1

Obra seleccionada por Ciif Market, Canary Island Film 2019

Sara Maher

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

www.editoriallxl.com
04240, Almería (España)
Segunda edición: marzo 2019
Composición: Editorial LxL
ISBN: 978-84-17516-71-0

A Sam, quien llena de magia cada día de mi vida.

Índice

Agradecimientos

En primer lugar, quisiera dar las gracias a todos los **artesanos** de la tienda: al departamento de diseño y maquetación, al de corrección, a dirección, producción, edición, publicidad y al departamento de prensa y logística de la Editorial LxL, quienes con su dedicación han hecho posible que esta tiendita abra sus puertas y sus páginas entren en muchos hogares. Especialmente a Noelia, un **Gulliver** intrépido que se sumergió con fascinación en otros mundos y descubrió Silbriar, un lugar que la adoptó como hija predilecta por su pasión y entrega.

Gracias a Luca, mi compañero de batallas, juntos sorteamos a los **jinetes**, tú con el libro y yo con la espada. A mi pequeño **mago** Samuel, su mera existencia es el mayor regalo que pueda tener. A los reyes de mi universo: mis padres, Tomás y Siona, quienes, con fe, siempre apoyaron mi aventura.

Gracias al **principito**, mi hermano Nico, su alma bondadosa no conoce fronteras. A la **Bella Durmiente**, mi hermana Anabel, quien un día despertó para recorrer con valentía un sendero tortuoso.

Gracias por su amistad incondicional a **Caperucita**, Elsa, que aun esquivando sigilosa a muchos lobos, siempre mantuvo la luz en el candil; a la **Sirenita**, Carolina, que con esfuerzo nadó muy lejos en busca de un sueño sin olvidar sus raíces, y a **Cenicienta**, María, que con osadía arrojó los zapatos y recorrió descalza el bosque perdido.

A los pequeños Eric, Ariadne, Hugo y Daniela, porque en ellos perviven los cuentos y serán sus grandes **guardianes** en el futuro. A Argeo y Pasión que, como los humildes **gnomos**, me ofrecieron cobijo en su **refugio** siempre que lo deseé. Y a Ruyman, que entró en escena como el leal leñador protegiendo siempre a los suyos.

A mis **maestras**, Cira y Esther, por enseñarme la importancia de la luz mágica en las tinieblas.

No puedo olvidarme de la comunidad de **enanos** aguerridos: Giancarlo, Edi, Arianna, Enrico, Valentina, Justyna y Valery, quienes me protegieron y mimaron cuando aterricé en un país lejano y desconocido para mí.

En mi corazón porto a la **Escuela de Magia**, la Escuela de Actores de Canarias, y a aquellos aprendices de magos que fielmente me acompañaron en esos años de incierta pero maravillosa travesía. Entré con una capa rota y salí con una varita repleta de hechizos.

También agradezco a la comunidad de **elfos** su confianza, porque diariamente me hacen el trabajo más fácil e intentan con su semblante sosegado instaurar la armonía en la selva del aeropuerto. Junto a ellos, mis amigas las **hadas** me susurran palabras de aliento y llenas de buenos consejos.

Y, por último, gracias a todas las **manzanas envenenadas** con las

que he tropezado en el camino, porque a pesar de la caída inicial, me insuflaron el coraje para proseguir y no desistir. Gracias a ellas me he convertido en la persona que soy hoy.

Y colorín colorado…

Parte 1

Capa, zapatos y ballesta

1

Cuentos

La pequeña Érika se apartó el largo flequillo dorado de sus ojos para contemplar el reluciente manto rojo que colgaba de la percha de aquella extraña tienda. Había insistido en entrar, sabía que su padre no se negaría. Era su séptimo cumpleaños. Sus hermanas habían mostrado su desagrado, pero no habían protestado, pocas veces podían disfrutar de la compañía de su padre. Por primera vez en mucho tiempo, él estaba presente. Y aunque observó con reticencia la diminuta tienda de la esquina no se había atrevido a desilusionar a su hija. Quería compensarla por todo el año de ausencias. Desde que su madre había muerto dos años atrás en un accidente de tráfico, su padre se había refugiado en el trabajo. Érika tocó suavemente la tela roja y sonrió orgullosa, había encontrado su regalo de cumpleaños. Sus ojos grandes y verdes brillaban de felicidad. La niña no quería apartar su mirada de su preciado regalo.

—¡Papá, quiero la capa roja!

Su padre le había susurrado que podría llevarse cualquier objeto de la tienda. Había sido una elección difícil. Esa tienda era un pequeño tesoro en la ciudad. Tenía cajitas de música fascinantes que llamaban a las hadas con solo hacerlas sonar, un cuerno de unicornio que acudía en tu ayuda si soplabas con fuerza y un simpático enanito de cera que te curaba si caías enfermo. O, por lo menos, eso le había contado el peculiar dueño de la tienda. Ella no estaba tan segura. El extraño bigote que cubría buena parte del rostro del anciano le hacía desconfiar. Tenía la sensación de que se acortaba y se alargaba a su antojo. ¡Y eso no podía ser una buena señal!

—¡Excelente elección! —El anciano de la altura de un bastón se acercó a ella con una sonrisa pícara—. Esta capa, pequeña damisela, perteneció a la mismísima Caperucita Roja…

—¡Por favor, eso son estupideces!

Por primera vez desde que había llegado a aquel mágico lugar, Érika prestó atención a sus hermanas. Lidia la observaba con aires de soberbia. No le extrañaba en absoluto, en los últimos meses su

carácter se había agriado. La niña dulce y tierna se había convertido en una quinceañera rebelde y protestona. Sus ojos pequeños se asemejaban a los de un curiel; traviesos y, al mismo tiempo, incisivos. Había recogido su largo y voluminoso cabello en una trenza indomable. Solo su fleco, peinado cuidadosamente a un lado, parecía estar en su lugar. En cambio, Valeria permanecía serena y callada. Jugueteaba tranquilamente con su ondulado cabello trigueño mientras mantenía la mirada perdida en el infinito. Era la mayor de las hermanas.

—¡Caperucita Roja no existió! ¡Es solo un cuento para que las niñas pequeñas como tú no se fíen de extraños! —intervino de nuevo Lidia.

El anciano dueño se volvió lentamente hacia ella sin perder aquella sonrisa enigmática. La chica dio un paso atrás. Debía de estar alucinando. Los ojos del viejo tornaban de color. A pesar de las gafas redondas que usaba, había apreciado el cambio. Pasaban de un azul cielo a un enigmático color violeta. ¡Eso no podía ser posible!

—En realidad, los cuentos escritos surgieron de las leyendas, y estas de un pasado muy lejano donde la magia no era perseguida ni cuestionada. Esta capa posee un poder inmenso, y ayudó a Caperucita a escapar de las garras de los temibles lopiards, mitad humanos y mitad animales. —Descolgó con aire solemne la capa del perchero y ayudó a Érika a probársela—. Este manto rojo dotó a Caperucita del don de la invisibilidad. Así consiguió ocultarse de sus enemigos e introducirse en el castillo…

—¿No tenía que llegar a la casa de la abuelita? —Lidia se encaró al dueño—. Y, además, la capa te queda grande, Érika.

—Eso es porque Caperucita no era una niña, sino una jovencita muy bella y valiente —el anciano rebatía con una amabilidad innata todas las objeciones de Lidia—. Y, ahora, ¡el toque final! Ponte la caperuza con cuidado y experimentarás una sensación increíble. ¡Érika, vas a volverte invisible!

La niña no pudo reprimir su entusiasmo. El anciano hablaba con tanta convicción que no podía dudar de su palabra. Además, estaba ese bigote saltarín que parecía que quería huir del rostro del viejecito y salir por la puerta. Su padre también la animaba. Con sus delicadas y pequeñas manos, comenzó el ritual de colocar la caperuza sobre su cabeza. Cerró los ojos para dar misterio al momento y contó hasta tres. Después abrió uno para comprobar que todo seguía en su sitio y, a continuación, el otro. Consternada, frunció el ceño. No había sentido nada especial.

—Yo puedo veros a todos —dijo tímidamente.

—Claro que tú puedes vernos, pero nosotros a ti no —la aduló el anciano.

—¡Pues yo puedo verte, enana!

—¡Lidia, basta ya! —intervino su padre—. Date otra vuelta por la tienda y deja a tu hermana tranquila. ¡Por Dios, es su cumpleaños!

La quinceañera rechistó en voz baja y se dirigió a las estanterías del fondo. Tenía ganas de volver a casa, tumbarse en el sillón y ver cualquier película que estuvieran dando por la tele. Cualquier cosa menos estar en ese ridículo lugar.

—No tienes por qué preocuparte, pequeña princesa, la capa es muy caprichosa —le oyó decir al viejo mientras se alejaba—. Funciona cuando se le antoja o tal vez cuando crea que estás preparada para usarla.

De reojo, Lidia atisbó la cara de satisfacción de Érika. Desde luego, ese viejo embustero sabía cómo embaucar a los clientes. Vio a su padre arrodillarse junto a su hermana y besarla en una mejilla. Quizá había sido cruel con Érika, después de todo, era su cumpleaños. Desvió su mirada hacia su otra hermana. Valeria seguía ensimismada enroscando un mechón de su cabello ondulado entre sus dedos.

Su paciencia la exasperaba. Aun así, no pudo evitar pensar que su hermana mayor era el vivo retrato de su madre. Había heredado, no solo el peculiar color miel de sus ojos o esa tez blanca que le otorgaba aquel aire de inocencia, sino también ese estúpido gesto de entretenerse con el pelo. Incluso Érika podía presumir de tener el mismo cabello esponjoso que su madre. En cambio, ella lo tenía tan rebelde como encrespado. Sus ojos pequeños y chocolate eran como los de su padre. Ella no poseía ningún recuerdo de su madre. Con cierta distracción, posó su mirada en los extravagantes objetos del estante que tenía enfrente. Estaban colocados sin ningún orden: un libro viejo y polvoriento, una baraja desparramada sobre un trozo de madera, un búho disecado, una lámpara sin bombilla, una seta, la figura de un gnomo travieso, unos zapatos transparentes… Lidia se detuvo en seco. ¡Unos zapatos transparentes! ¿Cómo podía ser posible? ¡Podía ver a través de ellos! Todo aquello era absurdo. Pero eran tan bonitos. ¡Preciosos! Esa era la palabra.

—Vaya, vaya, vaya… —Oyó la risita burlona del anciano detrás de ella—. Veo que su hija tiene un gusto sublime.

—Igual que su madre, era capaz de encontrar la belleza de una hoja seca y convertirla en arte. Lidia es una gran dibujante.

Lidia se preguntó si su padre hablaba en serio o simplemente buscaba halagarla. La realidad era que no podía apartar su mirada de aquellos zapatos de cristal.

—Pertenecieron a Cenicienta. —La muchacha por fin se atrevió a mirar al anciano—. Veo que he captado tu atención. Sí, señorita, estos delicados zapatos calzaron una vez los suaves pies de Cenicienta. La convirtieron en una dama digna de un príncipe. ¿Quieres probártelos?

—No, son muy grandes para mí.

—¿Segura? A simple vista parecen enormes, pero en esta tienda todo es posible.

—Valeria, ¿tú qué opinas?

Su hermana se alegró de poder intervenir en la conversación. Había tenido un mal día en el instituto, una pesadilla. Roberto León, el profesor de historia, había insinuado que iba a suspender más de una asignatura en el primer trimestre. Se había esforzado mucho, pero era evidente que no bastaba. Cuidaba de sus hermanas y, aunque habían contratado a Rosa para las tareas domésticas, ayudaba en todo lo posible en casa. Pero ese nuevo instituto le exigía mucho más que el antiguo. No podía permitirse repetir. Afortunadamente, Lidia la había apartado de sus pensamientos.

—He pensado que podía llevarlos a la fiesta de Ruth. Sabes que todos van a ir de pijos, y yo no tengo zapatos.

—Tampoco vestido —puntualizó Valeria.

—Sí, pero estos zapatos son originales. Nadie llevará unos iguales. ¡Y son preciosos!

—Te aseguro que son únicos en el mundo —el anciano invitó a Lidia a sentarse en un pequeño sillón verde junto al escaparate—. El cristal es tan fino que puede verse con nitidez lo que se esconde detrás de ellos, pero al mismo tiempo, jovencita, son tan resistentes… —le explicó dándoles unos golpecitos— que ni un martillo podría romperlos. Te lo he dicho antes, son mágicos.

—No creo en esas chorradas, pero serán perfectos para la fiesta.

Lidia arrebató los zapatos de las arrugadas manos del viejo e introdujo su pie derecho en el correspondiente. Aunque al principio le pareció que le quedaba largo, el zapato pareció acomodarse a su estrecho pie. Incluso se atrevería a decir que había disminuido su tamaño. Con cierta incredulidad, miró al anciano que la observaba con satisfacción. Definitivamente, sus ojos intensos, que ocultaba tras unas diminutas gafas, eran violeta. A ella no la engañaba, ese hombrecito usaba lentillas.

—Te quedan como un guante. Nunca lo hubiera imaginado. —Valeria se había quedado prendada del resplandor que desprendían los zapatos—. ¡Llévatelos! No lo dudes.

—¿Papááá? —la chica suplicaba con ojos tiernos.

—Está bien, si tan importante es esa fiesta. Aunque todavía no me has pedido permiso para ir.

La chica se abalanzó sobre su padre y comenzó a besarlo por toda la cara. Él no pudo reprimir una carcajada. Valeria esbozó una sonrisa, últimamente era muy difícil ver contenta a su hermana. Detuvo a Érika al vuelo y la cogió en brazos. Diez años la separaban de su hermana pequeña, pero su complicidad era incluso más fuerte que con Lidia.

—¿Te gusta mi nueva capa roja?

—¡Me encanta! —le dijo estrechándola entre sus brazos.

—Quiero llevarla mañana al colegio.

—Ya veremos. ¿Estás pasando un buen día de cumpleaños?

Valeria se dirigió al mostrador. El anciano no dejaba de sonreír. Normal, había hecho una buena venta. Pero su mirada se desvió del astuto vendedor y se posó en una ballesta que colgaba de la pared. Tenía un brillo inusual, parecía nacarada en oro y contenía una inscripción que no conseguía leer. La chica observó a su familia, pero ninguno parecía percibir la hipnótica luz que emitía el objeto. Se apoyó en el mostrador con mucha curiosidad para descubrir de dónde provenía aquel resplandor dorado.

—¿Te gusta la ballesta? —El anciano había hecho volver a Valeria a la realidad—. Perteneció a Guillermo Tell. Ya les advertí cuando entraron que aquí se venden artículos exclusivos.

—Pero Guillermo Tell no es un personaje de un cuento de hadas —contestó la chica.

—Cuentos de hadas, leyendas… Todos provienen de un mismo origen. Son personas valientes que alguna vez desafiaron a un malvado tirano. ¿Conoces la historia de Guillermo Tell? —Valeria negó con la cabeza, mientras Érika, entusiasmada, prestaba atención a las palabras del anciano—. Según la leyenda, Guillermo Tell era un campesino rudo y algo terco. Un día, mientras pasaba por la plaza del pueblo con su hijo, se negó a inclinarse ante un sombrero que representaba la soberanía de la casa de los Hasburgo. Cuando el gobernador supo de su acción, lo obligó a disparar su ballesta contra una manzana colocada en la cabeza de su propio hijo. Si Tell acertaba, sería liberado; si fallaba y hería a su hijo, ¡moriría!

—¿Y qué pasó? —le preguntó la pequeña Érika.

—Guillermo atravesó el corazón de la manzana.

La pequeña suspiró sorprendida. Su padre la devolvió al suelo para aliviar los brazos de Valeria del peso de la niña. Después apoyó su mano en el hombro de su hija.

—Sabes que no quiero ningún tipo de arma en casa. Pueden ser peligrosas.

—No te preocupes, papá, no quiero la ballesta.

—¿Estás segura? —le preguntó el hombrecillo, sorprendido—. ¿Ni siquiera quieres tocarla?

—Lo siento, caballero, pero no me parece un regalo apropiado para una chica de diecisiete años. Usted debería comprenderlo.

El enigmático anciano no atendía a las palabras del padre. Su mirada seguía los movimientos de la joven Valeria. La chica se disponía a salir de la tienda con sus hermanas.

—Dime una cosa. —Esperó a que la chica se girara y le prestara

atención—. Has visto su brillo, ¿verdad?

Ella despejó parte de su rostro colocando su cabello tras su oreja derecha y, sin contestarle, salió de la tienda.

Cárcel

A la mañana siguiente, Valeria se levantó al oír el despertador. Lidia ni se había inmutado con el sonido de la alarma, continuaba abrazada a su almohada y con los pies fuera de la cama. Le dio dos palmaditas en la mejilla y se dirigió a la habitación de Érika, esperaba que su hermana pequeña no fuera tan perezosa como Lidia. Se llevó una sorpresa al ver a la niña frente al espejo, ya vestida con la ropa que le había preparado la noche anterior. Sostenía en sus manos su capa roja. Sonrió para sus adentros. Fue al baño, se lavó la cara y contempló su rostro en el espejo. Las ojeras resaltaban aún más las diminutas pecas que adornaban su graciosa nariz. Frotó algunas de ellas con la esperanza de que desaparecieran, pero no había manera. Se pellizcó las mejillas esperando sonrojar su tez pálida y, cuando vio que era un caso perdido, se dirigió a la cocina. Allí estaba Rosa, calentando un cazo de leche y preparando unas tostadas. Valeria miró el reloj. Todavía no eran las ocho.

—Tu padre me pidió que viniera unos minutos antes —le dijo, adivinando los pensamientos de la chica—. Tenía una reunión importante. ¿Tus hermanas ya están levantadas?

Valeria no tuvo que contestar, Lidia apareció frotándose los ojos en el umbral todavía con el pijama, se sentó en la barra americana bostezando y, sin mediar palabra, comenzó a devorar su primera tostada. Su cabello alborotado caía sobre sus hombros desordenadamente. Poco después, Érika hizo su entrada con una energía desbordante. La capa cubría su pequeño cuerpo.

—No pensarás llevar esa ridícula capa al colegio. ¿Quieres que se rían de ti?

—Déjala, Lidia, si quiere llevarla que la lleve.

—¡Le queda como un saco! Parece una muñeca de trapo.

—¡Niñas! Nada de discusiones cuando se desayuna. —Rosa subió a Érika al taburete y le remangó la capa para evitar que la manchase con la leche—. Así estás mejor.

—Ponme la caperuza, Rosa.

—Cuando termines de desayunar.

Desoyendo la orden de Rosa, la pequeña ocultó su cabeza bajo la capa.

—¿Soy invisible ahora?

—No, todos podemos verte, enana.

—No llames a tu hermana así —volvió a intervenir la mujer—. Y daos prisa o llegáis tarde.

Al bajarse del autobús de línea, pudieron contemplar el colegio hispano-inglés en todo su esplendor. Habían pasado ya cuatro meses, y ese enorme edificio de ladrillo les seguía pareciendo tan extraño como el primer día. Su padre las había matriculado allí al inicio del curso. La excusa había sido perfecta, además de la excelente reputación que tenía el colegio, sus hijas podrían asistir juntas. El recinto contaba con un patio interior que separaba los dos edificios principales, uno donde se impartían las clases para los menores de doce años y el otro para los mayores. Valeria se encargaba de reunir a sus hermanas, y así regresaban juntas a casa. Rara vez acudía su padre a recogerlas.

—¡Horror, dulce horror! —masculló Lidia entre dientes.

—Dejaremos de ser las nuevas algún día.

—Para ti es fácil, el próximo año entrarás en la Universidad. La enana y yo nos quedaremos en este infierno.

—¡A mí me gusta! —dijo Érika tirando del brazo de su hermana—. ¿Entramos ya?

—Nos vemos en el recreo. Voy a llevar a Érika a su clase. —Valeria sujetó la mano de la niña.

Lidia entró a regañadientes en el recinto y se despidió de sus hermanas. Iba a ser otro largo y eterno día dentro de aquella cárcel. El sonido del timbre le avisaba de que debía encaminarse a su primera clase. ¿A quién se le había ocurrido la brillante idea de poner Matemáticas a las ocho y media de la mañana? Pasó su mano por su cola de caballo y le fastidió comprobar que debía colocarse una traba justo detrás de la oreja. Su enrevesado cabello siempre le estaba dando la lata. Se sacudió los vaqueros y abrió la puerta del aula. Se alegró al ver que todavía el profesor Padilla no había llegado. Una bronca menos.

Tres clases soporíferas después, se dirigió a la cafetería donde había quedado con su hermana. Valeria estaba sentada en una de las mesas situadas junto a la ventana, revisaba unos apuntes mientras daba sorbitos a su café con leche. Los débiles rayos de sol se conjugaban con los cabellos de una manera casual y armónica. Valeria parecía un personaje de cuento. Sus ojos eran grandes y de ese color miel tan inusual, y poseía una envidiable piel de porcelana. No recordaba haberla visto con un alarmante grano en la cara. Sería endiabladamente perfecta si no fuera por uno de sus colmillos torcidos

que rompía el equilibrio de su blanca dentadura. Y también tenía esas orejas puntiagudas que solía esconder con su larga melena. Se echó a reír. Siempre se burlaba de ella llamándola «injerto de alienígena».

—¿Estudiando? Es la hora del descanso.

—Voy bastante retrasada. —Suspiró y apartó los apuntes a un lado —. Tengo que ponerme al día.

—¿Tú? Tú siempre estás al día.

—No, Lidia, no… El profesor León me ha dicho que probablemente me queden tres asignaturas.

—¿A ti? ¡Es imposible! Vas a estudiar medicina el año que viene. Saldrás de esta mierda de instituto y tu vida será mejor. Por lo menos mejor que la mía. Al menos, este año, tus suspensos ensombrecerán los míos delante de papá. —Valeria la fulminó con la mirada—. ¿Qué? Algo bueno tiene que salir de esto.

—Aunque no lo creas, a mí también me está costando adaptarme a este lugar.

Por primera vez en mucho tiempo, Lidia vio a su hermana flaquear. A pesar de su aparente fragilidad, Valeria nunca mostraba sus debilidades, era cautelosa y extremadamente reflexiva. En cambio, ella era más impulsiva y solía tomar decisiones precipitadas de las que acababa arrepintiéndose. Se compadeció de su hermana. Si su templanza se estaba quebrando, no lo debía de estar pasando nada bien.

—Hablemos de temas más agradables —le dijo mientras desenvolvía su bocadillo de mortadela y le daba un mordisco—. ¿Has visto quién está sentado al fondo?

—No tengo ni idea —le contestó sin levantar la vista.

—¡Daniel Morales!

—¿No tiene novia? —preguntó sin ningún interés.

—No te enteras, hermanita. Está en tu clase, y, como siempre, eres la última mona. Dani dejó a su novia porque la pilló con otro. Hace ya más de tres meses que no está con ella.

Lidia volvió a mirar de reojo ese flequillo castaño claro que la hacía enloquecer. El chico se reía de algún comentario estúpido de su inseparable y retorcido amigo, Pablo.

—Aquí estáis, os estaba buscando.

Valeria levantó la cabeza y observó a la alocada amiga de su hermana. Ruth hablaba demasiado rápido, andaba con pasos cortos y gesticulaba exageradamente. Encima, su tono de voz estridente no ayudaba demasiado a apreciar sus cualidades.

—No has buscado demasiado —dijo Lidia.

—¿Tienes ya qué ponerte para mi fiesta del sábado? Mis padres al final me dejan el chalé de las afueras. Estoy emocionada. Casi todos los de clase van a venir, pero he pensado que podría ampliar

horizontes e invitar a algunas personas más. Valeria, si quieres, tú también puedes asistir. Y podrías convencer a algunos de tu clase para que vengan también. Estaría genial que asistieran algunos de los del último curso. He hecho una posible lista de invitados de las personas con las que tendrías que hablar.

Sacó un folio arrugado de su bolso y se lo entregó a Valeria.

—Déjame ver. Daniel, Pablo, Roberto, David… —Valeria se echó a reír—. ¡Es la mitad del equipo de baloncesto!

—No tengo culpa de que la mayoría esté en tu clase.

—¡Y solo hay chicos en esta lista!

—Bueno, así podríamos aprender algo más de baloncesto —le dijo atropelladamente.

—Me voy a clase. —Devolvió la lista absurda a la chica mientras negaba con la cabeza.

Las siguientes tres horas fueron interminables. Valeria trataba de absorber todo lo que escupía la señora Barroso. Su bolígrafo iba más rápido que su mente, no paraba de anotar fórmulas químicas sin ningún sentido para ella. Tendría que repasar todo más tarde de nuevo si quería ponerse al día con la química. Estaba tan concentrada en todas las tareas que tenía que hacer en casa, que apenas escuchó los continuos susurros a su espalda. Como si se tratara de un mosquito que rondaba su oreja, hizo un gesto con la mano para apartarlo de sí. Entonces cayó en la cuenta de lo absurda de su reacción y giró levemente su cabeza para descubrir a la persona que no paraba de cuchichear. Pablo, sentado dos sillas más atrás, trataba de reprimir su risa con bastante dificultad. ¡Qué estúpido era ese chico! Inesperadamente, y para bochorno de Valeria, Pablo le guiñó un ojo y juntó sus labios ofreciéndole un beso. Valeria volvió a su posición y lamentó haberse distraído unos segundos. La señora Barroso estaba borrando las últimas fórmulas de la pizarra y ella no había tenido tiempo de anotarlas.

Suspiró aliviada cuando sonó el timbre. Tenía tantas ganas de escapar de ese lugar… Solo quería llegar a casa y olvidar que existía. Lidia tenía razón, aquel instituto apestaba. Estaba harta. Recogería a Érika de clase y se largaría de allí de una vez, al menos por ese día.

—Valeria, ¿qué tal? ¿Te ha gustado la clase?

La chica comprobó con desagrado que el brazo de Pablo Rodríguez evitaba que pudiera seguir su camino. Se apoyaba en la pared manteniendo una postura arrogante. No entendía por qué esos ojos marrones la observaban detenidamente. Su sonrisa pícara y de medio lado la hacía desconfiar. Hasta ella sabía que Pablo era un ligón innato, pero usar sus encantos seductores con ella, era otra cosa. Era alto, moreno, con un físico agraciado, y el capitán del equipo de baloncesto. Era ingenioso, astuto y un completo idiota.

—Vi que te esforzabas en seguir la verborrea química de Barroso…

—¿Me estás tomando el pelo?

—Uuuh, ¿te gusta que te den caña? —le preguntó riendo—. Había pensado que podríamos quedar un día para tomar algo, ver una peli o lo que te guste hacer…

Valeria observó de reojo a algunos de sus amigos. Roberto disimulaba su risita burlona y Javi hacía un gesto obsceno con su mano. Solo Daniel parecía ignorar la escena.

—Mira, no tengo tiempo de bromitas —le dijo apartando aquel brazo musculado que le obstaculizaba la salida—. Tengo que ir a recoger a mi hermana.

Aceleró el paso y no quiso mirar hacia atrás. Oyó las carcajadas de los amigos de Pablo. No supo distinguir si se reían de ella o le vacilaban a él. La chica miró el reloj y deseó que su hermana no hubiera salido de clase. Dobló la esquina con tanta rapidez que no pudo esquivar al chico que se le venía encima. Todos sus apuntes cayeron y se desparramaron por el suelo. Ella se apresuró a recogerlos.

—Lo siento, iba despistado.

El chico se puso de cuclillas y la ayudó con sus folios. Valeria alzó ligeramente la cabeza para descubrir al causante de aquel desastre. Se sorprendió al ver a un muchacho algo enclenque y con granos en la cara. Debía de tener unos catorce años. Llevaba una camiseta roja y una chaqueta vaquera algo desgastada. Sus facciones cumplidas, su frente estrecha y su nariz aguileña no favorecían en nada su simpático rostro. Sin embargo, sus grandes ojos almendrados dotaban a su mirada de intensidad.

—Soy Nico —se presentó mientras se levantaba y le entregaba los últimos papeles—. ¿Podrás ponerlos en orden?

—Sí. Lo haré más tarde, ahora tengo prisa.

Valeria llegó asfixiada al recinto donde impartían clase a los más pequeños. Subió las escaleras y torció a la izquierda sin apenas observar aquellas paredes amarillas y frías donde pasaba gran parte del día. Suspiró aliviada al ver a su hermana cabizbaja sentada en uno de los pocos bancos del pasillo. Apenas podía apreciar su rostro. La capa cubría parte de su cara, pero supo enseguida que Érika no se encontraba bien. Se sentó a su lado y le dio un beso en la frente.

—Siento haber llegado tarde, Érika. Me han entretenido saliendo de clase.

—Clarisa me ha dicho que soy una niñata y que no debería seguir jugando con muñecas.

—Esa Clarisa es estúpida —le dijo sin saber de lo que hablaba su hermana.

—Y Arturo me ha llamado idiota. Dice que la magia no existe y que no voy a volverme invisible nunca en la vida. Yo les dije que el dueño

de la tienda había dicho que la magia sí que existe. Y se han reído de mí. —La niña empezó a sollozar.

Valeria la abrazó. Así que la causa de las lágrimas de su hermana era aquella absurda capa. Érika alzó la mirada, y su hermana vio la tristeza en los ojos verdes de la pequeña.

—Creer no es de idiotas, es de valientes. Y Clarisa no sabe lo que se está perdiendo. Lo que daría yo por jugar con muñecas en vez de hacer ecuaciones matemáticas —manifestó mientras le hacía cosquillas—. Érika, te aseguro que ya tendrás tiempo de hacerte mayor. De momento, disfruta jugando y creyendo en la magia. Los mayores solo tienen tiempo para el trabajo y para preocuparse.

Las tres hermanas entraron por fin en casa. Sus rostros desolados delataban el día tan duro que habían pasado en clase. Parecía que regresaban de una guerra. Rosa pensó en cuánto necesitaban a su madre en ese momento.

—Valeria, tengo que irme ya. Tu padre ha llamado para decir que no lo esperarais para la cena.

La joven asintió y, en cuanto Rosa se fue, ordenó a Érika que se fuera desvistiendo para darle una ducha. Lidia se lanzó en el sofá y encendió la televisión. La claridad que entraba por los grandes ventanales hacía que la estancia fuera más luminosa. Solo un viejo sauce a la izquierda del patio interrumpía el baño de luz constante. Lidia pensó en su madre. Había transformado ese destartalado patio urbano en un pequeño jardín. Los fines de semana, le encantaba pasarse horas cultivando sus preciados geranios de colores y regando sus rosas rojas. Ahora, era ella la que se encargaba del cuidado de las flores. Pero tenía que admitir que la pequeña joya de su madre se había marchitado. Se acercó al ventanal y admiró aquel sauce. Observó el nido que habían hecho unos mirlos semanas atrás. Su madre estaría orgullosa de su árbol. Sus ramas caían en cascada hasta casi tocar el suelo. No era muy grande, pero a Lidia le parecía imponente. Casi embriagador. Tanto, que deseó alejarse de una vez de aquella maldita ciudad. Viviría en un pueblo rodeado de altos robles y flores silvestres, habría un gran lago cristalino donde, todos los veranos, las personas del pueblo irían bañarse. Allí, el tiempo no tendría importancia. No habría que preocuparse de los coches ruidosos ni de conductores que se saltaban los semáforos en rojo. Odiaba esa ciudad, su tráfico y al conductor imprudente que le había arrebatado a su madre. Había arruinado su vida. Lidia apretó sus puños con fuerza. Sentía rabia e impotencia. Y allí dentro, ¡se asfixiaba! Necesitaba coger aire. Abrió la puerta del patio y se derrumbó. Y, bajo el cobijo del sauce, lloró sin desaprovechar ni una lágrima.

Érika hacía sus deberes en la barra americana de la cocina, mientras Valeria pelaba las patatas. Vio cómo su hermana sujetaba su

cabello rubio en una coleta. Observándola de espaldas, se imaginaba que era su madre la que la supervisaba mientras preparaba de cenar. Ella la había enseñado a sumar y a restar, y ahora Valeria la enseñaba a multiplicar. Pero no era su madre. Y tenía tantas ganas de tenerla a su lado y contarle que no se divertía en el nuevo colegio, que los niños eran raros y que Clarisa Montes era un demonio. Seguro que la habría abrazado y le habría dicho que ella era un ángel, como solía llamarla. «Un ángel que se había escapado del cielo para estar con ella». Mordisqueaba su lápiz mientras intentaba concentrarse en aquella multiplicación tan complicada.

—Dime, ¿qué te parece?

Lidia apareció en el umbral vestida con un traje verde a medio muslo y un escote provocador, llevaba los zapatos que había comprado dos días atrás en la tienda y se había soltado su larga melena castaña para cubrir parte del pecho que el vestido obviaba.

—Ruth me lo ha prestado. Dice que es muy sugerente.

—Lidia, eres una chica muy atractiva e inteligente, no tienes que fingir ser otra persona para agradar a la gente —le informó Valeria midiendo sus palabras.

—Parezco una buscona, ¿no? —preguntó resignada—. ¡Vale, pero me prestas algo tuyo para la fiesta!

Después de la cena, Valeria llevó a Érika a su cuarto, le leyó uno de los miles de cuentos que tenía en su mesita de noche y esperó a que la niña se durmiera. Volvió a su habitación. Lidia estaba echada en su cama y leía uno de esos cómics japoneses que tanto le gustaban. Tenía su parte de la habitación decorada con pósteres de dibujos mangas. Valeria hubiera preferido que hubiera adornado su pared con cualquier grupo de quinceañeras. En cambio, había elegido aquellos monigotes con cabellos de colores y unos ojos extremadamente enormes. Cogió sus apuntes de historia y suspiró.

—Deberías estudiar algo.

—Lo que está suspendido, suspendido queda. —Y le enseñó la lengua de una manera infantil—. Papá se está retrasando mucho, ¿verdad?

—Sí, se está retrasando.

Lidia captó el desánimo de su hermana. Más que nunca quiso olvidar el día que había vivido. Y sobre todo, pensar que se repetiría al día siguiente, al otro y al otro. Así que se enfrascó en su lectura *Las aventuras de Sasha*; una estudiante normal en su instituto y una intrépida samurái en sus ratos libres. Se relajó pensando que algún día sería libre como Sasha.

3

Escondite

Cuando Valeria entró en la cocina para preparar algo de desayunar, sonrió al ver a su padre untando la mermelada en las tostadas. Lo había oído llegar por la noche. Había deslizado levemente la puerta para comprobar que sus hijas dormían. Ella había fingido dormir, no había podido conciliar el sueño, y hasta que él por fin cerró la puerta del dormitorio, no pudo entornar los párpados.

Su padre le dio los buenos días y la invitó a sentarse. Se disculpó por no haber llegado ayer a la hora de la cena. Era abogado a tiempo completo. Si el bufete lo requería, debía presentarse al instante. Sin excusas. La joven observó las crecientes canas que despuntaban por detrás de sus orejas. Su cabello espeso y moreno pronto quedaría cubierto de gris. En dos años había envejecido mucho. Sus ojeras delataban su cansancio, y las pequeñas arrugas que surgían de las comisuras de sus labios cada vez que sonreía le hablaban de las tensiones que soportaba.

Érika irrumpió en la cocina como un torbellino y se lanzó a los brazos de su padre. Parecía que había dormido con la capa roja. Lidia entró tras ella con su típico malhumor matutino.

—¿Es que no escarmientas? Ayer se rieron de ti por llevar esa cosa roja a clase, enana.

Érika llevaba un suéter de lana verde bajo la capa. Valeria le había hecho dos trenzas que había rematado con dos lazos rojos.

—Lidia, si quiere llevarla, que la lleve —le dijo su padre.

—Pero que después no venga llorando.

—La llevo porque soy una persona valiente. —La niña guiñó un ojo a Valeria.

Como todas las mañanas, Lidia se presentó en la cafetería para reunirse con su hermana. Soltó un bufido estrepitoso y se dejó caer en la silla situada frente a Valeria. Estaba exhausta. Sacó su bocadillo de salami y queso de su bolso y empezó a desenvolverlo. Su hermana apenas le había dedicado una sonrisa, escribía fórmulas sin sentido en un folio arrugado.

—¿No crees que deberías dejar eso para más tarde y preocuparte por integrarte un poco más con el resto de los alumnos?

—¿No te has comprado el refresco?

—He dejado a Ruth haciendo cola en la barra mientras yo buscaba sitio.

Lidia observó a Ruth que charlaba animadamente con un chico mientras pagaba los refrescos. Su amiga siempre cuidaba al detalle su *look*. Todo lo contrario a ella, que había ido a clase con unos vaqueros, un top rojo y unas zapatillas negras. En cambio, Ruth llevaba una falda estampada y una blusa amarilla a juego y se había cepillado con cuidado su melena morena, que había sujetado con una diadema también amarilla. Se preguntaba quién era ese chico con el que hablaba y, sobre todo, por qué lo estaba invitando a la mesa donde estaban ellas. No era muy alto y su complexión no era precisamente la de un atleta. Sus manos, en cambio, eran grandes, como sus extraños ojos almendrados.

—Hola, Valeria, ¿pudiste poner todos tus apuntes en orden?

—¡Oh, Nico! Sí, sí —le respondió sonriendo.

Los ojos de Lidia se salían de sus órbitas. ¿De qué conocería su hermana a ese palurdo? Le dio una pequeña patada bajo la mesa y, cuando obtuvo la atención de Valeria, arqueó las cejas esperando una explicación. Su hermana solo se encogió de hombros.

—He invitado a Nico a mi fiesta del sábado —soltó Ruth.

A Lidia le dio un vuelco el corazón. ¿Qué demonios estaba pasando allí? Ese chico estaba en un curso inferior al de ellas. Su amiga se limitó a guiñarle un ojo.

—Gracias, claro que iré —dijo orgulloso mientras mojaba un bollo en su café con leche.

Mientras su amiga le explicaba al chico cómo llegar a su casa, ella buscaba respuestas en su hermana que se esforzaba por aprenderse la tabla periódica.

—Cuando te sugerí que te relacionaras más, no incluía a memos más pequeños que tú —le dijo entre dientes para que solo ella pudiera oírla. Valeria le contestó con una mueca de burla y volvió a sumergir su cabeza en su pila de apuntes.

Más tarde, mientras estaba sentada de nuevo en su pupitre viejo y pintarrajeado por docenas de alumnos que habían estado allí antes que ella, Valeria deseó que llegara el fin de semana. Tenía tantas tareas que planificar. La voz grave y monótona del profesor León la estaba atontando. Las mañanas se le hacían largas y las tardes demasiado cortas. Volvió a mirar el reloj, quedaban dos minutos para que sonara el timbre. Tan solo era martes, y ya estaba derrotada. El sonido la hizo volver a la Tierra y recoger rápido sus apuntes. Esa vez, voló. No quería que nada ni nadie la retrasara, no podía volver a

llegar tarde a recoger a Érika. Avanzó por el pasillo a zancadas, dobló la esquina, bajó las escaleras y salió al patio. Allí, muchos alumnos se encontraban a la salida de clase. Ella no miró a nadie. Cruzó el patio abarrotado y entró en el edificio de los pequeños. Subió al segundo piso y, al doblar la esquina, vio que los niños todavía estaban saliendo del aula. Esperó apoyada en la pared a que su hermana apareciera. Algunos salían corriendo y dando empujones. La profesora desde la puerta intentaba poner orden. Era una mujer joven, pero nada atractiva, apenas tendría treinta años y vestía como una mujer de cincuenta. Su cabello era corto y muy rizado. Intentaba dominar algunos rizos con unas trabas ridículas sobre las orejas. A pesar del aspecto que tenía, no era una mujer desagradable. Su hermana siempre resaltaba lo paciente y simpática que era.

El flujo de niños empezó a disminuir. Érika se estaba retrasando y ella se estaba impacientando. Al ver que ya no salía nadie más, la joven se acercó a la profesora.

—Érika ha sido de las primeras en salir. Probablemente haya ido al baño.

Valeria corrió hacia los baños y llamó a su hermana, pero no obtuvo respuesta. Revisó uno por uno los retretes. Solo uno permanecía cerrado. Dio suaves golpecitos en la puerta, nadie le contestó. Decidió esperar a que la chica saliera. Podía que fuera su hermana que le estaba gastando una broma. A través del espejo, vio a una niña morena que salía del baño ocupado y la miraba enfadada. A Valeria le dio un vuelco el corazón. ¿Dónde demonios se había metido? Si llegaba tarde, siempre la esperaba sentada en uno de los bancos del pasillo. Sacó el móvil del bolso y llamó a Lidia.

—Érika no está en clase y no la encuentro por ninguna parte.

—Ella nunca se mueve sola. ¿Seguro que no se ha quedado rezagada en clase?

—No, no, he mirado también en los baños. Vete al patio, por si se le hubiera ocurrido salir sola. Yo voy a inspeccionar este edificio de arriba a abajo. Si la encuentras, llámame.

Lidia salió al patio y vio que muchos niños se encontraban ya en la verja con sus padres. Ya no quedaban muchas personas allí, solo los más mayores que charlaban con sus amigos. Aun así, subió las gradas. Desde lo alto podría divisarla mejor. Era imposible que una niña de siete años con una capa roja tan cantosa se hubiera esfumado de repente. No debía de ser un problema localizarla, sin embargo, no la veía. Crujía sus dedos mientras observaba cada uno de los rincones del patio. Nada. Bajó saltando las gradas y comenzó a preguntar por Érika, pero muchos no sabían ni quién era.

—¿A qué hermana estás buscando?

Lidia giró sobre sus talones. Un chico moreno y desgarbado le

sonreía de oreja a oreja. Era Nico. Se lo pensó dos veces antes de contestarle. Estaba visto que no iba a deshacerse tan fácilmente de ese memo.

—A Érika, ¿la conoces? —Lidia no tenía nada que perder.

—¿Se ha perdido?

Desde luego, el chico la conocía. Pero ¿de qué? Ni idea. Lidia no quería entrar en la mente retorcida de aquel mocoso. Era la única persona que se había molestado en ayudar.

—No la encontramos. Valeria está buscando en su escuela, y yo me he recorrido todo el patio, pero nada.

—Bueno, puede que si no ha visto a Valeria cuando ha salido de clase, decidiera ella ir al encuentro de tu hermana. ¿Érika sabe dónde está el aula de Valeria?

—Sí —le respondió algo confusa—. Pero Érika nunca sale sola…

—Mejor echamos un vistazo, ¿no te parece?

Quizá Lidia se hubiera precipitado a juzgar al chico. Su rostro sereno inspiraba confianza, y sus ojos almendrados hablaban con sinceridad. Observó sus labios finos. Al sonreír, dos hoyuelos aparecían en la frontera que separaban sus mejillas de su boca. Sin embargo, su nariz afilada y ese ligero acné empañaban por completo su potencial atractivo.

Lidia volvió al recinto, seguida muy de cerca por Nico. Ambos subieron velozmente las escaleras. La coleta castaña de la chica volaba por los pasillos. Nico apenas podía seguir su ritmo. Nunca había sido rápido, sino más bien torpe, pero no podía ponerse en evidencia delante de ella. Así que, aunque le faltaba la respiración, mantuvo la carrera hasta llegar a la clase de Valeria. La chica casi derriba la puerta del empujón, pero su rostro decepcionado al volver a salir, le decía que allí tampoco estaba su hermana. Nico intentó animarla.

—Piensa, ¿hay algún sitio donde le guste refugiarse si se siente triste o sola?

—¿Qué está pasando aquí?

La voz grave de Daniel sonó en los pasillos vacíos como si de un policía se tratara. El chico se acercó con paso firme. Nico se apresuró a responder.

—La hermana pequeña de Lidia ha desaparecido. La estamos buscando.

—¿Has hablado con el director o con algún profesor?

—Valeria ha hablado con la profesora de Érika, pero… —la chica balbuceaba. Los enormes ojos grises de Daniel la intimidaban.

—¿Valeria?

—Su otra hermana está en tu curso —le aclaró Nico.

Mientras Nico relataba toda la historia a Daniel, cómo habían buscado por el patio y por los alrededores, Lidia sacó su móvil del

bolsillo y llamó a su hermana.

—¿La has encontrado? —contestó al otro lado la voz preocupada de Valeria.

—No, a lo mejor deberíamos llamar a papá o ir al director.

—¿Dónde estás?

—En tu clase. He pensado que Érika vendría directamente aquí si no te encontraba.

—Bien, ve a mirar también a la tuya, y luego recorre mis pasos hasta llegar hasta aquí, por si se ha perdido por el camino.

—¿Tú qué vas a hacer?

—Voy a los columpios. Si no aparece en un cuarto de hora, llamamos a papá, al director o a la policía si es necesario.

Valeria colgó la llamada y sintió un gran vacío en su estómago. Había registrado una por una todas las aulas del edificio de los pequeños. Y allí no había nadie. Ahora sí empezaba a impacientarse. ¿Y si había salido sola a la calle? ¿Y si alguien la había cogido? Corrió hacia los columpios con la esperanza de que se estuviera divirtiendo sin imaginarse la que había armado. Tenía tantas ganas de abrazarla y al mismo tiempo de gritarle. Al llegar, encontró que no era la única que la buscaba.

—Lidia me ha dicho que venías hacia aquí.

No entendía qué hacía allí Daniel ni cómo su hermana lo había involucrado en la búsqueda. Valeria estaba confundida. Las únicas palabras que había cruzado con ese chico eran hola y adiós, y, sin embargo, estaba frente a ella, con una expresión afable y una mirada comprensiva. Tenía las manos dentro de los bolsillos de sus vaqueros, su camiseta negra estaba más arrugada que planchada y balanceaba su cuerpo de adelante a atrás, esperando una reacción de la chica.

—He mirado por todo el parque, aquí no hay nadie —le dijo al ver que la joven seguía sin pronunciar palabra.

—¿Estás seguro? ¿Has buscado detrás de esos arbustos? —Valeria se encaminó hacia ellos.

—No creo que tu hermana se haya escondido ahí detrás. Pienso que lo mejor será avisar al director, él se encargará de todos los trámites.

Valeria suspiró al ver que tampoco estaba en los arbustos. Tenía las bailarinas llenas de tierra. Las sacudió, dando golpecitos con sus pies en una pequeña roca. No quería admitirlo, pero su búsqueda había terminado y fracasado. ¿Qué le iba a decir a su padre? Reprimió sus lágrimas, no quería llorar ante un extraño.

—Valeria, ¿estás bien? —Daniel acarició tímidamente su hombro —. Será mejor que nos vayamos.

Pero la chica no se movió, una risita burlona impidió que diera un paso. Había escuchado a alguien revolotear alrededor de ella, así que volvió a inspeccionar la zona con su mirada. Esta vez prestaba más

atención a los detalles. Sintió una leve brisa en su espalda. Se giró, pero allí no había nadie.

—¿Has notado eso?

—¿El qué? —El chico intentaba seguir la mirada de aquellos ojos claros, pero no lograba descubrir qué le había llamado la atención.

—Creo que he oído una risa. Alguien está aquí, junto a nosotros.

Ni ella misma creía lo que acababa de decir. Daniel frunció el ceño. Él no había escuchado nada, solo el roce de las ramas de los árboles contra el muro del colegio.

—Ha sido el viento. Será mejor que nos vayamos.

—¡No, espera!

Otra vez esa risa sonaba en el aire como si se tratase del aliento de un duendecillo juguetón. Uno de los columpios comenzó a balancearse sin que nadie lo empujara.

—Mira allí —le indicó a Daniel.

—Se ha levantado un poco de viento, eso es todo.

—¿Y de cuatro columpios, solo se mueve uno?

Los dos se acercaron lentamente. La risita era más intensa. No había duda, alguien estaba sentado sobre ese columpio. Con precaución, Daniel agarró una de las cadenas que lo sujetaban y paró su movimiento. Esa vez, él también había oído aquella irritante risita. Deslizó su temblorosa mano hacia el sillín mientras tragaba saliva, pero en el momento que sus dedos rozaron el frío plástico del sillín, Érika apareció ante ellos sentada como por arte de magia. Daniel, asustado, cayó hacia atrás. Sus manos frenaron el impacto contra el suelo. Valeria palideció. Su hermana había aparecido de la nada.

—Val, ¿has visto lo que puedo hacer? ¡Funciona! —La niña se ponía y se quitaba la capucha de su capa roja, y aparecía y desaparecía constantemente de su campo de visión.

Valeria tiró del brazo de su hermana y la arrastró a regañadientes por el patio. Daniel todavía atónito, intentaba seguirlas. Su mente, aturdida, quería procesar todo lo que había vivido, pero no encontraba explicación alguna. ¿De dónde demonios había salido esa niña? O, lo que era peor, ¿qué diantres era esa niña? Vio correr a Nico y Lidia a su encuentro. Su hermana cogió al vuelo a la pequeña mientras la cubría a besos.

—Enana, me has dado un susto de muerte.

—¡Tenemos que irnos, ya! —ordenó Valeria.

—¿Qué ha pasado aquí? —Nico esperaba una respuesta de los labios enmudecidos de Daniel—. ¿Dani, estás bien?

—¿Os conocéis? —Valeria miraba primero a un chico y luego al otro.

—Val, son hermanos, me lo ha contado Ruth en clase —le aclaró Lidia mientras le guiñaba un ojo—. Esa es la razón por la que… ya

sabes… la fiesta…

¿Hermanos? Esos chicos eran como la noche y el día, como el aceite y el vinagre. No se parecían en nada. La arrogancia de Daniel contrastaba con la amabilidad de Nico. Sus ojos grises y enigmáticos nada tenían que ver con la transparencia de la mirada de su hermano. Desde luego, agradecía a los chicos la ayuda prestada, pero habría preferido que Daniel no hubiera presenciado nada de lo sucedido. Ahora debía escapar de allí. Y, sin mediar palabra, avanzó con paso ligero hacia la salida. Lidia la siguió sin hacer preguntas, estaba demasiado contenta por haber recuperado a su hermana pequeña. Valeria temió que los chicos las siguieran exigiendo alguna explicación, pero Daniel se limitó a observar cómo se alejaban. Continuaba en estado de *shock*. Y Nico permaneció junto a su hermano ignorante de lo que había sucedido.

Duende

Al entrar en casa, Valeria se apoyó en el sillón para no caer. Durante todo el trayecto se había mantenido alerta. Esperaba que nadie más, excepto Daniel, hubiera presenciado la endiablada aparición de Érika en los columpios. Le había arrebatado a regañadientes la capa a su hermana pequeña, la había doblado y la había guardado en el bolso. Érika había empezado a llorar. No entendía por qué su hermana estaba tan furiosa. ¡Tenía una capa mágica! Se refugió en los brazos de Lidia buscando comprensión. Valeria no tuvo más remedio que narrar lo acontecido ante la mirada incrédula de Lidia. Había hablado en susurros, y a veces paraba para comprobar que nadie la estaba escuchando. La cara de Lidia era un poema. Quizá Valeria había sufrido una alucinación. Últimamente estaba muy cansada, y obsesionada con los estudios. Eso debía ser. Porque la ridícula historia que le estaba contando no podía ser verdad.

Valeria se dejó caer en el sofá y se llevó las manos a la cabeza. Seguía pálida, y sus rodillas temblaban como un castillo de naipes. Érika comenzó a sentirse culpable. No apartaba la vista de su hermana mayor. Ella era la causa de su disgusto. Y aunque había sentido una felicidad enorme cuando se había vuelto invisible, empezaba a comprender que había preocupado a sus hermanas con su desaparición. Se sentó al lado de su hermana. Valeria le acarició suavemente su cabello sedoso y la besó en la frente. Lidia las observaba desde la puerta. Tenía tantas preguntas. Era evidente que Val ya había perdonado a su hermana pequeña, pero ella necesitaba escuchar otra vez esa absurda historia sin interrupciones ni gimoteos.

—Valeria, ¿qué está pasando?

—¡Te lo he dicho ya! Aquel viejo de la tienda debe ser brujo. Érika se volvió invisible cuando…

La joven calló al ver entrar a Rosa. Las chicas le sonrieron disimuladamente, y la mujer perfiló una pequeña sonrisa de medio lado.

—Vuestro padre llegará pronto hoy. Yo ya me voy —les dijo

abotonándose la rebeca—. Ah, y ha llegado un paquete para ti, Valeria. Lo he dejado en la cocina.

La mujer se despidió dando un beso en la mejilla a la pequeña. Lidia comprobó por los ventanales que Rosa caminaba acera abajo. Érika se incorporó de un salto y corrió a la cocina.

—Mañana vamos a la tienda a hablar con el dueño. —Valeria sacó la capa de su bolso—. Ahora la esconderemos para que Érika no vuelva a desaparecer.

—Pero ¿tú te estás oyendo? Nada de esto tiene sentido. —Lidia se mordía las uñas.

Érika volvió a entrar en el salón con una caja de cartón grande y se la entregó a Valeria. Lidia la miró interrogante. La caja pesaba y estaba anudada con una fina soga. No tenía remitente, pero en el destinatario figuraba su nombre, Valeria Ramos, y su dirección. La joven inspeccionaba el paquete con sumo cuidado. El envoltorio era muy rudimentario, ni siquiera había ningún tipo de sello de correos.

—¡Ábrelo, ábrelo! —Érika daba saltitos animando a su hermana a descubrir la sorpresa.

Valeria desanudó la fina soga y rompió el papel cartón. Abrió la caja y encontró un montón de virutas de serrín que fue apartando. En el fondo había un objeto pesado. Lidia se acercó y se situó justo detrás de su hermana. Valeria cogió el objeto con sus dos manos y lo sacó de la caja. Brillaba como el sol de mediodía. La joven no tardó en reconocer aquella misteriosa arma. ¡La ballesta! Palpó con las yemas de sus dedos la extraña inscripción que se encontraba en uno de los laterales. Alguien le había regalado la ballesta de la tienda. Un escalofrío heló sus huesos.

—¿Papá te ha comprado la ballesta? —le preguntó Lidia asombrada.

—Imposible, papá no quiere armas en casa —contestó sin dejar de admirar el increíble brillo que desprendía.

—¿Y entonces quién demonios te la ha enviado?

—¡El mago!

La voz firme de Érika cortó la respiración de sus hermanas como si miles de cuchillas afiladas hubieran invadido el aire de la sala. Valeria dejó caer de nuevo el objeto dentro de la caja. Su corazón latía a un ritmo inusual para ella. ¿Qué estaba pasando allí? Su hermana pequeña tenía los ojos tan abiertos que podía ver a través de sus pupilas. La niña seguía sorprendida por el mutismo de sus hermanas. No lograba entender por qué estaban tan alarmadas. El sonido del crujir de los dedos de Lidia rompió finalmente el silencio incómodo que se había instalado en la sala.

—Bien, papá llegará en cualquier momento. Lidia, coge la capa y guárdala en un sitio seguro hasta mañana, yo me encargo de esconder

la ballesta. Mañana, sin falta, le haremos una visita a ese embaucador de la tienda.

—¿Y yo qué hago?

—Cariño, tú vete preparándote para una buena ducha.

La pequeña se sintió desilusionada, ella también quería colaborar. Se cruzó de brazos y subió de mala gana las escaleras. Lidia la siguió con la capa en la mano y le dio dos palmaditas en las nalgas para que se diera más prisa. Valeria cerró la caja y recogió algunas virutas que habían caído al suelo. Debía buscar un lugar donde su padre nunca miraría. Salió al patio y rebuscó en unos viejos sacos donde su madre guardaba el instrumental de jardinería. Nadie los usaba ya. Ocultó el paquete bajo algunas palas y rastrillos y sacudió sus vaqueros que se habían ensuciado de polvo. Entonces, oyó un grito que provenía del segundo piso. ¡Lidia! Volvió a entrar en casa y subió las escaleras de dos en dos. Se estaba temiendo lo peor. Érika habría vuelto a coger la capa, y ahora vagaba invisible y tan campante por la casa. Sin embargo, al llegar al rellano, descubrió a la pequeña riendo a carcajadas.

—¡Hay un duende mágico en el cuarto!

Valeria la miró extrañada. En ese momento oyó un estruendo en su habitación. Apartó a su hermana de la puerta y asomó la cabeza para tener una visión global del dormitorio. Las dos camas estaban en su sitio y el armario parecía no haberse movido. Entonces, vio algo que se desplazaba con mucha rapidez. Valeria brincó hacia atrás y cerró la puerta de un golpe.

—¿Es un duende, Val?

Los ojos verdes de la niña brillaban de la emoción. Sin embargo, los de Valeria transmitían pánico. Respiró profundamente y cogió lo primero que encontró a mano. Agarró con fuerza una escoba y volvió a abrir la puerta. El chirrido que provocó al deslizarse hizo que la joven tragara saliva. Había algo ahí dentro y, aunque en un primer vistazo parecía que esa cosa se había desvanecido, descubrió con temor que había una figura escondida detrás de la cortina. El hecho le pareció absurdo. Dos sandalias rojas decoradas con enormes nenúfares asomaban por debajo de la cortina. Se acercó lentamente, y con la punta de la escoba tocó al intruso que se ocultaba sin suerte alguna. Érika permanecía detrás de ella ansiosa por descubrir al ser mágico que había ido a visitarlas. Aquel era sin duda el día más divertido de su vida.

De repente, el ser descorrió la cortina y avanzó hacia ellas. Valeria gritó y saltó sobre su cama sin dejar de apuntar al intruso con la escoba. Sin embargo, Érika permaneció quieta admirando al ser. ¡Era un dibujo animado! ¡Como los de la tele! Tenía ante sí a una joven con dos enormes coletas azules y unas mejillas tan sonrosadas como

irreales. Sus ojos eran enormes y de color añil, y sus pestañas eran tan largas como fantásticas. Tenía unos labios rojos delicadamente perfilados. Llevaba un quimono rosa, estampado con flores de diversos colores.

—¿Qué eres? ¿Qué quieres?

—Val, soy Lidia…

—¿Lidia?

Valeria se bajó lentamente de la cama y agarró con fuerza una de las mejillas de aquel esperpento. Lidia gritó. Sí, sí, aquella cosa era su hermana.

—Pero ¿cómo ha pasado esto? Lidia, ¿tú te has visto? ¡Eres un dibujo animado!

—Sasha, soy Sasha… La chica samurái… ¡Mi heroína del manga!

Lidia le indicó el póster que adornaba la pared de su cuarto. Valeria, desconcertada, observó con más detalle aquel mural que llevaba más de tres años pegado a la pared. Aunque no entendía japonés, pudo apreciar la similitud entre el personaje central femenino y la que decía ser su hermana. ¡Eran idénticas! Buscó en los ojos de Lidia una explicación.

—¡Qué guay! ¡Yo también quiero ser un dibujo! —gritó Érika.

—¡Esto es humanamente imposible! ¿Cómo demonios te has convertido en una japonesa pintada con dos moños azules?

—No me riñas, Val —le pidió dejándose caer en la cama—. No sé cómo volver a ser normal.

Un millón de gotas empezaron a brotar de sus ojos y a salpicar todo lo que se encontraba a un metro a la redonda. Sus lágrimas no eran humanas, eran chorros de agua que se estrellaban contra el suelo en cascada. Lidia quería parar, pero no podía. Se sentía muy desdichada.

—Dudaba un poquito de la historia que me contaste. Érika no podía haberse vuelto invisible. —Hizo una pausa para secarse las lágrimas con sus manos—. Pero entonces te llegó el paquete y pensé que sería una señal, así que me puse los zapatos ¡y me transformé en Sasha!

—¡Érika, trae un pañuelo, o mejor, una fregona! —Valeria se sentó junto a Lidia—. Tranquila, tienes que dejar de llorar o vas a terminar creando una inundación. Pero ¿por qué Sasha?

—No sé, miraba el póster mientras me ponía los zapatos. ¡Siempre he querido ser como ella!

Valeria echó un vistazo al calzado de su hermana. Lidia comenzaba a calmarse, ya no salían esas extrañas gotas de sus ojos.

—Pero no llevas los zapatos ahora. Tienes puestas dos ridículas sandalias rojas.

—No, los zapatos también se transformaron. He intentado quitármelos, ¡pero no puedo!

—Bien, voy a ayudarte a quitártelos. ¡Échate en la cama!

Lidia obedeció a su hermana. Se tumbó en la cama y, durante unos segundos, consiguió relajarse. Valeria intentaba descalzarla, pero parecía evidente que sus esfuerzos eran en vano. Ella ya lo había intentado todo antes. Su hermana tiraba y tiraba, pero las sandalias no se despegaban de sus pies. ¡Qué ironía del destino! Toda la vida soñando ser una espía samurái y ahora se había convertido en ella, pero con todas sus consecuencias. ¡Era un dibujo animado! ¡Estaba acabada!

—¡Papá ha llegado! —La pequeña entró con la fregona y varios pañuelos en la mano.

—Bien, vete abajo y distráelo un rato. ¡Y que no suba!

—¿Qué vamos a hacer, Val? —Lidia miró a su hermana con ojos suplicantes.

—Métete en la cama. Fingiremos que estás enferma.

La ayudó a cubrirse bajo las sábanas e intentó ocultar esa cabellera azulada que sobresalía de la colcha. Esperaba que su plan funcionase. Su padre no subiría hasta después de comer, y deseaba que, para entonces, sucediese un milagro.

—No te muevas de aquí.

Valeria bajó a la cocina. Su padre estaba telefoneando a un restaurante chino para pedir comida. La chica se remangó la blusa y se dispuso a poner los cubiertos y vasos en la mesa. ¿Qué iba a hacer con Lidia? No podía vivir eternamente como una heroína del manga. Debía existir algo que la devolviera a la normalidad. Al día siguiente, sin falta, le haría una visita al cretino del vendedor y le diría unas cuantas cosas. Su padre colgó el teléfono y se percató de que faltaba un vaso en la mesa.

—Lidia no se encuentra bien, tiene algo de fiebre. —El labio superior le temblaba—. Ha dicho que no tiene hambre y que prefiere descansar.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —Su padre se encaminó a las escaleras.

—¡No! No la molestes. Ahora está durmiendo. Después le subo algo de comer.

—¡Pues he pedido comida para un regimiento! ¿Seguro que no hay que llevarla a un médico?

—No, es un simple resfriado—. Valeria esbozó una sonrisa forzada.

—¡Se ha sonado tanto que ahora tiene el pelo azul!

Valeria le propinó una patada a su hermana por debajo de la mesa. La niña ya se había sentado y, mientras esperaba la llegada de la comida china, devoraba un paquete de patatas fritas. El ajetreado día le había abierto el apetito. Estaba tan cansada que ya había comenzado a bostezar. En cambio, su hermana mayor tenía los nervios

a flor de piel. No sabía si podría dar algún bocado, ni siquiera si conseguiría dormir esa noche. La joven le hizo un gesto a la niña para que guardara silencio. Érika respondió asintiendo levemente con la cabeza.

Al terminar, y mientras su padre y su hermana veían la televisión, Valeria recogió algunas sobras de la cena y se las llevó a Lidia. Esta se alegró tanto de verla que se incorporó de un salto y se colgó como un mono del cuello. La besaba desesperadamente por toda la cara. Valeria, temiendo que toda la comida terminara esparcida por el suelo, la apartó de golpe. Lidia terminó estampada contra la pared como si fuera una mancha de tinta. Y ante la mirada atónita de Valeria, comenzó a escurrirse hasta llegar al suelo. Entonces volvió a su forma animada.

—¡Ay! ¡Me has hecho daño! —Lidia se lamía las heridas como un cachorro ofendido.

—¡Quieres estarte quieta! ¡Papá puede oírte! —le gritó entre dientes.

—Tengo hambre.

El estómago de Lidia estaba rugiendo, literalmente. La joven le arrebató la bolsa con la comida y empezó a devorar todo lo que encontró. Su apetito parecía no saciarse. Las migas del pequeño pan que había incluido en su pobre menú de sobras saltaban como chinches sobre las sábanas. Valeria pensó que nunca podría borrar esa imagen grotesca de su memoria.

—Sasha es una gran guerrera —explicaba mientras masticaba la comida—, pero tiene un pequeño defecto: ¡Es una glotona! Cuando vuelve de una batalla, se come cinco platos de arroz. ¿No has traído nada más?

5

Ruinas

Antes que los primeros rayos del amanecer hicieran su aparición y tiñeran de un ligero anaranjado el horizonte, Valeria se levantó de la cama. No había dormido en toda la noche, los ronquidos profundos y graves que profería su hermana estremecían hasta el más recóndito rincón de la habitación. No entendía cómo podía dormir tan profundamente. Era ella la que tenía un serio problema y, sin embargo, parecía estar disfrutando de su nueva condición. No acataba normas. Todo estaba permitido para su alter ego. Quizá era otra característica de Sasha. Podía ser que, además de una glotona, fuera también una dormilona de maratón.

La joven abrazó su taza de leche para sentir el calor en su cuerpo. Estaba helada. La noche de insomnio la había ayudado a idear un plan. Debían ir a la tienda de los cuentos, pero ¿cómo? Lidia era un cromo gigante con patas, no podía cruzar media ciudad con ella. ¿Entonces? La solución le sorprendió tanto que tuvo que sentarse en el borde de la cama y taparse la boca para no echarse a reír. ¡Claro! ¡Qué idiota había sido! Le pondría la capa a su hermana y se volvería invisible, así nadie se percataría de que había un monigote andante delante de ellos. ¡Era un plan excelente! Pero en ese instante, allí de pie, frente a las sombras de aquellos descomunales edificios que se erguían cuatro manzanas más abajo, sintió impotencia. ¿Cómo iba a ser capaz de todo aquello? ¿Y si la capa solo funcionaba con Érika? ¿O peor, a su antojo?

—¡Madrugadora, hoy me has ganado! —le gritó su padre desde las escaleras— ¿Tienes examen?

La joven asintió y lo siguió hasta la cocina. Quería contarle lo que ocurría. Todo aquello la superaba, pero la voz no lograba salir de sus cuerdas vocales.

—He pasado por tu cuarto para ver cómo se encontraba Lidia. —A Valeria se le encogió el estómago—. Tu hermana está durmiendo como un tronco. No tenía ni idea de que roncase tanto. ¿Cómo puedes dormir con ella?

—Te he dicho miles de veces que necesito una habitación para mí.

El sonido de una llave en la puerta de la entrada interrumpió la conversación. Rosa llegaba, y eso solo significaba que ya estaba dispuesto a salir.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Espera! —Érika corrió hasta él.

—¿Ya estás lista para ir al cole? —le preguntó mientras la abrazaba.

—¿Y hoy no vas a llevar tu estupenda capa? —Rosa observaba a la niña mientras se desprendía de su bolso—. No hay quien se la quite.

—No puedo —explicó la niña—, Valeria no quiere que vuelva a desaparecer.

—No, que después nos da la lata a todos con la dichosa capa —aclaró la joven.

Las primeras horas de la mañana transcurrieron lentamente para pesar de Valeria. Estaba deseando que las clases terminaran y poder correr hasta su casa para comprobar cómo estaba su hermana. Sin embargo, a Valeria se le planteaba otro problema: Daniel Morales. Había conseguido esquivarlo justo antes de entrar en clase. Sentada en su pupitre, sentía la mirada incisiva del chico clavada en su nuca. No se había atrevido a mirarlo, no tenía ni idea de qué decirle. Ya eran las nuevas en ese colegio, como para que encima se cebaran con ellas, llamándolas «bichos raros» o «apestadas». Y Dani tenía ese poder o incluso más. El chico podría amargarles la vida en el colegio. Los nervios la estaban consumiendo, su rodilla vibraba a un ritmo imparable y deslizaba el bolígrafo entre sus dedos sin tregua alguna. Pronto sonaría el timbre. Los alumnos se agolparían en la cafetería para comer algo. Pero ella debía esconderse, y lo iba a hacer. Permanecería encerrada durante media hora en los baños de chicas. Allí, Dani no la buscaría. Sin dejar tiempo a que sonara la estridente sirena, la joven se incorporó de un brinco y se precipitó a la salida. Por primera vez desde que había entrado en el colegio se atrevió a mirarlo. Los ojos grises del chico, grandes como dos amenazantes nubarrones, la seguían sin ningún tipo de reparo. Su mirada penetrante la hizo estremecer por un segundo. Bajó la cabeza y continuó su camino al baño.

—¡Val!

—¿Lidia? Pero ¿qué demonios estás haciendo aquí?

—Vaya, esperaba un «me alegro de verte».

En ese momento, Valeria se percató de que su hermana volvía a ser humana. Estaba tan enfrascada en cómo salir huyendo que no había mirado a Lidia. ¡Volvía a ser Lidia! Su cabello castaño y enredado, sus ojos de curiel avispado, esa sonrisa sarcástica que conseguía sacarla de quicio. ¡Era su hermana! Se alegró tanto que la abrazó hasta dejarla sin respiración.

—¿Cómo has vuelto a ser tú?

—Bueno, te lo cuento de camino a la cafetería. Tengo mucha hambre. Me comería una tortilla de patatas entera. En realidad, yo no he hecho nada. Simplemente, el efecto desapareció, entonces aproveché para quitarme los zapatos. Y pensé que mejor te daba la noticia en persona.

—Podías haberte quedado en casa y esperar a que llegáramos.

—¿Y perderme tu cara de zopenca al verme aquí? —Rio sin mesura.

Las chicas se adentraron en la cafetería. Daniel las seguía muy de cerca. Las hermanas tomaron asiento en la mesa habitual, estaban muy lejos para escuchar lo que decían. Hablaban en voz baja y, cuando alguien se acercaba, paraban de repente. El chico se apoyó en la barra, desde allí, podía observarlas mejor sin levantar sospechas. Hasta el día anterior, pensaba que Valeria era la típica empollona que no soltaba los libros ni para ir al baño, y de Lidia que era una especie de sabelotodo con la lengua muy afilada, pero era evidente que se había equivocado en su primera impresión. A Érika la había conocido el día antes. Una niña muy risueña y bastante más simpática que su hermana mayor. Pero esa niña había aparecido ante él como un fantasma.

—¿Qué haces? ¿Hoy no te sientas con tus amigos musculitos?

Nico imitó la postura de su hermano y apoyó un codo en la barra mientras bebía a sorbos de su vaso de Coca-Cola.

—¿Qué sabes de las hermanas Ramos?

—¿Pasa algo, Dani? —Lo miró confuso—. Solo sé que su padre las matriculó en este colegio cuando murió su madre en un trágico accidente de tráfico.

—No me refería a ese tipo de información. Solo si has visto alguna cosa rara —el chico empezaba a exasperarse—. ¿Crees que puedan pertenecer a alguna secta? ¿O que sean brujas?

Nico observó el rostro impasible de su hermano. No bromeaba. No apartaba la vista de las hermanas. Valeria, de vez en cuando, miraba de reojo, como si quisiera tener localizado en todo momento a Daniel. Su hermano mantenía su expresión dura hasta cuando la chica desviaba la vista. Lidia parecía eufórica; sus ojos chocolate estaban más abiertos que nunca y enfatizaba con gestos su narración. Al pasar junto a ellos, las hermanas ni siquiera los saludaron. Nico seguía sin entender nada. Aquella reacción no era normal después de lo que había pasado. Ellos habían colaborado en la búsqueda de su hermana. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Qué no le había contado Daniel?

En cuanto acabaron las clases, las tres volaron hasta la parada del autobús. Tenían que salir de allí de inmediato. Pero antes de que pudieran alcanzar su meta, Daniel Morales las interceptó. Se plantó

frente a ellas, ante la mirada atónita de Lidia.

—Creo que tú y yo tenemos una conversación pendiente.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar. —Valeria atrajo a Érika y la ocultó tras ella.

—Yo no estoy loco, sé lo que vi. Y, si te hace sentir más segura, no se lo he contado a nadie todavía. Pero necesito una explicación.

—¿Para ir después corriendo y contarlo a la panda de cretinos a la que perteneces?

—¿Sois brujas? —le preguntó, ignorando el comentario.

La joven arqueó las cejas y pestañeó varias veces. Ese chico había perdido el juicio por completo. Solo les faltaba a sus hermanas y a ella que se extendiera ese rumor absurdo en ese colegio que tan «cordial» había sido con ellas.

—Sí, claro, somos todas brujas. Así que, como sigas soltando estupideces por la boca, voy a tener que convertirte en un sapo, ¡idiota!

Valeria le dio la espalda y tiró de su hermana pequeña. Daniel se sintió insultado ante el descaro de ella. En ese momento, la odiaba. Tensó el mentón y apretó los puños, nadie se había atrevido a hablarle de esa manera. Y si esa chica creía que aquel desplante iba a hacer que renunciara a descubrir la verdad, estaba equivocada. Sacó su teléfono móvil e hizo una llamada.

Las hermanas continuaron con el plan trazado. Llegaron a casa y saludaron a Rosa. La mujer tendría que verlas para después iniciar su aventura al centro. No podían levantar sospechas. Sabían que contaban con casi dos horas antes de que su padre regresara del trabajo, así nadie se percataría de su ausencia. Tenían tiempo suficiente para ir a la tienda y devolver los objetos al viejo charlatán. Por lo tanto, en cuanto salieron de la boca del metro, doblaron la calle. Lidia dio un respingo al comprobar que la tienda de la esquina era un edificio en ruinas. La entrada estaba tapiada. Valeria estaba confundida. Hacía solo unos días, el lugar estaba en perfecto estado. Sus paredes verdes y la cornisa roja hacían que destacara entre todos los edificios de la calle, era una pequeña joya inmersa en una jungla de cemento. Pero, en ese momento, su puerta inexistente y el deteriorado rojizo de las ventanas le otorgaban un aspecto deprimente. El letrero, adornado con duendes y hadas, era tan solo un recuerdo. Parecía como si la tienda llevase años cerrada. Y eso no podía ser posible.

—¿Qué pasa, Val? —La pequeña, aturdida, buscaba un punto de referencia que le indicara que aquella era la tienda—. ¿Nos hemos equivocado?

—No. —Dudó su hermana—. Voy a acercarme. Quedaos aquí.

Sin soltar la bolsa que contenía los tres objetos, Valeria cruzó la

calle. Rodeó la tienda. No había ninguna puerta, todas las entradas posibles estaban tapiadas. ¿Qué iban a hacer? Levantó la mirada y no vio a sus hermanas al otro lado de la calle. Debían de haber ignorado su orden y, conociendo a Lidia, seguro que estaban inspeccionando el lugar. Siguió de frente y divisó a las dos en uno de los laterales. Lidia estaba tratando de introducir a Érika por un pequeño hueco que había en una de las ventanas.

—¡¿Qué estás haciendo?! —gritó alarmada.

—Yo no quepo, pero Érika sí. Ella nos dirá qué ha pasado ahí dentro. ¿Qué has descubierto?

—Nada. ¿Pero no te das cuenta de que puede ser peligroso? ¡Érika es una niña!

—No soy tan pequeña, ya tengo siete años —rechistó—. Solo voy a mirar.

La ventana estaba a metro y medio del suelo y el plástico que la cubría estaba roto. Lidia intentó romperlo más, quería ampliar el espacio para poder introducir a su hermana pequeña, pero era demasiado grueso para hacerlo con las manos. Valeria suspiró y ayudó a Lidia a alzarla. Esta cogió impulso y pudo apoyar sus pies en el marco de la ventana. Después, desapareció tras ella. Al mismo tiempo que lo hacía, Valeria se arrepintió de haberla dejado ir sola.

—¡Está oscuro! —oyeron gritar.

Valeria empezó a impacientarse. Habían pasado diez minutos sin saber nada. Miró a su hermana buscando su consuelo. Lidia no dijo nada, sabía que Érika podía estar en peligro. Comenzó a llamarla. Con más empeño, intentó arrancar el plástico que la separaba de la pequeña. Pero, aunque lo consiguiera, todavía quedaban las dos maderas en forma de equis que impedían que nadie se introdujera en el edificio. Ella no era tan menuda como Érika, aunque eso en aquel momento no le importaba. Había sido idea suya que la niña entrara en la tienda en ruinas sin valorar adecuadamente las consecuencias. Y de la misma manera, la iba a sacar de allí. Valeria la llamaba histérica, pero aquella vieja tienda se había convertido en una tumba, un silencio sepulcral parecía brotar de sus enigmáticas paredes y envolverlas en un desolador manto de frustración. Lidia, exhausta, se dejó caer al suelo, abandonando su lucha contra aquel dichoso plástico. Lo había intentado con todas sus fuerzas, pero había fracasado. Con las manos enrojecidas y una diminuta lágrima que comenzaba a despuntar de sus ojos, observaba a Valeria, que corría de un lado a otro buscando exasperada otra posible entrada. Las dos cruzaron sus miradas desesperanzadas, Érika seguía sin dar señales de vida, su pequeña aventura al centro había finalizado inesperadamente. Valeria le tendió una mano y la ayudó a levantarse, esta se sacudió el polvo de sus vaqueros y apartó el flequillo de sus ojos.

—¿Tenéis un mechero o una vela? Aquí dentro está muy oscuro.

Se giraron hacia el lugar de dónde provenía la voz. Un par de metros más allá, la cabeza de Érika parecía asomar de una ranura. Las dos corrieron hasta ella. La pequeña había encontrado una falsa puerta que se camuflaba en la pared.

—¿Qué hay ahí dentro? —le preguntó Lidia mientras se deslizaba por la puerta.

—Nada, no hay nada —dijo la pequeña—. Solo polvo.

Valeria fue la última en entrar. La escasa claridad que penetraba en aquel recinto lo hacía por los plásticos agujereados que protegían a las ventanas de los intrusos.

Apenas era visible el mostrador donde días antes el peculiar anciano les había entregado los objetos, estaba enterrado bajo una densa capa de mugre donde docenas de productos se amontonaban con un descuido inusual. Algunas sábanas cubrían las avejentadas estanterías, pero muchos artículos continuaban desamparados al descubierto, casi moribundos, parecía que gritaran ahogados pidiendo auxilio en una fosa velada. Estaban envejecidos, llenos de polvo o, incluso, con telarañas. Las chicas se dirigieron al fondo de la tienda. Allí tampoco había nada. Aquello parecía llevar años deshabitado.

—Esto no puede ser posible —dijo Valeria—. Toda esta suciedad no se puede formar en dos días.

—Puede que esto lleve cerrado años.

—Lidia, ¿te estás escuchando? ¿Y cómo estaba en perfecto estado el domingo? ¿Cómo pudo recibirnos un anciano bajito y vendernos estos objetos?

—¡Es una tienda mágica! —exclamó Érika entusiasmada—. Aparece y desaparece cuando quiere.

—Esta vez, estoy de acuerdo con la enana, Val. Nada de esto tiene sentido. Una capa de la invisibilidad, unos zapatos que te transforman en otra persona, ¡y todavía no sabemos lo que puede llegar a hacer la ballesta!

—Bueno, es igual. Dejamos la bolsa con los objetos en algún rincón polvoriento de la tienda y nos largamos. ¡Fin del problema!

Valeria volvió a revisar minuciosamente el contenido de la bolsa. Allí estaban la capa, los zapatos y la ballesta, todo en perfecto estado. Se acercó junto a Lidia a la pared del fondo, el armonioso papel floreado que la recubría estaba deteriorado, en muchas zonas se podía apreciar el color rojizo de los ladrillos con los que habían cimentado la tienda. Miró a su hermana, Lidia también se había percatado. Un fino hilo de luz vertical brotaba de la pared hasta llegar al suelo. Detrás de esa decoración florida, había otra puerta. Las chicas rompieron el papel hasta dejar al descubierto la entrada. Era una puerta de no más de metro y medio de alto, justo para que el pequeño

dueño de la tienda pudiera entrar y salir. Debía ser el trastero. Y el perfecto escondite para enterrar los objetos de una vez por todas.

—¿Y si alguien consigue encontrarlos? Un ladrón podría usar la capa para robar un banco. —Las dudas asaltaron a Lidia.

—Eso no va a pasar. ¿Quién va a entrar aquí a robar unos estúpidos objetos?

Un ruido metálico proveniente de la entrada las sobresaltó. Valeria llamó susurrando a Érika, que acudió de inmediato. La joven se llevó el dedo índice hacia sus labios. Sus hermanas lo comprendieron: silencio absoluto. Lidia señaló el destartalado sofá imperial que se encontraba cerca del viejo escaparate. Sería un buen escondite. Valeria asintió. Avanzaron con mucha cautela hacia el sofá. Un pequeño foco de luz recorría la estancia sin ningún orden concreto. No estaban solas, allí había alguien con una linterna. Oyeron algunos pasos que se acercaban al fondo de la tienda. Valeria intentaba pensar con rapidez. ¿Quién podría ser? Quizá el extraño viejecito habría olvidado algo. O un policía las había visto entrar. Pero si era así, ¿por qué no las llamaba directamente? Entonces oyeron susurros. Había alguien más, al que Valeria no había podido individuar. La joven tragó saliva. Tenía que hacer algo y rápido. Si esos hombres llegaban al fondo de la tienda, las descubrirían, así que abrió la bolsa con mucho cuidado, sacó la capa y se la entregó a Érika. Era la única manera que tenía de protegerla. No sabía quiénes eran esas personas ni qué buscaban, pero si las encontraban, al menos no verían a su hermana. Lidia ayudó a Érika a ponerse la capa y le indicó que no utilizase la capucha hasta que ella se lo dijera. Valeria también cogió la ballesta. No sabía cómo funcionaba, pero le podría asestar un buen golpe en la cabeza a alguien con ese objeto. Volvieron a escuchar susurros, pero esa vez, una de las personas se detuvo a escasos centímetros de donde se encontraban. La luz de la linterna iluminaba varios objetos de la estantería trasera. Lentamente, el foco se movía hacia ellas, hacia la lámpara que adornaba el techo del escaparate, las sábanas que cubrían todo el vidrio de la parte delantera. ¡El sofá! No tenían tiempo. Tenían que actuar rápido. Lidia cogió impulso desde uno de los brazos del sofá y se abalanzó sobre el hombre que cernía la linterna. Los dos cayeron al suelo. Valeria aprovechó para blandir la ballesta y amenazar con ella al intruso.

—¡Chicas, soy yo! ¡Soy yo! No me hagáis daño.

Lidia se incorporó dejando al descubierto el rostro del fisgón. ¡Era Nico! El chico seguía en el suelo contorsionándose de dolor por el puñetazo que había recibido en el estómago. Casi al mismo tiempo, su hermano Daniel apareció en la escena furioso.

—¿Es que os habéis vuelto locas? ¿Queríais matarlo? —Ayudó a su hermano a levantarse. El golpe lo había dejado sin respiración y tosía

continuamente.

—¿Qué demonios estáis haciendo aquí? ¿Nos habéis seguido? —Valeria no les tenía miedo a los brazos musculados del chico ni a su mandíbula amenazadora.

—¿Es aquí donde os reunís para hacer vudú?

—¿De qué vudú está hablando este idiota, Val?

Lidia estaba indignada, no entendía por qué esos dos las habían seguido. Y ahora tendrían que dar explicaciones a los fisgones. No podrían esconder los objetos allí, Daniel y Nico ya conocían su existencia. Podrían robarlos y utilizarlos para Dios sabía qué.

—Lidia, busca a Érika, yo me encargo de esto.

La chica refunfuñó. Si iba a haber pelea, ella quería estar presente. Miró fijamente a Daniel y comprendió que ese chico era tan testarudo como su hermana. No renunciaría tan fácilmente a dejarlas en paz. Lidia vio a la pequeña abriendo la diminuta puerta que minutos antes habían descubierto, y aunque hubiera preferido quedarse junto a su hermana mayor, no quería que Érika volviese a desaparecer. Con cierto aire de desdén, giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta. Nico también se había percatado del haz de luz que parecía provenir del fondo. No tenía ni idea de lo que estaban haciendo en un lugar tan tenebroso. Había arañas por todas partes, y probablemente también ratones, pero no quería permanecer junto a su hermano. Podía palpar la ira que desprendían todos los poros de su piel. Así que, ni corto ni perezoso, sujetó con fuerza la linterna y siguió los pasos de Lidia.

—Podrías haberle hecho daño a alguien con ese trasto —continuaba Daniel—. Pero ¿quién esperabas que fuera? ¿Un violador?

—No te tengo que contar mi vida. Tú eres el que nos has seguido como si fueses un acosador.

—¡Desde que vi a tu hermana aparecer ante nosotros de aquella manera no he pegado ojo!

—¿Y es culpa mía? ¿Por qué no te has traído a todo el equipo de baloncesto? Hubiéramos hecho un aquelarre aquí.

Daniel suspiró y relajó su cuerpo. Valeria se cruzó de brazos y negó con la cabeza. Él la miró fijamente, y ella apartó su mirada. ¡Esa chica era incansable!

—Habrían pensado que estaba loco —confesó después de unos minutos—. Pero tenía que descubrir lo que estaba pasando. Sé que no fue una alucinación, pero...

Valeria arqueó las cejas. Por primera vez había visto un atisbo de humildad bajo esa capa de arrogancia. Quizá podía tener a ese chico de aliado.

—No sé si puedo confiar en ti. Pero te aseguro que es una historia complicada y difícil de creer. Y siento desilusionarte, pero ¡no soy una



bruja! —le aclaró con una sonrisa burlona.

6

Espejo

Nico atravesó la diminuta puerta que segundos antes habían cruzado las dos hermanas. Había tenido que agachar la cabeza e inclinar todo su cuerpo hacia adelante. ¿Quién habría construido una puerta de esas dimensiones? ¿Un enano? Desechó ese pensamiento de su mente. La historia que le había narrado Daniel sobre ellas le parecía absurda. Las chicas no eran brujas, estaba seguro, pero muy pocas veces su hermano contaba con él, así que cuando lo llamó, acudió en su ayuda sin dudarlo. Las habían seguido, primero hasta su casa, después cogieron el vagón contiguo en el metro, y ahora estaban en un edificio destartalado en el centro. Había pensado que se irían de compras a algún centro comercial, jamás que se introducirían en una vieja tienda de artículos estúpidos. No entendía qué hacían allí, pero aquello era la mayor aventura que había vivido en sus catorce años. Al entrar, se encontró con una habitación de unos dos metros cuadrados. Lidia, malhumorada, se había detenido ante una espada mugrienta que sujetaba con sus garras la escultura de un fiero dragón anclado a la pared, este parecía emerger de una fortaleza erigida en medio de un bosque. Érika permanecía a su lado contemplando un candelabro de tres brazos que debió ser dorado años atrás. No había mucho más ahí dentro: una escoba roída, un diminuto taburete, unas botas campestres y otra sábana cubriendo algún mueble centenario. Supuso que aquella habitación debía ser el trastero.

—¿Qué es lo que estamos haciendo aquí? —preguntó por fin.

—Hemos venido a devolver los objetos mágicos a su dueño —Érika sonreía mientras Lidia la mandaba a callar.

—¿Por qué esto está lleno de cosas inútiles y viejas?

—No estaban viejas el domingo…

—¡Érika! Te he dicho un millón de veces que no se habla con extraños.

La niña refunfuñó. Pensaba que esos chicos eran amigos de sus hermanas, las habían ayudado cuando ella jugaba al escondite, así que no podían ser tan malos. Nico decidió ignorar a la muchacha y centró

su atención en la pequeña. Se sentó en el taburete y sonrió socarronamente.

—Estas botas son muy chulas, ¿no crees? —El chico le guiñó el ojo a la niña, y esta rio—. ¿Crees que debería probármelas a ver cómo me quedan?

—Yo que tú no haría eso —le advirtió Lidia.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que está pasando aquí?

—Esas botas son mágicas —le aclaró la niña—. Todo lo que hay aquí dentro es mágico.

—Érika, sabes que eso no puede ser. No existen las cosas mágicas. —Comenzó a descalzarse—. Y te lo voy a demostrar.

Aunque le hablaba a la pequeña, Nico no le quitaba ojo a su hermana. Esta comenzaba a inquietarse y él esperaba que terminara confesando qué demonios estaban haciendo en un inmueble desmantelado lejos de su casa. Ni por asomo creía en esa fantasiosa historia, no se encontraban en ninguna tienda extraordinaria repleta de objetos mágicos, pero en una cosa podía darle la razón a Daniel; las hermanas ocultaban algo.

—¡No te pongas esas botas! —lo amenazó Lidia.

—¿Por qué? ¿Son tuyas? —le replicó haciendo caso omiso de sus palabras.

—¡¿Sabes lo que te digo?! ¡Que puedes ponértelas! Con un poco de suerte te convertirás en ratón, y así podré escacharte como el mequetrefe que eres.

La chica se dio la vuelta y desapareció tras la diminuta puerta del trastero, blasfemando. Nico arqueó las cejas y miró a la pequeña que seguía frente a él, observándolo. Su plan había fracasado. Esperaba que los nervios de Lidia la terminaran delatando, pero no había sido así, se comportaba como un muro de acero impenetrable. Miró a la niña, al menos la tenía a ella.

—Las botas no funcionan contigo —le dijo con cierta desilusión.

—Son solo botas, Érika, ¿qué esperabas que pasara?

—Mi hermana se transformó en un dibujo divertido.

Nico frunció el ceño. No entendía nada. Quizá solo estaba tratando con una familia de chalados que presumían de una gran imaginación. Se incorporó y contempló las botas durante unos segundos. No le quedaban del todo mal. Y, para su sorpresa, eran de su número. Acarició la cabeza de la niña y continuó explorando aquella habitación. Érika lo seguía. Ambos observaron la amplia sábana que decoraba la pared del fondo. Debía esconder un mueble muy grande.

—¿Descubrimos lo que hay debajo?

La niña asintió con entusiasmo. Nico tiró de la sábana, dejando al descubierto un espejo antiguo de más de dos metros de alto. Pensó que el propietario de aquella tienda tenía una extraña concepción de

las medidas. Una puerta diminuta, un espejo gigante. ¿Cómo había logrado introducirlo allí? El marco que lo sostenía era de madera y tenía tallados varios dibujos sin relación entre ellos. Nico los iba tocando uno a uno. Érika se afanaba por limpiar el cristal con su vaho.

—¿Crees que también es mágico? —le preguntó la niña con los ojos muy abiertos.

Nico no respondió. Había algo extraño en aquel espejo, no reflejaba nada. A pesar de la capa de polvo, debía mostrar al menos las dos siluetas que estaban frente a él. Apoyó la palma de la mano en él, y en el cristal se formaron ondas, como si se tratase de una superficie líquida. El chico estaba perplejo, pero no apartó su mano del espejo.

—Érika, ¿qué es eso de que tu hermana se transformó en dibujo?

Lidia estaba desconcertada. No entendía a Valeria, horas antes le había hecho prometer que guardarían el secreto, nadie podía conocer la existencia de esos objetos, y, en ese momento, su hermana le narraba a Daniel lo sucedido. El chico se mordía el labio inferior mientras meditaba sobre la historia rocambolesca que salía de la boca de Valeria. El brillo de sus ojos miel parecía sincero. No le mentía. Sin embargo, era imposible no dudar de aquel cuento chino. ¿La capa de Caperucita Roja, los zapatos de Cenicienta y la ballesta de Guillermo Tell? ¡Aquello era de locos! Pero él había visto a Érika aparecer y desaparecer. Si Valeria no se equivocaba, la capa te confería el don de la invisibilidad. Daniel soltó un resoplido sonoro. Era demasiado para él. Hubiera preferido escuchar que las hermanas provenían de una rama ancestral de brujas. Sí, esa historia era más fácil de asimilar. Pero ¿objetos mágicos que surgían de los cuentos para niños? ¿Y cómo era que la tienda que habían visitado días antes se había desvanecido y convertido en un edificio en ruinas?

—Y según tú, ¿qué le ha pasado al dueño? ¿Se ha evaporado? Ha dejado la tienda con algunos trastos todavía en las estanterías y se ha largado, ¿al país de las maravillas?

—No debería haberte contado nada —dijo Valeria con enojo.

—No, no, lo siento…, solo que esto es difícil de creer…, de comprender….

—Valeria, ¿por qué se lo has contado? Ahora seremos el hazmerreír del colegio.

—No voy a contar nada, Lidia, créeme. Vuestro secreto está salvo conmigo. Además, no me creerían. —Daniel dudaba de la veracidad de aquella historia—. Yo vi a Érika desaparecer y, aun así, me cuesta asimilar que haya capas mágicas y zapatos traicioneros.

—Bueno, ahora que te he contado la verdad, espero que nos dejes en paz. Y tienes que hacerme una promesa. —Valeria adoptó una actitud seria—. Esconderemos estos objetos aquí, y tienes que jurarme que nunca, ni tú ni tu hermano volveréis a este lugar. Nadie puede

saber lo que se esconde aquí. Estos objetos, en malas manos, podrían ser muy peligrosos.

El chico cerró los ojos unos instantes y reflexionó sobre la decisión que iba a tomar. Por un lado, quería comprobar por sí mismo cómo funcionaban y si todo aquello era real, pero por otro, quería recuperar su vida sin sobresaltos. Quería concentrarse en sus partidos sin pensar que había brujas en su instituto o extraños objetos que podían hacerte desaparecer. Ofreció su mano a la chica de las graciosas pecas. Ella la estrechó sonriendo. Lidia estaba siendo una mera espectadora del pacto entre los dos muchachos. La mano de Valeria se le antojó a Daniel suave y delicada. Sin embargo, el coraje que emanaba de su piel era enérgico. Entonces observó que, de los cabellos trigueños de ella surgía una especie de resplandor azul. ¡No, no eran sus cabellos los que brillaban de esa manera! Había algo detrás de la muchacha. Su instinto actuó de inmediato y aprovechando que todavía sujetaba su mano, la atrajo con fuerza hacia él.

Una potente luz azulada invadió la habitación. Los tres cerraron los ojos para protegerse del resplandor. Lidia se cubrió la vista con el antebrazo. Lentamente, fue abriendo sus párpados para adaptarse al fuerte fogonazo. Habían pasado de la penumbra más lóbrega a una iluminación casi cegadora. Pero ese no era el único problema que tenían. Lidia pudo atisbar la silueta de dos figuras que parecían surgir del resplandor. Quiso advertir a su hermana, pero no lograba encontrarla. Caminó con torpeza hacia el lugar donde la había visto la última vez. Se apoyaba en las estanterías para no caer. De repente, el haz de luz desapareció con la misma fugacidad con la que había aparecido. Lidia parpadeó varias veces y volvió a enderezarse. Dos jóvenes vestidos completamente de negro la observaban con desdén. Ella no disimuló su asombro. ¿De dónde demonios habían salido esos dos payasos? Entonces pudo ver a su hermana que trataba de levantarse, había caído sobre unas cajas junto con Daniel. Los dos extraños tenían más o menos la misma estatura. Tendrían sobre los dieciocho o diecinueve años. Los ojos negros de ella eran más agresivos. En cambio, los de él, a pesar de ser igual de oscuros, parecían más dóciles. Aunque Lidia no se dejaba engañar tan fácilmente. La postura erguida y desafiante que había adoptado el chico era mucho más fiera que la actitud *snob* de su compañera.

—¿Dónde están los objetos? —La chica de los cabellos morenos se miraba las uñas mientras esperaba la respuesta.

—¿Quiénes sois vosotros? —les preguntó Daniel desafiante, pero la extraña joven se limitó a mirarlo por encima del hombro.

Valeria apretó contra sí la bolsa que contenía los zapatos y la ballesta. No sabía quiénes eran esos dos intrusos ni de qué agujero negro habían salido, pero no iban a robarle los dos objetos.

—No tengo todo el día. Si nos los entregáis, prometemos no despedazaros —volvió a exigir con tono sarcástico.

Ninguno respondió. Daniel estudiaba los trastos de la estantería que podría usar para defenderse. Lidia buscaba las posibles vías de huida, que no eran muchas. Estaban a pocos metros de la salida, pero eso significaría que dejarían a Érika en el trastero. La otra opción era refugiarse precisamente en el trastero, pero allí quedarían atrapados y sin salida. Valeria no apartaba su mirada de los dos misteriosos chicos. Los ojos felinos de la muchacha desprendían vanidad. Su cabello moreno y lacio se desplazaba en bloque con cada uno de sus movimientos. Con una leve inclinación de la cabeza, indicó a su compañero que iniciara el ataque. Valeria lo miró perpleja. De la palma de la mano del chico, brotó una llama que rápidamente se convirtió en una bola de fuego. Daniel retrocedió. Lidia no pudo evitar dejar escapar un leve chillido que ahogó rápidamente. La frecuencia respiratoria de Valeria había aumentado. No sabía qué hacer. ¿Quiénes eran esos dos ninjas? ¿Cómo podían hacer aparecer una bola de fuego de la nada? Se encontraba petrificada. Buscó apoyo en el rostro pálido de su hermana. Esta le indicaba con su mirada que prestase atención a la bolsa. Bajó levemente la cabeza y entonces comprendió. ¡La ballesta!

Érika había visto el fogonazo azul. Asomó su cabeza y descubrió que una luz mágica había invadido la tienda, pero no podía ver nada de la estancia. Corrió hacia Nico, que seguía sumergido examinando los misterios del espejo. Apenas prestó atención a la presencia de la niña que volvía a estar a su lado. Ni siquiera había advertido el resplandor que penetraba por la diminuta puerta. Continuaba inspeccionando las sorprendentes ondas que se formaban en el espejo cada vez que rozaba su superficie vidriosa. Entonces, sucedió lo inesperado: Nico volvió a apoyar su mano en el espejo, pero esa vez sus dedos atravesaron el cristal. Inmediatamente se apartó de él y comprobó que estaban en perfecto estado. A la niña le hacía gracia que el muchacho se divirtiera jugando con el espejo, pero no podía apartar su vista de los destellos azules que provenían de la otra estancia. Estaba inquieta. Y aquello no presagiaba nada bueno.

—No me gusta ese relámpago azul. Valeria dice que después del relámpago viene el trueno.

Nico hizo caso omiso de la niña y volvió a acercarse al enigmático espejo de dos metros de alto. Lentamente, introdujo su mano en el vidrio. Sintió una brisa fresca recorrer cada uno de sus dedos. Contuvo su aliento. Había algo dentro de él. Poco a poco fue sumergiendo su brazo dentro de aquella misteriosa superficie. Reparó en el rostro atónito de Érika. La niña había visto cómo el brazo del muchacho había desaparecido tras el espejo. De repente, y de un tirón, Nico

retiró su brazo del cristal. En su mano, había una pequeña flor amarilla.

—Es como los sombreros de los magos. —La niña estaba maravillada—. ¿Puedes sacar un conejo?

El chico sonrió para sus adentros. Aquella flor era asombrosamente inexplicable. Sus pétalos acariciaban la vida. Su tallo largo y verde estaba todavía humedecido. ¿Cómo podía ser que existiese una flor con un colorido tan palpable dentro de un espejo? Un sonido estridente llamó su atención. Duró solo unos segundos, lo suficiente para que se percatara de la extraña vibración que azotaba la pared que tenía frente a él. La espada, sometida al yugo del dragón, luchaba por desprenderse de las enormes garras y de la larga cola que se enredaba en ella. Parecía una prisionera castigada que buscaba su ansiada libertad. Entonces oyó voces procedentes de la otra habitación. Una le resultaba familiar, era la de su hermano Daniel. La otra era totalmente desconocida para él, y eso solo podía significar una cosa: había alguien más con ellos. Nico atrajo a Érika hacia él pero antes de que el chico pudiera sujetarla bien, la niña desapareció. ¡Se había esfumado ante él! Todavía perplejo, pensó que lo mejor era espiar tras la puerta, pero cuando quiso dar un paso, no pudo. No podía moverse. Las botas parecían estar clavadas al suelo. Tras varios intentos desesperados, probó a despegar lentamente su pie derecho del suelo. Tampoco funcionaba. ¡Estaba inmovilizado!

Observó entonces que las violentas vibraciones de la espada iban en aumento, el dragón apenas podía contenerla. Vigilaba atónito los movimientos bruscos del arma. De repente, la espada consiguió liberarse de su prisión y cruzó la reducida habitación. Hubo de agachar la cabeza para no terminar decapitado, solo tuvo tiempo para ver cómo el arma desaparecía tras la diminuta puerta. La destartalada espada esquivó todos los obstáculos que encontró en su camino. Atravesó telarañas, sorteó las estanterías, burló las extensas sábanas que cubrían algunos muebles… Todo para alcanzar su objetivo.

Valeria sostenía la ballesta y apuntaba sin miramientos al chico de los ojos rasgados. Este jugueteaba con la bola de fuego, lanzándola de arriba abajo, mientras sonreía burlonamente. La joven no tenía ni idea de cómo funcionaba una ballesta, el pulso le temblaba y no sabía si era capaz de disparar. A su lado, se encontraba Daniel. Mantenía una postura firme y alerta. Más alejada, estaba Lidia. Su hermana no hacía otra cosa sino blasfemar en voz baja. Sus insultos constantes conseguían alejar el miedo que quería instalarse en su cuerpo.

—Me estoy impacientando, y eso no es bueno —amenazó el ninja de fuego.

—¿Y cómo sé que, si te entregamos los objetos, nos vas a dejar libres después? —Valeria reparó en la fugaz mirada que

intercambiaron los intrusos. No iban a dejarlos con vida.

—No lo sabes, pero tienes que confiar en nosotros. Solo nos interesan los objetos.

—¿Por qué? —El tono de Lidia era desafiante.

Los dos extraños de negro ignoraron la pregunta de la chica. Mantenían su mirada puesta sobre la ballesta, esperando a que la joven que sostenía el objeto, diera un paso en falso para desarmarla. De repente, el chico de mirada inquisitiva lanzó la bola de fuego contra Valeria. Lidia gritó, Daniel se agachó y, Valeria, sin saber muy bien cómo, disparó la ballesta. La flecha atravesó las llamas de la pelota de fuego y la desintegró. Inmediatamente, otra flecha apareció de la nada, armando de nuevo la ballesta. Al mismo tiempo, el chico oscuro volvía a crear otra bola de fuego.

—¡Mátalos! —le gritó su compañera.

Daniel volvió a incorporarse y apenas pudo creer lo que veían sus ojos. Una espada se dirigía hacia él desde el fondo de la habitación a toda velocidad. ¡Iba a despedazarlo! El chico no tuvo tiempo de reaccionar, solo esperar el impacto del arma. Cerró los ojos para evitar ver la sangre brotar de su pecho. ¡No quería morir! Esperó la muerte, pero la muerte no vino a su encuentro. En su lugar, la espada había buscado su mano. Abrió los ojos y contempló cómo la vieja espada mugrienta se desprendía de su capa de polvo y renacía ante él, esplendorosa. Su elaborada empuñadura contenía varios rubíes que dotaban al arma de cierta distinción. La hoja emitía destellos plateados que embriagaban su visión. ¿Qué demonios estaba sucediendo allí?

—¡Mierda!

La exclamación de la ninja hizo volver a Daniel a la realidad. Aquella Cleopatra maligna no apartaba su vista de la espada. Su expresión dura se transformó en pura rabia. Daniel blandía ahora otro de los objetos mágicos. Ella no parpadeaba, parecía concentrada. Con un ligero chasquido de sus dedos, decenas de pequeños rayos surgieron de sus yemas. No tardó en dirigir su arma eléctrica contra él. Daniel esquivaba los continuos ataques con torpeza, no sabía manejar el arma con seguridad. La espada detenía una y otra vez los rayos que se acercaban a él como cuchillas. De reojo, pudo atisbar a Valeria que comenzaba a dominar la ballesta. Saltaba sobre los muebles con destreza. Sus movimientos eran ágiles y rápidos, y sus flechas destruían una y otra vez las bolas de fuego que el oscuro le mandaba. Él intentaba imitar su pericia, pero no se desenvolvía tan bien como la chica. La espada pesaba demasiado. Repeler un ataque le costaba mucha energía, y siempre terminaba retrocediendo. Se quedaría sin aliento si continuaba así. Quiso pedir ayuda a Lidia, pero estaba ocupada intentando recuperar la bolsa que Valeria había

depositado en el suelo antes de comenzar la lucha. Tendría que dedicarse él solito a vencer a la chica que parecía haber sido poseída por el mismísimo demonio. Uno de los rayos rozó su brazo y rasgó su vestimenta. Sintió el dolor punzante y reprimió un quejido, después advirtió un ligero olor a quemado. Evitó pensar en la herida. El flequillo que cubría su frente estaba empapado de sudor y sus manos parecían frías como el acero. Lo estaba acorralando contra la pared. Casi podía tocar con su espalda el húmedo papel que recubría los muros de aquella tienda. Aquella fiera lo iba a fulminar. Daniel apoyó su cabeza en la pared sin ninguna esperanza de sobrevivir. La oscura chica disfrutaba ya de su victoria. Paseó un último rayo por sus dedos saboreando el rostro atemorizado de su víctima, pero antes de que pudiera lanzar su rayo sobre su objetivo, la joven perdió el equilibrio y el rayo terminó pulverizando algunas cajas que estaban a la derecha de Daniel.

El chico, que había bajado la guardia aceptando su derrota, aprovechó el descuido de la oscura y volvió a empuñar la espada. Entonces sucedió algo extraño: la hoja plateada del arma comenzó a brillar de forma intermitente. Cada destello que desprendía le infundía valor. Daniel la alzó, y esa vez fue él quien atacó. Se había estado concentrando en esquivar los golpes de aquella fiera. Y nunca se había mostrado ofensivo, pero ahora sentía que la fuerza recorría la sangre de sus venas. La espada ya no le resultaba tan pesada. Su cuerpo se desplazaba acorde con los movimientos que nacían del arma. Los papeles se habían invertido y la chica trataba una y otra vez de repeler con sus rayos los ataques continuos de su contrincante.

Érika seguía muy atenta la lucha entre Daniel y aquella morena malvada. Lo había visto en peligro y no había dudado ni un momento en ayudarlo. Se había aproximado con sigilo a la peligrosa ninja de los rayos y la había empujado. Le había concedido a Daniel tiempo para reaccionar. Entonces, Érika concentró su atención en Valeria y en el muchacho de fuego. Al ver a su hermana azotada por el cansancio, decidió acudir en su ayuda. Le propinó una enérgica patada al pérfido moreno en todas sus partes quien reaccionó con dolor. Pudo ver las lágrimas saltar de sus ojos rasgados. La niña rio con mucho ímpetu. Tanto, que Valeria pudo advertir la presencia de su hermana pequeña. La joven aprovechó para asestar un golpe seco con la ballesta en la cabeza de aquel intruso. En pocos segundos, terminó desplomándose.

Nico escuchaba impotente los continuos golpes que provenían de la estancia principal de la tienda. Había oído a Lidia gritar y, después, cómo se había desatado el caos. No sabía qué es lo que estaba sucediendo. Pero no era nada bueno. Por enésima vez, intentó despegar las botas del suelo, pero de nuevo falló. Había intentado descalzarse inútilmente; las botas parecían adheridas a su piel. No

sabía qué más hacer, estaba desesperado. Se secó el sudor de la frente con el brazo. Aquello era una pesadilla. Suspiró y echó su cabeza hacia atrás. Sin esperanzas, trató de dar un paso de nuevo. Pero esa vez, algo sucedió. Sus pies parecían levitar. Un paso se convirtió en varios metros. Las botas se desplazaban a gran velocidad. ¡Y él no podía controlarlas! Atravesó la puerta que se le antojaba para enanos y dio varias vueltas sin ningún sentido alrededor de una estantería. Quiso sujetarse a una sábana para detener su carrera, pero era demasiado rápido y terminó corriendo con la sábana en la mano y derribando todos los trastos que encontraba en su camino. Vio a su hermano junto a la salida de la tienda. Se aferraba a una espada con decisión y luchaba con una chica de cabellos oscuros. Se dirigió hacia él. Daniel sintió que algo revoloteaba a su alrededor.

—¡Soy yo!¡No puedo parar!

Quería detenerse. Intuía que aquellas botas malditas eran la causa de su desgracia. Pero por mucho que se concentrara, por mucha fuerza que hiciera por mantener sus pies pegados al suelo, todo resultaba en vano. En una de sus alocadas vueltas alrededor de su hermano, consiguió sujetarse al mostrador. La caja registradora cayó al suelo y Nico se agarró con los dos brazos al mueble de madera. Consiguió detener su carrera unos segundos. Sus pies comenzaban a ceder de nuevo. De puntillas, se esforzaba por continuar sujeto al mueble, pero el mostrador empezaba a vibrar. No podría aguantar mucho más. De repente, tanto él como el mueble salieron disparados. Nico solo tuvo tiempo de advertir el rostro de terror de la chica con la que su hermano luchaba. El mostrador se la llevó por delante y terminó empotrada en la pared junto a la salida.

Con los dos adversarios fuera de juego, la tensión de los chicos fue desapareciendo. Érika descubrió su rostro tras quitarse la capucha. Daniel bajó lentamente la espada y soltó un resoplido de alivio. Lidia salió de su escondite mostrando con orgullo la bolsa que contenía los zapatos de cristal. Valeria se acercó a su hermana pequeña para comprobar que estaba bien. Y Nico intentaba calmar su respiración agitada, tras detenerse sin previo aviso.

—Tenemos que salir de aquí —Daniel rompió por fin el silencio.

—¿Y cómo? —dijo Lidia—. La única entrada está obstaculizada por esa bruja maligna. ¿Es que no había otro sitio mejor donde dejarla sin sentido?

—Perdón si la he machacado mientras ¡¿tú qué hacías?! —le gritó Nico.

—¡Intentaba recuperar mis zapatos sin que ninguna bola diabólica me fulminase!

—¡Ya está bien! —Valeria detuvo la discusión de los dos—. Tenemos que buscar otra salida antes de que esos dos recuperen el

sentido.

—¿Y luego qué haremos? —preguntó Lidia—. Quiero decir, ¿qué hacemos con los objetos?

—No nos preocupemos por eso ahora y salgamos de aquí.

Valeria se acercó a la ventana más cercana seguida de Daniel y comprobó las maderas que la tapiaban. Iba a ser difícil romperlas. Daniel la apartó y comenzó a golpear las tablas, primero con la hoja y después con la empuñadura de la espada.

—¡Chicos! Tenemos un problema. ¡El pirómano se está despertando! —Lidia no apartaba su mirada de los dos oscuros.

—¡Date prisa, Daniel! —Valeria lo ayudaba con la ballesta.

—Vale, ahora la bruja del norte recobra el sentido. ¡Y le vuelven a salir rayos de sus dedos! —Lidia retrocedió lentamente—. ¡Val, coge la ballesta y atraviésale la cabeza con una flecha!

—¡No hay tiempo! —gritó Nico a su espalda—. Conozco otra salida.

Con un simple chasquido de sus dedos, la felina partió en dos pedazos el mostrador. Estaba cabreada y fijó su objetivo. Nico reparó que la furia de la loca vestida de negro recaía sobre él. Sujetó a Érika por el brazo y huyó con ella al trastero. Lidia corrió tras ellos. Valeria no desistía en su empeño en abrir una nueva salida, pero Daniel la detuvo; los dos monstruos ya se dirigían hacia ellos, así que ambos corrieron tras sus hermanos.

Nico esperó a que tanto Daniel como Valeria cruzaran la puerta de los enanos. En cuanto los vio aparecer, sin pensárselo dos veces, atravesó el espejo con la niña pequeña.

Lidia dudó unos instantes y miró a Valeria. Su hermana había palidecido. Lidia asintió varias veces con la cabeza y saltó al espejo. Daniel, perplejo, no entendía qué clase de puerta era esa, pero no se iba a cuestionar su validez después de lo que había vivido esa tarde. Cerró los ojos y desapareció tras el espejo. Valeria se acercó al cristal y tocó suavemente su superficie advirtiendo cómo se formaban ondas extrañas. Tembló de miedo. ¿Qué habría tras aquel espejo? Volvió la vista atrás y vio a los dos oscuros cruzar la puerta. Antes de que pudiera reaccionar, dos brazos surgieron del cristal y la agarraron por la cintura, introduciéndola. La chica contempló cómo los dos temibles ninjas se detenían bruscamente ante un cristal que se volvía opaco, evitando que nadie más cruzara.

Parte 2

Silbriar

7

7

Perdidos

Valeria había aterrizado sobre Daniel, que le dedicó una sonrisa pícara. Ella se levantó rápidamente y se sacudió sus vaqueros llenos de tierra. No tendría una buena excusa para su padre si las pillaba a todas con ese aspecto tan descuidado. Alzó la cabeza y dio un respingo. ¿Dónde demonios estaban? No habían salido a la calle, aquello parecía más bien un bosque. Miles de abetos se elevaban ante ella imponentes y saludables, desafiando a un inmaculado cielo celeste. El deslumbrante verdor de aquel paraje la desconcertó. Miró de nuevo el suelo, había visto sus bailarinas, pero no toda la hierba que crecía a su alrededor; numerosas flores multicolores nacían risueñas, rociando con su entusiasmo aquel insólito lugar.

Buscó a sus hermanas, que estaban solo unos metros más adelante. Lidia y Érika admiraban el maravilloso paisaje al que habían llegado y Nico las acompañaba. Valeria buscó una respuesta en Daniel, pero él se limitó a encogerse de hombros. Estaban en lo más bajo de una ladera pronunciada. Valeria no conseguía ver qué había detrás de la pendiente. Una ardilla pelirroja pasó junto a sus pies y se detuvo. El animal la miró extrañada y prosiguió su camino. El canto de los pájaros era tan armónico que se le pusieron los pelos de punta. Parecía que entonasen una canción todos juntos.

—¡Estupendo! —dijo por fin—. ¿Dónde estamos? ¿Y cómo hemos llegado hasta aquí?

—Ni idea —le contestó Daniel—. ¿En algún bosque de la sierra?

—¡Eso es imposible! —La joven rebuscó en su bolso y sacó el móvil. Alzó el aparato por encima de su cabeza y caminó de un lado a otro—. ¡Sin cobertura! ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Caminaremos hasta encontrar un pueblo —sugirió.

—Sí, tienes razón. Pediremos ayuda para que nos dejen hacer una llamada.

—Creo que papá nos va a matar —dijo Lidia tímidamente.

—No pensemos en eso ahora. Tenemos que salir de aquí…

—Y yo lo haría antes de que empiece a caer la noche.

Otra vez, Daniel tenía razón. Tenían que encontrar un pueblo antes de que oscureciera. Las temperaturas podían caer estrepitosamente. Subieron la pendiente de la pequeña colina. Valeria ayudaba a Érika a ascender; su hermana se empeñaba en ir recogiendo todas las florecillas que iba encontrando. Al llegar a la cima, descubrieron un sendero empedrado en medio del frondoso bosque. No había nada más. Solo más árboles y más flores.

—¿De verdad crees que estamos en la sierra? —dijo Valeria desconcertada.

—O podríamos estar en algún bosque perdido de Alemania o Suiza —replicó el chico.

—Bueno, ahora solo tenemos que escoger ir hacia la derecha o hacia la izquierda —intervino Nico, sacando una moneda de su bolsillo.

—Creo que deberíamos tomar el camino hacia la izquierda. —Valeria ignoró la sugerencia.

—¿Y eso por qué, señorita mandona? —se burló Daniel—. Lo mejor es hacer una votación.

—No voy a perder el tiempo haciendo votaciones estúpidas.

Valeria cogió a Érika de la mano y dobló a la izquierda. Lidia la siguió de cerca, conocía muy bien la paciencia infinita de su hermana, pero también sabía que su aguante tenía un límite. Esos últimos días, la serenidad de Valeria se había quebrado. Había cruzado la línea. Era mejor no enfrentarse a su hermana desquiciada, ya que podría ser peor que cualquier fiera que habitara ese bosque.

—Ey, ey, ¿quieres tranquilizarte? —Daniel corrió hacia ella e impidió que siguiera avanzando—. Ahora somos un grupo y tenemos que comportarnos como tal. Si nos mantenemos unidos, llegaremos a casa sanos y salvos, ¿entiendes?

—¡No, no entiendo nada! ¡No entiendo por qué unos chiflados vestidos de negro nos han atacado! ¡No entiendo cómo he podido utilizar una ballesta cuando nunca he cogido un arma! ¡Y no entiendo que hayamos atravesado un espejo y nos encontremos en un bosque perdido, alejado de toda civilización! Y ahora, si no te importa, apártate de mi camino.

—¡Eres una cabezota! Nico y yo tenemos el mismo problema.

—Yo no te pedí que nos siguieras hasta la tienda.

Las tres hermanas reanudaron la marcha. Lidia mostró una mueca de desacuerdo, no le caía bien el mequetrefe de Nico, pero al menos con Daniel podrían tener una posibilidad de sobrevivir en ese bosque. Érika, mientras tanto, permanecía al margen de toda discusión. Había conseguido hacer un bonito ramillete con todas aquellas coloridas flores. No estaba en absoluto preocupada en cómo llegar a casa, sabía que volverían cuando fuese el momento.

—No sé dónde estamos ni cómo es posible que se pueda atravesar un espejo. Tampoco sé por qué dos ninjas de negro quieren matarnos ni cómo esta espada ha llegado hasta mí para que pudiera defenderme. ¡Pero, Valeria, escúchame! ¡No es buena idea separarnos!

Ella dio media vuelta y arqueó las cejas.

—Bien, entonces será mejor que nos demos prisa antes de que nos caiga la noche encima.

Daniel dudó unos segundos. Aquella muchacha no solo era testaruda sino un tormento incansable. Su hermano, que había permanecido a su lado, se ató mejor las ligas de las botas y corrió junto a las hermanas. Soltando un suspiro de resignación, Daniel se unió al resto del grupo. Avanzaban por el sendero dejando atrás árboles y arbustos. De vez en cuando, veían algún que otro pájaro cruzar de abeto en abeto. El sol, que hasta entonces los había acompañado en el camino, comenzaba a despedirse y un ocaso naranja iniciaba su cortejo en un espectacular cielo azul.

Érika se encontraba cansada, tenía la boca seca y sus sandalias comenzaban a hacer estragos en sus pies. Ya no tenía ganas de recoger más flores. Le pidió a su hermana que la cogiera en brazos. Valeria no pudo negarse, la pequeña no podía seguir el ritmo del resto. Se había visto obligada a arrastrarla varias veces para que no perdiera el paso del grupo. Valeria empezaba a sentir que quizá estaban en medio de la nada. Llevaban más de tres horas caminando y no habían encontrado señales de vida. Podían estar a cientos de kilómetros de la civilización. Ninguno decía una palabra, pero observaba el rostro derrotista de Lidia o la palidez extrema de Nico. Daniel había asumido la cabeza del grupo y marcaba el ritmo de la marcha. Valeria no podía ver el cansancio del chico, pero lo intuía. Aun así, continuaba con sus pasos enérgicos y no se detenía. De repente, él giró sobre sus talones y sonrió con aire victorioso.

—¡Hay un pueblo más abajo!

Todos corrieron hacia el punto donde se encontraba. ¡Era verdad! El camino comenzaba un descenso sinuoso hasta llegar a un pueblo. No era muy grande, quizá tendría unas cien casas, todas ellas de madera, y, como única decoración, una enorme y rústica chimenea que sobresalía de cada uno de los tejados. El humo que salía de algunas de ellas confirmaba a los chicos que se trataba de un pueblo habitado. Valeria suspiró aliviada. ¡Pronto estarían en casa! Iniciaron el descenso con entusiasmo. Lidia esperaba que hubiera un supermercado abierto, todavía tenía algunos euros en el bolsillo. Estaba muerta de hambre. Daniel cogió a Érika en brazos y ella se recostó en su hombro. Se había quedado casi dormida en los brazos de Valeria. Estaba rendida. Había sido un día largo, había descubierto que en la tienda había más objetos mágicos, como las botas «corre-

corre» de Nico, había luchado contra los dos monstruos negros y había terminado en un campo verde lleno de flores. Nadie iba a creer su historia cuando la contara en clase. El chico envidiaba la facilidad con que la niña había vuelto a coger el sueño. No valoraba con la suficiente gravedad los acontecimientos de aquella tarde. Incluso, si la gente del poblado les prestaba ayuda, ¿cuánto tardarían sus padres en recogerlos? ¿Y de qué manera iban a explicar cómo habían llegado hasta allí? Eso en el caso de que todavía se encontraran en territorio español. A medida que avanzaban y se acercaban a la aldea, más temía que estuvieran en algún lugar remoto de Los Alpes.

Nico corrió los últimos metros que lo separaban de la entrada del pueblo como si se tratase de una carrera, quería buscar un teléfono y llamar a casa. Pero se detuvo bruscamente pocos metros antes de la calle principal. Estupefacto, contempló la estampa que se desplegaba ante él. Los aldeanos presentes en la plaza vestían con ropajes antiguos. Las mujeres llevaban amplias faldas y corpiños que se ceñían a la cintura. Los hombres, en cambio, portaban fajines sobre camisas holgadas. Todos se apresuraban a recoger el mercadillo que se extendía por toda la plaza. Caballos, vacas y cabras se movían con libertad por el lugar. No había coches, sino carromatos. No había tendido eléctrico, sino la tenue luz de las velas que se reflejaban en las ventanas.

—¿Qué es esto? ¿Están celebrando las fiestas patronales?

Lidia se había acercado a él sigilosamente. Estaba tan sorprendida como Nico. Miraba a su alrededor buscando algo que le resultara familiar, pero no había ni tienda ni supermercados ni señales de tráfico ni vehículos, solo el letrero destartalado de una posada sobresalía entre los tejados pintorescos de la aldea.

—Creo que esto no es una fiesta, Lidia.

—¿Qué pasa aquí? ¿Sabes ya dónde estamos? —Daniel esperaba ansioso una respuesta.

—Dani, observa bien este lugar… —le sugirió Nico—. ¿No notas algo extraño?

—Tu hermano tiene razón. —Valeria se unió al grupo—. Estamos muy muy lejos de casa.

—Lo que me temía, el espejo nos ha traído a un país extranjero.

—Creo que es peor que eso, Dani. —Lidia dio un paso al frente e hizo crujir sus dedos—. ¡Hemos retrocedido en el tiempo!

—¡Tú estás loca! —Los ojos grises de Daniel se agrandaron—. ¿Sabes lo que estás diciendo?

—Puede que lo que plantee no sea tan descabellado. Este pueblo parece sacado de la prehistoria —añadió Valeria—. Es como si se hubiese detenido el tiempo…

—¡Estupendo! —volvió a intervenir Lidia mostrando su desagrado

—. Y entre todas las épocas donde podíamos caer, nos ha tocado la más guarra y donde todos parecían alérgicos al agua.

—¿Crees que estamos en el Medievo? —dijo Daniel todavía aturdido.

—No soy buena en historia, siempre la suspendo, pero estos olores a excremento y aguas fecales, solo puede sugerir una cosa. ¡Estamos pringados! —remató Lidia.

—Siento interrumpir vuestra charla sobre espejos que son máquinas del tiempo y épocas pasadas, pero creo que deberíais fijaros mejor en la ropa de esta gente —dijo Nico entre dientes—. Mejor dicho, en lo que esconden debajo...

Valeria reparó en una mujer robusta que recogía las manzanas. Hasta entonces, apenas se había fijado en el aspecto físico de los aldeanos. La mujer, de trasero imponente, apilaba las cajas de manzanas a la velocidad del rayo. Otro señor de aspecto tosco y desaliñado las introducía con rapidez en un carromato. Ella se secaba el sudor de la frente con su propia blusa sin apartar la vista de la fruta. En su rostro había miedo. Todos los allí presentes corrían de un lado a otro, sin haberse percatado de su llegada. Aquello era muy extraño. Ellos eran unos forasteros que no pasarían desapercibidos en un pueblo tan pintoresco, sin embargo, los campesinos continuaban con su ajetreado trabajo desmontando los puestos del mercado. Los chicos miraban a su alrededor, intentando averiguar la razón de tanto apremio. Valeria seguía observando a la mujer de las manzanas. Varias de ellas habían saltado de la caja al suelo y la mujer, con cierta torpeza, se había agachado a recogerlas. Se remangó ligeramente la blusa hasta dejar descubierto sus puños. Y entonces, lo vio. ¡Las manos de aquella mujer eran peludas! ¡No, era algo peor!

—¡Oh, Dios mío, son garras! —Valeria tapó su boca con la mano.

Daniel dirigió su mirada hacia la mujer. Tenía las uñas largas y sucias. Valeria tenía razón. Aunque su aspecto era el de una mujer corriente, sus manos no eran humanas, eran de animal, de algún tipo de oso. Tenía un nudo en la garganta. Rápidamente, empezó a buscar el defecto en todos los allí presentes. Ojos demasiado saltones, muy bajitos, orejas puntiagudas, piernas de color verde. Todos parecían haber quedado al descubierto.

—¿Lo habéis visto? —Nico esbozaba una sonrisa forzada—. Así que, listilla, ¿en la Edad Media los humanos tenían atributos extraños o…?

—¡O hemos aterrizado en otro planeta! —Lidia palideció.

—Creo que más bien en otro Universo —los demás miraron a Nico esperando una explicación. Este se aclaró la garganta y prosiguió—: Creo que, al atravesar el espejo, hemos cruzado un portal que lleva a otra dimensión. A este mundo concretamente…

Valeria estaba atónita. Aquello era irreal. Una pesadilla. Lo que aquel chico desgarbado le estaba proponiendo ¡era imposible! ¡Estaban perdidos en un mundo desconocido, habitado por fieras y monstruos! No, no podía ser verdad. Daniel pareció leer sus pensamientos.

—Deberías creerlo. Él es el friki de la familia, siempre está leyendo libros raros.

—¿Cómo salimos de aquí entonces? —Valeria estaba angustiada.

—Simple —contestó Nico—, encontrando el portal de salida.

—Antes de sumergirnos en la búsqueda de otro espejo mágico, deberíamos pensar qué decirle a ese singular personaje que se dirige hacia nosotros.

Lidia se había percatado de las continuas miradas que un hombrecillo con nariz chata y orejas puntiagudas les lanzaba. Sus mofletes casi redondos no dejaban apreciar sus ojos aceitunados. Parecía un señor distinguido, a pesar de que apenas alcanzaba el metro sesenta de estatura. Vestía con traje gris y un chaleco de lana verde oscuro, y cubría sus manos con unos impolutos guantes blancos. Un bombín, también verde, ocultaba sus cabellos castaños. Caminaba con elegancia, apoyándose en un fino bastón. La chica quedó impresionada al observar que una enorme y abundante cola caoba despuntaba bajo la levita gris.

—Creo que deberíais buscar refugio antes de que llegue la tormenta —les dijo cortésmente, mientras señalaba con su bastón al cielo.

Valeria prestó atención a los nubarrones negros que amenazaban con descargar toda su furia sobre el poblado, pero tenía la impresión de que los aldeanos no solo huían de la lluvia inminente. Sus rostros reflejaban pavor y ansiedad. Aquella no era una tormenta normal. Un escalofrío recorrió su espina dorsal. No sabía a qué le temían aquellos campesinos, pero estaba convencida de que su miedo no era infundado. Algo maligno se escondía tras la tormenta.

Aldin

El amable señor sacó un reloj de bolsillo del interior de la chaqueta y comprobó la hora. Con una mueca de desagrado mostró su disconformidad con las agujas que marcaban casi las ocho. Arqueó las cejas, y sus ojos verdes oscurecieron ligeramente.

—Bien, ¿preferís acompañarme o quedaros aquí y terminar con el agua al cuello?

Valeria observó de nuevo las inmensas nubes negras que se cernían sobre el pueblo. Pudo incluso atisbar algunos rayos que empezaban a formarse dentro de los cúmulos. La chica no lo dudó y dio un paso al frente, pero Lidia la detuvo.

—¿No eres tú la que siempre nos dice que no nos fiemos de los extraños? —le dijo entre dientes.

—Deberías seguir el instinto de tu hermana pequeña, posee una fina intuición. Por lo general, no suele fallar. —El gentil hombre volvió a mirar la hora—. Ah, por cierto, mi nombre es Aldin Moné. Y ahora, si no os importa, dejemos las preguntas para después y démonos prisa.

Los chicos cruzaron la plaza siguiendo al caballero del bombín verde. Caminaba a paso ligero, verificando cada dos minutos la hora, y jugueteaba con el bastón, sin prestar mucha atención a las filigranas que hacía con él. Valeria tuvo la impresión de que usaba el bastón más como adorno que por necesidad. El señor Moné no cojeaba. Llegaron hasta el campanario de la iglesia y doblaron a la derecha. Los aldeanos se apresuraban en cerrar las puertas y ventanas de sus casas. La joven miró al cielo y comenzó a inquietarse. Sin embargo, el señor Moné no parecía estar asustado. De vez en cuando, emitía un gruñido al ver su paso interrumpido por algún aldeano despistado. Eso era todo. Continuaron su marcha detrás del misterioso señor. Lidia caminaba junto a su hermana mientras contemplaba con estupor cómo se habían vaciado las calles en cuestión de minutos. Sintió una leve punzada en el estómago; empezaba a ponerse nerviosa. Automáticamente, cogió la mano de Valeria. El aplomo de su hermana le daba seguridad. Tras

ellas, se encontraban los dos hermanos. A pesar de permanecer en silencio, no paraban de compartir miradas de complicidad. Eran conscientes de que, en un mundo extraño y desconocido, todo podía ser posible. Érika, ajena a todo, continuaba durmiendo en los brazos de Daniel. La pequeña tenía un sueño profundo, y Valeria comenzaba a preocuparse por su hermana. ¿Cómo iba a explicarle que estaban en un mundo donde las personas tenían garras y colas? ¿Cómo le diría que iban a tardar en volver a casa?

Por fin, el señor Moné se detuvo frente a una cabaña de madera. El hombre, a pesar de su apariencia, no debía de ser tan rico. Su hogar no era más que un humilde refugio al final de la calle. Detrás se alzaban con majestuosidad varios árboles, que hacían empequeñecer aquella choza. El señor Moné los invitó a pasar. El interior era tan austero como su fachada. Una mesa cuadrada en el centro, cuatro sillas a su alrededor y una pequeña chimenea en el fondo. La leña que ardía iluminaba escasamente la sala. Aldin Moné esperó a que todos los chicos entraran, y entonces dio un golpe seco con su bastón en el suelo. Inmediatamente la puerta y las ventanas se cerraron sin que nadie las tocara. Lidia dio un respingo. Temía haber caído en las garras de un perturbado. Sin embargo, Valeria no parecía haberse inmutado. Lidia estaba contrariada. Su hermana mayor se limitaba a observar los gestos de aquel extraño hombrecillo. Nico sí que estaba nervioso, se frotaba compulsivamente las manos, intentando despojarse del sudor. Daniel mantenía la compostura. Lidia no sabía dilucidar si aquello era un acto de valentía o de apariencia.

—¿Estamos ya en casa? —Érika se restregaba los ojos.

—Érika, este amable señor nos ha invitado a su casa esta noche. Se acerca una tormenta y no podemos seguir caminando. —Valeria continuaba seria—. Señor Moné, ¿dónde estamos?

—Por favor, llamadme Aldin. Y creo que deberías comer algo antes de hacer tantas preguntas, señorita. Imagino que estaréis hambrientos después de vuestro largo viaje. Más tarde podremos aclarar las dudas que tengáis.

El hombrecillo se dirigió a la chimenea y se colocó frente a ella. Alzando majestuosamente el bastón, pronunció unas palabras en un idioma totalmente desconocido para los chicos. La chimenea obedeciendo su orden se dividió en dos y comenzó a abrirse. Un largo pasillo apareció tras aquel fogón. Las llamas no parecían verse afectadas por la separación, seguían ardiendo tanto en la parte izquierda como en la parte derecha. El fuego se había dividido.

—¡Guau! ¿Es que estamos en el país de las Maravillas?

—¿Conoces a Alicia, pequeña?

—¡No, no la conoce! —contestó Lidia apartando a la niña de la chimenea.

El señor Moné sonrió a la pequeña y se internó en el pasillo. Los chicos no dudaron en seguirlo. El pasadizo tenía unos dos metros de ancho. Sus muros eran altos, casi no se veía el techo. Estaba iluminado por varias antorchas que señalizaban el camino. Nico contemplaba con perplejidad los muros de piedra. No podía creer que, detrás de una chimenea, se escondiera un largo pasillo. Después de varios minutos de caminata, el hombre se detuvo ante una puerta de hierro. Introdujo su bastón en la cerradura, lo giró varias veces y abrió la puerta. El asombro de Nico era notable. Tras la puerta, un enorme salón les daba la bienvenida. Gigantescas estanterías decoraban sus paredes. Se encontraban repletas de libros ordenados minuciosamente por tamaños, algunos lucían una encuadernación de terciopelo o de cuero, mientras otros presumían de ser tratados ancestrales, apenas castigados por el tiempo. Una lámpara de araña caía desde el techo sobre el centro de la habitación. Nico, atónito, se preguntaba cómo una habitación tan grande podía estar dentro de aquella cabaña, pero no había una explicación lógica a aquello, ni a todo lo ocurrido aquel día.

—¡Bienvenidos a nuestro refugio! Aquí pasamos gran parte de nuestro tiempo, sobre todo cuando se avecinan tormentas —dijo guiñando un ojo a Valeria—. Aquí estaréis a salvo. Podéis pasar la noche y descansar. Pero primero, pasemos al comedor.

El señor Moné, con un amplio y elegante movimiento de su brazo, invitó a los chicos a pasar a la siguiente habitación. Una larga y ancha mesa repleta de manjares los esperaba. Había bandejas con fruta picada, pasteles varios, jamones, quesos y un espectacular cochinillo asado en el centro. A Lidia se le hacía la boca agua. El señor Moné los invitó a sentarse. La chica no se lo pensó dos veces y se acomodó en una silla. Valeria la recriminó con la mirada, pero a ella no le importaba. No entendía por qué le reprochaba que aceptase la hospitalidad del señor Moné, cuando ella no había dudado ni un segundo en seguir al extraño señor con cola de ardilla. Nico y Érika también tomaron asiento. Solo Daniel y su hermana permanecían de pie.

—¿Qué está pasando? —preguntó Valeria con tono autoritario—. ¿Qué trae la tormenta?

—Le hemos seguido hasta aquí sin cuestionar sus ridículos trucos, nos merecemos saber dónde estamos —Daniel insistía en obtener respuestas.

—No importa el dónde sino por qué —sonrió con picardía Aldin—. Los guardianes no solo son ágiles con las armas, también tienen que ser inteligentes escogiendo las palabras.

—¿Qué son los guardianes? ¿Qué tienen que ver con nosotros? —Valeria no se rendía.

—Son los descendientes de un antiguo linaje humano, aquellos que no se rindieron y se unieron a nosotros en la lucha por la supervivencia de la magia. Los guardianes son los protectores de los objetos mágicos.

—Entonces, cuando los objetos llegaron a nosotros, nos convertimos en sus legítimos protectores. Quiero decir, ¿somos guardianes? —intervino Daniel.

—Podemos decirlo así. No todos los aquí presentes sois guardianes. —El mago jugaba con las palabras—. Pero sí que todos poseéis un objeto. Y eso os convierte en su dueño legítimo.

Valeria se desmoralizó. Era inútil intentar obtener alguna información de aquel estirado señor. Sus respuestas la confundían más. En cambio, Daniel continuaba en su empeño.

—¿Por qué querían arrebatarnos los objetos aquellos ninjas asesinos?

—Es algo complicado. Los mellizos no están locos. Persiguen un propósito. Lo que los hace sumamente despiadados y peligrosos. No pararán hasta conseguirlo.

—¿Esos dos chiflados de negro son hermanos? —Lidia dejó caer el tenedor sobre la mesa.

—Sí, Kirko y Kayla. Pero, como ya he dicho, no están chiflados. Y ahora, por favor, acompañad a vuestros hermanos en la cena. Ya he hablado demasiado, y me he tomado libertades que no me correspondían. —El señor Moné se encaminó hacia la siguiente puerta —. Cuando terminéis os llevaré ante el gran maestro, Bibolum Truafel. Él podrá daros respuestas.

Daniel se sentó junto a su hermano y comenzó a morderse el labio inferior. Contempló a Valeria, que todavía dudaba si tomar asiento. Tenía las manos en la cintura e inspeccionaba cada rincón de la habitación, movía su pequeña nariz de un lado a otro esperando encontrar la clave que desvelara el misterio de aquel lugar. Daniel no pudo evitar admirar su tenacidad. Él no sabía cómo definir su estado emocional. Había sentido miedo, impotencia y confusión. Toda la situación se le escapaba de las manos. Había renunciado a malgastar energías intentando controlar los acontecimientos. Lo mejor era relajarse y afrontar cada cosa a su tiempo. Sus ojos grises cruzaron la mirada con la chica. Ella le sonrió y, con un suspiro sonoro, decidió unirse al resto en la mesa. Lidia se alegró de que su hermana mayor dejara sus nervios a un lado y los acompañara en la cena.

Una hora después, el señor Moné volvió a entrar en el amplio comedor acompañado de una voluptuosa mujer. Tenía el cabello castaño recogido en una trenza que decoraba su cabeza como una diadema. Sus facciones, aunque redondas, eran delicadas, su piel era blanca como la leche y sus ojos marrones tenían alrededor de la pupila

un enigmático color dorado. Era de rostro afable, aunque de sonrisa poco agraciada. Sus dientes torcidos rompían la simetría de su cara.

—Esta es Libélula Morrigan, nuestra cocinera y, además, experta en pociones. No existe ninguna planta de la que no conozca sus propiedades.

—Oh, Aldin, eres un adulón —le dijo sonrojándose.

—Ella os llevará ante nuestro gran maestro y después os conducirá a vuestros aposentos. Y, si me permitís, ya es hora de que me dedique a mis quehaceres. Buenas noches a todos.

El señor Moné giró sobre sus talones y, con aire solemne, abandonó de nuevo la sala. Valeria oía cómo las gotas de lluvia se estrellaban contra las ventanas. El viento azotaba con fuerza. De vez en cuando se escuchaba el sonido ensordecedor de algún trueno. Un nuevo relámpago iluminó la habitación. Érika corrió hacia su hermana, estaba asustada, odiaba las tormentas. Valeria pasó su mano por los cabellos de la pequeña y esperó el trueno. En su lugar, un desgarrador rugido irrumpió en mitad del temporal. Valeria buscó la mirada de Lidia. Ella también lo había oído. Nico había palidecido, y Daniel, que mantenía sus ojos grises fijos en la ventana. Solo la señora Morrigan parecía no sorprenderse. Con una voz dulce pero firme, les indicó que la siguieran.

Los chicos se adentraron nuevamente en los amplios pasillos de aquel ilusorio edificio. Aquello era un laberinto. Retratos de personajes extraños decoraban las paredes. Nico se sentía observado a cada paso que daba, Daniel, en cambio, con la mirada al frente, no dudaba en seguir a la rolliza mujer. Las hermanas permanecían unidas, caminando detrás de los chicos. Érika iba de mano de su hermana mayor y Lidia crujía sin descanso sus dedos mientras, de reojo, observaba a Valeria. La templanza parecía haber vuelto a su rostro, tenía la mirada perdida. Quizá estuviera pensando en cómo volver a casa, en qué diría su padre. ¿Papá? ¡Dios mío, estaría preocupadísimo!

Una anilla grande colgaba de la parte superior de la puerta, la señora Morrigan sujetó el arete con fuerza y golpeó la puerta. Una voz grave y ronca sonó desde el otro lado, invitándolos a pasar. La mujer, con una sonrisa contenida, se apartó para que los chicos pudieran entrar. Al acceder, se encontraron en una estancia circular. Las altas paredes decoradas con diversas estanterías que desafiaban la estructura convergían en una grandiosa bóveda. Una pequeña mesa, repleta de pergaminos desordenados, parecía señalar el centro de la circunferencia. Situado detrás de ella, un atril de madera tallado con exquisita dedicación simulaba el tronco de un árbol, y en sus ramas descansaba un libro abierto junto a una singular varita. Otra puerta, situada justo enfrente, se abrió. Ante ellos, apareció un hombre de

enormes dimensiones. Superaba el metro noventa, y sus gigantescas manos podrían reposar tranquilamente en su barriga. Aunque su aspecto era rudo, sus ojos hundidos y azules como el cielo eran bondadosos. Sus cabellos lacios y plateados caían sobre sus hombros. Sin embargo, su barba recortada parecía ser más bien rizada. Su bigote refinado y bien peinado evidenciaba su carácter vanidoso. Vestía una amplia túnica de color púrpura, con ribetes dorados y una ridícula boina despuntaba sobre su gran cabeza.

—¡Os estaba esperando! —dijo con tono solemne—. No os detendré mucho. Conozco las adversidades con las que os habéis tropezado durante el viaje.

El gigantón se sentó en un diminuto taburete. Lidia reparó entonces en las austeras sandalias que calzaba el mago. Desde luego, no era un hombre que cuidase su estética. Sus asombrosos dedos gordos bailaban al unísono.

—¡Vaya, vaya, vaya! Después de tanto tiempo, habéis llegado —continuó diciendo—. Perdón por mi grosería, me llamo Bibolum Truafel.

—¿Por qué estamos aquí? —La inesperada intervención de Daniel cogió a todos por sorpresa—. ¿Y por qué somos guardianes? ¿Qué significa exactamente?

—¿Daniel, el prudente? —Rio el mago—. Bien, bien... Intentaré satisfacer todas vuestras dudas. Estáis en Silbriar...

—¿Y eso exactamente dónde queda? —esta vez fue Lidia la que lo interrumpió.

—Muy lejos de vuestra casa, querida. —El robusto hombretón acarició su barba—. Rogaría que no interrumpierais mi discurso de bienvenida, porque si no, no avanzaremos nada. Silbriar era antes un lugar pacífico, todos los seres que lo habitaban vivían en una calurosa armonía. Pero el bien siempre es tentado por el mal, y uno de los más prometedores magos que han pisado jamás esta tierra fue deslumbrado por las ansias de poder. Silbriar entró entonces en guerra. Los seguidores que abrazaban ciegamente el nuevo orden, y los que defendíamos el poder de la luz. La oscuridad pronto sumió a estos parajes en tinieblas. Y nuestro mayor bien, la princesa Silona, fue capturada. La magia blanca fue condenada. El nuevo rey prohibió la práctica de «cualquier acto de brujería», así lo llamó, bajo pena de muerte. De esa manera, muchos de nosotros tuvimos que ocultarnos viviendo en el exilio. Hasta que conseguimos construir este refugio, protegido del campo de visión del mal, y formar así la resistencia.

—Perdón, ¿pero todo eso qué tiene que ver con nosotros?

Valeria, que hasta entonces había permanecido en silencio, había dado un paso al frente y miró directamente a los ojos del mago. El hombre, sonrió a la joven con ternura.

—Querida, vuestro destino está íntimamente ligado a estas tierras…

—¡Yo solo quiero volver a casa!

—Valeria, deja que se explique. —Daniel detuvo a la chica posando su mano en su hombro—. ¿Qué ha querido decir con eso del destino?

—Hace muchos siglos, los humanos convivían con otros seres mágicos sin problemas. Hasta que, un día, un accidente cambió la historia. Una bruja mató a un niño humano. El miedo y la venganza se apoderaron de un grupo de personas, que pidieron la hoguera para la bruja. Muchos magos salieron en defensa de la joven hechicera y comenzó entonces una lucha entre humanos y seres mágicos. El resto supongo que podréis imaginarlo. Una fractura irremediable separó a los dos universos; el vuestro y el nuestro. Con el paso de los años, los humanos terminaron creyendo que la magia vivía en los cuentos.

—Sigo sin ver la relación. —Valeria seguía ansiosa por obtener respuestas.

—No todos los humanos lucharon contra el mundo mágico, muchos se unieron a nosotros. Para proporcionarles un seguro de vida, forjamos una serie de objetos. Cada uno contenía un don, y se los ofrecimos a los humanos que se unieron a los magos. Nos ayudaron en nuestra causa y a cambio juraron lealtad a los objetos. Los protegieron con su vida. Una vez fallecidos, el consejo del mundo mágico se reunió para decidir qué hacer con ellos. Un mago no podía utilizarlos, multiplicaría su poder, y eso infringiría las severas normas de la magia. Estaban hechos para que los utilizaran personas desprovistas de poder. Entonces decidieron lanzarlos al mundo humano. Los objetos buscarían a sus descendientes cuando el mundo mágico volviera a necesitarlos. Y vosotros habéis respondido a la llamada.

—¡Increíble! ¿Está diciendo que esos objetos nos han localizado y traído a este mundo perdido para que luchemos en una guerra que no nos incumbe? —Valeria comenzaba a impacientarse.

—¿Quién es ese mago oscuro? ¿Es él quien quiere los objetos? —Daniel volvió a intervenir.

—Su nombre es Lorius Val. Si se apoderara de los objetos mágicos, sería el fin de este mundo.

—¿Y esos mellizos trabajan para él? —Lidia no dejaba de pensar en los hermanos oscuros.

—Kirko y Kayla son huguis, mitad humanos y mitad magos. Su caso es algo especial. Cuando Lorius llegó al poder, infiltró a algunos de sus mejores aliados en el mundo humano. Ellos debían avisarle si alguno de los objetos se activaba. Pero uno de ellos, mientras vivía en la Tierra, se enamoró de una mujer y engendró con ella a los mellizos. Cuando Lorius se enteró de su alta traición, lo mató sin apenas pestañear. Ordenó asesinar a la mujer y que les trajeran a los

pequeños. Lorius los ha criado como si fueran sus propios hijos. Les asignó un profesor de confianza para que los adiestrase en las artes mágicas.

—¿Por qué no los mató como a sus padres? —continuó Lidia con su curiosidad.

—Muchos dicen que fue un acto de compasión, pero ese miserable no tiene un ápice de bondad en su corazón. Nosotros pensamos que los mellizos son su plan B.

—¿Su plan B? —dijeron Daniel y Nico al unísono.

—Hay una leyenda que cuenta que, si un objeto mágico es utilizado por alguien con mucho poder, podría destruir al mago al instante. Los mellizos tienen sangre humana, ellos podrían manejarlos sin demasiado riesgo.

—Sé que puedo ser insistente, pero nosotros lo que queremos es volver a casa. Siento muchísimo vuestra guerra, en serio, pero no somos soldados ni magos.

—Valeria, la ballesta te ha llamado. Y eso significa que estás perfectamente cualificada para ayudarnos —replicó serenamente el mago.

—También la capa ha llamado a Érika. Y como habrá comprobado usted, señor Bibla…

—Bibolum…

—Tiene solo siete años. No vamos a unirnos a su guerra.

—¿Qué tendríamos que hacer?

Valeria recriminó con su mirada la participación de Lidia. No podía creer que su hermana estuviese valorando la posibilidad de ayudar a esa gente.

—Salvar a la princesa Silona. Ella puede devolver la luz a este mundo.

—¿Y qué tendríamos que hacer para volver a casa? —preguntó Daniel.

Esta vez la chica agradeció que en esa sala hubiese alguien sensato.

—Podéis volver a través del espejo.

—Y bien —dijo con alivio Valeria—. ¿Dónde hay por aquí un espejo?

—No cualquier espejo, querida, el espejo de Silona.

Sus esperanzas se desvanecieron en un segundo. Era de suponer que ese espejo estuviera en manos de su propietaria. Y seguro que esa Silona estaría presa en algún condenado castillo bajo vigilancia extrema. Aun así, Valeria no desistió.

—¿No existe otra manera de volver?

—No, que yo conozca. —El mago se levantó y se acercó a una de las ventanas. La tormenta había cesado. El peligro había pasado por esa noche. Sus ojos contemplaron la luna llena que luchaba por

apartar las nubes que todavía había a su alrededor—. Sé que no sois conscientes de la amenaza que se cierne sobre vosotros. En cuanto Lorius supo que habíais llegado a Silbriar, sacó a sus jinetes del tiempo para que os dieran caza. Habéis tenido mucha suerte de que Aldin os encontrase primero. Los jinetes dejan tras de sí la destrucción. Afortunadamente, la tormenta ya ha pasado. Y ahora, si me permitís, debo retirarme. Por hoy he hablado suficiente. Ahora os corresponde a vosotros meditar sobre vuestro futuro.

El gigante desapareció tras la puerta por la que había entrado. Los chicos se miraron los unos a los otros sin saber qué decir. Érika no había comprendido mucho del discurso del anciano, pero lo suficiente para saber que, si querían volver a casa, tenían que rescatar a una princesa.

Instrucción

Valeria no conseguía conciliar el sueño. Estaba bajo las sábanas de una cómoda cama mirando al techo. ¡Atrapada en un mundo lleno de seres extraños! Las palabras del mago retumbaban todavía en su cabeza. Debían encontrar ese espejo si querían regresar a casa. Y estaba segura de que se trataba de una misión suicida. Había visto al enemigo; chicos que desprendían rayos de sus dedos o lanzaban bolas de fuego. Ella, a duras penas, se había defendido con la ballesta. ¿Cómo iba a proteger a sus hermanas de esos locos asesinos? La joven oyó a Lidia refunfuñar. Intentaba encontrar una posición adecuada para dormir. Seguía luchando con el camisón que le había proporcionado la señora Morrigan. Parecía la camisola que usaba su abuela. Les llegaba casi a los tobillos, y no podía moverse en la cama con libertad. Érika, en cambio, dormía a pierna suelta. La niña no estaba en absoluto preocupada. Se sentía una privilegiada. No todo el mundo podía tener el honor de ser elegido para rescatar a una princesa.

La luz de la mañana sorteaba las gruesas cortinas y penetraba descaradamente en la habitación. Lidia se protegía de la claridad tapando su cara con la almohada. Oyó llamar a la puerta, y cómo, seguidamente, alguien entraba en el cuarto.

—¡Buenos días, dormilonas! —la voz de Libélula Morrigan retumbó en sus oídos como un tambor impertinente—. Aquí traigo ropa limpia para todas. No es bueno que andéis con vuestras vestimentas por ahí, es mejor que paséis desapercibidas. Si alguien descubriera que sois humanas… —La mujer calló, al ver a la pequeña Érika incorporarse—. Quiero decir, que hay muchos espías y es mejor mantener vuestra procedencia en secreto —continuó mientras dejaba la ropa sobre las camas—. ¿Habéis dormido bien?

Érika afirmó repetidas veces con la cabeza, Lidia permanecía escondida bajo la almohada y Valeria había escuchado el discurso de la abultada mujer sin pronunciar una palabra. Estaba claro que los humanos no eran bien recibidos en Silbriar. Al despertar, por un

segundo, había pensado que estaba en su cama. El olor a café recién hecho le decía que su padre ya estaba en la cocina. Pero todo había sido un desagradable engaño, se encontraba atrapada en un mundo hostil donde era el objetivo de un grupo de psicópatas ansiosos por conseguir los objetos. Valeria se levantó y observó la ropa que debía ponerse. Constaba de una falda granate, una blusa blanca y un corpiño negro. Al menos habían encontrado a una mujer tan amable como servicial en aquel mundo extraño. La mujer dejó a las chicas para que pudieran cambiarse con comodidad. Érika estaba encantada con su vestido malva. Parecía una princesa. Una fina diadema de plata coronaba su atuendo. La chiquilla corrió hasta el espejo para observarse mejor. Sus ojos verdes brillaban con intensidad.

—¡Val, este mundo es increíble! —dijo—. ¡Hace que tus sueños se hagan realidad!

—Sabes que debemos volver a casa. Papá se sentirá muy solo sin nosotras.

—Pero antes tenemos que prepararnos para rescatar a la princesa. ¿Y si hay un dragón que echa fuego por la boca? ¡Papá no se lo va a creer!

Lidia lanzó la almohada al suelo y miró a sus hermanas con cierto enfado. Ni en ese mundo podía dormir sin que la molestaran. La muchacha contempló con desagrado la ropa que debía ponerse. Su falda beige casi rozaba el suelo y no sabía cómo atar el chaleco chocolate que iba sobre la blusa. Cuando terminó, se lanzó sobre la cama con las manos en su rostro.

—Esto es una pesadilla. ¿Qué clase de mundo sexista es este? ¿Cómo no podemos ponernos unos simples pantalones? ¡Tanta floritura me está matando!

—A mí tampoco me gusta. Pero, si esta ropa consigue ocultarnos, pues nos aguantamos.

—Pues a mí me gusta mi vestido —dijo la pequeña mientras daba vueltas frente al espejo.

—¡Esa es otra! —volvió a lamentarse Lidia—. ¿Por qué la enana viste como una dama y nosotras como unas desgraciadas campesinas?

La chica volvió a incorporarse y, por primera vez, reparó en su hermana Valeria. Aquella vestimenta le quedaba como un guante. Resaltaba su figura esbelta y el corpiño realzaba aún más sus pechos. Lidia palpó los suyos e intentó colocarlos mejor.

—¡Y para colmo, este chaleco me hace más plana de lo que ya soy!

A regañadientes, se calzó las botas. Con rapidez sujetó su voluminoso cabello en una trenza que dejó caer sobre su lado derecho y siguió a sus hermanas por los pasillos. Al llegar al comedor, todos los complejos de Lidia desaparecieron. La chica no pudo reprimir una sonora carcajada. Los hermanos Morales parecían dos espantapájaros

preparados para ser trinchados y colocados en medio de cualquier campo de maíz. Los dos lucían holgados blusones que se ceñían a la cintura gracias a los fajines. Los pantalones azules de Nico se ajustaban demasiado a su esquelético cuerpo. Daniel lanzó una mirada de reproche a la chica. No se sentía cómodo con su atuendo, a pesar de que sus pantalones verdes le quedaban infinitamente mejor que a su hermano.

—Deja de reírte —le reprochó Nico—. Ya sé que parezco el príncipe azul.

—¡Qué guay! ¡Ya tenemos al príncipe! ¡Ahora podemos rescatar a la princesa!

—Enana, la princesa saldrá corriendo en cuanto vea a este mequetrefe.

Después del desayuno, la señora Morrigan los acompañó al patio. La suave brisa de la mañana acarició el rostro de Valeria. Apreció entonces un delicado perfume a lavanda que embriagó sus sentidos y, por primera vez desde que había llegado a ese mundo, se permitió esbozar una sonrisa. Aunque el refugio estaba delimitado por altos muros que lo separaban del bosque, el patio era una prolongación más de los verdes parajes que rodeaban el recinto. No había baldosas en el suelo. La hierba, aunque esmeradamente cuidada, crecía a su antojo. Algunos árboles situados en los confines del refugio se confundían con los que salvajemente poblaban el fastuoso bosque. Valeria respiró aquel aire puro esperando que todas sus tensiones desaparecieran.

—Buenos días, chicos. —Aldin Moné los esperaba sentado en un banco. Pasaba las páginas de un viejo libro de bolsillo. Debía de haberlo leído cientos de veces, las hojas estaban amarillentas—. Bien, sé que algunos de vosotros estáis preocupados. Pero os repito, si los objetos os han elegido, es que sois sus legítimos dueños. Os voy a ayudar a regresar a casa, y para ello debemos recuperar el espejo de Silona. Pero antes debo adiestraros en el manejo de los objetos. Cuanto más conozcáis vuestra arma, mejor la controlareis.

El señor Moné se incorporó dejando el libro sobre el banco e inspeccionó a los chicos uno a uno. Primero analizaba las palmas de las manos y después los miraba fijamente a los ojos. Refunfuñó varias veces por lo bajo, existían demasiados detalles que no le gustaban y no tenían tanto tiempo. Por fin, después de unos interminables diez minutos de observación, dio un paso hacia atrás y con su bastón apuntó a Lidia. Esta no pudo evitar dar un respingo.

—¡Demasiado impetuosa! Eso te puede llevar al descontrol —dijo con una mueca desagradable—. Daniel, el cauteloso, no permitas que tu prudencia se convierta en un estorbo. Nico, tus miedos interiores te consumen, no puedes quedarte paralizado si un orco te ataca. Valeria, eres intrépida y con un gran instinto de protección, pero tienes que

asumir que estás en otra realidad, si no, no podrás tomar grandes decisiones. Y, por último, Érika. Ella es un ejemplo de perfecta armonía y equilibrio. ¡Será una gran maga!

Todos se volvieron hacia la pequeña, perplejos y desconcertados. La niña seria, y en actitud de soldado obediente, continuaba recibiendo las instrucciones de su coronel.

—Vas a ir ahora con Libélula. Tu capa tiene algún problema de ajuste. Debería adaptarse a la perfección a la persona que escoge, pero te queda inusualmente larga.

La rolliza mujer ofreció su mano a la pequeña. Ambas desaparecieron tras cruzar la puerta que conducía de nuevo al refugio de magia.

—En cuanto a vosotros —siguió diciendo el hombre con aire de maestrillo—, Lidia y Nico se quedarán conmigo.

Nico tragó saliva, no estaba muy contento con su instructor. Hubiera preferido a la señora Morrigan. Ella era siempre cortés y educada. En cambio, aunque el señor Moné poseía una aguda inteligencia, era distante y demasiado autoritario. Lidia tampoco parecía muy convencida, pero la chica no tenía ningún problema en mostrar su objeción si algo no le gustaba.

—Valeria, irás con Coril. Los elfos son unos grandísimos tiradores.

El señor Moné indicó con su bastón a un atlético joven que se encontraba cerca de uno de los muros laterales. El elfo practicaba con su arco sobre una de las varias dianas que servían para el adiestramiento. Los ojos de la chica brillaron al ver la increíble agilidad del atractivo elfo. Sorteaba obstáculos y saltaba sobre vallas. Finalmente, el elfo se tiró al suelo y, tras una voltereta, fijó su rodilla derecha en la hierba. Entonces, disparó. Fue un tiro certero. Ni siquiera parecía haberse despeinado su melena larga y rubia. Valeria colocó un mechón de sus cabellos tras su oreja. La admiración de la chica era tan palpable, que Lidia le asestó un codazo para que bajara de las nubes.

—Y tú, Daniel, seguirás los consejos de Onrom…

Un hombrecito todavía más bajo que el señor Moné salió de detrás de unos arbustos. Aún se estaba desperezando. Moqueaba y sus ojos luchaban por mantenerse despiertos. Limpió la agüilla de su nariz grande con las mangas de su sucia camisa. Su rizada barba caoba tenía restos de ramitas y tierra. Llevaba un hacha de dos cabezas apoyada en uno de sus hombros. El mango de madera era casi tan largo como su portador y estaba delicadamente tallado y provisto de extrañas inscripciones. Su doble hoja de hierro relucía como una moneda de plata en un estanque. Daniel se llevó las manos a la cabeza y no pudo contener mostrar su desagrado.

—¿Un gnomo? ¿Mi maestro es un gnomo tala-árboles?

El hombrecillo, después de un sentido carraspeó, escupió en las botas del chico.

—¡Cállate, chaval! Y no me insultes llamándome gnomo. ¿Me has visto las mejillas sonrosadas y un sombrero de cucurucho? ¡No! Porque soy un enano, ¡estúpido! —Daniel buscó refugio en el señor Moné, pero no obtuvo ningún tipo de consuelo—. ¡Coge tu jodida espada y menea ese culo prieto! Tenemos mucho trabajo.

Durante siete largos días y siete agotadoras noches, se dedicaron en cuerpo y alma a conocer y desvelar los misterios de cada uno de los objetos que ahora poseían. El sol de la mañana los acompañaba infatigable hasta las últimas horas de día, cuando su adiestramiento llegaba a su fin. Solo una leve brisa primaveral les daba un respiro. Alguna llovizna ocasional los torturaba hasta dejarlos sin aliento. Las gotas de agua eran como latigazos que golpeaban sus rostros mientras avanzaban hacia su objetivo. Las botas embarradas enlentecían sus movimientos, pero las órdenes de Bibolum Truafel eran claras y directas: No había tregua en la guerra.

Érika, sin embargo, gozaba de ciertos privilegios. La pequeña no blandía nunca un arma o corría hasta quedar exhausta. Después de que su capa fuera ajustada, su aprendizaje se basó única y exclusivamente en dominar a la perfección el arte de la invisibilidad. Y ello no requería tantas horas al día de instrucción.

La niña era una gran alumna, absorbía todo lo que la señora Morrigan le explicaba como si fuera una esponja. Al caer la tarde, se refugiaba en la cocina con Libélula. Allí ayudaba a la cocinera a elaborar pociones curativas y amuletos protectores. Pero lo que más le gustaba preparar era la rica tarta de chocolate con bizcocho de la señora Morrigan. Solo el abrumador silencio de la noche interrumpía a la niña de su idílico sueño, entonces la ingrata soledad asaltaba su alma sumergiéndola en un mar de dudas. No había más niños en aquella gran casa, y se preguntaba si los hubo alguna vez. Quizá habría alguno en el poblado, pero no podían atravesar los muros exteriores. Corrían el riesgo de que las fuerzas oscuras de Lorius los encontrasen.

Valeria se encontraba cómoda con Coril. La actitud serena del elfo lograba calmar su inquietud. Sus miedos desaparecían cuando estaba junto a él. La desesperación que la había invadido al llegar Silbriar era ya un lejano recuerdo. Debía concentrarse en su finalidad: recuperar el espejo de Silona para poder regresar a casa. El elfo, muy en contacto con la naturaleza, no solo la instruía en el manejo de la ballesta, también le enseñaba técnicas de meditación y concentración. La joven debía aprender a visualizar su objetivo. No importaba que estuviera a más de un kilómetro de distancia. A Valeria le parecía una tarea imposible, no comprendía cómo sentada horas en una roca y con las

piernas cruzadas la ayudaría a sentir la ballesta como parte de ella misma. Coril le exigía mucho. Ella lo intentaba, se esforzaba, pero cerraba los ojos y solo veía oscuridad. Sin embargo, un día, mientras la lluvia se deslizaba por sus mejillas, la joven percibió el perfume intenso de las rosas silvestres del bosque. Pensó que las nubes cargadas de agua llevaban consigo su olor. Pero pronto descubrió que no era así. Su mente inició entonces un viaje. Sus manos casi acariciaron los muros exteriores. Húmedos, resbaladizos. Divisó un sendero empedrado que la llevaba a lo más profundo del bosque a una velocidad tal, que la chica sintió vértigo. Árboles imponentes, rocas, campos inmensos de flores, un riachuelo... Y más allá, cuando pensaba que aquellos paisajes eran un sueño, admiró un lago cristalino de aguas poco profundas. Una pequeña cascada saltaba desde lo alto de una empinada roca, provocando un arcoíris mágico. Valeria podía sentir la gama de colores impactar sobre su piel. El calor del naranja, el desasosiego de violeta, la fuerza del rojo. La chica, ante la lluvia de sensaciones, abrió los ojos. El elfo sonreía orgulloso.

—Has conversado con el poder de la ballesta, y has comprendido que no es solo un arma.

Valeria, ruborizada ante los halagos del elfo, observó a Daniel de reojo. Aquella mirada arrogante que siempre lo acompañaba había desaparecido. Sus ojos grises estaban bañados de coraje. Ella sonrió para sí, podía que, a pesar de todo, aquel equipo tuviera una oportunidad de sobrevivir. El chico jadeaba y esquivaba los golpes continuos del enano gruñón. A pesar de su estatura, Onrom tenía más fuerza en su dedo pulgar que todos los chicos juntos. Dominaba su hacha con una habilidad sobrehumana. El primer día le había regalado a Daniel un escudo circular en bronce. El chico debía también aprender a encajar los golpes. Calado hasta los huesos, seguía el ritmo de su maestro refunfuñón. Al principio, había dudado de la capacidad del enano para enseñarle algo útil, pero pronto cayó en su error. Aquel enano desaliñado y poco aseado era un maestro de las batallas. Había sobrevivido a la gran guerra de Silbriar. Daniel había aprendido que debía escuchar a la espada para entrar en sintonía con ella. Y había descubierto que se trataba de la mismísima espada del rey Arturo.

Nico y Lidia no lo estaban pasando mejor con el señor Moné. Su frialdad solo se rompía cuando esbozaba una diminuta sonrisa de medio de lado. Nunca perdía su compostura. Su bastón era la herramienta que lo ayudaba a impartir su clase. Y exigía a los chicos entrega total. No podían distraerse, no debían mirar las técnicas que utilizaban sus respectivos hermanos, ni siquiera podían quejarse cuando sintieran hambre o sed. Lidia estaba empezando a odiar a aquel tieso hombrecillo. Escuchaba sus tripas pedir auxilio

constantemente y, para colmo, no solo debía controlar sus zapatos de cristal sino también manejar una daga. A Nico le iba todavía peor. Sus esfuerzos por dominar las carreras de sus botas terminaban siempre con su cara dentro del fango. Poseía las botas del gato del cuento, y esa información lo había hecho desmoronarse aún más. Todos con grandes objetos y él con las botas de un animal poco creíble. Aldin Moné ordenaba al chico que hiciese abdominales, flexiones y demás ejercicios que no había hecho en toda su vida. El pobre caía rendido en su cama cada noche. No había ningún músculo del cuerpo que no le doliese. Aquella instrucción estaba siendo una auténtica tortura. Así que, cuando el gran mago Bibolum los citó a todos en su despacho circular, Nico suspiró aliviado. Tendría una mañana de descanso.

10

Elegidas

Aquella estancia circular era sin duda una joya arquitectónica. Daniel observaba con interés las columnas que sujetaban la inmensa cúpula. Aunque su decoración era escasa, la elegancia de la habitación yacía precisamente en sus paredes cobrizas y sus columnas estrechas rematadas en fino oro. La cúpula era todo un espectáculo, parecía una réplica del cielo estrellado. Aunque Daniel no sabía distinguir si era el cielo que todas las noches lo acompañaba de camino a casa o era algún otro cielo desconocido. Las estrellas sí que dibujaban constelaciones hiladas entre sí por el mismo oro del que presumían las columnas. Había planetas naranjas, amarillos e incluso azules, pero el chico no logró encontrar la Luna. Juraría que la había visto en el cielo de Silbriar a su llegada. ¿O era otra luna? Aquel extraño cielo lo desorientaba. Observó a su hermano, que leía afanadamente los títulos de todos los libros de una de las estanterías. Sí, él también había reparado en que muchos de los tratados y manuscritos expuestos eran completos desconocidos en la Tierra y en que los relojes no marcaban las horas usuales, sino que constaban de dos esferas que se cruzaban entre sí, y en medio aparecía dibujado un antiguo reloj de arena. Daniel no había encontrado su utilidad, la forma de medir el tiempo en Silbriar seguía siendo una incógnita para él. Los segunderos iban al doble de velocidad de los normales, sin embargo, los minutos parecían eternos. Menos mal que sí existía la noche y el día; podía computar los días que llevaban allí. Ocho, ni más ni menos.

Después de hacerse de rogar, el gran mago hizo su estelar aparición. Sin prestarles atención, caminó hasta el centro de la estancia leyendo un libro que sujetaba en una sola mano. Sus gafas parecían demasiado diminutas en relación con su enorme rostro, y portaba una toga azul celeste con extraños símbolos plateados. Bibolum tomó asiento, pero no despegó sus increíbles ojos púrpura del libro. Los chicos se impacientaron. Lidia crujía sus dedos como era costumbre en ella, Valeria enroscaba su dedo índice en su delicioso cabello ondulado y Nico se mordía las uñas sin perder de vista los

escasos gestos del mago. A Daniel le preocupaba su hermano, parecía ser el único que no se había adaptado al lugar. Incluso Érika se divertía taconeando sobre las baldosas hexagonales del pavimento. Daniel reparó entonces en la cúpula. Con la presencia del mago, la pintura del extraño Universo había cobrado vida. Las estrellas brillaban, los planetas giraban, los meteoritos se desplazaban. Una estrella fugaz cruzó el techo de izquierda a derecha. Ya no se trataba de un simple fresco, todo había adquirido un mágico aire tridimensional. No recordaba haber presenciado ese espectáculo la primera vez que pisaron el círculo. Bibolum refunfuñó dos veces y cerró de golpe el libro. Les prestó entonces atención. Se acomodó mejor en la silla y desplazó de nuevo sus gafas hasta el puente de su nariz.

—Bien, chicos, ¿cómo habéis pasado la semana? —La profunda voz del mago resonó en la habitación como el eco en las altas montañas. ¿Habéis aprendido mucho?

Nadie se atrevió a contestar. Todos se miraban unos a otros esperando que alguno tomara la iniciativa. Valeria, sintiéndose aludida, empezó a abrir la boca, pero fue interrumpida inmediatamente por Daniel.

—El entrenamiento ha sido muy duro. Pero creo que hablo por todos cuando digo que todavía nos asaltan muchas dudas sobre nuestro cometido aquí. Estamos agradecidos por habernos dado cobijo y comida, nos habéis tratado muy bien, pero en nuestro pensamiento solo existe el deseo de regresar a casa.

Valeria lo miró sorprendida. No esperaba que el chico que jugaba a baloncesto y presumía de abdominales poseyera la capacidad de expresarse tan bien.

—Comprendo vuestras ansias. —El mago se incorporó con cierta torpeza—. Pero quizá vuestro destino está más cerca de lo que vosotros imagináis. Mañana mismo emprenderéis el camino a una cabaña situada cerca del río Mui. Allí seréis bien recibidos.

No entendían nada. Buscaban en el rostro del mago un gesto, una señal que les indicara qué estaba ocurriendo, pero el talante impasible del anciano solo era traicionado por un leve aire de preocupación en sus ojos.

—No sé si sois conscientes del peligro que os amenaza fuera de estas murallas. Pero la comunidad de magos ha depositado toda su confianza en vosotros, incluido yo mismo.

—¿Por qué nunca nadie ha intentado rescatar a la princesa Silona? ¿Por qué tenemos que ir nosotros? —Nico, por fin, rompió su silencio —. ¡Mírenos bien! ¿Por qué tenemos que luchar en una guerra que no nos pertenece? ¡Es una misión suicida!

El corpulento mago se situó frente a él y le sonrió afablemente.

Nico, intimidado por la imponente presencia del anciano, bajó la cabeza. Bibolum aprovechó entonces para despeinarle los cabellos con su gigantesca mano.

—Muchos magos lo intentaron antes, muchacho —le dijo con voz sombría—, y ninguno lo consiguió. La Fortaleza que ha construido Lorius es a prueba de magos blancos. Saltan las alarmas en cuanto uno cruza sus muros. Pero los grandes hechizos también tienen sus limitaciones. Y en este caso, los humanos no pueden ser detectados.

—¿Aunque portemos los objetos? —se apresuró a preguntar Daniel.

—Aunque los objetos sean mágicos, fueron creados para que los humanos los usaran. Pasarán desapercibidos para los detectores de la Fortaleza. —Bibolum miró a cada uno de los chicos—. No va a ser una tarea fácil. No puedo obligaros a aceptar esta misión, lo único que puedo prometeros es todo el apoyo de la comunidad mágica. Hemos estado esperando años a que humanos como vosotros traspasarais el portal. Pero la decisión final está en vuestras manos.

El silencio tras las palabras del mago heló las paredes de la estancia circular. El anciano, viendo que los chicos reflexionaban antes de emitir su juicio, volvió a tomar asiento. Su rostro imperturbable dejó mostrar una mueca de preocupación. Abrió el libro que antes tenía en sus manos. Sus letras doradas saltaban entre las páginas como si quisiesen huir de las palabras. Observó el brillo que desprendían en su movimiento. Las letras dejaban una estela tras de sí parecida a los cometas que surcaban el cielo oscuro de Silbriar y Bibolum no dejaba de contemplar su juego. Todo buen mago sabía que, cuando un libro mágico iniciaba un flujo imparable en sus páginas, escondía un mensaje importante. Los chicos, ajenos a este fenómeno, continuaban debatiendo en voz baja qué debían hacer. Solo Nico se oponía a emprender esa misión descabellada.

—¡Es una locura! Vamos a morir al primer pestañeo. Ya vimos lo que pueden hacer esos mellizos. ¿Cómo vamos a esquivar sus bolas de fuego? —Nico intentaba convencer al resto—. Valeria, tú eres una persona sensata. No podemos adentrarnos en ese bosque...

—Nico, si no hacemos nada, quedaremos atrapados en este mundo —Daniel interrumpió el discurso delirante de su hermano—. No podemos pasarnos toda la vida huyendo. Valeria, sé qué estás preocupada, pero si no intentamos encontrar ese espejo, nunca volveremos a casa.

—No tienes que preocuparte por mí, Val, puedo hacerme invisible.

Valeria le sonrió a su hermana pequeña, y miró con ojos compasivos al asustadizo chico. Antes de que la muchacha pronunciara palabra, Nico supo que había perdido. Era consciente de que la decisión de Valeria inclinaría la balanza en un sentido u otro. Sus hermanas la seguirían sin rechistar. Nico bajó la cabeza y se

encogió de hombros.

—Si queremos volver a casa, no podemos quedarnos aquí con los brazos cruzados. Lo siento, Nico, pero tu hermano tiene razón. Yo no estoy preparada para vivir recluida aquí esperando un milagro. ¡Tenemos que recuperar el espejo de Silona!

—¡Y rescatar a la princesa! —dijo la pequeña entusiasmada—. Como en los cuentos que me leía mamá. El príncipe acaba con los malos y besa a la princesa.

—Aquí no hay príncipe, enana —objetó Lidia—. Somos nosotros contra el ejército de ese imbécil de Lorius, ¿lo entiendes ahora?

Las punzantes palabras de su hermana hicieron que la joven Valeria enmudeciera. Daniel apoyó su mano en el hombro derecho de la chica. Ella se limitó a exhalar un profundo suspiro y dirigir su mirada hacia el rostro impasible del gran mago que seguía absorto en su lectura. Valeria avanzó tres pasos y mereció la atención del anciano.

—Bien, ¿qué tenemos que hacer? —su voz temblorosa delataba su estado de ánimo.

El mago se levantó y, con cierta admiración, observó a la chica que tenía delante. Intrépida, valiente, pero a la vez temerosa e insegura. Tenía los mismos atributos que su madre. Ella también había sido una gran guerrera.

—Daniel, Nico, buscad a Aldin y empezad a preparar el viaje. Partiréis esta misma tarde. El tiempo apremia y no podemos detenernos más.

Lidia observó cómo los chicos salían del círculo, mientras ella y sus hermanas esperaban las siguientes instrucciones. Nico no había mirado hacia atrás, pero Daniel no pudo evitar mostrar su inquietud y echó un último vistazo a las chicas. Reparó en las pupilas ansiosas de Lidia y, con una leve sonrisa, le guiñó un ojo. La joven se sonrojó y sus manos buscaron amparo en su larga trenza. Al comprobar tímidamente que el chico había desaparecido ya, volvió a mirar al corpulento mago.

—¿Qué hacemos nosotras? —Valeria aguardaba ansiosa la respuesta del mago.

—Valeria, quería hablar a solas con vosotras. Creo que no he sido muy sincero desde que habéis llegado aquí.

Mientras Lidia esperaba expectante las palabras del mago, Valeria frunció el ceño con aire de desconfianza.

—Los guardianes son los legítimos protectores de los objetos, eso es verdad, pero los guardianes también son los protectores de las elegidas. —El mago hizo una pausa y observó la reacción de las chicas, pero solo obtuvo miradas interrogantes entre las hermanas—. Vosotras no sois guardianas, sois algo más: ¡Las elegidas que hemos estado esperando!

—¿Las elegidas para qué? ¿Para salvar Silbriar? ¿No es esa la misión que tenemos que llevar a cabo? —El descaro de Lidia era irritante.

—Vuestro destino está íntimamente ligado a estas tierras. Tres mujeres unidas por lazos de sangre guiarán la rebelión hasta derrotar al mago caído. Cada una con un don valioso: La guerrera… —el mago agarró a Valeria por los hombros y, con un susurro ininteligible, la bendijo. Se dirigió a Lidia y repitió el mismo ritual—, la artesana…, y, por último, la maga…

Érika se sintió extremadamente halagada. Ella era una maga, era una elegida para derrotar al malvado mago del cuento. Tenía una capa poderosa y unas ganas terribles de ver un dragón. Sus hermanas serían mayores, pero no comprendían la relevancia de su presencia en ese mundo. Las dos continuaban cuchicheando e intercambiaban miradas incisivas. Deberían sentirse orgullosas de ser elegidas para una misión importante, sin embargo, se limitaban a mostrar disconformidad, resoplando y gruñendo.

—Sois las personas a las que los objetos deben proteger. Los guardianes deben cumplir su primera promesa. ¡Defender a las tres mujeres portadoras de la libertad!

La solemnidad con la que el mago iba hablando se fue apagando lentamente. Sus ojos violáceos mostraban destellos de preocupación. Aun así, mantuvo una amplia sonrisa frente a ellas. Volvió a sentarse de nuevo, y no pudo evitar advertir la palabra que el viejo libro había formado con sus saltos de letra: «Muerte».

—Podéis retiraros —dijo sin levantar la cabeza—. Tenéis que preparar un largo viaje.

Las tres abandonaron la estancia en silencio. En la puerta, una ansiosa Libélula Morrigan se precipitó en el círculo al verlas salir. Disfrazó su inquietud con una sonrisa afectuosa y contempló el rostro abatido del mago, nunca lo había visto desesperanzado. Continuaba con la mirada perdida mientras acariciaba suavemente su barba. Libélula advirtió que el Libro de los Consejos permanecía abierto.

—¿Qué dice el libro?

Bibolum por primera vez reparó en la presencia de la rolliza Libélula. Ella era la única que conseguía despejar siempre su pesadumbre. Pero, esa vez, no sabía si la experta en pociones y gran sanadora conseguiría ayudarlo.

—Esto es grave, Libélula, el libro no predice nada bueno. —Exhaló un profundo suspiro—. Una de las hermanas va a morir.

Parte 3

La guerrera, la artesana y la maga

11

Brújula

Libélula Morrigan cruzó el patio con las llaves gruesas y oxidadas que abrían la puerta del muro del Norte. La mujer no recordaba la última vez que alguien había atravesado ese pórtico. El sendero que se extendía frente a ella era el más peligroso y menos transitado. Desde que había comenzado la guerra, pocos habían tenido el coraje de franquear aquel camino, algunos ni siquiera habían regresado. Libélula no podía apartar de su mente la revelación del mago. Observó cómo las tres subían en el carromato que Aldin había preparado. Sintió que la congoja la abrumaba. Una de las tres quizá no regresara. Se preguntó si Bibolum había desvelado el fatal augurio a Aldin. Probablemente, no. Una revelación como esa intervendría en el desarrollo de los acontecimientos y las posibles decisiones de Aldin se verían comprometidas. Aldin era un gran mago, protegería a los chicos con su propia vida si fuera necesario. Libélula introdujo la llave en la cerradura, y los vigilantes del muro norte comenzaron a abrir el portón. La mujer apreció cómo el gélido frío que provenía de las montañas del norte azotaba sus mejillas. Se ruborizó. Advirtió que los dos chicos terminaban de cargar las últimas provisiones, ellos eran los guardianes que debían proteger a la estirpe de Ela. Eran solo unos críos, pero debía confiar en la elección de los objetos, si eran merecedores de estos, debían poseer el valor suficiente para enfrentarse a los lopiards.

—A pesar de su juventud, por sus venas corre sangre de héroes. ¡Volveremos!

El mago subió al carromato y sostuvo las riendas de los caballos. Libélula recordó entonces que guardaba los amuletos que ella misma había preparado en el bolsillo de la falda. Se trataba de una mezcla de lavanda y ruda con una pizcas de obsidiana triturada. Sin más dilación, le entregó a un saquito a cada uno. El amuleto evitaría que fueran detectados por los soldados de Lorius.

El carromato inició su marcha y cruzó los muros del refugio. Libélula admiró el color de las ramas de los árboles. No era un verde

cualquiera, aquellas hojas desprendían una fragancia esperanzadora. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Tan solo a medio día de camino, los árboles perdían su vida y las tinieblas se apoderaban de todo el paraje. Solo una vez había contemplado aquel horripilante espectáculo. El terreno era negro e inhóspito, los animales huían despavoridos de aquellas tierras y el hedor nauseabundo que se respiraba se impregnaba en su piel. Ella solo había pisado una vez aquel lugar; el día que recogió el cuerpo de su marido. Se había adentrado en territorio enemigo junto a Coril y algunos más. Coril había perdido a su hermana, y ella a su marido. No iba a permitir que su cuerpo sirviera de pastos para los gusanos. Los valientes se habían ganado un entierro decente. Libélula se juró a sí misma que nunca volvería a pisar aquella ciénaga.

Daniel había ocupado el asiento contiguo al señor Moné. Los dos encabezaban la expedición. Mientras ambos charlaban animosamente sobre las distintas especies que se encontraban en el camino, Lidia comenzaba a aburrirse estrepitosamente. Siempre había odiado las excursiones. Largas horas de viaje, canciones soporíferas y hambre, mucha hambre. Valeria continuaba con la mirada perdida. Y su hermana pequeña estaba fascinada con los juegos de manos que le mostraba el bobalicón de Nico. Sí, estaba siendo un comienzo de misión divertidísimo.

—Señor Moné, ¿podemos hacer un descanso? —Esperaba ansiosa una respuesta afirmativa.

—Debemos llegar a la cabaña antes que anochezca…

—Sí, pero hay necesidades que no pueden esperar.

La impaciencia de Lidia irritaba al mago. A regañadientes, tiró suavemente de las riendas y los caballos se detuvieron. Sacó su reloj de bolsillo y calculó los minutos hasta el ocaso.

—Bien, tenéis siete minutos —dijo mientras descendía del carromato—. Voy a inspeccionar la zona. Ah, pequeña, procura no arrimarte a aquellos arbustos rojos, son venenosos.

—Estupendo —rechistó la chica—. ¿Algo más? ¿Alguna serpiente del tamaño de un elefante o una flor carnívora?

La chica se alejó del camino y se adentró en el bosque. Érika corrió tras ella y agarró su mano. Lidia volvió la vista atrás y vio que tanto Valeria como Nico bajaban del carromato.

—¡Mequetrefe, si vas a soltar tus fluidos corporales, ni se te ocurra seguirme!

Solo Daniel permaneció sentado en la carreta. Examinaba un viejo mapa que el Señor Moné le había entregado y aunque no sabía muy bien cómo interpretarlo, observó que habían recorrido más de la mitad del camino. La cabaña a la que se dirigían se encontraba cerca de un riachuelo, aislada de toda civilización. Una línea gruesa

ondulante trazaba los límites de las tierras ocupadas por los soldados oscuros. Eran casi las tres cuartas partes de Silbriar. Y las cruces negras delimitaban los confines del bosque de las Almas Perdidas. El resto de las tierras, aunque sometidas bajo el dominio de Lorius, gozaban de una frágil libertad. El chico imaginaba que el señor Moné tendría alguna clase de plan. Pero ¿cómo iban a sortear el bosque oscuro plagado de bestias sin ser vistos? Daniel apartó su flequillo de la frente y exhaló un profundo respiro.

Lidia, al regresar de su paseo con Érika, desvió su mirada para admirar el brillo de los cabellos castaños de Daniel. Con los rayos del sol, su melena parecía más clara. Sus hombros anchos y su extensa espalda se movían ligeramente buscando la postura más adecuada. El chico pareció percatarse de la mirada incisiva de la joven. Giró su cuello y la obsequió con una sonrisa de medio lado. Ella, complacida por ese pequeño gesto, subió a la carreta con cierta vanidad.

—Bien, seis minutos y cincuenta segundos… Nos ponemos en marcha de nuevo.

Con una destreza prodigiosa, el señor Moné volvió a tomar las riendas de los caballos. Los chicos, con sus rostros marcados por el cansancio, aprovecharon para reposar. Solo Daniel mantenía su mirada al frente. Aunque el mago era sumamente reservado, durante el trayecto había descubierto algunas de sus habilidades. Cuando uno de los caballos se detuvo bruscamente al oír un terrible gemido, el señor Moné, sin dudarlo un instante, saltó de la carreta y se acercó a una de sus orejas. Le susurró unas palabras en una lengua extraña y el caballo se tranquilizó. Daniel había deducido que uno de sus poderes ocultos era la comunicación con los animales. Esa capacidad insólita no lo había sorprendido tanto. Después de todo, el señor Moné escondía una misteriosa cola pelirroja en sus holgados pantalones refinados. Pero sí había intentado disimular su asombro al determinar que la afilada atención que prestaba a las hojas, a las flores o incluso a las piedras del sendero, no era solo una manía: Aldin Moné descifraba mensajes que la misma Naturaleza le enviaba.

Poco a poco, la luz del día se fue desvaneciendo. La apariencia alegre y acogedora del bosque se fue transformando en un cuadro sombrío e inquietante. Érika se estremeció al ver que aquellos árboles que arropaban el camino se convertían en feroces espectros que acechaban sus movimientos y se aferró a la capa. El señor Moné anunció la llegada a su destino, y ella se alegró al ver la tenue luz que asomaba en lo alto de una diminuta colina.

La cabaña no era muy grande. En la entrada había una pequeña terraza con una mesa y dos sillas finamente talladas. Una balaustrada no muy alta delimitaba el portal del campo. A pocos metros de allí, había un establo. Aunque estaba cerrado, se podía escuchar el mugido

de algunas vacas y un constante cacareo. Aldin dirigió el carromato hacia el establo. Con suma precaución descendió de la carreta e hizo una seña a los chicos para que no se movieran. El mago se acercó a la puerta y con los nudillos, dio siete golpecitos rítmicos. Un hombre corpulento abrió y, con una risa estrepitosa, abrazó al pequeño mago levantándolo del suelo. Cuando Aldin volvió a apoyar sus pies en tierra firme, les indicó con la cabeza que no había peligro.

—Bien, este es mi amigo y valiente guerrero, Roderick Lenk.

—Así que en estos críos está el futuro de Silbriar.

Érika analizó con curiosidad al personaje que reía pomposamente. Era increíblemente alto. Casi de la misma estatura que Bibolum, aunque evidentemente más gordo. Su cabello y su barba pelirroja estaban adornados con diminutas trenzas, tenía las mejillas sonrosadas, y sus mofletes sobresalientes escondían unos ojos avellanados. La pequeña se perdía en una dentadura amplia y perfecta. Entonces atisbó el destello de un objeto tras la puerta. Se trataba de un hacha con una hoja plateada. La niña, con sonrisa triunfante, volvió a mirar al orondo anfitrión.

—¡Eres el leñador! ¡El que salvó a Caperucita de las garras del lobo!

La carcajada, aún más escandalosa que su risa, desconcertó a la pequeña.

—Sí, varias veces en semana salgo a buscar leña —dijo guiñándole un ojo—. Pero, básicamente, mi esposa Zenca y yo nos dedicamos a nuestros animales. Id entrando, imagino que los caballos están sedientos.

Al entrar, Érika descubrió a una mujer de mediana edad portando varios platos. Era esbelta y más morena que el grueso leñador. Tenía una belleza exótica. Sus cabellos negros, recogidos en una castaña, parecían desprender destellos azules, su rostro casi esférico tenía una expresión dulce, pero al mismo tiempo inquietante, y sus ojos se movían como los de un búho en la noche.

—Por favor, sentaos, en breve llegará Roderick y podremos empezar a comer. —La voz de la mujer era risueña como el canto de un pájaro. La pequeña se preguntó si la esposa del leñador también ocultaba una cola o unas alas con las que podría volar por las noches.

Durante la comida, los dos viejos amigos charlaron sobre la marcha del refugio que Bibolum había creado. Cómo había hecho el encantamiento en una sola noche desafiando las leyes de Lorius, y cómo, poco a poco, una cincuentena de magos de todos los niveles y rincones de Silbriar habían acudido allí buscando cobijo. Bibolum se había convertido en una leyenda, y en la principal amenaza de Lorius. Su cabeza tenía precio. Hacía años que el gran mago no cruzaba los muros del refugio. Guiaba a todos sus discípulos desde el círculo.

Había estudiado allí los antiguos libros buscando una esperanza para la salvación de Silbriar. Entonces descubrió que, en la primera guerra, los objetos mágicos habían ayudado a la liberación de su mundo. Su idea había sido brillante. Con toda su energía, había lanzado un conjuro al mundo humano para que los objetos buscaran a los descendientes de sus aliados en la Tierra. Esperó impaciente su respuesta. Pero el tiempo transcurría más lento en el mundo humano y tuvo que esperar unos cien años para que el primer descendiente llegara a Silbriar. Cuál fue su sorpresa al comprobar que la joven que tenía delante no era solo un guardián de los objetos, sino una descendiente de la casa de Ela.

—¿Qué es la casa de Ela? —Daniel interrumpió la amena conversación histórica de los dos amigos. El leñador encañonó al chico e, inmediatamente, pidió una explicación a Aldin.

—¿Bibolum no les ha contado lo de la estirpe de Ela?

—Ahora hay cosas más importantes que tratar, como la manera de recuperar la brújula de la Primera Luna.

—Perdón por mi intromisión —dijo esta vez una Valeria, que había escuchado atentamente todos los infortunios que habían sufrido antes de poder contar con un refugio—, pero ¿no tenemos que buscar el espejo de Silona?

Roderick soltó un puñetazo en la mesa y todos los vasos temblaron.

—Pero, rayos y centellas, Aldin, ¿qué demonios les has contado a estos chicos?

El señor Moné se levantó sin poder reprimir una exclamación de preocupación. El mago caminaba de un lado a otro de la sala aferrado a su bastón. Tras unos minutos de reflexión, donde Roderick Lenk se crispaba de impaciencia, Aldin dejó caer su bastón en el suelo y, frotando su empuñadura, se dirigió a los chicos.

—Bien, es hora de poner algunas cosas en claro —les dijo con autoridad—. Hace algunos años, y después de varios intentos de los nuestros para rescatar a la princesa, Lorius lanzó un hechizo sobre la Fortaleza. No solo activa sus alarmas si algún mago penetra en ella, también lanzó un conjuro de espacio para que la Fortaleza no pudiera ser localizada.

—Lo que quiere decir, Aldin —aclaró el leñador—, es que la Fortaleza cambia de posición con cada luna llena. Se mueve constantemente.

—Pero, para que sus tropas pudieran entrar y salir sin ningún tipo de problema, creó cuatro brújulas —continuó el mago—, y entregó cada una de ellas a sus cuatro generales. Dispersó a sus tropas por los cuatro puntos cardinales. Cuando uno de los generales debe penetrar en la Fortaleza, activa la brújula y así conoce su posición. Se las conoce como las Brújulas de la Primera Luna, y no indican el Norte,

sino la posición de la ciudadela de Lorius.

—Por eso, para poder llegar hasta Silona, tenemos que hacernos primero con una de esas brújulas —concluyó el robusto leñador.

Valeria ocultó su rostro con sus manos para sofocar su angustia. Escuchó a Daniel soltar un resoplido contrariado. Sintió la pequeña mano de Érika, la niña intentaba darle consuelo sin comprender muy bien la situación en la que se encontraban ahora.

—¿Qué tenemos qué hacer para conseguir una de esas brújulas? —preguntó la joven.

—Las tropas del Este están acampadas a unos dos kilómetros de aquí, dentro del bosque de las Almas Perdidas —explicó Roderick—. El bosque está plagado de lopiards. Es prácticamente imposible cruzar ese terreno y llegar hasta el campamento...

—¿Entonces? —se apresuró Lidia.

—La única esperanza que tenemos de atravesar el bosque es que lo haga la persona que tiene el regalo de la invisibilidad. —El leñador buscó en el mago la aprobación de su plan.

12

Bosque

—¡No! —negó rotundamente Valeria.

Antes que Aldin pudiera pronunciar palabra, la joven se levantó y se encaró con el mago. Este no se movió ni un ápice. Su mutismo no dejaba duda alguna, el mago se planteaba esa opción.

—Señor Moné, no voy a permitir que mi hermana de siete años se enfrente a lobos, monstruos o lo que quiera que sean esas bestias. ¡Es una niña!

—Si la capa la ha elegido, está capacitada para la misión —añadió Roderick con firmeza.

—¡Me importa una mierda que la capa la haya elegido o no!

Lidia sujetó a su hermana dispuesta a golpear al gigante leñador y la arrastró a su silla. En ningún momento, la chica había imaginado que Valeria pudiera haber sufrido aquel tipo de arrebato. Ella ya había pensado en arrancarle las trenzas de la barba al zanahorio fortachón, pero la respuesta de Valeria había sido tan repentina que no le quedó más remedio que calmar los nervios de su hermana. Sin embargo, el hombre no se había inmutado ante la amenaza de ella. Esperaba que el mago tomara una rápida decisión. Mientras, el señor Moné permanecía impasible acariciando su bastón, meditando con mucha prudencia el asunto.

—Puedo hacerlo —dijo la pequeña tímidamente.

—¡Calla, enana! —Lidia estaba totalmente de acuerdo con su hermana mayor—. ¡Tú ni hables!

Advirtiendo que la discusión iba a ser larga, Zenca cogió a la niña de la mano y la llevó a la cocina. Todas las miradas se centraron en Aldin. El mago en ningún momento se sintió intimidado. Sabía que era una expedición arriesgada, pero la única forma de encontrar la Fortaleza era recuperando la brújula.

—El plan de Roderick es viable —dijo por fin—. A pesar del gran olfato que poseen, los lopiards, son bestias torpes. Si no ven al intruso se desorientarán. Y el amuleto de Libélula hará que no consigan oler bien a la presa.

—¡Es una broma!, ¿no? —insistió Valeria—. Señor Moné, ¡va a poner a una niña en peligro!

—Ella posee la capa —añadió el leñador que aplaudía la sensatez de su amigo el mago—. Es la que tiene que ir abriéndonos el camino.

Valeria se mordió la lengua para no gritar al irritante leñador. Nico, que hasta ahora había permanecido al margen, dio un paso al frente y con voz temblorosa se dirigió al equipo:

—La capa, como el resto de los objetos, se ajusta a su portador, ¿no? —Todos le prestaban atención—. Cualquiera puede ponerse la capa roja y volverse invisible…

—Solo un humano, y no es tan fácil —empezó a decir el mago.

—¡Lo haré yo! —exclamó Valeria decidida.

Su hermana Lidia abrió los ojos estupefacta e increpó a Valeria. Daniel empezó a rechistar, y el leñador expresó su objeción. El señor Moné tuvo que imponer orden con un toque de su mágico bastón. El sonido inarmónico que provocó hizo que los chicos se llevaran las manos a los oídos.

—Érika es la dueña legítima de la capa. Igual que tú te comunicas con la ballesta, la capa escucha el corazón de tu hermana y actúa para protegerla. Si tú te la pones, podría pasar cualquier cosa. ¡Tu vida correría peligro, y la del resto también!

—No voy a dejar que mi hermana haga de cebo para que el resto entre en el campamento.

—Yo podría acompañarla corriendo —dijo Nico desesperado.

—Yo tengo la espada, puedo ponerme la capa y ocultarla. Si esos monstruos me atacan tengo una oportunidad. —Daniel le brindó su apoyo a la joven—. Tú mismo dijiste que teníamos que comportarnos como un equipo.

Los chicos desafiaron al mago. El señor Moné recapacitaba sobre el plan inicial. El leñador bebió de su jarra de cerveza y rezó para que el mago no fuera débil. Si cedía, todo el plan se iría al garete, estaba seguro de que, si se ponían al descubierto de esa manera tan estúpida, correría sangre. Pero Aldin sabía que sus hermanas no dejarían que la pequeña Érika se expusiera de aquel modo al peligro. Y dudó. No estaba frente a jóvenes magos disciplinados, sino frente a humanos testarudos que no comprendían su mundo. No entendían que la magia era poderosa, pero también traicionera.

—De acuerdo, Valeria usará la capa. Los demás nos mantendremos a la espera de la señal. Faltan tres escasas horas para la medianoche. A esa hora, penetrará en el bosque de las Almas Perdidas. Tenéis una hora para descansar, después revisaremos el plan.

La hora se hizo interminable. No podían despejar sus mentes. Solo Érika, ajena a la contingencia a la que debían enfrentarse, permanecía junto a la esposa del leñador. Esta le narraba viejas historias de

Silbriar. En el sillón, sobre la rodilla de Zenca, la pequeña admiraba las hojas ilustradas del antiguo libro.

—«… Un día, Ela, sintiéndose ya anciana, cedió el trono a una joven llamada Silona, de la estirpe de Sión. Los astros auguraron un reinado tenebroso para una inexperta muchacha. Ela, preocupada por la predicción, consultó de nuevo el oráculo. La lectura desconcertó a la anciana. Solo cuando un descendiente de su estirpe ocupara el trono, Silbriar gozaría de paz. Silona, conocedora de las profecías, reinó de la mejor manera posible. Llevó la luz a los más recónditos parajes hasta que fue apresada por la oscuridad. Ela murió desolada viendo que la profecía se cumplía y la guerra se desencadenaba en Silbriar».

—Es un cuento muy triste —dijo la pequeña—. Pero rescataremos a la princesa Silona y tendremos un final feliz.

Zenca se maravilló ante el entusiasmo de la niña. Había magia en ella. Su corazón era puro, libre de ataduras. Los niños humanos todavía conservaban el espíritu aventurero y no habían olvidado que muchos años atrás tanto humanos como brujos convivían en armonía. Pero la mujer estaba preocupada por el resto del grupo. Era evidente que, a medida que se hacían mayores, los humanos perdían la fe y se enfrascaban en luchas absurdas contra el mundo y contra ellos mismos. La mujer observó cómo el señor Moné cruzaba la sala seguido de la joven de los ojos miel. Valeria miró a su hermana con una sonrisa amarga y se dirigió a la terraza. Estaba visiblemente nerviosa. «Esa chica necesita creer», pensó Zenca. Y convencerse de que, en Silbriar, todo era posible. Incluido que una niña de siete años esquivara con audacia a los lopiards. Zenca provenía de un linaje antiguo de clarividentes. ¡Y esa joven de cabellos claros no iba a sobrevivir!

Desde el rellano, Daniel observaba los ejercicios de instrucción de Valeria que sujetaba con garra la ballesta. El chico se mordía el labio inferior. Todo el peso de la misión recaía sobre ella. Si fallaba, fallarían todos. Las tropas se pondrían en guardia y reforzarían la vigilancia de la maldita brújula. Observó cómo se colocaba la capa y Aldin intentaba ajustarla a su cuerpo. Valeria probaba una y otra vez, pero no conseguía hacerse invisible. Finalmente, tras varios intentos, consiguió desaparecer. Por primera vez, Daniel sintió un vacío desgarrador en el estómago.

—No te preocupes, lo conseguirá.

Daniel miró de reojo a la chica que le daba palmaditas en el hombro. Lidia disimulaba una sonrisa tonta y luchaba por mantener la compostura, acariciando constantemente su larga trenza castaña. Era obvio que intentaba ocultar su nerviosismo. El joven achacó aquel extraño comportamiento de la chica al temor que Valeria pudiera

resultar herida esa noche.

—Lo sé, tu hermana es irremediablemente testaruda y presuntuosa.

—Y una mandona —dijo entre dientes—. Quiero decir que cuando toma una decisión…

—Más vale que consiga llegar hasta la brújula.

Lidia observó que él no apartaba sus enigmáticos ojos grises de los movimientos que ejecutaba. Una profunda amargura aguijonó su corazón. Cabizbaja, ocultó su desazón, mientras daba puntapiés a la balaustrada.

—Bien, será mejor que nos vayamos preparando. Aldin va a repasar con nosotros todo el plan.

Desde la puerta, la quinceañera esperó a que el chico decidiera seguirla. Pero Daniel continuaba observando a Valeria. Era tan tozuda que conseguía crisparlo. Había rehusado escuchar por completo el plan del Señor Lenk. Él tampoco quería que la pequeña Érika se expusiera al peligro de esa manera, pero el mago podía tener razón; la capa no pertenecía a Valeria. Al ver que terminaban el entrenamiento, el chico entró en la sala. Cinco minutos después, lo hicieron el mago y la joven. El mago observó los rostros alarmantes de sus anfitriones, algo no iba bien. Aldin, con pasos amplios, se acercó a ellos.

—Deberíamos hablar, Aldin —susurró Roderick—. Tenemos que abortar la misión. Zenca tiene que contarte algo, ha tenido una visión. Mejor vamos al establo.

Los tres amigos desaparecieron sin levantar sospechas entre los chicos. Valeria esquivaba las miradas de sus compañeros. Sus manos dejaban ver un ligero temblor y sus labios estaban secos, y apenas tenía saliva para humedecerlos. No quería que advirtieran su flaqueza, así que se mantuvo firme mientras preparaba la ballesta. Érika corrió hacia ella y la abrazó. Era la única en aquella cabaña que no respiraba miedo. Sus ojos lúcidos rebosaban optimismo. Valeria se abrazó a su hermana y la besó en la mejilla. Esperaba que la pequeña no percibiera su inquietud.

—Procura que no te maten ahí fuera —el tono ácido de Lidia intentaba ocultar su malestar—. No me gusta poner lavadoras, así que vuelve de una pieza.

—Cuida de Érika mientras esté fuera.

—Estaré al otro lado del bosque por si te tengo que sacar corriendo. —Nico le guiñó un ojo.

Daniel permaneció en silencio. Valeria buscó alguna señal de apoyo en su semblante, pero el chico parecía distante y enfadado. Su actitud la desconcertó. Era consciente de la escasa simpatía que le tenía, pero esperaba que, en aquella situación, su aversión se disipase. Al fin y al cabo, su objetivo era común. ¡Regresar a casa!

13

Lopiards

La siniestra quietud que emanaba del bosque de las Almas Perdidas presagiaba un funesto desenlace. Las agonizantes ramas de los árboles parecían petrificadas, no se escuchaba el aleteo de los pájaros, ni los cantos acompasados de los grillos, y una densa neblina acompañaba a las tétricas ciénagas que salpicaban a la agónica foresta. ¡Todo el bosque era muerte! Valeria podía oír su propia respiración. La chica observó el rostro intranquilo de Roderick Lenk, que apoyaba su hacha plateada sobre su hombro derecho mientras su muñeca sujetaba el mango con fuerza. El leñador esperaba entrar en combate pronto. Se había disfrazado de vagabundo y olía a alcohol. Había pensado que así no levantaría sospechas y podría penetrar en el campamento. Valeria tragó la poca saliva que le quedaba. Tenía en la boca un sabor amargo a derrota. La helada noche azotaba sus mejillas agrietando su piel. Ni siquiera había iniciado la misión y ya sentía dolor.

—No mires nunca hacia atrás, sigue siempre con paso firme al frente —el leñador le daba sus últimas instrucciones—. Los lopiards no pueden verte ni olerte, llevas la protección de Libélula. No pueden seguir tu rastro. No los mires y no tendrás miedo. Tienes que entrar en el campamento, muchacha, y llegar hasta el general. Él tiene la brújula. Yo voy a rodear el bosque y entraré contigo en el campamento en cuanto abras la puerta. Voy a estar a tu lado, ¿entendido? —Valeria asintió—. No puedo entrar en los aposentos del general, pero te esperaré fuera. Si sucede algo, me das la señal y te sacaré de allí sin pestañear. Recuerda: Aldin no puede usar su magia, porque sería detectado. Todo depende de nosotros.

El leñador sacó una botella del interior de su abrigo y dio un sorbo a su licor. Se ajustó las ligas de las botas roídas y miró el reloj. A continuación, cogió su hacha y, con la palma de la mano, golpeó suavemente el mango. El arma disminuyó su tamaño de forma considerada. Guiñó un ojo a la chica y guardó su reducida hacha en el bolsillo interior de su abrigo.

—Muchacha, es importante que tengamos esa brújula.

Valeria se colocó la capucha roja y desapareció. Podía ver cómo el leñador se alejaba. Había llegado la hora.

Penetró en el bosque y sintió un escalofrío. No había luces que alumbraran el camino, tenía que avanzar despacio en la oscuridad de la noche. Con mucha cautela, apartaba las ramas que impedían que continuase. Prosiguió así durante quince minutos. Entonces escuchó voces. Todavía no podía avistar a nadie, pero un sudor frío invadió su cuerpo. Siguió avanzando. A cada paso que daba, el ritmo del corazón se aceleraba. Respiró profundamente. No podían verla ni oler su aroma a humana, estaba protegida por la capa y el amuleto. En cuanto distinguió a una figura corpulenta moverse con cierta torpeza, la chica se detuvo. Contempló unos instantes a la bestia que se tambaleaba buscando apoyo en un árbol. Debía estar borracho. Valeria se asombró al descubrir que los lopiards eran bípedos. Siempre pensó en el lobo de Caperucita como un animal feroz de cuatro patas. Sin embargo, aquellos animales tenían las garras desarrolladas y la misma movilidad que los humanos en las manos. Sujetaban las botellas que los embriagaban sin ninguna dificultad. Aunque sus uñas eran tan largas como sucias. A pesar del abundante pelo que cubría sus cuerpos, vestían armaduras y cascos, pero no tenían calzado; sus patas eran gruesas y resistentes a las astillas y piedras del terreno. La chica se contuvo, no quería mirar los rostros de aquellas bestias. El lopiard que se había alzado, avanzaba ahora a tropezones hacia ella. Los otros tres permanecían sentados alrededor de la fogata vociferando y riendo. Valeria siguió estática. La bestia estaba a menos de un metro de ella. De repente, el animal se irguió y dirigió su mirada hacia donde estaba, lo que hizo que reprimiera un chillido. Temió que el amuleto no funcionara y que el animal la hubiese descubierto. Pero no era así. El lopiard parecía confundido. Emitía pequeños rugidos esperando un ataque sorpresa. Se acercó aún más a ella. Su hocico estaba a un palmo del rostro de la chica. Los despiadados ojos de la bestia eran grandes y amarillos. Sus rasgos faciales sí que se parecían a un lobo: la nariz, las orejas puntiagudas, el pelo... El lopiard entreabrió su boca, y ella pudo contemplar los mortíferos colmillos que poseía. Un profundo olor a alcohol penetró por sus orificios nasales. Valeria cerró los ojos y contuvo su aliento.

Cuando abrió un ojo, vio cómo el lopiard regresaba con sus compañeros. Respiró aliviada y continuó su camino. En pocos minutos dejó atrás al grupo de soldados y se adentró aún más en el bosque. Caminaba más ligera y segura. Los lobos no la habían descubierto. Su objetivo estaba más cerca. Ya podía advertir las dos torres de vigilancia del campamento, esperaba que Roderick se encontrara cerca del cuartel. Ella hubiera preferido caminar junto a él, pero el señor Moné había sido claro con sus órdenes. Debían ir por separado. Si uno

fallaba en su misión, el otro continuaría. El mago tenía vetada la entrada en el bosque de las Almas Perdidas. Cualquier atisbo de magia sería detectado por las tropas de Lorius. Todo iba a salir bien. Ella era invisible y podía acceder sin ser vista a los aposentos del general, buscaría la brújula y, cuando el leñador robase un caballo, ella montaría con él y saldrían de allí. Permanecería invisible en todo momento. Nadie seguiría a un vagabundo alcohólico y ladronzuelo.

Valeria se detuvo. Dos grupos más de lopiards se encontraban en su camino. Uno a su derecha y el otro a su izquierda. Cuanto más se acercaba al campamento, más fogatas advertía en el bosque. No debía de quedar mucho así que avanzó lentamente. Sus pasos eran más cortos y sigilosos. El grupo de la izquierda era el más cercano a ella. Si lograba superarlo sin que advirtieran su presencia, llegaría a la puerta del campamento sin mucha dificultad. La chica se movía con suma cautela. Miraba al frente, no quería distraerse con las continuas bromas que se gastaban las bestias entre sí, intentaba concentrarse en el sendero que debía recorrer, pero el grito de dolor de uno de los animales la despistó. Ladeó la cabeza y vio cómo un lopiard se retorcía en el suelo. Un compañero le había propinado un puñetazo. El agresor reía a carcajadas. Valeria, asustada, aligeró el paso, y fue entonces cuando pisó una rama seca.

Los lopiards reaccionaron de inmediato. Y aunque no lograban divisar al intruso, cogieron sus armas y comenzaron a inspeccionar la zona. Sus movimientos eran toscos pero feroces. La chica temió que, aunque no pudieran verla ni oírla, pudieran tropezar con ella, entonces la descubrirían. Aterrada, echó a correr. Los lopiards oían los pasos precipitados, pero continuaban sin poder vislumbrarla. Frustrados, la rabia de las bestias aumentó, y como una manada de lobos a la caza de su presa, siguieron el sonido de las zancadas de la joven.

Contempló estupefacta cómo las bestias habían abandonado su postura bípeda y corrían tras ella a cuatro patas. Eran veloces. Por fin pudo distinguir la puerta del campamento. Solo unos metros más. Estaba exhausta. Sin querer, golpeó una piedra con tanto ímpetu que salió disparada varios metros por delante de ella. Presenció con horror cómo uno de los lopiards se lanzaba sobre la piedra sin ninguna piedad. La iban a despedazar. No tenía ninguna oportunidad. Eran ocho contra una ballesta. Aunque había mejorado, no era tan buena tiradora. Pensó en la piedra hecha añicos en la boca de la bestia. Y entonces se detuvo. Recogió algunas piedras del bosque, y empezó a lanzarlas lejos de ella. Las bestias acudían al lugar donde caían como perros tras un hueso. El señor Moné tenía razón: los lopiards no eran muy inteligentes. Suspiró aliviada y retomó la carrera en sus últimos metros. Las bestias no cesaban en su empeño de encontrarla. Al llegar

a las murallas del cuartel, buscó desesperada alguna señal del leñador, pero allí no había nadie.

Observó que había un lopiard por cada torre de vigilancia. Estaban armados hasta los dientes. Aunque portaban cascos, sus orejas puntiagudas sobresalían dos palmos por encima de sus cabezas. Analizó durante varios segundos la mirilla del portón de hierro. ¿Cómo demonios iba a entrar? Dos de los lopiards que la habían seguido se acercaron a la puerta y la golpearon con fuerza. La chica se apartó unos metros esperando que no pudieran escuchar su respiración cansada. Dos segundos después, desde el interior de la muralla, otra bestia abrió la mirilla.

—¿Qué pasa? —preguntó una voz metálica y visiblemente irritada.

—Hay algo corriendo en el bosque, pero no hemos podido verlo. ¡Avisa al general!

—¿No será un conejo, pedazo de idiota? Entra tú mismo y habla con el general. Yo no voy a molestarlo por un animal que no habéis podido atrapar.

El lopiard enfadado cerró la mirilla y, a continuación, Valeria escuchó el sonido de los cerrojos. La puerta iba a abrirse. La chica buscó desesperada al leñador. ¿Qué debía hacer? No podía quedarse fuera esperando eternamente. Así que, en cuanto las dos bestias se dispusieron a atravesar el umbral, ella se adelantó precipitándose en el interior.

Examinó con cautela el campamento. No solo se trataba de un cuartel para las tropas, allí dentro había una pequeña aldea. Estaba oscuro y era incapaz de distinguir qué clase de personas paseaban por su patio interior. Quizá orcos, bárbaros o algo peor. Había una taberna a su derecha. Los candiles alumbraban tenuemente a un grupo de borrachos que se encontraban alrededor de una mesa. El posadero era un enano con malas pulgas que intentaba poner orden al tiempo que servía. Varias fulanas con aspecto grotesco revoloteaban alrededor de las mesas, esperando desplumar a algún ingenuo. Sin apartar la vista de toda aquella gente, la joven atravesó el patio siguiendo a los dos soldados. Ellos la llevarían directamente al general.

De repente, empezó a sentir un hormigueo en las manos, entonces, se percató que sus dedos empezaban a hacerse visibles. Algo iba mal. Aceleró el paso. Los soldados habían entrado en uno de los callejones estrechos. Se apresuró a introducirse en el callejón. Siguió de cerca a los lopiards que volvieron a tomar otra calle, esta vez más ancha. Antes de doblar a la derecha, Valeria comprobó el estado de sus manos. Ambas aparecían y desaparecían constantemente. Un sudor frío recorrió todo su cuerpo. Podía ser descubierta en cualquier momento. La chica avanzaba vacilante. Tenía la boca seca y podía escuchar los latidos de su corazón aterrado. Se detuvo y corrió detrás

de una de las pequeñas chozas, donde nadie pudiera verla. El hormigueo por todo su cuerpo empezaba a ser constante. Sus botas se estaban haciendo visibles. Ya no eran solo sus manos, ahora también sus piernas. Ahogó un grito de miedo. La capa ya no la estaba protegiendo, la magia estaba desapareciendo. Ya no era invisible.

Su mente intentaba buscar una solución a la velocidad de la luz. Pero no podía entrar en los aposentos del general sin ser vista, tampoco podía salir del campamento sin ser descubierta. No tenía alternativas. Tarde o temprano, la capturarían. Escuchó la marcha de unas botas militares que se acercaban. Debían ser al menos cuatro soldados. Se acurrucó en la pared de la choza y cubrió todo su cuerpo con la capa, con un poco de suerte la confundirían con una mendiga. Los soldados desfilaron delante de ella sin percatarse de su existencia. Valeria suspiró aliviada. Pero ¿qué iba a hacer? No podía refugiarse toda la vida al amparo de la noche. Amanecería, y la luz del sol la delataría. De pronto, su salvación apareció ante sus ojos. Una carreta conducida por un gigante horripilante se dirigía a la puerta de salida. Antes de subir, echó un vistazo al camino donde había perdido a los dos lopiards. No había rastro de ellos. No iba a recuperar la brújula, pero al menos sobreviviría. Corrió hasta la carreta y, de un salto, subió a la parte trasera. Allí se ocultó con las mantas que cubrían la carga del carro. Eran barriles. No sabía lo que trasportaban, pero su olor era nauseabundo. Reprimió varias arcadas y, tiritando de frío, preparó la ballesta por si surgía cualquier improvisto. El carro avanzaba con normalidad. Pronto llegarían a la salida. Escuchó las voces de los soldados que le daban el alto al gigante. Los pasos de las botas militares se acercaban. Iban a controlar la carga. Destaparon la lona.

—¡Estúpido! —gritó uno de los lopiards al gigante—. ¡Llevas a una pordiosera! Tienes que revisar bien la carga antes de salir. ¡Ya lo sabes!

En cuanto una de las bestias se acercó a ella, Valeria disparó. La flecha atravesó su mejilla izquierda. El quejido del animal fue ensordecedor. Sus ojos amarillos se llenaron de furia y, sin apenas pestañear, arrancó la flecha de su cara lanzándola lejos de él. Valeria cruzó el patio a toda velocidad, cuando varios lopiards más se unían a la caza. Subió a una de las mesas de la taberna y, desde allí, alcanzó el toldo que cubría la terraza. Pronto llegó al tejado. Valeria no sabía hacia dónde se dirigía, solo sabía que no podía caer en las garras de esos animales salvajes.

Las bestias la seguían desde abajo. Apartaban con brusquedad a cualquier aldeano que se interpusiera en su camino. Los lopiards eran fieros guerreros pero torpes en sus movimientos. Ninguno se atrevía a perseguirla por los tejados. Ella saltaba de casa en casa. Algunas tejas sueltas se precipitaban contra el suelo al pisarlas. Varias veces perdió

el equilibrio y temió caer. Pensó que tenía que volver al suelo y esconderse en alguna casa. Las bestias empezaban a arrojar sus lanzas, no podría esquivarlas todas. Entonces divisó un montón de heno un par de metros más adelante. Intentaría aterrizar ahí. Pero antes de que pudiera hacerlo, una nube de polvo se levantó de la nada. La chica se llevó la mano a la boca y comenzó a toser. Una fina capa de tierra azafranada la rodeaba. A solo dos metros de ellas, divisó a una figura vestida de negro. Sujetó bien la ballesta y apuntó hacia el hombre. Estaba claro que no era un lopiard, pues sus facciones eran más humanas, aunque su mirada era igual de despiadada. La chica no tuvo tiempo de disparar, una ráfaga de arena impactó contra ella tan violentamente que hizo que se precipitara al vacío. Antes de que su cabeza impactara contra el suelo, sintió cómo la ventisca la transportaba y cómo su cuerpo chocaba con el montón de heno. Después, todo fue oscuridad.

14

Prisionera

Cuando despertó, tenía un fuerte dolor de cabeza y sus huesos estaban entumecidos. Pensó que debía de tener algunas costillas rotas, porque le costaba respirar. Estaba acostada en una cama incómoda. Quería cubrirse con las mantas, pero no las encontraba. Con los ojos semiabiertos trató de incorporarse. ¿Dónde estaba? ¿Qué había pasado? Entonces empezó a recordar. El bosque, los lopiards, su carrera por el tejado y la aparición de aquel hombre misterioso. Comenzaba a ver con claridad. Estaba en una celda sobre una especie de camastro. No era un sitio muy grande, apenas de metro y medio cuadrado. Apestaba a orines y había ratas. La chica se abrazó a la capa, al menos no se la habían quitado. Entonces buscó la ballesta desesperada. No estaba. Tenían en su posesión uno de los objetos, aunque dudaba que supieran que se trataba de la ballesta mágica. ¿Qué iba a hacer? Pronto se darían cuenta de que era humana. Sujetó el amuleto de Libélula. El engaño no iba a durar mucho. Los rayos de sol comenzaron a penetrar por la pequeña abertura que había cerca del techo. La chica subió a la cama y agarró los barrotes de la rendija. La claridad llegó a sus ojos, deslumbrándola. Había amanecido. Escuchaba el ajetreo de los aldeanos. Si pudiera hacer llegar un mensaje. Pero ¿cómo? Abatida, volvió a sentarse en el camastro. El sonido de unos pasos firmes interrumpió sus pensamientos. Un lopiard se acercó a su celda, pero no era un bestia cualquiera, tenía una herida en su mejilla izquierda. Valeria tragó saliva y apoyó su espalda en la pared. Era el animal que había herido antes con su ballesta.

—¡En marcha, pordiosera! Te has ganado una charla con el general.

Mientras el lopiard abría la celda, Valeria no apartaba sus ojos de la mirada furiosa del soldado. Titubeando, se acercó a la salida. De un empujón, la bestia la obligó a salir de la celda y a caminar por un pasillo oscuro y húmedo. La chica se aferraba con fuerza a la capa, no podían despojarla también de aquel objeto, sería su perdición. Avanzaba con recelo, dejando atrás numerosos calabozos. Los escasos prisioneros se acercaban con curiosidad a los barrotes para ver a la

causante de tanto jaleo. La chica subió los últimos peldaños de las mazmorras y recibió un torrente de luz que cegó sus ojos. Poco a poco, se fue adaptando a la claridad del día. Escoltada por la bestia, la muchacha mantenía la cabeza gacha mientras pensaba en sus opciones para escapar. La lanza del animal presionaba su espalda. Era evidente que, si intentaba alguna maniobra, el soldado no iba a dudar dos veces en atravesarla con aquella arma. Otro lopiard se acercó a ellos. Para Valeria, todas las bestias eran iguales, llenos de pelos, coléricos y malolientes. Vestían las mismas armaduras, botas y yelmos. Era imposible distinguirlos. Pero el que la apuntaba con la lanza, buscaba venganza y esperaba cualquier movimiento sospechoso para matarla.

—¡El general quiere que vuelvas a tu puesto de vigilancia! —ordenó la bestia recién llegada.

—¡Quiero ser yo quién entregue a la prisionera!

—¿Te atreves a desobedecer al general?

Los dos animales se retaron con sus colmillos prominentes. El lopiard de la cicatriz cedió.

—¡Está bien! Pero vigílala, no quiero que se escape. —La bestia agarró a la chica por el mentón—. Esta condenada brinca como un saltamontes.

El nuevo lopiard resultó ser más locuaz que el anterior y echó de menos el silencio. La nueva bestia la empujaba continuamente para que avanzara.

—¡Muévete, esclava! No quiero llegar tarde a mi desayuno. ¡Ya me están sonando las tripas! —Valeria desafió a la bestia con su mirada—. No hagas nada de lo que puedas arrepentirte, desgraciada. —El lopiard acumuló saliva en su boca y escupió cerca de las botas de la chica—. Tienes un pelo muy bonito, ¿qué tal si te lo corto de un sablazo?

—¿Falta mucho? —Aquel bicho impertinente estaba acabando con su paciencia.

—No seas protestona. Yo decido cuánto falta, cuándo comes y cuándo meas. —La bestia le colocó un puñal en la garganta—. ¡Calladita estás más bonita!

La chica volvió a mirar al lopiard a sus ojos. Había algo extraño en él. Además de su verborrea, su forma de caminar era más erguida y sus ojos no parecían tan fieros.

—Unos ojos preciosos para ser humana. Te los puedo arrancar ahora mismo, si quiero. Pero no hay remedio para tus orejas de capitán Spock…

—¿Lidia? —dijo la chica entre dientes.

—¿Cómo lo has sabido?

—Te ha traicionado tu lengua, hablas demasiado.

—Ah, por las orejas, ¿no? No existe el capitán Spock en este

mundo.

—¿Y «calladita estás más bonita»? ¿Te parece una expresión que utilizaría una bestia de estas? ¡Y tampoco saben que soy humana! ¡Y antes me has empujado!

—Estaba en el papel. Tenía que ser bruta.

—¿Y por qué no me has dicho que eras tú? —protestó, molesta.

—Te lo iba a decir ahora. Solo me estaba divirtiendo un poco.

—¿Divirtiendo? ¿Tienes idea de la noche que he pasado? —le recriminó Valeria.

—No me regañes, que he venido a salvarte. Y gracias a mis maravillosos zapatos he podido infiltrarme entre las bestias. Te llevo ante el general y le quitamos la brújula. —Valeria la miró alarmada—. No te preocupes, está todo controlado. Todos estamos aquí.

Valeria soltó un suspiro de preocupación. A diez metros divisó a dos soldados que custodiaban la entrada a las dependencias del general. Respiró hondo y miró a su hermana. Esta le guiñó un ojo. Al llegar a la puerta, las dos bestias les dieron el alto cruzando sus lanzas.

—¡Traigo a la prisionera! —anunció Lidia con voz autoritaria.

Los soldados colocaron de nuevo sus armas en vertical y las chicas esperaron pacientemente a que la puerta se abriera. El cuartel del general no era sino una casa más dentro del intrincado complejo del campamento. Valeria esperaba encontrarse frente a un castillo custodiado por extraños seres sobrenaturales. Esa sencillez la había decepcionado. Ni trompetas que anunciaran su llegada ni largas alfombras rojas, solo una puerta de madera la separaba del temido general. Al abrirse, la chica sintió una punzada en el corazón. Las dos hermanas entraron en una sombría estancia. Tampoco el interior era ostentoso. Ni paredes recargadas en decoración, ni muebles tallados en oro ni grandiosas lámparas que iluminaran la habitación. Tras una rústica mesa de roble se encontraba el general, y de pie, a su derecha, otro lopiard observaba atentamente un enorme mapa desplegado en la pared del fondo. Valeria fijó su atención en el hombre que dictaría su sentencia de muerte. El general era un hombre de aspecto humano y baja estatura; su tez era blanca y sus cabellos rubicundos; sus ojos pequeños y hundidos se ocultaban tras una nariz aguileña y desmesuradamente grande, y vestía un uniforme militar azul marino condecorado con varias medallas.

Las chicas avanzaron. Se detuvieron cuando el pequeño general les dio el alto con la mano. Entonces, el lopiard que se encontraba de espaldas analizando el mapa, se dio la vuelta prestando atención a las hermanas. En ese momento, Valeria reparó en que no se trataba de un animal cualquiera. Más que un guerrero parecía un consejero, sus movimientos eran más elegantes, no tan toscos. Tenía unas diminutas gafas redondas sobre su gran hocico, aun así, podía percibir su mirada

inquisitiva, pero había algo más en esta que cautivaba a la muchacha, un brillo inusual en sus pupilas del que carecían los de su especie. Ese lopiard era astuto.

—Bien, me han dicho, campesina, que has tratado de huir del campamento —dijo el general con cierto aire despreocupado—. ¿Acaso no te alimentamos bien, o es que no te gustan las tareas que te hemos asignado?

Valeria no supo qué responder, se limitó a bajar la cabeza. Era evidente que todavía desconocían que ella era una intrusa, no una esclava.

—No voy a negar que estoy algo desconcertado —siguió diciendo—. No eres una simple vagabunda. Me han contado que saltabas con destreza de tejado en tejado como los gatos. Y encima intentabas combatir con un ejército con esto… —el general puso en la mesa la ballesta. Valeria tragó saliva—. ¿Quién eres realmente? ¿Tengo que creer la versión de mis estúpidos soldados? ¿Eres una aburrida aldeana? ¿O eres ese duende mágico que ha puesto en jaque a una docena de guerreros atravesando el bosque? Dime, niña, ¿qué es lo que eres?

—No soy nadie, mi general —le respondió Valeria tímidamente.

—¡Y una porra! —El hombrecillo dio un puñetazo sobre la mesa y se incorporó—. No eres una maga, porque este campamento está preparado para detectarlas, pero tampoco eres una aldeana corriente. ¿De dónde has sacado esta arma?

La chica se negaba a responder, incrementando aún más la frustración del general, que le lanzó una mirada llena de cólera. Ella trató de permanecer imperturbable ante su desafío, pero temió por su hermana. Había advertido unas diminutas gotas de sudor en su frente. Si Lidia no controlaba su pánico, podría volver a su forma humana, tal y como le había sucedido a ella cuando había perdido el don de la invisibilidad. En ese instante, Lidia reparó en la brújula que portaba el general en el interior de su chaqueta y le dio un puntapié a su hermana. Valeria se percató entonces de que estaba a solo metro y medio de su objetivo.

—No hemos encontrado a ningún familiar que responda por ella, mi general —el lopiard hablaba con una voz profunda—. Tampoco ningún registro de su entrada en el campamento. Lo que obviamente nos induce a pensar que se trata de una intrusa.

—¿Y cuándo va a llegar ese maldito mago enviado por el gran Lorius?

—En cuanto llegue, nos lo harán saber. Lo primero que hará será inspeccionar esta arma.

Valeria miró alarmada a su hermana lopiard.

—¿A qué estamos esperando? ¿A que me fusilen aquí mismo? —

cuestionó la chica entre dientes.

—Esperamos la señal —contestó Lidia.

—¿Qué señal?

En aquel momento, se escucharon dos golpes secos acompañados por breves quejidos en el exterior. El general, sobresaltado por aquellos desagradables lamentos, ordenó a su asistente que comprobara qué estaba sucediendo. Desconfiado, el sagaz lopiard desenvainó su espada.

—¡Esta señal! —gritó Lidia eufórica.

La chica, todavía transformada en lopiard, avanzó hacia el general y apartó la mesa que se interponía entre ella y la brújula. El hombrecillo, desconcertado, reclamaba a gritos a sus guardias mientras desenfundaba su espada. Valeria no dudó ni un segundo en colocarse de nuevo la capucha roja. Inmediatamente, se volvió invisible, se situó detrás del general y le sustrajo la brújula sin que él se percatase de su presencia. El hombre estaba más preocupado por esquivar los golpes del lopiard traidor. Dos puñetazos de Lidia, y se desmayó sobre el pavimento.

El asistente que había querido socorrer a su general, fue interceptado por el fortachón que había atacado a los dos guardias en el exterior. Roderick Lenk entró triunfante en la estancia y, de un puñetazo, derribó al lopiard. Tras el leñador, un remolino de viento había cruzado la puerta desestabilizando todo lo que encontraba a su alrededor. Hasta que no aminoró su marcha, Valeria no supo que se trataba de Nico. El chico corría por toda la habitación creando confusión. A sus espaldas, una Érika sonriente animaba al muchacho como si ella fuera la jinete, y él, su fiel caballo.

—¡Lidia, cubre la retaguardia! —ordenó el leñador.

La chica reparó entonces en la puerta trasera que conducía a las dependencias contiguas. Las voces de los soldados indicaban que se estaban acercando y que pronto penetrarían en la estancia.

—¡Valeria, tu ballesta!

Nico había recuperado el arma de la joven. Esta, sin dilación, se quitó la capa y se la lanzó a su hermana pequeña. Tenía de nuevo en sus manos la ballesta. Corriendo, se colocó junto a Lidia para repeler el ataque de las bestias. Las chicas, con sus espaldas apoyadas en la puerta, intentaban que los soldados no lograran abrirlas.

El leñador empujaba con todas sus fuerzas la gruesa mesa de roble hacia la puerta de la entrada, quería bloquear ese acceso. Pero el asistente, herido en su orgullo, se interpuso en su camino. El lopiard había recobrado el sentido y, de un salto, se había encaramado a la mesa. Con su espada en la mano, se abalanzó sobre el corpulento leñador y ambos cayeron al suelo.

En ese instante, Nico y Érika comenzaron a arrastrar la mesa.

Escuchaban los gritos de los soldados desde el exterior y cómo golpeaban la puerta con fuerza. Pronto cedería. Nico recordó lo que había hecho en la tienda de los cuentos de hadas. Había conseguido mover el mostrador con su velocidad. Las botas del chico iniciaron su marcha hasta llegar a una aceleración en que ambos pies se confundían. Entonces depositó toda su concentración en la mesa y en un periquete, ambos salieron despedidos al frente. Agarrado con sus manos, y con las piernas suspendidas en el aire, Nico empotró la mesa contra la puerta. El golpe fue tan fuerte que el chico quedó sin sentido.

Roderick Lenk sintió un dolor punzante en su hombro izquierdo y vio cómo la sangre empapaba el chaleco que con tanto esmero le había bordado su mujer. El lopiard no tendría compasión, iba a rebanarle el cuello. El leñador no encontraba su espada, debía haberla perdido durante la caída. Miró a su derecha, estaba a solo varios centímetros de sus dedos.

—¡¿Quiénes sois?! ¡¿Qué habéis venido a buscar?! —El asistente golpeaba al hombretón pelirrojo buscando cualquier tipo de información.

—Talo árboles. ¡Ese es mi oficio! —El leñador alargó su mano para llegar a su hacha.

—¡Mentís! ¡¿Venís a por la brújula?! ¡¿Creéis que podéis derrotar a Lorius, imbéciles?! —El asistente bloqueaba con una mano el cuello del leñador y con la otra sostenía su espada—. Por última vez, ¿quiénes sois? ¿Creéis que tenéis algún tipo de oportunidad? ¡Idiotas!

Roderick no contestó. Su sonrisa socarrona exasperó al lopiard. Y el asistente pronto comprendió.

—La ballesta, la capa… ¡La chica es humana! ¡Dirigís a un grupo de humanos!

—¡Te equivocas! ¡Soy un leñador que se dedica a espantar lobos!

Roderick, en un último esfuerzo, consiguió llegar al hacha y, de un golpe, amputó el brazo que sostenía la espada del lopiard. Este cayó retorciéndose de dolor. El leñador volvió ponerse en pie y avistó a las dos hermanas que trataban de impedir que la puerta cediera.

—¡¿Cómo vamos a escapar?! —gritó Valeria—. Las dos únicas salidas están repletas de bestias.

—Aldin nos sacará de aquí.

—¿El señor Moné? ¿Cómo? —Valeria, aterrada, observó cómo la hoja de un hacha atravesó la puerta quedando incrustada a algunos centímetros de su rostro—. Tenemos que apartarnos o moriremos con una espada clavada en la cara. ¿Estás preparada?

Lidia asintió tragando saliva. Sus manos temblaban tanto que a duras penas podían sostener esa espada tan pesada.

—¡Bien, chicas, apartaos! —dijo un Roderick de nuevo eufórico—.

Vamos a darles una buena paliza a esos chuchos.

Las hermanas corrieron hacia él. La puerta cedió y varias bestias cayeron al suelo. Valeria se situó a la izquierda del leñador, y Lidia a su derecha.

Érika continuaba pellizcando las mejillas de Nico con la esperanza de que despertara. Sus hermanas estaban luchando y pronto iban a necesitar su ayuda, pero el chico no respondía. La niña empezó a desesperarse, quizá Nico tuviese una lesión grave. Intentó levantar al muchacho, pero pesaba demasiado. La niña no apartaba la vista de sus hermanas. Valeria se escurría entre las bestias con facilidad, en cambio, Lidia intentaba aprovechar su enorme cuerpo de lopiard para embestir al enemigo con firmeza. La chica no era buena manejando la espada, así que utilizaba los puños. Roderick Lenk sí que luchaba como un experimentado guerrero, apartando a varias bestias a la vez de un simple guantazo. Aun así, los tres empezaban a retroceder. Los soldados se apilaban en el umbral como un enjambre de abejas dispuestos a soltar su aguijón.

—¡Érika, cubre a Nico con tu capa! —gritó el leñador al ver que pronto llegarían a su posición.

La niña hizo lo que el hombre le ordenó. Y, sorprendentemente, tanto el chico como ella, se volvieron invisibles. La niña aprovechó entonces, para arrastrarlo bajo la mesa. Oculta por su capa, Érika contemplaba la escena con temor. Tanto ella como Nico estaban a salvo, pero sus hermanas estaban vencidas por el cansancio. Lidia ya no combatía, se limitaba a defenderse del enemigo como humanamente podía. La joven estaba exhausta y comenzaba a perder el control de su cuerpo. Entonces, observó aterrorizada cómo volvía a ser la chica flacucha de siempre. El lopiard que tenía frente a ella la miró atónito. Fueron escasos segundos que Lidia aprovechó para huir de él, corriendo hacia el otro extremo de la estancia. Allí, Roderick conseguía deshacerse de dos soldados que habían saltado sobre su espalda. Valeria, subida en la mesa, pateaba a las bestias frenética. Los soldados intentaban agarrarla por los tobillos, pero ella se dejaba la piel en impedir que aquellas bestias pudieran atraparla. En ese momento, observó cómo Lidia era acorralada por varios soldados contra la pared. El leñador no lograba llegar hasta ella. Valeria sintió una punzada en el corazón. Apuntó con su ballesta a una de las bestias que había atrapado a Lidia. Fue el último disparo certero que hizo antes de ser derribada. El golpe en la cabeza la había dejado aturdida. Había caído de la mesa.

Tres pares de ojos amarillos la encañonaban con desprecio. Entonces, un destello violáceo inundó la habitación. Era intenso, casi cegador. Los lopiards retrocedieron cubriendo sus ojos. Valeria ignoraba la procedencia de la luz, pero estaba agradecida de su

oportuna aparición.

—¡Por aquí! —oyó gritar.

Era la voz de Daniel. Valeria hizo un esfuerzo por incorporarse. Divisó al joven combatiendo con las bestias que retenían a Lidia. Era enérgico y firme en sus movimientos. Sus golpes no daban tregua al enemigo. Su hermana corría hacia la esfera luminosa que había aparecido en el centro de la estancia. Roderick Lenk portaba en brazos a Nico y se dirigía también hacia la luz.

—¡Valeria, ve hacia el túnel! —le gritó Daniel.

Todavía aturdida, logró ponerse en pie. Todos, menos Daniel, habían desaparecido tras los misteriosos destellos. El joven protegía con su alma la entrada de luz, mientras esperaba a Valeria. No permitiría que ninguna bestia pudiera atravesar aquel mágico túnel. La chica corrió hasta él. La puerta principal también había cedido a las embestidas de los lopiards.

—No sabes cuánto me alegro verte de una pieza —confesó Daniel al ver a la joven junto a él—. Pensé que…, pensamos que te habíamos perdido…

—No soy tan fácil de eliminar, pero casi...

Valeria enmudeció. Junto al cuerpo del general, había aparecido una figura de la nada. Lo reconoció de inmediato; era el mismo hombre que, con solo un movimiento de muñeca, la había lanzado del tejado.

—Valeria, ¿pasa algo? —La joven no respondía—. ¡Tenemos que irnos ya!

Daniel tiró de la muchacha, y el haz de luz desapareció tras ellos.

Se encontró de repente en un sendero a varios kilómetros del bosque de las Almas Perdidas. Se alegró al ver que sus hermanas corrían hacia ella para abrazarla. También estaba Nico. Sujetaba un paño húmedo y presionaba el lugar de la cabeza donde había recibido el golpe. A su lado, Zenca inspeccionaba las heridas de su marido. Muy serio, el señor Moné examinaba el horizonte.

—Debemos ponernos en marcha. No tenemos mucho tiempo.

15

Evasión

Abandonaron el sendero con premura y se internaron en el espesor esquivando a los árboles y malezas que se abrían a su paso. Un silencio atronador se apoderó del grupo, apenas intercambiaban miradas, se limitaban a proseguir el camino por temor a ser apresados. El señor Moné marcaba el ritmo de la marcha. Su semblante era severo, ni siquiera Roderick Lenk se atrevía a pronunciar palabra alguna, había advertido el enojo en el rostro de su amigo. Al llegar a una pequeña explanada, los chicos descubrieron el carromato cubierto con lonas. El leñador y el mago se apresuraron a retirar las telas.

—Bien, amigo —comenzó a decir Roderick—, aquí nos separamos…

—¿Sabrás llegar al refugio? ¿Estarás bien?

—¡Claro! Hace años que no veo al barrigón de Bibolum —dijo soltando una sonora carcajada—. Ten mucho cuidado, Aldin. Las cosas se han complicado mucho. Vas a tener tras tus talones a todo el ejército de Lorius.

—Siento mucho lo que ha pasado…

—Nos vendrá bien un cambio de aires. Mi casa no es segura. Cumple tu misión y ayuda a estos chicos a devolver el esplendor de Silbriar. Entonces, no habrá necesidad de huir.

—¿Por qué no puedes volver a tu casa, señor leñador? —Érika estaba confusa.

Zenca se inclinó y miró a los ojos de la pequeña mientras le acariciaba el pelo.

—No podemos volver a casa porque Aldin ha utilizado su magia y pueden seguir el rastro hasta nuestra cabaña. Pero vamos a estar bien, mi niña.

—Hay algo que debéis saber —Valeria, titubeando, dio un paso al frente—. Había un hombre extraño en el campamento. Utilizó su magia contra mí. Tenía una mirada inquietante.

El mago y el leñador cruzaron sus miradas. Roderick animó a la chica para que siguiera hablando.

—Vestía de negro. Usaba también su capa negra para ocultar su rostro, pero pude verlo durante unos segundos sobre el tejado. Su pelo es oscuro y está lleno de canas plateadas. No tengo ni idea de quién se trata, pero… es muy fuerte y…

—¡Peval Nortal! La mano derecha de Lorius —aclaró el señor Moné.

—Pero si Peval estaba allí, ¿por qué no aprovechó para hacerse con dos de los objetos y eliminar a Valeria? —preguntó Zenca.

Valeria se sobresaltó ante la pregunta tan franca de la mujer del leñador. Los tres adultos hablaban abiertamente, ignorando a los chicos.

—Querría esperar a tener a todos los chicos juntos —dijo Roderick —, para apoderarse de todos los objetos a la vez. Dejando a Valeria viva, garantizaba que el resto fuera a salvarla. Todos caerían en su trampa.

—Pero no lo hizo —apuntó Zenca.

—No, Peval nunca dejaría escapar una oportunidad así —manifestó el mago, desconfiado—. Tiene que haber otra razón...

El rostro del mago se ensombreció. Roderick Lenk pareció llegar a la misma conclusión que Aldin.

—¡Oh, demonios de la esfera infernal! ¡No puede ser! —El leñador dejó caer su hacha al suelo—. Sabe que tú estás ayudando al grupo de humanos. ¡Te quiere a ti, Aldin!

—Pero ¿qué es lo que pasa? —se atrevió a preguntar Daniel.

—Os ha dejado salir con vida del campamento para llegar hasta Aldin —explicó el leñador.

—Pero ¿por qué? —intervino una Lidia ansiosa.

—Eso ahora no importa. En cualquier momento dará con nosotros, solo tiene que seguir el rastro de magia que he dejado.

—Aldin, amigo mío, Zenca y yo continuaremos el camino contigo. No vamos a dejarte solo con unos críos. Peval es despiadado y quiere tu cabeza.

Roderick Lenk sabía que su amigo en alguna parte de su agudo cerebro estaba elaborando una estrategia. Los chicos esperaban impacientes las palabras del que ahora era su maestro. Ignoraban quién era ese Peval, solo sabían que muy pocas cosas podían alarmar al señor Moné.

—Podemos intentar algo que podría despistarlo —dijo al fin mirando al leñador—. Pero podría poneros en peligro. Podría crear un túnel que os transportaría a los alrededores del refugio, aunque no puedo acercaros mucho, pondría en peligro a todos los que habitan en él. Tendríais que correr varios kilómetros sin ayuda alguna. ¿Podréis hacerlo?

Roderick contestó con una sonrisa pícara y agarró la mano su

mujer. Estaban preparados. Aldin sujetó el mango de su bastón y, con los ojos cerrados, comenzó a susurrar algunas frases incompresibles. Un filamento de luz violácea surgió de su bastón. La hebra inició un movimiento en espiral que cada vez se hacía más grande. En pocos segundos, el bastón había proyectado una esfera de luz con dos metros de alto.

—Es el momento. —El mago abrió los ojos—. Roderick, en cuanto cruces la puerta, Peval y los jinetes de Lorius rastrearán la magia. Vendrán aquí primero buscando el origen del conjuro, después, seguirán las huellas de los restos mágicos hasta el final del túnel.

—Pensarán que sois vosotros los que habéis cruzado y se encontrarán con una bonita sorpresa —añadió el leñador blandiendo su hacha—. ¡Cuenta con nosotros!

Zenca, advirtiendo el rostro intranquilo de la pequeña, se acercó a Érika. La niña se abrazó a la mujer del leñador con ojos tiernos. Roderick estrechó fuertemente la mano del mago. Segundos después, ambos desaparecieron tras la esfera violeta. Aldin contempló cómo el último rayo de luz se desvanecía. Soltó una exhalación contenida y ordenó a los chicos que subieran al carromato.

Media hora más tarde, ya se encontraban fuera de la zona de peligro. Aun así, el señor Moné vigilaba con rostro tenso el horizonte. No había nubes en el cielo de Silbriar. Era un día despejado, el aire fresco de la primavera perfumaba el ambiente con una mezcla de lavanda y margaritas silvestres. Daniel acompañaba al mago en la parte delantera del carro y con el mapa extendido sobre sus rodillas, examinaba el camino.

—¿Hacia dónde vamos, Aldin? —le preguntó con curiosidad.

—Cogeremos el Sendero de las Especias. Es muy transitado. Ahora que conocen nuestros planes, nos seguirán. Nos conviene confundirnos con la gente y pasar desapercibidos. Hay un pueblo a veinte minutos de aquí. A las afueras, tenemos otra casa oculta. Está deshabitada. Repondremos fuerzas allí antes de continuar la misión.

Daniel estaba confuso. Apenas habían podido escapar de aquel campamento de lopiards, y el mago quería entrar en el recinto del hechicero más poderoso de todo Silbriar. Esperaba que el señor Moné tuviera un plan infalible. Miró de reojo la parte trasera del carromato; los tres chicos charlaban animosamente. Narraban con amplios gestos cómo habían sorprendido a los soldados del general. En cuanto a Érika, permanecía callada mientras jugaba con su capa de invisibilidad. La niña había descubierto algo interesante: No solo podía desaparecer a su antojo, sino que, si se concentraba en la justa medida, podía hacer invisible a otra persona. Ese hecho le estaba planteando muchas preguntas. ¿Podría volverlos invisibles a todos si los envolvía con la capa? Pero ¿cómo hacerlo? Su capa no era tan

grande. Sin embargo, la pequeña estaba convencida de que existía la manera de hacer desaparecer al carromato entero si se lo proponía.

Tal y cómo había dicho el mago, Daniel advirtió una marea de gente que circulaba por el Sendero de las Especias. La mayoría de ellos eran comerciantes. Muchos cargaban a hombros su cosecha y caminaban hasta llegar al mercado más cercano. También habían tropezado con diversos carros.

Daniel observó sus rostros despreocupados. Los aldeanos vivían ajenos a los conflictos del reino. No parecía interesarles en absoluto que Silbriar estuviera gobernada por un tirano despiadado. El mago le había explicado que los aldeanos solo intentaban continuar con sus vidas.

Al llegar a una encrucijada, el mago tomó el camino de la izquierda y, tras cinco minutos de camino, el chico atisbó una casa situada a la orilla de un río. Erigida sobre cuatro columnas de gruesa madera, la construcción retaba a la mismísima ley de la Gravedad. Aparentaba estar suspendida en el aire, como un funambulista sobre una sutil cuerda. Poseía una belleza etérea y casi inalcanzable, gozaba de amplios ventanales en su frente desde los que podrían apreciar las aguas transparentes de un río que serpenteaba con encanto el paisaje. Daniel no recordaba haber visto un arroyo tan nítido en su vida. Descendió del carromato y alzó la mirada. Su techo a dos aguas estaba coronado por una fina chimenea.

—Bien, subamos —el señor Moné señaló unas escaleras de caracol que llevaban a la entrada—. No nos quedaremos mucho. Un día, tal vez. Lo necesario para despistar a las tropas de Lorius.

Érika corrió escaleras arriba sin escuchar las palabras del mago. Si fuera por ella, podía pasar toda una vida en aquella casa mágica.

—¡Es la casa de una princesa encantada! —gritó desde lo alto—. Desde aquí canta con los pájaros y habla con las hadas del bosque.

—¡No digas chorradas!

Lidia remangó su falda para evitar resbalar en aquellos peldaños tan pequeños. Nico la siguió. Daniel esperó a que Valeria pasara delante de él, pero la chica ya se había dado la vuelta y se encaminaba de nuevo al carromato.

El señor Moné liberaba a los caballos del peso del carro y los acercaba a la orilla para que pudieran beber. Mientras subía lentamente las escaleras, Daniel reparó en que la chica portaba un objeto cubierto por un delicado pañuelo entre sus manos. ¡La brújula! El cuerpo de Valeria se estremecía con cada brizna de aire que azotaba su rostro y sus cabellos ondeaban ligeramente ocultando sus pálidas mejillas. Por fin, el mago le prestó la debida atención. Ella le entregó la brújula buscando comprensión en sus ojos.

—Lo siento —se atrevió a decir—. Creo que lo he estropeado todo.

El señor Moné endureció sus facciones, la ignoró y comprobó que la brújula se encontraba en perfecto estado. Valeria no se movió. Esperaba algunas palabras de consuelo del maestro. Intentó disculparse de nuevo, pero el mago la detuvo.

—¡Valeria, basta! —El entrecejo del señor Moné estaba en tensión—. No tienes ni idea de los contratiempos que ha causado tu cabezonería y tu inmadurez.

La chica retrocedió disgustada.

—Hoy he tenido que usar mi magia después de años de prohibición. Y he puesto en peligro la vida de dos buenos amigos por tu insolencia. Y si no llega a ser por Zenca, probablemente tú ahora estarías muerta, ¡fusilada! Fue ella la que vio tu futuro en la cabaña y me advirtió. Tuvimos que improvisar un plan para ir a tu rescate sin renunciar a la brújula. Has puesto la vida de tus hermanas y de tus amigos en peligro por no atender a razones, ¿entiendes? —Valeria bajó la cabeza tratando de ocultar la cascada de lágrimas que estaban a punto de desbordarse—. No sé cómo funcionan las cosas en tu mundo, pero ¡aquí hay reglas! No puedes desobedecer las órdenes de tu maestro, no puedes usar el objeto que está destinado a otra persona sin desatar una tormenta y no puedes tomar decisiones tú sola, que afectan a todo un grupo —el mago exhaló un suspiro y relajó su tono—. Si la capa eligió a Érika es porque tu hermana está capacitada para llevarla. Es el corazón de las personas lo que dicta su sino. Así que, a partir de ahora, no quiero reproches a mis decisiones.

El mago giró sobre sus talones y se encaminó de nuevo a la orilla. Valeria, clavada en la tierra, observó cómo el señor Moné acariciaba el lomo de uno de sus caballos. ¡Tenía ganas de mandar al cuerno al mago y a todo Silbriar! Ella no había escogido estar allí. La chica corrió lejos. Quería huir. No miró atrás. Buscaba un sitio donde desaparecer. Y, allí, bajo el abrazo de un enorme roble, Valeria encontró refugio. Lloró desconsolada mientras ansiaba volver a casa.

16

Descendientes

Daniel observó desde el rellano de la puerta cómo Valeria corría sin ningún rumbo y se adentraba en la espesura. El chico miró al cielo y se percató de que inmensos nubarrones se acercaban por el oeste. Era incapaz de comprender su significado, no sabía si se avecinaba una simple tormenta o se trataban de esos temibles jinetes del tiempo que tanto citaba el señor Moné. Pero el mago no parecía preocupado. Mimaba a sus caballos como si fueran sus pequeños retoños. El chico había escuchado parte de la discusión y pensó que se había excedido con Valeria. Ellos no pertenecían a ese mundo. El señor Moné no podía exigirles la misma lealtad que a sus pupilos. El único error que había cometido la chica había sido proteger a su hermana de siete años. Daniel dudó unos minutos. A veces, la tozudez de ella lo enervaba. Mordisqueó su labio inferior. Finalmente, decidió internarse en el bosque en su busca.

Lidia no permaneció ajena a los hechos. Desde el amplio ventanal, había visto a su hermana alejarse con el rostro lleno de lágrimas. A continuación, observó cómo Daniel seguía sus pasos. Una oleada de frustración recorrió todo su cuerpo. Aquello no podía ser. Y, sin embargo, lo era: Daniel estaba enamorado de su hermana.

—Nico, cuida de Érika. ¡Vuelvo enseguida!

—¿Adónde vas? El señor Moné ha dicho que es peligroso dejar la casa.

Pero la chica ignoró su sugerencia y desapareció tras la puerta. Nico se dejó caer en un cómodo sofá de terciopelo rojo situado a un metro escaso de la chimenea. No tenía ni idea de dónde estaba su hermano ni Valeria, o por qué Lidia se había marchado con rostro angustiado. Pero la verdad era que le importaba poco. Estaba cansado, hambriento y solo quería disfrutar de aquella lujosa casa en medio de la nada. Se quitó las botas, y sus pies descalzos acariciaron la alfombra que cubría la mayor parte de la sala. Era suave, casi esponjosa. El chico dio un respingo cuando de la chimenea brotó un fuego cálido sin preaviso. Y, lentamente, empezó a cerrar los ojos.

—¡No te lo vas a creer! —gritó Érika interrumpiendo su ensoñación —. Hay una habitación llena de peluches, cojines… ¡y una casa de muñecas enorme!

La pequeña arrastró a Nico que, a regañadientes, asomó la cabeza en la estancia. Descubrió una bicicleta rosa apoyada en la pared del fondo, unas cortinas con dibujos de piruletas, una cama inmensa, también en rosa, y almohadas en forma de corazones. El chico miró extrañado la cómoda. Justo al lado de una cesta llena de golosinas, había un portarretratos. En la foto aparecían las tres hermanas de niñas con los que supuso que eran sus padres. Nico apreció el parecido de la mujer con la niña. Cabello dorado, sonrisa cautivadora y unos ojos tan transparentes como enigmáticos.

—¡Mi sueño se ha hecho realidad! ¿Has entrado en tu cuarto?

El chico la miró con asombro. No, no había visto todavía su habitación. Entonces, como un rayo salió al pasillo y buscó la puerta que condujera a su cuarto. Todas tenían un nombre. Lidia, Daniel… ¡Nico! Ahí estaba la suya. Con cierta expectación, abrió la puerta, y su interior no lo defraudó. Había una estantería completa llena de cómics. El chico pasó sus dedos por cada uno de ellos como si estuviera palpando un tesoro. Había un gran póster de *La guerra de las galaxias* en la pared, y la cama tenía forma de un Ferrari de Fórmula 1. ¡Aquello era el paraíso! Nico empezaba a adorar la magia y a aquella casa en especial.

Las lágrimas de Valeria empañaban la visión del río. Con las palmas de las manos, intentaba secarlas. Supuso que su pálido rostro era ahora como un farolillo encendido. Respiró varias veces profundamente y se distrajo con el vuelo de cuatro mariposas con las alas como el arcoíris. Tras de sí, dejaban una estela de colores brillantes que se entremezclaban formando un solo camino. ¡Qué extraño era aquel lugar! Seres con cola, lobos que hablaban y magos que no podían practicar su magia. ¡Cuánto echaba de menos su casa! ¡Y los consejos de su madre! Seguro que ella sabría manejar mejor la situación en la que se encontraba. Lejos de su hogar, en un mundo desconocido y en busca de un espejo estúpido. Ella habría mantenido la entereza, no se habría desmoronado al sentir el sabor amargo de la derrota en sus labios.

—Valeria, Valeria…

Un tímido susurro proveniente del río la distrajo. Alguien la estaba llamando, pero ¿quién? La chica se incorporó y se acercó aún más a la orilla. Un pequeño remolino de agua empezó a formarse en el centro del riachuelo. El viento elevó a aquella masa de agua convirtiéndola

en un modesto ciclón. El líquido giraba a gran velocidad, y ella retrocedió.

—Valeria, no tengas miedo.

La chica quiso descubrir quién se encontraba tras aquella voz que se propagaba como el eco por el bosque. Era un susurro dulce y aterciopelado que retumbaba en sus oídos. La joven se estremeció. Aquello no podía ser verdad.

—Hija, estoy aquí.

Pero era real. Del remolino de agua surgió un rostro familiar. Aunque era transparente y el líquido seguía en continuo movimiento, las pinceladas de sus facciones angelicales no dejaban duda alguna. ¡Era el rostro de su madre! Valeria, atónita, no podía apartar la vista de aquella imagen. Debía de estar enloqueciendo. O quizá era un truco de magia. Su madre no podía estar en Silbriar. No podía estar en ningún sitio. ¡Había fallecido!

—No te asustes, Val, ¡soy yo! —El murmullo del agua contaminaba su encantadora voz—. No debes decaer ahora, tienes que luchar. Eres una guerrera, hija. Y parte de ti pertenece a Silbriar. Sé que tienes muchas dudas, pero tu corazón conoce este mundo, siempre lo ha conocido. Sangre de Silbriar corre por tus venas, como corría por las mías.

—Mamá, ¿qué quieres decir? ¿Sangre de Silbriar?

—Valeria, tus hermanas y tú sois las últimas descendientes de la casa de Ela. Tu bisabuelo se refugió en la Tierra con la esperanza de reunir un ejército que pudiera enfrentarse al mal que destruía a su pueblo. Pero él nunca pudo regresar. Vivió como un humano hasta que murió.

—¿Eras una hugui? ¿Soy una hugui? —La joven temía la respuesta.

—Más que eso, cariño —le dijo sonriendo—. Provienes de la estirpe de Ela, posees el poder para derrotar al mal. Vuestra misión no solo es liberar a Silona y recuperar el espejo. Tú misión es salvar tu hogar.

Valeria tenía tantas preguntas. Pero, antes de que pudiera hablar, su madre se desvaneció. El remolino de agua cayó como una cascada colérica sobre el río y todo volvió a la normalidad. La joven volvió a escuchar el canto de los pájaros y el siseo del viento chocar con las ramas de los árboles. El riachuelo proseguía su camino natural.

Suspiró aliviada. En ese momento entendió por qué el destino los había elegido para atravesar el insólito espejo de la tienda de los cuentos. Pero también se sentía manipulada. ¡Todos, absolutamente todos, le habían ocultado la verdad!

Lidia divisó a Daniel en el bosque. Caminaba sin dirección alguna y buscaba en cualquier rincón la presencia de Valeria. La chica no sabía qué hacer. Sus manos temblaban y en su estómago habían aflorado unos nervios punzantes. Quería correr hacia él y decirle que se

olvidara de su hermana, que Valeria era exasperante y terca. Que ella podía quererlo sin ningún tipo de condición, y no lo descalificaría como había hecho su hermana. Pero no se atrevió. Temía que, a pesar de todo, él pudiera rechazarla. Había visto cómo el joven miraba a su hermana. Ni siquiera sabía cuándo había pasado. Pero había pasado.

Sus ojos grises centelleaban cuando Valeria temblaba de frío o cuando sujetaba la ballesta con semblante imperturbable. ¿Qué podía hacer ella contra eso? Entonces, una idea nubló su mente. No pensó en las consecuencias, solo en la recompensa de un beso. Nunca la habían besado, y el hecho de que Daniel fuera el primero hizo que todos sus huesos se estremecieran. Firme en su decisión, Lidia apretó sus puños y se concentró en la imagen de su hermana. En unos segundos, sus cabellos castaños tornaron a un color más claro y ondulado. Lidia analizó sus manos; sus dedos eran largos y finos como los de su hermana. Con las palma, palpó su nuevo rostro. Nariz respingona y ¡orejas puntiagudas! Sí, Lidia era ahora Valeria.

—Daniel, ¿qué estás haciendo aquí?

El chico suspiró aliviado al ver a Valeria apoyada en un árbol mientras jugueteaba con su cabello ondulado.

—Estaba preocupado. Te he visto adentrarte en el bosque…

—¿Y me has seguido?

—Bueno, sí, yo… pensé que podía pasarte algo. Sabes de sobra que estos bosques están plagados de soldados lobos.

—No hace falta que me des tantas explicaciones, tonto. Si querías hablar conmigo a solas, solo tenías que pedírmelo.

Daniel la examinó. Había ocultado sus manos detrás de la espalda y con su pie derecho dibujaba círculos en la tierra. Su barbilla casi tocaba su pecho. Y así, su cabello claro caía en cascada sobre la parte izquierda de su rostro. Apenas podía verle los ojos, pero había algo en la actitud de la chica que lo desconcertaba.

—Valeria, ¿estás bien?

—Sí, claro, ¿por qué no iba a estarlo? —Lidia se enderezó. Todo su cuerpo se puso alerta.

—Porque Aldin te ha reñido…

—¡Ah, sí! Pero ya sabes como soy. Lo he superado.

Lidia tragó saliva. Aquello estaba siendo más difícil de lo que había pensado. No sabía cómo comportarse. Ella no era Valeria. Tenía que pensar como su hermana. Valeria no era tan descarada y apagaba con agua sus impulsos. Tenía que ser más comedida. Su hermana odiaba que se entrometieran en su vida y que le preguntasen por sus sentimientos. Debía ser también más arisca.

—Valeria, creo que te conozco lo suficiente como para saber que sigues dolida.

—Crees conocerme. Es algo muy distinto.

—¡Vaya! Aquí tenemos de nuevo a la hermética Valeria —dijo con sarcasmo.

—No hace falta que te rías. Yo no te debo nada.

—Si dejaras esa coraza a un lado, podrías ver que no todo el mundo está en tu contra.

Lidia no sabía qué contestar. La expresión dura del chico penetró en su cuerpo como cuchillas afiladas. No estaba controlando la situación. La mirada de preocupación de Daniel había desaparecido, ahora solo había dolor, y ella no quería que sufriera.

—Bien, dada tu cordialidad, vuelvo a la casa. ¡Si me necesitas, no me llames!

—¡No te vayas! —le imploró. Daniel ocultó una tímida sonrisa mientras se acercaba a ella—. No quiero quedarme sola. Sé que a veces soy insoportable y se me da muy mal sincerarme, pero la verdad es que me siento sola y perdida en este mundo.

—Los cinco estamos en la misma guerra, así que no tienes por qué sentirte sola. Yo voy a estar a tu lado hasta que derrotemos a ese mago déspota y narcisista. Estamos juntos en esto.

Lidia asintió varias veces. No se atrevía a mirarlo a los ojos, temía que la descubriera. El chico sujetaba su mano, y ella se había sonrojado. Apenas podía pronunciar palabra, así que se lanzó al él y lo abrazó.

—Ey, tranquila. Todo va a salir bien. Y pronto estaremos en casa —Daniel acariciaba su espalda, y Lidia no quiso apartarse de él—. No ha sido culpa tuya. Yo también me hubiera presentado voluntario para evitar que mi hermano pequeño hubiera ido a esa misión suicida. Pero quizá debamos escuchar a Aldin. Al fin y al cabo, él es el experto.

Daniel empujó suavemente a la chica, hasta que pudo ver su rostro. Varias lágrimas corrían por sus mejillas. Con la yema de sus dedos, evitó que esas gotas saladas se deslizaran a su barbilla. Parecía tan vulnerable. No pudo evitar acercar sus labios temblorosos a los suyos. Simplemente, el roce hizo que Lidia se estremeciera. Hasta que sintió como su lengua cálida se unía a la suya. Sus miedos desaparecieron. La chica, entonces, se dejó llevar.

El señor Moné se sentó junto a sus caballos y observó las transparentes aguas del riachuelo, concentrándose en el baile de algunos peces. Debía relajarse, encontrar de nuevo la sintonía con la naturaleza. Los acontecimientos de los dos últimos días lo habían turbado. Pensaba en su amigo Roderick. Esperaba que tanto él como su mujer hubieran llegado al refugio sanos y salvos. Había puesto la vida de dos amigos en grave peligro. Había sido imprudente. Él era metódico y cauteloso, pero, desde que había conocido a esos chicos, había dejado que sus emociones nublaran su juicio. Sentía debilidad por la pequeña. Tanta, que apenas se había opuesto al plan alternativo

de Valeria. Era lógico. Sin embargo, la lógica y la magia no iban de la mano. Y se culpaba por el giro de los acontecimientos. No solo los jinetes del tiempo seguían su rastro, también Peval, al que deseaba no haber conocido. Si descubría que las hermanas no eran simples guardianes, sino las descendientes legítimas de la casa de Ela, la sentencia de muerte de las chicas estaría firmada.

Exhaló profundamente y, con sus dos manos, colocó la brújula frente a sus ojos. Susurró algunas palabras que recordaban el siseo del viento y el mecanismo de la brújula se puso en marcha. La esfera dorada comenzó a girar en sentido opuesto a las agujas del reloj. Cada vez su movimiento era más rápido. Aldin podía sentir la fuerza de la magia en las palmas de sus manos. Casi quemaba. Continuó recitando las frases que llegaban a sus labios como las sílabas a un poeta. Estaba cerca, y lo sabía. El brillo de la esfera era hipnótico, pero Aldin no fue seducido por los millones de destellos que lo aclamaban para que usara su magia, era una trampa absurda para principiantes y, aunque sus manos ardían de poder, sus ojos mantenían la guardia.

Por fin la esfera paró en seco. De ella surgieron las seis puntas que daban forma a una estrella. La flecha, que hasta entonces permanecía estática, se puso en movimiento. No habían transcurrido ni tres segundos y ya marcaba un camino. Lo había conseguido. Sabía el lugar exacto donde se localizaba la Fortaleza. El sonido de unos pasos furiosos interrumpió el sabor dulce de su triunfo.

—¿Por qué no nos contaste la verdad desde el principio? —Valeria con el ceño fruncido, mantenía sus brazos en la cintura—. ¿Por qué no nos dijiste que corre sangre de Silbriar por nuestras venas? ¡Que mi madre pertenecía a este lugar!

El mago se incorporó con cierta parsimonia y la miró directamente a los ojos.

—No era a mí al que correspondía hacer ciertas revelaciones —le dijo con indiferencia—. ¿Hubiera cambiado algo la penosa situación en la que nos encontramos? No, no hubiera cambiado en absoluto —continuó—. Es más, hubiera perjudicado de una manera insospechada vuestra presencia aquí.

—Merecíamos saber la verdad —manifestó con los ojos aún llorosos —. He visto a mi madre, señor Moné. Mi madre era una hugui, descendiente de una casa de magos. Todos me esconden secretos. ¡Mi vida es una completa mentira!

—No seas tan trágica, jovencita —le reprochó—, la vida no es solo blanco y negro. Tu madre tenía el coraje de apreciarlo. Era una luchadora. No te mentía, Valeria. ¡Te protegía!

—¿Sabe mi padre algo de esto?

—No, no sabe nada. Tu madre dejó de venir a Silbriar cuando se enamoró de él. No quería ponerlo en peligro. —Cogió la mano de ella

—. No debes reprocharle nada. Ella siempre quiso apartaros de este mundo. Pero sabía, en lo más profundo de sí, que no se puede eludir al destino, y que sus hijas eran portadoras de los tres dones de la casa de Ela.

—¿Los tres dones?

—La fuerza, la transformación y la creación —Aldin arqueó una ceja al ver el rostro confundido de la chica—. ¡La guerrera, la artesana y la maga! Nunca se habían dado los tres juntos. Una vez coincidieron dos de ellos. Tu abuelo era un artesano y su hermana, una maga.

—¿Y mi madre?

—Tu madre era una guerrera, como tú.

Valeria se estremeció.

—¿Qué era mamá? —Érika rodeó la cintura de su hermana con sus brazos.

Valeria se percató entonces no solo de su presencia, sino de la del resto del grupo. Nico, intrigado, se había acercado al mago. Daniel, confuso, la observaba sin perder detalle de lo que estaba aconteciendo. Solo Lidia parecía estar ausente.

—Tu mamá era una mujer especial como lo eres tú —se adelantó a confesar el mago—. Ella conocía este lugar.

—¿Ella también atravesó el espejo? —preguntó la niña buscando repuestas.

—¿Qué es lo que quiere decir? —Daniel exigía una aclaración.

—¡Somos huguis! —desembuchó Valeria como si el término le escociera la piel.

—¿Huguis? —Por fin Lidia pareció despertar de su ensoñación—. ¿Como aquellos dos imbéciles ninjas? ¡Eso no puede ser!

—¡Claro que sí! —respondió Aldin ofendido—. La magia forma parte de vosotras desde que nacisteis. ¡Y eso es algo bueno!

—¿Soy también un hugui? —Nico ansiaba una respuesta afirmativa.

—No, los guardianes son descendientes de los humanos que ayudaron a que la magia no fuera extinguida —le aclaró el mago—. Su misión siempre ha sido proteger a los descendientes de Ela. Por eso, Daniel, sentiste un irreprimible deseo de seguir a las chicas hasta la tienda. Y por eso, Nico, no pudiste negarte a la petición de tu hermano. Porque, en el fondo, sabías que había algo grande destinado para ti. Siempre lo supiste y te sentiste diferente. Y tu continua atracción hacia las hermanas te estaba desvelando parte de tu cometido.

Nico llenó su pecho de orgullo y cruzó una mirada de satisfacción con su hermano. No debía temer a aquel mundo, no debía esconderse bajo una pila de libros. Era un guardián. Estaba capacitado para proteger a las hermanas. Él también era especial.

—¿Hay más guardianes? —preguntó Daniel.

—Claro, algunos todavía no lo saben. Y puede que nunca descubran lo que son. Otros ya han despertado y trabajan con sus maestros en vuestro mundo. —Aldin miraba fijamente a los chicos—. ¿Alguna otra pregunta? ¿O podemos subir a casa y cenar algo? No sé vosotros, pero yo estoy hambriento.

17

Daga

A pesar de todas las desconcertantes revelaciones del día, Valeria consiguió conciliar el sueño sin ninguna fatiga. Quizá fuera por la acogedora habitación con su nombre en la puerta. Era espaciosa y coqueta, y el aroma a esencia de rosas perfumaba cada rincón. No tenía muchos muebles, solo los justos. Valeria adoraba la sencillez. Y aquella habitación no solo era placentera, era sosegada y armoniosa. ¡Y tan solo para ella! Por primera vez en su vida, no la compartía con su desordenada hermana. No había amanecido todavía, y la chica abrió los ojos buscando la luz del día. Se incorporó y una pequeña esfera azul surgió en medio de la estancia. Valeria ni se inmutó. La propia casa creaba luz cuando algunos de sus huéspedes requerían de ella. Abrió el armario y contempló con desencanto la serie de faldas poco vistosas y nada prácticas. Eligió una verde con un corpiño en un tono más oscuro y se dirigió a la sala. Todos dormían. Observó desde los ventanales cómo los primeros rayos de sol iniciaban su ascenso. Sintió algo de hambre e, inmediatamente, la casa le ofreció una taza de leche y varias magdalenas. Sonrió al ver su desayuno dispuesto en la mesa. Mientras comía, pensó en su madre.

Entonces, decidió encaminarse hacia el lugar del río donde le había hablado. Esperó impaciente a recibir una señal de su presencia, pero esa vez no apareció. Y emprendió el camino de vuelta. La brisa de la mañana la estaba helando, los bosques de Silbriar resultaban húmedos y sombríos hasta que el sol, con su cálido poder, hacía desaparecer a los espectros nocturnos. Así, aquel mundo parecía renacer día tras día, con sus mariposas multicolores, sus pájaros cantores y sus fragancias variadas. A cada paso que daba, la chica admiraba el milagro de transformación de aquellos parajes. Hasta las taciturnas aguas del río volvían a recobrar su transparencia. Valeria divisó a Daniel avanzando con semblante preocupado. Sintió una punzada en el corazón. Algo había pasado. Corrió hacia él, deseando que sus hermanas estuvieran bien. Daniel nunca mostraba una expresión de ansiedad en su rostro.

—¿Qué ha pasado? ¿Están todos bien? ¿Nos han atacado? —La

joven apenas le dio tiempo para reaccionar.

—Sí, sí… Todos estamos bien. ¿A qué viene todo este bombardeo de preguntas?

—Venías a mi encuentro y he pensado… —continuó atropelladamente—. ¿Qué ha pasado?

—Nada, están todos desayunando. He venido a buscarte porque pensé que deberíamos hablar.

—¿Hablar? —Suspiró aliviada—. Vale, ¿y de qué quieres hablarme?

Daniel la miró confuso. Era la chica más desconcertante que había conocido.

—Bueno, ayer saliste corriendo. No tuvimos tiempo de… hablar de lo sucedido…

—Sabes que no me gusta hablar demasiado. Ver a mi madre ha sido impactante.

—No me refería a eso…

Daniel comenzaba a sentirse incómodo, siempre había sabido cómo tratar con las chicas, estas solían llenarlo de halagos, él apenas tenía que decir nada. Pero Valeria era diferente, era esquiva y obcecada, apenas podía entenderla, desconocía si en ese preciso instante lo estaba ignorando o despreciando.

—¿Te estás haciendo la loca ahora?

—No sé de lo que me estás hablando…

—Valeria, ¡ayer nos besamos! —La joven arqueó las cejas y dio un paso hacia atrás—. ¿Me vas a decir que no te acuerdas? ¿Que sufres amnesia?

—No quiero bajar tu ego de casanova pasado de moda, pero Daniel, ¡yo no te he besado! Puede que estuvieras soñando. —Valeria prosiguió el camino de vuelta.

—No, no… no vas a huir así. —La seguía de cerca—. Te encontrabas algo vulnerable por la discusión que tuviste con Aldin y viniste aquí a refugiarte. ¡Vine a consolarte!

—¿A consolarme? —Se encaró a él—. ¿Así es como consuelas a todas tus…?

—¡Pues tú no te quejaste! —le reprochó algo ofendido.

Valeria le profirió un fuerte bofetón.

—No sé si te has tomado una seta alucinógena o que estás como una cabra. ¡Pero yo no te he besado! No soy una de tus admiradoras pusilánimes.

—Valeria, no estoy loco. ¡Eras tú! No quería insultarte. Me gustas, eso es todo. Te vi apoyada en aquel árbol. Te mordías las uñas mientras buscabas mi mirada. Sé leer las señales.

La chica abrió los ojos de par en par. Por muy vanidoso que pudiera ser, no era un mentiroso. Entonces lo comprendió. Su rostro

comenzó a enrojecerse de la furia y sus puños a cerrarse de rabia.

—¡Oh, Dios! No me lo puedo creer, ¡mierda! —Sin dar más explicaciones, atravesó el bosque a toda velocidad camino de la casa de cristal. Estaba enojada. ¡Colérica!

—Val, ¿dónde estabas? Aldin dice que nos ponemos en marcha. —Lidia corría a su encuentro. Pero Valeria no la escuchaba. Cuando llegó hasta ella, la empujó con tanta fuerza que cayó al suelo bruscamente. Desconcertada, la miró buscando una explicación. Pero los ojos de su hermana eran puro fuego.

—¡¿Estás loca?! ¡¿Qué demonios te pasa?!

—¿Cómo me has hecho esto? ¿Cómo se te ha pasado por la cabeza?

—Val, ¿de qué estás hablando? —Muy pocas veces, había visto a su hermana perder los papeles. La joven comenzó a asustarse.

—¡Sabes perfectamente de lo que estoy hablando! ¡No te hagas la tonta!

Vio aparecer a Daniel, y lo comprendió. Ella nunca había pensado en las consecuencias. Tenía un nudo en la garganta. Apenas le quedaban fuerzas para incorporarse. Sin apartar la vista de su hermana, se alzó y sacudió toda la tierra que había recogido su falda.

—Valeria, deja que me explique…

—Oh, sí, hermanita, me va a encantar oír tus argumentos.

Pero Lidia no sabía cómo empezar, temía que cualquier cosa que confesara la hiciera quedar como una completa estúpida. Su comportamiento no tenía justificación. Y Daniel permanecía allí, con cara de pocos amigos.

—Lo siento mucho, no sé qué más decir.

—¿Eso es todo? ¡¿Que lo sientes?! Lidia, lo que has hecho es muy grave. ¡Me has suplantado! ¡Has engañado! ¿Qué pretendías hacer con esto?

Lidia se limitaba a mantener la cabeza baja. Evitaba que sus primeras lágrimas fueran vistas.

—Me has decepcionado, no habría esperado un comportamiento tuyo así nunca en la vida.

—¡Pues puede que no me conozcas! —se defendió, desesperada—. ¡Estoy harta, Val! ¡Harta! Siempre estoy bajo tu sombra. Eres tú la de las buenas notas, la del futuro prometedor, la que no pasa inadvertida, aunque se siente detrás de una columna. ¡La que se ocupa de todo en casa, ahora que no está mamá!

—Yo no estoy ocupando el sitio de mamá, solo intento protegeros.

—¿Por qué? —Su rostro estaba enfurecido de dolor—. ¡Es papá quién debe protegernos, no tú!

Valeria intentó atraerla hacia ella y consolarla, pero Lidia apartó su brazo con garra. No quería que su hermana se comportara como la adulta. La irritaba.

—Pensé que en este mundo las cosas cambiarían. ¡Pero no han cambiado nada! Incluso corriendo sangre de magos en nuestras venas, ¡tú eres la guerrera! Y yo una simple artesana, ¿qué mierda significa eso? ¿Lo sabes tú, Val? —Lidia dejó escapar una risita exasperada—. Tú fuiste la que se ofreció a suplantar a Érika. ¡A mí ni se me pasó por la cabeza! Y estás tan ciega que ni ves lo que pasa a tu alrededor. —Miró de reojo a Daniel—. ¡Ni siquiera en este asqueroso mundo puedo ser mejor que tú!

Tras esas palabras, Lidia desapareció dejándolos desconcertados, sin darles tiempo siquiera para rebatirle.

El grupo partió rumbo a Martel a la hora prevista. Según el mago, Martel era el pueblo más grande de Silbriar que se dedicaba al comercio. Era famoso por sus mercados. Muchos agricultores, ganaderos y herreros exponían sus productos en su amplia plaza con la esperanza de recaudar algún dinero. El señor Moné había dejado claro sus intenciones: comprarían provisiones para proseguir por el Sendero de las Especias. Llegados al cruce, tomarían el camino del este. Era menos transitado, pero el más seguro para llegar a los acantilados de Los Gigantes. La brújula había desvelado que allí se encontraba la Fortaleza de Lorius. A solo tres días de viaje.

El mago estaba tan ensimismado en sus planes que ni siquiera advirtió el desánimo en los rostros de los chicos. Valeria seguía enojada. La culpa era tan transparente en el semblante de Lidia, que apenas se atrevía a levantar la cabeza. Daniel, como siempre, acompañaba al mago en el viaje, pero su mente estaba lejos de allí. Se sentía traicionado y avergonzado a la misma vez. No comprendía cómo no se había dado cuenta que estaba besando a la hermana equivocada. Esa tarde, Valeria actuaba de forma extraña. Incluso, al inicio, pensó que la chica intentaba seducirlo. Era demasiado atrevida. ¿Cómo no cayó en el engaño? Nico comprendía que algo gordo había sucedido, así que prefirió unirse al silencio cómodo del grupo. Solo Érika jugueteaba con un peluche que le había regalado la casa.

Al llegar a Martel, los chicos descubrieron una aldea viva y bulliciosa. Los carromatos se agolpaban en la calle principal y los niños jubilosos se abrían paso entre la gente. Martel era un pueblo pintoresco. Sus casas coloreadas de amarillos, verdes y azules intensos proporcionaban una chispa de animación a la aldea. Su extensa gama de colores en sus muros contrastaba con sus techados únicos en tono granate. La plaza se abrió ante ellos con una mezcla de aromas seductores. La fragancia del pan recién horneado, el perfume de las flores más delicadas, la esencia de cientos de especias. El desfile de frescura no había hecho sino empezar. El encanto de aquella plaza abarrotada residía en un luminoso manantial que desbordaba los sentidos. Nico saltó del carro y sus pies tocaron varios de los miles de

adoquines que componían el suelo de la plaza. Eran de un azul claro casi transparente. El chico pensó que era como el reflejo del cielo silbrariano: límpido, sereno y sin nubes que lo cubrieran.

—Si queréis echar un vistazo… ¡pero no os alejéis mucho! —les aconsejó el mago—. Valeria, tú vienes conmigo.

La joven suspiró para sus adentros y siguió los talones del señor Moné. Nico y Daniel se acercaron a un puesto de armas, mientras las dos hermanas desaparecían entre la gente. Érika contemplaba ilusionada todos los puestos con sus ojos grandes y verdes. Lidia caminaba distraída a su lado. La pequeña hablaba sin parar y ella apenas la escuchaba. De reojo, observaba a Daniel. El chico ni siquiera la miraba. La esquivaba. Era evidente que continuaba enfadado.

—¡Lidia, mira cuántas frutas tiene la señora! —La pequeña corrió hacia el puesto y admiró el tamaño considerable de las naranjas.

Lidia, sin apartar la vista de Daniel, ojeaba las diversas frutas y verduras del puesto. Algunas ni siquiera las conocía. Debían de ser típicas en Silbriar. En su vida había visto frutos azules o con intensos rosados. Se preguntaba si eran comestibles.

—¿Podemos comprar algunas? —preguntó la pequeña a su hermana—. Por si nos da hambre en el camino. ¡Venga, venga, porfa!

Lidia examinó por primera vez a la vendedora. Cabellos grises recogidos en una castaña, ojos risueños y una sonrisa afable. Sus manos estaban estropeadas de trabajar la tierra, en cambio, sus uñas estaban limpias y bien cuidadas. Atendía a varios clientes al tiempo que contestaba las preguntas incesantes de Érika.

—Está bien, compra unas cuantas con esta moneda. ¡Pero nada de frutas raras! Voy a ver qué hacen los chicos. En cuanto termines, vienes conmigo, ¿vale?

La pequeña asintió repetidas veces. Lidia la besó en la mejilla y se dirigió a un puesto de libros donde Nico examinaba uno por uno todos los ejemplares en venta. La mayoría estaba en idiomas que desconocía, así que se limitaba a analizar las numerosas ilustraciones que poseían. Daniel lo esperaba impaciente.

—Hola, ¿algo interesante? —Lidia esperaba romper el hielo.

—Pues sí —le contestó Nico—. Este libro narra la historia de Silbriar desde la primera guerra, y cómo los humanos fueron expulsados a otros universos…

La chica demostró un falso interés a la explicación de Nico. Acariciaba nerviosa su trenza. Tenía la boca seca y el pulso acelerado. Miraba avergonzada a Daniel. Él mantenía sus brazos cruzados. Lidia pensó que sus ojos grises e inquietantes terminarían pulverizándola. Finalmente, el chico sonrió de medio lado y la cogió de un brazo.

—Hablemos —le dijo mientras la apartaba del gentío.

—Lo siento mucho —empezó a decir—. No era mi intención. No

quería… ¿Estás muy enfadado?

—Creo que tu hermana lo está más. ¿Cómo se te pudo ocurrir una cosa así?

—Quería gustarte. Creo que es evidente que siento algo por ti.

—Por un lado, me siento halagado, por otro, traicionado. Pensé que éramos amigos. Lidia, no tienes que fingir ser otra persona para gustarle a alguien. Eres guapa, simpática e increíblemente astuta. No quieras ser Valeria. Las dos sois distintas, pero igual de atractivas.

—Pero a ti te gusta Valeria, ¿no?

Daniel se sintió incómodo con esa pregunta. Ni siquiera sabía cómo responder.

—No creo que eso ahora sea importante. De alguna manera, Valeria está enojada con los dos. Estoy convencido de que a ti te perdonará, eres su hermana.

La quinceañera no comprendió del todo las palabras de Daniel, pero se sintió reconfortada. La perdonaba. Se abrazó a él con fuerza y, entre sus brazos, su corazón se apaciguó. Daniel no era el chico que su hermana creía, un estúpido y arrogante. Era bueno. El príncipe que toda chica soñaba.

Nico negó con la cabeza al observar el abrazo largo de Lidia y su hermano y se enfrascó de nuevo en la lectura del libro que sujetaba entre sus manos. Sus palabras estaban decoradas con hilos de plata. Había preguntado al librero el idioma en el que estaba escrito. Era élfico. Quizá Coril pudiera traducírselo. A través de sus dibujos, el chico había adivinado que narraba la creación de los guardianes con sus correspondientes objetos mágicos. Podía ser que averiguara quién había sido el primer portador de las botas. Desde luego, no sería un gato. Aunque, tal vez, dados los atributos extraños que poseían algunos lugareños, su antepasado podría haber tenido unos bigotes de naturaleza felina. Nico pasó la página y examinó la ilustración de la derecha. Había una joven con tirabuzones rubios en el centro de la imagen y tenía puesta la capa roja. Sostenía una cesta en su brazo izquierdo. En su mano derecha, había una daga plateada con un zafiro en su empuñadura. La chica estaba alerta. El bosque oscuro se alzaba ante ella como un gigante desafiante. Entre los negros arbustos del dibujo, Nico distinguió decenas de amenazantes pares de ojos amarillos. El chico alzó su mirada y vio a Érika, que se abría paso entre la multitud. Su capa roja ondeaba con las pequeñas ráfagas de viento, sus cabellos dorados parecían brillar más que nunca y sus manos sujetaban una pequeña cesta de fruta. Tuvo que parpadear varias veces para comprender que no era una ilusión. La chica de la ilustración tendría diez años más que Érika, pero eran prácticamente idénticas.

El señor Moné esquivó con naturalidad los puestos del mercadillo y

se encaminó hacia un inmueble de trazado exótico. Su fachada resaltada con el color de los prados en primavera albergaba diversas estampas de la naturaleza más salvaje de Silbriar, de su cornisa pendían diversos farolillos que parecían emerger de vivaces nenúfares y sus ventanas veladas impedían visualizar su interior. Valeria accedió a ella tras los pasos del mago y suspiró aliviada al descubrir una coqueta tienda con decenas de hojas y semillas a granel. En las repisas había frascos con raíces diversas y líquidos viscosos de los que la chica prefería ignorar su procedencia. Una mesa larga servía de expositor para las más de cincuenta especias que ofrecían. Detrás, había una entrada separada tan solo por numerosos flecos de tela que caían hasta el suelo. El torrente de tantas fragancias le provocó una saturación nasal. Aldin olisqueaba algunas flores que se encontraban en los bajos del mostrador. A continuación, se dirigió a las repisas del fondo y, con sus ridículos anteojos, examinó algunos frascos. Valeria ignoraba qué estaban haciendo allí y esperaba que el mago no escondiera algún secreto sórdido, como que le gustara lamer botes con extraños fluidos en su interior. Por fin, una mujer de extraordinaria belleza salió a recibirlos.

—¡Aldin, cuánto tiempo! Me alegro de verte.

—Samara, sigues tan hermosa como de costumbre.

Valeria observó mejor a la mujer. Era imposible establecer su edad. Aunque en Silbriar podías tener doscientos años y aparentar treinta y tantos. La cascada de cabellos rubios y rizados caía sobre su escote cubriéndole parcialmente los pechos. Las facciones de su excepcional rostro eran delicadas, como ligeras pinceladas realizadas por un artista rebosante de inspiración. Su mirada penetrante y misteriosa se asemejaba a la vez a un lago sereno y cristalino. Cubría su cuerpo con un vestido rosa con ribetes plateados en el cuello y las mangas. Sonrió de forma pícara al mago, y se formaron pequeñas arrugas en la comisura de sus labios. Samara frunció el ceño fijando su mirada en Valeria.

—¿Quién es la jovencita? —preguntó casi hipnótica—. ¿Es una hija de Ela?

—Tú eres la bruja —la desafió el mago.

—Intento no utilizar mi magia. Te recuerdo que está penada con la muerte.

—¡Oh, vamos, Samara! Tú y yo sabemos que nada, ni siquiera los jinetes del tiempo, pueden impedir que disfrutes de tus artes mágicas.

—¡Qué razón tienes! De todos los maestros que conozco siempre fuiste mi favorito. —La bruja indagó en la mirada de Aldin—. Será mejor que me acompañes.

Samara se encaminó hacia las repisas del fondo y se paró justo delante del frasco que Aldin había examinado antes con atención. La

bruja lo cogió entre sus manos y lo abrió. Un pequeño vapor naranja salió de su interior y se deslizó entre los largos dedos de la mujer. En solo unos segundos apareció ante ellos una escalera de caracol que conducía a un piso superior.

—Imaginé que el polvo de dientes de duende era un cuento —rio el mago.

—En realidad, ya no se vende tanto.

Samara subió los peldaños de la escalera, seguida de Aldin y Valeria. La chica seguía preguntándose qué hacía allí. Era evidente que el mago no necesitaba su ayuda, sabía manejarse muy bien solo con aquella mujer. Al llegar al segundo piso, la bruja encendió una vela que iluminó de manera sobrenatural el pasillo. Ante ellos se abrió una puerta cobriza repleta de bisagras que cedieron ante la presencia de la bruja. Valeria cruzó la puerta. Sus ojos parpadearon repetidas veces para habituarse a la inmensa claridad que había dentro. Cuando consiguió fijar su mirada, soltó una exclamación de asombro. Aquello no era una habitación. Ni siquiera había paredes. Estaban en un prado inmenso. La hierba fresca le hacía cosquillas en los tobillos, el azul aterciopelado del cielo era infinitamente acogedor. Debía ser el paraíso. El señor Moné, que no parecía tan conmovido por aquella estampa, siguió los pasos de Samara. Valeria vislumbró entonces un pozo en medio de aquel vergel, donde la bruja se detuvo.

—Has creado un bonito refugio —le dijo el mago—. Tirme, ¿no es cierto?

—Aquí consigo evadirme de todos los males que invaden Silbriar. Era mi hogar antes que las bestias de Lorius lo destruyeran. Muy pocas brujas consiguieron huir de la matanza. Yo era apenas una niña. Vi morir a mi madre y a mis hermanas, pero conseguí escapar sumergiéndome en este pozo. Escuché gritos, súplicas de clemencia... Tirme es ahora un lugar lleno de fango y muerte. Ni siquiera una flor se atreve a crecer aquí. Esto es lo que me queda de mi hogar —dijo mirando a su alrededor—. Mis recuerdos y mi magia. Martel es un buen lugar, pero añoro mi tierra. ¿A qué has venido, Aldin?

—Necesito tu ayuda. Sé que posees la daga tirmiana.

—Me costó mucho recuperarla.

—¿Qué es la daga tirmiana? —intervino Valeria.

—Eres la guerrera, ¿no? —La bruja volvió a examinar a Valeria—. Es la primera vez que una hija de Ela escoge la ballesta como arma. He visto muchas espadas, muchos arcos…

—¿Qué quieres decir? —se atrevió a preguntar la chica.

—Los guardianes no tienen poder para escoger los objetos mágicos. Heredan los de sus antepasados —le aclaró el mago—. Sin embargo, los descendientes de Ela deciden qué objeto les pertenecerá a través de su corazón.

—Tú has llamado a la ballesta —volvió a intervenir la bruja.

Valeria arqueó las cejas, interrogante. Seguía sin entender.

—Los hijos de Ela se identifican con los objetos —explicó Samara —. Muchos descendientes han usado la capa. La estirpe de Ela tiene tendencia a sentirse sola y fuera de lugar. Por eso, muchos desean desaparecer, volverse invisibles. Los zapatos los poseen personas que nunca se han sentido bien en su propia piel. Por eso, se les otorga el poder de transformación. Tampoco son muy comunes. Pero la ballesta…

—¿Podrás prestarnos la daga? —la interrumpió el señor Moné.

—Sabes que no solo depende de mí. Las brujas ancestrales la forjaron de las cenizas de la primera hermana que fue quemada en la hoguera. Ellas la custodian. Ellas dan el permiso.

—¿Por qué es tan importante esa daga? —preguntó la joven.

—Porque mata a seres sobrenaturales. Seres creados con la magia. Puede exterminar desde una legión de soldados abominables hasta a los mismísimos jinetes del tiempo. —Samara miró a los ojos al mago —. Si los espíritus de las brujas dan su permiso, te entregarán la daga.

Aldin sonrió de medio lado. Sabía que la bruja odiaba tanto a Lorius como él. Tirme, poblado de las brujas, había sido arrasado por temor a un levantamiento. Lorius temía tanto a las brujas tirmianas como a los propios descendientes de Ela. Las persiguió y condenó a las que lograron huir. Dispersas, no gozaban del mismo poder. Ahora, las que habían sobrevivido, se ocultaban en pueblos como Martel, intentando pasar desapercibidas.

Los tres se colocaron formando un círculo alrededor del pozo. Valeria contempló el agua cristalina que había en su interior. Observó su reflejo nítido, más puro que el de un espejo. La bruja situó las palmas de su mano sobre el agua sin llegar a tocarla. Lentamente, la daga fue materializándose dejando atrás su forma líquida. Aldin sonrió. Sabía que las brujas no le fallarían. Valeria examinó el arma fascinada. Su hoja era fina y brillante, y su empuñadura plateada poseía una inmensa piedra azul. Samara palpó el arma con sus dedos y se la entregó a Aldin.

—Así que del pozo no solo sacas agua. —El mago sonrió pícaramente—. Es un buen lugar para ocultar cosas.

—No solo es una caja fuerte, Aldin. Desde aquí me comunico con el refugio y recibo las instrucciones de Bibolum. —La bruja observó el desconcierto del mago. Desconocía esa información—. Y, sí, tus amigos han llegado bien. Fue un grandioso plan que los jinetes siguieran su rastro y no el de los chicos. No tienes que atormentarte por ello.

—¿Por qué no vas entonces al refugio? Allí estarías mejor.

—Porque soy los ojos y los oídos de Bibolum. Aquí soy más útil.

¿Sabes cuántos soldados de Lorius vienen a emborracharse por aquí? Yo simplemente escucho y mantengo informado al refugio. Es mejor que todos piensen que soy una curandera, así mi misión no se ve comprometida. Es hora de que prosigáis vuestro camino. Un grupo de humanos puede pasar desapercibido ante los lugareños, pero no ante los brujos.

El mago asintió, y Valeria bajó los peldaños de la enroscada escalera.

—Aldin, una cosa más. Mientras las brujas nos entregaban la daga, pude ver algo en el pozo. Debes explicarles a los chicos el verdadero poder del espejo de Silona. Cuando pases por la aldea de los gnomos…

—No tengo intenciones de pasar por ahí. El poblado de los gnomos queda muy al este, nosotros vamos hacia el norte. Y en cuanto al espejo… —dijo callando una posible réplica de la bruja—. Lo haré cuando llegue el momento…

—No vas a terminar la aventura con ellos. Algo trágico está a punto de pasar, y debes tomar la decisión acertada. ¡No vas a llegar a la Fortaleza!

Valeria corrió hacia el carromato. Nico la ayudó a subir, y la chica se acomodó junto a Érika. El mago llegó unos minutos más tarde, cogió las riendas de los caballos y se pusieron en marcha.

—¿Qué habéis hecho ahí dentro? —curioseó Nico.

La joven apartó su cabello claro de la frente y empezó a narrar lo sucedido a sus únicos dos espectadores, Nico y Érika. Aunque Lidia parecía ausente, seguía el relato de su hermana. Valeria no obvió ningún detalle. Les habló de las escaleras que aparecieron de la nada, del prado inmenso en lo que se suponía era una habitación y del pozo mágico. Lo único que evitó comentar fue la exposición que había hecho Samara sobre los objetos y el poder de elección que tenían los descendientes de Ela. No entendía qué había querido decir la bruja referente a que ella había sido la primera que había escogido la ballesta. Se guardó sus dudas para sí misma.

No habían recorrido ni diez kilómetros, cuando el carro se detuvo de golpe. Una de sus ruedas se había atascado en un socavón. El mago, después de varios intentos fallidos por liberar la rueda, los hizo descender a todos. No quería forzar más a los caballos. Bajaron todas las provisiones. Y todos, excepto Érika, empujaron con fuerza el carro.

El señor Moné permaneció junto a los caballos mientras daba las instrucciones. Según él, podrían asustarse y salir en estampida. Según Nico, intentaba escabullirse de la tarea más ardua. Al final, la solución estuvo siempre delante de ellos. Después de muchos sudores, Lidia, cansada de tanto empujar, decidió transformarse en un lopiard. Ella sola consiguió sacar la rueda del hoyo. Los chicos la miraron estupefactos. Hasta el propio mago estaba asombrado de la genialidad

de la chica.

—Bueno, ahora subid vosotros las cosas, yo estoy muerta.

Lidia divisó a su hermana pequeña varios metros atrás. Érika saboreaba una deliciosa pera. La chica, muerta de hambre, se acercó a ella. Era su turno para contemplar cómo los demás trabajaban mientras ella miraba.

—¡Pásame una fruta, enana!

La pequeña le mostró toda una selección que guardaba en su cesta. En ese momento entendió por qué no se separaba de ella.

—¿Cómo has conseguido todo eso? Bueno, es igual, dame la manzana.

Lidia examinó el rojo apasionado de la fruta. La chica la giró varias veces observando el extraño brillo que poseía. Lidia no se lo pensó dos veces y le propinó un considerable mordisco a la atractiva manzana. De inmediato, empezó a sentir náuseas. La cabeza le daba vueltas, tenía la visión borrosa y la lengua dormida. Intentó hablar, pero no podía. Se estaba asfixiando.

—¿Qué te pasa? —La pequeña contemplaba cómo su hermana se volvía azul—. ¡Valeria, Valeria!

Los gritos de Érika advirtieron al grupo. Nico vio cómo Lidia se tambaleaba. Se iba a caer. El chico llegó hasta ella en un abrir y cerrar de ojos y se desmayó entre sus brazos ante la atónita mirada de Valeria. La joven corrió y se arrodilló ante ella, dándole pellizcos en las mejillas. Nico la sujetaba con fuerza.

—¡Lidia, háblame! —Valeria intentaba despertarla—. ¡Di algo, por Dios!

Pero la chica ya no se movía. Sus labios estaban cianóticos, y sus ojos reflejaban la ausencia de su alma. El mago, con un dolor punzante en el pecho, contempló cómo la manzana que la chica había mordido con ahínco rodaba y terminaba chocando con sus botas.

Muy lejos de allí, Bibolum Truafel había presenciado la escena en la cúpula de la estancia circular. Con un gesto amplio de su brazo, alejó el terrible drama y devolvió a su techo su forma rudimentaria. No había constelaciones ni lunas, solo el tapiz azul de un cielo bidimensional. El mago se dirigió a su mesa y cogió el Libro de las Palabras con ira. Lo abrió desesperadamente buscando una respuesta. Pero el libro calló. Desolado, Bibolum lo lanzó contra las estanterías de la pared. Libélula, al oír el estruendo, entró sin el consentimiento del mago.

—¿Qué ha pasado, Bibolum?

—¡Una de las hermanas ha caído!

Parte 4

El hada

18

Veneno

Peval contemplaba desde lo alto de unas de las ventanas del castillo cómo las olas embravecidas batían contra las rocas del empinado acantilado. A pesar del día soleado, el viento soplaba con fuerza alrededor de la Fortaleza. Los ánimos de las tropas se agitaron cuando descubrieron que no solo guardianes se dirigían hacia el castillo, también las hijas de Ela lo hacían. Peval lo había descubierto con tan solo divisar a la joven de los ojos miel saltando sobre los tejados. ¡La guerrera! Podía haberla matado. Podía haberla torturado con tan solo apretar un puño. Pero no lo había hecho. Tenía que seguir su rastro, averiguar si solo ella era la descendiente o había alguien más. Después aparecieron la chica de la trenza y la pequeña de los cabellos dorados. No había duda: eran hermanas de sangre, y las legítimas descendientes de Ela. Los tres poderes reunidos en una misma generación. Eso no era nada bueno. La ira de Lorius se había desencadenado al conocer las pésimas noticias. Había aniquilado a los soldados que habían fracasado en la persecución de los chicos.

Aldin había sido muy astuto enviándoles hacia un señuelo. ¡El viejo Aldin! Tan perseverante y tan despreciable. Peval lo odiaba. Por su culpa había perdido a la mujer que amaba. Sus ojos negros se crisparon al recordarlo. Amelia lo había escogido a él. Un joven mago con talento y con un futuro prometedor. Quizá un poco ambicioso, pero ¿quién no lo era? Cuando se produjo el levantamiento de Lorius, ella no entendió que caminara a su lado. Podía haber disfrutado de todos los lujos que le ofrecía en su nueva vida, pero decidió correr a los brazos de su viejo amigo Aldin, pedir protección y luchar con la resistencia. Los recuerdos solo le traían dolor. El mago, con la mandíbula tensa, golpeó la pared con su puño. La huella que había dejado en el muro era el reflejo de su deseo de venganza. Aldin debía pagar por lo que había hecho.

La puerta de la estancia se abrió con brusquedad. Lorius y sus dos guardaespaldas cruzaron la habitación con ligereza. El gran mago se acomodó en su silla dorada tapizada con un exquisito tafetán verde,

dejando caer su túnica bermellón. Al contrario de lo que los aldeanos cotilleaban, Lorius no era una persona imponente. De talla media, algo huesudo y con un semblante taciturno, no era nada atractivo. Su nariz aguileña destacaba sobre un rostro curtido por el sol. Sus ojos hundidos y sus cejas pobladas parecían una prolongación de sus cabellos oscuros. A simple vista, parecía un mago enclenque y demasiado avaricioso, pero Lorius poseía un gran magnetismo. Su presencia inundaba los rincones por los que pasaba. Carecía de gracia, aunque presumía de una mente brillante y de un encanto hipnotizador.

—Peval, explícame cómo una pandilla de mocosos tiene en su poder una de mis brújulas.

—Señor, ya se lo dije, cuentan con el apoyo de la resistencia.

—¡Esos malditos seres poseen refugios antimagia por toda Silbriar! ¿Y qué hacen mis magos al respecto? ¡Absolutamente nada! ¡Deberían rastrear y quemar todas las casas sospechosas de estar bajo hechizo! ¿Cómo han logrado levantar una barrera mágica tan potente?

Peval dejó que continuara su monólogo. No era bueno interrumpir al hechicero en sus divagaciones. Volvió a refugiarse en el vaivén de las olas durante unos minutos. Él no era un perro guardián como lo había llamado Amelia, era el gran maestro de los futuros herederos del reino. ¡Los mellizos! Moldeados a su imagen y semejanza. Fieros en el combate y diestros con la magia. Cuando el viejo mago muriera, él reinaría tras los mellizos. Golpes secos en la puerta frenaron sus ensoñaciones. Un soldado, tras arrodillarse ante Lorius, comunicó que portaba un mensaje de sus espías en Martel. El mago lo atendió con interés.

—Una de nuestras espías ha informado de que ha visto a los chicos en la plaza de Martel.

Lorius se frotó las manos y dirigió a Peval una mirada de complicidad.

—Bien, ¿y ya hemos enviado soldados a la zona?

—Sí, señor. Pero eso no es todo. Una de las trampas de la bruja fue activada en el Camino de las Especias. La manzana, para ser más concreto.

—¡El viejo truco de la manzana!

El ojeroso mago se levantó sonriendo y contempló el cielo esperanzado. Las nubes negras se arremolinaban formando un embudo de succión. Los jinetes se estaban preparando.

—Peval, quiero que tú y mis hijos os desplacéis a la zona. No puedo dejar otra vez esta misión en manos de unos soldados ineptos.

Aldin había reaccionado con rapidez. No tenían tiempo que perder, debían desviarse del camino y dirigirse a la aldea de los gnomos. Había valorado la opción de usar su bastón y crear un puente que los

llevara a las cercanías del refugio, pero eso significaba, primero, renunciar a la misión, y segundo, conducir a los jinetes de nuevo hacia las proximidades del refugio. No podía poner en peligro a toda la comunidad de magos y a la resistencia. Así que había recordado las palabras de Samara. La bruja había tenido una visión. Los había visto en el pueblo de los gnomos.

Los gnomos eran gente pacífica, grandes inventores y potentes sanadores. Su constante contacto con la naturaleza hacía de ellos un pueblo armónico y hospitalario. Aldin conocía la tregua que existía entre ellos y Lorius. Su rechazo a la guerra y su visible incapacidad para luchar habían hecho que los gnomos se mantuvieran al margen de los enfrentamientos. No quisieron unirse a las fuerzas de Lorius, pero tampoco ayudar a la resistencia. El mago negro, consciente de su espíritu sosegado y nada bélico, había llegado a un acuerdo. Dejaría sus tierras intactas a cambio de que ningún mago huido recibiera cobijo en su aldea. Y los gnomos habían aceptado. Pero a Aldin le importaba bien poco el acuerdo en esos momentos, los gnomos tendrían que recibirlos.

Valeria sostenía el cuerpo inmóvil de su hermana, mientras Érika lloraba desconsolada. Nico abrazaba a la pequeña intentando calmarla, pero él mismo estaba destrozado. No podía creer que hubieran perdido a Lidia. Quizá ese era el final de todos; morir en una tierra extraña. Nico sintió la punzante angustia en la boca del estómago. El señor Moné había sido claro: Debían huir de allí a toda velocidad. La manzana envenenada había activado el sistema de búsqueda de la magia usada. Y pronto, los jinetes del tiempo llegarían. Solo esperaba que el mago tuviera razón y los gnomos pudieran ayudarlos.

Aunque no pudo pronunciar ni una palabra de aliento, Daniel se mantenía al lado de Valeria, sujetando las piernas de Lidia. La velocidad del carromato era tal que, en los baches, el chico temía que el cuerpo de la joven saliera despedido por los aires. Todos se aferraban al carro para aguantar las continuas sacudidas, pero nadie se quejaba. Era primordial llegar a la aldea. El señor Moné dobló a la derecha sin apenas frenar, y las ruedas del carro se levantaron hasta inclinarlo peligrosamente. Se adentró en una zona boscosa. El camino era estrecho y serpenteante, las hojas de los árboles rozaban las caras de los chicos, consiguiendo que apenas pudieran divisar el cielo, y el aire era húmedo. Durante diez minutos, el carro corrió a través de una fina niebla cargada de miles de gotas de agua. Por fin, llegaron a un claro. Daniel distinguió decenas de hortensias violáceas que les daban la bienvenida. El chico dejó escapar un suspiro de alivio al ver que el paisaje se volvía más acogedor. Cerezos floreados los acompañaban en el sendero. Un trozo de madera bien curtido en lo alto de un arco de

flores, les recordaban que estaban a punto de entrar en Gnimiar. —Así se llamaba el pueblo de los gnomos—. Los chicos tuvieron que agachar la cabeza para no terminar decapitados por el cartel. El carromato penetró a toda velocidad en la aldea. Algunos gnomos corrieron despavoridos temiendo ser atropellados por el vehículo.

—¡Largaos! ¡No podéis estar aquí! —oyeron decir.

Aldin frenó cuando estuvo lo suficientemente dentro de la aldea. Bajó del carro y mandó llamar al jefe del poblado, dejando claro que no se marcharía hasta que no lo recibiera. Érika, incrédula, observaba a las pequeñas personitas que se agolpaban ante ellos. Tenían los ojos grandes y las mejillas sonrosadas, sus narices eran prominentes y sus barbas largas y estilizadas. Sus orejas pequeñas se ocultaban tras el enorme cucurucho que tenían por sombrero. Érika agarró un cachete de uno de los gnomos jóvenes que también la miraban con curiosidad. El gnomo sin barba soltó un quejido que asustó a la niña. Entonces descubrió a un grupo de mujeres que se escondían tras una de las casas. Ellas no llevaban cucurucho, tenían sus cabellos recogidos en elaborados moños. La pequeña bajó del carro, y todos los gnomos se echaron atrás. Era evidente que no habían visto un humano en su vida. Érika ofreció su mano como saludo y un gnomo de chispeantes ojos azules dio un paso al frente y la aceptó, apretándola. Los gnomos eran casi de su estatura, contando que portaban aquel cono como gorro.

Nico y Daniel bajaron tras ella, por si los pequeñajos se volvían hostiles. Solo Valeria permaneció junto al cuerpo inerte de su hermana. Ya no le quedaban más lágrimas que derramar. Suplicaba al cielo y a su madre por un milagro. No podía creer que las últimas palabras hacia su hermana hubieran sido gritos y desprecios. En aquel instante, aquel beso tonto le parecía un juego de niños. Hubiera dado lo que fuera para cambiar los acontecimientos de ese día.

Un gnomo de pantalones rojos y camisa azul rompió el corro que se había formado alrededor del carro y avanzó hacia el mago. Su barba blanca caía voluptuosa hasta la cintura y unas pequeñas gafas redondas decoraban su enorme nariz.

—Soy Elmer Nims, el más anciano de la comunidad, y, por lo tanto, su sabio consejero. No sé qué caminos os han traído hasta aquí, pero ya estáis abandonando la aldea de inmediato. Estáis infringiendo el acuerdo.

—El acuerdo no nos concierne a nosotros. Vuestros antepasados dieron su palabra a Lorius sin consultar nuestra opinión al respecto —el mago hablaba con convicción—. ¿Queréis saber lo que pienso de vuestro acuerdo? ¡Me importa un soberano pepino!

—Os lo ruego, si no os vais de aquí, las fuerzas de Lorius arrasarán nuestro pueblo.

—Y si no nos ayudáis, yo mismo arrasaré la aldea con mi bastón.

El mago alzó su bastón y los gnomos dejaron escapar una sonora exclamación. Había miedo en sus rostros. Las mujeres escondían a sus hijos en sus casas. Algunas se abrazaban a sus maridos. Elmer Nims no creía las amenazas del mago, pero no podía poner en peligro a toda su comunidad.

—Sois un pueblo caritativo —añadió el señor Moné—. Nunca habéis negado la ayuda al prójimo. Tenemos a una chica que necesita de vuestros conocimientos médicos. ¿Vais a expulsarnos de vuestra aldea y renunciar a vuestros ideales por un acuerdo con un mago oscuro?

El anciano se acarició la barba, dubitativo. Los gnomos cuchicheaban entre ellos, mientras los chicos esperaban expectantes una respuesta.

—Es hora de que escojáis a quién queréis ayudar —continuó el mago—. ¿A un déspota y cruel asesino o a los que luchamos por la libertad? Mientras vuestra aldea permanece intacta y ajena a las batallas que se están librando, los bosques están siendo arrasados y los pueblos sometidos. Donde antes había luz y seres mágicos que cuidaban nuestros recursos, ahora hay fango y monstruos que los pueblan. La destrucción es palpable por toda Silbriar. ¿Y vosotros pensáis que, vendiendo vuestra alma al diablo, estaréis a salvo?

Un murmullo cada vez más clamoroso inundaba la multitud. Los gnomos no eran indiferentes a las palabras del mago. Elmer Nims frunció el ceño desconfiado.

—Muy bien, ¿dónde está la chica?

Daniel la cogió en sus brazos y la depositó en el suelo. Varios gnomos acercaron sus narices al rostro de Lidia. Elmer apartó a los curiosos y examinó a la joven. Tomó su pulso, estudió sus pupilas y olfateó sus labios azulados.

—Todavía vive —dijo por fin—, pero el veneno corre por su sangre y pronto paralizará sus órganos.

—¿Qué podemos hacer? —se apresuró a preguntar Valeria.

—Tú, nada —respondió el gnomo ignorándola—. ¡Chicos, traed la urna de cristal!

—¿La urna de cristal? —Nico no daba crédito a lo que oía.

—Sí, mantendrá a tu amiga estabilizada e impedirá que el veneno se siga propagando. Es una medida temporal.

—¿Y después qué? —se preocupó Aldin.

—Después será el problema de un gran mago sanador, nosotros solo podemos evitar que muera. La magia la podrá salvar.

Nico observó cómo los gnomos cargaban con la urna, esquivando los muros blancos de las casas. Sintió que estaba inmerso en una escena irreal. Las casas de los gnomos eran más o menos de su

estatura, tenían forma de champiñón y sus tejados azules desprendían destellos por el reflejo del sol. Había estrellas doradas que salpicaban sus bóvedas. Sus diminutas ventanas de medio arco eran de madera gruesa. Los gnomos desfilaban en procesión, y Nico reprimió una sonrisa burlona.

—¡Es como en el cuento! —exclamó Érika.

—Pero ¿no eran enanos? —se preguntó Nico.

—¡Los enanos son unos babosos maleducados! —dijo Elmer, ofendido—. Son groseros y poco inteligentes. ¿De verdad crees que esos rudos retacos construyeron la urna? Nos pidieron prestada una, ¡y ellos pasaron a la historia como los grandes sanadores! ¡Renacuajos, siempre robando el mérito del resto!

Nico ignoró los comentarios despectivos hacia los enanos y ayudó a su hermano y al señor Moné a introducir el cuerpo de Lidia en la urna. Al contrario de lo brusca que aparentaba ser, allí la chica parecía frágil y delicada. Dormitaba serena como una princesa de cuento.

—Esto es todo lo que podemos hacer —dijo el sabio gnomo.

—¿Y qué hay del beso? —El gnomo arqueó sus pobladas cejas y, con cierta confusión, miró a la pequeña humana que tenía delante—. ¡Es lo que siempre pasa en los cuentos, el beso del príncipe salva a la joven de la magia de la malvada bruja!

Los ojos de toda una comunidad de gnomos se posaron en los dos chicos.

—Nosotros no somos príncipes —aclaró Nico—. Somos guardianes, pero no príncipes.

—En realidad, no es necesario que tengáis un título. —Un gnomo fémina con dos largas trenzas castañas avanzó hacia ellos—. Ella despertará si el beso es sincero y de amor. Y eso solo puede hacerlo la persona que esté destinada a ella.

Daniel palideció y miró de reojo a Valeria, que permanecía en silencio. Nico reparó en que el mago lo alentaba a dar ese beso, y sus piernas temblaron.

—No creo que yo sea su tipo —se excusó—. Y si lo soy, sería una sorpresa enorme. Podría darme un colapso. ¿Lidia y yo almas gemelas? ¡Eso es imposible!

Érika empujó al chico, que continuaba delirando. Finalmente se encontró ante el rostro de Lidia y, cerrando los ojos, acercó sus labios a los de ella. Abrió un ojo sin retirar su cuerpo demasiado. Sintió un profundo alivio al descubrir que él no era el hombre destinado.

Entonces, las miradas se volvieron hacia su hermano. Daniel sabía que existía una posibilidad de que la chica despertara con su beso. Lidia estaba enamorada de él y, aunque el sentimiento no era recíproco, temió que el destino le tuviera reservado un giro cómico de los acontecimientos. El chico buscó la aprobación de Valeria. Esta se

limitó a asentir, así que se acercó a la urna transparente. Lidia parecía solo dormida. Daniel se aproximó a sus labios y reparó en que Valeria apartaba su rostro. El beso fue corto y, aun así, un sabor amargo se impregnó en su boca. Pensó que sería por los residuos del veneno que todavía quedaban en sus labios. Lentamente, se incorporó y examinó el cuerpo de la chica. No se movía. Seguía inerte y sin señales de que pudiera despertar. La culpabilidad lo invadió por sentirse aliviado.

—Bueno, el espectáculo se ha acabado —dijo Elmer a sus paisanos —. Ya podéis regresar a vuestras casas.

—Hay que llevarla ante Bibolum —dejó escapar el mago.

—Nosotras la prepararemos para el viaje —dijo la señora de las trenzas—. Los demás podréis disfrutar de exquisitos manjares antes de partir.

Mientras los chicos descansaban y aceptaban las provisiones de los gnomos, Aldin, sentado en una roca, se enfrentaba a un gran dilema. Dibujaba absurdos círculos con su bastón sobre la hierba, conseguía así mantener su sosiego ante tal contratiempo. No podían continuar el viaje con Lidia en ese estado. La chica necesitaba ciertos cuidados y la intervención mágica de Bibolum. Era la única esperanza para que sobreviviera. Pero tampoco podía abortar la misión. ¡Habían llegado tan lejos! Tenían la brújula, conocían la ubicación de la Fortaleza y, aunque Lorius sabía que se dirigían al castillo, siempre habían estado un paso por delante de sus tropas. Si regresaban al refugio, esa ventaja desaparecería. Y Lorius plagaría los caminos con sus soldados. ¿Entonces qué debía hacer? El grupo debía separarse. Necesitaba a las dos hermanas para que una de ellas alzara el espejo de Silona. Solo su sangre podía hacerlo funcionar. Así que quedaban Daniel y Nico. No podía mandar de vuelta a Daniel con Lidia. Él era la persona más sólida del grupo. Mantenía siempre su cabeza firme, era un guardián del que no podía prescindir. Y luego estaba Nico. Era inseguro y carecía de instinto para la lucha. Había mejorado mucho desde su llegada a Silbriar, pero no estaba preparado para proteger solo a Lidia. Así que solo quedaba una opción.

El mago maldijo para sus adentros y recordó las palabras de Samara: «No vas a terminar la aventura». Él debía volver con Lidia y confiar en que los dos guardianes llevaran a cabo su misión, proteger a las hermanas. Era su destino. Observó los grandes nubarrones que empezaban a formarse por el norte y volvió a pensar en la bruja. No podía ser que los espíritus ancestrales se hubieran referido a la manzana envenenada cuando enviaron a Samara aquella visión. La bruja había dicho «algo terrible va a pasar, y no vas a terminar la aventura». Definitivamente, no se refería al envenenamiento de Lidia, había algo más, Pero ¿el qué? Quizá había vaticinado la muerte de la chica o la suya propia. Debía haber escuchado mejor. Ahora no podía

lamentarse. Había tomado una decisión. La más difícil para un maestro: los chicos continuarían el camino solos.

Con determinación, se dirigió al lugar donde descansaban y comunicó su decisión. Escuchó protestas, palabras de desacuerdo y maldiciones varias. El mago esperó a que se desahogaran y soltaran su fuerza por la boca. Y entonces intervino:

—Podemos escoger el camino más fácil —añadió—. Podemos volver todos juntos al refugio. Pero entonces podrían pasar años hasta que recuperáramos el espejo de Silona, y vosotros quedaríais atrapados aquí.

—¿No hay otra solución posible? —preguntó Nico con el rostro desencajado.

—¿Qué debemos hacer? ¿Cuándo nos vamos y cómo?

El mago sonrió ante la entereza de Daniel.

—Tú has estudiado los mapas conmigo desde el principio y serás el guía. La ubicación de la Fortaleza no puede cambiar hasta la próxima luna, así que tendréis tres días para llegar a los acantilados. No os detengáis por el camino. Si Lorius consigue modificar la localización del castillo, estaremos perdidos. —El señor Moné entregó los mapas a Daniel y le dio tres palmaditas en la espalda—. Confío en ti, muchacho. Sabrás guiar al equipo. —Después volvió su mirada a Érika—. De todas formas, por si os encontráis con algún inconveniente a la hora de localizar el castillo de Lorius, os dejo la brújula. —El mago depositó el objeto en las manos de la pequeña—. Eres la maga y la única que puede hacer funcionar el mecanismo de la brújula. Solo tienes que desearlo con todas tus fuerzas.

»Nico, todavía no lo sabes, pero posees un gran coraje. Eres ágil con tus botas. Has dejado atrás a ese chico torpe y voluble. Así que, si entras en combate, deja tu mente a un lado y lucha con la fuerza más grande que tiene un ser humano, su corazón. —El mago se giró hacia Valeria y sacó de uno de sus bolsillos la daga tirmiana que estaba envuelta en un paño rojo—. Para ti, la daga. Quiero que la utilices solo en caso de peligro extremo. Todavía no sabemos muy bien cómo funciona, así que te pido precaución y sensatez. —Aldin observó la pesadumbre en el rostro de la chica—. Valeria, voy a cuidar de tu hermana con mi vida. No te preocupes por ella, estará en buenas manos en cuanto lleguemos al refugio. —Reparó entonces en los nubarrones que eran cada vez más grandes—. Bien, hay una última cosa que quiero deciros. El espejo de Silona no solo sirve de portal para que regreséis a casa. También anula la magia de la Fortaleza. Necesita de la sangre de una descendiente de Ela para ponerse en marcha. En ese momento, hará caer las defensas del castillo y abrirá un portal que nosotros aprovecharemos para entrar. Me refiero a todos los guerreros y magos que están en el refugio. No estaréis solos en la

Fortaleza para luchar contra Lorius, todos estaremos esperando vuestra señal.

—¿Cuándo pensabas decirnos eso? —protestó Valeria.

—Eso ahora no importa. Debéis marcharos ya de aquí, antes de que los jinetes encuentren el rastro de magia. En cuanto Lidia esté estabilizada, partiré.

—¿Utilizarás tu bastón para volver? —le preguntó Nico.

—Es demasiado peligroso, están muy cerca. Haremos el viaje en el carro.

—¿Y nosotros? ¿Continuamos a pie?

Daniel vio respondida su pregunta cuando advirtió que Elmer Nims se acercaba con un caballo negro como la noche más profunda.

—Se lo dejó el último visitante que estuvo aquí —aclaró el gnomo.

—Pensaba que no ayudabais a forasteros.

—Bueno, nuestro instinto de auxiliar al desvalido es difícil de anular. —Elmer se sonrojó—. Por mucho acuerdo que exista con Lorius.

—¿Alguno de vosotros sabe montar a caballo? —preguntó el mago esperanzado.

—Yo puedo hacerlo —se adelantó Daniel—. ¡Tengo una moto, son casi iguales de manejar! —Observó el rostro desencajado de Valeria—. ¡Es broma! Estuve en clases de equitación.

El joven soltó una carcajada y, con destreza, montó sobre el caballo. Valeria lo miraba furiosa. Nico ayudó a Érika a subir y a colocarla justo delante de su hermano. La niña, ilusionada, acariciaba la crin del animal. Valeria se acercó nuevamente a la urna y rozó con sus labios las mejillas pálidas de Lidia. Cogió su mochila y emprendió el camino con el resto de sus compañeros.

Aldin saludó a los chicos mientras se alejaban del poblado. Reprimió una mueca de angustia y apretó con fuerza su bastón. Elmer Nims, que contemplaba a su lado la escena, se retorció la barba y gruñó al ver los torbellinos negros que se aproximaban.

—¿Debemos prepararnos?

—Escoge a los más fornidos y diles que se armen. A las mujeres y niños diles que permanezcan escondidos.

—¡Los jinetes del tiempo arrasarán el pueblo!

—Los jinetes no pueden romper el acuerdo sin previa autorización de Lorius. No son ellos los que me preocupan.

—Ocultaremos la urna en el altar sagrado, los más ancianos la protegerán.

Con semblante meditativo, el mago volvió a leer el cielo. Los jinetes iban a pasar de largo. Pero no pudo sentir alivio, apreciaba las señales de una gran magia aproximándose con sigilo. Y eso era peor que una panda de jinetes descontrolados y con ansias de derramar

sangre.

19

Beso

Ajenos a la tormenta que se avecinaba en Gnimiar, continuaron su viaje llenos de sentimientos contradictorios. No querían perder la esperanza. Valeria rezaba a su madre para que Bibolum pudiera salvar a su hermana, Érika seguía pensando que podrían encontrar a un príncipe que liberara a Lidia del hechizo, Daniel miraba al frente convenciéndose que podría ser un buen líder del grupo, y Nico confiaba en que ningún grupo de soldados letales los localizaran. Pero también estaban desmoralizados, dejar a su maestro atrás había sido demoledor. El señor Moné siempre había tomado las decisiones. Conocía esos parajes como la palma de su mano. Ellos se limitaban a seguir sus instrucciones, y ahora estaban solos.

—Hay un cruce a unos doscientos metros. Había pensado en seguir de frente. —Daniel se había adelantado con el caballo para inspeccionar el terreno—. Pero hay un problema. —El chico señaló el cielo—. ¡Jinetes! Debemos desviarnos del camino. Así que, o tomamos el camino de la derecha que por lo que dice aquí son ciénagas....

—¡Ni hablar! —protestó Valeria.

—O el de la izquierda… —continuó con cierto retintín por la interrupción—, donde encontraremos las enormes cataratas de Silbriar.

Valeria observó la cruz roja que había en el mapa. Ese debía ser el lugar donde se ocultaba la Fortaleza. No necesitaba ser una experta en mapas para darse cuenta de que, si no seguían de frente, se retrasarían en el viaje. ¡Y solo disponían de tres días!

—¿Qué hacemos? —preguntó Nico.

—Yo prefiero las cataratas —dijo la niña desde el caballo—. Son más bonitas que pisar fango.

—¿Estás seguro de que continuar por aquí es peligroso? —Valeria dudaba.

—¡Caerían sobre nosotros como buitres!

La joven contempló el rostro risueño de su hermana. No podía arriesgarse, no podía ponerla a ella también en peligro.

—Bien —dijo al fin—. Haremos una visita a esas cataratas de fama mundial, quiero decir, de fama silbriariana.

Una atmósfera de incertidumbre cubría el poblado de los gnomos. La aldea se había preparado para un ataque inminente. Pero ¿de quién o de qué? Hacía una hora que los chicos se habían marchado, y Aldin no quería abandonar a los gnomos en una posición tan vulnerable. El pequeño grupo de combatientes que Elmer había conseguido reunir se ocultaba entre los arbustos que rodeaban la aldea. Las mujeres y los niños se refugiaban en sus diminutas casas con las puertas y ventanas cerradas. Solo Elmer Nims se encontraba vigilante junto al mago. Iba a defender su pueblo con uñas y dientes. Como grandes inventores que eran, habían colocado varias catapultas en hileras en la entrada del pueblo. Usarían piedras y heno envuelto en telas, dispuestos a ser incendiados si fuera necesario. Pero la espera estaba siendo angustiosa, la amargura en los ojos enormes del gnomo eran el reflejo de ello. Elmer tenía la garganta seca y sus dedos gruesos temblaban como una gelatina recién hecha. Observó el rostro del mago. Parecía que tuviese algún tipo de agudeza sensorial que le advertía del peligro. Mantenía los ojos cerrados y sujetaba con sus dos manos el bastón en posición horizontal. El gnomo reparó en un leve movimiento de sus orejas pobladas.

—¡Bien, ya llegan!

El gnomo desconocía a quiénes se refería el mago, pero colocó su garrote en posición de combate y tragó saliva. Los temidos adversarios hicieron su espectacular aparición en el mismo corazón del pueblo. Algunos gnomos, desconcertados, abandonaron la entrada y corrieron hasta la posición de su sabio jefe, otros comenzaron a girar y a conducir las catapultas a sus posiciones.

Kirko y Kayla contemplaban divertidos la escena. Un puñado de gnomos inútiles armados con palos y piedras se precipitaban sobre ellos. Kirko no pudo contenerse, sin ningún esfuerzo, dirigió su primera de bola de fuego sobre la primera oleada de ridículos gnomos, que saltaron por los aires. Aldin contraatacó apuntando su bastón sobre el pecho del chico incendiario. Un halo de luz dorada impactó en él, rasgando su uniforme negro y haciendo que cayera hacia atrás. Mientras tanto, Kayla había dado un paso al frente y focalizó su furia hacia el pequeño Elmer. Pequeños rayos azules surgieron de las yemas de sus dedos. Varios rozaron el diminuto cuerpo del gnomo que usaba su garrote como escudo. El mago, advirtiendo que Elmer no podría aguantar mucho tiempo más así, alzó su bastón y dibujó un círculo en el aire. Los rayos de la chica oscura rebotaban en la rueda protectora que había creado. Entonces, sus ojos de gata se percataron de las decenas de bolas de fuego que se precipitaban sobre su hermano y ella. Con velocidad, comenzó a esquivarlas mientras lanzaba rayos que

destruían en el aire aquellas pelotas de heno ardientes.

Kirko, ya recuperado del impacto, cargó con toda su potencia sobre el círculo de magia de Aldin. La mirada colérica del muchacho contenía toda su rabia al advertir que tenía una quemadura en el pecho. El choque de ambas fuerzas ocasionó un estallido energético que arrojó a los implicados a varios metros de allí. Kayla sintió el empuje de esa fuerza que hizo que se desestabilizara y perdiera la concentración en sus dedos. Sus rayos descontrolados comenzaron a caer sobre las cúpulas relucientes de las casas y sobre los árboles que las rodeaban.

En ese momento, un remolino de tierra surgió entre los mellizos. Aldin no tenía dudas: Peval Nortal se unía a la lucha. El hombre de canas plateadas nació de la arena y observó la destrucción a su alrededor.

—¿Qué demonios estáis haciendo? ¡Dejad a estos seres insignificantes y buscad a los chicos! Yo me encargo de esta sabandija —dijo aludiendo al mago.

Aldin, reparando en los arañazos profundos de su amigo el gnomo, bajó su garrote y lo miró fijamente.

—Coge a los heridos y sácalos de aquí. Internaos en el bosque hasta que esto termine.

—¡Puedo quedarme!

—Gracias por todo, Elmer, pero esta no es tu lucha ya. Estaré siempre en deuda contigo. —El mago suspiró al ver al gnomo asentir —. Una última cosa, amigo, ¿de dónde sacáis vuestros suministros de agua?

—De un manantial, a doscientos metros al este.

Aldin observó cómo los mellizos se alejaban de la zona de combate por caminos distintos. Kayla hacia la izquierda y Kirko a la derecha. Ahora solo quedaba Peval. El brujo mantenía una sonrisa socarrona en su rostro.

—¿Ahora te dedicas a cuidar de un puñado de gnomos inútiles? —dijo por fin—. Amigo, ¡pero qué bajo has caído!

—¡No me llames amigo!

—Tienes razón, olvidaba que te habías convertido en un traidor. —Un hilo de arena brotó del suelo y llegó a los dedos del brujo, materializándose en un bastón negro—. Soy un sentimental. Añoro nuestras luchas de bastón junto al río.

La expresión áspera del brujo se transformó en ira. Con un rápido movimiento de muñecas, Peval propinó el primer golpe. Aldin, con unos reflejos acertados, colocó el bastón en la horizontal de su cabeza, impidiendo el impacto. El mago, empujando con fuerza, rechazó el bastón de su enemigo y lo obligó a retroceder. Entonces, Aldin aprovechó para asestarle un bastonazo en el flanco derecho. Peval ni

se inmutó con el golpe. Se limitó a sonreír y volvió a la carga con un nuevo ataque. Durante unos minutos, ambos atacaban y defendían sus posiciones. Pero Aldin, retrocedía con astucia, dirigiendo así a su adversario hacia al este.

—Nunca fuiste muy hábil con el bastón —le dijo el brujo—. Pero veo que, con el tiempo, has mejorado.

—¿Por qué pierdes el tiempo con esta absurda lucha de bastones?

—¡Mataste a mi mujer, y te voy a torturar por ello!

—Ella vino a mí porque tú habías cambiado.

—Siempre estuviste enamorado de Amelia y no soportaste que me escogiera mí. ¿Y sabes por qué me eligió a mí? ¡Porque eres un bastardo mestizo! —exclamó sin piedad—. ¡Con una cola y orejas de ardilla! ¡No eres más que el hijo de una aldeana y de un mago sin agallas!

El mago, aprovechándose de la distracción de Peval, atizó un bastonazo en la garganta del brujo que lo hizo tambalear. Este recuperó el equilibrio.

—Ella te abandonó, y eso no es culpa mía.

—¡Pero tú dejaste que combatiera! ¡Dejaste que se enfrentara a todo un ejército!

—¿Y quién iba al frente de ese ejército, Peval?

Las venas del cuello del brujo se tensaron, y Aldin percibió la cólera en sus ojos. De los poros de su piel brotaron partículas de polvo. El brujo estaba envuelto en una nube de tierra. Aldin no lo pensó dos veces y empezó a girar su bastón a gran velocidad. El brujo lanzó varias ráfagas de arena. El escudo de Aldin conseguía detener la mayoría de los golpes. El mago sentía los latigazos de arena en su piel, eran como diminutas quemaduras. Pero Aldin seguía girando el bastón con sus muñecas a la vez que retrocedía. Su mirada buscaba el manantial.

—¿Es lo único que sabes hacer? ¿Defenderte? —El mago no contestó, y eso irritó todavía más a Pavel—. Tú la querías. ¿Por qué dejaste que empuñara una espada? ¿Por qué no se lo impediste? ¡Contéstame!

Ciego por la rabia, el brujo colocó sus dos brazos en horizontal y mandó una columna espesa de tierra al mago. Aldin apenas pudo esquivarla y fue arrojado a quince de metros de distancia. Su costado derecho fue el peor parado. Apretó con su mano la herida y sintió la sangre correr por sus dedos. Estaba malherido. Escuchó los pasos de Peval acercándose. No tenía mucho tiempo. Tras varios intentos, consiguió levantarse. Y entonces sonrió. A su izquierda, a escasos dos metros, un hilo fino de agua caía sobre una fuente. El manantial.

—¡Voy a acabar contigo! —Los ojos oscuros del brujo eran como un pozo sin fondo.

—Ella te odiaba, querido amigo. No pude detenerla porque quería matarte con sus propias manos. Amelia no ansiaba riquezas ni poder, solo tu amor. ¡Y tú no supiste dárselo!

—¡Cállate! ¡Cierra tu boca!

—¿No querías escuchar la verdad? Sus días más felices los pasó junto a mí en el refugio. Y sí, me siento culpable por no haberla protegido ese día. ¡Pero no fue mi espada quien la mató!

El brujo estaba fuera de sí. Aldin se apoyaba a duras penas en su bastón. Estaba mareado y tenía la visión nublada, pero, aun así, continuó hablando:

—¿Quién alzaba la espada ese día? ¿Quién, sino tú? ¡Que ni te percataste que bajo esa armadura plateada se encontraba tu mujer! ¡Tú la mataste, no yo!

Un remolino de aire envolvió a Peval por completo. Arrastraba la tierra de los alrededores. El brujo era pura arena. Aldin sabía que no sobreviviría a la colisión con ese muro de tierra, así que concentró toda la fuerza que le quedaba en su bastón y lo dirigió hacia el manantial. El torrente de agua se alzó con furia y se desplazó hacia el brujo antes de que pudiera iniciar su ataque. El choque fue atroz. Pero el agua comenzó a hacer efecto en la arena, y el brujo quedó reducido entre dos charcos de barro. El lodo cubría todo su cuerpo. Aldin apenas pudo contemplar su victoria, pues cayó desplomado sobre las hortensias que le habían dado la bienvenida a Gnimiar.

Kirko sonreía pícaramente al ver cómo los insulsos gnomos corrían despavoridos a cada paso que daba. Le hubiera encantado aniquilar a unos cuantos seres inferiores, pero sus instrucciones eran claras: debía localizar a la pandilla de humanos.

Las cúpulas de muchas casas habían quedado destrozadas, así que el chico oscuro se limitaba a asomar la cabeza por los tejados, en busca de alguna pista. Las casas de los gnomos eran demasiados diminutas para esconder a un humano. Estarían ocultos en el bosque o, lo que era peor, podían haber abandonado aquel pestilente pueblo. Y entonces, ¿por qué su maestro se había quedado allí? Sus ojos rasgados por fin detectaron un edificio donde podrían ocultarse los humanos. No era una iglesia, pero lo parecía.

Se trataba de una construcción más alta que todas las repulsivas cabañas que poblaban Gnimiar. Un tejado a dos aguas cubría un recinto rectangular adornado con estúpidos farolillos dorados. Debía ser el lugar de culto de los pequeñajos. Los gnomos eran grandes creyentes en los poderes de la Naturaleza, ofrecían sus dones a los dioses a cambio de protección y una buena cosecha. Era evidente que sus dioses estaban hoy de vacaciones. La mitad de la aldea ardía y la otra estaba destruida y se habían producido bajas en las filas lugareñas. Para Kirko, demasiado pocas.

Entró en el templo, iluminado en su interior con velas, y miró a su alrededor. Algunos gnomos ancianos se ocultaban tras las gruesas columnas. En el altar, cubierto por flores y cestas de frutas, había una urna de cristal monumental. Demasiado grande para un gnomo fallecido. El desconfiado chico se acercó cauteloso a la tumba transparente. En ella yacía el cuerpo de una muchacha. Al inicio, Kirko no la reconoció. Una pequeña y brillante tiara apartaba sus flecos de su amplia frente, sus cabellos oscuros y ondulados caían en cascada cubriendo sus pequeños pechos, tenía la piel blanca como la nieve y los labios rojos como la tentación. Su vestido blanco e impoluto la hacía más radiante. Debía tratarse de una princesa. Kirko acarició con el dorso de la mano sus mejillas. No había color en su rostro, solo aquel rojo de su boca que lo invitaba al deseo. El chico no se resistió más y, cediendo a aquel encanto, besó los labios de la chica con pasión. Nunca había saboreado aquella clase de sentimiento. Era frenesí. Casi un arrebato. ¡Era amor!

Kirko se apartó para contemplar estupefacto cómo la chica despertaba de su letargo. El osado chico sintió vergüenza y miedo. Lidia, todavía aturdida por los efectos del veneno, lo observó confusa. No entendía qué hacía en una cama tan estrecha. No recordaba cómo había llegado hasta allí. Ni siquiera lograba comprender quién era ese chico con cara de pasmado. Y, entonces, lo reconoció. Saltó de la urna como un resorte y se puso en guardia.

—¡¿Tú?! ¡Me has besado! ¡Estás loco! ¿Por qué has hecho eso?

Él, intimidado, no sabía qué responder. Ignoraba que la princesa tuviera un sueño tan ligero. Kirko estaba avergonzado. Clavó su mirada en los ojos furiosos de ella. Luego reparó en sus zapatos y lo comprendió.

—¡No eres una princesa! ¡Eres una humana!

—¿Por qué me has besado? ¡Ahora voy a tener que matarte!

Concentró todas sus energías en sus zapatos de cristal. En menos de un segundo, se había transformado en su maestro. Kirko tenía ante sí a una versión exacta del señor Moné. Con las cejas arqueadas, esperó un ataque contundente. No se defendió. Se limitó a mantener los brazos cruzados mientras ella giraba el bastón. Se preguntaba si, además de mimetizar el físico de cualquier ser, podría acceder también a sus poderes. El bastón rotaba creando a su alrededor una extraña aura. Cansado de esperar el primer movimiento, le lanzó una diminuta bola de fuego para comprobar su reacción. La esfera fue absorbida por el campo energético del bastón.

Estaba nerviosa, no sabía cómo controlarlo. No dominaba sus poderes. Las piernas le temblaron cuando el ninja oscuro le había lanzado la pelota incendiaria. Pensó que desfallecía. Sin embargo, se mantuvo erguida. Sujetaba el bastón con garra. Él continuó arrojando

diminutas bolas de llamas. Su actitud socarrona la irritaba todavía más.

—Estás demasiado tensa, así no vas a conseguir nada.

Observó cómo la chica empezaba a parpadear. Estaba perdiendo el control. Estupefacto, contempló cómo el adversario que tenía frente a él cambiaba continuamente. Ahora era un lopiard, después su otra hermana humana, un enano, de nuevo su maestro y, finalmente, Kirko conoció a su réplica exacta.

—¡Vaya! ¡Tengo otro hermano!

—¡Deja de burlarte!

—Te he dicho que estás demasiado nerviosa, así rompes tu equilibrio energético y tu poder se descontrola.

—Gracias por la información, pero no deberías hablarme.

—¿Por qué no?

—Porque somos enemigos, ¡y me has besado!

—¿Todavía sigues furiosa por eso?

—¡¿Por qué lo has hecho?!

Unos pasos firmes y regulares se oyeron en la entrada.

—¡Escóndete! Viene mi hermana…

Lidia lo miró desconcertada. Recuperó su forma y corrió tras el altar. Se agachó y observó cómo la melliza despiadada cruzaba el recinto a grandes zancadas.

—¿Has visto a alguno de ellos? Han debido huir del pueblo —dijo decepcionada—. Vamos, tenemos que irnos. Han herido al maestro.

Los dos abandonaron el templo con rapidez. Lidia salió de su escondite todavía perpleja. Junto a ella, varios gnomos ancianos se atrevieron a dejar sus columnas. Con Lidia al frente, se acercaron a la salida con cautela. Al ver que no existía ningún peligro, los gnomos corrieron a socorrer a sus amigos heridos. Contempló con angustia la escena que se dibujaba ante ella: fuego, casas destruidas, árboles derribados. Mientras avanzaba, reparó en un gnomo de barbas blancas y de cucurucho quemado. Limpiaba la herida a alguien de mayor tamaño. Estaba apoyado sobre el tronco de un árbol. La chica no podía distinguir el rostro del lesionado, pero vio el bastón de madera cobriza junto a él. Corrió desolada hasta llegar al mago. Se arrodilló rezando para que estuviera bien, y, entonces, percibió la mirada de asombro del mago.

—Lidia, ¿cuándo has despertado?

—Hace un momento. No entiendo nada, Aldin. ¿Qué está pasando aquí? ¿Dónde están mis hermanas? ¿Están todos bien?

El mago, incorporándose, la sujetó por el hombro.

—Están todos bien. No están aquí...

—¿Y dónde están?

—Lidia, esto es muy importante, ¿cómo has despertado?

—Estabas bajo la influencia de un hechizo —intervino el gnomo—. Soy Elmer Nims, sabio y consejero del pueblo.

—No lo sé, Aldin. Estaba en una caja. Y, entonces, llegó ese estúpido y me besó.

Aldin, alertado, sujetó con sus manos la cara de la chica.

—¿Quién te besó?

—Yo no quise que lo hiciera. Estaba dormida, pero él llegó sigiloso y no lo sentí… ¡Fue el mellizo pervertido!

Tanto Elmer como el mago palidecieron. Compartieron una mirada cómplice. Sus rostros lo decían todo. Aquello no estaba bien. Nada bien.

—¿Por qué estamos aquí? ¿Por qué los demás se han ido?

—Han continuado el viaje. Tú estabas enferma.

—Ya estoy bien. —Se alzó—. ¡Podemos alcanzarlos!

—No vas a ninguna parte, Lidia.

El mago recordó las palabras de Samara. Algo terrible había cambiado el destino. Y la chica no era consciente. Kirko era su salvador y, por tanto, su compañero de vida. Debían volver al refugio. Debía hablar con Bibolum.

—Todavía hay veneno en tu sangre —se excusó el mago—. Y solo Bibolum puede curarte.

Lidia se resignó ante las palabras del mago. Observó desesperanzada la aldea devastada, y la derrota se instaló en su mirada. Debía volver al refugio.

20

Elfos

Después de varias horas de viaje, los chicos se habían encontrado con un camino sin salida. Tras tomar una compleja decisión, los muchachos se adentraron en el sendero de la izquierda, debían de alejarse de los jinetes de Lorius a sabiendas que su llegada a la Fortaleza se retrasaría. Durante horas marcharon bajo la amenaza de ser descubiertos por los soldados del régimen oscuro, y desprotegidos porque su maestro había abandonado la expedición repentinamente. El éxito de esta quedaba únicamente bajo sus manos, pero el escaso optimismo que los alentaba a continuar fue de nuevo truncado al toparse con una senda sin salida.

Los cuatro contemplaban atónitos el abismo infinito que se abría bajo sus pies. No había puentes, no había senderos ocultos que descendieran. Solo un precipicio vertical tan oscuro como las noches sin luna. Valeria retrocedió temerosa. Habían errado el camino. Aun así, el espectáculo de aquel paisaje era digno de admirar. Una hilera de grandiosas cataratas con casi dos kilómetros de alto rugía frente a ellos, el estallido del agua que caía con violencia sobre las rocas de un río crecido era ensordecedor y, desde lo alto, los chicos sentían cómo cientos de gotitas golpeaban sus rostros.

—¡Es increíble lo que hay ahí abajo! —dijo Nico asomándose un poco más.

—Sí, el infierno hecho agua —contestó Valeria, que se retiraba aún más del borde del precipicio—. Bien. ¿Y qué vamos a hacer ahora? —Miró a Daniel esperando una respuesta—. ¡Y no me digas que saltar!

El chico le dedicó una sonrisa burlona. Sus ojos grises examinaron el terreno. No existía una manera viable de cruzar las indómitas cataratas, pero retroceder no era una solución factible, el Sendero de las Especias había sido cercado por los jinetes. Examinó el prado de la izquierda, aquel camino los haría adentrarse de nuevo en el bosque y quedarían a merced de los lopiards. Su única esperanza se encontraba a la derecha; una montaña escarpada repleta de salientes afilados. Rebuscó en su mochila y sacó una cuerda. No era lo suficiente larga,

pero era gruesa y resistente.

—Escalaremos esa colina —anunció al fin.

—¡¿Quééé?! ¡Estás loco! ¿Cómo vamos a hacerlo?

—Val, mira a tu alrededor. Es la única opción que tenemos.

La pobre tragó saliva. Sabía que Daniel tenía razón. Observó con pavor la altura de aquella roca gigante, eran al menos veinte metros de escalada de piedras lisas y resbaladizas. Todo su cuerpo tembló. Sus manos comenzaron a sudar. Estaba petrificada. Daniel advirtió el estado de la muchacha y la miró interrogante.

—Tiene vértigo —le aclaró Érika—. No se acerca a balcones ni sube a norias.

El chico la sujetó por ambos brazos y clavó su sólida mirada en ella.

—¡Escúchame, Val! Todo va a salir bien. Ataré esta cuerda a tu cintura. No te voy a dejar caer.

—Daniel, ¿y Érika? —intervino su hermano—. Tú eres más fuerte y hábil. Es mejor que subas a tus espaldas a la niña. Yo me encargo de Valeria.

—¿Y qué vamos a hacer con el caballo? —preguntó la niña preocupada.

—No le pasará nada. No puede continuar con nosotros, y estoy seguro de que sabrá volver a casa —le explicó Daniel—. Bien, comamos algo y preparémonos. No podemos cargar con las cuatro mochilas, así que nos desharemos de dos. Cojamos lo más útil y la comida.

Cuando llegó el momento, Daniel rompió los bajos del vestido de Érika y de la falda de Valeria. Entregó pedazos de tela al grupo para que se vendaran las manos. La roca era afilada como la lengua de una serpiente. Nico comenzó a pasar la cuerda por su cintura y la de Valeria. La chica respiraba lentamente para relajar los músculos. Daniel se acercó a ella, la abrazó y le susurró palabras de aliento. Érika subió al lomo del muchacho cargando una de las mochilas. La otra la llevaba Nico. No querían añadir peso al miedo de Valeria. La chica contuvo el aliento al ver que Daniel comenzaba a encaramarse con su hermana pequeña.

—¿No puedes utilizar tus botas y hacer que esta pesadilla pase rápido?

—¡Me gustaría! Pero nunca he probado a correr en vertical. ¡Lo vamos a lograr!

Asintió varias veces para convencerse de que una roca escarpada no era tan peligrosa como todo a lo que se habían enfrentado hasta ahora. Con las manos vendadas, Nico inició el ascenso. El chico le indicaba constantemente donde colocar su manos y pies. Pero, sobre todo, le repetía que, pasara lo que pasara, nunca mirase hacia abajo.

Poco a poco, consiguieron franquear un tercio del peñasco. Daniel avanzaba con presteza. Valeria apenas podía ver los pies del chico. Ella intentaba concentrarse en las palabras de aliento de Nico. Casi no quedaba nada del muchacho inseguro que había conocido en los pasillos del instituto. Estaba creciendo a pasos agigantados. Había afrontado sus miedos arrojándolos al abismo más lejano. Y ahora era él quien la conducía fielmente a través de sus temores. Ella trepaba con lentitud, dudaba de cada movimiento. Aun así, progresaba en el ascenso. Inesperadamente, la falda rota se enganchó en un saliente. No podía liberar su pierna derecha. Estaba atascada.

—No te pongas nerviosa. Voy a bajar y a destrabar la falda.

—¿Por qué no hay pantalones en este mundo para las mujeres?

—Eso mismo pensaba tu hermana Lidia.

Se preguntó cómo estaría su hermana. Si habría llegado al refugio. Si Bibolum habría logrado salvarla. Mientras Nico iniciaba su descenso para llegar hasta ella, pensó en su padre. En qué pensaría al no verlas llegar a casa, en lo asustado que estaría. Debía salir de aquella tierra plagada de seres extraños. Tenía que recuperar el maldito espejo y sacar a sus hermanas de allí. El grito de Érika la alertó. Nico se detuvo en su camino y miró hacia arriba.

—¿Qué ha pasado? Daniel, ¿estáis bien?

—¡Érika, contesta!

Pero no obtuvieron respuesta. El silencio, solo interrumpido por el estruendo de las cataratas, era atroz. Era una fatídica señal.

—No te preocupes, seguro que están bien, ya verás que…

Antes de que el chico pudiera terminar su frase, fue apresado por una liana que se deslizó desde lo alto agarrándolo por la cintura. Intentó liberarse, pero no podía. La liana tiró de él con fuerza, y Valeria tuvo que asegurarse a las rocas para no caer. Cuando pensó que ella también iba a ser arrastrada, la cuerda que los sujetaba a ambos cedió. Contempló atemorizada cómo el chico desaparecía en las alturas. Miró hacia abajo. No podía retroceder. De nuevo, varias lianas se precipitaron hacia ella. Caían del cielo buscando a sus víctimas. Cerró los ojos para no marearse, y sintió cómo la sujetaban por manos y pies. No luchó. Simplemente se dejó llevar.

Al despertar, todavía confusa, pudo atisbar las siluetas de su hermana y sus dos amigos. Oía la voz de Daniel pronunciar su nombre como si estuviera a decenas de metros de distancia. Sin embargo, estaba a su lado. Podía sentir su aliento sobre sus mejillas. Le dolía la cabeza. Trató de incorporarse, pero la gravedad y su falta de energía, hicieron que volviera a caer.

—¿Qué ha pasado? —Trataba de sentarse.

Ninguno de los tres contestó. Valeria se percató entonces de que no estaban solos. Un grupo de personas la observaban. Eran altos y de

constitución atlética. La chica reparó en sus orejas puntiagudas, como las de Coril. ¡Eran elfos! Uno de ellos avanzó hasta su posición. Tenía los cabellos castaños y lacios, recogidos en una coleta. Su frente era ancha, sus ojos pequeños y contaba con una expresión severa y poco hospitalaria.

—¿Quiénes sois vosotros? ¿Y qué hacéis en estas tierras?

—Nos dirigimos a los Acantilados de los Gigantes —dijo Daniel con cautela.

—No habéis contestado a mi pregunta. Hay un camino más corto y más despejado que este.

—No de soldados…

El elfo miró a Daniel con desconfianza.

—¿Por eso lleváis armas? ¿Por qué huís de los soldados? ¿Qué habéis hecho para desatar la ira de Lorius?

—Él y yo somos guardianes —intervino Nico ante el asombro de su hermano—. Y ellas son las hijas de Ela.

Un revuelo se armó en toda la sala. Murmuraciones fueron acompañadas de carcajadas. Valeria reparó en que todas sus armas habían sido requisadas. Solo Érika y Nico mantenían consigo sus objetos, quizá los elfos desconocieran sus poderes. Se habían limitado a coger las armas, entre ellas, ¡la daga tirmiana!

Una mujer joven abandonó el grupo y se unió al elfo de mal carácter. Era hermosa. Sus ojos eran verdes como una gema virgen, y tenía los cabellos salvajes y morenos, recogidos con un pañuelo que hacía de diadema. Su atuendo era escaso: El ombligo quedaba al descubierto y una diminuta falda marrón apenas le cubría la mitad de sus musculados muslos. Sus botas, en cambio, le llegaban hasta las rodillas.

—¿Queréis hacerme creer que esta enclenque que se ha desmayado por unas inofensivas lianas y esta renacuaja son hijas de Ela?

Nico no se atrevió a replicar, se limitó a asentir. La elfa lo miró con desagrado. Pero, antes de que pudiera seguir intimidando a los chicos con sus preguntas, fue interrumpida por un señor mayor. Entró en la sala seguido por dos elfos más. Vestía una túnica azul marino. Sus cabellos eran cortos y grisáceos. Sus ojos celestes destacaban en un rostro cumplido y sin prominencias.

—Euren, ¿por qué no me habías informado de que había prisioneros?

—Padre, Lucian y yo pensamos que primero deberíamos saber quiénes eran y qué querían...

El padre alzó una mano y la joven calló mientras agachaba la cabeza.

—Perdonad la rudeza de mis hijos. Los tiempos de guerra sacan lo peor de cada uno —dijo el hombre—. ¿Qué os ha traído hasta estos

parajes?

—Dicen ser las hijas de Ela, padre —intervino Lucian, que había dejado atrás su malhumor.

El hombre se acercó a Valeria y la sujetó por su barbilla. La chica observó la intensidad de los ojos azules del elfo. Eran tan transparentes que Valeria pensó que el anciano podía leer la mente a través de ellos. Las manos del elfo palparon sus mejillas, su frente, sus cabellos. La chica estaba desconcertada. Entonces, cayó en la cuenta de que el viejo elfo era ciego.

—Es humana —concluyó el anciano—. ¡Devolvedles sus armas, las van a necesitar!

—Pero, padre, son intrusos, y tenemos leyes —rechistó Euren.

—Son invitados. Los enemigos de Lorius son siempre bienvenidos.

Valeria miró fijamente los ojos verdes de la elfa esperando anticiparse a cualquier tipo de reacción hostil. Euren se limitó a apartarle la mirada, irritada.

—Gracias por vuestra hospitalidad —dijo Valeria—. Coril siempre se refería a su pueblo como grandes servidores de la justicia y…

—¡Coril! ¿Sigue vivo? —Euren se precipitó sobre ella, ansiosa por obtener una respuesta.

—Sí, era mi instructor en el refugio.

La elfa suspiró aliviada y se abrazó a su padre.

—Entonces, ¿el refugio existe? —preguntó el anciano—. ¿No son rumores?

—Sí, existe. Está a varios días al sur de aquí —le aclaró Daniel—. Hasta allí ha llegado gente de todos los rincones. La magia de Bibolum los protege mientras se preparan para la lucha. —El anciano sonrió y su mirada desprendía esperanza.

—En esta sala, estamos todos los que quedamos. Somos quince. Nos ocultamos aquí porque este terreno es intransitable, los soldados no se atreven a atravesarlo. Sobrevivimos como podemos, intentando mantener a nuestra especie. Vosotros sois el milagro que estábamos esperando.

Lucian les entregó las armas. Valeria nunca hubiera pensado en la felicidad tan grande que experimentaría al recuperar de nuevo su ballesta. A continuación, recibió la daga tirmiana. El paño rojo y bordado con hilos dorados ya no la envolvía. Admiró la belleza de su empuñadura, tallada minuciosamente en plata y con el zafiro resplandeciendo en su centro.

—¿Es esa la daga que te dio la bruja? —Nico se aproximó a ella y la examinó con detenimiento—. No puede ser…, no puede ser…

Sacó el libro que había adquirido en el mercadillo y buscó la página desesperado.

—¿Has cargado un libro en tu mochila y has dejado atrás varias

hierbas curativas? —le reprendió su hermano.

Nico halló la página y mostró el dibujo a Valeria. En un bosque oscuro, repleto de ojos amarillos, una mujer con una capa roja blandía la daga tirmiana.

—No sé lo que significa, pero creo que Érika debería tener esa daga.

Euren arrebató el libro de las manos del chico.

—¿De dónde has sacado esto? ¡Es élfico!

—¿Puedes traducirnos esta inscripción? —le preguntó mostrando el pie del dibujo.

—«La daga de las brujas aumenta su poder en las manos de la sangre de Ela».

—¿Significa que Érika es su legítima dueña?

—Significa que en manos de cualquiera mata a seres sobrenaturales. En manos de una hija de Ela… —reflexionó la elfa—, su poder sería inmensurable.

—De momento, dado que desconocemos su poder, guardaré la daga —concluyó Valeria.

De improviso, la sosegada claridad que se infiltraba a través de las ventanas mermó y una inquietante penumbra se apoderó de la estancia. Los elfos se inquietaron, los rayos de sol no debían abandonarlos tan precipitadamente, quedaban al menos dos horas para que la noche iniciara su reinado.

Lucian y Euren salieron de la sala acompañados por los tres elfos más jóvenes, Daniel y Nico siguieron al grupo y Valeria dejó a la niña con el elfo anciano e hizo lo propio. Mientras todos contemplaban el cielo oscurecido, retrocedió espantada al ver la amplia balconada en la que se encontraban. Estaban a diez metros de altura. Los elfos habían construido su fuerte sobre robustos árboles que soportaban sus casas de madera, unidas entre sí por estrechos puentes colgantes formando un círculo casi perfecto. Se apoyó en el umbral de la puerta y respiró para no marearse de nuevo. Una brisa gélida se extendió por la guarida élfica, como si se tratara de la mismísima peste. Valeria advirtió el pánico en los rostros de los elfos y observó espantada cómo el vaho de su propia respiración se solidificaba en miles de cristales blancos.

—¡Jinetes! —oyó decir a Euren.

La muchacha advirtió cómo un frío álgido penetraba en sus huesos. Paralizada como una escultura de hielo, se atrevió a mirar al cielo. El naranja de un plácido atardecer había quedado desplazado por terribles olas grises. Nunca había sentido tan de cerca la presencia de los jinetes. Era espeluznante. De repente, su visión se amplificó. Sus ojos viajaron hasta las nubes y penetraron en ellas. La negrura del núcleo era petrificante. De este salían decenas de brazos alargados,

negros como el carbón. Escuchaba el relincho de los caballos en medio de esos gusanos gigantes que se acercaban a gran velocidad a las cataratas. El miedo la cegó. Segundos después, observaba cómo los elfos corrían a coger sus armas.

—¡Están sobre nosotros! —gritó angustiada.

Euren saltó sobre la chica y rasgó aún más la falda de Valeria.

—Si vas a luchar, esta falda tan larga va a reducir tus movimientos. Sobre todo, si tienes que deslizarte por las lianas. Esto va a ser peor que un invierno loriano. —La elfa entró en la sala en busca de su padre—. Es mejor que busque un sitio seguro, padre.

—Aquí estoy bien, Euren —le dijo sonriendo—. Sigo siendo un gran arquero. Además, si consiguen llegar hasta mí, es que ahí fuera está todo perdido.

Acariciando sus mejillas, Euren abrazó a su padre. A Érika le invadió un miedo repentino y corrió hasta ella. Temía que Valeria cayera víctima de un hechizo como lo había hecho Lidia. No podía perder también a su hermana mayor. Observó así mismo a Daniel y a Nico que cruzaban palabras de aliento. Nico portaba dos cuchillos en sus manos.

—¿Por qué no me dejas un puñal? —le dijo.

—Ponte la capa y no te la quites por lo que más quieras —le ordenó Valeria.

—¡Yo también puedo luchar!

—Tesoro, no puedo dejar que te pase nada. Tu misión ahora es cuidar del padre de Lucian y Euren, ¿de acuerdo?

La niña entró de nuevo en la sala a regañadientes y se colocó junto al elfo anciano. Érika pensó que, después de todo, proteger al jefe de la tribu era una gran responsabilidad. Además, el hombre no podía ver. Sin embargo, algo le decía que no erraría sus tiros con el arco. Aun así, no iba a permitir que el viejo fuera un blanco fácil. Le brindó su mano y los dos desaparecieron de la visión del resto.

Fuera, el frío era petrificante. Los escasos elfos tomaron sus posiciones alrededor de su fortaleza circular. Valeria y Nico se mantuvieron en la entrada de la sala. Daniel se había mezclado con los elfos a su derecha. Frente a ellos, la chica podía atisbar las siluetas de Lucian y Euren encaramados en las ramas de los árboles.

—¡Que las lianas no toquen el suelo! ¡Es una trampa mortal! —gritó Lucian—. ¡Si alguien cae, morirá al instante congelado!

Nico asomó la cabeza acercándose al balcón y contempló cómo un manto blanco aniquilaba a todo ser vivo bajo sus pies.

—Ahora entiendo por qué todos huyen de los jinetes. ¡Es imposible luchar contra eso!

—No nos queda otra, sino luchar —dijo Valeria desanimada.

Sabía que no tenían muchas opciones. El hielo comenzaría a subir

por los árboles y, tarde o temprano, llegaría hasta ellos. Y eso era solo el principio. Vio cómo su amigo se colocaba en posición de ataque con sus cuchillos. Tenía los labios violáceos. Valeria se palpó los suyos y no los sintió. De pronto, la oscuridad invadió todo el lugar.

—¡Mierda, ahora sí estoy acojonado!

Nico pronto adaptó su vista al desconcertante crepúsculo, y aunque sus pulsaciones estaban descontroladas, se repetía a sí mismo que no tenía miedo. De pronto, escuchó los gritos de algunos elfos en la noche repentina. Alzó la vista. Una columna negra y espesa sobrevolaba el fuerte y arrojaba pedruscos de hielo. Las piedras impactaban contra los árboles congelando la zona de choque de inmediato. Buscó la posición de su hermano, que se protegía con su escudo y apartaba el hielo con su espada. Valeria, a su lado, usaba sus flechas para romper las piedras antes de que llegaran al suelo.

—¡No dejes que ninguna bola de hielo te toque! —le gritó ella.

Un lamento desgarrador sonó a su izquierda. Nico contempló horrorizado cómo un elfo lentamente se convertía en una estatua gélida sin que su compañero pudiera hacer nada por él. Sus cuchillos no servirían de nada contra esos proyectiles de hielo, no eran mágicos como la ballesta de Valeria o la espada de Daniel. Entonces, el chico se percató de que una de esas bolas se dirigía directamente hacia ellos. Valeria no la había visto. Sin dudarlo, la apartó de la zona de impacto, quedando los dos suspendidos en un puente colgante. Ambos presenciaron cómo parte de la terraza en la que se encontraban se cubría con un manto blanco. De repente, un brazo tan oscuro como tenebroso se aproximó a ellos. Un rostro esquelético apareció de la espesura profiriendo un alarido aterrador. Los chicos, atemorizados, se desestabilizaron y el puente comenzó a balancearse. Valeria alzó de nuevo su ballesta, pero el puente se movía demasiado y perdió el equilibrio, Nico trató de sujetarla, pero no llegó a tiempo y cayó.

Mientras se precipitaba al vacío de espaldas, vio cómo su amigo escapaba de las garras del jinete gracias a sus botas. En los segundos que duró la caída, Valeria pensó que no sobreviviría al choque desde una altura tan grande y, si lo conseguía, moriría igualmente al convertirse en una estatua de hielo. Una lágrima rodó por su mejilla y calentó sus labios. Imágenes de su vida pasaban ante ella como fotografías superpuestas. Su madre. Su padre. Silbriar. Érika. Lidia y su discusión. La manzana. El rostro de Nico que se maldecía por no haberla sujetado. Y Daniel. ¡Qué tonta había sido por no haber admitido lo evidente! ¡Por negar sus sentimientos! Cuando se abandonó a su destino, una liana se enroscó en su cintura frenando su caída. Se quedó suspendida en el aire a tan solo cincuenta centímetros del suelo, a punto de perder la ballesta. Giró sobre sí misma para recuperarla. Una de sus flechas se desprendió al agarrar el mango de

su arma, y penetró en la capa de escarcha, donde una tímida luz naranja nació del impacto. A continuación, el hielo comenzó a resquebrajarse. Apuntó entonces al manto blanco y disparó varias ráfagas continuas mientras la liana la elevaba de nuevo. El hielo se derretía dejando ver el verdor de aquellas tierras.

Daniel había perdido de vista a su hermano y a Valeria, pero el granizo apenas le daba tregua. Su espada deshacía las bolas como si fueran gelatina. Hacía tiempo que había dejado de escuchar el murmullo de las cataratas, así que pensó que estarían congeladas, como medio bosque. El chico comenzaba a tener las cejas blancas. No iban a resistir mucho. Observó cómo Euren saltaba con agilidad de árbol en árbol usando las lianas. Esquivaba los golpes de los jinetes a la vez que atacaba con sus flechas. Lucian, en cambio, usaba una lanza intentando atizar directamente a las columnas negras. Los jinetes se desplazaban a gran velocidad buscando víctimas entre los árboles. Alarmado, presenció cómo un elfo era arrastrado por un gusano negro y aplastado contra el tronco de un árbol. El chico empezaba a estar cansado. Usando una liana, alguien había aterrizado en su zona de combate. Era Nico. Daniel respiró aliviado a ver a su hermano.

—¿Dónde está Valeria?

—Ha caído. No he podido hacer nada, Dani —dijo resignado—. ¡Y no consigo verla!

—¡Voy a por ella!

—¡No puedes bajar ahí! ¡Quedarías petrificado al instante! Esto es una trampa mortal. ¡Tenemos que buscar la manera de salir de aquí!

—¡No! ¡No sin ella!

Daniel desapareció tras una liana, y Nico se limitó a correr y saltar de un lado a otro, esquivando las incesantes bolas de hielo. Sus botas eran más rápidas que ellas. De vez en cuando usaba sus cuchillos para hacerlas pedazos.

Érika sujetaba fuertemente la mano del anciano elfo. Había visto cómo varias piedras de hielo habían aterrizado en la sala, convirtiéndola en una pista de patinaje tras entrar por las ventanas. Sin embargo, el círculo protector que le confería su invisibilidad los mantenía a salvo. Bajo sus pies, todavía brillaba la madera. No sabía cuánto tiempo podría mantenerse así, pero la pequeña empezó a temer por la vida de los que luchaban fuera. Miró fijamente los ojos angustiados del elfo. Ella no podía quedarse allí. Tenía que hacer algo.

—No se mueva de aquí. Aunque yo me vaya, el hielo se mantendrá fuera del círculo durante algunos minutos.

—Ya has hecho todo lo que estaba en tus manos —le dijo el elfo con serenidad—. Ahora tienes que ayudar a tus amigos.

21

Escudo

Daniel llegó hasta el puente colgante donde Valeria había desaparecido, sorteando continuas bolas de hielo. Miró hacia abajo, y solo había oscuridad. Gritó su nombre varias veces, ansioso por obtener una respuesta. Agarró una liana y se dispuso a bajar. En ese instante, la chica apareció ante sus ojos, elevada por una liana y descargando flechas contra la escarcha de los árboles.

—¡Mis flechas consiguen derretir el hielo!

El chico le ofreció su mano y la atrajo hacia el puente. La ayudó a desenredarse de esa rama viviente y la sujetó para que no volviera a caer.

—De alguna manera, la espada también consigue calentar esas bolas y las rompe convirtiéndolas en cubitos de hielo inofensivos —dijo sonriendo—. Me alegro de que no seas una estatua de nieve.

Érika apareció de la nada junto a ellos. Dejando a un lado su invisibilidad, miró a su hermana con sus grandes ojos verdes.

—¡Creo que sé cómo ayudar!

—¡No, Érika, no! Vuelve a ponerte la capucha y regresa dónde estabas.

—¡Todo se está congelando! Tampoco es seguro ahí dentro.

—No tienes armas con las que luchar —añadió Daniel—. Va a ser difícil protegerte.

—La capa me protege. Si soy invisible, el hielo no me toca, ¿entiendes?

Daniel y Valeria la miraron interrogantes, y antes de que pudieran hacer algo, Érika arrebató la daga tirmiana del cinturón de su hermana y saltó del puente. La niña consiguió llegar a la liana que antes sostenía a Valeria y se columpió hasta alcanzar otra que estaba más lejos antes de comenzar el descenso.

—¡Érika, vuelve aquí! ¡No puedes bajar ahí!

—¡Te he oído antes! ¡Tus flechas han derretido el hielo del suelo! ¡Y mi capa me protege!

Daniel sujetó otra liana y corrió tras la pequeña, pero ella ya había

desaparecido. Era de nuevo invisible. Aun así, el chico la siguió con la esperanza de atraparla antes de que pisara el suelo.

La niña posó sus pies en la hierba todavía húmeda y fría. Valeria había despejado casi un tercio de la zona del aquel espeso manto blanco. Si Nico tenía razón, ella era capaz de dominar la daga de las brujas. Ignoraba qué sucedería a continuación, pero no podía permanecer al margen, aguardando a que los demás la salvaran. Contempló unos segundos la esfera azul del arma, y pasó sus dedos por ella, esperando recibir una señal que le indicara cómo utilizar la daga. Las piedras de granizo seguían cayendo a su alrededor, cubriendo de nuevo la hierba y las flores, pero su círculo de invisibilidad seguía intacto. Sin pensarlo, Érika alzó la daga apuntando hacia el cielo. Un fogonazo azul emergió de la punta del arma elevándose por encima de las copas de los árboles y un claro se abrió entre las nubes grises, dejando ver las estrellas. Todos cerraron los ojos para evitar ser cegados por el haz de luz.

Cuando Nico despegó sus párpados de nuevo, reparó en la pequeña Érika que se encontraba en el centro del fuerte blandiendo la daga. A continuación, escuchó los alaridos provenientes de los negros gusanos que retrocedían a toda velocidad. Incluso llegó a oír los relinchos desesperados de los caballos dentro de aquel humo oscuro como el alquitrán.

Daniel no comprendía cómo, repentinamente, el día había vuelto a nacer y estupefacto atisbó a Valeria, que incrédula escudriñaba el cielo. A continuación, buscó a Érika, pero el destello era tan potente que apenas podía mirar abajo. Cuando quiso darse cuenta, un semicírculo azul rodeaba toda la fortaleza élfica por encima de sus cabezas. Se dejó caer sobre la hierba y, frente a él, vio a la niña sujetando la daga con firmeza. La capa roja de Érika cubría su cuerpo, incluso sus cabellos dorados. El chico sabía que aquello era imposible. Si la niña usaba su capa, la hacía invisible para el resto. Sin embargo, él podía verla. Daniel se acercó a ella, pero el campo de fuerza que había a su alrededor era tan poderoso que fue lanzado dos metros más allá. Al incorporarse, descubrió las piernas tersas de Euren.

—Ha creado un escudo protector.

Daniel miró hacia arriba y observó a lo que se refería la elfa: las piedras de hielo rebotaban en la esfera azul haciéndose añicos. Euren lo ayudó a levantarse ofreciéndole su mano.

—¡Los jinetes huyen despavoridos! —rio Lucian—. ¡Esa niña es un prodigio!

Daniel lo entendió: La daga tirmiana había multiplicado su don, había creado una capa de invisibilidad enorme. Por eso, las bolas gélidas no conseguían penetrar en el fuerte. Y, por su causa, él podía ver a la niña. Estaba dentro de su campo de energía. Él también era

invisible, como lo eran todos. Un escalofrío recorrió la médula del chico. La niña desconocía el poder de la daga. Todos lo desconocían.

Fue hacia ella.

—¡Érika, tienes que parar! ¡Es un arma de doble filo! ¡Los jinetes ya se han ido!

Valeria y Nico aterrizaron al lado de Daniel.

—¡Es mucho poder, Érika! ¡No puedes dominarlo! —le gritó su hermana—. ¡Basta!

Pero la niña no escuchaba. La furia de la daga era indomable y no cesaba. Nico contempló horrorizado cómo los ojos verdes de la niña eran ahora azules y vidriosos. Valeria intentó acercarse a ella, pero era imposible, había un muro en torno a Érika. Valeria dejó escapar un grito ahogado. Entonces, Nico actuó. Usando su velocidad, atravesó sin pensarlo la pared de energía que protegía y a la vez enjaulaba a la niña. La empujó con fuerza, apartándola de la daga. Aturdido, se giró y miró a su hermano. Daniel vio las quemaduras en las manos y brazos de Nico y corrió a socorrerlo.

Valeria se arrodilló ante el cuerpo inmóvil de su hermana. Estaba demacrada, tenía los ojos hundidos y las mejillas más pálidas de lo habitual.

—¿Lo he conseguido, Val? —el tímido hilo de voz de la niña sonaba como el susurro de la brisa.

—Sí, lo has conseguido.

Valeria la sujetó entre sus brazos mientras contenía las lágrimas. Alzó su vista al cielo y vio cómo el escudo poco a poco se iba debilitando. Pero ya no importaba, los jinetes habían huido. Temían la daga como el fuego al agua.

—Todo va a salir bien, ya lo verás, todo saldrá bien.

Tras aplicar diversos ungüentos que habían comprado en la tienda de Samara, Valeria cubrió las quemaduras de Nico con vendajes. El impacto contra el campo de fuerza había sido brutal. Tenía sendas ampollas a lo largo de sus manos y brazos. Nico intentaba reprimir el dolor que el roce de las gasas le causaba. Aun así, dejó que Valeria curara sus heridas.

—Has sido muy valiente, Nico.

El chico le quitó importancia a su acto heroico. En realidad, no sabía por qué había saltado sobre la niña atravesando aquel muro energético. Había actuado impulsivamente, sin pensarlo.

—Si no la hubieras detenido, no sé lo que hubiera… —Valeria contuvo las palabras.

—Lo importante es que está bien. Todos tenemos que cuidar de todos. —Nico quería consolarla, ya que había visto caer a sus dos hermanas—. En el instituto, no se me hubiera ocurrido acercarme a ti o a Lidia. Y entonces, tropezamos en…

—En el pasillo. Lo recuerdo muy bien —le dijo riendo—. Todos mis folios cayeron al suelo…

—Puede que no fuera una coincidencia. Puede que, muy dentro de mí, sentía la necesidad de velar por vosotras. Soy un guardián, ¿no? Por eso ayudé a Lidia a buscar a Érika. Quizá por eso también se uniera mi hermano. ¡Todo empieza a cobrar sentido!

—¡Eres más que un guardián! ¡Eres bueno, Nico! ¡Tienes un gran corazón! Y, créeme, es difícil encontrar a personas como tú.

Sonrió de oreja a oreja y dos tímidos hoyuelos se marcaron cerca de la comisura de sus finos labios. Sus ojos almendrados brillaban de la satisfacción. Ni en sus sueños, hubiera imaginado recibir halagos de alguien como ella.

—Mi hermano puede ser a veces un poco arrogante y algo desquiciante, pero es un gran tipo. Su intención nunca fue besar a Lidia, y eso lo sabes.

Valeria se sonrojó. Daniel, seguido de Euren, irrumpió en el pequeño cuarto que los elfos habían preparado para los chicos.

—¿Cómo está mi hermana?

—Mejor, la fiebre ha bajado un poco —contestó Euren—. Pero necesita descansar y reponer fuerzas. Nuestro pueblo corre peligro aquí. Ahora que los jinetes nos han localizado, podrían regresar en cualquier momento. Partiremos al alba, rumbo al refugio. Mi padre está convencido de que allí nos queda una esperanza de sobrevivir. Hoy hemos perdido a tres...

—Lo siento mucho. No queríamos causar tanto sufrimiento —dijo Valeria.

—No estamos enfadados con vosotros. Tarde o temprano esto iba a suceder. Tu hermana es una auténtica hija de Ela, nos ha salvado a todos, nos ha devuelto la fe en las antiguas profecías. Por eso nos vamos. Es hora de que nos unamos a la verdadera lucha.

Valeria se frotó los ojos intentando encontrar una solución a todo aquello. Los elfos abandonaban su hogar, ya no era un sitio seguro. Ellos también debían moverse. Pero ¿hacia dónde? Érika no podía continuar el viaje. No se mantenía en pie.

—Bien, mi hermana no puede seguir. Nosotras también volvemos al refugio.

—No, no, no… —intervino Nico—. ¿Oíste lo que dijo Aldin? El espejo solo se activa con la sangre de las descendientes de Ela. ¡Tú tienes que continuar!

—No voy a dejar a mi hermana sola.

—Yo iré con ella —añadió Daniel—. Nico tiene razón, tú debes llegar hasta Silona.

Daniel clavó su mirada determinante en el rostro de la chica. Mantenía los dientes apretados y su mentón tenso. Era evidente que

había sido una decisión dura para él. Había sido el único que, desde el principio, no había dudado ni un ápice de la importancia de la misión. Incluso creía en su éxito, pero también era consciente de que, sin ninguna de las hermanas, fracasarían. Debía renunciar a proseguir la aventura.

—No, Dani, no te voy a dejar hacer eso —replicó Nico—. ¿Has visto cómo tengo estas manos? No puedo ni coger un puñal. Sería un estorbo para Valeria; estaría más pendiente de protegerme que de defenderse ella misma. Yo vuelvo con Érika. Y te prometo, Val, que no la abandonaré. Todavía tengo mi supervelocidad, ¿no? —rio amargamente.

—De acuerdo, Nico. Pero se me ha ocurrido otra cosa. Vete a Martel y busca a Samara, ella se puede comunicar con el refugio. Puede que tenga algo que cure a Érika, fue quien nos dio la daga.

—La cargaré en mis hombros y, te lo juro, correré como un lince para llegar a Martel.

El rocío de un amanecer tardío había dejado huella en las hojas de los árboles. Las miles de gotitas que adornaban el verdor de aquel paraje eran un reflejo de las lágrimas contenidas de los chicos. Valeria se despedía de su hermana, que apenas podía pronunciar palabra. Su voz era un murmullo lejano y fatigado. El viejo elfo había pasado parte de la oscura noche junto a la niña. Rezaba a sus ancestros, imploraba por una intervención divina. La fiebre había remitido, pero su debilidad seguía siendo extrema. Valeria se abrazó a su hermana. Junto a ella, estaban Daniel y Nico. Lucian y Euren también estaban presentes, ellos iban a surcar los intrincados bosques para evitar a los soldados, mientras que Nico y Érika se mantendrían en el Sendero de las Especias. Era el camino más rápido para llegar a Martel. Así, Érika podría ser tratada en la mayor brevedad. Aunque eso implicaría que lo chicos no podían contar con la ayuda de los elfos.

Nico trataba de introducir en su mochila el tratado élfico bajo la atenta mirada de Euren, pero el libro resbaló de sus manos torpes por las heridas y cayó al suelo. Intentó recogerlo rápidamente, pero Euren se le adelantó.

—Tú y yo tenemos que hablar de este libro. Pertenece a mi pueblo.

El chico quería analizarlo con más detenimiento, apenas había tenido tiempo de hacerlo. Pero estaba seguro de que allí estaba la clave de muchas cosas. La mujer le entregó de nuevo el tratado. Estaba abierto por una página a la que todavía no había llegado. El chico se detuvo para contemplar la ilustración. Había una mujer menuda y pelirroja con un largo vestido verde, los cabellos lacios le llegaban hasta las caderas, sus ojos eran azules como el zafiro de la daga y los labios gruesos y carnosos resaltaban en sus facciones delicadas. Parecía una muñeca de porcelana.

—Es Silona —aclaró la elfa.

Daniel se acercó a ellos y examinó el dibujo. Los pies descalzos de la mujer no tocaban el suelo, parecía que levitaba. Detrás de ella, nacía un arcoíris que desaparecía por la esquina superior de la imagen. Miles de destellos de colores caían sobre ella donándole una luz sobrenatural…

—¿Dónde está el espejo? —preguntó Daniel.

—El espejo es uno de los misterios que rodea a la reina —intervino el anciano—. Nunca nadie lo ha visto. Unos dicen que ni siquiera se trata de un espejo. Incluso hay magos que aseguran que es un mito.

—No puede ser —dijo Valeria—. ¡Bibolum nos dijo que existía!

—Puede que la reina lo tenga bien guardado. Por eso Lorius todavía no la ha matado. La mantiene cautiva esperando que algún día le muestre donde lo guarda —continuó el anciano—. Es un arma poderosa. Si cae en las manos equivocadas…

Valeria sintió un pinchazo en el corazón. Toda esa lucha, todo el dolor sería en vano si el espejo no existía. Tenía a dos hermanas gravemente heridas y había muerto mucha gente buscando una quimera. Si no había espejo, nunca regresarían a casa.

22

Pasadizos

Daniel, abatido, apartaba con su espada las descomunales hojas de unas insólitas plantas. Sus tallos largos podían alcanzar los tres metros de altura, eran extremadamente resbaladizas y sus ramas laminadas le impedían divisar el turbador firmamento. Habían rodeado con pericia las implacables cataratas por una senda inexistente hasta tropezar finalmente con esa extraña plantación inmersa en lo más profundo del bosque del Norte. Nadie había llegado nunca hasta allí, incluso los elfos rehusaban acercarse a aquella zona. Sin caballo, y sin muchas provisiones, los dos chicos avanzaban despacio. No habían vuelto a hablar de la descorazonadora posibilidad de que el espejo fuera solo una fantasía. No entendían por qué el mago no les había contado la verdad desde el principio.

—Me duelen los pies —dijo la chica.

—Intentaremos encontrar un sitio donde resguardarnos antes de que caiga la noche, pero ahora no podemos parar.

La seguridad de Daniel la abrumaba. Ella ni siquiera había valorado qué hacer cuando llegaran a la tan temida Fortaleza. ¿Cómo despistarían a los guardias? ¿Cómo localizarían a Silona? Ellos eran dos, y Lorius contaba con un extenso ejército de lopiards y brujos a su disposición. Apartó esos pensamientos de su cabeza. Tenía sueño, estaba cansada y preocupada por sus hermanas. Si quería regresar a casa, debía confiar en la existencia del espejo y que encontrarían la manera de llegar hasta él. Debía creer en Daniel y en ella misma. El chico pareció leer su mente.

—Si hemos llegado hasta aquí, Val, nadie podrá detenernos. Vamos a entrar en esa Fortaleza. Ya se nos ocurrirá algo.

Le brindó su mano para ayudarla a saltar una pequeña zanja. Ella la cogió y, desde el otro extremo, Daniel la atrajo hacia él. Sus pechos rozaron su cuerpo, y ella pudo sentir la respiración del chico. Él la había sujetado por la cintura para evitar que resbalara. Por un instante, sus miradas se cruzaron, y Valeria pudo ver el brillo enigmático en los ojos de Daniel. Ella se apartó y prosiguió el camino.

—¿Sigues enfadada conmigo?

—No estoy enfadada —le contestó sin detener su marcha.

—Valeria, me esquivas continuamente, evitas mirarme, y cada vez que te digo algo, me contestas a la defensiva.

—¿Y por qué se supone que debo estar enfadada contigo? —le preguntó girándose y encarándose.

Daniel advirtió el semblante desafiante de la muchacha y, por un instante, meditó sus palabras. No quería importunarla después de haber dejado atrás a sus dos hermanas, pero debía zanjar su enojo de una vez por todas. Así que utilizó el arma más valerosa que poseía: la sinceridad.

—Porque besé a tu hermana.

—Por favor, puedes besar a quien te plazca. ¿O es que estás insinuando que estoy celosa? —Valeria reanudó la marcha a pasos agigantados—. Eres un presuntuoso y un arrogante. ¡No estoy celosa! Puedes hacer con tu vida lo que te dé la gana.

—¿Estás loca? ¿No te das cuentas de que creía que te besaba a ti?

—Si lo hubieras hecho, tendrías la cara llena de golpes.

—¿Quieres pararte un momento?

—No tenemos tiempo. Mañana, cuando salga la luna, la Fortaleza volverá a perderse.

Aceleró su marcha intentando seguir el ritmo de ella. Estaba furiosa. Resoplaba cuando una rama se interponía en su camino y daba patadas a las piedras para que se alejaran de su paso. Él, con una sonrisa burlona, suspiró para sus adentros. Entonces sintió cómo decenas de gotas golpeaban su frente.

—¡Estupendo! —gritó Valeria—. ¡Y ahora se pone a llover!

—Val, espera. ¡Mira arriba!

El chico se detuvo. Sus ojos grises se oscurecieron. Valeria siguió su mirada y reparó en un torbellino de nubes negras que se arremolinaban a gran velocidad. ¡Jinetes!

—No pueden encontrarnos. —Tragó saliva—. Aunque creo que están cabreados. Sigamos, tenemos que buscar dónde escondernos si esto empeora.

Bibolum observaba a través de su ventana ojival los amplios parajes verdes de la comarca. Su rostro amargo evitaba la mirada de Aldin. El pequeño mago caminaba de un lado a otro de la estancia con paso nervioso. Bibolum escuchaba con pesadumbre el relato de su amigo.

—… Por eso regresé al refugio… ¡Esto es algo grave!

—¿La chica lo sabe? —Los ojos del mago gigantón se abrieron de par en par. Aldin negó con la cabeza—. Esta conversación queda entre

nosotros. No quiero que el desaliento recorra nuestras filas.

—¿Y qué hacemos con Lidia?

—Mantenerla alejada de ese hugui oscuro. A estas alturas, Lorius también habrá sido informado, y la querrá. —Bibolum tomó asiento en su gran sillón y apoyó su barbilla en su puño—. Tenemos que devolverlos a su casa.

—¡Pero necesitamos el espejo!

—Cabe la posibilidad de que no lo consigan. —El semblante ensombrecido del gran mago cayó como una losa sobre Aldin—. Y, entonces, debemos encontrar algún hechizo que los envíe a casa sin consecuencias. Sé que has depositado toda tu fe en ellos, amigo, pero están solos. Desconocen nuestro mundo. Tú mismo dijiste que era un grupo desunido, desobediente.

—Pero, Bibolum, la profecía hablaba…

—La profecía no decía nada de que el compañero del alma de una de las hijas de Ela fuera el hijo de uno de los peores villanos que ha conocido Silbriar. ¿Cuántos somos? ¿Un centenar de supervivientes? Ellos tienen la esperanza depositada en esos chicos. Confían en que una hija de Ela alce el espejo y abra el portal que nos conduzca directamente a la Fortaleza.

—Yo sigo confiando en ellos —rebatió Aldin—. Es verdad que a veces se dejan llevar por su propio ego y que son indisciplinados, pero hay algo que desean sobre todas las cosas, ¡volver a su casa! Por eso sé que no se rendirán y, aunque no me haya quedado más remedio que abandonarlos, sé que llegarán hasta el final y que tomarán las decisiones más adecuadas cuando llegue el momento.

—No dudo de tu capacidad como maestro, Aldin. Si tú dices que combatirán hasta agotar su último aliento, te creo. Pero me preocupa ese vínculo mágico que ha nacido entre una descendiente y un oscuro. No hay libros conocidos que narren nada parecido.

—Mantendremos a Lidia en el refugio hasta que descubramos qué consecuencias puede traernos ese beso.

La fina lluvia que había empezado a caer, pronto se había convertido en un aguacero y avanzaban con serias dificultades. La tierra firme que pisaban sus pies era ahora un lodazal y sus botas se enterraban continuamente en el barro. Estaban empapados. Daniel seguía apartando con su espada las espesas hojas que se interponían en su camino. Ignoraba qué tipo de plantas eran, pero solo sus hojas medían casi un metro. En ellas se almacenaba la mayoría del agua que estaba cayendo desde el cielo. Por eso, odiaba cortarlas. Cada vez que lo hacía, terminaba bañado. Valeria era más cautelosa. Con uno de los

puñales, movía la hoja en dirección contraria a ella y esperaba a que el agua se derramase, después la cortaba despejando el camino. Deseaban que ese campo de plantas gigantes llegara a su fin. Pero no había claridad en el horizonte, sino el verdor infinito de aquellos vegetales molestos.

—Así no vamos a ninguna parte —dijo abatido—. ¡No conseguimos avanzar!

—¿Y qué sugieres?

Valeria trepó con su ayuda por una de las altas plantas. El tallo era resbaladizo y las ramas frágiles. Daniel la sujetaba por los tobillos para que no cayera y trataba de impulsarla, mientras la joven hacía grandes esfuerzos por ascender.

—¿Es que no te ha quedado claro que tengo vértigo? —dijo resoplando.

—Si quieres, podemos cambiar —rio él—. Si puedes aguantar mi peso…

Por fin consiguió apoyar uno de sus pies en una rama lo suficientemente gruesa para mantener el equilibrio. Valeria pudo entonces llegar a lo alto de la planta. La extensión del campo era más grande de lo que esperaba; podían pasarse días dentro de aquel laberinto. La chica miró en todas las direcciones y pudo atisbar un pequeño claro a su izquierda. No tendrían que recorrer mucha distancia para llegar hasta él. La intensa lluvia no cesaba. Observó de nuevo el cielo negro que parecía precipitarse sobre ellos. Decenas de relámpagos bombardearon su vista en apenas unos segundos. Nunca había vivido una tormenta igual. Los rayos se deslizaban sobre el cielo y se ramificaban en cientos de destellos amenazantes. Los truenos ensordecedores hacían que la tierra vibrase rindiéndose ante ellos. El día parecía haberse convertido en una noche repentina.

—Tenemos que ir hacia la izquierda —sugirió descendiendo—. Creo que encontraremos un sendero, pero no estoy segura.

Continuaron una hora más apartando las grandes hojas llenas de agua. Estaban extenuados, tenían hambre y sueño. Apenas sentían la lluvia golpear sus cuerpos, pues estaban calados. Las piernas de Valeria tenían múltiples arañazos. En cambio, la vestimenta de Daniel lo protegía mejor de cortes y golpes. El chico había vuelto a tomar la iniciativa y ella se dejaba llevar. Finalmente, Daniel divisó una pequeña luz azulada que buscaba camino a través de las gruesas plantas. Estaban cerca. Sus manos retiraron dos grandes tallos que lo separaban del claro. Habían llegado a un pequeño prado. Varios metros más allá, se alzaba un bosque de pinos.

—Pero ¿qué pretenden? ¿Ahogarnos? —Valeria miró al cielo implorando. Aquellos cúmulos negros parecían monstruos que conjuraban para desatar un mal peor—. Puede que nos hayamos

perdido.

—No lo creo. No debemos de estar muy lejos de la Fortaleza. Creo que esas nubes oscuras la rodean para protegerla de los intrusos. Saben que estamos cerca.

Un rayo se precipitó como una flecha ardiente, abrasando varias plantas tras ellos. Contemplaron horrorizados cómo aquellas hojas quedaron reducidas a cenizas. Entonces se percataron de que decenas de rayos comenzaban a caer sin propósito alguno. Daniel la cogió por la muñeca y corrió hacia los pinos y, enérgico, la arrastró. Los impactos de los rayos ardientes carbonizaban todo lo que tocaban. Quizá los pinares no eran el refugio más adecuado en una tormenta de rayos, pero no tenían un cobijo mejor.

Se internaron en el bosque y dejaron de sentir la incesante lluvia sobre sus pieles. Buscaron refugio bajo las ramas de un enorme pino. Valeria procuraba tranquilizar su respiración, había sido una larga carrera. Apoyó su espalda en el ancho tronco y miró a Daniel, que la observaba divertido. No había miedo en su rostro ni desesperación en su semblante, solo una sonrisa cómplice.

—¿Crees que aquí no corremos peligro? —preguntó ella tímidamente.

—Tenemos que buscar un sitio más seco para pasar la noche. ¿Sigues molesta?

Ella bajó la cabeza. No quería que su mirada intimidatoria descubriera sus pensamientos.

—¡Lo que pasó, pasó!

—Es evidente que tú también sientes algo… Si no, no te hubieras enfadado tanto.

—¿Quieres dejarlo? Tengo otras cosas en la cabeza. ¡No es el momento de hablar de eso!

—¿Y cuándo lo es?

—¡Estamos en medio de una guerra! ¡Quieren matarnos! ¡Pienso en mis hermanas y en sí estarán bien! No puedo permitirme pensar en otra cosa. No estoy enfadada contigo. ¡Es todo! No puedo pensar… No puedo pensar…

Él se aproximó a ella y la agarró por la cintura. Su cuerpo musculado la aprisionó contra el árbol. Daniel alzó su barbilla, podía sentir su respiración agitada. Valeria temblaba. Sus ojos miel parecían más cristalinos que nunca. No lo pensó dos veces y la besó. Ella no tuvo valor para rechazarlo. Lo deseaba. No sabía en qué momento había sucedido, pero no quería que la soltara. Podía sentir su piel mojada, sus labios humedecidos por la lluvia. Los dos estaban empapados. Él la rodeó con sus brazos y ella posó sus manos en su cuello. Sus movimientos eran apasionados, casi frenéticos.

Y Valeria quería que continuara, no quería que parase.

Aldin Moné paseaba meditabundo por el ancho patio del refugio. La resistencia se preparaba para el combate. Un grupo de enanos entrenaba con sus escudos y martillos. Onrom saludó al mago con un gesto esperanzador. Los enanos eran un pueblo fiero y nada cobarde, preferían morir luchando, antes que sentados esperando un milagro. Y en ese momento que tenían ante sí una oportunidad de oro no querían desaprovecharla. Si se abría el portal, ellos serían los primeros en cruzar. También Coril practicaba su tiro, el único elfo del refugio anhelaba ganar a los soldados de Lorius y reunirse con los elfos supervivientes. Sabía que habían huido y se habían internado en el bosque. Aldin sonrió al elfo y se dirigió al grupo de magos. Practicaban hechizos y simulaban movimientos con sus varitas. No eran grandes maestros en la magia, pero era un grupo de pupilos compacto y decidido. Aldin revisó los conjuros de levitación y congelación que practicaban.

El sonido brusco de las puertas del norte al abrirse interrumpió al mago en su excelente dominio en el arte de levitación con su bastón. Aldin miró con interés cómo las enormes y reforzadas puertas se separaban entre sí, dejando espacio para que los visitantes entraran. Normalmente, aquella puerta solo se utilizaba para que las expediciones pudieran salir. Pero pocos regresaban. El mago abandonó su lección sobre la importancia de la concentración y se acercó con cautela a la entrada. Su rostro palideció al ver cruzar a Nico magullado, seguido de la pequeña Érika. Corrió a su encuentro, pero no fue el único; Coril y una alterada Libélula volaron a socorrerles. La rolliza mujer abrazó a la niña e inspeccionó sus pupilas.

—¡Estás muy pálida, querida! ¡Voy a prepararte una infusión revitalizante!

Érika le agradecía sus cuidados. Estaba hambrienta y solo pensaba en sus sabrosos guisos. La niña cogió la gruesa mano de la impetuosa mujer y la acompañó al interior. Todas las miradas pasaron a un Nico turbado.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué habéis regresado? ¿Dónde están Daniel y Valeria?

Las preguntas del mago no lo hicieron sentir mejor, no sabía por dónde empezar. Aturdido, se limitó a responder con otra pregunta.

—¿Han llegado ya los elfos?

—¿Qué elfos? —Coril lo miraba cómo si estuviera desvariando.

—Los jinetes del tiempo nos atacaron. Nos encontramos a un pequeño grupo de elfos que nos ayudó en el combate. Puede que, al escoger el camino del bosque, tarden más en llegar aquí —dijo reflexionando—. No sé. El caso es que Érika utilizó la daga tirmiana y

nos salvó a todos.

—¿Quieres decir que hay más elfos vivos? —Coril no podía creerlo.

—Sí, conocimos a Euren y Lucian…

El rubio elfo intentaba digerir toda esa información. ¡Euren estaba viva!

—¿Cómo habéis llegado aquí? —Aldin estaba desesperado por obtener respuestas.

—Gracias a Samara y a mis botas. Ella ayudó a Érika y después nos facilitó el regreso al refugio. Estoy cansado, he corrido mucho. Mis pies están echando chispas…

—Está bien, está bien, entremos. Tienes mucho que contarnos…

Nico cruzó el patio acompañado del señor Moné y Coril. En las escalinatas de la entrada, pudo contemplar los rostros preocupados de Roderick y su mujer, y la mirada severa del enano gruñón, Onrom. Nico no pudo evitar sentirse frustrado, había fallado a toda aquella gente. Solo deseaba que las cosas les fueran mejor a su hermano y a Valeria.

Tras una hora de camino expuestos a la tormenta, los dos chicos consiguieron refugiarse bajo un prominente saliente rocoso. No pasó mucho tiempo hasta que cayeron en la cuenta de que había una pequeña abertura en la pared. Para su sorpresa, se trataba de la entrada poco visible a una cueva. Daniel no se lo pensó dos veces y penetró en el interior. Era un buen lugar para pasar la noche, recuperar fuerzas e idear una nueva estrategia para alcanzar la Fortaleza. La lluvia les estaba complicando su avance. Habían perdido mucho tiempo, y lo peor era que la tempestad no tenía intención de amainar. La cueva era terriblemente húmeda. Musgos verdosos decoraban sus paredes. Y aunque permanecían cerca de la entrada, la noche temprana creada por los jinetes bloqueaba la claridad de la tarde.

Daniel buscó un sitio holgado entre las rocas y se acomodó. Junto a él, se sentó Valeria. Ambos rebuscaron entre sus repletas mochilas. Ella separó varios frascos de ungüentos y, desesperada, observó el agua escasa de su cantimplora. Daniel se echó a reír. Si algo les sobraba en aquel momento era agua. Cogió su cantimplora y, acercándose a la entrada, se dispuso a llenarla con la interminable lluvia. Valeria suspiró y siguió inspeccionando su mochila. Desconocía la utilidad de la mayoría de las cosas que había en el interior. Siempre habían encontrado cobijo en las casas mágicas de la resistencia, sin tener que preocuparse por la comida, el agua o el frío. Pero allí, bajo el techo húmedo de una roca, calada hasta los huesos, sentía la

constante amenaza gélida de los jinetes. La chica encontró una serie de diminutas cajas de cristal pulidas, todas de un color diferente. Carecían de un libro de instrucciones, y no existía ningún diseño en su exterior que le indicara su utilidad. Cogió la del cristal azulado. Era cálida al tacto. Intentó abrirla, pero tampoco había cerradura. Deslizó entonces la parte superior hacia la derecha, y la misteriosa caja empezó a ceder. Sorprendida, contempló la minúscula bola que había en su interior. La sacó y la depositó en la palma de su mano. La miraba con curiosidad. De repente, empezó a vibrar y, sin previo aviso, se elevó. Con las cejas arqueadas, contempló cómo casi llegaba al techo. Varios haces de luz brotaron de la diminuta esfera iluminando la cueva y emitiendo un intenso calor.

—Creo que es mejor que una hoguera —advirtió Daniel al volver al interior.

—Deberían inventarlas en la Tierra. —Apartó su cabello de la frente y se alzó para observar mejor el funcionamiento de la esfera—. Serían un gran recurso energético…

—¿Qué hay en el resto de las cajas?

—Ni idea, pero voy a averiguarlo. Con un poco de suerte, tendremos un cambio de ropa. No sé tú, pero yo estoy calada hasta los huesos.

Entonces, abrió una tras otra el resto de las cajas. Descubrió con agrado que, en la de color amarillo, había una pequeña tela doblada de apenas veinte centímetros. Al desplegarla, comprobó cómo el paño se hacía cada vez más grande hasta llegar a convertirse en una enorme manta. Valeria rio a carcajadas, la originalidad de los magos seguía sorprendiéndola. Ya tenían con qué cubrirse para pasar la noche. Daniel la ayudó a terminar de abrirlas. Parecía que en su interior se encontraban los utensilios de una cocina de muñecas, sin embargo, al extraer el objeto, este tomaba un tamaño normal. En la rosa había una jarra de leche caliente y, en la verde, una cacerola con una de las especiadas sopas de Libélula y unos mendrugos.

—Es una forma curiosa de ir de *picnic*. Mucho más cómodo y manejable. —Daniel dio un par de sorbos a la leche.

—Pues deberían usar el mismo método para trasladar las armas y las cuerdas, no tendríamos que cargar con esas mochilas.

Durante unos minutos, ambos se relajaron y disfrutaron de la comida. Desde que habían abandonado el campamento elfo, habían caminado durante horas bajo unas duras condiciones. Valeria se descalzó y masajeó sus pies. No era deportista como Daniel, que estaba acostumbrado a horas de entrenamiento. Ella estaba derrotada, le dolían todos los músculos y tenía pequeñas heridas en las piernas y los brazos. Así que, en cuanto terminó de comer, aplicó los ungüentos de Samara sobre su piel.

Con rostro afligido, el muchacho examinaba el mapa del señor Moné, apenas contaban con un día para llegar a la Fortaleza, sin embargo, todos los posibles caminos que trazaba en el mapa les llevarían más de dos días de viaje. Ignoraba dónde se encontraban, aunque era evidente que habían accedido a los dominios de Lorius, la presencia continua de los jinetes lo certificaba, pero le estaba resultando imposible determinar la localización de la cueva en el plano. Todo eran conjeturas.

—Val, no sé cómo llegar a la Fortaleza —le confesó con una voz ahogada—. No tengo ni idea de cómo continuar.

—Tiene que haber alguna manera. —Valeria le arrebató de las manos el mapa—. Hemos sufrido para llegar hasta aquí. No quiero pensar que mañana, con la luna llena, Lorius consiga trasladar la Fortaleza. ¡No puede ser! ¡No!

—Buscaremos otra alternativa, pero creo que ahora debemos descansar. No podemos continuar la noche con esos jinetes inundándolo todo.

—¿Y si no paran?

Daniel la abrazó e hizo que se recostara en su pecho. Aprovechó para coger la manta y cubrirse. Valeria entrecerró los ojos, el cansancio la estaba venciendo. Daniel tenía razón; no estaban en condiciones de tomar decisiones. Val buscó una posición más cómoda para relajarse. Podía sentir los latidos parsimoniosos del corazón de él. Era extraño, estaban en una cueva perdida en un mundo desconocido y rodeada de monstruos que querían matarla, pero, por primera vez en mucho tiempo, se sentía segura.

—Dani, quería decirte… que sí que estaba enfadada contigo. Al principio, no sabía por qué, pero me di cuenta de que te odié porque no fuiste capaz de distinguir que a la que besabas no era yo, sino Lidia. Pensé que eras idiota —le dijo riendo.

No se atrevía a mirarlo a los ojos. Exteriorizar sus sentimientos la hacía sentirse vulnerable, prefería confesarse mientras Daniel la besaba en la frente y acariciaba su cabello claro.

—Claro que viendo el excelente poder de transformación que tiene mi hermana…

—Debí darme cuenta, pero me engañó como a un novato —rio—. Lidia será una rompecorazones implacable. Me sedujo como una especialista.

—Oye, no te pases, que estás hablando de mi hermana.

Lentamente, les fue venciendo el sueño. Daniel esperó a que Valeria se durmiera. De vez en cuando, se sobresaltaba, pero volvía a cerrar los ojos plácidamente. Se sentía cómoda. Ya no tiritaba de frío. La pequeña esfera azul que se mantenía sobre sus cabezas emitía un calor agradable. Su vestimenta se había secado gracias a su mágica

incandescencia, y la muchacha ya no percibía en sus huesos esa hostigadora humedad.

Por un momento, sus sueños la llevaron a la casa de sus abuelos. Pasaban allí las Navidades en torno a una chimenea que la aislaba del álgido invierno, fuera nevaba, y ella admiraba cómo los copos de nieve golpeaban la ventana. El aroma del cordero navideño de su abuela inundaba la cocina. Su madre coronaba su deliciosa tarta de chocolate con galletas casera con nata, y la nostalgia la invadió. Sus abuelos habían fallecido, ya no había cena navideña. Los dulces de su madre eran solo un vago recuerdo. Valeria abrió los ojos, miró de reojo a Daniel para comprobar que seguía durmiendo y, con mucho cuidado, se apartó de él.

Desde la entrada, observó cómo la tormenta había amainado, un delicado rayo naranja luchaba por abrirse paso entre las densas nubes. Estaba amaneciendo y pronto debían ponerse en marcha. Se apresuró a recoger todas sus cosas e introducirlas de nuevo en su mochila. Con mimo, acarició su ballesta dorada. La apoyó en una roca y, sin querer, sus dedos rozaron el paño rojo que guardaba la daga. Esta se deslizó a gran velocidad cayendo entre el hueco que dejaban dos gruesas piedras. Valeria se agachó para recogerla, introdujo su delgada mano en el agujero y sus dedos palparon el arma. Se inclinó un poco más sobre una de las rocas y consiguió sujetarla por la empuñadura. Mientras la elevaba, un escalofrío inaudito recorrió su espina dorsal. Se quedó ciega instantáneamente, una niebla intensa se había instalado en su visión. Abría y cerraba sus ojos buscando desesperada volver a ver con claridad, pero no podía. Intentó llamar a Daniel, pero de sus labios no salían las palabras. Yacía inconsciente sobre la roca. Su respiración se debilitaba y no sentía sus músculos, sin embargo, creía que debía estar levitando. No había peso en su cuerpo. Era como una pluma, ligera y delicada. Un enérgico fogonazo activo su don de visión. De repente, podía apreciar en su totalidad las paredes escurridizas que conformaba la cueva y asombrosamente palpar su recargada saturación. Poseía una visión milimétrica; hasta la más mínima erosión de la roca quedaba resaltada ante sus ojos. Avanzó por los laberintos de la cueva como un rayo. Dejaba pasadizos y recovecos atrás a ritmo de vértigo. Llegó hasta una escalera de piedra en forma de caracol. Era estrecha y tortuosa. Ascendió como si flotase por ella y divisó una puerta maciza vieja de color caoba. La atravesó y sintió el roce de las astillas de madera en su piel. Era todo tan extraño. Ella era incorpórea. Y sin embargo olía, tocaba, ¡sentía! Después de dejar atrás aquella puerta gruesa y arcaica, entró en un amplio pasillo luminoso. Había algunos estandartes en las paredes, esa era la única decoración en unas paredes frías y pulidas.

—¡Quiero más guardias en la entrada y en las torres de vigilancia!

Pronto descubrió de dónde procedían las voces. Divisó a dos figuras a un par de metros. En un impulso se situó justo detrás de los dos hombres. El más anciano portaba una túnica escarlata que arrastraba elegante acariciando el suelo. Sus cabellos eran negros como los ojos de un cuervo. ¡Lorius! Pensó Valeria. El otro debía de ser un ayudante. Era más joven y corpulento, sin embargo, había cierto temor en su voz. Aquel escuálido mago debía de ser muy poderoso para que fornidos soldados se amedrentasen ante él.

—Prepara también la cúpula lunar. Trasladaremos la Fortaleza en cuanto la luna emita su primera centella. ¡No quiero sorpresas! Peinad los alrededores del castillo al milímetro. Esos humanos no se pueden ni acercar a estos muros. ¡Los quiero muertos! ¡¿Entendido?! —El brujo se paró en seco y giró la cabeza. Lorius inspeccionó con mirada crítica cada rincón de aquel largo pasillo. Sentía la presencia de un ser, pero no lograba verlo. Con cierta duda, prosiguió su paseo—. ¿Y dónde se encuentra Peval? Comunícale que quiero verlo inmediatamente. Esas lesiones no pueden ser tan graves. Y dile a mi hijo Kirko que se presente en la sala de las batallas, quiero conocer hasta el último detalle lo acontecido con esa humana. Debo averiguar qué implicaciones puede tener para…

Los dos hombres doblaron la esquina y se perdieron en otro extenso pasillo. Continuaban hablando, pero Valeria ya no podía escucharlos. Su visión se aproximaba al final de aquel corredor. Dos enormes lopiards custodiaban una entrada color oliva con grandes cerrojos. La joven volvió a atravesar la puerta sin dificultad y en su interior se encontró con una diminuta estancia escasamente iluminada. Gruesas cortinas granate impedían que la luz penetrase en ella. Examinó una cama entre telas de seda que colgaban del techo. Advirtió la presencia de una silueta recostada entre los numerosos cojines de la cama. La chica quiso apartar los cortinajes que la separaban de aquella figura. Quería ver su rostro, pero algo la empujó hacia atrás. Estaba retrocediendo a gran velocidad.

—¡Valeria, Valeria!

La voz de Daniel resonaba en su cabeza como el repique de las campanas. Ella acudía a su llamada presurosa. Dejó atrás los estrechos pasadizos de la cueva y despertó. Se incorporó de forma súbita y sin aliento. Jadeaba. Daniel la sujetaba por las muñecas e intentaba calmarla.

—Tranquila, ya ha pasado todo —le dijo con rostro preocupado—. Te has desmayado.

—¡Creo que la he visto!¡Silona! ¡Era Silona!

23

Fortaleza

Lidia irrumpió en la sala circular enérgica, llamando la atención inmediata de Bibolum y el señor Moné. Nico y Érika la seguían a poca distancia.

—¡¿De qué va eso de que tenemos que quedarnos aquí cuando se abra el puente hacia la Fortaleza?! —Mantenía una postura desafiante—. No he llegado hasta aquí para perderme esa batalla. ¡Nos necesitáis! Y no me bastan las chorradas como que estoy débil o que no tengo fuerzas, ¡porque me encuentro perfectamente! —Lidia esperó la réplica de alguno de los magos, pero no obtuvo respuesta—. ¡He acabado!

Bibolum examinó a la joven por encima de sus diminutas gafas. No había duda, corría sangre mágica por sus venas. Era valiente y testaruda como todos los de su estirpe. La expresión dura de su rostro, la tensión en su mandíbula, el brillo ardiente de sus ojos chocolate… todos eran signos de la fortaleza de los hijos de Ela.

—¡Está bien! Podéis ir. —Aldin miró al mago sobresaltado—. Así que será mejor que bajéis y os unáis al grupo. La llamada puede darse en cualquier momento y debéis estar preparados.

Lidia lo miró confusa. No esperaba que cediera tan pronto a su petición, pensaba que tendría que suplicar. Cambió una mirada interrogante con Nico. Él también estaba atónito. Y antes de que el gran mago pudiera cambiar de opinión, abandonaron la sala.

—¿No debíamos mantener a Lidia bajo vigilancia? —Aldin buscaba una razón para la decisión tan repentina que había tomado su amigo.

—Y lo haremos —respondió serio—. Si ese puente se abre, tú no te apartarás de la chica.

—Pero habíamos acordado que si se quedaban todos aquí con Libélula…

—¿No has visto sus ojos de fuego? Esa chica hubiera desobedecido nuestras órdenes. Iba a ir de todas maneras.

Aldin se acercó a la ventana y observó cómo la nueva comunidad de elfos se integraba perfectamente con el resto. Una mueca de

pesadumbre se dibujó en su rostro. Quedaban menos de diez horas para que cambiara la luna. Y no tenían noticias de los dos muchachos. Podían haber sido apresados o, lo que era peor, sucumbido ante la fuerza implacable de los jinetes. Aldin miró de reojo al mago que consultaba una y otra vez el Libro de las Palabras, pero se negaba a responder. Su silencio era desolador.

Los chicos progresaban lentamente por los conductos de la cueva. El camino escogido no era el más propicio, pero sí el más seguro. Fuera, los jinetes cabalgaban esparciendo su furia sobre cualquier ser vivo que encontraban. Valeria recreaba los pasos de su visión. Existía una ruta bajo la superficie que los llevaría directos hasta Silona. Ahora comprendía qué había sucedido: la daga había duplicado su poder de visión. Todo había resultado más vívido, más real.

—Incluso pude escuchar partes de una conversación —se esforzaba en recordar algún fragmento—. Creo que se trataba de Lorius. Mandaba reforzar la entrada del castillo.

—Bueno, nos están esperando. Pero esquivaremos a un centenar de lopiards si seguimos por aquí. Dame la mano —Daniel la ayudó—, estas piedras son traicioneras.

Valeria se columpió y aterrizó en sus brazos. Su cuerpo seguía estremeciéndose al más mínimo contacto con él. Advirtió que la niebla de sus ojos grises parecía haberse disipado. Él sonrió de medio lado y apartó las manos de su estrecha cintura.

—Tenemos que seguir avanzando, se nos acaba el tiempo.

Reanudaron la marcha evitando las piedras afiladas y resbaladizas. El goteo incesante del agua que penetraba en las cuevas era su banda sonora. Después de dos horas de avance, volvieron a tropezarse con una intersección. Esa vez, Valeria dudaba del camino que debían tomar. Las imágenes habían desfilado por su mente a tal velocidad que le asustó comprobar que la ruta que la daga les había señalado no era tan sencilla. Su memoria la traicionaba, no sabía qué dirección tomar. Cerró los ojos e intentó concentrarse. Nada.

—Creo que veo una luz al final de este túnel. —Daniel, ansioso, intentaba ayudar a la joven—. Quizá sea este el camino. Si hay luz, hay una salida.

Valeria asintió determinada y siguió sus pasos. El chico avanzaba con rapidez y saltaba los charcos de agua sin miramientos. Ella se esforzaba por seguir su ritmo. No estaba habituada al ejercicio físico como él y sus piernas flaqueaban. Después de otra hora de intenso recorrido, vislumbraron la luz del día que irrumpía en la cueva como un ángel piadoso. Daniel corrió hacia la salida, necesitaba dejar atrás

ese aire rancio y húmedo de la cueva.

—¡Daniel, espera! ¡No recuerdo ninguna luz ni tampoco tanta agua! —gritó desesperada—. Tenemos que buscar una escalera de piedra.

Pero no detuvo su carrera, sentía la imperiosa necesidad de abandonar la oscuridad. Valeria corría tras él suplicando que parara, pero el sonido estremecedor del agua impedía que la oyera. Daniel estaba llegando a la salida. Cegado por la luz, disminuyó su paso. No lograba advertir las rocas a su alrededor y temió tropezar. Finalmente paró. Estaba a escasos centímetros de la salida. Pensó que podría encontrarse a una decena de lopiards apuntándolo con sus lanzas. Esperó a que su vista se adaptara a la claridad del día y, entonces, alarmado, retrocedió. Un abismo infinito se abría bajo sus pies. Las olas oscuras del mar chocaban rabiosas contra las paredes afiladas del acantilado. Oyó los pasos de Valeria que se acercaban con premura. Daniel la detuvo en su carrera, atrayendo su cuerpo hacia él. Ambos contemplaron con pavor cómo se alzaba la Fortaleza desafiante en aquel majestuoso acantilado. Sus muros negros parecían nacer de la propia roca, tres de sus paredes caían vertiginosamente por el precipicio y solo un muro se sostenía en tierra firme. Y era allí donde se encontraba la única entrada posible desde el exterior. Los chicos observaron el movimiento de las tropas desde la cueva.

—No tenemos que entrar por ahí —la voz temblorosa de Valeria intentó calmarlo—. Hay que buscar la escalera de piedra…

El rugido del mar hizo estremecer a Daniel. Ella tenía razón; utilizar la entrada principal era un suicidio, debían buscar la escalera de la visión de Valeria. Regresaron a la intersección y, esa vez, cogieron el otro camino.

Dos horas después, encontraron la escalera. Habían perdido un tiempo precioso. Aquello era un laberinto lleno de pasadizos naturales bajo los cimientos de la propia Fortaleza. Valeria se apresuró a subir por sus resbaladizos peldaños y Daniel la siguió. Por fin, encontraron una puerta de madera deteriorada por la humedad. Intercambiaron sus miradas. Él hizo que Valeria se apartara y asió su espada, enérgico. Describiendo un movimiento circular, Daniel golpeó con fuerza el pomo de la puerta. La luz amarilla proveniente del castillo los informó de su éxito. Cogió la mano de Valeria y se introdujo en el pasillo. Ella reconoció al instante sus muros grises adornados con retratos tenebrosos y le indicó que debían seguir al frente, tal y como había hecho en su visión.

Avanzaban sigilosos por el ancho corredor. De vez en cuando, escuchaban murmullos y se detenían esperando que cesaran. Valeria no dudó del camino que debían recorrer. Pronto se encontraron a escasos metros de la puerta oliva que conducía a las dependencias de Silona. Solo debían resolver un pequeño problema: reducir a los dos

lopiards que custodiaban la puerta.

Valeria preparó su ballesta y apuntó a la cabeza del primer guardia. Su tiro fue certero, el lopiard cayó al suelo como un saco de cemento. Antes de que el otro guardia pudiera reaccionar, disparó una segunda flecha que atravesó la garganta del lopiard. Los dos corrieron hasta la puerta, y Daniel volvió a utilizar su espada para abrirla. Sin romper el silencio, accedieron a la estancia. Él se sorprendió al descubrir que no se trataba de una prisión, más bien, parecían ser los aposentos de una noble dama. No había barrotes en las ventanas ni instrumentos de tortura. Detrás de las cortinas de seda blanca que colgaban de los pilares de la cama, yacía una joven. Valeria apartó las telas y descubrió a una diminuta princesa. Silona no llegaba al metro cincuenta de estatura; su cabello pelirrojo era tan largo y sedoso como el de una sirena de cuento; sus ojos eran del color de la lavanda, el perfume predominante en Silbriar, y vestía un ligero camisón blanco que llegaba hasta sus tobillos.

La princesa, al ver que sus dos visitantes la observaban con curiosidad, se puso en pie esbozando una sonrisa tierna. Valeria no podía creer que aquel pequeño ser fuera la gran esperanza de Silbriar. Era tan frágil y delicada… En sus ojos no había furia ni deseos de venganza, tan solo una misericordia infinita. Daniel cayó de rodillas ante ella.

—Bienvenidos, os estaba esperando.

El chico se sorprendió al comprobar que los labios perfilados de la princesa no se movían. Su voz penetraba en su cabeza como si de una brisa estival se tratara.

—No es necesario que os postréis ante mí, guardián, podéis levantaros. —Obedeció—. Sé que vuestros corazones albergan innumerables dudas, pero no tenemos mucho tiempo. Si Lorius descubre que habéis llegado hasta mí, enviará más soldados, y este cuarto será una cárcel. —Daniel la miró interrogante—. Sí, mi joven guerrero, esta habitación es una mera ilusión. Quedaríamos atrapados en una jaula energética y sin posibilidad de salir. Es eso lo que os preguntabais, ¿verdad? ¿Por qué no había intentado huir?

—¿Qué debemos hacer? —Valeria no necesitó hablar para poder comunicarse. Sus pensamientos eran escuchados por la princesa—. ¿Dónde está el espejo?

—Hija de Ela, no desesperéis, tenemos todavía unos minutos.

Silona dio un paso al frente y extendió los brazos. Mantenía los ojos abiertos, aunque su mirada estaba ausente. De su espalda brotó una luz plateada. Poco a poco, aquel brillo fue tomando forma y los chicos contemplaron boquiabiertos cómo unas alas transparentes se desplegaban majestuosas empequeñeciendo la habitación.

—¡Eres un hada! —exclamó con estupefacción Valeria.

La princesa levantó sus pies descalzos del suelo con tan solo batir sus alas. Su aleteo tan veloz como el de una libélula, emitía destellos plateados que sumían a los chicos en una deleitosa serenidad. Su tejido membranoso era tan delicado que podían curiosear a través de él. Entonces, Silona cerró los ojos, y decenas de imágenes surgieron como pequeños fotogramas en sus alas. Valeria se veía a sí misma en la tienda de los cuentos de hadas; Érika se probaba la capa, Lidia los zapatos. En otra escena, ella abría la enigmática caja de cartón que había recibido en casa. Después, estaban Daniel y ella en los columpios, mientras Érika hacía su mágica aparición. Todas las imágenes relataban un momento crucial que había llevado a los chicos allí, hasta ese momento. Su carrera con los lopiards, Lidia mordiendo la manzana, Samara entregando la daga tirmiana, ¡su madre en el río! A continuación, las escenas retrocedieron en el tiempo. Valeria vio a su madre sujetando una espada; entrenaba con Bibolum. La vio cabalgando a través de los bosques de Silbriar, luchando contra un grupo de orcos junto a los enanos. Después, con solo siete años en las rodillas de su abuelo, mientras este le narraba un cuento. Observó a su abuelo mucho más joven y a la hermana de este atravesando el misterioso espejo de la tienda. Él portaba un gorro como el de Merlín, ella un cinturón que fue incapaz de reconocer. Valeria, con lágrimas en los ojos, cruzó su mirada con la de Daniel. Él también lo había comprendido.

—¡Tú eres el espejo!

El hada le sonrió y alargó su mano esperando a que Valeria la acompañara.

—Hija de Ela, solo tu sangre puede abrir el puente de nuestra salvación.

Daniel, adelantándose a los pensamientos de la muchacha, cogió uno de sus cuchillos y, agarrando la mano de Valeria, le hizo un pequeño corte en la palma de su mano. Ella reprimió un gesto de dolor. Su sangre roja brotó con furia y tomó la mano de la princesa. El diminuto cuerpo del hada vibró y los ojos se le pusieron en blanco, mientras la sangre de Valeria fluía por los filamentos membranosos de las alas de Silona. Ya no había imágenes, solo un intenso color púrpura que pronto se convirtió en un resplandor argentado. De repente, toda luz desapareció de la habitación, y Silona volvió en sí. Sus alas habían desaparecido. Los chicos volvían a ver a la diminuta mujer que habían conocido.

—Debemos irnos —dijo sin ningún atisbo de miedo—. Para abrir el puente, necesito un lugar más amplio para que puedan entrar nuestros amigos. Debemos ir al patio interior.

Los tres esquivaron los cuerpos de los dos guardias al salir. Daniel vio entonces cómo otros cuatro soldados se dirigían hacia ellos.

—¡Valeria, lleva a la princesa al patio! ¡Yo me encargo de ellos!

—No, Dani, no… Me quedo contigo…

—¡Alguien tiene que custodiarla! ¡Si ella no abre el puente, estamos perdidos! —La mirada incisiva del chico se clavó en ella—. ¡Corre!

Daniel observó cómo ambas desaparecían tras tomar el pasillo de la derecha. Entonces, se preparó para frenar el primer ataque de uno de los lopiards.

Lorius Val escuchó un extraño zumbido. Era tan irritante como agudo. Ninguno de sus estúpidos ayudantes se había percatado de ese chirrido pegajoso. Y, al instante, lo comprendió: la hija de Ela había llegado hasta Silona y trataba de conectar con sus poderes primitivos para abrir el puente. El mago se levantó de inmediato, propinando un puñetazo a su mesa. Un acto de magia de esa índole podía pasar desapercibido entre sus tropas analfabetas, pero no ante sus brujos.

—¡Maldita sea! ¡¿Alguien podría explicarme cómo esos mocosos han logrado esquivar a mis soldados y entrar en el castillo?! —La furia había dilatado las venas de su esquelético cuello.

Los dos lopiards y el aprendiz de mago cruzaron sus miradas, confusos.

—No tenemos constancia de…

—¡Cállate, idiota! ¡Vosotros dos, quiero a todos los soldados que vigilan los alrededores aquí dentro! ¡Ya! ¡¿Dónde se ha metido el inepto de Peval?! ¡Buscadlo! Y tú… —dijo señalando a su ayudante—, ¡acompáñame!

El mago ahogó un grito de rabia, y los soldados corrieron temerosos a cumplir sus órdenes. Lorius estaba furioso. A grandes zancadas, salió de su despacho, seguido por su joven ayudante.

—¡Busca a mis hijos! ¡Que vayan a la torre de la Luna!

—¿A la torre de la Luna? —preguntó alarmado—. Todavía falta una hora, señor. No puede iniciar el conjuro de localización antes…

El mago giró sobre sus talones y clavó su mirada férrea sobre su entrometido ayudante.

—¡Haz lo que te he dicho!

Valeria divisó el patio interior tras una de las ventanas del pasillo. Estaba dos pisos por debajo de donde ellas se encontraban. Debía encontrar unas escaleras que la condujeran a las plantas inferiores. Mientras corría junto a Silona, pensaba en Daniel y rezaba para que nada le sucediera.

—Es un guardián, su misión es protegernos.

Había olvidado que el hada era capaz de leer sus más íntimos pensamientos.

—Hemos llegado hasta aquí y no quiero que le pase nada. Ahora mi preocupación es llevarte hasta ese patio para que puedas traer a todos los refuerzos posibles.

—Eres una hija de Ela y no una cualquiera. Eres la portadora de la ballesta.

Deteniendo su carrera, la joven se atrevió a mirar a los ojos compasivos de la princesa. No era la primera vez que alguien había insinuado algo sobre su objeto mágico. Samara lo había hecho. Y esa vez, no se iba quedar sin respuestas.

—¿Qué tiene de especial la ballesta?

—La ballesta no tiene nada de especial, eres tú. Quien escoge la ballesta posee un gran sentido del deber y de protección a los suyos. Ese instinto de conservación de tu especie está por encima de los otros muchos sentimientos.

—¿Y por eso soy especial? —preguntó confusa—. ¿Porque me preocupo por los míos?

El hada soltó una risita burlona que retumbó por su cabeza.

—No lo has comprendido, Valeria. Aquel que escoja la ballesta devolverá a Silbriar su linaje, porque en él reside la sangre de la nueva estirpe de Ela. Los hijos nacidos de tu vientre volverán a reinar en Silbriar.

Valeria sintió un ligero mareo. Aturdida, volvió a centrarse en la misión. No podía flaquear ahora, debía encontrar esas escaleras y llevar a la princesa al patio. Entonces, vio que la pequeña hada le señalaba el camino. Avanzó con cautela y se colocó en lo alto del rellano. Miró hacia abajo, no había nadie, el camino estaba despejado, y cuando decidió iniciar el descenso, sintió un dolor agudo en su brazo. Cayó peldaños abajo sin comprender muy bien por qué. Buscó a la princesa y observó su rostro horrorizado. Entonces, se percató de que no estaban solas. Un lopiard la había golpeado con su espada, y no era un monstruo cualquiera: tenía una cicatriz inmensa que le atravesaba la parte izquierda de su peluda cara. Era el lopiard al que había herido en el cuartel del bosque de las Almas, aquel que había jurado matarla.

—¡Princesa, escapa! ¡Tienes que abrir el puente!

Puente

Un cielo difuminado de naranja se despedía del día. Pronto la luna aparecería augurando un destino fatal. Elfos, enanos y magos buscaban entre las numerosas nubes una señal. Todos estaban preparados en el refugio para la gran batalla. Aldin, alejado de la algarabía, comprobó por enésima vez la hora en su reloj de bolsillo; quedaban escasos veinte minutos para que Lorius iniciara su conjuro de localización. Después, todo estaría perdido. Pero el ánimo de sus amigos no decaía. Onrom daba las últimas instrucciones a su equipo, compuesto por tan solo diez enanos. Los magos, preparados para lucha, tampoco eran muchos. Siete, si se contaba él mismo. Los elfos eran más numerosos, gracias a que Coril se había reunido recientemente con su poblado casi extinguido. Trece. Detrás se encontraban sus dos amigos: un valeroso Roderick y su mujer Zenca, dispuestos a arrancar cabezas a hachazos. A su lado, los tres chicos hacían grandes esfuerzos para mantener la calma. Incluso la siempre risueña Érika tenía el rostro tenso y los ojos vidriosos. El mago observó cómo le temblaban los labios a Nico y oía el continuo crujir de los dedos de Lidia. Los tres estaban bajo su responsabilidad, y no iba a apartarse de ellos.

—Cuando se abra el portal, dejad que los otros avancen primero —dijo tajante—. Vosotros no os separaréis de mí.

Pero el señor Moné dudaba de que el puente se abriese. Hacía días que no tenían noticias de los dos jóvenes. Desde que habían abandonado el poblado elfo y habían penetrado en territorio enemigo. Podían haber sufrido algún contratiempo, haberse perdido o incluso haber muerto. Y, sin embargo, allí estaban todos con una fe indiscutible, esperando que se produjera un milagro. Saludó a Bibolum con su bastón, el viejo mago se refugiaba tras su alta ventana.

Desde la estrecha claraboya de la torre de la Luna, Lorius reparó en la presencia de la princesa en el patio. El hada se había colocado en el centro justo cuando sus tropas regresaban al interior. Deseó que algunos de sus despiadados soldados llegaran hasta ella y le rebanaran el cuello.

—¡Detenedla!

Por fin escuchó la voz firme de Peval desde el balcón que daba a sus aposentos. Rugiendo y vociferando insultos, sus soldados corrieron como una marea negra hasta ella, que no pareció inmutarse. Desplegó sus espléndidas alas y se elevó del suelo varios metros. Sus estúpidos soldados no lograban alcanzarla, sus lanzas apenas la rozaban. Lorius maldijo para sus adentros. Sus alas habían creado un campo protector. Entonces lo comprendió todo: aquello que tanto anhelaba, que tanto había deseado, lo había tenido siempre delante de sus narices. Había torturado a aquella miserable hada hasta lo indecible para que le revelara el paradero de su tan ansiado espejo. El mago rio amargamente. No existía ningún espejo, ¡ella era el espejo! Observó cómo la princesa giraba sobre sí misma a una velocidad imparable. Grandes destellos plateados se desprendían de sus alas como cometas surcando el cielo. Silona estaba abriendo el portal. El mago, exasperado, comprobó de nuevo el estado de la luna; apenas era todavía visible. Pero no podía esperar más, debía iniciar el ritual con o sin la luna arropando la noche. Lorius pasó las páginas del libro negro con premura. Encontró el hechizo y con un seseo espeluznante empezó a recitar el conjuro.

Peval descendió furioso por las escaleras dando órdenes a los soldados. La estupidez de aquellos lopiards había conseguido que ni se percatasen de la intromisión de los dos humanos. Y ahora Silona iba a abrir el portal.

Cuando llegó al patio, sus ojos estaban inyectados en sangre. Apenas podía ver a la princesa tras la esfera brillante que había creado. Aun así, dirigió toda su cólera contra ella. Cuatro torbellinos de espesa arena se abrieron paso entre los soldados. Algunos cayeron como momias disecadas, otros huían malheridos de los tornados. Varios capitanes gritaban a sus hombres que se retiraran. Peval estaba fuera de sí. Consiguió que, uno tras otro, los torbellinos impactaran contra la esfera. Silona resistió la embestida y concentró aún más sus fuerzas en reforzar su campo energético. El mago comprobó con desagrado que sus tornados apenas habían ocasionado daño alguno. El portal iba a abrirse. Miró al cielo y vio cómo los jinetes del tiempo cubrían la zona con una espesa niebla. Una niebla oscura. La única luz provenía de la esfera de Silona. Ahora solo cabía prepararse para la entrada de aquellos renegados que seguían a Bibolum.

Una enorme estela blanca surcó el cielo a la velocidad del rayo. «Ahí

está la señal», pensó Aldin. Y escuchó cómo todos los allí presentes estallaban de júbilo y alzaban sus armas desafiantes. Había llegado la hora. ¡Los dos chicos lo habían conseguido!

Valeria lanzó su primera flecha desde el suelo. No había tenido tiempo de incorporarse, el lopiard descendía hasta ella sin darle tregua. Aprovechó su segunda flecha para ponerse en pie y corrió escaleras abajo. Los pasos agigantados del lobo aventajaban al animal, que pronto la había alcanzado. La sujetó con su enorme garra por el cuello y la arrojó con violencia contra la pared. La joven emitió un quejido de dolor. Su rodilla derecha había recibido la mayor parte del impacto. También su codo, con el que había tratado de parar el golpe. Temiendo el siguiente ataque del lopiard, huyó a cuatro patas y se internó en el segundo piso del castillo.

—¡No huyas como un conejillo! —Su voz metálica chirriaba dentro de sus oídos—. ¿Y tú eres la temible hija de Ela?

Valeria reparó en las numerosas estancias que poblaban el pasillo. Si pudiera llegar hasta una de las puertas, podría refugiarse en alguna de las habitaciones. Confiaba en que Silona hubiera abierto el portal. Sangraba y estaba cansada. Con un último aliento, volvió a incorporarse y corrió arrastrando la pierna derecha. El lopiard era más fuerte, pero ella más ágil. Las zancadas del animal eran monstruosas. Dejó que se le acercara y lo llevó hasta una de las puertas. Valeria giró sobre sí misma y apoyó su espalda en la puerta. Se atrevió a mirarlo en el único ojo que le quedaba. Y, alzando su ballesta, disparó una ráfaga de flechas. El animal había aprendido de su último encuentro, sabía que esas flechas perforaban la piel con una intensa quemazón. Había sentido cómo su ojo se derretía como si fuera una vela moribunda. Así que protegió su cara con su escudo, aunque este le impidiera ver bien. Y no detuvo su carrera.

Valeria contempló aterrada que tan solo dos de sus flechas habían dado a la bestia en una de sus caderas. Lo esperó en la puerta y, cuando el lobo se abalanzó sobre ella con toda su rabia, se escurrió entre sus patas y escapó. El cuerpo del lopiard impactó con tal fuerza que derribó la puerta y cayó tras ella. Valeria llegó de nuevo al rellano de la escalera y contempló a varios soldados que descendían a toda prisa, pero retrocedió y se ocultó en una de las habitaciones.

Daniel llegó al patio justo en el momento en el que los elfos tomaban la Fortaleza. Gritó eufórico al ver a Coril y a Euren al frente. Se movían con destreza entre las tropas enemigas, buscando lugares estratégicos para azotar a los soldados con sus infalibles flechas. Localizó a Onrom y a Roderick, habían hecho una entrada triunfante

golpeando con dureza a toda bestia que se interponía en su camino. Los enanos eran pequeños de estatura pero fieros en el alma. Finalmente se alegró al ver al señor Moné junto a Lidia. Érika y Nico cerraban las filas. Corrió hasta ellos esquivando las luchas cuerpo a cuerpo entre aliados y enemigos. Por fin, llegó hasta el mago. Aldin sostenía en sus brazos a la princesa mientras conjuraba un muro de protección que pronto se levantó ante ellos.

—¡Érika, quiero que protejas a Silona! Está muy débil —el nerviosismo del mago estaba patente en sus ojos—. ¡Aléjate de aquí! ¡Busca un lugar seguro!

—Yo la ayudaré —Nico dio un paso al frente y sujetó a la princesa —. Las sacaré de la Fortaleza.

El mago se limitó a asentir y, antes de que Daniel pudiera saludar a su hermano, desapareció con Érika y Silona en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Habéis visto a Valeria?

—¡Daniiiiii! —Los ojos de Lidia se iluminaron como dos faros en la noche—. Espera, ¿no estaba contigo? ¿Le ha pasado algo a Valeria? ¡Voy a buscarla!

—¡No, tú te quedas aquí! —intervino el mago severo—. Daniel, ¿quién tiene la daga?

—La tengo yo —respondió dubitativo—. Aldin, esta daga es muy peligrosa…

—Quiero que se la des a Lidia. Tenemos un plan.

Daniel lo miró confuso. La joven ya se había convertido en un lopiard. Hizo lo que el mago le pedía y contempló estupefacto cómo Lidia la alzaba con su puño. En unos segundos, se duplicó en una veintena de lopiards más. Entonces, el muro de protección del mago cayó y Daniel se protegió con su escudo del primer golpe.

Valeria se acercó a una de las ventanas e intentó abrirla, pero no podía. Desde allí, divisaba el patio. La cruenta batalla había empezado. Ella había cerrado la puerta, pero sabía que le quedaban escasos minutos antes de que la localizaran. Había lopiards por todas partes. Estaba herida. Por eso debía llegar hasta sus amigos. Avistó a Daniel entre la multitud, se encontraba junto al señor Moné. Debía llamar su atención. Encontró un candelabro sobre la cómoda y rompió el cristal de la ventana. Era imposible que nadie hubiese escuchado el ruido de los cristales entre tanto vocerío. Así que cargó la ballesta y rezó para que su tiro fuera más preciso que nunca. Esperó el momento oportuno, aquel en el que Daniel alzara su espada antes de embestir al enemigo. Exhaló varias veces soltando los nervios y disparó. La flecha se desplazó a gran velocidad cortando el aire frío del exterior e impactando en el filo de la espada del muchacho. Daniel observó perplejo cómo una flecha chocaba con su espada y caía al suelo.

—¡Valeria! —susurró para sí.

Apresuró dos golpes más para acabar con su oponente y buscó en la dirección de la que procedía la flecha. No tardó en localizarla: segundo piso, en la tercera ventana empezando por la izquierda. Ella trataba de apoyar los pies en la cornisa sin mirar hacia abajo y con sus manos aferrarse al marco de la ventana. Daniel vislumbró una enorme sombra que se dirigía hacia ella. Antes de que pudiera avisarla, el gigante la había sujetado por los cabellos y la había introducido de nuevo en la habitación.

Alarmado, corrió como si le fuera la vida en ello.

La túnica púrpura volaba acompañando al remolino de viento que había creado el mago oscuro a su alrededor. Lorius mantenía la concentración sobre su libro de hechizos. Atisbaba de reojo los primeros destellos de plata de la luna e intensificó su recitación. ¡Estaba tan cerca! Conseguiría trasladar la Fortaleza. Muchos morirían en el intento. Sus cuerpos se desintegrarían al no estar preparados para el viaje. Un conjuro sobre el espacio era muy delicado y peligroso a la vez. Requería una serie de preparativos, pero no había tenido tiempo. Los más débiles no lo soportarían, aunque los más fuertes sobrevivirían. ¡Y de esa raza crearía una nueva! ¡Más poderosa! El mago contempló el cielo triunfante.

Cientos de rayos azules se agitaban alrededor de la luna.

Coril brincaba entre las columnas que sujetaban las torres de guardias como un saltamontes. El elfo buscaba un tiro certero. Así, no había posibilidad de respuesta por parte de su adversario. Localizaba a un amigo en apuros y eliminaba el problema. Algunos elfos habían alcanzado la balaustrada. Euren estaba entre ellos. Coril comprobó que seguía con vida y volvió a dirigir su mirada hacia el patio. Apuntó a un lopiard y disparó a su entrecejo, pero el animal no se desplomó, ni siquiera sangró. Se esfumó en el aire dejando una nube de polvo. Coril resopló. Había aniquilado a una de las réplicas de Lidia. Pronto escuchó las maldiciones que profería.

—¡A ver, un poco más de atención! ¡Eso me ha dolido! —sus quejas sonaban ridículas dentro de aquel cuerpo de lopiard—. ¡La próxima vez podría ser yo la que se esfume! ¡Idiotas!

Lidia movía a su pequeño ejército de bestias al unísono. Algunas réplicas habían muerto. Y, cada vez que eso sucedía, sentía una ligera punzada. Ahora no solo debía temer a sus enemigos, sino también vigilar a sus amigos.

—¡Lidia, mantén la calma!

Aldin no se separaba de la chica. Las órdenes de Bibolum habían sido claras: su prioridad no era la batalla ni siquiera proteger a Silona, era vigilar a Lidia. El mago manejaba su bastón con destreza ante una manada de ineptos magos a las órdenes de Lorius, mientras atendía a

sus movimientos. Mantenía el ceño fruncido y el mentón tenso. Reparó en los centenares de rayos azules que comenzaban a aglomerarse alrededor del castillo. Lorius había iniciado su hechizo. Alguien debía detenerle, pero no sabía dónde estaba Daniel y Roderick, y él estaba muy ocupado apartando a los soldados de su camino, por lo que tampoco podía subir a la torre. No podía abandonar a Lidia. De pronto, sintió un latigazo en la garganta. Buscó al causante de su ligera asfixia. Peval estaba allí. Tenía los ojos inyectados en sangre y sus dedos eran afilados como las garras de una bruja. Aldin sintió cómo esas lianas de barro lo sujetaban y lo lanzaban por los aires. El mago se incorporó a varios metros de distancia y vio a Lidia, que se internaba en el tumulto. Quiso llegar hasta ella, pero de nuevo Peval se interpuso. Lanzaba ráfagas de arena que impedían su visión. El mago se preparó para un golpe crítico. Y entonces, la tierra tembló bajo sus pies.

Valeria aprovechó la confusión del lopiard ante el terremoto para liberarse de él. La había lanzado sobre la cama y golpeado hasta casi hacerle perder el conocimiento. Ella apenas tuvo tiempo para reaccionar. Había activado su ballesta y una de sus flechas le había reventado los genitales. El lopiard había lanzado la ballesta contra la pared y, con un quejido estremecedor, había agarrado su garganta, dispuesto a hacerla añicos. Pero aquel temblor había desestabilizado la cama y varias grietas atravesaban la pared. El lopiard miró con cierta perplejidad cómo los cuadros se estrellaban contra el suelo y los muebles vibraban al unísono.

Giró sobre sí misma y cayó al suelo. A gatas, se deslizó y cogió la ballesta. Cuando la bestia quiso arremeter de nuevo contra ella, ya se había incorporado. Y, esa vez, no lo pensó dos veces. La flecha atravesó el ojo sano del soldado. El cuerpo del lopiard cayó lentamente al suelo. La joven quiso enfocar su única salida. Tenía la visión borrosa y el sabor a sangre inundaba sus labios, pero, aun así, pudo atisbar una silueta en el umbral de la puerta. La chica retrocedió asustada.

—No, por favor, no, por favor…

—¡Valeria, soy yo! —La voz grave de Daniel la reconfortó. Corrió hasta ella y ambos se fundieron en un abrazo.

—¿Estás bien? —Disgustado, reconocía su cuerpo—. Voy a sacarte de aquí.

—¡Bonita postal! ¡Lástima que no tenga ningún futuro!

Valeria volvió a mirar hacia la puerta. Sus ojos observaron a una figura negra. Su voz arrogante y mezquina la había delatado. ¡Kayla!

En cuanto dejó a salvo a la princesa, Nico se situó junto a los enanos. Él no era muy diestro con el puñal, pero se había convertido en un gran velocista. Ningún lopiard podía prever sus golpes, porque ninguno podía verle. El chico giraba con tal rapidez alrededor de los soldados, que conseguía clavar su arma varias veces sobre el mismo adversario. Cuando lograba desestabilizar al lopiard, los enanos remataban la faena. Onrom y él formaban un gran equipo. El enano le guiñó el ojo y le indicó la próxima víctima. Nico solo tuvo que correr y buscar los puntos sin armadura de aquella bestia. El soldado solo podía ver una mancha borrosa, aun así, intentó localizar a su agresor. «Tiene que ser un mago», pensó. Absorto en tratar de pillar a aquel borrón, no se dio cuenta de que un enano gruñón y maloliente enterraba su hacha en su estómago. Nico se alejó del soldado y recuperó su posición. Se sobresaltó al ver a otro lobo que clavaba su mirada en él.

—¡No te asustes, mequetrefe! ¡Soy yo! —Lidia agachó su cabeza y apoyó su garra en el hombro del chico—. ¿Mi hermana está salvo?

—La he alejado del acantilado —dijo tragando saliva—. ¡Maldita sea, Lidia! ¡No deberías acercarte a nadie con ese aspecto!

—Casi te meas en los pantalones, ¿eh?

—¡Chicos! ¡Tenemos una batalla que ganar! —les gritó Onrom.

Nico ignoró la ofensa de Lidia y corrió junto al enano. Ella soltó una carcajada estrepitosa. De pronto, sintió una punzada en el corazón y se llevó una mano al pecho. Otra de sus réplicas debía de haber muerto. Ignoraba cuántas quedaban con vida, pero cada vez que una moría, la debilitaba aún más. Un sudor frío empezó a recorrer su cuerpo. Estaba agotada, así que huyó del lugar del enfrentamiento y entró en el castillo. Allí buscó donde refugiarse. Cuando estuvo en un corredor vacío, se apoyó en la pared y volvió a su forma humana. Había matado a más de una decena de lopiards. Para ella era más que suficiente. No podía más. Buscaría a Valeria y se alejarían de allí. Se dispuso a recorrer los pasillos en busca de su hermana.

Érika escuchaba desde la lejanía los gritos del combate. La princesa continuaba desfallecida y la niña se sentía impotente. Acurrucada junto a Silona, mantenía al hada cubierta con su capa. Poco a poco comprobó que los ojos rasgados de la princesa comenzaban a abrirse. El brillo de su mirada envolvió a la pequeña. La princesa volvía a recuperar sus mejillas sonrosadas.

—Érika, debes salvar a tu hermana.

La niña sintió la voz del hada resonar en su cabeza y la miró fijamente.

—Vuelve al castillo. Los espíritus de la Naturaleza cuidarán de mí. No hay tiempo. Salva a tu hermana.

Érika corrió hacia el acantilado. Se había colocado de nuevo la

capa, debía penetrar en el castillo sin que la vieran. Había muchos soldados, y ella no sabía luchar. Podía patear, arañar o clavar su daga, pero no era fuerte, y le daba miedo la sangre. Divisó a Nico en la algarabía. Esquivó las espadas y lanzas de algunos soldados y llegó hasta él.

—¿Has visto a mis hermanas?

Nico dio un brinco al oír la voz de la niña. Érika revoloteaba a su alrededor.

—¡Oh, por Dios! Dejad de asustarme de esa manera. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿No tenías que proteger a la princesa? —Nico buscaba sin ningún éxito a la niña.

—Tengo una nueva misión. Tengo que encontrar a mis hermanas.

—No sé dónde están. Hablé con Lidia hace un rato. Tiene el aspecto de un lobo. A Valeria no la he visto, Dani cree que sigue dentro del castillo…

La niña se esfumó sin dejar rastro y se dirigió a la puerta principal.

25

Mellizos

Los temblores no cesaban. Cada vez eran más intensos. Resultaba difícil mantener el equilibrio, y Aldin aprovechó esta situación para despistar a Peval. Lo había cogido desprevenido. El golpe que había recibido lo había dejado casi sin respiración. Al mago oscuro, al igual que al resto, le costaba mantener los pies en el suelo. Algunas grietas aparecieron en el pavimento. Peval observó cómo una fisura se abría entre sus piernas. «Los jinetes del tiempo», pensó.

—Tenemos que parar esta locura, Peval. Estos terremotos no los están ocasionando los jinetes. —El mago pareció adivinar sus pensamientos—. ¡Lorius está fuera de control! Tú no eres su perro sabueso. ¡Eres un mago! Y sabes que un conjuro mal recitado trae fatídicas consecuencias. ¡Aquí va a morir mucha gente si no lo paramos! ¡Y lo sabes!

—¡Son los jinetes! —gritó lleno de rabia.

—¿Y sin son ellos, qué pretenden? ¿Derribar la Fortaleza?

Peval desoyó las teorías del mago mestizo y embistió de nuevo a Aldin con sus ráfagas de arena. El mago las esquivó con su bastón.

—¡Escúchame, Peval! ¡Debemos detenerlo!

La ira del brujo se concentraba en sus manos de arena. Dos enormes columnas de tierra giraban alrededor de sus puños. Aldin se preparaba para el siguiente ataque. Describía círculos con su bastón. Su escudo mágico rechazaría todos los golpes. Pero antes de que Peval pudiera arrojar sus lenguas de arena, el muro del oeste empezó a caer como si fuera un castillo de naipes. Algunos hombres, sorprendidos por el derrumbe, cayeron por el acantilado. Peval, confuso, miró a su alrededor. ¡Aquello no lo hacían los jinetes!

Lorius escuchaba los gritos de sus hombres y las enormes piedras chocar en el suelo. Algo iba mal, y era consciente de ello, pero no podía detenerse. Debía seguir recitando el conjuro hasta quedarse sin fuerzas. La luna casi estaba en su máximo esplendor. Pronto conseguiría trasladar la Fortaleza, aunque murieran muchos hombres en el camino. Más tarde se ocuparía de reunir un ejército competente

y aplastar a todos los que hubiesen ayudado a esos renegados. No tendría piedad con ellos. Removería cielo y tierra hasta encontrar ese maldito refugio y aniquilaría a todo ser viviente que se encontrase en él, incluyendo a ese arrogante de Bibolum. El mago sonrió al ver cómo una luz plateada comenzaba a envolver el castillo. El conjuro estaba funcionando. Pronto desaparecerían. Cerró el libro oscuro de los hechizos y esperó a que la luz cegase sus ojos. Inspiró profundamente, dejándose envolver por su brillo plateado. Pero entonces, algo ocurrió.

Un zumbido estremecedor golpeó sus oídos. Lorius abrió los ojos y contempló horrorizado que su castillo no había cambiado de ubicación. Seguían en el acantilado de los Gigantes. Desde la ventana, observó cómo todos se detenían en su lucha, intentando descifrar qué era aquel ruido ensordecedor que recorría cada esquina del castillo. Lorius temió lo peor. Había sido castigado por la mismísima magia al iniciar un hechizo sin seguir sus leyes. El castillo iba a desmoronarse, y él debía escapar. El mago, indignado ante su inminente derrota, se llevó el dedo corazón a la frente.

—Hijos míos, debéis acudir con premura a mí. No os detengáis, venid a mi encuentro en la torre. Vuestro padre os necesita.

Daniel había apartado a Valeria y había preparado su escudo para comenzar a recibir las descargas de Kayla. Sus ojos felinos rebosaban de furia. Varios rayos habían salido de sus dedos como cuchillas afiladas. Daniel los había esquivado con su escudo, pero era consciente de que, con aquella endemoniada, no solo valía defenderse. Debía atacar, así que saltó sobre la cama y, desde lo alto, se abalanzó sobre Kayla empuñando la espada. La gata se apartó con una pirueta, justo en el momento en el que él caía sobre ella. De cuclillas, Kayla observó a su objetivo. Tenía unos segundos antes de que cobrara de nuevo el equilibrio. Aprovechó ese tiempo y lanzó un rayo que impactó en el brazo que sujetaba la espada. Daniel se retorció de dolor. Kayla se incorporó y avanzó hacia él sin piedad. De sus dedos salían decenas de rayos. Él intentaba esquivar los golpes con su escudo. La quemadura de su brazo impedía que sujetara con fuerza la espada. Ella le sonrió con cierta satisfacción, pero la gata había obviado un elemento de la ecuación: Valeria seguía allí, y desde el lado opuesto de la habitación, disparó una de sus flechas, que penetró en el muslo de la ninja negra, quien la miró horrorizada. Valeria se apoyaba en la pared para mantenerse en pie. Daniel utilizó su confusión y alzó la espada de nuevo. Su brazo estaba agarrotado, pero todavía tenía movilidad en el puño. Kayla no pudo defenderse de su embestida y sintió cómo la lama de la espada se introducía en su costado. Gritó enfurecida y utilizó sus puños para golpear la cara del joven. Él consiguió sujetarla y arrojarla sobre la cama. Intentó inmovilizar sus manos para que no pudiera lanzar más descargas, pero

se resistía. Entonces, escuchó las palabras de su padre en su mente. Debía acudir rápidamente porque podría estar en peligro. Agitó su cuerpo con cólera y propinó una patada en la entrepierna de aquel osado chico. Daniel se apartó reprimiendo un grito de dolor. Kayla rodó por la cama y huyó corriendo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Daniel asombrado—. ¿Se ha asustado?

—No creo que Kayla se asuste con facilidad. —Valeria se acercó y le tendió una mano.

—Podía habernos matado y ha salido corriendo —Daniel la sujetó, ya que no se mantenía en pie, y pasó su brazo por sus hombros—. Tenemos que irnos. ¡Esto se va a desplomar!

Lidia había conseguido llegar al rellano de las escaleras. Estaba en el primer piso. No sabía muy bien dónde se encontraba Valeria. Los continuos temblores habían abierto grietas en las paredes y el suelo. Ya no solo debía preocuparse de que un lopiard la atacara, también debía estar atenta a las piedras que caían de lo alto del castillo. Escuchó unos ruidos en la escalera y se escondió en el pasillo contiguo. No quería que la descubrieran. Estaba agotada, sin fuerzas. No sabía si su poder de transformación seguiría funcionando. Esperó a que la cuadrilla de soldados saliera al patio, todos querían huir del desplome del edificio y ella quería subir.

—No me digas que te has cansado de machacar a lobos ahí fuera.

Lidia giró lentamente la cabeza y observó con desagrado al insolente mellizo.

—Tenías que ser tú —dijo molesta—. Ahora voy a tener que matarte.

—Ah, ¿sí? No tienes energía ni para matar una mosca. Te he estado observando —Kirko la miró arrogante—. Has estado muy bien en la batalla. Veo que has seguido mis consejos.

—¡Idiota! ¡No me dirijas la palabra!

—¿Todavía sigues enfadada por ese beso? ¡Qué chiquilla eres!

Lidia sostenía la daga en su puño. La sacaba de quicio. Mantenía la mandíbula tensa y su cuerpo en posición defensiva. No se fiaba de él. Pero ese ninja oscuro, no parecía tener intención de atacarla. Seguía hablando: —Sinceramente, no sé por qué te besé —el chico jugueteaba con una pequeña llama que apagaba y encendía en la palma de la mano—. Llevo un par de días pensando en ello. Tú eres una pordiosera. Una humana insignificante. Yo soy descendiente de un mago poderoso. Imagino que habrá sido un impulso masculino. ¡Parecías tan vulnerable en aquella urna!

—Deja de alardear tanto. ¡Tú eres un hugui como yo!

El chico la miró confuso.

—¿No te lo había contado tu malvado padre postizo? ¡No soy una guardiana!

—¡Eres una descendiente! —dijo sorprendido—. Por eso mi padre estaba tan preocupado. No era por un puñado de humanos ineptos y mentecatos.

—¡Él no es tu padre! ¡Eres hijo de una humana! ¡Lorius mató a tus padres!

—Él es mi padre ahora —le contestó con indiferencia—. ¡Y haría lo que fuera por él!

—¡Qué estúpido eres! ¿No sabes pensar por ti mismo? ¡Solo obedecer órdenes!

—Tú no sabes nada de mí. No te has criado en este mundo, no tienes ni idea de cómo funcionan las cosas —dijo cabizbajo.

Lidia aprovechó esta debilidad y se abalanzó sobre él. Lo acorraló contra la pared y le puso la daga en la garganta.

—Un buen movimiento —dijo sin pestañear—. ¿Y ahora qué? ¿Vas a matarme?

Lidia titubeó. Quería hacerlo, quería acabar con él, pero no podía. Kirko sonrió. Apartó lentamente la mano de la chica de su cuello y, entonces, oyó la voz de su padre. Sin mirar a la muchacha, corrió escaleras arriba. Lidia se quedó allí de pie sin saber muy bien qué había pasado. Había estado tan cerca. Podía haberle rebanado el cuello. ¿Por qué no lo había matado?

Peval miró hacia la torre buscando respuestas. ¿Qué estaba pasando? ¿Dónde estaba Lorius? El castillo se desmoronaba y él los había abandonado a su suerte. Observó al que un día fue su amigo. Aldin había apoyado su bastón en el suelo.

—Esto se ha acabado, Peval. Debemos salir de aquí.

Las canas del mago oscuro brillaban más que nunca. Su rostro parecía haber envejecido en tan solo unos segundos. Con una sonrisa de derrota, extendió los brazos en cruz y esperó. Sintió cómo el suelo se abría bajo sus pies. No quería ser juzgado por un puñado de magos moralistas. Y cuando sintió que se aproximaba el abismo, se dejó caer. El acantilado sería su tumba. Aldin contempló la caída del mago sin pestañear. Se apartó del agujero que cada vez se hacía más grande, y buscó a sus compañeros.

—¡Roderick, Coril! ¡Tenemos que salir de aquí! ¡Retirada! ¡Retirada!

Enanos y elfos salían del castillo a toda prisa. Los lopiards también

intentaban huir. Aldin divisó a Roderick unos metros más allá. El leñador no corría. Se abría paso entre la gente. En brazos, llevaba a su mujer. Aldin corrió hacia él. Zenca había muerto.

Érika vio a Daniel que sujetaba a su hermana mientras esquivaba las continuas piedras que caían sobre ellos. La niña llegó hasta ellos. Nico la seguía.

—¡Mi capa nos protegerá a todos de las piedras!

—¡Tenemos que salir de aquí! —se apresuró Nico.

—Ya lo sé, genio —replicó su hermano.

—¿Es que no vais a esperar por mí? —Lidia apareció en el umbral triunfante.

—Me alegro de verte —dijo Valeria.

—¡Tú estás hecha un asco!

—¡Salgamos de aquí! —exclamó Daniel.

Érika se puso la caperuza y los envolvió a todos con su escudo de invisibilidad.

Casa

Valeria se despertó con un tremendo dolor de cabeza, exhaló profundamente y se llevó la palma de la mano a la sien tratando de atenuar el incesante martilleo. Dolorida, trató de incorporarse con mucha dificultad. Aun así, logró sentarse en la cama. Con cierta aprehensión observó sus magullados brazos y no pudo evitar soltar un quejido. Miró a su alrededor y reconoció la habitación que le había ofrecido Bibolum la primera semana. Unos tímidos rayos de sol se esforzaban por inundar la estancia, debía estar amaneciendo, o podía que anocheciendo, había perdido el control del tiempo. Se percató entonces de que las camas de sus hermanas estaban vacías, y trató de apoyar los pies descalzos en el frío suelo. Continuaba aturdida, ni siquiera era capaz de recordar cuándo le habían endosado el absurdo camisón que ocultaba hasta sus tobillos.

La puerta se abrió, y Valeria vio a la rolliza Libélula entrar con una bandeja de desayuno.

—¡Vaya, la bella durmiente se ha despertado al fin!

—¿Cuánto llevo durmiendo?

—Unas doce horas. Toma este vaso de leche y vístete. Bibolum te está esperando. ¡Vais a volver a casa! Silona se está preparando.

La mujer abrió el armario y sacó los vaqueros y la blusa con la que Valeria había llegado a Silbriar. La chica se apresuró a comer algo y se vistió rápidamente. Se dirigió a la sala circular del gran mago e irrumpió en ella. Todos estaban allí: Daniel, Lidia, Nico y Érika. Ya no llevaban extraños ropajes, se habían preparado para el viaje de vuelta. Bibolum, al verla entrar, interrumpió su discurso y la animó a colocarse junto a los demás. Valeria se situó junto a sus hermanas.

—Como iba diciendo… —carraspeó el mago—, la Fortaleza ya no existe. Muchos de los soldados se han rendido y serán juzgados por un tribunal que constituiremos de inmediato. En cuanto a Lorius, no hemos conseguido dar con él. Probablemente desapareció antes de que el castillo se derrumbara…

—¿Cree que sigue vivo? —preguntó Lidia tímidamente.

—Si es así, daremos con él. No tendrá tregua. Podéis estar seguros de eso. —El gigantón abandonó su silla y se acercó a los chicos—. Pero ahora debemos centrarnos en reconstruir Silbriar. Y todo esto, gracias a vosotros. Siempre os estaremos enormemente agradecidos por el valor que habéis demostrado. —El mago hizo una pausa y un destello de preocupación apareció en su mirada imperturbable—. Debéis prepararos para el viaje… Y seguro que queréis despediros de algunos, así que no os detengo más…

Érika se abalanzó sobre el mago y le dio un fuerte abrazo. Bibolum no pudo reprimir una carcajada sonora. Todos lo saludaron y se encaminaron a la puerta.

—Valeria, tú quédate, debemos hablar…

La chica intercambió una mirada cómplice con Daniel y volvió al centro de la sala.

Con semblante taciturno, Bibolum se dirigió al curioso atril arbolado. Había abandonado la ternura de unos segundos antes para examinar su preciado libro con cierta aflicción. Valeria comenzó a inquietarse, esos incómodos minutos parecían haber entumecido el aire de la estancia. Desconocía la razón por la que el mago la había invitado a quedarse, pero intuía sus motivos no eran jocosos. La puerta volvió a abrirse, y la chica observó cómo Aldin y Libélula se unían a esa extraña reunión. Por fin, el gran mago empezó a relajarse.

—Ahora que estamos todos, podemos empezar. —La voz del mago era seria—. El asunto que vamos a tratar a continuación quedará entre los aquí presentes. Nadie podrá desvelar esta información sin previa autorización de este cónclave.

Valeria los miraba a todos, interrogante. Pero no quiso interrumpir el discurso del mago.

—Valeria, existen hechos que desconoces y de los que deberías tener conocimiento. Nosotros no tenemos tanto poder en tu mundo, y por eso hemos decidido incluirte en este grupo. Tú nos vas a ayudar.

—No entiendo nada. ¿Qué está pasando? ¿Lorius sigue siendo una amenaza?

Bibolum negó repetidamente con la cabeza. Ella seguía confusa.

—No se trata de eso, sino de tu hermana. Ocurrió algo en el poblado de los gnomos que ha cambiado todos los acontecimientos. El libro fue claro y conciso, y el libro nunca se equivoca. —El mago hizo una pausa—. Lidia debió morir allí.

Valeria sintió como si un hierro ardiente le atravesara el estómago. Contempló horrorizada el rostro de los tres presentes, pero ninguno parecía inmutarse.

—Pero no murió —dijo aturdida—. Se recuperó. El libro habrá cometido un error.

—¿Sabes cómo consiguió sobrevivir tu hermana? —Aldin dio un

paso al frente. Valeria negó con la cabeza—. Kirko la besó. ¡Un beso de su compañero del alma!

—Lo que Aldin quiere decir… —continuó Bibolum—, es que existe un vínculo indestructible entre tu hermana y el hijo de Lorius. Y eso es peligroso para todos. He revisado todos los libros proféticos. Ninguno habla de esa unión.

—Quizá porque es una solemne tontería. Lidia no se uniría jamás a un asesino. Ella no está enamorada de ese psicópata. Ella está enamorada de… —Silenció sus palabras.

—No he querido desvelar este secreto a nadie, porque pondría la vida de tu hermana en peligro. ¿Una hija de Ela con un hijo del mal? Valeria, ¿entiendes lo que te estoy diciendo?

—Estoy intentando asimilar todo esto —dijo abrumada—. No creo que ese futuro sea cierto. ¡Volvemos a casa! Y ella ha luchado como los demás para derrotar a Lorius. No entiendo por qué estáis tan seguros de eso…

—¿Te ha contado tu hermana algo sobre Kirko? —le preguntó Aldin—. ¿Te ha dicho cómo consiguió sanarse? Créeme, Valeria, intentamos proteger a tu hermana, porque todos habéis hecho mucho por este mundo. —Aldin dejó su bastón a un lado—. Por eso hemos decidido contártelo. Tú debes ayudarnos. Sé que sacrificaremos parte de nuestra historia si te pedimos esto. Pero, por otro lado, queremos que el renacimiento de Silbriar sea para siempre.

—¿Qué tengo que hacer? —cuestionó titubeando.

—No dejes que ese vínculo aflore —ordenó tajante Bibolum—. Vigílala. Haz que se sienta bien y no desdichada. Su vida en tu mundo debe ser buena, no puede desear volver a Silbriar. Ayúdala a que prospere, se enamore y piense que lo que vivió aquí fue una aventura y nada más.

La chica escuchaba los continuos sollozos de la señora Morrigan.

—Para nosotros va a ser muy difícil —añadió Libélula—. No vamos a volver a veros, aunque necesitemos la ayuda de las descendientes. El trono de Silbriar seguirá vacío… por cientos de años más…

Bibolum tomó a la chica por los brazos.

—Debemos renunciar a mucho para impedir otro desastre. Quiero que nos des tu palabra de que harás todo lo posible para alejar a Lidia de este mundo, y que vas a guardar silencio sobre todo lo que se ha hablado en esta sala.

La muchacha había enmudecido. El júbilo que segundos antes brotaba de su alma, porque finalmente regresaba a su hogar, se había teñido de incipientes sombras. Debía asimilar aquella información. Turbada, se limitó a asentir sin escuchar la conversación que habían iniciado de nuevo los tres presentes.

Después de un emotivo funeral por los caídos en batalla, los chicos

se despidieron de sus nuevos amigos. Roderick, visiblemente afectado por la muerte de su mujer, no pudo reprimir unas lágrimas al abrazar a la pequeña Érika. Zenca adoraba a la niña. Quizá porque veía en ella la hija que nunca pudieron tener. La niña apretó al hombretón con ternura, también sentía la muerte de la mujer. Miró a todos los allí presentes y se sintió confortada al ver la alegría en sus rostros. Silbriar tendría un nuevo comienzo. Entonces reparó en el Señor Moné. Su bastón les indicaba que debían acompañarlos. Silona estaba preparada. Érika siguió los pasos del resto y se internó en el estrecho pasillo que días atrás la había llevado a conocer el refugio. Aldin sostenía una antorcha que iluminaba su semblante serio.

Por fin, llegaron a una amplia habitación que apenas dejaba entrar al radiante sol por sus vidrieras de colores. El señor Moné, con su llama, encendió varias antorchas que se encontraban en los muros grises de la sala. En el centro, una inmaculada Silona vestida con un traje rosa aleteaba divertida como una mariposa buscando una nueva flor sobre la que posarse.

—¡Es la hora! —anunció el mago.

Los chicos se acercaron a la princesa y se colocaron junto a ella. Silona despegó sus pequeños pies del suelo y comenzó a girar sobre sí misma. Érika advirtió, sonriente, la mirada orgullosa del señor Moné. Era la primera vez que el mago les demostraba su cariño, sus ojos vidriosos luchaban para que una lágrima no se desprendiera de ellos. Y ella entristeció, ignoraba si algún día volvería a ver al mago de la cola caoba o siquiera visitar de nuevo aquel lejano mundo.

Un rayo de luz azul los envolvió. Érika no podía ver nada. Apenas divisaba ya la silueta del señor Moné. Sintió que sus hermanas la tomaban cada una de una mano y suspiró. Iba a volver a casa. Iba a ver a su padre.

Los intensos segundos que estuvo inmersa en la azulada luz le parecieron una seductora eternidad, el cálido resplandor que la acunaba, la inundaba de un sosiego hipnotizador. La niña había entornado los ojos para evitar que ese brillo mágico la cegara. Cuando los abrió de nuevo, se sorprendió al ver que había regresado a la Tienda de los Cuentos. Sonrió al ver el espejo tras ella.

—¡Guau! —Nico estalló de alegría—. ¡Sí, señor!

—¡Hemos llegado! —dijo un Daniel aliviado—. ¡Increíble!

—¡Hogar, dulce hogar! —rio Lidia—. Nadie va a creer ni una palabra de todo esto.

—Eso es porque no diremos ni una palabra —aseguró Daniel—. Todo lo que hemos vivido en Silbriar quedará entre nosotros.

Estalló un sonoro júbilo que contagió al grupo, todos, exceptuando a Valeria, festejaban el regreso. Ella permanecía apartada del resto, ausente, y con semblante reflexivo se encaminó hacia una de las

estanterías. Apenas había intercambiado unas frases desde que se había recuperado en el refugio. Decidida, asió con garra uno de los objetos que se encontraban en el mueble; un pesado y enorme martillo. Volvió sobre sus pasos y se detuvo frente al espejo. Entonces, comenzó a golpearlo con fuerza. Cientos de cristales cayeron al suelo. Valeria estaba fuera de sí. Continuaba golpeándolo con furia. Daniel la cogió por la cintura y la alejó del espejo, pero ella seguía luchando.

—¡Estás loca! ¡Has roto el espejo! —Lidia se encaró con ella—. ¿Por qué lo has hecho?

—¡Porque así estaremos más seguros! —se limitó a contestar.

27

Despedida

Lidia, eufórica, había dejado atrás su enojo y se preparaba para acudir a la fiesta de su amiga Ruth. Valeria la ayudaba complacida a arreglarse. El fin de semana había llegado y parecía que la normalidad había vuelto a la vida de las hermanas. Sus aventuras en Silbriar permanecían en su memoria como un vago recuerdo. De vez en cuando, Érika nombraba a Silbriar delante de su padre, pero este pensaba que la pequeña tenía una gran imaginación y no le daba importancia. Lo absolutamente increíble era que el tiempo apenas había pasado en la Tierra y que, cuando llegaron a casa, solo habían transcurrido un par de horas. Así que aguantaron la reprimenda de su padre por llegar tarde, sin apenas rechistar.

—¿Seguro que no quieres venir? —le preguntó Lidia mientras salía—. Van a estar todos allí. También Daniel y Nico. Y todo el equipo de baloncesto. Tienes que empezar a hacer vida social o terminarás siendo una ermitaña con treinta gatos.

—Prefiero descansar. Me duelen todavía todos los huesos. ¡Diviértete!

Valeria no podía olvidar Silbriar. Había visto a su madre, había descubierto que descendía de un linaje real y que sus hijos devolverían el trono a la casa de Ela. Pero ni esto último estaba ya tan claro. Las profecías habían cambiado. Había roto el espejo, y debía asegurarse de que jamás volverían a Silbriar. El sonido del timbre la devolvió a la realidad. Valeria, negando con la cabeza, supuso que su despistada hermana se habría olvidado su cartera. Se sorprendió al descubrir a Daniel frente la puerta de su casa. Llevaba unos vaqueros y una camisa abotonada de color rojo. Su flequillo castaño caía descuidado sobre sus ojos grises. Ella reparó en sus ridículas pantuflas y en su jersey descolorido de andar por casa. Tenía el pelo recogido en una castaña poco útil. Muchos cabellos se deslizaban por su cuello, huyendo del elástico. No estaba vestida para recibir visitas.

—¿Puedo entrar?

—Oh, sí…, perdona… No esperaba a nadie… —Su excusa le sonó

patética.

—¿No vas a ir a la fiesta? —Daniel se distraía observando la sala de la casa.

—No me apetece en absoluto. —Comenzó a soltarse la castaña—. Después de que ese lopiard casi acabara con mi vida, un par de tíos borrachos y vomitando por las esquinas es lo último que quiero ver.

Daniel rio. El chico miró fijamente los ojos enigmáticos de Valeria como si quisiera leerlos. Ella apartó la mirada. Y él, sin pensárselo dos veces, se acercó a ella y la besó. Valeria no pudo resistirse al inicio. Después, separó sus labios de los de él.

—Esto no está bien. No podemos… —Él la miró confuso—. Dani, es mejor que dejemos las cosas como están. Lo que pasó en Silbriar debe quedarse allí…

—No te entiendo… ¿Qué ha pasado?

—Hay muchas cosas que no puedo decir, pero sabes que está Lidia. Ella tiene ilusiones y...

—Valeria, a mí no me gusta tu hermana. Las cosas no funcionan así.

—Yo no le he contado nada de lo nuestro, y te rogaría que tú tampoco le dijeras nada —su voz salía entrecortada—. Para ella sería muy duro si nos viera juntos y yo no puedo hacerle eso.

—¿Y qué pretendes? ¿Que como tú me rechazas, me arroje a los brazos de tu hermana?

—No lo entiendes…

—¡Pues házmelo entender! Porque lo único que veo es que tienes miedo. Mientras estuvimos en Silbriar, eras fuerte, valiente… Capaz de enfrentarte a un ejército si era necesario. ¿Qué es lo que ha cambiado? ¿Que hemos vuelto a casa? ¿No quieres que te vean conmigo porque eres demasiado inteligente, o demasiado cobarde? —Resoplaba para intentar mantener la calma—. No, no lo entiendo, Valeria. Tu hermana tiene que crecer. Tiene que entender que, a veces, no se obtiene todo lo que quieres de esta jodida vida. Tiene que asumir las derrotas y disfrutar de las victorias.

—Hice una promesa. —El chico, alzando las cejas, esperó a que continuara—. ¡A mi madre! Debo protegerla.

—¡No siempre estarás ahí para protegerla! —Daniel esperaba su reacción, pero obtuvo silencio—. ¿Y ahora qué, Valeria? ¿Nos saludamos en clase o nos ignoramos como si nada hubiese pasado? ¡Dime tú! ¿Qué tenemos que hacer?

Daniel, enojado, se dirigió a la puerta. No quería escuchar más, había querido abrazarla, confesarle cuánto la quería, pero ella nuevamente lo rechazaba. Sus palabras habían agujereado su corazón esperanzado.

Lastimado no se volvió a mirarla, y ella, impotente, solo pudo

escuchar el frustrante portazo.

—Ojalá pudiera confesártelo todo, pero he hecho una promesa. Debo proteger a Silbriar, aunque para ello tenga que renunciar a ti. —Las lágrimas brotaron de sus ojos—. Ojalá algún día llegues a entenderlo.

Valeria contempló desde la ventana cómo Daniel desaparecía entre las casas. Lloraba desconsolada mientras pensaba en su maestro Aldin, en la encantadora Libélula y en el barrigón de Bibolum. Aunque ella quisiera descifrar las incógnitas de su existencia, debía abandonar la búsqueda.

Había hecho lo correcto. Su madre estaría orgullosa, aunque tuviera que renunciar a él.

La bruja se preparaba ante su tocador para la llegada de unos inesperados huéspedes. Deslizando los huesudos dedos por los cabellos plateados, observaba cómo sus arrugas desaparecían de su rostro cansado y gozaba de nuevo de unas facciones angelicales. Escuchó varios golpes bruscos en la puerta principal y se precipitó hacia ella, ordenándole a sus soldados de piedra que se retirasen. Con los brazos abiertos y una sonrisa de oreja a oreja recibió a sus tres invitados camuflados con harapos que se le antojaron grotescos y en cierto modo repelentes.

—¡Bienvenidos a mi acogedor castillo! —exclamó con un énfasis exagerado.

—Hemos conseguido burlar a la resistencia. Esos malditos magos nos han estado dando caza como si fuéramos liebres para la cena.

Lorius, con semblante serio, se despojó del holgado turbante que cubría gran parte de su cara y siguió a la diminuta mujer hasta el comedor donde los esperaban exquisitos manjares. Los mellizos, fatigados por la larga travesía, tomaron rápidamente asiento.

—¡Has perdido a la chica y ha regresado a su hogar! —le recriminó entre dientes.

—Perdona, querida, si he estado más preocupado intentando salvar mi pellejo...

—Pero ¡nuestro plan...!

—Estoy seguro de que mientras arriesgaba mi vida para llegar a este inhóspito lugar, tú has planificado nuestro próximo movimiento.

—¡Cómo me conoces, Lorius! —Con rostro cándido se llevó la mano al pecho, complacida—. Tus halagos me sonrojan...

Sujetó con garra el escuálido brazo del mago mientras su cara se deformaba en un sombrío espectro.

—¡Voy a traer de vuelta a esa humana insulsa cueste lo que cueste!

Tú y yo tendremos nuestro reino.

Continuará…

Continúa la trilogía en

La reina en el castillo de arena

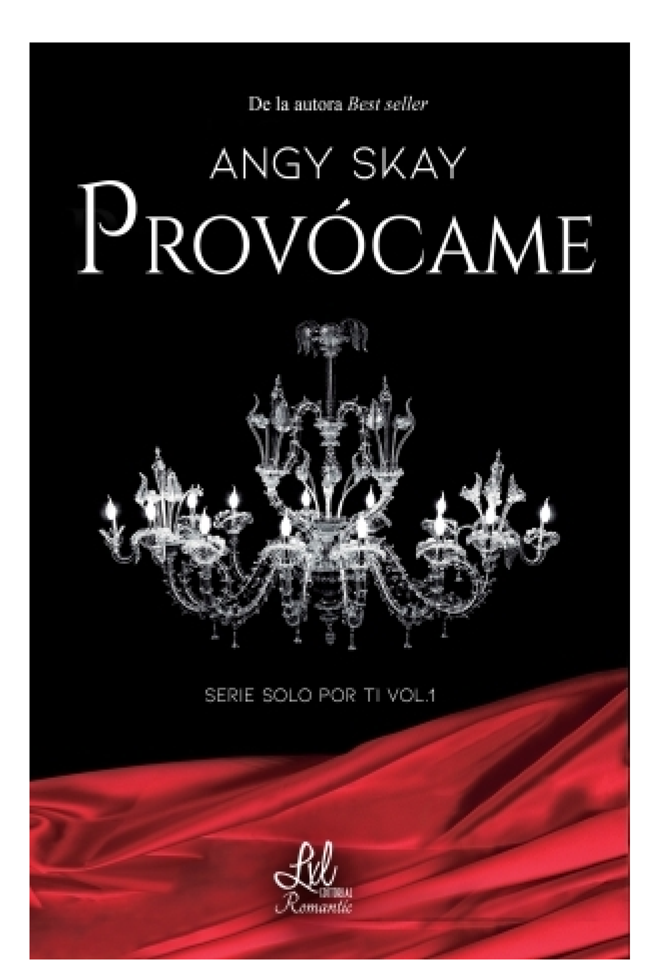
vol.2

Biografía de la autora

Nacida en la isla de Tenerife, licenciada en Artes Escénicas y diplomada en Turismo. Mi afán por aprender idiomas me llevó a vivir en Inglaterra, y posteriormente en Italia. Mi fascinación por otras culturas siempre estuvo unida a mi inquietud por la interpretación y la dramaturgia.

Mi pasión por las artes comenzó desde muy joven. Más que leer libros, los devoraba. Entonces decidí escribir mis propios relatos, para, más tarde, enfrascarme en miles de aventuras interpretando a todos los personajes que creaba.

Al conseguir el primer premio en el I concurso de Relato Corto organizado por la Asociación Down Burgos con *Mi Príncipe Chino*, decidí abrir esos cajones viejos donde había guardado mis obras y sumergirme en la aventura de ser escritora. Actualmente estoy trabajando en otra trilogía juvenil y una novela de misterio adulta. Y ahora, después de presentar *La tienda de los cuentos de hadas,* primer volumen de la trilogía *Crónicas de Silbriar,* finalista en el I Certamen Juvenil de Editorial LxL y seleccionada por Ciif Market, Canary Island Film 2019, para su adaptación audiovisual, llega la segunda parte: *La reina en el castillo de arena.*

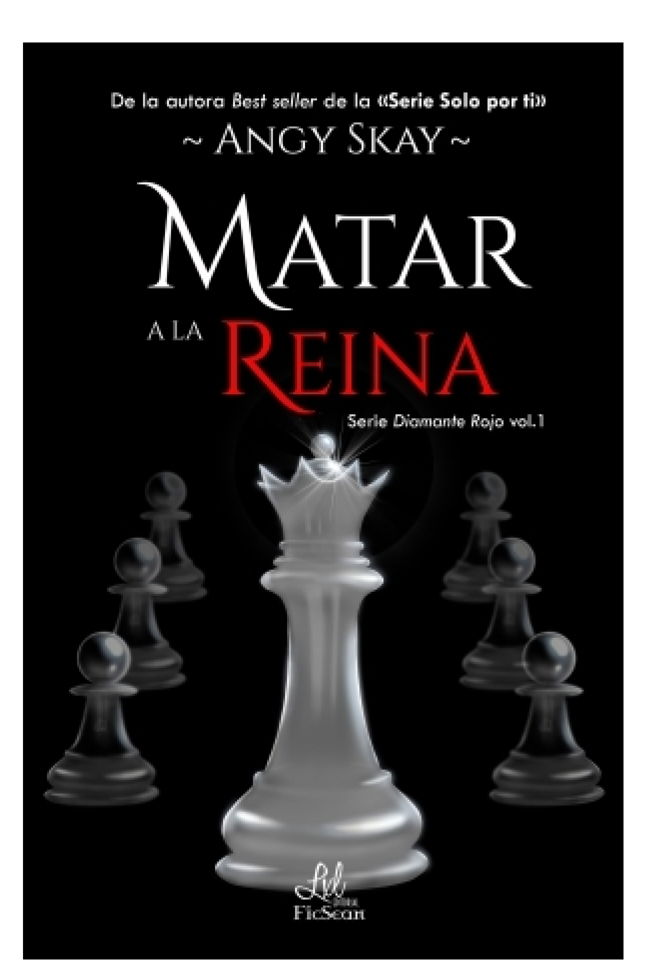

De la autora Best seller
ANGY SKAY
PROVÓCAME
SERIE SOLO POR TI VOL.1
Lxl
EDITORIAL
Romantic

Provócame

Skay, Angy 9788494383212
408 P�ginas C�mpralo y empieza a leer

Bryan Summers es un empresario londinense de prestigio, que decide viajar a Marbella para adquirir una nueva propiedad. Annia Moreno es una mujer independiente que trabaja como personal shopper en la ciudad malagueña. La primera vez que se encuentran, en la puerta de un hotel, Summers no puede evitar sentirse atraído y, aunque ambos han tenido vidas complicadas y ella, además, guarda secretos que pugnan por salir a la luz, se dejan llevar por su instinto y deciden darse una oportunidad. Lujuria, desenfreno y pasión, crearán una mezcla explosiva entorno a una historia de amor. Pero serán vigilados de cerca. ¿Quieres saber algo más? Todo esto y mucho más lo descubrirás en esta fascinante historia. Provócame: el primer volumen de la trilogía Solo por ti. ¿Te atreves a provocarme?

C�mpralo y empieza a leer


De la autora Best seller de la «Serie Solo por ti»
~ ANGY SKAY ~
MATAR
A LA REINA
Serie Diamante Rojo vol.1
FicSean

Matar a la Reina

Skay, Angy 9788417160661
518 P�ginas C�mpralo y empieza a leer

Las alegres navidades de Micaela Bravo se ven interrumpidas cuando, con solo doce años, alguien, a quién creía de su familia, le arranca la infancia acabando con lo que más quiere. Todos sus seres queridos son asesinados sin piedad y, ella, ultrajada y agredida hasta tal punto que sus agresores piensan que han terminado con su vida.
En su último aliento, su alma se impregna de un sentimiento vengativo que la hará tomar las riendas de su vida unos años después, por un oscuro y tenebroso mundo donde las mafias y el peligro son algo constante.
En otra parte del planeta, un asesino a sueldo recibe una llamada que hará cambiar su existencia por completo cuando descubra una lista con seis nombres, teniendo que asesinar a cada persona por orden correlativo, según su antiguo instructor, Anker Megalos.
Matar a la Reina es la primera parte de la serie **Diamante Rojo**, donde la mafia, los asesinatos, la acción y un amor peligroso se juntarán, dándole lugar a las personas que, al parecer, nunca tienen oportunidad de vivir un futuro a su antojo: los villanos.
En esta ocasión, "**El objetivo, eres tú**".

C�mpralo y empieza a leer


De la autora *Best Seller* con la *Serie Solo por ti*
Te robé un beso
ANGY SKAY
SERIE
¿TE ATREVES
A QUERERME?
VOL.1

Te robé un beso

Skay, Angy 9788494383274
333 P�ginas C�mpralo y empieza a leer

Sara Martínez; veintinueve años, soltera, mujer de armas tomar, aunque muy insegura de sí misma. Huye del amor por una turbia relación del pasado y busca una vida normal, tranquila y sin ataduras. Le encanta su trabajo y vivir el día a día junto a su mejor amiga, Patricia.
Cesar Fernández; treinta años, soltero, mirada inolvidable y un cuerpo que incita al pecado. Un Don Juan en toda regla. El típico "chico malo" al que su padre intenta encarrilar, sin éxito alguno. Con una vida desahogada, gracias a un "golpe de suerte".
Sus caminos se juntan sin esperarlo y una atracción letal les arrastra por completo. Lo que Sara no sabe es que César oculta un pequeño secreto que ella jamás esperaría y un encuentro en el pasado que no recordaba.
¿Podrá un ladrón de corazones robarle un beso y derribar las barreras de su corazón?
Comienza la saga *¿Te atreves a quererme?*
Y tú, ¿te atreves a empezarla?

C�mpralo y empieza a leer


De la autora Best Seller
ANGY SKAY
Y QUIÉREME
SERIE SOLO POR TI VOL.2
Editorial Romantic

Y quiéreme

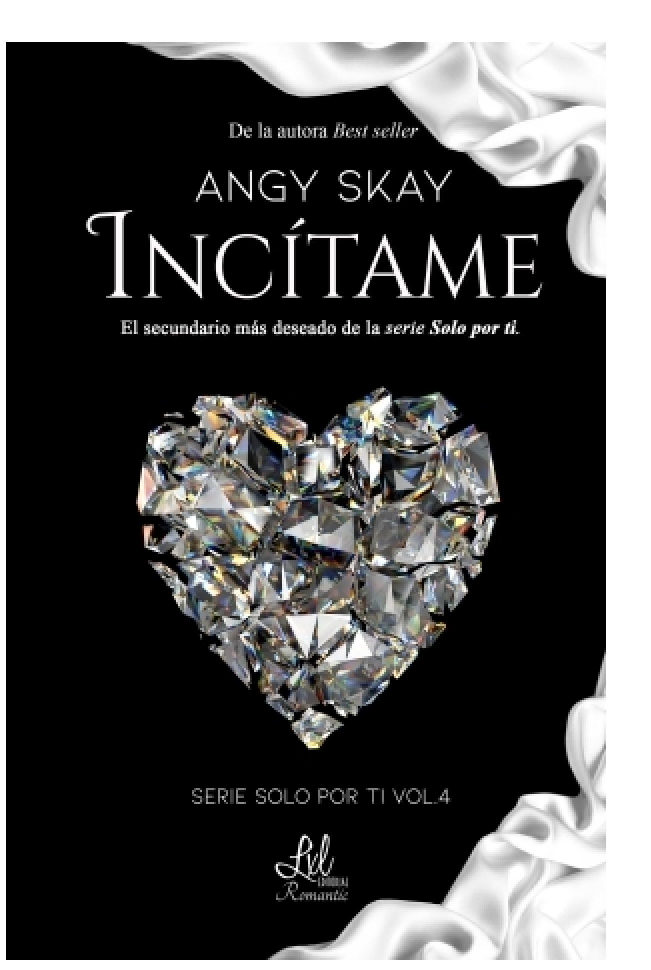
Skay, Angy 9788494383229

417 P�ginas C�mpralo y empieza a leer

Cuando el amor golpea devastadoramente tu corazón y se hace paso sin pedir permiso, la pasión y el desenfreno ciegan detalles muy significativos de una pareja. Detalles que, cuando salen a la luz… Atormentan.
Bryan no podrá vivir sin ella, pero ¿y ella? ¿podrá vivir con inesperados y sorprendentes percances que transcurrirán, dejándola completamente fuera de lugar?
Conoceremos a Annia por completo, pero… ¿Qué pasa con Bryan?
Esta historia abrirá muchos caminos y, con ellos…demasiadas dudas…
Con *Provócame* llega la esperada segunda parte llamada *Y quiéreme* de la trilogía 'Solo por ti'.

¿Podrás quererme?

C�mpralo y empieza a leer


De la autora Best seller
ANGY SKAY
INCÍTAME
El secundario más deseado de la serie Solo por ti.
SERIE SOLO POR TI VOL.4
Lil Editorial Romantic

Incítame

Skay, Angy 9788494436277
408 P�ginas C�mpralo y empieza a leer

El atractivo e irresistible Max Collins, viaja a la ciudad donde su mejor amigo, Bryan, esconde su identidad. En ese trayecto se encuentra con una morena de ojos profundos como la noche, que le hace enloquecer. Tras esa apariencia de hombre noble y romántico, hay un corazón roto... Un corazón, que tendrá que enfrentarse a su mayor temor: el pasado. Un último amor, una familia oculta y un trauma persistente, harán que los días de Max Collins, no sean nada fáciles... ¿Será capaz Max Collins de afrontar todas las trampas que le depara el destino?

C�mpralo y empieza a leer

Sara Maher

La Reina en el castillo de arena

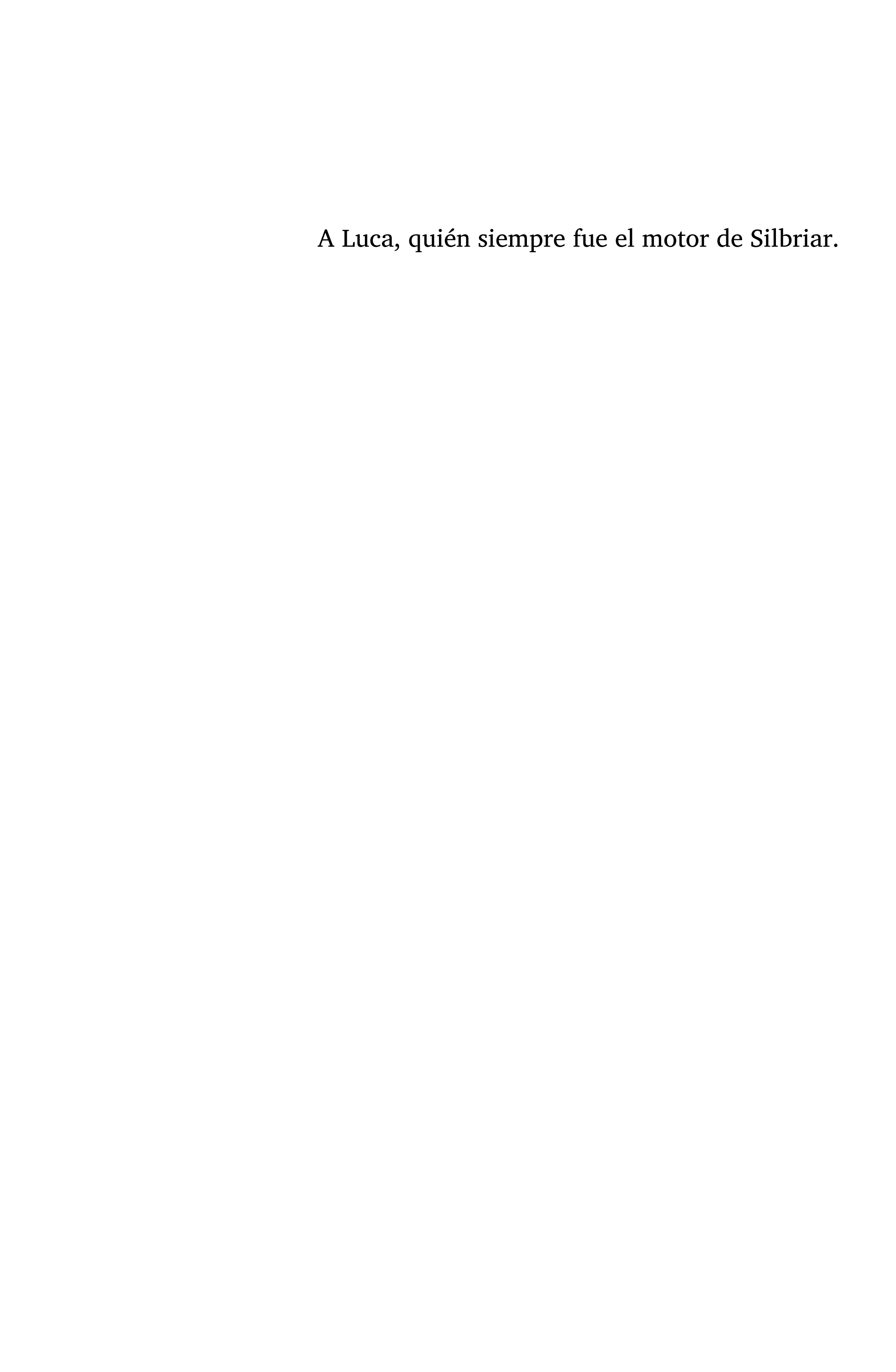
Trilogía: Crónicas de Silbriar Vol.2



La reina en el castillo de arena

www.editoriallxl.com
04240, Almería (España) Primera edición: octubre 2019
Composición: Editorial LxL
ISBN: 978-84-16609-49-9

Índice



A Luca, quién siempre fue el motor de Silbriar.

Agradecimientos

Ni siquiera hace un año cuando me vi forzada a atravesar un espejo, con el alma encogida y la incógnita de adónde me llevaría mi nueva aventura. Nunca pensé que Silbriar se convertiría en una parte importante de mi vida y que yo sería un personaje más, la narradora invisible de todo lo que acontecía en ese mundo de fantasía que creé años atrás. Por eso agradezco de corazón a todas las personas que con palabras de aliento me instaron a continuar, a cruzar el portal sin miedo y poder disfrutar así de la enorme satisfacción que es plasmar muchas vidas en un puñado de folios blancos impacientes por ser leídos.

En primer lugar, gracias a mi gran familia por confiar en mí, y brindarme la mano para acompañarme en el camino. Si los **dragones** existieran, Luca encarnaría uno, el más emprendedor y protector por excelencia. Y, sin duda, Sam portaría una **capa,** porque me recuerda cada día que la magia existe. Una **corona** se merecen mis padres, Tomás y Siona, por su paciencia y entrega; a su lado se encuentran mis hermanos, fieles **escuderos:** Anabel y Nico. Porque siempre están ahí, gracias a mis amigas incondicionales, mis sinceras **hadas:** Elsa, Carolina y María, siempre dispuestas a escuchar mis batallitas.

Gracias también a todos mis amigos, a los de toda la vida, a los nuevos, a los que nunca se fueron y a aquellos con los que he me reencontrado. Me gustaría mencionarlos a todos, pero esto terminaría siendo una «historia interminable».

A Anzar, mi particular **Peter Pan,** que siempre me brindó su hogar lleno de fantasía. Nunca dejes de volar.

A May, una **Bella** poética, capaz de traspasar las páginas de los libros y vivir en ellas.

A una familia de genios insólitos, los **Vilageliu,** el arte es inherente a ellos tanto como su disponibilidad y su generosidad.

A **Mary Poppins,** mi profesora Isabel Delgado, quién me mostró que los sueños pueden hacerse realidad. Impartes vida.

A Lori, mi **brujita blanca,** que con sus buenos consejos me cuida para que no dé un paso en falso.

A mi Déborah, mi **Libélula,** te enamoraste de Silbriar porque tú eres pura magia.

A una **Rapunzel** guerrera, MJ, ejemplo de valentía y al mismo tiempo de humildad. Juntas llegaremos hasta el final.

A Samuel y Yurena, que, como **Hansel y Gretel,** aunaron fuerzas y construyeron su propia casita de chocolate. Gracias por invitarme a ella y enseñarme el sendero con miguitas de pan.

A un **artesano** con manos de cirujano y alma de músico, Laure, gracias por ofrecerme tu ayuda cuando estaba perdida.

A un gran **mago de los elementos,** mi amigo Tana, porque todo lo que conjura lo convierte en arte. Gracias por ese café eterno.

A mi nuevo grupo **Dragones** de gofio y tinta, porque la fantasía canaria viene pisando fuerte.

En mi corazón porto a todos mis compañeros, que aunque ahora no pueda disfrutar de su compañía a diario, muchos me siguen recordando que fui parte de un capítulo inolvidable. Y ellos permanecerán en mi memoria como los grandes **elfos** del aire. Mar, tenías razón, hay vida aquí fuera. Gema, aunque no lo creas, siempre fuiste un **hada**.

Mi más sincero agradecimiento a todos los libreros/as que han confiado en esta aventura mágica y que han hecho un hueco en sus escaparates a Silbriar. Sin olvidarme de todos los lectores que han disfrutado de *La Tienda de los cuentos de hadas,* y que, emocionados, me han pedido más aventuras. Gracias a todos por ser entusiastas, apasionados, y haber dejado que la magia de este mundo siga floreciendo.

Y por último este viaje emocionante no habría sido posible sin el apoyo incondicional de mi nueva familia, Editorial LxL. Gracias a todos los departamentos que han colaborado en este proyecto, a todos los compañeros que he tenido el placer de conocer, y que con su pluma y creatividad le dan color al mundo. En especial, por su labor, a Mercedes, el **hada madrina** que custodia con su varita a sus ingeniosos pupilos. A Angie, una **Wendy** intrépida capaz de ahuyentar las nubes de un horizonte incierto con un soplo. A Marisa, una divertida **Alicia** que consigue ver más allá de lo que la realidad nos presenta. Y a mi dulce **Campanilla,** Noelia, que transforma en mágicas las palabras que recibe y te las devuelve con dulzura.

Todos hemos combatido alguna vez contra nuestros propios **Jinetes,** y he comprendido que no existe la rendición, ni siquiera la derrota, solo la experiencia de habernos levantado, sacudido el polvo y seguir luchando por tu propio camino. Tu sueño.

Parte 1

Portal a Silbriar

Rutina

Alzó levemente la barbilla, apoyándose con suavidad el lápiz en los labios. La pregunta había sido clara: ¿A qué llamamos superfetación? Un alumno avispado se adelantó a levantar la mano antes de que ni siquiera ella pudiera reflexionar sobre la respuesta. Desvió entonces su mirada a la ventana situada a su izquierda. Decenas de estudiantes se aglomeraban en las escalinatas. Algunos corrían con los libros bajo el brazo, otros conversaban y reían mientras sacaban sus paraguas, los más despistados observaban cómo las gotas comenzaban a golpear con fuerza sus rostros. Estaba siendo un otoño extremadamente lluvioso. El frío lograba calar los huesos, y los abrigos apenas podían proteger los cuerpos temblorosos del incesante viento.

Valeria sonrió de medio lado. Adoraba esos días grises y monótonos sin ningún tipo de sobresaltos. Los alumnos simplemente conversaban sobre el interesante profesor de Anatomía. Sus clases amenas enganchaban hasta a los más apáticos en el apasionante mundo del desarrollo embrionario. En los pasillos se comentaba el reparto de tareas para el próximo trimestre o los inminentes exámenes parciales, y en la cafetería, los compañeros charlaban sobre sus compras del fin de semana anterior, de sus salidas, de sus encuentros casuales o de su aburrida vida hogareña. Y todo esto era música para sus oídos. Se encontraba en un ambiente de excelencia cultural, de aprendizaje sublime, pero, sobre todo, de auténtica normalidad.

Atrás habían quedado las guerras ajenas, los objetos mágicos y la búsqueda angustiosa del espejo que los devolvería a casa. Silbriar era ya un vago espejismo que de vez en cuando la atormentaba en sueños, pero incluso esas pesadillas ya no eran tan frecuentes. Había decidido no mencionar la aventura vivida a sus hermanas, y ellas tampoco parecían interesarse mucho por la historia. Alguna que otra vez, Érika hacía un dibujo que podría reflejar los parajes sobrenaturales del otro mundo, sus cascadas infinitas, los atormentados acantilados azotados por un mar embravecido, los enigmáticos campos de colores donde colonias de extraños animales construían su hogar, pero nada más. Silbriar no era sino una anécdota que terminaría por desaparecer con el paso del tiempo, y eso la aliviaba enormemente.

Observó la vasta arboleda que se extendía por los jardines y suspiró. Existían también lugares bellos en este mundo, caprichos de la naturaleza que resultaban imposibles, casi mágicos, de los que poder disfrutar, pero también era consciente de que el mal no solo tenía su morada en el otro mundo. En una esquina cualquiera, en la

calle más familiar, podía acechar un peligro, y ella lo conocía de sobra. La muerte de su madre pesaba todavía sobre su alma, y sabía que el dolor de su ausencia no se mitigaría jamás.

Caminó junto a sus dos nuevas amigas de la facultad, Rocío y Almudena. Con ellas pasaba la mayor parte del tiempo en ese imponente edificio de cemento. Su compañía era agradable y sincera. La primera tenía un carácter más sosegado, en cambio, Almudena era más dicharachera y ocurrente, pero ambas le aportaban a Valeria algo que había perdido hacía tiempo: amistad.

Corrieron con nerviosismo hacia los listados que colgaban de la pared. Hacía dos semanas que esperaban conocer los equipos formados para el trabajo de Fisiología del profesor Palenzuela. Valeria, de puntillas, trataba de encontrar su nombre entre los numerosos alumnos que ansiosos se agolpaban para mirar aquellos folios.

—Estamos juntas, tía —saltó Almudena, abrazando a Rocío—, y con otra que se llama Catalina, que no tengo ni idea de quién es.

—Lo siento. —Rocío agarró la mano de Valeria—. Es una pena que no estemos las tres juntas. Me hacía mucha ilusión… Pero a lo mejor puedes cambiar.

—Te ha tocado con un tal Jonay. ¿Qué clase de nombre es ese? ¿Sabes quién es?

Negó con la cabeza. No tenía relación con todos los compañeros de la clase, ya que eran demasiados. Se había aprendido algunos nombres, pero ese concretamente no lo asociaba con ninguno que conociera. Rezó para que no se tratase del extraño alumno que se sentaba en primera fila y moqueaba continuamente. Preocupada, mordisqueó su labio inferior. Realizar un trabajo con un completo desconocido no era algo que la entusiasmara.

Se dejó caer en uno de los bancos de la cafetería. Rocío le lanzó una mirada compasiva. Era evidente que su rostro estaba siendo muy transparente, así que intentó relajarse, aunque sin mucho éxito.

—Hay un chico que te mira con ojos de «cachorrito necesita cariño».

Almudena hizo que desviara su atención hacia los estudiantes que hacían cola en la barra. Enseguida divisó al muchacho al que se refería su amiga. Él la saludó, y no pudo evitar sonrojarse ni bajar la cabeza para que nadie advirtiera su incomodidad. Al alzarla de nuevo, descubrió al chico plantado frente a ella con una bandeja, y sin ser invitado, tomó asiento.

—Creo que estamos juntos para lo del trabajo. Soy Jonay, por cierto. Vamos a tener que ponernos manos a la obra si queremos sacar buena nota.

Tenía una dentadura perfecta, casi de anuncio. Su sonrisa

inmaculada contrastaba con su bronceado de envidia. Su cabello azabache se ensortijaba alrededor de sus orejas y caía como caracoles sobre su frente amplia. Pero si algo destacaba de ese rostro anguloso eran sus ojos, puros como dos esmeraldas sin esculpir. Rocío parecía embobada ante su presencia. Almudena, que siempre escupía frases sin mesura, había enmudecido, y Valeria procuraba mantener el talante ante el descaro de sus dos amigas. Apenas escuchaba lo que decía. Hablaba del tema a elegir, de los ratos libres disponibles para poder trabajar juntos. Por fin pudo concentrarse en su voz. Era melodiosa, y su acento no era del lugar. Aspiraba las eses, no pronunciaba las zetas y hablaba pausado pero con tono enérgico al mismo tiempo.

—¿De dónde eres? —soltó sin más—. Es evidente que no de por aquí.

Jonay se sorprendió ante la pregunta, la cual consideraba impropia en aquel preciso momento. Valeria había permanecido callada hasta entonces, escrutándolo con la mirada. Él supuso que estaría preocupada por el enfoque del trabajo, no que lo estuviera examinando sin ningún tipo de reparo. Aun así, decidió seguirle el juego:

—Soy de Tenerife, de un pueblo llamado Tacoronte, que dudo que conozcas. —Se apoyó en el respaldo y cruzó los brazos, observando a cada una de las chicas.

—Ah, por eso tu buen color de piel. Mucho sol, mucha playa… —Almudena había decidido abrir su boca.

—Hago *surf*; me relaja. Siempre que tengo un rato, voy a coger olas.

—¡Un futuro médico surfero! Eso mola mucho.

—Y como pretendo llegar a ser un buen médico, quiero hacer bien este trabajo —soltó, forzando una sonrisa de oreja a oreja.

—Perdona, no quería ser una entrometida —se disculpó Valeria—. Me ha llamado la atención tu acento… Mi padre es valenciano, pero se mudó por trabajo hace muchos años, así que prácticamente me he criado aquí.

Jonay agradeció su gesto con una mirada cómplice y, golpeando suavemente los nudillos sobre la mesa, se incorporó.

—Seguimos en contacto. Ya me dejarás tu número de móvil. Vamos a quedar mucho este curso —soltó, fingiendo un suspiro de resignación.

Las tres amigas contemplaron boquiabiertas la espalda ancha y los andares chulescos del muchacho. Él era consciente de que lo observaban, por lo que aguantó el porte con gracia hasta doblar la esquina.

El último rayo de luz se desvanecía en el horizonte cuando llegó a

casa. Las nubes grises dejaban morir el día creando una penumbra que se reflejaba en su estado de ánimo. Estaba agotada. Había recibido demasiada información en muy pocas horas. Sus dedos todavía temblaban por el trabajo al que los había sometido el doctor Bacallado, profesor de Anatomía. Escupía las palabras como un torrente explosivo desgarrado y sin control. Se dejó caer en el sillón y soltó todos sus apuntes. Daba gracias a que el día hubiera llegado a su fin, pero temía que el siguiente fuera peor. Se permitió entornar los párpados unos segundos y se descalzó. ¡Demasiadas horas fuera de casa! Tenía los pies guisados, casi no los sentía.

—Tienes cara de tonta ahí tumbada en el sofá con los folios desparramados por el suelo. Solo te falta la baba…

—¡Ay, Dios! —Valeria se apresuró a recoger sus apuntes. Entró en pánico pensando en que tendría que ordenarlos durante la noche. Al terminar, masajeó con dureza su frente, y entonces se percató de los movimientos de su hermana. Lidia corría de un lado para otro, metiendo cosas en su bolso—. ¿Vas a salir?

—A una fiesta de cumpleaños.

—¿Y de quién?

—Pues no lo tengo muy claro. Un amigo de un amigo que invitó a otro… Ya sabes cómo va eso.

Valeria no tenía ni idea de a lo que se refería ni tenía intenciones de seguir preguntando. Su hermana se había convertido en una persona sociable, increíblemente admirada por muchos en el colegio. Y lo que era más importante: había conseguido tener una vida propia; así no interfería en la suya. Era feliz, rebosaba energía y disfrutaba de la compañía de sus amigos sin complicarle a ella su existencia.

—¿Papá te ha dicho a la hora que tienes que volver?

—Sííííí, aguafiestas… —Molesta, se sentó junto a Valeria, lanzando una mirada incisiva—. ¿Y a ti qué te pasa hoy?

—Nada, que me han puesto otro trabajo. —Apoyó la cabeza en el sofá como si así consiguiera aliviar la carga—. La universidad es más dura de lo que esperaba. ¡Mi tiempo libre ya está ocupado durante los próximos diez años! Y ahora tengo que arañar horas para quedar con ese chico. —Lidia frunció el ceño de forma interrogante. Su hermana tenía la mala costumbre de parar cuando la historia se ponía interesante—. Con un compañero de clase, un completo desconocido.

—¡Ja! ¡Lo sabía! Y te ha entrado urticaria porque eres incapaz de relacionarte. Terminarás siendo una de esas viejas deprimentes con mil gatos. —Dejó escapar un suspiro de resignación—. ¿Has dicho compañero? ¿Chico? ¿Es guapo?

—Es… bastante agradable…

—¿Qué clase de descripción es esa?

—Demasiado encantador para mi gusto. —Comenzaba a

incomodarse—. Seguro que oculta algo, como un harén lleno de novias sumisas.

—Para ti todos son demasiado buenos, demasiado listos, demasiado tontos o demasiado habladores. Hermana, no te fías de nadie. No se puede ir así por la vida —le dijo mientras se alzaba—. Recuerda a la vieja de los gatos.

—¿Qué haces todavía aquí? ¿No tenías que irte? —Valeria no estaba de humor para los sermones de su hermana.

—Sí, pesada, van a venir a recogerme Ruth y Nico.

Sintió un vuelco en el estómago. El corazón comenzó a bombearle a un ritmo incontrolable, quizá porque su respiración se había parado en seco e intentaba recobrar el equilibrio de los sentidos. ¿Nico? ¿Nuestro Nico? Ignoraba que Lidia mantuviese el contacto con los hermanos Morales. Quizá no se tratase del mismo Nico, pero el tono familiar que ella había utilizado hizo que algunos fantasmas del pasado la abordasen sin piedad alguna. ¡Nico!, el chico inseguro que había mostrado un gran valor en Silbriar apartando su timidez y enfrentándose a los temibles soldados oscuros en la batalla final. ¡Dios! Otra vez su mente la hacía viajar por los parajes insólitos de aquel lugar…, y dos veces en un mismo día. Aquello estaba siendo una casualidad molesta.

Se castigó a sí misma por rememorar el pasado. Le había hecho una promesa al gran mago: debía alejar a Lidia de Silbriar para siempre, si no, un mal terrible volvería a fraguarse sobre sus habitantes. Y por ello había roto el espejo de la tienda de magia, para evitar que alguien pudiera cruzar al otro lado. Aquello había supuesto para ella un esfuerzo enorme. Odiaba admitirlo, pero allí, a pesar de todos los infortunios, de todas las luchas, se había sentido libre. Y durante meses luchó contra la culpabilidad que la golpeaba incesantemente por haber destrozado el único vínculo que conservaba con su madre. Había descubierto que ella había sido también una descendiente, que su linaje ancestral traspasaba mundos y que, de alguna manera, mantenían viva la magia.

Sí, su alma se había fragmentado en pedazos al ver el espejo hecho añicos, pero se había recompuesto. Lo había hecho por un propósito mayor: debía mantener a salvo no solo a los habitantes de Silbriar, sino a sus hermanas. Ahora tenía otra meta en su vida: soñaba con ser médica, y no una cualquiera, sino una cirujana. Pero para ello debía invertir todos sus esfuerzos en terminar la carrera que apenas había comenzado. Y esperaba que ellas hicieran lo propio, que buscaran algo en este mundo que las hiciera felices.

Levantó la barbilla y contempló el rostro indiferente de Lidia. Parecía que hubiese escuchado sus pensamientos más íntimos.

—Sí, Nico —afirmó resuelta—. Como nunca te enteras de nada, te

informo de que ahora es el novio de mi amiga Ruth. Sí, se lo que estás pensando: «¡¿Cómo ha podido ocurrir esto?!». Yo tampoco lo entiendo. Las flechas de Cupido creo que disparan sin mucho acierto. Llevan unos meses juntos, y ahora tengo que fingir simpatía porque lo veo casi a diario en el instituto. Pero así es la vida, una tiene que…

Unos golpecitos suaves en la puerta interrumpieron su discurso, y corrió al baño para darse los últimos retoques antes de salir. Érika se asomó desde la cocina y se encaminó a la puerta. Su rostro se iluminó al ver a Nico, y ambos se fundieron en un largo abrazo.

Valeria había palidecido. Había pasado mucho tiempo, más de un año si contaba los meses. Observó al chico de arriba a abajo. Sí que había cambiado. Estaba más guapo, sus granos habían desaparecido y su corte de pelo era más moderno y acorde con sus facciones. El muchacho delgaducho y miedoso irradiaba ahora seguridad.

Lo saludó con una sonrisa tierna que él le devolvió.

—¿Cómo estás? —se atrevió a preguntarle.

—No puedo quejarme —le contestó él con desparpajo—. Lidia me ha contado que estás estudiando Medicina. Tú siempre queriendo salvar al resto…

Apartó la mirada, avergonzada. Quería hacerle tantas preguntas, abrazarlo, contarle que no lo había olvidado… Nico siempre había sido sincero con ella, y ella lo había apartado de su vida, había roto con todo lo que tuviera que ver con Silbriar. Y, muy a su pesar, eso lo incluía a él también. Pensó en Daniel. Ignoraba qué habría sido de él, si seguiría jugando al baloncesto o habría entrado en la facultad de Derecho, como su padre quería.

Volvió a mirar a Nico, y ahora que lo tenía delante, un nudo en la garganta le impedía expresar todos sus sentimientos, explicarle todas las contradicciones que había experimentado al volver a casa. Quiso decirle que lo echaba de menos y que sentía mucho que su promesa hubiera acabado con su amistad.

Estaba a punto de romper su silencio cuando Ruth entró en la casa vociferando en busca de Lidia.

—Dani se está tomando un año sabático, y eso está desquiciando a mis padres. Coge la moto y desaparece todo el día. Se ha vuelto un ermitaño —le comentó sin que ella le preguntase—. Bueno, tiene una novia llena de tatuajes, que es el colmo para mis padres. No creo que esa Irene le convenga. Se dedican a hacer el vago todo el tiempo.

—No sabía que…

—¡Ya está! ¡Nos vamos! —anunció Lidia—. No quiero llegar tarde. Adiós, hermanitas.

Cerró la puerta sin permitir que pudieran despedirse. Érika volvió canturreando a la cocina, pero ella se quedó allí, petrificada, sin poder dar un paso. Los fantasmas volvían, y no sabía cómo hacerlos

retroceder. Había sido tan injusta con Daniel… Durante semanas, estuvo tentada de coger el teléfono y llamarlo, de ser sincera y contarle toda la verdad. Pero temía que deshacer un juramento trajera consecuencias nefastas para la familia. Lidia lo amaba, y ese amor la acercaba a Silbriar. Debía alejarlo de sus vidas, tenía que destruir cualquier atisbo de esperanza que pudiera albergar su hermana. Daniel había sido honesto con sus sentimientos, y ella los había despedazado como la villana del cuento. Había negado los suyos y los había encerrado en un cajón polvoriento del desván, donde nadie nunca pudiese liberarlos.

Pero Nico, con su presencia, había abierto todas esas heridas que jamás fueron curadas y que el paso del tiempo se había encargado de transformar en cicatrices maltrechas. Todos habían continuado con sus vidas después de Silbriar, y ella, muy a su pesar, volvió a recordar que Daniel era un capítulo concluido y que también debía pasar página.

Nims

No conseguía despegar los párpados, pero tampoco oponía demasiada resistencia para que continuaran cerrados, aunque el despertador estaba atornillándole la cabeza. Ese cruel sonido estridente ponía fin a un sueño sosegado. No quería levantarse, no quería ir a clase; quería seguir sintiendo el calor de las sábanas en su piel y olvidar que un nuevo día comenzaba. Cubrió aún más su cuerpo con la manta y se encogió hasta conseguir la posición fetal. Respiró tres veces profundamente, tratando de evocar la última imagen de su sueño. Recordaba el caballo blanco galopando por la arena dorada de una playa infinita. Ella remojaba los pies en el agua inmaculada, saltaba y reía mientras alguien la sujetaba por la cintura. Casi podía olerlo. Tenía el aura de un caballero valiente que acudía para rescatarla de su vida descafeinada. Giró la cabeza y alzó la barbilla con el deseo de robarle un beso. El intenso sol la cegaba y apenas podía vislumbrar su rostro. Decidió acercarse un poco más. Ya casi podía apreciar sus facciones, sentía su aliento rezumar en su cuello…

—¿Quieres levantarte ya? Vamos a llegar tarde.

Érika le había lanzado una almohada a la cara. Casi la fulminó con la mirada. ¡Había estropeado su sueño! Estaba a punto de besar a un chico misterioso e indudablemente atractivo y, ¡zas!, todo se había desvanecido antes de que pudiera siquiera preguntarle su nombre. Se sumergió aún más entre las sábanas mientras profería gruñidos y resoplidos continuos.

—Eres una vaga. Papá dijo que podías ir al cumpleaños si hoy me ayudabas a prepararme para ir a clase.

—Enana, tú sabes hacerlo todo solita, así que déjame en paz y vete a revisar la mochila.

Érika no se movió de allí. Ahora compartía habitación con Lidia, y no le importaba demasiado, pero su hermana se quejaba continuamente. Empezó a canturrear mientras balanceaba los pies hacia adelante y hacia atrás. Lidia se movía histérica de un lado al otro de la cama. ¿Por qué Valeria tenía que ir a la universidad? Ahora ella debía encargarse de la pequeñaja, de vestirla, de asegurarse que desayunara, de llevarla al cole y volver con ella sana y salva. Todo eso le consumía mucha energía, tanta que después no tenía ganas de ponerse a estudiar.

Por fin, salió de su cueva y contempló el rostro incandescente de su hermana. No dijo nada, solo se limitó a ignorarla y se dirigió al baño. Se contempló entonces en el espejo; demasiadas legañas, ojeras

terriblemente acusadas y cabello enmarañado como un nido de mirlos. Nada fuera de lo habitual. Miró el reloj. Tenía cinco minutos para arreglar aquel desastre. No era mucho tiempo, pero sí el suficiente para hacer un apaño. Contaba con lo justo: abundante agua, un cepillo y un coletero. Decidió que cogería algo de la cocina y desayunaría por el camino.

Iba a ser un día interminable. Arrastraba los pies como si fueran de plomo. De vez en cuando bostezaba sin tener en cuenta la presencia del resto del alumnado. Había descansado poco y un peso demoledor se había adueñado de su cabeza. El bullicio de la gente resonaba como el graznido de un millón de cuervos desafinados revoloteando a su alrededor, y por mucho que tratara de espantarlos, no lograba alejarlos.

Entró en la clase como un espectro pasajero que vagaba por las instalaciones sin rumbo alguno. Todos le sonrieron, ni uno solo se atrevió a mirarla con desagrado. Recordó entonces las miradas indiferentes y los cuchicheos continuos del curso anterior. Ya no era esa chica huérfana y desarraigada que suscitaba burlas. Su conocimiento de la existencia de otros mundos donde la magia era posible y su participación en el derrocamiento de un brujo tiránico le habían infundado coraje para enfrentarse a un par de alumnos agresivos que ocultaban un profundo sentimiento de inferioridad.

Había comprendido que el terror a ser excluido y a no formar parte de un grupo social llevaba a muchos a apilarse alrededor de un ser despreciable que los manejaba como monos de feria. Ella había sido la diana de sus frustraciones y de su carencia de personalidad. Había odiado aquel colegio, había deseado que ardiera hasta que se consumiera el último banco abandonado en el trastero al que nadie entraba. Pero ya no tenía miedo. Aquellas paredes amarillentas eran ahora su segundo hogar. Contaba con un grupo de amigos con los que reía y compartía infinidad de momentos, fueran memorables o simplemente una anécdota sin futuro.

Sí, estaba agradecida por aquel año lleno de intrigas escolares y aventuras entrañables, aunque ya no existiera la magia en su vida. «Magia», con letras mayúsculas, porque sí disfrutaba de momentos que podían ser calificados de mágicos: una acampada contemplando el brillo efímero de una estrella fugaz, un partido de baloncesto animando a sus compañeros desde la grada mientras se zampaba un saco entero de palomitas o admirando a una bella mariposa revoloteando alrededor de su sauce. Sí, su vida había cambiado, y estaba orgullosa de ello.

Soltó un sonoro suspiro que llamó la atención de su profesora de Literatura, quien la recriminó con una mirada de soslayo. Lo que no había cambiado eran sus notas desastrosas y las continuas llamadas de

atención de su tutora. Al regresar a casa, combatió su intenso sueño ocultándose otra vez bajo las sábanas. Durante un instante deseó encontrarse de nuevo en aquella playa paradisíaca junto al caballero andante misterioso, pero apenas pudo concentrarse en la escena del beso, ya que, incluso antes de volver a sentir el frescor del mar en sus pies, se quedó dormida profundamente.

Ignoraba cuánto tiempo llevaba en la cama; dos horas, quizá más. Escuchaba los pasos ligeros de su hermana en la planta baja, a Rosa con los platos en la cocina y a su padre hablando por teléfono. Este había reducido su horario laboral considerablemente. Quería pasar más tiempo con sus hijas, sobre todo desde que Valeria había iniciado la universidad, ya que era la que llegaba más tarde. Mucho papeleo lo realizaba desde casa, pero las llamadas eran continuas y se encerraba en su despacho durante horas. Lidia lo admiraba. A pesar de ser un hombre muy ocupado, procuraba mantener las riendas del hogar y dedicarles tiempo a ellas.

Volvió a girarse, buscando una posición más cómoda, y fue entonces cuando oyó un tintineo a los pies de la cama. Lo ignoró, pensando que se trataba de otra de las travesuras de Érika, y concentró todo su esfuerzo por enésima vez en volver a dormirse. Pero el tintineo no cesaba. Era tan molesto como el sonido de una docena de campanas chocando unas con otras sin parar.

Apartó con brusquedad las sábanas que la cubrían, dispuesta a hacer añicos lo que fuera que estaba irritándola, pero no vio nada. Buscó por toda la habitación, imaginando que algún juguete de su hermana continuaba encendido oculto en algún rincón, pero no encontró ninguno. Confusa, sentada en el borde de la cama, llamó a Érika repetidas veces. Entonces, sorprendida, vislumbró cómo un pequeño arcoíris comenzaba a tomar forma alrededor de la ventana.

Descalza, se acercó a ella. Pensaba que quizá fuera el reflejo de la escasa luz del atardecer sobre el cristal, aunque su mente le repetía que era una deducción poco coherente. Acercó su mano hasta casi rozar los intensos colores que desbordaban sus sentidos y, cautelosa, posó los dedos en él traspasando el extraño reflejo. Sin embargo, comprobó estupefacta que mientras que en la palma de la mano los colores se reflejaban con naturalidad, al otro lado del arcoíris, los dedos se habían tornado dorados y brillaban emitiendo miles de destellos. Los movía curiosa, admirando la estela que dejaba tras ellos.

—Me estás haciendo cosquillas en la barba —escuchó atónita.

Lidia cayó hacia atrás al oír aquella voz resonar en el cuarto. Ahora sí que estaba asustada. Tragó varias veces saliva mientras intentaba en vano incorporarse. Una silueta empezó a tomar forma entre el centelleo del arcoíris. ¡Dios, había luchado contra cientos de lopiards y ahora estaba aterrada por la aparición de una figura colorida!

—¿Quién eres? ¿Qué… quieres? —logró balbucear—. Te advierto que tengo muy mala leche.

—Ignoraba que los humanos poseyeran tal cualidad.

Un hombrecillo que apenas llegaba al metro de altura, ataviado con mallas rojas y una casaca azul, apareció ante ella con talante sosegado. Lidia lo reconoció al instante. Su espesa barba blanca terminaba en forma de pico en la cintura, y sus cejas pobladas no llegaban a oscurecer el intenso azul de sus ojos. Solo echó en falta el largo cucurucho que solía cubrir su melena plateada.

—¡Nims! ¡No puedo creérmelo! —Perpleja, mantuvo los ojos abiertos, temiendo cerrarlos por si se tratara de una alucinación—. ¡¿Qué haces aquí?! ¡¿Cómo has llegado?!

—He venido a pedirte ayuda. —Su semblante alegre se tornó serio —. He viajado a través del arcoíris con la ayuda de algunos seres mágicos. Mi pueblo corre peligro. Estamos al borde de la extinción. Nos hemos ocultado con la esperanza de no ser encontrados. Pero sabes que no somos guerreros, no sabemos defendernos, y tú eres una descendiente. Nosotros te ayudamos cuando sucumbiste al efecto de aquel veneno, por lo que ahora te pedimos que nos devuelvas el favor, hija de Silbriar.

—¿Quién os persigue? ¿Ha vuelto Lorius? Ya lo derrotamos una vez. Volveremos a hacerlo si es necesario.

Lidia se hinchó de valor. Tenía que urdir un plan rápidamente. No podía denegarles el auxilio a los gnomos que tan hospitalarios habían sido con ella. Así que debía reunir al equipo con premura. No tendría ningún problema con Nico y Érika, pero ignoraba dónde podría encontrarse Daniel o si aceptaría regresar a Silbriar de buen grado. Valeria sería su mayor obstáculo. Ella odiaba todo lo relacionado con ese mundo. Era tan orgullosa que había decidido solita romper el espejo. ¿El espejo? ¿Cómo iban a cruzar? ¿Podrían viajar todos en un arcoíris? De repente, todo su coraje empezó a desinflarse. Abatida, se dejó caer en la cama.

—Nims, ya no existe el espejo. ¿Cómo vamos a llegar hasta allí? ¿Cómo ha conseguido Lorius hacerse de nuevo con el poder? ¿Y por qué no te ayuda la comunidad de magos?

—¡Ellos no pueden hacer nada! —El gnomo comenzaba a agitarse —. No puedo daros muchas explicaciones ahora, no me queda tiempo. Tienes que dirigirte a estas coordenadas. Allí hay un portal. —Sacó un trozo de papel de su bolsillo y se lo entregó—. Tienes que seguir las instrucciones y…

Antes de que pudiera terminar la frase, el gnomo desapareció, para su disgusto, tras una cortina de humo cobrizo. Tenía tantas preguntas, tantas dudas sin resolver…

Nerviosa, caminó de un lado a otro durante unos minutos. Debía

calmarse y pensar con claridad. Ella era una descendiente. Había jurado defender la magia y protegerla de los tiranos. Lorius era cruel. Muchos habían sido asesinados bajo su mandato. Instauró el terror y prohibió la magia bajo pena de muerte. ¿Qué tenía que hacer primero? ¿Cómo afrontar aquella situación? Parecía que su corazón fuese a estallar. Latía a un ritmo inusual, tanto que pensó que en cualquier momento saldría disparado atravesando la pared. Respiró hondo y apretó y aflojó los puños un par de veces. Nims había hecho un largo viaje desde Silbriar y no podía defraudarlo.

Corrió hasta el patio y rebuscó en el cuarto de las herramientas hasta encontrar la bolsa que con sumo cuidado habían escondido un año atrás. Una leve sonrisa se dibujó en su rostro al contemplar los preciados objetos. Ya no recordaba cuándo había sido la última vez que había calzado los zapatos de cristal transparentes, y se quedó pasmada ante ellos admirando su belleza. Mantenían el brillo del primer día, cuando los había descubierto en la Tienda de los Cuentos, la tarde en la que todo comenzó, en la que se sumergieron en una serie de aventuras que jamás podrían ser reveladas. Pero el cuento no había terminado. Debían volver para acabar lo que habían empezado. Meditó unos segundos; su plan no podía fallar. Cogió su teléfono móvil y buscó a Nico en sus contactos. Él advertiría a Daniel. Debían reunirse en el punto exacto que el temeroso gnomo había marcado en el mapa.

Érika había observado la creciente agitación de su hermana, quien deambulaba de un lado a otro con un mutismo sospechoso. La conocía lo suficiente para saber que algo estaba tramando. Su padre, ajeno a la situación, continuaba trabajando en su portátil mientras ella fingía colorear un libro que le había regalado. Atisbó a Lidia entrar de nuevo en la sala y, para su sorpresa, le hizo continuas señas mostrándole una bolsa polvorienta. La niña arqueó las cejas con cierta desconfianza. Aquello no podía ser nada bueno. Entonces, su hermana, con mucha sutileza, le mostró parte del cautivador color escarlata de su capa, y Érika abrió aún más sus inmensos ojos verdes, alarmada.

—Lidia, ¿no deberías estar estudiando? —La voz ronca de su padre hizo que ambas se estremecieran.

—Tengo que salir un momento. —Su padre la miró por encima de las gafas—. Es urgente. Tengo que darle a Ruth esta bolsa… que necesita… ¡ya!

—¿Quieres que te lleve?

—¡No! No hace falta, hemos quedado aquí cerca… ¿Puede acompañarme Érika? No tardaremos mucho, lo prometo —le suplicó, imitando la voz de una niña pequeña.

Luis, no muy convencido, volvió a enterrar la cabeza en el teclado. Debía entregar el informe antes de que acabara el día.

—De acuerdo, pero os quiero de vuelta a la hora de la cena.

Bajo la sombra de un imponente árbol, junto al estanque de la casita del Pescador en el Retiro, Lidia se crujía los dedos con impaciencia. De vez en cuando miraba de reojo aquella construcción rosácea y discordante del parque. No podía negar que poseía cierto atractivo. Su presencia alegraba un entorno ya de por sí hermoso. Era coqueta y atrevida, como una de esas figuras atrapadas en el interior de una esfera de cristal.

Nims no podría haber escogido un lugar mejor para su encuentro. Parecía una casa mágica sacada de una estampa típica silbrariana. Desvió su atención a la pequeña Érika, que contemplaba reflexiva el agua de aquel lago artificial. Esta le mostró una sonrisa forzada. Había escuchado con entusiasmo a Lidia, pero, ahora, un inquieto desasosiego la invadía. Sí, la magia con la que tanto había soñado existía, pero había comprendido que en manos oscuras podía convertirse en un arma temible que asolaba con su destrucción pueblos indefensos. Ignoraba qué se encontraría de nuevo en Silbriar, pero si Lorius había regresado, no podía ser nada bueno.

La voz sosegada de Daniel interrumpió sus desmoralizadores pensamientos. Corrió a su encuentro y se abrazó a él con la esperanza de que mitigara sus dudas. Lidia, en cambio, avanzó cautelosa hacia los chicos. El repelente Nico era ahora el novio de su mejor amiga, y se veía obligada a tratarlo con más educación. Su rostro albergaba una acelerada madurez y había dado un estirón evidente, así que ya no podría llamarlo mocoso. Posó su mirada en Daniel, con sus vaqueros desgastados y su cazadora de cuero, y no pudo evitar sonrojarse al sentir sus profundos ojos grises sobre ella, que seguían intimidándola. Tenía el cabello más corto, lo que acentuaba aún más sus facciones duras, y un extraño aire de desencanto que jamás había apreciado en él.

—¿Dónde está Valeria? —Daniel la buscó con la mirada por los alrededores.

—Está al llegar. Debemos darnos prisa. —Lidia giró sobre sus talones y se refugió de nuevo bajo el árbol.

—¿Qué fue exactamente lo que te dijo Nims? —Daniel la siguió muy de cerca con pasos recelosos.

—No mucho. Me dio este mapa con coordenadas que he localizado con la ayuda del GPS del móvil y que indican justo este lugar, en este árbol —le explicó, satisfecha de su hazaña.

—¿Sabes por qué necesita nuestra ayuda? —Esta vez fue Nico quién la interrogó.

—No lo sé con seguridad…, algo de su pueblo masacrado. Solo debemos decir estas palabras y aparecerá. —Señaló las frases que se encontraban al dorso del mapa—. Podemos preguntarle todo lo que queramos.

—¿Es una especie de conjuro? —Nico le arrebató el papel de las manos.

—Esto no me gusta. —Daniel analizaba el lugar, un poco escondido, pero siempre dentro de un parque público. Cualquiera podría verlos.

—Dani tiene razón: el agua está rara. —Érika no apartaba la vista del estanque. Cogió la capa y la sostuvo fuertemente entre sus manos.

Lidia volvió a hacerse con el mapa y miró con enfado al chico de las botas.

—Oh, venga ya, se trata de Nims. Los gnomos salvaron mi vida y nos dieron refugio a todos. ¡Se lo debemos!

—Tienes razón. Lo menos que podemos hacer es escuchar al viejo gnomo. —Nico se situó al lado de Lidia.

—Muy bien, pues empecemos.

—Deberíamos esperar a tu hermana —repitió Daniel—. Hay algo que no termina de encajar. ¿Por qué contactó contigo?

—¿Crees que Valeria va a tardar mucho? Deberíamos llamarla. —La niña miró con ojos suplicantes a su hermana—. El agua está oscura.

Lidia los ignoró. No iba a llamar a Valeria. Ella no estaba de camino y no iba a acudir a la cita. Su hermana nunca aprobaría lo que estaban haciendo. Odiaba Silbriar y no mencionaba jamás el lugar ni a los amigos que habían hecho allí. Los había borrado como si fueran un repugnante tachón en su equilibrada vida, y encima había roto con furia el espejo para evitar volver a verlos. ¡Ella no se merecía estar allí!

—*Reg ad kal mius talbi ogne far le zane…*

—¡Lidia, para ya! —le ordenó Daniel—. ¡Val tiene que estar presente!

—*Ad teo le zag filis.*

Un pequeño torbellino de agua comenzó a formarse en la orilla del estanque. Érika contemplaba estupefacta cómo el líquido poco a poco se transformaba en una columna de humo negruzco. Daniel reparó entonces en el movimiento extraño de la nube oscura que se dirigía hacia ellos. El chico asió la espada con fuerza, preparándose para lo que fuese que escondiese esa inquietante emanación. Nico se calzó las botas con rapidez.

Todo aquello era un sinsentido. ¿Por qué iba a aparecer un dulce gnomo tras una oscura cortina de humo? Quiso advertir a Lidia, debía detener el conjuro, pero esta continuaba absorta en sus letras. Sus pupilas habían desaparecido y sus ojos eran ahora dos esferas blancas.

Lentamente, ella despegó los pies del suelo y el movimiento ondulado de la nube comenzó a envolverla. Érika ahogó un grito de espanto. Nico trató de sujetarla por la cintura, intentando en vano depositarla de nuevo en la tierra. Daniel, con la espada, cortaba las lianas negras que cubrían todo su cuerpo, pero cada vez que las arrancaba, más parecían acrecentarse y enroscarse alrededor de sus extremidades. La tenebrosa niebla ya les impedía vislumbrar a la muchacha. Érika gritaba el nombre de su hermana una y otra vez con la esperanza de que respondiera. La nube se alejaba cada vez más, y Nico, que se había elevado con ella intentando liberarla, cayó al suelo desde una gran altura y ya no logró alcanzarla. Daniel, impotente, se retiró para contemplar cómo la niebla se desvanecía sigilosa sin dejar rastro.

Había desaparecido, y con ella, Lidia.

3

Trampa

Pensativa, jugaba con el bolígrafo. Estaba siendo un día difícil. Para empezar, la publicación de las fechas de los primeros parciales. Luego, la intensa exposición del doctor Álvarez sobre el desarrollo de las conexiones neurológicas. Y, ahora, se encontraba enfrascada junto a su compañero de estudios en cómo focalizar su trabajo sin ser demasiado simplistas.

Su mente le pedía a gritos un descanso. Jonay seguía apuntando ideas sin parar en un triste folio. Pensó amargamente que sería una tarea ardua convertir esa solitaria hoja en un escrito apasionante de cien páginas. Le dio varios sorbitos a su té hirviendo, esperando tener una revelación que le indicara cómo proseguir. Admiraba el entusiasmo y la tenacidad del chico, que no desfallecía y continuaba con su verborrea soltando perlas de ingenio. Detestaba admitirlo, pero todo el peso del proyecto recaía en él. Ella se limitaba a asentir o complementar su planteamiento.

Se distrajo unos segundos observando el horizonte a través de la ventana. Los nubarrones volvían a encapotar el cielo. Se preveían tormentas eléctricas para esa noche, y deseaba estar en casa antes de que comenzaran. Un escalofrío repentino recorrió su médula espinal y, extrañamente, todo su cuerpo pareció ponerse alerta. Con suspicacia, miró a su alrededor y descubrió una de las ventanas abierta de par en par. El frío era inaguantable, así que decidió ponerse de nuevo su abrigo añil.

—¿Te pasa algo? —Jonay mantenía las cejas arqueadas. Sus ojos verdes parecían aún más peculiares.

—No, no… Solo ha sido una ráfaga de viento —le dijo confusa—. Creo que se me han congelado hasta las orejas.

—Si te encuentras mal, podemos dejarlo para otro día —le sugirió, también algo cansado—. Hay una cafetería estupenda al otro lado de la calle. Hacen unos cafés con aroma de vainilla, avellanas… ¿Te apetece?

—Me encantan las avellanas, y no me vendría mal despejarme un poco.

El aire gélido de la calle azotaba sus mejillas sin piedad. Valeria se cubrió parte del rostro con la bufanda. Con las manos en los bolsillos, daba saltitos de vez en cuando para entrar en calor. Jonay caminaba a su lado, despreocupado. Su cabello azabache ondeaba con la brisa que se había levantado. La chica reparó en sus labios carnosos, que se habían tornado tenuemente violáceos. Sin embargo, a pesar del abrigo

ligero que portaba, él no se lamentaba. Con desparpajo, se abrió paso entre la gente y entró en la cafetería. Como un caballero, hizo cola hasta llegar a la barra mientras ella se acomodaba en una de las mesas de la esquina.

Valeria se aflojó la bufanda que aprisionaba su cuello y se desabotonó el abrigo. Observó al chico desde allí. Tenía un cuerpo atlético, con espaldas anchas y cintura estrecha. Intuyó que debía ser un gran nadador. Hacía años que no pisaba una playa, desde que su madre había muerto. Sus vacaciones se limitaban a visitar a los abuelos. Se frotó las manos para entrar en calor y, de nuevo, un temblor sacudió su cuerpo. Perpleja, analizó cada rincón de la cafetería. No existía nada que pudiera alarmarla de aquella manera. Y, sin embargo, todo le resultaba muy extraño. Volvió a fijar su atención en su compañero de estudios y se relajó. No iba a darle importancia a una serie de escalofríos fortuitos. Podría ser que simplemente estuviera incubando alguna gripe. Lidia tenía razón: a veces se comportaba como una exagerada.

Jonay la saludó desde la barra y ella le sonrió. Iba a tomarse un delicioso café con un chico sumamente atractivo. Debía aclarar su mente y disfrutar de ese momento. Se sobresaltó entonces al escuchar la melodía de su móvil. Rebuscó en el bolso y, atónita, descubrió que en la pantalla se reflejaba el nombre de Daniel. Dudó unos instantes. No sabía si responder o no. Hacía más de un año que no escuchaba su voz, y ahora no era el momento más adecuado para entablar una conversación presumiblemente incómoda. Pero su curiosidad crecía. ¿Para qué demonios la estaba llamando después de un año?

De pronto, un terror atroz se apoderó de ella. ¿Y si sus sentidos la estaban alertando de alguna amenaza? Llevaba todo el día padeciendo continuos sobresaltos que la desconcertaban y la hacían desconfiar. ¡Ayer, Nico! ¿Y hoy, Daniel?

Descolgó, manteniendo la respiración como si así pudiera alejar el mal presentimiento de su cuerpo.

—Valeria, ¿dónde estás? ¡Tienes que venir ya al parque del Retiro! ¡Ha pasado algo grave!

La conversación no iniciaba pero que nada bien. Un sudor frío recorrió de nuevo su espinilla. Aun así, intentó mantener la calma.

—¡¿De qué estás hablando?! No entiendo nada. —Se incorporó y se dirigió a los baños para escuchar mejor.

—Tu hermana no quiso esperarte y ha convocado a algo maligno.

—¡¿Qué haces tú con mi hermana?! ¡¿Qué está pasando?! —le preguntó confusa.

—Hola, Val…

—¿Érika? ¿Estás bien?

—No se trata de Érika. ¡Han secuestrado a Lidia!

Creyó desmayarse. Dejó caer la espalda contra la pared, esperando que amortiguara su inmediato desplome. Las piernas le flaqueaban y estaba perdiendo el equilibrio, pero consiguió *in extremis* agarrarse a uno de los lavabos y mantenerse incorporada. No comprendía nada. ¿De qué locura estaba hablando Daniel? ¿Quién se había llevado a su hermana?

—¡Valeria! ¡Valeria! Te necesitamos aquí ya. Voy a pasarte las coordenadas.

Con los dedos temblorosos, Daniel intentaba manejar el móvil. Estaba angustiado. Su mente había intentado reaccionar a todo lo acontecido, pero se había bloqueado. Era evidente que lo que se había llevado a Lidia no era de este mundo. Ella había hablado de Nims, así que suponía que la chica se encontraba ahora en Silbriar. Lo había discutido con su hermano, y ambos habían llegado a la misma conclusión: un gnomo no tenía tanto poder y no aparecería tras una siniestra neblina. Solo un mago podría haber hecho una cosa semejante como imitar el aspecto de Nims, confiando en que Lidia caería en la trampa y que leería el conjuro que tan hábilmente había preparado.

—¿Y por qué solo se la ha llevado a ella? —preguntó Nico.

—Nosotros no estábamos leyendo el hechizo. —Daniel, abatido, se apoyaba en la espada, aparentando un coraje que se había esfumado.

—¿Cómo vamos a cruzar hasta Silbriar? —insistía desesperado Nico, impotente por no haber podido ayudar a su amiga—. Ya no existe el espejo.

Érika, orgullosa, extrajo del interior de la capa un pedazo de cristal del tamaño de un libro de bolsillo.

—Lo cogí de la tienda. Era el trozo más grande, y pensé en guardarlo como recuerdo.

—No sabemos si eso funciona, y tampoco tenemos ni idea de cómo activarlo. —Nico no encontraba solución alguna.

—¿Dónde se ha metido Valeria? —Daniel esperaba ansioso que ella aportase alguna idea nueva.

—No creo que venga. —La pequeña frunció el ceño, reflexiva—. Creo que Lidia no llegó a avisarla.

Daniel, alarmado, decidió entonces llamarla por teléfono. Necesitaban su ayuda. Ella tenía la capacidad de tomar decisiones difíciles en situaciones complicadas, y aquello era un momento de pánico.

Tenía que devolver a Valeria a la realidad de inmediato. La imaginaba destrozada, sentada en cualquier banco de la facultad intentando digerir toda la información y a punto de darle un ataque de nervios.

—¡Val! ¿Me oyes? No tenemos mucho tiempo. Tenemos que

regresar a Silbriar.

—¿Silbriar? ¿Por qué Silbriar? Daniel, ¿quién la ha secuestrado? —La cabeza comenzaba a darle vueltas.

—Te lo explicaré todo en cuanto llegues aquí. Esto ha sido una trampa. Sospechamos que Nims no era el que hablaba con tu hermana. Ha sido alguien con mucho poder.

—¿Nims? ¿Un falso Nims os ha tendido una trampa?

—Creo que ya he encontrado el modo para activar el espejo. —Érika frotaba de manera continua el trozo de cristal, y una imagen empezaba a tomar forma en su interior.

—¡¿Qué espejo?! —gritó Valeria, desesperada—. ¡¿De qué habla mi hermana?!

—Érika, deja eso —le recriminó Nico.

—Uno que tenía guardado. Por lo visto, se lo llevó de la tienda.

Un fogonazo de luz intensa volvió a poner a los dos chicos alerta. El resplandor era tan potente que Daniel apenas podía mantener los ojos abiertos. Avanzó hasta la niña, protegiendo su vista con el brazo. Nico permanecía al lado de ella con semblante desencajado. Érika sonreía. Ya podía vislumbrar los campos verdes de Silbriar, casi podía acariciarlos. Introdujo la mano en el pequeño trozo de cristal y sintió cómo una fuerza poderosa la empujaba hacia dentro.

—¡Érika, nooooooo!

Daniel no pudo llegar a tiempo y la niña fue engullida por el espejo. Buscó a Nico, desesperado, y contempló alarmado cómo también era absorbido por el cristal a pesar de sus esfuerzos por escapar de la luz. Resignado, suspiró. Era mejor dejarse llevar; lo había aprendido en la aventura anterior. Era imposible luchar contra lo inevitable. Cerró los ojos y esperó a ser succionado por la magia del otro mundo.

—¡Daniel! ¡Daniel! ¿Qué ha ocurrido? —Valeria caminaba de un lado a otro, histérica—. Por favor, contesta.

Se detuvo en seco. Algo muy grave había sucedido, ya que nadie respondía al teléfono. Daniel había hablado del jefe de los gnomos y de una trampa. Pero ¿por qué estaban todos en el parque? ¿Por qué ella no sabía nada de un mensaje? Pronto cayó en lo obvio: su hermana se lo había ocultado todo. Sabía que en su presencia no podía hablar de Silbriar, y, claro, ¡Lidia había actuado a sus espaldas! Se maldijo a sí misma por lo estúpida que había sido. Pensaba que ignorando el problema la protegería, pero no había sido así. La había apartado de ella. Prácticamente, la había empujado a guardar silencio en todo lo referente a la magia. Alguien de Silbriar había contactado con ella y ahora había desaparecido. Valeria no tenía ninguna duda al respecto sobre la identidad del secuestrador. No se trataba de Nims, un gnomo asustadizo y poco predispuesto a las disputas. Aquello debía

ser obra de Lorius.

Con rabia, abrió la puerta del baño y se dirigió a la salida. Debía encontrar la manera de regresar a Silbriar. No iba ser fácil, pero iba a encontrar a su hermana costara lo que costase.

—Ey, ¿adónde vas? ¿Y el café? —Jonay la miraba incrédulo, con las dos tazas en la mano.

—Tengo que irme… Lo siento… Es una urgencia familiar. —Valeria había olvidado por completo la presencia del muchacho—. Lo dejamos para otro día, ¿vale?

—¿Qué ha pasado?

—Mi hermana tiene problemas y me necesita —le dijo, después de meditar unos segundos la respuesta.

—¿Dónde está? Puedo llevarte sin ningún problema, ¿o es que has pensado coger una guagua o ir en metro en hora punta?

Valeria se plantó en la puerta. Él tenía razón, iría más rápido en coche, y no tenía tiempo que perder. Su prioridad era localizar a sus dos hermanas, y rezaba para que Érika continuase en el parque. Giró los talones y asintió con la cabeza.

—Está bien, me ha enviado unas coordenadas al teléfono. Está en el parque del Retiro.

Durante el camino, Valeria observó cómo los nubarrones negros se aglomeraban justo sobre ellos. En cualquier momento, la tormenta descargaría toda su furia sobre la ciudad, pero ese detalle no la distrajo de su objetivo; había sobrevivido a una tempestad peor. En Silbriar, los rayos reducían a cenizas todo lo que encontraban a su paso. Ella había escapado junto con Daniel, y ambos se habían refugiado en una cueva sin salida aparente. Los truenos eran tan ensordecedores que debían proteger sus oídos para que no les estallaran los tímpanos. No, no la asustaban aquellas nubes gruesas rebosantes de agua. Lo que de verdad la atemorizaba era el hecho de volver a un lugar donde los lobos eran soldados del mal y una simple manzana podía acabar con tu vida.

Cruzó la arboleda corriendo, sin mirar atrás. Sus botas comenzaban a llenarse de barro, pero no detuvo su avance. Mientras todos se refugiaban de la lluvia, ella se adentraba aún más en el corazón del parque. Jonay la seguía muy de cerca, respetando su silencio. No tardarían mucho en cerrar el recinto. El viento que se había alzado soplaba con gran intensidad y las ramas de los árboles sufrían fuertes sacudidas, las cuales se resistían para no precipitarse y estrellarse contra el suelo. Valeria resollaba; apenas podía respirar con normalidad. Sintió un dolor agudo en el costado derecho. Había desplazado el ejercicio por los libros y ahora estaba sufriendo las consecuencias.

Divisó una especie de palacete rosáceo. El móvil le indicaba que se

encontraba a pocos metros del lugar que Daniel le había indicado. Calada hasta los huesos, se detuvo bajo un árbol que parecía silbar por culpa del viento. Jonay apoyó la mano en el tronco y flexionó ligeramente la cintura buscando una posición de reposo.

—Hacía… tiempo que no… corría de esta manera… —jadeaba con voz entrecortada—. Aquí no… hay nadie… Tu hermana se habrá ido ya…

Valeria, angustiada, inspeccionaba el terreno buscando una pista que le desvelara lo acontecido allí, bajo las sonoras hojas de aquel frío árbol. El coraje que la había empujado a ese lugar empezaba a quebrarse. No había nada, ni rastro de Érika ni de los chicos. No veía el trozo de espejo al que se había referido Daniel. ¡Nada! Todos habrían viajado a Silbriar, y ella no sabía qué debía hacer para ir a su encuentro.

Desmoralizada, posó su mirada en la casa del lago artificial, que parecía extraída de un cuento de hadas. Poseía un aura mágica, y el estanque que la rodeaba resaltaba aún más su belleza casi sobrenatural. Era la nota disonante dentro de la caprichosa armonía del parque, el color discordante en la paleta de un pintor. Y, sin embargo, era la pieza clave en un puzle. Aquel lugar debía esconder una entrada secreta a Silbriar, por eso habían convocado a sus amigos allí. Lorius se había aprovechado de la fuerza mágica de aquel lugar. ¡Claro, el trozo de espejo se había activado por ese motivo! Pero ella no tenía a su disposición ninguna llave, ni siquiera otro pedacito de espejo. Maldijo para sus adentros.

—¿No deberías llamarla? —Jonay percibió la confusión en el rostro de la chica—. A tu hermana, me refiero… Puede que ya esté bien y esté en tu casa.

—No, no lo está.

—¿Por qué dices eso? Seguro que se trata de alguna travesura.

—Tengo que ir a casa —soltó sin pensar—. ¿Puedes llevarme?

—Valeria, si crees que ha pasado algo grave, deberías llamar a la policía.

—Créeme, la policía no puede hacer nada.

Permaneció cabizbaja durante todo el trayecto a casa. Jonay la miraba de vez en cuando de reojo. Sabía que tenía muchas preguntas, que sus respuestas evasivas no hacían sino acrecentar más su confusión, pero no podía desvelar un secreto que había jurado guardar. Ahora debía volver a casa y buscar la ballesta. Sin ella no tendría ninguna oportunidad en Silbriar. Ignoraba qué estaba ocurriendo allí, si Lorius se habría hecho de nuevo con el trono, si habría guerra o con qué clase de problemas se habían topado sus hermanas, pero no podía iniciar el viaje sin ella.

Bajó del coche a toda velocidad y se despidió del chico sin darle

más explicaciones. Llegó al trastero del jardín y atisbó el brillo inconfundible de la ballesta detrás de una pila de cajas. Su hermana la había sacado de la bolsa, y eso solo podía significar que habían ido al parque con sus objetos. No sabía si gritar o alegrarse. Al menos habían sido precavidas, ya que habían viajado a Silbriar con los zapatos y la capa. Guardó la ballesta en una bolsa de cartón y se dispuso de nuevo a salir.

—Valeria, ¿dónde están tus modales? ¿Has dejado a este chico fuera con la que está cayendo?

No supo qué responder. Su padre había invitado a Jonay a entrar cuando ella pensaba que ya se había marchado. Quizá había sido algo grosera al no darle las gracias por su ayuda, pero ahora no tenía tiempo que perder. Debía ir a la Tienda de los Cuentos para buscar otro trozo de espejo y volver al parque, o tal vez podría activar el cristal en la misma tienda. Fuera como fuese, no podía explicarle a Jonay por qué motivo se iba a introducir en un edificio en ruinas para buscar a su hermana.

—Pensé que necesitarías ayuda con ese asunto —le dijo, haciendo un guiño.

—Ah, no te preocupes, lo tengo todo controlado.

—Val, ¿sabes dónde están tus hermanas? Lidia no contesta al teléfono. Me dijo que volvería pronto a casa y no lo ha hecho. He llamado a Ruth, pero tampoco responde. La tormenta parece que va a peor, y no podrán regresar a pie. Pensaba coger el coche e ir a buscarlas.

—Señor Ramos, no se moleste, ya vamos nosotros —soltó Jonay con desparpajo—. Lidia llamó a Valeria hace unos minutos y están bien. Se han refugiado de la lluvia en un bar cerca de aquí.

—Entonces, ¿las recoges tú? —Su padre respiró aliviado.

—Sí, papá, ningún problema. Íbamos a salir ahora mismo.

—Mejor cámbiate primero, que estás empapada.

Valeria desoyó las palabras de su padre y, en cuanto este volvió a su despacho, se encaminó a la puerta de entrada. Estaba enojada por la intromisión del muchacho en sus asuntos. Cruzó el patio a grandes zancadas y se dirigió al coche.

—Mi padre nos está mirando desde la ventana —le dijo, dando un portazo—. En cuanto gires la esquina, me bajo.

—¿Por qué eres tan cabezota? Te he cubierto con tu padre, a quien, por cierto, deberías decirle que sus «dos» hijas han desaparecido.

—No tienes ni idea de lo que está pasando.

—¡Pues dímelo! Así podré ayudarte. —Jonay estaba visiblemente irritado—. ¿Quieres moverte por la ciudad con la que está cayendo? ¿Estás loca? Si de verdad tus hermanas corren peligro, ¿no crees que necesitas a alguien para que te eche una mano? —Valeria permaneció

en silencio—. ¿Vas a confiar en mí?

—¿Puedes llevarme al centro? —Resignada, suspiró.

Condujo unos diez minutos hacia el norte. La lluvia comenzaba a darle tregua al parabrisas. Algunos truenos resonaban en la lejanía, señal de que la tormenta empezaba a alejarse. Valeria se revolvió en el asiento. Estaba en una situación incómoda. Necesitaba a Jonay para que la trasladase lo más rápido al centro, pero al mismo tiempo quería deshacerse de él de una vez por todas. Cuando saliera de ese embrollo, tendría que sacarse el carné de conducir.

De forma repentina, el muchacho aparcó el vehículo frente a un restaurante chino. Ella lo miró interrogante. No entendía por qué se había detenido.

—¿Vas a bajar o te vas a quedar ahí como una pasmarota? —soltó tan tranquilo que la dejó aún más confusa.

Valeria accedió a regañadientes y siguió al chico al interior del local. Él intercambió unas palabras con un hombre asiático de baja estatura y de largos bigotes canosos. Dedujo que ese señor de avanzada edad era el propietario del establecimiento.

Ella permaneció en la entrada. Todo aquello era muy extraño. Nunca habría imaginado que Jonay tuviese conocimientos de la lengua china. El dueño apenas gesticulaba. Se limitaba a asentir y a analizarla con descaro. Ella no sabía qué pensar. Por un lado, deseaba salir corriendo y continuar solita con su misión; por otro, era consciente de que no llegaría demasiado lejos sin el coche.

Por fin, Jonay le hizo una señal para que se acercara y le indicó que lo siguiera. El anciano los guio por un pasillo estrecho y abrió con llave una estancia pequeña, amueblada con tan solo una mesa de escritorio y un par de sillas. Algunos libros se encontraban apilados sin orden alguno en el pavimento. Arqueó las cejas examinando el insólito despacho mientras se preguntaba qué necesitaba él con tanta urgencia. El dueño cerró la puerta y dejó a los dos chicos a solas en la habitación.

—Es hora de que hablemos. —La expresión afable de Jonay cambió a una más severa.

—¡¿Por qué me has traído aquí?! —Comenzaba a impacientarse—. ¡Tengo que llegar al centro! ¡Mis hermanas corren peligro!

Jonay extrajo un paño de terciopelo verdoso doblado con esmero del bolsillo interior de su chaqueta. Un cordón rojo evitaba que se saliera el contenido. Apoyó el paño sobre la mesa y empezó a desatar el nudo bajo la atenta mirada de Valeria. Como si se tratara de un regalo valioso, apartó cada una de las dobleces con solemnidad. La curiosidad de Valeria iba en aumento. ¡¿Qué demonios guardaba el chico con tanto hermetismo?! ¿Una pistola? ¿Un cuchillo? Quizá pensase que debían enfrentarse a una panda de mafiosos.

Finalmente, pudo apreciar con cierto desconcierto una especie de boina triangular verde.

—¿Por qué me enseñas tu gorra? No tengo tiempo para estas chorradas. Ya te lo he dicho, tengo que buscar a mis hermanas.

—Valeria, presta atención.

Ella examinó mejor la ridícula boina que él sostenía orgulloso en la mano. Un resplandor esmeralda la rodeaba. La gorra centelleaba y daba ligeros saltos. Valeria retrocedió alarmada.

—¡Dios mío! Tengo que salir de aquí. —Corrió hasta la puerta, pero estaba cerrada con llave. Se giró violentamente y se encaró con el muchacho—: ¡¿Qué quieres de mí?! ¡¿Quién demonios eres?

—¡Soy un guardián!

Pan

Se desplomó en una de las sillas, luchando por combatir el torbellino de pensamientos que la azotaban y la envolvían en una desmesurada sensación de impotencia sumada a unos enormes e incontrolables deseos de llorar. Una lágrima comenzó a despuntar de sus ojos cristalinos.

Jonay la había engañado desde el principio. No era el chico encantador que había conocido para realizar un trabajo de clase y que se había ofrecido desinteresadamente para ayudarla a buscar a sus hermanas. ¡Era un guardián que la espiaba! La había seguido con premeditación, examinando su comportamiento, analizando sus palabras, y se había aprovechado de su debilidad en el momento más oportuno.

—Sé que tienes muchas preguntas.

Valeria se incorporó, se acercó al chico y le propinó un sonoro bofetón.

—¡Eres un cerdo! Has estado utilizándome todo este tiempo.

—¡Te he estado protegiendo! ¡Soy un guardián! —Jonay trataba de explicarse.

—Querrás decir que soy tu misión. —Miró fijamente los ojos del chico—. Me has estado espiando. ¿Para qué?, ¿para venir a informar corriendo a tu jefe?

—¡Es mi maestro!

—¡Me importa un bledo! —Comenzaba a exasperarse—. Dime, ¿por eso has venido de tan lejos a esta ciudad? ¿Acaso quieres ser médico? ¿O también me has engañado en eso?

—Iba a estudiar medicina en la Universidad de La Laguna, esos eran mis planes, pero entonces intervino mi maestro y me dijo que debía trasladarme aquí, a Madrid. Tenía que proteger a las descendientes.

—¿Protegernos de qué? Ya habíamos regresado de Silbriar, teníamos nuestras aburridas vidas aquí.

—Debía informar si se producía algún contacto mágico con el otro mundo. Ante todo, tenía que impedir que Lidia volviese a Silbriar. —Meditó unos segundos sus palabras—. Conozco la existencia del vínculo oscuro.

Valeria palideció. ¿Cómo podía ser aquello posible? Había hecho

un juramento que únicamente tres personas conocían: Bibolum, Aldin y Libélula. ¿Acaso la comunidad mágica era ya consciente de las consecuencias del terrible beso? ¿Y entonces por qué no habían espiado a Lidia directamente? ¿Por qué se centraban en ella?

—¡Pues lo has hecho fatal! Porque Lidia ha sido engañada y secuestrada por un mago oscuro, porque Érika ha ido tras ella. ¡Y yo sigo aquí, encerrada en un cuartucho de un restaurante chino, contigo!

—Pensé que si alguna de tus hermanas descubría algo inusual te lo contarían.

—Y así poder seguirme para averiguar de qué demonios se trataba. —Valeria controlaba su enojo caminando con las manos en la cintura—. Pues has hecho mal los deberes. Lidia tiene la fea costumbre de no contar conmigo. Claro que no la culpo. He sido una hermana pésima en este último año, nada comprensiva, ¡y ella me odia!

—No te tortures de esa manera. Nada de esto es culpa tuya.

Valeria no aguantó más y rompió a llorar. No soportaba la idea de que sus hermanas se encontraran en peligro en un mundo lejano y repleto de magia destructiva. Intentó detener su llanto como fuese, no quería mostrarse vulnerable ante un desconocido, pero cuanto más se concentraba en él y en que debía parar, más descontrolados se volvían sus sentimientos. Sentía una asfixia en los pulmones que apenas la dejaba respirar, y su corazón estaba a un metro fuera de su cuerpo, bombeando como un caballo desbocado y sin rumbo.

Jonay se acercó a ella con ternura y la abrazó. Ella no pudo rechazarlo; sus brazos eran reconfortantes. El chico le brindaba un consuelo que ella pedía a gritos, y lentamente, la impotencia y la rabia se fueron desvaneciendo. Su enojo mostraba la frustración que bullía desesperada desde sus entrañas por haber sido apartada de los planes de su hermana, por no haber viajado con el resto a Silbriar, por sentirse engañada por su compañero de estudios, pero sobre todo por haber sido ¡una completa idiota!

—Voy a ayudarte. Todavía no lo sabes, pero puedes confiar en mí —le susurró en el oído con voz resuelta. Valeria fue consciente de que era el único con el que podía contar en ese momento—. Soy tu guardián, y he jurado protegerte.

Jonay se separó del cuerpo de la muchacha con lentitud y, con las yemas de los dedos, secó sus mejillas. Ella lo apartó con suavidad y se restregó con las palmas de las manos los ojos, todavía humedecidos. Debía pensar con claridad. Sus ideas estaban empañadas por el torrente de emociones que la desbordaban. Ignoraba si su plan de recoger un trozo de espejo de la tienda era viable y si con él podría cruzar al otro lado. Quizá debía darle una segunda oportunidad. Él era un guardián, y tal vez la ayudaría en su inesperado viaje, ya que todo el coraje que había hinchado sus pulmones se había esfumado al

primer contratiempo.

—Tenemos que buscar la manera de llegar a Silbriar —logró decir con voz quebrada.

—Sé cómo cruzar. —Jonay señaló la boina verde, que continuaba brillando sobre la mesa—. Ese es mi objeto, y un día perteneció a Peter Pan.

Valeria lo observó perpleja. Por mucho que imaginara, era incapaz de averiguar qué poder contenía una gorra. Claro que tampoco habría adivinado que las botas de Nico escondían la habilidad de correr a toda velocidad. Pero si algo había aprendido en Silbriar, era que lo impensable era posible.

Jonay le guiñó un ojo al contemplar el rostro de incredulidad de la muchacha. Se ajustó la boina con delicadeza en la cabeza y dejó caer sus párpados. Lentamente, sus pies se despegaron del suelo y fue ascendiendo hasta colocarse a un metro del pavimento.

—¿No me digas que nunca te has leído el cuento? —Jonay reía a carcajadas.

¡Claro que conocía la historia! Su madre le leía cuentos cada noche, y aunque era muy pequeña y apenas recordaba algunos fragmentos, sabía que Peter Pan procedía del país de Nunca Jamás. Y entonces comprendió. Con una sonrisa cómplice, miró al muchacho, decidida.

—¿Y piensas llegar volando a Silbriar?

—¡Pues claro, mi niña! Pan atravesaba continuamente su mundo de fantasía para llegar a este. Porque lo que tú llamas gorra, le indicaba el lugar exacto por el que hacerlo.

—Entonces, ¡es cierto! ¡Existen entradas naturales! —Las sospechas de Valeria eran una realidad.

—No solo tengo el poder de volar, sino también de cruzar al otro lado sin necesidad de hechizos, como Pan hacía. Este gorro es capaz de localizar todos los portales que unen nuestro mundo con el suyo —le informó orgulloso—. Son invisibles al ojo humano, aunque suelen ser lugares rodeados de misterios y extrañas leyendas. Pero —señaló el objeto— ¡él vibra cuando se encuentra ante un portal!

—Estoy segura de que en el estanque donde todos desaparecieron hay una entrada mágica —le comunicó entusiasmada—. Podemos cruzar por ahí.

—O… —comenzó mientras descendía y colocaba los pies de nuevo en el suelo— ir al lugar que yo conozco como la palma de mi mano, porque es el portal que siempre utilizo en mis viajes a Silbriar. ¡Es seguro, cómodo y flipante!

—¿Y dónde está eso? ¿Y cuántos viajes has hecho?

Jonay le indicó que lo siguiera hasta la azotea del edificio. Ella lo hizo resuelta, hasta que advirtió de reojo la altura del bloque y temió despeñarse por el precipicio. Agarró fuertemente la mano del chico y

prestó atención a la construcción afilada del tejado: un rellano de pocos metros y, a continuación, líneas descendentes acabadas en pináculos bermellones con la figura amenazante de un dragón sobre todos ellos. Tragó saliva y se concentró en los ojos esmeraldas de su compañero. La miraba con decisión y, con un pequeño gesto, la advirtió de que iniciaban el vuelo.

Ella gritó. Sus piernas se movían como si estuvieran en su primera clase de nado; una experiencia espeluznante que evitaba recordar. Su monitor la había soltado y todo su cuerpo se había vuelto rígido como una tabla. Ni sus brazos ni sus pies luchaban por mantenerse a flote, hasta que se hundió. Estuvo sumergida en el agua unos escasos dos segundos, los suficientes para no regresar a la piscina en años. Ahora, ante las ráfagas de aire que la castigaban con insistencia, volvió a experimentar el mismo desamparo. Apenas pudo simular el pánico que la invadía, aunque esta vez no estaba sola. Todos los músculos de su cuerpo se contrajeron, rememorando su inmovilidad bajo el agua.

Finalmente, Jonay rompió la verticalidad estabilizando el vuelo como si de un ave más se tratara. Valeria consiguió disipar las náuseas iniciales causadas por el frenético ascenso.

—No sé si te había dicho que tengo vértigo.

—No, pero ahora viene la mejor parte —le comunicó entusiasmado —. Disfruta de las hermosas vistas desde aquí arriba. ¡Relájate! ¡Déjate llevar!

Él la mantenía sujeta por la cintura, pero ella no osaba mirar abajo. Percibía un gran vacío bajo los pies y, para colmo, la ley de la gravedad le recordaba continuamente que en cualquier instante podría caer. Así que sostenía la vista al frente, aunque cerraba los ojos cuando atravesaban un cúmulo de nubes o cuando el chico cambiaba repentinamente de rumbo.

—¿Adónde vamos? ¿Cuánto falta? —le preguntó, deseosa de volver a sentir el suelo firme.

—¡A mi tierra! —le anunció orgulloso.

—¡Eso está muy lejos! —gritó, dejando escapar un incontrolado bufido—. ¡Quiero bajar! ¡No sé si aguantaré todo ese tiempo!

Jonay sonreía rebosante de satisfacción. El viento lo impulsaba en la travesía, aumentando su velocidad. Hacía tanto tiempo que no disfrutaba de sus vuelos que experimentó con creces la sensación de libertad. Su cuerpo era tan solo un instrumento más de navegación. Se desplazaba con naturalidad, moldeándose a los cambios continuos del entorno. Le costó un par de años de duro entrenamiento perfeccionar su propia técnica. Su maestro lo instaba a observar el deslizamiento de los pájaros en el cielo. Debía interiorizar su destreza, su capacidad de advertir el peligro, su noción del espacio. Todo ello era fundamental.

El movimiento de los pájaros en el aire era innato, por eso Jonay

estudió con tesón su comportamiento, a veces sumergiéndose en los montes de las islas y otras empapándose de documentales: gaviotas, mirlos, águilas, búhos. Todos contaban con algo en común. Se fundían con sus alas en el ambiente que los rodeaba creando un vuelo armónico, sin importar la lluvia, la niebla, el viento o el sol más ardiente.

Y ahora se encontraba allí, sobrevolando el estrecho de Gibraltar y con una misión que cumplir. Sobre sus cabezas divisaron varios aviones, lo que hacía más estimulante el viaje. Él se jactaba de su gran velocidad. La boina verde le permitía romper la barrera del sonido sin ninguna consecuencia para su cuerpo. No sentía dolor, no sufría congelación, ni siquiera apreciaba el aire gélido, solo un viento tímido acariciando toda su piel y acompañándolo en su aventura.

Observó de reojo que Valeria comenzaba a relajarse. Su rostro ya no estaba tan tenso, incluso percibió cómo se dibujaba una leve sonrisa en sus labios. Su cuerpo rígido al inicio, como el de una piedra testaruda reticente a ser apartada del sendero, empezaba a ondear disfrutando del entorno. Poco después divisaron en el horizonte las siluetas perfiladas de las islas. El sol se despedía de ellas regalándoles un atardecer azafranado que enaltecía aún más la belleza del archipiélago.

Jonay inició un descenso suave y sin sobresaltos y tomó rumbo hacia Tenerife. Valeria, maravillada ante aquel espectáculo de la naturaleza, abandonó su aprensión. Dejó atrás su desconfianza y se dejó llevar por primera vez desde que comenzó el viaje. Sus cinco sentidos estaban desbordados ante la inmensa cantidad de sensaciones extremas, tanto que llegaron a aturdirla unos segundos.

—¿Vamos a aterrizar ya? —le preguntó con los párpados abiertos de par en par.

—No va a ser necesario que toquemos suelo —le contestó con una risita burlona—. Nuestra entrada es el mismísimo Teide.

—¡¿Qué?! —Se agitó en el aire, olvidando que se encontraba en pleno vuelo—. ¡¿Estás loco?! ¡Vamos a matarnos!

—He hecho esto cientos de veces. Créeme, no es tan traumático como imaginas.

—¡Vamos a quemarnos!

—El Teide lleva durmiendo unos cuantos siglos —la informó con tono burlón.

—¡Pero habrá gases! ¡Hará un calor infernal! Ni siquiera has pedido mi opinión.

—Valeria, ¿crees que entrando por un estanque morirás ahogada? Antes de llegar al fondo del cráter, estaremos en Silbriar. Si acaso recorreremos tan solo un par de metros por el tubo volcánico.

—Sí, ahora me siento más aliviada. —Soltó una exhalación intensa,

intentando relajarse.

Jonay volvió a aumentar la velocidad y se dirigió hacia aquella fortaleza rocosa, tan hermosa como intrigante. Ella comenzó a gritar. Era la única forma que tenía en ese momento de aplacar el terror que le suscitaba toda aquella locura. Jonay parecía divertirse. Volaba en zigzag, retando a los vientos alisios que le daban la bienvenida a su tierra.

De repente, se detuvo a escasos metros por encima del cráter. Atemorizada, Valeria admiraba la estampa de una naturaleza caprichosa. Siete islas parecían emerger desde las profundidades del océano, desafiando con su fuego al mismísimo cielo. El chico cogió sus dos manos y, con un leve movimiento de la cabeza, le indicó que estaban listos para el descenso. Valeria insufló aire como si temiera no volver a respirar dentro del tubo volcánico. Él comenzó a girar con virulencia y bajar con rapidez, imitando el movimiento de una perforadora. Ella se atrevió a mantener un ojo abierto, apreciando los tonos cobrizos, ocres y rojizos de las coladas lávicas, pero al instante, y por un escaso segundo, todo se sumió en una oscuridad indescriptible. No quiso mirar más. Si aquel era su final, prefería afrontarlo con cobardía.

5

Silbriar

—¡Hemos llegado! —le anunció el muchacho con aire triunfal.

Valeria sintió que sus pies rozaban la hierba y decidió por fin abrir los ojos. Su corazón latía aún descontrolado. Colocó la mano a la altura de su pecho, esperando apaciguarlo. ¡Sí, estaba viva! Se palpó las piernas, que todavía temblaban, y entonces se permitió examinar maravillada los alrededores.

Habían aterrizado en un vasto campo repleto de girasoles. A su izquierda, un pequeño riachuelo se abría paso entre las caprichosas flores que rotaban al unísono ante cualquier extraño movimiento que las sobresaltara. Ahora, todas ellas parecían mirarla con inaudita curiosidad. Jonay pareció saludarlas con una reverencia y, sonrojadas, cambiaron de posición.

—Solo querían saber si éramos de fiar.

Valeria ignoró sus palabras. Continuaba enfrascada contemplando la sobrenatural belleza del lugar. No recordaba a Silbriar tan hermoso. Las peculiares abejas desfilaban divertidas al son de una marcha generada por sus propios zumbidos; el agua del riachuelo discurría serena, saltando las rocas que encontraban en su camino; los pájaros entonaban una melodía a su paso por aquel campo de girasoles; y el radiante sol acompañaba a aquella estampa variopinta, dotando de brillo a un grupo de árboles que se alzaban orgullosos junto a un estrecho sendero.

Inspiró con profundidad, y una bocanada con el aire más puro penetró en sus pulmones, revitalizándolos. Era la magia del lugar. La percibía en los poros de su piel. Entonces cayó en la cuenta de que todavía llevaba su grueso abrigo añil. Se lo desabrochó con premura y lo colgó de su brazo. Silbriar estaba disfrutando de su estación estival, más prolongada en el tiempo que los cuatro meses humanos.

Observó que Jonay se dirigía al sendero y lo siguió. Debían apresurarse y encontrar el Refugio de los magos. Mientras caminaban, Valeria apreciaba los expresivos paisajes que parecían surgir de un lienzo inacabado pero perfectamente organizado. El pintor había trazado con esmero las líneas antojadizas que cobraban vida en la profundidad de las montañas, la altitud de los árboles y los perfilados senderos que se fusionaban con la naturaleza.

Jonay rompió un silencio sagrado:

—En poco llegaremos a la capital. Ha crecido mucho desde que

estuviste aquí. Pero, si quieres, podemos ir volando.

—No, gracias, quiero mantener mis pies en la tierra por el momento.

—Muy bien, pero si cambias de opinión, solo tienes que decírmelo —le dijo con sorna—. A tu derecha puedes ver el castillo de Silona.

Giró la cabeza y, en la lejanía, pudo apreciar sobre la más alta de las colinas una coqueta construcción violácea con cuatro torres coronadas con cúspides rosadas. El castillo creaba una disonancia hermosa ante el amplio vergel que lo rodeaba. Así que allí era donde Silona reinaba. Sonrió para sus adentros. Y pensar que la primera vez que aterrizó en aquellas tierras, el hada era prisionera y ni siquiera poseía un hogar. Observó a su compañero, que andaba con pasos seguros, como si fuera un lugareño más.

—¿Desde cuándo vienes por aquí? —le preguntó con curiosidad—. Parece que conoces Silbriar como la palma de tu mano.

—Hará unos trece años que vine por primera vez. —Jonay miró a la chica, quien pareció sorprendida—. Algunos guardianes descubren desde muy chiquitos que lo son, otros siguen dormidos hasta la adolescencia o incluso la edad adulta, y algunos mueren sin ni siquiera saber que existían para pertenecer a algo grande.

—¿Y cómo puede ser?

—Depende de la edad con la que tu objeto se presente ante ti —continuó—. Yo tenía cinco años. Mi tío, antes de morir, me dijo que quería regalarme algo valioso. Estaba más nervioso por descubrir de qué se trataba que de su muerte inminente, y entonces me dio el gorro. No te imaginas cómo me sentó. Estaba desilusionado, casi a punto de llorar. Me esperaba un tesoro o algo parecido. —Rio, recordando el momento—. Pero mi tío me dijo que tenía un enorme poder y que no podía perderlo de vista, que, como a él en su día, mi sangre lo había llamado. Yo no entendí nada de lo que me dijo. Pensé que, como se iba a morir, decía boberías.

—¿Los objetos se heredan? —le preguntó estupefacta.

—No todos. Si los descendientes no poseen esa chispa que ellos buscan, se lanzan por el mundo en busca de nuevos portadores.

—¿Y qué pasó? ¿Cómo descubriste que era un objeto mágico? —Su curiosidad crecía.

—La verdad es que me olvidé del objeto. Lo lancé dentro del armario. Pero una noche, un brillo verdemar me despertó. Abrí el armario y allí estaba el maldito danzando. Me asusté mucho, cerré la puerta y me escondí debajo de las sábanas. Pocas semanas después, apareció en mi casa el que sería mi maestro, un chino arrugado y con malas pulgas. Gracias a él estoy aquí.

—Tuviste mucha suerte. Yo llegué a Silbriar sin saber que existía.

Valeria se prometió a sí misma aniquilar la nostalgia que pudiera

sentir por aquel mundo. Pero allí de nuevo, observando el cielo casi transparente sobre su cabeza y el sublime verdor en sus pies, sintió un irrefrenable deseo de no abandonar jamás aquel mágico lugar.

—¡El jodido destino! Nos empuja con mala leche para que estemos donde tenemos que estar.

La muchacha esbozó una sonrisa de conformidad en su rostro. Sí, el destino tejía las más apasionantes como aterradoras peripecias para alcanzar su propósito. Pero, en este caso, no sabía si echarle la culpa a él. Su hermana había sido secuestrada por un enemigo conocido que había urdido un enredado plan. Ella conocía sus ocultas motivaciones. Jonay también era sabedor del vínculo oscuro, pero ¿cuántos más lo sabrían?

Divisó a escasos dos kilómetros la esplendorosa ciudad en la que se había convertido aquel sombrío pueblo de un año atrás. Las casas blancas con sus tejados rojizos se agolpaban en uno de los laterales de un edificio imponente: el Refugio de la Resistencia, oculto en su última visita bajo los escudos protectores. Ahora era una escuela de magia, visible para aldeanos y visitantes. Su estructura circular era un desafío para las leyes arquitectónicas. Decorado con símbolos ancestrales, constituía una joya exótica de la sabiduría. Sus jardines tan extensos como radiantes estaban protegidos por una muralla rectangular. El pueblo había prosperado considerablemente. Los negocios se concentraban en la calle principal, y una plaza central escondía diversas fuentes con agua de sorprendentes colores.

Avanzó titubeante, dejando atrás las numerosas calles con adoquines y a su gente que transitaba con normalidad por ellas. Ignoraba cómo la recibiría el gran mago, pero lo que más ansiaba era encontrarse con Érika. Quería abrazar a su hermana pequeña. Después se encargaría de encontrar la manera de rescatar a Lidia. Pensaba en un batallón de magos destruyendo el maldito escondrijo de Lorius junto con los numerosos guardianes que se habrían concentrado ante tal desafío al reino. Jonay no dudaría en acompañarla, ni Nico, ni… Daniel. Hacía tanto tiempo que no lo veía que le costaba imaginar que se hubiera convertido en un ermitaño rebelde, tal y como lo había descrito su hermano. Quizá ella tuviera algo que ver en ese cambio, pero desechó la idea al instante. Ni era tan importante para la vida de nadie ni responsable de las decisiones que él tomase en el pasado o en el futuro. Daniel siempre había sido un tipo testarudo y arrogante, y por supuesto estaba enojada con él por no haberse dado cuenta antes del engaño, por dejarla al margen de la historia y, sobre todo, por no proteger bien a sus hermanas.

Jonay la miró con decisión y sujetó su mano al cruzar el dorado portón de la entrada, insuflándole aplomo y valentía. Ella divisó a Libélula cultivando sus plantas aromáticas. La muchacha no lo dudó y

se lanzó a sus brazos. Ella la estrechó con calidez.

—¡Has conseguido llegar! —La rolliza mujer era una fuente desbordante de felicidad, como una tía cariñosa y entusiasta a la que visitas dos veces al año.

—¡Claro! He pasado un infierno, pero estoy aquí —le respondió sin dudar. El rostro de Libélula se ensombreció—. ¿Qué sucede?

—Bibolum esperó días tu llegada. Era el único que estaba convencido de que encontrarías la manera de cruzar, pero el resto no estábamos tan seguros… Érika nos contó que habías roto el espejo, tal y como te habíamos pedido. Después, Samara intentó contactar en vano contigo y…

—Libélula, ¿qué tratas de decirme? —Valeria empezaba a temer lo peor.

—Tus amigos partieron hace dos días para buscar a Lidia. El tiempo apremia, y no sabemos el impacto que tendrá todo este asunto sobre las tropas —le dijo entre susurros.

—¡¿Es que han ido solos?! Érika… ¡¿Dónde está mi hermana?! —Estaba a punto de sufrir una crisis nerviosa—. No puede ser que Daniel haya permitido que Érika se uniera al grupo.

—No fue idea de Daniel, sino de Aldin. No concebía el rescate de una descendiente sin otra descendiente. —La mujer trató de calmarla agarrando con fuerza sus manos—. Querida, será mejor que Bibolum te explique mejor las circunstancias. No podemos seguir hablando aquí. Hay muchos espías.

Valeria no observó a nadie sospechoso. Todos estaban inmiscuidos en sus tareas, ya fueran de entrenamiento o de simple abastecimiento del edificio.

Libélula la condujo al interior de la escuela, seguidas muy de cerca por Jonay. Este había preferido mantenerse al margen de la conversación como un discreto caballero, y ella lo había agradecido. No quería embrollar aún más la situación narrando las aventuras con el heredero del legado de Pan.

Libélula los hizo entrar en una de las estancias y les rogó que la esperaran hasta nuevo aviso. La chica levantó la cabeza al reconocer las ostentosas lámparas de araña que colgaban del techo del salón y la mesa ovalada coronada con una cesta de frutas. Varios sofás apetecibles que no se encontraban en su visita anterior salpicaban el espacio sin ningún orden. Los muros grises, los pasadizos secretos… Todo había desaparecido. Las estancias eran ahora más acogedoras y visibles al ojo humano.

Valeria no podía disimular su nerviosismo. Caminaba de un lado para otro sobre las gruesas alfombras de pelo. Su compañero, en cambio, se había relajado y sentado en una silla mientras disfrutaba de una manzana que había sustraído del cesto. La lanzaba al aire y la

recogía para darle otro mordisco.

—Nunca he conocido al gran mago —dijo desganado—. Dicen que es un viejo cascarrabias con poco sentido del humor.

—¡Chorradas! ¿Quién se inventa esas estupideces? —contestó, arqueando las cejas—. ¿Y cómo no lo has visto con todo el tiempo que has pasado aquí?

—Tampoco es tanto; un par de veranos, creo. Mi maestro le decía a mi madre que me llevaba a un campamento de ciencias o algo así, cuando en realidad venía a entrenar aquí. —Se incorporó y comenzó a hacer movimientos sobre la mesa como si sostuviera un sable—. Él nos transmite sus órdenes a través de nuestros maestros. Los guardianes no somos tan importantes, pero usted, majestad… —hizo una graciosa reverencia y, con un salto, depositó de nuevo los pies en el suelo— pertenece a un linaje de sangre real.

Valeria obvió el comentario desviando la mirada hacia la puerta, expresando así su desagrado, y él volvió a tomar asiento con una sonrisa burlona. A ella, los minutos le estaban pareciendo una eternidad insufrible. Quería saber de una vez por todas adónde habían enviado a Érika. Cuando Libélula volvió a abrirla, sintió un vuelco en el estómago. Las respuestas tan esperadas podrían convertirse en sus peores pesadillas.

—Jovencito, tú te quedas aquí —le ordenó la mujer al ver que Jonay se levantaba—. Se trata de una reunión secreta.

—Te lo dije. —Con aire triunfal, apoyó los pies en la mesa y le dio otro mordisco a la manzana—. Ya me haces un resumen cuando salgas.

Profecías

El universo tridimensional de la bóveda se puso en movimiento en cuanto pisó la estancia circular. Las numerosas estrellas multicolores danzaban divertidas mientras los extraños planetas giraban orgullosos trazando unas líneas imposibles sobre el espacio que resultaba infinito en aquella pequeña habitación.

La muchacha avanzó indecisa hacia el interior casi en penumbra y descubrió entonces la gigantesca silueta del mago sosteniendo un libro en las manos. Este alzó la cabeza. Las diminutas gafas no terminaban de encajar en su ancha nariz. Su barba blanca y rizada lucía pequeñas trenzas que parecían ridículas en un hombre de su tamaño. Bibolum nunca fue un mago corriente. No tenía una estructura ósea atlética y, en consecuencia, no era un tipo ágil. Incluso ella se atrevería a decir que era algo torpón. Su enorme barriga le impedía movimientos sutiles, y se preguntaba cómo había podido combatir con semejante cuerpo en las diversas guerras. Quizá el ejercicio físico no estaba entre sus prioridades, pero ella era admiraba la sabiduría y la agilidad mental que poseía.

No estaba frente a un mago decrépito como Jonay había sugerido. Bibolum era un líder indiscutible que, a pesar de su semblante bonachón, podía hacer temblar a un ejército aguerrido con tan solo arquear una ceja. Ahora, ante su presencia, no pudo evitar tragar saliva varias veces. La expresión severa de su rostro seguía intimidando a la muchacha, y esperaba con cierta congoja a que rompiera el silencio con su voz imponente.

—Bien, me alegro de que hayas conseguido llegar —le dijo mientras tomaba asiento en su minúscula poltrona—. Ha sucedido algo muy grave, Valeria. La presencia de tu hermana aquí nos pone a todos en peligro.

—Intenté evitarlo, rompí el espejo…

El mago la hizo callar levantando la mano.

—Ahora eso no tiene importancia. Llevamos disfrutando de unos años de paz, de un Silbriar glorioso donde todos los seres gozamos de la libertad que merecemos. Y, de nuevo, la sombra de una guerra se cierne sobre nosotros.

Guardó silencio. En su rostro se reflejaba una preocupación creciente. Su mirada parecía haber viajado a un lugar lejano, quizá a un momento remoto de su memoria o a un futuro sombrío y ya palpable para él.

—¿Por qué no ha enviado a una de sus tropas para rescatarla? —se

atrevió a preguntarle Valeria.

—No es tan fácil… Si se conociese la existencia del vínculo oscuro entre mis hombres, muchos desertarían y otros matarían a tu hermana con sus propias manos. —Afligido, suspiró—. Y me temo, mi querida niña, que empiezan a circular rumores.

Valeria abrió los ojos de par en par. No daba crédito a las palabras sinceras del mago. Él se incorporó y, con las manos detrás de la espalda, se dirigió al atril que con solemnidad se alzaba a su izquierda. Con un simple golpe de su varita mágica, iluminó toda la habitación. El universo giratorio desapareció, recobrando el techo la normalidad: un singular fresco celeste.

—Te dije que no existían libros que hablasen del vínculo, pero no es del todo cierto. —La miró con amargura—. *El Libro de las Profecías Oscuras* fue prohibido por ser un tratado de la magia negra. Fue custodiado como tantos otros por las sacerdotisas tirmianas hasta que el pueblo fue arrasado y su gran biblioteca, quemada. Pensamos que había ardido como muchos de ellos. Algunas brujas supervivientes se dedican hoy en día a rescatar las páginas impregnadas de sabiduría y a rescribirlas en la nueva biblioteca. De muchos no encontramos ni los restos, y pensamos que era mejor así. Las profecías negras perdidas para siempre…

»Yo lo sostuve entre estas manos hace mucho tiempo. Era muy joven entonces y no pude evitar ojearlo. Debo admitir que mi curiosidad siempre fue más grande que mi prudencia. Encontré conjuros de invocación, de eterna juventud, de control y de maldiciones. Pero también había varios capítulos dedicados a las profecías oscuras, y aquello me pareció fascinante, ya que ignoraba que podrían llegar a ser una realidad destructiva. Una de ellas hablaba de la escisión de la magia: la Primera Gran Guerra; otra, del alzamiento de un mago tirano; y la última de la que tengo memoria narraba el poder absoluto que surgiría de un vínculo negro sellado con un beso. —El mago clavó la mirada en ella—. ¿Entiendes, mi niña, la magnitud del problema?

Ella negaba con la cabeza. Aquello no podía ser real. Un beso no podría tener consecuencias tan funestas. No había significado nada para su hermana. Nunca lo mencionaba. Ni a Kirko. Sirvió solo para despertarla, para nada más. Ella conocía a Lidia muy bien. Si algo le gustaba, no paraba de hablar de ello. ¡Y un beso era solo un beso! ¿Cómo se podía aprovechar el mal de algo tan efímero como eso?

El mago pareció leer sus pensamientos.

—Cuando el amor es capturado por las tinieblas, todo puede ser posible.

—Pero mi hermana no ha venido aquí por voluntad propia, ¡y odia a ese ninja del infierno! —Comenzaba a alterarse—. ¡Por eso no

entiendo cómo su propia gente estaría dispuesta a asesinarla sin dar una oportunidad siquiera para su rescate!

—Ellos han sufrido numerosas veces los efectos de la magia negra, y preferirían acabar antes con la amenaza de un nuevo régimen oscuro que sacrificar a los suyos.

—¡¿Aunque se trate de una descendiente?! —le preguntó, aún más enojada.

—Porque justamente se trata de una descendiente.

Ambos guardaron silencio unos segundos. Nerviosa, caminaba por toda la estancia, intentando apaciguar el volcán interior que ardía en sus entrañas.

—Esto no puede estar pasando. Yo no debería estar aquí, sino preparándome los parciales… —Soltaba todo lo que pensaba, obviando la presencia del mago—. No me dijo que ese beso firmaría una alianza del mal, ¡solo que la alejara porque era su alma gemela! Únicamente me aconsejó que la hiciera sentir bien en nuestro hogar y que cuidara de ella para que tuviera una vida feliz en la Tierra… ¡¿Por qué no me advirtió que Lorius podría secuestrarla para sus fines retorcidos?! ¡¿Por qué no me contó que Lidia era parte de una profecía negra?!

Valeria apretó puños y dientes para no soltar un bufido que se oyera en todo el Refugio. ¡Estaba harta de las intrigas de Silbriar!

—Si callé algo, lo hice para protegerte, niña. —Bibolum adoptó un semblante más dulce—. Nunca pretendí haceros daño, pero entiende que hay secretos que no pueden ser desvelados. Las profecías oscuras no son una certeza, sino instrumentos que usan las tinieblas para apoderarse de todo, para extinguir la luz de nuestro mundo.

—Pero dos de las tres que conoce se han cumplido, y es eso lo que teme. —Se frotó varias veces la frente, como si así pudiera aliviar el peso de su cabeza—. Lo único que quiero es devolver a casa a mi hermana sana y salva, nada más.

Bibolum suspiró aliviado. También ese era su objetivo. No quería eliminar a una chica inocente. No quería mancharse las manos con la sangre de una descendiente.

—¿Entiendes ahora por qué no puedo anunciar a los cuatro vientos el contenido de la tercera profecía? No quiero un levantamiento entre mis hombres, porque unos apoyarían mi criterio, pero otros…

—No dudarían en matar a mi hermana.

—Ya existen habladurías. Tengo oídos entre mis filas… Pero nada preocupante por el momento. Es por eso por lo que he enviado a un grupo de confianza hacia el sur.

—Pero… ¿y Érika?

Su impotencia había superado los límites de su resistencia. Unos incontrolables deseos de llorar emergieron súbitamente sin apenas

darle tiempo a reaccionar. El gran mago la consoló apoyando su enorme mano en el hombro. Ella se esforzaba en combatir el llanto desesperado que la devolvía cruelmente al recuerdo del funeral de su madre, donde se sentía vulnerable, donde todos sus miedos afloraban de golpe. Su vida sin su madre… No podía perder a ninguna de sus hermanas. No podía volver a ser esa niña afligida y asolada por miles de pesadillas.

—Érika está con los mejores soldados —le reveló con voz pausada—. Dos grandes guardianes con experiencia en combate, el mejor instructor y mago que tengo y un valiente leñador dispuesto a dar su vida.

Valeria esbozó una tímida sonrisa. Se secó las lágrimas con las palmas de las manos y abrazó al mago sin dejarle otra opción. Ahora mismo era su mejor aliado en aquella tierra extranjera, y sabía que la defendería no solo con magia, sino con uñas y dientes. Él no iba a permitir que sus propios soldados dictaminasen la muerte de su hermana.

—¿Puedo preguntarle algo? —le dijo, ya con voz más calmada—. ¿Por qué ha dicho que las profecías oscuras no son una realidad en sí misma?

—Porque, querida niña, también existen las profecías de luz —le dijo riendo—. La anunciación de vuestra llegada y la restauración de la paz con la liberación de Silona… ¡son profecías blancas! Lorius ha estudiado el libro oscuro y sabe qué momento de la historia puede aprovechar para su alzamiento, por eso quiere a una descendiente a su lado.

—¡Lidia jamás luchará bajo las órdenes de ese tirano! —exclamó tajante.

—Y con eso contamos.

Respiró aliviada, entornó los párpados y pensó en todos los libros que ahora podrían ayudarla pero que se habían perdido para siempre en el incendio de la biblioteca.

—¿Hay alguna profecía más que deba conocer antes de irme? —le preguntó, arqueando las cejas, algo molesta.

—No, por el momento… —le contestó con una sonrisa burlona—. Ahora debemos concentrarnos únicamente en destruir esta. —Bibolum volvió a tomar asiento y dejó caer sus párpados—. Libélula te dará los detalles del viaje. Te acompañarán unos cuantos guardianes y el elfo más diestro con el arco que conocemos. Tus amigos partieron hace dos días, así que creo que podrás darles alcance. Aldin te contará el plan que hemos elaborado para devolveros a casa y que Silbriar no sufra las consecuencias de una nueva guerra sin las descendientes.

Valeria asintió repetidas veces mientras se preguntaba quiénes eran esos guardianes dispuestos a emprender un viaje hacia lo inesperado.

Deseaba que Jonay fuera uno de ellos; al menos ya lo conocía. Antes de que pudiera abrir la puerta, el mago la detuvo:

—¡Una cosa más! Casi me olvido… —se castigó por su despiste—. No creemos que Lorius esté trabajando solo. Ese conjuro que Nico me mostró para traer a tu hermana hasta aquí requiere un poder del que Lorius ahora carece. Además, está escrito en la lengua de las brujas ancestrales. He tenido que llamar a Samara para que me lo tradujera.

—¿Cree que hay una bruja trabajando para él? —le preguntó alarmada.

—Pocas fueron las supervivientes cuando Lorius arrasó Tirme. Samara ha contactado con todas ellas y ninguna parece estar involucrada —dijo pensativo—. Ten mucho cuidado, niña. Ignoramos los peligros que te aguardan en el sur.

Apoyó la espalda en la puerta al abandonar la estancia circular y lanzó un suspiro nervioso. No había sido la conversación alentadora que ella esperaba. Bibolum le había planteado más problemas que soluciones. Ella había irrumpido en Silbriar para liberar a su hermana junto con un ejército, y no solo no contaba con esa cantidad de guerreros, sino que debía combatir con otro enemigo desconocido sin levantar sospechas por parte de los aliados. Apretó los dientes y cerró los ojos. Debía mantener la calma. Tenía que encontrar a sus dos hermanas.

—Deberías descansar un poco… —ni siquiera había advertido la llegada de Libélula— y cambiarte de ropa.

—Esta vez no pienso ponerme ningún corsé.

—Por supuesto, tesoro, pero no pretenderás viajar al sur con ese abrigo y esos pantalones tan extraños. —Valeria se detuvo a examinar su vestimenta. Desde luego, su suéter de cuello alto y sus vaqueros no serían los más adecuados para el largo verano silbrariano, pero se negaba en rotundo a vestirse como una doncella en apuros—. Partirás al alba. Cuantas menos noches pases en el infierno del sur, mucho mejor.

No quiso preguntar qué peligros ocultaba la noche; el día en sí ya sería incierto y arriesgado.

Siguió a la mujer por los pasillos con la esperanza de que la misión de rescate no durase mucho y pronto poder tomarse un chocolate caliente con sus amigas en la universidad. Sí, todo volvería a ser como antes.

7

Encerrada

Despertó envuelta entre sábanas de seda y un intenso aroma a rosas. Todavía somnolienta, acarició el pavimento frío con los dedos de los pies y los recogió de nuevo abrazando sus piernas, descansando la cabeza sobre las rodillas flexionadas. Se balanceó unos segundos mientras entonaba una canción de cuna que su madre solía cantarle. Sus cabellos ondulados caían en cascada sobre su espalda y parte de su rostro. Mantenía la mirada perdida. Ignoraba dónde se encontraba y cuántos días llevaba encerrada en aquella odiosa habitación. Todo estaba decorado con un insulso color rosado que alteraba aún más su estado de ánimo, desde las aburridas cortinas hasta el inmenso dosel que cubría el lecho en el que dormía. Parecía que estaba atrapada en una terrible casa de muñecas para niñas con rasgos sociópatas.

Bajó de la cama, y el terrorífico camisón que llevaba se deslizó hasta cubrirle los tobillos. Cruzó la estancia hasta llegar al espantoso tocador de madera, que debió pertenecer a una sosa princesa cuyo único deber era cepillar sus cabellos durante todo el día. Se miró en el espejo y se asustó de sí misma. Sus incipientes ojeras habían desaparecido, tenía las mejillas sonrosadas y el cutis de un bebé risueño, hasta su melena indomable parecía serena y extraordinariamente atractiva. Ocultó su rostro desconocido con ambas manos y negó con la cabeza. ¿Qué poción repugnante le estaban suministrando? ¡Solo le faltaba danzar y cantar con los pájaros! Y eso no podría soportarlo.

Descorrió las cortinas y un torbellino de luz la cegó durante unos instantes. Intentó abrir la ventana de todas las maneras inimaginables —de espaldas, golpeándola con los puños, lanzándole una silla con un cojín estampado con corazones rosas—, pero nada, ni un rasguño en aquel cristal infernal. Agotada, se limitó a contemplar el paisaje. Sin embargo, lo único que podía apreciar eran las nubes amarillentas que rodeaban aquel palacio. No vislumbraba ni un pedazo del cielo celeste que caracterizaba a Silbriar, y eso solo podía significar que se encontraba en algún mugriento lugar, apartada de toda civilización existente. Una escalofriante duda recorrió su mente, alarmándola: ¿Y si aquello no era Silbriar? ¿Y si se encontraba en otro recóndito mundo dentro de un universo aún más temible?

Con rabia, observó sus pies descalzos. Estaba desprotegida sin los zapatos. No tendría ninguna oportunidad de escapar sin ellos. De

repente, oyó unos pasos que se acercaban y corrió a esconderse bajo las sábanas. Entornó los párpados y fingió estar en un sueño aletargado y profundo.

No había visto a sus captores, como tampoco a los carceleros, aunque no dudaba que la mano de Lorius se ocultaba tras el secuestro, y no había tenido la oportunidad de insultarlo a la cara. Siempre le dejaban una bandeja de comida y una jarra de agua en la alfombrilla de la entrada cuando dormía. Lidia no era estúpida, sabía que le estaban suministrando somníferos o alguna receta mágica invalidante. La mayor parte del tiempo permanecía mareada en la cama o deambulaba confusa. Se había negado incluso a comer y a beber, pero esos síntomas no habían desaparecido. Pensó entonces que era el propio aire que respiraba en esa endemoniada estancia el que la mantenía con los sentidos anulados por completo.

Sin fuerzas para combatir la desidia, desganada para idear un plan que la sacara de allí y confusa para comprender el motivo de su rapto, había divagado mucho. Descartado el motivo económico, quizá planeaban un intercambio de rehenes, pero ¿por quién? Había permanecido tan lejos de aquel mundo que ignoraba si Silbriar había florecido bajo el reinado del hada o estaba sumido en una nueva guerra. ¿Por qué la mantenían retenida? ¿Por qué no la mataban? La cabeza de una descendiente valdría mucho. Dejaría en ridículo la profecía que hablaba del regreso de la luz a manos de tres hermanas. Muerta una, aniquilada la esperanza.

Contuvo la respiración al escuchar cómo giraban el pomo de la puerta, y esperó unos minutos más a que dejaran la bandeja envenenada en el suelo para poder incorporarse de nuevo. Pero esto no sucedió. Inesperadamente, los pasos se aproximaron hacia la cama. Trató de mantener una respiración pausada. Entonces sintió cómo apartaban lentamente las sábanas de su cuerpo, pero permaneció inmóvil. Aunque continuaba con los ojos cerrados, percibió cómo el captor se acercaba a su rostro para comprobar que dormía. Rozó primero su nariz, luego sus mejillas, y descendió hasta su barbilla.

Lidia no pudo controlar la incipiente cólera que estaba consumiendo su débil paciencia. Agarró con ambos brazos a su carcelero por el cuello y le mordió la oreja con tal saña que los gritos de dolor estremecieron a todo el palacio. Comenzó entonces a propinarle patadas por todo el cuerpo. Él trataba de sujetarle los pies y las manos, pero ella se contorsionaba como una serpiente herida, no le daba tregua alguna. Cuando por fin pudo liberarse, corrió hasta la puerta sin pensar qué encontraría tras ella. Quería ser libre, quería volver a casa y abrazar a su padre y a sus hermanas, quería abandonar esa escalofriante habitación de princesas de cuentos y sentir de nuevo el calor de sus amigos, asistir a clase aunque suspendiera todos los

exámenes. ¡Ella anhelaba su vida! Y tan solo estaba a dos pasos de su libertad.

Frágil, con acusado cansancio, reunió sus apáticas fuerzas en un último aliento. Acarició con la mano el ansiado albedrío, y entonces se desplomó al sufrir un arrolladora embestida que la atraía a la tierra. Su carcelero, todavía sobre ella, la mantenía bocabajo e inmovilizada. Comprobaba temeroso que no se hubiera hecho daño. Poco a poco, giró su cuerpo estático hasta que contempló el rostro resentido de la chica. Lidia no pudo evitar asquearse al descubrir quién la retenía. Sentado sobre su abdomen, se atrevía a sonreír de medio lado y se jactaba de su heroicidad. Ella le escupió. Odiaba aquel rostro, detestaba su mirada agresiva, y se prometió a sí misma que algún día lo mataría con sus propias manos.

—¡Levántate de una vez! ¡No me dejas respirar! —le ordenó furiosa.

—¿Me prometes que tus modales serán los de una damisela? —Kirko reía divertido.

—¡No soy una dama ni una jodida princesa! —gritó ofendida—. ¡¿Es que no recuerdas quién soy?! —Kirko la desafió acercando de nuevo los labios a su rostro. La chica no se inmutó. Él jugaba al despiste, desplazando su boca de izquierda a derecha, de arriba abajo, con sorna—. ¡Por Dios! ¿Nadie te ha dicho que compres chicles de menta? ¡Tu aliento es asqueroso!

Por fin se incorporó mientras le ofrecía su mano. Ella la rehusó con descaro y se dirigió a la ventana, ignorando al ninja asesino. Con los brazos cruzados, fingía que contemplaba el monótono paisaje árido que atisbaba desde allí. Estaba enojada, y le dolía admitir que también se sentía humillada. Ese ser despreciable la había despertado de su dulce sueño en el poblado de los gnomos. Había recibido sin su consentimiento un beso repulsivo y ella había querido destrozarle la cara. Y, ahora, allí, intentaba seducirla con la desvergüenza que lo caracterizaba. Y era eso, o disfrutaba burlándose de ella y sacándola de quicio. Todo podía ser posible tratándose del hijo de Lorius. La mezquindad corría por sus venas, eso era innegable, y ella siempre había detestado a los abusones que aprovechaban su superioridad numérica, en este caso, sus poderes incendiarios.

Tocaron a la puerta con brusquedad. El muchacho la entreabrió y mantuvo unas palabras escuetas con quien lo requería. Lidia agudizó el oído y no tardó ni un segundo en descubrir a su interlocutor: la hermana chiflada de Kirko se había presentado por si necesitaba su ayuda. Lanzó un sonoro resoplido. Ella no era ninguna amenaza sin sus zapatos, pero seguiría siendo un incordio; no se lo pondría tan fácil a esos dos mellizos asesinos.

Volvió la vista hacia la ventana y se preguntó cómo estarían sus

hermanas. Había dejado a Érika en el parque e ignoraba si había vuelto a casa o había aterrizado en algún lugar inhóspito de estas tierras. «No viajó conmigo», se repetía continuamente. Estaba segura de que no permanecía encerrada en otra habitación del palacio. Pensó en Valeria. Habría puesto el grito en el cielo. Estaría buscándola junto con su padre, pero en la tierra equivocada. ¿Cómo fue tan idiota de ocultarle la aparición del gnomo? ¿Cómo no la invitó a la reunión en el parque? Era su hermana mayor, la precavida, la que desconfiaba de todos. Ella no habría caído en la trampa del brujo. Las lágrimas brotaron de sus marrones ojos como un torrente silencioso. La echaba de menos, quería abrazarla y pedirle perdón, aunque recibiera una bronca monumental por su imprudencia. Quería volver a casa.

—¿Por qué lloras? ¿Acaso no estamos tratándote bien? —Kirko había cerrado de nuevo la puerta—. No estás en una celda maloliente.

—¿Por qué no acabas con mi vida ya?

—Deberías vestirte. Tienes más de una docena de trajes en el armario. —Intentó sujetar su mano, pero ella lo evitó de nuevo.

—No me interesan tus vestidos. ¿Para qué los quiero?, ¿para seguir aquí prisionera?

—¡No eres una prisionera! ¡Eres nuestra invitada!

—¡Pues devuélveme mis zapatos! —Lo desafió con su mirada, pero él no se achicó. Aquel psicópata maligno la provocaba con su altanería. Corrió hacia el armario, llena de furia, y comenzó a lanzar todos los vestidos por la habitación—. ¡No soy una princesa cursi! ¡Y tú no eres mi dueño! Si soy una invitada, ¡déjame salir de aquí!

Kirko contemplaba la pataleta de la muchacha sin inmutarse. Le resultaba incluso gracioso su comportamiento infantil.

—Es evidente que todavía no estás preparada ni para ir de aquí a la esquina —le dijo resuelto—. Y no soy tan idiota como para darte un arma con la que podrías escapar.

—¿Entonces admites que estoy encerrada?

—Castigada es la palabra, hasta que aprendas a comportarte y mi padre pueda recibirte.

Lidia lo observó confusa. No quería ver a su padre, no quería verlo a él… ¡Quería volver a casa!

—No me interesa lo más mínimo tu padre. Es un brujo maléfico, egocéntrico y ambicioso.

—¡Tiene grandes planes para ti!

—Puede meterse sus planes por donde le quepan, ¿entiendes? Que te quede claro: no voy a colaborar con él… ¡Ni ahora, ni nunca!

—Eso dices ahora.

—Pero ¿estás ciego? ¿No ves cómo te utiliza? ¡Eres un mono amaestrado que hace todo lo que él quiere! ¿Alguna vez te has atrevido a desobedecerlo?

—¿Acaso lo has hecho tú con el tuyo? —le preguntó, arqueando las cejas.

—¡Pues claro que sí! Y eso que mi padre no es un tirano malvado.

—Aséate y come algo —le ordenó mientras sacaba las llaves de su bolsillo.

—¿Para que me envenenes? Ah, no, claro, que soy una invitada… —Lidia resoplaba continuamente—. Mis amigos vendrán a ayudarme y me sacarán de aquí. Mis hermanas no van a dejar que me pudra entre estas cuatro paredes.

—No habrá compasión con los enemigos. —Se acercó a ella y echó parte de sus cabellos hacia atrás—. Y más vale que tus hermanas no se acerquen a este castillo. Yo no quiero verte sufrir, pero no dudaré ni un instante en matarlas si es necesario.

Lidia palideció, se quedó petrificada mientras observaba que el chico abandonaba la estancia. Apoyó las manos en el cristal e intentó distinguir entre tanta arena las siluetas de sus hermanas. Aliviada al no verlas, se sentó de nuevo en la cama. Sabía que él no bromeaba. ¡Era un asesino! Y las mataría en cuanto pisaran el castillo. Pero, entonces, ¿por qué ella no corría la misma suerte?, ¿por qué la mantenían entre algodones y sábanas de seda?

Parte 2

Las dunas del sur

Dunas

El aire era amarillo y pesaba sobre el alma del pequeño grupo de viajeros. El infinito paisaje desértico era asfixiante. No había palmeras ni animales que correteasen por ese recóndito valle dorado, solo dunas colosales de arena fina que se extendían por un horizonte angustioso. El cielo no parecía tan inalcanzable como de costumbre, oprimía sus espaldas como una carga más que soportar, y la ausencia de nubes incrementaba la percepción aplastante de desamparo. Eran seres insignificantes en un emplazamiento descomunal e inhóspito. De vez en cuando, una brizna fresca acariciaba sus rostros lánguidos insuflándoles un puñado de esperanza. Nico se aplicaba de manera constante el bálsamo que Libélula les había preparado sobre sus labios agrietados. A pesar de los ropajes ligeros y de colores claros, las gotas de sudor nacían en su estrecha frente con celeridad sin darle tregua suficiente a su empapado pañuelo.

No estaba siendo la aventura que esperaba. Llevaban tres días con sus dos intensas noches de travesía, y no se habían tropezado con nada memorable, solo tierra y más tierra. Por fortuna, contaban con la ayuda de unos imponentes e insólitos animales llamados imots. Él los describía como hipopótamos gigantes y pestilentes, aunque se hubiera quedado corto en su definición. Llevaban viajando horas sobre sus incómodas jorobas. Su pelaje era corto, de tono avellanado, y eran el medio de transporte habitual por aquellos parajes. El señor Moné aseguraba que esos animales, a pesar de su gran peso, corrían a gran velocidad si era necesario. A él le seguían pareciendo torpes y descaradamente flatulentos. También había observado que eran muy asustadizos. Cualquier sonido que escapara a su cotidianidad los alteraba profundamente, pero al menos agradecía que sus pies no fueran los que estuvieran recorriendo cientos de kilómetros.

Recostó a Érika sobre su pecho. La niña era su compañera en aquel periplo. Estaba exhausta; demasiados infortunios desde que habían llegado al parque. Todo había sucedido muy deprisa: el rapto de Lidia, su viaje inesperado por una espiral de colores hasta llegar a Silbriar y el apuro del gran mago por iniciar una misión de rescate. Daniel, enfadado, le había recriminado su premura. Quería que contactaran con Valeria, que la trajeran de inmediato, pero Bibolum había sido tajante, así que no hubo tiempo que perder. Lidia se encontraba en grave peligro. Acarició con ternura los cabellos dorados de la niña,

quien se permitió cerrar los ojos. El enérgico sol consumía de manera voraz sus ya desgastadas energías.

Se distrajo examinando a sus compañeros. Cubriendo la retaguardia, se encontraba Roderick. El fortachón leñador sudaba aún más que él. Se había negado a llevar unas bermudas por un sentido agudizado del ridículo. En sus propias palabras: «No quiero parecer una ninfa del sur peluda». Y ahora se remangaba los largos pantalones hasta las rodillas buscando un frescor ausente durante toda la jornada. Se había hecho dos trenzas en su extensa barba pelirroja para mitigar la sensación de ahogo, y abanicaba continuamente su cara con uno de los simpáticos abanicos con forma de hoja que Libélula les había suministrado. Nunca le pareció que el leal amigo del señor Moné fuese un cascarrabias; siempre lo había admirado por su valentía y su continuo empuje. Nico había sentido con profundidad la muerte de su mujer en la batalla de la Fortaleza, pero en cuanto habían pisado esas tierras lejanas, no había parado de escuchar sus continuos lamentos. Su enorme cuerpo se revolvía continuamente en el lomo del castigado animal que lo transportaba, aunque era evidente que un hombre de su estatura y grosor debía tener el trasero molido a pesar del monumental tamaño de los imots.

Volvió la vista al frente. Su hermano se ajustaba el sombrero de explorador mientras bebía agua de su cantimplora. La insaciable sed era el mal de todos. El mago ya los había advertido de que el cuerpo parecía secarse por dentro y las ganas de beber era la peor de todas las torturas. Daniel apenas había roto el silencio desde que partieron del Refugio. Continuaba enojado. No concebía la misión sin Valeria, así que se limitaba a asentir a las indicaciones que el pequeño maestro les ordenaba, aunque de vez en cuando mostraba alguna objeción. El plan que meticulosamente ambos hombres habían diseñado le parecía un suicidio ingrato: entrar a hurtadillas en un castillo, el cual desconocían, sin ser descubiertos. Era una auténtica locura. Una misión silenciosa de esa índole no tenía sentido. Él era consciente por propia experiencia de que Lorius no dejaría ni un solo rincón sin cubrir; es más, apostaría su alma a que el viejo mago oscuro les tenía reservada una afectuosa bienvenida.

Lanzó un aburrido y prolongado suspiro. Era evidente que su hermano estaba harto de aquel infierno. Aun así, se mostraba esperanzado, ya que necesitaba que la misión fuese un éxito. La culpabilidad y la responsabilidad hacían mella en su carácter. Se mostraba más taciturno, a veces incluso irascible. Solo cuando se dirigía a Érika su semblante se tornaba amable y afectuoso.

A la cabeza de la expedición se encontraba el señor Moné, quien parecía no sufrir las inclemencias del tiempo seco a pesar de su intenso pelaje en las piernas y de su enorme cola cobriza que de vez

en cuando asomaba bajo la túnica blanca que portaba. El atuendo escogido por Aldin había llamado su atención. Era una prenda habitual en la comunidad de magos, pero él nunca la había vestido hasta ahora. La ligera túnica caía con suavidad hasta sus tobillos y la capucha cubría su cabeza de los incesantes rayos de sol. Con constancia estudiaba su reloj dorado de bolsillo con cierta consideración, como si se tratase de un artículo recientemente adquirido.

Al final, Nico posó su mirada en la pequeña Érika. Estaba muy preocupado por ella. La vivacidad de su mirada se había extinguido desde que habían aterrizado en ese mundo y sus ojos verdes ya no brillaban como de costumbre. Era indiscutible que estaba afectada por la desaparición de su hermana Lidia, y él intuía que la ausencia de Valeria y la imposibilidad de que esta pudiera llegar a Silbriar acrecentaban aún más su desasosiego. La niña no quería despojarse de su capa roja, la portaba siempre, incluso dormía con ella, como si estuviera en constante alerta. Él debía admitir que, exceptuando la noche, también calzaba sus botas, aunque por una razón muy diversa: le mantenían frescos los pies. La fastidiosa arena le propinaba abrasadores latigazos cuando rozaban su piel, y al menos las botas lo aislaban de este fenómeno y sus suelas resistían el infierno de aquel pegajoso estío.

—¿Todavía no se pone el sol? —oyó preguntar a la niña, que dormitaba sobre el imot.

El chico profirió un eterno suspiro. Faltaban aún unas horas para que las estrellas lucieran su esplendor en aquel inexplorado cielo. Los interminables días del verano acrecentaban la sensación de apatía.

—No, pero no queda mucho para que descansemos un rato.

—Nico, ¿crees que volveremos pronto a casa? —le preguntó, buscando consuelo.

—¡Claro que sí! ¡En cuanto rescatemos a tu hermana de las garras del malvado mago negro! —exclamó, agravando su voz con aire divertido.

—Tengo miedo… —dejó escapar como si fuera un suspiro—. No debí frotar el espejo. Quería ayudar… Y ahora estoy aquí… Y Val no ha podido cruzar…

—Ey, todo va a salir bien —le dijo, mirando al infinito—. Daniel y yo estamos aquí, vamos a cuidar de ti. No va a pasarte nada.

—¿Crees que Lidia estará bien?

Nico enmudeció. Evitaba pensar en ello, pues era consciente de que existía la posibilidad de que Lidia no estuviera encerrada en una mazmorra hedionda. Lorius quería a las tres descendientes en una tumba bajo centenares de kilos de escombros, así podría iniciar de nuevo una revolución y afianzar su poder, pero ni se atrevía a

imaginar que estuviera muerta. No podía ser. Porque, entonces, nada de aquello tendría sentido. Silbriar los había llamado una vez por una razón, y no era para que todos muriesen allí. ¡No, no, no!

—Seguro que sí. Conociendo a tu hermana, estará incordiándolos a todos como un grano en el c… Ya sabes, buscando la manera de escapar.

Inesperadamente, Aldin desmontó del imot y examinó el horizonte con recelo. Daniel fue a su encuentro. El mago sostenía el reloj con nervio.

—¿Alguna novedad? —le preguntó animoso el chico.

—¿Dónde están esos oasis increíbles de los que tanto me has hablado? —Roderick escupió, deshaciéndose de parte de la tierra que se amotinaba en su boca gracias a las rachas de viento inesperadas—. ¡Me gustaría dormir hoy bajo una palmera!

—Los oasis de estos parajes son caprichosos. Se dejan ver cuando les viene en gana —le contestó sin apartar la vista del frente.

—Pero ¿has visto alguno en toda tu vida, charlatán embustero? —insistió el leñador.

—No, ya te dije que era la primera vez que pisaba el desierto.

—Entonces, ¿su existencia podría ser un mero rumor para animar a estúpidos viajeros a adentrarse en este averno? —Desanimado, comenzó a abanicarse de nuevo con impaciencia.

—¿Qué sucede, señor Moné? —Daniel había reparado en que el mago no parpadeaba; continuaba escrutando la lejanía.

—Las líneas del horizonte están cambiando continuamente —les anunció por fin—. Y eso no puede ser posible.

—¿Y qué significa? —Daniel continuaba confuso.

Nico ayudó a la pequeña a desmontar. Por fin, esta pudo corretear, aliviando así la pesadez de sus piernas. Él permaneció sobre el animal. Su imot parecía inquieto. Se movía de adelante hacia atrás sin ningún sentido, y él intentaba calmar su nerviosismo acariciando su cabeza y sujetando las riendas con brío. De repente, el descomunal animal soltó un desgarrador bramido que imitaron de inmediato los otros. Los incesantes chillidos estremecieron a la compañía. Nico, paralizado, buscó consuelo en el rostro del mago, pero este estaba alarmado.

—¡Dunas movedizas! —gritó el señor Moné, espantado.

Antes de que los demás pudieran volver sobre los imots, estos partieron en desbandada. Nico gritó atemorizado. Su animal corría como un caballo desbocado sin mantener un rumbo continuo. Se agarró a la joroba con ojos desorbitados y comenzó a rezar desesperado. Aquello no podría tener un buen final. Volvió la vista atrás y contempló la impotencia en el semblante de su hermano.

Daniel había iniciado una carrera tras él, la cual tuvo que frenar al instante. Aquellos condenados imots trotaban como galgos. Nico daba

tumbos en el lomo del animal. Ninguna de las cuatro bestias mantenía un rumbo fijo. Corrían alocadas de un lado para otro buscando una salida inexistente en aquel endemoniado desierto. Entonces reparó en que, en su frenética huida, aquellos estúpidos imots iban directos a la trampa creada por las dunas, las cuales aparecían y desaparecían de su campo visual en un solo pestañeo. El mapa del desierto era todo un enigma; cambiaba a razón de segundos. Una duna emergía frente a él y desaparecía segundos después para volver a renacer a cientos de metros a su izquierda. ¿Qué demonios estaba pasando allí? Nico tragó saliva. En cualquier momento se estamparía contra una montaña de tierra. Intentó redirigir al animal con vanos esfuerzos. Quería sacarlo de aquella ratonera mortal.

De repente, una muralla de arena se alzó a escasos metros de él. Dos imots fueron engullidos al instante por la colosal duna. En una desesperada tentativa, tiró de las riendas queriendo frenar al animal, pero se había quedado sin tiempo. El impacto iba a ser inminente. Gritó como si el diablo lo hubiese despojado del alma mientras cubría con ambos brazos su rostro.

Daniel contempló imposibilitado cómo su hermano se alejaba. Agotado tras la persecución, alzó la espada a sabiendas de que sería un arma inútil contra las dunas movedizas. Estas avanzaban sin control, dejándolos sin escapatoria alguna.

Roderick se colocó a su lado, manteniendo su hacha firme.

—¡Por las barbas de mi bisabuelo!

Entonces, ambos se percataron de que las gigantescas montañas tenían la tendencia de desplazarse más hacia la derecha, lo que les dejaba una oportunidad para escapar. Debían dirigirse hacia la izquierda.

—¡Érika, ponte la capa! —le ordenó Daniel—. ¡Y mantente siempre a nuestro lado!

El leñador no se lo pensó dos veces e inició una carrera en sentido opuesto al movimiento de las dunas. Daniel lo siguió muy de cerca, pero la niña, ya invisible, permaneció inmóvil, observando la actitud del mago, quien parecía absorto examinando la trayectoria de la arena. Con una concentración plena, comenzó a girar su bastón dibujando círculos en el aire. Érika comprendió al instante el propósito del maestro: estaba creando un escudo de protección. Avanzó hacia él y se situó a su espalda, deseando con ahínco que su magia funcionase. Dudaba si su invisibilidad la hacía inmune a ser devorada por la tierra. El año anterior, la capa la había protegido en varias ocasiones contra las bolas de hielo de los jinetes y del ataque de los lopiards.

El mago, con semblante serio, condensaba toda su energía en la esfera azul que nacía de su bastón. Nunca se había enfrentado a dunas

movedizas y desconocía si su plan tendría éxito. La ráfaga de la primera impactó de lleno sobre todo su cuerpo y llegó a tambalearse. Aldin luchó por mantener el equilibrio. No podía frenar el ritmo del bastón, pero pronto advirtió que las paredes de arena se alzaban enérgicas a ambos lados sin apenas rozarlo. La pequeña contemplaba estremecida cómo las columnas doradas se desplazaban por sus flancos con un sonoro estruendo. Se hallaba sumergida en el interior de una duna. El mago lo había conseguido: había perforado aquella colina de tierra amarilla con su esfera mágica. El estrecho pasillo que había creado el señor Moné apenas dejaba vislumbrar el profundo color celeste del cielo, y millones de partículas doradas engendraban una sutil neblina sobre sus cabezas. Fue entonces cuando pudo respirar aliviada, preguntándose el destino de sus compañeros.

El guardián y el leñador huían extenuados de las garras de las colosales dunas. Daniel había adelantado en su carrera al fortachón pelirrojo, al que apenas le restaba un hilo de aliento para continuar avanzando. De repente, el chico apreció que sus piernas se elevaban del suelo con celeridad. Miró hacia abajo y descubrió cómo una montaña de arena brotaba justo bajo sus pies. Sorprendido, gritó el nombre de su compañero, quien, desconcertado, luchaba angustiado por no desplomarse, a sabiendas de que sería engullido por kilos de tierra fina.

Roderick estaba aterrado. No conseguía anclar los pies en la arena. Finalmente, su cuerpo cedió, y a cuatro patas continuó aferrándose a un puñado de tierra de la cúspide, temeroso de precipitarse en el abismo dorado surgido entre aquellas murallas de polvo. Daniel cortaba el aire con la espada, equilibrando el peso por los continuos bandazos que la arena le propinaba. Cuando la duna alcanzó su ápice, ambos fueron despedidos ladera abajo. Roderick rodaba como un barril de cerveza vacío dando continuos tumbos mientras Daniel escuchaba sus ensordecedores lamentos. Había plegado sus rodillas para facilitar el descenso y se cubría el rostro con ambas manos.

—¿Tú no tenías una espada mágica? —le reprochó el leñador a la vez que trataba de incorporarse tras finalizar la bajada.

—¿Y tú no cuentas con un hacha prodigiosa? —le contestó, sacudiendo sus pantalones repletos de arena.

—Me pido otro viaje en una de estas atracciones. —Soltó una carcajada resonante—. Creo que me he roto todos los huesos del cuerpo, incluso aquellos que no tienen nombre.

—Por lo menos estamos vivos. —Daniel intentaba recuperar el aliento—. Pero esto no ha terminado… ¡Las malditas dunas siguen moviéndose!

Antes de que el imot se estrellara contra la monumental pared de arena, Nico saltó sin pensar qué le depararía la caída. Sin calcularlo,

sus botas se pusieron en movimiento con apenas rozar el suelo, e inició una fuga que en tan solo unos segundos lo apartó de inmediato de la zona comprometida. Adivinó entonces que podría ser más ágil que aquellas dunas movedizas e inició el regreso al lugar donde se hallaba su hermano, esquivando con naturalidad a las antojosas montañas de tierra.

Divisó a un par de kilómetros a Daniel junto al leñador. Su llegada cogió por sorpresa a estos, que se pusieron alerta de nuevo al visualizar un torbellino borroso revolotear a su alrededor.

—¿Y el señor Moné? ¿Y Érika?

Poco duró el alivio de Daniel al descubrir que el fastidioso remolino era su hermano, ya que su pensamiento se centró entonces en la pequeña. Ignoraba dónde se encontraba y qué le había pasado.

—Tenemos que salir de aquí —les anunció Nico con una mueca de desagrado.

Las dunas continuaban apareciendo y desapareciendo a su alrededor, emitiendo chirridos metálicos cada vez que una surgía de la nada. Roderick asintió, a pesar de que había agotado todas sus fuerzas. Se secó el sudor de su frente con el brazo y descubrió disgustado una serie de abrasiones que se extendían por toda su piel. La caída había sido tremenda, había rodado descontrolado por la ladera, y no fue hasta ese preciso momento, al gozar de unos segundos de reposo, cuando experimentó un dolor punzante que le recorrió el cuerpo.

—Por mucho que huyamos, esas condenadas montañas de arena se mueven más rápido que nosotros.

—Por eso me tenéis que dar la mano —les dijo Nico, resuelto—. Y sujetaos bien.

Daniel comprendió de inmediato y asintió.

—Pero ¡nunca has transportado a dos personas! ¿Estás seguro de que todo saldrá bien?

—¿De qué diantres estáis hablando? —Roderick frunció el ceño, confuso.

—Es la única manera. —Nico cogió la mano de su hermano y le ofreció la otra al leñador, que lo miraba con recelo.

Roderick contempló asombrado cómo los pies del muchacho se convertían en un borrón y que, en menos de un segundo, iniciaba una marcha acelerada que hizo que su enorme cuerpo se inclinara hacia atrás. Gritó como nunca lo había hecho en toda su vida. El paisaje circundante cambiaba a tal velocidad que se sintió tremendamente mareado.

Mientras, Nico examinaba el lugar buscando un rastro, una señal que le indicara el paradero de la niña y del mago. De pronto, atisbó unos destellos azulados que parecían emanar del interior de una duna,

y se dirigió a ella sin pensarlo. Detuvo en seco su avance al descubrir al señor Moné manipulando con vigor su bastón y susurrando frases ininteligibles. Roderick percibió la frenada como si un carromato se despeñase y todas sus piezas saltaran por los aires. Cayó a cuatro patas y vomitó.

—¡Todos detrás de mí! —Aldin, desfallecido, ignoraba cuánto tiempo más aguantaría. Sus muñecas flaqueaban, y en algunos momentos, la esfera que los mantenía con vida llegó a debilitarse.

Érika volvió a ser visible y saludó a Daniel con una sonrisa efusiva. Aliviado, él la cogió en brazos. Había temido perderla, y se prometió a sí mismo que jamás volvería a descuidarla. No pudo calcular si fueron minutos u horas los que pasaron hasta que aquella brutal odisea cesó. Las dunas desaparecieron de improviso, dejando un paisaje tan silente como desolador. La arena del desierto parecía haber sido removida. Podían apreciar las numerosas piedras que habían resistido al empuje y a la fuerza destructiva de aquel fenómeno de la naturaleza.

Aldin había caído de rodillas, extenuado. La magia que había utilizado había consumido todas sus energías. Respiraba pausado, intentando recobrar el equilibrio entre mente y espíritu. Su fiel amigo lo ayudó a incorporarse. Habían sobrevivido a aquellas endemoniadas dunas, pero ¿a qué precio? Habían perdido su único medio de transporte, ya que no había rastro de los imots. Aldin se encontraba severamente debilitado. Los chicos acusaban el cansancio de una ardua lucha, y el leñador tenía tantas lesiones como pecas en su rostro.

—Pronto anochecerá —les anunció el mago con voz abatida—. Debemos buscar un lugar para refugiarnos. Mi mochila está intacta. ¿Alguien más la conserva?

—La mía la perdí cuando aquella traicionera duna me cogió por sorpresa —le comunicó el leñador.

Daniel y Nico negaron con la cabeza. Las suyas las habían dejado atadas a los colosales imots, por lo que eran imposibles de recuperar. Aldin soltó una exhalación resignada. Tan solo con sus provisiones no llegarían muy lejos.

—Está bien, dosificaremos el agua y la comida —les anunció—. Desconozco cuántos días nos quedan de viaje.

—¿No puedes usar la magia para crear agua? —le preguntó Roderick, desesperanzado—. ¿Ni siquiera víveres? ¡Infierno desalmado! Moriré aquí en los huesos y sin una gota de sangre en las venas.

—No decaigamos ahora. Contamos con las esferas de Libélula, así que seguro que algún alimento nos proporcionarán.

—Esperemos que no sea su caldo de espinacas, porque antes me cuelgo de una palmera —dijo el leñador con tono trágico—. Eso si

alguna se digna a aparecer.

Érika se distrajo lanzando las piedras más ligeras y comprobando cuál de todas llegaba más lejos mientras el resto del grupo montaba la tienda de campaña; la única que les quedaba. Dormirían más estrechos, pero a ella no le importaba demasiado, pues tenía ya unas ganas irrefrenables de tumbarse.

Aldin se apresuró a dibujar con su bastón un círculo alrededor del área de descanso. El mago les había contado que era preferible viajar con la luz del día aunque fuera más fatigoso, ya que, durante la noche, el fantasmagórico desierto cobraba vida y los monstruos más temibles se despertaban para cazar a sus víctimas. Concretamente, había hablado de los espectros del desierto, almas en pena que se alimentaban de la energía de todos los seres vivos con los que se tropezaban. Al principio, Érika sintió que el pánico se apoderaba de su cuerpo, pero luego consiguió calmarse. Los espectros no tenían la capacidad de ver lo invisible, así que todas las noches dormía con la capa aferrada a ella.

Observó el infinito horizonte amarillo que se abría ante sí. Era desmoralizador. Las aves apenas surcaban aquel cielo candente, incluso las nubes temerosas huían de un azul ferviente. Ella nunca habría imaginado que la nada cobrase sentido en aquel recóndito lugar de Silbriar. Mientras oía las continuas maldiciones que profería su amigo el leñador, siguió inspeccionando los alrededores. De vez en cuando escuchaba la voz de Daniel, que la instaba a no alejarse demasiado.

Entonces, un reflejo dorado llamó su atención. Corrió hacia él, deseosa de haber encontrado un tesoro. Sorprendida, descubrió tras unas piedras un inmenso huevo de oro. Lo asió en sus manos, contemplando el brillo hipnotizador que emanaba de él. Pensó que debía tratarse de un huevo de avestruz o de alguna especie similar que pudiera sobrevivir al achicharrante tiempo del sur.

—¡Oh, pobrecito! Te has quedado aquí solo —dijo mientras lo acariciaba con ternura—. ¿Dónde está tu mamá? Espero que no se la hayan tragado las montañas movedizas.

—¡Érika, tienes que volver, está anocheciendo! —oyó gritar a Daniel—. ¡Tienes que entrar en el círculo!

—¡Ya voy!

Depositó con cuidado el huevo en el interior de la capa mientras una línea anaranjada comenzaba a perfilarse en la lejanía. El ocaso teñía implacable un celeste ya marchito. La niña volvió con sus compañeros. Todo estaba dispuesto para disfrutar de un caldo de verduras con un trozo de pan. Sonrió para sus adentros. Pronto tendría un cachorrito del que cuidar.

9

Bestias

El sol ardía tanto que la piel blanca de Valeria comenzaba a resentirse. Sentía el fuego expandirse bajo su epidermis, y ni la continua crema que se aplicaba ni la cantidad de líquidos que bebía hacían que la sensación de sequedad se disipase. Contempló esperanzada el despunte del ocaso, deseando que su primera noche en aquel dorado desierto le aportase frescura a su alma apática.

Trotaba sobre su espabilado imot con cierta serenidad, aunque el incómodo sombrero con mosquitera, más que protegerla de los rayos incesantes de la esfera amarilla, conseguía sofocarla aún más. El desánimo inicial que había experimentado tras la charla con el gran mago se había transformado en optimismo, a pesar de que no contaba con un ejército de soldados aguerridos y debiera conformarse con el equipo que Bibolum había elegido.

Le había dedicado una amplia sonrisa a Coril, el apuesto elfo que la había instruido en el manejo de la ballesta, quien era ahora el jefe de la expedición. Valeria no opuso ninguna objeción a su nombramiento, pues era un gran tirador, hábil en la lucha y poseía, como todos los de su especie, una conexión empática con la naturaleza que los hacía muy valiosos en los entornos más hostiles. Sentía un gran aprecio por ese elfo prudente y dialogante. En él brillaba una cualidad que escaseaba mucho en Silbriar: la paciencia.

Observó cómo Coril le susurraba palabras en su idioma natal al imot que montaba mientras recogía sus cabellos rubios en una pequeña coleta, manteniendo así la nuca despejada. Había cambiado su clásico traje verde por uno marrón más holgado. Ella seguía esperanzada y sin refunfuñar todas las pautas que su nuevo maestro le sugería.

Junto al elfo cabalgaba Samara. La bruja se había ofrecido voluntaria en la misión. Conocía la importancia del éxito, y estaba convencida de que una bruja poderosa estaba trabajando con Lorius, aunque desconocía de quién se trataba, ya que las mejores habían sido asesinadas en la masacre de Tirme. Ella misma había sobrevivido porque había conseguido ocultarse en un pozo. Con el tiempo había descubierto que otras niñas habían corrido la misma suerte, pero la mayoría habían abandonado la magia tras el temor de ser decapitadas o quemadas por ese infame brujo llamado Lorius, y otras se consagraban por completo a reconstruir la nueva biblioteca.

Tirme había sido una comunidad matriarcal donde se veneraba a las sacerdotisas y las niñas eran instruidas en la brujería. Claro que

existían brujos tirmianos, pero la gran mayoría de los hombres se dedicaban a abastecer el pueblo, a la agricultura y a edificar. Cuando fue rescatada, Samara no renegó de su condición. Quizá habían sido los irrefrenables deseos de venganza o la ira, pero ella había explorado todo su potencial y nunca ocultó su don. Es más, había colaborado con la Resistencia en tiempos de ocupación cuando Silbriar se había sumido en la oscuridad absoluta. Y, allí, ahora, rebosante de poder, estaba dispuesta a desenmascarar a esa bruja traidora heredera de la magia blanca.

Además de Jonay, cerraban el grupo tres guardianes más. Valeria ignoraba qué clase de habilidades poseían o cuáles eran los objetos que portaban, pero le agradeció a cada uno de ellos su colaboración antes de partir. Bibolum le había asegurado que eran grandes combatientes y que solo un puñado de ellos conocía la razón principal del secuestro de Lidia. Habían jurado lealtad. Rescatar a una descendiente era un asunto primordial, y a ella le pareció un argumento más que suficiente para que la acompañaran.

Su mirada se posó en primer lugar en la más pequeña de los guardianes. Aunque contaba con diez años, le recordaba mucho a su hermana. Nora poseía unos dulces ojos azules, casi transparentes, y recogía con una traba rosa sus cabellos pelirrojos que rozaban ligeramente sus hombros estrechos. Sus graciosas pecas le salpicaban el rostro angelical, incluida su diminuta nariz. Parecía una pequeña exploradora con los prismáticos al cuello y una cantimplora sujeta a la cinturilla. Jonay le había contado que era irlandesa y la guardiana más joven de la historia que había iniciado su adiestramiento. Ella se había mostrado sorprendida. Seguía opinando que los niños no deberían ser entrenados como leales combatientes, sino que debían disfrutar de sus años de infancia. Pero en Silbriar todo era diferente.

Cubriendo la retaguardia se encontraba Ruby, una australiana con cara de malas pulgas que debía rondar su edad. Era una chica fornida de anchas espaldas y brazos musculosos. Su cabello corto y de un color platino exagerado contrastaba con su piel bronceada y tersa. Su rostro anguloso, junto con unos pómulos distinguidos, acentuaba su mirada fiera. Desafiaba al tiempo con su atuendo. Vestida completamente de negro, parecía moverse en el desierto como pez en el agua. La única nota de color en su indumentaria era un broche plateado engarzado con perlas negras donde una rosa roja en el centro se esforzaba por irradiar cordialidad.

Y, por último, como un león custodiando la manada, se hallaba Kwan, un chico de unos veinte años y de origen coreano. Valeria presuponía que debía ser todo un maestro en artes marciales. Era menudo y de complexión delgada. Sus ojos rasgados mantenían una mirada avispada. Manejaba al imot con inquietante serenidad, casi

con un aire místico que le recordaba a los monjes retirados en los sagrados monasterios de las altas montañas. Cubría sus cabellos oscuros con un pañuelo albo, dejando entrever un largo flequillo lacio que caía sobre su ojo izquierdo. Su vestimenta de lino blanco dotaba de cierta ligereza sus sutiles movimientos. Era ágil, e imaginaba que también debía ser osado.

Jonay viajaba junto a ella, esforzándose para que la travesía no fuera tan tediosa. Él le relataba sus aventuras visiblemente emocionado, desde que había pisado Silbriar por primera vez hasta cómo se preparaban esos famosos campamentos de verano para guardianes, incluyendo la cantidad de amigos que había hecho allí.

—¿Cómo es que, siendo de tantas nacionalidades diferentes, nos entendemos todos aquí? —le había preguntado Valeria.

—En Silbriar solo hay un único idioma humano. Aquí, aunque Nora y Ruby te hablen en inglés, tú puedes entenderlas. ¿O es que habías pensado que de repente habías aprendido coreano? —le dijo riendo—. Es la magia de este lugar. Es maravillosa. Destruye nuestras propias barreras para que podamos comunicarnos.

Las diversas tonalidades de un enigmático atardecer creaban una sosegada amalgama alrededor de las dos lunas de Silbriar. El elfo, con los pies sobre la abrasadora arena, hizo un gesto para que todos detuviesen su avance. Era la hora de construir un refugio para resguardarse de la inquietante noche.

Valeria descendió del imot con cierta dificultad. El animal era grande como un elefante, y ella se encontraba un poco desentrenada. Pensó que debía ponerse al nivel de sus compañeros como fuera. Entonces, al alzar la mirada, apreció maravillada cómo las lunas se teñían de malva y cómo se dibujaban difusas a su alrededor estelas asalmonadas. El azul del cielo agonizaba y un resplandeciente naranja le disputaba el trono. Algunas estrellas despuntaban en un eterno atardecer.

—Vamos a salvar a tu hermana. —Con la mano apoyada sobre su hombro, Coril trataba de infundirle coraje—. No nos rendiremos.

—Este desierto parece interminable. ¿Cómo vamos a localizarla?

—Para eso contamos con Samara. Ella rastrea la magia en este lugar —le dijo convencido—. Y existe una potente emanación que proviene de más al sur. Allí es donde nos dirigimos.

—¿Y qué hay de Érika? —La preocupación en el rostro de la muchacha era evidente.

—Aldin es un gran mago, así que ya habrá detectado esa fuente de energía. Todos marchamos hacia el mismo lugar. —El elfo sonrió de medio lado—. Nos llevan dos días de diferencia que vamos a recortar. Este grupo es fuerte, por lo que intentaremos avanzar siempre el doble de lo previsto.

—Gracias, Coril, por ayudarme con todo esto.

—Lo hago también por mi pueblo, y por todos los silbriarianos. —Se dibujó una expresión severa en su rostro—. El reinado de Silona es transitorio. Ya es hora de que las descendientes ocupen su lugar.

Valeria palideció. No comprendía el mensaje que el elfo le había arrojado, pero antes de que pudiera disipar sus dudas, este dio media vuelta y se unió al grupo. Los guardianes inspeccionaban el terreno minuciosamente buscando el área más segura para acampar, y Coril supervisaba la tarea. No quería dejar nada al azar. Ella continuó allí, atónita. No era la primera vez que escuchaba hablar del reinado de las descendientes, pero las cosas habían cambiado. Había recibido órdenes de volver a casa con sus hermanas, y eso era por lo que estaba dispuesta a luchar ahora.

Samara llegó a hasta ella. Su ligero vestido lila se alzaba cuando una rebelde ráfaga de viento los refrescaba con su presencia. La bruja reparó en el semblante apesadumbrado de la chica, pero su mirada poseía el coraje de una guerrera, el arrojo de los descendientes de la casa de Ela. Lo había adivinado la primera vez que la vio entrar en su tienda de especias en Martel. Aunque la duda sobrevolaba su mente, en su alma había pureza e ímpetu. Nadie ni nada podía detenerla en cuanto tomaba una determinación. Pero había ciertas cosas que ignoraba por provenir de un mundo desconocido para ella. En Silbriar existían pactos mágicos que no podían ser rotos, profecías que eran inevitables, y la marca del destino sentenciaba muchas veces su futuro.

—¿Por qué estás tan segura de que uno de los tuyos se ha unido a Lorius? —Valeria rompió un silencio incómodo. Había advertido que la bruja la examinaba—. Bibolum me contó tus sospechas.

—El conjuro que recitó tu hermana estaba escrito en nuestra lengua ancestral. Solo una tirmiana instruida es capaz de elaborarlo. Utilizar la imagen de Nims y proyectarla a otro mundo no es tan fácil.

—¿Y por qué no pensar que quizá la tenga retenida como a Lidia? Puede que la haya obligado a lanzar el conjuro.

—Imposible, los tirmianos somos hábiles enmascarando códigos en nuestros hechizos —le dijo molesta—. Habría enviado una nota de auxilio tras esas letras.

—¿Y quién crees que es?

—No lo sé, Valeria, localicé a todos mis conocidos antes de partir… Por lo que se trata de un farsante que ha aprendido nuestras costumbres o… —Samara mostró una mueca de desagrado— de una superviviente de Tirme.

Percibió la rabia en los ojos violáceos de la bruja. Era fascinante la capacidad de esta para cambiar el color de sus iris dependiendo de su humor o de la vestimenta que portase.

Valeria observó de reojo que sus compañeros se disponían a montar la tienda. Se dispuso a unirse a ellos, pero Samara la detuvo:

—El vínculo oscuro puede ser destruido. —Valeria le prestó toda su atención a la bruja—. No todo está perdido. La luz verdadera del amor puede salvarla.

—Lidia odia a Lorius. Luchó con todos nosotros hasta el final poniendo su vida en peligro —le dijo con cierto disgusto—. Está retenida en contra de su voluntad. Ella jamás cederá a las condiciones que le imponga ese malnacido.

—No es Lorius el que debe preocuparnos, sino su hijo el mellizo. Él la salvó con un beso de amor, y el amor ciego es lo más destructivo que existe en el universo. Por amor se han librado interminables guerras, se han construido palacios y destruido hogares. Por amor, una persona es capaz de cambiar su aspecto o ceder ante las pretensiones del otro, aunque no sean muy loables. No infravalores jamás el poder de una persona enamorada.

—No es Kirko a quien mi hermana ama —le dijo cabizbaja.

—Deseo que no te equivoques y que el corazón de tu hermana tenga otro dueño. No solo está en juego la estabilidad de este mundo…

—¿A qué te refieres?

Un estremecedor rugido puso en guardia a la compañía. Valeria experimentó un vuelco en el estómago que encogió sus entrañas, y observó el rostro desencajado de la bruja, que examinaba el terreno con cierto pavor. A su encuentro corrió el elfo, quien, posando el dedo índice sobre su boca, les advirtió que se mantuvieran en silencio. Pero los imots estaban intranquilos. Se movían desorientados de un lado para otro, como si no supiesen qué camino tomar para huir. Coril, con semblante sosegado, emitió un extraño siseo que hizo mitigar la desesperación de los animales. De reojo, la muchacha se percató de que todos los guardianes permanecían inmóviles pero alertas. Valeria no se atrevió a mover ni un músculo de su cuerpo a pesar de que las gotas de sudor se deslizaban sobre sus ojos nublando su vista.

De improviso, sobre la cima de una duna, hizo su aparición un descomunal felino negro con dientes de sable. Valeria ahogó un grito de espanto. Aquel animal parecía una pantera gigante con unos caninos largos y aplanados. Sus ojos verdes centelleaban con los primeros rayos de luna. Posó su mirada en el elfo, quien preparaba el arco sin que el mismísimo aire se percatara de ello. Ella había cometido un error fatal al haber dejado la ballesta sobre el imot, e inspiró profundamente procurando calmar su nerviosismo. El animal los estaba estudiando. Su amenazadora mirada se deslizaba de un grupo a otro, quizá escogiendo la presa más débil. Los guardianes tampoco apartaban la vista del enorme felino. Ruby mantenía su brazo

izquierdo en alto, esperando a dar la señal de ataque.

Extrañamente, como si hubiera calculado que se encontraba en minoría, el animal dio media vuelta y desapareció entre las colinas de arena amarilla. Fue entonces cuando todos los imots arrojaron intensos bramidos que hicieron que se le pusieran los pelos de punta. Kwan, sin dudarlo, se dirigió hacia los animales con la esperanza de que volvieran a serenarse.

—¿Qué demonios era eso? —preguntó Valeria, ya aliviada.

—Es un shabor —apuntó Coril—, una bestia del desierto.

—¿Por qué se ha marchado sin más? —La bruja, todavía estupefacta, recelaba de la extraña conducta del felino—. Son fieras despiadadas, no dudan de esa manera.

—¡Jonay! Deberías echar un vistazo. —El elfo le indicó con la mirada que iniciase el vuelo—. Y nosotros nos prepararemos para cualquier sorpresa.

El muchacho se elevó varios metros sobre el suelo y se marchó tras el animal. Valeria contempló ansiosa cómo este surcaba el cielo a gran velocidad. Después, corrió hasta su imot para apoderarse de la ballesta. Kwan, junto a la manada, acariciaba sus lomos con efectividad mientras Samara y Coril se reunían con la pequeña Nora y la esquiva Ruby. Valeria aún no había alcanzado al grupo cuando escuchó la voz de Jonay desde las alturas:

—Malas noticias, jefe —le anunció—. Hay una docena de esos bichos, puede que más, a tan solo un kilómetro de aquí.

—Bien, no tenemos mucho tiempo. —El elfo preparaba las flechas en su carcaj—. Los shabors son grandes depredadores, cuentan con una potente musculatura, y si te descuidas y uno de sus dientes afilados te atraviesa la carne, morirás desangrado en cuestión de minutos.

—¡Ya era hora de que empezase la diversión! —Ruby chocaba sus puños como un boxeador a punto de salir al *ring*.

—Jonay —continuó Coril—, necesito que te ocupes de los imots. Son las presas más débiles, pero si las perdemos, sería nuestra ruina. Nora, tú podrías ayudarlo.

Ambos chicos corrieron hacia donde se concentraban los animales. Trataron de calmarlos para luego conducirlos hacia el oeste. Querían alejarlos del lugar por donde se aproximaban los shabors.

—¿Por qué no escapamos todos? —Valeria, asustada, temía haber olvidado cómo manejar la ballesta.

—Esas bestias poseen un gran olfato. Nos seguirían durante kilómetros y tratarían de cogernos por sorpresa.

—Bajo esta duna, somos víctimas fáciles —añadió la bruja—. Mejor esperarlos sobre aquel montículo.

Los cinco se colocaron dibujando un círculo concéntrico con los

pies sobre la arena, sin dejar un flanco descubierto. Los shabors no solían viajar en manadas tan numerosas, pero a ciencia cierta eran animales desconocidos. Muy pocos se atrevían a adentrarse en aquel endiablado desierto, y menos aún los que habían sobrevivido al fiero ataque de esos felinos. Los libros apenas ilustraban la estremecedora mirada de los shabors. Se limitaban a centrarse en sus escalofriantes caninos y en sus enormes cuerpos negros como el fondo del pozo más desalentador. Las llamaban las bestias del desierto, y Coril no solo había presenciado la aparición súbita de un cuadrúpedo con dientes largos, sino también la inteligencia en sus llameantes ojos verdes. Habían enviado primero a un rastreador para inspeccionar el lugar, y ahora urdían una estrategia para abordarlos. El elfo esperaba que los hubiesen confundido con un simple grupo de exploradores y no hubieran detectado la presencia de una bruja ni de los objetos mágicos. Esto les daría una mínima ventaja.

De improviso, el mismo shabor rastreador se situó en lo alto de la duna, a unos cincuenta metros de donde se encontraba el grupo, y, a continuación, cuatro más se colocaron en las dunas continuas. El elfo se mordió el labio inferior. Era evidente que los estaban rodeando.

—¡Dios mío, Coril! —se atrevió a gritar Valeria.

—No te separes de mí —le susurró—, y apunta siempre al entrecejo o a los caninos. Si rompes su arma mortífera, tendremos una oportunidad de no morir desangrados.

—Sí, es mejor morir despedazados —ironizó Ruby.

—Me alegra que no pierdas tu sentido del humor —le replicó el elfo—, sobre todo cuando esas bestias nos están sitiando.

—¡Todavía no conocen mi furia! —se atrevió a reír Ruby.

—¿Y si nos dejamos de charlas y nos concentramos en abordar este problema? —intervino la bruja—. ¿Escogemos uno cada uno?

—Creo que ellos ya han escogido…

El elfo observó atónito cómo el rastreador le indicaba a uno de ellos el camino por el que Jonay y Nora habían huido. A continuación, un segundo shabor, el más cercano a ellos, dio un salto hasta casi llegar al montículo. Coril disparó una flecha certera que atravesó su frente, pero el animal no se detuvo. Era evidente que un solo tiro no bastaba para frenar a esos enormes felinos. Valeria se unió al elfo para intentar abatirlo. El primer disparo apenas lo rozó, pero la muchacha no desistió. Había aprendido a manejar la dorada ballesta con destreza, y no podía defraudar a su maestro.

Un tercer animal avanzó desde la cima de la colina. Luego, un cuarto y un quinto mientras ella no paraba de arrojar flechas. De reojo, observó que la bruja, con un solo movimiento de muñeca, consiguió lanzar a las bestias varios metros. Miró a los guardianes. Kwan había abierto los brazos y, concentrado, susurraba palabras —

incomprensibles para ella—, hasta que hizo visible su propia aura, la cual cambiaba de azul a naranja con continuidad. No tenía ni idea de lo que pretendía hacer, pero fuera lo que fuese, debía hacerlo rápido. Había imaginado que el muchacho era un experto luchador, sin embargo, se limitaba a meditar y a hacer posiciones de yoga sobre el montículo. En cambio, Ruby, más enérgica, hizo girar su broche de perlas hacia la derecha como si le diera cuerda a un viejo reloj y, asombrosamente, un pétalo rojo se desprendió de la rosa que había cobrado vida dentro de aquel extraño prendedor y con lentitud cayó al suelo.

Valeria, sorprendida, miraba a su compañera. Esta sufría una especie de transformación. De las extremidades comenzó a brotarle numeroso vello, las manos fueron convirtiéndosele en garras y la cabeza se le había agrandado hasta parecer la de un monstruo gigante. Dos cuernos prominentes nacían de sus sienes y se curvaban hacia atrás. Su cabello corto terminó siendo una inmensa melena que cubría sus orejas y parte de su rostro, sus ojos eran dos piedras oscuras que hacían temblar al que la mirase y, como culminación, unos enormes colmillos afilados sobresalían de su dentadura inferior retando a sus enemigos. Entonces, al finalizar su proceso de mutación, la chica emitió un rugido que espantó al shabor más cercano a ella.

—¡¿Quién es la bestia ahora?! —gritó Ruby mientras descendía del montículo dando mamporros.

—¡Ya era hora, Ruby! —exclamó el elfo—. Samara, ¿no tienes un hechizo que acabe con estos malditos animales de un plumazo?

—¡Me encantaría! Pero temo que desapareceríais vosotros también.

La bruja se abrió paso entre las bestias sacudiendo su brazo de derecha a izquierda y lanzando a los animales por los aires. Estos se quedaban momentáneamente aturdidos y, tras recuperarse, volvían al ataque. Pero a Samara no le importaba. Sabía que no podrían resistir tantos golpes mágicos en una sola batalla y que sus huesos terminarían quebrándose.

Los shabors trataban de cogerla por sorpresa, degollarla de un zarpazo, pero estaba siendo una tarea ardua. El rastreador había calibrado mal al equipo. Era indiscutible que el líder era el elfo del arco. Había incluso olfateado al animal latente en la humana de pelo corto y sentido la magia bullir dentro de la bruja, pero esperaba que esta necesitara de un hechizo más elaborado para derribarlos y no tan solo un ligero desplazamiento de su mano. El rastreador observó con furia a la mujer mostrando su amplia dentadura. Debía asestarle un duro golpe al equipo, así lograría minar su capacidad de respuesta. Debía escoger al eslabón más débil… No, mejor a una pieza clave… Pero ¿quién sucumbiría ante su embestida?

—Valeria, ve tras los imots —le ordenó el elfo—. Una de las bestias

ha ido a por ellos. Puede que nuestros compañeros te necesiten.

—¿No crees que soy más útil aquí? —protestó. Ninguno de los animales se había acercado lo suficiente a ella como para herirla.

—Tus flechas son más dolorosas que las mías. Quiero que le claves una al desgraciado que ha ido a por la manada —le dijo con rostro severo—. Recuerda: sin imots, estamos condenados a tragar arena por la eternidad.

Jonay no necesitaba tirar demasiado de las riendas para que los animales se desplazaran. Los alaridos y gritos constantes de la batalla que se estaba librando no muy lejos de allí los había asustado, y a grandes zancadas buscaban el oeste.

Nora cabalgaba sobre el último que cerraba la fila. La niña intentaba desde su posición que los imots no partieran en desbandada. No comprendía por qué el elfo la había enviado a cumplir esa misión absurda. Quizá se había dejado engañar por su rostro todavía infantil, pero ella era una gran guerrera, y debía estar aniquilando shabors con los demás, no protegiendo a aquellos estúpidos animales. Maldijo para sus adentros mientras mantenía la mirada fija en la zona de combate. Coril no debía tratarla como una mocosa.

—Mejor mantén la vista al frente —le sugirió el chico—. Necesito que tu mente esté aquí.

—¿No te preocupa lo que está pasando allí? —le preguntó impotente.

—¡Claro! Pero si abandonamos a estos animales a su suerte, serán carne para las bestias en cuestión de segundos. —Jonay advirtió el rostro dubitativo de la niña—. Deberías estar orgullosa. Coril ha confiado en ti para esta misión.

—¿Alejar a la manada del peligro?

—No lo entiendes, Nora —añadió él—. Si ellos mueren, nosotros también. Nadie sobrevive en este desierto sin imots. Y tú estás aquí para defender a los más débiles; los fuertes saben hacerlo solitos. Estos animales están asustados y te necesitan.

Nora no se mostró muy convencida ante el argumento del chico, pero tampoco le apetecía tener una muerte agónica y solitaria en el desierto. Sus padres ignoraban su paradero, pensaban que había conseguido una beca de estudios en el extranjero. Era una buena estudiante y una hija modelo. Había ingresado en la escuela de magia con tan solo dos años. Apenas había empezado a caminar y su maestra ya le mostraba cómo manipular su objeto mágico.

Estaba tan enfrascada en sus pensamientos que no percibió la súbita aparición de un shabor hasta que fue demasiado tarde. La

sigilosa bestia se había aproximado agazapada fijando un objetivo claro: el último imot de la manada. Se abalanzó sobre ella, clavando su dentadura en el lomo de la indefensa presa, que apenas tuvo tiempo de reaccionar, solo emitió un doloroso berrido que casi perforó sus tímpanos.

Nora gritaba mientras caía al suelo. El impacto había sido tan brutal que la niña había volado por los aires. Pero antes de que su pequeño cuerpo quedara atrapado entre las violentas sacudidas de los animales, Jonay consiguió sujetarla por uno de sus brazos y salvarla de morir aplastada bajo el tronco del colosal animal herido. La pequeña, a varios metros del suelo, observaba furiosa cómo la bestia despedazaba al imot sin ninguna compasión y cómo, presto, enfocaba con su astuta mirada a la siguiente víctima.

—¡Bájame! ¡Tenemos que ayudarlos!

Los imots, unidos entre sí por una cuerda que los mantenía a todos en la misma línea, trataban de zafarse desesperados. Sus chillidos eran ensordecedores. Pataleaban y mordían las riendas mientras se golpeaban unos con otros.

Valeria se presentó justo cuando la niña apoyaba de nuevo los pies en el suelo y el sanguinolento shabor replegaba el ataque sobre el segundo imot, dirigiendo ahora su cólera hacia la pequeña. Jonay aprovechaba la distracción de la bestia para cortar la cuerda que sujetaba a los animales y que los convertía en presas fáciles. Volaba con pericia entre ellos evitando ser golpeado, ya que el nerviosismo de los indefensos animales era creciente.

Nora no dudó ni un segundo más. Retiró la traba rosada que adornaba su reducida melena y, súbitamente, sus cabellos comenzaron a crecer de forma desorbitada. Con determinación, los lanzó contra el animal con tan solo un pestañeo, consiguiendo que se le enredasen en el cuello como si se tratara de lianas vivas. El shabor se revolvía, queriendo liberarse del asfixiante cabello, pero ella no cedía. Logró levantarlo del suelo y, con otro movimiento casi imperceptible de sus ojos azules, su melena lo estampó contra la duna más cercana. Entonces, sus cabellos se replegaron hasta la cintura, pero Nora no apartaba la vista de él. Este, malherido, se incorporó de nuevo. Esa diminuta humana lo había hecho enfurecer. Rugió y le mostró sus afilados dientes, pero no la atacó de inmediato, sino que esperó paciente a que ella hiciera el siguiente movimiento.

Valeria, que había observado estupefacta cómo la niña controlaba la situación, ayudaba a Jonay a alejar a los imots del lugar del combate sin que huyeran despavoridos. Él los conducía hábilmente a través de las inmensurables dunas. Volaba hacia adelante y hacia atrás alentándolos a trotar mientras ella vigilaba muy de cerca que la bestia no cambiara de objetivo súbitamente. Sus flechas estaban preparadas

para un ataque sorpresa.

Pero el shabor tenía el orgullo herido y concentraba su energía en la humana pelirroja. Había estudiado su ataque; era potente y poco habitual. Su contrincante era además joven e impetuosa, por lo que era cuestión de minutos que cometiese un error fatal, y solo debía aprovechar ese momento para asestarle un golpe mortal. Jugueteó con ella un rato, moviéndose de izquierda a derecha, mostrándose dubitativo.

Nora avanzó con paso seguro. Su melena se alzó sobre ella creando una columna vertical. Los espectaculares cabellos pelirrojos se movían al unísono como un manto, y entonces se precipitaron contra la bestia, impactando sobre su cabeza como si de una piedra se tratase. El shabor cayó de nuevo derribado. Sangraba, pero aun así no perdía la concentración. Y cuando la niña comenzó a recoger su melena, dio un salto y abrió su boca forzando un ángulo de noventa grados. Al cerrarla, atrapó parte de sus cabellos y tiró de ellos con fuerza, consiguiendo que la humana cayera al suelo.

Nora estaba siendo arrastrada por la arena. Trataba de liberarse sin ningún éxito. Sus manos tiraban de la resistente melena queriendo liberarla. Los pies no conseguían frenar el avance frenético hacia la bestia. La niña gritó impotente. Iba a ser devorada en cuestión de segundos. Entonces, una flecha atravesó el ojo derecho de la bestia, y aunque se revolvió de dolor, no soltó a su pequeña presa. La tenía ya a tan solo dos metros de sus patas delanteras, y no iba a desistir ahora que había llegado tan lejos.

Nora observó horrorizada cómo una segunda flecha se dirigía hacia ella. Cerró los ojos, temiendo ser herida por el fuego amigo, y chilló como una niña indefensa al sentir una penetrante quemazón que perforaba sus cabellos. Al abrir de nuevo sus ojos húmedos, descubrió a Valeria delante de ella. Había guillotinado su melena de un flechazo, salvándola de ser engullida de un bocado por el shabor. Este había abierto la boca en un último intento por clavarle uno de sus mortales caninos a la pelirroja, pero no había tenido en cuenta la súbita aparición de la otra humana. Valeria, sin dudarlo, lanzó una batería de flechas que se introdujeron en su garganta. El shabor, herido de muerte, cayó derribado junto a los pies de la muchacha, levantando una capa de polvo amarillo que la cubrió por un instante.

Ruby había sentido un brutal zarpazo en el espinazo. Tenía el doble del tamaño de un shabor. Aun así, uno había conseguido saltar sobre su espalda y la había herido de cierta gravedad. Observó la rosa roja grabada a fuego sobre su piel. Todavía le restaban algunos pétalos por desprenderse de la perfumada flor. Debía sanar antes de recuperar su forma humana; esa era una de las premisas de su objeto. Las heridas cicatrizaban mucho más rápido en su forma monstruosa y solían ser

meros rasguños que no le impedían continuar en la batalla, pero cobraban una importancia letal siendo humana. La caída de los pétalos era una cuenta atrás para recobrar su estado normal. Cuando el último rozara el suelo, ella sería humana de nuevo. Debía bajar la intensidad de su lucha. Si recibía otro duro golpe, tal vez no tuviese tiempo para sanar. Así que, muy a su pesar, dejó de atacar para iniciar una defensa pasiva.

Coril continuaba lanzando flechas certeras, pero se había percatado de que necesitaba al menos cinco dianas para poder derribar a una de esas bestias. Con una a cada flanco, sus disparos debían ser más rápidos para evitar que alguno se acercase demasiado. A ese ritmo, incluso el mejor arquero se encontraría exhausto, y él no sabía cuánto más podría aguantar. Tenía la garganta seca, el cuerpo cansado y, aunque la silente noche había hecho su aparición, el bochorno seguía azotando su piel, impidiendo que esta transpirase correctamente. Maldijo entre dientes. ¿Dónde se había metido Kwan? Había perdido al muchacho de vista. Se había alejado del montículo esquivando a las bestias con destreza y ahora no había rastro de él.

El elfo dio una voltereta y estrelló una flecha contra uno de los caninos del animal. El diente se quebró como una estalactita recién serrada. Sonrió de medio lado. No había contado todos lo shabors que yacían sobre la arena. El rojo de la sangre se mezclaba con el enigmático dorado. Quizá ocho, puede que nueve. Eran animales aguerridos, salvajes, y no estaba siendo una labor fácil acabar con ellos. Frunció el ceño, desazonado. Quedaba al menos otra docena de bestias a las que abatir. Eran demasiadas, y el grupo comenzaba a desfallecer.

El rastreador observó a su presa, que empezaba a presentar los primeros síntomas de la fatiga. Se acercó con sigilo por la espalda; no quería alertarlo. Estaba concentrado en eliminar a los dos shabors que lo acorralaban. Entonces, se abalanzó sobre él sin ninguna compasión. Coril, habilidoso en sus movimientos, consiguió esquivar a la bestia girando sobre sí mismo hacia la derecha, pero el shabor alcanzó la pierna del elfo antes de que tocase tierra y lo arrastró por la arena como un muñeco de trapo. Alejado de sus compañeros, el rastreador colocó su zarpa sobre el abdomen del dolorido elfo y le mostró sus dientes en señal de victoria. El elfo buscaba desesperado su carcaj. Lo había perdido durante el arrastre, y poco podría hacer con solo su arco. Aun así, no iba a rendirse. No quería ser la cena de aquella bestia.

De pronto, una dulce melodía comenzó a sonar en las gualdas tierras. Era seductora, casi arrebatadora, como una deleitosa cascada refrescante en un infierno estival. Los shabors, embelesados, movían sus enormes cabezas al son de la embriagante música. Incluso el

rastreador no pudo evitar apartarse de su presa y ondear su cuerpo como un pañuelo de seda acariciado por una repentina brisa primaveral.

Coril soltó una carcajada de alivio. Tumbado en la arena, había presenciado la aparición de Kwan sobre la colina más alta. Desde allí tocaba su sencilla e hipnotizadora flauta mientras las bestias bailaban al compás de las notas más cautivadoras. El guardián había acudido en el mejor de los momentos y alejaba con embrujo a todos los shabors de aquel lugar. El elfo disfrutó tendido de aquel increíble instante de gloria, contemplando el mapa que dibujaban las estrellas en el cielo. Samara se había apresurado a socorrerlo. Ruby iniciaba su transformación, y en la lejanía atisbó las siluetas de los tres chicos, que regresaban ansiosos con los imots. Pensó que, después de todo, no había ido tan mal.

—Perdimos a un imot —les anunció Nora con tristeza mientras montaban el campamento.

La noche se les había echado encima. Samara dibujaba precipitada un círculo alrededor de las tiendas mientras entonaba un conjuro de protección.

—Bueno, ha sido una lucha difícil —le respondió el elfo—, y una vida siempre es una vida, pero estamos todos aquí… Ruby ha sanado de sus heridas y yo tengo un agujero importante en mi pierna… Si no fuera por la intervención mágica de Samara, no lo habría contado. Así que no ha sido un mal resultado. Lo has hecho bien, Nora.

—¿Dónde está Kwan? ¿Todavía no ha llegado? —le preguntó Jonay, preocupado.

—No, pero no tardará.

—Coril, ¿por qué no utilizó la flauta mágica desde el inicio? —Valeria recelaba de la actuación del joven.

—Porque necesito «vibrar» al animal primero —le contestó Kwan mientras descendía de una de las dunas—. Conocer la escala en la que debo tocar… Es muy fácil hacerlo con ratones o gatos. Son animales que ya conozco, pero no había visto un shabor en toda mi vida y he tardado más de la cuenta en descubrir que debía tocar en mi bemol menor. Lo siento, Coril, no se repetirá.

—Nadie había visto jamás a una bestia semejante, y ha sido arduo para todos averiguar sus puntos débiles —le dijo mientras bebía agua —. Lo bueno es que, si vuelven, Kwan conoce ya la vibración de esas bestias, y lo haremos trabajar únicamente a él.

El elfo rio, sujetándose la pierna. Iba a necesitar más que unos ungüentos mágicos para evitar una cojera crónica.

10

Bruja

Alzaba con ligereza los talones descalzos del pavimento mientras se deslizaba con gracia por la habitación. Su extraordinaria melena plateada ondeaba radiante al compás de unos virtuosos acordes de violín. La diminuta mujer danzaba como una bailarina talentosa y poseída por la música. No había músculo en su cuerpo que no sufriese las delicadas sacudidas de una armonía casi inverosímil. Ella se deleitaba admirando su silueta contorsionada en los numerosos espejos que adornaban su particular sala de ensayo. Su vestido se ajustaba a la perfección a su cuerpo como una segunda piel que le permitía arriesgarse con toda clase de figuras inconcebibles. Ella no era un cisne blanco ni un recio soldado de posturas ásperas, era una diosa de belleza indiscutible y con dones extraordinarios. Ella era única.

Lorius, apoyado en su bastón, divisó a la bruja desde la entrada y no pudo evitar mostrar una mueca contrariada. Había abandonado sus lujosos aposentos únicamente porque aquella diminuta insolente había requerido su presencia. Había caminado con cierto desdén por los innumerables pasillos, demasiado ostentosos para su gusto. Habría preferido menos extravagancia y más utilidad, pero la bruja prefería plasmar su genio con estancias luminosas y coloridas, bautizándolas con nombres ridículos. Afortunadamente, su habitación púrpura la había podido redecorar sin ningún tipo de objeción, a pesar de que él fuese un simple huésped en aquel castillo, como ella no paraba de recordarle.

La observaba con recelo y cierta envidia al mismo tiempo. No podía concebir cómo un menudo y disparatado cuerpo podía contener a una de las brujas más poderosas que había conocido. Por fin, ella pareció percatarse de su aparición. Le guiñó un ojo y continuó con su suntuoso baile alrededor de la infinidad de espejos que había colocado en la sala.

—¿Piensas quedarte ahí como un pasmarote?

—Esperaba que terminases tu exhibición. No quería interrumpir.

—Oh, mi querido amigo, siempre has sido un caballero —le dijo mientras se acercaba a él y le plantaba un beso en la mejilla—. Pasa, no seas tímido.

Dos palmadas en el aire y la bruja hizo que los espejos se desvanecieran al instante. Lorius avanzó hasta el centro de la estancia. Allí lo esperaba un cómodo sofá aterciopelado rematado en oro y una coqueta mesilla con un juego de té de fina porcelana. La bruja lo

invitó a tomar asiento, y él no quiso hacerla esperar.

—¿Por qué querías verme? —le preguntó sin rodeos.

—Supongo que tu inigualable poder habrá detectado dos focos de magia en el desierto. —Lorius, con una sonrisa pícara, se revolvió en el sofá—. Creo que el gran mago ha sido muy ocurrente esta vez —continuó mientras sorbía su té—. Ha enviado a dos grupos diferentes y, astutamente, ha colocado a una descendiente en cada uno de ellos.

—Algo había presentido —admitió sin querer revelar mucho más—. Pero me pregunto por qué no habrá enviado directamente a un ejército.

—¿No lo sabes? —Sonrió satisfecha—. Hay guerras internas que sin duda nos beneficiarán—. Lorius permaneció impasible. Sabía que la bruja estudiaba cada gesto, buscaba señales para dejarlo como era habitual: en evidencia—. Tengo mis fuentes, y me cuentan que algunos de los ciudadanos más respetados planean un alzamiento. Quieren la cabeza de Bibolum por ocultar el vínculo oscuro y así ordenar la muerte inmediata de nuestra descendiente.

—No entiendo cómo consideras esta situación ventajosa para nosotros. Si la matan, no tendremos nuestro reino.

—¡Oh, por Dios, Lorius! No me preocupa un puñado de magos rebeldes. —Sus facciones delicadas se desdibujaron y mostró un semblante endurecido—. Si destronan a ese viejo gordo, ¡mejor! No encontrarán a un líder tan carismático en tan poco tiempo. Al menos, antes de que nuestros planes se cumplan. Por eso te he mandado llamar.

La mujer cruzó las piernas, descansó la espalda en el sofá y entornó los párpados unos minutos, para desesperación de Lorius. ¡Cuánto la odiaba! ¡Y pensar que la había amado una vez! Cuando la conoció, Moira era sin duda una bruja atractiva y con un gran potencial. Era imposible no fijarse en ella. Era ambiciosa, y usaba sus armas de seducción para engatusar a campesinos, magos y a quien necesitara para conseguir su objetivo. Era una fierecilla indomable con ansias de poder, dispuesta a traicionar a los suyos por un trono.

—Moira, no voy a desperdiciar el día sentado aquí. ¿Qué quieres de mí?

—Hacía muchos años que no me llamabas por mi nombre. —Se alzó premurosa—. ¿Qué sucede, Lorius? ¿Te estás ablandando?

Se acercó con sigilo y deslizó la palma de su mano por el rostro del mago. Inmediatamente, sus facciones rejuvenecieron, mostrando a un hombre resuelto, sin ojeras y con sus ojos negros brillando como dos obsidianas en la arena blanca. Ella comenzó a mordisquear sus labios finos y Lorius la apartó con rabia.

—¿Qué me has hecho, endemoniada mujer? —Se incorporó de un salto.

—¡No eres nada divertido! —le reprochó—. Mi magia puede hacer esto y mucho más. Puedo devolverte el aspecto saludable del que gozabas, puedes abandonar este cuerpo esquelético y demacrado…

—¿Y por cuánto tiempo? ¿Una semana, quince días? Tu magia tiene limitaciones, como la mía. No envidio tu rostro juvenil o que cambies continuamente el color de tu pelo, ni siquiera que te muevas como una condenada gacela. Tú sabes lo que ansío…

Ella lo devolvió al sillón y acarició su robustecida melena oscura. Acercó los labios carnosos a su oreja y le susurró:

—Estás vivo gracias a mí. Te di refugio en mi castillo cuando los perros guardianes de Bibolum te daban caza. Recuérdalo siempre. —Alzó su mentón endurecido y miró fijamente a Lorius a los ojos—. Me preocupan las descendientes. ¡Es hora de que sueltes a tus jinetes!

—¿No decías que este condenado desierto era un paraíso a prueba de magia?

—También tú presumías de tu Fortaleza, y terminó desmoronándose en los acantilados. —Moira le dio la espalda con indiferencia—. Hoy me he levantado de buen humor, y no quiero que me lo arruines. Teníamos un gran plan, Lorius: tú reinarías en el norte y yo en el sur. Te jactabas de poseer un ejército de lopiards y un castillo infranqueable. ¡¿Dónde están tus soldados ahora?! —Se acercó de nuevo a él con gran furia—. Solo tenías que facilitar que el vínculo oscuro…

—¡Y eso hice! —la interrumpió—. ¡La manzana, el beso! ¡Todo funcionó!

—Pero ¡dejaste que la descendiente escapara y volviera a su mundo! —La bruja tenía los ojos inyectados en sangre—. ¡Fui yo la que con mi magia le tendió una trampa! ¡Yo! Tuve que recrear la imagen de ese gnomo espantoso y hacer que atravesara portales. —Apretó los labios, se dirigió a una de las ventanas y observó con amargura los muros que la protegían del exterior—. Y, ahora, mi magia ha quedado expuesta. Conocen mi existencia… ¡Y todo porque no supiste manejar a tus lopiars carentes de cerebro!

—¿Es que piensas que tus soldados de piedra son mejores?

—Al menos ellos no se atreven a pensar, solo obedecen mis órdenes —le contestó tajante.

—Siento que mi presencia aquí te cause un gran pesar. En cuanto encontremos un lugar adecuado, mis hijos y yo nos marcharemos.

El brujo estaba dolido. No consentía tanto reproche, y menos que ella lo tratara como un inepto. Pero debía callar. Ese endiablado castillo era el único refugio que conocía; al menos, de momento.

—¡Oh, Lorius! ¡No entiendes nada! —Exhaló un profundo suspiro y se abalanzó a sus brazos—. Quiero la gloria para los dos, tal y como siempre hemos pretendido. Tú y yo reinando en Silbriar…

Él la miró desconcertado. No, no comprendía los altibajos de la poderosa bruja. Temía sus cambios de humor más que su magia. Siempre fue una mujer complicada, impetuosa, rozando la exasperación. Aun así, la aceptó en su regazo sin miramientos. Moira podía ser como una niña necesitada de cariño y a la vez una mujer ardiente y apasionada. Su intensa relación lo había llevado a explorar los límites más insospechados de su naturaleza caprichosa. Recordó con inquietud la vez que, en una disputa sin importancia, ella había utilizado la magia contra él; lo más sagrado para un brujo, el poder donado por los espíritus ancestrales. Lo había reducido a una simple banalidad conjurando a decenas de arañas para que infectaran su piel. No, su relación no había sido una bendición como ella había sugerido en diversas ocasiones. Seguía siendo un tormento.

Apartó suavemente sus cabellos plateados y observó su rostro cubierto de lágrimas. Él ya no se dejaba engañar por sus artimañas; la conocía demasiado bien como para dejarse embaucar de nuevo por su piel de porcelana y sus pupilas inusualmente malvas. Así que decidió entrar en su juego:

—No llores, querida amiga —susurró con voz quebrada—. Dime, ¿qué quieres que haga por ti?

—Desata a tus caballos y que tus jinetes aniquilen a las descendientes que vienen de camino —le suplicó con ojos llameantes—. Y, por favor, ¡dile al principiante de tu hijo que termine de domesticar a la humana harapienta! ¡O tendré que darle yo misma clases de seducción!

Lanzó el refinado jarrón de cerámica contra la pared. Estaba harta de las afectuosas atenciones de la servidumbre. Quería escapar de aquella farsa. Odiaba los vestidos de damisela y los engañosos manjares que le ofrecían. ¡Ella era una prisionera!, no una divertida muñeca a la que vestir y alimentar.

Hastiada, contempló cómo el agua esparcida por la estancia se desvanecía sin dejar rastro. Las flores que minutos antes lucían gloriosas sobre la cómoda se marchitaban a un ritmo desorbitado hasta convertirse en polvo. Toda la habitación era una mentira, y estaba atrapada en ella. Probablemente, había sensores mágicos que se activarían si consiguiera forzar la puerta o romper las ventanas. ¿Cómo había sido tan estúpida? Debería haber escuchado a Daniel. Él había insistido en que la aparición misteriosa del gnomo y las instrucciones que había dejado olían a chamusquina. ¿Y Valeria? Si la hubiera llamado, si hubiera confiado en ella, quizá no se encontraría encerrada en la habitación de los horrores en otro mundo, a quién

sabía cuántos millones de kilómetros del suyo.

Apretó los dientes y contuvo un grito de impotencia mientas presenciaba cómo los rayos de un vespertino sol arañaban su rostro pálido. Motas de polvo empañaban el azul de un cielo infinito, y alguna despistada ráfaga de viento levantaba la arena creando una imagen borrosa del horizonte. Aquel odioso y monótono paisaje dorado acrecentaba su sensación de ahogo. Aquello era la nada.

Se distraía imaginando esperanzada cómo el intrépido Daniel urdía un plan para atravesar un portal que los llevase hasta Silbriar. Por supuesto, habría localizado a Valeria, quien, furiosa, la habría maldecido por su estupidez, pero Érika la calmaría y Nico le recordaría que tenían una nueva misión que cumplir. Una sonrisa animosa se perfiló en sus labios finos. Sus amigos no la abandonarían; removerían tierra y cielo para encontrarla. Y su hermana mayor podría ser aburrida e insufrible, pero era tremendamente obstinada y no se rendiría jamás.

Su semblante se oscureció de nuevo al ser invadida por pensamientos nefastos. Ya no existía el espejo, ni siquiera la Tienda de los Cuentos se mantenía en pie, por lo que no podrían pedirle ayuda al carismático dueño. ¡Estaba sola! Un intenso aguijón perforó su alma, un desgarrador vacío se había apoderado de ella, y no lo soportaba más. Gritó. Un lamento desolador emergió de su cuerpo abatido por la pesadumbre y cayó desvanecida sobre las suaves alfombras que rodeaban la cama.

Entretanto, desde el otro lado de la puerta, Kayla, colérica, decidió entrar en la estancia de la molesta humana. Para ella no era más que un despojo inservible, pero su padre no paraba de repetirle que la necesitaban para fines aún más grandes, así que debía contentarse con esa escueta respuesta. Su infinita paciencia había sido puesta a prueba por esa mosquita muerta decenas de veces, pero aquel grito había conseguido quebrar su aguante. Una sonrisa de medio lado se dibujó en su rostro imperturbable al ver a la insulsa chica en el suelo, indefensa como una presa agonizante suplicando un golpe mortal. La agarró por el cuello y la levantó sin inconvenientes a medio metro. La sostuvo suspendida en el aire mientras presionaba con los dedos su frágil garganta.

Entonces, Lidia comenzó a abrir los ojos, desconcertada, e inició una lucha para liberarse de sus brazos. Pataleaba, le daba golpes con sus puños, hacía vanos esfuerzos por aflojar la opresión del cuello. Finalmente, Kayla la dejó caer como la fruta marchita del árbol cuando pierde el cobijo de su rama. Soltó una frívola carcajada. Esa insolente no era más que un mísero bicho al que podría escachar en cualquier momento. Observó cómo su cuerpo maltrecho se retorcía sobre la alfombra al mismo tiempo que tosía desesperadamente

intentando recuperar el aliento.

—¿Qué te pasa? ¿Cenicienta no es nadie sin sus zapatos? —Kayla se encaminó hacia la entrada—. Que no vuelva a oírte. La próxima vez, no seré tan blanda.

Inesperadamente, la muchacha consiguió incorporarse sosteniendo en su mano uno de los pedazos del jarrón que había hecho añicos y, sin pensarlo dos veces, se abalanzó sobre la ninja oscura rajando su hombro. Había intentado clavarle el fragmento de cerámica en el cuello, pero apenas tenía fuerzas para mantenerse de pie y erró el objetivo. Aun así, escuchó satisfecha el lamento insospechado de Kayla. Esta la apartó de un codazo. La sangre le brotaba desde el hombro hasta la mitad de la espalda. No se trataba de una herida mortal, pero sus ansias de venganza habían florecido como una temprana primavera en un lánguido invierno.

—Pero ¡¿qué has hecho, idiota?! —vociferó mientras se encaraba con la muchacha—. No entiendo qué ve mi hermano en ti, pero ¡te juro que vas a pagar por esto!

Lidia observó asustada cómo de sus yemas comenzaban a germinar los temibles rayos. Cientos de chispas eléctricas recorrían sus dedos, acrecentando su intensidad. Ella mantenía consigo el trozo de jarrón ahora ensangrentado, pero era consciente de que no era un arma eficaz contra los enérgicos rayos de la ninja. Desvió su mirada hacia la puerta entornada. Era la única salida viable si quería escapar de una muerte segura, y corrió hacia ella a sabiendas de que se trataba de una misión suicida. Kayla apenas se encontraba a un metro de distancia de la entrada. Sin apartar la vista de la chica de mirada felina, consiguió llegar al pomo, pero antes de que pudiera tirar de él, recibió el impacto de una bola eléctrica en la muñeca.

—¿Me atacas y ahora quieres huir como un gnomo agarrado a su cucurucho? —le preguntó arrogante—. ¿No quieres divertirte un rato? Porque yo sí.

Alarmada, retrocedió. Los ojos negros de la ninja no dejaban duda alguna. Quería torturarla, arrancarle la piel poco a poco, hacerla sufrir hasta que suplicara por su vida. Pero ella no iba a implorar perdón. Prefería morir en aquel endemoniado castillo antes que seguir cautiva entre esas cuatro paredes rosas con melindroso mobiliario. Si había llegado su hora, estaba dispuesta a aceptarlo. Nunca se graduaría, no disfrutaría de los placeres de un amor correspondido, no sabría lo que era quejarse de un trabajo tedioso ni de unos hijos revoltosos. Si debía morir, se resignaría ante ella, pero no sin antes luchar.

—No creo que se trate de un combate justo —soltó por fin—. Tú te jactas de tu magia, pero yo no tengo la mía.

—¡Eres una humana mediocre! Yo no necesito de ningún objeto porque mis poderes son inherentes a mí. ¡Tú y yo no somos iguales!

—Te equivocas. Eres una hugui, como yo, mitad humana mitad maga. En mi caso, descendiente de un linaje real. ¡Nunca podrás gobernar en Silbriar! ¡Nunca!

Kayla lanzó con ira uno de sus rayos. Lidia consiguió esquivarlo desplazándose con premura hacia la izquierda. Este terminó impactando sobre las cortinas de seda que nacían del dosel de la cama. No tuvo tanta suerte con el segundo proyectil, que rozó su pierna derecha lo suficiente para sentir un dolor desgarrador que imposibilitó sus movimientos. Con ambas manos en la herida, Lidia clavó su mirada en la ninja oscura.

—¡Mátame ya! ¿A qué estás esperando?

Tragó saliva mientras observaba cómo la chica oscura se acercaba a ella. Sin mediar palabra, le propinó un puñetazo que devolvió a la muchacha al amparo de la alfombra. En ese instante, Kirko irrumpió en la habitación. Sus ojos negros se agrandaron al advertir el cuerpo de Lidia yaciendo en el suelo. Estaba inmóvil y con los ojos entornados. Parecía que no respiraba. Se arrodilló junto a ella y atrajo la cabeza a su pecho mientras miraba con rabia a su hermana exigiéndole una explicación.

—Pero ¡¿qué has hecho?! ¡¿Estás loca?!

Kayla no se inmutó. Permanecía de pie, firme y con semblante gélido. Contemplaba la escena como si fuera una mera espectadora. Seguía sin comprender cómo aquella mocosa deslenguada había conseguido obtener los favores de su padre y su hermano. Kirko le daba palmaditas a la chica en las mejillas en un vano esfuerzo para que recuperara la conciencia.

—¡¿Cómo has hecho algo así?! —volvió a recriminarle—. Si la bruja chiflada se entera de esto, estamos muertos. ¡¿Qué crees que va a decir nuestro padre?! ¡Este castillo es lo único que tenemos!

Con la mandíbula tensa, desafío a su hermana, pero Kayla continuaba impávida. Estudiaba el rostro de Kirko con ahínco. Sabía que su preocupación no era tan solo porque pudieran ser desterrados de aquel ostentoso palacio ni porque tuvieran que buscar refugio precipitadamente lejos de todos aquellos que deseaban sus cabezas. Había asistido a la lenta transformación interna que él había experimentado. Ella era su melliza, y no podía engañarla. En Kirko coexistía el deseo y el rencor, y comenzaba a florecer el peligroso sentimiento que muchos llamaban amor.

11

Tormenta

Aldin no era un mago corriente, y era consciente de ello. Su padre había sido un gran brujo de las artes blancas reconocido por el pueblo, hasta que se enamoró de una simple campesina. Ella no era nadie, una mestiza con los pies peludos que labraba las tierras con sus propias manos, sin embargo, para Aldin lo era todo. Su madre poseía el corazón más bondadoso que jamás hubiera existido, y ante la muerte repentina de su padre, fue ella quien lo protegió de las continuas arremetidas de pueblerinos y hechiceros de segunda.

El amor de sus padres lo había convertido en el primer mago mestizo de la historia de Silbriar y en el objeto de burlas de sus compañeros en la escuela de magia. Todavía recordaba la primera vez que había pisado el recinto. Todas las miradas se posaban sobre él, un pequeño que contaba con cinco años y que su padre había insistido en que debía ser entrenado en las artes mágicas. Muchos del Consejo habían alzado la voz oponiéndose a su inscripción.

Aquel día, mientras su padre charlaba animosamente con un profesor disconforme con su presencia en el lugar, un hombre enorme y de grandes manos lo empujaba para que se integrase con el resto de los alumnos. Era el mejor mago de la comarca. Muchos decían que incluso de todo Silbriar. Aquel hombre de inmensas proporciones lo había inspirado para ser, ante todo, mejor persona. Bibolum le había repetido hasta la saciedad que antes de conocer la infinidad de recursos que la magia podía ofrecerte, debías conocerte a ti mismo y aceptarte tal y como eras. Y él había aprovechado su condición de mestizo, ya que, como tal, poseía ciertas habilidades inherentes a su condición. Con la ayuda de su madre, había aprendido a leer las señales que la naturaleza le brindaba. Era capaz de escuchar al espíritu de cualquier animal y de usar su olfato para detectar al enemigo a varios kilómetros de distancia.

Muchos mestizos poblaban ahora Silbriar. La rigidez de antaño se había diluido con el paso del tiempo. Sin embargo, Aldin continuaba siendo el único mago de esas características. Su cola de ardilla todavía causaba espanto en los más puritanos de la comunidad, y muchos le recordaban que su linaje estaba maldito, haciendo alusión a la oscura leyenda que circulaba por la región.

Miles de años atrás, en un Silbriar sin guerras donde cada ser acataba las normas de su comunidad, un humano osó enamorarse de Zhira, la hija del rey de las hadas. Ella, desobedeciendo las órdenes de su padre, traspasó los límites del Bosque Plateado y huyó con el

humano. El rey, cegado por la ira, les lanzó una maldición utilizando el polvo de hada, tan letal como irreversible: «Los descendientes de la pareja no gozarán de los privilegios de las hadas. Nacerán como bestias y morirán como animales».

Zhira, en su primer embarazo, suplicó a su padre pidiendo clemencia, pero este no cedió, y así, el hada tuvo tres hijos, dos varones y una hembra. El mayor nació con facciones de lobo, para horror de sus padres; el segundo, con garras de tigre; y la niña, que en principio parecía tener unos rasgos normales, terminó desplegando unas alas de búho. Vivieron como bestias, señalados y apartados de la comunidad, y murieron salvajemente torturados, pero no sin antes dejar descendencia. Aquellos años de persecución terminaron para los mestizos, aunque todavía hoy debían dejarse la piel para demostrar su valía y así alcanzar el reconocimiento de los demás.

Por eso Aldin no era un mago corriente. Había trabajado el doble para ganarse el respeto de sus compañeros y la confianza de su maestro Bibolum. Era diestro con el bastón, arma que había escogido como varita, y raudo con los conjuros, que aparecían en su mente en el momento preciso. Pero, sobre todo, había aprendido a observar, a escuchar y a sentir. Y sí, había percibido la gran aura mágica que emanaba de un grupo que les pisaba los talones. Pronto había descartado que se tratase del enemigo.

Pero ¿por qué Bibolum había enviado otra expedición tras ellos? ¿Acaso había visto algo que él desconocía? ¿Quizá que su grupo no llegaría al castillo? No dejó que estos pensamientos lo importunaran. Su preocupación más inmediata no procedía de la retaguardia, sino del horizonte. Todos sus sentidos se habían activado, hasta las agujas de su reloj habían enloquecido y giraban disparatadas sin ningún sentido. Con semblante turbado, examinó a sus compañeros de viaje. Apenas se habían recuperado de las heridas sufridas por las dunas movedizas, y sin imots, avanzaban lentamente por un paisaje árido e impracticable.

—Se acercan los jinetes —les anunció con voz entrecortada.

—¡Por las barbas de un enano ebrio! —exclamó Roderick—. ¿Estás seguro?

—Querido amigo, el susurro de la brisa estival me advierte… El tiempo está cambiando.

—¿Cuánto tenemos? —Nico escrutaba el horizonte, buscando una respuesta.

—No tanto como para encontrar un refugio —soltó apesadumbrado.

—¡Maldita sea, Aldin! Aquí somos un blanco perfecto. No hay ni un mísero árbol donde cobijarnos.

Abatido, Daniel recordó la destrucción que los jinetes

habían sembrado en el poblado de los elfos. Habían sobrevivido de milagro a su ataque.

—¿Y qué piensan hacer?, ¿descargar sus rayos sobre nosotros o mandarnos una lluvia torrencial? Un poco de agua no nos vendría mal…

—Dudo que se trate de una ofensiva invernal —le contestó el mago, pensativo—. Los jinetes son astutos. Potencian las inclemencias que ya padecemos.

—¡¿Nos van a achicharrar?! —exclamó el leñador, alarmado.

—Señor Moné, si tiene la daga, podría utilizarla para crear un gran escudo, como la última vez.

—¡La última vez casi mueres, Érika! —Nico negaba con la cabeza.

—La daga les fue devuelta a los ancestros tirmianos —les aclaró el mago—. Tenemos que defendernos con nuestras armas.

—Y mientras llegan, no deberíamos descartar la posibilidad de buscar refugio —les propuso el leñador—. Algún lugar habrá donde podamos cobijarnos.

Daniel inspeccionó el inmenso cielo azul, buscando una señal que lo advirtiera de la presencia de los jinetes, y no tardó en encontrarla. Muy lejos, en dirección al sur, nubes de tierra comenzaban a arremolinarse tiñendo el horizonte de un color azafranado que comenzaba a expandirse como una plaga de langostas. Apesadumbrado, le indicó a la pequeña que caminaba junto a él que estuviera preparada para ponerse la caperuza. La incursión en el desierto estaba siendo más compleja de lo esperado. Tras la pérdida de los imots y, con ello, de algunas de las mochilas, el equipo apenas contaba con tres cantimploras y unas bolsitas de esferas mágicas que el mago no quería desperdiciar.

Alzó de nuevo la cabeza y avistó cómo la nube de polvo se desplazaba sin miramiento alguno hacia el lugar donde ellos se encontraban. Imploró un milagro, consciente de las pocas posibilidades que tenían. No quería que ese arenal deshabitado se convirtiera en su tumba. Intentó calmar la sed con su propia saliva. Iban a afrontar al enemigo sin las armas adecuadas. Muy pocas eran las que conseguían frenar a los jinetes, y ellos no poseían ninguna. Se cubrió la cara con un amplio pañuelo, dejando al descubierto únicamente sus centelleantes ojos grises. Mientras avanzaba, se lamentaba de su impetuosidad. No debió precipitarse ante la llamada de Lidia, y tampoco había sopesado bien las consecuencias.

Después de regresar a casa tras la anterior aventura en Silbriar, se había sumido en un profundo pesar. Se encontraba desubicado y sin ganas de continuar con los estudios. No existía nada que despertara su interés en su patética rutina. Hasta el baloncesto, que era su pasión, le resultaba tedioso y poco estimulante, y así se

enfrascó en una nueva batalla consigo mismo. Desafió a sus padres con la decisión de aplazar su ingreso en la universidad, y ellos respondieron obligándolo a acudir a un psicólogo. Pero ¿qué podía entender este de su situación?

No podía desvelar la existencia de Silbriar ni que el descubrimiento de que él era un guardián había dado un vuelco a su vida. El chico despreocupado y con una red minuciosamente tejida bajo sus pies por sus padres para las eventuales caídas había desaparecido. Había alzado la espada para defender unos ideales hasta entonces desconocidos para él, luchando por la libertad de un pueblo oprimido. Silbriar cuestionó sus valores, sus prioridades en la vida, incluso su forma de afrontarla. Y no, no quería ser abogado en un bufete prestigioso de la ciudad. Tenía la certeza de que ese no era su destino.

Y por todo ello se sentía desdichado. Había adelgazado, afeitarse era un suplicio, y vagaba por la casa como si fuera un renegado, hasta que conoció a Irene. Era descarada, impetuosa y enérgica, odiaba los tacones y vestía con camisetas de Iron Maiden. Adoraba ver sus cabellos negros y cortos con sus particulares mechas fucsias volar con el viento mientas montaban en la Yamaha. Con ella estaba apreciando las maravillas de la Tierra; lo hacía vivir al límite, enfrentarse cada día a un nuevo reto. Su corazón había conseguido calmarse. Y fue entonces cuando su hermano lo informó de la llamada urgente de Lidia.

Una energía indescriptible comenzó a brotar desde sus entrañas. Era una fuerza arrolladora que lo empujaba con furia a acudir a su encuentro. Quizá fuera por su condición de guardián, dado que por sus venas corría la sangre de un protector, o puede que por mucho que se esforzara, no podría olvidar jamás su conexión con Silbriar.

Y, ahora, allí de pie, con la sombra de los jinetes apoderándose de un cielo asustado, sentimientos contradictorios lo invadían. Quería huir, volver a refugiarse en los brazos de Irene, cogerla de la mano y desaparecer. Pero al mismo tiempo ansiaba sentir la adrenalina de la lucha, derrotar a Lorius de una vez por todas y salvar a Lidia. Y para ello debía dar un paso al frente y mostrar de nuevo su valía. Así que descargó el escudo de su espalda y asió con fuerza la espada. Esta vez no iba a fallar.

La nube de tierra se acercaba a gran velocidad. Las partículas de polvo centelleaban como perlas esplendorosas en aguas transparentes. El fenómeno desconcertaba a la pequeña. Era tan espectacular como siniestro. Érika titubeó antes de ponerse la caperuza. Quería ayudar a sus amigos, pero ignoraba cómo podría ser de utilidad, ya que, sin la daga, su escudo de invisibilidad podía alojar únicamente a una persona más. Advirtió el rostro desencajado del

leñador. Era el primero en padecer la tortura de una estación estival sin límites. Sudaba a mares, avanzaba con lentitud, y muchas veces lo encontraban rezagado, retomando el aliento. Ahora blandía el hacha expectante, y de vez en cuando murmuraba frases incomprensibles mientras observaba con desconcierto la estela gualda que dejaban los jinetes a su paso. No podía despedazar a un enemigo que no fuera corpóreo. ¿Cómo enfrentarse a un calor endemoniado y a una sed despiadada?

—Amigo, ¿qué sugieres? —le preguntó, deseando que el pequeño mago barajase otra posibilidad que no fuera el ataque—. ¿Qué crees que nos trae esa condenada nube? ¡Y no me digas que vamos a morir de sed!

Aldin, sin apartar la vista del horizonte, apoyó el bastón sobre la arena. A su alrededor se formó un pequeño torbellino de tierra que ascendía por él en forma de espiral. Las partículas de polvo ardían, y de ellas se desprendían diminutos latigazos energéticos que rápidamente eran absorbidos por el bastón. Con una mueca de desagrado, lo despegó del suelo y deslizó la mano por toda la superficie.

—Nico, prepárate para usar tus botas —le ordenó—. Quiero que saques a Roderick de aquí. Desvíate hacia el este. Allí estaréis a salvo del cúmulo.

—¿Qué sucede, Aldin? —le preguntó, aún más sorprendido.

—Luego quiero que regreses —continuó, ignorando la pregunta del gigantón—. Coge a Érika y corre todo lo que puedas, pero si la tormenta se nos echa encima, quédate donde estés. No dejes que esa neblina amarilla toque tu piel.

—Puedo llevarme a los dos al mismo tiempo, señor. Ya lo he hecho antes.

—Bien, ¿y a qué estás esperando?

Érika asintió y, antes de hacerse visible, extrajo el gran huevo dorado del interior de la capa y lo acarició para tranquilizarlo. Este brilló, confirmándole que se encontraba bien, y entonces retiró la caperuza de sus dorados cabellos y se aupó, aliviada, sobre la espalda del muchacho.

—¡No, viejo amigo! No voy a dejarte aquí a la suerte de esta tierra malnacida. ¡Me quedo contigo a luchar! No soy un cobarde. Sea lo que sea que traen esos condenados jinetes, a mí no me asusta.

Con un movimiento casi imperceptible de las cejas, el mago le indicó a Nico que se marchara. Este agarró con fuerza la mano del leñador e inició la carrera.

—¡Maldito seas, cola de ardilla! Y tú, mocoso insolente, ¡para! ¡Paaaraaa!

Contempló cómo los tres se alejaban y abandonaban la zona

de peligro. Entonces clavó la mirada en los ojos preocupados de Daniel.

—¿Qué trae la nube? ¿Qué has visto?

—No dejes que la arena toque tu piel, pues la carbonizaría al instante, incluso antes de que exhalaras tu último suspiro. Una vez, tu espada desintegró bolas de hielo, ¿no es así? —Confuso, Daniel asintió —. Cuando consigas ver el interior rojizo del cúmulo, quiero que claves la espada en el suelo, y si quieres seguir respirando, no la sueltes. Me preguntabas qué es lo que transporta. Como dirían en tu tierra: ¡el mismísimo infierno!

Con las manos temblorosas, alzó la espada y miró al frente. Los tonos gualdos comenzaban a fundirse con los enigmáticos naranjas. Confiaba en el señor Moné. Su semblante receloso y a la vez precavido le mostraba que había valorado todas las opciones posibles. Y era evidente que no había tiempo para que todos escaparan. Si lo había elegido a él para que permaneciera a su lado, era porque sabía que juntos tenían una oportunidad de sobrevivir.

Daniel imitó la postura férrea de su maestro, quien no se movía ni un ápice. Sus ojos no parpadeaban y sus manos sujetaban el bastón sin ningún esfuerzo. Apenas restaban cien metros para ser engullidos por la temible nuble cuando atisbó la primera llamarada roja en su interior. Se le encogió el corazón. Pensó entonces que el mago se había equivocado en sus conjeturas; ni el mismísimo infierno tendría un aspecto tan abominable.

Por fin, con un golpe seco de bastón, el señor Moné golpeó el suelo. De inmediato, la onda expansiva hizo que la tierra vibrara a su alrededor. Estupefacto, Daniel contempló cómo la hierba fresca crecía graciosa dibujando un círculo concéntrico a los pies de él. Respiró entonces profundamente y clavó la espada en la tierra con la esperanza de que floreciera el paraíso a su alrededor, como había sucedido con el maestro. Sin embargo, en su lugar, la arena se evaporó y el suelo se resquebrajó. Surgieron entonces numerosas grietas que se expandieron en todas las direcciones.

Inmerso en la tormenta del desierto, escuchaba con congoja el estruendo que provocaba la nube de polvo a su paso. El perímetro de protección creado por el arma lo salvaguardaba de ser devorado por las partículas ardientes. Ya no veía al mago. Imaginaba que se encontraba en la misma situación que él, rodeado por torbellinos abrasadores que chocaban una y otra vez contra el escudo invisible.

La temperatura del cúmulo cada vez era más alta y apenas podía respirar. Su espada lo protegía con éxito de las lenguas de fuego, pero no contra la sensación de asfixia. Bañado en sudor, pensó que iba a desfallecer, pero no apartó las manos del mango. Parecía que las suelas de los zapatos se estuviesen derritiendo, y el metal de la espada

comenzaba a recalentarse. Ahora sí que sentía el infierno en sus brazos. Pensó que la primavera creada por el señor Moné evitaba que padeciese las consecuencias del calor extremo, y lo imaginó rodeado de florecillas silvestres aguardando con calma a que la tormenta pasara.

Entonces escuchó una voz en la lejanía. No pudo distinguir a quién pertenecía, ya que sus sentidos empezaban a traicionarlo. Sus fuerzas cedieron y se desplomó, y la masa de aire caliente lo envolvió. Sintió cómo lo elevaba del suelo y lo mecía ligeramente, como si se encontrara en una nube de algodón suave y cómoda. Los párpados le pesaban. Aun así, entreabrió los ojos y vislumbró una figura en la lejanía. Se encontraba de espaldas, pero pudo reconocerla de inmediato. Portaba los *shorts* que llevaba habitualmente y su camiseta de asillas preferida, que dejaba entrever el minúsculo tatuaje de una calavera sonriente en el omóplato. Su cabello corto azabache como una noche sin luna no lo dejaba albergar duda alguna. Ella estaba allí. Irene había venido a salvarlo.

Quiso despegar los labios para gritar su nombre, pero estaban tan resecos que apenas consiguió que entrara un hilo de aire en sus pulmones, y la sed lo estaba consumiendo por dentro. Pensó que si no moría calcinado, lo haría deshidratado. Logró alzar el brazo para llamar su atención, pero ella permanecía estática, contemplando el espesor escarlata que se prolongaba hasta el infinito. Sin comprender cómo, percibió que su espíritu se elevaba como un ave fénix resucitando de su tumba, y voló hasta ella. Ya casi podía acariciarla.

Cuando la chica se percató de su presencia, comenzó a ladear la cabeza, pero al hacerlo, sus cabellos cortos se transformaron en una melena trigueña, su piel se tornó más blanca y sus labios adquirieron un tono rosado más apetecible. Clavó su mirada en aquellos indiscutibles ojos miel y suspiró aliviado cuando de la comisura de sus labios nació una sonrisa cálida. Cogió su mano, y ella le indicó el camino a seguir.

—Valeria —consiguió susurrar al fin.

—¡Está vivo! —Nico, alarmado, sujetaba la cabeza de su hermano —. Por favor, Dani, resiste. No puedes morirte…

Érika sollozaba mientras sujetaba una de sus manos. No podía perder también a Daniel. No habían encontrado a Lidia, y echaba de menos a Valeria. Con lágrimas en los ojos, suplicaba para que él continuara a su lado. Era el hermano mayor que nunca tuvo y, ahora, su referencia más inmediata.

Aldin continuaba aplicándole ungüentos y emplastos por toda la piel enrojecida, tratando de bajar las numerosas inflamaciones que padecía su cuerpo. Lo había rescatado de una muerte inminente. Había arriesgado su vida abandonando su posición cuando se percató

de que las defensas del muchacho caían estrepitosamente ante la tormenta de tierra. Por fortuna, el vendaval ya amainaba y los jinetes continuaban su camino destructivo dejando atrás un paisaje desolador.

Daniel, tumbado en el suelo, todavía respiraba. El mago, con premura, extrajo las esferas medicinales de la mochila y comenzó el ritual de sanación. A pesar de que no contaba con las habilidades curativas de Libélula o Samara, no desistió en su empeño.

—Roderick, dame una cantimplora.

—¡Venga, muchacho! Has sido muy valiente, así que no permitas que este desierto te entierre. —El leñador, angustiado, observó cómo sus párpados se entreabrían—. ¡Bien, bien! Lo estás haciendo muy bien.

—Valeria… —volvió a susurrar.

—¿Qué diantres está diciendo, Aldin?

El mago acercó la oreja a su boca con la esperanza de entender qué quería comunicar el muchacho con tanta urgencia. Y entonces escuchó con claridad:

—Valeria está aquí…

Cerró los ojos y apretó los labios ocultando una amplia sonrisa. Se incorporó y se giró sobre sus talones, contemplando con optimismo el vasto desierto que habían dejado atrás. Así que se trataba de la muchacha con corazón de guerrera. Ahora lo comprendía todo. Horas antes había detectado la presencia de una poderosa magia acercándose a ellos por la retaguardia. Había descartado que fuera el enemigo, pero no llegaba a entender por qué Bibolum les mandaba un grupo de apoyo.

Con aire triunfante, observó los rostros decaídos de sus compañeros de expedición. Apenas contaban con suministros, estaban extenuados y algunos heridos, y era evidente que así no podrían continuar la aventura. Desconocía los detalles, pero Valeria había conseguido llegar a Silbriar y, junto con un grupo de intrépidos, avanzaba con premura hacia su posición. La ayuda estaba en camino.

12

Escisión

Desmontó del monumental imot y emprendió el ascenso a pie de la empinada colina. Empezaba a hartarse de sacudir la tierra de su melena. Y, para colmo, desde que había iniciado el viaje, no había podido ducharse, por lo que percibía cómo el sudor recorría cada rincón de su piel. El hipnotizador dorado de las inmensas dunas castigaba continuamente sus ojos claros, y el sombrero apenas la protegía de los incesantes rayos solares. Aun así, no desfallecía. Debía encontrar a sus hermanas, aunque tuviera que recorrer cada centímetro de aquel infame desierto varias veces.

Detuvo su avance al escuchar un quejido a su espalda. Nora, que todavía no se había recuperado de las heridas provocadas en su lucha con el shabor, había vuelto a tropezar. Acudió a su encuentro y le brindó la mano para ayudarla. La pequeña se lo agradeció con una mirada compasiva y continuó el camino junto a ella. Había descubierto que bajo su semblante formal y mesurado, se ocultaba una niña risueña y algo temerosa, y desde que la había ayudado con aquella bestia negra, Nora se mostraba más cercana y comunicativa.

—Gracias. Creo estoy siendo un estorbo.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó, aun conociendo la respuesta—. Te has enfrentado a esos animales sin dudarlo. Eres muy valiente.

—Soy una guardiana. Ese es mi deber —murmuró sin mucha convicción.

—Pero ¡también eres una niña! Y no deberías ser tan crítica contigo misma. —La sujetó con firmeza con ambas manos—. Somos un equipo y deberíamos pensar como tal. Y quiero que sepas que, siempre que me necesites, voy a estar aquí por y para ti.

No pudo evitar pensar en su hermana pequeña. A pesar de que era dos años mayor que Érika, la niña le recordaba mucho a ella. Rezó para que esta se encontrara bien y para que tanto Aldin como los chicos estuvieran velando por ella.

—Me han contado historias sobre las descendientes —añadió con una sonrisa forzada—, pero algunas se equivocan.

—¿A qué te refieres? —Mantenía el ceño fruncido, esperando una respuesta.

—A nada importante —le contestó mientras bajaba la cabeza.

Valeria soltó una profunda exhalación. Todavía tenía muros

que derribar con la pequeña. Aun así, insistió:

—¿Cuándo descubriste que eras una guardiana?

—No lo recuerdo, desde muy pequeña vengo a Silbriar… Bueno, cuando las cosas se pusieron feas con Lorius, Bibolum prohibió la entrada al Refugio, pero seguí entrenando con mi maestro en Cork.

—¡Vaya! Así que ya conocías este lugar antes de que yo lo pisara. ¡Es increíble!

—Sí, y todos queríamos luchar contra el mago oscuro, pero no nos dejaron —continuó apesadumbrada—. Nos dijeron que sin las descendientes no habría victoria, sino mucha sangre.

—El año pasado, cuando descubrí que podía manejar la ballesta y que tenía que luchar contra un ejército de lopiards, tuve mucho miedo.

—¿Miedo? ¡Eres una descendiente!

—Pero también soy humana, y no sabía que el destino me la jugaría de esta manera. —Alzó la cabeza y contempló el cielo límpido, sin nubes que enturbiaran su radiante azul—. Y aquí estoy otra vez, angustiada por mis hermanas.

—Yo también tengo un hermano pequeño. Es un poco travieso, pero me hace reír mucho.

—¿Es también un guardián? —le preguntó curiosa.

—No, y lo prefiero. Tendría que estar pendiente de él todo el tiempo. ¡Sería un rollo!

—Sí, conozco demasiado bien ese sentimiento. —Guardó silencio durante unos segundos. No podía apartar de sus pensamientos a sus hermanas—. ¿Y cómo descubriste el poder de tu traba? —le preguntó, señalando la extraña forma del objeto en sus cabellos pelirrojos.

—Es una historia que me contó mi madre. Yo era muy pequeña todavía —empezó a narrar la niña con entusiasmo—. Entró en una tienda muy bonita donde encontró a un hombre muy raro.

—Espera, ¿la Tienda de los Cuentos de Hadas? ¿En Irlanda? —le preguntó sorprendida.

—La tienda viaja por todo el mundo. Prigmar se encarga de localizar a los futuros guardianes —intervino Jonay con satisfacción al ver que podía aportar algo a la conversación. Valeria lo miró desconcertada—. ¡Prigmar, el extraño duende que regenta la tienda! Para ser una descendiente, no tienes ni idea de la mitad.

—Discúlpeme usted, pero yo no he tenido «años» para conocer todas las particularidades de este mundo.

—Tampoco es para que te lo tomes así —añadió, quitándole hierro al asunto—. Es muy probable que la tienda se presentara varias veces ante ti, pero nunca te dio por entrar. Lo hiciste en el momento en el que estabas preparada para escuchar.

—Créeme, tampoco estaba preparada entonces. —Miró hacia la

derecha y observó detenidamente a los otros dos guardianes que caminaban junto a Coril—. ¿Y qué pasa con esos dos? No parecen muy sociables que digamos.

Ruby era altiva y apenas la tenía en consideración. Es más, ella estaba convencida de que la ignoraba aposta. En cambio, Kwan le lanzaba miradas furtivas de vez en cuando que lograban inquietarla. No esperaba que la hubieran recibido con los brazos abiertos, pero al menos deseaba que entre todos existiera una relación cordial, ya que la travesía se le antojaba larga y tediosa.

—El mejor amigo de Kwan es el silencio —le contestó Nora—. En cuanto a Ruby, mejor le preguntas a Jonay. Fue su novia —añadió divertida.

Valeria buscó respuestas en los ojos del chico, pero este desvió la mirada algo avergonzado. A ella le costaba entender qué había visto en una mujer tan ruda y autoritaria. No quiso torturarlo con los cientos de preguntas que ahora mismo la desconcertaban, así que prosiguió el camino con disimulo. De repente, al llegar a la cima, sintió un ligero mareo y, al momento, la mano de Jonay la sujetó con fuerza. Quizá el cansancio estaba afectándole más de lo que quisiera admitir.

Contempló desolada el vasto horizonte que se abría ante ella. ¿Cómo iba a encontrar a sus hermanas en un paraje tan aburrido como laberíntico? Se le encogió el corazón. Aquello era como buscar una aguja en un pajar. De improviso, atisbó un relámpago rojizo en la lejanía y, espantada, miró a sus compañeros, pero ninguno parecía haberse percatado del fenómeno. Volvió a centrarse en el punto exacto donde había surgido el destello, y entonces su visión se agudizó, tal y como Coril le había mostrado un año atrás.

Inició un viaje astral que hizo que su cuerpo se tambaleara de nuevo. Recorrió largos kilómetros, dejando atrás las imponentes dunas que la separaban de su objetivo. La arena golpeaba su rostro con insistencia y, poco a poco, el aire comenzó a tornarse más denso, casi irrespirable. La visibilidad también disminuía, y una masa amarilla empezaba a envolverla.

Por fin se detuvo. Se percató de que alguien más se encontraba allí con ella, inmerso entre las paredes de tierra, pero el espesor de la niebla azafranada no le permitía localizarlo. Entonces percibió un tenue hálito que refrescaba su nuca. Se giró con mucha cautela, temiendo descubrir quién la acompañaba en su periplo, y en el momento en el que sus miradas se cruzaron, su corazón se detuvo. ¡Era Daniel! Su barba de varios días resaltaba aún más sus labios agrietados, y el destello de sus ojos grises parecía apagarse por segundos. Desconocía qué extraño mecanismo la había llevado hasta él, pero allí estaba, ante ella. Apenas podía mantenerse en pie y le

pedía auxilio. Cogió su mano con dulzura y, sin previo aviso, comenzó a retroceder a gran velocidad. Su visión la arrastraba de nuevo al punto de origen y, aunque trató de resistirse, no pudo evitar encontrarse de nuevo en la cima de la duna. En un acto reflejo, soltó la mano de Jonay y comenzó a toser desesperada, tratando de recuperar el aliento.

—¿Que ha pasado? ¿Estás bien?

—¡Daniel! —consiguió balbucear—. ¡Dani!

—¿Daniel? ¿Quién es Daniel? —le preguntó confuso.

—¡Su novio! —intervino con descaro Nora—. ¿No te has estudiado la historia del rescate de Silona? A las descendientes las acompañaban dos guardianes.

—¡Eso ya lo sabía! Pero no me acordaba de los nombres.

—Pues tienes que aprender a leer entre líneas —le dijo riendo.

Valeria ignoró la conversación de los chicos y corrió apresurada hacia el elfo, que se encontraba a varios metros de ella alimentando a los imots.

—¡Coril! ¡Coril! ¿Lo has sentido? ¿Has visto los relámpagos rojos? Mi visión me ha llevado hasta Daniel. Pero no he podido orientarme bien… Creo que nos necesitan. Había…

Hablaba de una forma tan atropellada que el elfo tuvo que parar su discurso frenético. Ella, antes de proseguir, miró de reojo a los dos guardianes, que la observaban con descaro. Se acercó aún más a él y, en un tono más calmado y casi susurrando, queriendo así evitar que los dos fisgones la escucharan, inició el relato de su aventura. Al terminar, le preguntó:

—Creo que el grupo estaba siendo atacado por los jinetes. ¿Qué podemos hacer, Coril?

—No es la amenaza que he presentido. —Soltó una exhalación de preocupación—. Los jinetes están lejos de aquí, tardarán días en encontrarnos… Sin embargo, llevo horas sintiendo una brecha en mi espíritu.

—¿Crees que se acercan más shabors?

Coril inspeccionó con recelo los confines del extenso desierto. Él era un guerrero. Había destacado en su comunidad en el manejo del arco desde muy temprana edad. Era hábil y sumamente cuidadoso. El estrecho contacto que mantenía su pueblo con la naturaleza lo convertía además en un ser sensible y juicioso. No todos los elfos poseían los mismos dones. Había conocido a muchos recolectores que escogían con prudencia flores y frutos para crear bálsamos; a otros contemplativos, que enaltecían su comunicación con la naturaleza y basaban las decisiones del pueblo en la respuesta que aquella les ofrecía; y, por último, a un grupo menos numeroso de guerreros, dedicados a defender la frontera de sus tierras.

Su pueblo poseía un alma pacífica, y habían evitado la confrontación en la Primera Gran Guerra. Aun así, la batalla había irrumpido en sus tierras. Hubo bajas, pero no tantas como cuando Lorius decidió exterminar a todas las razas que supusieran una amenaza directa para él. En aquella época, muchos elfos decidieron entonces coger las armas, otros huyeron y se ocultaron en las Montañas Sagradas, y algunos surcaron los mares y su paradero era todavía un misterio. De su comunidad habían sobrevivido una treintena después de haber sido invadidos y cruelmente asesinados.

Recordó con pesar aquel fatídico día. Se había alejado del poblado para reflexionar, dado que debía tomar una difícil decisión. Depositó su arco en la orilla del río y contempló extasiado las aguas límpidas que bañaban su fructífera tierra. Pensó que su alma no había sido tan transparente. Su corazón confundido no paraba de torturarlo debido a que, aunque nunca imaginó que pudiera ser posible, amaba a dos mujeres, tan opuestas como el sol y la luna.

Todo había comenzado años atrás. Por aquel entonces, era un joven prometedor pero inexperto, y se encontraba colgado de la rama de un árbol practicando tiro. Estaba tan absorto en su tarea que no vio a las dos muchachas que paseaban por los alrededores, y una de sus flechas terminó incrustada a pocos centímetros de los pies de una de ellas. Al ir a su encuentro, descubrió que se trataba de la hija del líder de la comunidad, y con torpeza, para mostrar su arrepentimiento, se postró ante ella. Anael, que así se llamaba, era de apariencia delicada y mirada compasiva, y lo observaba divertida mientras él cambiaba la mano izquierda por la derecha para hacer su reverencia.

—Deberías tener más cuidado, aunque veo que tampoco eres muy diestro con tus modales. —Por primera vez, desvió su mirada hacia la muchacha que la acompañaba. Su rostro era más severo y poseía una belleza exótica poco usual. Su piel era oscura y tersa. Sus cabellos negros y rizados caían como una cascada impetuosa sobre sus hombros—. De la pretensión a la acción, como usted mismo ha podido comprobar, existe un gran abismo —continuó ella.

—¡Euren! Por favor, ya se ha disculpado.

¿Quién habría imaginado que después de ese calamitoso comienzo hubiera nacido una amistad incondicional e inquebrantable? Pero así había sido. Los tres jóvenes desafiaban al líder con sus andanzas, desobedeciendo innumerables veces las leyes de la comunidad y aventurándose a recorrer los confines de las tierras élficas donde jugaban a cazar, reían y conversaban durante horas.

Desde el principio, su espíritu estuvo muy unido a Anael. Su belleza etérea lo atraía hacia ella como un imán sin juicio. Sus cabellos castaños y sedosos rozaban con gracia sus pechos pequeños. Sus

pestañas largas adornaban unos ojos grandes y de un azul cristalino. Poseía un alma sosegada y generosa, aptitudes indispensables para una futura líder. Siempre sospechó que sus sentimientos eran correspondidos. Por ese motivo, cuando la rodeó entre sus brazos y le regaló un beso sincero, su corazón fue aguijoneado cruelmente por su negativa:

—Es un amor imposible. Estoy prometida a Lark. Mi padre lo ha arreglado todo. —Hundió el rostro en sus manos.

—Dile que no lo amas.

—No puedo, Coril, no me pidas eso…

Desahogó su frustración corriendo como el viento racheado que confunde su dirección al soplar. Sin rumbo, saltaba rocas, trepaba por los árboles y se encaramaba a las ramas poniendo al límite su capacidad física, hasta que llegó al río y, allí, sus lágrimas se confundieron con el agua dulce que corría desbocada por las recientes lluvias que habían asolado al lugar. No podía competir con Lark. Era el hijo primogénito de un gran líder del sur, y él apenas tenía qué ofrecer al padre de Anael. Ese matrimonio, aunque fuera de conveniencia, haría más fuerte a su pueblo, sobre todo ahora que Lorius amenazaba con hacerse con las tierras élficas. No quería rendirse, pero ya estaba vencido antes de iniciar la batalla, así que, resignado, aceptó su sino.

Fue entonces cuando Euren curó sus heridas y sano su corazón vulnerable. Era impetuosa y apasionada, e hizo que olvidara el amor romántico que le inspiraba Anael. Y poco a poco, casi sin darse cuenta, fue enamorándose de su alma libre y salvaje. Hasta que una noche y sin previo aviso, Anael tocó a su puerta. Sus ojos transparentes estaban empañados por las lágrimas que se resistían a abandonar su mirada arrepentida.

—No lo amo… Lark es cruel y solo le interesa el poder. No quiero casarme con alguien así… —Sus palabras estaban repletas de dolor—. Voy a escaparme… Me iré a los Valles Infinitos o a los Lagos Enanos.

—No puedo dejarte ir sola. ¡Hay una guerra ahí fuera!

—No he venido a pedirte que me acompañes, solo a despedirme… Siempre has sido muy bueno conmigo.

Y, ahora, allí, postrado de nuevo ante el río, debía enfrentarse a una complicada situación. Y es que su corazón pertenecía a Euren, la mujer con la que compartía su vida diaria y la que había apartado su desconsuelo, pero su espíritu volaba siempre junto a Anael, porque, a pesar de su compromiso, no podía negar que, cada noche, al cerrar los ojos, era el suyo el último rostro que veía. Ella pertenecía al mundo de sus sueños. Así que mientras la culpa lo envolvía castigándolo con afilados cuchillos que agujereaban su alma, observó sobresaltado cómo un insólito rojo comenzaba a teñir el agua nítida. Al

incorporarse, apreció los gritos y los alaridos de guerra provenientes del poblado. Asió su arco e inició una carrera de regreso por el frondoso bosque.

—¡Coril, Coril! ¡Detente!

Frenó su avance y observó el rostro desencajado de su madre, que venía a su encuentro. La recibió en sus brazos y pudo sentir sus latidos desesperados.

—Tienes que alejarte de aquí. Ya es demasiado tarde.

—Pero, madre, ¡me necesitan!

—¡No, hijo, no! —le suplicó—. Tu padre ha muerto, pero tu hermana ha conseguido huir, y me pidió que la acompañara, pero yo no podía dejarte aquí… Tenía que advertirte. —Las lágrimas inundaron sus mejillas—. ¡Todo es sangre! ¡No han tenido piedad con los niños! —Los lamentos que la brisa transportaba satisfecha desde el poblado habían cesado, y pronto la impotencia que lo invadía se convirtió en rabia y esta en cólera. Su madre, de nuevo, lo contuvo—: Hijo, la venganza no es una aliada fiable —le dijo, sujetando su cara con ambas manos—. Escúchame, Coril, llegará el día en el que recuperaremos nuestras tierras, pero no hoy… Ahora tenemos que salir de aquí.

Aquel día, mientras abandonaba apresurado su hogar, pensó en lo cruel que podía llegar a ser el destino. Minutos antes, su corazón se debatía entre las dos mujeres más importantes de su vida, aparte de su madre y su hermana, y ahora se preguntaba si habrían logrado sobrevivir, si se encontrarían a salvo. Poco tiempo después, tuvo que enfrentarse a la repentina muerte de su madre. Su corazón debilitado había sufrido un gran impacto al asistir a la cruel masacre de su pueblo y a la dolorosa muerte de su padre. Quiso entonces buscar a su hermana, y fue ahí, mientras vagaba por el Sendero de las Especias, cuando tropezó con un grupo de magos que se dirigían al Refugio. Allí, Bibolum lo acogió sin miramientos, como si fuera uno más y sin importarle que fuera un elfo.

—Tu lucha es nuestra lucha —le había dicho.

Habían pasado muchos años desde su primer encuentro con el maestro. Ese joven inquieto e inexperto se había convertido en un adulto reflexivo y más cauteloso gracias a sus enseñanzas. Miró a la joven decidida, que esperaba que una respuesta mágica surgiera de sus labios. En cierto modo, le recordaba a él, ansiosa por alcanzar su objetivo sin sopesar adecuadamente los peligros que la acechaban.

—Descendamos esta colina y pongamos rumbo hacia el resplandor rojo —les anunció, llevándose las manos a la pierna herida. A pesar de las numerosas cataplasmas que Samara le aplicaba, todavía le dolía, y a veces andaba con cierta dificultad—. Vamos a encontrar a nuestros amigos.

Durante una hora mantuvo a duras penas el paso firme sin desviar la mirada del punto exacto que Valeria había señalado. Caminaba con semblante sereno, a sabiendas de que les esperaba una trampa mortal. No podían subestimar a los jinetes; quizá no habían abandonado todavía la zona y continuaban con su ataque bárbaro.

Reflexionaba sobre su destino y sobre cómo había terminado dirigiendo a un grupo de humanos inexpertos en el combate cuando un destello plateado lo deslumbró. Pensó que podría tratarse del reflejo de la hoja de un sable, y con rapidez cogió una de sus flechas. Clavó la mirada en una extraña silueta que se dirigía hacia ellos, la cual portaba una larga capa verde que cubría su rostro y parte de su cuerpo. Alzó la mano y la expedición se detuvo. Todos observaban con recelo la enigmática figura mientras preparaban sus armas. A pocos metros del encuentro, el elfo relajó sus facciones y sonrió de medio lado. Había reconocido los andares sinuosos que trataba de ocultar sin éxito bajo la capa. Ella apartó la caperuza, dejando ver su cabello ensortijado y sus ojos verdes selváticos, y con semblante serio se acercó a Coril, quien apreció al instante su inolvidable perfume a menta con una pizca de limón. Euren solía preparar su baño con una mezcla de flores silvestres y un puñado de hierbabuena.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo nos has encontrado? —le preguntó confuso. Queriendo sentir aún más el aroma inconfundible de su piel, se acercó a ella, pero esta retrocedió y él arqueó los ojos de forma interrogante.

—Nos abandonaste, Coril —le recriminó—. Estábamos reconstruyendo nuestro hogar y desapareciste de nuevo, de la noche a la mañana, sin decir nada. Era nuestro comienzo, por fin podíamos levantar los cimientos del poblado sin ocultarnos, y te fuiste…

—Puedo explicarlo…

—¡No tienes nada que explicar! ¡Es evidente que ese mago autoritario y soberbio es mucho más importante que nosotros! ¡Que yo!

—Pensaba regresar —se defendió, todavía confuso—. Tengo que cumplir una última misión.

—¡¿Y qué misión es esa?! ¡Ni siquiera has tenido la decencia de informarme!

—¿Qué estás haciendo aquí, Euren? —insistió desconcertado—. Si estás enojada porque no te pedí que me acompañaras, ahora puedes hacerlo. Eres bienvenida.

—¡¿Quieres que te ayude a traicionar a nuestro pueblo?! ¡¿En serio me estás pidiendo eso?!

—¿De qué estás hablando?

Euren endureció las facciones, clavó la lanza en la arena y lo miró desafiante. La rabia emanaba de sus pupilas como dos chimeneas

ardiendo. Samara, al advertir que no se trataba de una visita amistosa, les hizo una señal a los chicos para que no bajaran la guardia. Jonay desmontó del imot y se colocó junto a Valeria. Nora hizo lo propio, situándose a la derecha. Los otros dos guardianes custodiaron las espaldas del elfo.

—Cuando los lopiards arrasaron el poblado, ¿dónde estabas tú, Coril? ¡Vi a familiares y a amigos morir despedazados! Luché con uñas y dientes para proteger a nuestra gente, mi padre se quedó ciego tras la batalla y mi madre no lo consiguió… Fue tu padre el que me apartó del cuerpo de mi madre justo en el momento en el que otra bestia intentaba degollarme. Lloré, grité… No quería que me separara de ella… Y entonces lo vi caer a él. Su sangre tiñe todavía mis manos… Y, mientras, ¿qué hacías tú? ¡Huir como un cobarde! ¡Tú, el que se vanagloriaba de poseer un alma de guerrero!

—¡Eso no es verdad! ¡Quise volver, pero ya era demasiado tarde!

—¡Me dejaste sola! ¡Y vuelves a hacerlo de nuevo! —exclamó, conteniendo las lágrimas—. ¡Te pones de parte de ese mago charlatán!

—¡Ese mago nos salvó a todos! Tú luchaste junto a mí en la Fortaleza.

—¡Y ahora quiere que Silbriar caiga en desgracia otra vez! Conozco la profecía oscura. —Clavó su mirada en Valeria—. Las descendientes van a devolvernos a la miseria.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¡Eso es mentira! —intervino Valeria.

—¡Tú cállate! ¡No eres más que una cría consentida!

—Euren, no sé qué puede saber una elfa que ha vivido años escondida en la profundidad de los bosques —comenzó a decir Samara—, pero es evidente que solo conoces una parte. Cada profecía oscura es contrarrestada con una blanca, ¿o acaso no te lo ha contado quien te ha enviado a por nosotros a este recóndito desierto? Los magos lo sabemos: las sombras se alimentan de la luz, pero esta brilla más cuanta más oscuridad haya a su alrededor. ¡Hay esperanza!

—Lo único que importa es que el alma de una descendiente se ha ennegrecido. ¡Ellas, que nos llevaron a la salvación, nos conducirán a la destrucción! —exclamó, apuntando con la lanza a Valeria.

—¡Mi hermana no es la villana en esta historia! ¡Es una prisionera! —Valeria dio un paso al frente con la intención de golpearla, pero Jonay la contuvo sujetándola por la cintura.

Coril, cabizbajo ante la incomprensión de la que aún era su amante, mantenía el mentón tenso y los puños apretados. Por fin, con el rostro ensombrecido, le lanzó una mirada reprobatoria, y aun conociendo de antemano la respuesta, se vio obligado a volver a realizar la pregunta:

—Si no has venido a ayudarnos, ¿qué quieres de nosotros?

Ella forzó una sonrisa compungida y, con labios temblorosos, le imploró que volviese con ella:

—Quería hacerte entrar en razón. Esta lucha no es la tuya. Por favor, Coril, si me amas, únete a nosotros.

—Pero ¿no entiendes lo que me estás pidiendo? ¡Trato de impedir una guerra!

Entonces atisbó un grupo numeroso de magos, algunos elfos y otros tantos a los que no pudo distinguir, agolpándose en la cima de una de las dunas. Volvió su mirada incrédula hacia ella y negó con la cabeza varias veces.

—Pero ¿qué has hecho? —le preguntó afligido.

—Lo que tú no has tenido el coraje de hacer —le dijo desafiante—. Ya es hora de que nuestro destino no lo dicten los humanos. ¡Las descendientes deben morir! Así que entréganos a esa flacucha ingrata y te prometo que no correrá la sangre.

Valeria retrocedió, alarmada. No podía creer que el pueblo al que había ayudado a salir de las sombras estuviera pidiendo su cabeza.

—¿Te has vuelto loca? —le reprochó el elfo—. ¿Desde cuándo te dedicas a matar a inocentes?

—Bibolum nos ha mentido. Nos había convencido a todos de que las hijas de Ela eran nuestras salvadoras. Nos hizo creer que su sangre conciliaría pueblos, que nos devolvería a la época dorada… Pero ¡nos traicionó! Nos ocultó el vínculo oscuro quebrantando sus propios principios de honestidad y concordia. ¡Entiéndelo! ¡Sin descendientes, estamos mejor!

—Si quieres matarla, vas a tener que pasar por encima de nuestros cadáveres.

—No de todos… —les dijo, sonriendo de medio lado mientras el elfo contemplaba estupefacto cómo Ruby y Kwan abandonaban las filas y se colocaban junto a ella—. Has subestimado la capacidad de raciocinio de los guardianes, o más bien de sus maestros. ¡A ellos les importa Silbriar!

Samara, que se había mantenido al margen de la disputa, avanzó hacia la elfa sin temor alguno y le propinó un sonoro bofetón que ella contestó con una carcajada demente. Desde la colina, lanzas, flechas y demás armas apuntaron hacia la bruja, pero Euren los detuvo alzando su mano derecha.

—¡La primera razón de existencia de un guardián es defender a los hijos de Ela! ¡Si rompen esa promesa, aquí reinará el caos! ¡El mal uso de los objetos puede traer consecuencias! —le espetó Samara.

—¡Y la segunda es proteger la magia de este mundo! —intervino Ruby con dureza—. ¡Y eso es lo que vamos a hacer! ¡No dejaremos que Lorius reduzca todo a cenizas!

—¡No tienes ni idea de lo que estás desatando!

Coril no apartaba la vista de Euren. Ahondaba en su mirada y no la reconocía. Su brillo esmeralda que clamaba esperanza se había

esfumado y en su lugar solo existía la llama de la venganza. Tragó saliva, y de reojo observó a la humana de los ojos miel, que atónita contemplaba la escena como si se tratase de una pesadilla de la que no pudiera despertar. Ella esperaba que el elfo o la bruja hicieran reaccionar a ese grupo temerario que habían decidido que sus problemas acabarían de un plumazo asesinándolas. Estaba asistiendo impotente a cómo un inicio de diálogo estaba degenerando en una lucha anunciada donde los mismísimos guardianes se alzaban contra ella. Jonay, que se mantenía a su lado, negaba continuamente con la cabeza mientras sujetaba su gorra con rabia. Era evidente que desaprobaba la actitud de sus compañeros.

—¡Retrocede, bruja, si no quieres que dé la orden de que agujereen tu bonito vestido! —la amenazó Euren.

Samara, consciente de que antes de que pudiera utilizar su magia podría terminar acribillada por decenas de flechas, dio varios pasos hacia atrás y se colocó junto al elfo.

—¡Nora, ¿a qué estás esperando?! —gritó Ruby, enfadada ante la pasividad de la niña.

—Lo siento mucho —le susurró la pequeña a Valeria con los ojos cristalinos, y agachando la cabeza, se dirigió hacia Ruby.

—¿Jonay? —lo alentó la fornida guardiana, dibujando una amplia sonrisa en su boca.

Valeria sintió que el corazón se le partía en mil pedazos. Presionó sus pies contra el suelo para evitar desplomarse. Buscó la mirada esquiva del chico para que este le respondiera a una simple pregunta: ¿Por qué?

13

Consejo

Libélula Morrigan se remangó su voluptuosa falda malva hasta las pantorrillas y, decidida, cruzó el patio. El viento fresco que azotaba sus mejillas sin tregua provenía del norte y sacudía con fuerza los majestuosos abetos a la vez que anunciaba con su soplo retumbante los inminentes tambores de guerra. No había tiempo que perder. El Consejo se reuniría en pocas horas, y ella sabía que los rumores sobre una descendiente oscura se habían propagado por toda la comarca como flechas envenenadas que enturbiaban hasta las almas de los más puros. Los líderes de los clanes más importantes pedirían explicaciones y no abandonarían el Refugio hasta zanjar el problema con una solución pactada. Sí, la angustia se había aposentado en todas las células de su cuerpo, y algunos vaticinaban un desenlace fatídico. La Primera Gran Guerra, que enfrentó a humanos contra seres del mundo mágico, quedaría ensombrecida por una en la que combatirían hermanos contra hermanos.

Entró apresurada en la biblioteca, donde ya empezaban a concentrarse algunos de los representantes más respetados de Silbriar. Distinguió a Zacarías Melling, líder indiscutible de los magos en las Montañas Sagradas, que vestía su túnica blanca habitual mientras presumía de su talante sereno y conciliador. A su lado, degustando un zumo de las frutas del bosque más exquisitas, se encontraba el gran mago Belemis, procedente de los Valles Infinitos y principal responsable de su flamante reconstrucción. También reconoció a una de las magas más prometedoras de la comarca, Lena Tariel, una joven flemática y ambiciosa, decidida a exterminar las malas artes de Silbriar. Por fin, entre tantos aprendices y cucuruchos de gnomos, distinguió a su viejo amigo Onrom. El enano estaba apoyado en la pared del fondo, masticando sin decoro alguna de sus hierbas para alejar el mal aliento de su boca.

—¡Esto es un circo de monos amaestrados! —soltó enojado al verla llegar.

—¿Por qué ha venido tanta gente? ¡Y antes de tiempo!

—¡Bah! Intentan vender sus posturas antes de entrar en la sala —le dijo refunfuñando.

—¿Cómo ha pasado esto? —le preguntó, llevándose las manos a la cara—. Bibolum construyó el Refugio en un solo día con la ayuda de unos pocos. ¿Dónde estaba toda esta gente entonces?

—¡Cuando huele a cloaca, las ratas salen de los pantanos esperando que les caiga algún trozo de mierda!

—¿Sabes quién va a asistir por parte de los elfos? Coril no está aquí…, y necesitamos más caras amigas.

—Espero que venga el viejo ciego, pero muchos dicen que está enfermo.

—¿Y Silona?

Negó con la cabeza. Las malas lenguas decían que la princesa había nombrado consejero a un hada con ideas incendiarias sobre la supremacía de su especie. Detestaba a los enanos por considerarlos bárbaros y pestilentes. También decían que se había visto forzada a aceptarlo por un grupo radical que la consideraba demasiado blanda y que en los últimos meses habían tomado el control del palacio.

—¿Y qué hay de los gnomos? —insistió la mujer.

—No me fío de Elmer Nims. Huye despavorido en cuanto se alza un poco de brisa. —Arrugó su ancha nariz en señal de desaprobación. Todo aquello apestaba—. ¿Cómo está el viejo mago?

—Ya sabes cómo es… Dice que no hay que preocuparse…

—Con nosotros puede contar. Nos ofreció cobijo siempre que lo necesitamos. El viejo Galvian lo tiene claro.

Observó a su líder de barbas blancas y cabellos alborotados, quien, apoyado en su bastón, todavía tenía fuerzas para iniciar una discusión acalorada con un grupo de gnomos sabihondos. Entonces, se volvieron a abrir las puertas de la entrada y, con disgusto, observó a un hada que se presentaba en la sala, más alto de lo habitual y con mallas estrechas que resaltaban su figura atlética. Onrom examinó su rostro, el cual, a pesar de ser bello, como todos los de su especie, era aguerrido y excesivamente arrogante. Contuvo un primer impulso de arrancarle las alas de cuajo y dárselas como manjar a los cerdos.

—¡Maldito fantasmón! ¡¿Dónde se cree que viene con el pelo estirado y las pestañas pintadas?! ¡¿Y ese cantamañanas se atreve a llamarnos lagartijas sin cerebro?!

Libélula se excusó, dejando al enano desahogarse soltando todos los improperios que le llegaban a su lengua desatada, y se dirigió a la sala circular. Allí encontró a un Bibolum apesadumbrado que se afanaba en repasar los libros proféticos actuales. El mago había consultado su gran *Libro de las palabras,* y una y otra vez solo se dibujaban en sus páginas blancas unas letras escarlatas que al juntarse formaban la nefasta palabra «guerra».

Ella no quiso preguntar. Los planetas de la cúpula habían detenido su movimiento y decenas de meteoritos ardientes cruzaban el espacio apuntando en una dirección: Silbriar. Ahogó un lamento apretando sus labios y se limitó a mirar al mago con ojos compasivos. Desde que su marido había muerto como tantos otros intentando alcanzar y destruir la Fortaleza de Lorius, había permanecido junto a Bibolum, y no iba a defraudarlo ahora. Lo había ayudado a crear la Resistencia, a entrenar

a los valerosos aprendices con ganas de entrar en batallas y a acoger a los nuevos guardianes que surgían como nenúfares en aguas estancadas; siempre con la esperanza de que alguno de ellos fuera un descendiente y no perdiendo la fe en que, algún día, los hijos de Ela reinarían con sabiduría impartiendo justicia y sembrando la armonía entre los seres mágicos, independientemente de la especie.

Pero todo se había truncado. El nacimiento de un vínculo oscuro inclinaba la balanza hacia los defensores de la magia negra que había sido erradicada muchos años atrás. Los hechizos de muerte habían quedado totalmente prohibidos, así como los de control y posesión. Pero con Lorius dirigiendo un ejército de lopiards, muchos eran los que habían entrado en sus filas; algunos por supervivencia, sí, pero otros porque el poder de las sombras siempre fue una dulce tentación.

Volvió a revisar una por una las elegantes sillas que formaban un perfecto círculo. Ninguno de los líderes debía sentirse menospreciado, ya que todos ostentaban el mismo poder dentro del Consejo. Después, ayudó al gran mago a colocarse mejor su túnica azul celeste, color que empatizaba con una reunión amistosa y armónica.

—Ya es la hora —le anunció él con tono grave—. Hazlos pasar y que cada emisario entre acompañado de un solo ayudante, o esto terminará siendo una jaula de grillos.

Ella no pudo pronunciar ningún sonido coherente. Tenía un nudo en la garganta que casi le impedía respirar. Asintió y frotó sus manos con evidente nerviosismo. Mientras cruzaba el largo pasillo y sus pisadas resonaban como si el tiempo se hubiera detenido, él entornó los párpados unos minutos hasta escuchar los latidos de su corazón.

Recordó la primera vez que había visto a Lorius Val. Ambos asistían a la escuela de magia más prestigiosa de la época. Él estaba devorando una jugosa manzana que había caído de un árbol cuando descubrió a un niño esmirriado llorando tras unos arbustos e intentando recomponer su varita. Le ofreció su ayuda y él se lo agradeció, y le pidió con ojos entristecidos si quería ser su amigo. No pudo negarse. Ese niño flacucho y desgarbado necesitaba a un guardaespaldas, y él era grande y su barriga ya apuntaba maneras en aquella época.

—Esos idiotas me las pagarán —había dicho—. Algún día todos conocerán el nombre de Lorius Val.

Bibolum, impasible, observaba cómo cada uno de los invitados tomaba asiento. Algunos se acercaban a saludarlo, otros inclinaban

ligeramente las cabezas en señal de respeto y otros prefirieron ignorarlo, un gesto que ya evidenciaba las diferentes posturas con las que iba encontrarse ese día. Esperó paciente hasta que el revuelo formado en la estancia circular se disipase antes de dar la bienvenida formal. Algunos admiraban la espléndida cúpula que él mismo había creado, ya que para muchos de los allí presentes era la primera vez que pisaban el Refugio, y esa estancia era una de sus joyas mágicas.

Se había preparado un discurso introductorio resaltando los objetivos logrados después del desmoronamiento de la Fortaleza, y un breve párrafo que aludía a la labor indiscutible de las descendientes en la derrota de Lorius. Sin embargo, las continuas interrupciones con murmuraciones y preguntas afiladas hicieron que abandonase el guion inicial.

—¿Y cuánto han durado esos beneficios de los que tanto te vanaglorias? —le preguntó el representante de las hadas.

—Pues pregúntale a Silona —le contestó Onrom, enojado—. ¿No es la casa de Sión la que reina en Silbriar? —El hada lo fulminó con la mirada y el enano se restregó los mocos en el brazo.

—¡Deberíamos hablar de las descendientes! —intervino Belemis con semblante serio—. Es lo que nos ha traído a todos hasta aquí, ahora que una trabaja con el mayor villano que haya conocido la historia.

—¡Eso es mentira! —soltó Libélula.

—Deberías contener a tu sirvienta.

—No es mi sirvienta —objetó Bibolum—. Ella está aquí representando a todos los magos sanadores de la comarca. Ellos también tienen voz.

—¿Y esta pajarraca también? —preguntó el hada, asqueado al ver que a su lado se encontraba una mestiza con la nariz en forma de pico.

—El número de mestizos en Silbriar ha crecido considerablemente en los últimos años. Paquin está aquí para dar voz a su raza —afirmó el mago con voz tajante—. ¿Alguien más está en desacuerdo con algún miembro del Consejo? —Ninguno rechistó—. Bien, porque si alguno se siente incómodo entre compañeros y aliados, ya puede ir abandonando mi casa.

Onrom emitió una sonrisa burlona y su jefe le pidió que guardara silencio. El enano observaba cualquier movimiento extraordinario que se produjera en la sala. Sus años le habían aportado la experiencia suficiente para comprender que aquella reunión era de todo menos pacífica. Se trataba de una encerrona en toda regla, solo debía prestar más atención para desenmascarar a los conspiradores. Miró los ojos abiertos del gran mago. Este nunca había sido conocido por su torpeza. Bibolum era consciente de que el veredicto había sido pactado de antemano.

—El pueblo elfo siempre ha apoyado tus decisiones, pero nos preguntamos cómo nos ocultaste unos hechos tan graves.

Lucian asistía como representante de su comunidad y eso no era muy buena señal. Su padre, más moderado y conciliador, estaba enfermo, y había enviado a su hijo como mediador, presumiblemente como embajador de paz. Pero su talante imperioso era conocido por todos. Haría lo que fuese para evitar que Lorius volviese a reinar y plagar de nuevo todos los bosques con sus soldados, incluso vender su alma al mejor postor.

—La chica no supone un peligro —se excusó—. Sus hermanas están aquí para rescatarlas.

—¡Es un asunto que deberías habernos consultado! —lo interrumpió con garra Lena—. ¿Quién eres tú para tomar decisiones por todos?

—Los reproches no nos permitirán avanzar en esta reunión. —Zacarías hizo una pausa mientras masajeaba su barbilla—. Cuando Lorius decidió exterminar a sus enemigos, muchos de los aquí presentes decidimos huir y ocultarnos hasta que la tormenta pasara, yo el primero. Cogí a mi familia, a mis pupilos y a algunos aldeanos que quisieron sumarse a mi viaje y partimos hacia las montañas. Nos alejamos de la sangre y de la muerte, y empezamos una nueva vida rodeados de la nieve espesa habitual en aquellos parajes. Aunque temíamos que el ejército de Lorius apareciera algún día sembrando el terror en nuestras tierras, la realidad es que nunca lo hizo. ¿Y por qué? Porque un mago valiente y enérgico decidió plantarle cara a ese malnacido, frustrando así muchos de sus planes. Así que este mago que hoy nos ha invitado humildemente a su casa se merece el beneficio de la duda.

Libélula respiró aliviada y examinó las diversas reacciones de los presentes. Mientras algunos asentían complacidos ante el discurso del mago de las montañas, unos pocos murmuraban con sus ayudantes con un rostro no tan amistoso. Observó al hada más detenidamente. Tenía el mentón tenso y el ceño fruncido. Era evidente que su objetivo era destruir a las hermanas, así la casa de Sión gobernaría durante décadas. Si los rumores eran ciertos y la princesa Silona estaba siendo coaccionada, Silbriar podría caer en manos aún peores que las de Lorius.

Las hadas representaban el equilibrio y el altruismo, siempre dispuestas a ofrecer su ayuda, a regalar su magia a los menos favorecidos, pero hasta en las mejores casas existen las manzanas podridas, y la última vez que un hada inflexible y egocéntrico había gobernado a los suyos, había ordenado matar a su propia hija acusada de alta traición. Y ahora, esa hada que se hacía llamar Niber poseía una de las peores cualidades que podía padecer su especie: la vanidad.

Estaba convencido de que su reinado traería la gloria para su pueblo, sin importarle usar tretas sucias para escalar posiciones y así poder sentar al fin su trasero narcisista en el trono.

—Gracias, Zacarías. —El gran mago se puso en pie, manifestando su grandeza—. Las profecías oscuras no son una verdad absoluta, como todo buen mago sabe. Anuncian un hecho que podría ocurrir pero que podemos evitar. Y para ello no es necesario que nos manchemos las manos con sangre de las descendientes. Después de repasar infinitas veces los libros ancestrales, he llegado a la conclusión de que un beso oscuro no es un sello definitivo.

—¿Y por eso has enviado a sus hermanas a por ellas? —volvió a interrumpir Niber—. ¡Es un plan endeble!

—El hada tiene razón —afirmó Belemis a continuación—. No podemos dejar el futuro de Silbriar en manos de dos humanas poco fiables.

—¡Esas hermanas pusieron en riesgo sus vidas para llegar hasta Lorius! —objetó Galvian, furioso.

—¡Somos nosotros los que debemos decidir sobre nuestro destino! —añadió Lucian—. No podemos confiar en unas forasteras.

—¡No son forasteras, son las descendientes! —rebatió Paquin, indignada.

—Tus palabras no son bienvenidas a mis oídos. —El hada le sonrió despectivamente.

Y fue entonces cuando la sala estalló en un sinfín de reproches e insultos. Todos querían ser escuchados y alzaban la voz sin mesura ni control sobre lo que decían. Bibolum exhaló un profundo suspiro y tomó asiento de nuevo. Aquello estaba siendo una tarea ardua, y no presumía un acercamiento de las diversas posturas. Mientras observaba con pesadumbre cómo los representantes de las comunidades mágicas se enfrascaban en una lucha verbal, su mente volvió a viajar al pasado, ahondando una vez más en la extraña amistad que había nacido entre dos muchachos tan diferentes.

Hacía equilibrios sobre un muro manteniendo los pies juntos y los brazos abiertos mientras Lorius repasaba uno de sus aburridos libros tumbado sobre la hierba fresca rociada por un temprano sereno. El sol filtraba sus rayos a través de las juguetonas ramas que bailaban al compás de un viento apacible y primaveral. Era un día hermoso. Cerraba los ojos para sintonizar con la armoniosa naturaleza, con el brillo de los pétalos que lucían su envidiable belleza, con el zumbido de las amables abejas que trabajaban sin descanso y con el júbilo de los niños que chapoteaban con los pies el agua serena del río. Él se

afanaba en recorrer el viejo muro que separaba los dominios de la escuela de magia del pueblo, dejándose llevar únicamente por sus sentidos.

—Deberías estudiar más —le reprochó Lorius, severo.

—Y tú divertirte un poco.

—Vas a conseguir romperte un hueso si sigues así. Tu barriga pone en desequilibrio tu eje central. No llegarás a ser un mago respetable sin estudiar y con esa panza enorme.

—Y tú tampoco, no tienes la altura… Y eres tan flaco que ninguna sombra te acompaña cuando caminas.

Ambos rieron. Saltó del muro y se encaminó hacia donde reposaba su amigo. Le quitó el libro de las manos y leyó un par de párrafos que trataban sobre el adiestramiento de las ranas.

—¿Para qué quieres aprender a controlar ranas? —le preguntó, soltando una carcajada.

—Son los animales más fáciles de hechizar. —Lorius, irritado, guardó el libro en su cartera marrón—. Y no solo funcionan como recipientes para ocultar a príncipes o magos molestos… ¡Las ranas son la clave!

—¿La clave para qué? Además, no deberías ni tenerlo. Es un libro prohibido.

—¿Y se lo vas a decir a alguien? —le preguntó desafiante.

—¡Claro que no! Somos amigos… —afirmó, aunque con cierta duda.

—¡Pues, amigo, vamos con el resto a darnos un chapuzón!

Corrieron hasta la orilla del río y no se lo pensaron dos veces: se despojaron de las holgadas túnicas de la escuela y se lanzaron a sus templadas aguas. El mago recordaba ese día como uno de los mejores de su vida. Todos los alumnos disfrutaron de una jornada sin clases, y durante unas horas no existió la competición para comprobar quién era el más rápido ni los hechizos mal recitados; únicamente el algarabío de unos chicos felices arropados bajo el manto guardián de una naturaleza rebosante de magia.

El alboroto de la sala lo distrajo de sus pensamientos. Los elfos sostenían sus arcos, los gnomos empuñaban sus cucuruchos como si fueran armas letales, los magos discutían acaloradamente entre sí mientras sus varitas se contenían para no lanzar un hechizo y Onrom insultaba a las hadas de la única manera que conocía:

—¡Sois un atajo de luciérnagas! ¿Se os enciende el culete cuando anochece?

—¡Basta! —soltó el gran mago, harto de tanta disputa—. Así no

llegaremos a ninguna parte.

La sala enmudeció y, sin rechistar, todos volvieron a sus asientos. El aire cortaba y, aunque las bocas permanecían cerradas, las miradas desafiantes continuaban. Lena Tariel hizo ademán de levantarse y abandonar la estancia circular, pero Bibolum la detuvo alzando la mano derecha. Antes de hablar, dejó unos minutos para que el silencio se convirtiera en reflexión y esta en arrepentimiento. El Consejo era algo sagrado, ¡incorruptible!, no un espacio para acorralar y despellejar a sus miembros.

—No puedo permitir esta clase de conductas vejatorias en un espacio creado para el diálogo y la conciliación —dijo con rostro severo—. Estaremos aquí hasta mañana si es necesario, hasta que expongamos nuestros argumentos y tomemos una decisión conjunta.

—Creo que te equivocas, viejo. La decisión ya está tomada —le anunció con satisfacción Niber, desplegando las alas para mostrar su poderío—. La solución no está en desterrar a las descendientes como querías hacernos creer. La oscuridad anida en el alma de la hermana mediana, y en cualquier momento podría regresar para aniquilarnos a todos. ¡Esas humanas deben morir! Sus hermanas no tendrán el valor suficiente para matarla. La defenderán anteponiéndola a la vida de cualquiera de nosotros.

—Pero ¿qué estás diciendo? —Libélula no daba crédito a lo que escuchaba.

—Lo único que podemos hacer es una votación —continuó el hada —. ¿Quién exige la sentencia de muerte para las hermanas?

Esta vez, el intenso revuelo ennegreció la cúpula que se agitaba sobre sus cabezas. Bibolum alzó la mirada, consternado. Las estrellas sollozaban en silencio, los planetas perdían su color como si su núcleo se derritiese y la estela de un cometa le mostró una imagen desgarradora: Valeria apuntaba sus flechas contra sus propios guardianes. Un resquemor insoportable perforó su alma. No había nada que hacer, solo escuchar impasible el veredicto ya ejecutado de antemano.

—Los elfos nos sumamos a esa condena. No vamos a permitir la destrucción de Silbriar.

—Debemos velar por la paz en nuestras tierras —añadió Belemis—. ¡Una descendiente oscura es un peligro desconocido!

—¡No contéis con los enanos, pandilla de cobardes! ¿Dónde estaba el honorable mago Belemis cuando un puñado de hombres entramos en la Fortaleza? ¡Yo os lo voy a decir! ¡Cagándose en los pantalones detrás de una piedra más grande que su ego!

—¡Serás grosero! —lo amenazó con la varita.

—Yo no sé qué pensar —comenzó a decir Zacarías—. Asesinar a las descendientes es un delito grave. El universo podría castigarnos de

una manera cruel… Pero, por otro lado, Lorius poseería un arma jamás descrita en los libros. Las profecías hablan de una ruptura en el cosmos. ¿Qué diantres significa eso?

—Zacarías, conocemos tu locuacidad y la admiramos, pero debemos ser breves en nuestras exposiciones —le recriminó Belemis —. ¿Cuál es tu veredicto?

El mago de las montañas insufló aire y lo soltó con lentitud.

—Que los Ancestros me perdonen por esto, pero las chicas deben morir.

—¡Zacarías, no! —Libélula no pudo contener el torrente de lágrimas que empañaba sus ojos—. ¿Cómo puedes decir eso?

—Acogí a esas humanas en mi pueblo —contó Nims—. Son valientes, testarudas y poseen una fe que nosotros hemos olvidado. Nuestros Ancestros lanzaron los objetos confiando en que los humanos nos ayudarían, y lo han hecho durante siglos. ¿A cuántos hemos visto llevar la capa, sostener la espada o portar esos ridículos gorros? ¿Y ahora queréis matarlas? Si Bibolum dice que existe otro camino, es que lo hay. Y ni siquiera lo hemos dejado hablar. Se nos conoce como un pueblo asustadizo y cobarde, pero ya es hora de que conozcáis nuestro verdadero ser. ¡La bondad no está en venta!

—¡Bien dicho, cucurucho! —aplaudió Onrom—. ¡Casi haces que se me salten los mocos!

Uno tras otro, los miembros del Consejo fueron hablando, y Bibolum fue escuchando cómo la palabra «muerte» nacía de sus labios e inundaba la sala con sangre.

—¡No hay nada más que decir! —concluyó el hada, acariciando su fina melena castaña—. ¡Comienza la caza!

Los gritos de júbilo apagaron el sonoro lamento de Libélula, que se abrazó al mago buscando consuelo.

—Tiene que haber alguna manera de detener esta sinrazón.

—Todo esto estaba ya planeado —dijo Onrom entre dientes mientras se acercaba a sus amigos—. ¡Una jugada sucia! ¿Tienes algún plan?

—¡Esperar, amigos míos, esperar! En algo tienes razón, mi viejo enano, todo esto no ha sido más que una pérdida de tiempo —confesó con el corazón encogido—. Sus tropas llevan días en el desierto.

Parte 3

El levantamiento de los guardianes

14

Acorralados

Jonay apretó los labios con rabia e indignación. Clavó primero su mirada en Ruby, que sonreía jocosa celebrando ya un triunfo que todavía no había llegado a sus manos. Después observó a Kwan, que hacía alarde de mantener una postura combativa, aunque sabía que su arma letal era más bien meditativa. De reojo vio a Nora, que contenía sus sollozos sin levantar la cabeza. Hasta que por fin fijó la vista en Euren. Ella era sin duda la más despiadada. Había agotado todos sus recursos en intentar que Coril le entregase a Valeria, quizá porque todavía lo amaba o tal vez porque no quería derramar sangre innecesaria, o puede que necesitase entregar con vida a la descendiente a quien hubiese orquestado todo ese plan. No, su maestro no le había mencionado nada de asesinar a las descendientes. Su tarea se limitaba a espiar. ¿Qué demonios estaba sucediendo allí?

Examinó a los combatientes que se encontraban asentados en la duna más cercana, y entre los magos descubrió a algunos de los guardianes con los que había coincidido en los campamentos de instrucción. Y si algo tenía claro, era que un guardián no desobedecía las órdenes de su maestro, y su presencia en el desierto solo podía significar una cosa: los maestros, magos en su mayoría, habían desafiado al mismísimo Bibolum.

Escuchó entonces como si se tratase de un eco lejano la pregunta de Valeria: «¡¿Por qué?!». No se atrevía a mirarla porque no hallaba la respuesta. Todo aquello era un jeroglífico que su mente fatigada no lograba descifrar. ¿Por qué su maestro no le había contado toda la verdad? ¿Por qué no le había advertido que esto podría suceder? ¿Por qué lo había dejado solo?

—¿A qué estás esperando? —se impacientó Ruby.

—¡Este no era el plan! ¡Debíamos contener a Lidia! ¡Nada más!

—¡Oh, vamos! ¿De verdad creías que eso era todo? —le preguntó con lástima—. Euren tiene razón… ¡Eliminando a las tres, se acabó el problema!

—¿Y desde cuándo una elfa nos dice lo que tenemos que hacer? —le reprochó enojado.

—¡Oye, chaval! —intervino Euren—. ¡O estás con nosotros o no lo estás!

Se hinchó de valor y clavó su mirada firme en Valeria, que todavía parecía confusa ante lo que estaba ocurriendo. Entrelazaron sus dedos y, con un leve asentir de su barbilla, les indicó a Coril y a Samara que estaba preparado.

—¿Qué pretendes hacer? —El elfo la desafió dando un paso al frente—. ¿Acribillarnos con todas las armas que tienes disponibles? ¿Te parece un combate justo?

—No es necesario recurrir a la violencia. —Sonrió, dejando entrever su dentadura perfecta.

Entonces, Kwan comenzó a juguetear con la flauta pasándosela entre los dedos y lanzándosela de una mano a otra repitiendo las mismas acrobacias aéreas. Estaba concentrado. Sus ojos rasgados parecían haberse agrandado, y su cuerpo musculado daba la impresión de que se despegaba del suelo. Alzó la pierna izquierda y apoyó la planta del pie en la rodilla derecha. Todo era parte de su ritual antes de iniciar su melodía siniestra.

—Bien, creo que podría coserle la boca antes de que sus labios toquen la flauta —sugirió la bruja.

—Entonces, todo el ejército deseoso de entrar en combate nos despedazaría en un instante —replicó el elfo—. Su objeto tiene una limitación, como todos. No puede entonar la misma canción para especies diferentes. Tardó lo suyo para encontrar la escala adecuada para los shabors.

—Sí, pero a nosotros nos conoce —intervino Jonay—. Seguro que en su repertorio tiene partituras para elfos, brujas y humanos.

—No puede utilizar la de los elfos, ya que inutilizaría a parte de sus tropas y a Euren. Ella es la cabecilla, y eso no le haría ninguna gracia —añadió Coril, soltando un suspiro de alivio—. Tampoco creo que vaya a encantar a los humanos. No tengo ni idea si eso lo perjudicaría a él, pero lo veo arriesgado. Así que le queda la bruja.

—¡Todavía puedo coserle la boca!

—¡No, os equivocáis! —exclamó Valeria—. Hay una melodía que ha estado vibrando en estos días, por eso me miraba de una forma tan extraña. ¡La de las descendientes!

—¡No, no puede ser! —objetó Jonay.

—¡Solo necesita tocar mi canción!

Apoyó con suavidad los labios en el objeto y las primeras notas comenzaron a sonar, elevándose por encima de sus cabezas al mismo tiempo que destellos naranjas rodeaban su cuerpo, creando un campo magnético tan seductor como mortal.

—¡Jonay, sácala de aquí! —le ordenó Coril.

Pero antes de que el chico consiguiera alzar los pies del suelo, una flecha rozó su costado derecho impidiendo que pudiera iniciar el vuelo. Apretó con la mano la herida y, amargo, descubrió que la sangre cubría sus dedos. Entonces advirtió a la causante de su dolor. Euren lo apuntaba de nuevo con una flecha, disuadiéndolo de realizar cualquier otro movimiento.

Enojado, Coril asió el arco. No la creía capaz de iniciar un

enfrentamiento, pero era evidente que se equivocaba, y observó desesperado cómo Ruby manipulaba su broche mientras Nora destrababa sus cabellos. No podía subestimarlas, pues sabía que ambas eran diestras en lanzar golpes rotundos. Dudó unos instantes. No quería matar a Euren, pero debía dejarla fuera de la partida. Apretó los dientes con rabia y se dispuso a disparar. Pero Samara no estaba dispuesta a correr riesgos y, antes de que el elfo lanzara su primera flecha, abrió las palmas de las manos y creó una pequeña onda de arena que consiguió derribarlos a todos como fichas de dominó. A todos menos a Kwan. Este, concentrado en la encantadora música que nacía de la flauta, levitaba dos palmos sobre el suelo, lo suficiente para evitar que su ola lo tocase y rompiera su equilibrio.

Valeria empezaba a sentirse mareada. Su cuerpo se tambaleaba como las hojas de otoño antes de ser arrancadas de los árboles y precipitarse contra el suelo. Sostenía la ballesta a duras penas. Su visión era borrosa y le impedía fijar una diana concreta. La exasperante música penetraba por sus oídos como una infección que se propagaba por todo el cerebro. Ya apenas veía, y no escuchaba otra cosa que no fuera la endiablada canción. Quiso moverse, pero su cuerpo no le respondía. Entonces, aterrorizada, sintió cómo la ballesta se desprendía de sus manos y se enterraba en la arena. No podía explicar cómo, pero se desplazaba al compás de las notas, dirigiéndose peligrosamente hacia los brazos de Kwan.

La bruja quiso detenerla profiriendo todos los hechizos de anticontrol que conocía, pero ninguno parecía surtir efecto. La flauta era poderosa. Algunos de los objetos habían sido creados para soportar y repeler la auténtica magia y que así los guardianes pudieran enfrentarse a los brujos más oscuros y letales en igualdad de condiciones. En aquel instante, maldijo a los integrantes del viejo Consejo por no haber previsto una situación similar. ¡Guardianes contra la magia blanca!

Jonay corrió hacia ella y trató de sujetarla por la cintura. Quería frenar su avance, pero la atracción era tal que terminó arrastrado por el intenso imán en el que se había convertido el coreano. Mientras, Coril lanzaba flechas inútiles que intentaban quebrar su campo magnético. Había desviado toda la atención hacia Valeria. Su misión era ahora tratar de que la descendiente no cayera en manos enemigas, pero el canto hipnótico de la flauta era imparable. Contempló impotente cómo los demás sonreían satisfechos por su victoria sin tener que usar las armas. Solo Kwan había bastado para doblegarlos y ponerlos de rodillas.

Valeria se encontraba a dos metros escasos de los adversarios. Euren ya se disponía a colocarle un saco en la cabeza cuando, de improviso, Nora, que todavía tenía el rostro húmedo por las lágrimas,

lanzó un ataque contra Kwan. Uno de sus tirabuzones logró introducirse entre las decenas de destellos que lo protegían, asestándole un fuerte golpe en el pecho. Kwan cayó hacia atrás, y con él, su flauta. La irritante melodía dejó de sonar y Valeria abandonó el estado hipnótico al que estaba sometida.

Ruby, escandalizada y transformada ya en bestia, dirigió toda su furia contra la pequeña, arrancándole de un zarpazo el tirabuzón culpable del revés ocasionado al equipo. La pequeña respondió con un grito de dolor, y Jonay, malherido, acudió a su rescate sacándola de las líneas enemigas. Valeria, que se había lanzado a recuperar la ballesta, disparaba ráfagas de flechas junto al elfo. Fue entonces cuando Euren dio la orden de ataque al pequeño ejército que había reunido y que eufórico se disponía a descender la colina de tierra.

—¡Ahora sí que no voy a contenerme! —vociferó la bruja.

Con un movimiento en espiral del brazo, originó una onda en la base de la duna, esta vez más grande y que ascendía a una velocidad de vértigo hacia el grupo que clamaba justicia mientras alzaban sus armas. Algunos magos se afanaron en repeler el ataque de la bruja con sus varitas sin ningún éxito. Sus hechizos chocaban una y otra vez contra la ola energética que levantaba la tierra a su paso con furia y que llegó a impactar sin ningún problema contra el grupo de hombres y mujeres, no dejando ninguno en pie. Los arqueros y los que portaban lanzas habían arrojado con anterioridad sus armas, pero fueron desviadas por completo de su trayectoria debido a la intensidad mágica de la ondulación.

—¡Esto me gusta más! —celebró Samara—. ¡Hacía mucho tiempo que no entraba en combate!

—¡Yo que tú no los infravaloraría! —le recordó Coril—. ¡No hay nada peor que un hombre inflexible que cree luchar por unos ideales justos!

—¡Tranquilo! ¡Me encargaré de que ni uno consiga bajar esa colina!

El elfo rodó en ese instante por el suelo, esquivando en el último segundo la lanza que Euren sostenía minutos atrás. Ella, aprovechando que él trataba de incorporarse, corrió hacia el arma, pero Coril consiguió arrebatársela con un hábil movimiento del pie. Entonces, y sin dudarlo dos veces, ella se abalanzó sobre él, iniciando una lucha cuerpo a cuerpo.

Valeria disparó una de sus flechas certeras que hábilmente rozó la muñeca del coreano, evitando así que recogiera la flauta. No quería ser hipnotizada de nuevo, y no se lo iba a poner fácil. Un segundo tiro iba directo al muslo, pero la bestia, en un salto sorprendente, recibió el flechazo en su lugar. Ruby no era tan fácil de derribar. Era consciente de que necesitaría al menos una cincuentena de flechas

antes de dejarla KO. Así que no reparó en arrojar varias ráfagas contra ella, pero esta continuaba su avance sin apenas dificultad, dispuesta a rebanarle el cuello de un zarpazo. Sus ojos rebosaban odio y, orgullosa, enseñaba sus colmillos afilados, consciente de que, en su estado mágico, se transformaba en una máquina de matar.

Jonay apareció volando y aterrizó en los hombros de la bestia. Enroscó las piernas en su cuello y se inclinó hacia atrás, quedando en suspensión sobre su espalda y ejerciendo presión sobre aquel, momento que aprovechó Valeria para apuntar a su corazón.

—¡No la mates! —le suplicó el chico—. ¡Es una guardiana! ¡No sé lo que está pasando, pero ella es de los nuestros! ¡Valeria, por favor, es humana!

Ella se lo pensó dos veces y, maldiciendo entre dientes, modificó el rumbo de la flecha y la dirigió a la ingle, consiguiendo al fin que la bestia cayera sobre sus rodillas. Jonay le lanzó una mirada de agradecimiento mientras Ruby, tumbada sobre la arena, comenzaba el proceso de cicatrización de sus heridas.

—Deberías haber dejado que me matara —le susurró débilmente—, porque no voy a parar hasta arrancarle el corazón.

—Tu maestro se equivoca. ¡Ella no es la enemiga! —Jonay depositó con suavidad su cabeza en el suelo, a sabiendas de que iba a necesitar un par de horas para recuperar las fuerzas.

Nora, mientras tanto, se había ocupado de Kwan impidiendo que llegara hasta la flauta. Pero este no era solo un excepcional intérprete, sino que además era un experto en artes marciales, y rechazaba sus continuos golpes con las manos y los pies realizando increíbles piruetas en el aire. Sus cabellos se enredaban continuamente en sus brazos y él conseguía deshacerse de ellos con una habilidad pasmosa. Giraba varias veces sobre su cuerpo, impidiendo que la niña tomara el control; al menos así, ella conseguía entretenerlo y alejarlo de su objeto hechizante.

Euren luchaba con uñas y dientes. Había vuelto a derribar al elfo, que solo se dedicaba a repeler sus ataques, evitando sus golpes furiosos. Sus ojos verdes parecían más oscuros de lo habitual, inmersos en la espesura del bosque donde la hierba no era capaz de crecer. Como una tigresa famélica, logró inmovilizarlo. Con los muslos bloqueó sus caderas y, antes de que el elfo pudiera reaccionar, extrajo un cuchillo de una de sus botas y se lo colocó en el cuello.

—¿De verdad vas a matarme? —le preguntó él, todavía atónito—. ¡Deja ya esta locura sin sentido! ¿Quién dicta tus órdenes ahora? Porque no creo que tu padre esté de acuerdo con esto. Es demasiado sensato.

—¡Y yo no puedo creer que todavía no lo entiendas! ¡Esas tres humanas están poniendo en peligro nuestro hogar!

—¡Euren, mírame! ¡Soy yo! —suplicó, intentando apelar a sus sentimientos, si es que todavía quedaba algo de aquella joven intrépida que un día conoció.

Ella aflojó unos segundos la presión que ejercía sobre él. El día que volvió a abandonarla para arrodillarse ante el viejo mago, había prometido que aniquilaría cualquier rastro de amor que quedase en su alma para transformarlo en venganza. Y ahora que lo tenía allí, bajo su yugo, dudaba. Coril aprovechó ese momento de flaqueza para arrebatarle el arma y, girando sobre sí mismo, se colocó sobre ella, paralizando cualquier reacción ofensiva. Apretó los labios y maldijo en élfico para sus adentros.

—¡Admítelo! ¡No tienes agallas! ¡Nunca las has tenido! ¡Por eso te refugiaste bajo el ala de tu gran mago! ¡Porque eres un cobarde!

—¡No hablas tú, sino la rabia! ¡Tú no eres así, Euren!

—Tú no me conoces —le dijo, desviando su mirada—. No prolongues más esto y mátame… ¡Mátame! ¡Mátame! —Agarró la mano que sostenía el cuchillo y la empujó hacia su pecho—. ¡¿A qué estás esperando?!

Ella misma consiguió rasgar su atuendo y, presionando con más fuerza el arma, logró hacerse una leve incisión en el seno izquierdo. Un fino hilo de sangre comenzó a brotar de su piel. Sonreía satisfecha.

—¡Estás loca! ¿Qué demonios te ha pasado?

—Siempre fui tu segunda opción. Incluso ahora la prefieres a ella, una descendiente debilucha incapaz de dirigir un reino.

—¡No puedo manchar mis manos de sangre hermana!

—¡Cometes un error, porque yo no voy a parar hasta eliminar a todos los traidores de Silbriar!

Coril lanzó un profundo suspiro, espantado por la actitud incendiaria de quien todavía ocupaba su corazón. Apartó la mirada y, a continuación, la golpeó en la cara, dejándola sin sentido.

—¡Siento que pienses así!

Entonces se incorporó y observó complacido que tanto Kwan como Ruby permanecían tendidos en la arena. Corrió hacia Samara, que hacía enormes esfuerzos por evitar que el grupo de rebeldes llegara hasta ellos.

—Debemos irnos —le sugirió él—, escapar, ahora que podemos.

—Siento comunicarte que yo me quedo aquí —le contestó con una sonrisa amarga—. En cuanto baje las manos, esos desalmados se abalanzarán sobre nosotros. No tendríamos tiempo de recorrer ni diez metros.

—No pienso dejarte aquí.

—¡Oh, querido! Me da igual lo que pienses, pero si queréis tener una oportunidad, debo quedarme aquí y contener a toda esa furia.

Volvió a maldecir en élfico. Nada estaba saliendo como esperaba, y

muy a su pesar, tuvo que admitir que la bruja tenía razón. Llamó a los chicos. Debían emprender una huida apresurada. Afortunadamente, advirtió que todavía contaban con dos imots, los únicos que habían permanecido indiferentes a los gritos de guerra del enemigo. Montaron sobre sus lomos y, con una ligera palmada sobre sus nalgas, iniciaron una carrera imparable.

El elfo echó la vista atrás y presenció cómo la bruja creaba un muro energético e impenetrable frente a las narices de Euren, quien, ya recuperada, embestía con su cuerpo una y otra vez la pared mágica sin obtener resultado alguno.

15

Reina

Acurrucada junto a la ventana y con los párpados entornados, disfrutaba de su único contacto con el exterior. Los rayos del mediodía iluminaban un rostro cada vez más pálido y se esforzaban por embellecer unos labios marchitos y abandonados. Había perdido la cuenta de los días que llevaba cautiva en el castillo. Debería haber dibujado palitos en la pared como todo buen prisionero hacía para no perder la cabeza. Sí, tenía que recordarlo para la próxima vez que la apresaran, si es que existía una próxima vez.

Cada nuevo sol que lucía glorioso en el cielo la invitaba a sumirse aún más en la desesperación y en la apatía. Desde que había intentado escapar atacando a la melliza diabólica, habían reforzado la vigilancia y extremado las precauciones. Ya no había sirvientes que le trajeran la comida o seleccionaran su vestido diario, y los soldados se limitaban a comprobar por la mirilla de la puerta si aún respiraba.

Kayla había conseguido enfurecerla más, y sus ansias de huir de aquella cárcel espantosa se habían acrecentado. Llegó a apilar los muebles de madera en una esquina, provocando un incendio en la habitación para forzar que alguien abriese la puerta, pero en su lugar se había llevado una ducha fría. De las paredes habían salido chorros de agua, apagando el fuego provocado en un abrir y cerrar de ojos, y fue así como decidieron retirar de la estancia todos los candelabros que ahora eran considerados un arma peligrosa.

De esta manera, durante las interminables y tediosas noches, una profunda oscuridad se apoderaba de ella, y rezaba para que el resplandor de las dos lunas llenara su alma de luz. A veces se refugiaba en los sueños, apaciguando sus temores y dejando descansar a su espíritu exhausto. Rememoraba sus eternas semanas de clase junto a sus compañeros, las risas que los acompañaban y los penosos días de exámenes. También soñaba con su padre y sus hermanas, y aunque la mayoría de las veces terminaba discutiendo con ellos, sonreía porque los sentía cerca. Pero, últimamente, estos no la dejaban dormir. Se transformaban en terribles pesadillas que siempre la devolvían al mismo lugar: a la habitación de los horrores. Así que prefería abrazar al insomnio antes que lidiar también durante la noche con los mismos fantasmas del día, aunque eso supusiese gastar sus últimas energías.

Otra de las veces, había anudado las sábanas y mantas al más puro estilo de escapismo que conocía. Iba a intentar deslizarse por las paredes del castillo. Ese día se sentía afortunada, había roto el cristal

de la ventana sin mucho esfuerzo y, por primera vez, había mirado hacia abajo. Le disgustó comprobar que no lograba divisar el suelo debido a una densa niebla que se aposentaba en los alrededores de la misteriosa construcción, pero aun así no desistió. Puede que su cuerda improvisada terminara a mitad de camino o que bajo sus pies no encontrara suelo firme sino una fosa repleta de cocodrilos, pero cualquier destino le parecía mucho más atractivo que terminar sus días en el que había bautizado como el Ático de Rapunzel. «Y si el plan no funciona, siempre puedo esperar a que me crezca el pelo lo suficiente para que mi trenza haga que un atractivo príncipe trepe por ella», pensaba, riéndose de ella misma.

Ató la primera sábana y lanzó el resto por la ventana, pero antes incluso de que pudiera subir al alféizar, unos barrotes rojos hicieron su aparición por arte de magia y seccionaron su improvisada soga, impidiendo que pudiera asomar la cabeza de nuevo. Ese día, su esperanza fue aniquilada. El castillo estaba hecho a prueba de fugas. Nada de lo que intentase conseguiría alejarla de aquel infierno. Por ese motivo, por sus venas ya no corría sangre heroica, sino la de un soldado vencido que aceptaba de manera trágica su destino.

Y ahora se entretenía observando los diferentes destellos que nacían de sus párpados al impactar el sol en ellos y cómo variaban su danza con el transcurso de las horas. Por la noche contemplaba las estrellas desconocidas de aquel universo lejano, sus lunas y lo que a ella se le antojaban planetas, porque no tenía ni la más remota idea de lo que eran. Pero pasaba las horas inventando historias donde en uno habitaban seres azules, como los pitufos, pero algo más altos, o donde vivían seres monstruosos que habían sido desterrados por los magos de Silbriar. Si ella pudiera, mandaría de una patada a Lorius, alias Gargamel Repelente. Lo encerraría junto a las mofetas mutantes cuyo único poder sería asfixiar a sus víctimas con sus gases pestilentes. Ya no le quedaba nada. Era lo único que la oscuridad no podía tocar: su imaginación.

Ensimismada en sus pensamientos incoherentes, no escuchó el sonido de la puerta al abrirse ni los pasos que se acercaban a ella.

—Estás hecha un desastre.

Ahogó un grito y se escondió detrás de la cómoda. Entonces, con aire tímido, asomó ligeramente la cabeza para comprobar si el inesperado visitante venía a torturarla. Al ver que se trataba de Kirko, apoyó la espalda en la pared y recogió las piernas rodeándolas con los brazos. Llevaba días sin articular palabra, y ahora tampoco tenía interés en iniciar una conversación aburrida que no conducía a ninguna parte.

—No soy un ogro, no voy a comerte. —Ella seguía instalada en su cómodo silencio, dispuesta a no abrir la boca, y él comenzaba a

impacientarse—. ¿Quieres salir de una vez de ahí detrás? —Esperó unos segundos más—. Está bien, sé que mi hermana no se ha comportado bien contigo, pero yo no soy ella.

Volvió a mirarlo por el rabillo del ojo. No parecía tener el rostro fiero que solía acompañarlo, incluso se atrevería a asegurar que su semblante era más bien sosegado. No había nada siniestro en su comportamiento, aunque el chico lanzallamas que había conocido un año atrás en la Tienda de los Cuentos ya no era tan aterrador como habría cabido esperar de los mellizos malignos de Lorius.

—Muy bien, y yo que venía a invitarte a dar un paseo… —le dijo con disimulo—. ¡Lástima! Tendremos que dejarlo para otro día, cuando te encuentres de mejor humor.

—¿Un paseo? ¿Lo dices en serio? —le preguntó con curiosidad, abandonando su escondrijo—. ¿No es ninguna treta tuya para burlarte de mí?

—Hoy me encuentro más sociable, con ganas de disfrutar de tu rara compañía. —Él la examinó con lupa, y no pudo evitar mostrar una mueca de desagrado. La atractiva melena que lucía días atrás era ahora una maraña de pelos sin sentido, el fino camisón que vestía parecía un harapo recolectado de las cuadras más pordioseras del pueblo, y todavía estaba boquiabierto al observar los dos cuencos oscuros que habían poseído sus ojos—. Pero ¿qué ha pasado contigo? —soltó espantado—. Esta habitación te ofrece lo que desees. Tienes numerosos vestidos en el armario y…, y un peine capaz de transformar eso que tienes en la cabeza en un decorado acorde con tu cara. ¡Y hay jabones aromáticos en esa bañera que te da masajes mientras tu cuerpo se sanea!

—Si no te gusta, no me mires —le dijo con desparpajo, adoptando una postura interesante—. Típico en los chicos… No importa del mundo que sean. ¡Una mujer tiene la obligación de estar guapa siempre!

—No tiene que ver con tu belleza. —Frunció las cejas, confuso—. ¡Es que hueles!

—¡Pues envíame al planeta de los monstruos desterrados! ¡Allí me haré amiga de las mofetas mutantes!

—¿De qué planeta me hablas? —le preguntó aún más desorientado —. Si quieres venir conmigo…, ¡lávate! Te espero fuera.

Ella dio un respingo al escuchar el portazo, y se dio cuenta de que el chico hablaba muy en serio. No podía perder la oportunidad de alejarse de la habitación del pánico y respirar aire libre, pasear por los jardines y estirar las piernas entumecidas. También era una manera de reconocer el terreno y buscar otra alternativa de fuga. Corrió hasta la bañera, que se activó con el simple roce de su cuerpo. El agua comenzó a salir a borbotones y decenas de fragancias se mezclaron

hasta alcanzar la espuma perfecta, suave y esponjosa. Se deleitó con el delicado masaje que tonificaba su cuello, sus hombros y… ¡su espalda! Pero ¿por qué nadie le había dado las instrucciones del baño mágico antes?

Y entonces cayó en la cuenta. ¡Era cuestión de predisposición! Ella se había obstinado en pensar que la ducha funcionaba como en el ejército: un chorro de agua por delante, otro por detrás ¡y lista! Y había llegado a odiarla porque no terminaba de enjabonarse o no encontraba el suavizante. Y, lo que era peor, el grifo escupía agua como si se tratara de una pistola: ahora en un ojo y después en la boca, justo cuando la tenía abierta. Sin embargo, ¡aquello era la gloria!

A continuación, se dirigió al vestidor, que le seleccionó unas cuantas prendas acorde con el tono de su piel. Finalmente, se decidió por el rojo. Se sentó en el tocador y, en un abrir y cerrar de ojos, cepillos, horquillas y brochas desfilaban por su rostro cansado y sus cabellos enredados. Entornó ligeramente los párpados para no obstaculizar el trabajo de los pinceles, y se relajó tanto que casi se quedó dormida. Eran tantas las noches de insomnio que su cuerpo le pedía a gritos un descanso.

Sintió que algo le golpeaba con suavidad un pie. Abrió un ojo y descubrió encantada unos zapatos de color carmesí de medio tacón, tan espectaculares como brillantes. Y entonces decidió abrir el otro y mirarse al espejo. La felicidad inundó su rostro y se transformó en una sonrisa de oreja a oreja. Su cabello recogido dejaba caer algunos tirabuzones sobre sus hombros casi de manera casual, sus labios eran tan apetitosos como las fresas y sus mejillas tenían algo de color. Entusiasmada, se incorporó y abrió la puerta como un torbellino, repleta de pasión.

Kirko dejó caer su labio inferior, sorprendido, y asintió repetidamente con la cabeza.

—¡Esto es ya otra cosa!

—¡Es increíble! —exclamó mientras reía—. Me siento como Anne Hathaway en *Princesa por sorpresa*. —Él fingió comprenderla—. Ah, claro… ¡No tienes ni idea! Este mundo necesita un cine y un telediario que te informe de quién va ganando en el frente. Estoy ahí prisionera —continuó, señalando la habitación— y no tengo una tele para distraerme. Podría ver todas las películas de *La guerra de las galaxias* o llorar con una romanticona. Necesitáis cómics…, ¡y libros! ¿Cómo puede ser que no conozcas al mejor mago de nuestra Tierra?

—¿Y quién es ese? —le preguntó, poniéndose alerta.

—¡Harry Potter! Estoy hablando de… —Soltó una exhalación extenuada.

—No tengo el placer de conocerlo —admitió mientras encendía una

bolita de fuego en la palma de su mano.

—¡Claro que no! ¡Vive en los libros!

Cerró la mano, apagando la esfera incendiaria, y contempló estupefacto cómo ella avanzaba por el ancho pasillo con genio y soltura. Tenía que admitir que no llegaba a comprender del todo el idioma terrestre; la mitad de las palabras se le escapaban. Iba a tener que hacer un gran esfuerzo para llegar hasta ella. ¿Y un mago que vive en libros? ¿Acaso podía ser posible? Interrumpió sus pensamientos y anduvo presuroso hasta alcanzarla.

Ella contemplaba maravillada las finas antorchas de las paredes y los cuadros de los diferentes seres mágicos que habitaban Silbriar. Entonces, sorprendida, se detuvo ante uno. Nunca había visto un unicornio, ni siquiera en esos lienzos que plagaban los muros del Refugio y que parecían seguirla con la mirada. ¡Era tan bello…! Su crin plateada resplandecía como una moneda en el fondo de una fuente, y su cuerno enroscado, perfectamente diseñado, parecía que tocase el cielo.

—¿Existen los unicornios? —le preguntó tímida.

—Creo que están en extinción. Su cuerno mágico es muy codiciado por los brujos.

Continuó el camino, el cual la condujo a estancias varias con enormes alfombras que decoraban el pavimento, cortinas de seda que evitaban que el torrente de luz la cegara y numerosos muebles con acabados exquisitos y casi inigualables. Contemplaba pasmada los jarrones rematados en oro y los extraños candelabros que se retorcían formando las figuras más inverosímiles. Entonces fijó su atención en una torre de bandejas repleta de pasteles, bizcochos y sendas tortas.

—¡No puedo creerlo! ¡Bollos grasientos! —Se acercó a ellos y comenzó a devorarlos—. ¡Puro azúcar, cuánto te he echado de menos!

—Sí, esta es la Estancia de los Dulces Seductores —le anunció sin estar muy convencido.

—No estarán envenenados, ¿verdad? —le preguntó con la boca llena.

—No lo creo, están a nuestra disposición… ¡Parece que no hayas comido en siglos!

—¿Puedes decirme por qué a mí me traen carne pasada para comer y puré viscoso? —le recriminó asqueada—. ¿Es que aquí no hay gallinas para hacer un caldo o dos huevos fritos para mojar con pan? ¿Y no hay pollo asado? Pero ¡¿qué pasa con este mundo?!

—La carne de lacomonte es muy sabrosa…

—¡No sigas! —lo interrumpió—. Si es de algún bicho raro y baboso, no quiero saberlo.

Se limpió la boca con una servilleta de tela y cogió dos pastelitos más para el paseo, por si se prolongaba en el tiempo. Llegaron

entonces a un extenso rellano que continuaba con dos escaleras en semicírculos hasta el piso inferior. Se aproximó a la balconada, admirando el infinito vestíbulo que se abría bajo sus pies.

—¡Oh, Dios mío! ¡Esto es un palacio! —vociferó mientras descendía ligera las escaleras.

Al llegar abajo, fingió ser una experta en bailes de salón y comenzó a girar sobre sí misma. Avanzaba vaporosa sobre los mosaicos blancos mientras observaba su figura reflejada en ellos.

—Después de haber visto la Fortaleza tan tétrica y gris, no puedo creer que tu padre tenga este castillo tan…, tan… Espera, que lo estoy dando ahora en Historia… ¡Rococó! —Se rio por la palabra—. Aunque ese sofá tan ridículo no lo querría ni muerta en mi salón… Ni esas lámparas que ocupan el techo entero.

—Bueno, en realidad…, nosotros somos huéspedes aquí —le confesó Kirko— y no tenemos mucha elección. Por el momento, no podemos abandonar el castillo. Pero ¡a ti no tengo que contarte estas cosas!

—¿A qué te refieres? —le preguntó confusa—. Hay una puerta ahí mismo. —Señaló el portón de la entrada—. No entiendo, ¿acaso estás prisionero también?

Él no supo qué responder y desvió la mirada hacia el suelo. Ella aprovechó esos segundos para correr hacia la entrada y abrir la puerta.

—¡No lo hagas! ¡Te he dicho que pares! —le ordenó—. ¡Maldita seas!

Ella hizo caso omiso de sus palabras y tiró del pomo con fuerza. Se quedó petrificada ante lo que contemplaban sus ojos. ¡Nada! Una densa niebla oscura rodeaba los muros del castillo, tal y como había visto desde su ventana, impidiéndole ver más allá. Parecían nubarrones dispuestos a evitar tanto que alguien se introdujera en el palacio como que pudiera abandonarlo. Retrocedió espantada, y Kirko la rodeó con los brazos mientras cerraba la puerta.

—Hay un arenal ahí fuera, porque lo veo a diario desde mi habitación —le dijo sollozando—. Pensaba coger provisiones y correr hacia el desierto en busca de ayuda… Pero ¿esto? ¿Por qué estoy aquí atrapada? ¿Y cuánto va a durar esta pesadilla?

—No mucho. ¡Escúchame! —Apartó uno de los tirabuzones de su rostro—. Tú estás destinada a algo grande. Todavía no eres consciente, pero hay sangre real en tus venas. ¡Eres una descendiente!

—¿Y qué importa eso si voy a morir aquí?

—¡Porque todo esto puede ser tuyo! ¡Estás destinada a ser reina!

—¿En un castillo de arena? —bromeó entre risas y lágrimas—. ¿Y tendré que esperar a que un príncipe con un caballo blanco me rescate? ¡Eso son chorradas!

—Estoy hablando en serio. ¡Tú serás soberana de todas las tierras de Silbriar! —Se apartó de él, aún más perpleja. No comprendía hacia dónde quería conducirla. Volvió a observar las ostentosas lámparas, las anchas escalinatas, el brillante pavimento blanco y la puerta de hierro que la separaba de la libertad. ¡Todo aquello era un absurdo! ¡El palacio entero era una prisión! ¡Y ella no era la única cautiva en él! Volvió a prestarle atención al chico, que continuaba con su discurso delirante y fanático—: ¡Y juntos podríamos hacer grandes cosas! ¡Serás una reina respetada y yo…!

—¿Perdona? ¿Tú? —lo interrumpió. Sus ojos incrédulos estaban a punto de salírsele de sus órbitas—. ¡Eres un presumido! ¡Y un chulo! ¿Cómo te atreves siquiera a insinuar que yo siento algo por ti?

—Lo dicen las Escrituras…

—¡Tío, será mejor que cambies esa frase si no quieres que te arree una patada en todos los…!

—¿Es que tú no lo has sentido? ¿El vínculo? —le preguntó desconcertado.

—¿Qué vínculo? ¿De qué demonios estás hablando? —Lidia ya se estaba impacientando.

—¿Por qué crees que te besé en el poblado de los gnomos?

—No sé… ¿Porque eres un pervertido? —le largó, arqueando las cejas.

—Pude matarte y no lo hice —continuó él—. Algo me lo impedía, y te vi allí tan delicada, tan atractiva…

—¡Vale, vale, vale! No nos pongamos en plan psicópata. —Retrocedió unos pasos.

—No puedes decirme que no es verdad. Tú misma podrías haber acabado con mi vida en la Fortaleza.

Lidia tragó saliva. Recordaba el momento. Lo tenía acorralado contra la pared y podría haber puesto fin a su vida allí mismo, pero no lo había hecho, y no era capaz de justificar su falta de coraje. Por mucho que rebuscara en su interior, no encontraba la razón por la que lo había dejado escapar.

Resignada, lanzó un suspiro mientras entornaba los párpados. Todo aquello no significaba que albergase un sentimiento oculto hacia él. ¡Lo habría sabido!

—¿Por eso me has invitado a dar un paseo? —le recriminó—. ¿Para ligar conmigo? ¡Pues siento decirte que te ha salido el tiro por la culata! —Recogió los bajos de su vestido y, furiosa, se encaminó hacia las escaleras.

—¡No comprendo lo que dices! —exclamó desesperado—. ¡Eres una maleducada! ¡Deberías agradecerme que te sacara de la habitación!

—¡Que no me mires! ¡Que no voy a ser tu novia porque lo digan unos papeles viejos! ¿Por eso estás más amable conmigo de lo normal?

Corrió hacia ella y la detuvo sujetándola por el brazo. Lidia lo miró enfurecida.

—Antes de que te escondas en tu habitación de nuevo, tenemos que hacer una última parada —le anunció con semblante serio—. ¡Ella quiere verte!

—¿Quién es ella? —le preguntó desafiante.

—¡La bruja!

Lidia no se opuso a la invitación, ya que tenía unas enormes ganas de conocer a la persona responsable de su encarcelamiento, a esa mujer que conseguía que a Kirko se le atragantara la saliva cuando hablaba de ella. Tenía que ser un monstruo de dientes largos y nariz enorme, y puede que tuviera una verruga en una mejilla, aunque descartaba la idea de que su piel fuese verde, como tampoco creía que cocinase niños en su flamante olla.

Atravesó dos estancias más, a cual más extravagante, una repleta de figuritas de porcelana y otra que parecía un laboratorio de pócimas. Ascendió por unas escalinatas estrechas y divisó por fin una puerta roja entreabierta.

—¡Bienvenida al Salón de los Nenúfares Reales! —exclamó en voz baja Kirko mientras resoplaba—. Mejor no preguntes…

A continuación, hizo una reverencia para dejarla entrar en primer lugar. Ella titubeó unos segundos y avanzó con paso seguro hasta el centro de la sala. Examinó su extraña decoración durante unos instantes. Sus paredes verdes trataban de imitar un inmenso jardín. Había plantas que colgaban de ellas y enredaderas que se extendían hasta el techo, e imaginó que el suelo azul transparente querría asemejarse a un estanque salpicado por flores coloridas. Las sillas tenían forma de grotescos nenúfares dispersos por toda la estancia; eso sí, con cómodos cojines en su centro para apoyar con elegancia el trasero en ellos. Y las cortinas estaban inspiradas en las famosas mariposas silbriarianas.

Esperó impaciente a que la renombrada bruja hiciera su aparición. Y cuál fue su sorpresa al descubrir a una diminuta mujer, más baja que ella, con cabellos rosados sumamente cuidados y un rostro envidiable. Era incapaz de distinguir el color de sus ojos, y sus pestañas eran tan largas que rozaban sus delineadas cejas. Observó sus delicadas manos. No tenía las uñas sucias ni los nudillos engrosados, pero sí que le llamó la atención que anduviera descalza. Hasta ella sabía que un vestido de cola necesitaba de unos zapatos de tacón.

—No te dejes engañar por su apariencia —le susurró Kirko.

Detrás de la bruja, y empañado por su presencia, atisbó a Lorius, tan feo y desgarbado como siempre. Se sentó en un nenúfar discreto, alejado del punto de visión de ella, y arqueó las cejas sonriendo. Lidia tuvo que calmar sus nervios para no arrearle un guantazo y romperle

un par de dientes. También advirtió la presencia de Kayla, apoyada en la pared del fondo, revisando distraída la longitud de sus uñas. De repente, el estómago le dio un vuelco. Al lado de ella, expuestos en una vitrina como si de un diamante se tratara, ¡estaban sus zapatos! Si pudiera llegar hasta ellos…

—Así que tú eres la descendiente —rompió el hielo la bruja—. Te imaginaba más andrajosa.

—Y tú debes ser Maléfica —la desafió Lidia—. No te esperaba tan retocada…

Moira soltó una carcajada que hizo vibrar las ventanas mientras Kirko le daba un puntapié.

—Tenías razón, mi querido Lorius, su lengua no tiene desperdicio. —Se acercó a ella y agarró su barbilla con dureza—. Pero ¿posees lo necesario para ser una reina?

—¡Yo no quiero ser reina!

—¿Y entonces por qué te mantengo con vida? —Dio media vuelta y le lanzó una mirada interrogante al mago—. Ah, ¿sí? ¡Por la profecía! —Volvió a girar y se encaró de nuevo con ella—. A veces tengo que recordarlo… Se me va de la cabeza. ¡Puf! ¿Por dónde iba?

—¿Cómo pretende que sea una reina si me tiene aquí prisionera? —le recriminó—. Porque, con todo su oscuro plan diseñado para asustar a niñatos creídos…, ¿dónde piensa colocarme? ¡¿En un estúpido nenúfar dentro de este castillo de arena como una muñeca que no tiene nada que decir?!

Lorius ocultó su amplia sonrisa tras la palma de la mano. Ya conocía las andanzas de las descendientes; eran unas insolentes indisciplinadas. Ni siquiera el señor Moné había conseguido meterlas en cintura. Lo decían las malas lenguas que circulaban por los poblados en los que tuvo que esconderse antes de llegar allí. Sí, Kirko también le había hablado de la muchacha, testaruda como una mula y grosera como una rana de pantano. Moira no estaba acostumbrada a tratar con humanos, y aunque guardaba la compostura, sabía que esa rata inmunda estaba empezando a desquiciarla.

—¡Niña! ¡¿Con quién te crees que estás hablando?

—¡Con la responsable de haberme traído aquí! —le contestó resuelta—. Porque no creo que a ese brujo de tres al cuarto le hayan quedado fuerzas después de que le cayera encima toda su Fortaleza.

Lorius se levantó de su silla, furioso y dispuesto a aniquilar a la insensata, pero Moira lo detuvo con un pequeño gesto de la mano. Esta tenía los ojos inyectados en sangre, y con la otra mano apretó el cuello de la chica ante la atónita mirada de Kirko.

—¡Dame una razón para no matarte ahora mismo!

—¿Porque voy a ser… reina? —le dijo entre dientes.

La soltó, dándole un empujón, y se colocó mejor los cabellos

que se le habían alterado con el disgusto.

—Me caes bien —le anunció divertida—. Conoces las reglas del juego, ¿a que sí, Lorius?

Él prefirió callar. Se debatía entre cuál de las dos era la más cuerda, y sin duda alguna era la humana. Ella luchaba por su supervivencia, aunque fuese de una manera poco ortodoxa. Moira no tenía solución. Sus aires de grandeza le habían empequeñecido el cerebro. Él ya habría usado algunos de sus conjuros para contener a la mocosa.

—Ven, querida —la bruja la cogió de la mano y le pidió que tomara asiento—, quiero que veas una cosa.

Estiró el brazo, y una escoba cruzó la estancia a toda velocidad aterrizando en su mano. A continuación, asió el mango con seguridad y comenzó a girarlo en el aire, dibujando un círculo perfecto. Poco a poco, empezó a tomar forma un espejo ovalado ante ella. El cristal parecía líquido, ya que contenía ondas que estaban en continuo movimiento.

Lidia tragó saliva. Por primera vez desde que había entrado en aquella sala la invadió el pánico. No comprendía qué estaba tramando la bruja, pero, fuera lo que fuese, una vocecita en su interior le gritaba que escapara de allí. No obstante, permaneció sentada, aferrándose al suave cojín con las dos manos e intentando en vano controlar su desbocado corazón.

Por fin, empezaron a visualizarse figuras que pronto pasaron a ser rostros conocidos. El falso espejo era una fábrica de imágenes y, con el ceño fruncido y el corazón en un puño, pudo distinguir a Bibolum en su estancia circular. No parecía muy feliz. De hecho, juraría que las lágrimas hundían aún más sus pequeños ojos azules. A continuación, dos soldados irrumpieron en la sala y, a empujones, lo confinaron en su habitación, y cada golpe de cerrojo que escuchaba la sobresaltaba como si la amordazaran a ella.

—Quiero que conozcas la verdad —le anunció la bruja, empoderada—. El Gran Consejo ha destituido al viejo mago acusándolo de ineptitud y cobardía. Otros líderes han tomado el control del Refugio y han decidido que las descendientes son más un estorbo que una ventaja.

—¡No puede ser verdad! —Se incorporó y acercó la mano al espejo, como si pudiera acariciar el rostro desvalido del gran mago—. ¿Por qué le hacen esto? —le preguntó suplicante.

—¡Siéntate! —le ordenó—. Tu devoción por él casi encoge mi alma, pero entiende, mi niña, ¡que él ya está muerto! Y tienes que preocuparte de ti misma. ¡Esos ignorantes creen que tú eres la amenaza! ¡Tú y el poder que llevas dentro!

—No lo entiendo…

—Aquellos a los que un día protegiste quieren causarte dolor. —

Hizo una pausa dramática—. ¡Han ordenado matar a tus hermanas!

—No… ¡Nooo! —Volvió a levantarse—. Tengo que ayudarlas…

—¡Es demasiado tarde!

Con un leve movimiento de la palma de su mano, deslizó la imagen del cautiverio del mago y le mostró a Valeria y Érika tendidas en el desierto. Se abrazaban mientras cerraban los ojos ante la espada que se cernía sobre ellas. Después, la oscuridad tiñó el espejo, sumiéndolo en un silencio mortuorio. Lidia rompió a llorar, desconsolada.

—Sé que has intentado huir en repetidas ocasiones —continuó ella —. Pero ¡aquí estás a salvo de la furia de tus propios guardianes! Tus hermanas no tienen por qué haber muerto en vano. ¡Tienes que acabar con todo este caos! ¡Tú puedes hacerlos entrar en razón! ¡Tú tienes el poder!

Ella no podía articular palabra, ni siquiera era capaz de pensar con lucidez. Si sus hermanas habían sido asesinadas en un fracasado intento por salvarla, su mísera vida ya no tenía sentido. Le costaba respirar, y el corazón le bombeaba tan lento y lejano que pensó que también se habían apoderado de él. Y entonces se desmayó.

Moira sonreía victoriosa. Le ordenó al mellizo que cogiera el maltrecho cuerpo de la humana y lo transportara a sus aposentos. Después le guiñó un ojo con descaro al brujo y, resuelta, abandonó la sala. Lorius, que había permanecido impasible durante todo el espectáculo, se acercó a una de las ventanas del salón, apartó las cortinas de arcoíris y el torrente de luz cegó durante unos instantes su vista cansada. Conocía de sobra las tretas de la bruja. Era una mentirosa y una manipuladora; su misma piel había sufrido sus engaños, aunque admitía que la imagen de las hermanas muertas había sido un golpe maestro. Si responsabilizaba a los guardianes de su pérdida, ella no dudaría en castigarlos por su crimen. Solo existía un pequeño inconveniente en su plan: las hermanas seguían con vida. Los jinetes habían regresado al castillo sin éxito y la tormenta de arena no había conseguido aniquilar a esa panda de entrometidos.

Kayla lo cogió del brazo, aliviando su derrota. Lo miraba con lealtad, y enseguida comprendió que había cierto temor en su rostro.

—Padre, ¿qué vamos a hacer con ella cuando todo empiece a torcerse?

—Ya me encargaré de Moira a su debido tiempo…

—¡Estoy hablando de la humana! —lo interrumpió desesperada—. ¿Por qué no me habías dicho que ella sería la reina?

—Sabes que te aprecio mucho, hija, pero eres celosa y excesivamente impetuosa —le aclaró él—. Si queremos un reino duradero, necesitamos a la descendiente. Las profecías son claras: «Ella levantará a los muertos que se unirán a los vivos en combate para eliminar a los impuros de corazón». ¡Aniquilaremos a los

rebeldes, a los guardianes que vienen de otro mundo y se entrometen en cuestiones de nuestro mundo, a los mestizos y a todo aquel que se oponga a nuestros objetivos!

—¿Te casarás entonces con ella para ser rey? ¿Va a ser mi madrastra? —le preguntó alarmada.

—¡Por Dios, no! Para eso estoy entrenando a tu hermano… Nosotros gobernaremos desde las sombras. ¡Silbriar será nuestro!

16

Flecha

Utilizó el frágil silencio que acompañaba al grupo como un arma defensiva a pesar de que era consciente de que se trataba de un escudo endeble que en cualquier momento se partiría en dos. Su espíritu gritaba aprisionado, arrastrado por la impotencia y una rabia contenida que la devoraba sin piedad. Las lágrimas engullidas por un arrojo disfrazado de orgullo luchaban por brotar de sus ojos resecos. No existía palabra que definiera su pesar ni sentimiento que expresara su desolación. Cabalgaba en el mismo imot que Coril, agarrada a su cintura, con el corazón en un puño y el alma atragantada. Ajena a todo lo que sucedía a su alrededor, se distrajo contemplando un ocaso tardío. El cielo dibujaba rayas naranjas que descendían airadas golpeando las dunas con furia y convirtiéndolas en colosales gigantes de arena que amenazaban el equilibrio del desierto. Valeria se permitió entornar los párpados unos minutos, y entonces el tiempo se detuvo.

Una extraña calma se apoderó de ella. Los músculos se le relajaron, y percibía los latidos del corazón alejados de su ser como una banda sonora que la empujaba a rememorar los célebres momentos de su vida. Pensó en su madre y en las últimas navidades que había pasado junto a ella. La recordaba como una visión etérea, pálida como la luna y risueña como un pajarillo cantor. Tenía las mejillas salpicadas de harina, las cuales trataba de limpiar con la manga de su camisa. Con el ceño fruncido, se afanaba en cumplir una por una las indicaciones de la receta famosa de la abuela para hacer rosquetes. Las tres hermanas se divertían creando figuras extrañas con la masa mientras su madre les pedía concentración y serenidad. Costara lo que costase, estaba decidida a igualar los exquisitos dulces de la abuela, y a veces las reprendía porque no se tomaban en serio la labor. Al final, cansada de las infructuosas horas de trabajo, se dejó caer en la silla y apoyó la cabeza en la mesa. Ellas aprovecharon para dibujarle un bigote de harina y decorarle las cejas con canicas hechas de masa. Su madre no pudo resistirse al desafío y comenzó por toda la cocina una batalla memorable con la pasta como si fueran bolas de nieve provenientes de un cruel invierno. Nunca comieron rosquetes navideños, pero aquel día con su madre se quedó grabado a fuego en su memoria.

Apoyó la cabeza en la espalda del elfo para intentar descansar. Los recuerdos revoloteaban sobre su mente sin ningún orden ni filtro;

precisamente ahora, que deseaba desaparecer y encontrarse inesperadamente en una isla bañada por tranquilas aguas. Sin pensamientos. Sin problemas. No quería más tormentos ni luchar contra emociones que la devolvían una y otra vez a la niñez.

Entonces, la imagen de Daniel pidiendo auxilio en el desierto la asaltó por sorpresa y desarmada. ¡Daniel! Parecía tan vulnerable, tan perdido… No comprendía qué mecanismo la había llevado hasta él ni por qué la habían alejado de allí antes de que pudiera descubrir qué estaba ocurriendo. Una lágrima rodó por su mejilla. Deseó que se encontrara bien, que hubiese resistido al ataque, que siguiera con vida… Había aniquilado sus sentimientos por él, los había arrancado de su corazón como la mala hierba del jardín. Pensó que borrando los últimos capítulos de su existencia podría seguir adelante. ¡Cuán equivocada estaba! No se puede trasplantar el huerto cuando todavía quedan semillas por germinar.

Se maldijo un millar de veces por su estupidez; no debió ocultarle la verdad. Su empeño en proteger una promesa los había colocado a todos en el borde del abismo: Lidia, capturada; Érika, desaparecida; Nico, arrastrado de nuevo al combate, y Daniel, luchando por sobrevivir. Si pudiera retroceder en el tiempo, si hubiera sabido que la tormenta estallaría de igual forma, los habría mantenido a todos informados, y quizá nada de esto habría sucedido. Puede que hubiera sido inevitable la vuelta a Silbriar, pero al menos habrían permanecido todos juntos. Y ahora no solo debía preocuparse por los delirios de un brujo ególatra, sino también por el levantamiento de los guardianes que hasta entonces había considerado aliados.

Coril la devolvió a la incómoda realidad rompiendo el silencio sagrado que la mantenía en una placentera burbuja:

—No podemos detenernos mucho —le sugirió—, o perderemos la ventaja que hemos conseguido. —Había llegado la hora de alimentar a los animales y darles algo de reposo.

Se limitó a obedecer órdenes como una autómata. No rechistaba, ni siquiera contestaba con monosílabos; simplemente arrastraba su pesado cuerpo con desgana. Lo ayudó con los imots, incluso acarició su corto pelaje agradeciéndoles su esfuerzo. Ellos no la habían traicionado. Entonces observó de reojo cómo Jonay mantenía una conversación secreta con Nora, y no aguantó más. La sangre le hervía hasta llegar a escocerle. Se sentía manipulada. ¡Engañada! Soltó el cazo con el que daba de beber a los animales y se dirigió hacia ellos resoplando para no lanzar un grito desde la distancia. Llegó hasta el guardián del gorro verde y le propinó un sonoro bofetón.

—Pero ¡¿qué coño haces?! —exclamó atónito.

—¡¿Que qué hago?! ¡Confié en ti! ¡Y has vuelto a mentirme! —soltó desquiciada—. Todo estaba planeado, ¿verdad? Espiemos a la tonta de

Valeria, ganémonos su confianza y, después, ¡las matamos a las tres!

—Yo luché contra ellos, a tu lado, ¿o ya no lo recuerdas? Esta niña y yo también arriesgamos mucho poniéndonos de tu parte.

Nora se apartó a un lado con la cabeza gacha. No podía mirarla a los ojos, ni siquiera sus labios eran capaces de emitir un sencillo «Lo siento». La culpa seguía atormentándola, aguijoneando poco a poco su ser.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —Ella no atendía a razones y, paralizada por la impotencia, se desplomó, cayendo de rodillas sobre la arena.

—Yo no soy tu enemigo —volvió a defenderse.

—¡Es hora de que hablemos! —El elfo apareció ante los tres con semblante serio.

La aflicción se instaló en el grupo como un cáncer que gradualmente devora la esperanza y se apodera de todas tus defensas como un enemigo silente, sin dejarte tiempo para lanzar un contrataque. Y el silencio volvió a reinar en ese desierto indómito durante unos minutos que parecieron una eternidad.

Coril era consciente de que el equipo estaba herido de muerte. La desconfianza y el temor sonreían triunfantes bajo el halo de pesimismo que se había instaurado en ellos. No había recetas mágicas que curaran tal enfermedad. Y, aun así, como líder, debía intentar insuflarles aliento a los chicos, aunque él mismo había sido atacado por las garras de la traición más vil: ¡el desamor! Apartaba constantemente el rostro soberbio de Euren de su mente. ¿Cómo había cambiado tanto en unos pocos años? ¿O es que siempre había sido así y solo ahora, en esos tiempos tan oscuros, dejaba caer la máscara para mostrar sus verdaderos sentimientos? Apretó los dientes y volvió a concentrarse en los muchachos. Demasiadas heridas, demasiados reproches…

—Bien… No voy a soltar ningún sermón sobre la camaradería ni la concordia. —Los miraba fijamente, afirmando su condición de maestro —. Cada uno debe hacerse responsable de sus actos y también de sus decisiones. No necesitamos ahondar más en las heridas. Nuestra prioridad ahora es encontrar a Aldin y su grupo. Y dicho esto, para poder avanzar es necesario que intercambiemos la información que cada uno posee. —Clavó sus pupilas en los dos guardianes—. ¿Quién ha orquestado este levantamiento y cuál va a ser su próximo movimiento?

Con rostro angustiado, Nora esperó a que Jonay respondiera. Era incapaz de pronunciar palabra. Tenía un nudo en la garganta que la oprimía y la obligaba a respirar con fatiga.

—No sé quién está detrás de todo esto —empezó a decir el guardián—, pero voy a contarte todo lo que sé. —Hizo una pausa y

cogió aire para henchir de coraje sus pulmones—. Hace unos meses, mi maestro recibió una carta urgente. Debía presentarse en una reunión que iba a celebrarse en los Lagos Enanos, y él acudió extrañado por la insistencia del remitente. Yo no leí la carta, ¡nunca la vi! Y por eso no sé quién coño la convocó —afirmó tajante—. Cuando volvió, me explicó que teníamos una nueva misión: debía seguir de cerca a las descendientes. Me dijo que el honor había recaído sobre mí porque hablamos el mismo idioma en la Tierra y era el guardián más cercano tanto en kilómetros como en edad. Cuando le pregunté por qué tenía que hacer eso, me contestó que una de las hermanas era oscura… —Miró de reojo a Valeria, quien había resoplado y mantenía el ceño fruncido—. Yo no quería ir a la Península, no quería entrar en el juego. Quería quedarme con mi familia y mis amigos… Pero él me dijo que un guardián debía proteger a las descendientes, y para esto, tenía que impedir que volvieran a Silbriar. En ningún momento me dijo que había que matarlas ni nada parecido… Mi maestro no es así. Es un chino chiflado y con malas pulgas, pero nada más. ¡Todo esto es una locura!

—¿Cómo contactas con él? ¿Te ha dado nuevas instrucciones?

Sacó del bolsillo un prisma de cuarzo blanco y se lo mostró al elfo. Este asintió repetidas veces. Ahora lo comprendía todo. Los prismas mágicos eran usados por los brujos y hechiceros como medios de comunicación encriptados. Así, Euren sabía la posición exacta en la que se encontraban. Cada guardián debía disponer de uno para recibir órdenes de sus maestros, y por eso había sido imposible mantener en secreto la misión. ¡Todo había sido una mentira desde el principio!

—La última vez que lo utilicé fue cuando pisamos el desierto. Le dije que todo estaba bien, que íbamos a rescatar a Lidia y… —Apretó los labios mientras negaba con la cabeza—. Yo no sabía que esto iba a pasar. Él me dijo que me asegurara de que la chica volviese a casa, si no…, tendríamos que contenerla.

—¡¿Y cómo crees tú que la iban a contener?! —intervino Valeria, furiosa.

—¡No lo sé! Pero ¡en ningún momento pensé en matar a nadie! —Dio un puntapié en la arena y una capa de polvo nubló la vista de los integrantes del grupo—. ¡Algo le ha pasado a mi maestro! ¡No lo localizo! ¡No contesta a mis mensajes! —Se dirigió a Valeria—: Quiero que entiendas esto: ¡estoy aquí para ayudarte! ¡Yo no soy un asesino!

Las lágrimas contenidas brotaron de los ojos de ella como dos cascadas enfurecidas, surcando cada línea de su rostro y bañando sus labios. Lo había odiado por ocultarle la verdad, porque había confiado en él en los momentos más duros. Cuando se había encontrado sola ante la desaparición de sus hermanas, él le había tendido una mano amiga y ella la había aceptado con cierto temor, pero con la esperanza

de que su ofrecimiento de ayuda fuese sincero. Y, ahora, allí, ante él, ante sus palabras, su mente se enfrascaba en una lucha interna con su corazón, porque ella quería creer… Quería confiar de nuevo… ¡Recuperar la fe! Porque ese mundo arrebatador y de seres mágicos y fascinantes estaba perdiendo la cordura. ¡Las habían sentenciado a muerte!

—Quiero decir algo —intervino la pequeña Nora—. No puedo pedir perdón porque yo sí lo sabía. —Todos la miraron confusos—. Antes de salir del Refugio, mi maestro me dijo que tanto tú como tu hermana Érika no tendríais el valor para hacerlo si la cosa se torcía, y que entonces nosotros debíamos acabar con Lidia. —La niña inició un llanto desesperado—. ¡Lo siento mucho! ¡Yo no te conocía! Me habían dicho que eras mala, pero no es verdad… Y entonces llegaron nuevas órdenes justo después del ataque de los shabors. ¡Teníamos que eliminarlas a las tres! Yo no quería… Nunca había luchado antes. Esta es mi primera misión de verdad y… ¡Yo no quiero matar a nadie!

Valeria se acercó a ella y, rodeándola con los brazos, la consoló. ¿Cómo podían los grandes magos y maestros de Silbriar pedirles a niños que hicieran tal cosa? ¿Qué demonios había pasado con Bibolum? ¿Cómo no había previsto esta situación? Aquello era peor que una manzana envenenada. Habría que fumigar campos enteros para que el bicho de la muerte no se extendiera por todo Silbriar. Le tendió una mano a Jonay y lo atrajo hacia ella, y repitió el gesto con el elfo, quien, titubeando, arqueó las cejas. Pero ella sonreía de medio lado y no pudo resistirse a la llamada de la descendiente. Porque ella sí que era una verdadera líder. La portadora de la ballesta. La luz.

Entonces observó de reojo el amenazador horizonte y arrugó la nariz. ¡Eran cuatro! Y era consciente de que si no daban pronto con Aldin, las cosas podrían ir a peor.

Continuaron el viaje a pesar de que ya había anochecido. Las estrellas alumbraban el camino como si se tratara de faros en medio de una tormenta que no amainaba. Además, las esferas mágicas de Libélula sobrevolaban sus cabezas envolviéndolos en una luz plateada que alejaba la oscuridad de sus pasos. El tiempo apremiaba, e ignoraban cuánta ventaja tendrían sobre Euren y el resto de los guardianes. No podrían detenerse a descansar durante la noche, y esto suponía un doble esfuerzo para el equipo.

Nora se había dormido y descansaba en los brazos de Jonay, quien daba continuas cabezadas y luchaba para que el sueño no lo venciera. Valeria, a duras penas, dormitaba apoyada en la espalda del elfo, sin embargo, él mantenía todos sus sentidos alerta. Una emboscada resultaría fatal en las circunstancias en las que se encontraban. Además, sin Samara, habían perdido su protección nocturna. Muchas leyendas circulaban sobre las eternas noches del desierto, y todos los

tratados que había leído antes de partir recomendaban el reposo en las horas más oscuras y recitar un sencillo conjuro de aislamiento. Claro que él no era un mago, y con un grupo de fanáticos tras ellos dispuestos a rebanarles el cuello, no les había quedado otra alternativa más que proseguir. Debían arriesgarse a continuar el viaje a pesar de los temibles espectros.

Observó las diminutas esferas incandescentes, que volaban divertidas como alegres luciérnagas buscando una flor en la que posarse, y apretó los labios con cierto grado de disconformidad. La luz los ayudaba a avanzar con seguridad, pero también les colocaba una descomunal diana en ese inhóspito desierto.

—Vamos a tener que prescindir de las esferas por el momento. Continuaremos a ciegas unos kilómetros —les anunció.

—Las luces son un gran foco que apunta hacia nosotros —comprendió Jonay, asintiendo.

—No me preocupa solo Euren, sino también los espectros que circulan por la noche en busca de carnaza.

—¿Espectros? ¿Qué espectros? —le preguntó Valeria, alarmada.

—Una de las primeras normas que creó Bibolum trata sobre la formación de los equipos de expedición —comenzó a explicarle—. Todo grupo debe componerse al menos de un guerrero, un artesano y un mago. Así se mantiene el equilibrio y los tres juntos conforman la unidad. Y es evidente que carecemos del mago, ya que Samara decidió sacrificarse para salvarnos. —Alzó la cabeza y buscó una señal entre las estrellas que le indicara que continuaba con vida—. Todas las noches, ella recitaba un conjuro de protección para que los seres horrendos que habitan estos parajes no escucharan nuestros latidos. Nosotros somos tres guerreros: Nora, Valeria y yo mismo, y un artesano capaz de cambiar la realidad, que es Jonay. Pero estamos desprotegidos ante conjuros malignos y seres condenados.

—¡Y yo que pensaba que esto no podría ir a peor! —exclamó Jonay.

—Por eso debemos encontrar a Aldin. En su grupo hay dos magos —continuó—. Es nuestra única oportunidad, si no, no sobreviviremos en este desierto más de dos días.

—¡Dios mío! —Valeria se revolvió en el imot, negando con la cabeza—. Esto no puede estar pasando. Vamos a encontrarlos. Hemos llegado tan lejos…

—Si la situación se vuelve insostenible, tendremos que abortar la misión —corroboró con el ceño fruncido.

—¡No, no, no! ¡Matarán a Lidia y a Érika! ¡No puedo dejarlas aquí!

—Un buen guerrero sabe también cuándo hay que abandonar la lucha —continuó—. Por eso, Jonay, te pido que permanezcas atento por si detectas algún portal. En caso de peligro extremo, lo

atravesaremos y volveremos al Refugio.

Aunque una sacudida imprevisible le zarandeó el alma ante las categóricas palabras del elfo, Valeria no protestó, pues sabía que tenía razón. Sus fuerzas habían mermado, como también sus provisiones, y ahora eran un blanco atractivo en medio de la arena infinita. Estaban solos, perdidos, sin un mago que les indicara el camino hasta el castillo. Pero ella no quería aceptar la derrota todavía. Debía agotar hasta el último recurso, por muy descabellado que pudiera parecer.

Así que, decidida, dio un salto dejando atrás al imot y hundió los pies en la tierra. Corrió entonces hasta el centro de la cima sin más luz que la que las estrellas ardientes le ofrecían, y allí concentró todas sus energías en el vasto horizonte que, como un mar silencioso y ennegrecido, la retaba a adentrarse en él. Ella no era una bruja como Samara, capaz de rastrear la magia para localizar a Aldin, pero confiaba en el espíritu de la ballesta más que nunca. Muchas veces la había guiado para visualizar un objetivo lejano, y esta vez tampoco iba a defraudarla. Carecía de un punto de referencia, pero aun así asió el arma con determinación y encañonó el horizonte moviéndose de izquierda a derecha, esperando que el objeto mágico le indicara un lugar. Si pudo conectar una vez con Daniel, podría hacerlo de nuevo.

No tuvo que esperar mucho. Como un espejismo difuminado, apreció un punto luminoso que resaltaba en el oscuro desierto. Y hacia allí dirigió una flecha.

17

Caos

Tenía los párpados hinchados y la vista demasiado cansada como para concentrar la mirada en algún punto. Tampoco había mucho que admirar dentro de la tienda de campaña, la cual, a pesar de ser mágica, era bastante sencilla. No podía negar que no fuera cómoda; era espaciosa y contaba con grandes almohadones para que pudiera apoyar la cabeza sin mucho esfuerzo, y además era tan confortable que parecía que todo el cuerpo descansara en una cama de verdad. Pero no había mucho más: una silla con una pequeña mesa, donde Aldin examinaba una y otra vez un viejo libro que hablaba del enigmático desierto, y un extraño meadero al fondo que evitaba utilizar, ya que ignoraba su funcionamiento.

El mago había sido claro: quedaba terminantemente prohibido abandonar el círculo que dibujaba en la arena cuando caía la noche. Había hablado de bestias nocturnas, de caminantes oscuros y espectros, o eso narraba su libro. La realidad era otra: nunca se habían enfrentado a esos inquietantes seres de la noche. Quizá el círculo protector tuviera algo que ver, pero Daniel temía más a los jinetes. Eran sanguinarios, descargaban su furia como si se tratara de una catástrofe natural magnificada y buscaban incesantes a sus víctimas. Sí, definitivamente, los jinetes habían causado más estragos en el grupo que el propio desierto.

Se giró con sumo cuidado a la izquierda. No quería despertar a los demás, ya que las dichosas esferas mágicas se encendían al detectar un movimiento brusco. Recogió ligeramente las piernas reprimiendo una mueca de dolor. A pesar de que las abrasiones sanaban con rapidez siempre gracias a los ungüentos mágicos de Libélula, tenía zonas en las piernas donde las llagas escocían al más mínimo roce. Aquella aventura estaba siendo una tortura. Lejos quedaban las casas mágicas, los mercadillos coloridos o los paisajes bellos del norte. ¡Estaba harto de tragar tierra! ¡Y, para colmo, no conseguía conciliar el sueño!

Observó a Érika, que dormía plácidamente junto a él. Sus cabellos dorados cubrían parte de su rostro angelical, y su graciosa nariz se movía de vez en cuando como si quisiera olfatear la noche. El viaje estaba siendo tan agotador para ella que hasta su habitual optimismo comenzaba a apagarse. La arropó con ternura y decidió ir a respirar «aire puro» aunque estuviera impregnado de tierra; siempre sería mejor que escuchar los estrepitosos ronquidos del leñador.

Maldijo para sus adentros al advertir que una esfera se encendía de repente y alumbraba la salida. De reojo, examinó a cada uno de sus compañeros y suspiró aliviado. Ninguno se había inmutado. Al fin fuera, inspiró y estiró los brazos como si así pudiera atrapar la libertad que le había sido arrebatada al adentrarse en aquel maldito páramo. Se encontraba enjaulado entre barrotes de arena, y al instante se arrepintió de albergar tal pensamiento. Lidia permanecía encerrada en una celda no muy lejos de allí, padeciendo la crueldad de dos brujos chiflados. A saber qué demonios le estarían haciendo.

Alzó la cabeza y admiró por primera vez la colorida estampa nocturna que ofrecían las estrellas. La inexistente electricidad dejaba apreciar con una resolución increíble el infinito universo que se abría sobre él. Los astros no poseían un único color; algunos estaban rodeados de estelas violáceas o verdosas que le recordaban a las auroras boreales terrestres; otros parecían que alargasen sus brazos en forma de serpentinas naranjas y gualdas. Toda esa mezcla de colores otorgaba al firmamento de un curioso movimiento: ¡era la manifestación de la vida! No pudo evitar sentirse afortunado. ¿Cuántos humanos habían sido testigos de ese espectáculo, de sentir que casi podían acariciar el cielo? Estaba en medio de un condenado desierto a miles o millones de kilómetros de su galaxia, pero allí bajo la intensa luz de las estrellas encontró la paz.

De improviso, un extraño rugido irrumpió en la sosegada noche rompiendo la armonía del abismal universo. Examinó los alrededores, buscando el origen del insólito rumor. No conseguía ver nada. Avanzó unos metros al frente, dejando atrás el círculo de protección, y volvió a inspeccionar el terreno. Algo se movía en el horizonte, pero no lograba descifrar qué era. Debía volver a la tienda y coger algunas de las esferas mágicas. Quizá así pudiera distinguir qué estaba provocando aquel inusual ruido.

Se dispuso a volver cuando percibió la presión de una mano sobre su hombro. Dio un respingo, y entonces descubrió el rostro severo de Aldin, que escudriñaba con sus ojos olivastros los confines del desierto. Él también escuchaba el rugido. Parecía que saliese de las entrañas del planeta y escupiese toda su furia justo allí. El mago alzó el bastón y, como si de una antorcha se tratase, iluminó varios metros a su alrededor. Ambos analizaron el lugar con más detenimiento. El rugido iba en aumento. ¿Qué diantres lo provocaba?

Entonces, Aldin localizó la zona y enfocó el bastón hacia ella. No podían creer lo que sus ojos estaban viendo. Decenas de inmensos remolinos surcaban el desierto y se dirigían hacia ellos.

—¿Son tornados? —le preguntó Daniel, boquiabierto.

—¡Son los jinetes! —afirmó el mago con tal pesar que perforó los oídos del chico—. Tenemos una hora, hora y media a lo sumo, antes

de que lleguen aquí.

—Bien, voy a avisar al resto —le anunció con voz temblorosa.

—¡Daniel, espera! —Clavó la mirada en él y, con voz entrecortada, lo detuvo—: No me quedan fuerzas para repeler un ataque tan brutal. No sé cuánto aguantaría antes de que fuéramos absorbidos por esos monstruos… Quizá la invisibilidad de Érika pueda hacerla inmune, pero solo uno de vosotros puede acompañarla.

—Entiendo —le dijo resignado—. Nico se queda con ella.

—¡Muy bien, muchacho! —El mago admiraba su valor—. Ignoro si nosotros tres lo lograremos.

En ese momento, un zumbido parecido al de un descomunal abejorro los alertó. Volvieron la vista atrás y, perplejos, observaron cómo una flecha se acercaba a gran velocidad y terminaba aterrizando a los pies del chico. Con una amplia sonrisa, la recogió y se la mostró al mago. ¡Valeria estaba cerca! Aldin pasó las yemas de los dedos sobre su superficie y, acariciándola con el bastón, dibujó en el espacio la trayectoria de la flecha. El mago soltó una carcajada estrepitosa.

—¡Puede que tengamos una oportunidad!

Entretanto, Valeria no apartaba la vista del horizonte hasta que el último destello que trazaba la flecha desapareció. Entonces respiró aliviada. Sabía qué dirección tomar para reunirse con Érika y sus amigos. Coril se acercó a ella con aire triunfante y le dio unas palmaditas en la espalda con orgullo. Era la alumna más aventajada a la que jamás había entrenado. Su brío no mermaba, pero era su ingenio lo que definía su fortaleza. Sonrió pletórico. Ni siquiera a él se le habría ocurrido tal hazaña. Jonay corrió hacia ella, jubiloso, y la levantó en volandas mientras ella reía.

—¡Estamos salvados! —gritaba pletórico.

—¿Qué es lo que pasa? —Nora, todavía adormilada, se restregaba los ojos.

—¡Tenemos que ponernos en marcha ya! —les sugirió el elfo al tiempo que los tres montaban en los imots—. ¡Allá vamos, viejo amigo!

Apenas habían recorrido unos quinientos metros cuando distinguieron una decena de ojos amarillos acercarse por el este. El elfo, alarmado, animó a los animales para que aumentaran su velocidad. Esos extraños seres volaban con presteza y una liviandad pasmosa. Los chicos lo miraron ansiosos, esperando instrucciones. Él se limitó a fruncir el ceño, contrariado. Sabía que no podían iniciar un combate en suelo firme, ya que los dos imots que los acompañaban saldrían huyendo con el rabo entre las piernas al menor signo de lucha

y ellos perderían la única oportunidad que tendrían para reunirse con el grupo de Aldin. Tenían que enfrentarse a esos seres sin desmontar. Y, para colmo, no podía asegurarles a sus pupilos que sobrevivirían a ese ataque.

—¡Son los espectros! —confesó por fin agitado—. Bibolum me los mostró en un libro. Dicen que son los espíritus de los viajeros que perdieron la vida en este desierto, pero nadie lo sabe con seguridad. Son ciegos, pero reaccionan ante potentes fogonazos de luz y localizan a sus víctimas a través de los latidos de su corazón. Así que, aunque hayamos apagado las esferas mágicas y no perciban fuego alguno en la noche, se guiarán por su sentido del oído. Dicen también que son tan oscuros que se alimentan de la luz de los vivos, de su energía vital. Si consiguen tocar cualquier parte de tu cuerpo, te paralizan y luego te succionan el alma.

—¡Dios santo! —exclamó Valeria, espantada—. ¿Y cómo podemos defendernos de esas cosas?

—Tendremos que mantenernos a galope sea como sea. Nora, coge las riendas de tu imot. Tus cabellos no pueden luchar contra ellos. Si llegan a tocarlos, por muy mágicos que sean, no sé cuánto podrías resistir. Jonay, me han dicho que, además de ser un experto en vuelo, no se te da tan mal el lanzamiento de cuchillos.

—¡Siempre los llevo en mi cinturón! Los utilizo de forma excepcional, ya que son pocas las veces que consigo recuperarlos.

—¡Esta es una de esas veces! Y coge dos esferas, así los veremos mejor. Valeria —continuó, volviendo ligeramente la cabeza hacia atrás—, uno de los dos tiene que disparar las flechas desde el lomo del animal mientras el otro lo guía.

—¡Seguro que mantienes el equilibrio mejor que yo! —afirmó sin dudar.

Mientras él, de forma habilidosa, saltaba por encima de su cuerpo y aterrizaba en la parte trasera del animal sujetando con fuerza el arco, ella contemplaba agitada cómo los espectros se abalanzaban sobre ellos. Se movían como gusanos aéreos emitiendo un sonido siseante. Sus ropajes eran harapos oscuros que colgaban de un cuerpo desmembrado. No tenían piernas. Tampoco podía distinguir muy bien sus brazos. La cabeza oculta tras un manto negro impedía que pudiese apreciar un rostro definido. Lo único que resaltaba en ellos eran las dos inquietantes esferas amarillas que brillaban en la oscuridad como dos faros que se precipitan en una noche de intensa niebla. Por fin, desde las alturas, Jonay lanzó un primer cuchillo que sortearon con gran facilidad.

—¡¿Y cómo demonios voy a clavarle uno de estos a esos bichos?! ¡¿No se supone que son espíritus?! —le preguntó poco convencido.

—¡Errantes! —le aclaró—. No son del todo incorpóreos… ¡Apunta a

sus ojos! —le indicó mientras disparaba sus flechas—. ¡Y no dejes que se acerquen mucho a nosotros! ¡Tampoco quiero que se coman a los animales!

Jonay atacaba desde arriba mientras el elfo hacía grandes esfuerzos por mantener los pies sobre el lomo del imot. Estos, olfateando el riesgo, habían aumentado la velocidad sin mucha fatiga. Valeria mantenía la vista al frente sin perder su objetivo. En cuanto localizaran al señor Moné, podría lanzar un hechizo más mortífero que sus armas contra los espectros. Era una carrera contrarreloj, y ella no iba a dejar de pisar el acelerador. Su corazón latía desbocado y un regusto amargo se había adueñado de su boca. No podía quedar mucho más. El alarido de los espectros era ensordecedor. Cada vez que lograban seccionarles un ojo, emitían un chillido metálico que penetraba por los oídos como perforadoras segando una barra de hierro. ¡Tenían que aguantar un poco más! ¡El mago los ayudaría!

Y, entonces, entre el caos que estaba reinando, escuchó una voz en la lejanía. Se permitió girar la cabeza hacia el oeste. Había alguien allí blandiendo antorchas como si de armas se tratara. Frunció el ceño y entornó ligeramente los párpados como si así pudiera distinguir mejor lo que ocurría. Y, en aquel preciso instante, la vio. Euren, victoriosa, guiaba a sus soldados eufóricos hacia ellos. Las dos esferas mágicas que portaban Coril y Jonay para visualizar mejor a los espectros debieron haberla alertado. Pero ¿cómo no se daba cuenta de que ya luchaban contra espectros? ¿O es que no le importaba dirigir a sus hombres hacia una ratonera?

—¡Coril! ¡Tenemos más problemas! —gritó angustiada.

El elfo, concentrado en el espectro que se acercaba al grupo peligrosamente, no se había percatado de la presencia de Euren.

—Nunca imaginé que pudiera ser tan temeraria —dijo, apuntando al ser que ya tenía a tiro—. Ella tiene magos. Podría haber descansado una noche y alejarlos de un riesgo innecesario.

—Creo que su sed de venganza puede más que ella —intervino Jonay.

Coril lanzó por fin la flecha que retenía. Había esperado al momento preciso para no errar el tiro, ¡y no lo hizo! Atravesó el ojo izquierdo del espectro, dejándolo fuera de combate.

—¿Y qué sugieres? —le preguntó Valeria, que continuaba el galope sin titubear.

—¡Parece que vienen más bichos de esos! —exclamó Nora.

—¡Nuestros latidos son la brújula que necesitan! ¡Van a seguir apareciendo! —Coril intentaba pensar con rapidez sin soltar el arco—. ¡Los latidos!… ¡Sí, claro, los latidos!… El grupo de Euren es más numeroso. Sus latidos deben resonar con más fuerza que la nuestra. Tenemos que dirigirnos hacia ellos.

—¡¿Estás loco?! —Por primera vez, Valeria cuestionó una de sus órdenes—. ¡Si no nos matan unos, no matarán los otros!

—¡Jefe, tengo una idea mejor! —Jonay agarró una de las sacas, abandonando su posición—. Tú lo has dicho antes… ¡Fogonazos de luz!

Reunió todas las esferas mágicas que poseían y, creando un haz luminoso tan potente como turbador, inició el vuelo hacia los espectros. Coril no tuvo tiempo de detenerlo. Maldijo en élfico y saltó hasta el imot que guiaba Nora tomando las riendas.

—¡Jonay, vuelve aquí! —le imploró Valeria—. ¡Es un suicidio!

—Nos está dando la oportunidad de salvarnos. ¡Sigue con la vista al frente y no mires atrás!

Jonay se acercó lo suficiente para conseguir desviar la atención de los espectros hacia el foco de luz, y entonces surcó el cielo como si de una bala se tratara. Los bichos lo seguían histéricos, ansiosos por devorar el resplandor que portaba. Y cuando al fin distinguió a los enemigos que se abrían camino con fervor y disciplina, descendió en picado en una maniobra arriesgada. Ruby lo vio llegar, pero no tuvo tiempo de reaccionar. Él desparramó las esferas centelleantes en el interior del grupo e inició de nuevo el ascenso desapareciendo en el firmamento. Ella, perpleja, había observado cómo lanzaba las bolas esféricas sin comprender qué hacía. No se trataba de artefactos explosivos ni tampoco incendiarios. ¿Qué demonios estaba tramando? Entonces escuchó los chillidos ensordecedores de una furia de seres horrendos que se precipitaban contra ellos.

Huyó despavorida mientras contemplaba aterrada cómo algunos de sus compañeros eran apresados por los espectros. Descubrió horrorizada cómo esos seres, al más mínimo contacto, conseguían paralizarlos y, a continuación, los vapuleaban histéricos en el aire como si fueran muñecos de goma. Y, al final, tras divertirse con sus maltrechos cuerpos, alardeaban de unas uñas tan largas como afiladas y les abrían la boca para después apoyar sus labios en los rostros yertos de sus víctimas. Estas comenzaban entonces a secarse por dentro y envejecían en cuestión de segundos hasta que sus cuerpos putrefactos se convertían en un polvo que terminaba confundiéndose con la arena del desierto. ¡Les succionaban la vida!

Corrió hasta Euren, que gritaba apremiando a sus magos para que lanzaran un conjuro eficaz que aniquilara a esos bichos. Pero hasta que uno pudo agitar su varita sin ser devorado, aquello fue una pesadilla de la que era imposible despertar.

Érika se había subido a los hombros de Nico, que corría como un galgo siguiendo la estela difusa que había dibujado el mago con su

bastón. De vez en cuando miraba hacia atrás para observar estupefacta la veintena de remolinos colosales que mostraban su poderío arrasando todo lo que encontraban a su paso. Ya no lograba ver a Daniel ni al leñador, ni siquiera el haz de luz que portaba el señor Moné en su bastón. Temía que hubieran sido engullidos por el vórtice de uno de los tornados.

Se palpó la capa, preocupada por el estado del huevo; no quería que se rompiera por los continuos tumbos que sufría. Respiró aliviada al comprobar que todo parecía estar en orden y cerró los ojos aferrándose aún más al cuello del chico. Recordó entonces angustiada las palabras del mago: «Si consigues ver la base del tornado tocando el suelo, usa la capa». Pero ella no quería mirar más. Estaba asustada y tiritaba. Y aunque sabía que su invisibilidad podía protegerla, también era consciente de que no podría salvar a todos sus amigos. Y eso la entristecía.

Varios kilómetros más atrás, Daniel corría dejándose la piel. Desde que había abandonado el baloncesto, su resistencia física se había resentido tanto que sentía un escandaloso hormigueo en las piernas. Pesaban. Ralentizaban la carrera. Pero no se daba por vencido. Debía seguir luchando. Tenía un único pensamiento en la cabeza: Valeria venía a su encuentro. Venía a rescatarlos. ¡A salvarlo! Escuchaba el atronador rugido de los feroces tornados que aumentaban su intensidad a cada segundo que pasaba. Apenas oía ya las constantes maldiciones que soltaba el leñador. Este le pisaba los talones junto al mago, que continuaba portando su bastón como si de una antorcha se tratase. Antes de iniciar la carrera, había intentado conjurar un arcoíris que los trasladara al punto de partida de la flecha, pero sus energías habían sufrido un desgaste sin precedentes. Necesitaba reponerse y conectar de nuevo con la magia. Mientras tanto, y para sorpresa de su amigo Roderick y de Daniel, usó los pies aprovechándose de la velocidad innata que poseían las ardillas.

Valeria cabalgaba como alma que lleva el diablo. Sus manos temblorosas agarraban con brío las riendas. Nada podía detenerla. Rezaba para que el plan de Jonay hubiese funcionado, eso les daría un tiempo precioso para escapar. De vez en cuando miraba hacia arriba, deseando verlo surcar el cielo, pero no había rastro de él. Se castigaba por haberlo dejado atrás sin ni siquiera titubear, pero debía centrarse en su objetivo: tenía que encontrar al señor Moné; él sabría qué magia utilizar para sacarlos de ese embrollo.

Pestañeó un par de veces. Su visión comenzaba a nublarse. Estaba agotada, y un creciente nerviosismo disparó su corazón. Tenía tantas

ganas de abrazar a Érika que apenas podía respirar. Pronto la tendría en sus brazos. Y a Nico… Y a Daniel… ¡Dios, cuánto lo había echado de menos! Había tenido que volver a pisar Silbriar para darse cuenta de que lo necesitaba a su lado. Él le infundía coraje, la animaba a continuar… Era incapaz de contar los días transcurridos desde que la había llamado por teléfono, pero simplemente su voz consiguió resucitar todos los sentimientos que había encerrado bajo llave y guardado en algún rincón de su corazón. Deseaba ver a Érika, pero ansiaba volver a perderse en el mar de nubes grisáceas que eran los ojos de Daniel. Pero… ¿cómo iba a reaccionar él después de todo lo sucedido? No podía esperar nada de él. No se lo merecía. Y aunque mantenía el alma en un puño porque su deseo era más fuerte que su razón, le suplicó al cielo encontrarlo con vida.

Los gritos de Coril la sacaron de su lucha interior. El elfo la instaba a que prestara atención al horizonte. Ansiosa, inspeccionó los alrededores. Y entonces vio algo. Al frente, ligeramente hacia la izquierda, una especie de remolino de tierra avanzaba con presteza hacia ellos. Alarmada, llevó su mano a la ballesta. Coril soltó las riendas para agarrar mejor el arco y Nora retiró la traba que sujetaba su flequillo, dejando que sus cabellos comenzaran a crecer.

—¡No te detengas, Valeria! —le ordenó el elfo—. ¡Sea lo que sea, no podemos dejar a los imots!

—¿Crees que es el grupo de Euren? —le preguntó Nora, confusa.

¡Eso no podía ser posible! Los habían dejado mucho más atrás. La única forma de que hubieran conseguido adelantarlos sería lanzando alguna clase de hechizo transportador; y, primero, desconfiaba de la capacidad de los magos novatos que integraban su grupo y, segundo, eso podría significar que el guardián de Pan había fracasado. ¡No, no, imposible! No podían haber llegado tan lejos. Tampoco se trataba del equipo de Aldin. El mago les habría hecho una señal… Debía ser otra cosa, pero ¿qué? Quizá otra bestia del desierto o, peor…, ¡jinetes!

—¡Preparadas! —las alertó—. ¡En cuanto diga, atacamos al unísono!

El remolino se estaba acercando, dejando una nube de polvo tras de sí. Se movía a tal velocidad que Valeria apenas podía seguirlo con la mirada. Era como un fantasmal reflejo en el desierto… ¡No! ¡Era un borrón! ¡Sí, eso era! ¡Una mancha poco definida que corría como un rayo!

—¡Ahora! —les ordenó Coril.

—¡Nooo! ¡Es Nico! ¡Es Nico! —gritó desesperada.

Saltó del imot sin pensarlo y corrió hacia él como si pudiera alcanzarlo, igualando su velocidad. Poco después paró, riéndose de su impetuosidad. Nico era un gran velocista que llegaría hasta ella en menos que canta un gallo. Y aunque fueron segundos que le

parecieron una eternidad insoportable, no tuvo que esperar demasiado. Él frenó ante ella con una sonrisa de oreja a oreja y Érika aprovechó para saltar a sus brazos y enrocarse en su cuello. Valeria la besaba sin dejarle espacio para respirar. Ambas rieron, confundiendo su alegría con las lágrimas que no pudieron resistirse a la enorme felicidad que experimentaban en ese instante. Nico se unió a ellas extendiendo los brazos y rodeándolas. Tampoco él pudo reprimir que decenas de gotitas saladas saltaran jubilosas de sus ojos almendrados.

—¡¿Y Daniel?! —le preguntó Valeria, impaciente.

—¡¿Y dónde está la caballería?! —Nico observó a los dos imponentes imots que se aproximaban exhaustos. Sobre uno de ellos distinguió a Coril, el elfo de confianza del mago, y en el otro fue incapaz de reconocer a la pequeña de largos cabellos pelirrojos, que lo examinaba curiosa—. ¡¿Cuántos sois?! —les preguntó alarmado.

—¡Tres! —le contestó el elfo—. ¡Solo quedamos tres!

—¡Estamos bien jodidos!

—¡Nico, escúchame! ¡¿Y tu hermano?! —insistió Valeria, alarmada al no verlo aparecer.

—Vienen detrás, creo… —le dijo, todavía perplejo—. ¿Este es todo tu equipo, Val? ¿Sois tres? Creíamos que… veníais a salvarnos —titubeaba mientras posaba la mirada en los integrantes del minúsculo grupo.

—Val, estamos huyendo de los tornados… ¡Son los jinetes! —le aclaró la pequeña, agitada.

—Ya no me quedaban fuerzas para correr con dos… Cogí a Érika y…

—¡Tenemos que ayudarlos, Coril! —Valeria montó sobre el imot que Nora mantenía sujeto—. ¡No podemos dejarlos allí!

—No podemos ir con los animales hacia los jinetes. ¡Huirían en otra dirección! ¡Nos perderíamos de nuevo! —objetó—. ¡Firmaríamos nuestra sentencia de muerte!

—Pero ¡tenemos que hacer algo! —insistió ella—. ¡No vamos a abandonarlos allí! ¡Déjame un imot, Coril!

—Voy con ella. —Nico ayudó a Nora a desmontar para luego subir él situándose detrás de Valeria—. Estoy reventado, pero si damos con ellos, puedo intentar traer de vuelta a otro.

El elfo apretó los dientes, consternado por la impotencia. No tenía muchas opciones. Clavó la mirada en los ojos miel de la muchacha, que lo desafiaba con determinación. Tenía que tomar una decisión, y esta vez iba a dejar a un lado sus razonamientos lógicos. También eran sus amigos. Así que, con un profundo pesar y desoyendo las continuas advertencias que resonaban en su mente, los dejó partir. Ayudó entonces a las dos pequeñas a subir en el único animal que les quedaba mientras contemplaba afligido cómo los dos chicos

desaparecían de su campo visual. Debía buscar otro camino. Tenía que estar preparado para emprender una huida si la situación se torcía aún más. Les sonrió a las niñas para inspirarles confianza, pero sobre todo esperanza; una esperanza que se debilitaba cada vez más. Con los jinetes azotando el desierto y la traición de los guardianes, sumado a que ninguno de los equipos se encontraba en una situación de fuerza, escaseaban las alternativas.

Inició la marcha, desviándose ligeramente del camino que habían trazado con anterioridad. Debían alejarse de los temibles jinetes, pero no demasiado. Tenían que ser visibles por si los muchachos regresaban. Una maraña de pensamientos hostiles no lo dejaba razonar con claridad. Fue entonces cuando vio aparecer a Jonay con aire victorioso a tan solo un palmo de distancia del animal. Apoyó los pies en la arena, descendiendo con suavidad, y antes de que pudiera articular palabra, el chico comenzó a hablar sin parar:

—¡Ha sido flipante! Los bichos cayeron en la trampa como moscas. Llegué hasta el grupo de Euren y les lancé las esferas. Los espectros cayeron sobre ellos como misiles y a algunos se los llevaron en volandas. —Coril lo escuchaba con las cejas levantadas y con una sonrisa de medio lado. En su rostro se plasmaba la alegría. ¡Había recuperado al guardián!—. Y antes de que pudieran reaccionar, ¡pum! —dijo, chocando un puño contra la otra mano—. ¿Y aquí que ha pasado? ¿Dónde está Valeria? —Entonces se percató de la presencia de la pequeña de cabellos dorados justo detrás del elfo. Portaba una capa roja, tal y como le había mostrado su maestro antes de emprender la misión—. ¿Érika?

El elfo le narró brevemente lo acontecido. Intentaba digerir toda la información en décimas de segundos. Muchas palabras retumbaban en su cabeza como un eco lejano. Con los ojos abiertos de par en par y el labio inferior colgando como si la gravedad no existiese en él, logró comprender dos cosas: el grupo de Aldin se encontraba en peligro y Valeria había ido a rescatarlos.

—¡Voy a por ellos! —anunció Jonay, dejando a Coril con la frase en la boca.

Ya no podía quedar mucho más. Quizá dos kilómetros, puede que menos si Valeria había seguido el trazado de su flecha hasta ellos. Podían conseguirlo. Solo tenían que aguantar un poco más. Pero él no era un corredor de fondo, y temía desplomarse en cualquier momento y quedarse allí para siempre, inerte, sin posibilidad de levantarse de nuevo. Desechó ese pensamiento. No podía permitirse ningún tipo de distracción. Correr. Debía concentrarse en correr hasta consumir su

último aliento.

De pronto, distinguió un ave que volaba a gran velocidad. La miró con extrañeza. Hasta los pájaros evitaban adentrarse en el aire desértico. ¿Qué demonios se movía con esa rapidez? ¿Era otra sorpresa de los jinetes?

En aquel momento, el pájaro inició el descenso. Parecía que fuese a aterrizar justo delante de ellos. Daniel no tenía fuerzas ni para desenvainar la espada. Entonces descubrió perplejo que se trataba de una persona. Y volaba directo a ellos. Observó de reojo que Aldin detenía su carrera, y varios metros más atrás lo hacía Roderick. Frenó. No quería rendirse, pero ya no podía más. Los tres esperaron a que el insólito visitante tomara tierra mientras los remolinos avanzaban feroces a sus espaldas. Ya sentían en sus pieles el viento huracanado que acompañaba a los estruendosos tornados. El mago lo apuntó con su bastón, y el forastero se limitó a sonreír y a acercarse sin descansar los pies en la arena.

—No puedo con los tres, ¿quién se viene conmigo? —les preguntó con una naturalidad pasmosa.

—¿Quién coño eres? —lo interrogó Daniel, desafiante.

—¡Es un guardián! —se adelantó a esclarecerle el mago.

—¡El guardián de Pan! —exclamó orgulloso—. ¡Ese soy yo!

En ese instante, y como si de un vendaval se tratase, irrumpió Nico en la conversación. Había saltado del imot cuando apenas quedaba un kilómetro e iniciado la carrera de nuevo. Aunque se encontraba extenuado, sabía que no contaban con mucho tiempo.

—Es de los buenos —terminó aclarándoles—. Está con Coril. Lo vimos mientras nos sobrevolaba, y entonces decidí venir a pie… ¡Tenemos que salir de aquí!

—Puedo intentarlo con dos, pero yo tampoco estoy al máximo.

—¡¿Volar?! —le preguntó aterrorizado el leñador. Antes de que pudiera continuar, Nico lo agarró por el brazo y puso sus botas en movimiento—. ¡Maldito muchacho! ¡Cuando pares, voy a arrancarte la piel a tiras!

Jonay apoyó las manos en la cintura para que tanto el mago como Daniel pudieran sujetarse bien y entonces inició el ascenso. No estaba acostumbrado a transportar a dos pasajeros, así que ralentizó la velocidad. Pero su cuerpo también había sufrido un desgaste brutal. Había esquivado primero a los espectros y luego a las tropas de Euren, y había divisado a Ruby mientras iniciaba el descenso. No podía borrar su rostro de incredulidad de la mente. Él había pasado de largo aposta, arrojando las esferas en la retaguardia del pelotón. No quería que ningún guardián sufriese las consecuencias de un ataque atroz. ¡Eran sus amigos! Había entrenado junto a ellos durante muchos años, y no iba a ser él quien acabase con sus vidas. No podía.

—Tengo que volar a menos altitud. Esos cúmulos que se están formando son muy peligrosos, así que volaremos por debajo de ellos —les informó con una mueca de dolor. La herida del costado le pasaba factura después de tanto esfuerzo. No podía continuar el viaje con dos. Divisó a Nico, que corría sacándole una ventaja considerable. Era mucho peso. Y el violento vendaval era más persistente en las alturas. Daba bandazos a un lado y a otro intentando mantener el rumbo, pero cada vez era más difícil. Le lanzó una mirada implorante al mago, quien pareció leer su pensamiento.

—Está bien —le dijo—. Has hecho todo lo que has podido. Pero si continuas así, vamos a morir los tres. Debes bajarme.

—Voy a volver a por usted —le aseguró con respeto—. Lo dejaré lo más lejos que pueda de esos torbellinos, pero no podré pisar el suelo, ya que el viento es muy racheado y podría derribarnos. Intentaré acercarlo a tierra lo más posible.

Inició el descenso mientras se maldecía por tener que abandonar al mago a su suerte frente a la columna de tornados que se avecinaba. ¡Mierda, mierda! De reojo, observó cómo los jinetes se aproximaban. Los nubarrones negros que cabalgaban junto a ellos emitían chispas eléctricas que podrían achicharrarlo en cualquier momento. No sabía si podría regresar para buscarlo, pues apenas quedaba tiempo. Quizá, el guardián de las botas tuviera más suerte con el suelo firme, pero, en el aire, cualquier maniobra podría resultar fatal. La visibilidad comenzaba a ser escasa, y rezó para que Valeria hubiese dado la vuelta al toparse con Nico en el retorno, si no, quedaría atrapada en el corredor de los tornados.

Quedaban pocos metros para depositar al mago en la arena. Este asentía repetidas veces para alejar la culpabilidad del guardián. Entonces observó a Daniel, que parecía haberse desmayado durante el vuelo. Mantenía los párpados entornados y la cabeza pendía de él como la de un muñeco de trapo. Con el rostro arrugado, aceleró el descenso. Debía llevarlo de inmediato hasta las esferas medicinales que guardaba el elfo.

—Creo que no se encuentra bien —alertó Jonay al mago.

—Bien, estoy preparado para dar un salto —le anunció Aldin.

—Estupendo, en cuanto le diga…

No pudo terminar la frase; las fuerzas de Daniel cedieron y cayó precipitándose al vacío. Jonay quiso recuperarlo antes de que chocara contra el suelo, pero el viento de cizalladura lo sacudía violentamente como si fuera una bolsa de plástico. En un intento desesperado para evitar que el golpe fuera mortal, Aldin dirigió su bastón hacia él, ralentizando la velocidad del descenso.

A pocos metros del suelo, Daniel recuperó la conciencia. Alarmado, comenzó a agitar brazos y piernas como si así pudiera evitar el

tremendo batacazo. Entonces reparó en que no se precipitaba contra el suelo como si fuese una piedra lanzada desde un acantilado, sino que parecía un copo de nieve que se balanceaba antes de llegar a tierra. Así que inspiró profundamente y se preparó para el inevitable choque, rezando para que no fuera muy doloroso.

La incesante ventisca levantaba la arena del suelo creando nubes de polvo que disminuían la visibilidad. Aun así, pudo contemplar espantada cómo alguien caía desde el cielo a pocos metros de ella. Apresuró al imot para que aumentara el ritmo del galope a pesar de que cada vez se mostraba más reacio a proseguir. Un aguijón perforó su vientre al divisar el cuerpo tendido en la tierra. Bajó del animal y corrió hasta él. Distinguió entonces la cabellera oscurecida por la cantidad de arena que anidaba en ella, pero incluso bajo la capa de tierra reconoció al instante la figura que yacía en el suelo.

—¡Daniel! ¡Dani! ¡No, no, no! —Se arrodilló junto a él y alzó su barbilla. Sus mejillas pálidas, castigadas por el fuerte viento que llevaba consigo kilos de arenisca, estaban marcadas por sendas heridas. Con los dedos índice y corazón buscó el latido en la carótida, algo que había aprendido en clase. Aliviada, encontró el pulso—. ¡Dime algo, por favor! ¡No te mueras ahora! ¡Daniel!

—¿Eres… tú… de verdad? —logró balbucear.

—¡Sí, sí, estoy aquí! —Apoyó la mano en su frente. Estaba ardiendo —. Tienes que hacer un último esfuerzo, ¿vale? Tienes que subir al imot… Voy a ayudarte…

Lo sujetó por los hombros y consiguió mantenerlo sentado. Miró hacia el frente. Uno de los tornados rugía como un león hambriento, ansioso por saciar su apetito. Tenían que salir de allí ya. Pasó los brazos por debajo de sus axilas y lo arrastró hasta el imot, que se revolvía inquieto. Acariciando al animal, consiguió que se postrara y, en ese momento, tiró de Daniel para subirlo al lomo. Con el rostro compungido y los labios apretados por la congoja, asió las riendas y dirigió al animal hacia donde se encontraban sus amigos.

Coril se humedecía los labios, impaciente. No podía esperar mucho más, ya que las rachas de viento eran cada vez más intensas y el imot resoplaba intranquilo. Debía iniciar el galope, retroceder y alejarse del infame desierto; quizá así podría salvar a las niñas. Érika lo miraba con ojos suplicantes. No quería marcharse hasta que regresara su

hermana, pero Nora mantenía la cabeza gacha. Había visto crecer a esa niña, observado sus progresos en el campamento de guardianes, pero sus maestros no los habían preparado para esto. Todo aguantaba el papel, pero la realidad era otra.

Los primeros rayos de sol despuntaron sombríos bajo la inminente amenaza de los jinetes. A punto estaba de comenzar la carrera cuando por fin divisó a Nico, que llegaba hasta ellos exhausto. Cayó desplomado a sus pies junto con el leñador, que no paraba de vomitar. Pocos segundos después, distinguió a Jonay sobrevolando el horizonte. Y no tardó mucho en saludar a su amigo Aldin. Pero su alegría se ensombreció al instante. ¡Faltaba Valeria!

—¡¿Y mi hermano?! —le preguntó con el alma en vilo a Jonay, quien negó repetidamente con la cabeza. Quiso iniciar de nuevo la carrera, pero el elfo lo detuvo. Los tornados despuntaban ya en un alba ennegrecida.

—¿Y Valeria? —Aunque Jonay ya conocía la respuesta, le suplicó al elfo una solución.

—¡Debemos irnos! —concluyó este—. Lo siento, no queda tiempo. ¿Has rastreado algún portal? —El chico negó con la cabeza—. Pues iniciemos la marcha, y avísanos si hay alguna novedad.

Aldin agudizó la vista, inspeccionando los alrededores. No había rastro de los chicos. Sin energías, sin apenas magia y con un solo imot, la misión se había convertido en una hazaña imposible. Caminando no llegarían muy lejos. El elfo tenía razón: solo un portal podría salvarlos de una muerte segura. Era la única manera de salir de ese agujero oscuro. Entonces, una profunda carcajada resonó en sus oídos. Giró la cabeza y vio a Roderick destornillado y señalando al aire.

—¡Maldito desierto y sus condenadas sorpresas! —El leñador reía histérico mientras el resto lo observaban estupefactos—. ¡Diantres, Aldin! ¿Por qué no me dijiste que no debía buscar los oasis en el suelo? ¡Estos endemoniados vuelan!

El mago alzó la cabeza y contempló atónito la aparición de un islote flotante. No pudo reprimir la risa. ¡Aquello era un milagro! El oasis se acercaba a ellos como una antorcha en un bosque sombrío. Gruesas raíces pendían de él invitándolos a subir. Entonces escuchó a Coril gritar eufórico. Había divisado a Valeria, que galopaba enérgica a pesar del furioso vendaval que trataba de engullirla.

—¡Sí, sí! ¡Estamos aquí! —Agitaba los brazos—. ¡Mirad arriba! ¡Estamos salvados!

18

Oasis

El murmullo embriagador del agua deleitaba sus sentidos sumiéndolo en un profundo sopor. Aun así, con la espalda apoyada en el tronco de un robusto árbol y una sonrisa placentera dibujada en el rostro, escuchaba el armonioso canto de los pájaros.

Aldin movía los dedos de la mano al ritmo de la suave brisa que rozaba su piel. Estaba en el paraíso. El cielo azul centelleaba bailando al compás de los matutinos rayos de sol. El exótico vergel que los acogía estaba plagado de plantas y extraños árboles que jamás había visto, ni siquiera en los extensos tratados que poseía del desierto del sur. Pocos habían sobrevivido a esa infame pampa, y ahora comprendía el porqué. Incluso él mismo pensó que terminaría convirtiéndose en pasto para las aves rapaces o en un espectro errante. Él, un mago capacitado y experto, a punto de sucumbir ante las cruentas condiciones del desierto. Inspiró profundamente, dejando que el perfume de las descomunales flores extasiara el aire que penetraba en sus pulmones. Respiraba paz. Y alejó de sí el torbellino de inquietud que lo sacudía.

Contempló con gozo a los chicos, que disfrutaban de las numerosas cascadas que se abrían paso entre las gruesas rocas. Decenas de finos chorros se precipitaban sobre los diversos lagos que salpicaban con una belleza indescriptible el lugar. El agua de los oasis estaba considerada como una de las más sanadoras de Silbriar, por eso intrépidos magos se aventuraban en esas tierras, ansiosos por alcanzar una isla flotante. Y muchos habían perecido a causa de ello.

Al llegar, les había ordenado a todos que lavaran sus heridas y que bebieran de las aguas medicinales. Roderick no se lo pensó dos veces y se lanzó de panza al primer charco que encontró, creando una gran onda que terminó rociando a todos los que estaban a su lado. Con los ánimos avivados y las energías fortalecidas, se divertían recogiendo provisiones, desde frutas apetitosas que ofrecían tanto arbustos como diversos árboles hasta mieles insólitas elaboradas en sendas colmenas. El oasis mimaba a los invitados que lograban llegar hasta él.

Y es que la isla flotante había aparecido sobre ellos como si de un milagro se tratara. Desde abajo, había contemplado el largo arcoíris que la custodiaba y la bañaba con sus brillantes colores dándoles la bienvenida. Era como un pedacito de cielo que se había desprendido con el único propósito de ayudarlos, como un trozo enorme de jardín

glorioso en el que podías apreciar el terreno húmedo que la nutría y de la que colgaban unas extensas raíces que se prolongaban hasta casi rozar el suelo. En aquel momento, a todos les había surgido la misma duda: ¿Cómo podrían alcanzar el oasis? Tan cercano y a la vez tan distante…

Aldin, contemplando esperanzado la tierra prometida, había vociferado: «¡Hay que sujetar con fuerza las raíces!». Todos habían iniciado una carrera contrarreloj, y con los tornados casi encima, se apresuraron a agarrarse a las extrañas lianas. Y, entonces, de una forma natural casi melodiosa, estas los columpiaron hasta depositarlos en el paraíso.

Ahora, allí, tras deleitarse con el colorido amanecer de la isla, saboreaba la ingrata tranquilidad que lo había olvidado en cuanto había pisado las tierras desérticas, y disfrutaba de cada segundo de quietud, a sabiendas de que su visita allí era temporal. Por eso frunció el ceño, expectante, al ver que el elfo, con semblante turbado, se aproximaba. Había llegado la hora de hablar.

—Algo grave debe estar pasando en el Refugio —comenzó el elfo —. Dos de los guardianes que venían conmigo se sublevaron. Se han unido a… —omitió el nombre de Euren. Todavía le escocía su traición. Ella, su amada, no había pestañeado al colocarle un cuchillo en la garganta— un grupo de rebeldes que quieren asesinar a las descendientes.

—Algo funesto presentía —le contestó él mientras se incorporaba e invitaba al elfo a dar un paseo—. Bibolum ha cortado todas las comunicaciones. No puedo usar mi magia para explicarle nuestra situación.

—¿Qué crees que está ocurriendo ahí fuera? —le preguntó, lanzando la mirada más allá de los límites de la isla volante.

—No lo sé con seguridad, pero alguien poderoso ha debido destituirlo y ha lanzado nuevas órdenes a las tropas.

—¡Piensan que aniquilando a las tres hermanas podrán vencer a Lorius!

—Pero Lorius no está solo. Hay una bruja tirmiana con él —afirmó en voz baja como si fuera una reflexión.

—Tú no crees que la tenga cautiva y se esté aprovechando de sus poderes…

—Amigo mío, conozco a Lorius y sus ansias por gobernar Silbriar. —Se distrajo observando los pajarillos de un nido que piaban suplicantes ser alimentados—. ¡Es ponderado! ¡Pierde a veces la compostura, pero su cerebro es lineal! ¿Conseguir el levantamiento de los guardianes y que nuestra propia comunidad se enfrente al gran mago que los ha salvado? ¡Demasiado retorcido incluso para él!

—Debe tener a alguien infiltrado, algún mezquino que trabaje para

él —dedujo irritado—. Si no, ¡¿cómo pudo saber el Consejo de la profecía oscura?! ¡Ni yo mismo tuve conocimiento hasta que Bibolum me citó y me contó el rapto de Lidia!

—Es evidente que el traidor arrojó la información en la comunidad siguiendo las órdenes de Lorius y la bruja.

Roderick se acercó a ellos, escurriéndose la barba con ambas manos y estirándosela para que mantuviera su posición habitual. Estaba pletórico. Sus músculos se habían tonificado, tenía la barriga llena y ya no se sentía como un indefenso corderito acorralado por las garras del lobo. Canturreaba en voz baja mientras pensaba que ese lugar podría ser el perfecto hogar para iniciar una nueva vida. Pero entonces enmudeció al escuchar la conversación de sus dos amigos:

—Si la noticia del vínculo oscuro se ha propagado como la peste por toda la comunidad —continuó el elfo—, es comprensible que el gran mago haya recibido críticas… Pero ¿un levantamiento? ¿Nuestros propios hermanos?

—No olvides que todo esto ha sido orquestado desde la distancia por alguien que ha proyectado sus tentáculos sobre el Refugio —sentenció apesadumbrado—. ¡La bruja!

—Sin la ayuda de Bibolum y con dos enemigos a los que sortear, ¿qué vamos a hacer?

—¡No hay duda! —exclamó mientras observaba a los muchachos desde la distancia—. ¡Estamos solos!

—¡Rayos y centellas! —intervino el leñador—. Pero ¡¿qué diantres está pasando con los habitantes de Silbriar?! ¡¿Han enloquecido?!

—Ignoramos la situación de nuestros aliados en el Refugio, si es que nos queda alguno, pero… no nos queda otra alternativa que proseguir —ratificó Aldin.

—¡¿Con un puñado de críos y sin ningún tipo de apoyo?! —le preguntó Roderick con los ojos desorbitados—. ¡Yo puedo con tres decenas de soldados, pero no contra esos endiablados jinetes! ¡Cáspita, Aldin! ¡Has visto lo que han hecho con nosotros! ¡¿Guiar a los chicos hasta la boca del dragón?!

—Ellos le han demostrado más lealtad a nuestro pueblo que muchos miembros de la comunidad —le aclaró el mago—. ¡Tenemos que confiar! ¡Ya lograron una vez entrar en la Fortaleza!

—Pero contábamos con el factor sorpresa. Los objetos no son detectables, pero tu magia la han olido a cien kilómetros.

—¿Quién crees que puede ser el traidor? —Coril continuaba obcecado en descubrir quién había llevado tal trama al Refugio, suplicando que el plan para derrocar a Bibolum no hubiese surgido de los elfos.

—¡Alguien que tiene voz en el Consejo!

—Yo no me fiaría de las hadas —apostó el leñador—; ya una vez la

armaron gorda.

—No podemos especular. Podría ser cualquiera…

—¡Cualquiera con estómago para hacer un pacto con ese espantapájaros de Lorius! —escupió furioso Roderick.

El elfo se permitió cerrar los ojos durante unos segundos. Comenzaba a dolerle la cabeza. El peso de sus elucubraciones no lo dejaba inspirar la brisa fresca del oasis. No creía a Euren capaz de llegar a un trato con el hombre que asesinó a centenares de elfos ni con una bruja desconocida dispuesta a donarles los Bosques Altos por su fidelidad; ella no confiaba en el canto de las sirenas. Tampoco su hermano Lucian tendría agallas para ello. Era un embaucador, un elfo hábil con la lengua pero poco diestro con el arco. No era un líder como lo había sido su padre. Él necesitaba sentirse arropado con sus decisiones. No había nacido para gobernar, sino para obedecer, por eso no dudaba en mover la cola en cuanto Euren le lanzaba un hueso. Eso descartaba a los dos hermanos, pero era evidente que le habían jurado lealtad a alguien convincente, a un ingeniero de la mentira que los había engatusado con crear un Silbriar justo y alejarlo de una vez por todas de la sombra de las tinieblas.

Se arrodilló junto al lago y se lavó la cara para despejar los pensamientos sombríos que lo envolvían en un profundo pesar. ¿Su pueblo contra las descendientes? ¡Jamás! ¡Tendría que hacerlos recapacitar!

Sentada en una roca voluminosa, Valeria jugueteaba con los pies dentro del agua mientras recogía el cabello de su hermana en una trenza. Sonreía aliviada. Había recuperado a Érika, y eso la llenaba de esperanza, de un optimismo desmesurado que la había inundado de nuevo y la hacía fantasear celebrando por anticipado el día que también pudiese abrazar a Lidia. No podía evitar sentirse dichosa. Pronto podrían volver a casa, y nada ni nadie las detendría. Se internarían en el castillo de la bruja y salvarían a Lidia. De nuevo, las tres estarían juntas, y toda aquella pesadilla habría acabado.

Rodeó a su hermana con los brazos mientras contemplaban maravilladas las increíbles criaturas que poblaban aquel paraje. Las ranas, considerablemente más grandes que las terrestres, cambiaban de color al croar, y parecía que lo hacían todas al unísono. Las mariquitas se posaban en las flores de tallo largo con unas patas que se le antojaron botines. Las diminutas salamandras portaban incrustadas en su piel diversas piedras preciosas. Y no muy lejos, extraños pájaros de pico más largo que sus zancas se zambullían en uno de los numerosos lagos como niños jubilosos ante la llegada del verano.

Érika rio. Sus ojos vivaces habían recuperado el brillo perdido. Allí, descansando sobre el pecho de su hermana, apartó el miedo que se

había instalado en su cuerpo el día que descubrió con horror el humo negro que borboteaba del estanque y que atrapó a Lidia. Aun así, una insondable desazón habitaba en lo más hondo de su alma. Ella había activado el trozo de espejo antes de lo que habría deseado.

—Perdona, Val, por todo —se atrevió a decir—. Yo quería que tú también hubieses atravesado el cristal con nosotros, pero cuando me di cuenta de que funcionaba, ya no pude pararlo.

—No tienes que preocuparte por eso. Lo importante ahora es que estamos juntas y que no vamos a volver a separarnos.

—Yo no sabía que Lidia no te había avisado —continuó agitada—. Pensaba que…

—Shhh, no pasa nada. —Le estampó un beso en la mejilla—. Tenemos que concentrarnos en liberar a la terca de nuestra hermana.

Comenzó a hacerle cosquillas hasta conseguir que las risas volvieran a resaltar el rostro candoroso de la pequeña. No quería pensar en los peligros por los que había pasado, en lo asustada que se habría sentido y en que ella no había estado allí para protegerla. Alzó la cabeza y descubrió a Daniel hablando con su hermano. Disimuló una sonrisa. Al pisar el oasis, el señor Moné se percató de que estaba padeciendo fiebres altas muy comunes en ese desierto, y por eso perdía continuamente la conciencia. Así que decidió apartarlo del resto y darle él mismo las aguas medicinales. Había dormido durante horas; un sueño reparador del que parecía haberse despertado como un hombre nuevo.

Entonces, él reparó en su mirada, y ella, avergonzada, desvió ligeramente la cabeza, concentrándose de nuevo en su hermana. No habían tenido oportunidad de hablar. Todo había sucedido muy rápido: encontrarlo, subirlo al imot y alcanzar las raíces colgantes del oasis. Profirió un prolongado y sonoro suspiro que fue interrumpido por el sonido de unos pasos decididos aproximarse.

—Quería darte las gracias por lo que hiciste. —Daniel se balanceaba presionando las puntas de los pies contra el suelo mientras mantenía las manos en los bolsillos—. No todo el mundo habría hecho lo mismo.

Ella se limitó a sonreír y a ocultar las mejillas sonrosadas tras su cabello trigueño. Quería que supiera todas las sensaciones que había experimentado desde su llamada de teléfono hasta la extraña conexión en el desierto. Tenía tantas cosas que contarle que no sabía por dónde empezar. El torrente de palabras deseosas por escapar creó un embudo en su garganta y apenas fue capaz de emitir sonido alguno. Inspiró profundamente, como si así el aire pudiera despejarles el camino a las frases que se agolpaban en su mente y obstruían su laringe.

—¿Estás… mejor? —logró balbucear con timidez.

—Sí, las llagas de mi cuerpo han desaparecido —afirmó aliviado—.

Aldin dice que alguna se habría infectado y por eso lo de la fiebre.

—Podrías haber muerto de una sepsis. —Se arrepintió de pronunciar esa frase nada más abrir la boca—. Quiero decir que… Perdona, es la estudiante de medicina que hay en mí.

—No, tienes razón… Si no hubiéramos encontrado este lugar, probablemente no lo estaría contando ahora.

—Me voy a jugar con la niña nueva. —Érika se incorporó y los miró divertida—. Creo que no tiene ni idea de cómo funcionan las cosas aquí.

Valeria observaba sorprendida cómo ella, con una naturalidad envidiable, invitaba a jugar a Nora, que aceptó sin rechistar la invitación. Esto la dejó pasmada. Era la primera vez que la veía comportarse como lo que era: una niña que quería divertirse, aunque fuera jugando al escondite. Posó entonces su mirada en Jonay y Nico, quienes habían hecho buenas migas y discutían amigablemente sobre sus respectivos objetos. A veces se retaban para ver quién era el más veloz y organizaban carreras que los mantenía distraídos. A pesar de todo lo sucedido, ella ansiaba que los dos nuevos guardianes encajaran en el grupo.

Jonay, al descubrir que lo observaba, le dedicó una pirueta en el aire antes de zambullirse en el agua, y ella le devolvió una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Quién es? —le preguntó Daniel con una inquieta curiosidad.

—Es Jonay, el guardián de Pan… Y compañero de facultad —añadió—. Es una larga historia.

—No, no me refería a eso. Ya sé que es el guardián de la gorra verde —afirmó, restándole importancia—. Pregunto que quién es para ti. —Ella arqueó las cejas, confusa, sin saber muy bien qué responder—. Como siempre, parece que tienes la cabeza sumergida en los libros y no te das cuenta de lo que sucede a tu alrededor —continuó—. ¡Le gustas! ¡Está colado por ti!

—¿Quién? ¿Jonay? No, imposible…

¿O podría ser que sí? Sus recuerdos, que parecían ahora lejanos, la llevaron al día que se presentó en la mesa cuando conversaba con sus amigas; luego a la invitación al café aromático. Al principio pensó que quizá podría surgir algo entre los dos. Era algo normal, pues se veían a diario. Él parecía interesado en ella, y a ella no le disgustaba en absoluto. Pero todo cambió en cuanto descubrió que se trataba de un guardián y que había estado espiándola. Creyó entonces que su interés era debido a que era una descendiente y nada más. Y desde que habían aterrizado en Silbriar, no había vuelto a cuestionarse el asunto. Debía encontrar a sus dos hermanas y evitar una guerra, y él, hasta en el momento más duro cuando Ruby y Kwan habían decidido convertirse en enemigos, había permanecido a su lado. Pero siempre

pensó que lo hacía en calidad de guardián de la magia y no por ella. Ahora, Daniel la hacía dudar.

—Si no sientes lo mismo, deberías decírselo para que no ande tras de ti comiendo de tu mano. —Se mordió la lengua nada más soltar la frase. No pensó que fuera a sonar tan cruel.

—¡¿Perdona?! —Enojada, se incorporó—. ¡Por un momento había olvidado tu chulería!

—¡¿Adónde vas?! —le preguntó, arrugando el rostro. Había metido la pata hasta el fondo.

Se adentró enojada por un estrecho sendero rocoso que ascendía por una de las cascadas principales, y pronto apareció ante ella una escalera de piedras. Los empinados peldaños rodeados por helechos que se entrelazaban alocados entre ellos resbalaban por la intensa humedad del terreno. Aun así, no desistió. Continuó el camino, decidida a soltar un par de gritos en cuanto llegara a un claro. Luchaba contra decenas de gotitas provenientes de la catarata que había dejado atrás y que asaltaban su rostro empañando su visión. Se afanaba en secarse con el brazo la cara empapada. De vez en cuando miraba hacia atrás comprobando que nadie la seguía y, con mueca disgustada, continuaba avanzando a sabiendas de que cada paso que daba la separaba aún más de sus compañeros.

Por fin, una discreta planicie se abrió ante ella. La hierba era tan alta que le hacía cosquillas en las rodillas. Pero lo que más la impresionó fue el hallazgo de un pequeño lago ovalado rodeado de florecillas silvestres. Era tan límpido que su rostro se reflejaba en él, y no pudo resistirse a descalzarse de nuevo, remangarse los pantalones e introducir las piernas en el agua serena. Agradecida, descubrió que estaba tibia. Hacía tantos días que su higiene personal se limitaba a escasos minutos en una tienda de campaña donde se apresuraba a lavarse las axilas y las partes íntimas que sucumbió a la tentación de darse un baño en condiciones. ¡Deseaba olvidarse de todo! Dejó la ropa cerca de un arbusto y, silenciosa, se sumergió en las cálidas aguas. Se atrevió incluso a nadar, asegurándose a cada instante de que no abandonaba su zona de seguridad, lo que para ella significaba que debía siempre hacer pie en ese terapéutico lago. Llegó a perder la noción del tiempo, pero tampoco le importaba. Era un descanso merecido después de tantos incidentes en el rudo desierto.

Admirando el celeste cielo, libre de las molestas partículas amarillas que lo enturbiaban, escuchó el inconfundible sonido de las ramas al romperse. Se puso alerta mientras sus pupilas se movían de derecha a izquierda sin cesar, buscando al culpable de haber roto su tregua. Una silueta se acercaba a la orilla, pero los rayos de sol la cegaban para distinguir con claridad de quién se trataba. Permaneció quieta, con el agua hasta el cuello, esperando como una gacela

asustadiza el primer movimiento de su depredador.

—No deberías alejarte tanto. —Reconoció la voz de Daniel, que continuaba su avance—. Aunque esto sea el paraíso, no sabemos si hay fieras o pirañas dentro del agua.

—¡¿No lo dirás en serio?! —le preguntó alarmada mientras examinaba las profundidades del lago con los ojos fuera de las órbitas.

—Digo que no deberías bajar la guardia. —Su tono era conciliador.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Volvió a recobrar la compostura y lo retó con la mirada—. Estoy intentando tener un momento de intimidad.

—¡¿Cómo iba a saber yo que habías decidido lanzarte desnuda a la aventura?! Pensaba que ese arrebato tuyo terminaría y volverías con los demás. Estaba… preocupado… —admitió sin más.

Valeria soltó un resoplido que hizo temblar a los únicos pececillos que se atrevían a acercarse a ella:

—Bufff… Perdona, me ha molestado tu comentario sobre Jonay.

—Te estaba dando un consejo —insistió él.

—¿Acaso estás celoso? —lo acusó enojada. Él arqueó las cejas y estalló en carcajadas. Ella apretó los labios, furiosa—. Sé lo tuyo con Irene…, cosa que no me importa en absoluto.

Él enmudeció y, acto seguido, comenzó a mordisquearse el labio inferior, desesperado.

—Tendrías que haberme contado lo del vínculo oscuro —le reprochó—. He tenido que enterarme por el propio Bibolum cuando aterricé aquí. Entonces, mi mente comenzó a ordenar un puzle que había desechado armar después de varios intentos, un año atrás. —Ella no fue capaz de aguantar su mirada y bajó la cabeza—. Por eso rompiste el espejo, por eso decidiste tú solita apartarme de tu vida… Todo para que tu hermana tuviera una oportunidad de rehacer la suya de color de rosa en la Tierra… ¡¿Y todo esto para qué te ha servido?! ¡Estamos aquí de nuevo! ¡No has podido protegerla!… ¡Deberías habérmelo dicho! No habría ido al parque sin comprobar primero que tú estabas de camino, no habría dejado a Lidia recitar ese conjuro, no estaría aquí partiéndome los cuernos para ir a salvarla… —Se le quebró la voz al descubrir que las lágrimas inundaban el rostro de ella—. Vas a coger una pulmonía, ¿quieres salir de ahí?

—El agua… está… calentita —logró excusarse, afectada—. Vale…, voy a salir, pero date la vuelta… Todo lo hice por mantener una promesa. Puede que me equivocara, que no calibrara bien la situación. Pero mi madre me dijo una vez que lo único puro que tenía una persona honesta era su palabra… Y di la mía…

Él se giró sobre sus talones y, de espaldas, arrugó el rostro. No quería hacerle daño. Apretó los puños, intentado contener los reproches que todavía permanecían en su corazón como agujas en un

alfiletero. Agradeció que ella no pudiera leer en sus ojos —demasiados transparentes ahora para que nadie indagara en ellos— porque, a pesar de todo, seguía queriéndola.

—Cuando llegué de Silbriar, no podía concentrarme en nada —probó a sincerarse, sin resultar lastimero—. Me venían a la mente imágenes de la Fortaleza, de la lucha en el patio, de ti desapareciendo de la ventana cuando aquel lopiard consiguió capturarte… Y el corazón me palpitaba de nuevo, como si de verdad estuviera pasando otra vez… Era incapaz de soltar una bocanada de aire y apartar esos recuerdos de mi cabeza. Y no sé cómo explicártelo, pero hay algo que me atrae continuamente a este lugar, como una energía irresistible que me empuja a pesar de mi control. —Tragó saliva y se aclaró la garganta antes de continuar—: Irene irrumpió en mi vida como un bálsamo que conseguía anclar mis pies a la tierra. Y por un tiempo pensé que las llamadas incesantes de Silbriar habían parado… Hasta que apareció Lidia.

—Lo siento —se limitó a responder. No se atrevía a consolarlo porque la culpabilidad la arrastraba al martirio y este al dolor. Y pesaba. Pesaba tanto que la ahogaba. Porque ella había sentido lo mismo. Fueron noches y noches con largas pesadillas que la angustiaron, que revolvieron sus entrañas y que la hicieron sentir chiquita—. Te doy las gracias por acudir a la llamada de Lidia. Si Nico o tú no os hubierais presentado en el parque… No quiero ni imaginar lo que habría pasado… Puede que hubiera perdido a dos hermanas sin tener ni idea de que habían sido arrastradas hasta aquí… Así que gracias, y gracias por cuidar de Érika.

—Nico se ha convertido en un gran guardián. —Se volvió de nuevo al percibir que ella había terminado de vestirse—. No ha flaqueado en ningún momento y ha mantenido el optimismo durante la travesía… ¡Se ha comportado como el hermano mayor! Y yo, en cambio, he dudado… He querido regresar a casa, a sabiendas de que me torturaría de nuevo.

—Entiendo lo que dices. Me sucede lo mismo…

—¿A ti? —le preguntó incrédulo—. ¡Tú odias Silbriar!

—Eso no es verdad —le confesó con labios temblorosos—. Es aquí donde me siento yo misma, donde soy libre, a pesar de todos los conflictos que nos rodean… Pero al mismo tiempo tengo miedo; un miedo terrible a perder a mis hermanas, y me siento responsable de mantenerlas a salvo… ¡Por eso rompí el espejo! No quiero perder a ninguna… ¡Porque ya perdí a mi madre! Y si para ello tengo que alejarlas de este sitio y renegar de los lazos que me unen a él, ¡pues lo haré! Porque son lo único que me queda, junto con mi padre y… —Frenó el discurso, temiendo confesar lo que la atormentaba. Entonces, y por primera vez desde que había empezado a hablar, clavó la mirada

en los grises ojos de él. No había niebla en ellos ni torbellinos que los separasen. Eran claros, sinceros, y ansiaban que ella continuase—. Estoy asustada. Ahora no solo debemos enfrentarnos a Lorius y a una bruja desconocida, sino también a guardianes, magos y elfos que han decidido que es mejor que muramos.

—¡¿De qué estás hablando?!

—Que hay mucha gente que cree que Lidia se convertirá en la reina de las tinieblas porque ha sellado sus labios con un beso oscuro.

—¡Eso es una tontería! Lidia odia a los mellizos. Han intentado matarnos. Esa gente no la conoce.

—¿Y si fuera cierto?

—Pero ¡¿te estás escuchando?! ¿Lidia, la que tiene un carácter indomable, seducida por un ninja maligno? Ella sabe que es oscuro. No va a ayudar a Lorius a declarar la guerra de nuevo. ¡Esa no es la Lidia que conocemos!

—¿Y entonces por qué dudo? Porque estoy cansada de decirle a los demás que mi hermana nunca haría eso… Pero estoy asustada… ¿Y si tienen razón? ¿Y si este mundo nos hace cambiar a todos y mostrarnos tal y como somos? —Una lágrima rodó por la mejilla y se perdió entre las innumerables flores que asistían expectantes a las confesiones de dos almas desnudas.

Él se acercó a ella y la rodeó con sus brazos musculados. Su cuerpo tiritaba como una gelatina a punto de ser devorada.

—Estás empapada —le dijo mientras frotaba sus brazos con las manos. Lanzó un suspiro resignado y la apretó más contra sí—. Dudamos porque no somos solo guardianes o descendientes preparados para cualquier cosa que decida el destino… ¡Somos humanos! Y son nuestras debilidades las que moldean nuestro carácter.

Ella se apartó ligeramente de su cálido pecho y contuvo una sonrisa de gratitud. Los párpados le escocían. Debía tener los ojos hinchados y las mejillas enrojecidas. Tiritaba. Se había puesto apresurada la ropa sin dejar que se secara, y estaba calada.

—Te vi… No sé cómo llegué hasta ti —desembuchó con el corazón agitado—. Estabas malherido en medio de una tormenta, y tuve mucho miedo… Pensé que no llegaría a tiempo, que iba a perderte y…

—Lo sé… Tú me guiaste. Llegué a sentir tu mano tirando de la mía —admitió algo confuso—. No sé cómo fue, pero sentí una inmensa alegría cuando apareciste.

Con la palma de la mano, elevó ligeramente su barbilla y acercó los labios entreabiertos a los de ella, rozándolos apenas, deseoso de que no lo rechazara, y permaneció inmóvil un segundo que le pareció una eternidad. Entonces, ella lo atrajo presionando con la mano su espalda hasta que su boca chocó contra sus labios trémulos, permitiendo que

su lengua invadiera su cavidad y buscara la suya, que la recibió extasiada. Sus manos resbalaban por el cuello, todavía humedecido por los largos cabellos empapados que se adherían a él. Decidió entonces secarlo con la boca que ansiaba más, recorriendo con intensos besos su oreja hasta llegar a su clavícula. Ella se estremecía con cada mordisco, con cada caricia que sus labios le regalaban. Consiguió deslizar la palma de sus manos por el interior de su camisa, palpando su torso endurecido.

Y entonces él paró. Clavó su mirada enérgica en ella y comenzó a desabotonar su blusa, dejando al descubierto su sencillo sujetador negro. La ayudó a levantar los muslos, que terminaron acorralando su cintura, y continuó besando sus senos mientras avanzaba hacia el lago. La depositó en la orilla y ella se deshizo de los pantalones, lanzándose al agua sin mediar palabra. Valeria esperó impaciente hasta que él se desvistiera y nadara hasta ella. La agarró por los muslos mientras ella enroscaba los brazos en su cuello. Aprisionó de nuevo sus seductores labios y él volvió a alzarla, embistiendo su cuerpo contra el de ella.

19

Tirmiana

Confinado junto a la ventana, examinaba con impotencia las decenas de carromatos que se agolpaban en la entrada de este. Numerosos magos llegados de todas las partes de Silbriar, en su mayoría desconocidos para él, se apiñaban en una cola para inscribirse en una lista y así asignarles habitación. Consternado, desvió la mirada para concentrarse en las decenas de cajas que descargaban afanados unos cuantos asistentes. «Provisiones», pensó. Estaban preparándose para una guerra, y su respetado Refugio se estaba convirtiendo en su centro de mando.

Gruñó contrariado. Había construido su preciada joya arquitectónica cuando todos habían perdido la fe, y ahora querían arrebatársela. Se maldijo. El Refugio contaba con más de doscientas habitaciones, varios comedores, dos bibliotecas y una enorme cocina ideada para hacer cientos de guisos para sus huéspedes. Sin contar con su mimada estancia de la cúpula, creada por él mismo como un artefacto mágico capaz de visualizar en su universo dinámico las imágenes de los hechos más relevantes.

Desde allí, sentado en su cómoda silla, Bibolum había acechado a sus enemigos cuando irrumpieron en el Bosque de las Ánimas, vigilando a los magos que trataban de acercarse sin mucho éxito a la Fortaleza, contemplando la llegada de las descendientes, el beso fatídico y la irrupción de la Resistencia en los dominios de Lorius cuando Silona abrió el portal. Pero el día que sus propios aliados decidieron tomar el Refugio, la cúpula había enmudecido. Ya no había estrellas, cometas ni planetas que bailasen al son de las dos lunas silbrarianas. Era un tapiz oscuro, un agujero negro que había succionado voraz la magia.

Había levantado su guarida con sus propias manos y con la ayuda de su inseparable varita, anhelando que cientos de guerreros, magos y artesanos acudiesen a él como si fuese su propio hogar. Pero nunca llegó a utilizar todas las habitaciones. Muchos perecieron antes de alcanzarla, otros decidieron esconderse hasta que la tormenta pasara. Pero lo que más lo afligía eran los numerosos silbrarianos que habían decidido rendirse sin oponerse siquiera a las órdenes de Lorius. Y ahora, apenado, debía contemplar cómo esos cobardes invadían su hogar aireando sus estandartes de guerra y clamando la muerte de las descendientes.

Se aferró al *Libro de las Palabras*, ansiando que sus páginas le mostraran la paz inmediata, pero estas se movían hacia adelante y

atrás sin ningún tipo de control. Hasta el libro había enloquecido. Aun así, lo mantuvo abierto por si se decidía a hablar.

Soltó un resoplido, desesperado. Todos los magos poseían algún objeto aparte de su varita que complementaba sus artes mágicas. Aldin advertía el tiempo que le restaba antes de que una palpable amenaza se evidenciara ante él con su valioso reloj de bolsillo. Era un gran rastreador y observaba el cambio repentino del viento, el agitado vuelo de los pájaros, las nubes que súbitamente se arremolinaban…. Todo eran señales, y Aldin poseía la capacidad de interpretarlas. En cambio, él deducía el futuro más probable a través de su libro. Era su talento innato. Predijo la llegada de las libertadoras, el derrocamiento de Lorius e incluso la oscuridad que reinaría si Lidia caía en malas manos. Aun así, se maldijo por no haber presentido las zarpas de la bruja sobre el tirano. Debía ser muy buena. Casi infalible. Y ahora era su obligación adelantarse a sus planes.

De reojo, observó incrédulo cómo el libro se detenía, iniciando así un flujo de letras que pronto formaron una palabra. Bibolum hundió la cabeza en el sillón. Un ligero temblor se apoderó de sus manos. Arrugó el rostro, consternado, mientras se preguntaba cómo no había acabado con él mientras tuvo la oportunidad.

Corría desesperado al escuchar los gritos de sus amigos pidiendo ayuda. Dobló la esquina y contempló cómo los tres alumnos de siempre estampaban a Lorius contra la pared mientras lo golpeaban. Entonces, alarmado, observó cómo este conseguía sacar la varita de la túnica y la sujetaba apuntando a sus agresores. Antes de que pudiera formular un hechizo, consiguió llegar hasta ellos y los apartó de su amigo sin pestañear. Lorius reprimía los sollozos al mismo tiempo que retiraba la sangre de su nariz aguileña.

—¡Me las van a pagar! ¡Esas tres bestias se acordarán de mi nombre, porque los perseguiré y los haré sufrir hasta que me supliquen morir!

—Cálmate, ya ha pasado todo —intentó consolarlo, obviando sus amenazas.

Él lo miró con los ojos todavía inyectados en sangre y el rostro asolado por la rabia.

—Ven, tengo algo que enseñarte. —Lo condujo hasta el patio y, del muro de piedras que sorteaba los límites de la escuela, extrajo una caja agujereada. Arrodillándose frente a ella, la abrió entusiasmado y le mostró un conejo. Él lo miraba desconcertado—. ¡Salta! —El animal se precipitó fuera de la caja, exhibiéndose con un brinco casi sobrenatural—. ¡Ahora, corre alrededor de nosotros! —El conejo

seguía las órdenes sin cuestionarlas—. ¡Y ahora quiero que estrelles tu cabeza contra ese árbol! —le ordenó con saña.

—¡Nooo! —Furioso, se incorporó—. ¡No puedes hacerle eso! ¡Vas a matarlo! ¡Los hechizos de control están prohibidos!

—¡Eres un aburrido! —le recriminó mientras dejaba libre al animal —. Tengo que buscar mis propios métodos de defensa. Esas tres bestias no son dignas de estar en esta escuela. Tienen cerebros de mosquito. ¡No aprecian el arte! —Clavó la mirada en él—. ¡Algún día, juntos podremos eliminar a esas ratas de este mundo! Por eso practico con conejos, lagartos o ranas… ¡Mírame, gordinflón! ¡Yo conseguiré dominar a los jinetes!

—Pero los jinetes no son seres vivos —le dijo, restándole credibilidad—, no puedes controlarlos. ¡Murieron hace siglos!

—¡Los despertaré! ¡Y cumplirán mis órdenes como lo ha hecho el conejo!

La inconfundible voz gruñona de Onrom lo devolvió al presente. Cerró el libro de un manotazo y esperó paciente a que su amigo irrumpiera en la estancia. Descansó los brazos en la panza y entornó los párpados fingiendo descansar. El enano entró blasfemando y despotricando contra los soldados que custodiaban el pasillo, seguido muy de cerca por Libélula. Llevaba el yelmo plateado que siempre lo había acompañado en las batallas.

—¡¿Es que ahora eres un prisionero?! —Escupió en la palma de una de sus manos y, frotándosela con la otra, comenzó a darle brillo a la empuñadura del hacha—. ¡Esos piojosos no me permitían verte! ¡He tenido que recordarles quién soy yo! ¡General Onrom Bartol, fiel guerrero enano y temido por lopiards y demás criaturas pestilentes! Eso, y darle una bestial patada a uno de ellos en la entrepierna.

—Muy bien hecho, amigo —lo felicitó Bibolum, riendo—. No soy un prisionero, pero vigilan muy de cerca mis movimientos. Esperan a que cometa una imprudencia y que los lleve directos a las descendientes. Por eso he cortado la comunicación con el desierto. —Indagó en el rostro de la mujer, buscando noticias alentadoras.

Ella se limitó a arrugar la nariz.

—Todavía tenemos buenos sirvientes que agudizan el oído en cuanto olfatean una conversación importante —narró ella, optimista —. Algunos magos y elfos heridos han regresado del sur. No han sido capaces de frenar a nuestros muchachos. Es más, están tratando de lanzar conjuros de localización para rastrear la magia, ¡y nada!

—¡Bien! —soltó el mago, aliviado.

—¡¿Bien?! —le preguntó nada satisfecho Omron—. ¡Eso podría

significar que nuestros magos han muerto! ¡Y a saber qué ha pasado con nuestra panda de mocosos! ¡Tienes que mandarme a ese desierto! ¡He desempolvado el yelmo y limpiado el hacha! ¡Búscame un grupo leal y entraré allí barriendo la tierra y, con ella, los traseros marranos que secundan este disparate!

—Te agradezco tu disposición, viejo amigo, pero te necesito aquí. Las cosas van a empeorar —concluyó con los ojos hundidos—. Si no consiguen rastrearlos, no se debe a que hayan perecido… ¡Han encontrado un oasis! Un lugar de paz creado por los ancestros como refugio de la magia blanca. Mientras en nuestros enemigos anide la ira, la venganza o el odio, no serán invitados a sus tierras sanadoras. Ellos están a salvo por el momento.

El enano se quitó el yelmo y lo sostuvo en los brazos. Había algo más que el gran mago no le estaba contando. Resignado, apretó los labios porque todavía debía aguardar a la batalla y se sentó junto a él, examinando con desprecio desde la ventana a los nuevos inquilinos del refugio.

—¡¿Un oasis?! —gritó frustrada, arrojando contra la pared el cepillo con el que se peinaba—. ¡¿Y por qué no lo arrasamos?! ¡Lo exterminamos!

Lorius la observaba divertido; disfrutaba de la impotencia de la bruja. Se acercó a ella con pasos sigilosos y apoyó los huesudos dedos en su hombro. Ella retiró hacia un lado sus nuevos cabellos azulados para evitar que él los rozara. ¡Cómo detestaba su narcisismo y la manía de cambiarse el color de pelo continuamente! Aun así, él mantuvo la compostura y una sonrisa cordial en el rostro, alejando sus deseos de estrangularla.

—Querida, para llevar tanto tiempo recluida en estas tierras, parece que te has olvidado de que los oasis fueron construidos a prueba de magia negra. Hasta que no abandonen el lugar, no daremos con ellos —le dijo, fingiendo calmarla—. Es más, si Aldin no vuelve a utilizar su magia, tampoco podremos localizarlos.

—¡Tus jinetes han fracasado de nuevo! —le espetó, álgida como el invierno más feroz. Volvió a mirarse en el espejo, ladeando primero su rostro a la izquierda y luego a la derecha. Sonrió satisfecha. Ni rastro de arrugas—. ¡Y si ese tal Aldin no hace uso de su magia, lo obligaremos a hacerlo!

Apartó su mano esquelética como si fuera una mosca y se incorporó. Él carraspeó, cohibido ante tal agravio. Ella caminó serena unos segundos y, de improviso, comenzó a saltar enajenada clavando los tacones en el pavimento y agitando los brazos como una niña

siniestra y antojadiza. Soltó un grito espantoso y comenzó a tirarse de los pelos, ofuscada. Él la observaba boquiabierto. No sabía cómo, pero Moira no dejaba de sorprenderlo. Con ambas manos, recogió su pomposo vestido, dejando entrever unos preciosos zapatos engarzados con rubíes, y corrió hacia él. Lorius arqueó una ceja, alarmado. La bruja parecía una vaca a punto de cometer una embestida. Pero al llegar a él, frenó y se lanzó a sus brazos, desconsolada.

—Contesta, ¿por qué te mantengo aquí junto a tus hijos… ¡si ninguno hacéis nada!? —Lloraba como una pequeña escandalosa en medio de una rabieta—. Porque yo soy buena. Te abrí las puertas de mi hogar para que no te pudrieras como un mendigo moribundo… Te he alimentado bien, a pesar de que sigues siendo un saco de huesos… Dime, ¡¿qué haces tú por mí?!

—Moira, no estás enfadada conmigo —le contestó sin perder la serenidad mientras, reticente, acariciaba su espalda—. Lo estás contigo misma. Tu plan para que los guardianes acabaran con la vida de las dos hermanas ha sido un completo desastre. Claro que tú no podías saber que depositabas tu humilde confianza en una pandilla de ineptos.

—¡Tienes toda la razón! ¡Mi plan era perfecto! ¡Lo han arruinado esos humanos incompetentes y unos magos negados! —Enterró el rostro en las manos y negó con la cabeza—. ¿Qué debemos hacer ahora?

—Ya te dije que no podemos subestimar a Aldin. Aunque sea un mestizo, posee una astucia extraordinaria. —Dio tres pasitos hacia atrás, retirándose de ella—. Puede que haya llegado el momento de que Kayla se pruebe los zapatos de cristal.

—¡Esa hija tuya es una salvaje! —le recriminó—. Cuando aprenda a comportarse como una señorita, me lo pensaré. —Se secó las lágrimas de un manotazo y se enderezó el vestido—. Ahora debemos concentrarnos en la recepción que celebraremos en tres días. Una guerra necesita aliados políticos y retribuciones económicas. —Lo miró de arriba a abajo y le mostró una mueca reprobadora—. ¡Y quítate esa túnica desgastada y ponte unos pantalones decentes para la fiesta!

Con el labio alzado, observó cómo la bruja abandonaba la sala. Se pavoneaba. Lo provocaba. Y él la odiaba tanto… Ya no albergaba ni brizna de amor por ella. Puede que un menguado cariño por lo que pudo ser. Moira compartía sus ideas de un Silbriar limpio, lo alentó a perseguir sus sueños, le suministraba en secreto los libros prohibidos que custodiaban las tirmianas… Ella era una sacerdotisa de la biblioteca más poderosa del planeta, pero se aburría solemnemente. Ansiaba volar, practicar su magia sin censuras, y decidió unirse a él en todos los sentidos: cuerpo y alma. Pero era inestable, y él empezaba a

conocer sus arrebatos de locura. Ya no le bastaba convertir a sus examantes en sapos; quería vengarse de su condición de traductora de manuscritos, oficio que detestaba. Y en vez de dirigirse a las matriarcas del pueblo para que le ofrecieran un trabajo más apasionante, decidió quemar la biblioteca y, con ello, destruir el pueblo de Tirme. Y, por supuesto, después tuvo que aparecer él, todavía hechizado de amor para rescatarla y terminar la masacre que había dejado a medias. Más tarde la encontró con las manos chamuscadas y el vestido ensangrentado, llorando angustiada porque había asesinado a sus seres queridos. No tuvo piedad ni con niños ni mujeres. Claro que él tampoco la habría tenido, pero había matado a su familia. Y él nunca les haría daño a sus hijos. Por ese motivo, se empeñaba en complacerla y trataba de apaciguarla, no fuera a ser que un día le prendiese fuego al castillo con ellos dentro.

Como cada mañana, paseaba por las estancias del palacio recorriendo cada rincón hasta la hora de comer. Después continuaba la exhaustiva inspección admirando las figuras de porcelana y los tapices ocultos entre los ostentosos muebles. No era la libertad que deseaba, pero al menos no pasaba los días y las noches recluida en su habitación para muñecas. Kirko la acompañaba como un avispado guardaespaldas dispuesto a despedazar a cualquier ratón que le obstaculizara el camino. Sentía una incompresible seguridad a su lado. Después de todo, él había estado a punto de matarla un año atrás. Pero allí, entre enemigos declarados y peligros desconocidos, él era lo más cercano a un amigo que tenía. Se esforzaba en ser amable, en hacer que su cautiverio fuera soportable, y aunque tenían visiones del mundo totalmente opuestas, ella simpatizaba con él porque lo veía como un león enjaulado cumpliendo las órdenes de un dueño cruel.

De vez en cuando observaba de reojo los movimientos descarados de Kayla, que los espiaba sin ningún tipo de reparo. Los celos la consumían. Sus ojos oscuros lucían más renegridos, apoderados por la ira que no lograba canalizar. Lidia le temía. Era rencorosa, astuta y una constante amenaza. Por eso, cuanto más la acechaba, más la empujaba a Kirko. De los dos mellizos, él era el sensato.

Caminaba distraída examinando los ventanales del castillo, todos custodiados por enormes cerrojos. Sabía que fuera encontraría la muerte. Había visto la neblina amarilla rodear el palacio. Aun así, cada vez que amanecía, su mente elaboraba un nuevo plan de evasión. Primero debía asaltar la habitación de los nenúfares ridículos para recuperar los zapatos. Después, con ellos, quizá tuviera una oportunidad de sobrevivir allí fuera. Puede que sus hermanas

hubieran muerto tal y como le había hecho saber la bruja, pero ella quería comprobarlo con sus propios ojos.

Sin embargo, todavía no había encontrado un punto de fuga exento de magia. Las puertas y ventanas se abrían bajo mandato expreso de la bruja, y así el escaso servicio aprovechaba para airear las estancias, algo que no llegaba a comprender, pues había más tierra fuera que dentro. Se había percatado de que, todos los días, Lorius y la bruja salían por la entrada principal, quizá para inspeccionar los alrededores o para recorrer unos jardines que todavía ella no había podido admirar. Fuera lo que fuese, debía tener en cuenta esa posible vía de escape.

Achicó los ojos al advertir una puerta blanca cerrada de no más de metro y medio al final del pasillo. Se volvió hacia él con rostro interrogante. Este le devolvió una mirada reprobatoria.

—No deberíamos entrar ahí —le advirtió—. Es su sala de oración.

—¿Donde hace los conjuros? ¿Llena de tarros raros y ollas sospechosas?

—Nooo —le contestó como si ella hubiese enloquecido—. La llama la Sala de los Tributos Funerarios. Es una especie de mausoleo.

Antes de que terminara la frase, Lidia ya se había escabullido en su interior. Descubrió perpleja una ciudad blanca en miniatura, con un edificio central sostenido por numerosas columnas al que se accedía tras una gran escalinata. Alrededor de este, decenas de casas se agolpaban hasta llegar a los confines de una gigantesca muralla. Más de cien figuritas de hombres, mujeres y niños adornaban las cuadriculadas calles del poblado.

—Es Tirme, y ese edificio del centro es…, era su inmensa biblioteca —le aclaró incómodo.

—¿Y por qué viene aquí a orar? —le preguntó confusa.

—Ella es tirmiana. Viene a venerar a su pueblo a pesar de que… —carraspeó, como si las siguientes palabras se le atragantaran— ella es la responsable de su destrucción.

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo?! ¡¿Por qué lo hizo?! —Lidia examinó con detenimiento el viejo pozo del pueblo, situado a las afueras, justo antes de donde comenzaban las tierras de cultivo. Se acercó a él e introdujo los dedos en el orificio, extrayendo la figura de una niña acurrucada que se tapaba la cara con las manos—. ¡Samara! —desveló sin querer—. ¡Esa tipa está loca! ¡Esto no es normal! En mi mundo, todo esto tiene un nombre: ¡psicópata! ¡Lo he visto en cantidad de películas! ¡Se le ha ido la pinza por completo!

—¡Salgamos de aquí! —Tiró de ella y la arrastró por el pasillo. No había comprendido del todo su vocabulario extranjero, pero si a la bruja le llegaban tal cantidad de lo que seguramente eran insultos, podrían pagarlo caro—. No deberíamos husmear en sus cosas.

—¡Tú le tienes miedo! ¡Tú!, que en mi insti serías el chico malo del que todas las descerebradas se enamoran, ¡le tienes miedo al coco!

—¡No se trata de miedo, sino de supervivencia! —Le soltó la mano y la miró fijamente—. ¿En serio crees que podría tener muchas admiradoras?

—¡¿Es con eso con lo que te has quedado?! —Se adelantó furiosa, dejándolo atrás. Observó que Kayla retrocedía y desaparecía escaleras arriba. Esperaba que no le fuera con el cuento a la bruja sobre su incursión imprudente en su macabro salón—. ¡Eres un niñato, como todos!

—Pero has admitido que soy fascinante —continuó con sonrisa burlona.

—¡No, no lo eres! —Volvió a girarse y se encaró con él—. ¡Tú te crees que lo eres! ¿No percibes la diferencia? Intentas engatusarme con profecías raras en vez de invitarme a tomar un helado o ir al cine porque, qué sé yo…, será el estilo de este mundo. Salimos en un libro, blablablá, que dice que debemos estar juntos, más blablablá, y crees que así yo me derretiré y caeré rendida en tus brazos… ¡Chorradas!

—Sé que te gusto —continuó canturreando—, porque me miras de soslayo con ojitos suplicantes.

—¡Oh, por Dios! Pero ¡¿qué dices?! —Apretó los labios y arrugó el entrecejo—. ¡Eso no puede ser! ¡Tú eres malvado!

—¿Eso crees? —le preguntó socarrón.

De improviso, la atrajo hacia él agarrándola por la cintura y le estampó un beso en los labios. Ella intentó apartarlo golpeando su pecho con los puños. Pero al percibir su afilada lengua hacerse un hueco para entrar en su boca, se estremeció y sus brazos abandonaron la lucha. Cerró los ojos y se dejó llevar. Lo acompañó en ese beso apasionado, deseando que no retirara su boca. Ella acariciaba sus cabellos color azabache mientras él recorría con la mano su espalda. Era puro fuego. Había carbonizado todas sus barreras y ahora se consumía por dentro.

20

Pacto

Nico disfrutaba en ropa interior de un meritorio baño, manteniendo los brazos y los pies extendidos mientras sus ojos se perdían en el azul centelleante del cielo. Se había adentrado con sus botas ágiles en una inmensa arboleda serpenteada por un estrecho camino de tierra. Había imaginado encontrarse con extensos palmerales, pero los oasis de Silbriar poseían una variada y enigmática vegetación. Aquellos árboles que había zigzagueado corriendo en su competición con el guardián volador poseían un porte majestuoso. Sus estilizadas ramas parecían rozar el ansiado edén, tanto que apenas podía apreciar la estela que Jonay dejaba tras de sí. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de esa manera. Era libre. Sin clases, sin deberes, sin novia y sin padres dándole la vara. Se divertía. Sí, había pasado un infierno recorriendo el desierto del mal y casi había estampado su cara contra una duna movediza; afortunadamente, sin sufrir ningún rasguño. Tenía que admitir que detestaba la sangre. Y si sumaba la constante huida de los jinetes, ¡sí, estaba extenuado! Pero aquello era la gloria. ¡El paraíso!

Había cruzado el bosque de los árboles gigantes y tropezado con un ancho río que, a pesar de su extraordinario caudal, discurría sereno, invadido por unos enigmáticos arbustos acuáticos. Caminó junto a la orilla, siguiendo el fragoroso rumor del agua, y continuó ascendiendo por un imperceptible sendero hasta descubrir maravillado una colosal cascada estrellándose bravía contra el río. Allí lo esperaba Jonay, mostrando el signo de la victoria en ambas manos. Y, a pesar del agua fría, decidieron que darse un baño con la increíble estampa de una cascada a sus espaldas sería irrepetible.

Así que, mientras él disfrutaba de la ley de la flotabilidad alejado de las corrientes, el osado guardián de Pan se atrevía a sumergirse cerca de la catarata. Él, de vez en cuando, lo ojeaba para comprobar que seguía resollando, y así continuaba ensimismado admirando el pintoresco paisaje. Observó entonces lo que creyó un banco de peces saltando al unísono y zambulléndose de nuevo en el agua. Recuperó la posición vertical para examinarlo mejor. No, no eran peces. Eran como diminutas sirenas de cola dorada de tan solo un palmo y con unas curiosas alas elípticas. Revoloteaban divertidas alrededor de un arbusto y, haciendo piruetas asombrosas, se lanzaban de nuevo al agua.

Se acercó con sigilo, temiendo asustarlas. Estaba encandilado. Eran

danzarinas del agua. Con una coreografía impecable, ejecutaban saltos brillantes y bailes atractivos. Observó que poseían orejas puntiagudas, como la de los elfos, y sus cabellos cortos peinados rigurosamente hacia atrás chispeaban como si llevaran purpurina. Una de ellas se percató de su presencia y, curiosa, se aproximó a él. Lo estudiaba inclinando su redonda cabeza hacia un lado. Sus ojos abiertos de par en par evitaban pestañear. Por fin le dedicó una sonrisa amigable que él le devolvió. Entonces, un grito inesperado la ahuyentó y todas desaparecieron al instante.

Nico dirigió su mirada al guardián de Pan. Estaba intentando trepar por las resbaladizas rocas para llegar hasta la cúspide de la cascada.

—¿Qué estás haciendo? —le espetó—. ¿No ves que puedes matarte? —Levantó la cabeza y, extrañado, contempló la gorra del guardián girando en el aire como si se hubiese vuelto loca—. ¿Cómo ha llegado allí arriba?

—¡Pues solita! ¡Ha encontrado un portal y me lo está señalando! —le aclaró.

—¿El salto de la cascada es un portal? —quiso saber, aventurándose hasta la base.

—¿Me quieres decir cómo demonios voy a cogerla? —le preguntó resoplando.

Nico salió del agua, ya que le era imposible recuperarla desde allí. Estaba empapado, pero aun así comenzó a calzarse las botas. Quizá con ellas tuviera alguna posibilidad. De improviso, un fogonazo plateado envolvió la gorra y las ondas lumínicas se propagaron sobre su cabeza. Se cubrió la vista con el antebrazo. El portal se estaba abriendo. Apenas escuchaba lo que Jonay decía. Se había agazapado en un saliente y se protegía como podía. En ese momento, atisbaron la silueta de una persona aparecer tras el portal, y tan pronto como apoyó los pies en la tierra, la luz se desvaneció. Asombrados, ambos chicos contemplaron el rostro festivo de Samara, que sacudía su vestido para secar la humedad que lo impregnaba.

—Por suerte, he conseguido desviar la trayectoria antes de caer al agua —les narró divertida—. ¿Qué hacéis todavía en calzones? ¡Vestíos! ¡Tenemos una guerra que evitar!

—Tengo que recuperar mi… —Señaló confuso el objeto verde, que ya había dejado de girar.

La bruja, suspirando, inclinó levemente la muñeca y la gorra se precipitó al agua.

—¿Alguna cosa más?

Escuchó el revuelo organizado y descendió por los peldaños de piedra

con presteza. Daniel la seguía muy de cerca. Gracias a una de las esferas luminosas, habían conseguido secarse. Ella estaba a punto de abotonarse de nuevo la blusa cuando otra de las bolas llegó hasta ella y, abriéndose como una flor, le ofreció la ropa con la que había llegado hasta Silbriar. Sonrió. Toda su vestimenta apestaba a sudor, así que, desechando el abrigo y el suéter, aceptó de buen gusto sus inseparables vaqueros, la camisa interior negra de asillas y los tenis. Ahora mismo no le importaba pasar algo de frío. Estaba harta del sombrero con mosquitera. Prefería la comodidad. Se recogió los cabellos en una coleta y, por el rabillo del ojo, observó que él también aceptaba de buen grado su ropa. Llevaba sus pantalones desgastados y, aliviado, calzaba sus zapatillas. Fue entonces cuando oyeron la algarabía.

Al llegar, descubrió entusiasmada a Samara, que narraba animada cómo había conseguido escapar de los guardianes y todo su periplo para rastrear la magia de Aldin y llegar hasta allí. Cruzó la mirada con Jonay, que estaba a su lado, y este apartó dolido la vista para prestar atención al relato de la bruja. Entonces se fijó en Nora, que no se separaba de Samara, como si se tratara de su madre. Pero el que más felicidad rebosaba en aquel preciso momento era el elfo. Había respirado aliviado al verla presentarse sin graves heridas y tan resuelta como siempre.

—Creo que estamos ante una rebelión —concluyó tajante—. Alguien ha debido tomar las riendas de todas las operaciones, y me temo que Bibolum podría encontrarse en grave peligro.

—Eso pensamos también nosotros —continuó el mago—. Dependemos de nosotros mismos para hacer una incursión en el castillo.

—¡La estabilidad de Silbriar está en juego! —volvió a recalcar ella —. No podemos fallarle al gran mago. Debemos elaborar un plan infalible.

Érika, que estaba atenta a las palabras de la bruja, percibió que la capa comenzaba a dar pequeños saltos, casi imperceptibles, pero lo suficiente para que ella se agitara. Giró sobre sus talones y se encaminó a los enormes arbustos previos al sendero que atravesaba el bosque de los troncos sin fin.

—Voy a recoger fruta —anunció sin más.

Aunque su hermana la observaba extrañada, continuaba absorta en el discurso de la bruja, y ella aprovechó para aligerar la marcha sin levantar sospechas. Se adentró en el primer grupo de matorrales que le sacaban un palmo. Admiró las extrañas bayas del tamaño de un puño y se atrevió a colocar una entre sus dientes. Era dulce, puede que algo empalagosa, pero te dejaba en el paladar un gusto azucarado. Advirtió de nuevo los continuos brincos de la capa y, con mucho

cuidado, introdujo las manos en el bolsillo interior y extrajo el huevo. Estaba calentito y vibraba. La capa mágica lo había ocultado, pero también cobijado. No había padecido el calor sofocante ni las inclemencias de la tormenta de arena. Se encontraba como si estuviera bajo el plumaje de su madre, o puede que bajo su piel rugosa, si es que se trataba de un lagarto. Pero ella estaba convencida de que debía ser algún tipo de avestruz gigante, y cuando creciera, podría desplazarse con ella a gran velocidad. Igual que hacían los imots, pero con cuello largo, alas y sin oler tan mal.

Una brisa delicada acarició sus mejillas. Ella alzó levemente la barbilla y admiró atónita el contoneo de las ramas verdes que con un suave murmullo la invitaban a acercarse y unirse a su danza. Hipnotizada por la sugerente fragancia a eucalipto con un cierto toque a lima, avanzó hasta la primera fila de árboles. Los rayos de sol buscaban persistentes las múltiples oquedades entre las hojas, rellenando con misterio una estampa extraordinaria, casi mágica. Deslumbrada, advirtió cómo ese ligero murmullo musical se convertía de improviso en susurros. La naturaleza le estaba hablando. No, la llamaba. Era su nombre lo que pronunciaba: «Érika, Érika…». Las letras sonaban aterciopeladas, melodiosas, envueltas en un canto mágico. Ella mantenía los ojos bien abiertos sin apenas pestañear mientras sostenía entre sus manos el cálido huevo.

De pronto, el viento comenzó a tomar forma entre las ramas de los árboles y los destellos infinitos de los rayos de sol. El aire cobraba vida. Dibujaba una larga melena dorada que escondía unas facciones etéreas. El vestido lo conformaban las decenas de hojas que se entrelazaban con naturalidad, y los pies parecían crecer del mismísimo tronco del árbol. Érika no tuvo miedo. Se limitó a sonreír mientras la figura abría los brazos. Las manos no estaban definidas; se arremolinaban en ellas diminutas flores como prolongación de su extraordinario vestido. Entonces, la figura se inclinó y ella pudo contemplar mejor su rostro. Era viento. Era sol. Era naturaleza. Y era su madre.

—¡Mi pequeña…! —Su voz retumbaba como un eco silencioso—. ¡Érika, mi vida! ¡Qué grande estás! Cariño, tienes que dejar a un lado tus preocupaciones. Nada de lo sucedido es culpa tuya, así que no tienes que estar triste —hablaba mientras ella le sonreía embelesada —. Posees un corazón de oro y siempre has sabido guiarte por él. No dejes que las decisiones de tus hermanas nublen la tuya. ¡Eres la maga! ¡El alma del grupo! Y tienes que estar lista para cuando te necesiten. Tu fe es inquebrantable. Siempre has creído en este mundo, en tu destino y en tu don. Por eso, Silbriar te recompensa con un regalo. —Le señaló el huevo que portaban sus manos—. Debes cuidarlo, quererlo, y él siempre te protegerá.

Observó ilusionada cómo el huevo vibraba y comenzaba a resquebrajarse. Su madre tenía razón: iba a tener que cuidar de un cachorrito. Sonrió agradecida.

—Mami, ¿y si el mal logra destruir el mundo de los cuentos? ¿Qué va a pasarnos?

—Las sombras no pueden destruirte porque eres luz, la luz más grande que ha visto jamás Silbriar. Eres la protectora de la magia, y esta no desaparecerá mientras sigas brillando.

La brisa dejó de soplar y, sin ella, las ramas finalizaron su danza. Los rayos de sol se retiraron repentinamente y su madre se desvaneció. Estaba feliz. Apenas conservaba recuerdos de ella, pues era muy pequeña cuando falleció, pero ahora la vería cada vez que el viento soplase, cuando acariciase sus mejillas y sus cabellos ondeasen. Porque ella habitaba en él.

Se sentó, apoyando la espalda en uno de los gigantes arbustos, y esperó paciente al nacimiento de su cachorro. Debía buscarle un nombre; un nombre que le recordase a la brisa en la que viajaba su madre. Y sonrió de nuevo satisfecha.

Brifin. Lo llamaría Brifin.

Valeria se frotaba el entrecejo con las yemas de los dedos de manera insistente. Samara continuaba relatando su calvario por el desierto sin apenas energías y sin víveres. Al caer el muro de defensa, había conseguido lanzar un hechizo ilusorio donde ella no era más que otro montículo de arena. Así consiguió que los soldados de Euren no la atravesaran con las flechas y lanzas. Pasaron junto a ella furiosos, sin percatarse de su presencia. Permaneció la primera noche allí, sin moverse, temiendo que alguno regresase. Estaba sedienta, pero aplacó las ganas de beber minimizando la mayoría de las funciones de su cuerpo. Solo su corazón latía solitario bajo las colinas de arena.

Ya con los primeros rayos de sol, su energía vital comenzó a recargarse y, con ello, sus poderes. Les había explicado que las brujas tirmianas se consagran al sol, a la luz y al día. Al mediodía consiguen su máximo esplendor, cuando la esfera ardiente ha recorrido la mitad de la jornada. Y fue entonces cuando lanzó el conjuro de localización. Al principio no detectó nada, por lo que continuó caminando. Volvió a caer la noche y buscó refugio de nuevo. No quería tropezarse con los caminantes. Aunque su energía mágica volvía a resplandecer, no quería desgastarse. Estaba segura de que su hechizo la llevaría hasta Aldin. Solo debía esperar a que él utilizase de nuevo su magia. Y lo había hecho. Ella también había visto la estela de la flecha que el mago había marcado con su bastón. Pero no pudo llegar a tiempo, ya

que los jinetes también habían olido su magia. Y tuvo que permanecer otra noche más a oscuras para evitar que ni espectros ni tropas enemigas la viesen.

—Agazapada en la arena, vi a Euren antes de encontrar el portal que me trajo hasta aquí. Les había ordenado a sus soldados que formasen grupos pequeños de rastreo y se diseminasen por todo el territorio. —Arqueó las cejas, divertida—. Sus magos son idiotas, no podrán acceder nunca a este lugar… Pero en cuanto lo abandonemos… Me temo, Aldin, que debemos limitar el uso de nuestra magia.

—Lorius también estará al acecho —afirmó cabizbajo—. Enviará a los jinetes en cuanto detecte algo, y además está la bruja… Ignoramos qué clase de poderes posee.

—Si es tirmiana, ha debido repudiar su juramento de luz, y se habrá consagrado a la noche, a las sombras… —especuló la bruja—. También ignoramos en qué condiciones se encuentra Lidia. —Valeria dio un respingo al escuchar el nombre de su hermana. No comprendía lo que la bruja quería decir—. Si el vínculo oscuro no se ha completado…

—¡No se ha completado! —le espetó el mago—. Si fuera así, ya lo habríamos sentido. Esto continúa siendo una misión de rescate —les anunció, mirando a Valeria.

—¿Qué significa eso del vínculo? —se adelantó a preguntar Daniel.

—Que todavía hay esperanza. —le contestó el pequeño mago—. Lidia no se ha entregado al mal, así que tenemos muchas posibilidades de revertir los efectos del beso.

—¡¿Cómo?! —El optimismo había regresado al alma de Valeria.

—¡Con un beso blanco! —afirmó la bruja—. Un beso de amor verdadero que borre toda la oscuridad que haya podido aposentarse en su corazón.

—¿Otro beso? —Nico arqueó las cejas, confundido—. Siento decir que no creo que en este grupo haya alguien que pueda cumplir ese requisito. —Entonces cayó en la cuenta de la presencia de Jonay—. Bueno, él no la ha besado… —El chico lo miró perplejo.

—¿Y si no encontramos a nadie en grado de hacerlo? ¿Significa que mi hermana podría estar eternamente bajo el embrujo de ese vínculo? —Por primera vez, Valeria le mostró sus dudas al equipo—. ¿Qué hacemos entonces?

Aldin avanzó hacia el centro con aire solemne y, uno tras uno, fue posando su mirada en los integrantes del grupo. Sin un líder que los apoyase desde el Refugio, sin la posibilidad de que magos aliados acudiesen a su encuentro y sitiados por dos frentes diferentes, había llegado la hora de hacer un juramento.

—Por eso Samara y yo hemos ideado un plan improvisado —les

anunció—. Nosotros nos encargaremos de que vosotros los guardianes entréis en el castillo. Localizaréis a Lidia y la traeréis a este oasis. Aquí está el portal que os llevará a casa.

—¿Y qué hacemos con Lorius y la bruja? —Coril, que hasta entonces había permanecido en silencio, mostró su disconformidad. Mantenía los brazos cruzados y el ceño fruncido—. Esto no era lo que habíamos acordado.

—¡Nosotros nos encargaremos de ellos! Les facilitaremos la huida a las descendientes y destruiremos el castillo.

—Pero ¡volveremos a un Silbriar inestable! —insistió Coril—. En cualquier momento, las fuerzas oscuras se levantarán y reinará el caos de nuevo. Todos conocemos las profecías ancestrales. Mi madre me habló durante años de ellas: «Hasta que las descendientes no asuman el trono de Silbriar, no habrá paz para nosotros».

Valeria agachó la cabeza, pensativa. No era la primera vez que escuchaba esas historias del linaje real y de las tres descendientes unidas para gobernar Silbriar. Pero ni ella se sentía capacitada para asumir una responsabilidad tan grande ni estaba dispuesta a poner más en peligro a sus hermanas. Silbriar se preparaba para una guerra.

—El elfo tiene razón —continuó el leñador—. El reinado de Silona está llegando a su fin, como predijeron los ancestros. ¿Cuánto ha durado? ¡Ni un abrir y cerrar de ojos! ¿Quién subirá al trono si las descendientes vuelven a casa?

—Desconocemos con exactitud qué ha sucedido en el Refugio. —Aldin sostenía con brío el bastón—. Ignoro quién está al mando, pero una cosa es segura. Aunque consigamos derrotar a Lorius, tenemos otro frente abierto: quieren acabar con las descendientes. Y, ahora mismo, este no es un lugar seguro para ellas. No hasta que logremos mitigar la rebelión.

—¿Y qué sugieres entonces? —le preguntó el elfo, desconcertado.

—Aldin y yo hablamos con Bibolum en cuanto conocimos el rapto de Lidia —le contestó Samara—. Las sacerdotisas trabajan día y noche para recuperar los libros más significativos. Y han encontrado algo interesante en el *Libro de los Guardianes*. —Los chicos cruzaron las miradas, expectantes—. Silbriar también encontrará una paz longeva si el guardián de la capa se alza contra las sombras. Un ejército numeroso de aliados lo seguirá, eliminando cualquier rastro de magia negra que pueda quedar.

—¿Y quién es ese guardián de la capa? —se apresuró a peguntar Daniel—. ¿Dónde podemos encontrarlo?

—Nunca he visto a nadie con ese objeto —apuntó Jonay.

—¿Ese guardián podría eximirnos del trono? —Valeria estaba esperanzada—. ¿Podríamos vivir en casa sin temor a que ninguna sea secuestrada ni engañada, teniendo una vida normal?

—Sí, mi niña —asintió Aldin, cogiéndola de la mano—. Es lo que siempre has querido, ¿verdad?

Confusa, Valeria retrocedió. Todo lo que le había confesado a Daniel era verdad. Ella también percibía esa voz interior que la empujaba a Silbriar. Quizá su madre la había sentido durante años y puede que por ello realizara numerosos viajes a este mundo. Pero ella, a pesar de la extraña libertad que sentía allí y de las continuas señales que la arrastraban a cumplir su destino, tenía miedo; miedo a perder a sus hermanas, a no ver nunca más a su padre y a permanecer años allí sentada en un trono codiciado, luchando constantemente contra fuerzas desconocidas.

Clavó su mirada en el señor Moné, que con rostro afable le sonreía y le brindaba de nuevo su mano. Luego examinó a Samara, que con ojos tiernos la invitaba a unirse al grupo de nuevo. De reojo atisbó al leñador, que blandía el hacha preparándose para la batalla. Y, finalmente, consideró a Coril. Era evidente que estaba disgustado por no haber participado en el nuevo plan. Él también había cruzado medio desierto poniendo su vida en peligro, y se mostraba reacio al pacto.

Ella no quería abandonar a sus amigos en medio de la nada y a merced de los jinetes de Lorius y la furia de la bruja, pero abrazar a Lidia era su único objetivo. Y si el mago tenía razón, debía protegerla en casa, lejos de hechiceros y locos que pedían a gritos su muerte.

—De acuerdo —consiguió decir con apenas un hilo de voz—. La sacaré de allí.

—Entraremos en el castillo sin levantar sospechas —les comunicó Nico, decidido—. Y daremos con ella.

—Nos separaremos para buscarla si es necesario. Inspeccionaremos desde el torreón hasta las mazmorras. —Daniel hundió la espada en la hierba.

—La protegeremos de cualquiera que trate de impedirlo —añadió Nora, enérgica.

—Y yo abriré el portal de la cascada y volveremos a casa —concluyó Jonay.

—Mis queridos guardianes, este pacto es inquebrantable —les anunció el mago, satisfecho—. Aunque las cosas se tuerzan, vuestra prioridad es rescatar a la descendiente sana y salva. Nosotros cumpliremos nuestra parte y buscaremos sin tregua al guardián de la capa.

—Será una tarea ardua —añadió la bruja—. La capa es un objeto que no se ha activado en siglos, pero no os fallaremos.

Érika contempló fascinada cómo del gigante huevo despuntaba una pequeña cabeza. Pronto abrió los ojos y, con un pequeño salto, se deshizo de los restos del cascarón. Era dorado. Sus relucientes ojos verdes parecían dos gemas incrustadas en su cara entrañable. Agitó sus extensas alas para despegarlas de su cuerpo todavía perezoso. Trataba también de estirar sus patas traseras para sustentar su peso en ellas. Su larga cola se meneaba, golpeando los muslos de la niña sin cesar. Entonces carraspeó varias veces como si quisiera hablar y una minúscula llamarada emergió de su garganta. Por fin miró a la niña con curiosidad. Ella le dio la bienvenida al mundo con una sonrisa de oreja a oreja. Ya tenía un cachorrito. Lo acarició con ternura mientras él le lamía la barbilla. No era lo que había esperado, pero estaba emocionada con su pequeño dragón.

Parte 4

El castillo de arena

21

Dragón

El oasis los devolvió a tierra firme en cuanto estuvieron preparados. Aldin y Samara habían recitado un sencillo conjuro de traslación, y el verdor del paisaje y los numerosos lagos se habían evaporado como si todo hubiera sido un burdo espejismo, una engañosa burla del sentido de la vista que los devolvía a la realidad. Aun así, Nico examinó ilusionado el terreno. Atrás habían dejado el mortífero desierto con sus aburridas dunas doradas, y ya no tendría que enterrar las botas en la arena para avanzar. Continuaban en una superficie árida, sí, pero ya comenzaban a insinuarse algunos matorrales y abundantes piedras que llegaban a entorpecer el camino. Aquella estampa le recordaba vagamente a las películas del salvaje oeste, donde un puñado de pistoleros se apilaban detrás de la maleza, dispuestos a enseñar los dientes podridos por una saca de oro.

Esperanzado, alzó la mirada. En el horizonte se perfilaba una cadena de montañas rocosas; una señal indiscutible de que pronto llegarían al castillo. Analizó a sus compañeros de aventuras. Todos parecían haber recuperado la fe perdida. Caminaban a su lado, animados, resueltos a completar la misión que se les había encomendado. Su hermano, que hasta entonces había mostrado su semblante más apático, avanzaba intrépido clavando su mirada despejada en la abrupta cordillera.

Sonrió para sus adentros. Daniel volvía a ser el joven que desafió a cientos de lopiards en la Fortaleza. La determinación de Valeria lo acompañaba. Esta, empujada por la revelación de las profecías blancas, marchaba decidida a rescatar a su hermana, incluso Érika había recobrado la confianza en sí misma, pues sus ojos brillaban de nuevo, ilusionada. Dos nuevos guardianes se habían sumado a ellos, y aunque no los conocía mucho, percibía el arrojo de Nora, una niña que al principio le había parecido asustadiza pero que ahora caminaba enérgica junto a Jonay. Este se desplazaba con pasos firmes, aunque de vez en cuando le lanzaba una mirada de soslayo a Valeria. No tenía nada que objetar del leñador, al que había visto flaquear y que, sin embargo, ahora mantenía su rostro fiero y alerta, preparado para la batalla. Cerraban el grupo la bruja y el elfo, ambos pendientes de la retaguardia, mostrando su valía y fidelidad. A la cabeza se encontraba Aldin, abriendo como siempre caminos con su mágico bastón. Incluso había percibido sorprendido cómo la duda lo invadía cuando los tornados asolaban el páramo, algo insólito en el audaz mago. Afortunadamente, ese atisbo de vacilación se había esfumado de su

semblante infalible.

Nico suspiró al fin aliviado al avistar las primeras aves y descubrir los extraños reptiles que habitaban el estéril confín. ¡Había vida después del desierto! Y eso lo animaba aún más, aunque él nunca llegó a perder la fe por completo, ni siquiera había sido invadido por la desesperación que había desolado al resto. Había aprendido mucho de Silbriar en su anterior aventura. Y es que, en ese mundo, el más torpe puede ser el más valiente, el indeciso transformarse en el más seguro y el cobarde enfrentarse a sus propios demonios. Silbriar era así. No había reglas, pero sí profecías que debían ser consideradas. Luchar contra el destino era casi imposible, y él había asumido el suyo. Debía responder a su llamada cuando se le requería, a sabiendas de que la misión que le sería encomendada no iba a ser fácil y que intentar escapar de ella tendría consecuencias mayores. Por eso se encontraba allí impávido, ya que tenía que rescatar a una descendiente.

Se encontraba pletórico, orgulloso de su equipo, porque cada uno de ellos, al fin, había aceptado su papel. Y ahora no se trataba de comprometerse a ocupar el trono como temía Valeria ni de aplacar la furia de los rebeldes. Lo primordial era impedir que Lidia sucumbiese al vínculo oscuro y se convirtiese en la reina de las sombras.

Érika también pensaba con más claridad. Observaba el cielo más límpido y sereno. No había nubarrones que anticiparan la llegada de los jinetes ni cúmulos gualdos que se precipitaran contra ellos. Volvía a advertir los susurros de su corazón, que la animaban a continuar diligente. Ocultaba bajo su capa al pequeño dragón, que dormitaba respetando sus órdenes. Debía cuidar de él. Lo había alimentado en el oasis, y ahora le preocupaba cómo hacerlo durante la odisea. Su madre le había asegurado que sería importante y no quería defraudarla. Haría hasta lo imposible para cuidar de él.

Agarró la mano de su hermana, ansiosa por descubrir qué nueva aventura le depararía en ese mundo.

—¿Estás cansada? ¿Quieres que te lleve un rato en brazos?

—No, estoy bien —le respondió risueña—. He visto a mami…

—¿Dónde? ¿Cuándo? —Valeria se detuvo, clavando la mirada en la pequeña.

—Antes, en el oasis… Estaba guapísima… Llena de flores… Ahora vive en la brisa…

—¿Qué…? ¿Qué te ha dicho? —Su corazón brincaba agitado.

—Que no tenía nada que temer, que era una portadora de luz y que, aunque vinieran tiempos oscuros, yo seguiría brillando. —Se encogió de hombros y sonrió divertida—. Te habría gustado verla, ¿verdad?

—Sí, mucho —le confesó en voz baja—. Tengo tantas preguntas que hacerle.

—Bueno, volverá a ti cuando la necesites, porque yo la necesitaba tanto… No me encontraba muy bien, ¿sabes? Pensaba que había hecho las cosas mal, pero no es verdad. Si te guías por tu corazón, todo estará bien, aunque los demás crean que no.

La abrazó hasta advertir la respiración de la niña en su cuello. ¡Cuánta razón tenía! Tanta culpa y tantas dudas habían obnubilado la suya. Había sacrificado su propio bienestar por ser demasiado mental, por imponer su juicio sobre sus sentimientos. La besó en la frente y le agradeció que hubiese compartido su momento con su madre. Miró al frente y se dispuso a continuar la marcha. Tenía tantas cosas por resolver… Debía disculparse con Lidia, aclararle todo lo sucedido, admitir que había sido arrogante y a veces demasiado crítica con sus iniciativas. Iba a sacarla de ese castillo aunque fuera lo último que hiciera en la vida.

Érika le devolvió el beso y corrió hasta alcanzar al señor Moné, quien sonrió de medio lado y acarició sus cabellos dorados. Había apreciado su cambio de actitud. La niña temerosa del desierto había desaparecido por fin. Recordó las palabras que Bibolum pronunció antes de partir: «No temo a las bestias de la noche. Tú eres un mago astuto. Son las arenas del sur las que me preocupan. La entereza se resiente, la vacilación toma el control. Es una trampa mortal para las emociones».

—¿Cuándo piensas presentarnos a tu amiguito? —le soltó sin más, haciendo que ella se sonrojara—. Soy mago, ¿recuerdas? Percibo toda clase de energías a mi alrededor. Y sé que desde hace varios días alguien late bajo tu capa.

—No quería que me dijera que no podía tenerlo —le contestó avergonzada.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Mi padre no quiere animales en casa. Dice que llevan mucho trabajo y pensé que…

—Tú eres capaz de cuidarlo, estoy seguro de ello. ¿Puedo verlo?

Introdujo las manos en la capa y extrajo al pequeño dragón. Aldin, ligeramente sorprendido, arrugó la frente y se colocó unos anteojos para analizarlo mejor. El animal comenzó a volar alrededor de ella emitiendo suaves rugidos. La compañía se detuvo al instante. Todos observaron perplejos al extraordinario polizón que se unía a la travesía.

—¡¿De dónde ha salido ese bicho?! —Valeria corrió espantada hacia su hermana.

—¡Es increíble! —gritó Nico, que no salía de su asombro.

—Jovencita, no esperaba que fuera tan grande —le susurró el mago mientras le guiñaba un ojo—. Ignoraba que tu capa fuera como el bolso de la señorita Poppins.

—¿Muerde? —le preguntó con curiosidad Nora.

—¿Desde cuando tienes ese animalucho? —Jonay admiraba su impecable planeo.

—¿Hace lo que le pides? —Daniel lo escrutaba con cierto recelo.

—¡Muy bien, se acabaron las preguntas! —les ordenó tajante Aldin—. Es hora de que descansemos y comamos algo.

Se dirigieron hacia un grupo de rocas que resaltaba entre el paisaje amarillo y allí se acomodaron. El dragón se posó junto a Érika y comenzó a lamerse las alas. Todas las miradas se centraban en él. Algunas fascinadas, otras curiosas, y la de Valeria más bien contrariada.

Aldin se aproximó a la niña, dichoso. Achicó sus ojos oliva y apartó el bastón para que su nuevo amigo no interpretara la acción como hostil.

—¡Un dragón dorado! ¿Sabes que los consideraban extintos? —Le habló lo suficientemente alto para que los demás escucharan y así aplacar la creciente incertidumbre del grupo—. Los dragones azules habitan en los Lagos Enanos. También hay unos cuantos verdes en los Valles Infinitos, y los blancos merodean en las Montañas Sagradas… Pero hacía siglos que nadie veía uno dorado. ¿Has visto alguno más?

—Creo que su madre murió en las dunas movedizas —le dijo, negando con la cabeza—. No sé si tiene más familia.

—Uno de los mejores amigos de Bibolum fue un dragón blanco. Luchó con él en la Primera Gran Guerra. Se llamaba Mivial. Juntos surcaron los cielos en la mayor batalla aérea que jamás ha conocido Silbriar. —Hizo una pausa, afligido—. Fueron inseparables hasta que murió por una herida mortal en el vientre. Muchos dragones fueron abatidos en aquella monstruosa guerra. ¡Demasiados! Bibolum estuvo con él hasta que soltó su último aliento.

—¡Qué triste! ¡Pobrecito! —Cogió al animal y lo colocó sobre sus rodillas. Pesaba, pero aun así lo sostuvo mientras acariciaba su cola—. Brifin es bueno… Mi madre me dijo que era valioso.

—¡Es un dragón dorado y tú una descendiente! —exclamó sin poder evitar que sus ojos se humedecieran—. Érika, tu labor en este mundo va a ser más grande de lo que sospechaba. ¡Eres la guardiana de los guardianes!

—¿Eso qué significa? —intervino Valeria, temerosa.

—Que si alguien puede devolverles la cordura a los custodios de los objetos, es ella. —Desvió la mirada para analizar el duro ascenso que les esperaba—. Pero todo a su debido tiempo… Tenemos un castillo que encontrar.

Valeria alzó la mirada. Tras esas montañas rocosas, a pocos kilómetros, los esperaba una bruja desconocida con grandes ansias de poder, y a su lado, el hechicero con el alma más oscura que jamás

había conocido. No iba a ser una tarea fácil penetrar en una en una fortificación cuando ellos ya estaban alertados de su llegada. No contaban con el factor sorpresa. Lorius era conocedor de que la magia de los objetos no podría ser detectada, razón por la que habría reforzado las defensas de las murallas y habría plagado las diversas entradas con numerosas trampas.

Pronto prosiguieron la marcha. El camino cada vez era más empinado y afanoso. Aunque una estrecha senda marcaba la dirección a seguir, se encontraban a veces considerables piedras que debían apartar para continuar la marcha. Ni Aldin ni Samara podían utilizar su magia, así que el leñador tomaba la iniciativa empujando los pedruscos con su inusual fuerza hasta hacerlos caer por la ladera. El ascenso estaba siendo fatigoso. Las cantimploras repletas de agua gracias al oasis pasaban de una mano a otra sin descanso. Roderick, a la cabeza del grupo, despejaba la ruta, seguido muy de cerca del señor Moné, que consultaba como de costumbre su reloj muy a menudo.

De improviso, Valeria dio un traspiés y Jonay estiró el brazo para sujetarla, pero antes de que este llegara a ella, Coril ya la había agarrado por la cintura y evitado que cayera. El chico cruzó la mirada con ella y, dándole la espalda, continuó la marcha.

—Deberías estar más atenta —le sugirió el elfo con semblante severo—. Estos guijarros son muy resbaladizos. —Ella asintió levemente—. No hemos tenido la oportunidad de hablar desde que abandonamos el oasis —continuó él mientras la acompañaba en la ascensión—. Si esa profecía blanca del beso contrarresta los efectos negativos bajo los que se podría encontrar tu hermana, deberíamos tenerla muy en cuenta.

—No estás de acuerdo con el plan del señor Moné, ¿verdad? —Ella observaba de reojo sus reacciones. El elfo mantenía el ceño fruncido y la mirada férrea—. Yo solo quiero recuperar a Lidia. Sé que estás preocupado por tu pueblo y por lo que Euren te ha hecho, pero yo no puedo hacer que ella cambie de opinión. ¡Me odia!

—Érika camina junto a un dragón dorado. Ya has escuchado antes a Aldin. Es la guardiana suprema, y a ella le deberán su respeto. —Guardó un silencio incómodo que ensombreció la mirada de ella—. He hecho un pacto, y cumpliré con él —continuó rotundo—. Para los elfos, los pactos son sagrados, y juro por la paz de mi pueblo que no descansaré hasta encontrar a ese guardián de la capa. Pero a él no lo conozco —añadió—, y a ti sí. Eres valiente y generosa a la vez, una guerrera capaz de atravesar mundos para proteger a sus seres queridos. ¡Eres la portadora de la ballesta! El objeto que preserva a los hijos. Y por eso es tu linaje el que conciliará a pueblos tan distintos. —Resignado, suspiró—. No, no conozco a ese guardián ni sé qué atributos posee para subir al trono de Silbriar.

—¡Yo no quiero ser reina, quiero ser cirujana! Estoy estudiando para ello —se excusó.

—¿Estás segura? Porque si es tu voluntad, la aceptaré como han hecho los demás. —apretó los labios, asintiendo—, aunque crea que desperdiciaremos a las descendientes… y tengamos que esperar miles de años a que los tres dones vuelvan a manifestarse en una generación.

El turbador graznido de un cuervo hizo que todos elevaran las cabezas y contemplaran petrificados la aparición en el aire del pájaro portador de los malos augurios. Volaba bajo buscando alimento. Pero tanto Aldin como Samara eran conscientes de que los ojos de un cuervo eran también los de una bruja. Incapacitados para utilizar la magia, posaron su mirada en el leñador y luego en el elfo. Este extrajo una flecha del carcaj y asió el arco con cautela, apuntando al ave que se aproximaba. Pero antes de que pudiera lanzar un tiro certero, el dragón se elevó mostrando sus magníficas alas y lo interceptó antes de su llegada. Escupió fuego de su garganta atronadora y se abalanzó sobre él mordiendo su cuello. Después lo trajo a tierra y desaparecieron ambos tras una roca afilada ante la mirada atónita de la compañía.

—Creo que Briffin tenía hambre. —Érika se encogió de hombros mientras soltaba una risita nerviosa.

El leñador, boquiabierto, dejó caer el hacha al suelo y, sin pestañear, clavó la mirada en el mago, pero este mantenía la atención puesta únicamente en su reloj de bolsillo. Sus ojos se achicaron. Algo iba mal. Pocas cosas perturbaban el semblante de su amigo, y desde luego un dragón devorando un pajarraco no era una de ellas. Agudizó entonces el oído y, tras el algarabío de los chicos celebrando conmocionados la incursión del animal en el aire, escuchó el resuello furibundo de un desconocido. Alguien los seguía.

Les ordenó a todos que guardaran silencio. Había permanecido tantas veces en el bosque agazapado tras un árbol esperando la llegada de los asquerosos lopiards que era capaz de reconocer su aliento a varios metros de distancia. Y no, no se trataba de alguien aislado. Quizá de un grupo de tres o cuatro. Escuchó los susurros del elfo, que apremiaba a los chicos para que se ocultaran. Debían preparar una emboscada. Recogió el hacha y buscó un saliente lo suficientemente grande para ocultarse. Estaban en un terreno peligroso, con laderas empinadas y precipicios comprometidos. Desconfiado, refunfuñó. Los jinetes no se desplazaban por tierra, así que debía tratarse de los traidores que había mencionado el elfo.

De pronto, vislumbró tres figuras que sigilosas inspeccionaban cada roca con la que tropezaban y buscaban ansiosos alguna maleza rota que les indicara que iban por buen camino. Eran tres jóvenes: dos

mujeres y un hombre. No los había visto antes. Avanzaban ágiles en silencio; solo los delataba su aliento impaciente. Una de ellas era fornida. Sus brazos estaban musculados y su mandíbula, tensa. La otra, a pesar de sus largas y delgadas piernas, era de mediana estatura. Tenía el cabello más corto que la anterior y negro como una noche sin luz. Su mirada era avispada, como la que poseían los expertos cazadores. Y, por último, examinó al hombre, de baja estatura y liviano en sus movimientos. Era evidente que no eran elfos ni tampoco gozaban de la altivez que él describía como innata en los magos. Eran guerreros adiestrados. Debía tratarse de los primeros guardianes que habían despertado en los últimos tiempos.

De pronto, se percató de que la joven de ropajes negros y cabellos claros se aproximaba peligrosamente a la posición de la pequeña Nora. Volvió a refunfuñar y, resoplando con enorme fastidio, saltó sobre la roca que lo había mantenido oculto.

—Mis queridos campesinos, ¿qué hacéis por estos lares? —Se frotaba la barba con rostro afable—. ¿Acaso os habéis perdido?

—¿Quién coño eres? —le preguntó Ruby con aires de despotismo.

—Mmm… Soy el duende de las Montañas del Sur —les dijo mientras bailoteaba sobre la piedra—. Os puedo conceder un deseo si sois tan amables de regresar por donde habéis venido.

Los tres guardianes intercambiaron las miradas, desconfiados. Coril, que se encontraba junto a Valeria y Nico detrás de unos arbustos, se llevó la mano a la frente. ¿Qué diantres estaba haciendo el leñador? ¿Un duende del tamaño de cuatro barriles de cerveza? ¡¿Quién demonios se tragaría que un barbudo gordinflón viviera en una cueva llena de ollas de oro?

Agobiado, suspiró. Debía improvisar un plan urgente. Desde su posición no lograba divisar a Aldin, pero podía imaginar su cara de asombro. Atónito, Nico observaba su ridículo bailecillo mientras de reojo recibía las señales de su hermano, quien le indicaba que estuviese preparado. Posó la mano en el hombro de Valeria y le señaló la posición de Daniel. Algo estaba tramando. Ella negó con la cabeza repetidas veces. Él ignoraba los poderes de esos guardianes, y ella había sufrido en su propia piel las embestidas de Ruby y el magnetismo de Kwan. Ignoraba quién era la tercera en discordia. Pero, aunque se encontraban en superioridad numérica, ni Aldin ni Samara podrían usar su magia.

—¡Apártate, payaso, de nuestro camino! —lo amenazó Ruby—. ¡No quiero entretenerme acabando con un borracho!

—¡Por los sapos pestilentes de los pantanos! ¿A quién llamas borracho, maritornes? —Dejó ver su hacha al apoyarla sobre el hombro—. ¡Yo les digo a los espíritus que habitan en las rocas que prosigan con su encargo! —Con un baile de cejas continuo, le indicaba

al resto que continuara sin él—. ¡Nadie osará interrumpir su tarea, ya que el Gran Duende se responsabilizará de estos insignificantes pazguatos!

—¿Nos está diciendo que nos vayamos? —logró susurrarle Valeria al elfo.

—¡Se acabó la farsa! —gritó Ruby—. ¡¿Dónde está el resto?! ¡Has terminado con mi paciencia!

Coril sujetó a Valeria por los brazos y clavó su mirada inequívoca en ella. Esta sabía lo que iba a pedirle y por eso negaba mientras mantenía los labios apretados.

—Largaos de aquí. Me quedo con el grandullón. Recuerda lo que te prometí… Lleva a tu hermana a casa. Voy a encontrar al guardián de la capa.

Entonces abandonó el escondite, empuñando el arco y consiguiendo desviar toda la atención hacia él. Tanto Valeria como Nico aprovecharon para alcanzar la posición de Daniel. Desde allí observaron que el mago los animaba con la mano a continuar.

—¡Ruby, Kwan! ¿Me habéis echado de menos? No conozco a vuestra amiga —los saludó el elfo, sonriente.

—¡Se llama Nafula, y es de Kenia! —Nora apareció junto a Coril y este la miró sorprendido—. Os lo debo —le dijo—. Y siempre es mejor un tres contra tres. —Retiró la traba de sus cabellos—. Déjame a Kwan. Impediré que toque su estúpida flauta.

—¿Y qué objeto posee esa tal Nafula? —le preguntó desconfiado.

—¿No conoces a *La Bella Durmiente*? —Él levantó las cejas al escuchar su risita socarrona—. ¡No dejes que te clave una aguja! ¡O dormirás cien años!

Coril soltó un largo resoplido al comprobar que de las palmas de la mano de la enjuta guardiana nacían decenas de aguijones. Cuatro o cinco se despegaron de ella y salieron despedidos como proyectiles. El elfo consiguió agacharse antes de que lograran agujerear su rostro. Tal y como le había prometido Nora, antes de que Kwan rozara con sus labios la flauta, lanzó sus cabellos, que se enredaron en las muñecas del guardián. Ruby había iniciado su transformación y sus colmillos afilados clamaban venganza.

—¡Bien! ¡Por fin una bestia con la que luchar! —El leñador soltó una gran carcajada y de un salto se situó frente a ella—. ¡Estaba cansado de jinetes invisibles! ¡Ahora sí que podré usar mi hacha!

Brecha

Atravesó enojado el patio del Refugio con paso ligero y mascando sus habituales hierbas de menta. Escupía a diestro y siniestro sobre las botas de los nuevos reclutas que se afanaban en recibir las últimas instrucciones. Algunos se atrevían a insultarlo, pero desistían en cuanto el enano les lanzaba una mirada fiera.

Cruzó el pórtico de la entrada y divisó a Libélula Morrigan corriendo de un lado para otro controlando las decenas de cajas que se apilaban en el salón. Revisaba afanosa todas las provisiones de los diferentes regimientos. Pronto partirían los primeros, quienes protegerían el Sendero de las Especias y flanquearían el Bosque de las Ánimas Perdidas, los dos puntos estratégicos del norte. No podían descartar que Lorius irrumpiera de nuevo en los que fueron sus bastiones más relevantes. Tampoco podían desechar la invasión más lógica: si la bruja se encontraba ahora en el sur, debían asegurar el Camino de las Piedras Silentes y sus variopintos poblados. Todo estaba perfectamente organizado. El nuevo Consejo había apuntado que si el grupo enviado al desierto no lograba acabar con las descendientes, Lorius trataría de alcanzar primero el castillo de Silona y luego el Refugio. En cambio, si Lidia moría, no se atrevería a continuar con su hazaña; no desprovisto de su mejor arma: el vínculo oscuro.

Onrom refunfuñó al comprobar el inmenso despliegue de abastecimientos que estaban preparando. Demasiados hombres y mujeres, numerosos suministros. Y, al final, ¿quién pagaba todo eso? ¡El pueblo! Menos grano, agua escasa… Todo ello le resultaba una aberración. Maldijo sin reparo contra un par de soldados memos que impedían que accediera a la segunda planta. Uno de ellos, al descubrir que se trataba del enano con malas pulgas que le había asestado una patada en la entrepierna, lo dejó pasar sin mostrar más objeciones. Se internó en el ancho pasillo que conducía a los aposentos principales, cavilando sobre quién habría orquestado aquella sinrazón. Sí, debían protegerse de las garras voraces de Lorius. Ya habían estado bajo su yugo, habían padecido su totalitarismo, ¡y claro que tenían que defenderse! Pero ¡todo aquello era un desmadre!

Zacarías, el mago blanco de las Montañas Sagradas, había solicitado la colaboración de la comunidad enana. El viejo Galvian había accedido con la condición de que ellos mismos dirigieran al pelotón de enanos. El honor había recaído en Onrom, pero él lo había rechazado. No iba a llevar a sus hombres a una guerra en la que ni él mismo creía. Además, prefería permanecer en el Refugio junto a

Bibolum a la espera de cómo se desarrollasen los acontecimientos y para defender, en caso de que fuera necesario, el baluarte más significativo de Silbriar.

—¡¿No decían que no habría guerra si conseguían terminar con la vida de las hermanas?! ¡¿Qué temen ahora?! ¡Esta pandilla de ineptos nos va a llevar al desastre! —se lamentó una vez que se presentó en la habitación del gran mago—. ¡¿Por qué no esperan a tener noticias?!

—No me comunican sus decisiones —le informó impasible mientras pasaba las hojas de un libro—. Me han apartado del Consejo y me impiden participar en sus claustros.

—Pero ¡¿por qué diseminan nuestras tropas por todo Silbriar?! ¡Zacarías actúa como un loco!

—Zacarías se ha visto acorralado por el joven hada y Lucian —dedujo sin apartar la vista de las páginas del enorme tratado de magia—. Son conscientes de que si Lorius conjura a todos los seres de la noche, los primeros a los que atacará será a las hadas. ¡Las detesta! Quiere erradicar el polvo mágico para evitar que concedan deseos, maleficios o lo que quiera que hagan con él. Y después irá a por la comunidad élfica, que tanto se le ha resistido por incumplir sus leyes y no someterse a él.

—¡Entonces reaccionan como desesperados! —objetó malhumorado—. ¡Nadie conoce los verdaderos planes de ese brujo esquelético y arrugado! ¡¿Y por qué Belemis ha enviado a esa caprichosa de Lena a reconocer el estado de Silona?

—Belemis no es idiota. —Suspiró—. Se ha dado cuenta de que quien reina ahora en Silbriar no es ella, sino su joven general. Quiere asegurarse de que no la están torturando. Si ella muere, las casas mágicas se disputarán de nuevo el trono.

—¡Por las barbas endiabladas de los gnomos, ya hay una guerra por ese condenado trono! —maldijo—. ¡Lorius quiere sentar su trasero arrugado en él!

Clavó la mirada en el mago, que había cerrado el libro y permanecía cabizbajo. Parecía ausente, atrapado por sus propios fantasmas, arrastrado por los remordimientos que continuaban mortificándolo sin darle tregua. Allí, apoltronado en el sillón, había envejecido años. El valiente mago que había capitaneado a los extraordinarios dragones en la Primera Gran Guerra había menguado. Y algo lo torturaba de tal forma que consumía su esencia, su alma.

Corría sin aliento bajo una lluvia incesante, desesperado por llegar a la dirección que señalaba el papel mojado que sostenía en la mano. Se había convertido en un joven mago prometedor. En los últimos años

había dado un estirón considerable, y eso había hecho que su barriga no sobresaliera tanto. No gozaba de un cuerpo atlético, pero tampoco era un requisito indispensable para entrar en el destacamento de magia básico. Se avecinaba una guerra, y él desenfundaría su varita para proteger a los suyos.

Golpeó varias veces la puerta sin recibir respuesta. Estaba empapado. Sus cabellos castaños chorreaban tanto que podría beber de ellos. Después de unos minutos de espera, la puerta se deslizó lo suficiente para que pudiera pasar. Titubeó unos segundos. No comprendía el porqué de tanto secretismo. Avanzó vacilante hacia el interior de la estancia y descubrió a Lorius leyendo junto al fuego de la chimenea. Ni siquiera levantó la cabeza al sentirlo llegar.

—¡Qué difícil ha sido encontrarte! —le recriminó—. ¡Tantas indicaciones codificadas para esto! —Observó con el ceño fruncido la sala. No había nada que se saliera de lo normal—. ¿Qué tiene ese lugar de especial? Es una cabaña sin más…

—Será mi hogar durante algún tiempo. —Le daba caladas a una diminuta cachimba sin mostrar interés por su visitante.

—He venido a decirte que me he alistado. Hay rumores de guerra… Los humanos quieren hacer desaparecer la magia. ¡Dicen que es peligrosa, que ha muerto un niño!

—Los humanos siempre se han sentido seres inferiores —se limitó a decir—. ¡Y lo son! Carecen de virtudes que podamos envidiar. Las hadas tienen su estúpido polvo mágico, los gnomos son grandes inventores y sanadores, los elfos hablan con los ridículos espíritus de la naturaleza, y nosotros, los magos… Bueno, ya sabes…

—¡Han empezado a colgar brujas en el este! ¡Pronto llegarán aquí! —exclamó impotente—. Además, algunos hechiceros han aprovechado para unirse a ellos y reclamar una magia restrictiva.

—Ya tenemos una magia represiva. Muchos conjuros continúan prohibidos para evitar dañar a especies inferiores. —Se le escapó una risa contenida.

—¡Lorius, tenemos que hacer algo!

—Esta no es mi guerra, gordinflón. —Se incorporó y, por primera vez, lo miró a los ojos—. Es una causa perdida. La brecha se abrirá y nos dividiremos en múltiples universos. Así lo anuncian las profecías.

—¿Y piensas quedarte aquí sin hacer nada mientras miles de magos mueren intentando salvar lo que es nuestro por derecho?

—Siento decepcionarte, querido —asintió con una mueca de indiferencia—, pero no voy a ir contigo a las trincheras. Mis planes requieren absoluta devoción y concentración, y esta guerra está perdida antes de empezarla.

—¡¿Y qué planes tan importantes son esos que te impiden unirte a los tuyos?! —le preguntó enfurecido—. ¡¿Sigues con la absurda idea

de despertar a los jinetes?!

—Algún día entenderás que son ellos los que reunificarán de nuevo el universo. Y ese día me gustaría que estuvieras a mi lado como mi leal servidor.

Despertó de su ensoñación y examinó el rostro sañudo de su amigo. Comprendía su impaciencia. Él mismo estaba a merced de los acontecimientos, todo escapaba a su control. Confinado en sus aposentos, ignoraba el destino de Aldin y las descendientes, y deseaba que su grupo de aliados consiguiera proteger la vida de las hermanas. Si se extinguía la estirpe de Ela, Silbriar estaría condenado a padecer continuas revoluciones, todas las casas lucharían por el trono y algunos seres mágicos correrían el peligro de desaparecer. No podía permitir que esto aconteciese, pero tampoco que Lorius usurpase de nuevo el poder aprovechándose del vínculo oscuro. Conocía su alma empobrecida y llena de odio. Su corazón nunca se había movido por el amor, sino por la ambición. Había urdido ese plan muchos años atrás, y él nunca le había dado la importancia que se merecía. Creyó que se trataba de los delirios de un mago herido en su orgullo y no de las ideas de un narcisista dispuesto a cruzar los límites para vanagloriarse de sus infravaloradas capacidades.

Contrariado, suspiró en presencia del viejo enano. Este, intuyendo el torrente de impotencia que bullía en su interior, le dio varias palmaditas en el muslo y se sentó junto a él. Algo terrible callaba. Lo había visto consultar el *Libro de las Palabras* varias veces, y deducía que su resultado había debido ser funesto para que afectara tanto a su amigo de humor optimista. Él solo ansiaba que, fuera lo que fuese lo anunciado, el libro se equivocara.

Admiraba el vestido de noche que le habían depositado con esmero sobre la cama. El negro no era un color que le gustase demasiado, pero el escote en forma de pico y las delicadas gasas que cubrían los prodigiosos bordados la enloquecían. Nunca había lucido una prenda de tal distinción. Lo sujetó con sumo cuidado y, sin ponérselo, lo colocó sobre su ropa para alardear ante el espejo de su buen talle. Estaba radiante.

Tatareó las primeras notas del único vals que recordaba, *El Danubio Azul*, y pronto sus pies comenzaron a desplazarse. Poco a poco y de puntillas, se deslizó por toda la estancia al ritmo de la música que

sonaba en su cabeza. La envolvía, llegaba a estremecerla, bailaba con los ojos cerrados, dejándose llevar por la fantasía. Ella, que siempre se había considerado el patito feo, era ahora un cisne de plumaje radiante. Estaba eufórica. Asistiría a un baile de gala. ¡Ella, que odiaba a las princesas insulsas y dóciles! Se presentaría como una joven enigmática, refinada y, por supuesto, sin renunciar a su carácter habitual. Iba a presumir de pareja. Y mientras avanzaba por la alfombra, imaginaba cómo él la sujetaba por la cintura y la estrechaba contra sí, cómo la hacía girar sobre el suelo de mármol y cómo ella reía de felicidad. Todos los presentes los observarían boquiabiertos, y ella los ignoraría porque sus ojos marrones estarían encandilados por la sonrisa cautivadora de él.

Pero, entonces, las luces se apagaron y la música dejó de sonar. Él desaparecía mientras extendía la mano, suplicando que la acompañase. De nuevo, se quedó sola. La sala estaba vacía. Y con los ojos humedecidos, se sentó en la cama, arrepentida. ¿Qué estaba haciendo? Ignoraba el paradero de sus hermanas. Quizá fuera cierto que habían fallecido o puede que continuaran esperanzadas su búsqueda por el desierto. No podía permitirse tales ensueños. ¡Ella no era más que una prisionera! Y sí, Kirko la había besado y creyó que desfallecía en sus brazos. Pero ¿y ahora qué? No podía vivir en ese castillo enclaustrada toda la eternidad. Tenía que huir de allí. Debía ser fuerte y combatir sus propios deseos. Pero una parte de ella se resistía. Estaba experimentando por primera vez en su vida los síntomas del amor. Percibía las famosas cosquillas en el estómago, esperaba ansiosa a que él atravesara el umbral, y por las noches, el corazón se le encogía, temiendo que ese sentimiento arrebatador desapareciera.

Se acercó a la ventana y apartó con los dedos la cortina rosa que la separaba de la realidad. El cielo brillaba como de costumbre, pero la niebla que asolaba al castillo se había reducido a la mitad; quizá porque pronto llegarían los invitados y el castillo debía ser visible. Así que pudo, después de tanto tiempo cautiva, vislumbrar extrañada una cadena montañosa que se alzaba a varios kilómetros de allí. ¿Cómo iba a escalar esos abruptos macizos más que con las manos? No llegaría a ningún lado, perecería en el intento. Resignada, resopló. ¡Tenía que recuperar los zapatos!

Absorta en sus pensamientos, no advirtió la llegada de Kirko, que la rodeó por la cintura con sus enormes brazos protectores. Retiró con ternura su cabello castaño y comenzó a besarle el cuello. Ella entornó los párpados al inicio; luego, henchida de determinación, apartó sus manos y, girando sobre sus talones, lo empujó con suavidad. Él la miró desconcertado.

—¿Sucede algo, mi reina? —Ella calló. No se le ocurría ninguna

excusa para justificarse—. Pensé que te gustaban mis besos… ¿O es que volvemos a ser enemigos?

—Echo de menos a mis hermanas. —Cruzó los brazos y desvió la mirada hacia la ventana—. Pueden estar en cualquier sitio, enfrentándose a saber qué demonios… Y yo estoy aquí…

—Ya escuchaste a la bruja. Están muertas.

—¿Y si no lo están? ¿Y si ha sido una de sus tretas? —cuestionó nerviosa—. ¡Ya has visto que está chiflada! ¡Tiene un mausoleo de Tirme!, cuando fue ella misma quien exterminó a los suyos… ¡Eso no es normal!

—Tampoco goza de mi simpatía. —Trató de aproximarse a ella, pero lo detuvo—. Pero ¿qué quieres hacer?

—Ayúdame a recuperar mis zapatos. —Lidia hablaba con seguridad —. ¡Y luego huyamos de aquí! Podemos hacerlo durante la fiesta. Las defensas estarán al mínimo cuando los invitados acudan… ¡He visto la niebla! ¡Ha comenzado a remitir!

—Sabes que no puedo hacer eso… Lo que me pides es imposible… —Le dio la espalda mientras se apretaba insistente las sienes con los dedos.

Lidia lo encaró con mirada desafiante. Mantenía los labios apretados y la frente arrugada. Quería abofetearlo, hacer que despertara de una vez de la pesadilla en la que estaba sumido. Su padre sujetaba con fuerza las riendas de su vida y la maldita bruja lo mantenía en el castillo, coaccionado. Ella estaba dispuesta a salvarlo de sus garras asfixiantes.

—Hay luz en ti —le dijo en susurros mientras acariciaba su cabello negro—. Lo sé… La he visto… No tenemos que hacer lo que la bruja nos ordene. ¡Podemos ser libres!

Él clavó su mirada en sus ojos suplicantes. Había arrebato y pasión en ellos. Ardía por dentro. Con frenesí, la atrajo de nuevo. Rozaron sus labios entre suspiros entrecortados y, esta vez, ella no pudo resistirse a su fuego.

Caminaba descalza y contrariada por la Sala de los Espejos. Había detenido su baile de forma brusca al contemplar la imagen que mostraban todos sus cristales: un cuervo carbonizado yacía entre varios matorrales mustios. Estaba furiosa. Sus cabellos se habían tornado negros y sus uñas habían crecido en apenas unos segundos. Ahora abría y cerraba sus puños histérica, escuchando el sonido de sus zarpas chocar entre sí.

Al entrar en la estancia, Lorius advirtió sus ojos electrizados y unas incipientes ojeras que se prolongaban hasta la mitad de sus mejillas.

Moira estaba más desquiciada de lo habitual. Andaba de aquí para allá con los orificios nasales hinchados y la espalda algo encorvada. Él inspiró incómodo. Ni siquiera se había percatado de su presencia. Ella vagaba como un espectro fantasmal por toda la sala, ensimismada en sus especulaciones. De vez en cuando profería un chillido nervioso mientras tiraba enajenada de sus pelos negruzcos. Por fin pareció divisarlo por el rabillo del ojo.

—Y bien, ¿qué opinas? —Su tono de voz se había agravado y sonaba desgarrador. Él arqueó las cejas, desconcertado—. ¡¿Es que no has reparado en la imagen de los espejos?!

—Perdóname si me he quedado fascinado por tus seductores andares —le contestó algo burlón—. Era imposible no posar mis ojos en ti.

—¡Uno de mis cuervos espías ha muerto calcinado!

—¿Y de qué te sorprendes? —Examinó asqueado al pajarraco con el pico abierto y las cuencas de los ojos vacías—. Sabemos que esos temerarios siguen con vida y continúan su avance. Cualquiera de ellos ha podido hacerlo.

—¡Cualquiera no! —espetó la bruja, enojada—. Mantenemos activo el conjuro de rastreo por si utilizan la magia, y no lo han hecho.

—Por supuesto, querida —asintió, desviando la mirada hacia ella, y con pasos livianos, se aproximó—. Ya te dije que no subestimaras a Aldin. Es un mestizo escurridizo.

—¡¿Y entonces quién lo ha hecho?! —Pataleaba como una mocosa caprichosa.

—Pues una flecha incendiara, o una espada ardiente…

—¡Observa mejor al cuervo! —le ordenó. Él, a regañadientes, volvió a mirar hacia el animal nauseabundo—. ¡¿Ves un orificio en su cuerpo o alguna herida mortal?! No, ¿verdad? —Despacio, Lorius se atrevió a negar con la cabeza—. ¡Porque no han sido ni flechas ni espadas! Dime entonces, mi astuto hechicero, ¡¿quién crees que ha sido el responsable de esta horrible ejecución?!

—Estás exagerando, Moira. Los guardianes son muy ocurrentes. Cualquiera de ellos habrá atacado a tu pájaro.

Lo miró desconfiada. Con un leve movimiento de la muñeca, los espejos se elevaron hasta el techo, desapareciendo tras él. Avanzó hasta el primer ventanal más cercano y, alzando la barbilla, examinó con más detenimiento las montañas afiladas que lo separaban del desierto. Achicó la mirada recelosa. Se estaban acercando. Y debía reforzar la vigilancia en plena recepción. No podía poner en peligro su tratado de alianza con los orcos malolientes y las arpías del este. Ellos formaban parte de su avanzadilla y le abrirían el paso para su espectacular arribo en el mismísimo corazón de Silbriar: el Refugio.

Desconocía qué clase de arma poseían los guardianes, capaz de

freír a un inofensivo cuervo en pleno vuelo, pero se comportaban como necios si creían que los recibiría con los brazos abiertos. Era hora de poner alerta a sus soldados de piedra y de concentrar la nube tóxica en las entradas más vulnerables. Si querían luchar, ella no iba a defraudarlos.

Se acarició la nuca con las palmas de las manos y se levantó los cabellos, despejando así su largo cuello. Le lanzó una mirada sensual al brujo y se contoneó hasta llegar a él. Este la observaba impasible, con las manos entrelazadas en la espalda. Levantó una ceja cuando ella le rozó la mano intencionadamente. No estaba para sus juegos estúpidos, pero aun así la dejó proseguir. Se contorsionaba girando alrededor de él en un ritual de cortejo muy común entre las hadas féminas. Sí, conocía a la perfección esa danza seductora. Ya la había utilizado antes, cada vez que necesitaba algo de él. Y aunque siempre le parecieron movimientos irresistibles que conseguían desatar su furor, ahora los percibía como bamboleos engañosos carentes de atractivo. Yerto, con semblante imperturbable, no se movía ni un ápice de su posición. Ella terminó de rodillas en el suelo, postrándose ante él, sumisa, esperando a ser tomada por su dueño.

—¿No tienes a tus concubinos para estas tonterías? —le preguntó mientras rechazaba su ofrecimiento alejándose de ella.

—¡Oh, vamos, Lorius! No seas grosero, que quiero divertirme un poco —le contestó con un tono casi infantil—. Al ver a mi pajarito muerto, me ha invadido una angustia terrible… ¡Necesito distraerme!

—Deberías acicalarte. Pareces una bruja desgreñada, y no puedes recibir a nuestros aliados de esta manera —le recriminó—. Algunos han llegado ya y se están alojando en sus aposentos. ¡Así que contén tu rabia y compórtate como una flamante anfitriona!

—¡Espero que no te equivoques con el crimen de mi cuervo! —le espetó exaltada. Abandonó la sala sin volver la vista atrás, colérica y resentida. Él había vuelto a rechazarla.

Receloso, arrugó el rostro. No podría mantenerla a raya mucho tiempo más. La esquivaba con la excusa de que debían concentrarse en su objetivo, la entretenía mostrándole planos de Silbriar y de cómo iniciar la conquista, incluso la retaba a realizar hechizos cada vez más complejos. Pero ella era caprichosa. Tenía que poseer el cuerpo y el alma de su compañero de contienda. No se conformaba con la promesa de que ambos dominarían el universo entero; tenía que palpar su entrega. Y él no estaba dispuesto a tal sacrilegio. Moira había sido suya una vez, y no iba a volver a cometer el mismo error. Exasperado, apretó los puños. Si la vieja bruja se descontrolaba, podría causar un daño irreparable en sus proyectos. Sus ataques de locura la hacían actuar con imprudencia e insensatez. Había arrasado a su propio pueblo, castigado con severidad a numerosos sirvientes y

aniquilado a los generales que la contrariaban. Moira era voluble, demasiado para gobernar Silbriar.

Unos pasos apresurados lo alertaron y desvió la atención hacia la puerta. Kirko apareció en el umbral con expresión turbada.

—¿Me requerías, padre?

—Sí, hijo mío… Prepárate para cualquier eventualidad. Nuestros enemigos están cruzando las montañas y pronto aparecerán —le informó taciturno—. No te apartes de la humana, tenla distraída. No quisiera recluirla. Nuestros aliados ya han manifestado su deseo de conocerla. —Kirko asentía con la cabeza gacha, actitud que no pasó desapercibida ante la suspicacia del hechicero—. ¿Todo bien, hijo? ¿Te está dando esa insolente problemas?

—No, no…, en absoluto…

—Bien, no quiero sorpresas en la recepción.

Ahondó en su mirada; el vínculo comenzaba a bullir en su interior. Le había enseñado a su hijo a no dejarse arrastrar por los sentimientos como le había sucedido a él con Moira. Las pasiones, los celos y el deseo no eran más que instintos primarios impropios de un brujo ejemplar. Confiaba en que Kirko mantuviera el control. Esa pusilánime descendiente no era más que un peón en su gran tablero de juego. Ella despertaría a las bestias, pero él las guiaría por los oscuros valles y las montañas tenebrosas hasta conseguir que el último ser de Silbriar se postrara ante él.

23

Soldados

Pronto debían encontrar dónde resguardarse. Los rayos de sol iniciaban una larga despedida salpicando con escasa luz las faldas de las montañas. En el cielo hacían su aparición nubes negruzcas anunciándoles que se introducían en los dominios de la bruja. Las noches en aquel paraje debían sumirse en la más profunda de las tinieblas. El calor los había acompañado durante toda la travesía, y ahora las temperaturas descendían de forma brusca, congelando en primer lugar las extremidades que se exponían vulnerables a un eterno atardecer.

Valeria se frotó las manos antes de agarrar la siguiente piedra. El sendero que les había mostrado el camino más fácil para el ascenso había desaparecido un kilómetro atrás. Ahora iniciaban una dura escalada únicamente con pies y manos, sujetándose a salientes e intentando no resbalar. Evitaba mirar abajo. Se concentraba en las rocas más grandes, las que facilitaban su progresión. Varias veces tuvo que detenerse y aferrarse a ellas hasta que el temblor abandonara su cuerpo. Tiritaba. Y no era de frío. Estaba poniendo a prueba su fobia a las alturas. Su corazón encogido latía desbocado, y sus respiraciones, más cortas de lo habitual, devoraban su coraje. Cuando el pánico la invadía, cerraba los ojos y contaba hasta diez. Si no desaparecía, repetía el ritual hasta que lograba calmarse.

Apenas divisaba a sus compañeros de aventuras. Había visto a Nico superarla con agilidad, y sabía que Daniel se ocupaba de la pequeña Érika. Ella no se encontraba en condiciones de mirar hacia los lados para comprobar el estado de sus amigos. Debía preocuparse por ella misma. Paró de nuevo y se mordió el labio inferior, desesperada. Había constatado desde abajo que la altura no era exagerada y que la ascensión no sería muy larga, pero para ella estaba siendo un suplicio. Nada más comenzar, había colocado en un falso apoyo el pie derecho y varias piedras habían cedido causando un leve deslizamiento de tierra. Insufló una bocanada de aire, acomodó la mano izquierda en el siguiente saliente y volvió a detenerse. Entornó los párpados de nuevo. Si continuaba de esa manera, no lo conseguiría.

De improviso, advirtió que alguien la sujetaba de la cintura y tiraba de ella hacia atrás. Paralizada por el miedo, observó cómo sus manos y pies se despegaban de la abrupta pared. Temió caer. ¡Pero no, flotaba!

—Pensé que te vendría bien una ayudita… He encontrado un llano allá arriba.

Suspiró aliviada al confirmar que Jonay la sostenía en sus brazos y volaba en dirección a la cima. Él se inclinó levemente hacia la derecha, localizando el lugar de aterrizaje, y con destreza se aproximó a él hasta que la depositó en suelo firme. Lo miró agradecida, y él, levantando la barbilla, le indicó que mirara hacia el frente. Se giró despacio. Y entonces lo vio. A no mucha distancia de allí, se alzaba desafiante el castillo de la bruja. Avanzó unos pasos para examinarlo mejor.

Las nubes ennegrecidas habían descendido del cielo para mecerlo con devoción. De hecho, parecía estar suspendido en el aire, arropado entre cúmulos tenebrosos. La escasa luz lo atravesaba con seria dificultad, otorgándole a sus muros un sobrecogedor grisáceo. Gruesas columnas de piedra que parecían no tener fin sostenían el sorprendente pórtico de la entrada. Contaba con dos esbeltas torres circulares traseras rematadas con ostentosos pináculos, otra central más ancha que contenía numerosos ventanales y consumada con una cúpula magistral, y diversos torreones que adornaban los laterales. Era majestuoso. Nunca había visto un castillo igual. No era como el de los señores del medievo, custodiado por enormes murallas con una base rectangular y fortificaciones en su mayoría cuadradas. Toda la construcción presumía de formas geométricas esféricas que aumentaban su encanto. ¡Era un auténtico castillo de cuentos de hadas!

Absorta admirando la edificación, no reparó en la llegada del resto del grupo. Jonay había ido a por ellos, uno por uno, y poco a poco se habían sumado con sigilo a la contemplación de la estremecedora estampa que se abría ante ellos. Todos callaban. Ninguno se atrevía a romper el sagrado silencio que se había instaurado en la montaña. Había asombro en sus rostros, pero también desconcierto. Allí se erguía sublime, retando al mismísimo desierto, el castillo que tanto habían anhelado encontrar. Puede que lleno de bestias acechando a los intrusos que osaran poner un pie dentro o repleto de trampas mágicas ansiosas por activarse al primer error, pero, a pesar de todo, resultaba tan bello y misterioso que Valeria temía que si apartaba la vista se esfumara. Y, con ello, las posibilidades de recuperar a su hermana.

Finalmente, el señor Moné habló. Urgía preparar la única tienda de campaña que les restaba. Como nadie que hubiera cruzado las montañas había regresado, ignoraba si ese paraje del sur más profundo estaba habitado por algún monstruo, y aunque no quería realizar ningún conjuro de protección, la tienda en sí contaba con sus propias alarmas. Y sí, después de la agotadora ascensión, necesitaban descansar, reponer fuerzas y ultimar el plan de rescate.

El mago calculaba que se encontrarían frente al castillo en el

siguiente atardecer, y así aprovecharían el crepúsculo para infiltrarse en él. Insistió bastante en que toda precaución era poca, ya que desconocía qué peligros los aguardaban y a qué o a quiénes debían enfrentarse. Había formado dos equipos, integrados cada uno por las tres hermandades sagradas. Así, en el primero se encontraban Samara, Daniel y Nico, y en el segundo, Valeria, Jonay, Érika y él mismo. Un mago, un guerrero y un artesano en cada uno de ellos. No esperaba que ambos grupos lograran entrar, pero el que lo consiguiera, debía localizar a Lidia con presteza mientras el otro prepararía el plan de fuga tal y como había diseñado.

Una vez que Érika concilió el sueño, Valeria aprovechó para observar el castillo por la noche. Antes de dejar a su hermana, no pudo evitar sonreír al comprobar que su mascota se había recostado a sus pies. No había querido disgustarla, así que, mientras charlaban antes de que ella se quedara dormida, omitió un detalle primordial: pronto regresarían a casa y no podría llevarse a su pequeño dragón. Temía que se hubiera encariñado demasiado. Le había dado cobijo bajo su capa cuando lo encontró, tal vez porque ella misma necesitaba ser auxiliada. Sin sus hermanas mayores, había necesitado confiar más que nunca en la magia que Silbriar le había regalado.

Se frotó los brazos, arrepintiéndose de no haber cogido también el suéter que la esfera le había ofrecido en el oasis, y se acercó de nuevo al abismo. El castillo continuaba allí, en la misma posición. Ni siquiera las dos lunas silbriarianas conseguían iluminarlo, y aunque su belleza seguía siendo impoluta, resultaba más tenebroso bajo el manto de la noche. Algunas estancias gozaban de la luz de los candiles, y se preguntó si en una de ellas se encontraba su hermana. Debía estar desesperanzada al ver los días pasar sin noticias, desconsolada echando de menos a su familia y furiosa por estar retenida en contra de su voluntad.

Respiró profundamente, liberando toda su congoja. Confiaba en el señor Moné. Si él afirmaba que el rescate era posible, lo era, pero no lograba deshacerse de esa molesta inquietud que aparece justo antes de realizar una tarea importante, como cuando se enfrentaba a un examen. Los nervios no la dejaban dormir, y repasaba una y otra vez las posibles preguntas hasta la saciedad. Ahora se cuestionaba las diferentes adversidades con las que podría toparse.

—No creo que se mueva de allí. —Se giró y descubrió a Jonay, que se aproximaba sigiloso.

—Te sorprenderías si supieses lo que son capaces de hacer las fortalezas y castillos de aquí. —Cruzó los brazos y volvió la vista al frente.

—¡Por fin mañana volverás a ver a tu hermana! —le anunció solemne mientras posaba la mano en su espalda—. Y regresaremos a

casa…

—Sí… —dijo riendo—. Y tendremos que ponernos con ese trabajo dichoso. ¡Yuuupiii!

—¿Tienes frío? —Se acercó más a ella y la cogió por la cintura.

—Jonay, yo… —Lo apartó con suavidad—. Lo siento, no…

—Lo sé —dijo, apretando los labios—. He visto cómo lo miras… Y si te digo la verdad, todas mis posibilidades se esfumaron en cuanto te dije que era guardián. Nunca olvidaré tu cara de espanto… «No, no, no, por favor», me gritaban tus ojos.

—¡Qué exagerado eres! —Le dio un puño en el brazo—. No fue así.

—Sí que fue así, yo estaba allí. —Bajó la cabeza, ocultando su inminente desazón—. ¿Quién sabe? Puede que en otro universo paralelo donde no hubieran secuestrado nunca a Lidia y hubiéramos continuado con nuestro trabajo, nuestras clases, nuestro día a día, todo podría haber sido posible… —Ella le ofreció una tímida sonrisa y él se enderezó, dándose varias palmadas en los muslos—. Pero no ha sido así, y aquí estamos preparados para asaltar el castillo de la malvada bruja del cuento. Esperemos que no sea tan fea como la pintan.

—¿Qué vas a hacer cuando regresemos? ¿Volverás a Tenerife?

—Primero buscaré a mi maestro. Estoy seguro de que algo le ha pasado —le contestó con rostro sombrío.

—¿No crees que se haya pasado al otro bando?

—Tú no lo conoces, Valeria. —Su preocupación era visible—. Esa lealtad con la que miras a Aldin ahora y esa entrega que siempre le ofrecías a Coril es lo que siento yo por mi maestro. Confío en él.

Escucharon unos pasos a sus espaldas. Daniel se dirigía hacia ellos con las manos en los bolsillos y semblante meditabundo. Cruzó una escueta mirada con el guardián de Pan y desvió la mirada hacia Valeria. Esta temblaba. Tenía los labios ligeramente violáceos y se estremecía a cada ráfaga de viento fresco que soplaba en la cumbre de forma intermitente. Pero él era consciente de que no era el frío el que la asolaba. La imagen del castillo en el horizonte, cautivadora y a la vez siniestra, había logrado que afloraran sus temores. Estaba tan cerca y al mismo tiempo tan lejos de su hermana…

—En la tienda estarás mejor —le sugirió—. Mantiene el calor… Aquí te vas a congelar.

—Será mejor que yo también vuelva dentro —les anunció Jonay—. ¡Mañana es el gran día! Y tenemos que estar frescos como las lechugas.

—Gracias… —Daniel le brindó la mano— por haberla traído hasta aquí.

—Es mi deber como guardián —aceptó, estrechándole la mano—. Y es tan cabezota que ella misma habría encontrado la manera de

cruzar.

Desapareció cabizbajo y sin mirar atrás. Valeria no pudo evitar sentir una cierta opresión en el pecho. No quería hacerle daño, ya que lo apreciaba demasiado. Sin embargo, sabía por experiencia que, aunque trates de ser delicado y actúes con respeto, un amor no correspondido duele en el alma.

Tenía trece años cuando su mejor amigo le suplicó que, aunque se iba a demorar, lo esperara después de clase porque tenía que confesarle algo importante. Ella era demasiado tímida, y él, un muchacho extrovertido y encantador. Lo amaba en secreto y suspiraba por que un día él sintiera lo mismo que ella, así que permaneció en la puerta del instituto, nerviosa y con el corazón a mil revoluciones. Él la cogió del brazo como de costumbre al salir y, mientras caminaban, le soltó la bomba: «Me han dicho que conoces a Silvia, que eráis amigas de la infancia». La afirmación la cogió por sorpresa y ella asintió, confusa. «Me gusta mucho, Valeria… Si pudieras hacer algo para que no piense que soy un ligón… No sé quién le ha metido eso en la cabeza. Tú me conoces, y soy buen tío». Sí, lo era. Pero también era un conquistador nato al que le gustaba flirtear demasiado. Aun así, lo miró a los ojos, y allí mismo, con un nudo en la garganta que apenas la dejaba respirar, le confirmó que haría lo que fuera por él. Prosiguieron el camino hablando de tonterías, pero ella andaba con el corazón compungido, y no se atrevía a levantar la cabeza por si él percibía su pesar. Lloró tanto aquel día en casa que pensó que las lágrimas consumirían su vida. Y se prometió a sí misma que nunca más se enamoraría.

Y detestaba que Jonay pudiera sentirse igual: desdichado y afligido. Porque el amor es maravilloso cuando lo sueñas, pero cuando alguien rompe esa ilusión, se transforma en algo abominable y desgarrador. Pensó en Daniel y en Lidia. Su hermana también había sufrido su primera decepción, y ella quiso ampararla, ya que no quería que experimentara la misma desazón. Pero no puedes proteger a nadie ante el desamor, porque la verdad hiere, y es una pena que tienes que dejar marchar porque no puedes obligar al amor a permanecer contigo sin brillar, sin luz.

—¿En qué estás pensando? —Daniel la escudriñaba, intentando descifrar sus cavilaciones.

—Que por mucho que me empeñe, no puedo evitar que las personas sufran —soltó sin apartar la vista del castillo.

—Si lo dices por Lidia —aventuró—, yo también hablaré con ella. Estoy seguro de que lo entenderá…. Además, tengo una conversación pendiente con Irene y… —Se calló. No quería agobiarla con problemas añadidos. Se situó frente a ella y le retiró un mechón de su cabello, colocándoselo detrás de la oreja—. Todo va a salir bien.

Conseguiremos llegar a casa y cumpliremos nuestra parte del pacto. La protegeremos. Le contaremos absolutamente todo: que tiene que mantenerse alejada de Silbriar, que quieren utilizarla para despertar a no sé qué demonios de las ciénagas y que debe estar atenta.

—¿Y qué va a pasar con los demás? —Alzó la barbilla y contempló con inquietud la cantidad de nubarrones que se arremolinaban alrededor del castillo—. No sabemos qué les ha pasado a Nora, a Coril y Roderick.

—Aldin dijo que se encargaría —afirmó con convicción—. En cuanto localicemos a Lidia en el palacio, tanto Samara como él podrán usar la magia. Ellos se enfrentarán a Lorius y a la bruja, y después reunirán a los aliados para encontrar al guardián de la capa.

—Eso es lo que me preocupa. —Se mordió el labio inferior—. No sabemos cómo está Bibolum, ni si Silona ha sido finalmente destituida… ¿Con cuántos aliados cuentan? ¿Y si no son los suficientes como para acallar a los rebeldes?

—Tenemos que confiar en ellos. —La atrajo con ternura y besó su frente—. Si nos necesitan, nos llamarán. Pero debemos permanecer en casa cuidando de Lidia. No podemos exponerla más a este mundo.

Ella entornó los párpados y se refugió en sus brazos. Daniel tenía razón. Lo primordial era rescatar a Lidia y regresar a casa. Allí la mantendrían vigilada. Nico la acompañaría al colegio a diario, y también Érika iría a su lado. Todos llevarían en la mochila los objetos y estarían preparados por si algo ocurriese. Daniel se había ofrecido a vigilar con su moto el recinto durante la mañana, y ella se encargaría de las noches y los fines de semana, así no perdería clases, hasta que por fin llegase el día en el que recibiesen la noticia de que Lorius finalmente había sido derrotado.

Iniciaron el descenso con la primera luz de la mañana, un tímido alba que despuntaba sosegado y que apenas ahuyentaba la niebla vespertina. Marcharon en silencio, con rostros reflexivos y suspicaces, conscientes de que pronto se desataría la tormenta. Solo Érika serpenteaba los obstáculos risueña mientras jugueteaba con su dragón. Brifin desplegaba sus envidiables alas doradas y planeaba junto a ellos como un vigilante fiero. Después volvía al brazo de la niña, donde reposaba un instante y disfrutaba de su compañía. Ella se deleitaba dichosa observando sus giros continuos en el aire. Su pequeño amigo le había devuelto no solo la sonrisa, sino la creencia de que en toda oscuridad hay un candil iluminando la salida. Así que, aunque caminaba expectante, lo hacía con la convicción de que pronto volvería a ver a Lidia y de que la bruja del cuento sería derrotada.

Nico la seguía muy de cerca. Se había detenido para amarrar con firmeza las ligas de sus botas, y aprovechó para otear la inmensa fortificación que pronto asaltarían. Tragó saliva. Era tan hermosa que

le recordó a la casita de dulces de Hansel y Gretel, apetitosa pero traicionera. Demasiado atractiva para ser verdad. Se peguntaba si su interior era igual de fascinante o todo aquello era una fachada para viajeros perdidos en busca de auxilio.

Dejó escapar una exhalación prolongada. En él recaía la parte más importante de la misión si era su grupo el que conseguía introducirse en esa trampa para exploradores hambrientos. Debía usar su velocidad para rastrear las más de cien estancias que parecía poseer el endiablado castillo en el menor tiempo posible. Todo un reto. Y aunque se creía muy capaz, tenía pavor a ser apresado por la bruja, que lo convirtiera en ratón y luego se lo comiera. No era un experto en cuentos, aunque, cuando volvió a casa, se había empapado de docenas de ellos, analizando a los protagonistas y los diferentes objetos, llegando a provechosas conclusiones: las brujas crean ilusiones y se aprovechan de los miedos del héroe. Las había feas y arrugadas, como también atractivas y seductoras. Había deducido que a la mayoría se las representaba con un espejo o con una escoba. Ya había comprobado que los espejos eran portales o instrumentos para visualizar pasado, presente y futuro. Pero ¿y las escobas? Dudaba que volaran sobre ellas. No, había algo más…

Y, entonces, un día, mientras enjabonaba sus cabellos morenos y masajeaba tranquilamente su cabeza, le llegó la inspiración. Si Aldin no usaba el bastón para apoyarse sino que era una especie de varita enmascarada, las escobas eran las armas mortales con las que las brujas combatían. ¡Eso era! Siempre imaginó que algún día volvería a Silbriar, pero no pensó que fuera tan pronto. Creyó que Silona aguantaría más en su reinado. Pero, claro, el tiempo es relativo en ese mundo. ¡A saber cuántos años habrían transcurrido allí! Y sí, había investigado a potenciales enemigos: brujas, hechiceros, gigantes, orcos, trols… Todos los seres a los que se habían enfrentado los protagonistas. Y salvaguardando las distancias, había decidido que las peores eran las brujas. Pero, a pesar de su inmenso poderío, todas ellas poseían un punto débil: la vanidad. Así que avanzaba dispuesto, convencido de que había hecho los deberes.

Jonay había sido el primero en arribar a la planicie. Había inspeccionado la zona volando con cautela y escrutando el cielo por si aparecían nuevos cuervos u otras amenazas aéreas, ya que ignoraban con qué clase de defensa contaba la bruja. Sacudió unos segundos el gorro verde y lo volvió a encajar con decisión en su cabeza. Pocos kilómetros lo separaban ya de los muros del castillo. Pero, a decir verdad, la niebla era tan espesa que no dejaba entrever sus posibles entradas. Con las manos en la cintura, escudriñó receloso el paisaje todavía árido que se abría ante él. Nada. Absolutamente nada llamaba su atención. Y sabía que eso no podía ser. Arrugó el rostro,

contrariado. La bruja los estaba invitando a acercarse a su casa. Algún as escondía bajo su manga, pero ¿cuál?

Quiso aventurarse y echar un vistazo a los alrededores del castillo, pero la prudencia apaciguó su curiosidad. Debía poseer alarmas mágicas que la pondrían sobre aviso antes de que sus compañeros tuvieran ni siquiera la oportunidad de pestañear. Maldijo para sus adentros. Tenía que ceñirse al plan: dedicarse a avistar pajarracos espías y estar preparado para el abordaje aéreo. Porque si el terrestre fallaba, él debía introducir en el castillo a Aldin y a Valeria y examinar todas las ventanas de las interminables torres buscando a Lidia. Levantó la cabeza y descubrió sonriente que a sus compañeros les quedaba menos de la mitad del camino. Revisó entonces que todos sus cuchillos permanecieran bien sujetos al cinturón. Estaba ansioso por entrar en acción.

Daniel vigilaba muy de cerca a Valeria, a pesar de que el descenso no era tan vertiginoso como habría cabido esperar, pero conocía de sobra su animadversión por las alturas. De vez en cuando observaba de reojo el castillo buscando una señal que le certificara que lo lograrían. Estaban en la recta final. Habían recorrido las tres cuartas partes de ese condenado desierto, y él había estado a punto de morir. Sin embargo, confiaba en la victoria. Ya la habían conseguido una vez, cuando habían sorteado la vigilancia de los lopiards y llegado hasta la princesa Silona, y eso contando con que únicamente Valeria y él habían puesto en guardia a toda la defensa de Lorius. Esta vez, el grupo era más numeroso. Estaban más organizados y abarcarían más terreno. Los guardianes no debían enfrentarse al brujo negro esta vez, sino escapar de él. Y a pesar de todas las dudas que le habían asaltado durante la travesía, era consciente de que estaba donde debía estar, donde el destino lo había empujado. Y no iba a fallarle al grupo. Era un guardián. Era un guerrero. Y esa era su misión. Sujetó con brío la empuñadura de la espada y continuó el camino con paso decidido.

Valeria estaba concentrada en las piedras de la escabrosa senda. Las evitaba, las apartaba o saltaba de una a otra si era necesario. El descenso estaba siendo bastante asequible para ella, pero aun así no despegaba la mirada de las continuas pisadas que afianzaba sobre el suelo. Evitaba ojear el castillo para no distraerse, aunque percibía su presencia malévola abalanzarse sobre ellos. A cada paso que daba, más la invadían las dudas. Ahora que estaba llegando al final y debía sentirse henchida de valentía, más afloraban sus miedos. Estaba en juego la vida de su hermana, y no podía defraudarla. Pero temía no encontrarla con vida, a pesar de que el señor Moné le había jurado que no le harían daño porque la necesitaban para fines mayores. Además, la inquietaba que con tantas habitaciones no lograran localizarla antes de que Lorius o la bruja iniciaran un ataque mortal.

Pero lo que más la asustaba era que Lidia no la recibiera con los brazos abiertos, sino que la rechazara, que la increpara por lo mala hermana que había sido y la apartara de ella con rabia. Se detuvo y respiró con profundidad. Pocos metros le faltaban para reunirse con el guardián de Pan.

Aldin y Samara eran conscientes de que cualquier cosa podría acontecer una vez que se adentraran en el castillo. Habían decidido no hacer uso de la magia hasta que uno de los grupos lograse infiltrarse en la fortificación. No eran necios, sabían que la bruja descubriría pronto la incursión, pero debían apelar a la suerte y esperar que fuera más tarde que antes. Después se desataría la guerra. Lorius no estaría dispuesto a fracasar de nuevo y lucharía con toda la artillería que tuviera disponible. La bruja sería igual de implacable: lanzaría hechizos a diestro y siniestro para evitar el rescate. Ellos habían hecho un pacto con los muchachos, y lo iban a cumplir costase lo que costase. Debían facilitarles la vía de fuga, y después afrontar las consecuencias de su intromisión. Quedarían tan solo ellos dos, y eran conscientes de que no podrían derrotar a todo un despliegue de guardias, pero tratarían de debilitarlos al máximo para evitar una rápida reorganización y que de nuevo contaran con las fuerzas suficientes para lanzar un hechizo hacia el mundo terrestre y recuperar así a Lidia. Y sí, Aldin pensaba constantemente en los tres compañeros que se habían quedado atrás. Esperaba que pronto se reuniesen con ellos para contar con alguna oportunidad de sobrevivir. Samara y él eran dos magos expertos, y por eso eran conscientes de que podrían perecer en la batalla.

Con un radiante sol de mediodía, iniciaron la marcha por la llanura que los separaba de su objetivo. Las nubes se habían alejado de ellos para descender más allá y así rodear al castillo, formando un embudo que actuaba como un férreo escudo. De esa manera, se encontraron con un manto celeste que los acompañaba en el incierto camino y los envolvía de nuevo en un incipiente bochorno que se afanaba por no abandonarlos. A pocos kilómetros, divisaron los cúmulos gruesos que desprendían destellos gualdos y no tan negruzcos como habría cabido esperar.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Daniel, desconcertado—. No parecen nubes.

—Y no creo que lo sean —afirmó el señor Moné—. Se trata de un hechizo muy logrado sobre el tiempo para mantener el castillo alejado de personas indeseables.

—¡Como nosotros! —Jonay lanzó un silbido, asombrado.

—La bruja ha utilizado a las mismísimas nubes como muralla —continuó explicando Samara—. Quien se aventure a entrar ahí, terminará perdido y desorientado. Sus ojos solo contemplarán una

espesura oscura, como una niebla infinita que lo llevará a la locura.

—¡Ya me parecía extraño que el terreno no estuviese plagado de soldados! —Nico negaba con la cabeza—. ¡No los necesita! ¡Con una nube le basta!

—¿Y por qué tiene ese resplandor amarillento? —preguntó Valeria.

—¡Es el veneno! Lo que te hace enloquecer si lo inhalas. —Samara arrugó el rostro. Posó su mirada en el mago, que también buscaba una solución eficaz para evitar la neblina.

—Resumiendo —apuntó el guardián de Pan—, que aunque uno tenga unos pulmones del carajo y consiga entrar ahí sin respirar, todavía tendría que enfrentarse a la espesa negrura que no te dejará ver ni, por ende, avanzar.

—¡Sí! —concluyeron ambos magos a la vez.

—¡Estamos jodidos! —sentenció Nico.

—¿Qué posibilidades tenemos? —Valeria se negaba a rendirse.

—Puede que no afecte a los guardianes —sugirió Daniel.

—Puedo intentar realizar un hechizo de evaporación —sugirió la bruja—. Pero necesito una piedra para contenerlo.

—Pues la montaña está repleta. Puedo correr y traer una.

—No se refiere a una piedra ordinaria, Nico —lo corrigió el señor Moné, y seguidamente, clavó su mirada en los ojos verdes de Jonay—. Coril me dijo que poseías un cuarzo blanco comúnmente usado para la comunicación. —Este asintió. Extrajo la piedra de uno de sus bolsillos y se la entregó a Aldin—. ¿Te puede servir esta, Samara?

—¡Por supuesto! Siempre puedo hacer un apaño. —Achicó los ojos, aún contrariada—. Intentaré encerrar el sortilegio dentro, pero voy a necesitar a alguien que la deposite en el interior de la niebla.

—Podría lanzar el cuarzo desde el cielo —sugirió Jonay, no muy convencido.

—No podemos arriesgarnos a que el vapor del veneno te afecte —negó el mago—. Ignoramos la altura que puede alcanzar. —Guardó silencio unos segundos y, con el ceño fruncido, añadió—: Creo que contamos con una persona que podría introducirse en la niebla sin ser afectada por su embrujo. —Depositó su mirada en Érika, que respondió arqueando las cejas. Valeria dejó escapar un resoplido—. Siempre que a tu hermana no le resulte un inconveniente…

Clavó entonces su incisiva mirada en los ojos preocupados de Valeria, quien, sorprendida, frunció el ceño. No podía creer que el mago le estuviese pidiendo su aprobación. Un año atrás la había reprendido por oponerse a que Érika entrase en un bosque plagado de lopiards y haber insistido en llevar ella la capa roja. Y lo había hecho. Consiguió penetrar en el campamento, y fue entonces cuando el objeto mágico dejó de funcionar, haciéndola de nuevo visible para todos. El resultado había sido funesto. Por eso le extrañaba que el mago,

siempre decidido y poco habituado a que le llevaran la contraria, le pidiese su consentimiento. Entornó los párpados y suspiró para sus adentros. Había llegado la hora de la verdad. Se arrodilló ante la pequeña y sujetó con ternura sus manos.

—Bien, Érika… Ha llegado tu momento —le dijo con un nudo en la garganta—. Tienes que ponerte la caperuza y caminar hasta la niebla. Como eres invisible, no saltarán las alarmas en el castillo, y tampoco el veneno podrá afectarte. Cuando estés dentro, debes depositar en el suelo el prisma que Samara te va a entregar. Y luego corre hacia nosotros. —La niña, con semblante serio, recogía toda la información mientras asentía—. ¡No te quites la caperuza! ¡Mantente siempre invisible! Todos nosotros vamos a estar muy cerca de ti. Y cualquier cosa que veas extraña, ¡te vuelves! ¡Eres la maga! ¡Confía en tu don!

El mago observó a las dos hermanas con una sonrisa dibujada en su rostro. Habían crecido, madurado, asimilado su condición de descendientes y, por lo tanto, aceptado los dones que Silbriar les había regalado. Había visto dudar muchas veces a la guerrera, y aunque ella lo ignoraba, su corazón, a cada latido que daba, la acercaba cada vez más a Silbriar.

Media hora después ya se encontraban cerca de los límites de la intensa bruma. Se habían aproximado, dejando el radiante sol a las espaldas, para poco a poco sumergirse en un paraje sombrío y desolador, lleno de arbustos secos y algún que otro insecto molesto. El habitual dorado del lugar había desaparecido para alumbrar a un escalofriante grisáceo que les anunciaba el inminente arribo al castillo de la bruja. El señor Moné por fin alzó la mano para detener la marcha. Habían caminado bajo un silencio sepulcral, roto únicamente por suspiros y bufidos varios. Apenas intercambiaron miradas. Mantenían la vista al frente, escrutando la columna de nubes que se erigía ante ellos.

—Pequeña, ahora te toca ti. —El señor Moné le entregó el cuarzo blanco y Érika lo deslizó con cuidado en el bolsillo interior de la capa —. Sé que vas a conseguirlo… Esperaremos a que la niebla se disipe y entonces iremos a tu encuentro.

—Te quiero mucho. —Valeria la abrazó, conteniendo las lágrimas —. Voy a estar aquí, y no me moveré hasta que consiga verte de nuevo.

—No te preocupes, Val —le respondió risueña—, todo va a salir bien. Pero necesito que cuides de Brifin hasta que vuelva. No quiero que respire el veneno.

—Tranquila. —Nico dio un paso al frente—. Nosotros cuidaremos de él.

Daniel acarició su mejilla con un dulce beso y contempló turbado cómo ella se colocaba la caperuza. Al instante desapareció, y un

silencio atronador volvió a reinar en el grupo. Él agarró con determinación la mano de Valeria y esta repitió el gesto con Nico, quien le brindó su mano a Jonay, que a su vez invitó a los magos a sumarse a la iniciativa. Todos formaron una pequeña cadena, expectantes, con la mirada puesta en la inquietante bruma de brillo amarillo.

Érika avanzaba con pasos seguros, confiando en su invisibilidad. Había aprendido a manejarla, a contener sus fluctuaciones, incluso a ocultar grandes cosas bajo ella. Por eso no dudaba de su capacidad. Tenía que hacer que la niebla desapareciese para evidenciar las posibles entradas al castillo. Una vez que consiguiese realizar su misión, tanto Samara como Aldin se pondrían en movimiento dirigiendo a cada uno de los grupos hacia el acceso menos arriesgado. Contaban con ella. Y no iba a hacer esperar más a Lidia.

Se aproximó lo suficiente como para percibir el aire álgido que emanaba de la nube. Era extraño. Ella, bajo la capa, nunca advertía los cambios bruscos de temperatura, ya que la protegía tanto del calor abrasador como del frío glacial. Debía tratarse de un encantamiento poderoso. Pensó en retroceder. Quizá el veneno sí que podría afectarla. Pero descartó de inmediato esa posibilidad. Si ella no conseguía deshacer el hechizo, nunca podrían entrar en el castillo. No podía abandonar a Lidia.

Inspiró una última bocanada de aire y la retuvo en sus pulmones. A continuación, se internó en la espesura. Se sorprendió al comprobar que allí no había nada, ni monstruos ni seres embrujados, solo niebla, tan densa como estremecedora. Avanzó con cautela sumergiéndose en ella, liberando poco a poco el aire que había inhalado antes de adentrarse en la bruma, y comprobó atónita cómo este se transformaba en un gélido vaho que se desprendía de ella lentamente al mismo tiempo que era atacado por miles de partículas amarillentas. Su aliento desapareció al instante. Arrugó el entrecejo; no podía detenerse mucho más tiempo allí. Extrajo el prisma blanco del bolsillo y lo depositó en el suelo con la esperanza de que el artilugio funcionase. Entonces comenzó a abrirse como una misteriosa flor en primavera. Emitía destellos plateados y desprendía una emanación vaporosa y delicada que ascendía por encima de su cabeza, y ella la acompañaba con sus ojos curiosos.

De pronto, varios brazos alargados nacieron del sugerente gas que pronto se convirtieron en rayos enérgicos y se extendieron por la niebla. Paralizada, escuchó los truenos que resonaban a su alrededor. Apretó los párpados y se tapó las orejas con las manos suplicando para que desaparecieran de inmediato. Entonces, el estruendo cesó, y ella abrió un ojo, y luego el otro. La negrura se había disipado, y ante ella se erguía resplandeciente el glorioso castillo de la bruja. No era tan

siniestro como la bruma le había hecho creer. Sus muros eran de un blanco casi inmaculado, y las diversas cúpulas gozaban de colores sensacionales: verdes, rosados, violetas… Atisbó la entrada principal. Las columnas estaban decoradas con sendas enredaderas doradas que dejaban entrever el majestuoso pórtico índigo que con solemnidad les daba la bienvenida a sus visitantes.

Maravillada, no se movió de allí; permaneció anclada en la arena, analizando cada rincón de la fortificación. Escuchó a sus compañeros cómo corrían hacia ella y percibió el sonido metálico de las armas que portaban, pero no miró hacia atrás. Había algo en ese enigmático palacio que continuaba desconcertándola. Era demasiado hermoso para ser real. Parecía que no existiese ninguna clase de ajetreo en él, tan silente como estremecedor. No había guardias apostados en los torreones ni soldados que lo custodiaran. Carecía de vigilancia. Entonces, achicó sus ojos verdes con desconfianza. Algo se movía en el interior de sus paredes. Sí, los ladrillos de los muros se desplazaban de un lado a otro sin ningún sentido. ¿Qué estaba pasando allí? De improviso, descubrió horrorizada cómo las paredes escupían figuras de dos metros de alto. ¿Qué demonios eran? ¿Qué clase de ser maligno estaban moldeando las paredes? Y entonces comprendió.

Se quitó la caperuza y estiró ambos brazos, deteniendo la carrera de sus compañeros. Estos frenaron de inmediato y contemplaron perplejos el ejército que tomaba vida ante ellos.

—¡Son soldados de piedra! —les informó Érika—. ¡Los guardias de la bruja!

El señor Moné arrugó el entrecejo, receloso. Las paredes continuaban expulsando siniestras figuras de roca sólida. A pesar de que estaban esculpidos por un ingenioso cincelador, carecían de un rostro definido. Los pies estaban recubiertos por enormes botas que portaban hasta las rodillas. Las manos presumían de gruesos dedos que les permitían manejar con destreza unos exorbitantes garrotes con los que podrían aplastar a los enemigos. Pero sus caras, a pesar de mostrar un aspecto aguerrido, eran simplonas. No gozaban del detallismo del resto del cuerpo: ojos huecos, nariz chata y una boca que mostraba con fiereza los dientes.

—A Roderick le hubiese encantado estar aquí —apuntó el mago mientras sujetaba con convicción el bastón—. Creo que va a haber cambio de planes —añadió desolado—. Me toca quedarme aquí y enfrentarme a esas bestias.

—Yo puedo quedarme con usted. Soy rápido con las botas y puedo escapar de sus golpes de garrote con facilidad.

—¡No! —le contestó tajante—. Tú debes recorrer las habitaciones del castillo, encontrar a Lidia y volver a casa. Aún contáis con un mago en vuestro equipo —subrayó, mirando a la pequeña. Entonces

exhibió su preciado reloj de bolsillo y, de un tirón, arrancó la cadena que lo mantenía sujeto a su atuendo. Se dirigió a Érika y, conmovido, le entregó el reloj—. Eres la maga de los guardianes. Tú puedes activarlo. En cuanto estés preparada, te mostrará el arcoíris que os llevará hasta el portal del oasis, ¿de acuerdo?

—¿Y cuándo le devolveré su reloj? —le preguntó con los ojos humedecidos.

—Muy pronto, mi niña. —Apretó los labios y, con los ojos humedecidos, volvió la vista al frente—. Y, ahora, ¡corred! ¡Yo los distraeré!

Jonay inició el vuelo en busca de una ventana que permaneciera abierta. Quería evitar romperla por si le aguardaba una sorpresita en forma de veneno mágico. Valeria y Érika corrieron en su dirección, inspeccionando las ventanas más cercanas al suelo. Entonces, la pequeña volvió la vista atrás y comprobó disgustada cómo una veintena de soldados intentaban apresar al señor Moné. Este se escurría entre sus piernas y los golpeaba con el bastón. Estaba esperando a que alguno lograra introducirse en el castillo antes de utilizar la magia. Temía que si lo hacía antes, la construcción de la bruja terminara siendo una jaula para ratones.

Érika apretó los labios, apesadumbrada, y observó al pequeño dragón que revoloteaba junto a ella.

—Brifin, tengo que pedirte un favor. —Las palabras se le atragantaban y apenas escuchaba su propia voz—. Tienes que ayudar al señor Moné… Siempre ha sido muy bueno con nosotros y no quiero que le pase nada… ¡Protégelo! Escupe fuego si es necesario, pero no dejes que muera.

El animal la observaba con curiosidad mientras movía la cola dibujando círculos en el aire. Descendió hasta apoyarse en su mano y le largó un lengüetazo en toda la cara. Después, con rostro fiero, emprendió el vuelo de nuevo y se dirigió hacia el mago mientras lanzaba bocanadas de fuego.

Rescate

El grato amanecer fue el preludio de un torrente de sensaciones contradictorias que comenzaban a gestarse ese día. Se perfilaba en el horizonte una línea delgada singular que separaba el dorado sobrecogedor del terreno del eterno azul del cielo. Apartó las cortinas, sonriente. Nunca había contemplado el infinito que se dibujaba tras las montañas rocosas, y eso significaba que la bruja había bajado la guardia para que el resto de los invitados pudieran entrar sin temor.

Observó ilusionada cómo los rayos de sol inundaban cada centímetro de la habitación. No había lugar para las sombras en ella. Decidida, corrió hacia el baño y disfrutó de una placentera ducha, y allí pensó que la oportuna fiesta que estaban organizando era la perfecta distracción para sus planes de fuga. Con la toalla enrollada cubriendo su cuerpo, pisó de nuevo el dormitorio y, de inmediato, la alegría se desvaneció de su rostro. La penumbra volvía a cubrir la estancia. Contempló entonces disgustada cómo una densa bruma ascendía hasta cubrir las torres más altas del castillo. ¿Qué había sucedido? ¿Por qué la bruja había cambiado de opinión? Quizá todos los invitados se encontrasen ya en el interior… Resignada, suspiró. Ella no estaba al corriente de las ideas descabelladas de Maléfica. Debía preguntarle a Kirko. Quizá él pudiera arrojar algo de luz a sus intenciones inmediatas. Aun así, decidió que no se rendiría. La neblina volvería a desaparecer tras la conclusión de la recepción, y ella iba a aprovechar esa oportunidad.

Comenzaba a caer la tarde cuando la puerta de la estancia se abrió. Kirko apareció tras ella, ataviado con un elegante traje negro que combinaba a la perfección con una convincente camisa roja. Lidia permaneció sentada en la cama, cabizbaja, planchando con la palma de la mano las arrugas que se habían formado en el vestido negro.

—Llevo esperando mucho tiempo —le reprochó—. Pensé que daríamos nuestro paseo antes de que se iniciara la fiesta.

—He estado muy ocupado —se disculpó, apartando la mirada—. Había muchos detalles que ultimar.

—¿Como cuáles? Yo podría haber ayudado. Pensé que ya no me considerabas una prisionera.

—¡Sabes lo impertinente que es ella! —se quejó, endureciendo el mentón.

—¡Por eso tenemos que escapar de aquí! —Enojada, se incorporó—. ¡No aguanto ni un minuto más!

—No desesperes. —Se acercó a ella y acarició con dulzura sus

mejillas—. Todo a su debido tiempo… Ahora tienes que representar un grandioso papel en la recepción. Los asistentes esperan a una reina.

Lanzó un bufido, contrariada, y contempló por última vez su rostro en el espejo: párpados perfectamente pintados, cejas alineadas, labios perfilados con un rojo sutil y cabellos recogidos con elegancia que dejaban caer sobre su cuello algunos tirabuzones desenfadados. Tomó la mano de Kirko y se adentró en el pasillo que los llevaba hacia la balaustrada del salón principal. Con una falsa sonrisa dibujada en la boca, descendió las escalinatas examinando a todos los presentes. Nunca había visto a seres tan horrendos juntos en la misma habitación. No sabría ni mencionar la especie a la que pertenecían. ¿Orcos, trols, gigantes de un solo ojo, mujeres aladas? Todos emitían chillidos espeluznantes y sonidos guturales nauseabundos mientras alzaban sus copas. Se agarró con más brío al brazo de Kirko. No quería que la dejara sola con uno de esos bichos.

Dirigió la mirada entonces hacia la chimenea decorativa que mantenía encendido un fuego ilusorio. Nadie osaba disfrutar de la calidez de unas llamas reales; no con el bochorno continuo que asolaba aquel paraje. Allí, rodeando el falso fogón, se encontraba un grupo de magos murmurando con descaro y lanzándole continuas miradas furtivas. Uno de ellos, de cabellos grisáceos y refinado en sus gestos, se aproximó a ella tomando su mano y le estampó en el dorso un beso cordial.

—Máximus Belemis para servirla, señorita —se presentó, demostrando su habilidad con las reverencias.

—Soy Lidia Ramos. —Añadió su apellido como si eso le otorgara cierta categoría.

Levantó la barbilla, enfocando desconcertada el pórtico lateral del salón. Moira entraba sujetando con pasión el brazo de Lorius, derrochando simpatía y saludando con generosidad a sus invitados. Lucía un espectacular vestido esmeralda y presumía de sus nuevos cabellos pelirrojos. Él, tan serio como de costumbre, se esforzaba en atender las peticiones de todo aquel que se le acercaba.

Lidia arqueó las cejas mientras intentaba mantener una postura impasible. Era la primera vez que veía al malvado brujo con pantalones y los cabellos discretamente acicalados. Tras ellos, hacía irrupción en la sala la pérfida Kayla como si se tratara de su guardaespaldas personal. No le sorprendió que no fuera adecuadamente vestida para la ocasión. El negro era su color, y los pantalones ceñidos, un arma infalible para ejecutar sus patadas determinantes.

El señor Belemis se disculpó y se dirigió hacia la bruja con semblante amistoso. Lidia, visiblemente incómoda, clavó su mirada suplicante en su acompañante, pero él ignoraba su desasosiego

obligándola a permanecer en la repugnante recepción. Agradeció infinitamente que comenzara el desfile de camareros sujetando bandejas llenas de canapés y pinchos varios; así conseguiría mantenerse distraída y evitaría cualquier tipo de conversación desagradable. Por fin, una suave música sonó enterrando entre acordes armoniosos los inaguantables murmullos de los presentes, y durante media hora se entretuvo enseñando a bailar a su torpe pareja, hecho que aumentó la irritación de su maligna melliza.

Fue entonces cuando observó a uno de los lacayos de la bruja acercarse a ella con presteza y susurrarle algo al oído. Contenida, ella apretaba los labios mientras le lanzaba una mirada furtiva a Lorius. ¿Qué la había inquietado tanto? Aunque disimulaba su enojo ante sus invitados, a Lidia no le pasaron desapercibidas su postura rígida y su mandíbula desencajada. Abandonó la sala tras una serie de excusas absurdas y subió las escaleras manteniendo el porte pero con los ojos desorbitados. Desvió la atención hacia el brujo encorvado que, agitado, conversaba con Kayla, rompiendo su serenidad. Ella asentía con el rostro endurecido mientras aplacaba la germinación de varias chispas eléctricas que irrumpían frenéticas en las yemas de sus dedos.

—¿Has visto eso? La bruja se ha ido desquiciada. Algo está pasando…

—Se le habrá quemado la carne. Sabes que es una exagerada. —Kirko le dio unos sorbos a su copa, quitándole importancia.

—¿Y por qué ha subido al primer piso? Tendría que haber ido a la cocina —porfió—. Es algo sospechoso.

—Voy a averiguarlo. —Resignado, suspiró ante su insistencia.

Lidia observaba de reojo cómo él se dirigía con elegancia hacia su padre y su hermana. Esta le sujetó el brazo. Airada, parecía que le daba instrucciones. No podía percibir sus reacciones, ya que se encontraba de espaldas, pero sí el enojo creciente de Kayla. Entonces, Lorius advirtió que los espiaba y clavó su mirada despiadada en ella. Lidia apartó el rostro, contrariada, y se encaminó hacia la parte opuesta del salón, pero fue interceptada por el señor Belemis, que con amabilidad le brindaba otra copa. Ella la aceptó de buen grado, a pesar de que detestaba ese rancio licor elaborado con raíces desconocidas.

—Es usted más guapa de lo que imaginaba, y creo que más astuta de lo que aparenta. —Ella le sonrió con timidez. No sabía si trataba de halagarla o amedrentarla—. Debería estar orgullosa. Todo este despilfarro para presentarla ante los nuevos dignatarios de Silbriar…

—¿Quién es usted? —le preguntó recelosa.

—Un fiel servidor —le contestó con una falsa sonrisa—. Estaré siempre a su disposición, dado que usted será nuestra reina, la que devolverá el equilibrio entre especies.

—¿Y eso qué significa? —le preguntó sin ningún interés. Su atención estaba puesta en un sirviente que con pasos presurosos se dirigía al vestíbulo.

—Es hora de que mestizos, hadas, gnomos y demás seres insignificantes obtengan su escarmiento.

El mago continuaba hablando sobre los infalibles planes que tenían para un futuro mejor, pero ella estaba harta de tanta palabrería y mantenía la mirada clavada en los movimientos del enigmático sirviente. Por fin, este alcanzó uno de los ventanales que permanecía entreabierto. Se dispuso a cerrarlo, sin embargo, antes de hacerlo, descorrió las ostentosas cortinas y ella pudo escrutar el exterior. No podía creerlo. Casi se le cortó la respiración y su corazón brincó de la emoción. ¡La niebla se había evaporado! ¡La defensa más férrea de la bruja había caído!

Entretanto, en el piso de arriba, Moira entró con las uñas afiladas y los ojos inyectados en sangre en la Sala de los Espejos, los cuales se activaron debido a su presencia y descendieron del techo. Pero ella, antes de que rozaran el suelo, lanzó un grito desgarrador, consiguiendo que todos estallaran al unísono. Miles de cristales saltaron despedidos como peligrosos proyectiles arrasando la habitación, y varios terminaron incrustándose en su piel. Se arrancó imperturbable el pedazo que permanecía adherido a su brazo izquierdo y algunas gotas de sangre brotaron al instante de la herida. Posó las yemas de sus dedos en el corte, impregnándolos de líquido rojo, y luego los lamió, saboreando su inconfundible aroma a hierro.

Mientras descendían de la techumbre, había contemplado con rabia la única imagen que le mostraban sus espejos: los soldados de piedra emergiendo de los muros del castillo. La segunda defensa se había activado, y eso significaba que la primera, la niebla tóxica, había sido anulada. Avistó a los soldados desde la ventana. Empuñaban sus garrotes con fiereza mientras trataban de aplastar a un insignificante ser que se defendía con un insustancial bastón. Pero luego divisó un ave de considerable tamaño sobrevolando el lugar de la batalla. Porfiada, apreció que no se trataba de uno de sus cuervos más grandes. Achicó los ojos en busca de una respuesta. ¿Qué clase de animal era aquel pajarraco? Y entonces lo reconoció. Montó en cólera. Volvió a soltar un bufido estremecedor y sus cabellos comenzaron a teñirse de negro.

Lorius irrumpió en la sala, espantado por los gritos de Moira. Debía apaciguarla, ya que los aliados estaban disfrutando de la velada en el piso inferior y no quería alarmarlos. Al examinar su rostro, retrocedió horrorizado. La bruja tenía la boca cubierta de sangre.

—¡Es un dragón! —le espetó—. ¡Tú me aseguraste que no era nada!

¡Y ahora arroja fuego contra mis soldados!

—No deberías armar tanto escándalo. —Lorius se dirigió a la ventana más cercana y ratificó con sus propios ojos la existencia del ser de fuego—. Un dragón dorado… —murmuró—. Creía que estaban extintos.

—¡¿Y qué más da?! ¡Hay uno aquí mismo! ¡En mi castillo!

—Bueno, no es muy grande… Tardará en achicharrar a tu tropa…

—¡¿Hablas en serio?! —le recriminó mientras arrancaba los botones de su corsé para respirar mejor.

—Querida, fuiste tú la que se empeñó en celebrar la victoria antes de cerciorarte de que sus hermanas habían muerto, y ahora nos encontramos con una batalla en el patio.

—¡He insonorizado el castillo y mandado cerrar puertas y ventanas! Nadie descubrirá lo que está sucediendo ahí fuera.

—¡Muy hábil! Pero no sé si te has percatado de que solo el mago mestizo lucha con destreza contra tus guardias —apuntó en tono burlón—. Y eso solo puede significar que el resto del grupo ya se encuentra dentro.

—¡Maldito seas, Lorius! ¡¿Y qué demonios estás haciendo aquí?! —Las arrugas comenzaron a marcar su rostro.

—Mis hijos ya están encargándose del asunto, y alguien debe distraer a los invitados.

—¡A la mierda con los invitados! —vociferó—. ¡Dile a Kirko que encierre de nuevo a la maldita humana!

Lorius frunció el ceño, disconforme. Moira no pensaba con claridad. Si todos los anfitriones desaparecían de la fiesta, levantarían sospechas. A no ser que la intención última de la bruja fuera advertir a los aliados y que se unieran a la lucha. No, eso demostraría su debilidad, y ella necesitaba dar la imagen de líder indestructible. Admitir sus flaquezas era cederles el control a sus súbditos. Tenía que hablar con Kirko. Él se encargaría de no perder de vista a la humana apestosa mientras asistían a la desastrosa recepción. Kayla vigilaría los zapatos, ya que los guardianes querrían recuperarlos, y era evidente que Moira querría destruir por sí misma a quien hubiese entrado en su palacio sin permiso. Así que él acabaría con el mestizo. Abandonó la Sala de los Espejos en el instante en el que la escoba cruzaba a toda velocidad la estancia y aterrizaba en las manos de la bruja, quien rio enloquecida.

En la fiesta, Lidia buscaba impaciente a Kirko mientras intentaba deshacerse del pesado mago que continuaba impartiéndole clases de política. Por fin lo divisó en la base de las escaleras y, entregándole su copa al escandalizado hechicero, se dirigió hacia él, quien le sonrió y le estampó un beso en la boca en cuanto estuvo a su lado. Ella no se opuso, pero retiró con discreción sus manos, que comenzaban a

palparle la cintura.

—Pero ¡¿qué haces?! —le recriminó en voz baja—. ¡Aquí todos nos miran!

—Eso es lo que han venido a comprobar. ¡El vínculo funciona! —voceó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Cuánto de ese viscoso licor te has bebido? —Le arrebató la copa que intentaba sustraerle a un camarero—. ¡Necesito que estés sobrio! ¡La bruma ha desaparecido! ¿Qué has conseguido averiguar?

—¡Nada! Será un fallo del mecanismo… —Ella lo miró de forma interrogante—. Ya sabes que las brujas también tienen días malos.

—Kirko, necesito que me prestes atención. ¡Tienes que ir a por mis zapatos!

Él agrandó los ojos y negó con la cabeza.

—No puedo hacer eso. Mi padre me cortaría el cuello.

—Pero ¡es nuestra oportunidad de huir! —trató de convencerlo—. Tú no eres feliz aquí… ¡Ya es hora de que tomes una decisión! ¡Tu padre o yo! —se plantó, cruzando los brazos enojada y esperando una respuesta.

—¿Por qué eres tan difícil de contentar? —Agobiado, resopló—. ¡Está bien! Si es lo que quieres, iré a por tus zapatos.

Valeria consiguió acceder al interior a través de una ventana ojival del tercer piso. Luego ayudó a Érika y al guardián de Pan a entrar. Este había localizado desde las alturas un punto vulnerable en el castillo y no había dudado en ir a por las hermanas. Se tapó la nariz nada más advertir el nauseabundo aroma a aguas fecales que desprendía el lugar y examinó la habitación con desagrado. Allí debía estar durmiendo una bestia de las ciénagas o alguien poco aseado. La pequeña reprimió también las ganas de vomitar mientras Valeria, aguantando la respiración, abría la puerta del dormitorio con cautela. No había nadie. Animó a su hermana a que se colocara la caperuza e instó a Jonay a introducirse en el pasillo. Entonces reprimió un bufido de desesperación. Eran demasiadas habitaciones que inspeccionar.

Aldin continuaba con su maniobra de distracción profiriendo bastonazos y escurriéndose entre las piernas de los soldados, hasta que por fin atisbó el esbozo de una paloma delineada con un sencillo vapor malva ascendiendo victoriosa desde el patio interior. ¡Era la señal de Samara! ¡Estaban dentro!

—Muy bien amiguito —se dirigió al dragón, sonriendo—. ¡Basta ya de jueguecillos!

Hundió el bastón en la tierra y, entornando los ojos, recitó un complejo conjuro de materialización mientras frotaba con las manos su varita particular. Varios anillos plateados surgieron de la base y treparon afanosos por el báculo. Después lo colocó en posición horizontal, apuntando diligente hacia los hombres de piedras. Las argollas metálicas salieron despedidas una tras otra impactando contra ellos, dejando en duda su resistente solidez y sesgando sin contemplaciones partes de sus cuerpos.

Nico emprendió la carrera en cuanto las botas rozaron la alfombra que les daba la bienvenida al castillo. Samara había susurrado palabras ininteligibles que disolvieron de inmediato los tres cerrojos que hacían impenetrable al torreón más alejado de la entrada principal. No dudó ni un segundo en usar sus artes mágicas, ya que los soldados de piedra habrían alertado de su ingrata presencia a la bruja. Y ahora inspeccionaba habitación tras habitación en un abrir y cerrar de ojos mientras su hermano permanecía custodiando la puerta por la que habían accedido y por la que también escaparían. Samara se había despedido de ellos, dispuesta a despedazar a la bruja.

Apenas prestaba atención a la fastuosa decoración del interior. Corría a tal velocidad que las imágenes de las paredes, muebles y demás aparecían ante él distorsionadas. Casi había fulminado los peldaños de la escalera de caracol del torreón cuando divisó la abertura que lo llevaría hasta el segundo piso. No habían transcurrido ni cinco minutos cuando frenó en seco, e inclinándose ligeramente hacia delante, apoyó las manos en las rodillas. Tenía la lengua fuera y el pecho se le hinchaba y se hundía sin darle tregua para volver a coger aliento. No había descubierto nada de interés en esa planta, salvo una sala de pociones y una habitación con figuritas en miniatura.

Escuchó entonces voces que parecían provenir de la planta superior y un eco lejano que se propagaba por los pasillos como una canción en busca de un intérprete. Obvió la música y se dirigió a la tercera planta. Volvió a aumentar la velocidad y, al doblar la esquina, chocó de bruces con Jonay, que salió despedido hacia arriba por el enorme encontronazo. Este consiguió activar el gorro verde antes de impactar contra el techo y quedó suspendido en el aire, lo que hizo que le lanzara una mirada poco amistosa.

—¿No se suponía que un grupo debía quedarse fuera? —le recriminó el guardián de Pan.

—No vimos ninguna gorra girando en el aire —se excusó con sorna Nico—. ¿No era tu señal?

—Nosotros tampoco a la estúpida paloma —apuntó Jonay con retintín mientras descendía.

—Bueno, ya está bien —intervino Valeria—. Tenemos que centrarnos. ¿Has visto algo?

—Nada. —Nico negó con la cabeza—. Iba ahora a echar un vistazo en esta planta.

—¡Esto es un laberinto! No terminaremos nunca. —Preocupada, suspiró—. ¿De dónde viene esa música? —preguntó confusa.

—Creo que de la parte baja. Deben estar celebrando un baile —le contestó, encogiéndose de hombros.

—¿Un baile? ¿Lorius? —dijo, todavía más extrañada.

—Será cosa de la bruja —dedujo Érika mientras se volvía visible.

—Bien, nosotras iremos a husmear en esa fiesta. Puede que escuchemos algo o que alguien nos dé una pista sobre el paradero de Lidia —les anunció Valeria, colocando de nuevo la caperuza en la cabeza de su hermana—. Y vosotros seguid inspeccionando este piso.

Daniel permanecía con la espada apoyada en el suelo mientras reposaba las manos en la empuñadura. Custodiaba de cerca la escalera que conducía a los pisos superiores y el portón de hierro, que era su vía de escape más segura. Resignado, suspiró. No podía creer que le hubieran asignado la tarea más aburrida de todas: vigilar. Escuchaba desconcertado la incesante música y las continuas carcajadas que debían provenir de un salón en otra área del palacio. ¿Por qué daban una fiesta si sabían que ellos se encontraban cerca? No tenía ningún sentido.

A medida que la cautivadora melodía avanzaba, su curiosidad iba en aumento. Lanzó un resoplido y, enderezando el escudo y levantando la espada, se internó en el ancho pasillo.

Kirko caminaba de un lado a otro, golpeándose las sienes con los puños. ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Por qué le palpitaba el corazón de esa manera? Apretó los dientes, conteniendo un grito de frustración. No podía ir en busca de los zapatos; sería entregarle a la descendiente el arma perfecta para destruir a los suyos. Pero tampoco quería regresar al salón sin ellos, ya que eso la destrozaría.

No podía soportar verla triste ni que le reprochara de nuevo que

era un cobarde. ¿Por qué? ¿Por qué dudaba tanto? Le había ocultado aposta lo que su padre le había confesado: sus amigos estaban cerca, sus hermanas estaban vivas… ¡Venían a por ella! Estaba seguro de que eso la haría feliz, pero él no estaba preparado para perderla. Ahora no. No cuando empezaba a descubrir la magia de los besos. No cuando su estómago parecía que tuviese un apetito voraz e insaciable. No porque no sabría si podía vivir sin ella. ¿Por qué le pasaba esto? Su padre lo había advertido, lo había instado a que se resistiera, y él lo había intentado con todas sus fuerzas. ¡Estaba seguro de ello!

Desconocía cómo había sucedido… Una noche antes de dormir, recordó sus vivaces ojos marrones y lo hicieron sonreír. Otra, su extraño perfume humano, que quiso volver a oler, y finalmente apreció sus dulces labios y deseó besarlos de nuevo. ¡La cabeza iba a estallarle! ¿Cómo iba a volver al salón sin nada que ofrecerle? ¿Qué iba a decirle? Andaba desesperado, sumergido en sus cavilaciones, cuando lo vio: el guardián de la espada había asomado la nariz desde el torreón del norte y se adentraba en el pasillo, dispuesto a arrebatarle a su reina.

Sus movimientos pasaron desapercibidos ante el intenso jolgorio que brotaba de la sala principal. Valeria asomó la cabeza ligeramente, ahogando un grito de espanto, y se ocultó con rapidez tras un reloj de pie que permanecía en el vestíbulo contiguo. Nunca en su vida había visto nada igual: seres peludos intentando comportarse como caballeros respetables mientras eructaban con descaro, mujeres deformes con grotescas alas presumiendo de sus torpes pasos de baile, bestias de barro que se tambaleaban borrachos en busca de más alcohol, y apartados, asqueados ante tal estampa, un grupo de hechiceros refinados portando en sus ojos sacos llenos de mentiras. ¡La estancia estaba repleta de monstruos! No quería imaginar lo que pasaría si la descubrían. Aun así, conteniendo el aire, levantó el pulgar indicándole a Érika que podía entrar.

La niña avanzaba con cautela hacia el centro de la habitación, justo donde las dos escaleras convergían. Allí permanecería unos minutos, intentando captar alguna conversación que resultara trascendente para localizar a Lidia. Evitaba tropezar con las bestias, y eso estaba siendo una tarea ardua, pues muchas de ellas perdían el equilibrio constantemente y se pisaban unas a otras, para luego enzarzarse en discusiones donde los tortazos volaban y los puñetazos eran meras caricias. Temía que alguno le cayera encima y la aplastara o, lo que era peor, que descubrieran su presencia. Dedujo que, en un baile de tales dimensiones, los anfitriones estarían presentes, pero no lograba

distinguir a Lorius entre tanto bellaco. Y, claro, a la bruja no la conocía.

Entonces se percató de la presencia de una bella mujer cerca de la chimenea. Portaba un vestido con la espalda descubierta mientras atendía con cierto desdén a algunos magos pesados que la llenaban de halagos. ¡En ella se posaban todas las miradas! ¡Ella debía ser la bruja! Saltando sobre un trol que acababa de desplomarse a sus pies, se encaminó hacia la mujer de deslumbrantes cabellos recogidos sobre su largo cuello.

—Creo que vuestra humilde recepción se está desmadrando —le oyó decir a uno de los hechiceros que la rodeaban—. Debería hacer usted algo.

—¿Quién, yo? Ah, sí, claro… —le dijo, algo confundida.

Érika dio un respingo y se paró en seco. Esa voz no era la de la bruja maléfica. Fue entonces cuando la mujer se dio la vuelta, y ella, con los ojos fuera de sí, pudo certificar que se trataba de su hermana. Pero ¿era ella realmente? ¡Estaba tan cambiada…!

—¡A ver! ¡Un poquito de orden, por favor! —vociferó—. ¡O voy a empezar a repartir leches y a lanzar con una patada a los juerguistas borrachos por la ventana!

¡No cabía duda! ¡Era Lidia! Y mientras los presentes la miraban sorprendidos ante su elocuente amenaza, ella aprovechó para llegar hasta su hermana y tirarle de su pomposo vestido. Al no tener éxito, la cogió de la mano y percibió cómo ella se enderezaba hasta mostrar la cara de susto más grande que había visto. Eso hizo que soltara una risa traviesa.

—Soy yo. Érika —logró susurrar.

Lidia permanecía petrificada, moviendo las pupilas de un lado a otro, desesperada.

—¿Se encuentra bien? —oyó preguntar a uno de los hechiceros, que parecía de los más galantes de la fiesta.

—¡Sí, sí! Es que me han entrado unas enormes ganas de ir al baño —se excusó—. Ya sabes, cosas de chicas. —Y rio nerviosa.

Había sentido la mano de su hermana Érika posarse sobre la suya. Hasta entonces había pensado que los tirones del vestido eran causados por algún orco pervertido que quería desnudarla. ¡Pero no! Érika estaba allí, y ahora la guiaba a través del enorme salón y la empujaba para dirigirse hacia el vestíbulo. Allí descubrió a Valeria, más pálida de lo habitual y agazapada tras un horrible reloj. Esta le indicó con el dedo que guardara silencio y se encaminara a otra de las extrañas habitaciones del castillo: la Estancia de los Jarrones. Tras comprobar que nadie las había seguido, cerró la puerta y observó cómo una diminuta lagrimilla despuntaba de su ojo derecho. Entonces, Érika se hizo visible y ella no pudo resistirse más. Corrió a

su encuentro y se fundieron las tres en un largo abrazo.

—Pensé que habíais muerto… —las examinó de arriba abajo, comprobando que se encontraban en buen estado—, que os había perdido.

—Estamos aquí —trató de calmarla Valeria.

—Hemos venido a rescatarte —puntualizó Érika.

—Bien, no tenemos mucho tiempo. La nube tóxica puede volver en cualquier momento —las advirtió apurada.

—No, no, Érika se ha encargado de eso.

—Y el señor Moné y mi dragón están luchando contra los soldados.

—¿Han venido todos? —les preguntó extrañada—. ¡Es muy peligroso! ¡Esa bruja está loca!

—Pues reunámonos con el resto y salgamos de aquí. —Valeria tiró de su mano, dispuesta a alejarse lo más posible del salón repleto de bestias.

—Pero ¡Kirko ha ido a por mis zapatos! —exclamó angustiada.

—¿Kirko?

Valeria soltó su mano y retrocedió unos pasos. Observó entonces el rostro de su hermana, maquillado hasta la saciedad y con una sonrisa tonta pegada a él. Examinó luego el excesivo vestido negro, las uñas arregladas, los cabellos sedosos y nada encrespados. Desde luego, no era el *look* de una prisionera. Frunció el ceño, preocupada.

—¿Qué haces así vestida?

—Estaba en una fiesta —le contestó sin más.

—Pareces una persona mayor. Casi no te reconozco en el salón entre tanto bicho.

—¡Enana! Yo soy el plato principal. Esta gente ha venido a ver a su reina.

—¿Reina? —dejó escapar Valeria en un sutil susurro.

—¡Estaba fingiendo! —se excusó sin poder evitar sonrojarse—. Me di cuenta tras muchos días encerrada que luchar contra ellos no servía de nada, así que decidí seguir su jueguecito.

—¿Y adónde te ha llevado ese juego? —le preguntó, todavía confusa.

—¡Oh, por Dios, Valeria! ¡No saques las cosas de quicio! Me he defendido como he podido… ¡Esto ha sido un infierno! —Recogió decidida los bajos de su vestido—. ¿Y ahora nos movemos o tengo que rescatarme yo solita?

Giró sobre sus talones y, con la cabeza alta, se internó en otro de los pasillos. Érika la siguió sin rechistar, pero Valeria se quedó unos segundos clavada en el pavimento, observando con preocupación sus graciosos andares.

Mientras tanto, Nico corría desbocado, como un rayo frenético que sortea las nubes hasta alcanzar finalmente la tierra. Pero él ya tenía los pies en ella, y circulaba con tal ímpetu que parecía que levitaba. No percibía el aplomo de su cuerpo anclado en el suelo ni la suavidad de las numerosas alfombras en las suelas, ya que se trasladaba con una firmeza tan aplastante que había hecho que se elevara un palmo sobre la superficie. En la oquedad que había surgido bajo sus pies se expandía una energía pura que llegaba a electrizar el pavimento. Jonay, perplejo, intentaba advertirlo. Había visto brotar las chispas de sus botas. Parecían una cascada de lágrimas centelleantes, pero él corría ajeno a todo lo que sucedía en el exterior. Se mantenía concentrado en su fuerza, en su velocidad y en que no decayera su ritmo. Y entonces sucedió.

Al girar en la curva, apenas advirtió la pared que se elevaba ante él como un tabique compacto dispuesto a golpearlo. No tuvo tiempo de frenar, ni siquiera de cubrirse la cara. Iba a estamparse como si fuera un coche contra una montaña, y lo único que pudo hacer fue cerrar los ojos porque no quería ver la sangre brotando de su cuerpo. ¡Detestaba la sangre! No soportaba que sus padres lo obligaran a hacerse una analítica; siempre se desmayaba. Y ahora no solo debía enfrentarse a dos tubos de cristal llenos del líquido rojo, sino a litros y litros cubriéndolo por todo el cuerpo. Pero no sintió el porrazo ni la rozadura fría en la piel al contacto con la pared, como tampoco percibió el olor indiscutible de la sangre, así que, si había terminado empotrado y con cientos de huesos rotos, debía haber muerto al instante. Y su espíritu debía estar vagando por las inmediaciones, por eso todavía su mente parecía intacta. Tenía que afrontar la realidad y abrir los ojos. Tres, dos, uno…

¿Dónde estaba? ¿En una especie de paraíso ficticio? Era una habitación; de eso no tenía ninguna duda. Las paredes estaban decoradas con pinturas de árboles apenas pincelados y con largas lianas que colgaban de ellos. El suelo imitaba a una especie de lago salpicado con numerosas flores, entre las que se encontraban algunos nenúfares. Las cortinas parecían mariposas atrapadas que pendían angustiadas de los rieles. ¿Y aquellos taburetes coloridos? Si eso era el cielo, tenía que salir pitando de allí.

—¿Estás bien? —le preguntó Jonay al abrir la puerta—. ¡Tío, has atravesado la pared!

—¿La he atravesado? —Se palpaba histérico todo el cuerpo—. ¿Cómo lo he hecho?

—¡Qué sé yo! ¡Te estaba diciendo que pararas! ¡Ibas muy rápido!

—Vale… Habrá sido una transmutación de la materia o algo parecido… Puede que haya alcanzado la velocidad exacta para…

—¡Lo que tú digas, mi niño! —Jonay no tenía intención de

escuchar las deducciones delirantes de un consumado friki. Avanzó hacia el fondo de la estancia y levantó las cejas al descubrir una vitrina cubierta con un paño rojo—. ¿Qué es esto? —se preguntó mientras tiraba de la tela—. ¿Unos zapatos?

—¡Los zapatos! —lo corrigió mientras se situaba junto a él—. ¡Los zapatos de cristal! ¡Los de Lidia! ¡Tenemos que cogerlos! —Acercó la mano al cristal, buscando algún cierre de seguridad, pero Jonay la apartó con brusquedad.

—Estamos en el castillo de una bruja chunga. ¿No crees que la vitrina podría estar hechizada?

Ambos retrocedieron y se separaron de ella mientras cruzaban miradas interrogantes. Ellos no podían abrirla; necesitaban a un mago. Entonces escucharon un portazo a sus espaldas. Alguien había entrado en la estancia. Nico giró lentamente la cabeza, temiendo encontrarse con la mismísima bruja, y emitió un sonido de repulsión cuando descubrió a Kayla jugueteando con sus dedos eléctricos.

—¡Vaya! Pero si tenemos aquí al gato y a… —dudó, examinando la gorra del otro guardián— ¿un insecto verde?

—Lo del gato lo he pillado, pero lo del insecto… ha sido de mal gusto —apuntó Jonay, chasqueando la lengua.

—Si se cree gracioso y todo. —Achicó la mirada, dirigiendo toda su rabia hacia él—. ¿De dónde has sacado a este lelo, marramiau?

Nico abrió la boca para responder, pero la cerró de inmediato al detectar que decenas de rayos minúsculos brotaban de sus manos y eran despedidos con furia hacia el guardián de Pan. Este logró esquivarlos dando un simple salto que lo elevó hasta casi tocar el techo.

—Vas a tener que esmerarte un poquito más —la retó, dibujando una sonrisa burlona en su rostro.

—¡Eh! ¿Sabes que así la estás enfureciendo? —lo advirtió Nico.

Volvió a la carga, lanzando esta vez un rayo de considerable tamaño, pero de nuevo falló. Jonay solo tuvo que descender con rapidez para que este impactara contra la techumbre y abriera un boquete por el que algunos rayos furibundos de sol penetraron para iniciar una torpe despedida. Nico contempló inquieto cómo la noche caía sobre el castillo, silente y abrumadora, como un manto fantasmal que le recordaba que se encontraba dentro de los dominios de una de las brujas más poderosas. Apartó la vista, desazonado, y siguió observando cómo Jonay sacaba de quicio a la melliza de mirada felina, quien continuaba destrozando la habitación: los cojines saltaban por los aires, trozos de pared caían estrepitosos contra el suelo, las baldosas azules que componían el extraño lago del pavimento quedaban reducidas a tristes fragmentos sin sentido…

Nico dejó escapar un largo resoplido. Esa loca era capaz de derribar

la construcción entera sobre ellos. Concentró su energía en las botas, que comenzaron a moverse revoltosas, y entonces cargó todo el peso de su cuerpo en los pies e inició una fugaz carrera hacia ella. Sin tiempo a que reaccionara, la agarró por la cintura y la empotró contra la pared del fondo. Ambos cayeron. Nico se incorporó, apresurado. Esta vez sí que había sentido el golpe. Había pensado que quizá repetiría la hazaña anterior, pero no había logrado atravesar la pared. De reojo, atisbó a la ninja asesina, como la había bautizado un año atrás Lidia. Ella también había encajado un buen porrazo; la había dejado sin sentido. Se llevó los dedos a la boca, asustado. El repugnante sabor a sangre le llegaba hasta el paladar.

—¡Me he rrroto el labbbio! —gritó mientras escupía toda la sangre que podía—. ¡Oh, Dddios míííooo!

—¡De milagro no han sido los dientes! —exclamó Jonay mientras comenzaba a sufrir arcadas—. ¿Quieres dejar de hacer el machango? ¡Tenemos que coger esos zapatos!

Ambos se situaron de nuevo ante la vitrina. Jonay buscaba el mecanismo mágico que mantenía prisioneros los zapatos, y Nico procuraba examinar mejor la herida de la boca a través del reflejo del cristal. En ese momento, escucharon el sonido inconfundible de las chispas de Kayla, que estaba de nuevo de pie y con el rostro desencajado.

—Tío, ¿no has comprobado si la había palmado?

—¡Perrrdona si nnno he tttenido tttiempo! —le contestó indignado —. ¡Tttenggo la bbboca rrrota!

—Pero ¿qué dices? Da igual. No te muevas de dónde estás hasta que te lo diga —le dijo entre dientes Jonay mientras pegaba su hombro al suyo.

Él lo miró extrañado, intentado comprender qué era lo que quería transmitirle, pero no quiso preguntar. Los labios se le habían hinchado y apenas podía emitir sonido alguno sin experimentar un dolor insufrible. Kayla avanzaba hacia ellos, enloquecida. Juntó las manos y de ellas nació el rayo más grueso que jamás había contemplado. Nico abrió los ojos de par en par y buscó en la mirada de Jonay la señal que le dijera que corriese como un zorro al que querían dar caza. Pero este no dijo nada. Guardaba silencio como una tumba, manteniendo una sonrisa burlona que hacía que la melliza maligna se enfureciera más. Entonces lanzó el rayo y Jonay continuó callado. Tragó saliva, pensando que su compañero era un suicida, mientras contemplaba cómo el condenado flujo eléctrico se dirigía hacia ellos. Y, por fin, el guardián de Pan gritó la palabra mágica: ¡«Ahoooraaa»! Él se apartó corriendo, como si una bomba fuera a estallar, mientras de reojo observaba cómo el cruento rayo impactaba sobre la vitrina haciéndola añicos. Kayla gritó desesperada y, en ese

momento, Jonay la levantó en volandas, sujetando con fuerza sus muñecas.

—¡Nos vamos de paseo! —le anunció.

—¡¿Adónde me llevas, humano asqueroso?! —Se removía en las alturas como una serpiente amenazada por el fuego—. ¡Suéltame!

—¡Al país de Nunca Jamás! —le contestó riendo—. Que traducido especialmente para ti significa que no quiero volver a verte en mi vida.

Nico contempló desconcertado cómo ambos salían por el boquete del techo y desaparecían en la incipiente noche. Entonces volvió la vista al suelo. Allí, entre trozos de cristal y fragmentos de pared, relucían los zapatos intactos, ajenos a la destructiva batalla que había derruido parte de la habitación.

No lo vio llegar. Apenas tuvo tiempo para levantar el escudo e intentar defenderse. Se había abstraído con la melodía fascinante que atravesaba con dulzura las paredes del castillo. Ignoraba que la bruja tuviese gustos tan exquisitos. Pero había examinado los extraños candelabros colocados de forma sugerente sobre unos muebles de indescriptible belleza, las variadas alfombras tan esponjosas como hermosas y los sensacionales cuadros que aumentaban la profundidad de los pasillos. Y sí, se había alejado unos metros del torreón norte, hipnotizado por el ambiente artístico que emanaba de aquella singular construcción, y había pagado su error.

Kirko le había lanzado una bola de fuego que le fue imposible esquivar. Lo había sorprendido con la guardia baja, y ahora se maldecía por ello. Le ardía el brazo izquierdo. El escudo apenas había conseguido frenar la esfera incendiaria, y gran parte de esta había afectado sin miramientos la zona de sus bíceps.

—¡No vas a quitármela! —le oyó gritar mientras él trataba de recomponerse.

Se incorporó tras la conmoción y clavó sus ojos grises, todavía desconcertados en el rostro de su adversario. Estaba fuera de sí. Sus pupilas negras parecían abarcar toda su mirada, mantenía los dientes apretados, y los orificios nasales estaban hinchados como los de un bárbaro antes de embestir a su presa. Entonces alzó los puños y una lluvia de fuego emergió de sus nudillos, sin darle más tiempo que alzar de nuevo el escudo, lanzarse al suelo y arrastrarse hasta encontrar refugio en una habitación. Allí apoyó la espalda contra la pared y echó un vistazo a la estancia, buscando cualquier cosa que le fuera de utilidad, pero ¡estaba repleta de dulces! Y dudaba que consiguiese abatirlo con una intoxicación de azúcar. Arqueó una ceja

al atisbar otra puerta al fondo. Huiría como el ratón que era, perseguido por el gato, al menos hasta que una idea brillante lo obnubilara.

—¿Ahora te escondes, cobarde? ¿Y tú eres digno de una reina?

¿De qué demonios hablaba ese demente? Sin embargo, no tenía ninguna intención de averiguarlo. Se escabulló por la nueva puerta que lo llevó a otra estancia extraña, y a su vez atravesó otro portón que lo condujo a un pasillo desconocido. ¡Ese castillo era un endiablado laberinto! Y cuando pensó que había perdido de vista al mellizo pirómano, descubrió con amargura que volvía a tenerlo de frente. Retrocedió con la espada en alto y el escudo por los suelos. La herida le ardía tanto que apenas tenía fuerzas para levantar su única salvaguardia.

—Conozco estos pasadizos mejor que tú —lo reprobó, riendo—. No puedes huir de mí. —Se acercó a él con aires chulescos—. No entiendo qué pudo ver una descendiente tan grande como ella en ti… —Daniel lo miró de forma interrogante—. Sí, me ha contado lo del beso… y lo que sentía por ti… Pero ¡eres parte del pasado! ¡Y como pasado morirás!

Kirko se abalanzó sobre él, pero antes, este pudo clavar la espada en la lujosa alfombra y esperó escasos segundos a que la tierra se abriera, tal y como había sucedido en el desierto. Pero no ocurrió nada. No había grietas, ni siquiera unos simples arañazos en el pavimento. Así que encajó como un bellaco el certero puñetazo sobre su barbilla y esta vez no reprimió el dolor. Gritó. Se desgañitó hasta las cuerdas vocales. Y no solo por el golpe; sus puños ardían todavía, y sintió un calor abrasador que le recorrió todo el cuerpo. Aun así no se rindió, y con ambas manos, que mantenían sujeta la espada, consiguió asestarle un golpe en las rodillas que lo hizo tambalearse. Daniel aprovechó entonces su desequilibrio barriéndolo del campo con un placaje, consiguiendo de una vez por todas derribarlo. Desde el suelo, el ninja oscuro respondió con una carcajada perversa que llegó a asustarlo.

La bruja permanecía sentada en su trono particular, examinando sus afiladas y mortíferas uñas. Centenares de fragmentos de cristal continuaban esparcidos sobre el pavimento, enviándole imágenes del interior de su palacio. Así sabía que la intempestiva Kayla luchaba en el ala oeste con los dos guardianes, que habían resultado ser más ingeniosos de lo que esperaba. Las dos descendientes se encontraban en los pasillos del sur, acercándose peligrosamente al salón de fiestas. Y abandonando su posición y dirigiéndose hacia el este, reconoció al

guardián de la espada. Pero de la que no apartaba la vista era de la tirmiana de largos cabellos rizados, que se aproximaba a la Sala de los Espejos. La había visto acceder por el torreón norte, y su rostro se había desfigurado al reconocerla. De todas las paisanas que habían sobrevivido al ataque, tenía que ser ella la que encabezase el otro grupo de guardianes. Maldijo entre dientes.

Estaba disgustada. Debió acabar con ella cuando tuvo oportunidad. La niña del pozo. Durante años había escuchado con interés sus grandes proezas. No solo regentaba un negocio de especias en el centro de Martel, sino que también resultó clave para el derrocamiento de Lorius. Su papel de informadora fue esencial para los planes exitosos de la Resistencia. La llamaban Samara, pero ella no la conocía por ese nombre. Hasta para eso había sido astuta. Después del rescate de los supervivientes, había borrado sus huellas para no dejar rastro, aniquiló su pasado e inició una nueva vida bajo el aspecto de una encantadora niña que apenas tenía conocimiento de su poder. Pero ella no era cualquier bruja, sino la hija de la sacerdotisa mayor del templo. Había absorbido toda la sabiduría de su madre y era la heredera de los sagrados poderes tirmianos.

Todavía le escocían los oídos por las agobiantes súplicas de su madre. «No la mates, no la mates… Es una niña, Moira, por favor…», le imploró. Y ella la dejó escapar sin saber muy bien por qué. Quizá fue piedad o mera debilidad, pero permitió que la niña huyera y saltara al pozo, puede que esperando a que se ahogara o muriera de frío, ¡quién sabía! No tuvo la misma compasión con sus dos hermanos, a los que no les dio la oportunidad de chillar. Durante años buscó a la niña, quiso conocer su paradero, indagar si había rehecho su vida y si era feliz, pero era obvio que preguntaba por la persona equivocada. Samara nunca existió. Ella asistió al parto de su madre y la consagró a la luz como Mey, la única descendiente directa de las grandes sacerdotisas que quedaba en Silbriar.

Escuchó cómo se acercaba sigilosa, recitando encantamientos para desvelar posibles trampas mágicas, pero ella no había lanzado ningún hechizo de protección. Quería saludarla.

—Hola, querida, te estaba esperando —le dijo mientras se incorporaba y le brindaba la mano.

—¡Tía Moira! —exclamó sorprendida al reconocer a la mujer que la recibía sonriente.

25

Huida

Cruzó afanoso el coqueto patio interior del castillo y se introdujo con cautela en el ala sur esperando encontrar a su hijo en el salón. Se había despojado del ridículo traje que llegaba a oprimirlo y se había ataviado con su particular túnica púrpura. Se deslizaba mejor con ella. Al llegar, mostró una mueca de desagrado que no dejó indiferentes a los presentes. Estaba horrorizado ante la estampa grotesca que sus pequeños ojos contemplaban: trols y orcos habían organizado peleas donde el alcohol y el dinero eran los protagonistas, las arpías saqueaban a los sirvientes expoliando las bandejas y arrancando sus vestimentas en busca de alimentos, y algunos hechiceros alzaban sus varitas con furia para protegerse de las bestias del pantano. Divisó a Belemis en lo alto de la escalera, que lo escrutaba con su mirada mientras negaba con la cabeza.

Una oleada de rabia lo invadió y, dejando entrever su varita refinada, tan negra como sus pupilas, lanzó un hechizo de parálisis. El tiempo se detuvo al instante en la sala. A los invitados solo les estaba permitido mover los ojos mientras él avanzaba victorioso hacia el centro del salón. De reojo, observó cómo un trol permanecía suspendido en el aire antes de la inminente caída. Un orco le había asestado un buen porrazo con una de las sillas y se había quedado petrificado con ella todavía entre las manos. Las alas de las arpías estaban paralizadas en el aire mientras contenían las extremidades engarrotadas, e incluso llegó a atisbar el flujo de energía mágica de las varitas interrumpir su movimiento sin llegar a su destino.

—¡Monstruos inútiles! —gritó furioso—. ¡Ratas desesperadas! ¡¿Acaso habéis aniquilado la paciencia de vuestras virtudes?! ¡Por eso fracasáis siempre! ¡Carecéis de inteligencia, y es ese el motivo de que necesitéis a un líder astuto! —Sus palabras resonaban en la estancia como agujas de hielo a punto de desprenderse de la cueva—. Pero, bueno, ya que veo que requerís de un entretenimiento mayor en la

fiesta, y por eso os propongo un juego. —Hizo una pausa mientras subía las escaleras y se colocaba junto a Belemis—. ¡Hay intrusos humanos en el castillo! —les anunció fastuoso—. ¡Y la caza queda abierta! ¡Podéis olerlos, atraparlos y devorarlos!

Unió las manos y luego las apartó con brusquedad, levantando el conjuro que había formulado minutos atrás. Escuchó el sonido de las copas estrellarse contra el suelo, la estrepitosa caída de algunas bestias, seguido de un par de lamentos, y el cacareo espeluznante de las arpías al batir sus alas. Pero luego oyó los vítores, los jadeos ansiosos, y los pasos apresurados de un tropel de bárbaros esparcirse por el castillo.

—¡Un golpe maestro! —Belemis lo felicitó—. ¿Ocurre algo que deba preocuparnos?

—Nada en absoluto. —Sonreía triunfante.

Las tres hermanas atravesaban el ala oeste, agitadas. Lidia encabezaba la carrera. Había memorizado el trazado de los pasillos y la localización de las diversas estancias en sus prolongados paseos con Kirko. Por lo que Valeria le había narrado, debían haber descendido desde el tercer piso por el torreón oeste. Allí se habían despedido de Nico y de un nuevo guardián que se había unido a la aventura.

El tiempo apremiaba. La bruja podría aparecer en cualquier momento, y ella sabía de lo que era capaz. Asesinaría a sus hermanas sin dudarlo y la haría contemplar sus cuerpos hasta que la imagen se le quedara grabada en el alma. Era sádica, malvada y una completa demente. Estaba dispuesta a convertirla en reina costase lo que costase, sin importarle el reguero de vidas que derramaría por el camino. Y por eso debía huir de allí. Sus amigos no comprendían a quién se estaban enfrentando, pero ella sí. Lo había visto en las manos sudorosas de Kayla, en los labios temblorosos de Kirko y en la mirada vacilante de Lorius. Ellos temían sus desvaríos más que la intromisión de cualquier guardián, o incluso que el ataque de cientos de magos capitaneados por el mismísimo Bibolum en persona. Ella era la encarnación del mal.

Dobló la esquina y divisó aliviada el pórtico del torreón. Se acercó a él y descubrió desilusionada los tres cerrojos mágicos que mantenían la puerta asegurada. Era imposible huir por allí. Valeria se dispuso a subir las escaleras, pero ella la detuvo. Si se adentraban en los pisos superiores, no tendrían escapatoria. No podrían salir todas volando como habían hecho ellas al entrar, e ignoraban qué les había sucedido a sus compañeros.

En ese momento, detectaron el movimiento de una sombra que

descendía emitiendo ruidos extraños, y las tres hermanas se apoyaron en la pared evitando respirar. Valeria preparaba la ballesta mientras Lidia alzaba los puños, pero fue Érika la que, cubriéndose con la capa, decidió subir unos peldaños. Con el corazón en la garganta, esperó a que la sombra hiciera su aparición. Tragó saliva varias veces, y entonces vislumbró a Nico, que descendía con una saca colgada en la espalda, como si se tratase de un ladrón furtivo que acababa de cometer un delito. Se quitó la caperuza y le dio un susto de muerte que casi lo hizo caer por las escaleras.

—Casssi mmme mmmatas —logró balbucear.

—¡¿Nico?! —preguntó sorprendida Lidia—. ¿Qué te ha pasado en la boca? ¿Es que has comido bayas en mal estado? ¿Y qué estabas haciendo? —lo interpeló, señalando el misterioso saco—. ¿Robando los candelabros de oro?

Pero él no pudo contestar. La miró conmovido y se lanzó a sus brazos, entusiasmado todavía con cierta incredulidad porque la tenía allí delante, mientras las lágrimas saltaban de sus ojos sin ningún tipo de control. Entonces escucharon alaridos desgarradores, blasfemias incoherentes y gritos horripilantes. Parecía que el castillo hubiera sido tomado por salvajes descerebrados.

—¡Las bestias! —confirmó Lidia con el rostro desencajado—. Nico, ¿por dónde habéis entrado?

—Mmm… La pppuerta nnnorrte.

—¿Y Jonay? —se apresuró a preguntarle Valeria.

—Con nnninja oscurrr…

—¿Con quién? —A Lidia se le cortó la respiración al instante, y esperó una respuesta que le pareció eterna mientras él se esforzaba en pronunciar el nombre:

—Kkkayla.

Suspiró aliviada, preguntándose dónde estaría Kirko y deseando que se encontrara bien. Mientras, Valeria los instaba a proseguir de inmediato. Y no le faltaba razón. Ella había constatado la ferocidad de las bestias e intuido el alma despiadada que habitaba en ellas.

Examinaba estupefacta el rasgado vestido verde y los cabellos negros enmarañados que lucía como si se tratase de una gran dama mientras se pavoneaba descalza apoyándose en su reluciente escoba. Mostraba algunos cortes por el cuerpo, donde la sangre era visible, y un tobillo hinchado que la hacía cojear. Aun así, trataba de aparentar una elegancia aristocrática. Era una estampa deprimente. Mientras la observaba recelosa, su mente trataba de esclarecer cómo su tía Moira, a la que creía muerta en Tirme, se vanagloriaba de su sagacidad a la

vez que la invitaba a darle un abrazo. ¿Cómo podía colaborar con el tirano que había destruido a su pueblo, a sus hermanos de sangre? ¿Cómo? Y, sin embargo, estaba allí, caminando sobre cristales y contando historias sobre lo mucho que la había echado de menos y del tiempo que la estuvo buscando desesperada.

Ella no daba crédito a lo que escuchaba. Había ido a derrotar a una bruja y se encontraba a su tía avejentada, enajenada por el poder oscuro que la consumía por dentro y excusándose por no haberla recibido en mejores condiciones.

—¿Cómo es que estás viva? Recuerdo que viniste a casa para advertirnos del ataque… ¿Cómo es que has terminado aquí, cobijando a uno de los mayores asesinos de la historia de Silbriar? —se atrevió a preguntarle, todavía confusa.

—¿Por qué adoptaste ese nombre tan ridículo, Mey? —le respondió con otra pregunta que martilleaba su cabeza desde el instante en que la vio aparecer en el torreón norte.

—Lo hice en honor a mi padre Samis Rancel —le confesó sin saber muy bien por qué.

—¡Samara! Sí, ese idiota con sueños de viajero… —Nostálgica, suspiró—. Contagiaba a tu madre con historias absurdas como que los hombres podrían ser de más utilidad y no encargarse tan solo de la agricultura y la ganadería… ¡Había visto mundo! Y dudaba de la fiabilidad del matriarcado. ¿Dónde se creía que estaba? El poder mágico se hereda a través de la sangre de las féminas, y él no podía ponerse a nuestra altura. Se lo advertí a tu madre muchas veces. ¡Samis no es bueno para ti! —Samara apretó los puños, conteniendo la rabia que la invadía en ese momento. No quería que hablara así de su padre—. Pero tu madre insistió. ¿Y adónde nos llevó eso? ¡A la destrucción! —Sus ojos se electrizaron y sus cabellos se alzaron en punta. Samara movía los dedos con sutileza tejiendo una telaraña, un hechizo algo complejo para atrapar los poderes—. Dime, tesoro, ¿por qué renegaste de tu nombre para adoptar el paterno? ¡Tu nombre está lleno de tradición, de magia ancestral! —gritó enajenada.

—Después de la masacre, no quería que me relacionaran con las sacerdotisas originales. Muchos las acusaron de ineptas al no haber valorado el inminente ataque de Lorius —le contestó titubeante. Necesitaba más tiempo para terminar la malla.

—¡Oh, créeme, lo valoramos! —Rio—. Pero yo me encargué de que esos vaticinios desaparecieran.

—¡¿De qué estás hablando?! —La retó con la mirada.

—Querida, ¿no lo has deducido aún? —le dijo riéndose—. Yo era esa traidora que le suministraba los pergaminos a Lorius… Hasta que tu padre me descubrió… ¡Y entonces quemé la biblioteca!

—¡¿Qué?! —Retrocedió, y antes de que pudiera lanzar el conjuro,

la bruja ató sus manos con el proprio hilo que había tejido.

—¿No creerías que no me estaba dando cuenta de lo que estabas haciendo? ¡No soy estúpida! ¡Tengo muchos años! ¡¿Incapacitarme, Mey?! ¿Acaso crees que te he dejado el camino despejado para que llegaras hasta mí porque soy una bruja torpe? —Se acercó a ella y acarició su cutis—. ¡Oh, preciada juventud! ¡Quería desahogarme contigo!

Samara le mordió con saña la mano y ella se retorció de dolor. Aprovechó entonces para deshacer el nudo de sus muñecas y comenzó de nuevo a recitar otro conjuro; esta vez, uno que la paralizara. Pero Moira se recompuso y, cruzando los brazos, les ordenó levantarse a todos los fragmentos de espejo que permanecían en el suelo, y suspendidos en el aire, la apuntaron con sus afiladas esquinas obligándola a detenerse. Permaneció inmóvil, sin apenas poder despegar los labios y apaciguando la respiración.

—Ese día te pusiste enferma, por lo que tu madre no asistió a mi gran ceremonia de fuego —continuó—. ¡Claro que yo no lo supe hasta después! Hasta que los libros ardían y los gritos de auxilio embelesaban mis oídos. Por eso fui a tu casa. No para advertirla, como crees… Debía excusarme por haber asesinado a su marido, pero ella no lo entendió. ¡No entendió nada de lo que le dije! Solo escuché súplicas y más súplicas, y te vi corriendo asustada… Y entonces me percaté de que la gente huía despavorida por las calles tratando de ocultarse de las grandes bestias. ¡Los lopiards vinieron a ayudarme! ¡Lorius había venido a por mí! ¿No es maravilloso?

Moira caminó entre los cristales y contempló indiferente el rostro tembloroso de su sobrina. La recriminó asqueada. Se retiró lo suficiente y dejó caer los trozos de espejos, que de nuevo se fragmentaban en el suelo. Dio dos golpes en el pavimento con la escoba y de inmediato aparecieron ante Samara barrotes energéticos que la confinaron en una cárcel para brujas.

—Tú no viniste a matar a una bruja traidora. Estás aquí para descubrir el porqué —Lunática, rio—. Y bien, ¿ya has saciado tu curiosidad?

Llegaron exhaustos al torreón norte. Nico les indicó con premura la salida. Los tres cerrojos habían sido pulverizados y la extraña luz nocturna les señalaba el camino. Pero faltaban dos miembros del equipo, y debían esperar por ellos. No podían conjurar el arcoíris sin Jonay. Él era el único que podía llevarlos a casa abriendo el portal. Si lo hacían sin él, quedarían atrapados en el oasis hasta que alguien pudiera localizarlos. El tiempo apremiaba, y a sus espaldas

escuchaban los destrozos que dejaban tras de sí las bestias. Tenían sed de batalla y un hambre sanguinaria. Sus gritos sonaban cada vez más cerca y sus pasos se asemejaban a los de cientos de animales que partían en estampida.

Valeria comenzó a impacientarse. Tenían que elaborar un plan alternativo. Entonces divisó al guardián de Pan, que se aproximaba sonriente desde el cielo. Aterrizó junto a ellos con gesto victorioso. ¡Faltaba Daniel! ¿Dónde se había metido?

Daniel se rasgaba la camisa con la espada e improvisaba un vendaje chapucero con la ayuda de sus dientes. No aguantaba el dolor del brazo. Tenía la sensación de que en cualquier momento se le desprendería del hombro. Escuchaba bramidos sobrecogedores y el estruendo que provocan los muebles al estamparse contra la pared. Pensó que Aldin habría trasladado su lucha al interior o que Samara le estaba dando una buena paliza a la bruja. Se mordió el labio inferior, inquieto; algo le decía que las cosas no estaban marchando tan bien como presuponía.

De reojo, observó al mellizo, que gruñía tratando de incorporarse. Él estaba reventado. Se había sentado un momento para intentar hacerse un apaño en el brazo malherido y ahora ese idiota lo interrumpía para intentar una última hazaña. Se levantó a regañadientes, apoyándose en el hierro, y recogió con fatiga de nuevo el escudo. Iba a tener que rematarlo antes de huir de allí. Si Samara se enteraba de que había abandonado su posición, iba a llevarse una gran reprimenda; eso, o lo convertiría en sapo sin dudar.

Caminó hasta la posición de Kirko, que había conseguido mantenerse de rodillas y trataba de alzarse con vehemencia. Eran admirables su fuerza y su disciplina. Lanzó un profundo resoplido, intentando blandir la espada, pero fue interrumpido por un pelotón de bestias inmundas que invadieron el largo pasillo gritando y vociferando que habían encontrado al humano.

Corrió espantado, prometiéndose a sí mismo que se apuntaría a un gimnasio en cuanto llegara a casa. Nunca pensó que su año sabático le pasaría factura de esa manera. Se adentró en las estancias que había tomado antes como atajo, cerrando las puertas tras de sí. Regresó al pasillo, y dudó unos instantes sobre qué camino escoger. Seguidamente, recordó los cuadros que había admirado durante el trayecto. Tenía que dejar que ellos lo guiasen. Entonces atisbó el torreón y comenzó a vociferar como un loco:

—¡Rápido! ¡Érika, pon en marcha el reloj! —gritaba sin aliento—. ¡Que vienen los monstruos!

La pequeña comenzó a manipular el preciado artefacto de Aldin siguiendo sus instrucciones bajo la atenta mirada de Valeria. Jonay no dudó un instante en recorrer volando la distancia que lo separaba del guardián de la espada y levantarlo en el aire mientras una multitud de fieras los perseguía mostrando sus dientes y sus garras afiladas. Nico no apartaba la vista de los dos guardianes, pero Lidia miraba más allá. Entre la jauría de bestias que se aproximaba se encontraba Kirko. Corría malherido, gritando su nombre entre alaridos horripilantes y sonidos guturales.

Aldin cayó de rodillas y mostró una sonrisa de oreja a oreja mientras examinaba los centenares de pedazos de roca diseminados por el terreno. Algunos todavía se movían como las colas de ciertos reptiles al ser seccionadas, pero Brifin, atento a cualquier actividad sospechosa, acudía hasta ellos y, con su aliento de fuego, terminaba con cualquier atisbo de contrataque. Con el bastón sujeto entre las manos, alzó la barbilla y les imploró a las estrellas del cielo que le regalasen una señal, un rayo de esperanza que le susurrara que todo estaba aconteciendo según lo previsto dentro del castillo. Había visto al guardián de Pan alejarse, sujetando entre los brazos a la melliza oscura. Había ascendido como un cohete vertical, dejando tras sí una estela verde apenas imperceptible para ojos poco expertos. Pero él no era un cualquiera. Él era un mago dichoso porque había hecho trizas a los invencibles soldados de piedra, y ahora ansiaba esperanzado el regreso del guardián para que lo introdujera en el palacio. Se incorporó, percibiendo el aliento cálido del pequeño dragón sobre su nuca, y sonrió. Era sin duda un recluta fiel, y sería un gran custodio del portal.

Examinó el horizonte y achicó los ojos al descubrir que el gran pórtico de la entrada se abría. Desconcertado, asió el bastón mientras retrocedía unos metros. El mismísimo Lorius Val se desplazaba con discreción entre las recargadas columnas y descendía intocable las escalinatas mientras se atrevía a aplaudirle. En ese momento, advirtió cómo el guardián volador surcaba el cielo y se internaba de nuevo en el castillo. Pero el hechicero, envuelto en su manto de soberbia, no reparó en el regreso de Jonay.

—¡Ha sido glorioso! —exclamó, felicitándolo—. Un mago contra todo un ejército de piedra. De esto se podrían nutrir decenas de libros, de la majestuosa hazaña del mestizo.

Aldin, con semblante suspicaz, comenzó a girar el bastón a tal velocidad hasta confundir su muñeca con el mango, pero Lorius no pareció impresionado. Aun así, prefirió detener su descenso.

—Me habían contado que sueles encerrarte en tu torre y enviar a tus lacayos a hacer el trabajo sucio —le espetó el hábil mago.

—¡Y así es! Lucho cuando es necesario o cuando el rival está a mi altura —le contestó arrogante.

—Entonces debo sentirme honrado.

—¡Te equivocas! ¡No voy a gastar mis energías en ti, maldito mestizo!

Desconcertado, intentó escudriñar en la mirada impenetrable del villano. Si desechaba el combate, no comprendía su propósito. Entonces, este levantó las manos por encima de la cabeza y abrió los brazos como si quisiera abarcar todo el universo, invitándolo a presenciar un acto que no lograba descifrar. Y en ese momento, cuando parecía que el cielo se rindiese a sus pies, emergieron de las cúpulas del palacio dos impresionantes arpías chillando al atisbar una presa indefensa en medio de la nada.

Aldin apenas tuvo tiempo de usar el bastón contra ellas. Esperaba un ataque terrestre y no aéreo, pero Lorius lo había engañado, presumiendo de una gran astucia. Mientras creía que invocaba a uno de los cuatro elementos, en realidad estaba enviándoles una señal a sus bestias. Lo distrajo, y no pudo evitar que lo apresaran. Las arpías lo levantaron del suelo, emitiendo sus guturales alaridos mientras Brifin lanzaba su aliento de dragón para persuadirlas. Pero los chillidos de esas bestias no solo penetraban en tus entrañas y las revolvían, sino que también creaban ondas sonoras con las que conseguían desestabilizar a sus adversarios.

—¡Brifin, aléjate! —le ordenó— ¡Fuera de aquí! ¡Vete!

El animal, confuso, detuvo el ataque y observó cómo esos seres extraños elevaban al mago que debía custodiar. Aldin continuó vociferando para que se alejara. No quería que fuera apresado. Era consciente de que un dragón dorado sería un prisionero demasiado valioso. Se maldijo por su trágico error; uno que ni siquiera un principiante habría cometido. Observó a Lorius desde las alturas, que se sacudía la túnica con desdén y ascendía de nuevo por las escaleras. Entonces, un enigmático destello llamó su atención. El mago oteó el horizonte buscando la fuente de luz, y al descubrirla, sonrió aliviado: el puente de arcoíris se había activado.

Lidia abrió los ojos, todavía desorientada y algo mareada. El viaje había durado lo mismo que el fulgor de un relámpago: efímero, sin apenas tiempo para coger aire de nuevo. Analizó extrañada el intenso verdor que regaba el hermoso paisaje y la enigmática luz que rodeaba la vasta espesura. Todavía incrédula, alzó la cabeza para comprobar

que las estrellas continuaban brillando en el cielo. Sin embargo, allí, en el oasis, una insólita claridad bañaba flores y árboles. Habían aparecido frente a un ancho río, caudaloso pero no alarmante, y mientras sus compañeros se afanaban en preparar el viaje a casa, ella le lanzó una última mirada al arcoíris, que lentamente se desvanecía en el aire. Quiso llorar, pero se contuvo. Recordaba a Kirko corriendo desesperado, gritando histérico su nombre, y ella lo había ignorado. Algo afilado se le clavaba en el corazón, algo doloroso y difícil de apartar. No era amor ni un sentimiento de pérdida. Era la culpa. Lo había abandonado en la jaula que la bruja había construido para ellos, a merced de su sed de venganza, porque ella buscaría implacable a los responsables de su huida y no tardaría en aliviar su furia contra él.

—¡Lidia, aplícale estas esferas medicinales! —Valeria le mostraba la herida de Daniel—. No tengo ni idea de cuál de ellas es la más indicada, pero haz lo que puedas. Voy con Jonay a por la balsa.

—¿Yyy yooo? Tttennngooo… —Nico señalaba desesperado su boca.

—Lo que intenta decir es —intervino Jonay— ¡que yo también tengo una herida de guerra! ¡Quiero mis malditas esferas!

Nico lo fulminó con la mirada mientras él se reía de su propia ocurrencia. Érika extrajo más bolas medicinales de la capa y se las entregó al muchacho, quien rápidamente las colocó sobre sus labios y emitió un quejido lastimero. Valeria se unió al guardián de Pan y ambos se dirigieron al punto donde el leñador había ocultado la balsa. Roderick la había construido a instancias del mago en cuanto este había corroborado que el portal se encontraba en el salto de la catarata. Apartaron la maleza con presteza y arrugaron el rostro al descubrir unos cuantos troncos sujetos entre sí por lianas poco fiables.

—Bueno, al menos los nudos parecen resistentes —advirtió él mientras tiraba de ellos—, y las lianas silbrarianas son prácticamente irrompibles, si te consuela.

Ella soltó un resoplido cargado de desconfianza. No esperaba que el leñador les hubiese construido un velero, pero podría haber tallado una especie de barcaza donde pudiera agarrarse con las manos ante las más que probables sacudidas de la corriente. Atisbó entonces la mochila provista de herramientas, cantimploras de agua y algunos saquitos repletos de ungüentos que Samara les había preparado por si surgía algún inconveniente. La depositó sobre la dudosa balsa y ayudó a Jonay a arrastrarla hasta la orilla.

Advirtió de reojo cómo Nico palidecía al verla. Si hubiera podido hablar, no habría omitido detalle sobre la inconsistencia del artilugio y habría enumerado estadísticas varias sobre su flotabilidad, pero la inflamación no se lo permitía y se limitó a emitir maldiciones guturales. Uno a uno, subieron a la balsa con cautela. Intentando no perder el equilibrio, Jonay cogió uno de los remos y le brindó otro a

Nico, que lo miró con cierto reproche. Valeria y Daniel se sentaron junto a Lidia, que temblaba de frío y se frotaba las manos sin éxito alguno. Iniciaron la travesía sin complicaciones.

Érika no apartaba la vista de su hermana, que continuaba tiritando y parecía más pálida de lo habitual; algo inusual en ella, pues nunca perdía el color de sus mejillas ni el brillo rosado de sus labios. Tenía también los ojos apagados, a pesar de su exagerado maquillaje, y el elegante vestido negro que portaba la sumía aún más en una incomprensible desdicha. Ella no había reconocido a Lidia en la fiesta, rodeada de lujo y de monstruos malos, y se preguntaba todavía por qué.

Y, de repente, unos gritos irrumpieron en el silencio del paraíso. Tras el murmullo del agua y el aleteo de las aves, alguien vociferaba. La niña volvió la vista a la orilla, achicó los ojos extrañada y descubrió al ninja oscuro que corría desgañitado pronunciando el nombre de su hermana. No tuvo que advertir a los demás, quienes estupefactos cruzaban sus miradas. Ella se limitó a observar el rostro de Lidia, que parecía haber recuperado la chispa a la que los tenía acostumbrado.

—¿Cómo demonios ha llegado hasta aquí? —se preguntaba Daniel, inquieto.

—¡Para la balsa! ¡Déjalo subir! —le ordenó histérica Lidia a Jonay.

—¡¿Estás loca?! —le espetó Daniel—. ¡Ha intentado matarme! ¡Él me ha agujereado el brazo!

—¡No lo entendéis! —voceó mientras se revolvía en su sitio—. ¡Él también es un prisionero de Moira! ¡Lo está manipulando! ¡Necesita nuestra ayuda!

—¡Lidia, él es el enemigo! —Valeria intentaba hacerla entrar en razón—. No podemos volver atrás, nos mataría a todos.

—¡No, no, te equivocas!

—Es el vínculo —susurró Érika—. Le está afectando…

Valeria, aterrorizada, buscó auxilio en los ojos grises de Daniel, que se encogía de hombros sin comprender. Después miró a Nico, que continuaba remando sin parar, esperando advertir el borde de la cascada. Estaba tan entusiasmada por haber recuperado a su hermana que había ignorado las señales. Quiso creer que Lidia deliraba cuando le habló de Kirko, confió en ella cuando se excusó de su presencia en la fiesta porque no podía defraudarla más reprochándole su extraño comportamiento. Y, sin embargo, algo en su interior le musitaba que ella en realidad no era ella, que se había convertido en otra persona. Pero ignoró con desatino su intuición.

—¡Lidia, no me dejes, por favor! ¡Te quiero! —lo oyeron gritar.

—¡Al carajo! —Jonay soltó el remo, se acercó a ella con impetuosidad y, ante el asombro de todos, le estampó un beso en los labios. Lidia lo apartó furiosa y le arreó un bofetón—. Tenía que

intentarlo, mi niña, por lo del beso blanco… Soy el único que no te había besado…

Entonces, Daniel, desesperado, repitió la acción. Rozó apenas los labios con los de ella, quien lo rechazó retirando con ternura su pecho mientras un torrente de lágrimas bañaba su rostro enrojecido.

—Yooo nnno pppuedo —se excusó Nico, señalando de nuevo sus labios engrosados.

—¡Lo siento! —Rompió a llorar—. ¡No sé lo que me pasa, pero no puedo evitarlo! ¡No me odiéis por ello!

Kirko no desistía en la carrera, y su nombre resonaba en sus oídos cada vez con más fervor. Ella admiraba su valor desde la distancia mientras alzaba un brazo como si pudiera alcanzarlo. Valeria asistía aturdida a la escena, sin saber si lanzarle una flecha al mellizo oscuro y atravesarle las vísceras o consolar a su hermana. Pero, de improviso, esta se dejó caer hacia atrás, y ella, de milagro, consiguió sujetarla por un brazo antes de que se hundiera bajo el agua. Daniel intentaba auparla de nuevo a la balsa, reprimiendo el dolor que de nuevo se adueñaba de él.

—¡Suéltame, Val! —le suplicó llorando.

Habían comenzado los rápidos y Jonay los advirtió de que procuraran asegurarse a la balsa. Era un tramo corto. Las aguas agitadas del oasis nada tenían que ver con los descomunales ríos terrestres. Era el preludio breve al gran salto que les esperaba. Atisbó por fin el haz dorado que le indicaba que el portal comenzaba a abrirse. El gorro vibraba eufórico sobre su cabeza, y le aconsejó a Nico que tomara asiento sin soltar el remo. Tenía que concentrarse en que toda la barcaza traspasara la puerta mágica. Nunca había hecho algo así, ya que siempre utilizaba el contacto de las manos para ayudar a los pasajeros a cruzar. Pero esta vez era distinto. Tenía que focalizar toda su energía en la balsa.

Daniel no pudo soportar el peso de la chica, quien no hacía ningún esfuerzo por colaborar y volvió a sumergirse empujando a Valeria hacia el borde. Él volvió la vista al frente y presenció alarmado cómo la puerta de regreso a casa se expandía iluminando el horizonte mientras Jonay comenzaba a emitir destellos verdosos que envolvían poco a poco la balsa.

—¡Resiste, Lidia! ¡Por favor, no me hagas esto! —gritó Valeria, desmoralizada, mientras escuchaba los sollozos de Érika.

—¡Suéltala, Val! —le ordenó Daniel mientras tiraba de ella—. ¡Si no lo haces, moriremos todos! Jonay no puede iniciar el salto mientras tengas medio cuerpo fuera de la balsa, ¡no estás dentro! ¡O saltas tú también con ella, o nos vamos a estrellar todos!

Ella corroboró que el ovillo de luz esmeralda no cubría todo su cuerpo; la cabeza, las manos y parte de su pecho estaban fuera de la

balsa. Tenía que tomar una rápida decisión. Lidia luchaba para no dejarse arrastrar por la corriente, o terminaría precipitándose por la cascada. Kirko nadaba hacia ella, impetuoso, arriesgando su vida como un fiel caballero.

Miró de reojo a Érika, que tenía el rostro hundido en sus manos, evitando contemplar la escena, y luego a sus amigos, que guerreaban afanosos para no terminar despedazados en el fondo del río. Debía hacer algo ya. O saltaba de la balsa para no abandonar a su hermana, facilitándole así al resto el regreso a casa, o debía dejarla marchar.

Profirió un grito ensordecedor y, clavando su intensa mirada repleta de angustia en su hermana mediana, la soltó.

Decepción

Aparecieron cerca del estanque del Pescador cuando la luna llena asomaba tras los árboles. El gélido silencio acompañaba al viento otoñal en su peripecia por estremecer aún más a los jóvenes viajeros. Allí, entre las sombras, los observaba melancólica la casita mágica. Su belleza diurna permanecía oculta, esperando ser despertada con un nuevo amanecer, pero, hasta entonces, descansaba en un sueño furibundo incapaz de alimentar de alegría a los singulares visitantes.

La efímera victoria que habían saboreado al percibir en sus pieles las diferentes sensaciones que emanaban de los colores del arcoíris se había esfumado, desatando una fragancia agria que se había impregnado en sus almas. Desalentados, recogieron algunas de las pertenencias que habían terminado esparcidas por la hierba tras el descomunal salto de la balsa, que finalmente había aterrizado sobre el parque. Jonay todavía sujetaba con ahínco el remo con el que se había defendido en los rápidos. Aún resonaban en sus cabezas el rumor acrecentado del agua y los gritos estremecedores de Lidia, quien, angustiada, había luchado para no caer por la cascada.

Poco a poco, estos se fueron desvaneciendo como si se tratase de un recuerdo lejano, de otra época, de otro mundo, emergiendo así los exultantes cláxones de los coches y la sirena de alguna ambulancia circulando a gran velocidad. Habían regresado a su hogar, y no se sentían merecedores de él. Las ramas agitadas les daban la bienvenida, sacudiendo eufóricas las hojas, y más allá, las luces de las farolas parpadeaban triunfantes, mostrándoles el camino a casa.

Pero a Daniel le escocía la rabia y le afligía la impotencia. Rompió la voz en un intento desesperado por convulsionar a los espíritus adormilados de sus amigos y recuperar así la entereza del grupo:

—¡Tenemos que volver! ¡No podemos quedarnos aquí parados esperando un milagro! —exclamó alterado—. ¡Tú, prepara la gorra!

—¡¿Estás loco?! ¡Apenas me quedan fuerzas! ¡Nunca había abierto un portal para tantos!

—¡Este equipo nunca se rinde! —lo retó furioso—. ¡¿Vas a ser tú el primero?!

—¡¿Y adónde quiere que le lleve, su majestad?! —le preguntó irónico—. ¡Porque, que sepamos, el Refugio no es seguro! ¡No sabemos qué ha pasado con Aldin ni Samara! ¡Joder, tampoco tenemos ni idea de dónde puede estar Coril! ¡¿Y tú quieres volver allí

sin un plan, sin un sitio seguro?!

—No sabía que eras un cobarde…

—¡Basta! —Valeria observó a los dos guardianes, encolerizada, y pronto esa ira se transformó en un insoportable pesar—. Está enamorada…

Giró sobre sus talones y se encaminó a la salida más cercana del parque. Puede que estuviera ya cerrado, pero no le importaba; ya buscaría la manera de sortear la verja. Érika corrió hacia ella y la sujetó de la mano. También estaba cansada, y ahora solo quería abrazar a su padre. Los tres chicos siguieron sus pasos. Jonay les daba puntapiés a las piedras que se encontraba en el camino. Nico se palpaba aliviado los labios, dado que ya apenas quedaban restos de la inflamación. Sin embargo, Daniel continuaba contrariado, sin comprender por qué la guerrera no blandía anhelante la ballesta.

—¿Y el beso blanco? Samara nos habló de que el vínculo oscuro puede ser reversible. —Hablaba sin gozar de un público que lo escuchara—. No todo está perdido… Podemos encontrar a ese guardián de la capa. Lo ayudaremos a derrotar a Lorius… Puede que él sea el que esté destinado a devolverle la razón a Lidia.

—¡Oh, Dios, esto es un desastre! —soltó de repente Nico—. ¡Creo que Lidia ha cogido el saco! No lo encuentro por ninguna parte.

—¿Qué saco? —le preguntó su hermano como si estuviera perdiendo un tornillo.

—¡El saco que contenía los zapatos! —les reveló—. Me costó mucho recuperarlos. Y si Lidia es mala, ahora será imparable con ellos.

Érika se dio la vuelta y le sonrió de medio lado al guardián de las botas. Luego introdujo las manos en la capa y extrajo los zapatos de cristal ante la mirada atónita del resto.

—Te los quité yo en el oasis —le aclaró—. Empezaron a brillar cuando atravesamos el arcoíris, buscaban a su dueña. Pero Lidia… no era Lidia.

—Entiéndelo, Dani —volvió a rogarle Valeria—, ahora solo quiero volver a casa e intentar explicarle a mi padre cómo es que regreso sin una hermana… ¡No me importan el beso blanco ni el guardián de la capa! ¡Que se vayan todos a la porra!

—¡¿Estás tirando la toalla? —le recriminó—. ¡Es tu hermana!

—¡Tú no la viste en la fiesta! —Se encaró con él con los ojos humedecidos—. ¡Ni cómo pronunciaba el nombre de Kirko! ¡Quería ser rescatada, pero al mismo tiempo no quería abandonarlo! ¡Tomó una decisión al saltar de la barca! ¡Y lo escogió a él! Y yo… les he fallado a todos… ¡Y no puedo más! Quiero irme a casa…

—Te acompañamos —le propuso Nico mientras la rodeaba con los brazos—. Es lo menos que podemos hacer.

—Necesitamos descansar —añadió Jonay, cogiendo a Érika en brazos—. Y pensar.

En ese momento, cayeron en la cuenta de que la mayoría de sus pertenencias se encontraban bajo llave en algún cajón custodiado por Libélula. No contaban con los móviles ni dinero alguno. Las llaves de la moto de Daniel se consumirían en Silbriar como un adorno inservible esperando a su dueño, y el coche de Jonay debía seguir aparcado junto al restaurante chino. Podría llegar volando hasta él, pero tendría que pasar por el piso primero y localizar las llaves de repuesto. Así que optaron por un taxi. Apelarían a la bondad del señor Ramos para que gustoso les pagase la cuenta.

Tras media hora en taxi, Valeria abrió la verja y, con pasos asustadizos, recorrió los estrechos baldosines que la separaban de la puerta. Llamó con el puño encogido; el frío la consumía. Después de un largo y hastiado verano en Silbriar, aterrizaba en casa pasada la medianoche, con los huesos entumecidos y los labios amoratados. La espera se le hizo eterna. No sabía por dónde empezar. Las excusas se agolpaban en su mente, agraviando más el estado de nerviosismo en el que se encontraba. Ignoraba exactamente cuántos días había permanecido en Silbriar. Recordaba que había salido con Jonay para recoger a sus hermanas sobre las ocho de la tarde, y ahora regresaba sin abrigo, en taxi y con la única frase coherente que en ese momento podría manifestar: «Lidia ha desparecido».

Por fin escuchó el sonido del pestillo y el giro de la llave en la cerradura, y unas ganas enormes de atravesar el umbral la invadieron. Pero entonces descubrió tras la puerta a su padre bostezando y con el pijama puesto. Lo miró extrañado, y fue Érika la que lo empujó para poder pasar. Él examinaba a sus dos hijas de arriba a abajo y a los tres muchachos que la acompañaban. Sacó la cabeza y comprobó que no había nadie más en el exterior. Atisbó el taxi en la entrada y, sin mediar palabra, cruzó el reducido césped para llegar hasta él. Todos se apresuraron a entrar en la sala, esperando intranquilos el regreso del hombre.

—¿Dónde está Lidia? —les preguntó sereno mientras cerraba la puerta.

—Sé que me encargaste que recogiera a las dos, pero… ha habido un pequeño problema.

—¡¿Un pequeño problema?! —dijo, alzando la voz—. ¡¿De qué estás hablando, Valeria?! ¿Sabéis las noches que he pasado en vela esperando una llamada, un mensaje? ¡Me he recorrido con el señor Morales todos los hospitales de la ciudad rogando para encontraros!

—¿Noches? ¿No han sido unas horas? —se atrevió a preguntar Daniel, confuso al escuchar que nombraba a su padre.

—¡Lleváis cinco días desaparecidos! —estalló furioso—. ¡Todos! —

Los apuntó con el dedo—. ¡La policía está hablando de fuga colectiva! Así que explícame, Valeria, ¡¿qué ha pasado con tu hermana?! ¡Y quiero la verdad!

—Será mejor que vayamos a la cocina.

Se tapó la boca para frenar la enorme congoja que la asaltaba en ese instante. Necesitaba intimidad con su padre. No quería que los demás pudieran interrumpir su discurso más que delirante. Ella era la única responsable de Lidia.

Cabizbaja, cruzó una última mirada de consternación con sus amigos y se internó con él en la estancia contigua. Esperó a que su padre se sentara, pero permaneció de pie con el rostro invadido por la preocupación, para mayor pesar suyo. Tenía tantas cosas que explicarle que no tenía ni idea de por dónde comenzar. No imaginaba que su ausencia hubiera sido tan larga. En el último viaje estuvieron fuera apenas dos horas, y ahora ¡cinco días! ¡Era de locos! Su corazón latía de nuevo desbocado, pero esta vez no era porque se enfrentaba a un shabor o a un espectro del desierto. Tendría que aguantar los reproches de su padre con entereza, las miradas de desconfianza y puede que hasta su incomprensión. Tenía que iniciar al relato, y debía hacerlo por el principio.

—¿Recuerdas el séptimo cumpleaños de Érika, cuando entramos en aquella tienda tan rara? —Lo tanteó primero con una pregunta simple, y él se limitó a asentir—. ¿Y recuerdas lo que dijo el dueño sobre los objetos? —Esta vez, él arqueó las cejas—. Que eran mágicos y pertenecían al mundo de los cuentos.

Se lo estaba poniendo difícil. Había cruzado los brazos y se mordía el labio con el rostro arrugado. ¿Cómo iba a convencerlo de que existía otro mundo con magos, elfos y enanos? Ni ella misma lo habría creído aunque su propia madre lo hubiera afirmado. Cogió mucho aire, intentando moderar sus nervios. Iba a ser más complicado aún expresar con palabras lo que había imaginado en su mente. No tenía ni idea de cómo proseguir la narración.

Entonces, un pequeño temblor sacudió la cocina. Los taburetes se desplazaron, las ventanas vibraron y ella, perpleja, se agarró a la encimera de la izquierda. Duró apenas tres segundos, pero lo suficiente para hallarse nuevamente desamparada. Miró a su padre, aterrada.

—Creo que ha sido un ligero seísmo —trató de calmarla, a pesar de que él mismo estaba extrañado.

—¡Valeria! —oyó gritar a Daniel, desesperado.

—¡Val, Val! —escuchó a su hermana llamarla, temerosa.

Algo había sucedido. Corrió hacia la sala, seguida de su padre, pensando que quizá Érika hubiese resultado herida tras el leve terremoto. Pero al entrar, descubrió que la puerta de la calle estaba

abierta y que todos se encontraban en el pequeño jardín de la entrada, contemplando el cielo, atónitos, sin pronunciar palabra. Ella alzó la mirada, ansiosa por descubrir qué había causado tanto revuelo. Luces extrañas recorrían el firmamento dejando una estela brillante tras ellas. Arrugó el rostro, contrariada. ¿Un seísmo? ¿Y ahora esto?

Jonay rompió el silencio sin apartar la vista del luminoso cielo:

—¿Qué demonios es eso?

—¿Las estrellas se caen? —Érika se agarró a su hermana, temblando.

—Parecen meteoritos —se atrevió a aventurar Daniel—, pero no están llegando a tierra.

—¡Todavía! —exclamó con pesimismo el guardián de Pan.

—¡Son demasiados! ¡Y no parecen meteoritos! —objetó Nico—. Son como fuegos artificiales a lo bestia.

—¿Nos invaden los extraterrestres? —preguntó Jonay con sorna.

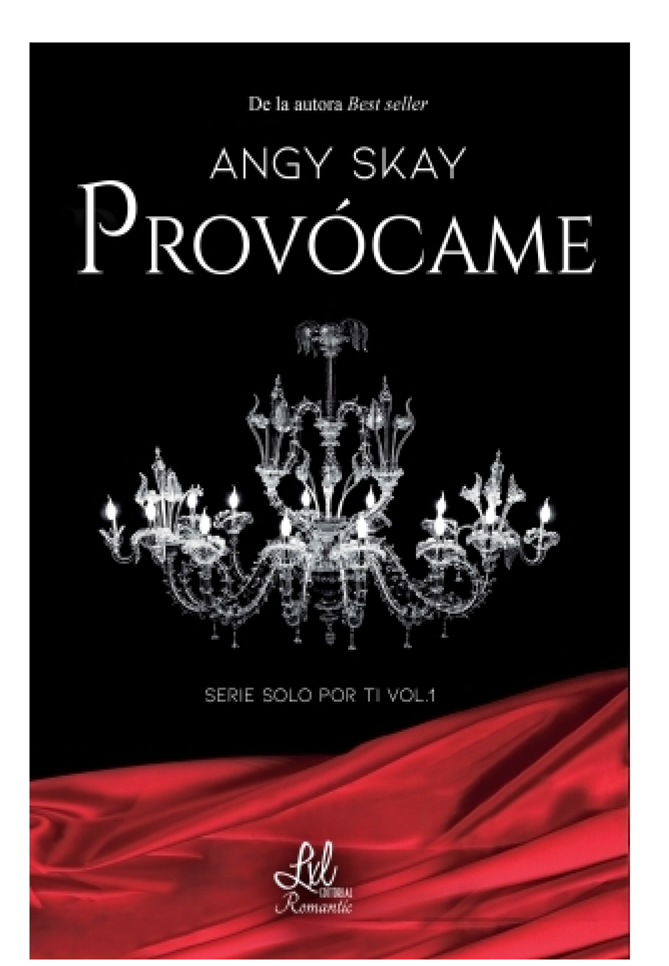
Ella guardó silencio, aterrorizada. No podía ser una casualidad, pero no lograba adivinar qué podría estar sucediendo. Frunció el ceño, recelosa, mientras observaba cómo su padre se adelantaba hasta pisar el césped en medio del jardín. Entonces, se giró con el ceño fruncido y los miró sobrecogido:

—¡Son los jinetes! —afirmó rotundo—. Y esas luces de ahí arriba son brechas.

Libélula se abrazó al gran mago mientras, afligidos, presenciaban el espectáculo lumínico que ensombrecía la belleza de las dos lunas silbrarianas. Las estrellas sucumbían ante el resplandor efímero de decenas de grietas que rasgaban el universo. El gran mago entornó los párpados, consternado por la estampa trágica que sus ojos fatigados nunca llegaron a creer que contemplarían. Lorius había alcanzado su objetivo, y los jinetes cabalgaban obedientes desafiando a galaxias enteras. Reprimió las lágrimas para no apesadumbrar aún más a su fiel amiga, que con ojos suplicantes esperaba de sus labios una frase optimista. Pero él no encontraba ninguna, porque el libro se lo había advertido al delinear la palabra que durante días no pudo apartar de su cabeza: brecha. Y ya no podía hacer nada más sino esperar a que las tinieblas iniciasen un largo viaje tiñendo de sangre los siguientes amaneceres.

La noche en la que el cielo se encendió fue el preludio de una serie de desgracias inevitables, y fue bautizada como La Noche más Oscura.

Continuará…

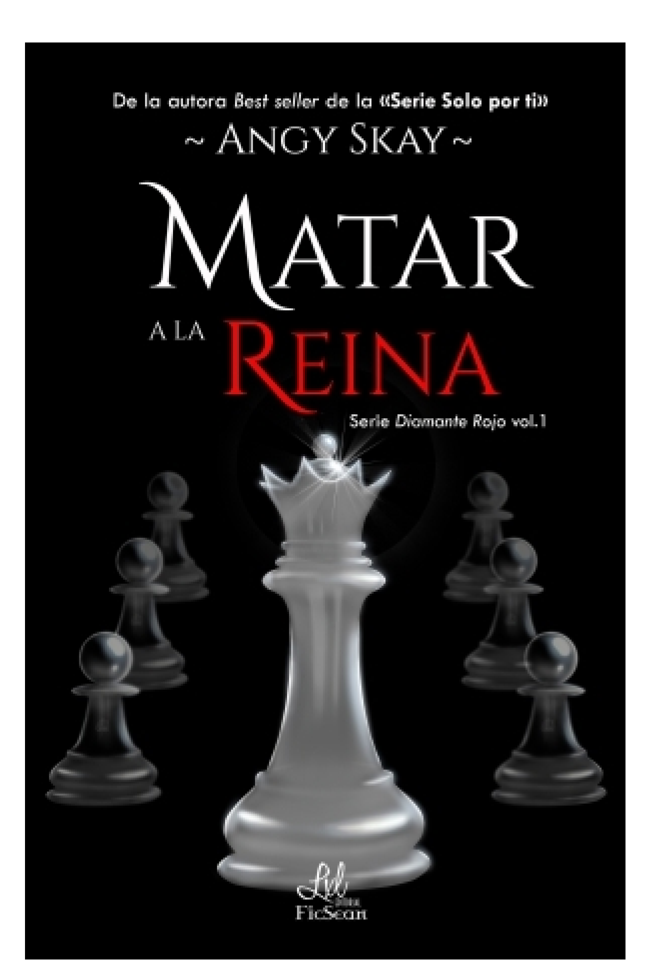

De la autora Best seller
ANGY SKAY
PROVÓCAME
SERIE SOLO POR TI VOL.1
Lxl
EDITORIAL
Romantic

Provócame

Skay, Angy 9788494383212
408 P�ginas C�mpralo y empieza a leer

Bryan Summers es un empresario londinense de prestigio, que decide viajar a Marbella para adquirir una nueva propiedad. Annia Moreno es una mujer independiente que trabaja como personal shopper en la ciudad malagueña. La primera vez que se encuentran, en la puerta de un hotel, Summers no puede evitar sentirse atraído y, aunque ambos han tenido vidas complicadas y ella, además, guarda secretos que pugnan por salir a la luz, se dejan llevar por su instinto y deciden darse una oportunidad. Lujuria, desenfreno y pasión, crearán una mezcla explosiva entorno a una historia de amor. Pero serán vigilados de cerca. ¿Quieres saber algo más? Todo esto y mucho más lo descubrirás en esta fascinante historia. Provócame: el primer volumen de la trilogía Solo por ti. ¿Te atreves a provocarme?

C�mpralo y empieza a leer


De la autora Best seller de la «Serie Solo por ti»
~ ANGY SKAY ~
MATAR
A LA REINA
Serie Diamante Rojo vol.1

Matar a la Reina

Skay, Angy 9788417160661
518 P�ginas C�mpralo y empieza a leer

Las alegres navidades de Micaela Bravo se ven interrumpidas cuando, con solo doce años, alguien, a quién creía de su familia, le arranca la infancia acabando con lo que más quiere. Todos sus seres queridos son asesinados sin piedad y, ella, ultrajada y agredida hasta tal punto que sus agresores piensan que han terminado con su vida.
En su último aliento, su alma se impregna de un sentimiento vengativo que la hará tomar las riendas de su vida unos años después, por un oscuro y tenebroso mundo donde las mafias y el peligro son algo constante.
En otra parte del planeta, un asesino a sueldo recibe una llamada que hará cambiar su existencia por completo cuando descubra una lista con seis nombres, teniendo que asesinar a cada persona por orden correlativo, según su antiguo instructor, Anker Megalos.
Matar a la Reina es la primera parte de la serie **Diamante Rojo**, donde la mafia, los asesinatos, la acción y un amor peligroso se juntarán, dándole lugar a las personas que, al parecer, nunca tienen oportunidad de vivir un futuro a su antojo: los villanos.
En esta ocasión, "**El objetivo, eres tú**".

C�mpralo y empieza a leer


De la autora Best Seller con la Serie Solo por ti
Te robé un beso
ANGY SKAY
SERIE
¿TE ATREVES
A QUERERME?
VOL.1

Te robé un beso

Skay, Angy 9788494383274

333 P�ginas C�mpralo y empieza a leer

Sara Martínez; veintinueve años, soltera, mujer de armas tomar, aunque muy insegura de sí misma. Huye del amor por una turbia relación del pasado y busca una vida normal, tranquila y sin ataduras. Le encanta su trabajo y vivir el día a día junto a su mejor amiga, Patricia.

Cesar Fernández; treinta años, soltero, mirada inolvidable y un cuerpo que incita al pecado. Un Don Juan en toda regla. El típico "chico malo" al que su padre intenta encarrilar, sin éxito alguno. Con una vida desahogada, gracias a un "golpe de suerte".

Sus caminos se juntan sin esperarlo y una atracción letal les arrastra por completo. Lo que Sara no sabe es que César oculta un pequeño secreto que ella jamás esperaría y un encuentro en el pasado que no recordaba.

¿Podrá un ladrón de corazones robarle un beso y derribar las barreras de su corazón?

Comienza la saga *¿Te atreves a quererme?*

Y tú, ¿te atreves a empezarla?

C�mpralo y empieza a leer


De la autora Best Seller
ANGY SKAY
Y QUIÉREME
SERIE SOLO POR TI VOL.2
Romantic

Y quiéreme

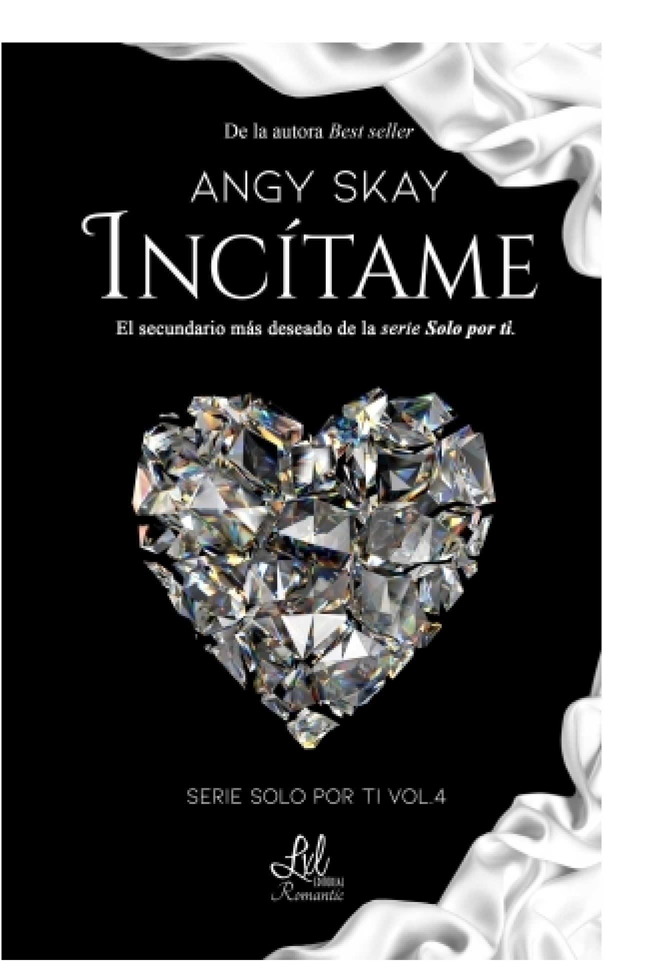
Skay, Angy 9788494383229

417 P�ginas C�mpralo y empieza a leer

Cuando el amor golpea devastadoramente tu corazón y se hace paso sin pedir permiso, la pasión y el desenfreno ciegan detalles muy significativos de una pareja. Detalles que, cuando salen a la luz… Atormentan.
Bryan no podrá vivir sin ella, pero ¿y ella? ¿podrá vivir con inesperados y sorprendentes percances que transcurrirán, dejándola completamente fuera de lugar?
Conoceremos a Annia por completo, pero… ¿Qué pasa con Bryan?
Esta historia abrirá muchos caminos y, con ellos…demasiadas dudas…
Con *Provócame* llega la esperada segunda parte llamada *Y quiéreme* de la trilogía 'Solo por ti'.

¿Podrás quererme?

C�mpralo y empieza a leer


De la autora Best seller
ANGY SKAY
INCÍTAME
El secundario más deseado de la serie Solo por ti.
SERIE SOLO POR TI VOL.4
Lxl Editorial Romantic

Incítame

Skay, Angy 9788494436277
408 P�ginas C�mpralo y empieza a leer

El atractivo e irresistible Max Collins, viaja a la ciudad donde su mejor amigo, Bryan, esconde su identidad. En ese trayecto se encuentra con una morena de ojos profundos como la noche, que le hace enloquecer. Tras esa apariencia de hombre noble y romántico, hay un corazón roto... Un corazón, que tendrá que enfrentarse a su mayor temor: el pasado. Un último amor, una familia oculta y un trauma persistente, harán que los días de Max Collins, no sean nada fáciles... ¿Será capaz Max Collins de afrontar todas las trampas que le depara el destino?

C�mpralo y empieza a leer


«Seleccionada por Ciif Market, Canary Island Film 2019»
Sara Maher
El guardián de la capa olvidada
Trilogía: Crónicas de Silbriar Vol.3
Lxl Editorial
UpBook

El guardián de la capa olvidada

www.editoriallxl.com
04240, Almería (España)
Primera edición: diciembre 2020
Composición: Editorial LxL

ISBN: 978-84-18390-03-6

El Guardian de la capa olvidada

Trilogía: Crónicas de Silbriar Vol.3

Sara Maher

Para Adriel, porque antes de ser,
ya revoloteaba a mi alrededor como un
personaje mágico de Silbriar.

Índice

Agradecimientos

Érase una vez una niña tímida, a veces insegura, quien se entretenía creando mundos fantásticos, algunos mágicos y otros tan cercanos que parecían irreales. De su imaginario nacieron personajes entrañables, rebeldes, odiosos, a veces cargados de una bondad infinita, juzgados por ser diferentes al resto o rechazados por un pasado cuestionable. La niña se divertía perfilando sus caracteres, desarrollando sus habilidades y asociándolos con las diferentes personas que iban cruzándose en su camino. Así, una vez se tropezó con un curioso Bibolum Truafel, algo más estrafalario pero con el mismo semblante afable y de ojos comprensivos. También coincidió con Libélula, siempre atenta y hospitalaria, dispuesta a regalar sus consejos. Para su desgracia, muchos fueron los que encarnaron el papel de Lorius Val, mezquinos, egoístas y dispuestos a imponer su criterio sin tener en cuenta la opinión de los demás.

Esa niña fue creciendo y, sin apreciarlo, fue maga, artesana y guerrera. Porque todos guardamos estos dones en el interior, preparados para ayudarnos cuando lo necesitamos. La maga crea, la artesana lo transforma en una realidad y la guerrera lucha para que nadie se interponga en su destino. Pero lo que jamás pensó la niña es que todo ese mundo orquestado en su mente con villanos, magos y guardianes entrara en miles de hogares conquistando sus corazones.

Por eso mi eterno agradecimiento es para todos esos lectores que han depositado su confianza en mis pequeñas letras y se han emocionado con las aventuras de estas tres hermanas. Puede que la historia llegue a su fin, pero su magia vivirá para siempre en cada uno de ellos.

Esa niña se convirtió en adulta y luchó por un sueño; un sueño que parecía imposible pero que fue una realidad gracias a mi familia de Editorial LxL. Angy, estoy segura de que seguiremos apartando los pedruscos del camino, nos remangaremos y empuñaremos la espada sin olvidarnos de que también obtendremos nuestra recompensa cuando llegue el momento. Y esto también va por ti, Merche, gracias por ser tan comprensiva ante todos los eventos extraordinarios que me asaltan cada día.

Mi dulce Noelia, siempre siempre proclamaré a los cuatro vientos que fuiste la primera en creer en mí y que me brindó su apoyo hasta el final de los días. Gracias también a Marisa, porque, además de reírme contigo, me has enseñado los subterfugios de este mundo caótico.

Por último, agradecer a mi familia, quien ha sufrido y celebrado a

mi lado todos los desencuentros y las alegrías de esta nueva vida. Gracias a mi padres, Tomás y Siona, a mis hermanos, Anabel y Nico, y a mi compañero de viaje, Luca. También brindo por la amistad sincera de Elsa y Carolina. Gracias a todos por ayudarme a no desviarme del camino y a seguir esa estrella fugaz que en las noches más oscuras continúa guiando mis pasos.

Gracias a todos esos niños inspiradores, quienes con su imaginación e inocencia consiguen que la magia nunca muera. Siempre serán mis guardianes.

Un día atravesé un espejo, entre dudas e incertidumbre, que me señaló un sendero de baldosas amarillas para que pudiera soñar con los ojos abiertos. Solo deseo que este camino no tenga fin y me haga disfrutar como esa niña pequeña de nuevos mundos, nuevas emociones y un sinfín de aventuras.

Entretanto, yo seguiré buscando a Aldin Moné entre todas esas personas que se cruzan en la calle conmigo. Puede que incluso localice a Onrom sentado en la barra de un bar o distinga la valentía de Coril en la mirada de un niño. ¡Todos nos merecemos soñar!

Y colorín colorado, el final de este cuento está a punto de comenzar…

Érase una vez una pequeña tienda de cuentos que recorría incansable las distintas ciudades del mundo en busca de guardianes: los herederos legítimos de los objetos mágicos, aquellos que una vez fueron arrojados a la Tierra con la esperanza de ser requeridos cuando la magia corriera peligro. Durante siglos, muchos humanos fueron reclutados y adiestrados por grandes maestros, aguardando el momento a que el equilibrio entre el bien y el mal se rompiese de nuevo. Algunos guardianes murieron sin conocer jamás la palabra «guerra» y gozaron de una estancia tranquila en Silbriar, disfrutando de sus bellos paisajes y adquiriendo un conocimiento único e inalcanzable para la mayoría de los humanos; otros participaron en alguna que otra escaramuza sin importancia, donde las reglas de la magia pretendían ser infringidas. Pero una nueva generación estaba destinada a luchar por el futuro del mundo mágico, por los seres que lo habitaban y por su propia supervivencia. Ese momento estaba acercándose.

Prigmar, el viejo duende regente de la tienda, se aburría solemnemente aguardando a que el Libro de los Nacimientos *se abriera y, con una letra pincelada en oro, le indicara que un guardián había despertado. Entonces, ponía rumbo a las coordenadas que le señalaba y hacía su aparición magistral en aldeas situadas en valles tortuosos, en playas agradecidas donde la brisa marina acariciaba sus mejillas sonrosadas aliviando su calor, en ciudades grises y lluviosas, o tan caóticas que apenas se atrevía a salir a la calle por miedo a ser atropellado por la avalancha constante de transeúntes. Así vivió durante años, viajando sin cesar a partes opuestas de un mundo que se le antojaba extraño y banal, anhelando que la llamada surtiera efecto y el humano elegido hiciera sonar la campanilla de la puerta anunciando su entrada. En ese momento, él le mostraba su sonrisa más afable y jugaba a anticiparse al objeto que escogería, analizando sus rasgos, sus gestos y su actitud en general. Debía admitir que se había convertido en un experto, ya que acertaba en un noventa y cinco por ciento de los casos.*

Esta era la encomiable misión que el Consejo le había encargado: asesorar al nuevo guardián e informar de su presencia al maestro pertinente. Una vida sencilla y sin sobresaltos, sin riesgos que correr y, sobre todo, una labor que ejercía para zanjar una deuda que había adquirido cuando un mago lo había salvado de una muerte segura. Ahora ese era su sino: regentar la tienda y hacer un primer contacto con los futuros guardianes. Sin embargo, pronto se jubilaría y por fin podría regresar a su amado Silbriar. Estaba seguro de que el Consejo encontraría a otro duende torpe al que asignarle esa «gran» tarea.

Pero un día, sin previo aviso, sus aspiraciones se vieron truncadas. El Libro de los Nacimientos *comenzó a escribir garabatos descontrolados y su tinta cambió a un color alarmante: rojo escarlata. No tardó en descifrar su significado: Lorius había conquistado Silbriar y el libro hacía grandes esfuerzos por localizar a las elegidas. Prigmar era consciente de que no*

podría retornar jamás a su hogar hasta que diera con ellas, por lo que, muy a su pesar, activó el escudo de protección que rodeaba la tienda, evitando así que el hechicero diera con su paradero y la destruyera. No tuvo más remedio que resistir confinado en ella sin mantener ningún tipo de correspondencia con su mundo. El viejo duende estaba preparado para esquivar los posibles rastreos mágicos a los que iba a ser sometido, ya que Lorius no tenía aún suficiente poder como para lanzar sus garras al mundo humano. Pero eso no impediría que sí enviase a emisarios para adelantarse en la búsqueda de las descendientes. Y él tenía ahora el cometido más importante de toda su vida, de él dependía la supervivencia de las diferentes razas silbrarianas. Tenía que encontrar a las elegidas.

Nunca olvidaría el instante en el que las tres hermanas entraron en la tienda. Intentó contener su desbordada felicidad, pero su bigote saltaba eufórico sobre su boca y sus ojos cambiaban de color a una velocidad inquietante. ¡Estaban allí, ante él! Y aunque al principio le parecieran humanas corrientes y algo insulsas, percibía la llama de la valentía en sus corazones. ¡Él, un duende común, estaba presenciando un hecho histórico! ¡Las descendientes escogían delante de sus narices sus objetos! ¡Había esperanza para Silbriar!

Sin embargo, un suceso fatídico lo había devuelto a la desgana, y ahora, sentado en su alto taburete, observaba cómo el libro teñía sus anunciaciones de negro. Decenas de guardianes estaban despertando al mismo tiempo, antes de la fecha prevista, sin que nadie pudiera evitarlo. Se acercó a la ventana y contempló desmoralizado un cielo en llamas. Las brechas se acumulaban en el universo y abrían paso a los devastadores jinetes. Lorius lo había conseguido: había trasladado la guerra a los diferentes mundos, y pronto la Tierra conocería su existencia.

Ante la inminente catástrofe, había arriesgado su vida en dar un último salto en el espacio. La tienda no podría viajar en busca de todos esos guardianes perdidos. La magia del hechicero había llegado hasta allí, y cualquier movimiento de su pequeño negocio de cuentos podría ser detectado. Debía permanecer anclada, en silencio, aguardando un milagro que se demoraba.

Resignado, Prigmar suspiró. Se acercaba el final de la historia, y no presentía un feliz desenlace. Aun así, de vez en cuando alzaba la cabeza y contemplaba con nostalgia la puerta de la entrada, deseando con todas sus fuerzas escuchar el último tintineo de la campanilla, aquel que le anunciara que su desesperado e improvisado plan habría funcionado.

Parte 1

La tienda de los cuentos de hadas

Mamá

El cielo crepitaba. Se lamentaba como un árbol acorralado por un infierno voraz al cual habían despojado de sus hojas con crueldad y que trataba de recomponerse tras el vil asalto, sanando sus heridas, devolviéndoles a sus ramas la vida para, de nuevo, florecer. Las estrellas lloraban, y de sus lágrimas nacían estelas afligidas que desaparecían tras un horizonte que se antojaba finito. El universo había empequeñecido ante tal acontecimiento. Parecía más vulnerable, menos incierto, amenazado por esas grietas que rasgaban su equilibrio, su entereza. No había luna en la que ampararse ni nubes que empañaran la funesta visión. El cielo gimoteaba, y no existía lugar en el mundo que no escuchara sus quejidos.

Los aullidos de los perros del vecindario se habían convertido en una improvisada banda sonora, espeluznante y agónica, que acompañaban a una noche eterna. Pronto, el mundo comprendió que no se trataba de un hecho aislado. Todos los rincones del planeta estaban presenciando un acontecimiento insólito: el sol se había apagado en los países donde reinaba el día para que nadie pudiera perderse el espectáculo de un cosmos en llamas.

Lo que al principio los científicos habían explicado como una «cadena de seísmos fortuitos» debido al impacto de varios meteoritos, terminó engrosando la lista de fenómenos desconocidos. Ninguna piedra ardiente había colisionado contra la Tierra. Para mayor desconcierto, algunos volcanes habían entrado en erupción, y en los países cercanos al ártico se había desatado un invierno feroz que helaba las almas de los más atrevidos, de aquellos ansiosos por contemplar el manto de la noche teñido de un naranja inquietante.

Valeria había apagado la televisión, consternada ante las imágenes dantescas que ofrecían las diferentes cadenas de noticias. La influencia de los jinetes ya comenzaba a sentirse hasta en los puntos más recónditos. Contuvo una mueca de espanto. La Tierra desconocía su

auténtico poder y los seres humanos no estaban preparados para afrontar tormentas de granizo que congelaban al instante el área afectada, a rayos fulminantes capaces de carbonizar ciudades ni a los devastadores tornados del desierto del sur. Todo esto superaba sus nervios de acero. Acababa de perder a su hermana, y ahora debía descubrir por qué su planeta estaba padeciendo los efectos de una decisión errónea.

Todavía atónita, observaba a su padre tras su reciente revelación. Este caminaba de un lado a otro del salón, con las manos resguardadas en los bolsillos de su bata de levantarse. Luis siempre había sido una persona previsible, amante del orden y del trabajo. No era en absoluto lo que su hija podría calificar como un hombre enérgico o de acción. Era más bien reflexivo, dialogante y, a veces, demasiado parsimonioso. Sin embargo, estaba allí, divagando sobre por qué los jinetes habían conseguido abrir sendas brechas en el cielo y sobre las consecuencias nefastas que eso podría acarrear.

Boquiabierta, seguía sus cavilaciones, sin atreverse a interrumpirlo en su discurso delirante y paranoico, mientras de vez en cuando alguna sacudida leve lo hacía callarse y mirar receloso al techo, temiendo que este pudiera desplomarse sobre él. Era en esos interminables segundos de incertidumbre cuando ella intercambiaba miradas cómplices con el resto del grupo, esperando a que alguno rompiese el silencio con alguna genialidad. Pero todos estaban tan sorprendidos como ella, sin llegar a comprender del todo la implicación de su padre en los asuntos de Silbriar.

Daniel, con los brazos cruzados y el ceño fruncido, escudriñaba hasta el gesto más imperceptible que pudiera desprenderse de Luis, como si así lograra adelantarse a sus pensamientos. Érika, sentada en el sofá, lo miraba divertida, maravillada ante el hecho de que su padre conociese la existencia de Sibriar. Jonay, con aire más desenfadado, estaba repantigado junto a la niña, como si la noticia no lo hubiese cogido desprevenido. Y, por último, Nico, quien, sin perderlo de vista y prestando mucha atención a sus palabras, retiraba a cada minuto las cortinas para observar las extrañas grietas lumínicas que se habían adueñado de la noche.

Finalmente, Luis clavó los pies en el pavimento y le lanzó una mirada reprobatoria a Valeria.

—¡Has dejado a tu hermana atrás! ¡¿Cómo has podido hacerlo?!

—No ha sido culpa suya —se adelantó a responder Daniel—. Lidia tomó la decisión de no querer volver con nosotros.

—Pero ¿por qué cometió semejante estupidez? Se acerca una gran guerra, debería estar con los suyos.

—Quiso quedarse con el chico oscuro —le aclaró Érika, encogiéndose de hombros.

Luis arqueó las cejas, confuso, y antes de que pudiera reaccionar formulando otra pregunta, Valeria lo aplacó. Había llegado el momento de pedirle explicaciones.

—Papá, ¿quién eres? ¿Un guardián? ¿Un hugui? ¿Por qué no nos habías contado nada de esto?

—¿Eres el guardián de la capa? —Érika abrió los ojos de par en par.

—No, cariño, no. —Lanzó un suspiro, resignado—. ¡Ojalá lo fuera!

—¿Entonces? —insistió Valeria—. ¿Conocías nuestros viajes desde el principio? ¿Sabías que éramos las descendientes de otro mundo? ¿Por qué no nos advertiste cuando esto comenzó? ¿Por qué no dijiste nada cuando entramos en esa tienda?

—¡Porque se lo prometí a vuestra madre! Ella quería alejaros de ese mundo. Descubrió algo horrible, una conspiración que podría poneros a todas en peligro. Así que, en cuanto nació Érika, decidió cortar sus lazos con Silbriar.

—¡No lo entiendo! Nuestro maestro nos contó que mamá no te había dicho nada y que, cuando te conoció, fue cuando dejó de ir a Silbriar.

—Valeria, ella también estaba intentando protegerme. Está terminantemente prohibido que humanos sencillos conozcan la existencia de otros mundos, y por esa razón siempre sostuvo ante el Consejo que yo ignoraba todos sus asuntos. Sobre todo, cuando constató que una sección más dura y oscura estaba organizando incursiones ilegales en la Tierra.

—Pero ¿qué fue lo que averiguó? —Ella intentaba armar un puzle en su mente que se le antojaba cada vez más enrevesado y lleno de vastas lagunas.

Luis tragó saliva varias veces, como si así pudiera despejar la garganta de las dudas que todavía lo atormentaban en las largas noches de insomnio. Debía comenzar a relatar una historia que habría preferido mantener enterrada bajo toneladas de piedras, sumergida en lo más profundo de un mar lejano, con un candado irrompible y una llave ilocalizable.

—Yo… No sé… —Apresurado, limpió sus gafas y se las colocó de nuevo, presionándose el puente de la nariz—. Vuestra madre no murió en un accidente de tráfico.

—¡Dios mío! —Valeria se tapó la boca con la mano, ahogando así un grito desesperado.

—¿Qué fue lo que ocurrió entonces? —intervino Jonay, levantándose de un salto del sofá.

—Tengo que empezar esta historia desde el principio. Se lo debo a ella. —Meditó durante unos segundos, abstrayéndose en sus propias reflexiones interiores. Había llegado la hora de su verdad, de asumir

sus errores y de intentar orientar a los chicos como hubiera deseado que hiciera su mujer, Esther—. Yo soy simplemente un abogado; no tengo dones ni pertenezco a un linaje real. Soy humano. A los pocos meses de comenzar a salir con vuestra madre, ella empezó a ausentarse. A veces no la veía durante días, después fueron semanas... Al principio no le di mucha importancia, pues nuestra relación no era ni mucho menos seria. Quedábamos para ir al cine, al baile de algún pueblo o a tomar un helado. Y era evidente que yo estaba más interesado en ella de lo que ella pudiera estarlo de mí. Pero nuestra relación fue creciendo y le pedí matrimonio a los dos años de nuestra primera cita. Y ella, en vez de asentir eufórica como todo novio impaciente habría deseado, se quedó pálida, sin palabras. Se puso nerviosa y comenzó a tartamudear. Yo todavía estaba digiriendo el más que indudable rechazo cuando me contó una historia increíble. Me dijo que necesitaba ser sincera conmigo si iba a dar el gran paso y convertirse en mi esposa.

»Esa fue la primera vez que me habló de Silbriar y de los objetos mágicos. Me confesó que era una guardiana, como lo había sido su padre y, a su vez, su abuela. Que todas esas ausencias estaban justificadas porque viajaba al otro mundo para instruirse en las artes mágicas y... —Presionando sus labios, aguantó la respiración—. Yo me eché a reír.

—Papá, ¿no la creíste? —le preguntó la pequeña, desconcertada.

—Pensé que estaba tomándome el pelo, que estaba dándome calabazas inventándose una excusa absurda para no decírmelo abiertamente o que...

—Estaba loca. —Valeria concluyó la frase con profundo pesar. Hundió su rostro entre las manos y negó con la cabeza.

—Tienes que comprender mi posición. Estaba arrodillado ante los pies de tu madre, y ella me contaba una historia disparatada sobre magos y cuentos de hadas. ¡Estaba petrificado! ¡Asustado! Pensé que había estado saliendo con esa mujer durante dos años seguidos y no la conocía. —Suspiró larga y profundamente. Volvió a hacer una pausa para aunar las fuerzas suficientes que lo empujaran a proseguir. No quería revivir la muerte de Esther, solo quería olvidar aquellos días de angustia en los que la soledad lo abrazaba y le susurraba que iba a ser su nueva compañera—. Me fui de allí y la dejé llorando, maldiciéndose por el error que había cometido al confiar en mí. Yo no dormí durante días. Me sentía culpable por no dejar que se explicara, por haberme burlado de ella de aquella manera tan infantil y porque yo... la amaba. Así que me planté delante de la puerta de su casa dispuesto a escucharla, pero ella siempre fue testaruda y algo orgullosa y no quiso recibirme. Durante tres semanas, cada vez que salía del trabajo, me dirigía a su casa, tocaba el timbre y esperaba

horas a que ella abriera, pero no lo hacía. Hasta que un día vuestro abuelo me dijo: «Si tienes el valor de presentarte aquí todos los días a pesar de salir derrotado cada noche, es que eres digno de entrar en nuestra familia».

—Recuerdo que mamá me contó esa historia, pero de otra manera —meditó Valeria, dejando escapar una leve sonrisa de sus labios—. Ella me dijo que, tras una pelea tonta, tú casi dormías bajo su ventana con tal de recuperarla.

—¡Mamá era la mejor del mundo! —exclamó Érika—. Ella sabía que la magia existía pero que los malos querían destruirla.

—Sí, era la mejor... —Él se dejó caer sobre el sofá y colocó a la pequeña sobre su regazo.

Otro temblor los sobresaltó. Érika se abrazó a su padre, asustada, y Valeria cerró los ojos, como si así pudiera ignorar la pesadilla que estaba viviendo. Daniel se apoyó en la pared para evitar perder el equilibrio mientras Nico corría hacia la puerta seguido de Jonay. La abrió, y fue testigo de cómo una marea de vecinos contemplaban atónitos las extrañas luces del cielo. Las sirenas no cesaban. Sonaban en la lejanía sin descanso, acrecentando la confusión en sus rostros.

—Deberíais llamar a vuestros padres —dijo Luis al cese del pequeño sismo—. Tienen que estar muy preocupados.

Daniel y Nico intercambiaron una mirada fugaz en la que el guardián de la espada mostraba su negativa.

—Está bien, lo haré yo —aceptó Nico con resignación.

—Ahora mismo soy la oveja negra de la familia, así que me echarían la culpa de todo. Intenta calmarlos. Tienen que estar muy asustados por lo que está pasando.

—A mí me gustaría llamar también al restaurante —dijo Jonay, siguiendo los pasos de Nico hasta la cocina—. Tengo que localizar a mi maestro.

Valeria alzó la vista y clavó la mirada en los ojos castaños de su padre. Eran iguales a los de Lidia: rasgados y vivaces. Y aunque la pena había decidido instalarse en ellos, todavía albergaban una chispa incombustible que le revelaba que, aunque no fuera un guardián, poseía un corazón guerrero y que no se rendiría hasta ganar su propia batalla.

—¿Qué ocurrió luego? ¿Cómo acabaste creyendo la historia de mamá? ¿Has estado alguna vez en Silbriar?

—No, aunque me habría gustado. Como te dije antes, yo no podía siquiera conocer su existencia, y menos visitarlo. Está vetado para la mayoría de los humanos, y eso me incluye a mí —reconoció con cierto pesar—. Debo admitir que necesité pruebas para creer toda esa historia. Fue entonces cuando vuestro abuelo me mostró su cincel, el que perteneció a Gepetto, y algunos de los trucos que podía hacer con

él. Después, mamá me presentó a su espada, a la que llamaba cariñosamente Silver. No me preguntes por qué, pero para ella era como su mejor amiga. —Rio, recordando la cara de asombro que había puesto al verificar ese nombre grabado sobre la exquisita empuñadura—. Y, bueno, viví con ella unos años maravillosos y llenos de intrigas. Me relataba sus aventuras cuando regresaba de sus viajes. Me describía los preciosos lugares que visitaba y a veces los dibujaba. Ya sabéis que a ella le apasionaba pintar. Así conocí las famosas cataratas del norte, Martel, Gnimiar y al prestigioso mago Bibolum Truafel.

—¿Bibolum era su maestro? —le preguntó Daniel con curiosidad.

—No, no, él era un miembro más del Consejo cuando Esther comenzó a reducir sus viajes y él empezaba a concentrar su energía en la búsqueda de los guardianes. Durante muchos años, fue un asunto al que no le dieron importancia. En Silbriar se vivía bien... Imagino que estaba adelantándose a los acontecimientos futuros. Su maestro se llamaba Zacarías Melling.

Tanto Valeria como Daniel negaron con sus cabezas. Ignoraban de quién podría tratarse.

—Pero cuando estuve delante de Silona, ella me mostró imágenes y vi a mamá junto Bibolum. —Confundida, Valeria se mordió el labio inferior—. Y también vi al abuelo con un gorro mágico. ¿Acaso esas escenas no eran reales? ¿Nunca sucedieron?

—Tu madre conoció a Bibolum mucho más tarde, cuando él, desde el Refugio, viendo el avance de las tropas enemigas, lanzó un hechizo para llamar a las descendientes. Según me contó tu madre, Bibolum recopiló datos durante años y, estudiando las Profecías Blancas, elaboró un complicado conjuro para que las tres libertadoras salieran a la luz. Fue ahí cuando tu madre, engullida por un torbellino, se presentó ante él. En ese momento, comprendió que sus orígenes y sus hijas serían las elegidas para salvar Silbriar. Por aquel entonces, estaba embarazada de Érika. Ella quería protegeros. Había descubierto algunas cosas y no... —Luis insufló aire y lo exhaló, reprimiendo unas lágrimas que comenzaban a bombardear sus ojos—. Antes de su encuentro con Bibolum, Esther ya estaba tratando de desenmascarar a una red de hechiceros que extendían su poder hasta nuestro mundo. Estos habían averiguado que el linaje de Ela no se había extinguido como pensaban y que podría haber descendientes aquí. Esther supo que estaban investigando a todos los guardianes, ya que, entre ellos, debería estar el que poseyese el gen portador de los elegidos. Me contó que estaba asustada porque habían asesinado a algunos guardianes antes incluso de que pisaran Silbriar por primera vez. Buscaban a alguien que tuviera tres hijos o los tuviese en el futuro. Ya sabéis, que poseyeran así los tres dones benditos: el mago, el artesano

y el guerrero.

—Lorius estaba preparándose para su revuelta y él conocía las Profecías Blancas —continuó Daniel—. Es muy posible que quisiera acabar con el progenitor antes de que pudieran nacer incluso sus hijos. Sabía que algún día sería derrotado con la ayuda de las tres elegidas.

—Por eso habíamos decidido no aumentar la familia y quedarnos únicamente con nuestras dos niñas. Y cuando inesperadamente se quedó embarazada de Érika, decidió no regresar jamás, pero el hechizo de Bibolum hizo que volviera a Silbriar. El mago comprendió al momento que estaba ante una de las hijas de Ela y que no se trataba de una leyenda, pero también que se había anticipado a la llamada. Los tres dones todavía no coexistían en una misma generación. Alarmada por lo que el gran mago le contó, Esther se empeñó en cambiar vuestro destino. Se obsesionó con encontrar al guardián de la capa. Si él acudía y liberaba Silbriar, vosotras no tendríais que participar en una guerra. Pero todo fue en vano... Aun así, cambiamos de domicilio y ocultamos el nacimiento de Érika. Tu abuela fue la encargada de asistirla en el parto junto con varias vecinas de la sierra. No la inscribimos en ningún documento oficial hasta que llegó el momento de escolarizarla. —Entornó los párpados unos instantes y se deleitó con el rostro emergente de Esther, que asaltaba su mente y lo animaba a continuar—: Discutimos. Yo insistía en que deberíamos disfrutar de una vida normal, que Érika debía tener las mismas oportunidades. Y, bueno..., disfrutamos de casi dos años más de absoluta normalidad, hasta que descubrimos que estaban vigilándonos y...

—Papá, lo siento mucho. —Valeria se arrodilló junto a él mientras Érika sollozaba con la cabeza apoyada en su pecho.

—Usted no podía saber que eso sucedería. No es culpa suya —trató de confortarlo Daniel.

—Aquel día discutí con ella antes de que saliera de casa, ya que no estaba de acuerdo con su plan. Pero aun así cogió su espada y condujo lejos de aquí. Sabía que la seguían, y aprovechó esa ventaja para llevar a su asesino a la sierra. Allí se encaró con él. Le había tendido una trampa en un terreno que conocía al dedillo. —Su pulso se había acelerado. Sentía un ligero temblor en sus manos, por lo que las entrelazó con fuerza para que sus hijas no apreciaran su creciente nerviosismo—. Me llamó y me dijo que todo había acabado, que se había deshecho del mago que había estado acosándola y que iba a regresar a casa. Pero nunca llegó. —Se le quebró la voz y desvió la mirada hacia el patio, donde el pequeño sauce sacudía sus ramas agitado.

Érika abrazó aún más a su padre, queriendo mitigar su dolor. Valeria clavó la vista en la alfombra, comprendiendo su sufrimiento.

El vacío que había dejado su madre era desgarrador; se había sacrificado por ellas. Y su padre se había visto abocado a continuar con su labor, sin poseer ningún conocimiento sobre la magia.

—Tenías razón. —Con una mueca contrariada pegada a su rostro, Nico entró de nuevo en la sala—. Dicen que eres una mala influencia y que me has llevado por el mal camino. He intentado convencerlos de que no era así, pero no me escuchaban. Querían sonsacarme dónde me encontraba. —Daniel abrió la boca, confundido—. Antes de que digas nada, he ocultado el número, así que no pueden rastrearnos. Además, no creo que les queden muchas ganas de venir a buscarnos.

—¿Qué quieres decir? —Daniel arrugó el entrecejo.

—Bueno, estaba por contarles que habíamos sido abducidos por extraterrestres y así aprovechar que el cielo sea ahora mismo una barbacoa, pero pensé que no se lo tragarían. Y aunque me moría de ganas de confesarles que soy un guardián y que vamos a solucionarlo todo, pues... Les he dicho que unos mafiosos nos persiguen porque fuimos testigos de un crimen y que, como hay policías implicados, hemos huido hasta que se aclare todo.

—¡¡¿Qué?!! ¡¿Y eso te ha parecido más lógico?! ¡¿Estás loco?!

—¡Oye, haberte puesto tú al teléfono! He tenido que aguantar los gritos de papá y los continuos «¿Qué he hecho yo para merecer estos hijos?» de mamá. —Molesto, lanzó un resoplido—. Y, para colmo, me han dicho que Ruth no para de llamarlos. Se le ha metido la estúpida idea en la cabeza de que yo... me he fugado con Lidia. ¡Con Lidia! ¿Lo entendéis? ¡Yo con Lidia! Estoy acabado. —Calmó sus nervios desatando una risa nerviosa—. Al menos no me han llamado idiota, como a Jonay. Su madre se huele algo porque le ha dicho que para qué le han servido tantos campamentos de verano, y le ha recalcado que viven en una isla volcánica. Lo he dejado cuando ha llamado a ese restaurante y se ha puesto a hablar en chino. Así que, si no te gusta mi idea, pues invéntate tú una excusa mejor.

—No os preocupéis, ya hablaré yo con ellos si es necesario —se ofreció el señor Ramos, apaciguando una discusión inminente.

—Papá, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Tenemos que prepararnos para una guerra —dijo, poniéndose de pie—, pero antes vas a tener que explicarme qué está pasando con Lidia exactamente.

Valeria agachó la cabeza. ¿Cómo iba a contarle a su padre que su hija se había enamorado de un mellizo oscuro? ¿Cómo decirle, después de todo lo que su madre había hecho por ellas, que Lidia había decidido luchar en el otro bando? ¿Cómo explicarle que ella misma se había rendido y había soltado su mano en la balsa que los transportaba a casa? ¡La fe en recuperar a su hermana se había esfumado en cuanto ella había escogido a Kirko!

Con grandes zancadas, Jonay entró de nuevo en el salón. Su semblante mostraba una enorme preocupación.

—Tenemos un grave problema —anunció con voz afectada—. Todos los guardianes están despertando y Lorius ha enviado un destacamento de hechiceros para eliminarlos.

—¿Cómo sabes eso? —Daniel se acercó a él.

—La mujer de mi maestro me ha puesto en contacto con él. Está oculto en un refugio mágico al sur de Inglaterra junto con otros tres amigos que están en contra de las órdenes del nuevo Consejo. Los nuevos guardianes están quedando expuestos, y si no se unen a sus filas, los asesinan... Hay algo que me huele mal en todo esto. ¿Cómo es que el Consejo no actúa para defender a los suyos? Deberían proteger a esos guardianes. Están despertándose antes de tiempo, indefensos, sin que nadie los guíe.

—Quizá no les interese intervenir. —Daniel se encogió de hombros —. Recuerda que tanto Aldin como Coril hablaban de un traidor en el Consejo que trabaja para Lorius, por eso se rebelaron los guardianes contra nosotros. ¡Están manipulándolos!

—Mi maestro me ha dicho que han nombrado a un tal Zacarías como el nuevo presidente.

—¡Dios mío! ¡¿El maestro de mamá es el traidor?! —Valeria se llevó las manos a la cabeza, aturdida por la nueva información.

—Creo que es hora de que recibas tu herencia —intervino su padre —. Tu madre me dijo que si las cosas se torcían demasiado, debía entregarle a la guerrera su diario. Y creo que esa eres tú, Valeria.

—¡Papá! —El hombre se detuvo y giró sobre sus talones—. Deberías saber que he visto a mamá en Silbriar. De alguna manera, su espíritu vive allí y nos acompaña.

—Yo también la vi —confesó Érika, entusiasmada—. Vivía entre las flores y la brisa del oasis. ¡Ella está allí!

Con un nudo en la garganta y decenas de lágrimas empañando sus ojos, Luis abrazó a sus hijas con fuerza. Estaba visiblemente emocionado, y quería creer que, en un mundo mágico, Esther todavía podría vivir, aunque fuese en el aire de los bosques encantados.

2

Diario

Érika dormitaba sobre el sofá emitiendo un dulce ronroneo, como si fuese un tierno minino que se deleitaba con un merecido descanso después de tantos sobresaltos. Luis la había arropado con una gruesa manta tras entregarle el diario de Esther a su hija. Enseguida, Valeria reparó en que no se encontraba ante un diario cualquiera, como los que estaba acostumbrada a apreciar en las librerías. Este era de un tamaño considerable, parecido a los libros que había curioseado en Silbriar. Lo sujetó entre sus manos con cierta expectación. Deslizó la mano sobre la tapa dura y advirtió los precisos y misteriosos relieves que lo conformaban. Eran jeroglíficos, símbolos que ya había observado en muchos de los ejemplares que lucían dichosos en la estancia circular del gran mago Bibolum Truafel. Lo apoyó sobre sus rodillas y acarició sus páginas envejecidas por un paso del tiempo que había sido grato con ellas. No existían ni manchas ni rotos que hubieran castigado su exquisita composición.

Le sorprendió descubrir que no comenzaba con el relato de su madre, sino con el de su bisabuela, Alma Blázquez, una curiosa artesana a la que le habían regalado unos zapatos rojos rubí y que, poco después, al juntarlos accidentalmente mientras se dirigía a la iglesia, la habían transportado a un mundo de fantasía, de ensueño.

Pensé que había muerto y me encontraba en el cielo. Los pájaros cantaban, las flores danzaban, y un pequeño riachuelo me daba la bienvenida creando diminutas columnas de agua que se alzaban para ofrecerme beber. Entonces, apareció ante mí un sendero con azulejos amarillos que me mostraron el camino a seguir.

—¿Has encontrado algo que pueda servirnos? —Daniel se había

sentado a su lado tras devorar una de las famosas tortillas de su padre. Ella desconocía su ingrediente secreto para que quedaran tan ricas, y estiró una de las comisuras de sus labios al percatarse de que no era el único misterio que rodeaba a la familia—. Tal vez tu madre haya reunido pistas que ahora podrían sernos de utilidad.

Ella asintió mientras pasaba las hojas, escritas con una letra estilizada y abigarrada, y llegaba hasta otras, con una caligrafía más diminuta y estrecha. Su abuelo había regentado un pequeño negocio de calzado durante muchos años. Pensó en si su dedicación y fascinación por los diferentes estilos de zapatos tendría algo que ver con que su madre hubiera poseído unos mágicos. Se detuvo ante unas frases que llamaron su atención. Su abuelo estaba tratando de dominar las artes mágicas con un sombrero.

El entrenamiento con Fitz casi acaba con mi vida hoy. Se ha empecinado en que debo también dominar su sombrero, pero para mí es imposible. Yo no soy un mago, sino un artesano. Pero él parece no entenderlo. Está obsesionado con volver a Silbriar. No se conforma con lo que yo le cuento, quiere verlo con sus propios ojos.

Valeria se revolvió en la silla y le preguntó extrañada a su padre, quien regresaba de la cocina con una botella de agua en las manos:

—Papá, ¿quién es Fitz? ¿Era el maestro del abuelo?

—No, no. Fitz era… el hijo de Ela. —Hizo una mueca mientras se rascaba la nuca—. Tu madre lo conoció como su abuelo, pero en realidad llevaba más tiempo en la familia.

—Yo no entiendo nada —intervino Nico antes de darle un gran bocado a su tortilla.

—Ela hizo que su hijo Fitz se refugiara en la Tierra cuando presintió que las cosas iban a ponerse feas en Silbriar. Él viajó hasta aquí con su sombrero. Era un mago de la realeza; pero, bueno, siempre un mago… Por lo que pudimos averiguar tu madre y yo después, él intentó llevar aquí una vida de humano. Se casó, formó una familia, pero se dio cuenta de que la mayoría de sus hijos morían poco tiempo después. Creemos que su esposa se suicidó porque se culpaba por no ser capaz de engendrar un hijo sano. Descubrimos fotos antiguas donde Fitz parecía no envejecer. Ya sabéis que los magos en Silbriar pueden llegar a tener cientos de años, y digamos que, aquí, para Fitz, el tiempo pasaba demasiado despacio. Incluso supusimos que se pintaba las canas para parecer más viejo. Sabemos que tenía una vida errante, y después de años ausente, volvió a casa, dispuesto a entrenar a sus descendientes. Quería volver a Silbriar, su

hogar. Pero sabía que solo podría hacerlo cuando los tres dones estuvieran en funcionamiento, así que trató de que tu abuelo y su hermana dominaran las tres artes. Pensaba que podría regresar si lo conseguía, pero eso nunca sucedió.

—¿Cómo es que no lo conocí? ¿Cómo es que mamá no nombró nunca al abuelo Fitz?

—Valeria, yo tampoco lo conocí —le respondió él, dedicándole una sonrisa tierna—. Fitz volvió a irse años después. Estuvo presente mientras tu madre fue una niña, nada más. Para ella fue otro abuelo más, ¡tu bisabuelo! Puede que ya haya muerto. Los magos tampoco son eternos.

—¿Y mamá nunca sospechó que se tratase del hijo de Ela? ¿Ni siquiera el abuelo?

—Tu madre no supo nada hasta que se reunió con Bibolum. Fue a su regreso cuando empezamos a atar cabos. Pero tanto tu abuelo como ella pensaban que se trataba de otro guardián de la familia. Cuando Fitz se presentó a tu abuelo, lo hizo como un tío lejano que quería ayudarlos.

Valeria negó con la cabeza y volvió a enterrar su rostro entre las páginas escondidas que sus antepasados escribieron esperando que en algún momento sus aventuras fueran leídas, revelando así los secretos que un día decidieron callar. En cuanto sus manos se posaron sobre las letras redondeadas de su madre, su corazón palpitó y una punzada aguda atravesó su estómago, dejándola unos instantes petrificada ante el texto. Sus labios temblaban, y tuvo que humedecerlos para frenar en varias ocasiones su creciente ansiedad. La mano de Daniel se posó sobre la de ella, calmándola, invitándola a continuar, a resolver los intrincados enigmas que había ocultado su familia durante demasiados años. Estaba convencida de que su madre tenía la llave, la pieza fundamental para armar el puzle, y que podría arrojar respuestas para cerrar las brechas que habían rasgado su universo. Tragó saliva, y obviando las primeras páginas, que se centraban en cómo había hallado su objeto mágico, se detuvo en aquellas que relataban sus hazañas en Silbriar.

Comenzó a leer con el alma atragantada, en un silencio discreto, mientras sus amigos disfrutaban de un banquete improvisado por su padre. Estaban famélicos después de la larga travesía por el desierto y de la desesperada huida tras el infructuoso rescate de su hermana. Ella, en cambio, no tenía apetito, y a pesar de encontrarse debilitada, prefirió centrarse en el diario mágico de su familia.

La estancia en los Valles Infinitos, hogar de los magos más prestigiosos y lugar de nacimiento de mi querido maestro, llega a su fin. Zacarías me ha

informado de que pronto partiremos hacia Tirme, morada de las grandes sacerdotisas y fuente indiscutible de sabiduría. Después de intensos meses conviviendo con los magos de esta comarca, se me hace difícil la despedida. De ellos he aprendido la eficacia de la disciplina y la concentración, pero también que hay que ser agradecido con los dones que se nos ofrecen. La magia del Valle está muy vinculada a la naturaleza, y por eso su adiestramiento consiste en dominar los elementos. Mi maestro es un reconocido mago del aire. Es capaz de crear torbellinos con su varita o de asestar golpes con el viento racheado. He disfrutado con las demostraciones que han realizado los pupilos de la escuela: la nueva generación de magos de Silbriar. La mayoría de estos prescinden de sus varitas y ejecutan sus hechizos a través del movimiento de las manos, algo que ha indignado a muchos maestros, ya que uno de los emblemas del Valle es la varita como extensión del cuerpo. Para mí ha sido un honor convivir con estos nuevos genios del aire, fuego, tierra y agua. ¡Quién sabe si algún día sus nombres se grabarán en la historia de este mundo! Jersen, Peval y Hanis, gracias por esas noches de campamento.

Valeria dio un respingo y se detuvo en los nombres de los magos que su madre había citado. Había uno que le resultaba familiar.

—¿Peval? ¿No era este el enemigo de Aldin? —soltó, concentrada en los golpecitos que su dedo profería sobre el nombre del mago oscuro.

—Sí, el maestro de los mellizos —precisó Daniel—. ¿Qué has encontrado?

—Nada que sea importante —puntualizó ella, dejando escapar un suspiro de resignación—. Mi madre conoció a ese brujo. Era de los Valles Infinitos, como su maestro Zacarías... ¡Peval! Un mago que dominaba el elemento de la tierra. Por eso me lanzó del tejado usando kilos de arena.

—¿Dice algo sobre el señor Moné? —le preguntó Daniel, clavando su mirada en la página que leía ella—. Aldin nos contó que antes de convertirse en un hechicero oscuro fue su amigo.

—No lo menciona. —Negó con la cabeza—. Puede que porque fuera un mestizo. Las leyes de la época prohibían que estos entrasen en academias de magos. Además, ni siquiera sabemos si el señor Moné es natural de los Valles Infinitos. Aldin no me parece un mago de los elementos.

—No lo es —intervino Nico, categórico—. ¿Acaso lo habéis visto conjurar al fuego o al agua? Es evidente que no nació en ese Valle, y más si las relaciones entre especies estaban prohibidas por aquella época. Pero lo que sí sabemos es que fue un protegido de Bibolum. Tuvo que entrar en una academia, pero quizá fuese en otra. —Bostezó,

evidenciando su cansancio—. Lo siento, chicos, necesito dormir. Ahora mismo siento envidia de Érika.

—Sí, sí, descansa. —Valeria arrugó el entrecejo y miró de reojo el libro—. Esto no está llevándonos a nada.

—Val, deberías comer algo —le sugirió su padre—. Esta noche va a ser muy larga, y si no vas a dormir, al menos tendrías que reponer energías. ¿Te preparo un café con leche?

Ella asintió levemente y posó su mirada en los ojos cansados de Jonay. Este se había sentado frente a ella y había recostado la cabeza sobre los brazos, cruzados en la mesa.

—Por mí puedes seguir leyendo —dijo él mientras se acomodaba—. Puedo hacer dos cosas a la vez: descansar y escucharte.

Ella deslizó el dedo índice sobre el texto de su madre y, adelantándose varios párrafos, buscó hechos o nombres que pudieran llamar su atención. No disponían de mucho tiempo, y mantenía la esperanza puesta en algún dato que pudiera revelarle cómo detener a Lorius antes de que se adueñara también de la Tierra.

Junto a mis compañeros guardianes, Teo, Jon y Lía, estoy pasando unos días de ensueño en la gran biblioteca. Las sacerdotisas están siendo muy hospitalarias. Concretamente, Sybila está ayudándonos a comprender la labor que allí desempeñan. Ellas son las custodias de la magia, del conocimiento heredado a través de las distintas culturas. He mostrado interés por las Profecías Blancas, redactadas por las brujas ancestrales hace miles de años, y también por el Libro de los Guardianes*, ya que cuenta parte de mi historia, de mi familia.*

Sybila ha sido muy generosa al aclararme ciertas dudas. Las Profecías Blancas hablan de que la estirpe de Ela no se ha extinguido y que volverá a reinar algún día, ya que Silona no encontrará la paz mientras dure su gobierno. La sacerdotisa me ha explicado que existe una leyenda que cuenta que Ela, ante el temor de que su hijo fuera capturado durante la Gran Guerra, lo envió a otro mundo y que allí tuvo descendencia. Algunos aventuran que se trata de nuestra tierra, el hogar de los guardianes. Me he quedado sorprendida ante tal revelación.

Valeria leyó las siguientes frases con rapidez. No referían nada trascendental, tan solo continuaban con su observación del trabajo de las sacerdotisas y de su día a día en la biblioteca. Al atardecer, su madre se entrenaba en los vastos campos que rodeaban la ciudad junto con el resto de los guardianes y siempre bajo la atenta mirada de sus respectivos maestros. Soltó una sentida exhalación. Estaba agotada. Sus párpados comenzaban a ceder y cubrir cada vez más sus pupilas. Pero, entonces, algo llamó su atención.

Lía ha entrado a hurtadillas en mi habitación. Estaba asustada, y me ha

contado una historia que todavía me cuesta creer. Me ha dicho que tenemos que irnos de Tirme inmediatamente, que las sacerdotisas no tratan de instruirnos en la historia de la magia ni en el cuidado de su legado, sino que pretenden averiguar qué guardián porta la sangre de Ela, que están colaborando con un grupo de hechiceros con ideas supremacistas y que quieren eliminar a todo el que sea diferente. Yo he tratado de calmarla, pero ella ha insistido en que estamos en peligro. Según Lía, llevan meses examinando a grupos diferentes de guardianes con el pretexto de indagar más sobre ellos en el Libro de los Descendientes *y localizar la extirpe perdida de Ela con un único propósito: acabar con ella.*

Cuando le he preguntado de dónde ha sacado toda esa información, me ha confesado que mantiene una relación con Hanis, el mago del agua, y que este, escuchando una conversación entre su padre y un grupo de afines, ha descubierto que está gestándose una rebelión y que acabarán con todos los impuros de Silbriar.

—¿Y qué tiene eso qué ver con nosotras? —le he preguntado confusa.

Y me ha respondido que todo. Porque, según una de las Profecías Blancas, los libertadores de ese régimen tiránico pertenecen al linaje de Ela, portando cada uno de ellos los tres dones mágicos.

Yo la he mirado con dudas que han debido ser más que evidentes en mi rostro, porque me ha suplicado que la ayude a escapar. Le he sugerido que podríamos hablar con nuestros maestros para verificar esa información, pero ella ha negado con la cabeza y me ha dicho que cualquiera de ellos podría estar apoyando esa rebelión oscura. Yo no me imagino a Zacarías planeando una conspiración de ese tipo. Él no es un hombre sencillo. Es cierto que es algo vanidoso y su retórica no es nada discreta, pero jamás albergaría tales pensamientos.

—Si esa gentuza descubre que he mantenido una relación secreta con Hanis, me matarán sin dudarlo. Él ha cruzado los Bosques Altos a caballo para advertirme… Esther, ¡por Dios, tienes que creerme! —me ha suplicado.

—¿Y cómo pretenden averiguar si somos hijos de Ela? ¿Con el Libro de los Descendientes*?*

—Están reuniendo datos. La mayoría de los objetos mágicos son heredados, o al menos la facultad de poseer uno de ellos. Primero descartan a aquellos guardianes que no hayan heredado los dones a través de su línea genética. Ya sabes que puede romperse la cadena cuando no existe un descendiente digno, y entonces el objeto busca a un nuevo portador. En este caso, es imposible que la persona sea un descendiente de Ela, ya que estos siempre ostentarán la condición de puros para recibir el objeto. Yo procedo de una familia que, hasta donde conozco, siempre ha poseído un objeto, aunque no haya sido el mismo. Ha habido magos, artesanos y guerreros en mis antepasados.

—Y en la mía igual, pero en la mayoría de las familias sucede así. A

veces se salta una generación, pero el don latente despierta en la siguiente.

—¡Por eso están investigándonos! Si descubren una línea de sangre mágica en nuestro ADN, estamos acabadas.

—Pero ¿por qué estás convencida de que serías una buena candidata?

—Porque he infringido las reglas dos veces. Mantengo una relación prohibida y, además, creo que estoy embarazada.

A Valeria se le aceleró el pulso y continuó leyendo las páginas con rapidez, intuyendo que algo importante estaba acercándose.

Al final, conseguí apaciguar los nervios de Lía. Le dije que si escapaba ahora, resultaría sospechoso. La he cubierto durante varios días, mintiendo, diciendo que no se encontraba bien.

He aprovechado para indagar más sobre las Profecías Blancas y estudiar con más ahínco el Libro de los Guardianes, *concretamente el tomo de* los Descendientes, *donde se enumera quién ha poseído un objeto concreto y por cuáles manos ha pasado. Esto es algo muy difícil. No me encuentro cómoda no contándoselo a mi maestro.*

También he hablado con Sybila hoy. Me parece una mujer sensata. Es la suma sacerdotisa, y no veo oscuridad en sus ojos. Le he preguntado si alguna vez han recurrido a la magia para localizar esa supuesta extirpe perdida de Ela. Ella me ha sonreído y me ha contestado que no hay necesidad de eso, que Silbriar vive en paz, que debemos confiar en el destino y que ya aparecerán cuando sean requeridos. Entonces, me ha dicho que no hay que darle tanta importancia a las Profecías Oscuras, que muchas de ellas ni siquiera se han cumplido. Pero antes de que pudiera preguntar más por esas profecías, ha venido su hermana Moira a buscarla.

Valeria se mordió el labio inferior con insistencia. ¿Moira? ¿Por qué le sonaba tanto ese nombre? ¿Dónde lo había escuchado antes? Estrujó su cerebro hasta casi creer que iba a reventarle. ¡Dios mío! ¡Claro!

—¡Tengo algo! Sí, sí… Creo que es importante. —Se levantó de un brinco y, con los brazos en jarra, observó a sus amigos, que cabeceaban sobre la mesa—. ¡Dani! ¡Jonay!

—Estoy escuchándote —respondió el guardián de Pan, quien continuaba con la barbilla apoyada en la madera—. ¿Qué es eso que has averiguado?

—¡Moira! —exclamó exaltada—. Es el nombre que dijo mi hermana antes de saltar de la balsa.

—¡¿Qué?! ¿Quién es esa? —preguntó Daniel, estirando los brazos y ocultando un bostezo bajo su mano.

—Lidia la nombró, dijo que Kirko tendría problemas con ella si volvía al castillo. ¿No lo entendéis? ¡Moira es la bruja! Mi madre la conoció durante su estancia en Tirme. Era una sacerdotisa, y si recordamos las sospechas de Samara, siempre pensó que la bruja era una tirmiana traidora.

—¿Tu madre conoció a la bruja? —Daniel la miraba atónito.

—Descubrió que estaban haciéndoles pruebas a los guardianes para tratar de eliminar a los posibles descendientes de Ela antes de iniciar la rebelión.

—Pero si las sacerdotisas colaboraban con Lorius, ¿para qué molestarse en quemar su propia ciudad? —Jonay se había enderezado y le prestaba atención.

—No todas estaban en el ajo, es evidente —respondió entre dientes—. Y siempre cabe la posibilidad de que no fuera Lorius quien prendiera la llama.

—Tienes razón. Lo más lógico es pensar que a las sacerdotisas las cogieran por sorpresa y que fuera la propia Moira quien encendiera la mecha —añadió Daniel—. ¡Es la bruja!

Valeria se dejó caer de nuevo en la silla, abatida. Su madre estaba conociendo a los principales protagonistas de la conspiración que pronto terminaría con el reinado de la casa de Sión y con Silona apresada. Su padre le mostró su apoyo descansando la mano sobre su hombro. También estaba siendo duro para él. Había perdido a su mujer y ahora a una hija.

—Papá, ¿llegaste a conocer a esa tal Lía que mamá menciona en el diario?

—No, pero en los últimos meses hablaba todas las semanas con ella. Era una guardiana de Argentina, creo, no estoy muy seguro. Mamá estaba muy preocupada por ella. Estaba teniendo un embarazo difícil.

—¿Sabías que el padre de ese niño era un mago?

—No tenía ni idea. —Suspiró lentamente, pensando en toda la información que Esther le habría ocultado para protegerlo. De sus últimos viajes apenas le habló—. Pero no era de un niño. Esa mujer estaba esperando trillizos, si no recuerdo mal.

—¿Trillizos? ¡Los tres dones en uno! Lía debió pensar que ella era la madre de los elegidos... ¿Y qué pasó con ella? ¿Sabes algo?

—No. Llegó un día en que no respondió a las llamadas de tu madre. Esther estaba convencida de que algo malo le había sucedido.

—Estaban intentando descubrir la ascendencia de todos los guardianes con un libro.

—El *Libro de los Descendientes* es uno de los tomos que forman parte

del *Libro de los Guardianes* —escupió Jonay, como si estuviera impartiendo una clase de Historia—. El segundo corresponde al *Libro del Destino*, que narra las hazañas pasadas y futuras de los objetos. Y el último es el *Libro de los Nacimientos*, que tiene en su poder Prigmar, el duende de la tienda de los cuentos.

—Es decir, si he entendido bien, en el *Libro del Destino* figuraría la capa y las peripecias de esta, incluso podría llegar hasta las elegidas si fuera necesario. —Daniel reflexionaba sobre las implicaciones de su propia afirmación—. En el de *los Descendientes*, quién la ha poseído hasta ahora, y en el de *los Nacimientos*, la ubicación de quién la tendrá.

—¡Exacto! —exclamó Jonay—. Pero su localización no aparecerá en el libro hasta que su portador despierte.

—Nos sería de gran utilidad ahora poder echarle un vistazo a alguno de esos libros —añadió Daniel, maldiciendo su mala suerte—. Podríamos tener más información sobre la dichosa capa.

—Pero has dicho antes que todos los guardianes estaban despertando ahora, al mismo tiempo, aunque no estuviese escrito que fuese su momento —dedujo Luis con aire triunfal—. Tenemos que volver a la tienda. Ese duende que has nombrado antes debería saber algo.

—Es una buena idea, papá, pero la capa es un objeto que está perdido en el tiempo. —Valeria resopló al encontrarse con otro callejón sin salida—. Tenemos que encontrarla primero, liberarla y lanzarla al mundo, como nos indicó Samara. Entonces, las coordenadas exactas del guardián aparecerán en el *Libro de los Nacimientos.* ¿Qué fue lo que consiguió averiguar mamá de la capa?

—Cuando nació Érika, esa dichosa capa pasó a ser su prioridad. Probablemente, trataba de evitar todo esto que está pasando ahora. —Se encaminó hacia su despacho con paso apresurado y regresó con una inmensa carpeta—. Todavía conservo todos los dibujos de tu madre. Se obsesionó con ella.

Luis esparció sobre la mesa algunos de los bocetos realizados con carboncillo en los que su mujer estuvo trabajando. En muchos podía apreciarse la enigmática prenda de vestir con toda claridad. Era un manto corto que no alcanzaba las rodillas del fornido modelo y con un sutil cuello que permanecía levantado cubriendo la nuca del hipotético guardián. Valeria advirtió que su madre la había dibujado desde diferentes perspectivas y que en su frente se sujetaba con un broche que contenía una frase ilegible.

—¿Hizo más de estos? —Valeria miró a su padre con gran expectación.

—Sí, se entretenía pintando paisajes de Silbriar y a algunos de sus conocidos. —Extrajo todas las ilustraciones de la carpeta y las puso en

la mesa sin ningún orden—. A estas les dio color, vida. Así me hacía una idea más clara de los lugares sobre los que me hablaba.

Daniel cogió una de ellas y esbozó una sonrisa al reconocer el poblado de Martel, con sus casas coloridas y sus adoquines azules. Después sujetó otra de las pinturas que le fue mucho más difícil de rememorar.

—Son los Bosques Altos, pertenecientes a los elfos —lo ayudó Jonay al ver que titubeaba—. Tenía grandes manantiales y era un vergel inigualable. Claro que tú lo conoces como el Bosque de las Almas Perdidas. Cuando llegaste, Lorius ya había arrasado con él.

—¿Y qué es esto? —preguntó Valeria mientras desplegaba un enorme plano sobre la superficie de madera. Todos clavaron sus ojos fascinados en él.

—¡Es un mapa antiguo de Silbriar! —exclamó el guardián de Pan, maravillado—. Mantiene los antiguos límites del mundo mágico. ¡Clases de Geografía!

—Tu madre fue trazándolo poco a poco mientras visitaba aldeas, montes, llanuras... ¡Es su obra maestra! —interrumpió Luis, dejando apreciar su orgullo contenido.

—Esta región del centro norte con esta forma que casi imita a la de un diamante es Lumia —continuó explicando Jonay—, hogar de los mestizos y que todo mago evitó pisar jamás. Ahora podemos decir que es la capital. Fue donde Bibolum construyó su refugio secreto, convirtiéndose en el estandarte de la Resistencia. Ya nadie lo llama Lumia, sino Silbriar, por ser el único lugar de todo el mundo al que Lorius no consiguió acceder. El único pedazo de tierra silbrariana que no fue infestado por la oscuridad... Al norte de Lumia están los Bosques Altos, que están serpenteados por el Sendero de las Especias y que nos lleva a lugares como Martel, Gnimiar, las Cataratas de Yazu y los Acantilados de los Gigantes.

—Donde se encontraba la Fortaleza de Lorius. —Valeria seguía absorta en los puntos que él iba señalando en el mapa. Su madre había citado a la mayoría con la vieja nomenclatura, con la que ella debió conocer a los pueblos durante su estancia en Silbriar.

—Al sur de Lumia se encuentra el Bosque Plateado y antiguo Reino de las Hadas, el cual se extiende hasta la costa oeste. Aquí existía otra región donde habitaban los elfos del sur, Ipsia. No quedó nada de ella, pero creo que están tratando de reconstruirla. Si bajamos aún más siguiendo el Sendero de las Piedras Silentes, llegamos a nuestro querido desierto.

—Es decir, que si Lorius intenta una reconquista —comenzó a elucubrar Daniel—, se haría primero con esta vía principal, y así mantendría contenidos a los nuevos elfos, a las hadas y... ¿Esto es Tirme? —Jonay asintió, mostrando una mueca de desagrado—. Y

llegaría hasta las sacerdotisas que intentan restaurar la biblioteca por el este y hasta una comunidad de duendes que decidieron asentarse en Doria, una enigmática región dorada donde abundan los arcoíris.

—¿Y qué son estos puntos negros fuera del continente? —preguntó Luis, deseoso de participar en la conversación.

—Son islas; la mayoría, inexploradas. Hay muchas leyendas sobre los seres que habitan en las profundidades de los océanos.

—Sobre estas hay unas siglas —señaló Valeria—. ¡ISN!

—Ni idea —respondió el muchacho, encogiéndose de hombros—. Tal vez pertenezcan a la región de los Lagos Enanos, ya que están frente a sus costas. Aunque ahora los enanos están diseminados por todo Silbriar, sus dominios se extendían al oeste de Lumia. Y al norte de los Lagos Enanos se encuentran los famosos Valles Infinitos, delimitados por esta colosal cordillera, las Montañas Sagradas. Tu madre dibujó las principales regiones de Silbriar por aquel entonces. Ahora, todo es un caos. Pero si te fijas bien, hay también algunas áreas más pequeñas, como Cernia, Draghia o Nius.

—Gracias por la clase de Geografía, pero no creo que nos sirva de mucho. —Daniel se cruzó de brazos y se recostó en el espaldar de la silla—. ¡No tenemos ni idea de por dónde demonios empezar a buscar esa maldita capa!

Valeria hundió la cabeza entre sus manos y negó varias veces. Daniel tenía razón. Llevaban horas allí y ni siquiera habían avanzado lo necesario para trazar un plan que los llevase hasta la capa. Era como buscar una aguja en un pajar. De reojo, observó a Nico, quien, a pesar de mantener una postura incómoda, dormía a pierna suelta sobre el sillón. Tal vez debería descansar. Puede que así su mente fuera más ágil, quizá pudiera ver lo que sus ojos no hallaban. Se incorporó, estirando el cuello, y escuchó el sonido inconfundible de sus huesos al recolocarse. Aunque deseaba entornar los párpados, escapar de esa pesadilla, no podía. Un día en la Tierra podrían suponer quince en el otro mundo, y no podían permitirse aterrizar en Silbriar y que la oscuridad se hubiese propagado hasta un punto en que el daño ocasionado fuese irreversible. Se masajeó la nuca, buscando un alivio que no encontraba, mientras Daniel y Jonay se enzarzaban en una discusión sobre cuál era la mejor forma de proceder. Se levantó, se acercó a la ventana y se atrevió a mirar el cielo. El sol trataba de alzarse para recuperar sus dominios, pero la noche parecía burlarse de él desprendiendo unos rayos naranjas que lo eclipsaban. Apenas se apreciaban ya las estrellas. Su brillo había sido mitigado por las brechas que centelleaban orgullosas ante su indiscutible poderío.

De repente, un haz de luz azafranado la obligó a cerrar los ojos unos segundos, los suficientes para que sus oídos escuchasen el

estallido de las alarmas de los coches casi al unísono y apreciasen los gritos de confusión de las personas que continuaban en la calle. Con el corazón desbocado y la respiración agitada, anduvo unos pasos a tientas, hasta que poco a poco fue recuperando el control de sí misma. Al entreabrir de nuevo los párpados, apreció la silueta de su hermana, que se enroscaba como una serpiente alrededor del cuerpo enjuto de su padre. Después observó a Nico, desorientado, quien caminaba a cuatro patas por la sala. Finalmente, se acercó a los dos guardianes, que custodiaban la mesa como si de un tesoro se tratase. Mantenían sus manos clavadas sobre los dibujos de su madre, temiendo que alguno pudiera desvanecerse tras el fogonazo.

—¿Qué demonios ha sido eso? —dejó escapar Daniel entre dientes.

—La señal que nos advierte de que no contamos con mucho tiempo —le contestó el guardián de Pan, sin relajar ninguno de sus músculos.

—¿Todos bien? —escuchó preguntar a su padre.

Valeria se apoyó en la madera y, sin percatarse, tiró de uno de los dibujos de su madre, el cual cayó al suelo con rapidez. Se agachó para recogerlo, y entonces reparó en unas diminutas letras que apenas sobresalían del borde inferior de la capa retratada. Atrajo hacia ella el bosquejo y, entrecerrando los ojos, se detuvo en esa misteriosa inscripción.

—ISN —leyó en voz alta al mismo tiempo que todo el vello de su piel se erizaba—. ¡Oh, Dios mío! ¡ISN! ¡Las manchas negras del mapa!

—¿Las islas de los enanos? —Jonay la miró extrañado y sin comprender.

Daniel le arrebató la ilustración de las manos y constató por sí mismo la veracidad de la anotación.

—Puede que sea la pista más fiable que tengamos —concluyó, todavía atónito—. Podemos equivocarnos y lanzarnos a una misión suicida. Pero tal vez tu madre haya escondido la ubicación de la capa en este dibujo.

—¡Es una locura! —exclamó Jonay, agrandando sus ojos verdes.

—¿Qué ha pasado? —Nico se aproximó tambaleándose—. ¿Ha llegado ya el apocalipsis?

Daniel lo recriminó con la mirada.

—Los jinetes se hacen más fuertes —lanzó Luis, dejando escapar una profunda exhalación—. En cualquier momento pueden atravesar las últimas barreras.

—Es hora de que nos pongamos en marcha —anunció Valeria, decidida—. Esta vez nos las arreglaremos con las provisiones que podamos coger: agua, frutos secos, galletas, linternas, pilas...

—¡Qué bien! De guardianes a *boys scouts* —ironizó Jonay.

—Voy a buscar algo más cómodo —dijo ella, ignorando el comentario del chico—. ¡A saber lo que nos encontramos esta vez!

—¿Y adónde vamos? ¿A la tienda? —le preguntó Daniel, otorgándole la autoridad de un líder.

—Es la mejor opción —contestó Jonay en su lugar—. La última vez que Lorius inició una guerra, todos los portales mágicos se sellaron automáticamente al sentir que la magia negra crecía. No sabemos en qué estado se encuentra Silbriar ahora mismo, pero los portales pueden cerrarse en cualquier momento. ¡Ni mi gorra sería capaz de atravesarlos!

—¿Es por eso por lo que Lorius quería el espejo de Silona? ¿Por los portales? —le preguntó Nico, despistado.

—¿En qué mundo vives? —le reprochó Jonay con enojo—. Silona era la llave. Ella podía abrir esos portales que lo habrían traído derechito a este mundo y a saber a cuántos más.

—Vaya, me alegra saber que los magos no nos engañaron cuando nos enviaron a su rescate, ya que, según tú, los portales estaban cerrados.

—¡Claro que lo estaban! ¿O crees que el resto de nosotros no habríamos ido a salvarte el culo?

—¡O a clavarme un puñal por la espada! Dado que los guardianes nos odian ahora mismo.

Valeria no quiso entrar en la discusión de ambos muchachos y subió las escaleras de dos en dos, evitando pensar en las implicaciones de un nuevo viaje a Silbriar. Pero su mente jugaba con ella al despiste, y cuando conseguía hacerla callar, de nuevo vociferaba para que todos sus demonios internos explotaran, sumergiendo su cerebro en una vorágine de sentimientos encontrados. Tenía que regresar. Y esta vez no podían dejar que Lorius escapase. Sus jinetes revoloteaban en el firmamento, esperando el momento oportuno para lanzarse sobre la Tierra sin miramientos. Este mundo, su mundo, corría peligro. Y eso la abocaba hacia un nuevo precipicio: Lidia. No podía ser blanda con ella. No esta vez. Era hora de enfrentarse a la decisión más dura que jamás se había visto obligada a tomar. No le había dejado otra opción. Eran galaxias invadidas por la oscuridad o la supervivencia de su mundo. Era el mal o el bien. Era su hermana o ella.

3

Registros

Un alba tardía comenzó a despuntar tras los edificios, los cuales, inquietos, querían desprenderse de la multitud de sombras que los habían invadido. Un endeble alivio reavivó la esperanza de los ciudadanos, quienes comprobaban animados que el sol seguía vivo y que la Tierra continuaba girando alrededor de él como cada mañana, aunque esta se hubiera hecho esperar tras una noche longeva, agónica para todos los seres que habitaban en el planeta. Esa calma quebradiza alentó a muchos a abandonar sus hogares y buscar respuestas.

Unos se agolpaban en las comisarías de policía exigiendo explicaciones. Tampoco las oficinas centrales de los medios de comunicación se libraban de las decenas de curiosos deseosos de conocer las últimas noticias de primera mano mientras otros se reunían de forma espontánea en las iglesias. Algunos, simplemente, se marchaban de la ciudad pensando que todo lo que sucedía era el grito de la naturaleza clamando justicia por la creciente y desmesurada contaminación en el mundo.

Y justo por todo esto, el tráfico era imposible ese miércoles cualquiera. Demasiadas bocinas, numerosos desesperados al volante, niños que lloraban en los asientos traseros sin obtener consuelo... Habían avanzado unos kilómetros cuando el vehículo de Luis fue engullido por el atasco. Este resopló, soltó el volante y se recostó en el asiento, admitiendo así que su aventura llegaba a su fin. Nadie se movía. La entrada a Madrid Central estaba congestionada. Bajó del coche y analizó la magnitud del caos. Se trataba de un colapso sin precedentes. Los policías trataban de dirigir a cientos de vehículos, sin fortuna. Entonces, advirtió cómo numerosas gotas comenzaban a empapar su rostro. A pocos días de la entrada del invierno, una llovizna absurda hacía su aparición. Introdujo la cabeza dentro del Nissan y apreció los ojos temerosos de Valeria, quien sostenía a su hermana con garra.

—¿Podemos sortear la cola?, ¿coger algún atajo? —le preguntó Daniel desde el asiento del copiloto.

Él negó repetidas veces mientras entraba de nuevo en el coche. Las calles adyacentes se encontraban en la misma situación. No había salida. Y aunque se resistía a abandonar el vehículo, pensaba que quizá esa fuese la única opción viable si querían llegar a su destino. Debían continuar la travesía a pie.

—No llegaríamos nunca —objetó desesperado Daniel, arrugando el rostro—. Tiene que haber otra forma.

—Tardaríamos horas caminando —sentenció Jonay—. No sabemos cuántos guardianes han despertado ni si Prigmar puede hacer algo por ellos.

—¿Cuántos objetos hay? ¿Tú lo sabes? —le preguntó Daniel, visiblemente inquieto, imaginando a decenas de niños perdidos vagando por las calles.

—No tengo ni idea. Muchos se recogen en los cuentos de siempre; eso sí, obviando su capacidad mágica. Otros tantos son desconocidos para nosotros. No tuvieron la suerte de formar parte de una leyenda o de alguna historia que sobreviviera y llegara a nuestros días.

—Como la espada de mi madre, Silver —añadió Valeria—. No recuerdo haberla oído antes.

—Al fin y al cabo, todos provienen de Silbriar, eso es lo que importa. —Exasperado, Luis hizo sonar la bocina varias veces—. Deberíamos centrarnos en cómo salir de aquí.

—A mí se me ocurre una cosa. —Nico agrandó los ojos, esperando la reacción del resto, pero lo único que recibió fueron caras contrariadas y algo desconfiadas—. Es un plan algo descabellado, pero podríamos intentarlo.

—¿Quieres soltarlo de una vez? —Jonay le arreó un codazo en el brazo.

—¡Haremos que el coche vuele! —anunció entusiasmado. Luis lo miraba boquiabierto mientras percibía que él no era el único patidifuso—. Jonay lo hizo antes, con la balsa, pudo proyectar todo su poder sobre ella y conseguimos volar.

—¡Sí, durante unos segundos y porque había un portal justo enfrente! ¡¿Se te ha ido el baifo?!... ¿La olla?, ¿la pinza? —enumeró al ver que no había comprendido su primera referencia—. ¿Es que cuando atravesaste aquella pared del castillo se te fundió el cerebro?

—¡Estás loco! —remató su hermano—. Espera... ¿Atravesaste una pared? ¿Cómo no me lo has dicho antes?

—Entonces, ¿queda descartado? —Luis continuaba confuso. Ignoraba las habilidades que poseían los chicos. Ya había apreciado los dones de su mujer y su suegro, y debía admitir que lo habían dejado clavado al suelo, sin aliento, mientras sus pies buscaban raíces

sobre las que sustentarse.

—A mí me parece una buena idea. —Érika chocó los cinco con el guardián de las botas.

—A ver, nuestros poderes están creciendo. Cada vez que entramos en combate, de alguna manera, se expanden —trató de clarificar Nico—. Es algo normal e intrínseco al objeto que poseemos. Érika puede envolver ya con su manto de invisibilidad a una persona más, incluso una vez creó un escudo impenetrable. Vale, eso fue con ayuda de la daga tirmiana. Pero puede que su poder evolucione hasta ahí. Val consiguió dar con nosotros en el desierto gracias a su visión, y yo... ¡Atravesé un muro, tío! ¡Fue flipante!

—Y yo conseguí que la tierra se partiera en pedazos clavando la espada en ella. —Daniel comenzó a considerar el plan de su hermano.

—¡Me alegro por todos ustedes! De verdad —exclamó Jonay, haciendo más evidente su acento canario—. Pero yo salto portales y vuelo solo... Bueno, puedo con un acompañante, pero... ¡casi me mato con dos en ese maldito desierto!

—Puede que sea porque nunca lo has intentado —siguió insistiendo Nico.

—¡¿Y quieres que pruebe ahora, con un montón de gente mirando y con el coche parado en seco?! Te recuerdo que la balsa ya estaba en movimiento.

—Eso podemos arreglarlo. —Nico sonrió de medio lado—. Mis botas te darán la fuerza de despegue que necesitas. Y cuando lo consigas, Érika nos hará invisibles.

—Creo que podría funcionar —asintió Daniel, orgulloso.

—¡¿Tú también?! Valeria, ¿quieres decirles a tus amigos que están chiflados?

Pero ella, de nuevo, estaba absorta en unos recuerdos que la torturaban, rememorando una y otra vez cómo Lidia le suplicaba que la soltase y cómo esta prefirió hundirse en el agua esperando rencontrarse con Kirko antes que regresar a casa con su familia. Aquella fatídica decisión había influido en la aparición de las brechas, en los continuos sismos que estaban padeciendo. Se preguntaba si su hermana conocía las consecuencias de aceptar a un ser oscuro en su vida. Se preguntaba si el amor era tan ciego que no vería el daño que estaba ocasionando esa elección. Y se preguntaba qué pasaría la próxima vez que la viese.

—Podemos intentarlo —se limitó a expresar sin más argumentos.

—Cariño, ¿estás bien? —Su padre la miró con rostro preocupado, y ella se limitó a asentir, gesto que no lo convenció en absoluto.

—Sigo pensando que esto es una bobería. Vamos a parecer dos idiotas intentando empujar un coche en medio de una cola kilométrica —expresó Jonay mientras bajaba del vehículo y se colocaba en la

parte trasera.

—Será mejor que arranque y sujete el volante —le recomendó Daniel al señor Ramos—, por lo que pueda pasar…

Ambos guardianes se aferraron al maletero bajo la atenta mirada de Érika, que los observaba desde el cristal trasero. Nico puso sus botas en funcionamiento, caminando sin moverse del sitio. Jonay miraba receloso sus pies, hasta que estos se convirtieron en un borrón imperceptible. Había iniciado la carrera y conseguido una velocidad de vértigo; aun así, continuaba desconfiando de la idea de su amigo. Algunos conductores empezaron a increparlos. A sus oídos llegaban palabras como «imbéciles», «locos», y algunas más fuertes que decidió ignorar. Entonces, advirtió que el vehículo comenzaba a dar tumbos y que apenas conseguía mantenerse sujeto a él. Si no actuaba rápido, ¡el coche saldría despedido y terminaría arrollando a los vehículos delanteros! Percibió las gotas de sudor que se agolpaban en su frente y cómo el pulso se le aceleraba hasta terminar descontrolado. Tenía que concentrarse en el coche, tal y como había hecho con la barca en el río. Debía dejar fluir toda su energía y que esta envolviese el vehículo. Sin embargo, una voz profunda y visiblemente alterada lo obligó a girar levemente la cabeza hacia la izquierda.

—Pero ¡¿qué demonios estáis haciendo, idiotas?! —Un policía se había acercado hasta ellos debido al revuelo que estaban ocasionando mientras otro le pedía la documentación a Luis—. ¿No veis la que estáis armando? ¿Hasta dónde pensáis llegar empujando el coche? ¡¿Hasta Soria?!

—Jonay, lo que tengas que hacer, ¡hazlo ya! —le gritó Nico entre dientes—. Agente, estábamos comprobando que el motor no estuviese recalentado.

—¿Estáis tomándome el pelo? ¿Precisamente hoy, con lo que está pasando? —Con los brazos en jarra, blasfemó por lo bajo. Se aproximó aún más a ellos, alcanzando la altura de Nico. Miró sus pies y saltó hacia atrás, adoptando una postura defensiva—. Pero ¿qué leches es eso? ¡Vosotros dos, alejaos del vehículo! ¡Y usted, pare el motor y baje del coche!

Jonay chasqueó la lengua e intercambió una mirada de complicidad con Nico. No iban a abandonar ahora. No podían. Ignoraban lo que en ese momento estaría pensando el policía, pero ya era demasiado tarde para volver atrás. El guardián de Pan apretó los ojos con fuerza y centralizó todo su flujo energético en el Nissan rojo que tenía delante. Antes de que los policías pudieran intervenir, el vehículo levantó las ruedas delanteras y poco después desapareció del campo visual de quienes permanecían atentos a la escena.

Entonces, escuchó las ovaciones de los ocupantes del coche: Luis gritaba mientras golpeaba el volante, eufórico; Daniel parecía el

animador número uno de un equipo de *rugby*; Valeria reía con desparpajo, soltando así toda la tensión acumulada, y Érika, con la caperuza puesta, mantenía los brazos abiertos, queriendo tocar con ambas manos los laterales del vehículo. Ni él mismo se creía lo que había logrado. ¡Estaban volando!

Giró la cabeza y descubrió el rostro aterrado de Nico, quien se sujetaba a la defensa como un cuadro a un clavo endeble mientras sus piernas ondeaban descontroladas de un lado para otro. Llegó hasta él sin soltar el coche y lo sostuvo por un brazo. Este se lo agradeció con una sonrisa nerviosa e intentó disfrutar de esa nueva sensación de libertad que ya experimentaba cuando corría, cuando se fundía con el viento. Pero en el aire era diferente, no poseía el control sobre sí mismo, y hacía que la adrenalina se le disparase hasta niveles insospechados. La lluvia empapaba su cara, apaciguando su ferviente nerviosismo. Quería reír, pero se atragantaba con su propia respiración. Al final, gritó, lanzando vítores que de alguna manera consiguieron relajarlo.

Volaban a baja altura, esquivando la copa de los árboles más altos y maniobrando entre los edificios. Desde arriba pudieron contemplar el tremendo embotellamiento del centro de la ciudad. Los semáforos eran cacharros inservibles que lucían sus colores sin más, y algunos atrevidos se movían entre la inmensa cola con sus motos, bicicletas e incluso con patinetes eléctricos.

—¿Cómo damos con la tienda? ¿Sabes que cambia su ubicación cada vez que da un salto? —preguntó Jonay, confuso.

—Estará en el lugar en el que la vimos por última vez —alegó Nico sin dudarlo.

—¿Cómo estás tan seguro?

—¡Porque nos necesita! ¡Silbriar nos necesita! ¡No va a ponérnoslo difícil ese duende del que tanto hablas!

Jonay resopló, expresando así sus dudas. Esperar que Prigmar se encontrase justamente allí, en esa ciudad, en la calle donde sus amigos lo habían visto por primera vez, era apelar a un milagro. Pero no quiso llevarle la contraria a Nico; ya buscarían otra forma de entrar a Silbriar todos juntos si la primera opción fallaba. Si no, siempre podría intentar lanzar el coche entero por el tubo volcánico, si es que el portal permanecía abierto. Apretó los ojos mientras negaba con la cabeza al considerar su ocurrencia. Demasiado peligroso. Debía confiar en Nico. Y confiar también en que el extraño duende hubiese tenido la misma idea disparatada que ellos y no se encontrara disfrutando de sus últimos días en una playa de Honolulú.

De pronto, advirtió un tenue destello que se elevaba en el horizonte y se introducía en las nubes más cercanas, iluminándolas. No, no era un halo ascendente. Nacía de los mismísimos cúmulos y se precipitaba

sobre el asfalto, indicándoles el camino. Era una llovizna dorada. Quizá el guardián de las botas tenía razón. Puede que la tienda estuviese esperándolos. Buscó desesperado el edificio mágico, siguiendo la estela brillante. ¿Dónde estaba? ¿Dónde se había escondido?

Entonces, la vio. Alumbrada por unas farolas que habían perdido la noción del tiempo, se alzaba la tienda de los cuentos. Jonay admiró sus paredes verdes, las cuales le recordaban a los bosques de Silbriar, sus ventanales rojizos bañados por el misterioso sirimiri áureo y su impresionante luminoso adornado con varias hadas que se recostaban en sus letras candorosas. Nunca había visto la tienda. Esta nunca fue a visitarlo, pues heredó el objeto de su tío. Pero allí, frente a ella, una lágrima rodó por su mejilla, emocionado. Puede que también en Silbriar existiesen los milagros.

El *Libro de los Nacimientos* continuaba su frenética escritura sin que él pudiera detenerlo. Páginas y páginas repletas de coordenadas que no alcanzaba a leer por completo. No existían objetos para todos. Sin embargo, continuaban despertando, incluso aquellos que heredarían los suyos tras la muerte de algún guardián en activo. Disgustado, pensó que se sentirían indefensos, contemplando señales mágicas que no comprenderían, ansiando coger una espada cuando esta no llegaría, padeciendo un vacío desgarrador y creyendo encontrarse al borde de la locura. ¡Aquello era un completo desastre!

Suspiró resignado y observó las estanterías llenas de artículos mágicos. Si él pudiera hacerlos funcionar, si hubiera alguna manera de hacerlos llegar a sus destinatarios… Pero no podía arriesgarse. Un único salto y los hechiceros de Lorius podrían interceptarlo. Incluso permaneciendo allí, en esa calle, visible para todos, corría peligro. En cualquier momento podría entrar un brujo oscuro y acabar con su vida y, así, con la magia de Silbriar.

Volvió a mirar el reloj de cuco, que, majestuoso, continuaba dando la hora con precisión. Se le agotaba el tiempo, los escudos protectores no podrían aguantar mucho más. Los sismos se habían vuelto más fuertes, y cada vez que uno retumbaba bajo sus pies, una barrera caía. Resignado, pensó que su jubilación nunca llegaría y que quedaría sepultado entre los escombros de la tienda que durante tantos años había mimado. «Una forma poética de morir», pensó.

De pronto, escuchó el ansiado tintineo de la puerta. El corazón le dio un vuelco y, agitado, saltó del taburete para refugiarse detrás de él. Alguien había entrado. Deseó que no se tratase de uno de los esbirros de Lorius. No esperaba que hubieran dado con él tan pronto.

Y, sin embargo, temía que así fuera. La campanilla volvió a sonar de nuevo, y luego otra, y otra vez más... Con las manos temblorosas, se aferró al asiento mientras estiraba el cuello para asomarse y descubrir quién lo buscaba. Escuchó murmullos en la entrada. Los misteriosos visitantes se movían con sigilo y mucha cautela. «Por favor, por favor, que no sean ellos», suplicó.

Entonces, sus ojos se agrandaron al reconocer la melena dorada de la pequeña maga y, tras ella, los inconfundibles ojos miel de la guerrera. No pudo ocultar su júbilo y profirió un sentido hurra que llegó a sobresaltar a sus esperados defensores. ¡Habían llegado! ¡Las descendientes estaban de nuevo en su tienda!

—¡Habéis seguido la señal! —exclamó, abandonando su ineficaz escondite y luciendo una sonrisa de oreja a oreja—. Estaba esperándoos ¡No tenemos tiempo que perder!

Boquiabierta, Valeria lo miró de arriba abajo. Recordaba al duende con un semblante más serio y algo taciturno. En cambio, ahora demostraba una alegría desbordada, casi arrolladora, incluso presumía de ser hospitalario. Los invitaba a pasar desplegando el brazo como si fuese un abanico. Ella lo miró desconfiada y se situó junto al libro, el cual permanecía abierto sobre el mostrador.

—Ya estáis viéndolo —dijo, señalando sus páginas escritas en negro —. ¡*El Libro de los Nacimientos* se ha vuelto loco! Los jinetes pronto llegarán aquí y, entonces, vuestro mundo, tal y como lo conocéis, habrá llegado a su fin. —Hizo una pausa que le permitió coger aliento —. Todavía no lo entendéis... Si los guardianes despiertan sin sus objetos, estarán desprotegidos. Podrán ser capturados por los soldados de Lorius, y el que se resista o se oponga, será ejecutado. Si no se restablece el orden, los guardianes de varias generaciones desaparecerán y, con ello, los protectores de la magia.

—Pero ¡¿cómo ha pasado todo esto?! —Valeria negaba, manteniendo la cabeza gacha.

—¿Y todavía me lo preguntas? —le contestó, arqueando las cejas—. ¡Una descendiente ha abrazado el mal!

—Perdone si me meto donde no me llaman —comenzó Luis, afectado—, pero se trata de mi hija y ella no es así.

—Y, sin embargo, las señales del cielo dicen todo lo contrario —objetó el duende, apretando los labios.

—¡No tenemos tiempo para esto! —los interrumpió Daniel, impaciente—. Debemos de encontrar al guardián de la capa.

—Jovencito, no conozco a su portador. Hace más de doscientos años que la capa no tiene dueño.

—Lo sabemos —se apresuró a decir Valeria—. Creemos que está hechizada. Tenemos que encontrarla y liberarla.

Con los ojos húmedos, el pequeño duende tomó la mano de la

guerrera y asintió repetidas veces.

—Sabía que encontrarías la manera de deshacer este entuerto —admitió sin disimular su emoción—. Desde el momento en el que liberéis la capa, las coordenadas de su portador aparecerán en este libro.

—Prigmar, si eso sucede, ¿podrías dar un último salto? —Jonay lo miraba expectante—. ¿Podrías viajar hasta su ciudad, buscarlo en su casa y enviarlo a Silbriar?

—Yo solo no podré —se lamentó el viejo duende—. Si abandono la tienda para llegar hasta su casa, los escudos que la protegen desaparecerán. Tendría que esperar a que él sintiese la llamada y entrase a recoger la capa. Y, claro, después tenemos el problema del salto. La magia de la tienda se expondría y los brujos de Lorius… —Apagó su discurso y miró fijamente a los ojos del guardián de Pan—. Puede que ellos lleguen antes de que el futuro guardián pise la tienda.

—¡Mierda! —soltó Nico—. ¿Algún otro inconveniente?

—Yo me quedaré con él. —Luis se situó al lado del duende—. No soy un guardián, pero prometo que protegeré esta tienda con mi vida.

—¡Papá, no! —Érika se abrazó a él en un intento por hacerlo cambiar de opinión—. Yo quiero que vengas con nosotros, quiero que conozcas a Aldin y a Bibolum, y también a la señora Morrigan.

—Cariño, yo no puedo ir. —Luis se agachó y sujetó a la niña por ambos brazos—. Ya lo dije antes. No se permite la entrada a humanos corrientes, necesitaría un salvoconducto mágico. Me quedaré aquí y ayudaré en todo lo que pueda a este señor. ¡Lidia está en peligro! Es más, mi vida, creo que deberías quedarte aquí conmigo. Me quedaría más tranquilo si estuvieras a mi lado. ¡Eres muy pequeña para participar en esta locura!

Valeria apoyó la mano sobre su hombro. Un año atrás le habría dado la razón a su padre. Pero en Silbriar existían otras reglas, otras ordenanzas que no podían ser incumplidas.

—Papá, no puede. Tiene que venir con nosotros. Es la única maga con la que contamos para la expedición. No sabemos el paradero del resto, puede que ni los encontremos… Lo siento, pero las tres hermandades tienen que caminar juntas de la mano si queremos tener éxito.

Luis se incorporó y la atrajo a sus brazos. Tenía el mismo arrojo que su madre, utilizaba sus mismos argumentos, su misma pasión. Entornó los párpados y, ahogando un suspiro, le susurró:

—Sé que estás enfadada con Lidia y entiendo tu disgusto. Pero ella no escogió a ese chico por voluntad propia. Estaba escrito en un libro negro. ¿Desde cuándo nos rendimos en esta familia por un contratiempo? Tú lo has dicho antes: una sentencia oscura no es una realidad absoluta. Tienes que recuperar a tu hermana como tu madre

hubiese querido. Debes tener fe en ella.

Valeria no fue capaz de mirarlo a los ojos. Mantuvo la cabeza gacha mientras apretaba los puños con fuerza.

—Todavía tenemos un problema —interrumpió Nico, impaciente—. ¿Cómo demonios vamos a llegar a Silbriar?

—Rompí el espejo —aclaró Valeria—. ¿Existe otra forma?

El duende sonrió de medio lado y se dirigió al trastero con paso solemne. Expectantes, todos siguieron sus andares pintorescos. Érika reconoció al instante la diminuta puerta por la que un año atrás habían escapado de los mellizos asesinos. Junto al duende, fue la única que no tuvo que agacharse para adentrarse en la pequeña estancia. Y fue la primera en expresar su sorpresa al descubrir otro espejo prácticamente igual que el anterior situado en el centro de la habitación. Relucía como la estrella más brillante, como una piedra preciosa escondida en las profundidades del mar. ¡Era tan hermoso! Se acercó a él e introdujo la mano, tal y como había hecho Nico la vez anterior. Percibió el frescor en sus dedos y jugueteó con ellos, hasta que por fin atrapó unas cuantas flores en sus manos. Entonces, las sustrajo y se las mostró a todos. Eran coloridas, rebosaban alegría y poseían esa vitalidad tan característica del otro mundo. Las olfateó hasta impregnarse de su magia y, a continuación, se las entregó a su padre.

—Para que conserves un pedacito de Silbriar. ¡Vamos a volver, papá!

—Pero ¿cómo...? —Nico señalaba el espejo, todavía incrédulo.

—Bibolum me ordenó que fabricara otro en cuanto la descendiente fue capturada, por si alguno de vosotros se dignaba a aparecer por aquí. —Acarició su obra maestra con mimo—. Bueno, los duendes no solo construimos puentes de arcoíris.

—Muy bien, gracias por todo, Prigmar. Estamos preparados. —Daniel se colocó delante del cristal con decisión.

—Antes de cruzar —sugirió el duende—, deberíais cambiar vuestro atuendo.

—¡Oh, no! ¡Otra vez no! —se lamentó Valeria, llevando la cabeza hacia atrás.

—No digo que os vistáis de monigotes. En esas cajas del fondo tengo varios mantos. Deberíais ocultar vuestros rostros. No sabemos qué está ocurriendo en Silbriar en estos momentos, pero me dejaría cortar la cabeza si Lorius no está esperando vuestro regreso. —Su rostro se tornó más severo y mostró una mueca de disgusto—. La pequeña ya cuenta con la capa invisible, pero vosotros... No tentéis a la suerte.

Con paso agigantado, Valeria se dirigió hacia las cajas, que se encontraban mal apiladas, y rebuscó con premura en ellas. Desechó un

manto púrpura que le recordaba demasiado al atuendo que portaba siempre el mago oscuro y escogió uno más discreto, de color añil. Observó de reojo que Daniel comenzaba a anudarse uno gris, y Nico, uno verdoso. Sin embargo, se detuvo al comprobar que Jonay miraba las cajas con cierta reticencia.

—¿Qué ocurre?

—He estado dándole vueltas a todo esto y no voy a ir, Valeria. —Jonay observó su reacción manteniendo el porte—. Yo me quedo aquí.

—No puedes hacernos esto. ¡Te necesitamos! —le suplicó, sujetándolo por las manos.

—No es verdad. Ya tienes a un artesano en tu equipo —dijo, y desvió la mirada hacia Nico—. Es verdad que es un poco pesado y a veces tonto, pero...

—¡Oooye! —se quejó el guardián de las botas.

—¡Por favor, por favor, Jonay!

—Val, aquí me necesitan más —confesó—. Tu padre lo ha dicho antes: él no es un guardián. Y si los brujos de Lorius interceptan la tienda en el salto, estaremos jodidos. Yo soy de más ayuda aquí. En cuanto el libro escupa las coordenadas del guardián, saldré volando para traerlo hasta la tienda. Escogerá la capa, que ya estará en una de las estanterías, y yo mismito lo llevaré a Silbriar. ¡Es lo mejor! ¡No hay riesgos!

—Tiene razón —se apresuró a decir Daniel—. Él puede buscarlo en cuanto liberemos la capa y asegurarse de que atraviese el espejo.

—¡No, no, no! —negaba, con los ojos húmedos—. Somos solo cuatro. ¡Ya has visto lo que pueden hacer los jinetes!

—Mi niña —le sonrió mientras le acariciaba la mejilla—, aquí también estamos sufriendo su crueldad y, además, la tienda no tiene cómo defenderse.

Valeria se dio por vencida y se abrazó al guardián de Pan mientras Nico y Érika se aproximaban de nuevo al espejo. Daniel, cabizbajo, se acercó a ella y acarició con ternura su espalda.

—Val, tenemos que irnos.

Se busca

Antes de volver a abrir los ojos, percibió el inconfundible perfume de las flores silvestres junto con esa pizca de lavanda que inundaba cada rincón de Silbriar. Érika miró al frente y recordó la empinada colina que finalizaba con un estrecho sendero; el que los llevaría por primera vez a la capital, desconociendo que se encontraban en tierra mágica. Ascendió ligera hasta llegar a la cima desoyendo las súplicas de su hermana, que la instaba a no correr. Pero ella no podía detenerse. Alegres, los pájaros cantaban mientras jugaban a esconderse entre las ramas de los árboles. Las mariposas multicolores revoloteaban ligeras realizando piruetas en el aire mientras la hierba bajo sus pies le hacía cosquillas en los tobillos. Una ardilla pelirroja se acercó a ella y le hizo un guiño. Ella rio divertida y siguió el camino que el curioso animal le indicaba. ¡Era imposible ignorar la vivacidad del paisaje! Así era Silbriar, tan asombroso y cautivador, como a la vez misterioso y traicionero.

La chispa que brotaba de sus ojos verdes se apagó de repente al constatar que, más allá, en los confines que circundaban el castillo de Silona, se abría un campo repleto de soldados.

—No son los esbirros de Lorius. Deben pertenecer al Consejo. —Resignado, Daniel soltó una profunda exhalación—. Dejaremos el sendero. Caminaremos entre los árboles y, si es necesario, nos ocultaremos bajo la capa de Érika. Pero tenemos que llegar al Refugio y hablar con Bibolum.

—La ciudad tiene que estar plagada de esos miserables, y no sabemos si son aliados o no —se atrevió a decir Nico.

—No pueden ser amigos —intervino Valeria—. Los guardianes se han sublevado y siguen las órdenes del nuevo Consejo. No podemos fiarnos de nadie más que de nosotros mismos.

—¿Y si le ha pasado algo malo al señor Bibolum? —Alarmada, la pequeña abrió los ojos de par en par, esperando una respuesta que

tardó demasiado en llegar.

—El gran mago es muy listo y sabe cuidarse solo. —Valeria acarició los largos cabellos de la niña, tratando de consolarla—. Estoy segura de que se encontrará bien.

Se había alzado un repentino viento tan turbio y denso que llegaba a empañar la luminosidad de la capital. Las siniestras ráfagas recorrían la ciudad envolviéndola en una atmósfera inestable, opresora, casi irrespirable. Los ciudadanos caminaban inseguros, cabizbajos y evitando mirar a los ojos del vecino, como si tuvieran miedo de ser señalados. Los muchachos imitaron su comportamiento para evitar levantar sospechas y se encaminaron a la plaza para confundirse entre la muchedumbre. Valeria se aventuró a examinar las inmediaciones del emplazamiento. Las aguas coloridas que emanaban de las fuentes habían desaparecido. Ya no existían. Los lugareños hacían cola en ellas para apenas llenar una garrafa. Los soldados se encargaban de su racionamiento, al igual que repartían el pan y algunas verduras mientras los vendedores exponían sus escasos productos bajo el estricto control de la guardia.

Entonces, varios carteles remachados con clavos torcidos en algunos de los edificios llamaron su atención. Se acercó a ellos con cautela, sin perder de vista al grupo de soldados variopintos, quienes custodiaban celosos la zona. Distinguió a enanos, a algún que otro elfo y a otros hombres corpulentos de los que le fue imposible dilucidar a qué especie pertenecían. Pero no había magos entre ellos, de eso estaba segura. Había aprendido a distinguir al gremio en sus anteriores incursiones. Su aureola de indiferencia no era más que una falsa postura para pasar desapercibidos cuando querían. Eran grandes observadores, de mirada penetrante y poco dados a demostrar sus sentimientos.

Suspiró para sus adentros y continuó su avance sigiloso hasta alcanzar uno de los avisos que adornaban la plaza. «Se busca», logró leer. El corazón le dio un vuelco al descubrir una imagen poco agradable de su amigo el elfo. Estaba escrito en varios idiomas, incluyendo el élfico, además de la palabra «Traidor» y una cifra que ella consideró que debía ser elevada como recompensa. A continuación, avizoró otro de esos papeles con el rostro de Roderick a escasos metros de allí. Lo habían retratado con aspecto fiero, mostrando su desigual dentadura y acentuando sus arrugas, haciéndolo parecer un monstruo.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado aquí? —se permitió decir, reprimiendo el espanto que le producían esos anuncios.

—Puede que sea algo bueno —musitó Daniel, llegando hasta ella—. Si los buscan, es que no están muertos.

—O que nunca llegaron a salir del maldito desierto y los malos no

lo saben. —Nico osó expresar en voz alta lo que todos habían llegado a pensar.

—¿Y por qué no hay una foto del señor Moné? Tendrían que buscarlo también.

La pequeña los obligó a escudriñar los distintos anuncios que tremolaban al son del incierto viento. Érika tenía razón. No había ninguno que ofreciese una recompensa por la cabeza del mago. Y eso era una señal más preocupante todavía: o bien lo habían apresado, o bien ya no se encontraba con vida.

Alarmada, Valeria retrocedió. También ignoraba qué le había ocurrido a la pequeña Nora, una guardiana que tan solo era una niña, que pensaba que jugar a los magos era divertido pero, sobre todo, su deber. Ella no había sido entrenada para una contienda de tal magnitud, y aun así se había comportado como una valiente guerrera permaneciendo junto al elfo y al leñador. ¡Tenían que averiguar cuál había sido el destino de sus amigos! Debían obtener respuestas, y sabía que solo Bibolum Truafel podría dárselas.

De pronto, observó que un niño con pies de pato y orejas de conejo sustraía una manzana de una de las cajas y echaba a correr. Los soldados no tardaron en reaccionar y cuatro fueron tras él, blandiendo sus espadas y apartando al gentío con empujones. Advirtió que Érika la sujetaba de la mano. Su hermana debía estar más que asustada, pero ella mantuvo sus ojos miel fijos en el pobre niño, quien trataba de escapar de sus perseguidores. Uno de los soldados se abalanzó sobre él y consiguió agarrarlo por una de sus orejas mientras el niño chillaba desesperado. Entonces, soltó la manzana, la cual rodó por el suelo bajo la atenta mirada de los aldeanos. Pero ninguno se atrevió a recogerla. Permanecían aterrorizados, apartando la vista de los guardias y deseando que el desafortunado episodio acabase de un momento a otro.

Valeria tragó saliva. ¿Qué demonios había pasado allí? ¿Dónde estaba Bibolum? ¿Y Silona? ¿Por qué no paraban esa sinrazón? Finalmente, un hombre envuelto en un manto negro le devolvió el fruto a uno de los soldados mientras el niño era esposado. De improviso, el hombre misterioso, quien ocultaba con recelo su rostro, le lanzó una mirada furtiva, para luego desaparecer entre una de las callejuelas aledañas. Ella lo buscó achicando la mirada en todas las direcciones posibles ante el temor de que la hubiera reconocido. Podría tratarse de un seguidor de Lorius o de un guardián sublevado. Pero ya no había rastro de él.

Poco a poco, la muchedumbre fue disolviéndose y ellos pudieron retomar el camino. Cruzaron la plaza y se adentraron en otro de los callejones más concurridos de Silbriar, uno de los vestigios de la antigua Lumia, en el que los mestizos alardeaban de sus orígenes y

mostraban sus tradiciones con total libertad.

Nico distinguió a tres hombres con narices de cerdo jugando sobre un barril con unos naipes desgastados. Gruñían acalorados mientras se abofeteaban unos a otros sin reparo. Sonrió de medio lado y dirigió su atención hacia una mujer que lucía un caparazón de tortuga como si se tratase de una modelo. Andaba resuelta a la vez que saboreaba unas guindas que extraía de un frasco con sus dedos humanos. Más allá, unos niños con ancas de rana corrían riendo como si la inminente guerra no tuviera cabida en la estrecha calle.

—¿Lo habéis notado? —Daniel interrumpió su grato embelesamiento—. Aquí no hay soldados. Parece que no se atreven a asomar sus narices.

—O puede que no quieran mezclarse con esta gente —apuntó Nico.

—A mí me da igual el motivo —le respondió—. Podemos seguir avanzando sin problemas.

Valeria chasqueó la lengua y miró hacia atrás, temerosa.

—Creo que alguien nos sigue —soltó, desvelando sus sospechas—. Había un hombre en la plaza, el que ha recogido la manzana. Tengo la sensación de que nos ha reconocido.

Daniel detuvo la marcha y miró fijamente a Valeria.

—¿Estás segura? —Indagó en sus ojos, que se mantuvieron abiertos, sin pestañear—. Muy bien, cambiamos el plan. Pensé que usar la capa en el pueblo sería peligroso. Si alguno rompía la cadena, tropezaba entre tanta gente y de repente se volvía visible ante todos, lo ejecutarían sin hacer preguntas.

—¿Qué hacemos? —preguntó expectante la niña.

—En cuanto salgamos de este callejón, nos damos la mano, y tú, Érika, te pondrás la capa. Recemos para que nos proteja a los cuatro. Y debemos tener mucho cuidado, vigilar dónde pisamos, tratar de no ser empujados. Pero, sobre todo, y pase lo que pase, ¡no podemos soltarnos!

Continuaron adelante, apresurando el paso y esquivando a los singulares personajes que invadían la calle, quienes permanecían ajenos al temor que mostraba el resto de los ciudadanos de la capital. Gritaban, estallaban en carcajadas y compraban a destajo en lo que suponían que era un mercado negro. Esa ciudad había brillado como ninguna otra y, sin embargo, ahora estaba sumida en un desencanto irracional donde el egoísmo y los peores deseos podían volverse realidad.

Por fin, cuando el callejón se ensanchó, pudieron atisbar los diversos torreones del Refugio junto con sus enormes cúpulas. Estaban acercándose, y pronto podrían hablar con el gran mago. Aminoraron la marcha, pues debían cogerse de las manos. Pero, entonces, cuando alcanzaron la intersección, una flecha oscura rozó sus mejillas y

terminó clavándose en un listón de madera del que apenas los separaba un metro. Valeria había percibido cómo esta le había acariciado la punta de la nariz hasta hacer estremecer todos los huesos de su cuerpo. Había sido un tiro ingenioso, desapercibido para el resto de los aldeanos pero no para ellos. Ágil, sin duda. Y con una firma inequívoca impregnada sobre una madera exquisita.

Alzó la cabeza mientras elucubraba su trayectoria más probable. El tirador no debía encontrarse muy lejos del lugar. Inspeccionó los maltrechos edificios del callejón, las ventanas, los carteles deteriorados. Y, entonces, lo vio. Sobre el tejado de un negocio que prometía vender mejunjes eficaces contra una gran cantidad de enfermedades, descubrió al enigmático hombre del manto negro. Este asintió con un leve movimiento de la barbilla y se retiró ligeramente la prenda para mostrar sus cabellos rubios, que hasta entonces habían permanecido ocultos. Ella estiró una de las comisuras de sus labios, tratando de ser comedida. Porque allí, sobre una techumbre, como un felino agazapado, estaba el elfo más intrépido que conocía, y le indicaba con un gesto sutil que se internase de nuevo entre el gentío y se acercase a él con sigilo.

—¡Qué alegría verte! —le confesó Valeria mientras él la recibía con un cálido abrazo—. ¡¿Qué está ocurriendo en la ciudad?! ¿Por qué de repente eres un fugitivo? ¿Y Roderick? ¿Y el señor Moné? ¿Y la pequeña Nora, está bien?

Ante el bombardeo incesante de preguntas, Coril arrugó el rostro y volvió a ocultarlo bajo el manto negro.

—Aquí no podemos hablar. No es seguro. Seguidme.

Dio media vuelta y, cabizbajo, se aproximó a una puerta negruzca unos metros más allá. Antes de abrirla, comprobó que nadie estuviese mirando y entonces la empujó con prudencia. El chirrido de las bisagras oxidadas les dio la bienvenida, invitándolos a entrar en una estancia lúgubre y caótica. Daniel observó un camastro destartalado en un rincón y docenas de taburetes apilados en una barra decadente.

—Antes era una taberna —se excusó Coril al tiempo que les ofrecía algunas de las banquetas del antiguo local—. No es muy cómodo, pero muy útil para alguien en busca y captura.

—¿Por qué no te has escondido en el bosque? ¿Cómo te arriesgas a vivir aquí? —Daniel permanecía con el ceño fruncido, esperando una respuesta convincente del elfo. Este se acomodó en el mísero lecho y posó sus intensos ojos en Valeria.

—Porque hice una promesa —contestó sin más—. Y no descansaré hasta cumplirla. Estoy buscando la capa, como se me encomendó en el oasis. Solo que es más escurridiza de lo que pensaba. Y después de abandonar ese infame desierto, me dirigí a Tirme, luego a la antigua Cernia, y ahora estoy aquí. Llevo unos días estudiando cómo esquivar

a los guardias de la puerta e introducirme en el Refugio. Tengo que hablar con Bibolum.

—Nosotros también hemos venido a eso —le aclaró Nico—. Pensamos que él podría orientarnos.

—¿El gran mago está bien? —le preguntó Érika, intranquila.

—Lo mantienen en una celda. —Coril negó con la cabeza—. Es lo único que he podido averiguar.

—Pero ¿quiénes…?

Nico fue interrumpido por la vehemencia de Valeria:

—¿Dónde están los demás? ¿Qué sucedió en aquella montaña cuando te dejamos?

Lo miró desesperada. Su historia sobre la capa debía esperar. Ella necesitaba conocer el paradero del resto con urgencia, saber que se encontraban bien, a salvo, lejos de las zarpas del enemigo. Pero Coril endureció el rostro y lanzó un amargo resoplido.

—No sé exactamente qué sucedió —desveló el elfo, apretando los ojos y apartando la mirada de los chicos—. Los guardianes se retiraron sin más. Había herido a esa tal Nafula de gravedad, ya que una vez que interioricé las diferentes trayectorias posibles de sus agujas, me fue fácil doblegarla. Kwan también había recibido lo suyo, pero Ruby consiguió asestarle un golpe certero a Roderick y comenzó a desangrarse muy rápido. Entonces, Nora decidió cubrirlo y… —Se humedeció los labios, tratando de ganar un tiempo que ya estaba perdido—. Ignoro cómo fue, pero ella se despeñó por el precipicio y quedó inconsciente. No sé si fueron sus gritos desesperados al caer o el hecho de ver su cuerpo roto allá abajo, pero Ruby permaneció inmóvil unos segundos, mirándola… Creo que algo se encendió en su corazón y se ablandó. Y, de improviso, se fue; dio media vuelta y se marchó. Pudo acabar con la vida de Roderick en ese momento, rematar a Nora, que yacía agonizante. —Las lágrimas comenzaron a empapar su relato —. Y acabar con mi vida también, pues estaba en desventaja. Pero no lo hizo.

—¿Dónde está Nora? —Érika lo acompañaba con sollozos angustiados.

—Descendí con una de las cantimploras que habíamos llenado en el oasis. La otra se la dejé a Roderick para que fuera bebiendo poco a poco. Se suponía que eran aguas sanadoras, pero no fue suficiente, ya que apenas curaron la mitad de sus huesos. Nora no podía mover las piernas, así que la cargué sobre mi espalda con la esperanza de alcanzar el oasis antes de que fuera demasiado tarde. —Hizo una pausa y decidió levantarse—. Roderick consiguió ponerse de pie. Ya no brotaba sangre de su brazo, pero continuaba malherido. Salimos de aquellas montañas como pudimos. Temía perder a la niña, así que imploré como nunca lo había hecho para que la dichosa isla flotante

continuara allí. Nora apenas respiraba y Roderick temblaba. La pérdida de tanta sangre estaba afectándolo. Y ya sin esperanza alguna, apareció ese maldito oasis sobre nuestras cabezas y, sin dudarlo, me columpié sobre sus raíces cargando a la pequeña, que perdió el sentido de nuevo. La deposité junto a uno de sus manantiales y regresé a por el grandullón. Perdí la noción del tiempo en aquel oasis; los días son lentos y las noches casi inexistentes. Entonces, vi un gran destello esmeralda que iluminaba el cielo de aquel paraje. Corrí hasta la catarata de la cual provenía. Estaba seguro de que erais vosotros activando el portal. Pero cuando llegué, la balsa ya comenzaba el salto y advertí que Lidia no estaba en ella, sino que luchaba por no ser engullida por la corriente. Quise ir a ayudarla, pero el hijo de Lorius estaba allí también. Y fue cuando lo comprendí todo: la misión había sido un completo fracaso, vosotros volvíais a vuestro mundo sin ella y aquí comenzaba una guerra. Estuve varios días esperando a que Aldin o Samara regresaran, pero cada vez se hacía más evidente que no lo habían conseguido. Entonces, de repente —continuó, mostrando una sonrisa de oreja a oreja—, despuntaron unas alas en el horizonte. Batían furiosas, y pensé que mi corazón iba a salir disparado al descubrir que se trataba de tu dragón, Érika.

—¡Brifin! ¡Está vivo!

—Y cuando Nora despertó, decidimos abandonar el desierto. No podíamos permanecer allí mucho más, aislados de todo. En cuanto pisamos el Sendero de las Piedras Silentes, nos percatamos de las extrañas luces en el cielo. ¡Aquello era peor de lo que esperábamos! Teníamos que actuar con rapidez, pero la niña no estaba del todo recuperada, así que allí nos despedimos. Pagamos a un campesino con agua del oasis para que transportara a los dos en su carromato. Brifin los acompañaba, vigilando desde el aire para que nadie osara hacerles daño. El hombre conocía a una vieja sanadora muy eficiente, y como ignorábamos lo que sucedía en el Refugio, decidimos que no podíamos arriesgarnos a llevar a Nora hasta Libélula. Mientras tanto, yo me dirigí al nuevo Tirme en busca de respuestas sobre la misteriosa capa. No sabía que ibais a volver. Pensé que os quedaríais en vuestro mundo, a salvo. —Soltó una risa nerviosa—. Pero, claro, tú no te rindes nunca y has venido a recuperar a tu hermana.

—Mi mundo también está padeciendo los efectos de los jinetes —replicó sin inmutarse—. No puedo dejar que en la Tierra se desate una guerra mágica. Los humanos no sobreviviríamos.

—Pero ¡¿cómo puede ser posible?! —exclamó Coril, confundido—. ¿Vuestro mundo?

—¡Son las brechas! —le aclaró Nico—. Creo que están rasgando el universo y, con ello, nuestra concepción del espacio-tiempo. No sabemos exactamente qué es lo que pasará, pero hemos vuelto para

acabar de una vez por todas con Lorius.

Con ojos lúcidos, Érika se acercó al elfo, que todavía no daba crédito a lo que escuchaban sus oídos, y mirándolo de manera compasiva, le aseguró:

—Vamos a encontrar al guardián y él nos guiará a todos. Conseguiremos derrotar al brujo.

—¿Qué has descubierto de la capa? ¿Algo que nos pueda ser de utilidad? —lo interrogó Daniel, ansioso.

—Poca cosa —confesó—. Era considerado uno de los objetos más poderosos de aquellos que les habían sido entregados a los humanos. Después de la Gran Guerra, muchos magos decidieron ponerlo a buen recaudo. Habían caído en la cuenta de que si el portador del objeto fuese un humano ambicioso y poco fiable, podría desatar un grave conflicto, a pesar de que fueron forjados para que solo personas de noble espíritu los poseyesen. Pero viendo todo lo que está ocurriendo, no pongo en duda aquella decisión —admitió, colocando los brazos en jarra—. Las sacerdotisas me contaron que la capa estaba hechizada y que debía dirigirme a Cernia si quería más información. Y hasta allí fui, buscando a un viejo mago y antiguo maestro del Consejo, responsable también de que ese objeto no tenga nuevo dueño. Fue difícil dar con él. Vivía como un ermitaño, alejado de toda civilización, rodeado de animales y extensos huertos. ¡Ni siquiera parecía un mago de verdad!

—¿Qué te contó? —La curiosidad era palpable en el rostro de Valeria. Acercó su taburete aún más a él, como si así pudiera escucharlo mejor.

—Me invitó a tomar un té exquisito; oferta que no rechacé, pues estaba sediento. Y entonces me reveló que, para liberar la capa, necesitamos un conjuro y, por supuesto, a un mago que recite las frases. Ahí fue cuando pensé que mi aventura en solitario había terminado. No poseía ninguna de las dos cosas. —Rio, recordando el momento—. Pero Fedión, que así se llama, es un viejo charlatán extremadamente astuto. Comenzó a preguntarme sobre mi procedencia, mi interés por el objeto, mi propósito con él… Y yo desembuché, le conté todo. Hasta me sonsacó el nombre de mis padres, de mi primer amor, de todos mis amigos… ¡El muy canalla me confesó después que lo que yo pensaba que era un simple té, era en realidad un mejunje de la verdad! ¡Quería saber si era de fiar! Después se sinceró conmigo y me contó que llevaba tiempo aguardando a que alguien tocase a su puerta. ¡Pero esperaba a un mago, no a un elfo! Sabía que llegaría el día en el que habría que despertar a la capa azul, y habría preferido no vivir para verlo.

—¿La capa es azul? ¿Como la del príncipe? —Los ojos de Érika se agrandaron hasta parecer dos luceros brillantes—. ¡Él será el que salve

a Lidia!

—Érika, aunque a mí me gustaría que fuera así —comenzó a explicarle Daniel—, la capa puede escoger también a una guardiana.

—Eso sería interesante —soltó Nico, dejando escapar una risa perniciosa.

—Bueno, da igual quién sea su dueño, lo importante es encontrarla —Impaciente, Valeria instó al elfo a continuar—: ¿Te dijo dónde la habían escondido?

—No, él no tenía ni idea. —Chasqueó la lengua, disgustado—. Formaron dos equipos para desarrollar el ritual: el primero la hechizó para que permaneciera en el olvido y, el segundo, la ocultó. Fedión no podía indicarme el lugar, pero sí me dejó esto. —Introdujo la mano en su chaleco y extrajo un pequeño pergamino enrollado—. ¡Tengo el hechizo! ¡Por eso necesitaba ver a Bibolum!

—¡Yo soy una maga!

—Lo sé, pequeña, lo sé. Y no sabes lo feliz que me haces. —De pronto, su semblante se ensombreció. Su fugaz alegría se tornó en una profunda desazón y miró a Valeria con ojos serios—. Una vez te dije que yo no conocía a ese guardián y no sabía qué méritos tenía para convertirse en el líder de todos los pueblos. Fedión me aclaró los motivos por los que el Consejo tomó la decisión de ocultarla, y me parecen loables. Los humanos sois emotivos, inestables y, muchas veces, egoístas. Ya había sucedido en el pasado. Un guardián usó su sombrero para enriquecerse en vuestro mundo, para someter y manipular a los suyos. La magia no es infalible, y aunque los objetos busquen a personas honestas, estas cambian al sentir el poder invadir su cuerpo. Igual sucede con los magos, como por desgracia ha sucedido con Lorius. Al fin y al cabo, son su creación. Y, por lo tanto, padecen las mismas debilidades. Si esa capa estuviera ahora en manos de uno de esos guardianes sublevados, habría sido el fin de nuestra existencia. ¿Lo entendéis?

Valeria palideció y se pellizcó el labio inferior, intentando ocultar su creciente ansiedad.

—¿Y cómo sabremos entonces si su destinatario no va a traicionarnos como Ruby y los demás? —Daniel caminaba con las manos enlazadas en la nuca.

—No lo sabemos. Pero, dada la situación, debemos arriesgarnos. Intentar que una descendiente ocupe el trono como están las cosas sería una locura, un suicidio. Lidia ha hecho que seáis odiadas y les ha dado la razón a esos magos melindrosos que pensaban que el plan de rescate no serviría para nada. Nadie confía ahora en vosotras.

Valeria soltó un sentido suspiro que revelaba su profundo malestar. Ella los había arrastrado a todos a ese condenado castillo, proclamando a los cuatro vientos que su hermana era una víctima más

de los enrevesados planes del brujo, defendiéndola a capa y espada, anteponiéndola a los intereses del grupo. Y se había equivocado. Incluso cuando dudó de ella, fue incapaz de comunicárselo al resto y los había puesto en peligro. Ahora, sus amigos sufrían las consecuencias, y ella no iba a permitir que todos pagasen su error.

—¿Tú sigues confiando en nosotras? —le preguntó con fiereza.

Coril bajó la barbilla y fingió observar el descuidado pavimento. Le habían arrebatado su hogar en el bosque, habían diseminado la semilla del odio entre los suyos, pero lo que más lamentaba era que lo habían despojado de su honor acusándolo de ser un traidor. Ignoraba si conseguiría recuperar su buen nombre, pero no podía seguir escondiéndose.

—Confío en ti —dijo, mirándola a los ojos— y en este grupo. Habéis regresado, cuando podríais haberos quedado en vuestro mundo para defenderlo de los jinetes. ¡Así que vamos a encontrar esa capa! Pero antes quiero hacerte un juramento, Valeria. Si ese guardián no es digno de ella, le atravesaré el corazón con una de mis flechas. No voy a defender a ningún elegido más por mucho que lo digan las escrituras.

—Lidia no solo te ha decepcionado a ti —dejó escapar ella de sus labios temblorosos.

—Esto no ha acabado —intervino Daniel—. En cuanto le contemos lo que está pasando en la Tierra, se dará cuenta de su error. ¡Lidia no va a dejar que mueran millones de personas!

Valeria admiró su optimismo. Él todavía tenía esperanza. Sus ojos grises parecían más claros que nunca, brillaban, poseían esa chispa de aquel que había recuperado la fe. Recordó su confesión en el oasis: que la había perdido en el desierto cuando fue engullido por la tormenta roja. Y que también fue esa la razón por la cual las defensas que había levantado con su espada se desplomaron sin más. Bien, necesitaban a alguien que mantuviera el espíritu vivo en el equipo, porque el de ella se había apagado. Y, por lo que había comprobado, tampoco el elfo se encontraba en su mejor momento.

Posó la mirada en la pequeña, que le sonreía con sus hermosos ojos verdes, y se alegró por ella. Porque, a pesar de que había contemplado cómo la magia oscura podía corromper un alma noble, seguía creyendo. Érika deseaba con todas sus fuerzas que ese guardián fuese el príncipe azul de su hermana, como en los cuentos, quizá porque ella había sido la primera en advertir que Lidia ya no era Lidia. Sin embargo, Valeria ya no creía en cuentos de hadas.

—Será mejor que le enseñemos a Coril el diario de mamá y ese mapa tan chulo que dibujó —le dijo con ternura.

La pequeña extrajo del interior de la capa el libro de su madre. Plegado, entre sus páginas, se encontraba el plano que con tanto

esmero había elaborado poco a poco cada vez que finalizaba uno de sus viajes. Perplejo, Coril elevó las cejas hasta lo indecible mientras los chicos se apresuraban a extenderlo sobre el suelo.

—Creemos que la capa se encuentra en estas islas —continuó ella, señalando su ubicación—. Mi madre estuvo buscándola en sus últimos años. Ella también había descubierto que si ninguna de las descendientes se sentaba en el trono de Silbriar, debía hacerlo el guardián de la capa. Después de nosotras, es el único en grado de desterrar la magia negra de este mundo.

—Y el único capaz de hacerle frente a... una descendiente oscura —añadió Nico, ahogando sus palabras finales.

El elfo se acuclilló y se abstrajo unos segundos, analizando el grupo de manchas que, exultante, Valeria le indicaba. Achicó la vista y luego emitió un gruñido que no podía ser un buen augurio.

—¡Son las malditas Islas Sin Nombre! —exclamó al fin, dejándose caer hacia atrás.

—Claro, las letras que escribió tu madre: ISN —gritó victorioso Daniel.

—Coril, ¿lo de «malditas» lo has dicho en plan metafórico o literal? —Nico mantenía una mueca de disgusto en su rostro.

—Muy pocos osan navegar por sus aguas. Se cree que existen bestias acuáticas y otras criaturas desconocidas pero igual de peligrosas. ¡Tiene sentido! Ocultar la capa en un territorio que ni un loco se atrevería a pisar. Yo no soy un hombre de mar, ni siquiera tengo un barco.

—Pero habrá alguien que haya estado en esas islas que pueda orientarnos. —Valeria rogaba para que encontrase una solución.

—Sí, conozco a un enano con malas pulgas que alardea con la boca bien abierta de sus aventuras en esas islas.

—¡Estupendo! ¿Y es de fiar?

—Onrom odia aún más a esos magos de Zacarías que yo mismo —afirmó, con una sonrisa de medio lado—. Tú fuiste instruido por él —le dijo a Daniel—. Es un cascarrabias, pero es fiero en combate. Lo necesitamos para nuestra misión.

—¿Y dónde lo encontramos?

—En una taberna de verdad, llena de alcohol y de tiparracos capaces de apostar su vida por un mísero juego. —Se levantó de un salto y colocó su carcaj tras su espalda—. Lo siento, pero a las señoritas no les está permitida la entrada.

—Mejor —le replicó Valeria, sin demostrar que se sentía ofendida—. Porque Érika y yo tenemos otra misión. Vamos a hablar con Bibolum.

5

Traidor

Aguardaron a que un abrumador ocaso las arropara bajo su estremecedor manto. Las brechas eran las dueñas del cielo cuando el sol se debilitaba y se ocultaba tras las montañas. Sobrecogidos, los lugareños contemplaban su despedida temiendo que el astro moribundo no reanudara su labor al día siguiente. El firmamento se teñía poco a poco de colores poco habituales, constatando el poderío indiscutible de los jinetes. Sin embargo, las estelas naranjas que dominaban la Tierra no estaban presentes en la noche silbriariana. Las estrellas parecían difuminarse hasta perder su solidez, bañadas por un morado fantasmagórico que las hacía inanes al desvanecerse la calidez de su existencia. Las dos lunas se fundían en un abrazo ecléctico mientras asistían impávidas a cómo a su alrededor se formaban cúmulos verdosos ansiosos por devorarlas.

Érika sujetó con brío la mano de su hermana y caminó cabizbaja, evitando así explorar los inciertos cataclismos que estallaban sobre sus cabezas. Habían acordado atravesar los muros del Refugio cuando se produjese el cambio de guardia, y quedaban pocos minutos para ello. Invisibles, recorrieron los últimos metros que las separaba del portón más cercano, el del este. Esperaron impacientes a que sus puertas se abrieran y, con celeridad, se internaron en el patio. Contempló disgustada cómo decenas de soldados maltrataban el césped sin ningún remordimiento. Organizaban peleas entre ellos y entrenaban sin escrúpulos, dejando las huellas de sus salvajes botas sobre la hierba y las flores que tanto había cuidado Libélula. De reojo, observó a Valeria, quien, boquiabierta, debía pensar que habían emplazado a los más idiotas a cubrir los muros. Sí, ella también opinaba igual. No había mucha diferencia entre los lopiards descerebrados y esa gente.

Ya en el interior, comprobó que todo parecía más organizado. Atisbó a varios grupos de magos charlando en el fondo, y al asomar la cabeza en el salón, descubrió que este se había convertido en el centro

de mando. Había un enorme mapa del continente ocupando la mayor parte de la pared, y algunos se afanaban en marcar con círculos verdes, rojos y negros las distintas regiones de Silbriar. Palpaba el nerviosismo que su hermana le transmitía. Pero ella no estaba asustada. Ya había caminado entre orcos y arpías, por lo que unos cuantos magos soberbios y repeinados no la amedrentaban. Achicó la vista, esperando encontrar una pista que la llevase directamente hasta la habitación del gran mago, pero allí no había nada de interés. Entonces, un viejo mago llamó su atención. Aunque parecía haber gozado de un cabello fuerte y sano, la calvicie había hecho su fatal aparición en su coronilla. Aun así, mantenía alrededor de esta una pelambrera canosa y vigorosa.

—Deberías mantener a tus hombres a raya —le escuchó decir—. ¡No pueden parecer una panda de inútiles en un campamento de verano! ¡Estamos en guerra!

—Sí, mi señor. Es que se aburren y buscan un poco de diversión, eso es todo.

El mago le lanzó una mirada reprobatoria que lo dejó petrificado. Érika escrutó entonces en sus ojos marrones, los cuales, a pesar de aparentar integridad y poseer un sentido respeto por la tradición, albergaban una profunda codicia, una indescriptible crueldad. Pero ella no receló de estas particularidades. Muchos de su especie eran ambiciosos por naturaleza, el poder les nublaba a veces la razón. A Érika, ese hombre autoritario, más que nada, le resultaba familiar.

De pronto, su hermana tiró de ella, desestabilizando por un momento su invisibilidad. La reprobó apretando los labios y negando con la cabeza, pero ella se limitó a señalarle uno de los corredores. Las reglas eran claras: no soltarse, mantener el silencio y no tomar iniciativas sin el consentimiento del otro. Valeria le pidió excusas mostrando arrepentimiento en su rostro, y Érika alzó el pulgar para manifestarle su conformidad y se encaminó hacia el pasillo.

En las veces que había correteado por el Refugio, jamás había visto el estrecho corredor que ahora pisaban. Las piedras que conformaban sus gruesas paredes eran rugosas, y podía respirarse una humedad espeluznante, gélida. Sonrió al distinguir la figura de Libélula Morrigan detenerse en el rellano, al amparo de un candil que abultaba de forma grotesca la proyección de su sombra en el muro. Después de examinar los alrededores y asegurarse de que nadie la seguía, desapareció tras descender unos cuantos escalones. Las chicas apresuraron el paso para evitar perderla de vista, y al llegar al final de los cuatro peldaños, descubrieron una estancia pequeña cuya única luz procedía de una ventanilla reforzada con barrotes, situada en lo más alto de la pared. Libélula hablaba casi en susurros con un aburrido soldado apostado en una silla, quien custodiaba con una evidente

desgana un portón de gruesa madera atrancado con varias cerraduras. El joven, tras recibir en sus manos un saquito de terciopelo verde, le entregó las llaves a la rolliza mujer. Con impaciencia, esta abrió los cierres y se adentró en la misteriosa habitación. Érika le hizo una señal a su hermana y ambas se deslizaron con presteza por la ajustada abertura antes de que la puerta volviera a cerrarse.

La pequeña contuvo una mueca de sorpresa al encontrarse en una estancia mucho mayor que la anterior, ampliamente iluminada por la presencia de varios candiles y con varios muebles que la decoraban; entre ellos, una inmensa alfombra roja, una repisa con algunos libros, un escritorio viejo y una cama adecentada con varios cojines. Sobre esta reposaba un hombre de grandes dimensiones al que pronto reconocieron. Bibolum Truafel se incorporó, no sin acusar cierta fatiga, y se sentó en el borde del camastro al ver a su amiga Libélula entrar con claras evidencias de nerviosismo.

—Creo que las sales curativas que estoy preparando para la madre de ese soldado melindroso pronto dejarán de surtir efecto —se quejó ella mientras se llevaba la mano al pecho.

—No te preocupes por eso —le respondió él, soltando una risita—. Hace tiempo que son sabedores de tus visitas.

—¡Oh, Dios santo! ¿Y cómo es que no me han detenido?

—Mi querida Libélula, te consideran inocua. Y, al mismo tiempo, otorgándome el placer de tu compañía y la información que puedas darme, piensan que me tienen bajo control. Y, en cierto sentido, así es. No he perdido la cordura para estallar en cólera y hacer que todo el Refugio se desmorone sobre nuestras cabezas y, por supuesto, las suyas. —El mago entrecerró sus intensos ojos azules y escudriñó cada milímetro de la habitación, para después volver a reparar en el rostro de su amiga—. ¿Y cuándo pensabas comentarme que hoy no has venido sola?

—¿De qué estás hablando? —Giró la cabeza y miró por encima de su hombro.

—Creo que el soldado ha vuelto a dormirse —continuó él—, así que nadie reparará en vuestra presencia. Podéis volveros visibles.

Libélula arrugó el rostro y observó al gran mago como si hubiera enloquecido. De pronto, y para su sorpresa, aparecieron ante ella dos de las descendientes. Érika se abrazó primero a la robusta mujer, quien la recibió con lágrimas en los ojos, y luego saltó al cuello del noble grandullón.

—Queríamos estar seguras —se disculpó Valeria por no haberse presentado antes—. Esto está plagado de gente que quiere nuestras cabezas.

—Creía que no ibais a volver —les confesó la señora Morrigan con voz afectada.

—Teníamos que hacerlo. Las brechas amenazan con destruir nuestro planeta —le respondió.

El gran mago la invitó a tomar asiento en la única silla de la que disponía, mientras que Érika se acomodó junto a él. Libélula se apoyó ligeramente sobre el escritorio, todavía impresionada por la repentina presencia de las humanas en el Refugio. El Consejo tenía oídos en cada rincón de la hermética construcción. Había espías en las calles. ¡Rayos, hasta en las mismísimas cloacas de la ciudad! Las descendientes corrían un gran peligro mientras permanecieran allí.

Valeria se acercó al mago y, en voz baja, comenzó a hacerle un breve resumen de todo lo acontecido en el castillo de arena, desde su incursión hasta su fuga a través de uno de los portales del oasis. Cogió aire varias veces antes de confesarle que su hermana Lidia se había negado a volver con ellas, y no omitió detalle alguno sobre la aparición de las estelas naranjas en el cielo y el posterior descubrimiento del diario de su madre.

—En sus últimos viajes a Sibriar, descubrió toda una trama de corrupción que afectaba a magos y a sacerdotisas de Tirme. De hecho, creemos que una tal Moira es la bruja del castillo. Es más, fue ella la que incendió la biblioteca, para después arrasar la ciudad.

El gran mago palideció. Un nudo enorme taponó la boca de su estómago y no pudo permanecer sentado mucho más.

—¿Moira? —Se levantó y se dirigió a la única ventana que lo conectaba con el mundo exterior. Estaba recluido en un sótano, pero desde allí podía oler la hierba fresca del patio, ultrajada por los toscos soldados que vigilaban los muros del Refugio—. ¿Estás segura, mi niña? —De reojo, comprobó cómo ella asentía—. ¡Es algo muy grave! Moira… es la tía de Samara.

—Entonces, ¿fue capaz de matar a su propia hermana? —No era una pregunta como tal. Valeria había caído en lo trágico de la situación—. ¡Esa mujer está chiflada! ¡Ha sido capaz de quemar su propio pueblo! Pero ¿por qué?

—Ahora no importa el porqué, sino que una descendiente camina al lado de los dos brujos más ambiciosos y desalmados que jamás haya conocido Silbriar.

Bibolum se dio la vuelta y observó a la guerrera, que esquivó su mirada para clavar sus ojos miel en el suelo. La traición de su hermana le escocía, todas las células de su cuerpo le hervían. Era un fuego insoportable, un dolor que consumía su alma lentamente. Habría preferido haber sido atravesada por una espada. Esa habría sido una muerte segura y rápida, mejor que tener que enfrentarse a la traición de Lidia.

Apretó los labios para no gritar y, desafiante, le devolvió la mirada al gran mago.

—Por eso tenemos que liberar la capa y encontrar a su guardián. Es el único en grado que puede devolverles la fe a todos los que la han perdido, incluido a los guardianes que nos han dado la espalda.

—Lo sé, mi niña, lo sé… —Apoyó la mano en su hombro y le lanzó una mirada lastimera a Libélula. Esta alzó la barbilla ligeramente, intuyendo la desagradable conversación que tenía pendiente y que no podría eludir por mucho que lo deseara.

—Nos dirigimos a las Islas Sin Nombre. Allí podría encontrarse la capa, bajo un hechizo de sometimiento. Pero Coril ha dado con un conjuro que podría liberarla y está reuniendo a un grupo de aliados para que nos acompañe. —Valeria hablaba atropelladamente, como si no quisiera admitir todas las fisuras que tenía el descabellado plan—. Por eso hemos vuelto.

—¿Y para eso has arriesgado la vida de tu hermana y la tuya entrando en esta celda? ¿Para contarme vuestro plan? —le preguntó, con rostro afable.

—Queríamos conocer…, quería saber su opinión… —titubeó unos segundos en los que las palabras se le atragantaron—. Y si tenía noticias del señor Moné… Todos estamos preocupados por él, pero no podemos ir a rescatarlo. Yo quería saber si él…

—Te sientes culpable por haberlo dejado atrás —la ayudó el mago a continuar— y quieres saber si se encuentra con vida. —Bibolum le cogió la mano a la guerrera y observó los grandes ojos verdes de Érika, abiertos de par en par, conteniendo las lágrimas a la espera de su respuesta—. No tengo comunicación con él desde que el nuevo Consejo invadió mi casa, pero si de algo estoy seguro es de que Aldin continúa con vida. Y no lo digo porque se trate de un mago habilidoso y experto, sino porque todo el universo lloraría su muerte. La tierra se volvería árida e infértil, los lagos se secarían, y la hecatombe sería tal que caeríamos en una noche eterna.

Valeria frunció el entrecejo mientras intentaba descifrar las palabras del gran mago. Érika se acercó a ella y, con semblante confuso, le suplicó que le tradujera lo que acababan de oír. Era pequeña, pero tenía derecho a saber, más cuando iban a embarcarse en una misión sin su maestro y donde ella sería la única maga, por lo tanto, la única capaz de despertar a la capa. Bibolum Truafel lanzó una prolongada exhalación y mostró una sonrisa amarga. Había llegado el momento que nunca creyó que ocurriría.

—No solo estáis aquí porque os preocupe el estado de mi buen amigo Aldin. También queríais preguntarme por vuestra hermana. —La guerrera torció el gesto y asintió levemente—. Queréis saber si Lidia está totalmente perdida. Es eso lo que más te aflige, ¿verdad, Valeria? Una parte de ti quiere recuperarla y…, la otra… —Se calló al observar el rostro de la pequeña nublarse por completo—. Bien, no

voy a mentiros. Se han roto dos de los tres sellos necesarios para que ella abrace la oscuridad: el primero fue despertar con el beso de un maligno y el segundo fue entregarle su corazón, pero todavía nos queda su alma. Para romper el tercer sello, debería renunciar a su maestro y aceptar a uno que se nutra de las tinieblas, es decir, a Lorius, ya que su hijo Kirko no es un maestro como tal. Pero para convertirse en una descendiente oscura, no solo tiene que aceptar la mano de Lorius, sino también aniquilar cualquier rastro de magia blanca que haya en su alma asesinando a su predecesor. Por eso sé que Aldin sigue con vida. Si Lidia hubiese cumplido su cometido, la naturaleza habría rugido y escupido fuego al sentir su transformación. Y eso no ha sucedido.

—¡Lidia nunca mataría al señor Moné! —protestó Érika—. ¡Ella no haría eso! ¡No es mala, solo está enamorada!

Libélula apartó a la niña del mago para tranquilizarla. Había alzado demasiado la voz y temía que el soldado hubiese despertado. Tocándose la boca con el índice, le pidió que mantuviera silencio y, desesperada, se encaminó hacia la puerta. Apoyó la oreja sobre la madera y no escuchó movimiento alguno. Aun así, permaneció custodiando la entrada por si el desganado joven decidía curiosear más de la cuenta.

Mientras tanto, Bibolum mantenía la mirada clavada en el rostro de la guerrera. La había visto dudar, revolverse mientras él se explicaba. Era evidente que algo se había quebrado en su espíritu.

—Querida niña, necesito saber si antes de que eso ocurra, tendrás el valor para hacer lo correcto.

El mago hablaba casi en susurros para evitar que su hermana pequeña pudiera escuchar lo que estaba pidiéndole. Ella se pellizcaba el labio inferior con saña. Tenía el corazón en un puño, y parecía que este se esforzaba en estrujarlo cada vez más. No lo había dicho. No había sido necesario. Ella había recibido el mensaje desde que le había explicado en qué consistía la ruptura del tercer sello. Era la vida de Aldin o la de su hermana. Era salvar millones de galaxias o sumirlas en la oscuridad más absoluta. Pero ¿cómo ayudar al maestro cuando se dirigía a las Islas Sin Nombre? Por el momento, debía confiar en la astucia del señor Moné y en que su hermana no estuviese preparada para cometer un acto tan vil. Érika tenía razón: sencillamente, estaba enamorada. Pero ¿podría el amor ser tan ciego como para asesinar en su nombre?

Sus prioridades no habían cambiado. Primero debía encontrar esa dichosa capa y luego ayudar al nuevo guardián a liderar un ejército capaz de derribar el castillo de arena con un simple soplo. Y si Lidia tenía las agallas de matar al que fuera su maestro, ella misma acabaría con la vida de su hermana.

Se acercó al mago, se colocó a su altura y, ladeando la cabeza, le prometió:

—No voy a dejar que Lorius gobierne Silbriar, mi mundo o cualquier otro. ¡Esta vez llegaré hasta el final!

Escuchó los pasos de Érika aproximarse ligera y se calló. La niña parecía exaltada. Hacía aspavientos con las manos, hasta que por fin se las llevó a la boca mientras negaba con la cabeza, sorprendida ella misma por el revuelo que acababa de ocasionar.

—Ya sé dónde he visto antes a ese mago calvorotas —desembuchó, todavía impresionada—. ¡En el castillo de la bruja! Estaba junto a Lidia en la fiesta.

—Pero ¿de qué estás hablando? —Valeria la instaba a calmarse.

Libélula abandonó su puesto de vigilancia en la puerta y corrió hacia la pequeña, quien aún trataba de explicarse.

—Creo que está hablando de Máximus Belemis —afirmó el mago, torciendo el gesto—. No sé por qué no me extraña.

—¿Él es el traidor? —preguntó la mujer, enarcando las cejas—. ¿Y por qué ha insistido en colocar a Zacarías en la presidencia?

—Porque así no levantaría tantas sospechas. Todas las malas decisiones parecen salir de la boca del mago de las Montañas Sagradas, así que cuando Lorius avance sin piedad por el norte, todos lo culparán a él —reflexionó Bibolum—. Belemis saldría reforzado y dispuesto a aceptar una alianza con el hechicero que, evidentemente, ya está pactada de antemano.

—¡Será canalla! —lo insultó Libélula, demostrando su profunda rabia—. ¿Cómo ha podido aliarse con semejante bellaco? Él, que perdió a su hijo Hanis a manos de un puñado de lopiards.

—¿Hanis, has dicho? —Confusa, Valeria trataba de organizar sus ideas en la cabeza—. ¡Érika, dame el libro de mamá! —La niña se lo entregó sin dilación y ella comenzó a pasar las páginas con celeridad —. Si no recuerdo mal, mi madre citaba al padre de Hanis como uno de los cerebros conspiradores de la trama. Estuvo en los Valles Infinitos, y allí también coincidió con uno de los esbirros de Lorius: Peval Nortal. ¡Aquí está! —exclamó, señalando la parte en la que los mencionaba. Bibolum sujetó el diario con una mano y leyó varios fragmentos—. Es evidente que en esa escuela de magos se inició la sublevación. Puede que Zacarías también esté implicado en todo este asunto. A lo mejor es solo un peón al que sacrificar, pero necesario.

El mago levantó la vista del libro y examinó a la guerrera. Era inteligente, muy astuta. Y pensó cuánto le habría gustado que ella fuese la que dirigiese las tropas contra el enemigo. Así debería haber sido: la descendiente guerrera liderando el levantamiento contra los traidores que se habían sumado a Lorius. Se estremeció. Aquello ya no podía ser debido a que el brujo les había asestado un duro golpe

reclutando a otra de las descendientes: a la artesana. Ahora debía confiar en que ese guardián, recién despertado, comprendiese la necesidad de una contienda y no dudara ni un ápice en demostrar su fidelidad y valentía.

—Belemis era un reputado profesor en la escuela del Valle cuando la guerra comenzó, y desconozco los motivos que lo mueven a renunciar a la magia blanca. Si alguien puede ayudarte a responder esas preguntas, es uno de sus mejores amigos: Zacarías. Este ha consagrado su vida a ayudar a los nuevos guardianes. Aunque es un mago del aire, dejó de impartir sus clases a los pupilos de la academia para entrenar a los humanos elegidos. Él insistió muchísimo en la necesidad de adiestrar con técnicas más combativas a los guardianes.

—Pero también los guardianes se han sublevado —insistió ella—. Y son muchos los mentores de esa escuela implicados en esta absurda conspiración. ¿Acaso Lorius estudió allí?

—No, él no es un mago de los elementos —reflexionó Bibolum, frunciendo el entrecejo mientras acariciaba su larga barba—. Él estudió en la escuela del Cosmos, como Aldin, como... yo. Su poder no proviene de la naturaleza, sino de la energía del propio universo.

—¿Y por qué colaboran con él? Parece que Lorius tuviese un millón de amigos allí.

El gran mago mostró una sonrisa burlona que no pasó desapercibida para el resto. Meditabundo, se dejó caer en la cama, todavía contrariado por las acertadas observaciones de la descendiente. ¿Amigos? Lorius ignoraba el significado de la palabra lealtad. Mantenía a algunos muy cerca de él, pero no por apego o un sentimiento de compañerismo, sino porque les eran útiles para sus propósitos. Y él lo había descubierto demasiado tarde. Sin embargo, ¿por qué acudir a los magos del Valle?

Postrado en la cama, hacía grandes esfuerzos por aguantar el dolor que le ocasionaba la pierna. Estuvo a punto de perderla cuando se precipitó junto con su dragón desde el cielo. Había intentado guiarlo, darle ánimos, pero Mivial, malherido, ya había cerrado los ojos. Fue entonces cuando perdió el control total del vuelo y ambos giraron en el aire como pájaros insignificantes a merced del viento.

Se incorporó y tomó su medicina para apaciguar el resquemor, el cual le ascendía desde el dedo gordo del pie hasta la ingle. Se agarró a la muleta y, manteniendo el equilibrio, consiguió dar unos pasos. Necesitaba respirar aire puro. Estaba harto del olor a desinfectante, de cataplasmas a base de hierbas y de ese aroma nauseabundo que provocaba la enfermedad en sí. Examinó esa especie de tienda de campaña improvisada para atender a los

heridos de guerra y se compadeció de todos ellos, incluso de sí mismo. No debería haber terminado allí junto a esos valientes que lo habían dado todo por salvar la magia. Él no. No se lo merecía. Debería estar enterrado bajo tierra, con su compañero, con su amigo Mivial.

La guerra duraba demasiado, más de lo previsto. Había perdido la cuenta de los años que habían transcurrido e ignoraba cuántos más debían pasar. Pero para él ya había terminado.

Dejó que una bocanada de brisa fresca hinchara sus pulmones y se sentó en uno de los bancos que rodeaban la enfermería. Entornó los párpados y respiró la tranquilidad del lugar, esa que le fue arrebatada a diario durante la contienda, y por primera vez se sintió en paz consigo mismo.

—¡Tienes un aspecto penoso! —Reconoció esa voz irritante al instante, pero prefirió continuar en silencio y con los ojos cerrados—. He sabido que habías resultado herido en el combate aéreo justo cuando apenas unas semanas antes te habían ascendido a capitán. ¡Mírate, Bibo! Ni en tus sueños habrías imaginado convertirte en el capitán de un pelotón. Siempre has sido algo soso y pusilánime. Y los dirigiste como un auténtico valiente, surcando los cielos y ganando numerosas batallas. Lástima que haya muerto el dragón.

—¡Se llamaba Mivial! —le reprochó, abriendo de par en par los ojos—. ¿Qué estás haciendo aquí, Lorius?

Reparó en el extraño atuendo del hechicero. Siempre vestía con pantalones oscuros, pues odiaba las túnicas. Sin embargo, una con tonos violáceos se deslizaba hasta sus tobillos, ocultando sus enclenques piernas.

—Ya te advertí que esta guerra estaba perdida antes de que comenzase. ¡Ha sido una completa pérdida de tiempo!

—Todavía no ha terminado.

—Oh, sí, mi querido amigo, lo ha hecho —dijo, mostrando su habitual narcisismo.

—Hace años que no tengo noticias tuyas. No has contestado a ninguna de mis cartas, ¿y ahora te presentas aquí como si nada?

—Bueno, he estado algo ocupado —confesó sin una pizca de arrepentimiento—. Al llegar a mis oídos tus hazañas aéreas, pensé en hacerte una visita, ver cómo te encontrabas, y decirte que me has sorprendido gratamente. Tienes carisma para el mando. Tu nombre, junto con los más grandes, resuena por todo Silbriar como si fueras un auténtico héroe. Al final, la escuela sí que te sirvió para algo. Forjó tu carácter, aunque haya tenido que despertar precisamente ahora. ¡Un héroe, Bibo!

—Yo no me siento así.

—Siempre tan humilde. ¡Es lo que más me enerva de ti! Podrías ser alguien importante, alguien que rescribiera la historia de este mundo. —Lorius mantenía el puño alzado a la altura del pecho como si estuviera dando un discurso motivador—. Por eso, amigo mío, he atravesado estas

tierras infestadas de enanos para verte y… proponerte que seas mi general, mi hombre de confianza.

Bibolum estalló en carcajadas.

—¿General de qué? ¿No ves que no puedo ir ni de aquí a la esquina? Esta guerra se ha acabado para mí.

—¡No seas necio! No hablo de esta guerra, sino de la que habrá cuando los magos se den cuenta de que los mestizos se reproducen como conejos y de que necesitan a alguien que guíe a este pueblo descontrolado. Todavía hay mucho por hacer, y volveré a ti el día que estés preparado para dirigir a mi ejército.

—No sé si estás tomándome el pelo o si te has vuelto un insensato, pero esas profecías tuyas son una quimera. ¡Te has obsesionado con ellas! Y algún día verás que todo resiste el papel, pero la realidad en la que vivimos es bien distinta.

—Te equivocas, amigo mío. Llegará el día en el que tú mismo contemplarás maravillado mi labor y no habrá mejor escuela que la mía.

Lorius se marchó en el elegante carromato que lo había llevado hasta allí. Nunca fue muy diestro montando a caballo ni a ningún otro animal habilitado para el transporte. Ni siquiera se atrevía con los dragones, que eran seres más inteligentes e intuitivos. Sin embargo, Bibolum siempre sospechó que detrás de ese miedo camuflado en aristocracia existía otra razón: ¡asco! Su cuerpo no podía entrar en contacto con el pelo de los animales. Sintió lástima de él. Se había convertido en un triste ermitaño alimentado por fantasías imposibles y sueños delirantes. Él ya no lo reconocía, su transformación en un ser arrogante y déspota no tenía vuelta atrás. El niño asustadizo, objeto de burlas y bromas desagradables, era ahora un hombre temerario e irracional. Ese que se despedía ya no era su amigo, sino un completo desconocido.

—Venganza —masculló el mago entre dientes tras volver de sus amargos recuerdos—. Esta sinrazón no solo trata de gobernar todos los mundos posibles. Es su venganza a la escuela del Cosmos, de la que nunca se sintió partícipe ni integrado. Cuando acabó con los Bosques Altos, dirigió su destrucción a las tierras donde se asentaba la escuela, a las afueras de Cernia, y allí se cebó con ella. Todos pensamos que había sido la mejor forma de acabar con un posible contrataque. Destruyendo la academia, aniquilaba a los mejores magos de nuestro mundo, aquellos que podían hacerle frente, pero… no era eso. Quería asesinar a los que una vez se burlaron de él, a quienes opinaron que no tenía las aptitudes necesarias para estudiar allí.

Enterró el rostro entre sus manos, hundido por las terribles revelaciones que azotaban su mente. Lorius siempre le reservó un

asiento en primera fila. No quería que se perdiese ni el más mínimo detalle de su espectáculo. Quería demostrarle que su plan demente había funcionado.

—Tenéis que iros ya de aquí. Estáis en grave peligro. —Bibolum intentó disimular sus ojos húmedos—. Nos equivocamos pensando que ahora volvería a castigar a las hadas y a los elfos primero. ¿Cómo no lo he visto antes? Lorius no trata de conquistar de nuevo el norte. Va a cortar de raíz su mayor problema. ¡Viene hacia aquí!

—Puede venir con nosotras —le propuso Érika—, esconderse bajo mi capa y salir de aquí.

—¡Mi pequeña! Los objetos no funcionan con los magos, ¿acaso no lo recuerdas? —Con el mentón apretado, se atrevió de nuevo a mirar hacia el exterior por la ventanilla—. Mi sino es proteger este lugar, el último reducto de una escuela agonizante. No voy a permitir que los magos del Cosmos sean exterminados de este mundo.

—Antes de irnos, hay una cosa más —añadió Valeria—. Fue usted quien le habló a mi madre del guardián de la capa cuando la recibió aquí. ¿Por qué lo hizo? Siempre ha defendido que solo las tres descendientes estábamos capacitadas para derrotar a Lorius.

El gran mago se apoyó en el escritorio y, soltando un suspiro nostálgico, posó su tierna mirada sobre las hermanas.

—Atrapado en estos muros, lo único que pude hacer fue leer todos los libros de la academia que rescatamos y algunos de la biblioteca tirmiana. Así estuve años elaborando un conjuro eficaz para que las descendientes, si es que la leyenda era cierta, llegaran hasta mí. Y fue una inmensa alegría ver aparecer a vuestra madre. Era valiente, entusiasta, pero también temerosa. Me contó que algunos guardianes habían desaparecido en la Tierra, que había alguien más buscando a las descendientes, y supuse que Lorius trataba de adelantarse a la profecía de las tres hermandades. Él la estudió con más ahínco que yo.

»Esther tenía miedo de que algo terrible os pasara, así que, en sus escasas visitas posteriores, la ayudé a buscar una salida. Ella no quería esta responsabilidad para vosotras, por lo que la animé a buscar al guardián de la capa. Con las tropas de Lorius desplegadas por todo Silbriar, yo apenas podía hacer nada. Pero ella me prometió que lo encontraría y que combatiría junto a él si fuera necesario, siempre que sus hijas estuviesen al margen. Silbriar no tendría que esperar a que la última descendiente naciera.

—Ella no le falló. Encontró la capa —reveló la niña, emocionada—, pero no llegó a tiempo para decírselo porque un mago malo la mató.

—Lo sé, pequeña, lo sé.

—¿Sabe quién pudo ser? —Bibolum negó con tristeza—. Vamos a cumplir la promesa que un día le hizo mi madre. Encontraremos a ese guardián.

6

Onrom

Sintió un ligero mareo que lo nubló durante unos segundos. Todavía aturdido, siguió los pasos del elfo, que se detuvieron al alcanzar una mesa del rincón. Nico contenía el aire en sus pulmones, evitando que por sus fosas nasales penetrase ese olor nauseabundo y característico que suele desprender alguien poco aseado. Solo que allí, en ese antro abarrotado y escondido en una de las calles más pordioseras que jamás hubiera imaginado, todos parecían estar en las mismas condiciones. Al sentarse, inspiró con rapidez y, de nuevo, una nueva riada de fragancias entremezcladas volvió a martillearle las sienes. Era una mezcla de alcohol y orines que trataba de enmascarar con un desinfectante rancio y de poca utilidad. Entonces, observó la madera donde se había atrevido a apoyar los codos. Estaba agrietada, y en las hendiduras se aposentaban algunas moscas desesperadas por atrapar los restos de lo que fuese que sirviesen en ese tugurio. Asqueado, retiró los brazos de la mesa y resguardó las manos en los bolsillos de su largo manto. Por fin, con una mueca que mostraba su infinita incomodidad, dirigió una sutil mirada al local en el que se encontraba.

En la parte opuesta a la que habían tomado asiento, un grupo de bárbaros se retaban a lanzar una especie de cucarachas gigantes dentro de un cubo colocado sobre una repisa. El que no consiguiera introducir al animalillo en él, debía beberse de un trago una jarra de cerveza mientras el resto lo alentaba a no derramar ni una gota. Entre los participantes, distinguió a un grupo numeroso de mestizos, enanos y algún que otro elfo. Pero lo que más llamó su atención fue la presencia de un hada entre los asistentes. Aunque sus alas membranosas se mantenían replegadas, continuaban emitiendo leves destellos y, además, ocultaba su rostro con un gorro que apenas dejaba admirar sus ojos. Pero Nico presumía que debía ser bello. Era inusualmente alto y estilizado, y sus facciones redondas se suavizaban con una barbilla ligeramente afilada. Después repasó una por una las

improvisadas mesas que regaban el bar, pero no logró localizar a Onrom, hasta que por fin se centró en la barra. El enano entablaba una discusión acalorada con un viejo gnomo mientras el alcohol descendía por su garganta como una cascada furiosa.

Coril también había reparado en él, ya que antes de que pudiera abrir la boca para indicarle su posición, el elfo avanzaba hacia Onrom con decisión. A continuación, observó cómo Coril interrumpía la entretenida conversación que ambos hombres mantenían y le murmuraba algo que no llegó a comprender. Entonces, el enano se giró bruscamente hacia ellos y, con mirada férrea, analizó primero a su hermano y luego puso sus ojos oscuros sobre él. Nico se revolvió en el asiento. Siempre había pensado que el enano era intratable y un hueso duro de roer, y esos continuos bufidos que profería lo confirmaban. Se acercó a ellos de mal humor y lo desplazó del asiento con su áspero trasero. Nico no pudo rechistar; se limitó a deslizarse por la barra de madera y se colocó junto a la ventana.

—Espero que no te equivoques, elfo, y eso que tienes que decirme sea más valioso que las tres jarras de cerveza que me debe ese gnomo pulgoso.

Coril se situó frente a él e, inclinando su cuerpo hacia adelante, le susurró unas palabras en élfico que hizo que el enano esbozara una pícara sonrisa. En ese momento, una rolliza camarera con senos prominentes se afanó en limpiar con un paño sucio la mesa mientras les preguntaba qué deseaban tomar.

—Tráenos el mejor licor que tengas —se apresuró a pedir Onrom—. La ocasión lo merece. ¡Hacía tiempo que no veía a mis amigos!

—Yo no bebo —rechazó Nico la generosa oferta.

—¡Por supuesto que sí! ¡Cuatro vasos sin falta! —exclamó de nuevo el enano mientras lo atraía hacia él sujetándolo por el cuello—. Escucha, mocoso remilgado, no sé qué leyes imperan en tu tierra, pero en este sitio tan acogedor, si no bebes, te echan a patadas, ¿lo has entendido?

Nico asentía a la vez que la saliva se le atragantaba en el gaznate. Por fin lo liberó y Onrom soltó una carcajada estrepitosa que se disipó en el alboroto que reinaba en la sala.

—¿Te interesaría unirte a nuestra expedición? —le preguntó el elfo sin alzar demasiado la voz—. ¿Una que podría ayudar a Bibolum y además acabar con Lorius? Estamos buscando la capa mágica. Están garantizados los riesgos y, sin duda, las peleas.

El enano arrugó el rostro mientras se frotaba la andrajosa barba. Sí, estaba algo desaliñado, pero ¿a quién le apetecía ducharse con las malas noticias que lo azotaban a diario? Había rehusado dirigir a las tropas enanas para el nuevo Consejo, había incluso discutido con Galvian por ello. El jefe de la comunidad enana insistía en que,

aunque no estaba de acuerdo con las nuevas órdenes, siempre era mejor luchar contra las tropas de Lorius que permanecer sentado esperando la tan temida invasión. Aun así, Onrom se negó a trabajar para los nuevos pardillos de la junta y prefirió desahogar su frustración entre el alcohol y los juegos. Ya no lo dejaban visitar al gran mago, ni siquiera acercarse a los muros del Refugio, y prefería esperar a que el jorobado de Lorius se atreviera a pisar la ciudad para descabezarlo de un hachazo. ¡Muerta la serpiente, aniquilado el veneno!

Pero esa invitación fue música para sus oídos. Se aburría como un triste títere sin función, y por mucho que quisiera negarlo, él era un hombre de acción.

—Siempre supe que no te atraparían, orejotas. Te imaginaba saltando de rama en rama en el bosque, huyendo de esa pandilla de memos que se hacen llamar soldados. —Carraspeó varias veces para despejar las cuerdas vocales, que parecían estar adormiladas. Puede que la cerveza empezara a hacerle efecto—. ¡Y mírate aquí, desafiando al Consejo en sus propias narices! ¡Este cuerpo entumecido necesita algo de ejercicio! ¡Claro que me apunto! ¿Qué tengo qué hacer?

—Llevarnos hasta las Islas Sin Nombre —se apresuró a desvelar Daniel, llevado por el entusiasmo.

—¡¡¿Qué?!! —Se levantó de un salto—. ¿Acaso habéis enloquecido? ¡Ni hablar!

Antes de que escurriera el bulto, Coril lo sujetó por el brazo.

—Deberías al menos valorarlo. No has escuchado todo lo que tenemos que decirte.

La camarera se aproximó con una botella de licor y cuatro vasos que dispuso en la mesa.

—¿No quieres probar ni un sorbito? Me han dicho que aquí echan a patadas a quien no acepta una invitación —se atrevió a desafiarlo Nico, con una risa nerviosa.

El enano volvió a su sitio, mostrando una sonrisa de oreja a oreja, y se dispuso a servir el alcohol. Llenó un primer vaso que le entregó sin dilación al sonrojado muchacho.

—¡Prueba, prueba! Te va a encantar. —Clavó la mirada en el elfo mientras observaba de reojo los cambios de color en el rostro de Nico —. Dicen que el que surca esos mares, no regresa nunca.

—¡Tú regresaste!

—¡Oh, por las barbas de los enanos muertos! ¡Era un crío! Mi padre me llevó hasta los confines de ese océano argumentando que corría sangre valiente por mis venas. Y yo se lo demostré orinándome encima en cuanto divisé otro barco, negro como la espesura, ondeando sus velas de hollín hacia nosotros. Os contaré un secreto. Los ignorantes hablan de monstruos para que nadie se atreva a

adentrarse en sus mares, pero no son las bestias lo que más temo, sino esos malditos barcos.

—Después de todo lo que he pasado en Silbriar, no me asustan unos cuantos piratas —manifestó Daniel, aliviado.

—¿Piratas? ¿Quién ha hablado de piratas? Yo hablo de fantasmas de carne y hueso.

—Eso no puede ser —objetó Nico—. Si son fantasmas, no pueden tener carne ni…

—¡Oye, chaval! Yo sé lo que vi. ¡¿Estás llamándome mentiroso?! —Apurado, Nico negó con la cabeza—. Pues bebe otro trago y cierra tu educada boca.

—Esas brechas de ahí arriba —prosiguió Daniel— acabarán con todos los mundos existentes. La única forma que tenemos de destruir a los jinetes es liberando la capa. Necesitamos que te unas a nosotros, por Silbriar, por la Tierra y por el universo entero.

El enano lanzó un sentido suspiro, para luego desatar su lengua profiriendo varias maldiciones entre dientes. Odiaba esas islas caprichosas y detestaba aún más el mar; demasiada agua reunida en un mismo lugar, con olas embravecidas y pescados más grandes que él. Encañonó su mirada guerrera en el rostro del elfo, quien disimulaba una sonrisa apretando sus labios.

—De acuerdo, no soy un cobarde ni un llorón. Vale la pena intentarlo. Y mejor muerto con las botas puestas que enterrado con el rabo entre las piernas.

La noche sobrecogedora y silenciosa inundaba con sus fantasmagóricos colores el escondrijo del elfo. Tan solo con un candil, trataban de defenderse de la inquietante oscuridad, la cual, salpicada por unos tétricos destellos, reflejaba el dolor de una guerra inminente. Pensativa, Érika descansaba sobre el camastro mientras Valeria deambulaba por la estancia revelando su acrecentada agitación. De vez en cuando, esta se acercaba a las ventanas tapiadas y trataba de atisbar el exterior a través de las escasas aberturas. Pero apenas veía nada, más que sombras extrañas que la hacían estremecerse y retirarse de inmediato. Entonces, cabizbaja, giraba en círculos para procurar disipar los miedos que de nuevo la torturaban.

Le había hecho un juramento al gran mago: si Lidia mostraba algún interés, aunque fuera mínimo, en romper el tercer sello y acabar así con la vida del señor Moné, ella debería impedirlo como fuera. Y esto le abría un boquete en el estómago como jamás había sentido. De solo pensarlo, las arcadas hacían su aparición, y el malestar era tan grande que debía apoyarse en la pared para evitar caer. Sin control sobre sus

piernas y con las manos temblando, trataba de contener el llanto que le oprimía el pecho. ¿Cómo habían llegado a esa situación? ¿Y por qué ni siquiera había dudado ante tal proposición? ¿Por qué no fue capaz de prometerle que encontraría la manera de hacer regresar a su hermana?

Por fin, escuchó el chirrido de la puerta y, aliviada, se dejó caer sobre uno de los taburetes. Sus amigos habían regresado y traían consigo al enano más osado de Silbriar.

—¿Así que era aquí donde te escondías? Un buen sitio para calmar el espíritu. ¿Has visto si queda alguna botella decente detrás de la barra?

—Por esta noche, se acabó el alcohol. Debemos estar lúcidos para la misión —le reprochó el elfo—. No sabemos con lo que nos toparemos durante la travesía.

—Yo... no me encuentro muy bien... —Nico se llevó las manos a la barriga y, tambaleándose, llegó hasta el camastro, donde Érika le hizo un hueco para que se tumbara—. Me da vueltas la cabeza... ¿Qué clase de licores sirven aquí?

—No querrás saberlo —le soltó el enano tras una carcajada.

Daniel ignoró la absurda conversación entre ambos y posó su mirada en Valeria. Estaba más pálida de lo habitual y parecía estar ausente, sumida en sus propias batallas interiores. La chica intrépida, esa que no dudaba jamás en iniciar una cruzada si la causa era justa, la que tomaba decisiones guiándose por su corazón, se ahogaba por dentro. Y como siempre, no era capaz de pedir auxilio. Se sentó a su lado y la rodeó con sus brazos, esperando que al menos así sintiera que, cuando lo deseara, había una mano dispuesta a sacarla del agua.

Mientras tanto, Coril, ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor, depositó el carcaj sobre la barra polvorienta, se desprendió del manto negro bajo el que se ocultaba y desapareció tras una puerta que lo condujo a un viejo almacén. Con una mueca de disgusto, observó los pocos víveres con los que contaban. No llegarían demasiado lejos. Si no los mataban esos piratas fantasmales de los que hablaba el enano, lo haría el hambre. No era lo mismo alimentar una boca que seis, y todavía debía hacer otra visita antes de partir. Introdujo en un saco todo lo que podían aprovechar y regresó a la estancia, donde sus compañeros de viaje trataban de reposar.

—Bien, comamos algo antes de descansar. —Apoyó el saco en el suelo al tiempo que extraía algunas frutas maduras y una barra de pan —. Esto no podemos llevárnoslo, así que mejor aprovecharlo. De camino, podéis contarme cómo ha ido vuestra visita al viejo mago.

—Pero ¿cómo no me habías dicho que habías visto a Bibolum? —se quejó el enano—. ¿Estaba bien?

Daniel acercó su mochila, rebuscó en ella con esmero y después

mostró un paquete de galletas de chocolate.

—¡Dulces de la Tierra!

Se las ofreció a Omron en primer lugar, quien dudó unos segundos. Ese aspecto marrón de su interior lo hacía desconfiar. Pero no quiso ofender al humano con su desprecio, así que cogió una y, antes de llevársela a la boca, la olisqueó. Después la masticó con lentitud, tratando de discernir qué clase de especia era esa que lo hacía salivar sin cesar.

—¡Deliciosos! Libélula hace una exquisita tarta de especias —dijo mientras saboreaba las galletas—. Pero no tiene nada que ver con esto.

—¿Te refieres a su famosa tarta de chocolate? —Confuso, Nico lo miró desde el camastro.

—¡Qué chocolate, mentecato! Ni siquiera sé qué es eso. Ella tritura varias raíces. Nadie conoce su receta secreta.

El color de la piel de Nico se tornó en un ligero amarillo fantasmal. Se levantó a duras penas, y tras divisar un cubo que había sobre la barra, se dirigió a él y terminó vomitando ante los rostros asqueados de sus amigos.

—Bibolum está bien —dijo por fin Érika, ignorando los continuos lamentos de Nico—. No está en una cárcel, sino en una habitación del sótano.

—Seguro que confinado con alguna clase de hechizo que le impide abandonarla —lamentó el elfo.

—Libélula lo visita de vez en cuando para que no se sienta tan solo —continuó ella, apagando la voz—. ¡Pero Aldin está vivo! ¡Nos lo ha dicho el gran mago!

Estupefactos, todos clavaron sus ojos en el rostro de Valeria. Esta sonrió tímidamente y asintió con un leve movimiento de su barbilla.

—¿En serio? ¿El señor Moné sigue vivo? Es una gran noticia —exclamó Daniel, quien no entendía por qué Valeria no se lo había comunicado nada más entrar—. ¿Lo tienen prisionero en el castillo de la bruja o te ha dicho si lo han llevado a otra parte? Puede que también Samara se encuentre bien.

Coril observó cómo el brillo en los ojos de la guerrera se desvanecía y comprendió que esa buena noticia venía acompañada de otra más nefasta. Contrariado, arrugó el rostro.

—No podemos iniciar una misión de rescate. Otra vez no, en ese condenado desierto. ¡Casi no sobrevivimos a él! Aunque sienta decir esto, Aldin tiene que esperar e ingeniárselas solo por el momento. ¡Tenemos que dirigirnos a las Islas Sin Nombre!

—Hay más. —Valeria examinó a todos los presentes, que la miraban con curiosidad. Nico era el único que permanecía alejado del círculo que habían formado con los taburetes. De vez en cuando

emitía algún lamento, haciéndolos partícipes de su malestar—. En el Refugio, Érika descubrió al traidor. Se trata de un mago llamado Máximus Belemis.

—¡Maldita lagartija! —Onrom se levantó de un salto y asió con brío su hacha de dos cabezas—. Ahora mismo voy a entrar en el Refugio y descabezarlo.

—Cálmate, amigo mío. —El elfo lo invitó de nuevo a sentarse—. No podemos actuar de forma impulsiva, ya que nos delataríamos en menos de un segundo. Tenemos que aprovechar las ventajas que poseemos. De momento, ignoran que las descendientes han regresado. También, hacia dónde nos dirigimos y qué pretendemos hacer. Si Belemis es el traidor, pagará por ello, os lo prometo.

—¡Sí que lo es! —afirmó Érika, tajante—. Lo vi en la fiesta de la bruja, cuando buscaba a mi hermana.

—Y mi madre ya hablaba en su diario de él, aunque no mencionaba su nombre. ¡Es el padre de Hanis, el novio de Lía! —sentenció Valeria.

Durante unos minutos, el silencio se instaló en la sala, abrazándolos bajo un incierto halo de zozobra. La llama del candil crepitaba temerosa, anunciando que pronto dejaría de existir y que la oscuridad campаría a sus anchas en el edificio en el que se ocultaban. Ya circulaban rumores sobre la muerte de Hanis cuando Coril fue aceptado como pupilo del gran mago. Muchos decían que su padre, roto por el dolor, se había escondido en algún lugar del Valle. No tenía fuerzas para combatir contra el ejército imparable de Lorius y había preferido llorar su pérdida en la soledad más absoluta.

Meditabundo, el elfo frunció el ceño, tratando de recordar algún dato más sobre la historia del supuesto traidor, pero no encontró nada en su memoria que pudiera arrojar más luz. ¿Por qué luchar al lado del hechicero responsable de la muerte de su propio hijo? ¿Acaso Lorius le había prometido riquezas, tierras o un cargo que pudiera compensar la muerte de su hijo?

—Belemis lo ha organizado todo —continuó Valeria—: el alzamiento de los guardianes, la destitución de Bibolum... Y ahora le ha dejado el camino libre a Lorius para que entre en el Refugio. Bibolum está convencido de que el mago oscuro no trata de reconquistar el norte, ni siquiera hacerse con el castillo de Silona. ¡Quiere el Refugio!

—¡Por las hadas petulantes y mariposonas! —El enano dejó caer su labio inferior hasta mostrar su dentadura amarillenta—. Si eso es verdad, el destacamento de Galvian que circunda el Sendero de las Piedras Silentes está en grave peligro. Zacarías ha ordenado el despliegue de los magos por el norte para impedir que las tropas de Lorius se hagan con la Ruta de las Especias. ¡Y pulgas endemoniadas! Ha colocado a los gnomos de Nims cerca del río que atraviesa los

bosques del sur.

—Pues es evidente por qué ha hecho eso —exclamó Daniel, visiblemente enfadado—. Lorius acabará con los gnomos de un plumazo y conseguirá llegar hasta aquí. No va a atacarnos por el norte, él está en el castillo del desierto. ¿Es que a nadie se le ocurrió pensar lo más lógico? ¡¿Que se acerca por el sur?!

—¡Pues claro, carita relamida! —le espetó Onrom—. ¡Por eso los mejores enanos están protegiendo las tierras del sur!

—¿Solos? —le preguntó Coril, preocupado—. ¿Dónde están los elfos? ¿Y las hadas? También escuché decir que cientos de mestizos fornidos se habían alistado. ¿Por qué Zacarías los ha dispersado por todo Silbriar?

—Tengo que advertir a Galvian. Ha enviado a mi pueblo a una muerte segura —se lamentó el enano mientras recogía su arma—. No puedo embarcarme hacia esas condenadas islas sin antes contarle a mi jefe los planes de ese traidor. ¡Juro por mi honor que acabaré con ese mago calvo y estirado! —Antes de salir, giró sobre sus talones y se dirigió de nuevo a ellos con voz grave—: Voy a reunir a un equipo de leales y conseguiré un barco. Todavía tengo algunos contactos. ¡Elfo, nos vemos en los Lagos Enanos!

El sonido de la puerta al cerrarse los sumió de nuevo en un candente desasosiego. Ya no había luz bajo la que ampararse, ya que la vela había menguado hasta desaparecer por completo. Daniel extrajo un mechero de su bolsillo y una llama débil floreció entre sus dedos. Coril observaba el objeto con cierta reticencia, pero aceptó de buen grado los extraños utensilios de los humanos. No contaban con esferas lumínicas, ni siquiera con las curativas. Apenas le quedaban dos cantimploras con agua del oasis y debían recorrer un largo camino plagado de soldados antes de llegar a los Lagos Enanos. Él seguía siendo un fugitivo.

Valeria observó que su hermana se había quedado dormida junto a Nico. Siempre había envidiado la capacidad de Érika para adormentarse en cualquier sitio, fuera incómodo o a plena luz del día. Si se encontraba cansada, todo lugar se convertía en agradable con tal de que pudiera cerrar los ojos. También el guardián de las botas parecía exhausto. Entrecerraba los párpados y presionaba con ambas manos su barriga.

—¿Nico está enfermo? —preguntó intranquila.

—No te preocupes —le contestó Daniel—. Mañana estará listo para la misión. Tendrá un dolor de cabeza horrible, pero se sentirá mejor.

—Deberíamos descansar nosotros también —sugirió el elfo—. Nos espera una larga jornada.

—Antes de darnos las buenas noches, tengo que comentaros algo. —Valeria soltó una profunda exhalación—. Es verdad que el señor

Moné sigue con vida, pero… no es porque Lorius se haya apiadado de él. Bibolum me explicó que Lidia, para romper el tercer sello y que su alma se vuelva definitivamente oscura, debe asesinar a su maestro.

—¡¿Qué?! —Daniel entrelazó los dedos de ambas manos detrás de su nuca.

Coril entrecerró los ojos y clavó su intensa mirada en el rostro desamparado de la muchacha.

—No voy a preguntarte si tu hermana sería capaz de cometer un acto tan deleznable, ni siquiera si tiene las suficientes agallas para dirigir un ejército de sombras contra el Refugio. Solo dime que no cometerás una estupidez para intentar salvarla, arriesgando tu vida o la de tus compañeros.

—No voy a ir a ese castillo —afirmó tajante—. Lo primero es lo primero. Yo también le hice una promesa a Aldin en ese oasis, por mucho que me duela.

—¿De verdad estáis valorando la posibilidad de que Lidia rompa ese jodido sello? ¿Matar a Aldin? ¿En serio?

Ninguno de los dos respondió a las preguntas de Daniel, pues estaban inmersos en un duelo de miradas en el que, finalmente, el elfo cedió y retiró la suya para volver a examinar el extraño fuego que nacía del minúsculo tubo.

—Sé que nos desviaremos de la ruta, pero mañana quisiera ir al Bosque de las Almas Perdidas —anunció Coril sin más—. Tenemos un amigo al que reclutar.

—Me parece bien —celebró Valeria, mostrando una gran sonrisa—, ya que, tomando el camino del norte, podemos hacer otra paradita. ¡Vamos a hablar con Zacarías!

La luz se extinguió de los dedos del guardián de la espada y la oscuridad pasó a ser la dueña indiscutible de la noche. La guardia tomaba las calles de la capital, abordando a todo aquel que no tuviera permiso para deambular a esas horas. Cuando el crepúsculo ahogaba los últimos latidos amarillos del día, la ciudad se convertía en una ratonera para infieles, traidores o simples ladrones. Nadie estaba a salvo al alzarse las tinieblas, las cuales recorrían las arterias de Silbriar nutriéndose de sus víctimas indefensas. Estas eran marcadas como la peste, y algunas de ellas, enviadas a los calabozos. Y muchas, obligadas a alistarse en el pelotón que defendía el camino del sur.

7

Sello

Se colocó un delantal más largo que su falda y cubrió sus cabellos castaños con un paño que se ató detrás de la nuca. El calor de los fuegos de la cocina no hizo que renunciara a sus planes, a pesar de que su frente estaba impregnada de sudor y percibía un agua pegajosa que descendía por su espinilla dorsal. De los calderos emanaba un exquisito aroma que le recordaba al estofado de su madre, aunque era incapaz de distinguir uno de los ingredientes más básicos, y era ese el que más perforaba sus sentidos. No era tomillo, pero debía existir algo similar en Silbriar que la hacía evocar sin cesar la imagen de su madre cortando la zanahoria con esmero.

Una de las sirvientas le entregó la bandeja con la comida y se lamentó al examinar que no había rastro del excelente guiso que cocinaban. El plato estaba lleno del insípido puré, especialidad para los prisioneros de la casa, salpicado con algunos trozos de carne de lacomonte, bicho que afortunadamente no tenía el placer de conocer en persona.

Abandonó los fogones con paso firme, alardeando de sus dotes de camarera y evitando cruzar la mirada con algún que otro lopiard curioso. Sí, los caralobos volvían a entrometer sus apestosas narices en asuntos ajenos. Algo así había vociferado la bruja. No le había permitido a Lorius que entrasen en el castillo y a la mayoría los mantenía fuera, en los muros de vigilancia o acechando en las montañas circundantes por si a algún mago perdido se le ocurría asaltar su hogar. Pero no había podido impedir que una docena de ellos custodiasen los aposentos del mago oscuro y las estancias donde pasaba la mayor parte del tiempo.

Lidia ya no era una prisionera. Accedía con facilidad a todos los dominios del castillo, incluso podía salir al exterior para respirar ese aire amarillo que le provocaba alergia, aunque prefería permanecer dentro, porque, salvo escasos matorrales, no había nada de su interés

ahí fuera. Había aprendido a moverse con gracia, a tratar con la bruja siendo condescendiente y educada, a ignorar los comentarios del mezquino hechicero, pero, sobre todo, a darle órdenes al servicio y a camuflarse entre él pasando desapercibida. A estos no les importaba que de vez en cuando los visitase, pues, de todos los señores del castillo, ella era la más alegre y bondadosa. Por eso colaboraban con sus travesuras de «princesa mimada», disfrazándola de lo que se le antojase, ayudándola a infiltrarse en habitaciones «prohibidas», para luego, a escondidas, obsequiarla con los mejores dulces.

Con un leve pestañeo, le indicó al guardián de la mazmorra que podía retirarse. Este le agradecía que ella se encargara de alimentar al prisionero y que, además, esperase hasta que terminase de comer. Era un tiempo precioso que él aprovechaba para estirar las piernas y cortejar a una de las doncellas más simpáticas, quien se había sumado a la servidumbre del castillo. Por esa razón, la saludó con una amplia sonrisa y le entregó el manojo de llaves. Ella no titubeó al entrar. Después aguardó unos segundos a que su vista se adaptara a la penumbra y, resuelta, se dirigió a la celda del fondo.

Distinguió al mago sentado en el borde del angosto lecho, con unos diminutos anteojos que se ajustaban a la perfección a su graciosa nariz. Estaba inmerso en la lectura de un manual para aprender a manejar la varita que ella misma había sustraído de la biblioteca de la bruja y le había proporcionado para que se entretuviera en los días más largos. Él, al advertir su presencia, arqueó las cejas con cierta indiferencia y dejó el libro en el camastro.

—¿Has descubierto dónde se encuentra Samara? —le preguntó Aldin, sin moverse de su sitio.

—Sí, está en una habitación cercana a la de la bruja. Moira pasa mucho tiempo con ella, pero no sé qué hacen en realidad. —Lidia dejó pasar la bandeja a través de la estrecha rendija situada en el suelo. —Al menos, ella tiene una cama y una ducha decentes.

—¿Has averiguado algo más? —insistió, ignorando su último comentario.

—Moira ha enviado una primera avanzadilla al sendero ese de las piedras. No sé de cuántos soldados se trata, pero están sus arpías y algunos orcos. Antes de dejar el castillo, quiere asegurarse el control del sur.

—Por supuesto, necesita el camino despejado para llegar a la capital y hacerse luego con el norte.

Lidia bajó la barbilla y observó la arena que cubría el suelo de las mazmorras. Había perdido el brillo dorado que le regalaba el sol cada mañana. Allí, entre esas cuatro paredes, parecía simple tierra, sucia y ordinaria, azotada por las sombras que habitaban en el calabozo.

—Debería comer algo —le sugirió ella—. Le conviene reponer

fuerzas.

—¿Para qué?

La muchacha se sorprendió ante tal pregunta y lo miró fijamente sin saber muy bien qué responder. El mago se acercó a los barrotes que lo mantenían recluido y, con ojos compasivos, observó a la descendiente.

—¿Eres feliz, Lidia? —Ella se revolvió incómoda—. ¿No echas de menos a tu familia, a tus hermanas y a tus amigos?

—Claro que los echo de menos —le respondió con un hilo de voz apenas perceptible—. Siempre rezo para que tengan una vida feliz en la Tierra. Es lo que siempre quiso Valeria: vivir tranquila, alejada de las guerras mágicas.

—¿Y tú? ¿Es esto lo que querías? ¿Vivir en un castillo alejada de toda civilización y a merced de unos brujos despiadados? ¿Es este tu final feliz?

—No es tan malo como usted lo pinta. Quiero estar al lado de Kirko. Él me quiere y me hace reír... Y pronto dejaremos este castillo y podremos iniciar una vida juntos, lejos de su padre. Le ha dicho que nos dará unas tierras en el Valle y...

—¿A cambio de qué? —Ella volvió a mirarlo confundida—. Lorius jamás le ha regalado nada a nadie sin obtener algún beneficio. ¿Te ha contado sus planes? ¿Te ha dicho qué quiere de ti?

—No, pero Kirko no dejará que me haga daño. Él cuida de mí, me protege. No es como su padre. ¡Hay bondad en él!

—Incluso nuestras lunas brillan en la noche, pero lo hacen como reflejo de la luz del sol y no porque tengan luz propia. —Aldin cogió la bandeja y se retiró en silencio. Se sentó de nuevo en el lecho y comenzó a degustar el insulso puré.

Molesta, Lidia caminó en círculos para desahogar su frustración mientras le propinaba puntapiés a la dichosa arena que ensuciaba sus zapatos. La golpeó hasta dejar desnudo el suelo. De reojo, observaba cómo el mago tomaba pequeños bocados de la asquerosa comida y los masticaba con lentitud, deleitándose con su repulsivo sabor. Mientras, ensimismado, leía otra página del libro. Su actitud la desesperó hasta tal punto que emitió un bufido sonoro que no llegó a alterar el semblante del mago.

—¡Podrían haberle matado! ¿Sabe? Si por ellos fueran, usted no sería ahora un prisionero; le habrían asesinado nada más capturarlo. Pero hablé con Kirko, le supliqué por su vida y él habló con su padre. ¡Por eso está usted vivo! ¡No todo en esta vida es blanco o negro! Eso me enseñó mi padre. Hay un abanico de colores ahí fuera. Y aunque usted no pueda verlo, Kirko no es oscuro.

El señor Moné apartó la bandeja y clavó sus ojos olivastros en el rostro afectado de la muchacha.

—Tienes razón. —Asintió con una tranquilidad pasmosa—. No todo es blanco y negro, existen los matices, y nosotros somos los primeros responsables de nuestras elecciones. Pero, en la magia, todo es diferente. Jugar con los grises puede conducirte a las sombras.

—No sé si entiendo lo que quiere decirme.

—Querida niña, voy a confesarte algo que me inquieta. —Se acercó de nuevo a ella y le tendió la mano a través de los barrotes. Ella dudó un instante, pero después la aceptó de buen grado—. Estoy vivo. No porque hayas intercedido por mí, no porque ellos hayan querido concederte ese deseo. Lo estoy porque están esperando a que mi verdugo se presente. ¡Y esa, mi valiente alumna, eres tú!

Espantada, retiró la mano y retrocedió unos pasos.

—¿Qué? —soltó de forma autómata.

—Lidia, para que el vínculo sea indestructible, tienes que romper su último sello. Ya has entregado tu corazón, pero Lorius necesita tu alma. ¡Una auténtica transformación! Para ello, debes ser tú la que acabe con mi vida.

—¡Eso no es verdad! ¡Está mintiéndome! —le reprochó afectada.

—Mi niña, sabes que no. Yo no te mentiría jamás. —Aldin observó el disgusto que apareció en su rostro y se compadeció de ella—. ¿Por qué insistes en venir a verme, en traerme casi a diario la comida, si ya has tomado una decisión? ¿No es eso lo que me has dicho? ¿Que tu destino está junto a Kirko? Para conseguirlo, debes cometer un acto vil. ¡Tú tienes que ejecutarme!

Ella se llevó la mano al vientre y lo presionó para mitigar el dolor punzante que de repente brotó de él. No lo soportaba. Un inmenso agujero se abría en su estómago y no lo aguantaba más. Apenas la dejaba respirar. Tenía que retomar el control de su cuerpo como fuese. Se apoyó en la celda que estaba a su espalda y se aferró a los barrotes para no caer. ¿Por qué el señor Moné estaba manipulándola? ¿Por qué le contaba esas mentiras? Ella había cuidado de él desde el primer momento que fue encerrado. Le ofrecía libros para que no se aburriera, procuraba ser ella la que le llevase la comida, y por todo eso arriesgaba su vida. ¿Acaso el mago no valoraba su constante sacrificio? Cada vez que iba a visitarlo, debía comprobar primero que tanto Moria como Lorius estuviesen inmersos en sus tareas, y despistaba a Kirko diciéndole que necesitaba estar a solas. ¿Por qué el señor Moné estaba siendo tan cruel con ella? ¿Es que no conocía las profecías? ¡Su corazón pertenecía a Kirko! Y aunque luchó contra ese sentimiento durante mucho tiempo, tuvo que rendirse. ¡Su amor ya estaba escrito incluso antes de que ella naciera!

—Yo no… —Se esforzaba en emitir algún sonido, pero la voz se le quebraba en cuanto una palabra conseguía abandonar sus labios—. Las profecías…

—Las profecías solo son una orientación, no una realidad —le explicó con tono benévolo—. Por eso, por cada anunciamiento oscuro que florece, hay uno blanco que puede contrarrestarlo. Tú eres muy inteligente, Lidia. Y me lo has recordado antes con astucia. ¡Nosotros tomamos nuestras propias decisiones, y son estas las que inclinan la balanza hacia un lado u otro! —Ella lo miraba con ojos húmedos—. De entre todas las frutas que había en el cesto, tú escogiste la manzana. En el poblado de los gnomos, Kirko pudo matarte, pero decidió darte un beso. Y cuando tuviste la oportunidad, tú optaste por no matarlo. Es más, pudiste volver con tus hermanas, pero elegiste quedarte con él. ¿No lo ves, mi niña? Tus elecciones han hecho que la balanza se incline a favor de Lorius. ¿Y piensas que esto no trae consecuencias? ¿Qué crees que pasará cuando la bruja y ese demente lleguen a la capital? ¿De verdad supones que meterá a Bibolum, a Libélula y a todos los que han luchado por un Silbriar libre en la cárcel, como a mí? ¿Y que así tú podrás tener esa casa junto al lago con Kirko, alejados de la guerra? ¿Cerrarás los ojos cuando exterminen a cientos de inocentes? ¿Te taparás los oídos cuando escuches los lamentos? ¿Seguirás diciéndome entonces que todo es por amor?

—¡¡Baaastaaa!! —gritó desesperada mientras rompía a llorar.

Aldin sintió lástima por ella y, aunque quiso abrazarla, la dejó marcharse acompañada de su dolor. Él volvió a tumbarse en el camastro y, tras un prolongado suspiro, continuó la lectura por la página que había marcado con anterioridad.

Tras permitir que la costurera de la bruja le hilvanase los bajos de su túnica, Lorius se acercó a la ventana, impidiendo que ella continuase con su labor. De rodillas, la mujer lo siguió sin lamentarse. De todos era conocido el carácter déspota del mago, por lo que nadie se atrevía a hablar en su presencia a menos que él te concediese permiso. Procuró mantener el pulso de la mano con firmeza y atino mientras la aguja recorría la tela satinada. No quería arriesgarse a pinchar las enclenques piernas del hechicero, pues su ira no tendría límites.

Con las manos entrelazadas a la altura de su inexistente panza, Lorius oteaba el horizonte mientras dibujaba una sonrisa victoriosa en su rostro. Las arpías habían comenzado su ataque, saqueando a los campesinos más próximos al camino del sur, buscando espías, sometiéndolos bajo su yugo y librándose de aquellos que se rebelaban contra ellas. Al mismo tiempo, los orcos despejaban el Sendero de las Piedras Silentes, haciéndose con su control. Ningún comerciante, aldeano o bandido se atrevería a tomar esa ruta si no juraba lealtad a sus nuevos soberanos. Algunos eran reclutados para hacer los trabajos

más tediosos, como montar los campamentos o cocinar para el regimiento. Ni las arpías ni los orcos eran famosos por sus dotes culinarias. Esos seres horripilantes se comían cualquier bicho que se tropezase en su camino. Pero pronto sus lopiards se unirían a ellos, y a pesar de ser unos descerebrados, apreciaban la buena comida. No eran soldados que se arrojasen a un enfrentamiento con el estómago vacío. Y él debía cuidarlos, porque eran leales, combatían con garra y jamás desobedecían una orden suya.

Sí, había conseguido gracias a los cuervos de Moira hacer llegar su mensaje hasta ellos. Muchos se habían ocultado en las montañas o en los bosques más indómitos tras la desafortunada caída de la Fortaleza. La caza al lobo se había convertido en una de las aficiones más salvajes de los lugareños y, ahora, ellos se alzaban más feroces que nunca, reclamando la posición que les fue arrebatada al desaparecer su amo. Por fin Lorius había resucitado de las cenizas, y tras un tiempo sometido a las órdenes de la bruja, había llegado la hora de hacerse escuchar. En el castillo, Moira era la dueña y señora, sin embargo, fuera, su liderazgo no encontraría oposición. Deseaba con ansia partir hacia el norte, a su hogar, visitar las ruinas de su malograda escuela y acabar con todos y cada uno de sus discípulos.

No obstante, antes debía resolver un asunto que lo azoraba, el cual le creaba cierto malestar y evitaba que su felicidad fuera completa. Por eso había mandado llamar a su hijo. Debían tratar una cuestión con urgencia, pero este, evidentemente, se retrasaba. Alzó el morro y frunció el ceño, lo que ensombreció su semblante. Entonces, escuchó la puerta y, sin alterarse, le lanzó una mirada reprobatoria al causante de su indisposición matutina. Kirko presumía de una sonrisa boba pegada a su cara, se rascaba la nuca revelando su nerviosismo y mantenía sus ojos negros fuera de su alcance. Él despidió a la sirvienta con un gesto desdeñoso y esta voló hacia la salida como un pajarillo al que acabaran de abrirle la jaula.

—Siento el retraso. Me he entretenido con... —comenzó a disculparse de forma torpe.

—¡No me importa el motivo de tu tardanza! Me importa más que en los últimos meses tu disciplina esté resintiéndose. No te he educado para que seas un calzonazos, sino un hombre. —Se sacudió la túnica con esmero para deshacerse de cualquier porquería que pudiera haberle dejado las manos mugrientas de la costurera—. La reconquista ha comenzado. Y tú deberías comportarte como mi general y no como un enano de feria tratando de hacer reír a la humana. Tengo grandes planes para ti, deberías entenderlo.

—Sí, padre, no volverá a suceder.

Lorius se conformó con esa disculpa escueta. Le bastaba con observar su rostro arrepentido, gacho y privado de ese gesto bobalicón

que tanto lo enervaba.

—¿Y bien? ¿Has hecho progresos con la descendiente? —le preguntó tras un largo silencio en el que reafirmó su poder.

—No está preparada —le contestó Kirko, con semblante serio.

—Habrá que darle un empujoncito.

—Ella no funciona así. —Se atrevió a desafiar a su padre con la mirada—. Es complicada, padre. Si la obligas a hacer algo, lo más probable es que consigas todo lo contrario. Todavía me habla de sus hermanas, le encanta recordar los momentos buenos que pasó con su difunta madre y sonríe cuando me nombra a sus amigos. Creo que una parte de ella echa de menos su hogar.

—¿No te ha jurado fidelidad eterna?

—Los humanos son diferentes. Lo eterno es inconsistente. Por lo que he llegado a entender, rompen sus promesas continuamente, cambian de opinión varias veces en una misma jornada, los opresores hablan de libertad y los que se llaman a sí mismos salvadores amenazan con construir muros. Luchan por unos ideales que abandonan en cuanto les surge un inconveniente, sabotean sus propios sueños y prefieren quedarse con los brazos cruzados antes que defender su criterio. Procuran mantener su apariencia limpia, mientras por detrás son capaces de cometer actos deleznables.

—No sé cómo esos parásitos no se han extinguido todavía. ¡La imagen está sobrestimada! ¿Para qué aparentar lo que no eres cuando puedes mostrarte con total transparencia? A mí me temen, y no he conseguido ese respecto regalándoles dulces a los aldeanos. Me conocen, saben quién soy y que no desistiré jamás en conseguir un Silbriar limpio, puro y justo.

—Por eso hay que darle tiempo para que conozca nuestra verdad —insistió Kirko—. Sé que abrirá los ojos.

—Está bien, hijo. —Se rascó la frente para tratar de hacer brotar una de sus ideas brillantes—. No quería cargar con ese mestizo durante el viaje, pero quizá una ejecución en la plaza principal delante de todos esos magos medrosos sea lo que necesitemos para que hinquen la rodilla ante mí. Ya sabes lo importante que es para nosotros que el vínculo se complete. Te he prometido tierras, un castillo y tu propio ejército. ¡Ven aquí! —Con rostro henchido, Kirko se acercó—. ¿Sabes por qué? ¿Quieres saber por qué hago todo esto por ti? No solo porque seas mi hijo, sino porque eres mi legado. Eres un mago de los elementos, dominas el fuego mejor que nadie, y si continuamos con nuestras clases, pronto te convertirás además en el discípulo más aventajado de la doctrina del Cosmos. Un verdadero mago no tiene que conformarse con una enseñanza, porque lo limita, y la magia no tiene por qué tener restricciones. ¡Tú eres mi futuro! ¡Y la descendencia que tengas con esa... muchacha será indestructible! ¡Mi

legado!

Orgulloso, Kirko se regocijó durante unos segundos, saboreando los planes que tenía su padre para él. Podría tener su propia guardia que vigilase su castillo, gobernar en sus tierras, amar a la mujer que deseaba y formar una familia lejos de los espías de la bruja y de su propia hermana. ¡Su hermana!

—¿Y qué será de Kayla?

—Ella es una gran soldado, fuerte y voluntariosa, pero por desgracia está contaminada con la sangre de vuestra madre. Ella no regenta un elemento puro, como es el tuyo. Los rayos, aunque son potentes, son producto de la combinación resultante entre una masa de aire que choca contra el hielo, es decir, el agua. Es un elemento secundario y, por lo tanto, aunque me empeñe en adiestrarla en mi disciplina, nunca será como tú. ¡Además, tú estás destinado a una descendiente! Es normal que centre todas mis esperanzas en ti. Por supuesto, Kayla obtendrá también su recompensa. Pero no será gobernar en Silbriar.

Kirko frunció el ceño, confundido. Lorius no era muy proclive a nombrar a su madre, y aunque corrían extensos rumores de que tanto su hermana como él eran huguis, nunca se atrevió a preguntarle a él directamente, quien los acogió con cariño y se convirtió en el único padre que habían conocido.

—¿Tú conociste a nuestros padres? ¿Es verdad que corre sangre humana por nuestras venas? —le preguntó por primera vez sin miedo, solo azotado por la creciente curiosidad y llevado por el entusiasmo al confirmar los grandes planes que tenía para él.

Lorius arrugó el rostro y disimuló una mueca de disgusto. No era una conversación de su agrado, pero debía achicar esos ánimos impacientes por conocer la verdad. Siempre era mejor que esta saliese de su boca y no de chismes ultrajantes que podrían minar su confianza en él.

—A tu madre no la conocí, pero..., sí, era humana. Tu padre biológico, un mago del agua, se enamoró de ella, y ya sabes que esas relaciones siempre han estado prohibidas. No pueden mezclarse especies, va contra natura. Por eso ella murió en el parto, y él, poco tiempo después.

—¿Contra natura? Pero Lidia también es humana. —Agachó la cabeza, sin entender.

—¡Oh, por favor! Ella es una descendiente. Su linaje es real, proviene de la casa de Ela, una estirpe de valientes magos y guerreros. Aunque, en mi más sincera opinión, sus ancestros eran unos botarates. —Soltó un bufido que sonó a un rebuzno—. Y ahora, si ya has saciado tu curiosidad, te ruego que vayas a llenar de halagos a tu amada. ¡Tiene una cabeza que decapitar! Y yo necesito tiempo para pensar en

mi próximo paso. ¡Tenemos una guerra que ganar!

Kirko abandonó la estancia sin volver la vista atrás. Con las cejas arqueadas, Lorius lo examinó, dibujando una mueca de disconformidad, hasta que cruzó el umbral. Tenía que fortalecer el carácter de su hijo. Poseía unas cualidades inmejorables, sin embargo, le faltaba temperamento para llegar a ser un líder. En cambio, su hermana, a pesar de no contar con unas aptitudes deslumbrantes, era fiera y gozaba de una entereza inquebrantable.

Soltó un suspiro comedido. No quería sobresaltarse con nimiedades. Todo marchaba según lo previsto, pese a que tuviera que continuar alimentando al mestizo en su celda. Rio para sus adentros. Tendría que cebar al cerdo antes de repartir su carne.

Se sentó en el lujoso sofá que le había regalado Moira y, de nuevo, se concentró en la tarea que lo mantenía ocupado en las últimas semanas: escribir sus memorias. Debía plasmar sus vivencias y sus creencias en un libro que después todo el mundo leería. Él se había nutrido del conocimiento de muchos magos que habían dejado su huella en cientos de páginas. Y ahora debía devolverle el favor a la comunidad, enumerando sus hazañas, explicando los motivos de su rebeldía. Toda revolución comienza siempre con el inconformismo; había que sublevarse contra la apatía y la resignación. Los libros mal denominados «oscuros» no debían estar prohibidos. El conocimiento de la magia absoluta tenía que estar al alcance de todos. ¡Y él había sido un visionario! Sus memorias lo confirmarían y generaciones futuras podrían alimentarse de su conocimiento.

Sin embargo, su labor fue nuevamente interrumpida. La voz estridente de Moira perforó sus tímpanos y consiguió que profanara la página impoluta con un indeseable borrón. No escatimó en demostrarle a la bruja su desagrado, pues en su rostro se marcaron todas sus líneas de expresión. Crispado, la encañonó con una mirada belicosa.

—¿Acaso no has recibido mi mensaje? —le reprochó ella, visiblemente ofendida—. Llevo esperándote en la Sala de los Espejos una eternidad. Este no es el comportamiento de un caballero.

—Oh, disculpa, querida. Lo olvidé por completo. —Apoyó la pluma sobre el escritorio y, tras dedicarle una sonrisa burlona, se levantó—. ¿Qué te inquieta tanto para que tengas que presentarte en mis humildes aposentos?

—He tenido que enterarme por mis súbditos que mantienes bajo llave varios de los objetos mágicos que has requisado gracias a las escaramuzas de tus magos en el mundo humano.

—¡Ah, sí! Muchos guardianes están despertando y he ordenado interceptarlos antes de que se apoderen de sus objetos. —Chasqueó la lengua, contrariado—. El problema es que solo hemos podido requisar

aquellos que son heredados y no los que se encuentran en esa estúpida tienda. No logro localizarla. Ha debido activar algún mecanismo de protección. Pero será cuestión de tiempo que caiga en mis manos.

—Podías haberme contado que ya habías enviado a emisarios en su busca. —Se cruzó de brazos, ofendida—. Sabes que yo puedo ayudarte.

—Lo sé, pero creo que tu magia será más útil aquí, en Silbriar. Aunque las fuerzas de nuestros enemigos estén mermadas, siempre es posible un contrataque. —Entrecerró los ojos con ira—. A esos bellacos les encantan las sorpresas, así que no pienso subestimarlos esta vez.

—Pero, Lorius, tenemos a una descendiente de nuestro lado y a su maestro, encerrado. Las tropas aliadas están descabezadas, sin un líder que los guíe. Bibolum Truafel tiene las manos atadas y no hay nadie que se atreva a ir en su ayuda. Además, Belemis, con mucha prudencia, está ayudándonos desde el norte. Los guardianes que no han regresado a casa obedecen sus órdenes y las dos hermanas deben estar llorando en su mundo, porque llueven estrellas y la artesana las ha abandonado. ¡Las descendientes, separadas, no son nada! —Ella se acercó con pasos cortos y agarró su barbilla, sometiéndolo a su pulgar—. ¡Querido, nunca hemos estado tan cerca de la victoria!

Él no la apartó. Sujetó su brazo y la atrajo aún más hacia su cuerpo. Escudriñó su rostro, demasiado acicalado para su gusto, demasiado bello como para dejarse engañar por esas pestañas tan largas y esos ojos inquietos.

—Por eso no debemos bajar la guardia —le trasladó con serenidad—. Sabes que estudié las profecías. Sé que la victoria está cerca, pero existe un guardián que podría enturbiar nuestro éxito.

Ella retrocedió unos pasos y, con los brazos en jarra, se compadeció de él:

—¡Oooh! Tanta derrota ha menguado tus ánimos —dijo mientras negaba con la cabeza con aire condescendiente—. ¡Esa capa es imposible de encontrar! ¿Por eso quieres asaltar esa tienda de cuentos? ¡No está allí! ¿No crees que si esos estúpidos la tuvieran, ya habrían localizado a su guardián?

—¡Ya sé que no se encuentra en la tienda! —exclamó molesto—. Pero el *Libro de los Nacimientos* sí que está en su poder. Si la capa despertara...

—¡Estás delirando! —Moira lo miró como si no lo reconociera—. Está apresada con un hechizo, oculta a saber dónde. ¿Y tú crees que un par de zoquetes cuentan con los recursos para encontrarla?

—Tú custodiabas la biblioteca. Tuviste que leer algo que pueda sernos de utilidad.

—¡Querido, estás exasperándome! Y sabes que no me gustan los

sobresaltos, no le sientan bien a mi cutis. —Apretó los labios y después soltó un bufido—. Está bien, te ayudaré en la búsqueda de esa maldita capa. Pero como vuelvas a ocultarme algo que sea de mi interés, te juro que te convertiré en un sapo horrendo y te meteré en una urna de cristal. —Desplegó el brazo izquierdo e hizo llegar su escoba hasta ella. La agarró con las dos manos y apuntó el mango hacia el pecho del hechicero—. Y ya puedes pasarme la lista de los objetos que tienes en tu poder.

—Sabes de sobra que nosotros no podemos utilizarlos —le dijo, sin sentirse amedrentado por la escoba.

—Te conozco, Lorius. Y sé que estás pensando en entregárselos a tus hijos. Pero quizá te hayas olvidado de sus limitaciones: un objeto por persona y solo se ajustan a la perfección con su legítimo dueño. En manos de tus hijos podrían ser un completo desastre. —Soltó una risa triunfante que revolvió las entrañas del mago.

Después, besó una de sus mejillas, se giró y llegó hasta la puerta moviéndose con suntuosidad. Sus caderas bailaban a un ritmo libidinoso, y él se limitó a observarla sin inmutarse, aguantando su talante serio y arrogante.

—¡Maldita sea! —Estrelló su preciado libro contra la pared en cuanto ella desapareció.

8

Zacarías

Caminaron arropados por la primera luz del alba, evitando los senderos más transitados, ocultándose tras los gruesos troncos de los robles y amparándose bajo sus extensas ramas. No podían arriesgarse a que los detuvieran. Al fin y al cabo, eran humanos de un alto interés para las tropas que una vez fueron aliadas, aunque estas ignoraran todavía que habían regresado a Silbriar. No era el caso de Coril. A él le habían colocado una diana en la frente. Era un fugitivo molesto y escurridizo que vagaba por los bosques como un ermitaño sin hogar, o eso al menos era lo que pensaban.

El elfo avanzaba con semblante severo, apartando los arbustos que enlentecían su marcha. Marcaba un ritmo ágil y sin descanso. De vez en cuando, observaba de reojo a los chicos, quienes seguían sus pasos con cierta fatiga. Pero no se quejaban, y eso era de agradecer. Eran conscientes de la importancia de la misión que tenían encomendada. Apagó un creciente bufido que brotaba de sus entrañas y que habría delatado su incipiente preocupación: no confiaba en Zacarías, no tenía motivos para hacerlo. Valeria pensaba que era un títere más en la maraña de enredos que había tejido Belemis y ella quería apelar a su cordura. Él dudaba de que el famoso mago de las Montañas Sagradas tuviera siquiera juicio. Era un plan arriesgado, y aunque aprovechasen la invisibilidad de Érika para entrar en el campamento, Zacarías podría dar la alarma en cuanto ellas se descubrieran ante él.

Cuando el sol llegó a su punto más álgido, decidieron hacer un descanso. Apenas hablaron. El silencio fue su compañía más fiel, evitando así que sus voces alertaran a los posibles soldados que transitaban por el bosque buscando alguna pobre alma con la que poder entretenerse. Érika agradeció la parada; sus cortas piernas trabajaban el doble y se fatigaba continuamente. Su hermana y sus dos amigos se turnaban para cargarla sobre sus espaldas cuando se quedaba rezagada. Ella no quería entorpecer el viaje, pero debía

admitir que estaba exhausta. Se bebió casi una cantimplora de agua, y aprovechando que un pequeño riachuelo discurría a varios metros de allí, se alejó para llenarla. Se agachó, y durante unos segundos se distrajo contemplando su reflejo en el arroyo transparente.

De pronto, sorprendida, advirtió cómo su imagen se difuminaba. Se desvanecía ante ella formando ondulaciones que se perdían al acariciar la otra orilla. Entrecerró sus enormes ojos verdes al comprobar que una nueva figura se modelaba en las aguas tranquilas. Al principio, no la reconoció. Después arqueó las cejas, que desaparecieron tras su flequillo rubio, al mismo tiempo que su boca se abría de manera inverosímil. ¡Lidia estaba allí! Parecía que estuviese en la sala de un cine disfrutando de una película entretenida. ¡Claro, que la pantalla era el río! Su hermana se encontraba en una habitación repleta de espejos y no estaba sola. Lorius Val se hallaba con ella y le entregaba un puñal. Ella lo aceptaba sin más, asintiendo con mirada fiera mientras lo recibía.

—¡Ah, estás aquí! Érika, no puedes alejarte tanto. —Valeria le ofreció su mano y ella la aprovechó para levantarse—. ¿Qué estabas haciendo?

—Nada, llenaba la cantimplora —se excusó, volviendo la vista atrás. Pero Lidia se había ido, ya no había rastro de ella en el agua.

Retomaron la marcha y, durante horas, ascendieron por intrincados atajos herbosos y empinadas colinas plagadas de flores silvestres. Érika no mencionó la extraña aparición de su hermana en el río, ya que no quería agitar aún más los ánimos de sus amigos. No comprendía por qué la había visto ni tampoco el significado de tan singular escena. Observó al elfo, quien, a pesar de moverse con dinamismo, se deleitaba apreciando los prodigiosos paisajes que iban dejando atrás. Se habían desviado del camino que los conduciría a los Lagos Enanos para adentrarse en el Bosque de las Almas Perdidas, su antigua morada.

Al llegar a la cima, Coril distinguió el campamento principal. Allí debía encontrarse Zacarías. Unos kilómetros más allá divisó los límites de los desaparecidos bosques élficos: los Bosques Altos. Aunque las ciénagas se hubieran secado y los árboles muertos comenzaban a resucitar, nutriéndose de la nueva vida que bullía bajo la tierra, la estampa que contemplaba estaba muy alejada del paraíso que recordaba, aquel donde sus sueños lo transportaban cada noche antes de que la guerra lo hubiera destruido. «Las Almas Perdidas... En eso se ha convertido mi casa: en un cementerio de cuerpos».

Agazapados tras una imponente mata, el elfo escudriñaba el terreno mostrando un semblante preocupado. Numerosas tiendas de campaña se aglomeraban alrededor de una improvisada cabaña de madera. Demasiados soldados rasos vigilaban los alrededores mientras los

magos, supuso, debían estar refugiados bajo el frescor de sus lonas hechizadas.

—No creo que deban entrar ellas solas —sugirió Daniel—. Yo podría acompañarlas. Si ese Zacarías no entra en razón, quedarán expuestas ante cientos de enemigos.

—No, te necesito aquí. Si algo va mal, tendremos que impedir que los soldados entren en la cabaña —le contestó el elfo—. Yo cubriré la puerta desde lo alto de ese árbol, tú lo harás desde la parte opuesta y Nico se quedará aquí. Si ese mago decide detenerlas, actuaremos. Será tu hermano quien irrumpa en la cabaña con la ayuda de sus botas. Él puede sacarlas sin que sufran ningún rasguño.

—Podré hacerlo, no hay problema. —Nico asentía, apretando el mentón.

—¡Bien, nos toca! —los informó Valeria al tiempo que ella y Érika se volvían invisibles.

Se dirigieron a la entrada de la cabaña con las manos entrelazadas, llenas de confianza, sin sobresaltarse por las continuas risotadas que soltaban un grupo de hombres a su derecha. El poder de la pequeña estaba creciendo, su seguridad impedía que la invisibilidad fluctuase. Lo único que debían temer era que alguien tropezase accidentalmente con ellas. Esperaron pacientes a que alguno de los soldados que hacía la ronda de vigilancia abriese la puerta. Se habían percatado de que, a pesar del numeroso trasiego que había en la zona, muy pocos eran los que atravesaban el umbral que las llevaría ante el mago. Aun así, no desistieron. Tarde o temprano alguien debía informar del avance del enemigo, de las noticias que podían llegar de otros regimientos o, simplemente, el mago necesitaría estirar las piernas. No se quedaría encerrado contando cómo pasaban las horas del día.

Por fin, sus súplicas fueron escuchadas y un hombre bajo y con aspecto desaliñado tocó a la puerta portando una olla que desprendía una jugosa fragancia a guiso recién hecho. Valeria contuvo la respiración. Había llegado su momento. Se infiltraron sin problema en el interior aprovechando las cortas zancadas del hombre, quien trataba de cruzar con premura la sala, y así pudieron adelantarlo y observar mejor sus movimientos. Valeria reparó en lo acogedora que resultaba la estancia, con muebles cómodos e intimistas. Después de haber escuchado decenas de reproches contra el mago de las Montañas Sagradas, los cuales criticaban su excentricidad, su aburrida retórica y su especial narcisismo, le extrañó encontrarse con una habitación decorada para recibir con cordialidad a sus subordinados.

El curioso hombrecillo, de manos peludas y nariz ancha, golpeó con sus nudillos una puerta que se encontraba a su derecha mientras con la otra mano hacía malabares para que el caldero no cayera al suelo. Esta se abrió y las dos hermanas se deslizaron con presteza para

introducirse en la nueva estancia. Allí descubrieron a un anciano de hermosa barba blanca y discretos ojos marrones, sentado tras un pequeño escritorio repleto de pergaminos. Zacarías le indicó con un gesto al sirviente que depositara la comida sobre la mesa y abandonara su aposento. Este obedeció sin apenas levantar la cabeza y ambas escucharon el sonido de la puerta cerrarse tras de sí.

Las hermanas se miraron extrañadas, sin saber muy bien cómo proceder a continuación. El mago continuaba ensimismado, leyendo una misiva que lo obligó unos segundos a entornar los párpados y estirar sus labios finos. Después, sopló la hoja que aún sostenían sus dedos temblorosos y esta empezó a arder desde el centro hasta las esquinas, evaporándose en el aire segundos después. Entonces, el mago, con rostro compungido, hizo ademán de levantarse. Fue en ese instante cuando Érika decidió soltar la mano de su hermana y retirar la caperuza de sus cabellos dorados, haciéndolas visibles ante los ojos perplejos de Zacarías.

—¿Esther? —se atrevió a pronunciar, aún confundido mientras miraba a la niña con nostalgia—. No, ella murió… hace demasiado tiempo —susurró con voz afectada. Examinó entonces a la guerrera y esbozó una sonrisa de medio lado. «Su misma energía».

—Somos…

—Ya sé quiénes sois —se adelantó a decir antes de que Valeria pudiera presentarse—. ¡Las descendientes! ¡Dos de las hijas de Esther! —Confuso, se incorporó y se acercó a ellas—. Pero ¿qué estáis haciendo aquí? ¿Acaso ignoráis que hay una guerra ahí fuera? ¡Aquí corréis un grave peligro!

—Lo sabemos —le contestó Valeria, acusando un tono grave en su voz—, por eso hemos venido. Hace muchos años se orquestó una conspiración delante de sus narices. Lorius reclutó a varios magos del Valle, prometiéndoles más poder y una justicia más severa. —El mago la observó con desconcierto—. Mi madre comenta en su diario que nunca lo creyó partícipe de esa locura, y aunque pensaba que podía confiar en usted, les prometió a otras personas que jamás le revelaría sus averiguaciones. Mi pregunta es muy sencilla: ¿Es verdad que podemos confiar en usted?

—Niña, ¿de qué rayos estás hablándome?

—¿Por qué está custodiando el Bosque de las Almas? ¿Quién le ha dicho que miles de lopiards volverán a arrasarlo y continuarán su camino hacia la capital?

—¡Este es el bastión más codiciado por Lorius Val! ¡Quiere reconstruir aquí su Fortaleza, en el norte! —exclamó, sin dar crédito todavía a lo que estaba sucediendo dentro de esas cuatro paredes—. Aún posee tres de las cuatro brújulas y la capacidad de lanzar un conjuro de traslación. Existe una probabilidad muy grande de que

Lorius quiera reunir a sus tropas en la que fue su casa.

—¿Y fue usted, como presidente del Consejo, el que dio la orden de dispersar a los soldados por todo Silbriar?

—Creo que estoy siendo muy amable con vosotras, dada la admiración que le profesaba a vuestra madre. He podido llamar a los guardias y hacer que os detengan de inmediato. ¡Y no lo he hecho! Pero... no puedo permitir este interrogatorio y que se cuestione mi autoridad.

—Señor Zacarías —Érika alzó la barbilla y clavó sus centelleantes ojos verdes en él—, ¿quería usted a mi madre?

El mago contuvo el aliento y emitió un leve suspiro que aguijoneó su corazón maltrecho. No había podido proteger a una de sus mejores guardianas. Ella había decidido no regresar a Silbriar, y nunca llegó a comprender del todo sus motivos. Ni siquiera pudo disuadirla, convencerla de que su alma, en parte, pertenecía al mundo mágico. Ella se fue para no regresar, y esa negativa, de alguna manera, quebró su espíritu. Años después, recibió la funesta noticia de que su alumna más perspicaz había muerto.

Acusando cierta fatiga, se sentó en el borde de la cama, la cual ocupaba gran parte de la habitación. Volvió a examinar a las dos descendientes, quienes habían irrumpido en su cuarto con una envidiable valentía.

—¡Por todos los ancestros! ¡Claro que la quería! —confesó, con los ojos húmedos.

—¿Y por qué permitió que unos locos cegados nos sentenciaran a muerte y recluyeran a Bibolum? ¡Nosotras somos sus hijas! —le espetó Valeria con crudeza—. ¡Por las que dio la vida! ¡Porque hasta el final quiso protegernos! ¡Y se supone que usted fue su maestro! ¿No debería al menos otorgarnos el beneficio de la duda?

Zacarías ocultó su rostro ensombrecido enterrándolo bajo una de sus cumplidas manos.

—Juro que lo intenté. —Negaba con la cabeza, arrepentido—. Defendí a Bibolum hasta que me flaquearon las fuerzas. Todos estaban convencidos de que era lo mejor. El gran mago anteponía sus sentimientos sobre el bienestar de Silbriar..., o de eso lo acusaban.

—Bibolum es un mago bueno y siempre ha tratado bien a todo el mundo, no solo a nosotras. —La pequeña se acercó a él y lo obligó a mostrar su cara afligida de nuevo. Entonces, el mago escudriñó sus ojos bondadosos, tan brillantes como los de su madre, y la rodeó con sus brazos.

—Zacarías, ¿por qué no ha mezclado a las tropas, procurando así que la hermandad sagrada pudiera existir? Un mago, un artesano y un guerrero en cada una de ellas, como Bibolum instauró hace años —insistió Valeria con firmeza—. Ha enviado a un escuadrón inexperto

de gnomos al sur. ¡Nims y su gente corren peligro!

—Solo tienen que informar sobre el terreno y crear uno de sus artilugios tan famosos para que los enanos puedan usarlos —se excusó, sin escuchar sus propias palabras.

—Los enanos podrán contra los orcos. ¡No lo dudo! Pero caerán ante decenas de hechiceros que no dudarán en exterminarlos.

El mago torció el gesto y recapacitó sobre lo que acababa de pronunciar la guerrera. Las hadas defendían el este. En el oeste se encontraban los elfos junto con un grupo de duendes indisciplinados. Ellos, los magos, defenderían el norte. Sin embargo, el sur estaba siendo vigilado por los temerosos gnomos y cientos de enanos enaltecidos. Había supuesto que se trataba de un gran plan, pero ahora comenzaba a dudar. Había alejado a los enanos de su entorno, ese que conocían hasta con los ojos cerrados, y los había colocado en unas tierras casi llanas, áridas, donde el verdor se perdía una vez que te alejaras de los Bosques Plateados. Ellos pertenecían a una comunidad acostumbrada a respirar humedad, a luchar bajo una incesante tormenta, incluso a extraer minerales de hermosas cuevas. Pero el sur... ¡El condenado sur! Una vez que te adentrabas en el Sendero de las Piedras Silentes, las colinas doradas apenas salpicadas por unos árboles enclenques y sus enormes rocas tan ardientes como el mismo sol convertían el sur en una maldición para los viajeros.

—Por las barbas de los antepasados… ¿Qué he hecho?

—¿Lo ha hecho usted o se lo ha sugerido Máximus Belemis? ¿Por qué usted está aquí y él, asegurando las defensas del Refugio?

—Niña, ¿qué pretendes decirme? —soltó sin ocultar su profunda confusión—. Yo no soy un estratega. Mi labor, desde que recuerdo, consiste en adiestrar a nuevos guardianes. Incluso cuando me refugié en las Montañas Sagradas, no abandoné mis obligaciones hasta que se cerraron los portales. Pero yo no soy un general.

—Ya es hora de que conozca la verdad. —Con un gesto, le indicó a su hermana que le entregara el diario de su madre. Entonces, ella se sentó junto a él y le mostró las páginas que debía leer.

Turbado, el mago leyó algunos de los párrafos mientras mostraba su asombro y, a veces, una cierta incomodidad. Se preguntó cómo había estado tan ciego, cómo se había fortalecido una conspiración sin que él siquiera la percibiera. Pero fue una página en concreto la que perforó sus entrañas, ocasionándole un gran pesar.

Esta noche me he reunido con Hanis y le he asegurado que Lía se encuentra bien, que ha llegado a su casa después de rogarle a su maestro que la dejara recuperarse de su «enfermedad» en nuestro mundo. Hanis se ha sentido aliviado, pero sigue preocupado por la situación. Su padre

sospecha que le oculta algo, y como buen mago, no tardará en averiguarlo. Si se entera de que ha dejado embarazada a Lía a pesar de que ha intentado inculcarle que la relación entre especies está prohibida, se desatará su ira. Y, para colmo, están llevando a cabo una investigación meticulosa para descubrir toda la rama genética de cada uno de los guardianes que llevará al nacimiento de los descendientes. ¡Lía está en peligro!

Le he prometido que haré de mensajera entre ambos si es necesario y él ha aceptado agradecido. Su padre lo vigila muy de cerca, pero eso también le brinda la oportunidad de descubrir los planes de algunos magos insurrectos del Valle. Hay que truncar sus intenciones antes de que sus ideas incendiarias se extiendan por toda la región.

Al mago le temblaron las manos al pasar varias páginas y concentrarse en el nuevo párrafo que la guerrera le señalaba.

Llamo a Lía una vez por semana, a veces incluso dos. No quiero levantar sospechas manteniendo una comunicación diaria con ella. Ayer me confirmó sus temores: que la siguen. Lo descubrió mientras caminaba en compañía de su madre en dirección al ginecólogo. Está preocupada por los trillizos. Los descendientes son ahora la salvación para un Silbriar cada día más caótico. Hay revueltas y desconfianza en las distintas comunidades. Y aunque todavía no resuenan los tambores de guerra, todos dan por hecho que están posicionándose los diferentes bandos, como las piezas en un tablero de ajedrez.

He vuelto a Silbriar y he informado a Hanis de los últimos acontecimientos. Está dispuesto a venir a la Tierra para proteger a Lía. Me ha dicho que su padre ha firmado un pacto con un mago poco conocido pero con grandes ambiciones. No es un hechicero del Valle. Lo ha identificado como perteneciente a la escuela del Cosmos. Debo imaginar que muchos magos que forman parte de esa escuela se han sumado a su causa también, aunque ignoro cuántos preparan la rebelión. Quizá debería romper mi juramento e informar a mi maestro. Somos pocos los que tratamos de sacar a la luz la verdad, y puede que necesitemos la ayuda de Zacarías. Pero Hanis no se fía del mejor amigo de su padre. Dice que podría estar involucrado. Me cuesta mirar a esos ojos honestos y pensar que, tras ellos, se encuentra escondido un extremista.

Valeria posó su mano sobre la del mago antes de que pudiera pasar la página y adentrarse en los secretos que su madre guardó durante

años.

—¿Conocía la relación de Hanis y Lía? ¿Sabía usted que tanto ella como sus hijos murieron durante el parto?

Él entornó sus ojos húmedos y asintió con lentitud.

—Máximus me contó que descubrió la relación —confesó apesadumbrado—. Pero él intentó ayudarlos. Dejó que Hanis partiera hacia vuestro mundo y así su hijo pasó los últimos días con ella. Lo que sucedió a continuación fue otra de las aberraciones causadas por Lorius Val. Él supo que la guardiana estaba a punto de alumbrar a trillizos. Pensó que se trataba de sus ansiados descendientes y decidió intervenir. Envió a uno de sus secuaces a la Tierra y acabó con la vida de Lía en cuanto sustrajo a los niños de su vientre. Tiempo después asesinó a Hanis. Máximus, para honrar su nombre, dijo que su hijo había muerto combatiendo contra una veintena de lopiards. No quería que el nombre de su hijo fuera mancillado por mantener una relación con una humana. —El mago lanzó una sentida exhalación—. Pero te equivocas en algo, querida, solo murió un varón. Dos de los niños sobrevivieron: otro varón y una fémina. Kirko y Kayla son los nietos de Máximus —Valeria palideció, y por un momento sintió que desfallecía—. Mi amigo siempre ha tratado de recuperarlos. Ignoro si por ello ha hecho un pacto con Lorius. Pero esos chicos son lo único que le queda después de que Hanis muriera. Le prometí a Máximus que jamás le contaría a nadie que los hijos adoptados por ese malnacido eran en realidad sus nietos. Pero, como veis, acabo de romper mi juramento.

Valeria se levantó y, escondiendo la boca tras su mano, deambuló por la estancia, todavía aturdida por la información que el maestro de su madre acababa de revelarle.

—¿Cómo puede estar tan seguro de que, después de lo que ha leído en el diario de mi madre, Belemis no estuviera al corriente de la orden de asesinar a Lía y a su propio hijo?

—Ahora mismo, ya no estoy seguro de nada —admitió, con semblante abatido—. Acabo de recibir un mensaje en el que me informan de que varios pueblos de sur, los más cercanos al desierto, han sido arrasados por las arpías. Y un ejército de orcos ha tomado el sendero. ¡Pronto llegarán a la posición de los enanos!

—¡Tiene que ayudarnos! —exclamó Érika, esperanzada—. Esos monstruos no pueden llegar al Refugio.

—Tienes razón, pequeña. ¡Es hora de pedir explicaciones y liberar al gran mago! Para mí sería un honor que me acompañarais.

—No podemos —se lamentó Valeria—. Tenemos otra misión que podría acabar con esta guerra. Nos vamos a las Islas Sin Nombre.

El mago arrugó el entrecejo al no comprender del todo qué podía ser más importante en esos momentos que recuperar la casa de

Bibolum. Entonces, escuchó golpes en la puerta que interrumpieron sus cavilaciones; alguien se disponía a entrar. Alertó a las dos hermanas y, en cuanto estas se refugiaron bajo la invisibilidad, él, con un gesto delicado de sus dedos, hizo que la puerta se abriera. No se asombró al distinguir a su primer oficial, un experimentado mago del fuego, inquieto en el umbral.

—Pensaba derribar la puerta si no abríais. —Entró inspeccionando la habitación—. Algunos sirvientes han escuchado voces y temía por vuestra seguridad.

—Hablaba conmigo mismo, reflexionaba sobre algunas cuestiones que me preocupan. Soy viejo, ¿qué esperabas? —dijo, restándole importancia al asunto—. Por cierto, ¿tus soldados han visto algún lopiard por aquí? —El joven mago negó, todavía confuso—. Es lo que me temía... ¡Prepara a tres cuartas partes del regimiento para volver al Refugio de inmediato!

—Pero, Zacarías, las órdenes...

—¡Las órdenes las doy yo! Para eso me han nombrado presidente del Consejo. Ah, y también quiero que prepares un carromato con víveres, agua y algunas esferas mágicas. Eso es todo por el momento, puedes retirarte.

Observó cómo el joven, todavía perplejo, abandonaba impetuoso la estancia. En cuanto se cercioró de que ya no se encontraba cerca, se sentó detrás de la escribanía y comenzó a dibujar en el aire con su varita unas letras azules que terminaron impregnándose en el papel. Las dos descendientes se acercaron a él y examinaron con curiosidad el misterioso papiro.

—Se trata de un salvoconducto —les aclaró—. Con esto podréis transitar por todo Silbriar sin temor a que nuestros soldados os detengan. Si queréis llegar a esas islas, no podéis perder el tiempo cruzando bosques intransitables. El carromato también es para vosotras, iréis más rápido.

—¡Muchas gracias! —Érika se abalanzó sobre el mago y lo rodeó por el cuello.

—Es lo menos que puedo hacer; por vosotras, por vuestra madre...

—¿Podría hacernos otro favor? —Valeria esperó a que asintiera para continuar—: Hay varias órdenes de captura que pesan sobre nuestros amigos. ¿Podría ingeniárselas para hacerlas desaparecer?

—Por supuesto. Me pondré a ello de inmediato. —Soltó una exhalación que evidenció su incipiente preocupación—. Imagino que sabréis hacia dónde os dirigís. Las Islas Sin Nombre son salvajes, inexploradas, y cuentan con numerosas leyendas que advierten de su peligro. Necesitaréis toda la ayuda posible. Por eso quiero que os acompañe mi guardiana más fiel.

—¡Ni hablar! No confiamos en los guardianes. Quisieron matarnos.

—Siguiendo unas órdenes poco acertadas. También tengo pensado reunirme con todos los maestros y anular ese decreto. Eliminaré la orden de ejecución que pesa sobre vosotras. Los guardianes deben protección a las descendientes, pero… —hizo una pausa que pesó en su rostro envejecido—, entendedme…, no puedo hacer lo mismo con vuestra hermana.

—Pero, señor Zacarías, Lidia no es mala… —comenzó a explicarle la pequeña.

—Lo entendemos —zanjó Valeria, evitando que la niña prosiguiera con su defensa.

—Entonces, si me permitís, me sentiría más aliviado si Nizhoni os acompañara. Se trata de una de las mejores guardianas a las que he entrenado. Es valiente, leal y la más útil que conozco para la campaña que estáis a punto de empezar. —Valeria torció el gesto, evidenciando su plausible incomodidad—. Hacedme este favor para reparar todo el daño que he causado.

Encaramado al árbol, Coril vigilaba la entrada a la cabaña como un águila de tres ojos, dispuesto a saltar sobre sus presas en cualquier momento. De reojo, advirtió cómo el guardián de la espada se incorporaba despacio sobre una rama al reparar en que un mago joven reunía a unos cuantos soldados justo delante de la puerta por la que habían desaparecido las hermanas. El elfo bufó, arrugó el rostro y le hizo una señal a Nico para que estuviera preparado. A continuación, tensó el arco, dispuso una primera flecha y la dirigió hacia la frente del oficial. Observó entonces cómo los soldados se dispersaban corriendo de un lado para otro, abandonando sus posiciones. ¿Qué demonios estaba sucediendo?

Por fin, divisó a las descendientes. Salían de la cabaña tras los pasos de Zacarías. «Algo va mal. ¿Por qué las expone ante todos? ¿Acaso piensa ejecutarlas ahí mismo?». Estiró aún más el brazo musculado y lo dirigió lentamente hacia el cuello de Zacarías. No iba a fallar; rara vez lo hacía. Solo estaba esperando a que el viejo mago se moviese un poco más a la derecha; ahí, el tiro sería mortal. De pronto, escuchó un suave silbido que lo distrajo. Desplazó su mirada a la izquierda y descubrió a Daniel, que le hacía aspavientos con ambas manos mientras le señalaba a Valeria. Él, sin aflojar la tensión del arco, reparó en que la guerrera mantenía alzados de forma discreta los dedos índice y corazón, formando una extraña V que lo desorientó aún más. ¿Qué clase de mensaje estaban enviándole?

Entonces, se percató de que Nico, mostrando una gran sonrisa, abandonaba su emplazamiento y se dirigía hacia las chicas. Después

fue Daniel, quien de un salto se alejó del árbol que lo cobijaba y se acercó con gran seguridad a la cabaña. Él maldijo para sus adentros y volvió a introducir la flecha en el carcaj. No comprendía lo que había ocurrido, pero presenció cómo Zacarías se abrazaba y se despedía de la niña en cuanto vislumbró un ligero carromato aproximarse a su posición.

Parte 2

Las islas sin nombre

Amigo

El temprano anochecer volvía a teñir el cielo con los más hipnóticos colores. El universo rugía, y ese sonido gutural que recorría las galaxias a gran velocidad llegaba hasta allí, hasta Silbriar, estremeciendo a todos aquellos seres que, con recelo, se atrevían a levantar sus miradas para contemplar las estrellas hechizadas.

Daniel evitaba examinar la inminente noche. No quería distraerse con las formas enigmáticas que creaban los azules y violetas al mezclarse con los tonos gualdos y rosáceos. ¡Sí, era una maravilla! El cosmos era una belleza codiciable capaz de cegar a los más incautos y atraerlos hacia su oscuridad. Porque detrás de todo ese encanto existía un agujero negro dispuesto a devorar millones de planetas. Y no, él no iba a dejarse embelesar por su hermosura traicionera. Tenía que concentrarse en el camino que el elfo le indicaba y debía sujetar las riendas como el señor Moné le había enseñado para que los caballos llegasen a su destino.

Se había ofrecido voluntario para conducir el cómodo carromato que Zacarías les había brindado después de que Coril mostrara su reticencia a llevar a cabo semejante tarea. ¡Él era un elfo! Apreciaba la libertad de los caballos, y cuando tenía que desplazarse, lo hacía a pie, saltando de árbol en árbol o cabalgando sobre ellos sin ningún tipo de instrumento que condicionara su independencia. Aun así, el elfo se había sentado junto a él para mostrarle el camino a seguir. De vez en cuando, y con la excusa de estirar las piernas, descendía y caminaba algunos metros sin alejarse demasiado, para después volver a la media hora y confirmarle que no había sabandijas a la vista.

Detrás, y bajo una techumbre de madera maciza, viajaban el resto de sus amigos y esa tal Nizhoni, quien había erizado el escaso vello del elfo hasta conseguir que un indeseable hormigueo se adueñara de su cuerpo. Y todo tras conocer que esa guardiana, alumna del mago de las Montañas Sagradas, se unía al grupo en su hazaña de arribar a las

islas. Daniel sonrió de medio lado al recordar el rostro disconforme de Coril, quien le hacía señas a Valeria y a él mismo para hablarles en privado.

—No podemos fiarnos de esa guardiana, y menos si la envía Zacarías —les susurró, apretando el mentón.

—Lo sé —le respondió Valeria—, pero el mago ha insistido mucho. Al fin y al cabo, nos ha dejado este medio de transporte, esferas mágicas y un papel con su firma que nos abrirá puertas.

—¿Y si es una trampa? —insistió—. Yo mismo fui un estúpido al confiar en Ruby y Kwan.

—Pero puede que no —le contestó Daniel, encogiéndose de hombros—. ¿Y si Zacarías consigue volver a poner a todos los guardianes de nuestra parte? Deberíamos concederle el beneficio de la duda.

—Yo no voy a desvelar nada que pueda ser importante delante de ella. Si es de los nuestros, debe ganárselo, como todos. Y, por cierto, ¿por qué Jonay se ha quedado en vuestro mundo? —preguntó mientras preparaba a los caballos—. Era más simpático que esta.

—Pero si la pobre chica todavía no ha dicho nada —le recriminó de nuevo Daniel.

—Es igual, su energía es altanera y demasiado distante, como la de Ruby. Así que como se atreva a traicionarnos, no dudaré en clavarle una flecha en el pecho.

Apenas habían intercambiado unas palabras con ella. Era bastante reservada y quizá demasiado cautelosa. Pero habían averiguado que esa muchacha de largos cabellos negros y brillantes ojos oscuros provenía de Arizona y pertenecía a la comunidad indígena de los navajos. Poseía un atractivo insólito. Sus rasgos suaves contrastaban con unas mejillas prominentes y una frente amplia. Daniel había reparado en cómo el rostro de su hermano se había iluminado en cuestión de segundos al verla aparecer con un atuendo vaporoso que se ceñía a su cintura y que dejaba entrever sus curvas sinuosas.

Rio para sus adentros. Nico no dejaba de sorprenderlo. Había dejado atrás su carácter tímido e incluso negado y estaba empezando a descubrir su faceta de casanova. Fue el único que no la recibió con recelo, quien la ayudó a acomodarse en la parte trasera del carro y quien trató de divertirla contándole interminables historias hasta que el sueño, poco a poco, fue venciéndolos a todos. Sin embargo, Daniel no detuvo la marcha para descansar. Según el elfo, apenas quedaba otra hora de camino. Sorteaban el Bosque de las Almas Perdidas con prudencia. Las luces de la noche no eran suficientes para iluminar ese terreno castigado por la guerra. Existían zonas en las que todavía nadie se atrevía a entrar, áreas pantanosas donde la hierba aún se resistía a crecer y los árboles morían tratando de respirar. Un bosque

moribundo que una vez albergó vida y que, después de la derrota de Lorius en la Fortaleza, fueron muchos elfos los que aunaron esfuerzos para hacerlo resucitar.

Por fin, Coril le señaló un estrecho desvío a la izquierda que, *a priori*, le pareció impracticable. Se adentraron en un sendero repleto de barro, y Daniel temió que alguna de las ruedas terminara enterrada en él. Sin embargo, el elfo no estaba preocupado. Oteaba el incierto horizonte con ahínco, hasta que al fin le ordenó que se detuviese.

—Bien, hemos llegado —anunció con una sonrisa pícara—. El resto del camino debemos hacerlo a pie, aunque alguien debe quedarse vigilando el carromato. No es que hayamos visto a muchos transeúntes, pero no podemos arriesgarnos. La escasez de víveres está ocasionando asaltos y saqueos continuos.

—¿Adónde nos dirigimos exactamente? Has mantenido la boca cerrada durante todo el trayecto.

Con un leve gesto de su cabeza, Coril le indicó que podrían escucharlos y él comprendió de inmediato que se refería a la nueva guardiana. No quería revelar sus planes delante de ella. Daniel se dirigió a la parte trasera del carromato y observó que sus ocupantes iban despertando poco a poco de un breve sueño. El elfo se situó detrás de él y, arqueando las cejas, se dirigió a Nizhoni:

—Ya tienes tu primera misión. Te quedarás aquí, protegiendo nuestros suministros. Y como ignoramos qué clase de bestias habitan ahora por estos lares, Nico te acompañará. Si hay peligro, él no dudará en advertirnos usando sus botas.

Colocó el carcaj sobre su espalda, sujetó el arco con fuerza y se encaminó hacia una estrecha vereda aún más intransitable. Confuso, Nico corrió tras él mientras el resto se preparaba para internarse en un lodazal.

—¿Por qué no puedo ir con vosotros? —le preguntó sorprendido.

—Porque no quiero poner en peligro a mi amigo y alguien tiene que vigilar a esa chica —le respondió sin detenerse.

Nico no apartó la mirada hasta que sus compañeros desaparecieron de su campo visual. Después giró sobre sus talones y observó a Nizhoni, quien lo esperaba con cierto aire de indolencia al lado de los caballos. Desganado, rechinó los dientes y suplicó para que detrás de esa coraza impenetrable existiera una persona optimista y afable.

Valeria pronto apreció que la tierra que embarraba sus zapatillas disminuía a medida que avanzaba. Una escasa hierba comenzaba a brotar en un paraje casi imposible, incluso alguna florecilla nacía alegre entre piedras y maleza seca. Extrañada, frunció el ceño y clavó

sus ojos miel en los de Daniel. Él negaba con la cabeza. No tenía respuestas que ofrecerle, ya que también ignoraba hacia dónde se dirigían. Debían encontrarse con alguien importante o que poseyera una información sumamente indispensable para embarcarse en la nueva aventura que los esperaba. El elfo guardaba con un secretismo absoluto su plan más inmediato. Era algo inaudito en él. Coril era dialogante y reflexivo. Valeria recordaba cómo en el desierto siempre los animó a opinar y aplaudió con orgullo las ingeniosas ideas del resto. Ese comportamiento tan hermético era más propio del señor Moné, acostumbrado a no desvelar sus decisiones hasta el último momento.

De pronto, advirtieron la luz de un candil en la lejanía. Érika sonrió dichosa. Habían llegado a su destino. La hierba se había vuelto más espesa y los troncos de los árboles ya no se retorcían como siniestros espectros, sino que mantenían una forma digna, dentro de su verticalidad. La niña se sorprendió al descubrir que, inmerso en ese bosque infernal, existía un pequeño jardín. Entonces, divisó una sencilla cabaña que hizo que su corazón palpitara y que sus piernas corrieran hacia ella sin ningún tipo de control.

—¡Érika, vuelve! —le gritó su hermana—. ¡No sabemos quién vive ahí!

Valeria quiso correr tras ella, pero el elfo la detuvo agarrándola por el brazo, instándola a calmarse. La niña, ya frente a la puerta, la golpeaba una y otra vez sin descanso, hasta que por fin esta se abrió. Entonces, perpleja y algo asustada, retrocedió al distinguir al leñador, quien, con una barba desaliñada y cara de pocos amigos, avanzaba hacia ella mostrándole el muñón al que había quedado reducido su mano izquierda mientras con la otra blandía el hacha con fiereza. Ella gritó y rompió a llorar desconsolada.

Bajo el amparo de varias esferas lumínicas, Nico dibujaba con un palo formas geométricas sobre el barro. Se aburría. La nueva guardiana mantenía un silencio desesperante al tiempo que, como si se tratara de un búho, agrandaba sus ojos negros y los movía de derecha a izquierda esperando capturar alguna presa despistada que hubiera terminado vagando por un sendero desconocido y lleno de tierra. Resignado, soltó un suspiro y miró al cielo. Las dos lunas silbrarianas parecían fusionarse hasta conformar un solo astro. Se hartó de sus dibujos y lanzó la vara lejos de allí.

—No deberías hacer tanto ruido —le reprochó Nizhoni al escuchar el sonido seco que había producido el palo al caer—. Y tampoco deberías usar tantas esferas de luz.

—¡Míranos! ¡Estamos en medio de la nada! ¡Ni los gusanos paran

por aquí! No te estreses demasiado.

—Tenemos una misión que cumplir —insistió—. Así que calla y no armes más jaleo.

Ofendido, Nico resopló, hasta que ella volvió a encañonarlo con la mirada.

—¿Por qué eres tan borde? —le preguntó él, levantando una ceja.

—No soy borde. Es que no te conozco de nada.

—Yo tampoco. Pero al menos he intentado ser amable contigo.

—Pues ahorra energía. No estoy aquí para hacer amigos, sino para cumplir la misión que mi maestro me ha encomendado.

—¡Zacarías! —Hizo una mueca de disconformidad—. Pues espero que esas órdenes no incluyan clavarme un cuchillo por la espalda.

Ella entrecerró los ojos y lo miró enojada.

—También a mí me resulta extraño que mi maestro haya cambiado de opinión con respecto a las descendientes. Ya no tengo que matarlas. —Se acercó a él y lo agarró por la barbilla—. Pero no me ha dicho nada sobre guardianes que van de listillos. —Nico tragó saliva en cuanto ella lo soltó—. No soy idiota. El elfo no se fía de mí y por eso me ha dejado aquí contigo. Lo entiendo. Hasta ahora era un fugitivo al que debíamos dar caza. Yo tampoco me fío de él. La lealtad está sobrevalorada, ¿no crees?

Roderick les ofreció cenar con él y ellos no quisieron desaprovechar la oportunidad de saborear una buena comida caliente. Después del susto inicial, el leñador se disculpó con la niña. Nunca pretendió amedrentarla, pero nadie llamaba jamás a su puerta. Había ocultado su paradero desde que descubrió que pedían una gran cantidad de monedas por su cabeza. Se había convertido en un fugitivo y, además, en un buscavidas. Apilaba la leña que cortaba para luego intercambiarla en el poblado de los gnomos por alimentos y medicinas. Los más fuertes de Gnimiar habían partido hacia el frente, quedando en la aldea los ancianos y algunos hombres y mujeres no aptos para el combate junto con los más pequeños. Roderick les suministraba la madera que necesitaban y los ayudaba a prepararse para la guerra que se avecinaba. Y ellos, además de no desvelar su paradero, le regalaban frutas y verduras que cultivaban en su propio huerto.

—Todavía, esta es una tierra estéril. Pasará algún tiempo hasta que pueda recuperarse del todo.

—¡Pero si tienes un bonito jardín! —exclamó la niña antes de sorber su deliciosa sopa.

—Sí, pero no es suficiente, pequeña. He ido labrando este terreno

con mis propias manos. Pero temo el día en el que esos descerebrados que forman el Consejo lleguen hasta aquí y destruyan este oasis que he conseguido levantar.

—Has sido muy inteligente —lo felicitó Daniel—. Nadie te buscará en medio de las ciénagas.

—Y, sin embargo, vosotros estáis aquí...

Posó su mirada en los ojos transparentes del elfo, quien apartó su plato de la mesa para apoyar los codos y descansar la barbilla sobre sus manos.

—Escuché a un gnomo algo traspuesto hablar sobre un fortachón que estaba ayudándolos a edificar un lugar seguro en caso de ataque. Añadió que vivía en medio de la nada, como un loco ermitaño queriendo refugiarse de la guerra. Cuando estuvo a solas, decidí interrogarlo. No lo culpes —añadió Coril—, pues mis métodos suelen ser bastante persuasivos. Y no te apures, ya que jamás recurro a la violencia cuando se trata de un ser inocente. Le conté que éramos amigos, que tuvimos que separarnos en el sur por circunstancias forzadas y que necesitaba verte. ¡Amigo, tenemos que hablar!

Roderick no ocultó su asombro cuando el elfo terminó su extenso relato, el cual incluía la visita a un viejo mago en Cernia, su casual encuentro con los chicos en la capital y el posterior reclutamiento de Onrom para esa nueva misión suicida. Se alegró al conocer que habían descubierto al traidor y que Zacarías les había prometido hacer todo lo posible para desenmascararlo. Pero su rostro se ensombreció al saber que su gran amigo Aldin Moné seguía recluido en el castillo de arena y que por el momento no valoraban una misión de rescate. Coril evitó hablarle del último sello que completaba el vínculo. No quería agobiar más de lo necesario al leñador, quien se había puesto de pie para servirse otra jarra de cerveza. El elfo era consciente de la profunda amistad que existía entre el mago y él, así que obvió ese detalle. No quería disgustarlo aún más revelándole que Lorius le tenía reservado un final fatal.

—Amigo, sé que es mucha información la que tratas de digerir —continuó, haciéndose valer del delicado tacto que lo caracterizaba—. Pero Aldin nos hizo jurar en el oasis que, sucediera lo que sucediera, buscaríamos esa capa.

—¡Sé cuál fue mi promesa!

El hombre posó su mirada en el rostro inocente de la niña y sonrió al constatar que había fe en ella. Si Zenca estuviera allí, la habría rodeado con sus brazos y le habría contado otra de sus historias llenas de magia y sabiduría. Pero su mujer ya no estaba, había perecido en la Fortaleza y él se había roto por dentro. Había tardado en darse cuenta. No fue hasta después de que consiguiera sobrevivir a ese penoso desierto y confiar en un extraño campesino para que lo llevara ante

una sanadora cuando sintió la espantosa soledad. «La soledad del tullido», la llamaban algunos. Para él, era simplemente añoranza. Porque amaba a Zenca y la perdió. Porque ella siempre quiso hijos, pero él insistía en que tenían tiempo. Y ya el tiempo no existía para él, la desgana lo había suplantado y se encontraba exhausto, sin fuerzas para seguir luchando.

—Lo siento —logró decir al fin mientras mostraba de nuevo su miembro amputado—. Pero no soy de gran ayuda. Os ofrezco mi casa como refugio, alimentos si necesitáis, pero no puedo ir con vosotros. Un manco es un estorbo.

—¡Eso no es verdad! —le gritó Érika—. Usted es muy fuerte y valiente..., y también bueno. Y si no viene... —Trató de contener los sollozos.

—Tranquila, pequeña. —Acarició sus mejillas, despejándolas de las lágrimas que las inundaban—. No vas a estar sola. Van a acompañarte ese elfo tan guapo de ahí y un enano con malas pulgas. —Rio, quitándole hierro al asunto.

—¿Cómo ocurrió? Me refiero a la mano —se atrevió a preguntarle Daniel—. ¿Fue Ruby?

Él asintió.

—Esa condenada bestia me seccionó el antebrazo de un zarpazo. Pude morir desangrado si no hubiera sido por Coril. Estoy en deuda contigo.

El elfo hundió su rostro entre las manos y se sumió en sus pensamientos. Nunca habría imaginado que Roderick hubiese rechazado su oferta; no después de todo lo acontecido en el desierto. Él más que nadie conocía los planes del tirano y no podía creer que se hubiera rendido tan fácilmente. Sí, contaba con Onrom, a veces demasiado visceral y, otras, tan infantil. Y justo por ello sabía que de nuevo recaía sobre sus hombros dirigir a un grupo de guardianes. Había fracasado en el pasado y ahora no podía permitirse el lujo de errar en sus decisiones. Por eso había recorrido cientos de kilómetros buscando al leñador. No era solo un guerrero más ni el indiscutible apoyo moral que tanto ansiaba. Ese hombre de barbas rojas y cuerpo de barril se había convertido en su amigo.

—¿Dónde está Nora? —Esa vez, fue Valeria la que importunó al hombre.

—Después de sanar sus heridas, la enviamos por un portal a vuestro mundo. Está bien, a salvo. No debéis preocuparos por ella. —Se encaminó hacia la puerta y la abrió de nuevo—. ¡Ah, tengo una sorpresa para la niña maga!

Sin disimular su entusiasmo, Érika corrió tras él y ambos salieron. Expectantes, los demás siguieron sus pasos. Roderick rodeó la casa y se dirigió a la parte trasera de esta, para segundos después internarse

en una zona colmada de enormes matojos. Se detuvo, apartó algunos tallos gruesos que impedían su avance y les sugirió a sus amigos que lo esperaran allí. El leñador desapareció tras los matorrales, y fue entonces cuando escucharon un intenso rugido. A Valeria se le heló la sangre. Su primer instinto fue agarrar a su hermana para hacerla retroceder. Pero el corazón de Érika latía frenético, aguardaba con ansia el regreso del leñador. Al final, este comenzó a aproximarse con un ejemplar de dragón que casi lo igualaba en altura.

—Ha crecido un poco desde la última vez que lo viste. —Se rascó la nuca, riendo.

—¡Brifin!

Érika se liberó de la mano de Valeria y se apresuró a acariciarlo. Pero antes de que llegara hasta él, el animal emitió un gruñido que paralizó a la niña. El dragón se revolvió en su sitio y encañonó a la pequeña con su fiera mirada.

—Creo que necesita tiempo. Tal vez no te recuerde. —El leñador posó su mano sobre el hombro de la niña.

—Érika, será mejor que vuelvas aquí —le recomendó su hermana —. Ya no es el cachorrito que conociste.

—No, él sabe quién soy —discrepó, y dio de nuevo dos pasitos que la acercaron a él aún más—. Brifin, soy yo. ¿Me recuerdas? Estuve cuidándote mientras estabas dentro del huevo y después permanecí a tu lado cuando naciste. Te di de comer, te mimé mucho...

Detuvo su discurso al comprobar que el dragón bajaba lentamente la cabeza y clavaba sus ojos en ella. Apenas parpadeaba, y durante unos segundos que parecieron interminables la escrutó sin ningún reparo. Después abrió la boca, mostrando sus afilados dientes, y, sin más, pasó su enorme lengua por el rostro de la pequeña. Nerviosa, Érika rompió a reír y, en cuanto todo su cuerpo descendió para tumbarse junto a ella, comenzó a acariciar su lomo.

—El dragón te será de gran ayuda —le dijo el leñador al elfo al llegar hasta él. Coril se lo agradeció apretando ligeramente los labios —. En este infierno, las temperaturas bajan lo indecible. Si quieres, podéis descansar unas horas al calor de la chimenea antes de partir.

—Gracias, pero tengo a Nico en una misión de vigilancia no muy lejos de aquí.

—¿Al guardián de las botas? Ese muchacho es un grano en el trasero. Puedo asegurarte que correrá como el viento en cuanto Lorius asome la cabeza —afirmó, recordando las veces que lo había acompañado en sus imparables carreras. Siempre había terminado vomitando—. Deja que los chicos descansen. A saber qué clase de peligros les esperan.

Nico mantenía la mirada fija en el estrecho atajo por el que se habían internado sus compañeros en las ciénagas. Comenzaba a impacientarse. Esperaba verlos aparecer de un momento a otro, pero la noche se alargaba y no tenía noticias de ellos.

—Deberíamos turnarnos para dormir un rato —le sugirió Nizhoni —. Creo que van a tardar en volver más de lo previsto.

—¿Y si les ha pasado algo?

—No lo creo. Habríamos escuchado sus gritos. Tú lo dijiste antes: estamos en la nada. —Subió al carromato, decidida—. Estoy cansada, así que dormiré yo primero. Y si en tu turno no te fías de mí, puedes quedarte despierto, por mí no hay problema.

Enervado, le dio un puntapié a una piedra que terminó estrellándose contra un tronco maltrecho varios metros más allá. Nizhoni no era la compañera de viaje que esperaba. Sí, era muy disciplinada, precavida, y probablemente escondía un largo sable bajo esa melena seductora, pero no era agradecida ni generosa. Y, para colmo, no tenía ni la menor idea de cómo trabajar en equipo. Hasta Lidia, que siempre había sido una engreída con él, habría sido mejor colega de misión que esa chica intratable.

Suspiró. Iba a ser una larga noche.

Daniel abrió los ojos y reparó en que Valeria ya no se encontraba a su lado. El leñador, después de una rica cena, los había invitado a pasar la noche allí. Él se había mostrado reticente al principio, ya que no quería dejar más tiempo a su hermano con la nueva guardiana. Quizá sí que existían motivos para desconfiar de ella. Pero ante la insistencia de Roderick y las súplicas de Érika, se dejó convencer. Coril le aseguró que Nico se encontraría bien y él terminó imaginando que su hermano estaría disfrutando de la compañía de Nizhoni, intercambiando aventuras vividas con sus objetos, charlando sobre el mundo mágico, aprovechando para acercarse a ella como un ilusionado galán. Estos pensamientos lo reconfortaron e hicieron que sus párpados se cerrasen con facilidad.

Pero, ahora, el frescor de la madrugada lo despertaba. Al entreabrir los párpados, advirtió que Valeria se encontraba de pie, junto a una ventana, admirando el pequeño jardín que crecía con gracia en ese lugar tan horrendo. Se acercó a ella y la rodeó con sus brazos al tiempo que agachaba la cabeza y descansaba la barbilla en su hombro. Ella sonrió. Le dio la bienvenida dejándose envolver entre sus brazos y disfrutando de ese pequeño momento de intimidad.

—¿No puedes dormir? —le preguntó.

—Demasiadas cosas en la cabeza.

—Val, vamos a conseguirlo —la animó él—, encontraremos esa capa. Estoy seguro de que su guardián aceptará sin pensar la misión. Estará viendo cómo la Tierra se desmorona. Y ya verás que no dudará. Todos vamos a ayudarlo a vencer a Lorius y después regresaremos a casa. —Acarició sus mejillas y deslizó el pulgar hasta rozar sus labios —. Y luego iremos a cenar, a dar un paseo o al cine si quieres. Cuando todo esto termine, podremos tener esa vida normal que tanto deseas, los dos juntos. Esta vez no voy a dejarte escapar.

La atrajo aún más hacia él. La besó con una dulzura que logró que ella, por un instante, apartara todos los pensamientos que la bombardeaban constantemente. Se dejó llevar por su boca trémula, que ansiaba su calor. Y aunque deseaba estirar el tiempo para que todo su cuerpo continuara estremeciéndose con cada roce de sus labios, Valeria se retiró unos centímetros y apoyó la cabeza en su pecho.

—¿Y qué va a pasar con Lidia? —le preguntó angustiada—. ¿Qué sucederá si no logro regresar con ella a casa? Sé que es lo que mi madre querría, es lo que mi padre me pidió, pero...

—Ella no es una asesina. No va a matar a Aldin —trató de consolarla mientras acariciaba sus cabellos.

—Le hice una promesa a Bibolum. Si ella se vuelve...

Daniel la apartó con brusquedad, impidiendo que terminara la frase.

—Te prometo, Val, que si eso llega a pasar, no voy a dejar que seas tú la que acabe con su vida —afirmó tajante—. Escúchame. No quiero que la muerte de Lidia sea otra carga más que debas soportar. Si llega ese momento, seré yo quien se encargue de ella.

La abrazó en silencio, permitiendo que sus sollozos se clavaran en su alma. Y aunque trataba de mitigar su dolor besando sus lágrimas cálidas, su propio corazón permanecía encogido, negándose a latir con brío. Porque él tampoco quería enfrentarse a Lidia. Ignoraba si reuniría el valor suficiente para acabar con su vida.

Una nueva mañana despertaba entre intensos rayos de sol que, gloriosos, desafiaban una vez más a las numerosas brechas del universo. Desesperado y sin apenas dormir, Nico corría de un lado para otro buscando señales que confirmaran el regreso de sus amigos. En menos de cinco minutos, había recorrido el área que lo circundaba al tiempo que procuraba no alejarse demasiado del carromato. Entonces, escuchó los gritos de Nizhoni, que lo instaron a mirar hacia el cielo. Levantó la cabeza y fijó su mirada en el punto que señalaba la guardiana. Unas alas doradas batían frenéticas y se dirigían hacia ellos

con celeridad.

—¡¿Qué leches es eso?! ¡¿Nos atacan?!

—¡No! ¡Son los refuerzos! —exclamó sin poder disimular su felicidad al distinguir al dragón de Érika sobrevolando el bosque muerto.

10

Decisiones

Lidia descansaba sobre un banco situado en uno de los enigmáticos patios interiores del castillo. Había descubierto esa joya arquitectónica en uno de sus numerosos paseos en compañía de Kirko, una vez que la bruja había levantado todas las restricciones que le había impuesto. Ahora recurría a ese lugar mágico cada vez que necesitaba reflexionar, aislarse del mundo o sentirse libre. Y es que Moira era una persona aborrecible y envidiosa, sin embargo, cuidaba de todas las habitaciones del castillo con mimo, y ese jardín no era una excepción.

Sus árboles enanos perfectamente dispuestos ofrecían toda clase de frutos, desde jugosas naranjas ovaladas hasta racimos de cerezas suculentos. Temiendo que estuviesen bajo un hechizo, Lidia no se había atrevido a probar ninguno de ellos, pero se deleitaba admirando su belleza y su fuerza. Aunque el verano fuese eterno en ese desierto, no dejaban de florecer y regalar sus dones. Elevó la vista hacia el cielo y admiró su candor, a pesar de que la cúpula de cristal que protegía el patio impedía que su manto azulado la envolviera con su afectuosidad.

—Estás aquí. —La voz de Kirko rompió la serenidad en la que se encontraba—. Estaba buscándote.

Ella se enderezó y le dejó espacio al muchacho para que se sentara a su lado. Kirko se acercó y permitió que ella volviera a estirar sus piernas colocándolas sobre él.

—Sabes que me gusta refugiarme aquí —se excusó—. ¡Este sitio tiene tanta vida!

Él ignoró su comentario, la cogió de la mano y entrelazó sus dedos. Luego examinó sus ojos marrones que tanto lo hacían enloquecer y halló esa chispa que le certificaba su felicidad.

—Venía a comunicarte que en unos días abandonaremos el castillo, tal y como te prometí. Partiremos hacia el norte. Mi padre piensa regalarnos unas tierras fértiles muy cerca de los Lagos Enanos.

—¿A cambio de qué? —Él dio un respingo al escuchar su tono enérgico. Ella, percibiendo su malestar, se relajó y buscó consuelo en la hierba mágica que crecía en el suelo—. Tú tienes un gran corazón, eres bueno y sé que quieres lo mejor para mí. Pero tu padre es mezquino. No creo que nos deje ir sin más. ¿No te ha contado sus planes? ¿Qué pasará cuando lleguemos a Silbriar?

—Tiene que combatir contra sus enemigos por nuestro propio bienestar. Tienes que entender que hay un grupo de infieles que desean la muerte de mi padre y la de nosotros mismos. Eso no podemos permitirlo.

—¿Por qué simplemente no nos vamos ya y dejamos todo esto atrás? Yo renuncié a mi familia por ti. ¿Por qué no puedes hacer tú lo mismo por mí? Nos fugaríamos, buscaríamos un lugar maravilloso donde estemos solos tú y yo.

—Mi padre no lo permitiría. Nos daría caza y nos obligaría a volver. ¡Créeme! Es mejor no llevarle la contraria. Si hacemos lo que nos dice, nos dejará vivir libres en ese castillo que me ha prometido. Tendremos nuestra propia guardia, sirvientes…, y podremos tener nuestra propia familia.

—¡Para, para, para! —Se levantó de un brinco y, tras colocar los brazos en jarra, lo desafió con la mirada—. Sé que las cosas en este mundo tienen otro ritmo. ¡Pero tengo dieciséis años! ¡Ni loca voy a tener hijos ahora!

—Pero estás en edad fértil, ¿verdad?

Lidia puso los ojos en blanco al percibir cierta seguridad e inocencia en sus palabras.

—¡Ni hablar! ¡Olvídate de eso!

—Bueno, podemos esperar si lo deseas —accedió cabizbajo—. Pero una vez que termine la guerra, celebraremos nuestro enlace. A eso no podrás negarte. Es una alianza que nos fortalece ante todos los habitantes de Silbriar.

—¿Y cuánto se supone que va a durar esta guerra?

—No lo sé. Esperemos que no mucho, pero no te desilusiones si los meses se convierten en años.

Meditabunda, apretó los labios y, cerrando un ojo, inició los cálculos. No era buena en matemáticas, pero suponiendo que un año silbrariano fuesen unos cuantos más en la Tierra, puede que su casamiento se produjera a sus treinta años humanos. Podría ser una edad para valorar, dado que ella no tenía familia en ese mundo. Pero si un año de ese mundo resultaran ser unas pocas semanas en el suyo, entonces… «¡Joder, no tengo ni idea de cómo hacer el cálculo!». Soltó un bufido desesperante. Lo único que le quedaba era Kirko, por quien había sacrificado su vida entera.

—Está bien. —Aliviada, soltó un suspiro y se acomodó de nuevo

junto a él.

—¿Hay algo más que te preocupa?

—Pues ahora que lo dices... ¿Es verdad que tu padre quiere que mate al señor Moné?

Kirko enmudeció. Después escudriñó su rostro, intentando averiguar quién le había revelado tal información. Respiró en silencio, pero este le ardía en los pulmones. Quiso mitigar la ira que cegaba su razón y trató de contener un incontrolado arrebato que ascendía por él desde las plantas de los pies. Pero no lo logró. Una esfera ardiente brotó de la palma de su mano y terminó estrellándose contra uno de los árboles enanos que tanto admiraba ella. Lo desintegró sin más. Quedó reducido a cenizas, estropeando la inmaculada belleza del patio. Lidia lo miró espantada. Por primera vez en mucho tiempo volvió a ver a aquel chico de la tienda de los cuentos que, con furia, había arremetido contra ella y sus amigos.

—Perdóname, por favor —le imploró mientras una lágrima rodaba por su mejilla—. No quería asustarte. No sé lo que me ha pasado. Yo... Tienes que creerme. Le he dicho a mi padre que no estás preparada, que no podrás hacerlo. Pero él insiste. Nuestra felicidad depende de eso.

—¿De matar a Aldin? —le preguntó con voz temblorosa.

—Va a esperar un poco más... A que lleguemos a la capital. Allí tendrás que ejecutarlo. Puedo pedirle más tiempo si quieres, pero...

—No, no, está bien. No quiero que Lorius te haga daño por mi culpa.

—¿De veras? —Ella asintió—. Lidia, si flaqueas en tu única misión, puede que no tengamos ese futuro juntos que tanto ansiamos. Y tu maestro, de todas formas, morirá. Seré yo quien tenga que matarlo entonces. Y si no lo hago yo, mi padre buscará a otro capaz de hacerlo, aunque el tercer sello no se rompa jamás.

Reprimiendo sus ganas de llorar, ella se abalanzó a sus brazos buscando un consuelo que se le resistía. ¿Qué iba a hacer ahora? Ella no era capaz de cometer semejante atrocidad y no quería que el señor Moné muriera, pero tampoco podía renunciar a su sueño de vivir en Silbriar junto a Kirko. Quería gritar, pero aplacó sus crecientes ganas de chillar apretando los dientes hasta llegar a sentir dolor.

Un dolor del que era de nuevo prisionera.

Un dolor que le recordaba que toda aquella locura no había acabado todavía.

Amordazada bajo un hechizo de silencio, Samara observó cómo su tía se acercaba a ella y besaba su frente. Trató de oponerse a sus caricias

desde el sillón, que también la mantenía inmóvil, aunque lo único que pudo hacer fue cerrar los ojos e ignorar sus afectuosos gestos. La odiaba. Nunca pensó que un sentimiento tan primitivo como oscuro llegara a nublarle los sentidos, a hacer que sus propios principios se tambalearan como una débil casa de paja. Pero Moira era detestable. Había matado a sus padres, a sus hermanas sacerdotisas e incendiado su preciada biblioteca en un arrebato de locura injustificable. Había fingido su propia muerte ocultándose en un desierto donde nadie pudiese encontrarla y había abrazado la magia negra sin apenas pestañear. Además, no comprendía su comportamiento irracional, ese que la llevaba a visitarla todos los días como si fueran buenas amigas, a hablarle con ternura y a tratarla con condescendencia.

—Sobrina, hoy te veo con mejor aspecto que ayer. ¿Acaso ya estás durmiendo mejor? ¿O prefieres que le ordene a uno de mis sirvientes que rellene con más plumas tu almohada? —le preguntó mientras servía una aromatizada infusión en sus tazas de porcelana—. ¡Ah, perdona! Olvidaba que tienes los labios sellados. —Con un pequeño gesto de su dedo índice, descosió sus labios, lo que le permitió tomar una bocanada de aire—. ¿Y bien?

—¿Por qué te esfuerzas en hacerme sentir cómoda?

—¡Qué pregunta más tonta! Eres la única familia que me queda.

La bruja acercó una de las tazas a su boca y la obligó a beber. Al principio se negó a tragar, temiendo que el líquido contuviese algún tipo de sedante o veneno. Sin embargo, no tuvo más remedio que aceptar la infusión. Moira no se apartaría de ella hasta que no la terminase, y aunque pensó en escupírsela a la cara, decidió que su reacción podría ser aún más peligrosa, dada su personalidad trastornada.

—Te has portado como una niña buena —le dijo sonriendo mientras se sentaba frente a ella en otro de los lujosos sillones—. He venido a despedirme de ti. En dos días partiré hacia el norte y tengo mucho que preparar. Pero quiero que sepas que mis sirvientes te cuidarán. Les he dejado una serie de instrucciones, y no dudes que las cumplirán sin objetar.

—¡Qué desilusión! ¿No habrá más visitas de cortesía?

—Querida, sé que me echarás mucho de menos. Soy la única que te da conversación, la que se preocupa por ti... Ahora no lo ves porque estás tan ciega como tu madre. Pero sin mí no eres nadie. Gobernaré sobre Silbriar, y créeme cuando te digo que te conviene estar de mi parte.

—Al final debo sentirme afortunada. Si no fueras mi tía, estaría pudriéndome en una de tus celdas mugrientas o quizá enterrada bajo la arena de este desierto. Sin embargo, me siento halagada por disponer de un aposento lujoso ¡y por estar confinada en él, con la

boca cosida y las manos atadas!

La bruja, sin mostrar un ápice de emoción en su rostro, se levantó de nuevo con gracia, se acercó a ella y le arreó un sonoro bofetón. Después agarró su barbilla con fuerza y la obligó a mirar sus ojos, que se tornaron negros y profundos como el abismo más incierto. No obstante, Samara no tuvo miedo; se limitó a observarla con más furia aún. Entonces, Moira quiso doblegarla tirando de sus cabellos hacia atrás.

—Eres una desagradecida y una consentida —le reprochó, esbozando una sonrisa de medio lado—. Deberías mostrarme un poco de respeto. ¡Soy tu tía! ¡Y no uno de esos mestizos con los que te juntas últimamente! ¿Quieres demostrarme que estás a mi altura? Bien, no voy a impedírtelo. De hecho, he pensado que podrías colaborar conmigo en un asunto.

—¡No pienso ayudarte en nada!

La bruja tiró aún más fuerte de su cabellera y Samara ahogó un quejido.

—¡Oh, sí que lo harás! O, uno por uno, te traeré a tus amigos y los decapitaré ante ti, empezando por el mestizo. —Antes de que Samara pudiera rechistar, ella volvió a coserle la boca, dejándola de nuevo muda—. Hay una tienda en el mundo humano con la que Lorius está obsesionado. Quiere destruirla y, con ella, todos sus objetos. Yo he decidido ayudarlo para que no esté tan irritado todo el día, pero está fuertemente protegida con unos escudos blancos a los que mi magia no puede acceder. Sí, sé lo que estás pensando: que me he entregado a la noche y por ello los ancestros me han castigado eliminando los conjuros blancos de mi ser. Y puede que tengas razón, porque, al no haber negrura en esa tienda, no logro penetrar en ella. Pero tú, mi querida sobrina, tú sí puedes rastrearla. —Samara negaba con la cabeza—. ¡Sí que vas a ayudarme con este inconveniente! ¡Porque sabes que soy capaz de todo para conseguir lo que quiero! ¡Incluso de prenderles fuego a mis amigos y a mi familia! Por eso, mis sirvientes te atenderán con mucho cariño en mi ausencia y me informarán de tus avances. Vas a ser una niña buena.

La besó en la mejilla y, triunfante, abandonó la estancia sin volver la vista atrás, consciente de que sus palabras habían tenido alguna clase de efecto. Samara cerró los ojos y una lágrima se deslizó por su rostro hasta llegar a su boca. Los labios le escocieron. Quiso despegarlos para aliviar su ardor, pero todo esfuerzo resultó inútil.

Aldin apenas dormía. Durante el día, trataba de concentrarse en una lectura que se le antojaba demasiado sencilla y, por las noches,

contemplaba a través de las rejas el colorido universo, buscando una señal que le indicara que la batalla no estaba perdida. Despojado de su bastón y en una celda donde cualquier hechizo que intentara podría acabar con su vida, no tuvo más remedio que aceptar su condición de prisionero. Pero, aunque su cuerpo permanecía encerrado entre esas cuatro paredes, su mente viajaba cada día a sus recuerdos, los cuales le mostraban una infancia que le fue arrebatada por los caprichos del destino.

Desconsolado, trataba de secarse las lágrimas con las mangas de la camisa. Ya no soportaba más las burlas de sus compañeros. Lo llamaban «apestoso animal», «bestia inmunda» o «cola de ardilla». Le había suplicado a su padre que lo sacara de esa academia cientos de veces, pero él no atendía a razones. Le contestaba que tendría que hacerse fuerte ante los insultos, que los ignorase y que les demostrase a todos que era un mago con talento. Esa era la manera de que los comentarios cesasen. Pero su padre no veía los golpes. No estaba allí cuando lo apartaban de los juegos y era incapaz de comprender la soledad con la que era castigado día tras día. ¡Todavía era un niño! Y necesitaba que su padre lo defendiera. ¡Él no quería ser mago!

Un día, harto de empujones, alzó su varita contra un grupo de estudiantes, pero la mano gigante de Bibolum Truafel cayó sobre él antes de que pudiera lanzar un conjuro. El maestro lo castigó a leer en su despacho durante horas. Él no comprendía el porqué de su arresto, cuando los otros que se reían de él diariamente salían impunes del daño que le causaban.

Aldin se atrevió a escudriñar con furia el rostro de al que todos llamaban «héroe». Había sido un gran capitán en la guerra, y ahora, en vez de formar parte de la élite más prestigiosa de magos, quienes manejaban todos los entresijos de Silbriar, se dedicaba a enseñar Conjuración en la academia y a ostentar un discreto puesto en el Consejo.

—¿Quieres un vaso de agua? —le preguntó, ignorando su creciente rabia—. Deberías canalizar tu energía concentrándote en el libro que te he dejado en lugar de tratar de asustarme con tu mirada.

—¿En los libros prohibidos? ¿Y del porqué se han eliminado del temario? —le dijo, leyendo con desdén el título que estaba entre sus manos —. Ya sé que no pueden lanzarse hechizos de control ni de posesión.

—¿Y entiendes por qué? ¿O es algo que has estudiado de memoria para aprobar mi asignatura? —Aldin lo miró confuso, sin saber cómo responder. No comprendía adónde quería llegar el maestro. Este, suspirando, acercó su silla y se sentó a su lado—. Me recuerdas a un joven mago que conocí hace años. Era talentoso, diestro con la varita, que más tarde desecharía para usar sus propias manos, pero sobre todo era astuto. No encajaba

demasiado en los cánones que dictaba la academia ni con el resto de los compañeros.

—¿Acaso era un mestizo?

—No, en realidad se creía mejor que nadie. Nunca quiso integrarse porque pensaba que el grupo lo debilitaba. Estaba tan seguro de sí mismo que caminaba solo, sin darle el valor suficiente a la palabra «amistad». Era un alumno prodigioso, pero una persona pésima. Comenzó a leer los libros prohibidos con la absurda idea de resucitar a los jinetes e imponer así su criterio.

—¿Y lo consiguió?

Bibolum le dedicó una sonrisa amable y, levantándose, dirigió de nuevo sus pasos hacia la ventana. Desde allí, el gran mago observó los muros de la academia y un conjunto de pinares que se extendían hasta perderse en el horizonte.

—Aldin, ¿crees que es posible un conjuro de control tan complicado como ese?

—Con los recursos adecuados, creo que sí, señor. Usted siempre nos dice que, con la magia de nuestro lado, todo puede ser posible.

—Eso me temía, mi querido pupilo —certificó el gran mago, sin apartar la vista de la ventana—. Eres muy listo e ingenioso. Si hay algo que te diferencia de ese antiguo alumno es que en tu corazón sí hay bondad. ¿Te interesaría trabajar unas horas más conmigo? ¿Me ayudarías a descubrir cómo acabar con un hechizo de esa índole?

—Eso es muy fácil, señor —le respondió el niño, poniéndose de pie de un brinco—. Solo hay que matar al mago que ha lanzado el conjuro. ¿He aprobado?

Aldin regresó de sus recuerdos en cuanto escuchó unos pasos tímidos acercarse a su celda. Giró la cabeza y no se mostró sorprendido al descubrir a Lidia, quien, con rostro sombrío, se mordía las uñas mientras escondía su mirada bajo sus largos cabellos castaños.

—¿Se lo has preguntado? —El mago no se movió de su sitio; se limitó a observar cómo ella asentía sin mucha gana—. ¿Y qué te ha respondido?

—¡La verdad! ¡Que tengo que matarlo! Si no, será él el que acabe con su vida. ¿Pensaba que me mentiría? —Lidia se atrevió a levantar la mirada para tratar de buscar alivio en los ojos del mago—. ¡Todo esto es de locos! ¡¿Qué podemos hacer?! ¡Es muy injusto! Tiene que haber una manera de salir de este lío. Yo no quiero hacerle daño.

—Lo sé, niña, lo sé —dijo, acercándose a los barrotes y cogiendo su mano—. Pero sigue siendo tu decisión y la de nadie más.

—¡Nooo! ¡Porque Lorius encontrará la manera de asesinarlo! ¡Y castigará a Kirko! ¡Y yo no quiero nada de esto! Yo solo quiero ser...

—Enmudeció al apreciar un atisbo de tristeza en el rostro del señor Moné—. ¡Usted tampoco me entiende! ¡Nunca lo hará! Porque sigue pensando que Kirko es malo.

Se apartó de él con brusquedad y corrió hacia la salida. Se sentía una idiota por haber acudido al señor Moné en busca de consejo. Él ya no la miraba como su discípula, sino como su enemiga, y lamentaba que el mago la metiera en el mismo saco que a Lorius y a la bruja. ¡Ella no era malvada!

Aldin escuchó el portazo y lanzó un suspiro sonoro. No le quedaba mucho tiempo. Lidia no estaba preparada todavía para ser su verdugo, pero tampoco había desechado la idea por completo, ya que en algún rincón apartado de su alma seguía pensando que, para conseguir su ansiada felicidad, él debía morir.

Kayla contemplaba con absoluta admiración los objetos mágicos que su padre había dispuesto frente a ella. No se atrevía siquiera a tocarlos, temiendo que su magia se desvaneciese con el roce de sus dedos eléctricos. Con la boca entreabierta, dejó escapar una leve exhalación, delatando así su estado de ánimo entusiasta y algo nervioso. Debía escoger uno de los cinco artículos con los que se había hecho su padre: una pluma de cisne, una lámpara de aceite, un sombrero chato, un lazo rosa que se le antojaba demasiado cursi y una alfombra de la que recelaba. Ignoró los continuos bostezos de la bruja y se centró en las palabras de su padre:

—Antes de elegir uno, trata de escuchar tu corazón. Los guardianes suelen percibir un brillo diferente en ellos o un sonido que llame su atención —le aconsejó Lorius mientras se frotaba la barbilla, expectante.

Ella dudaba. El sombrero parecía que respirase; se agrandaba y se encogía con cada latido de su corazón. Y después estaba la pluma, que vibraba sin descanso. Pero no observaba destellos mágicos en ninguno de ellos.

—Su poder no tendrá la misma amplitud que si lo poseyese el guardián al que está destinado, pero desde luego son armas atractivas y eficientes —añadió Moira, cansada de su indecisión—. Tendrás que entrenar para dominarlo. Y te recuerdo que en dos días partimos, así que no te demores mucho. Se nos agota el tiempo. ¡Tictac, tictac!

Kirko entró jadeando en el Salón de los Nenúfares. Atajando por los pasillos del castillo, había hecho una carrera imposible desde el patio hasta llegar allí. Con paso firme, se colocó al lado de su hermana, evitando las miradas disconformes de su padre.

—Te he reservado el lazo rosa para ti —bromeó Kayla mientras

dibujaba una sonrisa perversa en sus labios—. Yo creo que voy a quedarme con la pluma. —Entonces, observó un ligero destello que provenía precisamente del absurdo lazo—. Yo… creo que quiero el lazo.

Kirko, confundido, arqueó las cejas y chasqueó la lengua. No entendía el cambio repentino de su hermana y no quiso darle mayor importancia. Observó con detenimiento los cuatro objetos restantes. Él quería algo que complementase su poder. Sus bolas de fuego ya lo convertían en un guerrero y prefería poseer un artículo con deslumbrantes cualidades mágicas. Pero ¿cuál escoger?

11

Tempestad

Una armoniosa fragancia a mar los recibió nada más llegar al puerto. Numerosas barcazas se agolpaban en un muelle de madera tan largo como estrecho y muchos transeúntes desfilaban por la calle principal en busca de pescado fresco y otros comestibles. Daniel bajó del carromato y siguió los pasos del elfo. Este, decidido, subió los maltrechos peldaños y paseó por los tablones del embarcadero, los cuales emitían continuos crujidos al ser pisados. Miró atrás y observó cómo sus amigos custodiaban el carro mientras ellos buscaban un barco disponible que los llevara hasta las islas.

Habían llegado allí antes de lo previsto gracias al salvoconducto emitido por Zacarías. Viajaron sin tener que ocultarse, mostrándoles a los soldados la carga que llevaban y desvelando cuál era su destino final: los Lagos Enanos. Evidentemente, obviaron subrayar que pasarían de largo y se dirigirían a su puerto, dispuestos a surcar el mar que los separaba hasta arribar a las Islas Sin Nombre. De momento, la aventura transcurría sin demasiados sobresaltos. Su única contrariedad había consistido en cómo ocultar a Brifin una vez llegados a las diferentes aldeas enanas. No había sido un problema mientras el dragón sobrevolaba los bosques, pero una vez inmersos en la algarabía, debían dejar atrás —concretamente, en las afueras— al pájaro de fuego y esperar a la noche para que este cruzara el poblado sin levantar sospechas. Ahora, Brifin permanecía junto a Érika en una colina, esperando una señal que los autorizara a volar y llegar hasta ellos.

—¡Culo prieto! ¡Orejotas! —escuchó decir mientras su mirada buscaba al causante de tanto alboroto. No tardó en distinguir a Onrom, quien avanzaba hacia ellos con un reluciente yelmo—. ¿Dónde está el resto de la compañía? Bueno, es igual. Lo tengo todo preparado: el barco, los víveres, el alcohol y a unos cuantos hombres que he conseguido reclutar.

—¿Cómo has llegado tan rápido? ¿No ibas a hablar con Galvian? —le preguntó el elfo, estupefacto.

—¿Olvidas que me conozco estas tierras como la palma de mi mano? ¡Nací aquí! En las llanuras tras esas colinas. ¡Sois vosotros los que habéis tardado demasiado! ¡¿Y qué hacéis ahí parados todavía, pedazo de bobalicones?! Coged lo necesario, ¡nos vamos!

—Pero ¿y el barco? —le preguntó Daniel, tratando de localizarlo entre decenas de embarcaciones de pescadores y algunas más grandes, ya ocupadas por comerciantes que se frotaban las manos o por soldados preparándose para una posible batalla naval.

El enano sonrió con picardía y señaló uno emplazado más allá de unas rocas salientes que, con sus afiladas paredes, parecían discutir la hegemonía de ese paisaje sosegado. El guardián de la espada achicó la mirada y, con espanto, distinguió un velero tan rojo como un gambón cocido que ondeaba unas telas que apenas parecían estar zurcidas.

—Mi amigo Angus se ha ofrecido a llevarnos. Bueno, después de ganarle una partida al Atrapacuchillos. Es el dueño del barco y un buen capitán. Ha conseguido que varios de sus marineros se apunten a la aventura. Así que, antes de rechistar, humano desagradecido, piensa que un grupo de enanos te dejaría sin dientes antes de que pudieras abrir la boca.

A pesar de las grandes dimensiones del barco, se acomodaron en los pequeños camarotes como pudieron. Cada uno estaba preparado para alojar a dos o tres personas de estatura media alta en unas condiciones poco salubres. En el caso de los enanos, podían hospedar hasta a una decena de ellos sin la preocupación de tener que dormir con los pies de un desconocido sobre la cara.

De nuevo, Nico mostró su disconformidad al verse forzado a compartir habitación con la nueva guardiana y con un gnomo llamado Didos, al cual Onrom había engañado prometiéndole grandes tesoros. Nada más pisar el barco, Nico había reparado en el pintoresco grupo que formaban: el gnomo que se creía valiente, un puñado de enanos ilusos bajo las órdenes de un capitán imberbe, una guardiana de mal carácter, un elfo desesperado y un hada desdeñoso a quien había reconocido al instante. Lo había visto en la taberna el día en el que habían ido en busca de Onrom. «Todos ellos acompañados por dos descendientes y sus dos fieles escuderos», pensó mientras se resignaba a la evidencia. Eran un grupo desunido y condenado al fracaso.

En cuanto zarparon, Coril, tras otear el horizonte desde lo más alto de una de las velas, lanzó un silbido con garra, advirtiendo así a Érika. Esta aterrizó con su dragón en la popa del barco, para sorpresa de los marineros, quienes corrieron desmadrados en busca de lanzas y arpones para defenderse.

—¡¿Qué diantres están viendo mis ojos, Coril?! —le preguntó

Onrom, con la boca torcida.

—Oh, olvidé mencionarte que yo también había reclutado a un amigo —se excusó el elfo—. Se llama Brifin, y es un dragón dorado.

—¡Ya veo que es un dragón! ¡No estoy ciego! ¡Solo espero que no se coma a mi tripulación!

—No se preocupe —intervino Érika—. Es bueno, y puede sernos de gran ayuda si nos encontramos con alguna bestia marina.

Las primeras horas de travesía fueron apacibles. El agua, tan diáfana como serena, se asemejaba a un inmenso cristal azulado capaz de reflejar tu mismísima sombra al tiempo que ofrecía una vista espectacular de los bancos de peces con los que iban tropezándose. Nico, poco habituado a contemplar el mar, admiraba su impoluta belleza mientras de reojo observaba al hada solitario, quien paseaba por el velero con aires altaneros buscando con qué entretenerse. Vio que sostenía un catalejo entre sus manos y que comenzaba a darle golpecitos esperando a que saliera proyectada una imagen desde su interior. O tal vez tratase de invocar a un genio.

—Dame. —Nico le arrebató el aparato y lo colocó sobre su ojo—. Es así como funciona. Sirve para ver el horizonte y vigilar si se acerca algún peligro.

—¡Vaya artilugio más tonto! ¡Pensaba que era mágico! —protestó con una voz grave, rasgada y algo impostada.

El hada cerró la boca al percatarse de que Nico lo analizaba sin ningún reparo y trató de ocultar aún más sus ojos tirando hacia abajo el gorro de lana bajo el que escondía su corto cabello. Endureció el mentón, buscó una postura más erguida y desafió al guardián con una mirada fiera.

—¿Por qué te has unido a este grupo? ¿Eres un hada rebelde o algo así?

—No es asunto tuyo.

—Bueno, lo es si yo he organizado esta misión.

—¿Acaso lo has hecho? —soltó con desdén mientras aguantaba la mirada del muchacho unos segundos que le parecieron interminables.

—Me han dicho que las hadas soléis ser seres vanidosos, prepotentes y algo rencorosos. Sin embargo, Silona me pareció todo lo contrario: dulce y compasiva. —Nico resguardó sus manos en los bolsillos y desvió su atención hacia un horizonte que se le antojó infinito—. No estoy dispuesto a aguantar a más traidores ni a ser más simpático con quien no se lo merece. Aquí estás solo. Decide tú cómo quieres pasar estos días antes de llegar a esas islas.

El hada, con la cabeza gacha, respiró profundamente y cerró los ojos un instante.

—No estoy de acuerdo con el régimen que existe ahora en mi comunidad —admitió por fin—. Ese presumido de Niber se aprovecha

de las debilidades de Silona y la obliga a tomar decisiones que ella no quiere. Bajo su mando, las hadas han formado un ejército, y después de derrotar a Lorius, quiere imponer su hegemonía en los bosques que una vez nos fueron arrebatados. Para mí, Niber es otro tirano más. Y si encontrando esa capa conseguimos que vuelva el equilibrio a Silbriar, no dudes que llegaré hasta el final. Ningún ser debe estar por encima de otro. Me llamo Tímbel —se presentó mientras le ofrecía su mano.

Nico la aceptó y pensó en la piel sedosa que poseían las hadas. No había imperfecciones en ella. En ese momento, sintió una enorme curiosidad por conocer cómo serían sus alas al tacto. Tímbel las mantenía ocultas bajo la ropa holgada que portaba. Sin duda, era un personaje extraño. Sus paisanos vestían de forma ligera y siempre lucían sus alas con orgullo, pero él tal vez las ocultase porque en ese barco la brisa era fresca y el ambiente, húmedo. Las hadas no estaban acostumbradas al mar, pues eran seres que apreciaban el verdor de los valles y las estaciones más cálidas.

Esbozó una sonrisa que pronto se desdibujó al distinguir a la nueva guardiana aproximarse a él con su habitual semblante serio.

—Deberías cenar algo ya. Hay judías del tamaño de limones y puré viscoso —le dijo, sin modificar la expresión de su rostro—. Tenemos el primer turno de vigilancia. Tu hermano y su novia harán el siguiente, y ya de madrugada continuarán el elfo y ese enano tan maleducado.

Nico apretó los dientes para no soltarle ningún improperio. Esa chica le revolvía el estómago, conseguía enervarlo como nadie nunca lo había hecho. Y desde luego que hablaría con Coril. No era justo que todo el peso de su desconfianza recayera sobre él solo porque Daniel y Valeria fueran ahora pareja y prefiriesen pasar tiempo juntos. Irritado, se dirigió al interior, dispuesto a devorar el asqueroso puré que había en el menú del día. Si tenía que aguantar durante horas interminables a Nizhoni, al menos debía de hacerlo con la barriga llena.

Desde la cubierta, observaba cómo el sol se despedía de ellos sin grandes festejos. Quizá porque el espectáculo de luces que tenía preparada la noche ensombrecía su cálido reinado. Las dos lunas silbrarianas, teñidas de un incierto color púrpura, hacían su aparición rodeadas de una corte de estrellas envejecidas. Nico, sentado sobre unas cajas, luchaba contra la acidez que le habían provocado las extrañas judías. Entretanto, Nizhoni contemplaba cómo el mar se había ennegrecido acompañando a un crepúsculo siniestro. El guardián de las botas hizo grandes esfuerzos para levantarse, hasta que al final lo logró. Empezaba a sentir las piernas adormecidas y deseó que las horas pasaran rápidas para tumbarse en la cama. Paseó de un lado a otro, con la mano en la barriga, como si así pudiera detener el correteo de las tripas en su interior. Se aproximó al timonel, quien bostezaba sin parar, y lo saludó. Pero este se limitó a asentir de

forma breve, sin darle la oportunidad de entablar una conversación.

«Qué aburrimiento», pensó. Volvió a dar otra vuelta por el barco, el cual, alumbrado por algunos candiles, continuaba su marcha hacia las islas. Se distrajo contando barriles; después, cajas, y luego se afanó en descubrir si ese cascarón de madera poseía cañones o armas con las que defenderse. Onrom había hablado de piratas fantasmales. Pero no encontró ningún artilugio que pudiera resultar de utilidad.

Cansado de vagar por la cubierta como un alma en penitencia, decidió que era mejor sentarse de nuevo y examinar el universo. Por lo menos, sobre su cabeza se abría un sinfín de elementos inexplorados. Pero antes de llegar a las cajas que lo habían aguantado en sus dos primeras horas de turno infernal, aparecieron unas extrañas luminiscencias que surgían del agua. Se dirigió a estribor con celeridad y dejó caer su labio inferior al distinguir unos diminutos seres que le recordaron de inmediato a las ninfas del oasis. Saltaban como los delfines, dicharacheras y juguetonas, sumergiendo sus cuerpos con elegancia, para luego elevarse y acompañarlos en la travesía. Al contrario que las del desierto, no poseían un único color. Estas tenían colas rojas, verdes, azules..., y emitían unos destellos que iluminaban todo a su alrededor.

Abrumado, Nico estalló en carcajadas. A continuación, comenzó a llamar su atención, atrayéndolas como si se tratase de pequeños mininos. Una de ellas, de cola esmeralda y cabellos del mismo color, se acercó a él con gran curiosidad. Le sonrió, sin dejar de batir sus alas elípticas, sacudiéndose así el agua que bañaba su cuerpecillo.

—Yo que tú no lo haría —lo advirtió Nizhoni, quien se había colocado a escasos dos metros de él.

—Las he visto antes, en el oasis —le dijo, sin apartar la mirada de la hipnótica ninfa—. Son como cachorritos, solo quieren jugar.

La guardiana soltó un bufido que él ignoró a propósito. Entonces, con su dedo índice, acarició la corta melena del pequeño ser de agua, que respondía a sus mimos con afectuosidad y con cierta coquetería. De repente, la ninfa abrió su boca, mostrándole una dentadura afilada, y, con mirada salvaje, mordió su dedo con saña. Nico gritó y el resto del grupo se abalanzó sobre él, hincando sus dientes en sus brazos y piernas. Alarmada, Nizhoni trató de apartarlas gritándoles y haciendo aspavientos. Al ver que no obtenía resultado alguno, apoyó la mano sobre su garganta y, entrecerrando los labios, dejó escapar los primeros compases de una melodía dulce y sosegada. Las ninfas, al escuchar el sonido, taparon sus orejas mientras se retorcían para tratar de impedir que la música penetrara en sus cuerpos. Finalmente, con agudos alaridos, se lanzaron al agua y se alejaron del barco sin mirar atrás.

Nizhoni se arrodilló ante el guardián de las botas y descubrió que

sangraba por las numerosas heridas que esos bichos le habían ocasionado. En ese momento, alertados por los gritos, observó cómo sus compañeros corrían hacia ellos. Daniel fue el primero en llegar, seguido muy de cerca de Valeria, quien analizaba preocupada y con interés todas las mordeduras que tenía el chico.

—¿Quién te ha hecho esto? —le preguntó mientras Daniel, desconfiado, escrutaba los ojos negros de la nueva guardiana.

—Han sido las ninfas del océano —le contestó Nizhoni, sintiéndose responsable—. Le dije que no jugara con ellas.

—¿Y no hiciste nada para que no lo atacaran? ¿Y por qué tú no tienes ningún rasguño? —la increpó Daniel.

Nizhoni se apartó del guardián de las botas al ver que el elfo se acercaba con rostro acusatorio. Ella se mantuvo firme, sin agachar la cabeza ni desviar la mirada. Después de unos segundos donde todos vociferaban e intentaban taponar las heridas del muchacho, decidieron trasladarlo al interior. Ella permaneció allí, en silencio, observando las aguas plácidas pero inciertas que los rodeaban, hasta que por fin llegaron para sustituirla. Sin mediar palabra, abandonó la cubierta y se internó en los camarotes, dispuesta a dormir a pierna suelta.

Impacientes, Daniel y Valeria escudriñaban el cielo. Brifin llevaba unas horas sobrevolando los confines de las tierras enanas en busca de alimento y temían que se hubiera perdido. Ya no alcanzaban a ver la costa. Hacía dos horas que habían rebasado los límites conocidos del mar de los enanos y ahora navegaban en unas aguas desconocidas, donde por desgracia habían descubierto la existencia de ninfas inquietantes. Se preguntaban qué otros seres los aguardaban en ese vasto océano.

Entonces, Valeria distinguió el batir de unas alas que se aproximaban desde el sur y esbozó una sonrisa agradecida en sus labios. ¡Brifin estaba de regreso! El dragón extendió sus extremidades inferiores y las posó sobre la popa, balanceando con ello ligeramente el barco. Valeria se aproximó a él y acarició con alegría su morro.

—¡Bien hecho, pequeño! Pero ya no podrás alejarte tanto. Buscaremos la manera de alimentarte.

Envuelta en una manta, la muchacha descansó junto al animal. Hacía esfuerzos por mantener los párpados abiertos, aunque su cuerpo sí que permanecía en constante alerta. Daniel charlaba con el capitán del barco, quien había decidido encargarse del timón tras la irrupción de las ninfas en la cubierta. Temía que un ser más grande y mucho más oscuro terminase engullendo su valiosa embarcación y que su futuro se fuera con ella. Si bien no lucía unas barbas largas y unos cabellos enredados, Angus no era un joven inexperto como pudiera parecer. Era el primer enano de raza negra al que había tenido el

gusto de conocer. Era fuerte y musculado, y su mirada segura le narraba los cientos de aventuras que había vivido en ese barco. Daniel admiraba su firmeza y aplomo. Ningún marinero bajo su mando lo cuestionaba.

—No me gustan esas nubes que están formándose a la derecha —confesó el capitán tras llevar minutos observándolas—. ¡Esas condenadas se mueven demasiado rápido!

—¿Qué nubes? —Daniel sondeaba el horizonte sin advertir el peligro del que hablaba.

—Debemos vigilarlas, no me gustan las sorpresas —añadió refunfuñando.

Daniel se alejó del capitán sin apartar la vista del microscópico cúmulo de nubes y se sentó junto a Valeria. Esta dejó caer su cabeza sobre el hombro del muchacho, quien se acomodó para rodearla con sus brazos.

—Angus está preocupado por unas nubes raras —le soltó, mostrando una mueca contrariada—. Están muy lejos de aquí, pero él es un perro marino y no sé...

—¿Deberíamos avisar al resto?

—La noche está tranquila: sopla el viento a nuestro favor y el mar apenas se mueve. ¡Dejemos que duerman! Si el capitán tiene razón, ya tendremos tiempo de avisarlos. —Acarició su melena mientras le apartaba algunos cabellos del rostro—. ¿Has podido dormir algo?

—Creo que sí..., hasta que los gritos de Nico me han desvelado. —Daniel endureció sus facciones—. Tu hermano está bien, no te preocupes por él. Zacarías nos dio varias esferas medicinales y contamos además con el agua del oasis. Se recuperará antes de que te des cuenta.

—No es él quien me preocupa —afirmó rotundo.

—¡Nizhoni! ¡Déjamela a mí! A partir de ahora, yo haré los turnos con ella. Seré su sombra.

Un inesperado vaivén los puso en guardia. Sobresaltado, Daniel comprobó cómo de la nada había aparecido un embudo de nubarrones sobre sus cabezas. Corrió hacia el capitán, quien soltaba injurias como un poseso mientras Valeria trataba de tranquilizar al asustado dragón, que se movía de un lado a otro sin control alguno. Sonaron algunos truenos en seco y, a continuación, una lluvia estrepitosa comenzó a empapar sus cuerpos. El barco daba tumbos como si fuera un coche circulando en una carretera llena de baches.

—¡Te dije que esas nubes no eran de fiar! —vociferó Angus.

—Pero ¿cómo han llegado aquí tan rápido? —le preguntó Daniel al capitán.

—No lo sé, muchacho —le dijo, intentando controlar el timón—, pero el viento arrecia con demasiada fuerza, así que nos arriesgamos a

que cualquiera de los tres palos se parta por la mitad. ¡Despiértalos a todos! ¡Que estén preparados para lo que sea que nos traiga esta tormenta! ¡No podemos perder las velas!

Daniel se dirigía a la cabina interior cuando se vio sorprendido por una ola que rompió sobre el costado del barco, consiguiendo que perdiese el equilibrio. Tambaleándose, logró sujetarse al palo mayor y, asustado, su mirada luchó por encontrar a Valeria. Al principio no la vio. Después, al alzar la barbilla, la descubrió sobre el lomo de Brifin sobrevolando la embarcación. El dragón había alzado el vuelo en cuanto detectó el peligro. Inquieto, se revolvía en el aire mientras ella trataba de calmarlo.

—¡Las olas son cada vez más grandes! —la oyó gritar.

Él se soltó del palo y trató de alcanzar de nuevo la entrada de la bodega. Al llegar allí, se sujetó con fuerza al marco de la puerta y comenzó a gritar. Pero ya los marineros, alertados por las sacudidas, subían los peldaños como podían. Tras ellos, distinguió a Coril y a Onrom, quienes blandían sus armas esperando encontrarse con algún monstruo de las profundidades.

—¡El capitán necesita ayuda! ¡Las velas van a romperse! —les dijo a los enanos mientras estos se desplegaban por todo el barco.

—¿Son los jinetes? —le preguntó Coril al llegar a su altura.

—No, creo que es una puñetera tormenta —le contestó convencido—. ¿Dónde están Nico y Érika?

—Algunos se han quedado para achicar agua —exclamó el enano—. Abajo no se ve nada.

Decidido, descendió por la escalera a la vez que llamaba a gritos a su hermano. Llegó hasta el estrecho comedor para luego dirigirse al pasillo que albergaba sus camarotes. Al fondo, distinguió a la nueva guardiana, quien sujetaba a Nico y hacía grandes esfuerzos por avanzar. El barco se movía demasiado. Su brusco balanceo impedía que mantuviese los dos pies en el suelo durante mucho tiempo. Daniel corrió a su encuentro.

—Nico, ¿estás bien? —Lo sujetó por la barbilla y comprobó que se encontraba algo mareado—. ¿Podrás sacarlo de aquí? No encuentro a Érika.

Nizhoni asintió y Daniel prosiguió su camino con el corazón encogido. Detestaba dejar a su hermano en manos de esa guardiana. Puede que Coril tuviese razón y fuese una espía con la única misión de vigilarlos para luego informar a su maestro. Desechó ese pensamiento de inmediato. No era el momento de considerar una nueva conspiración, sino de encontrar a la niña. Exhausto y avanzando con las manos apoyadas en ambas paredes, continuó inspeccionando los diferentes pasillos.

—¡Érika! —la llamó con urgencia—. ¡Érika!

—¡Estoy aquí! —la oyó responder. Con cierto alivio, corrió los últimos metros que la separaban de ella.

Espantada, Valeria contemplaba cómo el barco era asediado por las continuas olas y cómo sus tripulantes se desplazaban frenéticos de un lado a otro para intentar minimizar los daños que estaba ocasionando la tempestad. Brifin había dejado bien claro que aborrecía el agua. Al fin y al cabo, era un dragón del desierto, y ella temía que sus movimientos incontrolados la hicieran precipitarse al mar. Lo había alejado con prudencia del velero, impidiendo así que se golpease con alguno de los tres palos o que terminara desgarrando las velas. Ahora lo reconducía hacia el oeste, alejándolo del núcleo de la tormenta. Pero el dragón había comenzado a escupir fuego sobre las olas, pensando que así podría ayudar a sus amigos, quienes aún permanecían en el barco.

—¡Brifin, no! —le reprochó, sin apartar la vista de una nueva ola que envolvió por completo el navío durante unos segundos que le parecieron interminables—. ¡Dios mío! ¡¿Qué podemos hacer?!

De repente, sus ojos se posaron en una pared de agua que se dirigía hacia ellos a gran velocidad. Nunca había visto nada igual. Las olas a las que se habían enfrentado hasta ahora eran una nimiedad en comparación con ese gigante marino. Era del tamaño de un rascacielos y parecía poseer la consistencia de un muro y el color oscuro del hollín. Era imposible que la naturaleza creara una ola tan desproporcionada.

—¡Brifin, tenemos que avisarlos! ¡Vas a tener que acercarte al barco!

El dragón rugió sobre sus cabezas, tratando de llamar su atención, pero todos estaban volcados en asegurar la embarcación. Valeria distinguió al capitán, quien, vociferando, les daba instrucciones a sus marineros sin soltar el timón. Empapado, el hombre resistía las continuas embestidas del mar, que más de una vez le hicieron tragar agua. Vio también a algunos hombres que se deslizaban por la cubierta queriendo aferrarse a algo que les impidiese terminar despedidos por la borda. Y, finalmente, prestó atención al elfo, quien, encaramado al palo mayor, hacía grandes esfuerzos por sujetar la vela.

—¡Coril, Coril! ¡Viene un tsunami! —El elfo dirigió su mirada hacia el cielo y descubrió a Valeria tratando de saltar sobre la cofa, donde habitualmente se colocaban los vigías—. ¡Es una ola enorme! ¡No tenemos mucho tiempo!

—¡¡Se acerca una ola gigante!! —se desgañitó el elfo, advirtiendo a todos los que se encontraban en cubierta.

—¡Brifin, aléjate! ¡Vete de aquí! ¡El barco no va a resistir! ¡Fuera! ¡Largo!

A duras penas consiguió disuadirlo de que permaneciera junto a

ellos. En cuanto lo vio alejarse, tomó conciencia de la altura en la que se encontraba y cerró los ojos por un instante. Tenía que bajar de allí, ¡avisar al capitán! Debía haber algo que este pudiera hacer para que el velero no terminara hecho añicos y ellos, ahogados en un mar desconocido.

Daniel llegó a la cubierta en el momento en el que Valeria saltaba desde el dragón al barco. Los gritos del elfo lo alertaron y miró hacia arriba, horrorizado al descubrir que Valeria agitaba los brazos desde el puesto del vigía.

—¿Qué pasa, Dani? —le preguntó la pequeña.

—¡Viene un tsunami! ¿Sabes lo que es? —Ella negó con la cabeza —. Un muro de agua del tamaño de un edificio. Quiero que te pongas la caperuza y te agarres muy fuerte a ese palo que sujeta la vela. Yo tengo que buscar a Nico. Está sin fuerzas, no podrá agarrarse a nada en su estado.

La niña, ya invisible, mantenía el equilibrio como una funambulista sobre una cuerda. Se dirigió al lugar que le había indicado Daniel y comprobó de primera mano el caos en el que estaba inmerso el barco. Dudó unos segundos mientras escuchaba los diferentes chillidos que llegaban a sus oídos de todos los lados de la embarcación. ¿Y si ella pudiera hacer algo? Después de que otra ola pasara por encima de ella sin siquiera mojarla, corrió hacia la proa, decidida. Una vez allí, cerró los ojos, colocó los brazos en cruz y se concentró en su invisibilidad.

Daniel localizó a su hermano en la popa. Nizhoni trataba de atarlo con una cuerda al palo de mesana. Nico apenas se mantenía en pie. Tenía fiebre y era incapaz de activar sus botas cuando una ola arremetía contra él. Si era verdad que se acercaba un muro de agua tan brutal como gigantesco, ella no podría protegerlo.

—¡¿Qué estás haciendo?! —le reprochó Daniel.

—¡Salvarle la vida..., por el momento! ¡Por dos veces he impedido que fuese arrastrado por el mar!

—Pero ¡si llega esa ola, no tendrá ninguna oportunidad si está atado!

—¡Mira a tu alrededor! ¡¿Cuántos crees que vamos a sobrevivir?! Cuando ese tsunami llegue, hará añicos esta caja de cerillas. ¡Vamos a irnos todos a la mierda! ¡¿Quieres hacer algo por tu hermano?! ¡Pues abrázate a él y reza si crees en algo!

Daniel apretó los dientes hasta sentir que le dolía la mandíbula. Ella tenía razón. El barco no aguantaría, desaparecería, y todos con él. Agarró el otro extremo de la cuerda y ayudó a la guardiana a atar a Nico. Este balbuceaba palabras sin sentido mientras su barbilla golpeaba una y otra vez su pecho.

—Creo que yo puedo hacer algo —intervino Tímbel, que había escuchado la conversación entre los dos guardianes—. El polvo de

hadas puede ayudarlo.

—Ya le hemos puesto ungüentos y agua del oasis en las heridas, pero todavía no le han hecho el efecto esperado. Y ya no hay tiempo —se lamentó Daniel.

—Es porque los dientes de las ninfas contienen veneno —le aclaró Nizhoni—. Tiene que estar ya en su torrente sanguíneo, por eso la fiebre. ¡Su cuerpo está luchando! Necesita beber el agua del oasis. Pero cada vez que da un sorbo, la escupe. Por eso todavía no se ha recuperado.

—El polvo de hadas es inmediato, lo hará recobrar el sentido.

—¿Y por qué no lo has usado antes? —le espetó el guardián de la espada.

—Porque no se trata de una hierba curativa. El polvo de hadas funciona como un encantamiento, y es terriblemente adictivo. Los humanos, cuando están bajo su efecto, quieren más y más porque los dota de una energía que jamás han experimentado. Creen ser invencibles, y su osadía, a veces, los lleva a cometer actos estúpidos. Pero bien administrado, con la dosis justa, no tendría que existir el problema.

—¡Hazlo! —Daniel tragó saliva y cruzó la mirada con Nizhoni. Ella le mostraba su disconformidad, advirtiéndolo de que podría ser peligroso.

El hada depositó un poco de polvo dorado en la palma de su mano y lo sopló con delicadeza, esparciéndolo sobre el rostro aturdido de Nico. A continuación, se acercó a su oreja y, con dulzura, le susurró unas frases de aliento:

—Abre los ojos, mi querido guardián. No estás enfermo ni cansado. Ha llegado la hora de la verdad. Eres valiente, inteligente, y estás preparado para sortear cualquier obstáculo que se presente. ¡Despierta, despierta!

Nico frunció el ceño, con los ojos todavía cerrados. Le pesaban los párpados. Se llevó una mano a la frente y comprobó, confundido, que todo su rostro estaba empapado. Finalmente, despegó los labios y miró a su alrededor, percatándose de que estaba atado por la cintura a un palo.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó, tratando de liberarse.

—¿Tus botas saben correr por el agua? —Daniel estalló en carcajadas que pronto se silenciaron al divisar por fin la gran columna de agua que se erigía sobre ellos. Inquieto, buscó a Valeria por última vez. Continuaba en el puesto de vigía y le tendía la mano a Coril, quien trepaba por el palo para llegar a ella. «Al menos no morirá sola», pensó.

—Nico, tenemos que buscar a Érika.

Tiró del elfo hasta quedarse sin aliento. Él le agradeció su ayuda

cuando se colocó a su lado y, resignados, contemplaron la terrible oscuridad bajo la que terminarían sepultados. El rugido del agua era atronador. Ya no se escuchaban los chillidos desesperados de todos los que se encontraban en la cubierta, ya nadie luchaba por salvar la embarcación. Hasta Angus se había rendido y se abrazaba al timón como si fuera su esposa, con la que se rencontraba después de años navegando. Iban a ser engullidos por una boca líquida imparable.

—¿Tus flechas no serán capaces de partir esa ola en dos? —preguntó Coril, a sabiendas de la respuesta. Valeria rio ante la ocurrencia y se agarró de su brazo—. Siempre pensé que lo conseguiríamos, que después de ese condenado desierto, nada podría ser peor.

—¡Lo siento, Coril!

—Tú no tienes la culpa, nadie de aquí la tiene, solo ese maldito brujo que nos ha traído hasta aquí. Ha sido un placer combatir a tu lado, Valeria.

El barco trataba de hacer un ascenso infructuoso desde la base de la ola ante las miradas expectantes de aquellos que se atrevían a encarar la muerte. ¡Iban a volcar! Valeria se abrazó al elfo, maldiciéndose porque no había logrado llegar hasta Érika, no la había visto. Supuso que sería invisible y se encontraba con Daniel. Quizá ella tuviera una oportunidad.

La onda se inclinó sobre ellos y, en ese instante, el tiempo se detuvo. Ella levantó la cabeza y admiró el poder del agua que comenzaba a cercarla. Pero pronto se percató de que esta no llegaba a rozarla, ni siquiera a mojarla. Confundida, clavó los ojos en Coril, quien también buscaba respuestas. ¡La ola los cubría sin tocarlos!

Entonces, miró hacia abajo y avistó la capa roja de Érika, que ondeaba sublime emitiendo destellos plateados como nunca antes había visto. ¡Su hermana había conseguido envolver la embarcación con un escudo impenetrable, tal y como había hecho en el poblado de los elfos! Pero ¿cómo lo había conseguido? ¡No tenía la daga tirmiana!

Onrom corrió hacia la pequeña lanzando vítores y saltando con los brazos en alto, exaltado. El agua se deslizaba sobre el cristal de la cúpula invisible de la niña como una serpiente resbaladiza, tratando de aferrarse a él y buscando el hueco por el que infiltrarse. El enano se situó frente a ella, y fue entonces cuando observó que sus particulares ojos verdes se habían tornado azul vidrioso, casi fantasmagóricos. Bajó las manos de forma repentina y se quedó clavado ante ella mientras pedía auxilio.

Érika estaba en trance. Había experimentado esa hipnótica sensación cuando quiso poner a salvo a sus amigos y a los elfos de la furia de los jinetes. Pero aquella vez se había limitado a admirar los continuos chispazos de los colores vívidos que aparecían ante ella.

Ahora no solo había una muestra completa de las tonalidades del arcoíris, sino que además estaba presenciando una serie de imágenes que brotaban del fondo de su propio escudo y la asaltaban en sucesión. Érika volvió a ver a su hermana Lidia con el puñal, para después contemplar cómo sus venas se teñían de negro y su mirada oscura se alzaba impertérrita sobre un cementerio de cadáveres.

12

Maldición

Zacarías irrumpió en el Refugio como un vendaval, tan furioso y con tal brusquedad que consiguió amedrentar a los generales que trataban de calmarlo. Les ordenó de inmediato a sus soldados que arrestaran a Máximus Belemis y lo trajeran ante él. De igual forma, los magos que se opusieran a su decisión y se mantuvieran al lado del traidor serían encarcelados sin ningún miramiento. Debía llegar al fondo del asunto costara lo que costara.

Una vez que la amplia biblioteca fue desalojada, entró en ella y, con una mueca de disgusto, comprobó la sala de mando en la que la habían convertido: estanterías apartadas para colocar una mesa de dimensiones desorbitadas donde se representaba el campo de batalla, un enorme mapa de Silbriar desplegado en la pared ocultando los tratados más antiguos, aquellos que hablaban de paz y de amnistía, libros desperdigados por el suelo y usados como improvisados escalones para marcar en lo más alto el avance de las tropas enemigas. ¿Cómo podía ser que la guerra convirtiera a las mentes más brillantes en ignorantes cegados por el poder? Se maldijo a sí mismo por su necedad. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Cómo no lo había visto venir? ¡Era un simple peón en esa macabra estratagema que su viejo amigo había elaborado!

Clavó la vista en sus dos fieles pupilos, quienes, con rostros dubitativos, lo seguían sin hacer demasiadas preguntas, y se lamentó de ser un terrible ejemplo para las nuevas generaciones. En esos jóvenes magos estaba el futuro de Silbriar, y él no había estado a la altura como maestro, como presidente del Consejo ni, lo que era peor, como persona.

—Por favor, buscad a Bibolum y liberadlo. Quiero que esté presente en el interrogatorio.

Apesadumbrado, se sentó mientras escuchaba voces provenientes de los pisos superiores. Algunos rebeldes estaban oponiendo

resistencia a su ordenanza. Desazonado, respiró y apoyó los codos en la mesa al tiempo que se frotaba las manos, tratando así de aligerar su nerviosismo.

No tardó mucho en apreciar la indignación que acompañaba al semblante severo de su viejo amigo. Belemis, escoltado por cuatro soldados, los amenazaba y les profería insultos por mantenerlo sujeto por ambos brazos. Al ver al mago de las Montañas Sagradas, se deshizo de ellos y avanzó con descaro hacia él mientras se sacudía su emblemática túnica gris. Lo desafiaba con una soberbia más agresiva de lo habitual.

—¿Qué haces aquí, Zacarías? ¿Por qué le has dicho a tu panda de descerebrados que me retengan? ¡Deberías estar custodiando los bosques del norte! ¡Tú serás el único responsable si Lorius consigue abrirse paso por allí!

—¿En serio, querido amigo? —le dijo, sin abandonar su posición—. ¿No sería el responsable también si sus tropas llegaran hasta aquí por el sur? ¿Acaso no es lo que querías: mi cabeza como presidente del Consejo al demostrar mi gran ineptitud?

Belemis achicó la mirada y distinguió un brillo inusual en sus ojos cansados. Él no era así. No le interesaba la política ni era capaz de tomar grandes decisiones cuando se presentaba una dificultad. Siempre se había mantenido al margen de los asuntos más espinosos. Zacarías era un gran mediador pero un pésimo estratega. Precisamente por ello, él había avalado su candidatura como presidente del Consejo. Todos lo estimaban por su talante pacifista y dialogante. Y era verdad que había tratado de impedir por todos los medios aquella guerra, por eso su decisión de enviar las tropas a los puntos más conflictivos fue recibida con aplausos por todos. Zacarías lo había intentado hasta el final. Y fue entonces cuando él mismo lo alabó ofreciéndoles su ayuda. Pero ¿qué había cambiado? ¿Acaso conocía sus planes? ¡No, no podía ser! ¡Porque nadie en ese maldito lugar los conocía!

—Sabías que nadie apoyaría tu candidatura porque, a pesar de ser un excelente mago, eres prepotente, irreflexivo y demasiado testarudo —añadió el maestro de las Montañas Sagradas—. Por eso te centraste en que me eligieran a mí. Pero no como un acto bondadoso y desinteresado, sino porque me necesitabas para manejarme como a un títere. ¡Te aprovechaste de nuestra amistad! ¡Por los ancestros, ¿cómo pudiste hacerlo?!... ¡Contéstame! ¿Desde cuándo colaboras con ese radical de Lorius?

—¡No sé quién te ha metido esas ideas absurdas en la cabeza! ¡Estás delirando! Quizá tu salud esté resintiéndose. Estás muy mayor y puede que no estés en grado de continuar en el Consejo.

—¡Escúchame por una vez en tu ingrata vida! —Zacarías golpeó la mesa con furia y, por un momento, Belemis se sorprendió de que

rompiera esa actitud equilibrada—. Guardé tu mayor secreto cuando me contaste que tu hijo se había enamorado de una guardiana. Pude denunciarlo, pero no lo hice por lealtad a ti. Te acompañé en tu dolor cuando Hanis fue asesinado y volviste a confiar en mí, revelándome que Kirko y Kayla son tus nietos biológicos. Solo quiero entender el porqué. ¿Por qué me has mentido? ¿Por qué me has utilizado? ¿Y por qué quieres la destrucción de Silbriar?

—¡Oh, mi querido amigo! ¡Tú nunca has entendido nada! —Se acomodó en una silla sin que fuese invitado y esbozó una sonrisa de medio lado—. Antes, todas las comunidades de Silbriar tenían sus propias reglas. Cada cual permanecía en el territorio que le correspondía. Los Bosques Altos pertenecían a los elfos; los Plateados, a las hadas, ¡incluso los mestizos tenían su propia región! Pero ¡¿en qué se ha convertido nuestra casa?! ¿Mestizos que pueden ser magos? ¿Descendientes con sangre humana? ¿Qué será lo próximo, Zacarías? ¿Elfos con alas de hada? ¿Gnomos con barbas de enano? ¡Silbriar ha degenerado!

—Pero tu hijo se enamoró de una humana...

—¡Mi hijo cometió alta traición! —Se levantó, derribando la silla en su ímpetu.

—¡Así que es verdad! Cuando me lo dijeron, no quise creerlo. Tú apoyaste la decisión de Lorius cuando encargó el asesinato de esa guardiana y de tu propio hijo. —El mago escudriñó en los ojos de su amigo, buscando un atisbo de bondad—. ¡¿Cómo fuiste capaz de hacer tal cosa?! ¡¿Cómo permaneciste sentado mientras ejecutaban la orden?! ¡¿Quién lo hizo?! ¿Alguno de tus más fieles pupilos? ¿Jersen, Peval? —Belemis torció el gesto—. Debí suponerlo. Peval obtuvo un merecido ascenso después de eso. Lorius le encargó la enseñanza de tus nietos. ¡¿Cómo pudiste entregarle a los niños?

Máximus Belemis paseó por la estancia guardando silencio unos instantes. Contempló en el mapa el avance de las tropas de Lorius y no pudo evitar sentir satisfacción. Había cumplido con su misión. Ya no importaba que el atolondrado de Zacarías lo hubiera descubierto. Era demasiado tarde. Lorius irrumpiría en el Refugio y acabaría con todos ellos. Sintió lástima por su amigo. No era el final que hubiera deseado para él. Habría preferido que se arrodillase ante el brujo y aceptase el nuevo orden. Al fin y al cabo, siempre estuvo a su lado, acompañándolo en los buenos y malos momentos.

Con aire condescendiente, se giró hacia él y le respondió:

—Pensábamos que se trataba de los descendientes, pero cuando nos dimos cuenta de nuestro error, Lorius decidió asignarles un maestro y criarlos como si fueran sus propios hijos. Aunque no fueran de la realeza, había magia en ellos. Una magia que podría sernos de utilidad.

—¿Acaso escuchas tus palabras necias? —Zacarías apartó la silla y se aproximó a su amigo—. ¿Cómo has podido engañarme durante tanto tiempo? ¡¿A mí?! ¡Que siempre he permanecido a tu lado!

—Quise pedirte que te unieras a nosotros muchas veces, como muchos de mis alumnos hicieron, pero..., a pesar de que siempre te he apreciado como amigo, ¡eres un pésimo mago! ¡Mírate, Zacarías! En la Gran Guerra no contaste con tu propio destacamento. Estuviste en el batallón aéreo de Bibolum sin pena ni gloria. Y, como un cobarde, huiste a las Montañas Sagradas cuando le viste de nuevo las orejas al lobo. Incluso ahora que eres el presidente reniegas de tu cargo y prefieres que te den órdenes sin cuestionarlas siquiera. —Zacarías aguantaba los reproches sin apartar la vista del rostro irreconocible de Belemis. ¿Cuándo había decidido considerarlo su enemigo?—. Y, sin embargo, el destino es caprichoso. Quiso que tú entrenaras a Esther, ¡una descendiente! ¡Fuiste tan inepto que ni siquiera reconociste que estabas ante alguien valioso!

—Pero la convirtió en una gran guerrera. —Bibolum se detuvo en el umbral al escuchar las injurias que Belemis profería sobre el mago de las Montañas Sagradas—. Él la entrenó para ser la mejor guardiana, para ocultarse cuando fuera necesario y para enfrentarse sin dudarlo al mayor enemigo que jamás ha tenido Silbriar. Y, gracias a ello, sus hijas han llegado hasta aquí y la Resistencia existe.

Zacarías agradeció su defensa, pero no bastó para evitar que lo invadiera un abrasador sentimiento de culpabilidad. Había estado tan ciego durante tanto tiempo que toda su vida había perdido sentido. Observó al gran mago, quien entraba en la biblioteca apoyado en un endeble bastón y con rostro demacrado. Había perdido peso y parecía haber envejecido años. Belemis le había sugerido su encarcelamiento y ahora entendía el porqué. Necesitaba que el mejor rival que jamás había conocido estuviese preso para que así no pudiera entorpecer sus planes.

—¡Compañeros! ¡Todavía estáis a tiempo de rectificar! Os invito a uniros a nuestra causa. —Belemis extendió los brazos como si quisiera envolverlos—. Silbriar lleva mucho tiempo en peligro.

—¿Este ofrecimiento pensabas hacérmelo cuando le hubieras entregado mi cabeza al pueblo o cuando Lorius hubiera arrasado con todo? —le preguntó con sorna Zacarías.

—¿Cuándo piensas decírselo? —Bibolum mantenía el ceño fruncido y la mirada clavada en los ojos marrones de Belemis, quien, estupefacto, negaba sin comprender—. He tenido mucho tiempo para pensar mientras estaba recluido, y me han bastado unas cuantas horas y una conversación con las descendientes para deducir que fuiste tú quien mató a Esther cuando tu lacayo falló. Sí, ella consiguió abatir al mago que tú mismo enviaste. Pero al ver que no se comunicaba

contigo y temiendo la reacción de Lorius si no cumplías con esa misión, tú mismo la interceptaste en la carretera cuando regresaba a casa.

Con el rostro desencajado, Belemis rio mientras se apartaba de ellos a la espera de represalias. Pero Zacarías impidió que abandonase la estancia agarrándolo por la túnica y comenzó a zarandearlo.

—¡¿Es eso verdad?! ¡¿Cuánta sangre cabe en tus manos?! ¡¿Cuánto daño le has hecho a la magia?! —Lo empujó, y el mago del Valle cayó al suelo sin dejar de sonreír. Zacarías quiso arrancarle esa falsa alegría de su rostro, pero Bibolum se lo impidió.

—Hasta los traidores merecen un juicio justo —señaló—. Nosotros debemos prepararnos para un ataque.

—Las descendientes me dijeron que Lorius quiere destruir el Refugio.

—Y no se equivocan, Zacarías, no se equivocan.

Rastreaba los numerosos arbustos que plagaban aquellas tierras desconocidas. Debía mantenerse vigilante por si algún lopiard hacía aparición. Llevaba semanas en esa zona, obcecada en cubrir cada centímetro de esos campos interminables y repletos de flores de todas las especies inimaginables. Seguía sin comprender por qué el Consejo había preferido enviar a los elfos lejos de su nuevo hogar, el que apenas habían comenzado a construir. Ella había expresado su deseo de defender su territorio, muy cercano al Bosque de las Almas Perdidas, pero las órdenes habían sido tajantes: debía dirigirse al oeste.

Insufló una bocanada de aire que hinchó de coraje sus pulmones y, contrariada, observó cómo un pequeño destacamento se dirigía a su posición. Distinguió entre ellos a su hermano Lucian, quien ahora ostentaba un puesto en el codiciado Consejo.

—¿Qué sucede? —le preguntó desconfiada.

—Debemos replegarnos. Lorius se dirige al Refugio. Quiere destruir el centro de mando de los aliados. —El elfo torció el gesto y carraspeó varias veces—. Por lo visto, nos han engañado como a dos gnomos mansos. Han descubierto que Belemis trabajaba para Lorius y que todas sus indicaciones las había hecho con un único fin: allanarle el camino para la victoria.

—¡¡¿Quééé?!! —Euren estaba fuera de sí—. ¡Ese maldito mago me las pagará!

—Hermana, esto es más grave de lo que piensas. Ese mago nos prometió tierras libres si apoyábamos la moción para destituir a Bibolum y asesinar a las descendientes.

—¿Y eso qué importa ahora? Esas cobardes regresaron a su mundo al descubrir que su hermana era oscura, tal y como les advertimos.

—Las descendientes han regresado y Zacarías ha anulado la orden de muerte que pesaba sobre ellas. Todo fue una trama que orquestó el mismísimo Lorius y que Belemis llevó a cabo con inteligencia. Acabando con las humanas, se aseguraba el trono de Silbriar.

—¡No, no, no! Yo no quiero que unas humanas estúpidas sean las nuevas regentes de Silbriar. ¡No tienen derecho!

—Son las descendientes de Ela.

—¡¿Y qué?! Ya es hora de quitarles la máscara a esas impertinentes. ¡Me importa poco que corra sangre de Ela por sus venas!

—Pero gracias a ellas pudimos destruir la Fortaleza. ¡Rescataron a Silona! Quizá nos hemos equivocado al no valorar todas las opciones. Puede que necesitemos su ayuda de nuevo.

—¡Una de ellas se volvió oscura!

—Las nuevas órdenes son claras: tenemos que proteger el Refugio, y los guardianes, ayudar a las descendientes, como es su deber. —Lucian suspiró incómodo ante el silencio férreo de su hermana—. He reforzado nuestro nuevo hogar con algunos hombres. Allí permanecerá nuestro padre. Apenas puede defenderse ya. Y antes de venir a hablar contigo, lo he hecho con él. Quiere que acatemos las nuevas órdenes y nos unamos a los aliados. No tenemos nada más que discutir.

Lucian le dio la espalda y se dispuso a reunir a todos los elfos que estaban concentrados en esos campos. Euren lanzó un bufido que revolvió sus entrañas. Avanzó hacia el frente, alejándose del grupo. Estaba furiosa con ese mago del Valle que les había prometido libertad y una paz duradera. ¡¿Cómo había caído en su engaño?! Si era cierto y había hecho un pacto con Lorius, significaba que él también buscaba su sometimiento o, lo que era peor, su extinción. Gritó. Gritó hasta perforar su garganta. Una nueva traición asolaba su alma.

Pensó en Coril y en cómo su devoción por el gran mago lo había apartado de su propio pueblo, en cómo su fe por las descendientes, y en especial por la insípida de la guerrera, volvía a desplazarla de su corazón. Al principio, quiso ayudar a esas tres estúpidas porque se contagió de la alegría que todos irradiaban al hablar de las profecías. Pero ella no era tonta. Una hermana oscura bastaba para aplastar esa ingenua esperanza. Y esa humana de la ballesta le recordaba tanto a Anael, tan benévola como exasperante, que la devolvía una y otra vez al día de la masacre de su pueblo; no a los chillidos de sus paisanos ni a la muerte de su madre, sino al continuo pensamiento que la torturaba ya horas antes de que los lopiards entraran en el poblado: ¿Sería capaz Coril de abandonarla y acompañar a Anael en su fuga? Y la respuesta que la bombardeaba sin cesar siempre había sido la

misma.

Triunfante, la bruja recorría las habitaciones del castillo. No era para menos. Sus tropas dominaban todo el Sendero de las Piedras Silentes. Ya existían pueblos que le habían jurado absoluta fidelidad. Los primeros bastiones de los aliados habían sucumbido sin oponer mucha resistencia, y un ejército de lopiards se disponía a escoltarlos hasta el norte. Ella habría preferido permanecer en el interior de su ciudadela hasta que sus generales no hubiesen tomado el castillo de Silona y el tan codiciado Refugio, pero comprendía las motivaciones de Lorius: todos debían admirar y arrodillarse ante la fuerza del vínculo. Y aunque la descendiente se mostrara todavía reacia a sacrificar a su maestro peludo, esperaba haber resuelto ese problema.

Entró en el Salón de los Nenúfares portando un paño rojo escarlata en sus manos y divisó de inmediato a Lorius con los mellizos. Se acercó a él y le estampó un beso en la mejilla, dejando la huella de sus labios en su piel arrugada. Él se limitó a dedicarle una sonrisa cordial que apagó en cuanto ella se acomodó en su cuidado «trono».

—¿Y bien? —le preguntó al advertir los rostros sombríos que la rodeaban.

—¡Belemis ha sido apresado! —anunció Lorius con pesar—. Pero antes pudo enviar un mensaje: que los aliados comienzan a replegarse y que… ¡las descendientes han vuelto a Silbriar!

—¿Y dónde están? —volvió a preguntar, sin mostrar mucho interés.

—Pues nadie lo sabe. Pero ¿quieres que te lo diga yo? ¡Buscando esa maldita capa!

—Es decir, que no están en el Refugio y, por lo tanto, tenemos el camino despejado para que nuestra humana llegue allí sin que sus hermanas se entrometan en nuestros asuntos. —Se miró las uñas y comprobó con horror cómo una de ellas estaba rota—. No veo cuál es el problema.

—Moira, no entiendo por qué hoy estás tan distraída. ¡No subestimes a esa panda de guardianes! Nos han dado muchos problemas en el pasado.

La bruja se alzó, con el pecho henchido y el cuello bien estirado, presumiendo con ello de sus modales aristocráticos, y le entregó el paño rojo.

—Tus hijos poseen dos objetos mágicos, además de sus destrezas innatas. En unos días llegaremos al Refugio y a esos memos no les dará tiempo de reagruparse —se jactó, orgullosa de sus deducciones —. Además, he conseguido con éxito una de las tantas cosas que me has pedido, querido… ¿Dónde está la andrajosa?

Lorius dedujo por el tacto que el paño envolvía el arma que le arrebataría la vida al mestizo apestoso. Se permitió respirar aliviado, e incluso besar sin expresar repulsión la mano que le ofrecía Moira de manera galante. Por más que quisiera negarlo, la bruja era poderosa. La necesitaba para que fuera borrando los continuos tachones que sus magos incompetentes iban realizando en su sagrado plan de conquista. Escuchó entonces unos pasos titubeantes que se acercaban y dirigió su mirada a la entrada. ¡La humana había llegado!

Lidia frunció el ceño al comprobar que todos se encontraban allí presentes. Le resultó extraño que no la hubieran avisado con antelación. Cuando se convocaba una reunión importante, la advertían desde primera hora de la mañana para evitar incómodos retrasos que pudieran enfurecer al hechicero. Ella se había acostumbrado a sus manías y trataba de comportarse con disciplina cuando él la requería. A la bruja la llenaba de halagos y así conseguía que incluso fuera tierna con ella. Pero a la que esquivaba continuamente era a Kayla. No la soportaba, y el sentimiento era mutuo, por eso trataba de no encontrarse a solas con ella en una habitación.

—¿Ha pasado algo? —preguntó, mostrando su confusión.

—¡Al contrario, bonita! ¡Acércate! Tenemos un regalo para ti —la invitó Moira, recibiéndola con los brazos abiertos.

Ella se detuvo frente al brujo y, tras coger el misterioso paño que le ofrecía, le dirigió una mirada interrogante a Kirko. Este arqueó las cejas y negó con la cabeza, confirmándole que desconocía el contenido del regalo. Ella abrió la tela con cierta expectación e incluso algo de miedo. No estaba acostumbrada a que los dos brujos la mimaran de esa manera. Por fin, descubrió un extraordinario puñal plateado engarzado en su empuñadora con varias piedras negras. Arrugó el rostro, contrariada. ¿Por qué esos dos le regalaban un arma? ¿Querían que tuviese la oportunidad de defenderse si los asaltaban en su camino hacia el norte? Y, entonces, comprendió. Retrocedió unos pasos mientras aparentaba sentir una felicidad que se le resistía.

—¡Es precioso! —exclamó, sin saber qué más decir.

—Lo he mandado forjar especialmente para ti —añadió la bruja—. Ha sido todo un desafío.

Lidia torció el gesto y volvió a clavar su mirada en Kirko, quien con mucha curiosidad se dirigía hacia ella.

—No vamos a mentirte —intervino Lorius—. Es el puñal que utilizarás cuando llegue el momento de acabar con la vida de tu anterior maestro, esa ardilla insolente. Y tampoco quiero engañarte: no me fio de ti todavía, por eso esta arma está hechizada. No podrás utilizarla contra ninguno de los aquí presentes, a riesgo de poner en peligro tu propia vida. ¿Lo has entendido..., «bonita»?

Ella trataba de mantener una entereza que iba perdiendo poco a

poco. Paseó sus ojos por cada uno de los integrantes de su «nueva familia», y solo en el rostro de Kirko encontró la comprensión que buscaba. Él ya se lo había advertido. Buscarían la manera de que ella matara al señor Moné, sin importar las argucias, ni tan siquiera su propia voluntad.

—Sostén mejor el mango, querida —le sugirió la bruja a la vez que se acercaba a ella y la obligaba a apretar con fuerza la empuñadura—. ¿Recuerdas la daga tirmiana, esa que forjaron mis ancestros? Pues este puñal ha sido consagrado a la noche, de la que yo me nutro, y su poder es comparable al que crearon mis antepasadas.

—Pero yo no tengo mis zapatos para ampliar... —Se calló al ver que ella alzaba una ceja y la escudriñaba como si fuese una completa idiota.

—¡Oh, por todos los astros! ¡Eres una hugui! Tu tatarabuelo o lo que fuese era un mago. Ya existe la magia en ti, solo que no ha despertado todavía. El entrenamiento que te dio ese mestizo fue escaso y se limitó a que controlaras tu objeto a través de tu mitad humana. Pero ¿qué hay de la otra? —Ella tragó saliva. No se atrevió a rebatir los argumentos de Moira—. Bien, mírame a los ojos... ¡Perfecto! *Ad regis via zanis, melius te puo minara.*

Sujetándola por la barbilla, la bruja comenzó a recitar un conjuro del que ella desconocía los efectos. Su primer impulso fue huir, refugiarse en su habitación y esperar a que ese arrebato de Moira se disipara para que la dejara nuevamente tranquila, como había hecho en las semanas anteriores. Pero no pudo moverse, algo se lo impedía. Entonces, una fuerza incontrolable brotó de sus entrañas e invadió su estado de ánimo, abatido y temeroso. Sentía como si todas las células de su cuerpo estallasen al mismo tiempo y revolviesen su interior. Miró el endiablado cuchillo y quiso abrir el puño para desprenderse de él, pero este la dominaba. ¿Qué estaba ocurriéndole? ¿Qué le hacía la bruja?

Moira dejó de hablar en su idioma tirmiano y, tras apartarse de ella, sonrió satisfecha. ¡Ya la tenía! Podía sentir el poder que emanaba con furia desde sus vísceras. Observó cómo el blanco de sus ojos se teñía de negro y cómo sus cabellos se volvían más oscuros. Todo su cuerpo reaccionaba a la nueva energía que absorbía a través del puñal. Estaba acelerando la transformación de la descendiente.

Kirko contemplaba horrorizado cómo la respiración de la muchacha se debilitaba. Trató de agarrarla por la cintura y tranquilizarla mientras clavaba sus ojos despiadados en los de su padre.

—¡¿Qué le habéis hecho?!

De repente, Lidia profirió un alarido desgarrador y se llevó las manos al vientre. ¡Le dolía! ¡Era inaguantable! Sintió unas náuseas

repentinas que le produjeron sendas arcadas. Quería vomitar, pero no podía. Tosió, intentando expulsar esa sensación angustiosa que de pronto anidaba en ella. Buscó la mano de Kirko, la cual todavía la sujetaba tratando de contener su creciente malestar, y al no encontrarla, corrió desesperada. Huyó de la habitación sin mirar atrás. Necesitaba coger aire. Así que deambuló por los pasillos, cuyos muros se le antojaron interminables, hasta que por fin llegó a un balcón, el del torreón oeste. Allí trató de arrancar los botones del corsé que la aprisionaban. Continuaba con una respiración histérica, acelerada y sin pausas. Apoyó las manos en la balustrada tras conseguir aflojar los malditos lazos que ceñían el pomposo vestido a su cintura. Reparó en sus uñas y las examinó con desconcierto. Parecían afiladas y más largas de lo habitual. ¿Acaso estaba convirtiéndose en un monstruo?

Bajó las escaleras de la torre y se adentró en los corredores de la primera planta sin ningún rumbo aparente. ¡Tenía que salir de esa jaula! ¡Respirar con libertad el aire amarillo del desierto! Torció a la derecha, luego a la izquierda, y se internó en una galería que no había explorado jamás. «Demasiados recovecos inútiles en este castillo», pensó. En su camino, se tropezó con varios lopiards. La observaban como si fuera una demente y se alejaban de ella pensando que quizá padecía una enfermedad contagiosa. Por fin, llegó a una puerta de dimensiones enormes que abrió sin dudar. Pero detuvo su paso al descubrir que no había salido al exterior. Estaba en otra mazmorra, lejos de la cárcel donde se encontraba el señor Moné.

—¿Puedes ayudarnos? Tú no pareces ser como ellos. —Reparó en un joven que se aferraba a los barrotes, desesperado—. Nos han secuestrado.

Se percató de la presencia de cuatro personas más; entre ellas, dos niños de corta edad. Confusa, los examinó mientras apretaba con ambos brazos su estómago para tratar de calmar el terrible malestar que sentía.

—¿Sois de alguno de los poblados del sur? —les preguntó, todavía perpleja. Ignoraba que los esbirros de Lorius estuviesen tomando rehenes.

—Yo soy de Ontario; ella, de Moscú; él, de Lisboa, y los hermanos pequeños son de Lima.

—¿Sois humanos? —Lidia no disimuló su desconcierto—. ¿Guardianes? ¿Estabais en Silbriar cuando os atraparon?

—¡No te entiendo! ¿Qué es Silbriar? ¿Puedes decirnos dónde estamos? ¿Y por qué todos podemos entendernos? ¡Ayúdanos, por favor!

Lidia comenzó a marearse. Tenía la visión borrosa y las piernas le flaqueaban. No lograba digerir toda esa información.

—¡Venís de la Tierra! ¿Qué está pasando allí? ¿Por qué están

dándoos caza? —logró musitar con la garganta seca. Apenas se sostenía en pie.

—¡El cielo está ardiendo! —le respondió la chica—. ¡Dicen que es el fin del mundo!

Lidia reprimió un grito tapándose la boca y comenzó de nuevo a sentir profundas arcadas. Buscó la salida, agobiada. No lo soportaba más. Fuera lo que fuese lo que le había hecho la bruja, estaba destrozándola por dentro. Volvió sobre sus pasos y se dispuso a abandonar la mazmorra.

—¡Por favor, no te vayas!

—¡No nos dejes aquí!

Apoyó la cabeza en la puerta mientras su cuerpo se revolvía de nuevo.

—Lo siento, no puedo ayudaros.

13

Melifis

La calma llegó cuando un tímido amanecer irrumpió en el horizonte y proyectó su calidez sobre la estampa azul que los envolvía. Las aguas sosegadas arroparon el barco como la madre que con afecto mece a su hijo recién nacido en la cuna. En la embarcación, todos se afanaban en arreglar los desperfectos. La vela mayor había sufrido un grave deterioro y los enanos trataban los rotos con parches improvisados. En la bodega, achicaban agua llenando cubos y trasladaban los víveres a la cocina y al comedor, temiendo que el grano pudiera perderse. El ajetreo de esa mañana mantenía a toda la tripulación despierta a pesar de que no habían pegado ojo durante la noche. La tempestad había cesado y, con ella, el último aliento que los mantenía en guardia.

Valeria permanecía sentada a los pies del camastro de su hermana. Érika se había desvanecido al caer el escudo que los protegía. No sabría decir cuántos minutos había aguantado la pequeña con los brazos abiertos y en un estado de concentración que jamás había visto. A ella, desde la cofa, le habían parecido horas. Durante segundos interminables, el velero había resistido bajo el mar furioso gracias a Érika. Pero justo después de que el barco resurgiera de nuevo entre las olas embravecidas, las piernas de la niña comenzaron a temblar. Demasiado esfuerzo. Mucha energía desgastada. Onrom había evitado que se golpease contra la madera en cuanto vio cómo la pequeña abandonaba la verticalidad. Y ahora, en el camarote, descansaba entre las pobres sábanas que la cubrían y una gruesa manta que el propio capitán le había brindado. Dormitaba serena, como cuando se tumbaba sobre el sofá de casa mientras la lluvia golpeaba las ventanas. Valeria apretó los labios y acarició sus mejillas. ¡Estaba tan orgullosa de ella!

El desfile de amigos y compañeros que se preocupaban por su hermana no había hecho más que empezar, evitando así que ella pudiera cerrar los párpados varios segundos seguidos. Antes de entrar,

Daniel las observó desde la puerta con cierto aire paternal. Quería a la niña como si fuera su hermana pequeña. Era tan dulce, tan tierna, que a veces olvidaba que era una descendiente, valiente y atrevida. Luego, posó su mirada en el rostro incansable de Valeria, quien lo invitó a acomodarse a su lado. Él no pudo negarse. ¡Dios, cuánto la había echado de menos! Cuánto deseaba que esa misión terminase para estar por fin junto a ella, sin sobresaltos ni peligros que los acecharan. Rozó sus labios con calidez y se entretuvo colocándole un mechón de sus cabellos detrás de la oreja. Apoyando las manos en sus rodillas, se acuclilló.

—Ahí fuera no paramos —dijo mientras reía—. Me han dado una fregona y estoy limpiando la cubierta.

—Debería ir a ayudar.

—No, hay manos suficientes. Es mejor que estés aquí cuando despierte. También tendrías que aprovechar y descansar algo. Érika no va a salir corriendo.

Ella lanzó una exhalación angustiada y clavó la mirada en su hermana pequeña, quien continuaba sumida en un sueño plácido, como un angelito durmiendo sobre una nube.

—¿Cómo fue capaz de proyectar ese escudo tan grande? ¡No tenía la daga! —dijo casi en susurros—. No dejo de hacerme esa pregunta.

—No lo sé, Val. Puede que Nico tenga razón y que de alguna manera nuestros poderes vayan aumentando.

Érika abrió los ojos y, tras incorporarse, observó divertida a los dos chicos, quienes continuaban cuchicheando. Valeria, al percatarse de que se había despertado, se abalanzó sobre ella y la llenó de achuchones.

—Estoy bien. Solo tengo mucha hambre, nada más —dijo bostezando—. ¿Y el barco?

—¡Navegando, gracias a ti! —la felicitó Daniel.

De pronto, el semblante alegre de la niña se ensombreció y enterró la mirada entre las sábanas que todavía la arropaban. Estaba preocupada. Primero había visto a Lidia en el riachuelo mientras llenaba la cantimplora y, ahora, la imagen de su hermana había surgido de las profundidades de la ola negra. Y ella no comprendía por qué. La primera vez no le había dado tanta importancia. Podría ser que hubiese conectado con sus pensamientos de alguna manera o que simplemente fuese una alucinación. Pero después, cuando la segunda escena la había asaltado, había sentido miedo. ¿Y si era verdad lo que le contaban las imágenes? ¿Y si por Lidia corría ya sangre oscura?

—Tengo que contaros algo —confesó, sin alzar la vista.

Angus, el capitán del barco, correteaba de un lado para otro dando instrucciones. Su preciado velero había sobrevivido a la gran tormenta, pero no había tiempo que perder. Tendrían que reparar las estructuras más imprescindibles y tapiar el boquete que habían descubierto en la bodega. No era muy grande y no era de difícil solución, sin embargo, por el momento, continuaba entrando agua. Eso ralentizaba la marcha de la embarcación. Se encaramó al bauprés, el mástil horizontal que sobresale de la proa, y observó intranquilo cómo las aguas comenzaban a teñirse de un verde fosforescente. Boquiabierto y con los ojos de par en par, cayó en la cuenta de que esas luminiscencias provenían del fondo del mar y ascendían con celeridad hasta la superficie. Bajó del palo de inmediato y se dirigió al lugar donde se encontraban su amigo Onrom y el elfo.

—¿Puedes explicarme qué son esas plantas extrañas que están adueñándose del océano?

Onrom lo miró extrañado y, sin dudarlo, asomó la cabeza por la borda.

—¡Por las barbas endemoniadas de mi abuelo! ¡¿Y por qué me lo preguntas a mí?! ¡No soy un gnomo!

—¡Porque eres el único en este barco que ha traspasado los límites de nuestros mares! —le espetó enojado—. ¡¿Qué diantres son esas cosas?!

—¡Es la primera vez que las veo! ¡Parecen setas enormes!

—No creo que se trate de «setas marinas». Puede que sean algún tipo de animal que habita estos mares —intervino Coril, con el rostro meditabundo—. Será mejor que pongas a tus hombres en guardia. ¡Y busca a Didos! Puede que él nos saque de dudas.

Angus mandó a llamar al gnomo y se dispuso a informar a su tripulación, pero eran ya muchos quienes contemplaban temerosos el nuevo color del agua. Examinaban con cierta estupefacción a los insólitos causantes de tal fenómeno. Algunos de sus hombres gritaban que el barco había sido castigado y ahora estaba maldito por abandonar los límites permitidos; otros, más cautelosos, se retiraban de la borda para buscar un lugar que fuese seguro por si los bichos decidían atacar. Sin embargo, Nico se mantuvo en su puesto, con el entrecejo fruncido y las manos sujetando la gruesa madera del barco. No era un experto en biología marina, pero había disfrutado largos veranos en la playa en compañía de sus padres y su hermano, y esas cosas le resultaban familiares.

Corrió hasta donde se encontraba el elfo, quien continuaba discutiendo con los dos enanos sobre la mejor forma de proceder, y con tono seguro se dirigió a ellos:

—¡Son medusas! ¡La Tierra está plagada de ellas! —exclamó, arrugando la nariz—. ¡Joder! ¡Estas son gigantescas!

—¿Conoces esta especie? ¿Son inofensivas? —le preguntó Coril, temiendo la respuesta.

—Una de esas me picó en la playa hace tiempo y mis padres me llevaron a urgencias. Recuerdo que me dolía mucho y no paraba de chillar. Yo no conozco las especies silbrarianas. Estas brillan mucho, son más grandes, pero apostaría lo que fuera a que esos tentáculos están dispuestos a inyectarte su veneno.

—Nico tiene razón. —Nizhoni se acercó a ellos de forma silenciosa —. Son aguavivas. Algunas en nuestro planeta son bioluminiscentes y usan su brillo para advertir a sus depredadores de su toxicidad. Su picadura no es letal, a no ser que seas alérgico a su veneno. Pero, claro..., estas son enormes. Y si inyectan su toxina en proporción a su tamaño, podríamos morir al instante.

—¡Estamos bien jodidos! ¡Odio a estos bichos! —puntualizó el muchacho.

—No debemos alterarlas, así que yo no las atacaría —recomendó la guardiana—. Y también evitaría tocar el agua, ya que no sabemos lo que es capaz de hacer esta especie. En mi opinión, deberíamos seguir navegando, dejándolas tranquilas en su espacio.

—¡Diantres, va a ser difícil no tocarlas si siguen rodeándonos! —refunfuñó Onrom.

—¿Cómo es que sabes tanto de medusas? —le preguntó Nico con interés.

—Me gusta el mar y estudio Biología en la universidad.

Coril torció el gesto, contrariado, para luego escudriñar la mirada férrea de la guardiana. Parecía muy segura de sí misma, incluso diría que demasiado para ser tan joven. Y aunque todavía no se fiaba de ella por completo, no creía que fuese una suicida, pues también deseaba llegar a las islas. Ella no era impetuosa como Ruby, más bien analítica y reflexiva, pero continuaba opinando que ambas eran orgullosas e individualistas. Finalmente, contuvo un resoplido antes de emitir su juicio:

—Está bien. Nos mantendremos expectantes sin entorpecer sus movimientos.

—¿Y se puede saber cómo rayos vamos a hacer eso? —gruñó el capitán.

Didos se presentó ante el capitán con el cucurucho entre las manos y la barbilla ligeramente inclinada. Era la manera que tenían los gnomos de presentar su respeto a un superior.

—Tenemos suerte de que el viento sea inexistente, así navegaremos más despacio y con mucha prudencia. Hay que recoger parte de las velas para asegurarnos una travesía plácida y casi estática. Las melifis no suelen ser agresivas a no ser que sientan el peligro. Y puedo asegurarle, capitán, que es mejor que no se sientan amenazadas,

porque sus tentáculos podrían partir el barco en dos.

Angus gruñó por lo bajo mientras le ordenaba a toda la tripulación que se presentase en cubierta. Debía cambiar sus instrucciones iniciales. La prioridad era observar el comportamiento de esos bichos marinos al tiempo que informaban al timonel de cualquier movimiento brusco que pudieran realizar. No quería arriesgarse a embestir a una de esas melifis y que el resto se les echara encima.

En el momento en el que el capitán iniciaba su discurso, Coril distinguió a Daniel y a Valeria. Con gestos sutiles, le indicaban que se dirigiese a la popa. Sin llamar la atención, dejó a Onrom maldiciendo por la mala suerte que habían corrido y se encaminó al lugar donde ya se encontraban los muchachos.

—¿Ocurre algo? ¿Érika está bien?

—Sí, sí —se apresuró a responderle Valeria—. Es que mi hermana ha visto algo que deberías saber. —Coril arrugó el rostro a la espera de que la guerrera continuase, pero esta no sabía siquiera cómo empezar—. Eeeh... Creemos que tuvo una visión cuando invocó el escudo.

—¿Qué clase de visión?

—Vio a Lidia sujetando un puñal negro que tenía veneno. Dice que se le metió en el cuerpo, que se volvió loca, que había muchos muertos a su alrededor y que todo estaba muy negro —soltó, sin permitirse respirar—. ¡Ya está, lo he dicho!

—¡¡¡¿Qué?!!!

—Coril, ¿puede ser que la capa incluya también el poder de la premonición? —le preguntó Daniel, confuso.

—No, no, eso es imposible. La invisibilidad no tiene nada que ver con el poder de la visión. No se trata de una evolución de la capa, pero... ¡¿Lidia con una daga?! No me gusta nada. Podría significar que se dispone a matar a Aldin.

—Eso si nos fiamos de las visiones de Érika. —Daniel reflexionó unos instantes—. Puede que se deban a otra cosa: al cansancio, al estrés...

—¿Has dicho «visiones»? —le preguntó, alargando en exceso la ese —. ¿Cuántas ha tenido?

—Dos, y siempre referentes a mi hermana Lidia —le respondió Valeria, llevándose las manos a la cara—. ¿Qué hacemos, Coril?

Coril lanzó un sentido resoplido, maldijo en élfico y se tomó unos segundos para reflexionar. Él no era un mago. No tenía ni idea de dones ni conjuraciones. Pero de algo estaba seguro: si esas visiones eran certeras, no podrían evitar lo que el destino tendría preparado para Lidia y Aldin. No desde allí. Deseó no haberse equivocado en su decisión de emprender ese viaje que los llevaría hasta la capa. Había dejado a su amigo Aldin solo, a merced de unos tiranos crueles e

insaciables, y rezó para que el tercer sello no se cumpliera. No podía hacer nada más. No por él. Cabizbajo, pensó en Érika y en ese nuevo poder que estaba despertando en ella. Como guerrero no era capaz de ayudarla, pero como elfo podría guiarla para que no sufriera con las imágenes que pudieran sobresaltarla.

—Hablaré con ella —dijo por fin—. Intentaré tranquilizarla y que acepte este nuevo don de la manera que conocemos los elfos. De forma discreta, le preguntaré a Didos por esta nueva capacidad. Es un gnomo viajero. Su afán por conocer mundo lo ha traído hasta aquí, y además está instruido en muchas materias. Puede que haya leído tratados de magia. Los gnomos son muy curiosos y, por ello, su sabiduría no tiene límites.

—Si te preguntas por qué la niña ha ampliado su poder, quizá yo pueda ayudarte.

Los tres levantaron la cabeza y descubrieron al hada haciendo equilibrios sobre la vela. Estaba colgado del palo horizontal por los pies y se columpiaba hacia delante y atrás, dejando las manos libres.

—¿Cuánto de esta conversación privada has escuchado? —le espetó el elfo.

—¿Era privada? No lo sabía —le respondió, e hizo una pirueta que culminó con sus pies sobre el palo—. Yo estaba aquí antes, vigilando las luces verdes del mar.

—¿Sabes lo que está sucediéndole a Érika? —Valeria no quiso entrar en discusiones absurdas. Si el hada tenía información que pudiera esclarecer lo que le ocurría a su hermana, era bien recibida.

—Ella es la maga, ¿no? —Aterrizó junto a ellos tras un salto con gracia—. Son muchos los magos que desarrollan el poder de la visión. Lo hacen a través de elementos con cierta transparencia o que posean reflección, como los espejos, el agua...

—Creo que no te sigo —le dijo Valeria, arrugando el entrecejo.

—Ni yo. —Daniel se cruzó de brazos y observó mejor al hada. Era un personaje peculiar, y todavía no entendía por qué se había unido a la expedición.

—Pero ¿qué os ha contado vuestro maestro? ¿No os ha instruido en las artes mágicas?

—Nos ha enseñado a manejar nuestros objetos y... ¿a creer en nosotros mismos? —respondió el muchacho, encogiéndose de hombros.

—No hablaba de ti. ¡Tú eres un guardián! Pero vosotras tres no —dijo, señalando a Valeria—. Sois descendientes y sois huguis.

Al escuchar tal afirmación, un escalofrío recorrió la espina dorsal de la guerrera. Posó la mirada en el rostro del elfo, quien parecía haber comprendido al instante las palabras del hada. Ahora negaba con la cabeza, maldiciéndose por la obviedad que se le había

escapado.

—Heredáis vuestros objetos porque sois humanas dignas de poseerlos —continuó Tímbel—. Pero sois hijas de Ela, hijas de la magia, por lo tanto, contáis con un don innato que corre por vuestras venas, al igual que los mellizos de los que presume tanto Lorius. ¡Ellos también son huguis!

Valeria retrocedió unos pasos y apretó los ojos con fuerza, deseando que las últimas frases del hada desaparecieran, que fueran borradas de su mente, de su vida. ¿Cómo es que nadie le había dicho nada hasta ahora? ¿De verdad había magia en ellas?

—Mi maestro, el señor Moné, tiene la mala costumbre de dosificarnos la información, y siempre según le parezca —se lamentó ella.

—Aldin no lo ha hecho con mala fe —trató de consolarla el elfo—. Vuestras intenciones eran volver a la Tierra y no regresar jamás. No podía prever tal giro de los acontecimientos, ni siquiera siendo uno de los mejores magos que tenemos. Con el poco tiempo con el que ha contado, debía asegurarse de que utilizarais de la mejor manera posible vuestros objetos.

—Nunca habéis sido instruidas en la magia, por eso vuestro don ha permanecido oculto. Hasta que se han dado las circunstancias propicias para que despierte, como ha sido el caso de tu hermana. Ella cree, rebosa fe, y esa magia de su interior ha comenzado a bullir.

—Has dicho que como era la maga, era normal que tuviera el don de la visión. ¿Tienes idea de qué otro poder podría despertar en nosotras?

—Simplemente, lo he deducido. Pero no tengo ni idea de qué clase de poder está oculto en ti, si es lo que me preguntas.

—Créeme, en estos momentos no me preocupa el mío, sino el que pueda aparecer en mi hermana Lidia.

Daniel chasqueó la lengua y posó la mirada en el inmenso mar que habían dejado atrás. Él siempre había animado a Valeria a creer que la recuperación de su hermana era posible y que no debía perder la esperanza. Pero esas visiones funestas de Érika habían conseguido que su convicción se tambaleara, que se resquebrajara hasta sentir que perdía la entereza. Recordó la promesa que le había hecho: si la situación se descontrolaba, él mismo acabaría con la vida de Lidia. ¡Y, por Dios, que no quería hacerlo! Sin embargo, todas las señales que el destino se empeñaba en mostrarle lo conducían a ese final.

El silencio en el que vagaban sus pensamientos fue rasgado por un bullicio inesperado que hizo que volviera la vista al frente. Los enanos corrían disparatados mientras el capitán soltaba una carcajada estrepitosa.

—¿Qué demonios pasa ahora?

Coril, con paso apresurado, cruzó la cubierta hasta llegar al centro de la algarabía. Escuchaba los latidos de su corazón —normalmente apaciguados— romper la barrera de la armonía y entrar en un estado de alteración poco habitual en él. Desde que había iniciado esa travesía, sus emociones se habían desbocado y su equilibrio, resentido. Era el responsable de que la misión triunfara, y de su éxito dependía la vida de muchos de sus amigos.

—¿Qué sucede? —repitió.

—Las melifis nos han abierto un pasillo para que podamos pasar —le contestó Didos, arrugando la nariz—. Parece ser que se han retirado de forma voluntariosa, dejándonos avanzar. Y por eso todos están contentos.

—¿«Parece»? ¿Por qué has dicho «parece»?

—No es un comportamiento usual en ellas. Consideran las aguas suyas, y una vez analizado el forastero que irrumpe en su hogar, suelen abandonar la zona. No sé por qué siguen acompañándonos.

—No me gusta nada esto, orejotas. Pero el capitán está contento y no quiere escucharme. —Onrom carraspeó—. ¿Por qué esos bichos nos señalan el camino? ¡Es un mal augurio! Mi olfato de enano no se equivoca jamás.

Coril tragó saliva y observó el movimiento de las bestias luminiscentes. Se desplazaban al unísono, apartándose de la embarcación y colocándose a ambos costados, sin interferir en la navegación. El corredor que habían despejado era ancho y presumiblemente tranquilo, sin embargo, ellas permanecían allí, custodiando el sendero de agua como guardianes fisgones.

Inquieto, el elfo se dirigió al capitán:

—Angus, no vayas muy deprisa.

—¡Diantres! El vigía ya ve las aguas despejadas, y quiero dejar a estos animales repelentes lo más atrás posible. No quiero arriesgarme a que cambien de idea y nos ataquen.

—¡Enano cabezota! —le reprochó Onrom—. ¡Debemos parar! ¡Estas malditas están llevándonos a su madriguera! ¡Serás tozudo!

—¡Es mi barco! ¡Y tú, enano maloliente, me has metido en este lío! Pero te recuerdo que yo sigo mandando aquí.

De improviso, una repentina neblina cubrió el velero por completo. La escasa visibilidad no les permitía distinguir a los tripulantes que se encontraban en el lado opuesto. El aire se había vuelto gélido, casi irrespirable, y una bocanada continuada en el tiempo podría congelar sus cuerdas vocales. El silencio fue de nuevo el compañero fiel del barco. Nadie se atrevía a pronunciar palabra ni a mover siquiera las cejas. Entonces, Onrom rompió el falso sosiego soltando sus famosas injurias a destajo y se enzarzó en una discusión con el capitán. En cambio, Coril prefirió mantenerse alerta, analizando cada rincón de la

cubierta al que sus ojos claros todavía podían llegar. ¿Cómo había caído sobre ellos un banco de niebla sin que nadie se hubiese percatado siquiera de su existencia? Escuchó los gimoteos del gnomo y, al reparar en él, advirtió que todo su cuerpo tiritaba, temblaba de miedo.

—Didos, ve a los camarotes. Necesito que cuides de Érika. No quiero que la niña se encuentre sola. Ignoro lo que va a ocurrir aquí. —El gnomo le agradeció el gesto formando en sus labios una O que no dejaba que el aire pasase—. Y si por el camino ves a mis guardianes, diles que los necesito en la proa ya.

—Rubito, ¿de dónde diantres crees que ha salido esta bruma? —Onrom se acercó de nuevo a él y fijó la mirada en un horizonte que ya no existía, que había sido borrado del mapa en el extenso océano en el que navegaban—. ¡Las melifis han desaparecido! Y sigo creyendo que nos han traído hasta donde ellas querían. ¿Quién ha causado esta niebla?

—No lo sé, amigo. Pero no han sido los jinetes. Ellos están entretenidos en desestabilizar el universo entero.

—Ya te advertí de que esas islas están malditas.

—Coge tu hacha y diles a tus amigos que también se preparen. Pero que no hagan mucho ruido. Hay algo ahí fuera que está acechándonos. ¡Lo presiento!

Mientras el capitán volvía a ralentizar la marcha del barco debido a la escasa visibilidad, Onrom advertía a todos los que se encontraban en cubierta que sujetaran con fuerza sus armas. Los enanos, a pesar de las labores cotidianas que ocupaban su tiempo, eran grandes guerreros. No había uno solo que no hubiera sido entrenado en la lucha, fueran hombres o mujeres, marineros, comerciantes o mineros. Daba igual, su coraje compensaba su estatura. Por eso se habían ganado a pulso su indiscutible reputación de temibles adversarios.

Empuñando sus objetos, Valeria y Daniel llegaron hasta el elfo. No hicieron falta las palabras, pues el rostro de Coril era tan transparente que pudieron olfatear su ansia. Minutos después, aparecieron Nico y Nizhoni, ambos con semblante serio y aguerrido. Estaban preparados para lo que la niebla les trajera. Y todos los vigilantes examinaban cada rincón del velero, cada palmo de agua que fuese visible, porque nadie iba a impedirles que arribaran a las Islas Sin Nombre. ¡Nadie!

—¡¡Barco a la vista!! —escucharon desgañitarse al vigía—. ¡¡Barco a estribor!!

Valeria entrecerró los ojos y buscó más allá de lo que su mirada le permitía. Al principio se desorientó, ya que se confundía todavía al escuchar los términos de «babor» y «estribor». Luego, al ver que muchos de los marineros se acercaban al costado derecho, se dirigió a él con cautela sin separarse de Daniel, quien la acompañaba mientras

retiraba el escudo de su espalda. La densa niebla no le permitía distinguir ninguna embarcación, y el silencio era tan abrumador que ni los muertos se habrían atrevido a viajar por esas aguas.

Oyeron entonces el tintineo de una campanilla que repiqueteaba solitaria provocando un eco fantasmagórico. Valeria se mordió el labio inferior y se percató de que los dedos que sujetaban la ballesta tremaban sin control. Advirtió el aliento desesperado de Daniel sobre su nuca, y al volver la vista atrás, distinguió a Coril, que se encaramaba a una de las velas.

—¡Ahí está! ¡Ahí está! —Nico, eufórico, señalaba con el dedo índice el punto exacto donde se encontraba el misterioso barco.

En un primer momento, Valeria cerró los ojos al divisar una embarcación con las velas negras como el hollín y el dibujo de una inmensa calavera en el centro de ellas. Luego, arrepintiéndose de su cobardía, volvió a abrirlos y comprobó acongojada cómo el barco pirata había cambiado el rumbo y se dirigía hacia ellos con celeridad. Disgustada, constató que se trataba de una embarcación fantasma, pues no había tripulación que la condujese. Navegaba solo. Triunfante. Presumiendo de su poderío en el océano. Sin ruidos, más que el crujir de la madera vieja.

—¡Son los malditos piratas fantasmales! —gritó enérgico Onrom.

—¿Y a quién atacamos? —le preguntó Nizhoni, desconcertada—. ¡Yo no veo a nadie!

—Yo los vi una vez —confesó el enano—. Era muy pequeño, y sus ojos yertos se grabaron en mi cabeza. No me dejaron dormir durante meses. ¡Ellos portan la muerte!

Angus arrugó el rostro, contrariado. No tenía ni idea de a qué demonios tenían que enfrentarse sus hombres, ni siquiera que órdenes proporcionarles. Aun así, soltó un bufido que retumbó en la cubierta como una señal de alerta.

—¡Todos a sus puestos! ¡Van a abordarnos! —exclamó el capitán, acusando el principio de una ronquera—, quienesquiera que sean los que van en ese maldito barco.

El velero se aproximó a ellos con una rapidez escalofriante. El timón se movía como un demente buscando la posición perfecta para situarse y comenzar el abordaje. Pero seguían sin ver a esos supuestos piratas. Entonces, Nico, en un arrebato de locura, se subió al borde y, manteniendo el equilibrio, comenzó a increparlos mostrando su puñal:

—¡Gallinas! ¡Esa mierda de barco no es más que una lata de sardinas! ¿Por qué no dejáis que os veamos? ¿O es que sois tan feos que vuestra abuela murió de un infarto al veros?

—Pero ¿qué coño está haciendo? —preguntó Daniel, asombrado.

—¡Bájalo de ahí! —le sugirió el hada—. Creo que todavía está bajo los efectos del polvo mágico.

Nico, arrebatado por el coraje que emanaba de sus venas, se bajó los pantalones y les enseñó el trasero a los invisibles piratas mientras reía como un descosido. Onrom nunca llegó a pensar que su boca pudiese abrirse de tal manera, y algunos enanos lanzaron un sentido «¡Oooh!», para después animar al guardián que desafiaba a los atacantes sin ningún tipo de pudor. Daniel corrió hasta su hermano para obligarlo a bajar del canto del barco. Fue justo en ese momento cuando una figura negra emergió del interior del velero pirata. Sus ropajes oscuros contrastaban con su rostro pálido, sin vida, marcado por unas grietas donde una vez se hallaron las arrugas. En el sombrero que ocultaba sus cabellos negros y rizados lucía una pluma del color de la sangre. Su puño derecho blandía una espada que brillaba como la luna más redonda. En cambio, del brazo izquierdo nacía un gancho de metal que sustituía por completo su mano.

—¡Joder! ¡Es el mismísimo capitán Garfio! ¡Qué pena que Jonay no esté aquí! —continuó, riendo como un poseso—. ¿A que le habría gustado, Dani?

—Sí, no lo dudo —le contestó mientras lo derribaba y lo devolvía a la cubierta.

—¡¿Y quién es este desgraciado que osa insultarme en mis dominios?! ¡¿Acaso tienes nombre?! ¿O mi fealdad te ha asustado? —Se escucharon risas en la cubierta del velero pirata que poco a poco fueron transformándose en sendas siluetas, las cuales dejaban entrever el aspecto de los tripulantes—. ¿No vas a contestarme?

—¡Suéltame, Dani! ¡Pues claro! ¡Soy Nico, guardián de las botas! ¡Y un fan tuyo! ¡Me encantan las pelis de piratas!

La cabeza del fantasma se agrandó hasta casi rozar la cara de Nico, quien continuaba disfrutando de la escena con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Bien! Me alegro de que sientas cierta admiración por mi persona, porque me encargaré yo mismo de matarte —expresó el pirata con orgullo—. ¡Al abordaje!

14

Invocación

Era un buen día para morir. Había amanecido como cualquier otra mañana, con un sol radiante que no se dejaba empañar por las escasas nubes que cubrían aquel paraje. El cielo presumía de un azul prodigioso y el dorado lo acompañaba en la tierra, creando la combinación perfecta para volver a percibir el hastío de ese desierto. Después de su escaso desayuno, Aldin se enfrascó en su lectura, como era habitual en esos días de encierro. Pero le bastaron unos minutos para comprender que ese día no iba a ser como los demás. Un cuervo lo distrajo con sus graznidos al posarse junto a los barrotes de su celda. Luego, una línea rojiza se dibujó en el horizonte, manchando así el brillo de la mañana, y por fin escuchó los dos pares de pasos que se dirigían a las mazmorras con presteza.

No se defendió. Ni siquiera protestó cuando cubrieron su cabeza con un saco pestilente. Estaba en una cárcel mágica. Cualquier intento de sublevación lo pagaría caro. Pudo advertir cómo los lopiards lo custodiaban, cómo lo empujaban hasta el exterior y cómo lo introducían en algún tipo de carruaje. Escuchó las varias cerraduras que lo confinaron de nuevo en ese medio de transporte y se lamentó al ver que no le retiraban la bolsa para que al menos sus ojos pudieran contemplar su destino final. Él no era un cobarde.

A oscuras, deseó que pronto le venciera el sueño, pero sus recuerdos fueron más rápidos y lo devolvieron a un momento preciso: al día en el que había conocido a Lorius Val.

Llevaba unas horas trabajando en el huerto del gran mago. Bibolum Truafel le había pedido que trasplantase las rosas azules que habían brotado de forma salvaje entre los tomates y lechugas. Acudía a la casa del mago por las tardes para continuar sus estudios desde hacía casi dos meses, pero a veces se sorprendía de las tareas ridículas que el héroe de

guerra le encomendaba. Aquel día era uno de esos días.

—¿Por qué tengo que perder el tiempo con esas flores? —le preguntó algo enojado.

—Porque esas rosas merecen salvarse, tener su propio hogar y disfrutar de una tierra que le brinde nutrientes. ¿A que son bellas?

Aldin no supo qué contestar. Sí, eran preciosas. Pero estaban perjudicando a sus verduras. Sus espinas se clavaban en la piel de los tomates y no dejaban que estos llegasen a madurar. Observó contrariado al gran mago, quien continuaba esbozando una sonrisa en su rostro casi redondo.

—No culpes a las rosas por haber nacido con espinas. Forman parte de su biología. Ellas no pretenden hacer daño, solo mostrarnos que cualquier ser puede ser hermoso..., aunque oculte una cola bajo su pantalón.

Entonces, Bibolum se dio la vuelta y se encaminó hacia la entrada. Allí lo esperaba su joven amante, tan afable y servicial como el mismo mago. Pocos conocían su existencia, aunque algunas lenguas afiladas contaban que se trataba de la enfermera que había cuidado de él cuando estuvo convaleciente. A Aldin le daba igual si ella no pertenecía al gremio de magos más influyentes del lugar. Era una sacerdotisa, cordial y amable, y su tarta de fresas era la mejor que había probado en su vida.

Con delicadeza, continuó con su trabajo, comprendiendo que debía mimar aquellas flores y tratarlas con el respeto que se merecían. De pronto, el trote de unos caballos lo alertaron de la llegada inminente de un visitante inesperado. Observó cómo el cochero ayudaba a descender a un caballero de pose forzada que portaba una túnica que fue incapaz de reconocer. No era la de los magos del Valle ni la del Cosmos, ni siquiera la de otras escuelas inferiores, las cuales luchaban por alcanzar un prestigio que se les resistía.

El mago de aspecto elegante lo observó con desprecio, para luego dirigirse hacia la puerta donde minutos antes había saludado a su maestro. La curiosidad de Aldin se acrecentó de una manera insospechada, así que, con paso sigiloso, se acercó a una de las ventanas que estaba entreabierta para examinar mejor a ese mago algo encorvado. Fue Afira, la mujer del gran mago, quien lo dejó pasar y acomodarse en el salón. No mucho después, Bibolum entró en la estancia con semblante severo y le pidió a esta que los dejase solos.

Los ojos olivastros de Aldin se centraron en el hombre desconocido. Sus acusadas ojeras, su rostro pálido y afilado y esa nariz aguileña hacían de él un personaje peculiar.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le escuchó decir a su maestro, visiblemente incómodo por su presencia.

—¿Es que ya no puedo visitar a un viejo amigo? Aunque creas que no te tengo en consideración, sigo tus pasos. Sé que has rechazado una importante oferta para impartir clases en la academia. No sé si te has

vuelto loco o es que prefieres presumir de tu humildad.

—Una persona humilde no se vanagloria de sus logros.

El mago desconocido se giró y, achicando su mirada fría, lo descubrió husmeando tras la ventana.

—¿Te dedicas ahora a contratar a criados mestizos? —le preguntó con aire autoritario.

—No es mi criado, es mi pupilo.

—Aggg, no sé cómo no me sorprende —admitió, torciendo el gesto—. ¿Y también tienes esposa?

—No me he casado. Estoy bien así. ¿Alguna pregunta más que pueda satisfacer?

—Y eras tú el que me decías que no podían infringirse las leyes de los ancestros —Rio con gracia—. Sin embargo, entrenas a un mestizo y tienes como concubina a una sacerdotisa.

—Las leyes han cambiado mucho después de la Gran Guerra. No todo es blanco y negro. Y tú, más que nadie, deberías saberlo.

—En efecto, amigo, aunque hay algunas líneas que no podemos cruzar —dijo entre suspiros resignados—. Tengo casi lista mi Fortaleza, y será imposible de localizar. Buscaré a los mejores soldados para que la protejan, pero sigue faltándome un general. Te prometí que te buscaría cuando llegara el momento, y ese es ahora. Sé que pasarán años hasta que consiga mis propósitos, pero toda revolución comienza a gestarse desde el silencio, desde el mismo exilio.

—Lorius, ¿por qué te empeñas en vivir como un ermitaño? ¿Por qué malgastas tu vida persiguiendo quimeras?

Aldin detectó cierta compasión en las preguntas del gran mago.

—¡No es una quimera! ¡Es una realidad! —exclamó el visitante, enojado—. ¿Es que no has comprendido nada? ¿Acaso no escuchabas mientras hablaba? ¿O es que tú también eres como los otros? ¡Crees que soy un mago mediocre! ¡Que digo locuras sin sentido!... ¡Ah, por ahí va el pobre Lorius, solo, como siempre! ¡Es que no ha cambiado nada, qué pena irremediable! —soltó, imitando las voces de los aldeanos—. ¡Mírame! —Bibolum, quien había permanecido con la cabeza gacha, se atrevió a examinar su rostro, desencajado por la ira—. ¡He cambiado! ¡No soy un sapo al que se le pueda escachar! ¡Soy Lorius Val! ¡Y estás conmigo o estás contra mí!

—Creo que va siendo hora de que te vayas —le sugirió con un tono inmutable—. Ya no eres bienvenido en esta casa.

Aldin contempló horrorizado cómo el mago, tras un portazo, cruzaba el huerto pisoteando las rosas que con tanto esmero había cuidado. Corrió hasta él para evitar que continuara destrozando sus flores, pero Lorius lo apartó de un manotazo.

—¡Fuera de mi camino, mestizo!

El joven, con ojos húmedos, estaba encendido por la rabia. Percibía un

extraño calor que inundaba sus mejillas. Con su mandíbula trémula y las manos en puños, lo desafió. Ahogó un grito que lo empujaba a enfrentarse a ese malnacido.

—¿Así que tú eres el famoso Lorius Val? —Al escuchar su nombre, el mago, dispuesto a subir las escalerillas del carruaje, se dio la vuelta—. Recuerda mi cara, porque llegará el día en el que me suplicarás clemencia.

—Muchacho, no seas insolente. ¡Tú nunca estarás a mi altura!

—¿Señor Moné? Señor Moné, ¿está usted ahí?

Después de unos segundos desorientado, Aldin regresó del pasado y se centró en quien golpeaba la puerta. Vagando por sus recuerdos, ni siquiera se había percatado de que el carro se había detenido. Había llegado la hora.

—¿Se encuentra bien, señor Moné?

—¿Lidia? —preguntó algo confuso, todavía esperando a que lo sacaran a rastras y lo atasen a cualquier árbol para después ejecutarlo —. Sí, sí, estoy bien. Y tú, ¿cómo estás?

—No lo sé. —La escuchó sollozar—. Esa bruja me ha hecho algo malo.

—¿Qué quieres decir? —Aldin abrió mucho los ojos, como si así pudiera dilucidar a lo que se refería la chica.

—Creo que han contaminado mi sangre. —El mago torció el gesto de una manera imposible—. No tengo mucho tiempo. Nos dirigimos al norte y me han dicho que va a ser un viaje largo. Le he traído un libro para que se distraiga por el camino.

Escuchó el sonido metálico de la ranura abrirse y luego un golpe seco sobre la madera. Sonriendo, dedujo que se trataba del regalo de la muchacha. Entonces, una lágrima despuntó de sus ojos y se perdió en una de las comisuras de sus labios. Se había equivocado. Aquel día, la muerte no vendría a visitarlo. El destino se empeñaba en hacerlo vivir un día más, puede que incluso terminase su viaje con ellos, en el norte. Quizá pudiese contemplar por última vez su hogar antes de tener una muerte honorable.

Lidia corrió hasta el lugar donde se encontraba Kirko. La expedición se había adentrado en las callejuelas de un pequeño poblado y allí decidieron detenerse. Presenciaba cómo decenas de lopiards inspeccionaban el terreno mientras ella se abalanzaba sobre el cuello de su amado. Él la recibió con un beso tan cálido como fugaz, ya que era reacio a mostrar su afecto ante los soldados. Insistía en que era un

rasgo de debilidad. Con los brazos en jarra, se permitió por primera vez examinar la sencilla aldea. Las casas amparadas bajo un dorado infinito eran de un blanco inmaculado. Solo el marco de las ventanas y puertas, pintadas de azul o verde como el bosque, le daban color a esa estampa monótona. No tardó en percatarse de que ningún aldeano transitaba por sus calles, ni siquiera parecía haber rastro de ellos en el interior de sus hogares. Arrugó el entrecejo, confundida.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Algunos pueblos han rehusado formar parte de nuestra misión — le contestó él, sin darle mucha importancia a la cuestión.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, algunos alzaron las armas contra nuestras tropas y ellos tuvieron que defenderse. Otros son prisioneros, y unos pocos se han rendido ante la evidencia.

Lidia crujió sus dedos y comenzó a morderse las uñas con saña. «Mejor no preguntar», se repetía a sí misma. Era consciente de que en toda guerra siempre había bajas. No importaba el bando, todas eran muertes injustas, y a ella siempre le habían parecido innecesarias.

—¿Tú sabías lo que iba a hacerme Moira? —Se atrevió a indagar en sus ojos oscuros.

Él la agarró del brazo y la introdujo en un pasaje estrecho.

—¡No puedes hacerme esas preguntas delante de todos! —La regañó como si fuese una niña pequeña, incapaz de comprender las fechorías de algunos adultos. Kirko se relajó al ver su rostro entristecido—. No tenía ni idea —confesó por fin—. ¡Créeme! No conozco todas las artimañas de la bruja. Y discúlpame si no me he preocupado por ti antes. Los preparativos del viaje se precipitaron y no pude escabullirme de la sombra de mi padre... ¿Te dolió mucho?

—Ahora no me duele, pero no sé qué me ha hecho. ¡¿Y si me ha cambiado?!

—¿Cambiado? ¿Para qué iba a hacer tal cosa? Tú eres perfecta así.

—¡No digas chorradas! A ellos no les gusto, no entienden que te quiero y que ya he renunciado a todo por ti. ¡Ellos quieren más!

—Ya te he dicho que yo me encargaré de tu maestro. Tú no tendrás que mancharte las manos de sangre. —La sujetó por ambos brazos con fuerza, demostrándole su firme decisión—. Mi niña, esto va a acabar pronto. Piensa en nuestra casa juntos, los dos solos, sin nadie que nos vigile. No tienes que nublar tu mente con ideas destructivas.

Lidia se abrazó a él y dejó caer sus párpados. ¿Por qué era tan difícil amar? ¿Por qué sentía que él no se había entregado por completo a su pasión? ¿A qué más debía renunciar?

Kayla caminaba entre los cuerpos que yacían sobre la superficie arenosa. Los guerreros del pueblo no habían tenido muchas opciones, más que perecer allí, a las afueras de su hogar, bajo la atenta mirada de una montaña árida, estéril, muerta siglos atrás. Era el cementerio perfecto para los infieles, la tumba indiscutible de unos insignificantes aldeanos. Con la punta del pie, golpeó el costado de algunos de ellos, constatando que no eran más que carne para los carroñeros hambrientos. Distinguió a algunos orcos entre los inertes combatientes y pensó que esos pueblerinos temerarios habían luchado con valor, defendiendo sus arcaicos principios, alzando las armas a sabiendas de que la batalla estaba perdida antes de empezarla.

Arqueó las cejas al escuchar un leve crujido más allá de donde ahora descansaban los olvidados, intuyendo la presencia de algún cobarde agazapado tras una inmensa roca, pintarrajeada con símbolos que se negaba a comprender. Se dirigió al peñasco sin titubear y detectó que el lazo que permanecía atado a su cinturón comenzaba a brillar. Obvió su llamada. Nada más escoger ese absurdo objeto, se había arrepentido. Delante de un espejo, luchó por trabárselo en el pelo aunque sin mucho atino, lo que la crispó. Desechó esa idea de inmediato, pues parecía una damisela simplona. Por eso lo había atado a su cintura, como un ornamento inútil que además desentonaba con su vestimenta oscura. ¡Ese rosa estaba matándola!

Jugó con sus dedos, de los que ya nacían sus efectivos rayos, mientras avanzaba sin demostrar compasión alguna. El superviviente se lamentaría de no haber perecido junto a sus compañeros. De reojo, a su derecha, distinguió a dos lopiards que se disponían también a inspeccionar la zona, alertados probablemente por la acusada respiración proveniente de la roca. Con la mano alzada, les ordenó que se detuvieran. La presa era de ella y no iba a dejarla escapar.

De repente, un hombre enclenque y de piernas como palillos abandonó el escondite y la apuntó con un sable oxidado. El aldeano, cubierto de harina en su totalidad, temblaba de arriba abajo. Su mano brincaba de tal manera que el arma se movía alocada buscando a su enemigo. Era una escena patética, y pensó que ese canijo no le daría el juego que necesitaba. Hastiada, giró sobre sus talones, dejando al pusilánime a cargo de sus soldados. Fue entonces cuando escuchó el sonido del hierro impactar sobre el suelo. No tuvo tiempo de reaccionar. El hombre se abalanzó sobre ella y comenzó a besarla por cualquier punto donde su piel quedaba al descubierto.

—¡Eres una diosa! ¡La flor más bella de la primavera! ¡Mi amada, mi sol! —exclamaba como un demente—. ¡Cásate conmigo, morena mía!

—¡Ayudadme, estúpidos! ¡No os quedéis ahí parados! ¡Quitadme a este desequilibrado de encima!

Sin embargo, la actitud agresiva de los lopiards al tratar de ayudarla cambió de inmediato y ambos se enzarzaron en una discusión.

—¡No la toques! ¡Es mía!

—¡Tú eres un majadero! ¡Jamás te querrá como a mí!

Enfurecida, Kayla logró deshacerse del aldeano derribándolo tras un golpe seco en la garganta. Luego, clavó su mirada cargada de ira sobre los soldados y los apartó de ella lanzándoles varios rayos contundentes. Por fin, pudo respirar aliviada, y fue en ese preciso instante cuando escuchó detrás de ella las estridentes carcajadas de la bruja.

—Querida, siempre presumes de tus tácticas guerreras y tus hábiles movimientos en la lucha —le dijo con sorna—. Ya es hora de que explores otros atributos tuyos. Y ese lazo hará que todos te deseen, que quieran convertirte en la reina de sus sueños. ¿No es divertido? —Se acercó a ella y, con su pulgar, le retiró parte de la harina que cubría su rostro—. Solo tienes que aprender a que tu objeto sea selectivo. No puedes hechizar de amor a todos los que se encuentren a tu alrededor. No es bueno que nuestras tropas también se distraigan. —Clavó sus ojos crueles en los dos lopiards, quienes trataban de incorporarse—. ¡Llevaos a ese idiota! Es el panadero. Siempre puede sernos de utilidad.

Kayla se restregó la boca con el dorso de la mano, queriendo así borrar las huellas patentes de aquellos labios repulsivos. Después, desafió a la bruja obsequiándola con un gruñido que dejaba entrever su dentadura. Ya tenía que aguantar sus excentricidades como para encima sumar sus chistes ridículos.

Lidia se quejó de los escasos momentos de intimidad que le concedían los soldados. Varios de ellos habían interrumpido su largo beso con Kirko para advertirlos de que debían presentarse ante el hechicero. Tragó saliva al imaginarse otra reprimenda. Empezaba a hartarse de las exigencias del brujo. Ella no le debía nada a él, sin embargo, seguía inmiscuyéndose en su vida de forma calamitosa. Apretó los dientes hasta percibir la tensión en su mandíbula. Luego depositó su mirada en su antebrazo y lo frotó con la mano para intentar borrar las huellas de su influjo. De vez en cuando, percibía que algo latía bajo su piel, recorría sus vasos sanguíneos con ímpetu y volvía a detenerse allí, entre el color verdoso de sus venas, tiñéndolas de un negro vivo, hiriente.

Kirko la cogió de la mano y la ayudó a subir la empinada colina donde ya distinguía a las tres figuras diabólicas, como ella las había

bautizado: Lorius, Moira y Kayla. Al llegar a la cima, evitó el contacto visual con ellos. Desvió su mirada hacia el lado opuesto del montículo, todavía inexplorado por ella. Petrificada, descubrió los centenares de cuerpos que yacían bajo las faldas de la montaña dorada y no pudo impedir que su rostro se desfigurara ante tal aberración. ¿Por qué esos tres querrían que contemplase esa fosa horrenda? ¿Acaso querían demostrarle una vez más su poderío? Ella no quería saber nada de sangre y muerte. No quería que la mantuviesen informada de la guerra que estaban librando. Ella solo quería volar lejos de allí, a un futuro donde su amor fuese una realidad.

—¿Tienes el puñal? —le preguntó Lorius con su habitual indiferencia.

Dudó unos segundos. Ese brujo era capaz de atravesarle las entrañas con él. De reojo, observó a Kirko, quien asentía mientras le suplicaba que no tuviera miedo. Exhaló resignada y le entregó el arma con ciertas reservas.

—Bien —se jactó, satisfecho por su obediencia—. Ha llegado tu momento. Nos ofrecerás un sacrificio como prueba de tu lealtad.

Lidia retrocedió espantada, sin comprender con exactitud las palabras del brujo. Conocía de sobra el significado del término «sacrificio» como para deducir que su propuesta incluiría un derramamiento de sangre. Pensó en el señor Moné y miró con urgencia a Kirko. Este negaba mirando al suelo, tratando de pasar inadvertido por su padre. Entonces, divisó a varios lopiards ascendiendo la colina al tiempo que arrastraban a un hombre con el rostro manchado de harina. Apretó los labios para procurar atajar un llanto repentino, un desahogo que no podía permitirse delante de ellos. No podía mostrar su debilidad, tenía que mantenerse firme, si no, estaría perdida.

Abrió y cerró los puños repetidamente, deseando que estos restablecieran su coraje, ese que había sido vilipendiado, herido de gravedad en cuanto descubrió el examen imposible que debía aprobar. Escuchó las risas estentóreas de la bruja al ver al reo postrarse ante ella. Lidia no quiso mirarlo. Le suplicaba compasión, lloriqueaba implorando perdón; un perdón que no estaba en sus manos. Lorius volvió a entregarle el puñal y aguardó paciente la ejecución. Sangre, querían sangre. Estaban entrenándola para evitar titubeos cuando la víctima fuera su maestro. Todos debían contemplar cómo su mano justiciera era implacable.

Deslizó el cuchillo entre sus dedos, para después alzarlo sin atreverse a mirar al condenado. Cerró los ojos. Los apretó muy fuerte. Concentró toda su energía en visualizar su futuro con Kirko: su casa, su jardín y, por qué no, sus hijos. ¡Ese era su sacrificio! Abrió un ojo para comprobar el lugar exacto de su cuello y presionó el filo del arma

contra su garganta. Ya lo tenía. Estaba a su merced. Solo un tajo lo separaba de su felicidad. Un corte rápido. Nada más.

«Puedes hacerlo —se repetía—. Quizá se trate de un asesino o de un violador. Desde luego, no es un ser inocente —trataba de convencerse a sí misma—. Yo puedo, yo puedo. El sudor de las manos le recordaba que ella no era una maga, que ella no procedía de ese mundo y que era humana—. ¡No dudes y hazlo ya! —le vociferaba su mente—. ¿No quieres una vida más tranquila?, ¿alejada de las guerras? ¡Demuéstrales que puedes y te dejarán en paz!».

Inspiró una hebra de aire, la única que podía alojarse en sus pulmones contraídos, y apretó aún más la punta del cuchillo contra su piel. Entonces, la imagen de su familia la asaltó, desarmándola por completo: su madre entonando villancicos mientras las animaba a las tres a cantar, su padre mostrándoles los regalos que había bajo el pino y ella leyendo los nombres escritos en estos para encontrar los suyos. ¡Por Dios! ¿Qué estaba haciendo? Un calor repentino se apoderó de cada poro de su piel. Estaba enojada consigo misma, harta de que la manipulasen, de las amenazas, de las mentiras... «Siempre querrán más, me pedirán más sacrificios», concluyó, negando varias veces. No pudo detener al fuego que arribó a sus cuerdas vocales ardiendo con violencia.

—¡No pueeedooo! ¡¿Y quién soy yo para juzgarlo?! —se rompió la voz. Dejó que todas las lágrimas contenidas brotasen furiosas y cayesen en cascada, humedeciendo su rostro—. ¡Yo no soy nadie!

—¡Eres la nueva reina! —le espetó la bruja—. ¡Y tienes que demostrar tu firmeza!

—¡No quiero ser reina, solo ser libre! —afirmó, escupiendo las palabras—. ¡Tú, me has envenenado! ¡Hay algo en mí que me corroe, que está cambiándome!

—Siempre ha estado en ti, querida, yo solo lo he despertado.

Enfurecida, Lidia se dirigió hasta donde se encontraba la bruja, dispuesta a rebanarle el cuello. Kirko hizo ademán de detenerla, pero su padre, con un gesto firme de su brazo, lo contuvo a regañadientes. Ella alzó el puñal y quiso enterrarlo en su corazón, pero en ese momento su cuerpo voló despedido varios metros atrás. Magullada y con las manos sepultadas bajo la infinita arena del peñasco, observó cómo la túnica del hechicero se bamboleaba frente a ella.

—¿Habías olvidado que el puñal procede de nuestra fuente de magia? No puedes hacernos daño, insolente. —De improviso, Lorius tiró de su brazo, lo empujó hacia arriba y le hizo un tajo en la palma de la mano—. Sigues sin estar preparada para el único encargo que te será encomendado. Pero eso ya lo sabía.

Lidia quiso recoger su mano, la cual le escocía como si hubiesen vertido sal sobre ella, pero él se lo impidió. La agarró con más brío y

la arrastró por la desoladora montaña hasta depositarla a los pies de Moira.

—Padre, ¿qué haces? No creo que merezca tal castigo. —Kirko trató de liberarla.

—No te entrometas, hijo. Esto no te incumbe.

El joven se apartó afligido y recibió el consuelo de su hermana, quien lo rodeó por el brazo, evitando así que pudiera desobedecer las órdenes de su padre. Angustiada, esa vez fue Lidia la que suplicó clemencia, aun a sabiendas de que sus ruegos serían ignorados. El brujo oscuro exprimió su mano como si fuese una naranja y se deleitó con la sangre cálida que se derramaba en la tierra.

—No has entendido nada, niña —le dijo, vanagloriándose de su superioridad—. Haremos que el tercer sello se cumpla, lo quieras o no. Buscaremos la manera, recurriremos a fórmulas mágicas si es necesario. Pero tú, ingrata, no vas a detenernos. —La sujetó por el cuello y la levantó por los aires sin ningún tipo de esfuerzo. Lidia se percató entonces de que el hechicero lucía un rostro más joven y poseía un cuerpo vigoroso—. ¡Y creo que lo hemos conseguido! Solo tenemos que comprobarlo.

La lanzó de nuevo al suelo, para luego enterrar su mano ensangrentada en él. Ella trató de defenderse, se retorció como una serpiente herida, hasta que escuchó las primeras frases de la bruja. Era un cántico irreal, fúnebre, tan macabro que llegó a aturdirla. Quiso taparse los oídos, pero no pudo. Estaba inmovilizada, presa del nuevo hechizo de Moira.

—La sangre de una descendiente abre portales. —Escuchaba a Lorius en la lejanía, como un eco desagradable que recorría cientos de kilómetros hasta llegar a su objetivo: ella—. ¿Acaso no fue así como tu hermana rompió los cerrojos de Silona? Pero tú, niña insolente, no verás un arcoíris brotar de la tierra. Tú contemplarás el ejército más grande que jamás ha pisado Silbriar.

La agarró por los cabellos y la obligó a contemplar el espantoso cementerio que los rodeaba. El terreno comenzaba a resquebrajarse, tragándose las decenas de cuerpos que descansaban en él como si fueran despojos olvidados, materia inservible que debía ser succionada para que su aliento putrefacto no penetrara por sus orificios nasales.

—No fue hasta que te tuve cerca, en el castillo, cuando me percaté de que no podía ser ninguna de tus hermanas, sino tú, de la que hablaba la profecía. ¡No fue el azar! —prosiguió el hechicero, sorprendiéndose por su propio descubrimiento—. ¡Tenía que ser la artesana! ¿Y sabes por qué? —le preguntó al oído—. Porque tu poder de transformación te hace única. Claro, que yo no lo supe hasta después. Tuve que empaparme de la sabiduría de muchos libros y comprender que tu capacidad de mimetizarte en otros seres hace que

también puedas comunicarte con ellos, independientemente de que sean arpías, orcos, elfos, duendes... ¡Tu don no distingue entre buenos y malos! Se mueve en esa delgada línea donde ambos se abrazan. ¿No es magnífico?

Ella se revolvía, trataba de deshacerse del yugo del brujo, aunque sin ningún éxito. Pero debía seguir luchando, no podía dejar que él se saliera con la suya. Alarmada, buscó a Kirko con la mirada. No lo encontraba. Una capa de polvo proveniente del hoyo en el cual se había convertido el cementerio los envolvía, impidiéndole distinguir nada que no estuviese a menos de un metro de distancia. Entonces, escuchó gruñidos del agujero. Algo había despertado y tuvo miedo. Un miedo atroz a morir, a ser entregada en sacrificio a cualquier bestia horrenda que la bruja hubiese invocado. Ese no era el desenlace que buscaba, ese no era su final feliz.

Lorius rio al adivinar sus pensamientos.

—Oh, no, hoy no vas a morir. ¡Tú eres una hugui! ¡Me guste o no, hay magia dentro de ti! ¡La magia de Ela! Moira y yo solo queremos que brote, que fluya en ti, que la sientas, que la vivas, porque no hay nada más placentero que percibir el poder. Y aunque me ha costado averiguarlo, el tuyo es una extensión de tu propio objeto. ¡Tú te transformas! ¡Tú te comunicas! Tú puedes hablar con cualquier tipo de ser, de otra galaxia, de un pasado lejano, no importa si vivo o muerto. Y, por eso, hoy tú me regalarás un ejército. —La dejó caer en el suelo. Desde la cima, abrió los brazos para recibir a sus nuevos soldados—. ¡Despertad, hijos míos, acudid a la llamada! ¡Estamos destinados a gobernar; no en un mundo, sino en todos!

Lidia entreabrió los párpados, para después contemplar aterrada cómo esos hombres engullidos por la tierra nacían de nuevo. Germinaban de la arena como raíces podridas, alimentándose de su sangre, de su magia corrompida por un brujo sin escrúpulos. Lorius lo había conseguido. Ya contaba con una hueste de muertos.

Bibolum apenas había abandonado la biblioteca desde que el traidor fue apresado. Estudiaba los mapas, las misivas, cualquier papel que arrojara algo de luz a los siguientes movimientos del hechicero. Extenuado, contempló cómo el anciano de las Montañas trataba de satisfacer las dudas ocasionadas por sus nuevas órdenes. Muchos se habían desplazado hasta allí para buscar explicaciones, entre ellos, el desdeñoso de Niber. El hada discutía acaloradamente con el mago, hasta que al final resolvió que él mismo se encargaría de la protección del castillo de Silona. Ya no confiaba en magos, ya que un grupo de ellos los había espiado e informado a Lorius de sus decisiones. No iba

a dejar «su» palacio en manos de enanos temerarios y gnomos ocurrentes.

El gran mago se sobresaltó al escuchar el portazo y se apiadó de Zacarías. Tenía que enmendar un grave error antes de que los enemigos asaltaran el Refugio.

—¿Asistirá todo el Consejo a la reunión? —le preguntó, mostrando su preocupación.

—¡Ese hada es el único que se niega a acudir! —Lanzó un largo suspiro y se acomodó junto a él—. Aunque no lo culpo. Nuestra honradez está en entredicho, y todo por mi gran estupidez.

—Te fiaste de un amigo.

—Nunca debí hacerlo —se castigó—. Tuve que haber sospechado en cuanto me reveló que los mellizos eran sus nietos. Nunca mostró ningún interés en recuperarlos. ¿Qué hombre no hace lo que sea por honrar la memoria de su hijo, aunque se trate de criar a unos niños prohibidos? Es evidente que los aborrece, los culpa de la muerte de Hanis.

—A veces derramamos nuestra culpa en las manos de otro.

De improviso, Libélula irrumpió en la estancia haciendo aspavientos y tratando de romperse la voz con unas palabras que se le aglutinaban en la garganta.

—¿Qué sucede? —El gran mago arqueó las cejas, esperando una respuesta que se demoraba demasiado.

—¡Las ventanas! ¡El cielo! —Señalaba ella, apresurada.

Zacarías descorrió las cortinas que escondían como niñas traviesas lo que ocurría en el exterior y clavó su mirada en el firmamento. La noche los había envuelto de forma repentina, sin embargo, las proféticas luces parecían haberlos abandonado.

—Las brechas… ya no se ven… —informó, visiblemente confundido.

Bibolum se precipitó hacia la entrada para examinar mejor las señales del cielo. Su rostro reflejó el horror que acongojaba a su corazón en ese momento. Aquello no podía estar ocurriendo.

—El tercer sello se ha roto —anunció, con semblante descompuesto—. El ejército de las tinieblas se ha puesto en pie, y eso solo puede significar que Aldin…

Se llevó la mano al pecho. El dolor lo oprimía, apenas lo dejaba respirar. La pena se había instalado en él y vaciaba sus pulmones, dejándolo sin aire, sin vida. Se apoyó en el umbral para tratar de recuperar el aliento. Escuchaba a Libélula en la lejanía, como si de repente una acusada sordera lo atacase y quisiese adueñarse de los sonidos que lo rodeaban, impidiendo que llegasen hasta él. Achicó la vista con el fin de enfocar de nuevo la noche, pero ya ni siquiera distinguía las dos lunas. Dos brazos lo agarraron y lo depositaron en el

suelo. Luego apreció el rostro de Zacarías. Le hablaba, pero él ya no escuchaba.

—Protege el Refugio —logró decir.

Después, todo fue oscuridad.

15

Piratas

La misteriosa niebla se había apoderado del velero. Valeria observaba cómo se deslizaba entre ellos, rodeándolos por la cintura, los brazos y entumeciendo las piernas de los que se preparaban para la lucha. Avanzaba sin compasión, marcándolos, facilitándole al enemigo su ubicación. De nada servía esconderse, pues ella te perseguía como el experto cazador que se conocía el terreno al dedillo. Y aunque aquella embarcación no le pertenecía, disfrutaba adueñándose de ella, examinando sus entrañas, fijando sus puntos débiles y, quizá, los más fuertes para poder evitarlos. La niebla había llegado y, con ella, la pesadilla.

Preparó la ballesta y apuntó al capitán pirata, quien se burlaba de Nico invitándolo a una muerte segura. Pero antes de disparar la primera flecha, contempló espantada cómo una treintena de hombres se columpiaban en unas cuerdas ilusorias y se precipitaban contra ellos blandiendo sus armas: hachas, sables, espadas… Cualquier metal era bienvenido si conseguían enterrarlo en el cuerpo de un ser vivo.

Pero ¿y ellos? ¿Qué eran? Caminaban triunfantes sobre el dudoso filo que separaba la vida de la muerte, en el velo transparente donde algunas almas bailan y se divierten antes de iniciar un viaje sin retorno. Los piratas no eran como los espectros del desierto, no eran errantes, pero tampoco espíritus, aunque se comportaban como estos. Sus cuerpos, a pesar de tener forma y lucir notables vestimentas, eran transparentes. Podías ver a través de ellos. Sin embargo, sus hierros eran sólidos, cortaban como el cuchillo más preciado del carnicero. Un simple puñetazo no era un golpe en el aire o un impacto sin efecto, pues la carne parecía manifestarse cuando rozaban la piel de un vivo. Entonces, ¿cómo deshacerte de unos piratas carentes de esqueleto y capaces de estirar sus miembros hasta lo indecible? Aparecían y desaparecían a su antojo, cogiendo a su víctima desprevenida, condenándola a recibir sus tajos sin que tuviera la oportunidad de

defenderse.

Ante tal situación, Valeria se sintió afortunada. Se guiaba por el poder de visión de la propia ballesta, y antes de que un pirata se manifestase ante ella, una flecha ya lo apuntaba y desdibujaba de inmediato la cruel sonrisa de su espectral rostro. Jugaban al ratón y al gato, aunque ella no supiese discernir a cuál de los dos animales encarnaba.

Desde su posición, logró distinguir a Daniel, quien giraba sobre sí mismo con la espada en posición horizontal, evitando así que los juguetones fantasmas aprovechasen cualquier distracción. Después posó su mirada en Nico, a quien le iba mucho mejor. Sus botas lo mantenían siempre en movimiento, corría de aquí para allá ayudando a los enanos, los cuales partían en clara desventaja. Estos, con la boca torcida y las piernas como gelatina, aguardaban temerosos la aparición corpórea de los espíritus por cualquier flanco, quienes, siempre vigilantes y alardeando de una picardía extrema, escogían el menos protegido. De todos era sabido que los enanos eran fieros en el combate, sin embargo, detestaban luchar contra cualquier ser del más allá. Los consideraban escurridizos y tramposos, ya que para estos no existían leyes de honor durante la batalla. Su único objetivo era provocar en el rival un miedo paralizante que lo llevara a la locura y posterior perdición.

Nico se atrevía a desafiar a esos seres burlándose de su estrategia, divirtiéndose a su costa, pues se dedicaba a cogerlos de improviso y, tras unir sus labios con sorna, los sorprendía emitiendo un explosivo «¡Bu!» que llegaba a espantarlos. El guardián de las botas estaba desquiciándolos, se entretenía con el mismo juego que ellos mismos habían inventado después de siglos de tortura y soledad. Ellos eran los dueños de aquellas aguas, tan atractivas como siniestras, y nadie, en especial un crío maleducado, podía desautorizarlos. Habían contado con años para perfeccionar su táctica: aguardaban en la niebla más espesa a que su presa, guiada por las luces de las melifis, cayera en la trampa mortal; luego la asaltaban por sorpresa y alargaban el fatal desenlace para disfrutar jugando y así combatir el hastío de los largos meses de espera.

Coril ya contaba con varias laceraciones en muslos y brazos. Su arco no era mágico, y aunque trataba de conectar con su yo interior para anticiparse a sus movimientos, las continuas risotadas de los fantasmas lo desconcentraban una y otra vez. Por eso no advirtió la repentina aparición de un pirata por su costado izquierdo. Ese fue el motivo por el que no pudo reaccionar a tiempo. Se quedó petrificado al percibir cómo el hierro se le hundía en la piel, atravesándole el brazo. Y aunque una flecha impactó en la frente del adversario, este se esfumó antes de que pudiera agujerearle la cabeza. El elfo reprimió un

grito de dolor y palpó la sangre que abandonaba su cuerpo a borbotones. Se permitió entonces observar la cubierta del barco.

Los piratas dejaban tras de sí una estela escarlata, un río rojo que teñía la madera del barco sin esfuerzo alguno. Torció el gesto y corrió para refugiarse detrás de unos barriles de aguardiente perforados por el descontrol de la lucha. Estaban perdiendo la batalla. No había bajas entre los piratas. Sin embargo, ya había contado varios cuerpos amigos tendidos en el pavimento. No podían hacer frente a un enemigo desconocido. Y, agazapado, se resignó ante la evidencia: iban a morir uno a uno.

Rasgó parte de la casaca que lo abrigaba e improvisó un torniquete para contener la pérdida de sangre. Antes de volver a la refriega, inspiró varias veces para calmar su flema osada y a veces imprudente mientras controlaba el número de flechas que le restaban en el carcaj. De pronto, se presentó ante él el hada, de quien no recordaba el nombre, con rostro grave y portando una antorcha.

—¡Son seres malditos! —le aseguró—. Dice la leyenda que una vez capturaron a una bruja y trataron de usarla para que les concediera deseos, como si fuese un hada. Al ver que no conseguían nada de ella, más que insultos, decidieron acabar con su vida. Pero, antes, ella los maldijo a vagar por los océanos y a no encontrar jamás la paz ni un hogar en el que descansar. Les dijo que todos morirían a causa de un fuego mágico. Y así fue. Uno a uno, sus cuerpos fueron consumidos por una hoguera repentina. Por eso temen al fuego. Creen que es obra de la bruja que viene ahora a llevarse sus almas con ella. —Se acercó más a él y se atrevió a rasgarle su camisa—. Rodea la punta de tus flechas con esto y empápalas en alcohol si quieres sobrevivir.

El hada se despidió tocando con su barbilla el pecho y agitando la antorcha en el aire, como el que porta el baluarte de su destacamento con entrega y orgullo. Se dirigió hasta donde se encontraba Angus. Allí observó cómo le entregaba el arma de fuego al capitán y desaparecía por la entrada hacia los camarotes, quizá para buscar los candiles que iluminaban los pasillos interiores.

En otra zona del barco, Valeria no bajaba la guardia. Le pesaban los brazos, los cuales apenas habían tenido un segundo de respiro. Continuaban en posición, tensos y algo contraídos, sujetando con brío la ballesta, que disparaba sin descanso sus flechas a destajo. Tenía el mentón apretado y sus labios eran una línea delgada que desaparecía al llegar a las mejillas. A pesar de sentirse extenuada, advirtió la manifestación de un espíritu detrás de ella. Se giró con celeridad y descargó varias flechas que atravesaron al espectro sin más.

—¿Tú otra vez? ¿Cómo puede ser posible? —le preguntó extrañada mientras contemplaba cómo volvía a desvanecerse—. ¡Te he dado varias veces!

Sin duda, aunque su ballesta era mágica, no resultaba eficaz contra seres muertos o fantasmas medios vivos. No tenía claro en qué categoría debía situarlos. De repente, entre los lamentos de los enanos y las risas de los espíritus, se escuchó un chillido estridente. Giró la cabeza sin descuidar su concentración y atisbó el cuerpo de Tímbel zarandeándose desesperado mientras el capitán fantasma lo elevaba y se jactaba de su captura. Había clavado su garfio en las alas rotas del hada y desgarrado el amplio manto que lo cubría.

—¡Marineros! —gritó de repente, saltando a su barco—. ¡Mirad lo que tengo! Este hada se creía más listo que yo. Pensaba que no sería capaz de reconocerlo entre tanto ser insulso.

Todos los piratas ovacionaron a su capitán alzando sus armas, realizando piruetas imposibles en el aire y lanzando silbidos sobrecogedores que evocaban la procedencia de esos seres horrendos: un pozo abismal donde la luz no existía y los condenados se nutrían de su propio tormento.

—¿Qué hace un hada disfrazado de pescador por aquí? ¿No estás lejos de tus bosques verdes llenos de insectos molestos? —le preguntó con desdén.

Tímbel guardaba silencio, culpándose de su apresamiento al tiempo que estudiaba las escasas posibilidades de salir con vida de ese embrollo. No debería haber depositado los candiles en el suelo en cuanto regresó a cubierta. Ese había sido su error fatal. Tendría que haber mantenido sujeto al menos uno, en sus manos, pero quiso reunir los suficientes para que los marineros tuvieran una oportunidad, y su naturaleza delgada no había podido con tantos a la vez.

—Y, dinos, ¿dónde guardas tu polvo especial?

—¡No le toques ni un pelo! —le ordenó Nico, manteniendo una postura desafiante.

—¿Otra vez tú, pequeño felino? ¡Huelo tus pies de gato desde aquí! —Se desternilló de risa y todos sus vasallos lo imitaron—. ¡No te entrometas en esto si no quieres que le ordene a uno de mis hombres que te ampute un brazo!

Nizhoni se situó detrás del guardián de las botas y lo sujetó por una de las muñecas.

—No hagas nada de lo que puedas arrepentirte —le dijo entre dientes—. Estás bajo el influjo del polvo de hadas. Eso está haciendo que hagas más tonterías de las habituales. No nos pongas a todos en peligro.

—¿Sabes? Eres muy guapa, pero una borde de cojones. —Ella lo fulminó con la mirada—. ¿No te lo habían dicho nunca?

Coril se acercó a Daniel con disimulo y, con un leve parpadeo, lo instó a que estuviese preparado.

—Su punto débil es el fuego. ¿Crees que podrás prender tu espada

mágica?

Daniel asintió sin mirarlo. Mantenía sus ojos grises clavados en su hermano, quien continuaba soltando improperios contra el pirata:

—Dicen los cuentos que fue un cocodrilo el que te amputó la mano. Se la tragó de un bocado. ¿Tenemos que creernos esa versión, o es que confundiste tus dedos con huesos para perros? Puede que quisieras lamerlos —le escuchó decir.

Las dos esferas negras del pirata se tornaron en un rojo encendido. Su rostro transparente parecía haber mudado a uno más sólido, más bárbaro y cruel. Sin embargo, toda esa furia que bullía de su espíritu, haciendo que se desprendiesen chispas de su figura incorpórea, no estalló sobre el guardián de las botas, sino sobre el hada, quien todavía pendía de su garfio. Tiró de su cabeza hasta que el gorro, del que no se desprendía jamás, terminó decorando uno de los palos del barco fantasma. Luego arrancó de cuajo los ropajes holgados bajo el que escondía su cuerpo pequeño, para después rasgar aún más las alas del hada. Entonces, una linfa dorada brotó de ellas cubriendo su delicada piel, humedeciendo sus glúteos y piernas.

Nico contempló el esplendor decadente del hada. Sus cabellos azulados habían sido cortados con anterioridad, y su notable pecho, disimulado con gruesos vendajes para ocultar su verdadera identidad, se expandía despacio, hasta que acabó reposando en un silencio doliente. Ella, la hada, agonizaba. Sus ojos añiles se cerraban poco a poco mientras su cuerpo tremaba convulso, anunciando que había renunciado a la lucha. Nico aulló. Dirigió un lamento hacia las lunas escondidas, sepultadas bajo la firme niebla. Después, perforó con su mirada avellanada el rostro impertérrito del capitán fantasma y puso sus botas en movimiento. Antes de saltar los casi dos metros que separaban a ambos barcos, dio varias vueltas en la cubierta para impulsarse con la propia velocidad que generaba su calzado. No se lo pensó dos veces. Estiró el pie derecho y, al rozar el bordillo, lanzó su cuerpo contra el pirata mientras blandía el cuchillo. El fantasma lo aguardó ansioso, con una esquelética sonrisa dibujada en sus labios mortecinos. Entonces, cuando se cercioró de su inminente arribo, le arreó un guantazo como el que aparta un insecto molesto y contempló victorioso cómo el muchacho caía al agua.

De inmediato, Daniel se dispuso a saltar tras él, pero Nizhoni lo detuvo. La guardiana, aprovechando las cajas y barriles desparramados por la cubierta, ancló sus piernas en el cantillo y se arrojó al océano oscuro sin miramientos.

—¡Ahoooraaa! —Daniel se giró y observó cómo el elfo los animaba a atacar. Lanzaba sus flechas ardientes contra el barco enemigo al tiempo que los tripulantes fantasmas comenzaban a retirarse aterrorizados.

Coril había aprovechado la distracción del capitán, quien focalizaba toda su ira contra Nico, para repartir los candiles e improvisar nuevas antorchas. Ahora, los enanos avanzaban sin impedimentos contra el enemigo. Los invitaban con las llamas naranjas a abandonar el velero, y quien se resistía, terminaba devorado, consumido por un «fuego mágico» que conseguía amedrentarlos.

—¡Dime, maldita hada! ¿Dónde guardas el polvo mágico? —El capitán palpaba todo su cuerpo en busca del saquito que los de su especie solían portar.

—No te lo diré jamás. No voy a librarte de tu maldición.

Valeria, aprovechando la confusión, encañonó al fantasma desde el palo horizontal que sujetaba al mástil. Desde allí disparó la flecha encendida, que impactó sobre el garfio y seccionó el hierro como si se tratara de una endeble astilla. El capitán de los rizos negros profirió un grito que pareció surgir desde las profundidades del océano, un lamento grave que se expandió como una onda sonora a través del agua e hizo temblar a ambas embarcaciones. Ella se tapó los oídos unos segundos y luego, apresurada, buscó al hada. El pirata la había liberado de sus garras, pero Valeria había perdido su rastro. Escudriñó toda la periferia en su busca. Y por fin distinguió a Daniel, quien se alejaba con ella en brazos, esquivando las últimas estocadas de los piratas. Ella saltó al pavimento para aguardar su llegada, y en ese momento atisbó a su hermana saludando hacia el cielo con los brazos abiertos.

—¡Brifin, has vuelto! ¡Nos has encontrado!

El dragón sobrevolaba el barco pirata batiendo sus alas con furor, marcando la zona enemiga con aplomo y amenazando con su simple presencia a unos piratas acoquinados. Después de mostrar su poderío, rodeándolos con insistencia, abrió su boca y dejó que todos admirasen su mortífera dentadura antes de escupir su aliento sobre las velas que ondeaban una calavera desencajada.

Los cuerpos de los tres marineros fallecidos fueron lanzados por la borda tras una ceremonia de despedida. Con un ritual sagrado, los habían cubierto con sábanas y entablillado sobre una superficie cóncava, una especie de ataúd que solían usar los enanos para honrar a sus muertos. No podían iniciar su viaje sin un medio de transporte que los empujara y condujera a su destino. Tampoco podían presentarse ante sus ancestros sin sus armas. Por eso Angus se había esmerado en enroscarlas entre sus dedos rígidos, para que no se perdieran durante la travesía. Después de unas emotivas palabras donde se enzarzaba la vida y proezas de los valientes, sus compañeros

los arrojaron al mar entre vítores y un cántico sobrecogedor. Un canto guerrero en su idioma natal que había erizado la piel de Valeria.

Por fin, tras horas de ajetreo y recogimiento, el velero volvía a navegar rumbo a las islas. Tímbel, después de haber sido tratada con las aguas del oasis, subió a cubierta y les agradeció a todos su empeño. Desveló que en cuanto había advertido la presencia de los piratas, se introdujo en su camarote para guardar con celo su saquito lleno de polvo mágico, pues era muy codiciado por ellos, y quizá la única sustancia que existía en Silbriar capaz de levantar el hechizo de la bruja y, con ello, la posibilidad de volver a ser de carne y hueso. Al final, los fantasmas se habían esfumado, aunque no se sabía con exactitud cuántos habían perecido en la estrepitosa huida.

La hada, ya con ropajes más ceñidos y habituales en su especie, se sentó sobre una pila de cajas, dispuesta a zanjar todas las dudas que su extraña presencia hubiera ocasionado.

—¿Por qué nos ocultaste que eras una chica? Aquí no te habríamos juzgado —le preguntó Nico, todavía fascinado por el descubrimiento.

Se cobijaba bajo una manta gruesa para tratar de absorber todo el calor que esta contenía, ya que todavía lo asaltaban abrumadores escalofríos tras su inmersión en el agua. No recordaba nada de su accidentada zambullida. Únicamente, que había tratado de mantenerse a flote moviendo brazos y piernas a la desesperada y que minutos después perdió el conocimiento. Cuando por fin sus ojos estuvieron preparados para abrirse, el primer rostro que distinguió fue el de Nizhoni. Tenía los cabellos negros empapados, y en sus labios carnosos se arremolinaban numerosas gotas de agua que se precipitaban contra él como una fina lluvia. Nico, ahora recuperado, esperaba impaciente la respuesta de la hada.

—Creo que llevo tanto tiempo fingiendo ser alguien que no soy que al final me acostumbré a ese aspecto desaliñado y algo grotesco. Era la manera que tenía de sobrevivir en Silbriar. Nadie le prestaría mucha atención a un hada solitario mientras fuera hombre. Pensaban que era un rebelde, un renegado…, y así pasaba inadvertida entre los soldados y mi propia especie.

—Pero ¿por qué abandonaste tu comunidad? —Coril fruncía el ceño sin comprender todavía los motivos que la habían llevado hasta allí.

—No me fui de forma voluntaria —comenzó a explicar—. Las hadas no somos como los enanos o los elfos: monógamos y fieles a un único ser. Ya sabéis que podemos gozar de varias parejas a la vez sin importar su sexo o condición. Yo mantenía una relación con un guardia real, y siendo lo que vosotros llamáis «doncella» de la princesa, pues también con Silona. —Nico abrió tanto los ojos que se les despegaron los labios hasta dibujar en su boca una mueca

inverosímil. Quiso hacerle una pregunta, pero al considerarla indiscreta, prefirió callar—. Todo funcionaba bien en el reino, hasta que llegó Niber. Él se convirtió en otro de los amantes de la princesa y, más tarde, en el único que podía compartir su lecho. Muchos nos dimos cuenta de sus intenciones, pero nadie se atrevía a alzar la voz. Fue decisión de Silona mantener esa exclusividad con ese hada tan bello como petulante. Así que en cuanto tuvo oportunidad, Niber destituyó a toda su corte por declararla ingrata y la rodeó de hadas fieles a su causa. Quería convertirse en su esposo, en su dueño y señor para gobernar sobre Silbriar. Poco a poco, la presencia de Silona en palacio fue reduciéndose. Permanecía siempre en sus aposentos, ajena a todo el mal que estaba haciendo su amante. Así que en cuanto me fue posible, por el amor que todavía le profesaba, me infiltré entre sus nuevos consejeros y conseguí entrar en su habitación. Estaba sola, tumbada sobre unas sábanas pulcras y con los ojos entreabiertos. Parecía tan indefensa y estaba tan hermosa con sus cabellos rojos... —Onrom carraspeó con dureza e interrumpió su ensoñamiento—. ¡Creo que estaba suministrándole alguna sustancia para poder someterla! Y cuando intenté alertar a todos, fue demasiado tarde.

—¿Qué pasó? —le preguntó Valeria, conmocionada por el relato que se escapaba de sus labios—. ¿Qué te hicieron?

—Las hadas creemos en las relaciones libres, pero hay una línea que no podemos cruzar: jamás mantener lazos afectivos con alguien de otra especie. Hace mucho tiempo hubo un rey que condenó a su propia hija por enamorarse de un humano, y de esa unión maldita se engendraron a los mestizos. Silona no prestaba mucha atención a esta cuestión mientras se tratara de escarceos que no perjudicaran la estabilidad del reino, pero Niber... ¡Es cruel! ¡Un tirano! Él... me acusó de alta traición cuando supo que yo había transgredido esa norma. Durante años había mantenido una relación secreta con un ser prohibido, un ser al que amaba y al que tuve que renunciar cuando empezó la guerra. Y aunque ya no mantenía el contacto con él..., me castigó. Con un hacha, me cortó el cabello delante de todos y marcó mis alas para convertirme en una repudiada, en un hada que jamás obtendría el permiso para volver a mi comunidad. —Las lágrimas de un plateado brillante bañaron el rostro de Tímbel, haciendo que brillara y que sus emociones flotaran en el aire y envolvieran a los presentes en una profunda tristeza.

Valeria sintió el aguijón en su pecho, tan pequeño como el de una abeja pero tan letal como el de un escorpión. Se abrazó a Daniel para buscar consuelo, pero este también lloraba y trataba de disimular su congoja besándola en la frente, en sus ojos enrojecidos y en sus labios humedecidos.

—Tímbel, intenta controlar tus sentimientos —le sugirió el elfo,

apaciguando sus frenéticas ganas de llorar mientras los enanos sollozaban desconsolados.

—¡Oh, lo siento! No pretendía... —Inspiró profundo y enjugó sus lágrimas, las cuales regresaron a sus ojos, eliminando así su destello embriagador—. Quiero salvar a Silona y desterrar a Niber de palacio. Desde que fui repudiada, he sobrevivido manteniendo mi identidad oculta, sin establecer comunicación con ninguna otra hada para no ser denunciada. Y entonces escuché vuestra charla en la taberna mientras fingía entretenerme con aquel juego. Si es verdad que existe un guardián capaz de enmendar todos los errores que hemos cometido, ¡yo me apunto! No quiero que Lorius vuelva a gobernar y suelte a sus perros por nuestros bosques, pero tampoco voy a permitir que Niber se salga con la suya y mantenga a todas las hadas encerradas en nuestra comarca, sin la posibilidad de volar libremente por las distintas regiones de nuestro mundo.

—Ya me parecía a mí que andabas demasiado tieso..., tiesa, quiero decir. —Nico se rio y, a continuación, comenzó a estornudar.

—Deberías ir a descansar —le sugirió su hermano.

—Sí, y así de paso tu cuerpo terminará de eliminar todo el polvo de hadas que has tragado —le espetó Nizhoni.

—¡Tú siempre tan simpática! Pero gracias por sacarme del agua.

La noche cayó sobre el velero como una cortina silenciosa que se deslizaba por la pared acariciando su frío, convirtiéndola en un lugar plácido y entrañable. Lo rodeó con la calidez de sus millones de estrellas, que danzaban divertidas anunciándoles un viaje acogedor. Al principio, Valeria no se percató de su luminosidad. Le parecía que eran las mismas de siempre, las que los habían acompañado en su travesía marinera, hasta que cayó en la cuenta de que los misteriosos colores habían desaparecido. Confundida, escudriñó el cielo clavando su mirada primero en las dos lunas, despojadas de su halo siniestro, y luego en las propias estrellas. No, no estaban saltando de alegría. ¡Lloraban! Y de ese enigmático llanto brotaba su inusual brillo, como las lágrimas de la hada, que habían iluminado su rostro de forma indescifrable.

Mientras todos se disponían a calentar sus huesos con una sopa cuyos olores traspasaban la madera y llegaban a cubierta, ella permaneció anclada al suelo, examinando el extraño comportamiento de los astros, incapaz de deducir su significado.

—¿Qué pasa? —le preguntó Daniel al tiempo que la rodeaba por la cintura y enterraba los labios en su cuello.

—Las brechas no están. No hay luces ni colores ni nada que nos indique que los jinetes siguen su camino.

Daniel alzó la barbilla y comprobó la ausencia de brillos fulgurantes y la extinción de las estelas hipnóticas. El cielo se había

vaciado.

—Puede que se trate de algo bueno. Quizá Zacarías haya liberado a Bibolum y los magos del Refugio hayan encontrado la manera de deshacerse de las brechas.

Valeria torció el gesto, aún más confundida.

—¿Y por qué tengo un agujero en el estómago que me impide alegrarme? Hay algo que se nos escapa...

—No estamos en el continente. Sea lo que sea, no podemos hacer nada. —Le dio la vuelta y acarició sus mejillas con las yemas de sus dedos—. Nuestra misión es encontrar la capa. Lo demás está fuera de nuestro control.

Daniel presionó su cuerpo contra el de ella y recorrió su espalda con sus manos hasta llegar a sus glúteos. Luego besó su graciosa nariz, salpicada por alguna de sus pecas, y antes de rozar sus labios, le dirigió una última mirada al firmamento. Sí, temía los eclécticos colores que habían dominado la noche, pero su repentina desaparición también lo hacía recelar. ¿Qué demonios estaba pasando en el continente? ¿Habría llegado Lorius al Refugio? Si era así, no contaban con mucho tiempo.

16

Canto

El mar ya no rugía ni estaba plagado de piratas fantasmas que lo obligaran a revolverse. Permanecía en silencio, como el amigo fiel que respeta y abraza tus lágrimas tras la pérdida de un ser querido, que te sujeta la mano y te acompaña en el sendero para que tu cuerpo, extenuado por la agonía, no se tambalee ni pierda el equilibrio, sino que camine ligero, con unas alas ilusorias que te permitan flotar sin perder el horizonte.

Los cabellos de Valeria, azotados por la brisa nocturna, volaban tan libres como sus pensamientos. Esas aguas mansas eran ahora el sepulcro de tres compañeros con los que había compartido el desayuno e incluso la cena, a los que había ayudado a limpiar la cubierta tras la tormenta y con los que combatió mientras los piratas asediaban el barco. ¿Cuántos más debían morir para conseguir la libertad del mundo mágico? ¿De cuántos más debía despedirse? Un desagradable escalofrío la asaltó e interrumpió sus reflexiones. Volvió la vista hacia la popa y sonrió al comprobar que Brifin dormía tras su extraordinaria intervención en la refriega. Luego, con una mueca contrariada, observó a Nizhoni, quien trataba de pelar una especie de manzana con un cuchillo más pequeño que el de una hojilla de afeitar.

Apenas había intercambiado unas cuantas frases con la nueva guardiana. Nico decía que era exasperante y retorcida. Sin embargo, a ella le parecía una chica insegura y demasiado puntillosa.

—¿Cuál es tu objeto? —le preguntó a traición, arrugando el rostro y encañonándola con sus ojos miel. Pero Nizhoni ni siquiera la miró. Continuó mordisqueando su codiciada fruta e ignorando su presencia —. No te he visto usar ninguno mientras luchábamos contra los piratas, solo esa navaja ridícula que no creo que esconda ningún poder. ¡Ah!, y una extraña lanza del tamaño de una cuchara.

—Es un kunai japonés. Me lo traje de la Tierra porque es un arma versátil y flexible. —Con los brazos cruzados y las cejas arqueadas,

Valeria aguardaba a una aclaración más satisfactoria, pero se topó con el hermetismo de la guardiana, quien la desafió con una mueca tosca antes de clavar de nuevo su mirada en el raquítico cuchillo, el cual, más que despojar a la rancia fruta de su piel, parecía desollarla sin piedad—. No es necesario que seamos amigas —añadió sin levantar la cabeza al ver que la guerrera no se movía del sitio.

—No pretendo ser tu amiga. Pero debemos ser un equipo compacto y confiar los unos en los otros si queremos terminar esta misión con éxito.

—¿Acaso tú confías en mí?

—Confío en el maestro de mi madre, Zacarías. Si él dice que eres válida, es porque es así. —Por fin, la guardiana levantó la barbilla y la examinó sin reparo. Había escuchado muchas cosas sobre ella, «la descendiente», pero allí, delante de sus narices, le parecía una mortal más—. Has salvado la vida de Nico. Te tiraste al mar sin pensártelo, a sabiendas de que estas aguas son peligrosas. Eso no lo hace alguien a quien no le importa el grupo.

—He visto cómo el elfo y tu novio me miran. No les caigo bien. Y, sinceramente, me da igual. Yo no he venido aquí a ser Miss Simpatía, sino a ayudaros a despertar a ese guardián. Nada más. Después volveré a casa, retomaré mis estudios y fin de la historia.

Valeria se sentó a su lado, desvió la mirada hacia más allá del horizonte y ahondó en él, como si así fuera capaz de desentrañar la maraña de misterios que se ocultaban en los confines del mismísimo universo. ¿Existiría la paz eterna en algún lugar recóndito de la galaxia?, ¿un mundo donde el corazón no le latiese desbocado y sus nervios no estuviesen siempre a flor de piel? Lo dudaba mucho. Y menos ahora, que los jinetes cabalgaban sin descanso amenazando a miles de planetas.

—Yo también deseo lo mismo. Regresar a casa con mi hermana..., mis hermanas, terminar mi primer año de universidad sin más sobresaltos y tener una relación normal con Daniel, sin piratas que quieran matarnos ni brujos que intenten controlarnos. Pero también he aprendido que no podemos escapar de la magia que se nos ha regalado y que, cuando Silbriar vuelva a necesitarnos, no tendremos más remedio que acudir en su auxilio.

—¡Claro que no puedes negarte! ¡Tú más que nadie! ¡Eres una princesa! Eres la mayor de las tres, por eso el trono está esperándote. Muchos hablan de ti, de la libertadora, y otros te llaman... usurpadora. Dicen que no te mereces ese puesto.

—¡No soy una princesa! ¡Y no quiero ese maldito trono! —exclamó molesta—. ¡Que se lo quede el guardián de la capa! Yo... no puedo abandonar a mis hermanas... No sé qué le ha sucedido a Lidia, y todas las noches rezo para que se encuentre bien. Y no..., y no...

—Y no quieres matarla —concluyó la guardiana, mostrando su semblante más severo—. Es normal, es tu hermana. A veces, este condenado mundo te exige sacrificios insospechados. —Lanzó un bufido incómodo. Después se levantó y estiró las piernas—. Ese bobo de Nico me recuerda a mi hermano: atrevido, leal y un completo bocazas.

—Si lo hubieras conocido al principio, no dirías lo mismo. —Rio al recordar el torbellino de inseguridades que habitaban no hacía mucho tiempo en el alma del chico.

—Mi hermano murió de cáncer hace unos meses. Ni siquiera pude estar con él para despedirme. Tuve que venir aquí y preguntarme por qué debía luchar en una guerra que no me pertenecía. Yo quería estar en el hospital, con mis padres..., pero no me dejaron. —Nizhoni hablaba con palabras atribuladas. De vez en cuando se permitía un silencio, en el que trataba de despejar el tormento de su garganta—. Falleció después de combatir contra su propio cuerpo, tratando de expulsar esa maldita enfermedad. Pero ¿sabes qué? El cáncer nunca tocó su alma. Mantuvo la alegría en su espíritu y las ganas de vivir hasta el final. Así que sé lo que significa perder a un hermano y comprendo el dolor por el que debes estar pasando. Silbriar no debería pedirte su sacrificio, sino ayudarte en su salvación. Así se lo transmití a mi maestro cuando, en un primer momento, recibimos las órdenes de acabar con tu hermana y, luego, con las tres. ¡Yo no me uní a esa rebelión! Me quedé con Zacarías, analizando las consecuencias de vuestra muerte, buscando alternativas en las que los guardianes siempre fueran bien recibidos por las diferentes comunidades. Yo no estaba dispuesta a manchar mis manos de sangre hermana.

—Agradezco tu sinceridad. Tienes un gran maestro. —Valeria recordó fragmentos del diario de su madre en los que afirmaba que Zacarías era sentimental, piadoso, pero sobre todo que poseía una cualidad de las que muchos magos carecían: la empatía.

—Sí, un poco charlatán a veces, pero... —admitió, esbozando una leve sonrisa— un buen hombre. Comprendió mis motivos y no trató de convencerme. Él no me obligó a subir a este barco. Estoy aquí porque quise. Ya no se trata de una batalla aislada en este mundo, sino de la guerra de los mundos. Sé que la Tierra está en peligro. He visto las tormentas de hielo y las lenguas de fuego que están destruyendo nuestro planeta. Ese no es el hogar al que quiero regresar para llorar la muerte de mi hermano y vivir la vida como le prometí que haría. Así que espero que ese guardián de la capa tenga un as guardado bajo la manga y consiga sentar su codiciado trasero en ese maldito trono, aunque nos cueste otra guerra con las hadas. Ya lo has oído: ese Niber no permitirá que Silona ceda el trono.

—Poco a poco. No nos adelantemos a los acontecimientos. Lo

primero es encontrar esa dichosa capa. —Lanzó un suspiro que se perdió entre el canto sereno de las olas—. En cuanto a Coril y Daniel, dales tiempo. Están cansados de recibir puñaladas por la espalda.

—Ya, no me extraña. —Volvió la vista al mar y se deleitó con las suaves ondas que mecían la embarcación y la acunaban con ternura para que llegase a buen puerto—. Tú tampoco eres la típica princesa vanidosa. Si lo fueras, no habrías regresado con el dragón y saltado al barco en mitad de la tormenta. Habrías huido con el animal.

—Yo nunca dejo a mis amigos atrás —sentenció. Se acercó al bordillo mientras se mordía el labio inferior y examinó la inusitada espuma plateada que estaba arremolinándose en algunas zonas cercanas al barco—. ¿Qué demonios...?

Avanzó por estribor sin apartar la vista del agua. Las olas centelleaban como si estuviesen impregnadas de kilos de purpurina y estuviesen brillando por el efecto del sol sobre ella. Pero la esfera amarilla hacía horas que los había dejado, ni siquiera era de día. Y las dos lunas silbrarianas, más que aportar su luz, languidecían, trataban de despertarse tras el prolongado letargo auspiciado por las brechas. De reojo, observó a Nizhoni, quien escudriñaba cada centímetro del mar como un experto marinero al tiempo que arrugaba la nariz. De pronto, escucharon un leve tintineo, un meloso susurro acompañado por decenas de cascabeles que tañían alegres anunciando una entrañable visita. ¿Qué era lo que estaba sucediendo?

Valeria se sintió cautivada por una música suave, casi narcótica, que comenzaba a envolverla. De repente, advirtió cómo el timonel abandonaba su puesto y deslizaba sus pies por la cubierta al ritmo de sus compases armónicos. Embelesada, Valeria contoneaba las caderas, dejando que el canto aterciopelado de las olas la invadiera.

—¡Tápate los oídos! —le ordenó Nizhoni.

—¡¿Qué?! —reaccionó al escuchar a la guardiana. Pero su voz era un eco confuso, casi inaudible para ella, quien continuaba moviendo los dedos como si acariciara las teclas exquisitas de un piano.

—Antes dijiste que confiabas en mí, ¿verdad? —Valeria asintió sin comprender—. Está bien. Pues no escuches ese canto, o estarás perdida.

—¡Oh, Dios! ¡Es como la flauta de Kwan! —recordó mientras disfrutaba de las notas mágicas que entonaban a su alrededor.

Nizhoni la zarandeó hasta que ella volvió a prestarle atención.

—¡Es peor! ¿No querías saber cuál es mi objeto? —La guardiana agarró el colgante que rodeaba su cuello y tiró de él hasta extraer del interior de su pecho una pequeña concha marina. Ella la miró de forma interrogante—. ¡Son sirenas!

—¿Sirenas? ¿Y no se supone que son seres buenos?

—Hay muchas especies habitando las profundidades de los mares

de Silbriar, y estas no parecen las más amistosas. —Con la navaja, le desgarró la camisa e improvisó dos tapones de tela que introdujo de inmediato en el interior de sus orejas—. Dime, ¿escuchas algo?

Negó con la cabeza, todavía algo desorientada.

—Solo a ti. ¿Cómo nos deshacemos de ellas? —le preguntó.

—Eso déjamelo a mí. Tú avisa a todos para que protejan sus oídos. Las sirenas son grandes depredadores. Utilizan su canto para atraer a sus presas y luego devorarlas.

Valeria asintió con rostro repulsivo y prestó atención al enano, que bailoteaba alrededor del timón como si este fuera su pareja. Corrió hacia él mientras le rogaba que no escuchara la canción que entonaban las sirenas, pero sus palabras cayeron en el vacío. Luego presionó con sus manos las orejas del enano, de quien lo único que recordaba era su nombre, Arión, y que le gustaban los insectos fritos. Sin embargo, él no estaba dispuesto a que nadie interrumpiera su danza, así que, elevando su pierna, le asestó un puntapié en la pantorrilla. Valeria apartó las manos del enano y gritó de dolor. Entonces, Arión rio como un demente, se alejó de ella y se acercó peligrosamente al borde. Desde allí la saludó y se despidió como el que parte hacia un viaje placentero, con una maleta repleta de ilusiones y un mapa marcado con lugares que descubrir.

Ella asió la ballesta con decisión y le disparó al enano, esperando no errar el tiro. La flecha se desplazó, ignorando la música proveniente del océano. Traspasó la manga de su chaqueta, la cual todavía permanecía elevada por ese adiós tan efusivo, y se clavó en la madera de babor, dejando los pies de Arión a tres palmos del suelo. Este, colérico, quiso desprenderse de la flecha que lo mantenía inmovilizado tirando de ella mientras insultaba a la muchacha, quien ya se dirigía hacia él decidida.

—¡En mi guardia, ni te atrevas! ¡No pienso perder a nadie más!

A continuación, Valeria le asestó un puñetazo que lo dejó inconsciente. El enano no tuvo tiempo de quejarse. Su cabeza oscilaba como un péndulo en busca de un punto fijo en el cual descansar tras el golpe.

—Pero ¡por las barbas pulgosas de mi abuelo! ¡¿Qué diantres haces?! —Onrom se abalanzó sobre ella mientras le recriminaba su actuación.

—¡Casi se tira por la borda! ¡Lo he salvado! ¡Es el canto de las sirenas!

Pero el enano de cabellos cobrizos ya no la escuchaba. Un murmullo cándido lo mecía, lo arrullaba entre olas argentadas y lo sumía en una ensoñación profunda donde nadaba entre mujeres bellas de colas majestuosas. Onrom sonreía como un niño pequeño al que le hubieran ofrecido una gigantesca piruleta. Valeria lo zarandeó

mientras observaba de reojo cómo el resto de la tripulación pisaba la cubierta, alertados por la música del coro más hermoso que jamás habían sentido. Entre ellos, distinguió a Daniel. Se golpeaba la sien con la palma de la mano, queriendo así evitar que el canto mágico penetrara en lo más profundo de su cerebro.

—¡Daniel! ¡Daniel! ¡No las escuches! ¡Ayuda a todos para que se tapen los oídos! —Desesperada, volvió a fijar su atención en el enano. Trataba de zafarse a mordiscos de la presión ejercida por las manos de la muchacha sobre sus hombros—. ¡Onrom, basta! ¡Oh, por Dios, no quiero hacer esto! ¡Estate quieto!

Mostrando su repulsión, Valeria introdujo sus dedos índices en las gruesas orejas del enano. Al hacerlo, se impregnó con la sólida gelatina que recubría sus anchos conductos auditivos y contuvo una visible arcada.

—¡Me vas a oír, enano grosero! Estamos siendo atacados por las sirenas, que quieren que seamos su cena. Si quieres morir siendo su festín de cerdo agridulce esta noche, por mí puedes lanzarte por la borda. Pero si quieres vivir, no las escuches. ¡No sé cómo puedes oírlas con toda la porquería que tienes dentro de las orejas!

Perplejo y con los ojos en blanco, Onrom observaba su enojo y cómo su habitual rostro pálido había mudado a uno más encendido, donde destacaba una dentadura blanca apretada tras la que soltaba un rociado de frases enojadas.

—Tengo mi goma de mascar en el bolsillo del pantalón —sugirió sin rechistar—. Pónmelas en las orejas y así no escucharé a esas endemoniadas bellezas cantar su himno asesino.

—¡Oh, no puedo creérmelo! ¡Me debes una! ¡Y te juro que si salimos de esta, vas a lavarte hasta las partes del cuerpo que no llegas a verte con un jabón de piedra si es necesario!

Nizhoni trepó por el mástil central con celeridad a la par que observaba cómo el resto de la tripulación sucumbía al hipnótico canto. Divisó a la pequeña Érika correr hacia el dragón, el cual comenzaba a alterarse por la presencia de las sirenas asesinas. En menos de un minuto, la niña consiguió subir a su lomo y abandonar el barco. Trató de controlar al animal, que todavía se sacudía y arrojaba humo por la nariz, constatando con ello la rabia que le provocaba la música. «No todas las especies reaccionan igual», pensó. Al otro lado del barco distinguió a Onrom saltando como un poseso sobre el capitán. Este quería reunirse con las mujeres de cola brillante, quienes lo llamaban prometiéndole placeres eternos. Pero el enano de malas pulgas no iba a permitir que su amigo muriese despedazado por semejantes seres traicioneros, así que se enzarzó en una pelea que pronto se propagó por toda la cubierta: una absurda refriega entre los que ansiaban ser abrazados por esas extraordinarias mujeres de voces celestiales y los

que trataban de evitar que fueran pasto para las oceánidas carniceras.

Como una funambulista, la guardiana saltó sobre el primer palo horizontal en el que se desplegaba la vela y se deslizó sobre él manteniendo el equilibrio. Desde allí, presionó la esponjosa concha sobre su garganta y emitió un sonido agudo, imperceptible para los humanos pero revulsivo para las especies mágicas. Dio gracias a que el dragón se encontraba en el aire, lejos del influjo de su don, ya que desconocía cuál podría ser el efecto del delicado murmullo que emitían sus cuerdas vocales sobre él. Con su maestro, había ensayado su canto sobre los distintos seres marinos tanto en ríos caudalosos como en lagos serenos, e incluso en diversos lugares de la costa silbrariana. Ella se escuchaba a sí misma como una caja de resonancia la cual vibraba en su interior y le permitía acariciar el sonido etéreo de las notas musicales que se propagaban por su torrente sanguíneo, disminuyendo el bombeo de su corazón, expandiendo sus pulmones e inundando todos sus órganos de una savia rebosante de vida. Su cuerpo entero era un diapasón que no solo emitía una nota en particular, sino que creaba una armonía indescifrable capaz de ahuyentar a los seres mágicos.

Había estudiado las distintas especies acuáticas, desde las juguetonas ninfas hasta las sirenas ambiciosas, capaces de enfrentarse entre ellas para ser «la dominadora», la líder indiscutible de la bandada. Pero también había aprendido que no eran las únicas que habitaban los fondos marinos. Zacarías le había mostrado tantas especies como seres poblaban los bosques. Con los ojos cerrados, se deleitaba disfrutando con su propia melodía, como una cantante de ópera que se transporta con gozo a bailar junto a las estrellas o a nadar cerca de los delfines y las ballenas más dispares.

Por fin, entreabrió los párpados al escuchar los chillidos de las sirenas alejarse de la embarcación. Cuando su canto cesó, descubrió a un puñado de enanos que la observaban embobados, fascinados por la belleza de sus ojos hipnóticos y de sus cabellos morenos ondear con el viento. Nizhoni era consciente de que su voz estridente para las sirenas era atractiva para otros seres; enzarzaba su belleza y la convertía en una musa inalcanzable para muchos. Sonrió al verificar que su don había surtido el efecto esperado.

—¡Eres una diosa! —No comprendió cómo Nico había sucumbido a su canto. Él era humano y, por lo tanto, su poder no debía afectarlo. Sin embargo, la contemplaba desde el suelo como un enamorado Romeo, embelesado por el esplendor que irradiaba Julieta desde el balcón.

—¿Todavía sigues bajo el efecto de ese estúpido polvo?

—No, no, para nada... Disculpa, por un momento se me ha ido la olla. ¡Que sepas que sigues siendo la misma borde! ¡Que no se te suba

a la cabeza!

La guardiana rio para sus adentros al comprobar el rostro enrojecido del muchacho. Se agarró de nuevo al mástil y se dispuso a bajar. Pero, entonces, la voz de Érika desde las alturas la alertó de nuevo:

—¡Vuelven! ¡Cuidado! ¡Van hacia el barco!

Observó cómo Brifin esparcía su fuego sobre ellas, pero este apenas traspasaba el agua, donde las sirenas agitaban sus colas y se desplazaban a toda velocidad. Esta vez no cantaban, no danzaban al unísono como los integrantes del balé más profesional. Nizhoni escuchaba sus gritos de guerra, empoderados y dementes, resurgir desde las profundidades.

—¡¿Qué hacemos ahora?! —le imploró Valeria mientras alzaba la ballesta sin saber hacia dónde dirigirla.

Nizhoni no tuvo tiempo de responder. La embarcación fue embestida por decenas de sirenas como si se tratara de un rebaño de toros enloquecidos dispuestos a romper la estructura del velero con su robusta cornamenta. La guardiana se tambaleó y después cayó de bruces sobre la cubierta. Nico la ayudó a levantarse mientras sus ojos desesperados contemplaban cómo varias de ellas, desafiando las leyes marinas, brincaban sobre la cubierta formando un arco, para luego volver a sumergirse en el agua. Estaban delimitando su territorio, estudiándolos, examinando sus posiciones.

—¡Pueden saltar como los delfines! —gritó, tratando de advertir a sus compañeros—. ¡Nunca las había visto cubrir una distancia tan amplia! ¡Esas malditas están preparándose!

—¡¿Para qué?! —Coril la encañonó con su mirada a la espera de una respuesta útil.

—¡Para capturarnos! ¡Y llevarnos a donde leches se encuentre su reino!

Coril aguardó un nuevo salto, con su arco preparado para disparar. No estaba dispuesto a ser la cena de nadie ni a que experimentaran con él en sus dominios marinos.

—Los que no estén del todo recuperados para luchar, que se refugien en los camarotes —ordenó, esperando el próximo ataque.

—¡Aquí ningún enano abandona un combate! —le replicó Angus—. Pero los que quieran comprobar que esas brujas del mar no han abierto ningún boquete en mi velero, tienen mi permiso.

—Didos, deberías bajar y ver si está entrando agua —le sugirió Coril al gnomo con tono condescendiente.

—Muchas gracias, pero no puedo salir corriendo cada vez que haya un problema. —Se colocó junto a él y sujetó un garrote del tamaño de su cucurucho.

El segundo salto no se hizo esperar. Fue más preciso, más bajo en

altura, lo que les permitió casi rozar con sus largos brazos los cabellos de Daniel y Coril, los más altos del grupo. El elfo había sentido cómo la corriente de aire sobre su cabeza, provocada por el ímpetu de las sirenas, había reburujado su melena rubia. Pudo contemplar en todo su esplendor a una de esas hermosas princesas del mar. Su cola larga y seductora impulsaba el movimiento de su cuerpo ágil y esbelto. Era plateada, como el brillo que desprendía su torso delineado a conciencia por el dios que las había creado. Sus pechos desnudos, tersos y redondeados, apenas se contonearon durante el salto. Permanecieron rígidos, estáticos, manteniendo el control de su complexión elástica. Solo había percibido el ajetreo de sus cabellos magenta enroscarse en su propio cuello mientras estiraba sus brazos hacia él como una novia desesperada por encontrar un amante. Admiró su atractivo, cautivado por un rostro delicado e inmaculado. Entonces, al abrir su boca, distinguió su mandíbula afilada, dispuesta a devorarlo de un bocado. Sin pensarlo dos veces, disparó la flecha que mantenía tensada en el arco y atravesó su abdomen, alejando así al seductor espécimen de su campo visual. Torció el gesto y localizó con rapidez al guardián de la espada, quien todavía respiraba agitado tras haber sido tocado por uno de los seres mágicos más bellos que jamás había contemplado.

—¡La próxima vez saltarán más bajo, así que cualquiera de nosotros puede ser apresado! —le gritó el elfo—. ¡Valeria, Nico, Nizhoni! ¡También va por vosotros!

La guardiana del mar chasqueó la lengua y, tras asomarse al cantillo del barco, constató que las sirenas se preparaban para la siguiente pirueta. Había una veintena de ellas, cada cual más bella, más mortífera. Sus cuerpos plateados centelleaban en el agua, solo se diferenciaban por la amalgama de colores que lucían sus cabellos: violáceos, azules, dorados… ¡Daba igual! Nizhoni trataba de individuar a la reina. Si conseguía que ella ordenase la retirada, las demás la seguirían. Atragantada, suspiró. Había llegado la hora de un nuevo chapuzón. En el agua la localizaría sin mucho esfuerzo, ya que desde el velero le había sido imposible. El tiempo apremiaba, y en el próximo intento podrían arrastrar al fondo del océano a uno de sus compañeros.

Se lanzó al agua ante los ojos desorbitados de Nico, quien la llamaba suplicándole que volviese. Atemorizado, trató de divisarla entre las ondulaciones argentadas. Cuando por fin lo hizo, en su rostro se plasmó la estupefacción ante la extraordinaria transformación a la que estaba asistiendo. Las piernas de la guardiana se habían unido y cubierto de escamas doradas hasta llegar a conformar una cola uniforme y compacta. Su cuerpo resplandecía como los rayos de un sol de mediodía y su melena morena centelleaba, confundiéndose con la

espuma del mar. Nizhoni era ahora una sirena en busca de la abeja reina.

No tardaron mucho tiempo, apenas unos minutos, en ejecutar su siguiente salto. Estaban desesperadas, coléricas por obtener una presa con la que entretenerse. Esta vez, el elfo clavó sus ojos en la mirada extasiada de una de esas ninfas de cabellos violáceos. Parecía más fiera que la anterior, más experimentada, incluso más arrebatadora. Era sumamente hermosa. «Y más peligrosa», pensó Coril. Antes de soltar la flecha, aguardó a que se acercara, a que volara sobre él. Era la manera más fácil de no errar el tiro. Cuando la tuvo encima, mostrando su rostro cautivador y sus fauces mortíferas, disparó. Pero ella lo esquivó girando sobre sí misma al tiempo que estiraba sus brazos y rozaba sus mejillas con sus manos gelatinosas. El elfo sintió un extraño escalofrío al contacto con su piel, tanto que deseó que ella continuara acariciándolo hasta dejarse llevar por ese frenesí arrebatador en el que se encontraba envuelto. Ella besó sus labios, atrapándolo en un vertiginoso anhelo al cual le era imposible resistirse.

Entonces, cuando sus pies se elevaban del suelo y levitaba al son del deseo más carnal, Didos le asestó un garrotazo a su bella amante y le devolvió la cordura al joven elfo. Sin tiempo para reaccionar, la sirena agarró al gnomo por su largo cucurucho y lo alzó en el aire como la indefensa flor que es arrancada de la tierra sin oponer resistencia. Didos gritaba pidiendo ayuda mientras sus piernecillas se movían agitadas buscando el suelo. Coril se castigó por su torpeza y corrió tras él, con el arco dispuesto a arrojar una nueva flecha. Si la sirena conseguía volver al agua, su amigo no tendría ninguna oportunidad de sobrevivir.

—¡Didos, aguanta! —Apuntó a la cola del ser mágico, pero, de nuevo, ella logró sortearlo inclinándose hacia la derecha.

—¡Coril, al gorro! ¡Didos, quítate el cucurucho! —escuchó exclamar a Valeria, quien se aproximaba a su posición.

La descendiente se detuvo para dirigir la ballesta hacia el capuchón colorado del gnomo justo cuando la sirena iniciaba el descenso. ¡Iban a desaparecer los dos en el mar! En ese momento, apareció Daniel empuñando su espada y, con un hábil movimiento de muñeca, logró seccionar el cucurucho del enano, quien cayó estrepitosamente y se golpeó la espalda sobre el canto del velero. La sirena se tambaleó, perdiendo el equilibrio en su pirueta estudiada, y, gracias a eso, la flecha que había lanzado Valeria se le clavó en el costado. La mujer plateada chilló como una posesa al comprobar que su presa se le escapaba. En un último intento, golpeó al muchacho de la espada con la cola, arrojándolo con ello al mar. Después, tras sonreírle victoriosa al elfo por su nueva captura, se zambulló en el agua y desapareció

bajo ella.

—¡Dani, Dani! —Valeria trataba de distinguirlo entre la oscuridad de la noche y las centellas de las olas sin fortuna.

De improviso, la sirena herida, sacándolo a la superficie y sujetándolo por el cuello, lo exhibió como un trofeo ante sus compañeras. Unió sus labios a él en un beso largo y seductor.

—¡¿Qué está haciendo?! —preguntó alterada.

—¡Está cortejándolo! —le respondió el elfo mientras se preparaba para saltar.

—¡No, no! ¡Voy a ir yo y arrearle un guantazo a esa bruja! —exclamó ella, despojándose del abrigo a pesar de su animadversión al agua.

Pero Coril, tras arquear las cejas de forma divertida, se lanzó al mar para evitar cualquier tipo de discusión con la guerrera. Valeria suspiró enojada y atendió al gnomo, quien permanecía tumbado, balbuceando y llamando con lamentos angustiados a su mamá. Entonces, al elevar la barbilla, distinguió las alas de Brifin dirigirse hacia ellos. Érika lo animaba a atacar, y pronto divisó su aliento de fuego recorrer las aguas argentadas sin compasión. ¡Iba a freír a esas malditas como si fueran sardinas!

Nizhoni nadaba perforándolas con la mirada, estudiándolas y ansiando reconocer a la líder. Ignoraba lo que estaba sucediendo en la superficie, ya que ella tenía un cometido más importante en la profundidad. No había sido fácil pasar desapercibida entre un grupo de fieles guerreras dispuestas a dejarse la vida con tal de arrastrar a un par de marineros hasta sus dominios, pero no tardaron en distinguir a la intrusa entre ellas. Su aspecto ya la diferenciaba de manera abismal. Las sirenas doradas eran consideradas amigables y grandes salvadoras de los náufragos, de los supervivientes tras las colosales tormentas. Ella había tratado al arrojarse al mar, de mimetizarse en una de su especie, en una depredadora letal, pero su objeto nacido de la magia blanca no se lo permitía. Y ahí se encontraba su limitación. Aun así, era una gran guerrera bajo el agua, se movía a gran velocidad. Sus branquias ampliaban su capacidad torácica, respiraba sin ninguna dificultad y la dotaban de una fuerza inimaginable. Contaba con las ventajas de un pez y con las habilidades de un ser mágico. Y aunque la superaban en número, poseía un objeto capaz de reventarles los tímpanos al mínimo contacto con la garganta: su preciada concha.

Distinguió a dos de ellas, que la observaban con los ojos bien abiertos mientras emitían una especie de gruñido para tratar de ahuyentarla. Alzaban ligeramente el labio superior, mostrando una dentadura tan afilada como la de los tiburones. Pero Nizhoni no se inmutó. Sin perderlas de vista, inspeccionó el casco del barco y apreció varias abolladuras en él. Entonces, la vio. La dominadora

nadaba en vertical bajo la popa. Su melena cetrina era tan larga como su cola, y su tronco, ancho y atlético, se expandía en cada respiración, irradiando una especie de onda lumínica con la que insuflaba arrojo a su banco de sirenas.

La guardiana le lanzó el kunai, pero este apenas laceró su pecho. Y aunque comenzó a emanar un líquido índigo de aspecto viscoso, no parecía afectada por la herida. Aun así, consiguió desviar la atención de la líder, quien coordinaba los pormenores de la «pesca» que estaban llevando a cabo, y clavar sus ojos transparentes en ella. No tardó en percibir la compañía de las dos escoltas que había dejado en la retaguardia. Antes de que arremetieran contra su cuerpo dorado, palpó la concha y la deslizó sobre su garganta. Cantó. Interpretó su fatídica melodía, lo que obligó a las sirenas a cubrirse sus orejas. Sus colas se revolvían en el agua como si una red perfectamente hilada las hubiese atrapado y condenado a respirar el aire frío de la mañana. Mientras entonaba, se aproximó con sigilo a la dominadora, retándola, disputando con ahínco su dominio. La sirena respondió con un chillido que consiguió erizarla y romper su airosa sintonía, para después abalanzarse sobre la guardiana y oprimirle el cuello con sus zarpas adherentes. Pero Nizhoni no se rindió y continuó exhalando sonidos mortificantes en un intento de desestabilizarla de nuevo.

Al otro lado del barco, Daniel se las ingeniaba para mantenerse a flote. El fuego del dragón y el canto de Nizhoni habían mermado las fuerzas de las sirenas. Algunas huían desesperadas, otras se revolvían por las ondas sonoras que contaminaban el mar, pero una de ellas, la mujer que lo había atrapado con un beso, trataba de hundirlo, de llevarlo hasta el fondo, a pesar de las continuas convulsiones que estaba padeciendo. Había ingerido grandes cantidades de agua y tosía frenético para tratar de recuperar un aliento que se le resistía. Pese a ello, luchaba contra la fiera marina sin descanso, y aprovechando esos momentos en los que los espasmos se apoderaban de ella, la apartaba de sí con patadas y puñetazos.

Por fin, Coril llegó hasta él, agarró a la sirena por los cabellos, le colocó una de sus flechas sobre su rostro cándido y presionó la punta sobre una de sus mejillas. A Daniel le pareció percibir algunas lágrimas saltar de sus ojos y perderse en el vasto océano, como un acertado recuerdo de lo efímera que puede ser una vida ante el infinito universo. Quizá solo fueran gotas de agua salada, ya que se resistía a pensar que esos seres pudieran llorar. En ese momento, sintió cómo tiraban de sus pies hacia el fondo. Había algo más en el agua. Pronto contempló cómo el elfo y la sirena desaparecían de la superficie, engullidos por un insólito torbellino marino. Después, su cuerpo fue succionado por el remolino que lo sujetaba de las piernas.

Aterrorizada, Valeria le gritó a Onrom. Algo les había pasado a

Daniel y a Coril. Ya no lograba localizarlos. Tampoco había rastro de las sirenas. Y por un momento temió que los hubieran apresado y transportado a ese sueño marino donde muchos pescadores habían perecido.

—¡Dirigid las antorchas hacia el mar! —les ordenó el enano—. ¡Tenemos que encontrarlos!

—¡Tampoco veo a Nizhoni! —exclamó Nico, desconcertado.

—Parece que a todos se los ha tragado el mar —reflexionó el capitán—, a nuestros amigos y a las bestias. A veces es la forma que tiene el océano de restaurar el equilibrio.

—¡No digas estupideces! —le espetó Onrom.

—Tienen que estar ahí, seguro que están ahí. —Valeria no atendía a la absurda discusión que volvía a encarar a los dos enanos. Avizoró las aguas tranquilas, sin espuma plateada, sin ondulaciones que los advirtieran de la presencia de alguien bajo la superficie, sin esperanza —. Esto no puede estar pasando.

De improviso, escuchó el prolongado rugido del dragón en las alturas. Elevó la mirada y distinguió a Érika señalando los bajos del barco. ¿Qué trataba de decirle? ¿Qué estaba acechándolos? ¿Un calamar gigante? ¿Otro monstruo marino? No tardó en descubrirlo. Una decena de seres extraños con las extremidades alargadas y un cuello que podría competir con el cisne más presumido irrumpieron en la cubierta blandiendo unos tridentes tan estirados como ellos. Valeria se abrazó a Nico. No quería que le arrebataran también a su amigo.

Sin esperarlo, lanzaron sobre el pavimento los cuerpos de los tres desaparecidos. Ella corrió hacia Daniel y comprobó que continuaba con vida. Pronto escuchó los sufridos murmullos del elfo al tratar de incorporarse mientras observaba atónita cómo Nizhoni volvía a su forma humana. Nico depositó sobre ella una manta que esta apartó sin miramientos. La guardiana mantenía la vestimenta con la que se había lanzado al agua.

—Pensaba que… —Nico se calló de inmediato al ver la sonrisa pícara de la chica.

—¿Pretendías verme desnuda? —Su rostro divertido se borró al examinar a los seres de piel azulada que los desafiaban con sus armas —. ¡Mierda! ¡Son saltritos!

Valeria no se achicaba ante su enorme estatura. Esos seres debían rondar los dos metros. Sus rostros eran ovalados, los cuales no les permitían lucir grandes ojos o presumir de gruesos labios. Todo lo contrario: sus miradas rasgadas se mostraban más penetrantes que las cuencas esféricas de una bruja y sus bocas eran finas, sin apenas poder distinguirse los límites de esta, pues sus morros eran también azulados. Desplazó su inspección hacia sus brazos estrechos y largos, y descubrió que sus manos poseían tan solo cuatro dedos; si se les podía

denominar de esa manera, ya que estaban unidos por una especie de membrana que le recordaba vagamente a las particulares patas de las ranas. Cubrían sus cuerpos con un atuendo escaso, faldas en el caso de los hombres y ligeros vestidos para las mujeres, que les dejaba lucir su piel brillante y tersa.

El que parecía el jefe dio un paso al frente y, apuntando su tridente sobre el elfo, le preguntó:

—¿Quiénes sois?

—Podría preguntaros lo mismo, ya que habéis asaltado nuestro barco sin invitación alguna.

Las tres puntas del arma se acercaron aún más al rostro impertérrito de Coril.

—Somos los protectores del océano, los guardianes de todos los tesoros que ocultan estas aguas, incluyendo esas islas a las que ansiáis arribar y que solo están a una luz del nuevo amanecer. —Coril escudriñó el horizonte en busca de la tierra que le anunciaba el saltrito—. Hemos estado acechándoos, nadando junto a vosotros desde que superasteis los límites permitidos. Decidme, ya que es evidente que sois el jefe de este grupo tan... extraño, ¿qué os hace digno de presentaros ante la capa real? Se nos encomendó la tarea de custodiarla, y os juro que no vamos a permitir que nadie la despierte de su letargo. ¿Qué méritos poseéis para querer portarla sobre vuestra espalda?

—Yo no soy digno de poseerla. No soy un guardián, como ya habéis apreciado —contestó, meditando sus palabras—. Pero hay alguien en otro mundo que puede ayudarnos a cumplir la profecía. Una que habla de paz entre las especies.

—¿Y acaso vos os fiais de ese humano del que habláis, de su criterio? ¿Habéis presenciado sus proezas? ¿Posee un corazón noble?

Coril arrugó el rostro. No, no tenía ni idea de quién regentaría la capa. Y desde que había jurado en el oasis encontrar el objeto, no pasaba noche en la que se preguntara si su destinatario tendría el arrojo suficiente para enfrentarse a las fuerzas oscuras, si sería justo y piadoso. Pero había llegado hasta allí confiando en el buen juicio de sus amigos: Bibolum Truafel y Aldin Moné. Tan solo le separaban unas horas de travesía para que sus pies caminaran sobre una de las islas, la que atesoraba el objeto capaz de inclinar la balanza hacia su favor, y no era el momento de dudar ni de presentarse como un líder débil.

—Pronto, la guerra que está librándose en nuestras tierras llegará a estos mares, a vuestro territorio. Y no podemos permitir que Silbriar sea arrasado y que ni siquiera quede una porción de nuestro mundo donde no pueda respirarse libertad. Yo no me presento aquí como el salvador. Me postraré ante vosotros con mi humilde corazón recogido en este puño, que ha sujetado con firmeza el arco para defender la

armonía entre las especies marinas y terrestres. —Se arrodilló ante ellos y depositó el carcaj repleto de flechas a sus pies. Valeria no tardó en sumarse a su iniciativa, que pronto imitaron los demás—. Sois los custodios de la capa. No venimos a robarla, sino a pediros vuestra ayuda.

El saltrito entrecerró los ojos y examinó al elfo, quien continuaba con la cabeza gacha. Retiró el tridente de su rostro y volvió a colocarlo en vertical.

—No sois vos el que decide el destino de la capa, ni siquiera nosotros. Es ella la que decide si ha llegado el momento de su despertar. No ponéis vuestro corazón a mi disposición, lo pondréis al suyo. Y si vuestras intenciones son justas, os hablará. Si no, ninguno saldrá con vida de las islas. No podemos permitir que alguien no merecedor de ella revele su paradero.

Parte 3

El destino de la capa

17

Libertad

Una maraña de nubes se extendía sobre los dominios del Refugio. Las extrañas ramificaciones nacían de varios cúmulos borrosos, estrechándose después en conductos vaporosos, intangibles pero de un aciago innegable. Los aldeanos próximos a su demarcación la examinaban con suspicacia aunque sin abandonar sus quehaceres. Las brechas habían desaparecido sin más y ahora el sol se mostraba perezoso. Sus rayos eran incapaces de atravesar esa malla gris perlada que cubría el cielo y se prolongaba hasta los bosques más cercanos. Su presencia no dejaba a nadie indiferente. Por este motivo, Paquin, la representante de los mestizos, clavó su mirada recelosa en ella antes de cruzar el umbral y adentrarse en la biblioteca.

Allí reconoció al viejo gnomo Nims, quien, cabizbajo, evitaba entablar conversación con los demás convocados. Había escuchado que su regimiento de gnomos inventores había renunciado a la defensa de las distintas posiciones que mantenían en algunas zonas del sur. Iniciaron una sonora retirada, una huida poco honorable junto a los enanos que trataban de dominar el Sendero de las Piedras Silentes. Era verdad que Galvian se había resistido, incluso se rumoreaba que el enano había golpeado al mensajero y que al final su indiscutible mano derecha, Onrom, lo había convencido de que debían replegarse y defender el Refugio.

Los acontecimientos se habían precipitado y un destino incierto amedrantaba a los habitantes del norte. Con Belemis apresado por alta traición y Zacarías tomando posesión verdadera de su puesto como presidente, los agitadores habían enmudecido. Entre ellos, el elfo. Con rostro agrio, no se separaba de la ventana y vigilaba las nubes como si pudiese controlarlas, como si lograra leer en ellas un futuro cercano y, desde luego, desolador. Lucian estaba acompañado por su hermana Euren, quien caminaba de un lado a otro con los brazos cruzados y desprendiendo una frialdad que llegaba a congelar hasta las paredes.

No tuvieron que esperar demasiado. Libélula se presentó ante ellos con su habitual cordialidad y, después de correr las cortinas para evitar que las siniestras tinieblas empañaran la calidez del interior, los invitó a pasar a la sala circular.

El mago de las Montañas Sagradas los recibió con afectuosidad, estrechando una por una las manos de los invitados. A su lado se encontraba Bibolum Truafel, con rostro más sombrío. Tan solo se limitó a saludarlos con una mínima inclinación de su barbilla. El gran mago estaba visiblemente preocupado; sus ojos lucían más apagados que de costumbre. El peso de las continuas derrotas recaía sobre sus hombros, hundidos y empequeñecidos por un cuello incapaz de estirarse por completo. Su estado se reflejaba en la majestuosa cúpula, ahora enmudecida, sin brillo ni astros que danzaran anunciando buenos augurios.

Paquin se compadeció del viejo mago. Ella se había opuesto a su encarcelamiento. Un héroe de guerra no debía ser tratado de esa manera tan vil, y menos por haber ocultado una información que ahora parecía ser irrelevante. Lorius habría conseguido alzarse de nuevo con o sin la ayuda de la descendiente. Estaba en su sangre, en su cerebro mezquino y en la ausencia de corazón. El hechicero ansiaba la exterminación de «los contaminados», que no eran otros que los mestizos y los que consideraba indignos de ostentar la magia: los humanos poseedores de los objetos y las hadas. Y, desde luego, acabaría con todos aquellos que se opusieran a su ansiada restauración de Silbriar, y en este saco entraban los elfos y los enanos.

La reunión improvisada había respondido a las alarmantes noticias que provenían del sur. Lorius había invadido diversas regiones sin apenas oposición. Se rumoreaba que algunos poblados del este, como Cernia o Draghia, serían los próximos en caer. La situación era desesperante. Sin embargo, la respuesta de los miembros del Consejo era escasa y nada unánime. La anterior convocatoria había reunido a líderes de todas las especies. Personas ilustres de todos los rincones del mundo habían asistido para poner en tela de juicio las decisiones del gran mago. Esa mañana, la concurrencia se limitaba a unas cuantas cabezas, más preocupadas por el arresto de un traidor confeso que por la proximidad de las tropas de Lorius.

—Agradezco a los presentes su participación en este cónclave a pesar de la urgencia con la que habéis sido convocados. —Zacarías les dio la bienvenida en un tono formal, ceremonioso, imponiendo su presidencia para evitar desórdenes—. Algunos líderes han declinado mi oferta de crear una solución conjunta. El hada Niber ha decidido desmarcarse del Consejo y defender el castillo de Silona incluyendo sus alrededores con su propio ejército. Y nuestra querida amiga y maga, Lena Tariel, me ha enviado una nota mostrándose reticente a

abandonar a la princesa. Ella desconfía de las verdaderas intenciones de Niber y prefiere defender a Silona junto con un grupo de magos fieles. Tampoco podemos contar con los duendes, quienes ya huyen hacia las montañas. Y las escasas sacerdotisas que se encuentran en Tirme, tratando de reconstruir su estimable biblioteca, se han visto asediadas por el ejército de Lorius. Todavía no han iniciado su conquista, pero se espera que en las próximas horas centenares de orcos, asentados a las afueras del poblado, irrumpan en la ciudad del conocimiento provocando una destrucción mayor que la anterior. Ahora mismo están tratando de ocultar numerosos escritos y de salvar las últimas reliquias de su estirpe.

—¿Tan grave es? —le preguntó Elmer Nims con un hilo de voz, temeroso de escuchar la implacable verdad.

—Me temo que llegarán aquí en dos días, tres si contamos con esa inesperada tormenta que se cierne sobre nosotros —le respondió él con los labios temblorosos, los cuales vibraban de manera incontrolable sobre su rostro afectado.

—¡¿Y por qué diantres no hacemos como Niber?! ¡Que cada cual defienda lo suyo! —objetó Lucian con rabia.

—¿Es lo que tu padre querría? —Bibolum contempló al elfo con ojos piadosos. Sabía que no había acudido a la reunión por *motu proprio,* sino alentado por las órdenes del que todavía era el jefe del clan—. No te preocupes por él. Tu padre está a salvo. Las primeras intenciones de Lorius no son invadir los Bosques Altos ni las poblaciones de más al norte. Ni siquiera le interesan de momento los Lagos Enanos o los Valles Infinitos. La gran batalla se disputará aquí, en el Refugio. Y si consigue hacerse con este bastión, Silbriar estará perdido para siempre.

—¿Cómo estáis seguro de eso? ¿Ha sido Belemis quien os lo ha dicho? —Euren lo escrutaba desconfiada. El gran mago estaba rodeado de leyendas que lo enaltecían como un buen estratega, como un gran orador y mejor persona. Sin embargo, a pesar de haber sido el responsable de crear la Resistencia y ofrecer amparo en el Refugio a todos los que se lo requerían, ella dudaba si depositar su confianza en él. Coril lo defendía hasta la muerte, pero ella no podía olvidar que había antepuesto sus sentimientos hacia la descendiente oscura antes de velar por los de su propia especie, por su propio mundo—. ¡¿Por qué no habéis ejecutado ya a Belemis?! ¡Nos engañó a todos! ¡Nos envió al desierto para que acabásemos con las descendientes mientras él informaba a Lorius de nuestros avances!

—¿Y no era eso lo que quería también tu pueblo? ¿Asesinar a las elegidas? —le espetó Bibolum sin demostrar emoción alguna—. ¿O fuiste tú, Euren, la que decidió aceptar el encargo sin consultarlo con tu padre?

Ella torció el gesto y tensó su mandíbula hasta lo inimaginable.

—¡Ese condenado debe morir! —insistió—. ¡Nos ha manipulado colocándonos en frentes intrascendentes, aguardando una batalla que estaba muy lejos de nosotros! ¡Quería nuestra destrucción, como Lorius!

—Incluso él merece un juicio justo —intervino Zacarías, dispuesto a apaciguar los humos de la elfa—. No es momento para preocuparnos por el futuro de Belemis, sino por el nuestro. Lorius quiere aniquilarnos, borrar del mapa a todos a los que se opongan a su nuevo régimen.

—¡Ese malnacido! —Lo insultó Galvian, alzando su bastón—. ¡Podéis contar con los enanos!

—¡También con los gnomos!

—Tenemos hombres y mujeres valientes entre los nuestros —aseguró Paquin—. ¿Cuál es el plan?

—Antes necesito conocer la decisión de los elfos —apremió el presidente desde su posición central—. ¿Contamos con vuestra ayuda?

Lucian arrugó el entrecejo, mostrando así las dudas que aún mermaban su estado de ánimo. Meditó unos segundos mientras perdía la mirada en el techo opaco, sin un faro que alumbrara el camino a emprender, sin una luz que le indicara que aún había esperanza. Después buscó a su hermana y se apoyó en ella, quien todavía rezumaba venganza por cada poro de su piel oscura.

—¡Los elfos no huimos! —proclamó Euren, dando un paso al frente —. Incluso en la masacre de nuestro pueblo, nos quedamos defendiendo nuestro hogar hasta el final, hasta que la sangre cubrió nuestros cuerpos. Aun en el exilio, defendimos nuestras costumbres, nuestra libertad... Y una vez luchamos juntos derribando la Fortaleza, venciendo a ese brujo egocéntrico, obligándolo a huir con el sombrero entre las piernas. —Con los brazos en jarra, suspiró con aires victoriosos—. Creo que unidos tendremos una oportunidad. ¡Contad con los elfos!

Lucian enterró la mirada en los mosaicos hexagonales que decoraban el pavimento y deseó que su hermana no se equivocara. La guerra era inevitable. Sin embargo, nadie hablaba de la cantidad de vidas que se perderían en ella, de las víctimas inocentes que seguían sin comprender muy bien el conflicto ni de los valerosos guerreros que perecerían luchando por la supervivencia de otros pocos.

—Gracias, Euren. Vuestra confianza significa mucho para nosotros —le agradeció el mago de las Montañas Sagradas—. Muchos maestros han convocado a sus guardianes, quienes protegerán los bosques adyacentes al poblado. Los niños y los más ancianos de las aldeas próximas deberán alejarse de estos dominios. Y a los que ya les sea imposible huir, los acogeremos en el Refugio. Los magos crearemos un

escudo único y compacto para evitar que las bestias de Lorius logren internarse, pero para ello necesitamos conjurarlo desde dentro. La tarea más difícil recaerá sobre aquellos que decidan proteger el exterior y evitar el avance de las tropas enemigas. Cuantos menos traten de entrar en el Refugio, más posibilidades tendremos de proteger nuestro bastión.

—Bien, los elfos nos uniremos a los guardianes —anunció Euren, sin darle tiempo a su hermano a recapacitar—. Nuestras tierras son los bosques, así que impediremos su paso por ahí.

—Cubriremos el poblado más cercano. Nos ocultaremos entre las casas fingiendo ser los aldeanos —informó el jefe de los enanos—. Haremos lo imposible por detenerlos.

—No somos guerreros —se lamentó Nims—, pero situaremos nuestras catapultas y lanzaderas cerca de los muros por si cae el escudo de los magos.

—Nosotros contamos con un puñado de valientes dispuestos a dejarse la piel por nuestra libertad. Los mestizos no somos nada para ese hechicero, más que gusanos con los que alimentar a sus bestias. Nos posicionaremos donde creas oportuno, Zacarías. —Paquin arrugó la nariz y clavó su intensa mirada en los ojos hundidos del gran mago —. Pero, dime, Bibolum, ¿qué quiere Lorius del Refugio, aparte de poseer el único bastión que se le resistió la última vez? ¿Hay algo que ignoramos?

Bibolum se revolvió incómodo en su asiento. Temía confesar que una vez ese brujo endiosado fue su amigo, su compañero en la academia.

—Me quiere a mí. Me considera su mayor enemigo. Y por supuesto quiere el control de la cúpula, someterla a sus intereses. Con ella, su poder de visión alcanzaría otros mundos, otras galaxias lejanas, y su dominio sería completo.

—¡Pues entonces démosle una gran patada en su trasero esquelético! —los animó Galvian.

—Hay mucho que preparar. Debemos advertir al pueblo, y dos días me parecen insuficientes para facilitarles una huida segura —manifestó Paquin.

—Los que tengan fuerzas, que se dirijan a los Bosques Altos. Allí hay un grupo de elfos dispuestos a acogerlos —le ofreció Lucian—. No importa si son mestizos o gnomos, cualquiera será bien recibido.

Abandonaron la estancia esférica en silencio, conscientes de la batalla imposible que iba a librarse en esas tierras. El ejército de Lorius los superaba en número y probablemente en armamento. Los magos fieles a Zacarías todavía estaban investigando a aquellos que simpatizaban con las ideas de Belemis y se esperaban nuevas detenciones. Un odio visceral había infestado a muchos magos de la

Academia del Valle y se había extendido como una plaga silente entre sus miembros durante varias generaciones, y erradicarla no era tarea fácil.

Bibolum se permitió coger aliento, inspirar un aire corrompido y soltarlo lentamente, como si sus pulmones fueran capaces de purificarlo.

—No les has mencionado nada sobre la ruptura del tercer sello —confesó el gran mago, aún doliente ante el conocimiento de esa información—. Las señales son claras: la descendiente ha despertado a las sombras.

—No creo que tal revelación los ayude a preparar mejor la contienda. Ya has visto sus ánimos. Belemis les ha hecho mucho daño a los aliados. La desconfianza entre pueblos amigos es palpable. Comunicarles otro desatino más habría sido demoledor. ¡¿Una descendiente que ha ejecutado a su maestro y ha abrazado a las tinieblas?! Tú lo sabes y yo lo sé: esta guerra está perdida. Pero ¿qué otra cosa podemos hacer sino luchar por nuestra libertad?

—¿Y los chicos? ¿Sabemos algo? Puede que consigan liberar la capa y... —Libélula enmudeció. Los dos magos la observaban con condescendencia, como a una demente que se agarraba a ilusiones y a sueños poco fundados—. Puede... que tengamos una oportunidad.

—El prisma blanco no funciona en esas aguas malditas. Hace mucho que no consigo comunicarme con Nizhoni. La última vez fue antes de que zarparan... —Zacarías arrugó el rostro, contrariado—. No sé cuál es tu opinión al respecto, Bibolum, pero unos chicos sin un maestro y a las órdenes de un elfo inexperto en magia y con un total desconocimiento sobre los guardianes... Puede que hayan partido a un viaje sin retorno.

—¡Coril ya encabezó una de las expediciones en el desierto! —intervino la mujer.

—Lo acogí hace años, cuando todavía era un joven inquieto y demasiado audaz. Fue mi pupilo y convivió con la magia oculta en estos muros. No es un elfo cualquiera —lo defendió el gran mago—. Es capaz de sacrificarse por los chicos si fuera necesario. No los abandonará. Y sí, no es un maestro, pero es justo y los guiará con aplomo hasta consumir sus fuerzas.

—Entonces, ¿crees que lo conseguirán? ¿Crees que llegarán a tiempo? ¿Antes de que Lorius se haga con el Refugio? —le preguntó el mago, todavía mostrando sus dudas.

—He dicho que confío en mis chicos, pero no en la capa. Ese objeto fue sepultado por su enorme poder y solo unos pocos magos conocen el porqué: aquellos que se vieron obligados a confinarla. La mayoría de ellos ha muerto, llevándose el secreto con sus cenizas esparcidas en el aire.

—Pero tú le dijiste a Aldin que era la única posibilidad con la que contaban —le reprochó Libélula.

—Y, dadas las circunstancias, lo es. Pero desconocemos las consecuencias de desenterrar algo que ha permanecido sellado durante siglos.

Paseaba cabizbaja, examinando la escasa tierra fértil que se escondía entre los árboles. Algunas florecillas silvestres gritaban pidiendo auxilio tras el paso inclemente de los lopiards, y los animales que habían sobrevivido a la ocupación se escondieron al verla llegar. Ella, sin embargo, marchaba ausente, ignorando a todos los seres vivos que pudieran quedar en esos dominios. Le preocupaban los muertos, a quienes escuchaba susurrar cada vez que se acercaba a sus tumbas. La llamaban, pronunciaban su nombre de forma espeluznante, la hacían estremecerse, temblar como un endeble castillo de arena, y ella tenía miedo.

Ya no era necesario que su sangre fuera derramada en los camposantos. Una vez bastaba para cubrir todo un mundo. Ahora, la bruja se encargaba de invocarlos, de despertarlos con un simple conjuro. Y ellos, roñosos y mutilados, la seguían. Aunque todavía no comprendía cómo esos dos habían conseguido tal hazaña sin ejecutar el tercer sello, no le importaba. Los ríos se teñían de sangre y las tierras se infectaban de parásitos y gusanos que las convertían en ciénagas putrefactas.

Le habían dicho que ese valle perteneció una vez a las hadas y que estas se nutrían de su belleza. Se regocijaban en las ramas argentadas de una especie de árbol que solo era capaz de crecer allí. Por eso fueron conocidos como los Bosques Plateados cuando su esplendor fue máximo. Ahora, ella se empecinaba en hallar uno de esos insólitos ejemplares, quizá para contemplar su brillo, quizá para alimentarse de él, porque sus venas se habían ennegrecido; sus ojeras, acusado, y su luz, extinguido.

Se acercó a un riachuelo, fascinada por el murmullo atrayente del agua, que además le impedía escuchar los gritos de los fallecidos perforando sus oídos. Se agachó y sumergió el brazo en él, atrapada por el frescor y la transparencia que todavía irradiaba. Entonces, unas voces la alertaron. Se ocultó con presteza detrás de un tronco y desde allí divisó a las dos alimañas causantes de su infortunio.

—¡No hay ni rastro de los gnomos! ¡Se suponía que debían estar por estos parajes! ¡Y no están! —Moira tiraba de su vestido, histérica, sin importarle que no fuera el atuendo idóneo para pasear entre los árboles—. ¡Ese estúpido de Belemis es el culpable! ¡Los ha avisado de

nuestra llegada! Tuvimos la oportunidad de acabar con cada uno de los ejércitos diseminados por todo Silbriar. Ahora se han unido y nos aguardan en el condenado Refugio. ¡Maldito Belemis! ¡Dijiste que era un mago astuto!

—Y lo es —le respondió el brujo, restándole importancia a su arrebato—. Con Bibolum apresado, ignoro quién pudo descubrir su doble juego; desde luego, alguien muy perspicaz. Pero te equivocas en algo, Moira. Los aliados están más desunidos que nunca. Todavía cuento con algún que otro secuaz entre sus muros, aunque, lamentablemente, pronto serán apresados. Belemis tenía un grupo de seguidores... —Lorius interrumpió su discurso al observar un fuego azul centellear entre sus manos. De repente, un pequeño papiro se materializó entre sus dedos—. Un mensaje, precisamente del Refugio. —Lorius mudó el rostro hasta desfigurar por completo sus facciones angulosas—. ¡Malditas sean!

—¿Qué sucede?

—¡Las descendientes han sido vistas cerca de los Lagos Enanos! ¡Están buscando la capa! —Lorius se giró hacia ella y la acusó con el dedo índice—. ¡Me dijiste que era una tarea imposible! ¡Que dos grupos de magos la habían ocultado y que la mayoría están muertos como para poder hablar!

—Y así es —se defendió—. A menos que hayan utilizado un conjuro de invocación, cosa que dudo, es imposible que conozcan su paradero. En su momento, me aseguré de que todos los integrantes del grupo que la ocultaron estuviesen bien muertos. Así que se trata de una búsqueda a ciegas o han encontrado otra manera...

—¿Qué hay de los otros tres magos?, ¿los que elaboraron el hechizo de hibernación? —La bruja arqueó las cejas hasta el infinito y soltó un ligero «¡Ups!» que logró enajenar al hechicero—. Moira, pero ¿qué has hecho?

—No me pareció justificada su búsqueda. Si ignoran su paradero, ¿de qué puede servirles tener en su posesión un conjuro para despertarla? Además, si las descendientes se encuentran entretenidas buscándola, mucho mejor. Nos ahorraremos el disgusto de verlas en el Refugio... Pero si tanto te preocupan, ordena a tus jinetes que regresen. Ellos las rastrearán.

—No puedo llamarlos —gruñó Lorius—. Su cometido es más importante. Interferir en otros mundos y desestabilizarlos es una parte esencial del plan.

—No sé por qué te empecinas en conquistar otras galaxias. ¡Silbriar lo es todo!

Lidia se tapó la boca para evitar soltar un chillido. Debía alejarse de allí sin ser vista. Sus hermanas habían regresado. Pero ¿por qué? Ella había querido que disfrutasen de sus vidas corrientes en la Tierra,

era lo que Valeria siempre había deseado. ¿Por qué habían vuelto? ¿Todavía querían rescatarla? ¿A pesar de haberles roto el corazón?, ¿de haberlas traicionado? Corrió con sigilo para tratar de alejarse de la zona. Y, entonces, la respuesta perforó sus pensamientos causándole un dolor insondable. Lorius lo había mencionado antes: los jinetes estaban recorriendo otros mundos. Instintivamente, pensó en los guardianes encerrados en uno de los calabozos del castillo. Le habían asegurado que provenían de la Tierra, que habían sido secuestrados y que desconocían la existencia de Silbriar.

¡Eso era! Los jinetes estaban cabalgando sobre su mundo causando terror y desconcierto. ¡Querían dominar la Tierra! Por eso sus hermanas habían vuelto. Tenían que detener a Lorius antes de que arrasara su planeta, antes de que un ejército de sombras caminase sobre él. Pensó en su padre, en sus abuelos, en todos los amigos que había dejado atrás, y una lágrima rodó por una de sus mejillas. Pero no era cristalina, sino negra como el hollín.

—Por fin te he encontrado. —Se sobresaltó cuando Kirko la detuvo sujetándola por un brazo—. ¿Estás bien?

Ella se abrazó a él y hundió el rostro en su pecho. No, no estaba bien. Su mundo iba a entrar en una guerra desconocida. Sus hermanas estaban en Silbriar, presumiblemente con Daniel y Nico, tratando de impedir una hecatombe. Los guardianes eran apresados; los magos afines al Refugio, ejecutados; los aldeanos no tenían escapatoria, era morir o servir al nuevo régimen, y ella... ¡Ella se había convertido en la reina de las sombras!

Se apartó de él con brusquedad y escudriñó en sus ojos oscuros. Nunca habían sido transparentes, sino más bien opacos. A veces había recelado de su sinceridad y se había preguntado si le ocultaban una triste verdad. Una verdad inasumible. Trágica. Dolorosa. No dudaba de su amor, sabía que la amaba. Dudaba de su implicación y de su temple a la hora de combatir junto a ella.

—¿Por qué no me ayudaste cuando tu padre me arrastró por el barro? —le preguntó sin ninguna inflexión en su voz. No había emociones en ella, ni siquiera temor. Solo una ligera sospecha que agujeraba su débil espíritu.

—Mi hermana me lo impidió, ya lo sabes.

—¿Te resististe lo suficiente?

—¿Por qué me haces estas preguntas? Yo no quería que te hicieran daño, pero si intervenía, mi padre nos habría matado a los dos. ¡Kayla nos protegió!

—¡Te protegió a ti! Para que no cometieras la estupidez de dar tu vida por mí. —Apretó los labios para contener un llanto de impotencia, para frenar que sus lágrimas negras terminaran envenenando por completo esas tierras.

—¡Escúchame! —le imploró, cogiendo sus manos—. Estaba buscándote porque tengo un plan. Nos vamos de aquí, no me importa adónde. Buscaremos algún lugar lejos de mi padre y de esa maldita bruja. Nos ocultaremos y no darán con nosotros. Esperaremos hasta que la guerra termine y...

—¿Y después qué? —susurró sin esperanza alguna—. Ya conocemos el desenlace de esta historia.

—¡Por eso te suplico que vengas conmigo!

—Cuánto habría deseado escuchar esas palabras hace unas semanas. Antes de que la bruja me entregara ese maldito puñal. Pero ya es tarde para mí. He cambiado, Kirko. ¡Me han cambiado! —Se giró y alzó su rostro para escuchar mejor el estremecedor lamento de las ramas moribundas. Agonizaban y, tras ellas, el murmullo de los muertos renacía, la invitaban a abandonarse, a volar con el silencio de los pájaros y el canto amargo de las mariposas desteñidas—. No puedo irme. Moira me encontrará. De alguna manera, mi alma le pertenece. Rastreará mi sangre si es necesario, y cuando nos dé caza, te matará a ti, no a mí. ¡Yo todavía le soy útil!

—¡Mi padre no se lo permitiría! —Se acercó de nuevo a ella, buscando su calor.

—¿Crees que tu padre podrá dominarla cuando obtenga lo que quiere? ¡Está loca! No dudará en asesinar a las personas que quiero con tal de mantenerme con la correa puesta... Ahora, por favor, déjame sola.

—Lidia, estamos a tiempo, podemos hacer algo. Hablaré con mi padre. Mataré a Moira si es necesario, pero no me apartes de ti.

Por primera vez, observó una tenue luz en los ojos velados del muchacho. Una sonrisa acibarada se dibujó en su rostro; un gesto imperceptible, una alegría rota, quebrada por las innumerables heridas que palpitaban en su corazón.

—Por favor, vete, necesito estar sola unos minutos.

Contempló indolente los pasos inseguros de Kirko alejarse de ella. Andaba cabizbajo, ocultando sus manos temblorosas en los bolsillos de sus pantalones. Lo había herido, y era consciente de ello. Pero, en ese mismo momento, ella era una bomba de relojería y desconocía cuál era el interruptor para apagar todo ese tumulto de sentimientos encontrados que la turbaban.

Caminó sin rumbo durante casi una hora. De vez en cuando se tropezaba con algún lopiard custodiando la zona con ahínco y demasiado fervor para su gusto. Pero agradeció que tanto los orcos como las arpías se encontraran lejos, probablemente destrozando poblados y comunidades enteras para luego disfrutar del festín. Casi le entraron náuseas, si no fuera porque apenas ya no sentía nada.

Avanzó entre las hojas secas y arbustos chamuscados, buscando

cobijo bajo un grupo de robles mortecinos. Entonces, tras un muro de rocas improvisadas y enredaderas mutiladas, descubrió un árbol. Sus ramas argentadas languidecían, lloraban clamando protección a una tierra que agonizaba. Palpó su tronco, grueso y con filamentos plateados, y percibió la vida en él. Todavía latía, luchaba por encontrar una salida. Las hadas que lo veneraban ya no estaban, la magia de la cual se nutría había desaparecido. Lidia lo acarició y luego se recostó en él, como solía hacer bajo el pequeño sauce de su casa. El rumor de los muertos no cesaba, así que rodeó su cuerpo aterido con sus brazos, esperando así ahuyentar la gélida brisa que desprendían los difuntos al aproximarse a ella.

—Lidia, Lidia, despierta, no dejes que el sueño te venza.

Ella abrió un ojo y distinguió una figura argentada a su lado. «Debe ser el espíritu del árbol», pensó. Volvió a acurrucarse y a abandonar su mente al descanso, donde las cavilaciones la mortificaban y le recordaban que ya no era dueña de su alma.

—Cariño mío, siempre fuiste la más temeraria, capaz de arriesgarlo todo por un sueño, sin importarte perder tu vida en el camino para lograrlo. —Se resistió a la voz, que se empeñaba en torturarla con recuerdos que le resultaban demasiado amargos—. Hay mucha bondad en ti, y tu corazón, aunque obnubilado, rebosa amor. ¡No te rindas! Todavía estás a tiempo de salvar a tus hermanas.

—¿Mamá? —Esa vez, sus párpados se despegaron como una botella de champán al ser descorchada: de forma explosiva y repentina—. ¿Eres tú de verdad? ¿Cómo puede ser?

—Mis cenizas reposan aquí, en Silbriar. Fue mi último deseo. Vivo con los espíritus de la naturaleza, cuidando de estos bosques, de la magia que hay en ellos.

—¡Mamá, la he cagado! ¡Lo he hecho todo mal! Yo solo quería que me quisiesen...

—Hay tantas personas que te quieren, que te valoran tal y como eres... No tienes que cambiar para hacer feliz a nadie. ¡Quien te exige que te doblegues, no te ama! ¡Quien se resiste a ver que tus sueños se cumplen, no te ama! ¡Quien no quiere tu felicidad, sino la suya propia, no te ama! Eso no es amor, tesoro. Es posesión. Obsesión. Y tú no le perteneces a nadie, sino a ti misma.

—Sé que hay algo bueno en él, mamá.

—Tienes que luchar para que esa llama de bondad que vibra en ti no se extinga por completo. Eres fuerte, generosa, y tu amor será el que decidirá quién ganará en esta guerra. ¡No te rindas! ¡No sucumbas ante la bruja! Todavía puedes salvar a tus hermanas.

Su silueta fue difuminándose hasta convertirse en un humo sutil, para luego ascender en forma de espiral y fundirse con las ramas centelleantes del árbol. Lidia sonrió al comprobar que el espíritu de su

madre las nutría con su luz, las llenaba de esperanza. Se levantó despacio y se abrazó a su tronco para sentir el calor de su madre. ¡La necesitaba! No quería que se fuese y la dejase sola en un campo hostil, rodeada de seres inmundos y egocéntricos.

Se preguntó dónde se encontrarían sus hermanas, si habían trazado un plan y quién las guiaba. Lorius no las dejaría con vida ni aunque se lo suplicase. No estaban a salvo en Silbriar, pero tampoco en la Tierra. Presionó sus sienes con ambas manos y lanzó un grito de impotencia. Detestaba las voces, no conseguía dominarlas. Su seseo confundía su mente, apenas podía pensar con claridad. Luchó por expulsarlas apretando puños y dientes. No podía permitir que su única llama de cordura se apagase antes de tiempo.

Aldin ignoraba cuántos días llevaba encerrado en la celda móvil. No distinguía la calidez del sol del amparo de las dos lunas ni el amanecer dorado del ocaso violáceo. Ni siquiera le rugían las tripas, por lo cual tampoco podía discernir cuándo era la hora de desayunar o la de cenar. Tumbado sobre la pulida madera, comenzaba a desorientarse. Su cuerpo anquilosado apenas se movía. Y aunque al principio estiraba los músculos y forzaba sus articulaciones para mantenerse en forma, el hastío había irrumpido sin avisar en el habitáculo. Sin apetito, sin energía y con un saco cubriendo su cabeza, decidió que debía ejercitar su memoria recitando todos los conjuros que permanecían vivos, grabados a fuego en su espíritu. Pero su mente lo traicionaba, jugaba con él al despiste, lo embaucaba sumergiéndolo en recuerdos que creía perdidos.

Era un día gris como otro cualquiera, y habría pasado desapercibido por su calendario interno sin pena ni gloria si no fuera porque su padre había fallecido. Era una mañana ordinaria, donde los aldeanos habían madrugado para labrar la tierra y alimentar a sus animales. Hacía fresco, eso lo recordaba bien, porque antes de subir al carro del gran mago sintió un ligero repelús que provocó que todo su cuerpo se contrajera.

No quería abandonar a su madre. Pero ella tampoco era una persona común. Poseía arrojo, temperamento y un amor hacia él tan grande como para insistir en su marcha. Sin su padre, eran carnaza para los más fanáticos, aquellos capaces de destrozar sus cultivos o incendiar su casa por sus ideas extremistas. ¡Odiaban a los mestizos! Y él no era un mestizo corriente. Era un mago. Y la muerte de su padre había despejado el camino para los indulgentes miembros del Consejo que todavía lo consideraban

una aberración de la naturaleza.

Viajaba ausente, consciente de las miradas continuas que el señor Truafel dirigía hacia él. El gran mago respetaba su silencio, su dolor, y le agradeció que no lo mancillara con palabras vacías o hechas a medida para esas ocasiones. Se había convertido en un joven ponderado, quizá algo maduro para su edad, pero los continuos insultos e injusticias que había padecido su inaudita familia lo habían hecho crecer con rapidez. Dejó de ser un niño pronto, abandonó una infancia problemática y una adolescencia desastrosa para ser un mago sensato antes de ni siquiera ser adulto. Ahora lamentaba que su padre no se hubiese percatado de su transformación, o tal vez sí, ya que, justo antes de morir, de sus labios se habían desprendido unas palabras alentadoras: «Serás un mago honesto y humilde, como tu madre y yo querríamos que fueses. Alguien grande. Y sé que estás destinado a sacrificarte por este mundo a cambio de su libertad».

Se percató de que el señor Truafel sostenía las riendas de los caballos sin mucho entusiasmo. Tal vez estaba valorando las consecuencias de ese destino impío que le había arrebatado a un amigo, destrozado a una familia y convertido en tutor de un mestizo. Puede que fuera ese el motivo por el que marchaba sin prisas, sin ganas de llegar a casa con un «hijo» bajo el brazo, o quizá sus pensamientos se encontraban en otro lado, lejos de los acontecimientos que habían turbado ese día. Fuera como fuese, gracias a su parsimonioso paseo en carro, escucharon unos gritos que provenían del río.

El sendero, vertiginoso y de tránsito complicado, discurría entre montañas abruptas con notables precipicios que evitaban los comerciantes. Solo los aldeanos de la zona se aventuraban a cruzar por allí. Pero esa repentina llamada de auxilio los hizo apearse del carromato y dirigir sus pies hasta el borde de la senda. Allí distinguieron a un duende haciendo tremendos esfuerzos por continuar sujeto a una rama que evitaba que se lo llevase la corriente. Bibolum usó su varita sin contemplaciones y, recitando un conjuro de levitación, atrajo al extraño personaje hacia él hasta depositarlo por fin en la misma arena que ellos mismos pisaban.

—Le debo la vida, señor mago —logró decir el duende, que estaba empapado de pies a cabeza—. Estoy en deuda con usted.

—No es necesario. Tu deuda queda saldada conmigo con este apretón de manos —le respondió él, estrujándole los nudillos.

—Siento decirle que, a pesar de lo que cuentan las malas lenguas, los duendes somos sinceros y jamás rompemos nuestra palabra —se apresuró a decir, escurriendo los bajos de sus pantalones.

—Muy bien, pero ahora no necesito nada. Tal vez en un futuro requiera de tus servicios.

—Me parece justo.

—¿Quieres que te llevemos a algún sitio?

—Es usted muy amable, señor mago, pero tengo que recuperar algunas

pertenencias que se han caído conmigo por la ladera. —Bibolum rio al imaginarlo buscando sus monedas de oro en el canto del precipicio y luego hizo ademán de subir de nuevo al carro—. Ah, por cierto, no le he dicho mi nombre. Me llamo Prigmar. Por si algún día quiere saldar su deuda.

—Lo tendré en cuenta, señor Prigmar.

Regresaron al silencio del viaje. Aldin contemplaba los hermosos parajes de esos bosques laminados de un verde esmeralda, a pesar de que en el cielo se escuchaban algunos truenos lejanos que ensombrecían el canto de los pájaros y el rumor travieso de los animales corretear en él. Quizá no se tratase de un día cualquiera. Su padre había muerto. Su defensor. Su protector. Y ahora iniciaba una nueva vida junto al mago que lo salvó de haber sido consumido por su propia ira.

—¿Va a cobrarse esa deuda? —le preguntó, rompiendo la paz del lugar, como la tormenta que ya se avecinaba y amenazaba con descargar sobre sus cabezas.

—Quiero que abras ese saco de ahí —le indicó, obviando su pregunta— y cojas la pequeña caja que hay dentro.

Él hizo lo que le pedía y extrajo del fardo custodiado por sus enormes piernas la cajita que le había mencionado.

—No pensaba dártela hasta llegar a casa. Pero quiero que la abras. —Aldin deslizó sus dedos sobre ella y, con gran expectación, descubrió lo que guardaba su interior: un reloj de bolsillo, tan dorado como la arena del desierto—. Quiero que sea tuyo. Perteneció a mi padre, un gran rastreador e impulsor de las lecturas a través de insólitos artilugios. Era un mago inventor. Me lo regaló a mí, esperando que le diera buen uso, pero me temo que entre mis capacidades no se encuentra la interpretación de las señales. He visto cómo observas las nubes, la hierba que crece bajo tus pies, el vuelo de las mariposas y el influjo de las dos lunas sobre nuestro mundo. Puede que el reloj encuentre su utilidad entre tus manos.

—¿Sucede algo, señor Truafel? —No le había pasado desapercibido el tono amargo de sus palabras ni su semblante preocupado.

—Algo oscuro está gestándose. Lo he visto en mi esfera. No es inminente, pero sí preocupante. Quiero que asistas al campamento extraordinario de magia que se celebrará cuando acabe este curso. Este año será en los Valles Infinitos, y allí se reunirán los mejores jóvenes magos de todo Silbriar. —Lanzó un bufido y clavó su mirada en su rostro desconcertad—. Le he pedido a Afira que investigue el Libro de los Guardianes. Ella es sacerdotisa y podrá acceder a él sin ningún problema. Partió ayer para Tirme, y espero que regrese pronto.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que busca?

—Esperanza, solo busco esperanza.

Se sobresaltó al escuchar los cerrojos chirriar como cuervos

encarnizados clamando venganza. Pero no se movió. Permaneció acostado, esperando a que depositaran la rancia comida o lo sustrajeran de su improvisado lecho a rastras. La verdad le daba igual, siempre que no trataran de alimentarlo a la fuerza o lo torturaran hasta dejarlo sin sentido. Aguardó paciente a que la puerta se cerrara de nuevo, pero, para su sorpresa, continuó abierta unos minutos. Si lograra incorporarse y sostenerse sobre sus piernas mullidas, tal vez entonces tuviera una oportunidad de escapar. Aunque se tambaleara los primeros metros y anduviese a ciegas por el desierto, puede que aun así lograse sobrevivir.

Pero antes de que su mente aletargada pudiera elaborar un plan previsiblemente desastroso, alguien tiró sin ninguna clemencia por sus pies, lo empujó hacia fuera y le arrancó el saco de la cabeza. Le costó unos segundos eternos adaptarse a la escasa luz de la noche. Sí, era de noche. Pero el brillo de esta permanecía apagado, y eso lo desconcertó.

—Tiene que salvar a mis hermanas antes de que todo esto se vaya al carajo. —Aldin abrió los ojos de par en par y distinguió la silueta de Lidia entre la extraña penumbra que se había adueñado del brillo de las lunas—. No sé dónde están, pero han vuelto a Silbriar. Por lo visto, por mi mundo cabalgan también los jinetes, y los dos sabemos que la Tierra no está preparada para todo esto... No tiene mucho tiempo. He engañado a los dos guardias haciéndoles creer que hay un intruso. —Le entregó su bastón y, al tocar su madera, una luz cetrina lo envolvió—. Conjure a su arcoíris y lárguese de aquí.

—Ven conmigo, buscaremos a tus hermanas juntos. —Se le escapó una tenue sonrisa de sus labios al conocer que las descendientes habían regresado. Quizá no todo estuviese perdido.

—No puedo.

—¿Por qué no? —Ella se limitó a bajar la cabeza—. Lidia, preocúpate primero por ti y luego hallaremos una solución para Kirko.

—No se trata de Kirko. La llama de mi alma se apaga, y no sé qué vendrá después. ¡Yo ya no soy yo! ¡Estoy maldita! ¡Me han condenado! —Entornó los párpados, para luego abrirlos con lentitud. Aldin apreció cómo el negro no solo cubría sus pupilas, sino que también se extendía por sus globos oculares como si fuese una hiedra venenosa—. No sé cómo la bruja ha conseguido abrir el tercer sello, pero adonde vaya, solo habrá muerte. No puedo poner a nadie más en peligro, y menos a mis hermanas. ¡Encuéntrelas! Y pídales de mi parte que me perdonen.

—Lidia, hay una persona que puede ayudarte. Samara puede detener ese embrujo. ¡Ella es tirmiana! ¡No te rindas todavía!

—No puedo volver a ese castillo. ¡No puedo! —Su cuerpo comenzó a temblar, invadido por un miedo atroz.

—Está bien. Si llegas antes que yo al Refugio, busca a Bibolum. Él tiene las herramientas para contener el mal hasta que Samara consiga acercarse a ti.

—Si va al castillo, libere a los guardianes que Lorius tiene apresados y devuélvalos a la Tierra. Ellos no tienen ni idea de lo que está pasando. Pero prométame que después dará con mis hermanas. Lorius dijo algo de una capa...

Aldin asintió mientras cogía sus manos. Ignoraba el destino del grupo, desconocía si Roderick o Coril se encontraban con ellos, pero agradeció que hubieran roto su promesa de permanecer en casa y se hubieran sumado a la búsqueda de la capa olvidada en el tiempo.

—Quiero que tú también me hagas un favor —le pidió el mago mientras ella escuchaba atentamente—. En el Refugio ya sabrán que el tercer sello está roto y creerán que he muerto. Dile a Bibolum que no es cierto y que llegaré con los refuerzos lo antes posible.

18

Pasado

Las islas se vislumbraban como una serie de peñascos, intrincados y enigmáticos, conectados entre sí por unos puentes imposibles. Estos, diseñados con arcos de medio punto, desafiaban la sensatez de cualquier arquitecto, premiando su imaginación más efímera y constatando que el arte no tenía límites. El archipiélago parecía emerger de un mismo continente subterráneo que, tras haber sido engullido por las aguas, había querido dejar una huella imborrable de su existencia, permitiendo que sus montañas más altas respiraran el aire que a él le había sido vetado.

Estupefacta, Valeria admiraba su belleza con cierto temor. Habían arribado a su destino, y en el velero se disponían a soltar anclas al tiempo que otros marineros preparaban la barcaza que los llevaría hasta la orilla. Desde allí divisaba la arena inmaculada que adornaba sus costas, tan blanca como embriagadora, tan hermosa como incierta. Te invitaba a adentrarte más allá, donde el verdor tomaba su relevo, incitándote a descubrir sus oscuros secretos.

Suspiró. Ignoraba si esa descarga de sus pulmones trataba de advertirla emitiendo una señal de alivio o de inquietud. Le sonrió a su hermana, queriendo despejar sus dudas, y esta le respondió mostrándole su rostro alegre, satisfecho, pues la travesía había concluido y ya podrían pisar tierra firme. Luego divisó a Coril, quien recibía las últimas instrucciones del jefe de los saltritos. Sanzar, que así se llamaba, había sido tajante: solo el elfo y los guardianes podrían desembarcar; orden que había disgustado a los demás, ya que, después del largo y accidentado viaje, todos querían disfrutar de ese paraíso perdido y alejado de los tambores de guerra.

Coril trataba de negociar la inclusión de Onrom en ese pequeño grupo de afortunados. Tras una serie de miradas desafiantes y frases cortantes, el saltrito cedió, no sin expresar su malestar, y el enano, con el cuello más estirado que nunca, se subió a la barca a la vez que se

atusaba la barba. Sanzar ignoró su presencia para no ahondar más en su orgullo herido. Estaba arropado por dos de sus fieles guardaespaldas: una fémina de rostro afable y un varón con semblante abúlico. Ambos imitaban la actitud de su jefe y evitaban interactuar con ellos. Cuando llegaron a la isla La Principal, los rayos de la esfera ardiente estaban en pleno apogeo. La arena parecía brincar en la orilla como si quisiese iniciar el vuelo y fundirse con el sol.

Valeria dirigió su mirada más allá, hacia la espesa vegetación que le impedía apreciar qué se ocultaba tras ella. Torció el gesto y buscó apoyo en los ojos de Daniel, quien también parecía escudriñar el inmenso vergel que atesoraba la isla. Volvió la vista al frente. No comprendía por qué la denominaban La Principal cuando parecía tener el mismo tamaño que el resto. Pero dedujo que allí debía encontrarse la capa y, por lo tanto, era el núcleo, el centro neurálgico de esa especie azulada que los acompañaba.

Los saltritos resultaron poseer atributos parecidos a los anfibios. Eran semiterrestres, pero al contrario que las especies conocidas en la Tierra, no se desprendían de sus branquias en la edad adulta, pues mantenían su capacidad de respirar bajo el agua durante largos periodos de tiempo, al igual que podían deambular sin ninguna dificultad por la superficie absorbiendo el oxígeno vivo de esas tierras.

Érika no pudo aguantar más, así que, en cuanto le fue posible, saltó de la barca y hundió sus pies en la arena blanca. Eufórica, correteaba girando en círculos, con los brazos extendidos imitando el sonido de un avión mientras su capa roja volaba con el frescor de la brisa marina. Nico la siguió. Puso sus botas en marcha con total libertad y recorrió la orilla de lado a lado en varios segundos.

Reprobando su actitud descuidada, Nizhoni los observaba. Estaban en una isla desconocida, a merced de una especie poco versada en la comunicación. Según ella, deberían permanecer vigilantes pese a que en las alturas, al acecho de cualquier movimiento sospechoso, se encontraba Brifin. Este planeaba mientras analizaba con sus inmensos ojos dorados el área más cercana a ellos, cauteloso, fiero, como otro guardián más velando por la misión y sus compañeros.

Valeria apresuró el paso y se situó junto a Daniel. Las zancadas de Sanzar eran difíciles de seguir. Sus largas piernas se movían con aplomo a pesar de ser estrechas e inestables, como dos palillos de madera resquebrajados por la mitad. Sin embargo, el cuerpo de los saltritos era muy flexible. Sus articulaciones eran esponjosas, capaces de ejecutar rotaciones impensables en un ser humano.

—¿Adónde nos dirigimos? —le preguntó Coril con cierta suspicacia.

—A hablar con el jefe de La Principal.

—¿No eras tú el jefe?

—Nosotros custodiamos las islas, pero no habitamos aquí.

—¿Y quién la habita entonces? —El elfo se detuvo, exigiendo una explicación.

—¡Estos azuletes espigados están llevándonos a una trampa! —exclamó Onrom, blandiendo su hacha.

—¿Vuestro amigo siempre es tan cordial? —Sanzar perforó el rostro del elfo con su mirada—. Nuestro pueblo es pacífico. Pasamos la mayor parte del tiempo en nuestro reino, evitando la discordia y a los seres hostiles.

—Pero no dudáis en cercenar la cabeza de quien ose arribar a estas islas sin vuestro permiso.

—Es nuestro deber. Acogimos a los refugiados de la Gran Guerra y les dimos un nuevo hogar con la única condición de que, quien alterase la paz del resto, sería expulsado.

—¿Refugiados? —se atrevió a cuestionar el enano, sin comprender muy bien el significado de la palabra—. ¿De quiénes está hablando el estirado?

—Fueron muchos los que huyeron de la guerra y también los que perecieron tratando de surcar este océano indómito —continuó el saltrito, sin prestar atención a las interrupciones—. Pero a pesar de convertirse en un cementerio marino, los intentos de llegar aquí no cesaron. Hasta que, un día, el flujo de esos que buscaban la tierra prometida finalizó. Imaginamos que la guerra en el continente había terminado. Pero el egoísmo de las especies que habitan la superficie es imparable, y hace unos años, desoyendo las leyendas negras que rodean este lugar, nuevas embarcaciones, más grandes y mejoradas, volvieron a llenar nuestras islas de seres desesperados y asustados. Les ofrecimos cobijo y los dispersamos entre las más de las doscientas islas que forman nuestros dominios. Como os he dicho, nosotros velamos para que la armonía no se rompa en este paraíso.

Coril expresó su contrariedad con una mueca que desfiguró las líneas redondeadas de su barbilla. El saltrito continuó su avance y se adentró en la espesura esmeralda, marchando sin ningún rumbo aparente, pues no había senderos despejados, ni flores que lo guiaran a través de esa extraña selva. El grupo continuaba el recorrido descrito por Sanzar cuidando de cada paso que daban, desconfiando de los talludos arbustos que se abalanzaban sobre ellos por los flancos, vigilando la retaguardia, pero, sobre todo, recelando del frente.

De pronto, el saltrito apartó unas ramas y los invitó a pasar. Onrom se adelantó al elfo, temiendo encontrarse con una terrorífica bestia y deseando ser el primero en golpearla. Sin embargo, su rostro mudó de expresión al distinguir un precipicio abismal, sorteado por varios puentes colgantes no muy estrechos pero lo suficientemente largos como para provocarle un hipo repentino a cualquiera. El enano bufó.

No temía a las alturas, pero sí a los destinos inciertos. Y aquel pueblo, que se alzaba más allá del despeñadero sobre una colina escarpada, no le daba buena espina.

Se asentaba en una loma glauca circundada por jardines bien cuidados y ornamentados con flores de diversas especies y colores. El agua discurría por la emergente ciudad a través de tajeas provenientes de las fuentes naturales de las que gozaba. Escuchaba el canto atronador de los pájaros, incluso el zumbido de las abejas y de otros insectos. Sin embargo, no llegaba a oír las voces de esos refugiados de los que había hablado el saltrito ni el ajetreo cotidiano que debería tener un poblado de esas dimensiones.

—No me gusta —gruñó entre dientes—. Si se trata de una encerrona, no tendremos escapatoria.

Coril alzó sus cejas levemente y le indicó que el dragón dorado los cubría. El enano escupió en la hierba, refunfuñó y dirigió su mirada bárbara hacia Sanzar. No se fiaba de él.

—¡Oh, Dios mío! —Valeria se tapó la boca al contemplar con horror la altura del puente—. ¿Es que en Silbriar no hay carreteras normales? ¡Echo de menos a Jonay! Con él, cruzaría esto antes de volver a parpadear.

—¡Créeme! Conmigo también. —Nico le lanzó una mirada furtiva a Nizhoni. Su rectitud lo exasperaba—. Puedo llevarte yo si quieres.

Valeria prefirió pasar ese mal trago que duraría escasos segundos, aunque fuera corriendo de la mano del guardián, antes que soportar minutos eternos colgada a cientos de metros de altura y contemplando el enorme vacío que se abría bajo sus pies.

—No deberíamos separar... —Coril se calló al constatar que ya habían iniciado la carrera—. ¡Odio cuando hacen eso!

Daniel se encogió de hombros y, sujetando a la niña, se dispuso a atravesar el puente justo detrás del elfo.

Valeria y Nico no tardaron en llegar al otro lado. Boquiabiertos, contemplaron el encanto del poblado. Las casas disfrutaban de amplios balcones dispuestos para el descanso y goce de sus habitantes. Su arquitectura pulida se fundía con el paisaje en una simbiosis única, magistral, donde las fachadas parecían emerger del interior de la roca y la abundante hierba se conjugaba con su estructura de forma casual y armónica. A las faldas de la colina, varias huertas cultivadas con esmero y rodeadas de una multitud de árboles frutales se extendían hasta los límites del precipicio. Se percataron también de las diversas veredas que atravesaban el flamante vergel, con trazados sinuosos y respetuosos con la naturaleza.

Ella sonrió agradecida, abstraída por la visión de esa estampa etérea y el halo mágico que la circundaba. Entonces, escuchó el estentóreo bramido de Brifin desde arriba. Apenas tuvo tiempo de

reaccionar, pues una veintena de lugareños los rodearon de inmediato, encañonándolos con sus armas. Esperó impaciente el ataque del dragón dorado, sin embargo, cuando alzó la vista, no encontró a Brifin por ninguna parte. Espantada, retrocedió unos pasos, queriendo alertar al resto del grupo, pero percibió el acero frío de un cuchillo presionar su espalda. En ese instante, se dignó a examinar a sus captores. Distinguió a un par de enanos y a varios mestizos, aunque el grupo más numeroso estaba compuesto por elfos.

No tardaron en llegar a sus oídos los improperios del enano y los quejidos de su hermana al ser apresados. Daniel corrió hacia ella en un intento por comprobar si se encontraba bien, pero fue reducido por el golpe certero del mango de una lanza en su estómago. Sanzar adelantó a empujones a Coril, quien se resistía tratando de liberarse de las cuerdas que ataban sus manos. El saltrito lo obligó a arrodillarse y, tirando de su cabellera rubia, levantó su barbilla y alardeó de su presa ante el jubiloso estallido de los habitantes de la isla.

Pronto se presentó ante ellos el que debía ser el jefe de La Principal: un elfo de tez morena, curtida por el sol. Se movía con sigilo, y no dudó en apuntar con su arco la frente estrecha de Coril.

—¿Son estos los que andan preguntando por la capa?

—¿Lark? —Coril arrugó el rostro al reconocer bajo esa piel bronceada al hijo del jefe de los elfos del sur.

El elfo de cabellos oscuros achicó la mirada y examinó sin reparo al prisionero.

—Sanzar, no hay nada que temer —dijo, bajando el arma—. Somos viejos conocidos.

—¿Conoces a este orejotas, Coril? —La ceja poblada del enano brincaba sobre su rostro, alterada—. ¡Diantres! ¡¿Así recibes a tus amigos?!

Al instante, el elfo ordenó que los liberasen y soltó una profunda carcajada que los mantuvo alerta unos segundos más. Después abrazó a Coril. Golpeó con los puños su amplia espalda mientras este permanecía más rígido que una vara de hierro.

—¡Podéis disfrutar de nuestros manjares! —anunció con una sonrisa que mostró su perfecta dentadura—. Y los que deseéis un buen baño, están a vuestra disposición nuestras termas. Mi gran familia os acompañará en todo lo que necesitéis.

Los guardianes dirigieron sus miradas recelosas hacia Coril, quien, asintiendo, les dio su permiso para que se integraran con los demás. Sin embargo, él permaneció allí, clavando su mirada incisiva sobre el saltrito, para después desviarla hacia Lark. Onrom tampoco quiso moverse de su lado. El enano se moría de ganas de arrearle una patada en la entrepierna al espigado. Aunque dudaba si poseería

atributos masculinos bajo esa enjuta falda que pudiera retorcer.

—Demos un paseo. —Extendiendo su brazo, Lark los invitó a adentrarse en el poblado para así rebajar tensiones. Coril lo siguió. Estaba ansioso por conocer las respuestas a las miles de preguntas que torpedeaban su mente. Pero antes de inquietarlo con sus dudas, dejó que él hablara con total libertad—: No culpes a Sanzar, solo cumple su cometido. Debe mantener la estabilidad de las islas y evitar que alguien con malas intenciones consiga llegar a nuestro hogar. Los saltritos nos ayudaron cuando llegamos. Curaron nuestras heridas, nos ofrecieron cobijo e instalaron a la mayor parte de mi grupo en La Principal. Aquí ya vivían una treintena de elfos, todos refugiados de la Gran Guerra. Me presenté a su líder y nos acogieron con entusiasmo, aunque también con desconsuelo al saber que una nueva guerra asolaba Silbriar. Me nombraron jefe de la isla cuando el anterior murió. —Hizo una pausa para buscar posibles reacciones en el rostro inmutable de Coril, quien ocultaba sus sentimientos contrariados aposta—. Ya han nacido nuevas generaciones de elfos, mestizos y enanos en estas islas. No conocen la palabra guerra. Convivimos todas las especies en paz, y los posibles desórdenes o altercados que puedan surgir son juzgados por un grupo de saltritos sabios.

—¿No hay hadas ni magos en esta isla? —se limitó a preguntar por simple cortesía. Existían cuestiones más espinosas que tratar.

—Las hadas siempre han sido más reservadas con su cultura. Prefieren habitar en su propia isla y mantener sus costumbres. Pero sí participan en las reuniones generales convocadas por los saltritos. Los gnomos no son muy viajeros y aquí escasean. Hay duendes dispersos por todas las islas, y en cuanto a los magos, no hay muchos en estas tierras. Existe un pequeño grupo que vive en La Misteriosa. Y, bueno, nosotros contamos con uno.

—¿Hay un mago aquí? —lo interrumpió sorprendido.

—Sí, ya lo conocerás. No es un mago corriente. Básicamente, es nuestro consejero.

Coril inspiró profundamente con la intención de llenar sus pulmones de una infinita paciencia que estaba resistiéndosele. Habían creado una enorme comunidad allí, en las islas, alejados de la realidad, de la influencia de Silbriar. Disfrutaban de una libertad que a otros se les había negado. Nadaban en la abundancia. Las casas parecían palacetes, los jardines eran joyas nacidas de la tierra, los alimentos no escaseaban y los numerosos manantiales saciaban su sed. Pero a sus habitantes les importaba bien poco la guerra que estaba librándose en el continente. Observó a Sanzar, quien le lanzaba miradas furtivas escrutando su rostro, analizando los gestos de su cuerpo en busca de una señal hostil, mientras Onrom lo distraía desafiando con su lengua de trapo su inteligencia. El enano trataba de

que no se inmiscuyera en la conversación, logrando que la mayoría de las frases pronunciadas se disolvieran en el aire. Coril torció el gesto y frunció el ceño con cierto resquemor.

—¿Por qué nadie regresó para ayudarnos? ¿Por qué avivar la llama con leyendas absurdas sobre las islas? ¿Es que todo esto es un derecho que solo les pertenece a unos cuantos?

—Lorius es ambicioso y mezquino. Si hubiera sabido que estas islas están llenas de recursos, ¿qué crees que habría hecho? ¡Yo te lo diré! ¡Adueñarse de ellas! Traer el horror aquí, como ha hecho con el continente —le respondió con enojo—. ¿Y por qué tendríamos que haber vuelto? Nuestro viaje fue largo y repleto de penurias, muchos de los míos perecieron en el camino. Tú también has padecido los horrores del océano. Llegar aquí no es fácil

—¿Y para un guerrero como tú era preferible abandonarnos a nuestra suerte?

—¡Yo también fui un superviviente de la masacre de los Bosques Altos! No era mi tierra, pero estuve presente y vi cómo mi padre daba su vida para asegurarnos un canal de huida. ¡Luché hasta quedarme sin fuerzas! ¡Hasta que las piernas me temblaron y apenas podía dar un paso! Y cuando me rendí ante lo evidente, salvé a todos los que pude. Me arrepiento de que no hayan sido más. Escapamos por el bosque, nos enfrentamos a lopiards, permanecimos ocultos varios días sin agua ni comida. Luego nos dirigimos a los Valles Infinitos buscando la protección de los magos, pero la ciudad ya estaba asediada. Partimos hacia los Lagos Enanos y de ahí hasta su puerto. La batalla de los enanos todavía fue más cruenta que la de los elfos. —Guardó silencio un instante, tratando de borrar todas las imágenes sangrientas que rememoraban esos días, aquellos en los que luchó por su vida y por la supervivencia de los suyos. Durante muchos años, esos recuerdos permanecieron en el olvido, arrancados de su alma y arrojados a una cueva profunda y silenciosa de su mente, donde no podían perturbarlo ni dañarlo, ni siquiera asustarlo en las noches de insomnio. Pero ahora emergían de nuevo como fantasmas dispuestos a dinamitar su ánimo. La presencia de Coril no le era grata en absoluto. Él le había devuelto sus demonios, recordándole que nadie nunca está a salvo—. Por el camino, muchos se unieron a nuestra caravana: magos, enanos, hadas…, formando un grupo variopinto. ¡Y sí, llegamos a este paraíso, pero después de padecer en nuestras pieles un sufrimiento atroz! ¡Así que nadie quiere volver a ese infierno, incluido yo! ¡Y tú no eres quién para cuestionar nuestras decisiones! —Lark lo sujetó por el brazo y lo alejó con sutileza del saltrito—. ¡Escúchame, Coril! He fingido una simpatía hacia ti delante de Sanzar para que no te amputara los miembros allí mismo. Desconfía de tus intenciones. Es un ser generoso con todos los que vienen pidiendo asilo. Pero tú no

eres un refugiado. ¡Quieres arrebatarles su objeto sagrado! El que veneran desde hace siglos y del que creen que protege a estas islas de las influencias malignas.

—Esa capa es nuestra única salvación —le respondió entre dientes —. Existe una guerra ahí fuera más grande de lo que imaginas. Esta vez no se trata de Silbriar, sino que hay más mundos en peligro. ¿Acaso tus elfos, aquellos que se comunican con la naturaleza, no han percibido los cambios? ¿No te han comentado nada? ¿Han ignorado las luces del cielo que adornaban la noche con farolillos ardientes? Créeme, si Lorius llega a dominar el universo entero, no te quedarán islas en las que esconderte.

Lark tragó saliva. Había visto las luces de las que hablaba Coril y también cómo hacía unos días se habían extinguido. Quiso pensar que el peligro ya había pasado, pero quizá se precipitó en sus conclusiones. Desconocía los hechos que acontecían en Silbriar. Su aislamiento le impedía ver más allá de las aguas azules que los rodeaban. De reojo, observó cómo el saltrito se acercaba acompañado de su ahora inseparable sombra. El enano permanecía atento a todos sus movimientos, dispuesto a lo que fuese, ya que antes de que volviera a dictaminar su apresamiento, le taparía la boca sin dudarlo.

—¿Todo en orden? —preguntó Sanzar, receloso.

—Sí, mi amigo ha expresado su deseo de conocer a nuestro mago y consejero. Se quedarán unos días, así que serán nuestros invitados.

A Coril no le pasó desapercibida la delgada línea que se dibujaba en los inapreciables labios del saltrito. Su incomodidad era palpable, por mucho que quisiera difuminar sus emociones tras su piel brillante. Estaba contrariado, y en sus ojos oscuros pudo apreciar la aparición de unas estrías encarnadas que terminaron por constatarle su creciente irritación.

De repente, el elfo escuchó pronunciar su nombre con desgarro. Confuso, giró el tronco hasta que pudo distinguir a una mujer menuda y de cabellos castaños correr hacia él. Ella se detuvo a mitad del recorrido al observar que no se encontraba solo. Nerviosa, entrelazó sus manos y se ruborizó al comprobar el revuelo que había organizado. Coril no apartaba la mirada de ella. Pero ella no era capaz de discernir si el motivo de su desconcierto era la sorpresa o simplemente porque era incapaz de reconocerla.

Lentamente, el elfo se apartó del grupo y se aproximó a ella con pasos seguros. Entonces, la joven no dudó. Se abalanzó a sus brazos y presionó con los dedos su espalda.

—Debí suponerlo en cuanto he visto a Lark. Pero desde que he descubierto este sitio, apenas he tenido tiempo de poner mis pensamientos en orden. ¡Anael, cuánto me alegro de verte!

—¡Estás vivo! —Aliviada, suspiró—. Pensé que habías muerto.

Estuve buscándote, pero Euren me dijo que…

—¿Euren? —Le costó pronunciar su nombre. Su sola mención todavía le escocía como una herida viva que se alimentase de sal.

—Os dejaré un rato para que habléis —los interrumpió Lark—. Mientras, me encargaré personalmente de supervisar los preparativos para vuestra estancia.

Coril se limitó a asentir. El pasado que tanto se había afanado en olvidar regresaba a él, con sus vacilaciones, con sus tormentos y haciéndolo sentir de nuevo un chiquillo inmaduro e inexperto. Onrom le guiñó un ojo, expresando así que permanecería junto a esos dos, aunque las tripas estuviesen rugiéndole como cañones de guerra impacientes por ser disparados.

Anael rodeó su brazo y lo alentó a continuar con el paseo. Desde que había pisado la isla, Coril se permitió bajar la guardia por primera vez, disfrutando del cielo límpido que los arrullaba, del destino caprichoso, el cual lo había empujado a ese paraíso y le concedía el deseo de volver a conversar con la mujer que había amado durante mucho tiempo.

—Te preguntarás cómo estoy aquí.

—Bueno, a decir verdad, Lark me ha hecho un breve resumen.

—Cuando los lopiards entraron en el poblado, mis padres me obligaron a esconderme en el baúl donde guardaban las vasijas. Escuché los gritos de auxilio, el metal de las armas chocar en la lucha, las ráfagas de las flechas atravesar el aire… Temblaba de miedo. Sabía que pronto entrarían en la casa para buscar supervivientes. Entonces, oí unas pisadas en la habitación. Me contuve para no chillar. Pero fui descuidada y de mis labios se escapó un ligero quejido. Abrieron de golpe el baúl. No imaginas los segundos de terror que pasé… Luego distinguí el rostro de Euren. Me ofreció una mano para ayudarme a salir de allí. ¿Ella está bien?

—Ha cambiado —le contestó, sin entrar en más detalles—, pero está bien.

—Comprendo —afirmó, bajando la cabeza y ocultando su rostro detrás de sus largos cabellos—. Me reprochó que me hubiera escondido, por más que le juré que no había sido una iniciativa propia. Me miró con unos ojos que jamás había contemplado antes. No era lástima, sino disgusto… Yo no soy una guerrera. Manejo el arco, me defiendo con él, pero no soy una experta tiradora. Aun así, me ofrecí a acompañarla, a luchar con ella. No quería quedarme allí sola, esperando lo inevitable. Si debía morir, al menos que fuera defendiendo a mi pueblo. —Entornó unos segundos los párpados y, al abrirlos, las lágrimas se habían adueñado de sus ojos azules—. Le pedí que fuéramos a buscarte, que tú sabrías lo que debíamos hacer. Y fue entonces cuando me dijo que tú ya estabas muerto. Volvió a

encerrarme en el baúl y me susurró: «Eres una princesa, así que espera a ser rescatada». Después, Lark me encontró y me trajo consigo.

—¿Por qué te dijo tal cosa? Yo no conseguí llegar al poblado, ella nunca me vio. —Coril trataba de despejar la niebla instalada en su mente—. ¿Me dio por muerto antes de confirmarlo siquiera? ¿Por qué?

—Puede que alguien se lo dijera. Ella sabía que tú no huirías y, al no verte luchando, pudo haber pensado que... Yo tampoco te busqué. Me fui con Lark y... —confesó, apagando su voz.

—¿Cómo te trata él? ¿Eres feliz?

—Es un buen líder, todos lo adoran. Ha conseguido lo que siempre quiso: gobernar su propia comunidad. Y no lo hace mal. Lark nació para esto. —Ella le sonrió y se percató de la confusión en su rostro—. ¡Oh, no! No soy la esposa de Lark. Eso era un tratado en el que insistían nuestros padres para hermanar a los elfos del norte con los del sur, pero aquí no hay necesidad de ello. ¡Somos libres! Él tiene sus amantes y las que tratan de engatusarlo para que se case. Ser la esposa de un jefe de las islas tiene sus privilegios. —Soltó una risa comedida —. Durante la travesía en barco, me confesó que su corazón ya estaba ocupado. Había dejado atrás un amor imposible, uno que su padre no hubiera aceptado. Por eso pensó que, accediendo a nuestro matrimonio, podría llegar a ser un gran gobernante y con el tiempo cambiar las normas de convivencia, y quizá así, en un futuro...

—¿Contraer segundas nupcias? ¿Dejarte por la otra? —quiso saber, alarmado.

—¡No, no! ¡Eso nunca habría sido posible! Puede que no me haya explicado bien. Lark no amaba a una elfa sin el linaje adecuado para su estatus... ¡Estaba enamorado de un hada!

—¿Un hada? —Coril se sacudió la cabeza para reorganizar un puzle que comenzaba a cobrar sentido mientras Anael continuaba hablando y justificando las decisiones del elfo que una vez se interpuso en su relación.

—Por lo que me contó, ella fue apresada. Las hadas son intransigentes con las relaciones entre especies. Teme que haya muerto torturada.

—¡Créeme, puede que se lleve una gran sorpresa!

El elfo pensó en Tímbel. Hermética, algo esquiva y con más secretos que un duende tramposo. No solo se había embarcado con ellos porque sintiera un gran desprecio hacia Niber y quisiera liberar a la princesa Silona de sus artimañas, sino también porque nunca se rindió. Después de ser expulsada, vejada y difamada, sin contar con ningún tipo de recursos, lo único que le quedaba era buscar a su amante. ¡Lark! No pudo contener la sonrisa que despuntó de sus labios en forma de esperanza. Esa hada caprichosa y sumamente astuta había

estado reuniendo información, interrogando a supervivientes, agudizando el oído en la taberna esperando a que un deslenguado le revelara lo que necesitaba. Por eso conocía la leyenda de los piratas, la había estudiado antes de zarpar. Y cuando tuvo la oportunidad, no la desaprovechó. Abordó a Onrom, hablándole de opresión, de los infames planes de Lorius y de la libertad que necesitaba Silbriar. ¡Y zas! ¡Lo había conseguido! No dejaba de admitir que la hada había sido de gran ayuda, luchando como los demás, evitando que el barco se hundiera en la tempestad, revelando la debilidad de los piratas e incluso impidiendo que los afectados por el canto de las sirenas se arrojaran al agua. Pero detrás de todo su discurso inconformista con las políticas de Niber, se ocultaba una motivación mayor: el amor.

—Coril, también hay algo que quisiera confesarte. —Anael lo arrastró de nuevo al presente. Por unos segundos, olvidó que si las leyes hubieran permitido la relación de Lark y Tímbel, la preciosa mujer que lo miraba con ojos brillantes no lo habría apartado de su vida—. La noche anterior a la masacre, cuando te dije que pensaba escaparme, también hablé con Euren. Ella, al principio, creyó que tú la abandonarías y vendrías conmigo, pero la convencí de que jamás harías tal cosa. Que tú la amabas y que yo te había herido demasiado... ¡Lo siento! Fui una niña estúpida, incapaz de enfrentarme a mi padre. Pero ahora pienso que todo mi dolor abrió una brecha insalvable para los tres. Tú dejaste de hablarme y Euren no volvió a verme como una amiga, sino como una rival.

Anael enjugó su llanto y regresó con pasos tímidos a la entrada de la ciudad. Él fue incapaz de detenerla. Se quedó allí, observando su marcha como la primera vez que lo dejó plantado, digiriendo sus emociones, tratando de controlarlas para no correr tras ella y confesarle que no la había olvidado, pues seguía siendo el último rostro que contemplaba antes de que el sueño lo venciera.

Valeria disfrutaba del agua perfumada que se deslizaba por toda su piel. Por fin estaban en las temidas Islas Sin Nombre. Y agradecía no haberse encontrado con criaturas espantosas y lugares tenebrosos. Después del oasis, aquello sin duda podría considerarse el paraíso. Jugó con la espuma creada por los jabones naturales que producían los elfos y se permitió sumergir sus cabellos en el hondo barril hasta rozar con sus dedos el fondo. Pronto despertarían a la capa. Pronto nacería un nuevo guardián. Y pronto el peso que sentía sobre sus hombros se disiparía. Evitaba pensar en el destino de Lidia. En ese momento, era el menor de sus problemas. Tenía que centrarse en el guardián de la capa. Era consciente de que debía ayudarlo a

aclimatarse a Silbriar. Caminaría a su lado, lo ayudaría a tomar las mejores decisiones, y en cuanto la guerra terminase, le cedería el trono. En su cabeza todo sonaba a música celestial, aunque sabía que derrotar a Lorius no iba a ser tarea fácil. Pero mientras se deleitaba con ese merecido baño, alcanzaba a ver la luz del arcoíris que la llevaría a casa de una vez por todas.

—Deberías vestirte ya. Onrom está en la entrada llamándonos como un loco. Por lo visto, tenemos que ver a un mago.

Ella asomó la cabeza y se alegró al ver a Daniel con su nuevo atuendo. Marcaba su pecho y estilizaba aún más sus largas piernas. Los elfos les habían ofrecido vestimentas limpias y decentes, y ella se había sentido complacida al recibir el ligero vestido blanco que portaban las recolectoras de la isla y que la aguardaba al finalizar el baño.

—¿Ha vuelto Brifin? —le preguntó inquieta.

—Todavía no. Érika está nerviosa, no para de mirar al cielo.

—Deberíamos buscarlo —sugirió mientras se secaba y se enrollaba en una de las amplias telas que le habían proporcionado. Descalza, se aproximó a él y, elevando sus puntillas, besó sus labios—. Puede que subiendo al punto más alto de la colina podamos ver algo. No puede haberse esfumado así porque sí.

Daniel la agarró por la cintura y la atrajo aún más hacia él. Apartó su melena mojada y comenzó a mordisquearle el cuello. De pronto, unos golpes bruscos amenazaron con derribar la puerta.

—Pero ¡¿por qué diantres tardáis tanto?! ¡Tenemos que ver al mago! —escucharon gritar al enano.

Valeria descansó la frente sobre el entrecejo de Daniel y no pudo evitar reír.

—El deber antes que el placer —musitó.

Entraron en la morada del mago con cierta expectación. Esperaban hallar en su interior un lugar místico, repleto de papiros y de artilugios insólitos, quizá con la esperanza de obtener alguno que facilitara su misión de despertar a la capa. Sin embargo, su decepción fue palpable al distinguir una sala amplia y sin grandes excesos, al igual que el resto de las viviendas: escaso mobiliario, paredes blancas y luminosas enfocadas a realzar la belleza de la ornamentada terraza y un curioso estanque adornado con hermosos nenúfares. Nada parecía indicar que allí habitase un mago.

Valeria se alegró al distinguir a Coril, de pie, apoyado sobre una de las columnas que sostenían el techo. A su lado estaba el jefe de La Principal, con los brazos cruzados y semblante taciturno. Onrom no

dudó en colocarse junto a él, sin apartar las manos del mango de su hacha.

Después de largos minutos de espera, un hombre de mediana edad y ataviado con una túnica verde hizo su aparición. Su rostro cumplido albergaba unas líneas faciales suaves, únicamente rotas por unos pómulos sobresalientes y algo enrojecidos. Sus ojos avellanados parecían serenos y tan transparentes como el agua pura de un lago oculto entre las montañas. Sus cabellos morenos eran espesos, y en ellos resaltaban unos mechones más grisáceos que comenzaban a adueñarse de su abundante pelambrera.

—Así que esta es la expedición que ha venido buscando la capa —pronunció con tono solemne—. Las cosas deben haber cambiado mucho en Silbriar para que un elfo sea el maestro de un grupo de guardianes.

—No soy su maestro exactamente. Solo los guío en este viaje —le respondió Coril, incómodo.

—Nuestro maestro es el señor Moné —se apresuró a desvelar Érika.

—¡Aldin! ¡¿Aldin sigue vivo?! —preguntó, alzando una ceja hasta el infinito.

—¿Lo conoce? —Nico mostró su sorpresa. No esperaba encontrar amigos de su maestro en una isla tan remota.

—¡Todos hemos oído hablar del mago mestizo! ¡Ese granuja! ¡Tiene más vidas que un duende embustero!

—¿Quién diantres es usted? ¿Y de qué conoce a Aldin Moné? —Coril recelaba del mago. Se preguntaba por qué habría huido hasta allí, por qué vivía con los elfos y no con los otros magos.

—Fuimos compañeros en los campamentos que se organizaron para jóvenes magos... De eso hace mucho tiempo. Le costó mucho integrarse, ya que ni instructores ni alumnos lo veían con buenos ojos. Pero Amelia, una joven que provenía de una de las academias menores, la Academia de la Naturaleza, si no recuerdo mal, se acercó a él. Ella era muy persuasiva y bastante hermosa, así que quien deseara su amistad, debía aceptar también al mestizo. Poco a poco fui conociendo a Aldin, hasta llegar a decir que es uno de los magos más honestos con los que me he cruzado. Me alegra que, a pesar de la propaganda antimestiza que ha hecho Lorius, él siga con vida.

—No ha respondido a mi pregunta —le espetó Coril.

—¡Oh, mi nombre! Me temo que no soy nadie importante y del todo irrelevante para vuestra misión. Me llamo Jersen Token.

—¿Jersen? —Valeria se adelantó hasta colocarse frente a él—. ¿El mismo Jersen, mago del Valle y amigo de Hanis y Peval?

El hombre dio un respingo y la examinó con una incalculable curiosidad.

—Creo que estoy en desventaja, dado que desconozco con quién

estoy tratando. Pensaba que erais un grupo de guardianes, humanos, llegados hasta aquí para recuperar un objeto sagrado.

—¡Y eso es lo que son! —trató de zanjar Coril.

—En realidad, mi hermana Érika y yo somos las hijas de Esther. Según tengo entendido, usted la conoció. —Valeria escrutaba al mago mientras el elfo negaba con la cabeza. No quería que desvelasen demasiada información. Todavía ignoraba si debía considerar a los habitantes de aquella isla aliados o enemigos—. ¿No es así? Lo que todavía no sabemos es si usted es discípulo de Belemis o, por el contrario, ignoraba lo que sucedía en la Academia del Valle.

Coril abrió los ojos de par en par y acarició con sutileza una de las flechas de su carcaj, el cual reposaba en el pavimento junto a él. Escuchó a Onrom gruñendo por lo bajo mientras se situaba a la espalda de Lark. Lentamente, los guardianes se colocaron en los puntos más estratégicos de la sala: Nizhoni cubrió la puerta; Nico, la terraza, y Daniel no dudó en aproximarse a Valeria como si fuera su guardaespaldas. No logró individuar a Érika, de quien imaginaba que había hecho uso de su invisibilidad. Luego depositó su mirada en el mago. El hombre se masajeaba la barbilla, tratando de esconder su visible incomodidad.

—Jovencita, eres muy atrevida. Acusarme en mi propia casa. Y sin siquiera saber qué clase de poderes domino.

—Eres un mago del aire, como Zacarías —lo provocó ella—. De hecho, él fue tu primer instructor en la academia hasta que se dedicó a entrenar a guardianes.

—Val, déjalo, tú no eres así —le susurró Daniel—. ¿Qué bicho te ha picado?

—Él es el consejero de La Principal, y no estamos aquí por casualidad. —Clavó su mirada en el jefe de los elfos, quien admiró su astucia—. Este mago será el encargado de decidir nuestro destino, es decir, si somos merecedores de la capa o si nos entierran en una de las escarpadas colinas que hay en la isla. Pero a pesar de insistir en que solo es un mago cualquiera, no lo es. Su nombre es Jersen Token, y estuvo en el centro de la conspiración que llevó a todo Silbriar a la destrucción.

—¿Es eso verdad, Jersen? —Lark dudaba de las acusaciones. El mago se había unido a la caravana de refugiados después de que los Valles Infinitos fueran ocupados por los lopiards. Es verdad que sus habitantes apenas opusieron resistencia, quizá para salvaguardar su estatus. Muchos de ellos siguieron gozando de cierta libertad, o puede que simplemente los invadiera el miedo a morir. Pero él llevaba tanto tiempo alejado del continente que ignoraba si esa joven de cabellos trigueños poseía la verdad—. ¿Conocías a Peval? Sé que es uno de los brujos más temidos de Lorius.

—¡Era! —lo corrigió Coril—. Murió en la batalla de la Fortaleza.

El mago extendió los brazos e inspiró profundamente, percibiendo cada partícula de polvo que contenía el aire. Vivían inmersos en una flora prolífica, autóctona en su mayoría, sin embargo, ese detalle no evitaba que el oxígeno que inhalaba se contaminase con irritantes moléculas de polen o cantidades irrisorias de tierra. Al fin y al cabo, el aire no era más que un compendio de gases que variaban según la altitud, la temperatura y el lugar. Pero desde que vivía en la isla respiraba libertad, y no quería renunciar a todo eso.

—Bien, creo que ha llegado el momento de contar mi historia —dijo, invitándolos a disfrutar de las vistas de la terraza—. Podéis acomodaros y tomar asiento. No pienso salir volando... La respuesta es sí. Asistía a las charlas que Belemis celebraba en el Valle a favor de la separación de especies y de que cada cual se enfrentara a las normas de su comunidad. Al principio no eran más que eso, reuniones inocentes donde se nos decía que los magos nacíamos con ciertos poderes de los que otros seres carecían y que por ello deberíamos evitar relacionarnos de forma íntima con otras especies. Belemis siempre hacía alusión a los mestizos y a su origen. Estaban malditos porque un humano procreó con un hada. Poco tiempo después conocí a Aldin. Por supuesto, nunca fue invitado a nuestras charlas. Tampoco consideré que estaba infringiendo ninguna norma por mantener mi amistad con él. ¡Eran estupideces que se proclamaban mientras practicábamos conjuros de magia! —Contempló los rostros incrédulos de sus invitados—. Amelia también entró en la organización. Estaba enamorada de Peval, y no fue hasta que el discurso se endureció cuando empezaron los primeros problemas. Aldin frecuentaba aún más nuestros círculos y nuestras batallitas con bastón empezaban a ser más que un juego. Una de las veces, Peval casi le amputó el brazo y Amelia tuvo que intervenir. Poco tiempo después, tanto Hanis como ella abandonaron la fundación secreta.

—¿Hanis también formaba parte de ella? —Valeria mostró su desconcierto.

—Sí, aunque no fue hasta mucho tiempo después cuando descubrimos que simplemente acudía por su padre y que en realidad mantenía una relación con una humana.

—¿Y tú continuaste allí?

—Yo no tenía a nadie. Mis únicos amigos estaban cegados por una causa que cada vez me parecía más peligrosa, pero nos mantenía unidos. Y, desgraciadamente, ellos eran la única familia con la que contaba. —Las arrugas de su rostro se le marcaron, acusando su tristeza—. Belemis ordenó matar a Lía. Ella era la portadora de los descendientes, y Peval ejecutó sus deseos. No supe hasta tiempo después que Hanis había muerto defendiéndola. Belemis siempre me

juró que su hijo había sido desterrado. Pero un día, cuando el alcohol corría por las venas de mi amigo Peval sin ningún control, me confesó que él mismo lo había asesinado por desleal. ¡Y ahí todo mi mundo se vino abajo! ¡Mis amigos enfrentados, mi familia destrozada! Belemis me había prometido la gloria, un hogar... En cambio, ya empezaba a derramarse la sangre en Silbriar. Lorius acogió a dos de los tres niños, convencido de que eran los descendientes, y yo tuve miedo. Cuando me nombraron brujo real de las tropas de Lorius, busqué una salida y hui como un vil traidor. No quería que Peval me encontrara, así que dejé atrás a Amelia a sabiendas de que ella ya lo había abandonado y buscaba una salida, desesperada.

—Fue en busca de Aldin —le confesó Onrom.

—Lo supuse. Por eso pensé que Aldin habría muerto. Vi cómo la rivalidad crecía entre ellos... ¿Y Amelia?

—Murió en el asalto a la Academia del Cosmos —continuó explicándole el enano—. Después llegó el caos... Ocupación, ejecuciones y persecución a la Resistencia.

Lark se rascaba la sien mientras negaba con la cabeza. Desde la terraza, contempló las estrechas copas de los árboles sacudidas por un ligero viento del norte. Su emergente ciudad prosperaba, resguardada por la cadena montañosa que los rodeaba y la inmensa vegetación circundante. La amenaza siempre llegaba del exterior, de los barcos perdidos en esas aguas, de los náufragos desorientados que pedían auxilio... Todos se obstinaban en recordarle que más allá de los límites de las islas existía una guerra.

—¿Por qué no me contaste nada de esto, Jersen? —le preguntó apesadumbrado.

—¿Acaso me habrías aceptado en tu caravana si te hubiera revelado mi verdad? Aquí he tenido una segunda oportunidad. Me he redimido de mi pasado, de mis errores... Aunque los fantasmas no se someten a las leyes del tiempo, viven alejados de él y por eso te asaltan cuando menos los esperas.

—No es momento de discutir si hizo bien en huir y mantener su secreto o haber luchado y revelado toda esa información a la Resistencia. —Coril se hinchó de valor y, abandonando el carcaj, se colocó frente a él—. Desde luego, habría sido muy útil conocer que Belemis siempre jugó a dos bandas. No habría orquestado el encarcelamiento de Bibolum ni el levantamiento de los guardianes. Pero ¡¿quién iba a sospechar de un hombre cuyo hijo murió asesinado por los enemigos?! Ahora lo importante es que necesitamos tu beneplácito para que los saltritos nos dejen acceder a la capa. ¿Contamos con él?

—Puede que también lo ayude a tomar esa decisión el hecho de que Lía no era la descendiente que buscaban, sino mi madre. —Valeria

tomó la mano de su hermana cuando apareció a su lado—. Érika y yo somos las legítimas descendientes.

19

Arma

Extenuada, apenas lograba mantener entornados los párpados. Quería descansar. Pero Moira había hecho lo imposible para arrebatarle el sueño. Amordazada y con grilletes mágicos inmovilizando sus tobillos y muñecas, no conseguía hallar una postura cómoda en ese sillón desvencijado en el que la había confinado. Rodeada de espejos que la torturaban una y otra vez mostrándole imágenes cruentas y mezquinas, suspiraba mientras buscaba una hebra de aliento que la hinchase de valor, que no le permitiese sucumbir ante el horror y la desidia.

Cada vez que los cristales encendían sus focos al unísono, ella se resistía a contemplar las escenas que su tía se empeñaba en mostrarle. Samara era testigo de la destrucción que causaban los lopiards a través de los ojos de Moira. El exterminio de pueblos enteros minaba sus ánimos. La escasa resistencia que encontraban era despedazada en cuestión de minutos, los prisioneros destinados a vivir eran seleccionados con una precisión estratégica, y el resto de los supervivientes al asedio, ejecutados sin miramientos. Muchas veces quiso chillar, ahogar su sufrimiento entre lágrimas secas y su voz apagada. Pero hasta ese consuelo se lo había arrebatado su tía. Cada vez que se lamentaba, los grilletes lanzaban descargas eléctricas sobre su cuerpo, sumiéndola de nuevo en el silencio de su fría soledad.

Uno de los sirvientes de confianza de la bruja se encargaba de alimentarla. Una comida diaria, ninguna más. Así debilitaban su mente y sus fuerzas. Sin energías, no gozaba de un cerebro ágil que pudiera elaborar un conjuro cuyo fin sería atenuar la presión que ejercían las cadenas y así poder liberarse. Tampoco se movía demasiado. Cada dos días, una jaula emergía del pavimento y la buena de Moira le permitía abandonar el sofá para ofrecerle una ducha de agua gélida.

Samara nunca se había considerado una bruja frágil, pero aquello

era insoportable, tanto que prefería morir. Ahora se negaba a comer, a asearse, a caminar en la jaula energética que su tía había construido para ella. No quería rendirse, pero ya había olvidado por lo que estaba luchando. Estaba perdida. De nuevo, se convirtió en la niña del pozo. Estaba a oscuras, abatida, sin ganas de escalar aquellas paredes resbaladizas para abrazar la ansiada libertad, porque en cualquier momento podría asomar la cabeza el lobo. Y ella temía que hiciese su aparición.

—Mey, querida, tienes un aspecto deplorable. —Con un ojo, observó que todos los espejos estaban en funcionamiento. El rostro triunfante de su tía cubría toda la superficie. Desganada, prestó atención al profundo agujero que se había instalado en su mirada, como el pozo lóbrego donde ella había permanecido oculta—. ¿Has hecho lo que te pedí?

—En estas condiciones, no puedo ni pensar. —El hechizo que mantenía sus labios sellados se evaporó y pudo abrir su boca dolorida, realizando un esfuerzo agotador.

—¡Oh, no seas insolente! ¡Eres una bruja tirmiana! ¡Basta ya de excusas! Puedes elaborar conjuros con los ojos cerrados. Pero te recuerdo que no recitarlos. No quiero que mi sobrina preferida termine frita en el sofá. —Soltó una estrepitosa carcajada que estremeció hasta el último hueso de Samara—. ¡Querida, mira a quién te he traído hoy! ¡Preséntate, desgraciada, ante Mey, sangre de mi sangre!

Ella quiso cerrar los ojos, pero sabía que la bruja se lo impediría. Detestaba que la ignorasen, y no dudaría en hacer funcionar sus grilletes si no le prestaba la atención merecida. Samara no tuvo más remedio que presenciar cómo Moira presionaba con sus uñas el cuello de una campesina.

—¡Por favor, suéltala!

—No, mi querida Mey, no puedo hacer eso —se excusó, haciendo morritos—. Este es tu sacrificio de sangre, tu recordatorio de que no puedes aplazar tu cometido. Cada día al ocultarse el sol, un inocente morirá por tu culpa porque no estás haciendo bien tus deberes. Tienes que entender, tesoro, que una vez muerta Silona, yo seré quien gobierne desde su castillo. Y tú podrías ocupar un lugar a mi lado, como mi sacerdotisa suprema si lo deseas. Pero ya es hora de que empieces a colaborar. ¿Cuántos más deben morir ante tus ojos para que lo comprendas? ¿Cien? ¿Mil? ¡¿Es más sangre lo que quieres?! ¡Pues sangre tendrás!

Samara sintió una lágrima rodar por su mejilla, una única lágrima candente y afilada. Nada podía hacer por la vida de aquella mujer, más que sumarla a la decena que despedazaban su alma. Un sinfín de remordimientos la acosaron. Nunca debió subestimar los poderes de la

bruja. Cayó en la trampa como una tonta al despreciar las aptitudes que poseería como tirmiana. No valoró bien las consecuencias al internarse en el castillo a ciegas. Y ahora pagaba por todos los errores que había cometido.

Moira se despidió tras abrasar los ojos de la campesina con un fuego azul, tan lacerante como mortífero. Ella escuchó los gritos como ecos del pasado que todavía no se habían extinguido. Eran los lamentos de los tirmianos cuando corrían despavoridos huyendo de las llamas que consumían su ciudad sagrada.

Su cabeza le daba vueltas, y pronto la confusión se adueñó de ella. Ya no contaba los días. Olvidó hacerlo tras las intensas sesiones con los cristales, los cuales continuaban mostrándole cómo los árboles eran segados para abrir caminos y cómo el fango se aposentaba en lagos y ríos. ¿Cómo pensaba su tía reconstruir Silbriar después de tal disparate? ¡Tía!... No recordaba haberla llamado así desde que supo que era ella la bruja que se ocultaba en el castillo. ¡Tía! ¡Moira era su tía!... El martilleo de sus sienes era incesante. ¿Cómo podía apaciguar ese dolor? ¿Por qué nadie le dijo que su tía estaba viva? Ella podría haberla salvado de las artimañas de Lorius... ¡No, no podía! Su tía había decidido caminar junto a él por voluntad propia. ¡Lo amaba! ¿O lo amó?... ¡Por las brujas ancestrales! ¡¿Por qué nadie apagaba ese sonido martirizante?! ¡Ah, no podía! Provenía de los espejos. Sí, era el llanto de las aves. No, no eran los pájaros. ¡Eran niños! Niños que buscaban a sus padres y les suplicaban ayuda. Pero ella no podía hacer nada, estaba muy lejos, muy lejos... Sola en el pozo. Se había perdido y no encontraba la salida. Sí, estaba perdida.

—¡Samara, Samara! ¿Estás bien?

Despegó los párpados e intentó descubrir quién la llamaba con ahínco. Debía ser su madre. Estaba tardando demasiado en recoger la ruda que le había encargado. Achicó la vista y confirmó la presencia de una figura ante ella. ¡Pero no era su madre! ¿Dónde estaba? ¿Qué había pasado? Se revolvió en el sillón, desesperada. ¡Estaba cautiva! Sí, ahora lo recordaba. No podía moverse demasiado, o los grilletes le harían daño. Con la respiración agitada, se enfrentó a quien osaba interrumpirla de su descanso. Profirió un grito. Pero olvidó que sus labios estaban cosidos, y el dolor que percibió al tratar de despegarlos hizo que se desmayara de nuevo.

—Pero ¿qué te han hecho?... Escúchame con atención, voy a liberarte. No te asustes. Romperé las cadenas y luego eliminaré el hechizo que te impide hablar. ¿Me has entendido?

Ella escuchaba una voz en la lejanía. Alguien quería socorrerla, pero quizá ya era demasiado tarde. Advirtió un halo de luz dorada acariciarle el rostro y, a continuación, cómo su boca se abría hasta soltar una aliviada exhalación. Entonces, con los ojos todavía

empañados, observó los espejos hechos añicos en el suelo. Los miles de fragmentos a los que habían quedado reducidos parecían cristales indefensos, incapaces de infringir daño. Por fin, enfocó a la persona que la había salvado de semejante calvario. Estaba allí, de pie. Le sonreía.

—¡Aldin! ¡Has venido!

—No pensaba dejarte aquí —le dijo, tratando de incorporarla.

—¿Cómo escapaste? ¿Cómo lo conseguiste?

—Es una larga historia. Ahora tenemos que rescatar a los guardianes apresados y marcharnos al Refugio.

—No, no podemos. —Aldin la miró desconcertado—. He cometido una estupidez y no tenemos mucho tiempo. Yo apenas tengo fuerzas, pero debes hacerme un favor antes de dirigirte al Refugio. ¡Oh, Aldin, pero ¿qué he hecho?! Moira ha sabido cómo utilizarme. No quiero cargar con este tormento toda mi vida. Yo me quedaré aquí, me ocuparé de liberar a los guardianes y de acabar con todos los leales al régimen oscuro que permanezcan en este castillo, pero tú tienes que irte ya.

Libélula Morrigan abrió el portón de la entrada principal y, estupefacta, contempló a los centenares de aldeanos que se agolpaban en el patio. Había ancianos, niños, enfermos… Tampoco existía diferenciación entre las especies. Desde la escalinata, distinguió a mestizos, gnomos, enanos y varios elfos. Afectada, se llevó la mano al pecho. «Muchas bocas que alimentar. Demasiados a los que proteger», pensó. Identificó a Paquin entre ellos. La voz conciliadora, elegida por el pueblo mestizo por su sensatez y sapiencia, se aproximó a ella con semblante turbado.

—Ya no tienen tiempo de huir. Las tropas de Lorius están muy cerca. Las mujeres y hombres que son aptos para luchar ya se encuentran con sus respectivos regimientos, pero ellos…

—Muy bien. Que se apunten en una lista y les daremos cobijo. Los niños que cuenten con familiares que procuren no separarse de ellos. Los que no…, los alojaremos en el ala este. Las habitaciones son más grandes y podemos trasladar varios camastros.

—Nunca pensé que este día llegaría. —Abatida, Paquin observó los rostros asustados de los que escapaban de la guerra.

—Y, sin embargo, ha llegado —afirmó Libélula, desesperanzada—. Habría preferido que toda esta gente no se encontrase aquí. Tendrían que haberse marchado antes, partir a las Montañas Sagradas, como tantos otros hicieron. El Refugio va a ser el centro de la gran batalla.

Bibolum se acercó a ellas carraspeando, anunciando así su

presencia. El gran mago reparó en el imparable ajetreo de sus pupilos en el patio y también en la instalación de las famosas catapultas por parte de los gnomos. Luego desvió la mirada hacia los dos puestos de centinelas situados en lo alto del muro del norte, cada uno en un extremo. Allí, los magos se afanaban en ultimar los detalles para la creación del escudo. Imaginó que lo mismo sucedería en las otras posiciones. Toda la muralla que cercaba al Refugio estaba parapetada por los prismas de ámbar, los cuales se activarían cuando los magos recitasen el conjuro. Entonces, el escudo brotaría de ellos y se alzaría sobre sus cabezas, cubriendo todo el edificio, incluido los diversos patios.

—Bien, ya queda menos —murmuró para sí mismo—. No hagamos esperar más a toda esa gente, Libélula. Que pasen. ¡Y hagámoslos sentir como en casa! Finalmente, las habitaciones que construí años atrás serán utilizadas.

—¿Y qué pasará si...? —Libélula no se atrevió a terminar de formular la pregunta.

—¿Si cae el escudo? —Bibolum observó a los cientos de personas que estaban a su cargo—. Cuando eso suceda, vosotras dos os encargaréis de trasladarlos a los sótanos del Refugio. Allí al menos tendrán una posibilidad.

El chirrido de las bisagras del pórtico del norte hizo que la mujer diera un respingo. Libélula no se acostumbraba al trasiego que circulaba por él. Durante muchos años permaneció cerrado, utilizando como mejor acceso al Refugio el que custodiaba los muros del sur, pero los acontecimientos de los últimos meses habían requerido su uso justificado. Sin embargo, sus goznes oxidados continuaban asustándola, recordándole el día en el que muchos soldados salieron por él y jamás regresaron.

Distinguió a un elfo sobre el lomo de un caballo, sorteando al gentío del patio. Después desmontó con celeridad y corrió hacia ellos portando un papel entre sus dedos. Bibolum leyó el mensaje en silencio, para luego enrollarlo como si fuese un papiro confidencial.

—¿Qué haces? —Paquin observaba la curiosa ceremonia a la que el mago sometía a la misiva.

—Es del regimiento de los elfos. Han avistado a un grupo de orcos en un bosque cercano. Voy a enviar este mensaje a todos los magos de los alrededores.

Con un ligero toque de su varita, el papel se desvaneció ante sus ojos, quedando una pequeña esfera de luz azul que pronto se dividió en varios trozos que salieron volando en distintas direcciones.

—Si ya están aquí, ¿por qué no atacan? —preguntó Libélula, temblorosa.

—Están esperando la llegada de Lorius. ¡Siempre fue un vanidoso!

No querrá dejar a la suerte ningún detalle —afirmó con rabia—. ¡Avisa a Zacarías! ¡Tenemos un escudo que conjurar!

Se enroscó el cabello hasta sujetar una castaña abultada tras su coronilla, dejando que los mechones más cortos cayeran revoltosos sobre su nuca. Se miró en el espejo. El tono grisáceo de su cutis la exasperaba. Había perdido el brillo de su piel, incluso en sus labios anidaban varias grietas que la advertían de su sequedad. Estaba marchitándose por dentro. El veneno hacía estragos en su físico. Sus ojos vivaces parecían apagados, su pelo se había tornado más oscuro y las uñas habían dejado de crecerle. Ya no se las mordía. La negrura que habitaba bajo ellas la asqueaba. Aun así, las limó con esmero para tratar de extraer toda la suciedad que se había aposentado en sus dedos. Después se pintó los labios con un color rojo vivo y matizó sus mejillas con algo de colorete. Nunca le había gustado maquillarse, era una tarea que despreciaba. Quizá porque no se consideraba presumida, o puede que hasta ese momento, que no había tenido novio, no se había visto en la necesidad de sentirse atractiva. ¿Para qué trataba de engañarse? No era ese el motivo. No le gustaba en lo que estaba transformándose. Odiaba en lo que la bruja la había convertido. Y necesitaba empolvar su rostro con pinturas que enmascarasen su desencanto y no le recordasen que ya no poseía el control sobre ella misma.

Depositó las brochas sobre la coqueta y permaneció unos minutos más sentada en el taburete, contemplando la ilusoria tienda de campaña que le habían brindado. Contaba con todo lo que podría desear: una cama lujosa en la cual descansaba todas las noches con Kirko, un baño con agua caliente, un pequeño armario mágico que te ofrecía la prenda necesaria para cada momento y un luminoso tocador, donde se encontraba. Tenía que admitirlo. Se había acostumbrado a la pomposidad del castillo y se sentía agradecida de poder disfrutar de esa carpa acondicionada y de no dormir en los terribles camastros que les habían suministrado a los lopiards.

Kirko la distrajo de sus pensamientos fútiles obsequiándola con una batería de besos sobre su cuello. Ella se estremeció al percibir sus labios cálidos recorrer su piel.

—¿Piensas quedarte todo el día aquí? —le preguntó de forma socarrona.

—No sería una mala idea. Estoy harta del barro y de lopiards apestosos. ¿Cuántos días crees que estaremos en este lugar? ¡Estoy cansada de que los soldados desmonten la tienda y de viajar en el carromato viendo la cara enfermiza de tu hermana!

—Pues creo que estás de suerte —le anunció él, con una amplia sonrisa—. De momento, este lugar será nuestra central de mando.

—¿Por qué? ¿Es que los orcos han encontrado resistencia?

—No, en absoluto. ¡Hemos llegado a la antigua Lumia! —Ella frunció el entrecejo, evidenciando con ello su ignorancia sobre la geografía de ese mundo—. Estamos en el territorio de los mestizos y último reducto de la Resistencia. Hay que blindar el área para evitar incursiones enemigas y valorar las fuerzas de las que disponen.

—Estamos cerca del Refugio —susurró contrariada.

Él le brindó la mano con una desbordante alegría y ella la aceptó de buen grado. Se incorporó con gracia y Kirko aprovechó para arrastrarla por el pavimento improvisando un baile sin música pero que resumía la felicidad que él estaba viviendo.

—Pronto seremos libres, mi vida. ¡Ya no queda nada para que acabe esta locura!

Lidia apoyó la cabeza en su pecho y, aunque se dejaba llevar, no pudo evitar el castañeo de sus dientes. Su cuerpo tremaba. Se acercaba el final. Su final.

La voz metálica de un lopiard interrumpió su baile espontáneo y alocado. Ella se separó de él lamentando su infortunio. Lorius y Moira requerían su presencia de inmediato.

—¿Qué querrán esos dos pajarracos ahora? —Lidia no ocultó su enfado. Detestaba abandonar sus aposentos, ya que allí no se sentía observada.

Se dirigió con paso firme a la carpa donde Lorius les dictaba las órdenes a sus soldados. Tras superar a los dos guardias que custodiaban su acceso, torció el gesto al distinguir a la bruja y a la melliza maléfica junto a él. Kirko la acompañaba con cierto aire de indiferencia. Empezaba a hartarse de las continuas exigencias de su padre.

—¡Alguien ha liberado al mestizo de su celda! —se adelantó a informarles la bruja, dominada por la ira—. ¡Y quien haya sido, va a pagarlo muy caro! ¡¿Has entendido, humana?!

—Moira, querida, controla tus impulsos. —Lorius trataba de apaciguar a la fiera—. Ignoramos si ha escapado esta misma noche o hace dos, porque el lopiard encargado de su vigilancia sufre una pequeña amnesia. Alguien le suministró un alucinógeno y todavía no se ha recuperado. ¿Tienes algo que decir?

Lidia presionó sus labios hasta borrar el delicado rojo que los cubría. Después fingió importarle la cuestión y se rascó detrás de la oreja al tiempo que meditaba una respuesta elaborada y eficaz.

—Claro que ha sido ella, padre. —Kayla la señaló con su dedo acusatorio—. ¿Quién más iba a interesarse por el destino de ese mago mestizo? ¡Es una embaucadora!

—Quiero escucharlo de su propia boca. —Lorius no abandonaba su pose altanera y autoritaria.

Kirko se llevó la mano a la frente y, de reojo, advirtió un creciente desparpajo en Lidia, el cual la delataba sin mesura.

—¡Está bien! Es una tontería negar lo que no se puede —comenzó a decir—. Fui yo. Ya no lo necesitamos para nada. Esta bruja ha conseguido ingeniárselas para romper el tercer sello y facilitarte las cosas. Así que, ¿para qué desperdiciar la comida alimentando una boca más? ¡Es un sin sentido!

—¡Maldita seas! —vociferó la bruja—. ¿Todavía te atreves a hacernos creer que todo esto lo has hecho por nuestro bien? —Moira se acercó a ella, con los ojos inyectados en sangre, y la desafió con la mirada—. ¿Tan estúpidos crees que somos? ¡Nos has puesto a todos en peligro! Si ese mestizo desvela nuestra posición…

—¡Sí que eres estúpida si crees que en el Refugio no conocen ya vuestros planes!

La bruja alzó la mano y la abofeteó con tanta saña que llegó a desestabilizarla. Lidia recuperó la posición mientras se frotaba con los dedos el cachete enrojecido. La sangre bullía bajo su piel. Y pronto la ira se apoderó de sus ojos, cuyas órbitas se tiñeron de inmediato de negro. Lidia lanzó un chillido desgarrador que hizo temblar el suelo que pisaban. A continuación, le asestó un puñetazo despiadado a la bruja que la hizo caer hacia atrás a la vez que percibía la sangre que emanaba de su maltrecha nariz.

—Pero ¿qué has hecho, desgraciada? —le espetó desde el suelo.

—¿No es esto lo que querías? —continuó desafiándola, ante el asombro del resto—. ¡¿Una descendiente inhumana y oscura?! ¡Te felicito, lo has conseguido! ¡Ya tienes a la bestia que tanto deseabas! Pero te advierto, Moira, si vuelves a ponerme la mano encima, ¡te partiré el cuello con solo chasquear mis dedos!

Antes de abandonar la tienda, reparó en la mirada compasiva que Kirko sostenía en un rostro desfigurado por la conmoción. Nunca habría imaginado que ella sufriera tal transformación. Escuchó a su padre soltar una risa cargada de satisfacción mientras Moira permanecía tumbada en el pavimento; es más, se habría atrevido a decir que muerta de miedo.

—¡Por fin tenemos a nuestra descendiente! —declaró Lorius, pletórico—. Cruel, vengativa y poderosa.

—Pero, padre, ¿cómo piensas dominarla? —Kayla tragó saliva.

El brujo le dio unas palmaditas en el hombro a Kirko, quien, cabizbajo, analizaba las consecuencias de la ruptura del último sello.

—La habéis cambiado —logró exclamar, afectado—. Ella ya no es ella. ¡Esa no es la mujer que pensé que sería! Tendrías que habérmelo dicho, padre.

—Te advertí que no implicaras a tu corazón —le reprochó él—. Te lo dije muchas veces. Su inocencia debía desaparecer para que naciera la reina. Y tú, hijo mío, estarás a su lado manteniéndola en su nueva senda.

Kirko ignoró sus comentarios y corrió tras ella. No podría haber ido muy lejos. Debía apelar a sus sentimientos, hacerla recapacitar, pues todavía había esperanza para ellos. La localizó sobre un montículo mientras examinaba a los no vivientes, los cuales permanecían postrados ante ella.

—¿Por qué has tenido que complicarlo todo? ¿Por qué tuviste que liberarlo? Ya te dije que tú no tendrías que matarlo. Mi padre solo tenía un deseo: ejecutar a esa aberración delante de la comunidad de magos. ¿Por qué no dejaste que pudiera cumplirlo?

—Porque decidí que Aldin no debía morir.

—¿Y ahora eres tú la que decide quién vive o quién muere? —Kirko la sujetó por la cintura y escrutó en sus ojos, buscando esa chispa jovial que una vez consiguió cautivarlo.

—Ellos están aquí por mí —afirmó, mirando a su ejército de muertos—. Caminan a mi lado porque creen que soy su reina. ¿Crees que son felices porque tienen una segunda oportunidad?, ¿o piensas que ya no tienen alma y simplemente obedecen órdenes?

—¿Qué más da lo que yo piense? ¡A mí me importas tú, no ellos!

Ella continuó observando sus rostros vacíos, carentes de emoción y del ingenio necesario para subsistir por sí solos.

—¿Qué pasará si yo muero? ¿Regresarán a sus tumbas para descansar por fin, o seguirán caminando sin un rumbo fijo, sin un destino que cumplir?

—¡Lidia, mírame! Déjame ver a esa chica locuaz y divertida de la que me enamoré. Tiene que haber algo de ella todavía ahí dentro —le dijo, apuntando su corazón—. Piensa en nuestras ilusiones, en vivir juntos alejados de todo esto...

—Esa ya no existe. Murió. Porque cuando te pidió que la protegieras, no lo hiciste. Porque cuando te suplicó que la salvaras, tú miraste hacia otro lado. Porque siempre te importó más tu propio bienestar que el de ella. ¡Y ahora ya no siente nada! Soy como esos muertos de ahí que buscan el consuelo en cualquier parte pero no lo encuentran. Yo trato de reconfortarlos, pero ¿quién me alienta a mí? —Lo miró sin expresión alguna, indolente y desganada—. Vuelve con tu padre y prepara esa batalla que te dará tu libertad. Puede que con ella aprendas a vivir.

Le dio la espalda y se internó en un grupo de pinares que permanecían ajenos a la gran guerra que se disputaría allí, en su territorio. Se remangó la falda para subir por un peñasco escarpado y oteó el horizonte con indiferencia. Una maraña de nubes discordantes

se extendía por toda la zona, ensombreciendo el verdor del hermoso paraje. Chasqueó la lengua y descendió con cuidado bajo la atenta mirada de varios lopiards. Los caralobos mantenían sus posiciones. Permanecían regados por los alrededores custodiando el centro de mando. Ella los ignoró y ninguno se atrevió a dirigirle la palabra.

Caminó una hora más, apreciando las flores vivas que rezumaban alegría y las mariposas multicolores que se resistían a abandonar su hogar a pesar del ambiente de crispación que ya se respiraba en cualquier rincón del lugar. Entonces, distinguió a lo lejos un sendero de arena fina que discurría entre la espesura. Se dirigió hacia él sin dilación. Al llegar, lo reconoció al instante. Era el camino por el que había deambulado la primera vez que aterrizó en Silbriar. Se le escapó una tímida sonrisa al recordar la ridícula discusión que se formó al tener que decidir qué dirección era la mejor. Le pareció ver a Valeria cómo la arrastraba por el camino ante el asombro de Daniel mientras Érika acariciaba su ramillete y Nico se encogía de hombros.

Siguió avanzando sin importarle cuánto estaba distanciándose del campamento y pronto divisó a lo lejos un castillo con las cúpulas rosadas sobre una colina. «Ese edificio no estaba ahí la otra vez —pensó, tratando de discernir quién podría habitarlo—. Claro, debe ser el castillo de Silona».

Abandonó el sendero, no sin temer encontrarse con soldados enemigos. Descendió por una ladera agarrándose a los troncos de los árboles y esquivando las rocas que podrían hacerla caer. Debía tener cuidado. Si Lorius tenía razón y el ejército del Consejo se había replegado, podría toparse con los magos y enanos que estuviesen de guardia. Pero su curiosidad era más grande que su miedo y continuó su marcha hasta llegar a un saliente desde el cual podía contemplar todo el pueblo.

Silbriar había crecido. Ya no era una aldea perdida en un bosque. Era una ciudad, tan próspera que no ocultaba ya sus tesoros. Porque allí a las afueras se alzaba majestuoso el Refugio. Sublime. Desafiante. Infatigable. Se alegró al descubrir que no se encontraba bajo el amparo de la invisibilidad. La primera vez no pudo disfrutar de su poderío, ya que la férrea ocupación de Lorius lo constreñía a mantenerse camuflado. Avizoró su muralla homogénea, sus diversas torres, incluso sus patios interiores. Distinguía el ajetreo de la gente en sus jardines, correteando de un lado a otro, preparándose para la batalla.

De pronto, identificó a una figura en uno de los balcones centrales. Sí, era él. Bibolum Truafel supervisaba todos los preparativos desde su preciada cúpula. Tutelaba a todos sus pupilos desde las alturas, posición de la que siempre había disfrutado. Sin preverlo, el gran mago alzó la barbilla y le pareció que sus ojos profundos la analizaban

desde su gran cascarón forjado de hierro y ladrillos. Ella no se retiró. Mantuvo su mirada hasta estirar una de las comisuras de sus labios. No sabía por qué lo hacía. Quizá porque Bibolum fuese su única esperanza para recuperar parte de sí misma, o tal vez porque era él quien la alejaba de su ansiada libertad. Si el gran mago moría, por fin se despojaría de su yugo. Puede que Kirko tuviera razón y, si Lorius vencía, ella podría vivir apartada del resto junto a él. Tal vez ya no fuera la misma persona, pero descansaría de la batalla interior que libraba su mente. La debilitaba. La extenuaba tanto que a veces olvidaba cómo respirar.

Ella ya no era ella. Se había perdido en el camino, postergando sus metas en nombre del amor. Había repartido pedacitos de su alma para demostrarles a todos que era válida. Y había obtenido su castigo. No se puede pretender jugar con fuego y no quemarse. Ella se había abrasado. Y ahora dudaba de cómo proceder a continuación, qué debía hacer.

Sonrió al distinguir unas luces ambarinas que se elevaban directas al cielo hasta conformar una bóveda cristalina sobre los dominios del Refugio. Bibolum acertaba de nuevo. Se protegía. Debía imaginar que Lorius no descansaría hasta pasear triunfante su cabeza por todo Silbriar. Pero si quería respuestas, ella tendría que llegar primero a él.

Sus gruesas manos reposaban sobre la ancha balaustrada. Observaba a Zacarías en el patio ultimar con el equipo de magos el procedimiento a seguir para tan elaborado conjuro. Nada podía fallar. Percibía que las tropas de Lorius estaban más cerca de lo imaginado, recibiendo las últimas instrucciones. Lanzó una exhalación sentida y deseó que el escudo funcionase. Al menos así podrían retenerlo unas cuantas horas más; con un poco de suerte, un par de días.

—Tengo lo que me pediste. —Libélula salió al balcón y le entregó un saquito rojo aterciopelado—. He triturado la turmalina y le he añadido la ruda. Los otros componentes eran un poco difíciles de encontrar. Pero hay dos hadas entre los refugiados. Ese despreciable de Niber cerró las compuertas del castillo hace días, impidiendo que las pocas hadas que se encontraban fuera pudieran regresar. Así que, en señal de agradecimiento por haberlas acogido, me han entregado un poco de su polvo mágico. Y en cuanto a la linfa del árbol del Tule, tuve que enviar a Parci, el enano, a por ella. Afortunadamente, la compró en unas de esas tiendas de hierbas medicinales y que trafican con objetos mágicos situada en uno de esos tugurios del centro. Después le añadí una pizca de albahaca y esas dos cosas horripilantes que me has pedido: el ojo de un cuervo y el hueso meñique de un duende. Bibo, ¿sabes que esto raya los límites de la magia negra? Sé

que estamos desesperados, pero ¿esto?

—Gracias, Libélula, no tienes por qué preocuparte. Lo usaré solo si es necesario, y siempre para bien.

—No voy a insistir más. Sé que has estado indagando en la cúpula y que lo que te ha desvelado no puede ser muy bueno. Pero si hay algo más que pueda hacer, si existe…

—Ya has hecho lo que debías. Ahora será mejor que vuelvas con toda esa gente que necesita consuelo y les transmitas esperanza. Tú siempre has rebosado optimismo. Incluso en mis días más grises, conseguiste sacarme una sonrisa. Eres la más indicada para la tarea que se te ha encomendado.

Libélula lo dejó solo, envuelto en el mar agitado de incertidumbre cuyas olas lo atenazaban sin descanso. Bibolum volvió la vista hacia el mago de las Montañas Sagradas, quien ya daba la orden de sellar los diferentes portones. A partir de ahora, nadie podría entrar ni salir del Refugio, y la congoja se adueñó de su espíritu.

De pronto, alguien en la espesura llamó su atención. Estaba en lo alto de una de las colinas circundantes, en el borde de un afilado peñasco. Desde allí, no lograba distinguir de quién se trataba, ya que sus ojos cansados se lo impedían. Rápidamente, asió la varita y, girándola sobre la palma de su mano mientras recitaba unas frases cortas, comenzó a discernir la imagen de una mujer ante él. Frunció el ceño, contrariado. «Lidia», descubrió. Analizó sus pupilas negras, sus cabellos más oscuros y su piel agrietada en las mejillas. Ya no era la chiquilla espabilada y risueña a la que había dado cobijo. Se había convertido en una mujercita inquietante.

Advirtió una ligera sonrisa que despuntaba de su boca lánguida, lo que le hizo sentir un intenso escalofrío recorriendo su espina dorsal. Apartó la imagen y se atrevió a mirarla. Ella no se movía, continuaba allí observándolo. Bibolum escuchó entonces a Zacarías, quien animaba a los magos a alzar las varitas y dirigirlas hacia los prismas, y, a continuación, cómo todos declamaban el hechizo al unísono, un cántico nacido del interior del alma y dispuesto a embelesar a los oídos más ásperos. Un amarillo electro se fundía con los grises perlados del cielo difuminando la silueta de Lidia, la cual fue desvaneciéndose poco a poco hasta desaparecer por completo.

Bibolum agachó la cabeza mientras los vítores de los magos retumbaban por todo el edificio. Lo habían conseguido. El escudo los protegería de las bestias y muchos de los ataques mágicos resultarían ineficaces contra él. Solo debían temer a un arma, una que jamás pensó que existiría: Lidia caminaba junto a las sombras y ella era indestructible.

20

Destino

Sentado sobre la arena blanca, admiraba el azul transparente de las reducidas olas que acariciaban la orilla. En la playa, el mar no era más que un dócil manto de agua cuyo sosiego te envolvía y te transportaba a una ensoñación hipnótica, una en la que la felicidad era posible. Nada tenía que ver con el océano indómito y bullicioso en el que habían estado inmersos. Allí reinaba una paz seductora, oxigenada. Era imposible no enamorarse de aquel lugar puro y salvaje. Quizá ese era el motivo por el que sus habitantes habían rehusado regresar al continente. ¿Para qué volver a una guerra perdida de antemano cuando podías vivir en unas islas donde la utopía era una realidad tangible? Todas las especies convivían en una perfecta armonía, sin luchas, sin desprecios y sin rencores.

Inspiró profundamente mientras se deleitaba con la hermosa estampa que lo rodeaba y sonreía para sus adentros. Coril había insistido en supervisar el desembarco del resto de la tripulación, quienes todavía permanecían expectantes a bordo del velero. Los saltritos se habían ocupado de su traslado en barcas hasta la playa y Lark se había encargado de su recibimiento junto con un grupo reducido de elfos. No, Coril no quiso perderse la cara de lelo de su antiguo contrincante al descubrir que Tímbel se encontraba entre los miembros de la tripulación. Ella se había lanzado a sus brazos como una posesa para el asombro de todos, incluido el propio Sanzar. Y él, boquiabierto, necesitó unos segundos para reconocer al hada de la que se había enamorado. Tímbel ya no lucía una preciosa melena azulada ni unas alas esplendorosas, incluso su rostro angelical parecía haber mutado. Sin embargo, su mirada apasionada, su risa descontrolada y su espíritu luchador le confirmaban que era ella. Lark la abrazó, todavía patidifuso y con una alegría que trataba de contener. Estaba asimilando que ella continuaba con vida y que se había embarcado en una aventura peligrosa solo para buscarlo. Con ojos suspicaces

observó a Coril, quien disfrutaba de la escena como un niño pequeño con su arco nuevo.

—¿Lo sabías? —le preguntó.

—Bueno, solo tuve que atar algunos cabos —le contestó satisfecho.

—¿Te lo has pasado bien? —Lark no había ignorado la sonrisa jocosa del elfo.

—¡Ni te imaginas cuánto!

—Gracias por haberla traído hasta aquí. —Por primera vez, Coril atisbó un rayo de sinceridad en sus palabras—. Y siento haber interferido en tu relación en el pasado. Era joven. Demasiado estúpido para entender cómo funciona el mundo. Demasiado maleable para oponerme a lo que se esperaba de mí.

Y allí se encontraba: solo, admirando el vaivén de las olas y reflexionando sobre el significado de la palabra «destino». Porque para este no existía el tiempo. Pasado, presente y futuro se conjugaban de forma enigmática para devolverte con ironía a la casilla de salida. Recordaba el día en el que sus lágrimas descontroladas se derramaron en el río, anhelando que el viento le susurrara una respuesta. ¿Era posible amar a dos personas a la vez? Sin embargo, tuvo que posponer sus dudas. La guerra había llegado a su poblado y un terrible hado lo separaba de las dos mujeres que se disputaban su corazón y de las cuales pensaba que habían muerto.

Nunca tuvo que decidir. La fortuna quiso que encontrara a Euren, y su felicidad fue tan grande que ignoró las llamadas del pasado. Pero el presente había sido cruel, arrebatándosela otra vez, convirtiéndola en su enemiga. Ahora, frente al agua de nuevo, trataba de dilucidar cuál sería su futuro. No temía la batalla. Daría su vida por la libertad de Silbriar si fuera necesario. Le inquietaba no tranquilizar a su espíritu, sobre todo si la muerte lo aguardaba. Los elfos debían perecer en paz, en concordia con la naturaleza. Y en ese momento su templanza se había quebrado.

No escuchó los pasos que se aproximaban a él con sigilo. Llevaba horas sobre la arena blanca. Había declinado volver a la ciudad floreciente con el resto para así despejar su mente.

—Valeria y yo hemos estado buscándote. —De reojo, advirtió la figura de Daniel—. Hasta que Lark me dijo que te habías quedado en la playa. No sabemos dónde está Brifin. Nico y Érika han subido a la colina más alta para buscarlo. Pero no hay rastro de él.

—No debéis preocuparos. Hay más de doscientas islas aquí. Puede que en una de ellas haya encontrado carne viva en abundancia. El pobre estaba famélico. Los últimos días en ese barco fueron una pesadilla y apenas nos quedaban víveres para alimentarlo. Estará dándose un festín. Ya volverá.

—Espero que no te equivoques. —Daniel se percató de que el elfo

no apartaba la vista del horizonte. Las líneas rosadas comenzaban a perfilar un prodigioso atardecer—. ¿Ocurre algo, Coril?

—¿Has observado que cuando llega la noche ya no hay estrellas iluminando el cielo? Al principio pensé que, al adentrarnos en los confines del océano, todo era más siniestro, más opaco, y eso nos imposibilitaba apreciar la luz de los astros. Sin embargo, sucede lo mismo en estas islas. En cuanto se difuminen esas hebras rosáceas que ahora se infiltran en el mar, regresará la oscuridad.

—Puede que sea algo normal aquí. —Se encogió de hombros y se sentó junto a él.

—No, he hablado con Lark. Los isleños también repararon en las brechas del universo y cómo estas se han desvanecido para enterrarnos en un cielo negro. Algo ha pasado en Silbriar, pero estamos tan alejados de la civilización que es imposible adivinarlo.

—Podríamos preguntarle a Jersen. Él es un mago.

—Daniel, él jamás le enviaría un mensaje a la comunidad de magos porque desvelaría la localización de este paraíso. Es más, ignoramos con cuántos aliados contamos ahora. Es muy arriesgado. —Impaciente, bufó—. Y por lo que sabemos, tampoco era un erudito en profecías. Solo conocía la que Belemis le reveló, la de las tres elegidas que derrotarían al mal. Y esta ya ha sucedido. Desconoce el vínculo oscuro, el tercer sello y todo lo que tiene que ver con el guardián de la capa. —Oteó el horizonte, el cual comenzaba a teñirse de tonos grises—. Me dejo cortar un dedo de la mano si esto no tiene que ver con alguna profecía.

—Mañana partiremos hacia La Sagrada —dijo. Endureció el mentón, pues él también sospechaba que Lorius estaba detrás del enturbiamiento del universo—. Eso venía a comunicarte. Jersen lo ha arreglado todo con los saltritos y estos están dispuestos a darnos una oportunidad para despertar a la capa. No quiero imaginar si no lo conseguimos. Creo que Sanzar sigue pensando que no somos merecedores de ella. ¡Joder! No dudará en ejecutarnos si su objeto sagrado no responde a nuestra llamada.

—La capa nos escuchará, Daniel. Debemos mantener la fe, porque, si no, toda esta contienda no tendría ningún sentido de ser. El destino nos ha colocado aquí y tiene que existir un motivo poderoso para ello.

El muchacho asintió con vehemencia. Tras levantarse, se sacudió los pantalones, se los remangó y se dirigió al agua, dispuesto a sentir el frescor de esta en sus tobillos. Coril decidió acompañarlo. Nunca había disfrutado del mar. Siempre se había bañado en lagos y riachuelos, y aunque había oído historias sobre la sal que se adhería a la piel dejando una sensación áspera en ella, jamás lo había comprobado.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Daniel enarcó las cejas,

señalando con ello su creciente curiosidad. El elfo no era de los que pedían permiso antes de formular una cuestión o de expresar una opinión. Así que lo instó a que continuara—: ¿Siempre supiste que era ella?

—Eeeh..., ¿hablas de Valeria? —Se rascó la barbilla, sorprendido, mientras el elfo, con los ojos bien abiertos, aguardaba una respuesta —. ¡No, no, qué va! Cuando la conocí, me pareció una engreída. Después caí en la cuenta de que había algo en ella que me volvía loco. Pero al regresar a la Tierra, nos distanciamos. Y antes de volver aquí, tenía una relación con una chica llamada Irene. No tiene nada que ver con Valeria. Creo que llegó en un momento confuso de mi vida y... —Cogió aire que no llegó a expulsar de inmediato. No estaba acostumbrado a hablar de sus sentimientos, y menos con Coril, a quien consideraba equilibrado y poco emocional—. No fue hasta que vi el rostro de Valeria en medio de la tormenta del desierto cuando supe que era ella. Que siempre había sido ella y que la había echado de menos. No puedo explicarte por qué... El amor es irracional, no responde a las necesidades de tu mente, sino a las de tu corazón.

—¿Y qué le dijiste a esa tal Irene? ¿Cómo le explicaste que tu afecto había cambiado?

—Todavía no he hablado con ella. No tuve tiempo con el caos formado en la Tierra —trató de excusarse, a sabiendas de que tuvo la oportunidad de llamarla, de preguntarle si estaba bien—. Imagino que ya lo ha deducido ella misma. Lleva semanas sin saber de mí. En cuanto vuelva, la llamaré y trataré de hablar con ella.

—¿Llamarla?

—Sí, en mi mundo hay unos chismes con los que podemos comunicarnos a distancia.

—¿Como el chisme que tienes para hacer fuego?

—Bueno, se parece más a los prismas de cuarzo blanco que usan los magos.

Coril guardó silencio unos minutos en los que disfrutó de la extraña sensación de la tierra mojada sobre la planta de sus pies. Lo acariciaba mientras el agua lo inundaba con su exultante frescor.

—Es decir, ¿que para los humanos es normal amar a dos personas a la vez?

—Es más complicado que eso. Puedes experimentar atracciones diferentes al mismo tiempo, pero al final es mejor no cagarla, tío, o tendrás muchos problemas. —Coril arrugó el rostro, confundido—. Creo que no estoy siéndote de ayuda... Lo que trato de explicarte es que, aunque puede ser posible, no sería lo más justo. ¿Cómo crees que me sentiría yo si Valeria saliera con otro tipo? A veces los humanos somos egoístas. ¡Yo he sido egoísta!

—Entiendo —afirmó cabizbajo.

—¿Todo esto es por Euren y esa chica con la que te hemos visto pasear? —soltó sin más. Pero Coril no respondió, sino que se limitó a atravesarlo con la mirada—. Valeria me contó lo que sucedió en el desierto y…, bueno, supuse que las cosas no andaban muy bien con ella. Luego, al verte con esa preciosa elfa…

—Fue mi primer amor —le confesó—. Un amor inocente, puro y lleno de sueños. Pero las circunstancias hicieron que Euren y yo empezáramos una relación.

—Yo no soy muy bueno dando consejos. Solo te diré que pienses en quién te hace reír, en quién te hace mejor persona, en quién permanece a tu lado a pesar de los errores que puedas cometer… Quien te hiere a propósito, no te ama. Quien te corta las alas, no te ama. Quien te prefiera humillado o trate de cambiarte, no te ama. —Daniel suspiró y contempló el cielo negro—. Yo no soy tú, aunque te entiendo. No me compete a mí tomar una decisión tan delicada, sobre todo cuando son asuntos del corazón. Pero no permitas nunca que el amor te consuma y lo convierta en eso de ahí arriba. Eso no es amor.

—Lidia.

—Se ha dejado envenenar con falsas promesas. Ese amor es destructivo. —Apretó los puños con furia—. Y yo…

—Sé que le has jurado a Valeria que te encargarías de ella si fuera necesario. Pero quiero que sepas, muchacho, que no estás solo. —Lo animó con varias palmaditas en la espalda cuando se levantó—. Ya no se trata de devolverle la cordura, ni siquiera de hacerle comprender que se equivocó escogiendo a la persona que quería a su lado. Se trata de salvar mundos enteros, y aquí no podemos flaquear. Por mucho que sea la hermana de Valeria, por mucho que sea tu amiga o sea una descendiente, ella ahora es nuestra adversaria.

Con los primeros rayos del amanecer, Nico se calzó las botas y admiró su figura en el espejo. No gozaba de un cuerpo atlético ni poseía esos abdominales marcadas por las que las chicas suspiraban, pero en ese último año había mejorado bastante su condición. Además, ese uniforme élfico realzaba su porte. Ajustó sus dos cuchillos al cinturón y se dio por satisfecho al engullir varios trozos de fruta mientras iniciaba la carrera. Odiaba admitirlo, pero se le habían pegado las sábanas. Hacía noches que no descansaba bien. El estrecho camastro del barco le había impedido dormir a pierna suelta. Eso, y que nunca tuvo un día sin sobresaltos.

Descendió en un pispás la ladera donde se ubicaba su habitación y pronto distinguió a sus compañeros a las afueras del poblado. Se excusó por su tardanza, pero nadie le prestó atención. Estaban más

preocupados en preparar los sacos de viaje y asegurarse de que portaban el agua suficiente que en atender sus peticiones. Él también necesitaba organizar su mochila, pero después de experimentar la velocidad en su cuerpo, había caído en la cuenta de que la paciencia ya no era una de sus virtudes, así que en tres segundos rellenó el vacío de su macuto. Después dirigió sus pasos hacia el riachuelo donde se encontraba Érika, quien removía absorta el agua con su dedo índice, rompiendo su calma.

—¿Qué haces? —le preguntó mientras se acuclillaba—. ¿Sigues preocupada por Brifin?

—Esperaba que volviera a hablarme. Puede que sepa dónde está.

—¿Quién? —Nico examinó los alrededores.

—El río. Pero hoy duerme, no quiere decirme nada.

Nico la miró extrañado, sin saber cómo consolar a la niña.

—Brifin es muy listo. Seguro que nos echará de menos en breve... ¡Anda! Volvamos con el resto. Ya lo tienen todo preparado. Nos vamos a la isla La Sagrada. Y tú tienes que estar emocionada. ¡Vas a recitar tu primer conjuro de maga! ¿A que es flipante?

Ella no disimuló su sonrisa. Iba a ser la protagonista de la historia, la que portara un poco de esperanza al grupo, la que despertara a la capa. ¡Había llegado la hora de conocer al príncipe azul!

Avanzaban con cierta fatiga. Las islas, a pesar de no ser extensas en territorio, contaban con una considerable altitud. Aunque Nico apreciaba que hubiera senderos despejados y bien delimitados, odiaba enfrentarse a paredes escarpadas y montañas infranqueables. Aquello estaba resultándole una excursión escolar, donde los profesores elfos le señalaban el camino, los vigilantes saltritos custodiaban las proximidades y los alumnos, en fila india, obedecían sus indicaciones. Caminaba feliz, apoyándose en el palo que le habían entregado antes de partir. Delante de él se encontraba Daniel, quien admiraba la belleza de las vistas a cada paso que daba. Detrás escuchaba los continuos rebuznos de Nizhoni. La guardiana se había recogido los cabellos en una coleta para mitigar el calor que estaban padeciendo. Él se limitaba a beber de su cantimplora de explorador, importada directamente de la Tierra, y a limpiarse el sudor con la manga de la camisa. Al resto no lograba visualizarlos. Los enanos cerraban filas junto con los saltritos, y él había valorado positivamente que Angus también se hubiera sumado a la expedición junto con el gnomo Didos. En la delantera, Coril seguía muy de cerca los pasos de Lark, quien marcaba el ritmo de la marcha con un grupo de elfos fieles, siempre muy seguido de Tímbel y del mago de La Principal, Jersen.

—¡Oh, Dios mío! ¡Otra vez no! —oyó protestar a Valeria, quien frenó de pronto, obligándolos a todos a parar.

Nico adelantó a Daniel y observó el abismal acantilado que se abría

a sus pies. El mar golpeaba con furia las rocas como si quisiera apartarlas de su recorrido y las empujara sin descanso, reclamando su hegemonía. Luego miró al frente. La Sagrada se encontraba a unos escasos veinte metros de ellos, unida a su islote hermano por uno de esos puentes arqueados que habían admirado desde la cubierta del barco. Chasqueó la lengua. Esa nueva isla poseía el mismo encanto, el mismo verdor, incluso el mismo brillo que La Principal, sin embargo, parecía estar rodeada de un halo de misticismo abrumador. Receloso, desvió la vista más allá. Entonces, descubrió que su centro estaba coronado por cinco colinas, todas dispuestas alrededor de una insólita llanura formando un círculo perfecto, como si quisieran arropar a esa extraña extensión de tierra. Sobre cada una de ellas asomaba una especie de santuario de piedra, de diseño arcaico pero de gran majestuosidad. Ahora entendía por qué la llamaban La Sagrada. Contemplar esos cinco templos durmientes le había puesto la piel de gallina.

—¡Por las barbas de un enano borracho! ¿Quién ha torcido el puente? —gruñó Onrom, con los ojos fuera de sus órbitas.

—No tenemos de qué preocuparnos —les informó Lark—. Estos puentes fueron construidos por los primeros colonos para conectar las islas centrales. Para arribar a las más dispersas, necesitamos las barcas. Su madera es resistente. Además, los magos los han dotado de una burbuja atemporal, invisible para nosotros, pero que evita las erosiones y roturas que puedan ocasionar el paso de los años.

—Orejotas, ¿tú te fías de su palabrería?

—Será mejor que continuemos. —Coril arrugó la nariz, sin apartar la vista del viaducto. «Demasiada finura en una construcción que simplemente debería llevarnos al otro lado», pensó.

Cruzaron de uno en uno, agarrándose a una barandilla estrecha que aumentaba la sensación de estar suspendido en el vacío, sin arneses ni cuerdas de sujeción. Esa vez fue Daniel el encargado de ayudar a Valeria a caminar sobre la madera. La atrajo hacia su pecho y la envolvió con sus brazos mientras la alentaba a dar un paso tras otro. Todos evitaban mirar hacia abajo, donde las olas rugían desesperadas. Incluso Tímbel, acostumbrada a vuelos arriesgados, había preferido mantener sus pies en el suelo y caminaba sin separarse de Lark.

—Podrías haberte quedado en el poblado, descansar y reponerte del todo —le susurró el elfo al constatar la palidez de su rostro—. Nuestros sanadores habrían reparado tus alas.

—¿Y volver a perderte de nuevo? —le soltó con desparpajo—. Prefiero mantenerme en tierra firme. Ni te imaginas todo lo que he soportado para llegar hasta ti.

Al llegar a La Sagrada, Lark fijó la vista en la retaguardia, comprobando así que los tres saltritos se disponían a atravesar el

puente. En ese momento, escuchó un grito y desvió la mirada hacia el grupo de guardianes, quienes se encontraban a mitad del recorrido. Descubrió entonces que uno de los humanos había caído y se aferraba con las dos manos a la base del viaducto.

Nizhoni se culpó por su estupidez. Había tropezado con la bota de Nico por no mesurar bien la distancia entre ambos. Ahora su vida pendía de un hilo, o más bien de la fuerza que poseían sus brazos. Trató de columpiarse para elevar sus piernas y colocarlas en el soporte del puente, pero no lo consiguió. Sin pretenderlo, sus ojos se clavaron en lo más profundo del mar, salpicado por rocas punzantes y dominado por las corrientes traicioneras. Sintió pánico. No le tenía miedo al agua; su objeto la hacía inmune a todas las catástrofes que pudiera sufrir una persona común inmerso en ella. Sin embargo, la extremada altitud a la que se encontraba la hacía flaquear. Si caía, podría estrellarse contra una de esas piedras monstruosas.

—¡Te tengo! —Alzó la barbilla y contempló el rostro osado de Nico, quien la sujetaba por ambos antebrazos—. Ahora tienes que confiar en mí. ¡Dame las manos!

Ella negó con la cabeza. Sus manos eran lo único que la mantenían unida a ese puente, así que no iba a soltarse. Nico esbozó una sonrisa de medio lado, animándola a realizar la hazaña. Pero ella continuaba bloqueada. No podía. No quería. Observó cómo Onrom comenzaba a atar una cuerda en la barandilla y Daniel se aproximaba para socorrerla.

—No podrás aguantar así mucho más —le señaló Nico—. Si te agarras a mí, podremos levantarte entre todos.

—¿Para qué es la cuerda?

—Si no me das las manos, tendrás que sujetar la cuerda y trepar por ella. —Nico examinó su semblante alarmado. Nunca la había visto así: temerosa, indefensa. Sus continuos alardes de seguridad y de sabidilla lo enervaban. Pero allí, la Nizhoni más humana había salido a la luz—. ¡Venga ya! Tú y yo sabemos que ni convirtiéndote en sirena podrás sobrevivir ahí abajo.

—¡Eres un idiota! ¿Lo sabes? —Apretó los dientes.

A continuación, primero soltó una mano, con la que se aferró a la de Nico como los tentáculos de un pulpo. Y hasta que no percibió que ambas se fundían en una, no quiso intentarlo con la otra.

—Estás haciéndolo bien. Activando las botas, te sacaré de aquí.

Daniel se agachó y ayudó a su hermano mientras el enano deslizaba la cuerda hasta ella. Ella la miró como si se tratase de una serpiente pegajosa y resbaladiza. No pensaba tocar la soga. Ya había hecho esfuerzos sobrehumanos para despegar una mano y agarrarse a la de Nico. Así que en cuanto las yemas de sus dedos rozaron la piel del muchacho, este se irguió con cautela y comenzó a mover los pies a un

ritmo acelerado que la impulsó hacia arriba a gran velocidad. Daniel atajó su cuerpo para que no se golpeara con la barandilla mientras Nico tiraba de ella hasta conseguir depositarla sobre la madera.

—Gra... Gracias —balbuceó, con el corazón encogido.

Prosiguieron la marcha durante dos horas más. Apenas se detenían para beber agua o comer las exquisitas frutas y verduras que los elfos del poblado les habían brindado. Nizhoni reparó en que el nuevo sendero en el que se adentraban carecía de señales o piedras que lo delimitaran. Era un terreno más salvaje, menos transitado y, por lo tanto, más peligroso. Iniciaban un descenso acentuado desde la meseta a la que habían llegado hasta la planicie de la que emergían las cinco colinas. Aliviada, suspiró. El temblor de sus piernas y el amargo sabor de su boca habían desaparecido. Se encontraba mejor, aunque todavía sus pasos vacilaban ante esa espesura desconocida.

Al llegar al llano, Valeria dejó caer su mochila y admiró el inconcebible paisaje que se le presentaba como un abanico espiritual. La hierba crecía por doquier en la planicie, raramente manchada con el color de alguna flor solitaria. Sin embargo, en su núcleo se dibujaba un círculo concéntrico de arena de unos cuatro metros de diámetro. En él, un pórtico conformado por dos columnas se alzaba solemne mostrando su influjo en ese lugar. En su parte superior destacaba la imagen esculpida de una figura portando una capa que parecía ondear con el viento.

—¡Es aquí! —musitó, todavía incrédula—. ¡Hemos llegado!

Avanzó hacia el interior, y fue entonces cuando dirigió su mirada hacia las cinco colinas. En la cima, los cinco templos parecían haberse perdido en el tiempo, y su única conexión con la realidad eran las escalinatas que ascendían impertérritas hacia ellos.

Daniel acarició las pilastras del pórtico, tratando de descubrir los secretos que albergaba. Si esas piedras antiguas pudieran hablar, ¿qué le contarían? No obstante, permanecían en un silencio sagrado, roto tan solo por el sonido del viento.

De pronto, escucharon un rugido, y luego otro, y otro más. Las ramas crujieron en la boscosidad y la maleza se agitaba desesperada. Había algo que los acechaba. Pero ¿qué podría ser? Tragó saliva y, de forma autómata, deslizó la mano hacia la empuñadura. Sus dedos rozaban la hoja de la espada, preparados para desenvainar en cuanto fuera necesario. Observó que Onrom ya blandía su hacha reluciente y se encaminaba hacia el lugar desde donde se apreciaba el rumor. De repente, un dragón rojo de inmenso tamaño surgió de la arboleda, obligándolos a todos a retroceder. El animal estiró el cuello hacia ellos y les mostró su mandíbula en perfectas condiciones. A continuación, otro de menor envergadura y de piel tan verde como una gema salvaje los flanqueó por la derecha. Después atisbaron unas alas azules

moverse por la izquierda. Poco a poco, una docena de esas bestias se presentaron ante ellos con ojos fieros y los orificios nasales hinchados.

—¡Maldita sea, Sanzar! ¡Nos has traído a una trampa! —le espetó Coril, quien ya mantenía el arco tenso y una flecha preparada para disparar—. ¿Tú también lo sabías, Lark?

Pero antes de que este pudiera contestar, intervino el jefe de los saltritos:

—Ellos son los verdaderos guardianes de la capa, la primera especie que llegó a las islas huyendo de la guerra. Mi abuelo les encomendó la tarea de custodiar el objeto sagrado a cambio de permitirles vivir aquí. Vosotros no sois los primeros que codiciáis la capa. Muchos indeseables lo han intentado, sin éxito. Ya os dije, elfo, que si no erais digno de merecerla, vos y vuestro grupo moriríais. ¡Ellos son los verdugos! —proclamó, señalando hacia los dragones—. Sin embargo, no os sucederá nada si lo conseguís. Tenéis derecho a intentarlo.

—¿Cómo no me dijiste nada de esto? —Tímbel le propinó un codazo a Lark.

—No sabía que iban a estar presentes durante el ritual —le respondió, sin apartar la vista del dragón rojo.

—No nos pongamos nerviosos —intervino Jersen—. Todo esto no es más que un mero trámite. —El mago avanzó y se situó junto a Coril—. Tu requerimiento de la capa es loable, y si tu corazón es puro, no tienes nada que temer.

—¡¿Eso significa que estas bestias nos freirán si ese objeto mágico no despierta?! —Onrom refunfuñó y desafió al dragón de menor tamaño, hasta que este lo espantó soltando humo por la nariz.

—¡Despertará! —gritó Érika—. ¡Todos los que estamos aquí queremos lo mismo: que no destruyan nuestros mundos! Porque, si no, no tendremos ningún sitio donde vivir. La capa azul nos escuchará.

La niña se dirigió con paso firme hacia el pórtico y se colocó entre las dos columnas. Pronto, Valeria y los tres guardianes la apoyaron en su decisión custodiando el perímetro de la puerta mágica. Entonces, el dragón rojo se aproximó y agachó la cabeza para olisquear a la pequeña. Todos permanecían con las armas preparadas, aguardando cualquier gesto hostil que pusiera la vida de la niña en peligro.

—No soy tu enemiga —le dijo ella.

El dragón gruñó, mostrándole de nuevo sus dientes. De improviso, escucharon un sonido peculiar, como si el mismísimo aire fuera removido, engullido, para luego ser escupido con violencia. Dirigieron sus miradas al cielo y, con temor, distinguieron una veintena de dragones aproximarse mientras batían sus alas furiosas. Érika parpadeó varias veces. Entre ese ejército aéreo se encontraba Brifin, quien no dudó en aterrizar junto a ella y encararse con el dragón rojo.

A pesar de tener menor tamaño, Brifin consiguió que aplacara su rabia y retrocediera.

—¡¿Un dragón dorado?! —Jersen lo contemplaba con asombro.

—Bien, ¿algo más que objetar? —Coril torpedeó con la mirada a Sanzar, quien, esbozando una sonrisa de medio lado, aconsejaba a los dragones mantener la calma—. ¿Podemos comenzar ya?

—Todo ritual tiene sus instrucciones —los informó el saltrito—. Y este requiere la conjuración desde la puerta mágica y la apertura de la tumba en el mismo momento. Hay cinco templos, por lo tanto, cinco tumbas. En uno se encuentra la capa. Debéis escoger en cuál de ellos os adentraréis.

—¡¿Solo uno?! —objetó Onrom.

—¿Es una de las normas intrínsecas del ritual? —le preguntó Coril, receloso.

El saltrito achicó la mirada, tratando de penetrar en la mente del elfo.

—Nunca nadie ha intentado abrirlas todas. ¡Es imposible! ¡Vos no podéis dividiros en cinco!

—No pensaba hacerlo solo. Puede que los anteriores, quizá saqueadores, no fuesen sino dos o tres malhechores con escaso cerebro. Yo cuento con mis amigos, con un equipo. Ellos no dudarán en asumir ese riesgo conmigo. —El elfo lanzó un silbido, llamando así la atención de todos los presentes—. ¡Bien, necesito voluntarios para subir la escalinata y abrir unas cuantas tumbas!

—Si no te importa, Coril, yo preferiría quedarme con mi hermana. —Valeria le dio la mano a Érika.

El elfo asintió y pronto se dedicó a organizar la nueva misión. Ignoraba con qué tipo de sepulcros iban a encontrarse, pero, suponiendo que podrían ser de mármol o de piedra pesada, iba a necesitar dos personas por cada templo. No le preocupaban los más de cinco mil escalones con los que contaba cada colina. Todos estaban preparados para soportar un trayecto fatigoso y empinado después de lo vivido en el barco. Y si uno desfallecía, siempre quedaba el otro para alcanzar la cima. El agua era imprescindible, pero debían deshacerse del peso innecesario. Así que después de una comida ligera y algo de descanso, decidió que ya estaban listos para encarar el cometido.

Valeria se despidió de los chicos infundiéndoles coraje mientras Coril entregaba el conjuro que había guardado celosamente y le daba las últimas instrucciones a Érika:

—Recuerda, empieza a recitarlo solo cuando todos hayamos llegado a la cima. Si alguno se demora, ten paciencia. Es muy importante que estemos listos para que podamos abrir esas tumbas antes de que termines de leer el hechizo. ¿Entendido? —La niña

asintió. Coril besó su frente con ternura. Luego miró a Valeria, esperanzado—. Todo va a salir bien. Y, si no..., corre con tu hermana y sube al lomo de Brifin. Él os sacará de aquí.

La guerrera observó cómo los cinco equipos emprendían la marcha. No comprendía cuáles habían sido los motivos para emparejarlos de esa forma, pero a esas alturas no dudaba del criterio de Coril. También le sorprendió comprobar que el jefe de los elfos se había ofrecido voluntario, quizá instigado por la tozudez de la hada, quien había sido de las primeras en ofrecerse. Y aunque Coril no terminaba de fiarse por completo de Lark, sí que lo hacía de la tenacidad de Tímbel y por eso caminaban juntos. Desvió la mirada hacia la segunda pareja. No podía negar que resultaba extraña incluso para ella, pero la inteligencia de Didos se acoplaba a la perfección a la fuerza bruta del capitán Angus. Nizhoni iba acompañada del mago Jersen. Coril no había querido que este recitase el conjuro. El elfo recelaba todavía de las buenas intenciones de los habitantes de la isla. Sin embargo, su actitud con respecto a la guardiana había cambiado. La había llamado aparte para advertirla de que mantuviera bien abiertos los ojos con ese mago que una vez apoyó la facción de Belemis. Sí que expresó su perplejidad al ver que Daniel ascendía junto a él. Los dos eran fuertes, eran como las dos columnas que sujetaban el pórtico, dos pilares imprescindibles, y no comprendió por qué permanecían juntos en la misión. Luego, al verlos charlar animosamente, supuso que quizá estuvieran planeando qué hacer en caso de que la capa no respondiera a su llamada.

Por fin, sonrió al contemplar que Nico y Onrom apenas tardaron varios minutos en alcanzar la cima. El guardián de las botas había usado su velocidad, aunque tuvo que parar varias veces para retomar el aliento y continuar con el ascenso. Ahora, los dos aguardaban sentados a que el resto cumpliera con su objetivo mientras compartían sus risas y apostaban a cuál sería el siguiente equipo en llegar.

—Al final, veo que no eres tan melindroso —lo halagó el enano—. Lo hiciste bien en el puente con esa chica y también en el barco. Enseñarles tu trasero a los piratas para despistarlos fue un plan propio de los enanos.

—Bueno, no sabía muy bien lo que hacía —confesó algo avergonzado mientras se rascaba la nuca.

—Sabes que vamos a tener un problema muy gordo ahí abajo si esa capa no despierta. —El enano endureció el mentón y fijó la vista en la cantidad de dragones que asistían al espectáculo—. Nuestro amigo Brifin no podrá con todos ellos.

—No estés tan seguro. ¿Has visto cómo lo miran? ¡Es un dragón dorado!

—Sí, siempre han estado destinados para gobernar y dirigir a los

suyos. Pero en estas islas hay unos jefes supremos: ¡esos malditos estirados y repulsivos saltritos!

Érika esperó a que el elfo, desde lo alto, le diera la señal. Coril silbó; un silbido fuerte que resonó por todos los rincones del desconocido vergel. Entonces, ella miró a su hermana y esta la alentó a comenzar. Desplegó el pequeño papiro y se concentró en las letras dibujadas con mucho esmero y dedicación. Las palabras se escapaban de sus labios, arropadas por un cálido aliento. Valiente, la niña las recitaba. Las cantaba. Y aunque al principio parecía que las frases volaran con el viento sin ningún propósito, cayó en la cuenta de que, poco a poco, de la base de las dos gruesas columnas emergían hebras doradas. Estas, al llegar a lo más alto, se entrelazaban, componiendo un hermoso bosquejo de luz que pronto la envolvió por completo. Fue entonces cuando todo el círculo de arena brilló y llegó a cegar a los que presenciaban el ritual. El resplandor fue tan intenso que aquellos que se encontraban en la colina se vieron forzados a resguardar sus ojos.

Coril los protegió con su antebrazo, para después gritar a pleno pulmón:

—¡¡Ahí está nuestra señal!!

Corrió hacia el interior junto con Daniel, sin dudas y con un propósito firme: abrir el sepulcro que les correspondía. Ambos tuvieron que adaptarse a la ligera penumbra del lugar después del potente fogonazo. Daniel admiró la sencillez del templo: una bóveda sin grandes ornamentos, dos pequeñas ventanas a los laterales con unas vidrieras azules y, en el centro, un féretro de piedra caliza pero extrañamente techado en su parte superior por un cristal.

Coril se aproximó a él y, con la manga de la camisa, limpió el polvo que lo cubría.

—Me recuerda a las urnas de los gnomos. —Daniel permanecía con el ceño fruncido—. Esta parece más rudimentaria. La que usaron con Lidia era totalmente de cristal, pero...

—¡Mira esto!

Daniel pudo por fin atisbar su interior. Dentro había un cuerpo de grandes dimensiones bajo una armadura, pero no había rastro de la capa. Sin embargo, distinguió un tridente tan largo como el guerrero que yacía en la tumba.

—¡Es un saltrito! —se lamentó—. Su arma es un tridente. No estamos en la tumba correcta.

—Pero tendremos que abrirla de todas formas para asegurarnos. —Coril torció el gesto—. ¿Cómo diantres lo hacemos?

—No sé cómo esta tumba está aquí, pero es un artilugio creado por

los gnomos.

—¡Entonces, a Didos estará yéndole mejor!

El gnomo analizaba con detalle el sepulcro ante la desesperación de Angus. Los papeles se invertían. Durante el ascenso, el capitán, literalmente, tuvo que arrastrar al gnomo escalón a escalón. Ahora, Didos introducía satisfecho sus dedos en una especie de cerradura que se encontraba en la parte posterior de la tumba.

Por su parte, Nizhoni utilizaba una horquilla que había retirado de su cabello para manipular el cerrojo. Arrodillada, se preguntaba cómo en las películas siempre resultaba tan fácil.

En cambio, Tímbel sonreía orgullosa. Había esparcido su polvo de hadas sobre el candado, que cedió a su voluntad sin mucho esfuerzo. Ahora aguardaba a que Lark le echase una mano para levantar el cristal.

En la colina de enfrente, Onrom se rascaba la barba mientras Nico hacía tremendos esfuerzos manejando la cerradura. Se apartó el sudor de la frente y volvió a manipularla, centrándose en la abertura hexagonal del centro.

—¡Chico, no tenemos tiempo para esto!

—Sanzar no nos dijo que necesitaríamos una llave. Esto va a ser muy difícil.

—Está bien. Aparta. —Onrom alzó el hacha por encima de su hombro y la dirigió con garra hacia el candado. Primero un golpe y después otro.

—Pero ¡¿qué haces?! ¡Hasta yo he aprendido que la fuerza bruta no sirve de nada con las cosas mágicas! ¡Esto puede tener consecuencias!

—¡A mí nunca se me ha resistido nada, muchacho! ¡Y no voy a permitir que esa raza de pescados azules se salga con la suya! ¡Sanzar no va a reírse de nosotros!

De pronto, la cerradura cedió, pero, al hacerlo, una potente energía se liberó y lanzó al enano por los aires. Onrom terminó estrellándose con la pared del fondo y yaciendo bocabajo sobre el pavimento del templo. Nico corrió hasta él con el corazón agitado.

—¿Estás bien? Ya te dije que no era buena idea.

—¿Lo he... conseguido? —logró balbucear a duras penas.

Nico reparó entonces en el sepulcro y en cómo la cubierta de cristal se deslizaba poco a poco. Emitía un chirrido espeluznante, y durante unos segundos temió que un vampiro o, lo que era peor, una especie de zombi surgiera de él dispuesto a comérselo. Pero nada de eso sucedió. El movimiento de la tumba se paró, como si las poleas invisibles que lo sostenían hubiesen llegado a su máximo. Entonces, se aproximó al ataúd con mucha cautela. Y al atisbar el cuerpo de un guerrero en el interior, se estremeció.

—¡Joder! ¡Tiene un tridente!

—¡¿Qué?! —Todavía dolorido, Onrom se incorporó y se dirigió a la tumba—. ¡Si cojo a ese malnacido de Sanzar, le retorceré el cuello hasta que escupa toda el agua que ha tragado en sus años de vida! ¡Nos ha engañado! ¡Son tumbas de saltritos!

—¡Espera! —Nico introdujo la mano en el féretro y levantó la visera del yelmo, conteniendo la repugnancia que sentía en ese momento—. Onrom, no es un saltrito. ¡Es humano! ¡Es el guardián de la capa!

—¿Y por qué diantres tiene un tridente? ¿Y dónde está la capa?

—No tengo ni la menor idea.

En ese momento, un mantón azul emergió del interior del ataúd con celeridad y envolvió al enano, impidiendo con ello que se moviera. Este intentaba deshacerse de él, pero todo esfuerzo era en vano. Nico escuchó cómo pedía ayuda una y otra vez. Puso en marcha sus botas y, sujetando la capa por el doblez, trató de desenrollar al enano. Onrom parecía un paquete envuelto por una delicada tela azul. Entonces, esta reaccionó ante el arrastre del guardián y, muy astutamente, lo golpeó; primero en la barbilla, para luego asestarle otro en el estómago hasta dejarlo fuera del juego.

Al final, decidió abandonar a Onrom. Lo elevó varios centímetros del suelo y después lo dejó caer mientras se desplegaba con rapidez, forzando al enano a girar como un trompo sobre el pavimento. Luego, al contemplar que el guardián volvía en sí y arremetía contra ella, se estiró completamente y lo capeó como si se tratase de un toro. Nico no controló la frenada y llegó hasta la entrada del templo. Allí se giró y se encaró de nuevo con la capa. Pero esta volvió a plegarse, tomó la forma de una lanza y salió disparada hacia él, quien no tuvo más remedio que agacharse para esquivarla. La capa, entonces, abandonó el santuario y voló libre.

—Pero ¡¿qué le pasa a esa condenada?! ¡¿Por qué nos ha atacado?! —se quejó el enano.

—Puede que llevase demasiado tiempo encerrada. Pero ya se ha ido. —Nico cayó en la cuenta de la hazaña que habían logrado—. ¡Onrom, hemos liberado la capa! ¡Lo hemos conseguido!

El enano soltó una estrepitosa carcajada. Solo lamentaba no contemplar la cara estreñida de Sanzar cuando la viera surcar el cielo.

Valeria dio un respingo en cuanto se percató de la presencia del manto azul sobre ellos. Giraba alegre. La capa realizaba piruetas en el aire mientras se replegaba y volvía a estirarse. Se elevó hasta que, finalmente, desapareció ante sus ojos. Entretanto, escuchaba los aplausos espontáneos y las ovaciones de algunos miembros de la

tripulación. Clavó la mirada en los ojos sorprendidos de Sanzar.

—¿Sigues pensando que no somos los elegidos?

Él se arrodilló ante Érika, y sus dos guardaespaldas saltritos lo imitaron. Los dragones deslizaron sus cuellos hasta depositarlos en la hierba, postrándose también ante la niña. Sanzar entornó los párpados y sonrió agradecido.

—Bienvenida, guardiana de los guardianes. Mi comunidad está a tu completa disposición.

Valeria torció el gesto e ignoró los halagos del jefe de los saltritos a su hermana. Abandonó el círculo mágico y oteó el horizonte, esperanzada.

—Es tu turno, Jonay. Encuentra pronto a ese guardián.

Desconcertado, Daniel se mordía el labio inferior. Al abrirse la tumba, tanto el elfo como él se habían rendido ante la evidencia: no estaban ante el guardián de la capa. Ese guerrero con menos huesos que un humano era un saltrito. Quizá se tratase de un ancestro heroico para la especie y por ese motivo le habían asignado uno de los cinco templos para su descanso eterno. Escuchó a Coril maldecir en élfico. Sí, probablemente pensara lo mismo que él. Esperaba que toda esa ceremonia llena de amenazas no se tratase de una farsa organizada por los isleños y que alguno de sus compañeros sí que se encontrase con el sepulcro verdadero.

—Aquí ya no hacemos nada —se lamentó el elfo—. Será mejor que comprobemos si los otros han tenido éxito.

Entonces, escucharon un griterío proveniente de la explanada. Algo había sucedido. Coril corrió hacia la entrada, pero en ese momento fue asaltado por una tela azul tan gruesa como asfixiante. Se había enrollado alrededor de su cabeza y lo presionaba hasta dejarlo sin aliento. Con las manos, tiró de ella con fuerza, pero la endemoniada se había adherido a su piel como una malla apretada.

—¡¿Qué coño es eso?! —escuchó decir a Daniel.

El guardián asió la espada y rápidamente colocó su escudo en el brazo izquierdo. Llegó hasta él, dispuesto a hacer jirones a ese manto poseído. Pero antes de que pudiera realizar un corte, el trapo endemoniado liberó al elfo y se enroscó en su muñeca, tomando control de ella. Daniel trataba de dirigir su mano, sin embargo, la presión ejercida era tan fuerte que apenas podía realizar movimiento alguno. Se zarandeaba de arriba abajo de forma brusca, obligándolo a soltar el hierro. Cuando el arma cayó al suelo, el manto se dirigió de nuevo hacia el elfo. Se enredó en sus pies y Coril cayó de bruces sobre el pavimento, para después ser arrastrado por todo el santuario sin

contemplaciones. Daniel lo seguía, pero sin tener la menor idea de cómo liberarlo. De pronto, la tela se deshizo del elfo y se alzó decidida, tomando la forma esférica de su escudo. Él tragó saliva. Se colocó frente a ella, esperando la primera arremetida. No obstante, Daniel contempló estupefacto cómo comenzaba a girar como un disco y a una velocidad imparable. Después golpeó sus piernas con saña. Sintió dolor. Demasiado. No comprendía cómo una tela endeble se había transformado en un escudo compacto. Cojeando, trató de llegar hasta la salida. Pero ella lo apresó por el cuello y dio vueltas alrededor de él como un *hula hoop*. Cuando finalizó su exhibición, lo elevó en el aire y después lo hizo aterrizar sobre el féretro. Desorientado, se llevó la mano a la frente y comprobó la existencia de un charco viscoso y rojizo. «Sangre», pensó. Entornó ligeramente los párpados durante unos segundos, quizá unos minutos; no lo recordaba bien. Trató de alzarse y distinguió la figura del elfo junto a él.

—¿La has abatido? —le preguntó confuso—. Pero ¿qué demonios era eso? ¿De dónde ha salido?

—Creo que era nuestra capa azul —le respondió, brindándole la mano.

—¿Y por qué se ha enfrentado a nosotros? ¿Ya se ha ido?

El elfo negó con la cabeza y le señaló su espalda. Desconcertado, se percató de que la tela todavía permanecía enroscada en su cuello.

—Daniel, tú eres el guardián de la capa.

21

Aceptación

Daniel se desmoronó. Cayó de rodillas sobre las baldosas de piedra y se llevó la mano al pecho. No podía respirar. Sentía el aire aprisionado en su garganta, atrapado e incapaz de descender hasta los pulmones. El torrente de luz azulada que penetraba por las vidrieras parecía iluminar el sepulcro, otorgándole un aspecto místico. Sin embargo, su cuerpo permanecía en las sombras. Abatido. Preso del pánico.

Coril se acuclilló ante él, le sujetó la cabeza y lo obligó a mirarlo a los ojos. Impotente, las lágrimas inundaron sus mejillas en un intento de despejar su mente, de desahogar su frustración. Entonces, el elfo lo abrazó y él lloró desconsolado.

—La capa se ha equivocado —logró balbucear—, no puedo ser yo. Yo soy el guardián de la espada.

El elfo lo apartó con suavidad y sujetó el broche dorado de la prenda que mantenía atado el manto alrededor de su cuello.

—En esta insignia hay una frase escrita —le reveló—. Está en un idioma que usaban los magos ancestrales. Yo no soy un experto en esta lengua, pero estudié muchos libros con Bibolum y creo que dice algo así como «El portador de dos objetos será el digno, el rey». La capa es un complemento de otro objeto mágico. ¿Lo entiendes? Por eso es tan peligrosa. Y puede que sea ese el motivo por el que los magos quisieron ocultarla. ¿Un humano con tanto poder? Por mucho que fuera un guardián, esto volvería loco a cualquiera. Ignoro lo que hizo el anterior custodio, pero me atrevería a jurar que después de su muerte lo enterraron aquí, junto a estos saltritos, porque él o ella ya poseía el tridente, el arma de las especies marinas... Quiero que me escuches. Tú no eres cualquiera. Eres valiente, honesto, y no conozco a nadie mejor que tú para la tarea que se te ha encomendado. Imagino la multitud de emociones que ahora te abruman. Y, créeme, sé cómo te sientes. Pero quiero que sepas que yo voy a estar a tu lado, que voy a apoyarte hasta el final. Daniel, el trono de Silbriar es tuyo.

El guardián se enderezó y asintió repetidas veces. Se secó las lágrimas que aún seguían brotando de sus ojos, afligidas, y se colocó de nuevo su escudo en la espalda, cubriendo parte de la capa.

—Nunca pensé que el destino me la jugaría de esta manera. —Soltó un suspiro resignado—. Siempre he considerado Silbriar mi hogar, pero...

—Creíste que tú podrías forjarte tu propio destino. No sé cómo funciona en tu mundo, pero aquí no conozco a nadie que se libre de su sino tan fácilmente. Sin embargo, tú eres humano. Puedes renunciar a la capa si lo deseas.

—Y, entonces, ¿qué pasaría? —preguntó, endureciendo el mentón —. ¿Quién velaría por todos cuando esta guerra acabe?

—Ahora mismo, solo conozco a dos personas en grado de hacerlo.

Valeria aguardó impaciente el regreso de sus compañeros. Todos comenzaban a bajar las escalinatas, todos menos Daniel y Coril, quienes permanecían aún en el interior del templo. Frunció el ceño, inquieta. Esperaba que no les hubiese surgido ningún contratiempo. Pronto llegaron hasta ella Nico y Onrom, ambos con una sonrisa de oreja a oreja. Ellos eran los héroes, junto con Érika, que habían despertado a la capa. Pero Valeria se limitó a felicitarlos. Mantenía la vista anclada en la colina. Después de unos minutos eternos, respiró aliviada cuando finalmente distinguió dos figuras iniciar el descenso.

—Val, hay algo raro y que no logro descifrar —le confesó Nico—. Ese guardián tenía un tridente.

Boquiabierta, lo miró sin llegar a comprender.

—Bueno, puede que, al ser enterrado en una isla sagrada, los saltritos decidieran obsequiarlo con su arma. —A Nico no le convenció la explicación y Valeria se encogió de hombros—. ¿Qué tratas de decirme?, ¿que el guardián era un saltrito?

—No, no, era humano, pero a lo mejor deberíamos preguntarle a Sanzar.

—Nico, no creo que sea importante ahora mismo. ¡El conjuro ha funcionado y la capa ya ha volado hasta la tienda! Pero si te quedas más tranquilo, Sanzar se ha ido con Érika para hablar con los dragones.

—Si quieres, yo voy a por él —dijo de forma perniciosa el enano—. Y que el estirado nos aclare unas cuantas cosas.

—Voy contigo —se ofreció el muchacho—. No voy a dejarte a solas con él. Eres capaz de mearle encima. ¿Nadie te ha dicho nunca que podrías ser el descendiente de un enano llamado Gruñón?

Valeria sonrió. Su semblante desbordaba felicidad. ¡Tenían la capa!

Y pronto regresarían al mismísimo centro de Silbriar, al Refugio. Allí, Bibolum le indicaría la mejor forma de proceder, de conseguir que todos alzaran sus armas unidos. Y así quizá tuvieran una oportunidad. El corazón brincaba en su pecho, exaltado. La euforia rezumaba por todos los poros de su piel. Estaba ansiosa por abrazar a Daniel, por contarle todo lo que habían vivido Érika y ella en el círculo de arena, cuando el pórtico quedó envuelto en la luz dorada. No tendría que esperar mucho más. Daniel y Coril se encontraban a mitad de camino. Ya podía distinguir sus rostros.

Y, entonces, un arrebato de impaciencia hizo que despegara los pies del suelo y corriera hacia ellos. Fue a su encuentro sin pensar en la cantidad de escalones que la distanciaban de Daniel. Voló como el viento, ágil, sin apenas sentir el cansancio que azotaba su cuerpo. Cuando solo le restaban dos metros para reunirse con él, se detuvo. Después de la carrera, estaba asfixiada. Trataba de controlar su respiración, pero aun así seguía sonriendo.

Al verla, Daniel y Coril ralentizaron la marcha. Desconcertada, ella los miró aguardando un saludo, una frase que rompiera el silencio incómodo que revoloteaba sobre ellos sin ninguna explicación aparente. Valeria continuó el ascenso, escalón a escalón, observando la tristeza en los ojos de Daniel y la resignación en el rostro del elfo. Sin embargo, quiso ignorarlos, porque hacía mucho tiempo que no se sentía tan feliz, tan cerca de su objetivo, a un paso de regresar a casa con sus hermanas. Abrazó a Daniel como si le fuera la vida en ello. Quería palpar su calidez, arroparse entre sus brazos, siempre tan serenos y reconfortantes.

—Val..., tenemos que hablar...

Ella percibió el frío aguijón de sus palabras atravesándole el vientre, perforándole las entrañas hasta sentir de nuevo un vacío que se resistía a abandonarla. No quería escucharlo. Se negaba a oírlo. ¿Por qué tenía que romper ese momento tan dichoso? ¡¿Por qué?!

Él la apartó con suavidad, y fue entonces cuando ella se percató de la insignia que pendía de su cuello. Luego, fijó su mirada en el manto azul.

—¿Por qué llevas... puesta... la capa? —se atrevió a preguntarle.

—Valeria, tenemos que contarte algo.

—¡Coril, no! ¡Le he preguntado a él! —Ella lo miró furiosa—. ¡Deberías quitártela y dejarla volar! ¡Tiene que irse! Si no, Jonay no podrá buscar al guardián. —Pero él permanecía con la cabeza gacha —. ¡Dani, que te la quites ya!

—No puedo, Val —logró musitar él mientras una lágrima rodaba por su mejilla—. Lo siento... Yo soy el guardián de la capa.

—¡Eres un mentiroso! ¡No, no, no! ¡No puede ser! ¡Tú ya tienes la espada! ¡Eso no puede ser posible!

Ella lo golpeó con los puños en el pecho y él resistió sus acometidas como si fuese un bellaco. Ella gritó. Lloró. Hasta que por fin se derrumbó. Se dejó caer en el escalón ante la impotencia de ambos chicos. Hundió su rostro entre las manos mientras trataba de recuperar la entereza. Érika no podía verla de esa manera: abatida, rota. Ya había perdido una hermana. Tenía que demostrarle que ella continuaba allí.

—¿Cómo ha pasado todo esto?

No pretendía que nadie le respondiera. Era un lamento. Un reproche al despreciable destino. Sin embargo, Coril se sentó junto a ella, dispuesto a resolverle todas las dudas que tuviera.

—Creemos que la capa nunca ha sido un objeto en sí. Más bien un añadido, un complemento para un guardián ya existente. Suponemos que el anterior era el dueño del...

—Tridente —dedujo ella—. Nico trataba de explicarme... Sospechaba que sucedía algo extraño y yo no lo escuché. ¿Cómo no aparece en ningún escrito? ¿Cómo no nos preparamos para esto?

—Era imposible saber una cosa así —le aseguró Coril—. Ni siquiera el mago que visité en Cernia me dijo nada.

—Porque eres un elfo. ¡A ti no va a revelarte todos sus secretos! ¡No eres un mago! ¡Ni nuestro maestro!

Coril no respondió. Era consciente de que hablaba el resentimiento y la frustración que la ofuscaban. Aun así, se levantó y oteó el horizonte, dolido.

—¡Valeria, basta! —Daniel la recriminó y se acuclilló a su lado—. Tenemos que aceptar las cosas tal y como vienen. Esta es la situación en la que nos encontramos. Y debemos idear un nuevo plan a partir de ella.

—Os dejaré solos —se excusó el elfo—. Tenéis mucho de qué hablar.

Coril continuó el descenso de la escalinata a sabiendas de que ambos chicos deberían tomar una decisión, una que afectaría a todos los acontecimientos futuros de Silbriar. Y él deseaba que esa resolución fuese tomada desde el frágil equilibrio entre la razón y el corazón.

—Puede que exista otra profecía, otra en la que no se necesite la intervención del guardián de la capa —se apresuró a decir ella—. Tenemos que encontrar una solución. Silbriar está lleno de enredos, de profecías blancas y negras que se contradicen unas con otras. ¿Y si encontramos una brecha, algo de lo que podamos aprovecharnos?

—Val, no hay nada. —Él acarició su mejilla con ternura. La amaba. Y por eso sabía que debía ser él quien terminara con esa tortura que estaba haciéndolos añicos por dentro—. ¡Escúchame! Voy a asumir mi papel. Soy el guardián de la capa y la espada. Y no podemos luchar

contra eso. Dirigiremos juntos a todas las tropas que quieran seguirnos hasta derrotar de una vez por todas a Lorius Val. Y cuando la guerra acabe, si ganamos, yo subiré al trono de Silbriar.

—No, Dani, por favor…

—Mi vida, o lo haces tú o lo hago yo. No hay otra manera para devolver una paz duradera a Silbriar. Si regresamos los dos a la Tierra, puede que nos veamos forzados a volver aquí en un par de meses. Ya has oído a Tímbel: existe un hada tan mezquino como Lorius. ¿Y qué pasará luego, cuando pongamos a las hadas en su sitio? ¡Se alzará otro tirano! En eso no se equivocan las profecías: o la guerrera descendiente de Ela asume el trono o lo hace el guardián que posea la capa.

—Está bien. Entonces, aceptaremos ese trono los dos juntos. ¡Y se acabó el problema! —zanjó, con una pataleta de niña pequeña.

—¿Y qué pasará con Érika y con tu padre? ¿Y si logramos salvar a Lidia? Alguien tendrá que vigilarla en la Tierra hasta que se recupere del todo. Y si no lo conseguimos… No puedes hacer que Érika regrese sola a casa. Le partirías el corazón. Ya no cuenta con una hermana. Ni con una madre. Es muy pequeña todavía para que crezca tan solo con tu padre. ¿Qué vas a decirle a ella?

Ella contempló el cielo sin nubes, de un azul candoroso, reflejo de la alegría que experimentaban todos los isleños y, probablemente después, todos los habitantes de Silbriar en cuanto la noticia corriera veloz por las aldeas y bosques. Sin embargo, su alma permanecía ahogada entre cúmulos negros, buscando una luz a la que agarrarse.

—No es justo. Después de todo lo que hemos sufrido, de ser arrastrados a un mundo que ni siquiera conocíamos, de luchar por su supervivencia, incluso de la nuestra propia… Hemos superado todas las pruebas que se nos han impuesto, contra lopiards, espectros del desierto, piratas… ¿Y para qué? ¿Es esta nuestra recompensa? —Daniel la rodeó por los hombros—. Yo no quería volver. Estaba tan enfadada con Lidia después de que decidiera lanzarse al río para ir con Kirko que no quería venir. Me dije: «Que se atenga a las consecuencias de sus actos. Ya es mayorcita». La culpaba y me culpaba a mí misma por no haber sido capaz de haberla hecho entrar en razón. Sin embargo, estoy aquí. Y no solo por todas esas brechas que rompieron nuestro universo, sino porque una parte de mí quiere salvarla todavía. Pero no sé si eso es posible o ya es un caso perdido. No sé qué sucederá cuando la vea. Y puede que, en lo más profundo de mi corazón, albergara la esperanza de que quizá el guardián de la capa la hiciera reaccionar. ¡Y eres tú! ¡Y ninguno de los dos pudo en el pasado! ¿Qué sentido tiene todo este esfuerzo ya? —Gimoteaba sin darse tregua, empujada por una confesión que le encogía el corazón—. Porque, Dani, si la recupero a ella, te pierdo a ti. Y ahora mismo no

soy capaz de pensar. ¡No puedo decidir!

—Val, yo ya lo he hecho por ti.

—¡Pero sigue siendo injusto!

—Tampoco en la Tierra las cosas son justas y las aceptamos. No nos queda más remedio. Muchos asumen un trabajo sin cuestionarse si les apasiona o no; simplemente, es lo que les ha tocado. Y se resignan. —Contuvo un suspiro que se detuvo en sus labios, para luego liberarlo—. Yo iba a hacer lo mismo: estudiar Derecho y ejercer de abogado, porque era lo que se esperaba de mí. Y entonces llegué a Silbriar… Y todo cambió. Aquí no me siento perdido. Algo muy dentro de mí me chillaba que este era mi hogar, que aquí encontraría la felicidad, pero no llegaba a escucharlo. Ahora lo oigo, Val. Alto y claro. No se trata de un acto de sacrificio. Este es mi lugar. Y por supuesto que estoy triste porque tengo que dejar a mi hermano atrás y a mis amigos. Y porque te quiero, Valeria… Pero sé que tienes una hermana pequeña a la que cuidar, sé que quieres ser cirujana y yo solo quiero que seas feliz. Así que es hora de que los dos asumamos nuestros roles y nos pongamos manos a la obra. Hay una guerra que ganar.

Nico se alejó del círculo sagrado y se internó en la espesura. Allí se apoyó en el tronco de un árbol fornido, con los párpados ligeramente entornados. Trataba de aclarar una serie de ideas que lo obnubilaban. Había conversado con Sanzar. Y sus respuestas lo confundieron más.

—¿Acaso no lo sabéis? —Él había negado con la cabeza, sintiéndose un idiota—. No existe el guardián de la capa. Ese humano ya es un guardián… ¿Cómo los magos de Silbriar son tan incompetentes? No me extraña que haya estallado una guerra.

El saltrito continuó hablando de la ineptitud de los habitantes del continente. Soltó improperios y se autoproclamó la especie más inteligente de todas las galaxias conocidas. Pero Nico ya no lo escuchaba. Se centraba en una única frase, esa que lo obligaba a replantearse toda la travesía. Después oyó a Onrom, quien se enzarzaba en una discusión con el ser azulado. No estaba dispuesto a que dejara la astucia de los enanos a la altura del betún. Y él decidió apartarse.

Mientras se adentraba en la frondosidad, alzó la barbilla y distinguió a Daniel y Valeria sentados en la escalinata. Charlaban. Quizá necesitaban un poco de intimidad, esa que se les había negado en el barco, puesto que Coril seguía descendiendo. O puede que también hubiesen descubierto algo.

«Ese humano es un guardián». Esa afirmación estaba trastornándolo. O sea, que ya existía ese guardián como tal. Pero si ya

había un guardián, ¿para qué habían ido en su busca? ¡No comprendía nada!

Nizhoni interrumpió sus cavilaciones cuando se acercó a él de forma sigilosa. No la vio llegar. Y terminó dando un respingo que obligó a los latidos de su corazón a recomponerse. Esa chica tenía el don de sobresaltarlo en el momento más inesperado.

—Estaba buscándote.

—¿A mí? —le preguntó extrañado—. ¿Es que tenemos un turno de vigilancia y no me he enterado?

—No, no. Ya hemos terminado la primera fase de nuestra misión. La capa ya es libre, y me han dicho que gracias a ti.

—Sí, sí, la capa vuela —se dijo a sí mismo mientras volvía a escarbar en su mente para buscar una solución que lo complaciese—. Pero no hacia la tienda…, porque ya existe el guardián…

—¿Qué?

—Nada, no es nada. Solo trato de resolver un acertijo. —Frunció el ceño, aún más desconcertado—. Y, entonces, ¿por qué me buscabas?

—Ah, quería agradecerte… lo del puente…, ya sabes…, y que no me soltaras —dijo, midiendo sus palabras.

—Bueno, no tiene importancia. Tú también saltaste del barco y me rescataste, así que estamos en paz.

Nico desvió la mirada y volvió a clavarla en los escalones de uno de los santuarios. Allí permanecían todavía Daniel y Valeria. «Sí, algo ha pasado», confirmó. De repente y sin esperarlo, Nizhoni le plantó un beso en la boca, uno corto y demasiado casto.

—¡No vale! ¡Me has cogido desprevenido! ¿Puedes volver a repetirlo? —Ella negó con la cabeza—. ¡Joder! Es que mis pensamientos están hablándome al mismo tiempo. ¿No existe la manera de que puedas fingir que todavía no me has besado? Y así puedo corresponderte en condiciones.

—Nico, me has demostrado que eres una persona sincera, llena de pasión y capaz de arriesgarlo todo por tus amigos. A pesar de que he sido una borde contigo, no me has abandonado. —Ella sonreía de oreja a oreja—. Considera ese beso, que no volverá a repetirse, una oferta de paz. Nada más. Para mí sigues siendo un renacuajo, pero más simpático.

—Bueno, la edad solo es un número. En tres años, tendré los dieciocho y seré un hombre. Tú tendrás… ¿Qué edad tienes tú?

—¡Olvídalo! —Le dio la espalda y comenzó a alejarse despacio—. ¡Y que no se te suba a la cabeza! Solo porque tú te hayas topado con la capa y yo con un mísero tridente, no significa nada.

—¡El tridente! ¡Claro, ya era un guardián! ¡Y su arma, el tridente! No buscamos a un humano que desconozca este mundo. ¡Buscamos a alguien que ya ha estado en él! —Corrió, dejando atrás a Nizhoni,

quien al verlo tan agitado decidió seguirlo sin contemplaciones—. Tenemos que encontrar a Coril y contárselo todo. Hay que hacer llegar un mensaje a la tienda. Puede que el guardián ya esté en Silbriar.

De repente, frenó en seco. Volvió la vista hacia el lugar donde se encontraba su hermano con Valeria. Los dos bajaban la escalinata cogidos de la mano.

—¿Qué pasa? —le preguntó Nizhoni, confusa.

—Ya lo saben.

Una vez que Sanzar le presentó a los diferentes jefes de los dragones, Érika decidió pasear por la orilla del río en compañía de Brifin. Ella había abierto los ojos de par en par en cuanto el saltrito le explicó que cada color representaba a una tribu distinta. Por ese motivo, cada grupo nombraba a un líder dentro de su propia comunidad. Se había sorprendido al descubrir que los dragones blancos eran considerados los más sabios, y los rojos, los más fieros. También que solo existía un dragón negro en la isla, ya que la mayoría de estos lucharon con los brujos afines a la ruptura de especies en la Gran Guerra. Bamar, que así se llamaba, era un ser solitario y algo cascarrabias. Aun así, se postró ante ella, aceptándola como los demás. Érika le sonrió y se atrevió a acariciarle el hocico, para sorpresa de todos.

Ahora estiraba las piernas para liberar toda la adrenalina que se había condensado en su cuerpo tras recitar el conjuro. Después de unos minutos, divisó un pequeño manantial. El agua se deslizaba por una pared de rocas negras hasta saltar sobre una superficie cóncava y asentarse en ella. La piedra, de tonos más claros, parecía haber sido pulida con esmero para que albergase una cantidad de agua considerable. Se acercó a la pila y bebió de ella usando sus dos manos. Estaba sedienta. Había sido un día muy duro. Demasiado para una niña de su edad. Brifin sacó su enorme lengua y, al introducir el hocico en el manantial, la salpicó, a lo que ella reaccionó apartándose mientras reía.

Cuando el dragón sació su sed, Érika quiso comprobar cuánta agua había dejado en la pila. Se alzó ligeramente de puntillas y se asomó para ver el fondo. Apenas quedaba para varios sorbos. De pronto, una imagen brotó del líquido restante. Érika arrugó el rostro, temerosa. Se veía a ella misma tendida en el suelo. Portaba la capa roja, a la cual se aferraba con desesperación. Gimoteaba. Sus ojos estaban enrojecidos y varias lágrimas se deslizaban empapando sus mejillas. Estaba más pálida de lo habitual. Entonces, reparó en su pecho. Había una mancha de sangre en su camisa que cada vez se hacía más grande. Alguien le había clavado un cuchillo: una daga negra.

Asustada, se retiró de la pila. Seguía sin comprender por qué esas escenas la martirizaban. No quería verlas. Odiaba esa parte de ser una maga. Ella era todavía una niña y no estaba preparada para ello. No, no lo estaba. No quería asistir a las imágenes de su propia muerte. Huyó de allí aterrada mientras su futuro la perseguía. Así que iba a morir. Jamás regresaría a casa con su padre y sus hermanas. Su historia acababa en Silbriar, con la batalla final.

Dobló a la izquierda y luego a la derecha. Tenía que regresar con Valeria. Quizá ella supiese qué hacer, o tal vez debería hablar con Coril. Él había estado ayudándola con la canalización de energía. Puede que el elfo la tranquilizase, que le dijese que no todas las premoniciones de los magos se cumplían. Sí, debía seguir confiando. No podía venirse abajo cuando el final estaba tan cerca.

Por fin distinguió a su hermana. Estaba con Daniel y Nico. Enseguida percibió la tristeza en sus rostros. Algo había sucedido. Y, entonces, lo vio. Daniel lucía la capa azul como un perfecto caballero. Llegó hasta él y se abalanzó a sus brazos.

—¡Nooo! ¡No puedes ser tú! ¡Porque entonces Lidia no despertará con el beso del príncipe! ¿Quién lo hará ahora? —Abatida, sucumbió al llanto—. ¡No podemos salvar a Lidia! ¡Va a morir! ¡Yo también moriré! ¡Nadie regresará a casa!

—Érika, no. Nadie va a morir —le aseguró Daniel mientras acariciaba sus cabellos—. Te juro que haré lo posible para salvar a tu hermana.

Valeria se acercó a ellos y se arrodilló junto a Érika.

—Mi niña, te prometo que volveré a casa contigo. No va a pasarte nada porque no voy a permitirlo. No me separaré de ti. Tú siempre has sido la luz que ha alumbrado a este equipo, la que siempre nos ha dado esperanza. No te derrumbes ahora. ¡Vamos a conseguirlo!

Nico, con la cara enrojecida, abrazó al grupo.

—Te necesitamos, Érika. El equipo te necesita. Sé fuerte, porque ahora mismo yo no puedo ni respirar —le confesó, mirando a Daniel a los ojos—. Cuando regrese, no sabré ni qué decirles a mis padres.

—Algo se te ocurrirá —le dijo su hermano, agarrando su brazo—. Yo confío en ti.

Sintiéndose agradecida, Érika alzó la cabeza. Secó sus lágrimas y esbozó una ligera sonrisa.

—No somos un equipo. ¡Somos una familia!

Coril los observaba desde la distancia, con una acusada congoja. Quiso aproximarse, insuflarles palabras de aliento. Pero sabía que nada los consolaría en un momento así, y menos las palabras de un elfo sin conocimientos de su mundo. Seguro que allí regirían otras normas de conducta, otras leyes de honor en las que probablemente los caballeros no eran despedidos con halagos, sino con lágrimas que

reflejaban el dolor de la partida.

—¿Por qué gimotean como hadas a las que se les hubieran arrancado las alas? ¿Por qué los humanos son tan complicados? —Onrom negaba con la cabeza—. ¡Deberían estar felices! ¡Tenemos a nuestro guardián!

—Porque saben que tendrán que despedirse de un amigo, un hermano y un amante —le reveló, sin apartar la vista de ellos.

—¡Pamplinas! ¡En la guerra siempre hay despedidas y muchos muertos! Pero, orejotas, yo estoy preparado para asumir mi destino. Y si tengo que morir, moriré con las botas puestas. —El enano escupió entre sus pies—. Y ese joven de ahí no es un guardián cualquiera. Es alguien a quien hemos instruido. Y estoy muy orgulloso de él. Yo mismo entrené a ese crío cuando aterrizó por primera vez en Silbriar. Y sabía que tenía aptitudes. ¡Y ahí está! ¡Es nuestro guardián de la capa y la espada! No se trata de un desconocido al que tengamos que besarle el trasero. Ese chico ha luchado junto a enanos, gnomos, mestizos, hadas, magos... Por eso, todos ellos lo seguirán sin dudarlo.

—En eso te doy la razón. Y me alegro de no tener que atravesarle el corazón con una flecha —dijo riendo—. Él puede hermanar pueblos enteros. Te confieso, amigo, que hacía tiempo que no sentía que la balanza se inclinaba a nuestro favor. Tras noches de desvelo y días sumido en un completo desánimo, ¡hoy he recuperado la esperanza!

22

Tienda

Los días eran lentos y las noches, interminables. Desesperado, Jonay se paseaba entre las altas estanterías revisando una y otra vez los artículos que había en ellas. No había rastro de la capa. Y aunque Prigmar le había contado que en cuanto se presentara lo sabría, él prefería inspeccionar todos los rincones de la tienda por si acaso. Muchas veces se detenía frente al escaparate. Desde allí observaba la calle. Fría. Desnuda. Sin el gentío del que solía presumir.

Muchos habían abandonado la ciudad para huir hacia áreas donde las sacudidas de la tierra no fueran tan violentas. Pero lo que ellos ignoraban era que otras regiones estaban siendo castigadas por un granizo descomunal o asoladas por un calor extremo, incomprensible para el invierno que estaban viviendo. No había zonas del planeta que no registraran incidencias extraordinarias. Y aunque las autoridades llamasen a la calma, la realidad era que el aire pesaba demasiado. Se introducía en los pulmones impregnándolos de un sentimiento de angustia, de impotencia ante lo que estaba sucediendo y del cual era imposible deshacerse. Otros, rindiéndose ante lo evidente, se refugiaban en sus casas a la espera de que el cataclismo pasara. Y ellos permanecían encerrados allí, en el interior de la tienda, custodiándola, aguardando un milagro que se retrasaba.

Dormían en unos colchones mullidos en el trastero, hacían turnos de vigilancia y pedían comida a domicilio a aquellos bares o pizzerías cuyos dueños habían decidido mantener abiertos, aparentando una normalidad que se había resquebrajado. De vez en cuando, observaban los disparates que el *Libro de los Nacimientos* escribía. Tras hojas y hojas pinceladas de un negro estremecedor, parecía que hubiese enloquecido. Tachaba sus propias anunciaciones, para luego rescribirlas de nuevo. Su letra ya no era clara y bizarra, sino deforme e incomprensible. Prigmar se llevaba las manos a la cabeza una y otra vez, afligido, porque su tesoro más preciado no era más que un

puñado de folios inservible.

Jonay calentaba sus manos con una taza de chocolate hirviendo mientras examinaba el cielo por enésima vez. Las brechas eran ya incuestionables: agujeros en llamas en medio del universo, manchas naranjas cada vez más grandes. Era imposible no estremecerse ante tal estampa. De pronto, observó unas extrañas estelas púrpuras franquear esos lamparones incendiarios sin mucha dificultad. Apretó los dientes, receloso. Algo o alguien se acercaba.

Abrió la puerta de la tienda y salió. Escuchó los relinches de los caballos. Ansiosos. Desafiantes. ¡Los jinetes volvían a pasar sobre sus cabezas! Entró con rapidez y aseguró los cerrojos. Dos minutos después, unos inesperados nubarrones comenzaron a descargar con furia sobre la ciudad. Una lluvia gruesa. Incesante. Hostil.

—¡Son los jinetes! —desveló ante el rostro atónito del señor Ramos.

—¿Nos han encontrado?

—No lo creo. Si lo hubieran hecho, ya estaría aquí uno de los brujos de Lorius. —Lanzó un resoplido, preocupado—. Imagino que tratan de rastrear nuestra localización. Estarán sobre la ciudad unas horas y después nos buscarán en otro sitio. Ahora intentarán ahogarnos con una tormenta jamás vista aquí.

—Por eso no debemos preocuparnos —intervino el duende—. Los escudos de la tienda son impermeables. Nada de lo que puedan hacer esos caballos puede afectarnos en el interior.

—¿Y qué pasará con el resto de la población? —preguntó Luis, acongojado.

—Mejor que no se acerquen a los ríos, ya que pueden desbordarse. Los que vivan en bajos o sótanos deberían refugiarse en pisos superiores. —Jonay corrió las cortinas del escaparate y después examinó la claraboya del trastero. Sí, no llovía. Diluviaba.

—¿Y cómo hacemos para avisarlos?

Luis lo seguía en su inspección, anhelando respuestas que consiguieran calmarlo, aunque sin mucho éxito. De improviso, escucharon un sonido estruendoso que hizo que vibrara el edificio entero. El hombre buscó amparo en sus ojos, aterrado.

—Solo ha sido un trueno —le aclaró—. Están lejos. No debemos preocuparnos.

—¿Un trueno? ¡Si parecía una bomba nuclear!

—Tiene que tranquilizarse, señor Ramos. Las tormentas que traen esos bichos son despiadadas, pero ya escuchó a Prigmar: aquí estamos a salvo.

—Lo que no entiendo es cómo puedes estar tan relajado. —Lanzó un suspiro cargado de pesadumbre—. Estoy preocupado por mis niñas. No sabemos nada de ellas. ¿Y si les ha ocurrido algo?

Jonay se acercó a él y le dio un par de palmaditas en la espalda.

—Estoy seguro de que están bien. Mientras los jinetes estén entretenidos en nuestro mundo, no podrán perseguirlas en Silbriar. Y aunque no lo crea, yo estoy hecho un flan.

El guardián se humedeció los labios resecos y se encaminó de nuevo hacia la parte delantera de la tienda. Detrás del mostrador encontró a Prigmar, con las orejas gachas y más pálido de lo habitual. Negaba con la cabeza y tenía los ojos húmedos, incapaz de pronunciar palabra alguna. Con las manos temblorosas, giró el *Libro de los Nacimientos* hacia Jonay para que pudiera examinarlo mejor. Este entrecerró los ojos, buscando la causa del repentino mutismo del duende, pero en un primer vistazo no encontró nada de interés. Borrones, renglones torcidos, coordenadas indescifrables… Entonces, su mirada se centró en dos nombres que aparecían escritos en él. Kirko y Kayla ¿Cómo podía ser posible? ¡Ellos no eran guardianes! ¡Ni siquiera eran dignos de poseer los objetos!

—Lorius ha debido encontrar la manera —consiguió musitar el duende.

—Pero ¡¿cómo?! —se inquietó Jonay—. Sé que son huguis y, por lo tanto, medio humanos, pero esto…

—¿Qué sucede? —Cada vez que el guardián y el duende hablaban parecía que lo hicieran en un código imposible para él. Y aunque se esforzaba en seguir la conversación, muchas veces Luis debía interrumpirlos—. ¿Hay más problemas? ¿Quiénes son esos dos?

—Los hijos adoptivos de Lorius. Uno de ellos es de quien se ha enamorado su hija Lidia —le aclaró el muchacho, y después centró su atención en el viejo dueño de la tienda—. Pero, Prigmar, ¿cómo han permitido esto las leyes mágicas? ¿Por qué sus nombres figuran en el libro?

—Es evidente, muchacho. El *Libro de los Nacimientos* está volviéndose negro, la magia oscura está reclamándolo. Y puede que muy pronto se haga con él.

—¿Y qué pasaría entonces? —intervino de nuevo el señor Ramos, con el alma en vilo.

—Si eso sucede, cualquier humano podría hacerse con un objeto, sin importar que posea un corazón honesto o un espíritu puro. Cualquier desalmado tendría a sus pies una magia única. Una magia que fue concebida para salvar vidas y no para aniquilarlas.

Jonay sujetó el libro con fuerza y quiso estamparlo contra la pared, destruirlo, quemar sus páginas para que no siguieran tiñéndose de negro. Pero frenó su impulso. Sabía que no serviría de nada. Tenía que ser paciente. En cualquier momento, el destino de la capa se escribiría en ese libro. Su salvación. Su única esperanza. Escuchó un nuevo trueno que casi hizo estallar su corazón. Contrariado, tensó la mandíbula. Y, aunque no quería, volvió a clavar su mirada en los

nombres de los mellizos.

—Muy bien, al lado del nombre de Kirko pone «sombrero loco». —Jonay se deshizo del halo de frustración que había penetrado hasta sus huesos y trató de mantener la compostura—. ¿Cuál es el poder del objeto? ¿Y de qué demonios de cuento proviene?

—Eso lo sé hasta yo —contestó Luis, eufórico—. Es de *Alicia en el País de las Maravillas*. ¡El sombrerero loco!

—No me gusta nada que se refiera al objeto como «loco» —se quejó el guardián—. ¡Ya Kirko está como un cencerro! Prigmar, ¿sabes lo que puede hacer?

El duende se masajeó la barbilla mientras su mirada se perdía en la lámpara del techo. Existían tantos objetos... Tantos poderes inimaginables... Pero sí, ese sombrero era uno de esos artículos fascinantes, imposible de olvidar. Sonrió de medio lado, y en su rostro se agudizó la picardía de la cual se enorgullecía su especie. Observó al guardián de Pan. Puede que no fuese el mejor de todos los guardianes que había conocido, pero era astuto. Y él había adivinado que quería anticiparse a un posible ataque de los mellizos, conociendo de antemano los poderes que les habían sido suministrados.

—Si te introduces en él, puedes desaparecer y aparecer más tarde en un lugar diferente. —Prigmar se rio de su explicación tan básica—. Disculpad, pero yo no soy brujo. Los tecnicismos se me escapan.

—¿Se refiere a lo que hacen los magos con los conejos? —le preguntó Luis al muchacho, quien permanecía con el rostro arrugado, tratando de comprender las palabras del duende.

—No creo que tenga nada que ver con los conejos —contestó con aire dubitativo—. ¡Oh, Dios mío! ¡Teletransporte! Ese condenado sería capaz de escabullirse delante de nuestros ojos para lanzarnos una bola de fuego por la espalda. Kirko es todavía más peligroso si cabe.

—Jonay, cuando vayas a Silbriar, tendrás que advertir a todos. —Los ojos temerosos de Luis eran tan solo el reflejo del pavor que envolvía su cuerpo. El guardián se limitó a asentir de forma autómata. Tenía cientos de preguntas que bombardeaban su mente en ese preciso instante.

—¿Y qué hay del lazo rosa de Kayla? —Jonay chasqueó la lengua, confuso. Ese objeto no parecía nada del otro mundo. ¿Un lazo? ¿Qué poder albergaría?

—Yo desconozco el folklore humano —comenzó a informar Prigmar—. Así que no puedo aclararte si proviene de una leyenda o un cuento, como vosotros decís. O puede que la historia de ese objeto nunca haya llegado hasta aquí, como las otras.

—Sí, ya sé que algunos relatos se perdieron en el camino y no sobrevivieron al paso del tiempo. —El guardián movía su mano, alentándolo a continuar.

—Pero su encantamiento es intenso e infalible. Todo aquel que caiga en su influjo sentirá una terrible atracción hacia la persona que lo posea. Se enamorará al instante. Depondrá las armas sin más y se limitará a cortejar a la hija de Lorius. Y ella podrá hacer con su voluntad lo que desee.

—¿Un hechizo de amor? ¿Kayla? —Jonay rio a carcajadas—. ¡Eso no puedo creérmelo!

—Es más dañino de lo que parece —le advirtió el duende—. Tiene el poder de convertirse en la más bella ante los ojos de todos.

—Sí, sí, por eso quiero estar preparado para esos dos objetos. Estudiaré cómo contrarrestarlos. —El guardián abrió los ojos de par en par—. Espera, sí que existe un cuento que habla de un lazo y de pretendientes desesperados: *La ratita presumida*.

De pronto, la luz se fue y se sumieron en la oscuridad más absoluta. La tormenta arreciaba y las calles se convertían en improvisados riachuelos que arrastraban contenedores, ramas y todo lo que encontrasen a su paso. Prigmar se apresuró a encender las tres velas de un valioso y antiguo candelabro. Las llamas vibraban inquietas, asustadas por el sonido de los truenos y el resplandor efímero de los rayos, cuyos tentáculos se dibujaban en el cielo tratando de atrapar a las almas intrépidas que estuvieran dispuestas a desafiarlos.

Jonay era consciente de que no era el momento de hacerse el valiente. Se sentó en el sofá verde del escaparate, presto para su turno de vigilancia. Les recomendó al duende y al señor Ramos que descansasen. Los aguardaba otra noche interminable, esa vez acompañados por el estruendo salvaje de la tormenta y la batida incansable de los jinetes. Buscaban la tienda. Pero, de momento, esta resistía los rastreos gracias a sus potentes escudos defensivos. No obstante, ¿cuánto más aguantaría los embistes de la magia negra?, ¿con cuánto tiempo contaban antes de ser localizados? «Venga, Valeria, sé que puedes conseguirlo. Sé que la capa está cerca. Si pudieras mandarme una señal…». Jonay apretó los labios, sin apartar la mirada de sus cuchillos. Algo le susurraba que pronto los necesitaría.

Dos días después, los jinetes abandonaron la ciudad, probablemente en busca de otra urbe a la que atemorizar. Allí, las calles continuaban anegadas. Bomberos y policías trabajaban a destajo para tratar de despejar las zonas más afectadas. O, por lo menos, eso contaban en la pequeña radio que el señor Ramos había logrado hacer funcionar. Era su único contacto con el exterior. Y eso los desanimaba aún más. Mientras duró el asedio de los jinetes de Lorius, apenas se alimentaron

con un par de latas de atún, otras tantas de sardinas, galletas y mucho chocolate caliente. Jonay estaba intranquilo. El encierro voluntario estaba pasándole factura y, lo que era peor, sus tripas rugían agitadas. Con el caos existente en la ciudad, los repartidores de comida rápida ya no servían a domicilio y el agua comenzaba a escasear. Para colmo, muchas familias, que en un principio habían decidido permanecer en sus casas, iniciaban una huida desesperada tras el paso de la tormenta, desoyendo el consejo de las autoridades. A pesar del barro espeso que inundaba la calle donde se encontraban, distinguían algún que otro vehículo adentrarse en ella, corriendo el riesgo de quedar atrapado entre los charcos de agua y algunos socavones originados por la fuerza destructiva del temporal.

—Voy a salir un momento —anunció el guardián—. No llegará ni a cinco minutos. No nos queda comida ni agua. Volaré hasta una ciudad que esté en mejores condiciones y traeré lo indispensable.

—¡Pero puede ser peligroso! —le espetó el señor Ramos.

—¡Necesitamos comer! ¿De qué nos sirve sobrevivir a base de galletas si llegan los esbirros de Lorius? Sin fuerzas, no podremos combatirlos. —Soltó una exhalación cargada de tensión—. Prometo que no tardaré. Y todavía contamos con nuestros teléfonos móviles. Así que, señor Ramos, si se trata de algo urgente, no dude en llamarme.

—Eso siempre que haya cobertura. ¡Ya sabes cómo están las líneas ahora!

El guardián abrió la puerta y alzó el vuelo con los primeros rayos del amanecer, los cuales, contaminados por los destellos de las brechas, reflejaban una amalgama de colores jamás vista. Jonay se ajustó la gorra verde con el fin de evitar ser encandilado por esas inusuales centellas que dominaban el cielo. Tras alejarse con presteza de la capital, puso rumbo a la costa mediterránea. Desde el aire, contempló la devastación de ciudades y pueblos. El nivel del mar se había elevado y adentrado en barrios enteros, zonas residenciales y terrenos de cultivo, reclamando su hegemonía. El poder del agua era inmensurable. Muchos de sus habitantes habían iniciado un éxodo masivo hacia las montañas, sin importarles que, allí, la nieve se había proclamado la reina del lugar.

Disgustado, chasqueó la lengua. Por un instante, sintió unas ganas irrefrenables de dirigirse a las Canarias, de descubrir cuál era el estado real de las islas. Temía que los jinetes hubieran desencadenado serias erupciones volcánicas y deseaba saber cómo se encontraban sus amigos, su familia, su gente... Pero desechó ese pensamiento con rapidez. Debía centrarse en la tienda, en su defensa. Así que volvió hacia el interior y aterrizó en un pueblo de Cuenca. Allí, la lluvia también había hecho estragos, pero no tanto como en la capital. Sobre

la puerta de muchos comercios colgaba el cartel de «Abierto» a pesar de mantener la entrada cerrada. Paseó entre los vecinos, quienes se afanaban en limpiar sus casas mientras hablaban del cambio climático o del inminente apocalipsis. Pero él no se detuvo. Con las manos en los bolsillos, aceleró el paso y entró en un supermercado. Compró lo que consideró justo y, una vez que se alejó de la algarabía del pueblo, retomó el vuelo.

Al llegar a la tienda, distinguió a Luis aferrado a un martillo con el mango más grande que el mismísimo duende. Mantenía un semblante serio mientras vigilaba el exterior entre las cortinas del escaparate. Después observó a Prigmar, quien permanecía en lo alto de su taburete, con rostro resignado, examinando las letras en negro que continuaba dibujando el libro.

—¿Cómo está todo ahí fuera? —le preguntó el señor Ramos al percatarse de su llegada.

—Bien —mintió—. ¿Alguien quiere comer de verdad? He comprado bebidas y más mierdas de estas enlatadas por si las cosas se ponen peor. Traigo también pan recién hecho y *¡pizzas!*

—Sabes que no podremos resistir mucho más así.

—Lo sé, señor Ramos. Pero tampoco podemos irnos de aquí.

Después de comer, Luis volvió a su puesto de vigilancia y Jonay, sin muchos ánimos, se dejó caer sobre el colchón. La capa continuaba desaparecida. Y mientras fuera así, él no podría más que velar por el pequeño negocio de los cuentos manteniendo una calma que se le resistía. Estaba desmoralizado. Empezaba a pensar que tal vez Valeria hubiese fracasado. ¿Y si los hubiesen apresado a todos? ¿Y si los hubiese engullido un monstruo marino? Quizá había cometido un error no viajando con ellos y quedándose allí. Tal vez había llegado la hora de atravesar el portal y volver a Silbriar. Pero ¿dejar al duende y al señor Ramos solos? Bueno, estaba siendo evidente la ineficacia de los jinetes y la ineptitud de los magos oscuros. ¡No habían dado con ellos! Puede que la tienda fuera más fuerte de lo que en un principio había pensado y sí que estaba preparada para resistir los numerosos conjuros de rastreo a los que estaban sometiéndola. Quizá había llegado el momento de abandonar la tienda.

—¡Jonay, Jonay! ¡Tienes que ver esto!

Se levantó de inmediato como un resorte al que hubiesen soltado de repente y voló hasta donde se encontraba Luis. El hombre estaba pálido y temblaba de arriba abajo mientras señalaba hacia el cielo.

—Creo que vuelven los jinetes. Esta vez con meteoritos.

Prigmar se agachó y, alzando levemente la cortina, se atrevió a mirar fuera. Jonay la apartó para observar mejor las dos bolas de fuego que parecían cruzar el firmamento. Ambas volaban fijando una trayectoria inamovible: la tienda.

—Eso no son meteoritos —concluyó Jonay, castañeando los dientes—. ¡Joder! ¡Nos han encontrado! ¡Mierda! ¡Son los brujos de Lorius! ¡Han llegado a la Tierra atravesando las brechas! ¡Podrían haber usado portales o qué se yo, cualquier otro medio oscuro! ¡Pero están dejándose ver para meternos el miedo en el cuerpo!

—Pues lo han conseguido —dijo Luis, agarrándose aún más al enorme martillo—. ¿Qué hacemos ahora?

—Bien. Prigmar, protege el libro y escóndete donde quieras, me da igual, pero hay que evitar que caiga en manos enemigas. ¡Demasiadas coordenadas! ¡Demasiados guardianes!... Señor Ramos, ayúdeme a reforzar la entrada. ¡Pongamos una estantería detrás!

—¿Y tú crees que eso impedirá que entren?

—No, solo espero que nos ayude a ganar tiempo. ¡Van a caer sobre nosotros como buitres!

—¿Y el escaparate?

De pronto, una pared de hierro surgió del techo y se deslizó por la vitrina. Después, escucharon el sonido de numerosos cerrojos atrancarse por sí solos.

—¡Cierres mágicos! —anunció el duende—. Cualquier posible entrada ha quedado bloqueada, lo que nos imposibilita también a nosotros salir.

—¿Por qué no me habías contado que la tienda en sí es un búnker? —le regañó Jonay.

—Hasta ahora, nunca había sido necesario activar los escudos internos —contestó cabizbajo—. Esto también impide que la tienda pueda saltar a otro lugar.

Jonay no tardó en oír a los dos hechiceros en el exterior. Buscaban la manera de entrar, el punto débil de la tienda. Cuchicheaban repartiéndose las tareas. Pronto, fueron audibles los pasos de uno de ellos sobre el tejado. Caminaba seguro, analizando milímetro a milímetro la techumbre, escudriñando la más pequeña grieta por la cual deshacer el conjuro e infiltrarse. De pronto, percibieron las arremetidas del otro brujo contra la vitrina. Con toda seguridad, había considerado que esa era la zona más vulnerable. El guardián se percató súbitamente de las abolladuras del tamaño de una pelota de tenis que retorcían el hierro forjado. «No ha enviado a dos brujos cualesquiera», pensó mientras una gota de sudor resbalaba por su frente.

Se encaminó al escaparate y se atrevió a situarse a pocos milímetros de él. Percibía la presencia del hechicero, el movimiento de sus manos y el ligero siseo que nacía de ellas. «Un mago del aire», reconoció.

—Muchacho, deberías acercarte y ver esto. —Prigmar susurraba por temor a ser descubierto, a pesar de que era muy probable que los

brujos supieran con exactitud cuántas personas se encontraban en su interior.

Jonay se apartó de la pared de hierro y, despacio, volvió al mostrador.

—Ya ha aparecido la capa —le reveló Luis.

—¡Joder! ¡Con la tienda blindada, no podrá llegar hasta aquí!

—Mira —le indicó el duende.

Expectante, Jonay entrecerró los ojos y, en un primer momento, la vista se le nubló. Allí no había coordenadas ni nombres. Solo figuraba la capa azul y, a continuación, ¡Silbriar!

—¿Qué demonios significa esto?

—La capa está en Silbriar —trató de aclararle el duende.

—¡Eso ya lo veo! Pero ¿por qué está allí?

—Es evidente que el guardián ya ha cruzado —se limitó a responderle Prigmar, encogiéndose de hombros—. Lo importante es que han conseguido despertar a la capa.

De pronto, unas gotas diminutas, frías como la escarcha nocturna, comenzaron a caer del techo. Jonay alzó la cabeza y sus labios se empaparon de inmediato. «Y un mago del agua», confirmó, secándose la boca con la palma de la mano.

—¡Estas defensas internas son una mierda! ¡Abolladuras! ¡Goteras! —se lamentó.

—¡Nunca se habían usado antes! ¡Puede que estén oxidadas!

—¡Van a entrar!… Prigmar, ¿tienes un libro de contabilidad o algo parecido?

El duende asintió, confuso. Abrió la gaveta que estaba debajo de la caja registradora y extrajo una especie de cuaderno grueso y tapizado en rojo. Se lo entregó a Jonay sin hacer preguntas. Los golpes eran cada vez más numerosos y fuertes. Debían estar usando bolas de energía de una gran potencia como para conseguir rasgar las paredes mágicas de la tienda de esa manera.

De improviso, escucharon una voz grave, amenazante, que casi hizo que el corazón se les parara, proveniente de la mismísima entrada:

—¡Guardián! ¡Tú solo no vas a poder con nosotros! ¡Si quieres que os dejemos vivir a ti y a tus amigos, permítenos entrar! ¡Nos llevaremos los objetos, nada más!

Jonay apretó los puños y todo su cuerpo se tensó. Estaban en clara desventaja: dos magos de los elementos contra un duende viejo, un humano indefenso y él. Jamás saldrían vivos de allí. Pero si eso le daba tiempo a Valeria para convencer a ese nuevo guardián y ganar la batalla, debían resistir un poco más.

—¡Lo siento! ¡Pero una de mis reglas es no fiarme de la palabra de un mago oscuro!

—¡Vas a arrepentirte de tu decisión!

De pronto, el muro de hierro que cubría la parte frontal del negocio se vino abajo como una torre de naipes, como un triste castillo de arena al que las olas habían decidido engullir. El estruendo fue tan fragoroso que el señor Ramos se tapó los oídos con las manos y Prigmar dio tal respingo que sus pies aterrizaron sobre la madera del mostrador. La vitrina había quedado expuesta. Y el brujo solo necesitó una ráfaga de viento gélido generada por sus dedos huesudos para hacer estallar el cristal en mil pedazos. Los fragmentos afilados se convirtieron en temibles proyectiles que se desperdigaron por toda la tienda sin encontrar resistencia. Jonay se tiró al suelo y se protegió la cabeza con ambos brazos. Entretanto, el duende y Luis se ocultaron tras el mostrador. ¡El primer brujo iba a entrar!

Jonay se levantó de inmediato y voló hacia el exterior. Tenía que enfrentarse a esos dos canallas fuera. Desde las alturas, observó cómo el mago del techo lo miraba de reojo mientras el que permanecía en la entrada ignoraba su súbita aparición en el aire.

—¡Muy bien! ¡Tengo el *Libro de los Nacimientos*! —anunció, mostrándoselo sin ningún reparo—. ¡Y es muy entretenido! ¡Tiene una lista enorme de guardianes posibles y...! ¡Aaah! ¡El nombre del guardián de la capa! —El mago del agua, rubio como las espigas de trigo, abandonó el tejado y se colocó junto a su amigo. Este, de cabellos morenos y con más arrugas en su rostro, le indicó que no hiciese ningún movimiento—. ¿Alguno lo quiere? ¿O me voy con él a buscar a la persona que puede poner en jaque a Lorius?

En ese momento, el mago del aire creó un pequeño remolino bajo sus pies que lo elevó varios metros hasta situarlo casi a su misma altura. No dijo nada. Permaneció en un silencio escalofriante, lo que heló las cejas del guardián.

—¿Y con quién tengo el gusto de luchar? —le preguntó Jonay para rebajar la tensión—. Vale, ya que no quieres presentarte... Al rubiales con cara de malas pulgas de ahí abajo lo llamaré Zipi y a ti, Zape.

El hechicero deslizó su muñeca de forma habilidosa y una ventisca emergió de la palma de su mano izquierda. Jonay la esquivó descendiendo rápidamente. En ese momento, bolas de agua tan compactas como precisas nublaron su campo visual y volvió a ascender para evitarlas.

—¡Bien jugado! ¡Uno por arriba y otro por abajo! ¡Pero me quedan los laterales! ¡Soy muy rápido volando!

—¡No hables! —le espetó el recién bautizado como Zape—. ¡En los combates honorables, los magos mantienen un silencio sagrado! ¡Calla y lucha como un hombre!

—Bueno, yo no soy mago. Y mi honor debe estar en la suela de los zapatos, porque no lo veo. Y, por último, aquí no estamos en Silbriar. ¡Mi planeta, mis reglas!

Jonay era consciente de que sus cuchillos poco podrían hacer ante brujos tan poderosos. De nada servirían sus lanzamientos desde la distancia, pues ellos podrían desviar su trayectoria con tan solo pestañear. Así que debía centrarse en sus piruetas en el aire para esquivar los continuos torpedos mágicos y hartarlos. Se aferraba a esto y a su cháchara. Era lo único que podría distraerlos, hacerles bajar la guardia en el momento preciso para acercarse a ellos y colocarles la navaja en el cuello. Sí, era un plan suicida. Pero, desgraciadamente, no contaba con un conejo en la chistera.

Mientras tanto, en el interior de la tienda, Prigmar y Luis se habían refugiado en el trastero. El duende estuvo tentado de adentrarse en el espejo y huir. Él no era un héroe. En su larga vida, jamás había golpeado a nadie. Era verdad que había sobrevivido a base de engaños, artimañas y al intercambio de algunas pociones prohibidas, pero nunca necesitó la fuerza bruta. Su astucia y su verborrea siempre le fueron más útiles. De soslayo, observó al humano. Debía ser un loco o querer mucho a sus hijas. Cualquier otro ya hubiera puesto los pies en polvorosa. Sin embargo, estaba allí, vigilando la puerta, con las manos pegadas al martillo y una mirada determinante.

—Si llegan hasta aquí, golpea el suelo con el mazo —le sugirió el duende—. Crea vibraciones en el pavimento capaces de hacer retroceder a gigantes. Sé que no eres un guardián, pero algo funcionará.

—Gracias —le respondió, depositándolo en el suelo y relajando el cuerpo.

En ese instante, atisbaron una luz en la tienda que cada vez se hacía más grande. Ambos, con mucha curiosidad, asomaron la cabeza para contemplarla mejor. Era una espiral dorada que giraba sobre sí misma a gran velocidad. Prigmar tragó saliva y pensó en atragantarse con ella. ¿A cuántos esbirros había enviado Lorius? ¿A una decena? ¡Definitivamente, iba a cruzar el espejo!

Por fin, el mago se hizo visible clavando su bastón en el suelo y apartó de su alrededor decenas de cristales como simples hormigas. Reparó en la presencia de los dos, agazapados bajo el umbral de una puerta diminuta y con los ojos más abiertos que los de los sapos del pantano.

—¡Buenos días o tardes! —los saludó tras tratar de discernir entre los extraños colores del cielo en qué momento del día se encontraba—. ¿Podrían indicarme dónde están los hechiceros de Lorius?

—¿Quién... es... usted? —logró balbucear el señor Ramos.

—Mi nombre es Aldin Moné, y se me ha pedido encarecidamente que proteja esta tienda... o lo que queda de ella —añadió tras percatarse de los agujeros en el techo y de las estanterías dañadas.

Fuera, Jonay hacía figuras imposibles en el aire para evitar quedar

atrapado entre remolinos de viento o inmerso en una burbuja de agua. Se contorsionaba, daba volteretas, descendía en picado para luego elevarse como un cohete espacial y ponía a prueba su velocidad. Pero estaba exhausto. Eran dos gatos expertos contra un ratón condenado a correr y correr para no caer en sus fauces. De pronto, Zipi separó sus manos y creó una pared de agua tan bella como alarmante. La alzó por encima de su cabeza y Zape dirigió una corriente veloz hacia ella. Inmóvil, el guardián asistió a la creación de un tornado líquido que aumentaba su tamaño a cada inyección de aire que el brujo le insuflaba.

—¡Pan! ¡Quiero que alejes esos vehículos de aquí! —Desconcertado, Jonay clavó su mirada en la entrada de la tienda y contuvo las lágrimas al distinguir a Aldin allí abajo girando su bastón con ambas muñecas.

—¡Me llamo Jon...! ¡Al carajo! ¡Cuánto me alegro de verle, señor Moné!

Entonces, reparó en la calle. Quinientos metros más allá, dirigiéndose hacia donde se encontraban, había dos coches tratando de sortear los baches de la carretera. En el primero pudo distinguir a una familia con dos niños que todavía no se habían percatado del gigante de agua. Aldin tenía razón. Debía impedir que llegasen hasta ellos. No quería llevar sobre su conciencia la pérdida de vidas humanas. Aquello era una batalla ajena, de otro mundo, y no les pertenecía. Tenía que ponerlos a salvo.

—¿Y dónde está el cumplimiento de una de nuestras primeras normas básicas? ¡Jamás exponer nuestra magia en otros mundos! —oyó cómo el mago los reprendía.

El guardián voló hasta el primer vehículo al tiempo que pensaba en cómo hacerlos retroceder. Desde las alturas, se devanó los sesos ideando un plan, hasta que se quedó sin tiempo. Debía actuar ya. Hizo un descenso vertical y aterrizó con una rodilla sobre el capó del coche, abollándolo. Alzó la vista y contempló el rostro aterrorizado del conductor. No era lo que tenía previsto. Entonces, desplegó ambos brazos para tratar de disculparse y, boquiabierto, observó cómo tras él se creaba otra imagen superpuesta: un reflejo ilusorio. Sí, era la misma calle, pero en ella no existían los brujos ni el remolino de agua. ¿Qué había pasado? ¿Cómo había conseguido sacar por fin un conejo de la chistera? Y, de pronto, comprendió. «¡Joder, Nico, tenías razón!».

Su poder había aumentado cuando más lo necesitaba. Él atravesaba portales hacia otra dimensión, pero también podía crear espejismos ficticios de estos. Y en ese momento, su mente había pensado en agujerear la calle y provocar un enorme socavón en ella que impidiese avanzar a los vehículos. Pero había calculado mal el aterrizaje. Y, ahora, estupefacto, contemplaba cómo tras su espalda había un hoyo

tan grande como irreal. Lanzó un silbido, todavía sorprendido. Bajó del coche y, con amabilidad, se acercó a sus ocupantes. El padre, aterrado, se apresuró a cerrar la ventanilla. En cambio, sus dos hijos la mantenían abierta y lo observaban con gran expectación.

—La carretera está cortada —les informó—. Las fuertes lluvias han ocasionado grandes destrozos.

—¿Es usted un superhéroe, señor? —le preguntó el niño mayor, señalando el cielo. Lo habían visto volar. Él se limitó a sonreír y asentir ligeramente con la barbilla sin saber muy bien por qué—. ¡Lo sabía! ¡Es Linterna Verde!

—Mmm, bueno, en realidad soy… —Le echó un vistazo a su camiseta verdosa—. ¿Peter Pan?

Después alzó el vuelo y se dirigió al otro extremo de la calle, dispuesto a repetir la hazaña: crear una imagen ilusoria que evitara que alguien más se atreviera a internarse en la calle.

Aldin no retrocedió. La columna de agua se erigía como un gigante surgido de las profundidades oceánicas. Fornido. Violento. El mago concentró toda su energía en el bastón y, cuando estuvo preparado, lo arrojó contra el torbellino líquido. Este se fragmentó en dos y cada una de sus partes se deshizo de inmediato, perdiendo así la solidez y convirtiéndose en inocuos charcos de agua. Dirigió su mirada hacia los dos brujos. No los había visto jamás, a pesar de que el más moreno debía rondar su edad. El otro, el más joven, debió integrarse en las filas de Lorius en los últimos años de la academia, antes de que fuera destruida.

Arrugó el rostro mientras valoraba a sus dos contrincantes. Se compenetraban muy bien. Agua y aire. Aire y agua. Pocos eran los magos capaces de combinar sus elementos y lanzar ataques tan efectivos. «Se conocen, eso es evidente… Han debido practicar juntos —pensó—. ¿Maestro y alumno? ¿Padre e hijo?». Mantenían un vínculo afectivo, y eso le bastaba. Acabando con uno, acababa con el otro.

El bastón volvió a su mano en cuanto divisó el siguiente ataque orquestado por el brujo más viejo: una batería de viento racheado. Trataba de hacerle perder el equilibrio, puede que para que, posteriormente, el mago del agua lo rematara en el suelo. Mientras esquivaba las ráfagas con el báculo, alzó el puño izquierdo y, tras hacerlo girar un par de veces, lo abrió, dejando escapar una esfera violácea que estalló a pocos metros de distancia del brujo más joven, diseminando sus bolas de agua por todas partes.

El rubio trastabilló. No se esperaba que ese mago mestizo fuera capaz de frenar su ataque cuando estaba defendiéndose del aire violento que lo cercaba por ambos flancos. Pero Aldin resistía las arremetidas del viento concentrando su peso sobre las puntillas. Era consciente de que una pequeña brizna podría romperle un hueso o

dejarlo mal herido. ¡Ese mago era experimentado y enérgico!

Aprovechó la caída del mago de agua para acercarse a su contrincante más fuerte. Clavó el bastón en el suelo y, sujetando con brío el mango con ambas manos, se impulsó para dar un salto. Un salto calculado. Perfecto en su ejecución. Aldin se elevó por encima del brujo, obligando al otro a doblar su cuerpo hacia atrás para evitar ser golpeado desde arriba, pero este elevó una de sus manos y descargó una masa de aire compacta. Sin embargo, falló en la dirección que la lanzaba; error del cual se benefició Aldin, ya que, antes de depositar los pies en el suelo, logró propinarle una estocada con el bastón justo bajo su axila. El brujo del aire perdió el equilibrio y cayó sobre su espalda en el asfalto.

El señor Moné oyó sus huesos quebrarse. El impacto con el bastón había sido lo de menos. Lo dañino era la descarga energética que acompañó al golpe. Había conjurado a uno de los cuerpos celestes más complicados. Se había centrado en la intensidad ocasionada por un cometa al desplazarse y en la órbita elíptica que describen para realizar su salto. En la academia, era uno de los astros más difíciles con los que conectar. Su ejecución debía ser equilibrada, si no, tendría fatales consecuencias para el mago que realizase el ataque.

Aldin observó a su víctima. Se encontraba malherido, aunque, dado su estado, no sobreviviría en un mundo donde la magia no existía. Necesitaba de una sanación profunda, de mente y alma, si quería volver a caminar. Pero eso solo era posible si volvía a Silbriar.

—Aquí no serás más que un cuerpo muerto despojado de tu magia —le dijo, mostrando compasión—. Dime, ¿qué quieres que haga?

En ese momento, con los ojos inyectados en sangre, el mago del agua se levantó. Pero antes de que pudiera avanzar, fue interceptado por Jonay, quien le colocó uno de sus cuchillos en la garganta y lo alzó en el aire, para después hacerlo aterrizar junto a Aldin.

—Deja que mi hijo viva y mátame a mí. Te doy mi palabra de que no buscará venganza.

El señor Moné analizó los ojos húmedos del joven mago. Percibió su tristeza, su debilidad, su amor. Pensó en su propio padre, quien siempre se afanó en que él fuera el mejor mago, quien lo alentó a que rompiera sus propias ataduras y del que nunca se despidió.

—Suéltalo —le dijo a Jonay. Este cumplió su orden, aunque no sin evidenciar su confusión. Después se dirigió al mago de agua con firmeza—: ¡Llévate de aquí a tu padre y cúralo! Solo te ruego que recuerdes que os he dejado vivir a los dos. No es un acto de piedad, sino de confianza.

El joven se arrodilló junto a su padre y comenzó a recitar un conjuro de traslación. Tras realizar filigranas con su bastón, Aldin se encaminó hacia la tienda.

—Bien, recompongamos este curioso negocio de objetos y luego pongamos rumbo a Silbriar, señor Pan.

—Antes quería pedirle un favor, maestro Aldin.

—Últimamente, solo oigo esa frase. Muchos van a deberme costosos favores en un futuro.

Jonay volvió la vista atrás y contempló cómo ambos brujos desaparecían tras la invocación de un portal. Chasqueó la lengua a la par que observaba al pequeño mago que caminaba junto a él. Esperaba que su decisión de liberar a los hechiceros no les trajera más problemas. ¡Ya estaban hasta el cuello!

Parte 4

La batalla de las sombras

La batalla más compleja a la que debemos enfrentarnos en nuestra vida es contra las sombras que desde muy pequeñitos nos acechan; nuestros demonios interiores, como los llamaba mi abuelo. Son crueles y despiadados. Nos enseñan nuestras mayores debilidades, nos susurran que no somos capaces y ahogan nuestros sueños para evitar que podamos cumplirnos. Hacen que te desvíes del camino mostrándote tus inseguridades, tus miedos y, aunque duela reconocerlo, tu cobardía.

Al final, te convences a ti mismo de que el sendero que has abandonado no era para ti. Era una ilusión, un espejismo imposible de alcanzar. Y te conformas con lo que te encuentras a tu alrededor. Te dejas llevar por la marea, pensando que así no volverás a escuchar a las sombras, esas a las que has vencido acallando sus voces. Pero la verdad es que son ellas las que han conseguido su objetivo. Ya no ves más allá. Han extinguido esa luz que te hacía tan especial y la han remplazado por resignación.

Con el paso del tiempo, solo unos pocos consiguen mirarse al espejo y preguntarse qué fue de ese brillo en sus ojos. Ven a las sombras posarse en su mirada y, en lugar de volver la vista hacia otro lado, deciden combatirlas. Es entonces cuando se produce el despertar: una sacudida violenta dentro de tu alma que te hace recapacitar, moverte de nuevo y buscar tu horizonte, pero, sobre todo, enfrentarte a esas sombras que consiguieron transformarte en alguien extraño incluso para ti mismo.

Un poder nuevo se manifiesta en tu ser y te grita que ha llegado la hora de coger las riendas de tu vida. De volar libre, de dejar atrás las dudas y de dilucidar de una vez por todas tu verdadero destino.

23

Asedio

Galvian se atusó la barba con inquietud y avizoró a través de la ventana el único sendero que serpenteaba por el bosque y descendía hasta la aldea. Ese debía ser el punto por el que entrarían los orcos de Lorius. El resto de los caminos estaban libres de árboles y peñascos, por lo tanto, era inviable un ataque sorpresa. Las tropas enemigas serían visibles a varios kilómetros de distancia. Sin embargo, aquella vereda impracticable, cubierta de arbustos y gruesos pinos, ocultaría a un gigante hambriento sin levantar sospechas.

Bufó. Estaba impacientándose. Su ejército llevaba horas escondido en el interior de las casas, aguardando una incursión que se demoraba. Subió al segundo piso de esa deprimente tienda de especias y se atrevió a salir al balcón. A su espalda, divisó el férreo escudo del Refugio. El edificio entero parecía estar dentro de una enorme bola de cristal. Flotaba, mecido por unas nubes ilusorias. Como jefe de la comunidad de los enanos, muchos le habían suplicado que permaneciera en él, junto a su mujer y dos de sus hijas. Pero él había rechazado la oferta. Era demasiado viejo para esconderse. Tenía demasiadas arrugas para desaprovecharlas contemplando la lucha a través de la cúpula. ¡Era un enano! ¡Un guerrero! ¡De una valía inmensurable! Y si había llegado la hora de su muerte, la afrontaría con una sonrisa jocosa.

Esa condenada se burlaba de él. Tres veces se le había presentado, y las tres había pasado de largo. Dos de esas visitas habían sido durante la Gran Guerra. En la primera, un orco casi le desgarró la pierna, y aunque estuvo a punto de morir desangrado, tras su curación y desoyendo las órdenes de sus superiores, volvió al frente; cojo pero con el brazo preparado para enterrar su hacha en el enemigo. La segunda vez, el fuego de un dragón negro estuvo a punto de achicharrarlo. Él se lanzó por un acantilado antes de que este pudiera freírlo, pero calculó mal el salto y se rompió varios huesos.

Permaneció varios días en las faldas de ese peñasco, agonizando y deseando que la muerte viniera a recogerlo. No obstante, aunque la vio sonreír desde el otro lado de la orilla, jamás se acercó a saludarlo. Y la última, aunque se afanaba en olvidarla, le recordaba una y otra vez que los enanos también eran seres vulnerables. A nadie le gusta atragantarse con un trozo de carne y pensar en un final poco honroso.

—Padre, deberías descansar un poco. No puedes estar en guardia permanente.

De reojo, observó las trenzas morenas de su hija menor: fuertes, robustas y recogidas en su nuca con decisión. Linca se había convertido en una de sus mejores guerreras y por eso lideraba un grupo de mujeres osadas y grandes espadachinas. Él seguía prefiriendo un arma tradicional; su hacha dorada lo acompañaría hasta su último suspiro.

—Sé que esos miserables están observándonos. Esperan que demos un paso en falso o que bajemos la guardia.

—Deberías haberte quedado junto a mamá. Tienes a tus mejores generales aquí. —Él asintió. Contaba con los mejores, era verdad, pero aun así sentía un vacío en sus tripas. Y eso nunca había sido muy buena señal—. Echas de menos a ese enano borrachín y maloliente, ¿no es así?

—Onrom está en una misión peligrosa. No puedo decir más. Nadie debe saber dónde se encuentra. Pero estoy seguro de que volverá. ¡Ese bastardo tiene más vidas que yo! —Rio con ganas, desahogando toda su inquietud en esas carcajadas. Puede incluso que sus últimas risas, los últimos momentos junto a los suyos: sus guerreros.

Ella sonrió de medio lado. Hubo un tiempo en el que su padre trató de casar a una de sus hijas con el enano gruñón, más por la devoción que le profesaba que por sus cuestionables aptitudes como esposo. Todas le habían contestado con un rotundo no. Incluso ella misma, quien, a pesar de admirarlo por su coraje y arrojo, era consciente de que los separaba una generación entera. Onrom le sacaba casi cien años.

Galvian volvió a inspeccionar la empinada colina; una última mirada antes de refugiarse en el interior y colocarse de nuevo en su puesto, frente a la mesa donde señalaban con equis las áreas registradas, muy cerca de la ventana. No quería separarse de esta. Su olfato le decía que desde allí contemplaría a los orcos descender con sus garrotes y devastarlo todo.

Entonces, atisbó un ligero destello a la izquierda del risco, fugaz pero significativo; un sutil reflejo de un arma, de un hierro. Arrugó el rostro, contrariado. Las bestias que conocía no portaban espadas. Los orcos usaban los garrotes y sus propios puños. Las varitas de los magos rara vez eran de metal, y las arpías contaban con sus propias garras,

afiladas como sus colmillos.

—Ya vienen —le desveló a su hija—. Diles a todos que se preparen y mantengan las posiciones hasta nueva orden. —Ella desenvainó y cruzó la habitación con paso decidido—. ¡Linca, ten mucho cuidado! Ignoro qué clase de monstruos se acercan.

Galvian no tuvo que esperar mucho más para descubrir quién era su enemigo. Un centenar de seres horrendos jamás vistos por él en sus años de guerrero se precipitaban ladera abajo, arrasando todo lo que encontraban a su paso. Había aldeanos, caballeros, orcos, bestias del pantano y algún que otro trol, a los que se les consideraba una especie casi extinta. E incluso le pareció vislumbrar a una decena de duendes. Boquiabierto, dio la orden de ataque en cuanto ese enjambre de monstruos pisaron las calles del pueblo. «Pero ¿qué diantres son esos seres?».

Caminaban sin mucha prisa, mostrando trozos de carne colgando de sus cuerpos putrefactos. A algunos les faltaba un brazo y a otros, medio rostro. Aun así, arrastraban sus piernas mientras se internaban en las callejuelas y blandían sus armas como fieles soldados. Sus ropajes eran harapos llenos de barro e infestados de gusanos.

—¡Por las barbas de mi abuelo el tullido! ¡Esa gente está muerta!

—¿Y por qué caminan, señor? —escuchó preguntar a uno de sus generales detrás de él.

—¡Debe ser cosa de la bruja! Un hechizo vil y cruel. ¡Ha despertado a los que descansaban en paz!

—¿Y cómo matamos a los que ya están muertos? —volvió a preguntar, tragando saliva.

El enano de barbas blancas dudó unos instantes. Él no era un mago. No podría deshacer un conjuro de tal índole ni pagando con oro en el mercado de magia clandestina. Aquello era brujería negra, de la más oscura y horripilante que sus cansados ojos hubieran contemplado jamás. No podría pararlos, solo contenerlos.

—¡Cortadles la cabeza! Descabezados, dudo que logren orientarse y atinar con sus armas.

Los enanos se abalanzaron contra los muertos saltando desde balcones y tejados y buscaron con sus hachas los cuellos de esos desalmados. Galvian observó horrorizado cómo algunos de sus hombres perecían en el intento, para poco después renacer y alzarse contra su propio pueblo. Eso no era una muerte digna; no para unos guerreros que habían entregado su vida luchando por la libertad de su especie. ¡Los enanos no iban a ser los esclavos de Lorius! ¡Jamás se someterían a él! Pero ¿qué otro camino podrían tomar? Si combatían y morían, también estarían bajo el yugo del hechicero.

Galvian gritó de rabia. Asió su hacha y se dispuso a cortar cabezas. Rio como un demente cuando las primeras cayeron a sus pies. Él tenía

razón. Corrían como pollos descabezados chocándose con paredes y alzando las armas contra ellos mismos. Entonces, vislumbró a su hija Linca bajo las piernas de un orco. Este trataba de estrujarla como si fuese un insecto molesto. Llegó hasta ella tras esquivar los hierros de varios caballeros y la salvó de un garrotazo apartándola con un empujón. La vio caer. Y él también besó el pavimento. Luego sintió el peso aplastante del garrote sobre su hombro derecho.

—¡Linca! ¡Linca! ¡No dejes que muera a manos del monstruo! ¡No quiero convertirme en uno de ellos! ¡Por favor, clávame tu espada!

Galvian atisbó los ojos yertos del ogro sobre él y suplicó para que su hija llegase a tiempo. Pero ella no llegó jamás. Tampoco el último golpe del orco, quien pasó sobre él sin apenas mirarlo. El enano no supo si llorar o reír. «¡Maldita muerte, que vuelves a burlarte de mí!».

Euren escuchaba el sonido de los hierros y los gritos eufóricos de los enanos. La batalla había comenzado en el pueblo, al sur del Refugio. Por un instante, sintió unas irrefrenables ganas de abandonar su posición y correr hacia el enfrentamiento. Algo iba mal. Entre el vocerío habitual de una contienda, a veces surgían chillidos de pánico y lamentos aterradores. Maldijo para sus adentros. Sabía que debía permanecer allí, entre la boscosidad de ese terreno impracticable, donde no existían senderos delimitados que alcanzaran los muros del Refugio, sino atajos poco recomendables tan solo utilizados por algunos comerciantes osados. Aun así, era consciente de que Lorius no atacaría desde el frente más evidente: el sur. Lo haría por varios flancos a la vez, y los elfos estaban preparados para su posible incursión desde el este. Los arqueros se habían situado en una posición estratégica, en lo más alto de las primeras filas de árboles, ocultos entre sus ramas. Eran su primera línea de defensa. Varios metros por detrás se encontraba un escuadrón terrestre, un grupo numeroso, diestro con las lanzas y en el combate cuerpo a cuerpo. Allí estaba ella.

Observó a su hermano Lucian, quien, con semblante severo y decidido, les daba las últimas instrucciones a sus hombres de confianza. Pocas veces lo había visto lucir el atuendo élfico de guerrero: botas altas, pantalones ajustados, una sencilla cota de malla sobre una camisa verde y, a su espalda, un carcaj repleto de flechas. Los elfos no se cubrían la cabeza con yelmos como los enanos ni portaban grandes armaduras. Ellos eran ágiles en sus movimientos, y cuanto menos peso sobre sus hombros, mejor. Eran famosos por sus saltos, sus piruetas arriesgadas y por ser avezados con sus arcos. Y aunque ella era una gran tiradora, prefería la lanza.

Torció el gesto, indignada. Lucian parecía haberse metido de lleno en el papel de líder a pesar de que siempre había rehusado pisar un campo de batalla. Se paseaba orgulloso entre hombres y mujeres, quienes lo felicitaban por su recién ascenso y por haber decidido finalmente unirse a los aliados; una decisión que no había tomado él, sino que había sido una exigencia de su padre. Lanzó un suspiro sentido. Si desde el principio hubiera seguido los consejos de su padre, quizá no se encontrarían en esa situación tan calamitosa.

Desvió entonces la mirada hacia el grupo de guardianes, situados en la esquina noreste del Refugio. Eran una docena, no más, y estaban acompañados por algunos de sus maestros. Estos desempolvaban sus varitas como quienes limpian la cubertería de plata. La mayoría de ellos vivían en el mundo humano y desde allí entrenaban a sus pupilos. El resto eran los que organizaban los tan nombrados campamentos de verano para guardianes en prácticas. Chasqueó la lengua. Apenas reconoció a unos cuantos. Conocía las dotes de Kwan con la flauta mágica, las manos llenas de agujas envenenadas de Nafula y la Bestia que habitaba en Ruby. Eran fuertes. Implacables. Y deseó que los otros guardianes fueran como ellos. Cruzó la mirada con Ruby y observó cómo esta abandonaba el grupo para acercarse a ella. Euren no se movió. Aguardó con disimulo su arribo.

—Imagino que ya sabrás que han estado jugando con nosotros —soltó la guardiana con voz afectada—. Nuestra aventura en el desierto fue una completa mentira.

—¡Te juro que mataré a Belemis con mis propias manos! —exclamó con rabia.

—Ponte a la cola. Somos muchos los que queremos que arda en la hoguera. ¡Yo me enfrenté a mis amigos pensando que la causa era justa! ¡Te seguí, Euren!

—¡Oh, no! Seguiste las directrices de tu maestro. A él también lo engañaron. ¡Como a todos!

—A todos no. —Bajó la cabeza, arrepentida—. Jonay trató de convencerme del error que estaba cometiendo y no lo escuché. Y ese elfo, Coril, intentó explicarnos su posición.

—No te tortures. Cumplíamos órdenes —la interrumpió Euren. No quería escuchar su nombre. Le dolía. Le aguijoneaba el corazón tan solo pensar en él. Coril no la merecía. Había sido muy injusta con él desde el principio. Siempre temió que su amor por ella fuera la excusa para olvidar a otra mujer, a su amiga, a Anael—. De todas maneras, sigue existiendo una descendiente oscura. Y ella debe morir.

—Nunca has tenido fe en los humanos. Ni siquiera cuando combatí a tu lado me tomaste en consideración. Era un instrumento para ti para alcanzar tus objetivos: matar a las tres hermanas.

—¡Por favor, Ruby! Tú también estabas deseando que la

descendiente guerrera muriera. Lo vi en tus ojos. ¡Tenías celos! ¡La odiabas! Porque ella es ahora el deseo más ardiente de tu querido guardián, el de la gorra verde. ¡Y tú, su pasado! ¡No me des a mí lecciones de integridad!

—La diferencia entre tú y yo, Euren, es que yo sé que me equivoqué y casi maté a Nora por ello, a una niña. ¡Ni te imaginas lo mucho que pienso en ella! —le dijo, endureciendo el mentón—. ¡Y estoy hoy aquí para expiar mis errores! ¡Para luchar por la libertad! ¡Por la verdad! Pero tú, ¿por qué luchas? ¿Cuándo decidiste volverte tan agria que ni los tuyos son capaces de reconocerte? Dime, ¿a qué le tienes tanto miedo?

Euren no supo qué responder. Aunque detestaba admitirlo, la guardiana tenía razón. Se había perdido en el camino y desconocía cómo volver a casa. Pensaba que matando a un par de bestias se sentiría mejor. Pero estaba engañándose. ¿Qué pasaría cuando la guerra terminase, cuando ya no existiese un motivo para seguir levantándose cada mañana? Si vivía, y ahora era un detalle que no le importaba lo más mínimo, ¿cómo volvería a su hogar después del daño infringido a tantos otros? Y, lo que era peor, a ella misma. Sufría por dentro. La amargura la consumía. No la dejaba respirar. Y tras unos enormes arbustos, lejos de todos, gritó desesperada.

De improviso, escuchó unos espeluznantes gruñidos. Corrió hasta su posición anterior y desde allí contempló cómo los arqueros descargaban innumerables flechas sobre un centenar de orcos. ¡Habían llegado! Algunas bestias sacudían los árboles, aguardando a que los elfos se precipitaran contra ellos para luego despedazarlos. Otras avanzaban sin mucha oposición. Ella soltó una larga exhalación y, clavando en la tierra su lanza, se columpió para embestir con sus piernas al primer orco que se le acercó.

Ruby tenía razón en algo. ¡Había llegado la hora de la verdad!

En el interior de su lujosa tienda de campaña, Lidia aguardaba su destino. No tenía miedo, aunque su corazón a veces latiese tan rápido que la obligaba a colocar su mano en el pecho para intentar calmarlo y respirar profundamente para evitar pensar. Desde el borde de la cama escuchaba el eco de una batalla que se le antojaba remota, ajena a su persona. Sin embargo, estaba demasiado cerca, demasiado para permanecer indiferente a los alaridos de las víctimas y al débil resuello de los fatigados. ¡Había llegado su hora! Y eso le provocaba un cosquilleo en el estómago del que no podía escapar.

Apaciguó ese extraño nerviosismo jugando con su cabello y atándolo en una trenza. Si iba a cruzar esos campos de guerra, no

podría hacerlo con la melena al viento. No podría hacerlo como la princesa oscura en la que la habían convertido, sino como la niña entusiasta y poseedora de los zapatos de cristal. Contuvo una sonrisa. Esos brujos la habían despojado de sus zapatos. Le habían arrancado su inocencia. Le habían arrebatado su futuro. ¿Quién era ella ahora? ¿Seguía siendo una descendiente?, ¿una amante fiel que había renunciado a todo por un amor imposible? ¿O era la reina de esas nuevas bestias? ¡La que se sentaría en el codiciado trono de Silbriar! ¡¿Quién demonios era?!

Se quitó los tacones y los estrelló contra el espejo, resquebrajándolo. Se incorporó y, durante unos segundos, contempló su imagen distorsionada en él. ¡Ella era esa! Una muñeca rota. Una matrioska rusa en cuyo interior vivían otras partes de sí misma.

—¿Qué haces? —Kirko la examinó desde la entrada.

—Estoy tratando de averiguar cuál de todas ellas soy —le dijo, mostrándole los diferentes fragmentos del espejo, el cual no había caído al suelo gracias al marco ovalado que lo contenía.

Se acercó a ella y la sostuvo por la cintura.

—Tú eres quien quieras ser —le susurró al oído.

—¿Precisamente tú crees en el libre albedrío? ¡No me hagas reír, Kirko! —Apartó las manos de su cuerpo—. ¡Tú solo has creído en las palabras de tu padre! ¡Él ha dirigido siempre tu vida! Te dijo que me amases y aquí estás... ¡Como un cachorrito fiel!

—¡Pero yo te amo! —le confesó sorprendido.

—Lo sé. Lo sé... Sé que no entraba en tus planes quererme, pero lo hiciste... Sí, yo también sentí lo mismo que tú en el poblado de los gnomos: espanto y deseo; un deseo que siempre me negué a aceptar. Y por él estoy aquí, contigo, librando batallas que no me incumben. —Le acarició los labios con su pulgar mientras revivía los momentos de pasión junto a él—. ¿De verdad crees que sobreviviremos a esta guerra y podremos tener ese castillo perdido en las montañas?, ¿donde nadie pueda encontrarnos ni manipularnos?

—¡Claro! ¡Yo daría mi vida por ti! ¡Lo conseguiremos! —Él rozó sus labios con ansia y ella se lo permitió.

Era su último beso antes de emprender un viaje hacia lo desconocido, hacia un final que ni ellos mismos imaginaban.

—Me alegra ver que el amor triunfa en tiempos de guerra. —Moira entró en los aposentos sin ser invitada. Minutos después lo hacía Lorius Val, acompañado de su inseparable perro guardián: su hija Kayla.

Lidia enarcó las cejas, sorprendida. Nunca se habían dignado a pisar su acogedora tienda. Se limitaban a hacerla llamar o a sacarla a rastras si no cumplía sus órdenes de inmediato. Se preguntaba a qué se debía ese cambio de actitud.

—Todo procede tal y como esperábamos —anunció el hechicero, rebosante de orgullo—, aunque mi amigo Bibolum haya creado un escudo mágico usando los prismas ambarinos. Repelen la energía de la noche como el agua al aceite. Aun así, mis brujos se encuentran ahora mismo tratando de agujerear con sus proyectiles esa especie de burbuja de cristal. Tratamos de amedrentarlos, de infundirles temor y, por supuesto, de confundirlos. —Lorius se frotó las manos, proclamándose ya victorioso—. Porque mientras ellos contemplan con suspicacia las distintas explosiones en su cúpula, desatenderán otras posibles opciones de ataque. Una a menor escala.

—¿De qué estás hablando, padre? —le preguntó Kirko, todavía embriagado por el sabor de los labios de su novia.

—Ese escudo dejará entrar a cualquier hijo de la magia blanca. ¡Es algo con lo que no cuentan esos magos remilgados y obtusos! Y tú, Lidia, eres esa persona.

Ella lo miró con recelo. Era la primera vez que pronunciaba su nombre en voz alta. Lorius estaba tratándola como a una igual. Y no sabía si tomarlo como un halago o como otra señal de advertencia. Quizá le tuviera miedo. Puede que se hubiera percatado de todo el poder que manaba de su interior. Por supuesto, todo obra suya y de la bruja, quien, a pesar de observarla con altivez, no dudaba en apartar la vista de ella y dirigirla hacia otro punto de la estancia. Ellos habían despertado su don interior.

—Te olvidas de que ya hay oscuridad en mí. Ya no soy la misma —le dijo, sin mostrar ningún tipo de interés en sus asuntos.

—Te equivocas. —Lorius la sujetó por los hombros y la obligó a mirarse en el espejo—. Eres todas esas de ahí. Todas son partes de tu ser. Algunas son intrépidas; otras, niñas lloronas, y esa de ahí... es la mujer en la que te has convertido ahora. Tienes que entender que a lo largo de nuestra vida somos diferentes personas. Yo fui un niño enclenque y asustadizo al que le asaltaban muchas dudas. Pero también un joven prometedor y lleno de entusiasmo. Yo lloré, reí, sufrí la tortura en mi piel y el amor de amigos y amantes. Es necesario recorrer un camino para descubrir quién eres y cuál es tu misión en la vida. Y tú, mi querida niña, eres la reina destinada a gobernar nuestro mundo. ¡Está en tu sangre! ¡Y la sangre no olvida! ¡Siempre serás una descendiente! Y por eso sé que la luz que hubo en ti te permitirá penetrar en el Refugio.

Ella vacilaba. Examinaba las decenas de rostros que convivían en el espejo. Sí, a ella la habían despreciado muchas veces, pero también amado. Era hija, hermana, amante y, ahora, la futura reina de Silbriar. Esbozó una ligera sonrisa. Ese era el futuro que le mostraba el cristal. Entonces, asintió con determinación.

—Padre, es una misión muy arriesgada. —le reprochó Kirko.

—Por eso quiero que tú la acompañes. ¡Eres un hugui, hijo mío! ¡Y, ahora mismo, un guardián! El protector más fiel de nuestra descendiente. Tu objeto impedirá que salten las alarmas. —Se jactó de su inteligencia—. De todas formas, recuerda que, al no ser su legítimo dueño, su poder puede desvanecerse en cualquier momento. Así que procura entrar en esa fortaleza antes de que te sea imposible.

—¡Si ellos van, yo también! —se ofreció Kayla.

—Mi querida hija, para ti tengo otros planes.

—Vendrás conmigo —le desveló la bruja—. ¡Tú y yo nos adueñaremos del castillo de Silona! ¡Mis arpías están ya preparadas!

Kayla no pudo contener una mueca de desagrado. Prefería mantenerse al lado de su padre y no ser la doncella de esa bruja demente. Pero no rechistó. Moira abandonó la tienda con aires de gran señora y ella bufó. Su padre la retuvo antes de que saliera.

—Quiero que la vigiles, hija —le susurró—. No podemos permitirnos que haga una hoguera en el castillo y queme objetos o tratados valiosos. También me gustaría interrogar a Silona antes de ejecutarla. Esa es la razón por la que te envío con ella. —Kayla sonrió satisfecha—. No me fío de ella. De hecho, nunca lo he hecho. Sé que me oculta algo y no puedo indagar en su mente retorcida. ¡Descubre sus planes! No me extrañaría que quisiera autoproclamarse reina de Silbriar y luego obligarme a hincar la rodilla ante ella.

—Descuida, padre. No le quitaré la vista de encima.

Lorius besó a su hija en la frente y volvió a girarse con solemnidad para observar de nuevo a la pareja que engendraría a sus nietos, a su linaje, el que estaba destinado a devolverle a Silbriar la cordura y la tradición ancestral.

—Sé que juntos seréis invencibles. Conseguiréis entrar en ese Refugio. Luego, cuando destruyáis los prismas y el escudo caiga, enviaré a mi ejército de muertos. De un modo u otro, los que se opongan a mi régimen terminarán en mis filas.

Lidia atisbó un brillo inusual en su mirada. No iba a hacer prisioneros. No permitiría que nadie propiciara un nuevo levantamiento contra él. Ejecutaría a los supervivientes de la guerra y se libraría de sus enemigos, sobre todo de aquellos más peligrosos para él, como Bibolum o Aldin. Y, por supuesto, de sus dos hermanas. Su corazón brincó acompasado. Percibió el veneno en su sangre, una rabia extraña que la empujaba a odiarse a sí misma. Lorius Val tenía razón en algo: ella encarnaba a todas esas partes del espejo. Y eso significaba que, si conseguía penetrar en la cúpula de ámbar, es que todavía había luz en ella. ¿Acaso todavía podría ser una descendiente? ¿Podría haber bondad en su alma? ¿Tanta como para evitar una catástrofe sin renunciar a su amor?

Bibolum contemplaba las detonaciones mágicas que trataban de debilitar el escudo. Eran potentes, cargadas de una energía incombustible. Los magos de Lorius avanzaban por el frente oeste, acompañados por algunas bestias del pantano que funcionaban como guardaespaldas del batallón más preciado del hechicero. Estos usaban un movimiento coordinado de sus manos muy elaborado —probablemente, ejercitado durante meses y bajo la supervisión de Lorius— para atacar el Refugio. Las descargas eran tan virulentas que teñían de un color púrpura la zona del impacto, para después ramificarse en decenas de tentáculos estirados que se extendían por toda la cúpula. Minutos después, un tímido tono rosáceo los hacía retroceder y devolvía la luz sobre sus cabezas.

Los magos de Zacarías custodiaban los prismas mientras, presurosos, agitaban sus varitas, evitando así que el escudo sufriera algún reventón. Bibolum era consciente de que podrían permanecer días o semanas enteras así, hasta que la extenuación y el pesimismo hicieran que uno de los dos bandos decidiera rendirse. Disgustado, torció el gesto y se dirigió al torreón oeste. Desde allí, examinó mejor a los hechiceros de Lorius. Eran infatigables. Sus rostros acusaban una decidida veneración por su líder y un arraigo extremo de sus convicciones. Pese a que un grupo minoritario de magos blancos, ayudados por el ingenio de los gnomos, trataban de combatirlos desde el exterior, no caerían tan fácilmente. Querían distraerlos, hacerles perder su concentración. Pero esos abominables monstruos de las ciénagas recibían la mayoría de sus golpes, impidiendo con ello que hubiera bajas entre los brujos de Lorius.

Entonces, sobrecogido, vislumbró a un enjambre de arpías en el horizonte. Volaban resueltas, sin adversario que entorpeciese su camino. Bibolum entrecerró los ojos y distinguió a una veintena de personas cabalgar sobre sus lomos. Al frente, le pareció reconocer a Moira. Pero no estaba muy seguro de ello. Apenas coincidió con ella en varias ocasiones, y siempre fueron encuentros fugaces, propiciados por su mujer Afira, quien profesaba una profunda admiración por las labores que la sacerdotisa desempeñaba en la biblioteca.

Suspiró y apartó los recuerdos tormentosos de aquella época. Afira había perecido junto a los suyos en el gran incendio de Tirme. Ahora sabía que no todo había sido culpa de Lorius, a quien odió por ello durante demasiados años, demasiado largos para sobrevivir tan solo a base de rencor y ganas de venganza. La bruja era la primera responsable de esa masacre. Y ahora se dirigía a… ¿Hacia dónde iba? Pensaba que querría sorprenderlos con un ataque aéreo, pero en el último momento se había desviado y cambiado su rumbo. ¿Por qué

había hecho tal cosa? ¿Acaso quería confundirlos? «No, solo pretende atemorizarnos, distraernos, hacer que todos alcemos nuestras cabezas. Quiere destruir el castillo de Silona. Hacia allí va. Dispuesta a arrebatarle su trono».

Pensó en el reducido grupo de magos que habían decidido protegerla bajo las órdenes de Lena Tariel. Esta era audaz, pero muy joven todavía para comprender las estratagemas elaboradas en los rincones de las mentes más oscuras. No dudaba de su valor ni de su determinación, sino de su capacidad de enfrentarse a varias cuestiones a la vez. Y allí tendría que lidiar también con las ocurrencias de un hada déspota, cegado por la ambición. Deseó que la arrogancia de Niber no subestimara las artimañas de la bruja. Él nada podía hacer desde allí.

Resignado, suspiró. No apartó la vista de las arpías hasta que estas casi desaparecieron entre las nubes. El ataque al castillo de Silona era inminente. Volvió al interior y recorrió los largos pasillos hasta la zona donde permanecían los refugiados. Allí observó a Libélula, quien se aseguraba de que ninguno rompiese la fila y de que nadie se quedara rezagado.

—¡Ha llegado la hora! —exclamó ella, con lágrimas en los ojos. Él asintió—. Los llevaré al sótano y los ocultaré allí hasta que todo pase.

—Libélula, coge esta llave. —El gran mago extrajo una pequeña varita que contenía una esfera en uno de sus extremos—. Dirígete hacia la zona norte. Existe una puerta que conduce a los bosques. Tendrás que superar varios pasadizos estrechos y oscuros, así que hazte con algunas antorchas. Cuando el escudo caiga y todos entren aquí como dementes sedientos de sangre, tú irás al exterior. ¡Tienes que salvar a todos estos inocentes!

—No, no voy a dejarte aquí. Puedes venir con nosotros. Zacarías está haciéndolo bien. Ha cogido las riendas de su presidencia con decisión… Por favor, Bibo, vente conmigo. —Negaba con la cabeza—. ¡Son todos unos monstruos! He visto a las arpías desde la ventana. ¡Todos las hemos visto! ¡Era imposible no verlas! ¡Sonreían! ¡Tenían una sonrisa malévola en sus rostros!

—No puedo dejar a Zacarías. No puedo abandonar mi Refugio, ¿lo entiendes? —Ella apretó los ojos, resignada—. Y no te preocupes por las arpías. No vienen a por nosotros, solo querían… —El gran mago enmudeció. Entrecerró los párpados unos segundos para tratar de ordenar sus pensamientos.

—¿Qué pasa, Bibolum?

—¡Tengo que volver a mi cúpula! ¡Han usado el ataque de esos magos y a las arpías como distracción! ¡Ya han entrado en el Refugio!

—¡Hay que avisar a Zacarías!

—¡Lo haré yo! —Bibolum le dedicó una sonrisa tierna y la abrazó

—. Mi dulce y fiel Libélula, los dos perdimos a seres queridos en el primer levantamiento de Lorius y quedamos muy afectados. Sin embargo, al final, siempre mantuvimos una fe inquebrantable en que la paz llegaría algún día. Luchamos por ella, conseguimos que las descendientes vinieran y liberaran a Silona. Ahora, pase lo que pase, quiero que nunca borres de tu rostro ese halo de bondad y esperanza que te caracteriza. Silbriar necesita a personas como tú.

Aprovecharon el vuelo de las arpías para introducirse en el patio. No fue una tarea difícil. Todos contemplaban el poderío de la bruja mientras trataban de contener las explosiones en el escudo. Lidia solo tuvo que acariciar el frío y gelatinoso cristal para que este abandonara su forma sólida y se deformara hasta garantizarle una entrada adecuada. Por un segundo, pensó en soltar la mano de Kirko, quien lucía el sombrero como un auténtico guardián de la luz, y dejarlo atrás, impidiendo así que entrara en el Refugio. Tenía que resolver un asunto, y debería hacerlo ella sola. Después desechó esa idea. No podía abandonarlo allí, a su suerte. Si alguien lo descubría husmeando en el exterior, lo mataría sin dudarlo. Y ella no quería que muriese. Aunque su corazón permanecía nublado, sin experimentar esa pasión que la había conducido a sus brazos, sabía que en el fondo sentía algo por él; algo que todavía no había muerto, un extraño deseo, un amor compasivo y fiel. Así que se agarró a su mano con más fuerza si cabía y ambos penetraron en el Refugio sin que nadie se percatase.

En el interior, Lidia admiró el despliegue de catapultas en los diferentes patios. Los gnomos se preparaban para el asalto de las bestias enemigas mientras decenas de magos situados en lo alto de las murallas contenían las detonaciones en el escudo.

—Bien, con que consigamos romper varios prismas, será suficiente —le indicó Kirko—. El resto se desestabilizará y se abrirán sendos agujeros en su defensa mágica. Después se desvanecerá. Lidia, ¿estás escuchándome?

Pero ella continuaba fascinada observando a todos aquellos seres que se afanaban en defender el principal reducto de la Resistencia. Examinaba sus rostros, preocupados pero a la vez repletos de coraje. Clavó su mirada entonces en los muros homogéneos de la atractiva construcción. Y aunque el balcón donde había visto al gran mago estaba vacío, sintió un pinchazo en su corazón. Una llamada ineludible. Una señal indiscutible que no podía ignorar. Él ya sabía que ella había traspasado los muros. La esperaba. Y ella no podía defraudarlo.

—Te dejo esa tarea a ti —le respondió, sin apartar la vista de la

balconada—. Seguro que no fallarás.

—Pero mi padre nos ordenó...

—¡Yo no sigo las órdenes de nadie! —Le dio la espalda y, sin ninguna dificultad, se internó por una de las puertas laterales del edificio.

Extrañado, Kirko observó sus andares sinuosos y determinantes. Después, maldiciendo para sus adentros, se retiró el sombrero de la cabeza y, sin soltarlo, lo colocó a la altura de sus rodillas. Entonces, saltó dentro de él y desapareció.

Reencuentro

Sentado en una roca, con la mirada perdida en un cielo azul plácido y refulgente, Nico trataba de recomponer los fragmentos de su alma rota. Hacía unas horas que habían regresado a La Principal, y en breve se dispondría a degustar una variedad extensa de manjares preparados por los elfos; una última cena antes del ocaso, un banquete digno de los combatientes que debían partir hacia la guerra. Según la tradición, los guerreros no podían dormir con el estómago repleto porque las energías de la noche harían que sufriesen pesadillas y no descansasen bien. Sus reflejos disminuirían y sus golpes no serían tan acertados en la lucha. Por eso habían organizado una cena temprana. Pero él no tenía hambre. Porque una vez acabada la contienda, tendría que regresar a casa.

Suspiró. No quería despedirse de su hermano. No quería volver a la Tierra sabiendo que él debía permanecer allí, en un mundo lejano y de difícil acceso. Lo había recuperado hacía algo más de un año y ahora se negaba a perderlo. Daniel siempre lo había ignorado, apartado de su vida, como si él fuese un espécimen extraño. Pero el día que fueron a la tienda, esa bendita tarde en la que todo comenzó, lo había sentido cerca. Estaba con él, por primera vez, como un verdadero hermano.

Por un instante odió a Valeria. Ella era la descendiente, la que debía subir al trono. ¿Por qué su vida era más valiosa que la de los demás? ¿Por qué sus hermanas eran más importantes que él? ¿Es que él no tenía derecho? Volvió a sentirse solo, inmerso en una soledad abrumadora, como cuando vagaba por los pasillos del colegio siendo el bicho raro, el enteradillo que sabía de todo porque lo había leído en los cientos de libros que devoraba al año pero que en realidad no sabía nada.

Se distrajo limpiando el barro de sus botas y sonrió al ver su brillo. Ellas le habían brindado un nuevo hogar, donde había madurado no solo junto a su hermano, sino a tantos otros. Pasara lo que pasase, no

podía olvidar a esa gran familia, compuesta de elfos, magos, enanos y sus amigos guardianes. Atisbó por el rabillo del ojo a la pequeña Érika, quien acariciaba con una especial ternura a su dragón. Y se arrepintió de todo lo que había llegado a pensar. Al fin y al cabo, si no hubiera sido por las hermanas, nunca habría pisado Silbriar, nunca habría despertado de ese letargo monótono que lo obligaba a coger su mochila e ir a clase a diario. Si no fuera por ellas, no habría vivido todas esas aventuras; arriesgadas, sí, pero emocionantes.

—Érika, ¿estás bien? —le preguntó con la firme convicción de que el mismo torbellino de sentimientos que lo obnubilaba a él, estaba devastándola a ella también. Y ella era solo una niña—. Que Daniel sea el guardián de la capa nos ha descolocado a todos.

—Crees que vas a perder a tu hermano, ¿verdad? —La pequeña se sentó junto a él y, tras colocar sus codos sobre los muslos, apoyó la barbilla en las palmas de sus manos—. No será así, Nico. Siempre podrás venir a visitarlo. Mientras el espejo de la tienda exista o puedas usar esos portales mágicos, podrás cruzar. Estoy segura de que Aldin te ayudará. Será como viajar a otro país. No coges un avión, pero tardarás lo mismo.

—Tienes razón. Aunque el tiempo funcione de otra manera aquí y para Daniel hayan pasado años, en realidad, para mí serán solo meses; unos meses sin mi hermano. —Arqueó las cejas mientras valoraba esa opción que no le desagradaba en absoluto—. Al final, puedo tomármelo como una mudanza. El hermano mayor que abandona el nido.

—Solo la muerte puede separarte de él.

Nico dio un respingo y, con el rostro desencajado, la miró.

—¿Por qué dices eso? ¿Por Lidia? No sabemos lo que va a pasar con ella. Intentaremos que nadie le haga daño. Sigue siendo una de los nuestros, por lo tanto, no vamos a abandonarla. No vas a perder a tu hermana. A ninguna de las dos. —Hablaba atropellado, buscando una respuesta que lograra consolarla—. No te preocupes, Érika. Vamos a hacerlo lo mejor que podamos.

—¿Cuidarás de mi hermana si a mí me pasa algo?

Confundido, la abrazó sin comprender muy bien de lo que hablaba y a cuál de sus hermanas se refería.

—¡Claro! ¡Soy un guardián, ¿recuerdas?! Pero quítate esos pensamientos de la cabeza. No va a pasarte nada, te lo prometo.

En ese momento, escucharon un crujido detrás de ellos. Alguien se acercaba. Nico giró la cabeza para descubrir de quién se trataba y se levantó de un brinco al distinguir al guardián de Pan contemplándolos con la boca abierta.

—Me esperaba un mejor recibimiento y no esas caras fúnebres —soltó.

Nico se abalanzó con tanta fuerza sobre él que casi lo derribó.

—¡No sabes cuánto te he echado de menos!

—Pero ¿qué demonios ha pasado aquí? —preguntó al percatarse de que Érika se aferraba a su cintura y comenzaba a sollozar.

Alzó la vista y distinguió más allá las siluetas de Valeria y Daniel paseando junto a la orilla del río como dos amantes envueltos en un amor prohibido. Ella caminaba abrazada a él, como si temiese que en cualquier momento pudiese desaparecer. Con el ceño fruncido, se acercó con prudencia a ellos. Podría haberles gritado, anunciarles que traía buenas noticias. Pero calló. Una espina clavada en su corazón lo advertía de que algo no iba bien. En cuanto Valeria lo vio, corrió hacia él con lágrimas en los ojos. Jonay, simplemente, la recibió en sus brazos sin apartar la vista de Daniel y ella hundió el rostro en su pecho. Trató de consolarla acariciando su espalda con dulzura, sin pedirle una explicación, sin decir nada. Solo tuvo que esperar unos minutos más, hasta que Daniel casi llegó a su altura y se fijó en la capa azul anudada a su cuello.

—Así que eres tú. —Jonay rompió el silencio al comprender el profundo pesar de sus amigos. Daniel esbozó una sonrisa forzada—. ¿No podías conformarte con la espada?

—Yo no pedí esto.

—Lo sé. Cuando comprobé que el libro no se equivocaba y aseguraba que la capa estaba aquí, me pregunté cómo un guardián recién despertado había conseguido llegar hasta Silbriar sin ayuda, sin la tienda. Y lo vi claro. La capa no busca a un novato. No dejaría que un inexperto gobernara Silbriar. Pero no pensé que fueras tú...

—¡Ya ves! El destino busca la manera más retorcida para reírse de nosotros. —Daniel agachó la cabeza con el fin de evitar que los demás contemplaran su congoja—. Aunque no lo creas, me alegro de verte.

Con una risita nerviosa, Valeria se secó las lágrimas en un intento por recobrar la entereza. Luego entrelazó sus dedos con los de Daniel y llamó a Nizhoni, quien se encontraba a pocos metros de allí, meditando, conectando con los espíritus de la naturaleza.

—¡Estamos todos! —dijo al verla llegar—. De madrugada, volveremos al continente, más fuertes, como un equipo. ¡Es hora de que Lorius Val se entere de una vez por todas de lo que son capaces los guardianes!

—En realidad, no estamos todos —puntualizó Jonay—. He traído refuerzos. Antes de aterrizar aquí, me di una vuelta por el sur de Inglaterra.

—¿Por qué no nos lo dijiste antes? —le espetó Nico al tiempo que se apresuraba a tomar rumbo a la población—. ¡Es una carrera! ¡El último es un tontolaba! ¡Y prometo no usar las botas!

Se permitieron divertirse, correr en libertad, acariciar el aire puro

que penetraba por sus fosas nasales. Jugaron a ser niños de nuevo, sin guerras, sin tribulaciones que los afligieran ni tormentos que les recordaran que a la mañana siguiente deberían enfrentarse a su propio destino, al final de la aventura. Érika reía mientras Daniel la cogía en volandas y la sentaba sobre sus hombros. Nizhoni se había tomado en serio el desafío y se deslizaba aprovechando las ráfagas de viento, aventajando a Jonay y a Nico, quienes estaban enzarzados en una de sus habituales disputas. Valeria disfrutaba de ese momento como si fuera único, irrepetible. Con los brazos extendidos, acompañaba a sus amigos gritando de euforia.

De repente, enmudecieron. Habían llegado al jardín central del poblado. Frenaron con tal brusquedad que tanto Nico como Valeria se desestabilizaron. Lentamente, Daniel devolvió a la niña al suelo, quien, con los ojos abiertos de par en par, se adelantó a sus compañeros con paso firme. Frente a ella, con una sonrisa de oreja a oreja, se encontraba Aldin Moné. Su maestro. Su mentor.

—¡Érika! Te veo más alta. Eres toda una señorita —la saludó. Se inclinó y acarició sus mejillas.

—Señor Moné, ¿cómo nos ha encontrado? —preguntó ella, expresando su felicidad.

—Bueno, el guardián de Pan me informó de que deberíais estar en las Islas Sin Nombre. Y, después, tú me has ayudado mucho a localizar vuestra ubicación exacta. ¿Has cuidado bien de mi reloj?

—¡Sí, sí! —le respondió con entusiasmo al tiempo que le entregaba el objeto dorado—. Todas las noches antes de dormir, lo abría y rezaba por usted. No pudimos ir a rescatarlo. Y yo no quería que le pasase nada.

—Has hecho muy bien —la felicitó—. Gracias a ese gesto que hacías cada noche, he podido lanzar mi conjuro.

Apoyado en el bastón, observó al resto con merecido orgullo. El grupo indisciplinado y rebelde que él mismo había guiado se había convertido en un equipo sólido. Valiente. Sagaz. Sus pupilos habían conseguido arribar a las islas a pesar de todos los tropiezos que habían sufrido durante el camino.

—¿Cómo consiguió escapar del castillo? —se atrevió a preguntarle Nico.

—Es una larga historia. Ahora, lo que importa es que estoy aquí y mañana partiremos hacia el Refugio. ¡Ah! Y, por cierto, Daniel... ¡Enhorabuena! ¡La capa ha sabido escoger! —El chico agachó la cabeza, asintiendo. De reojo, el mago examinó el rostro afectado de Valeria—. Coril me ha informado de todas vuestras peripecias, así que es mi deber felicitaros. Contamos con el guardián de la capa y la espada y con un ejército dispuesto a seguirlo. Mientras vosotros os relajabais corriendo, tanto Onrom como Coril se han reunido con los

líderes de las islas. Nos apoyan. El rey saltrito ha resaltado que su reliquia ancestral, la capa, ha hablado y que todos deberían escucharla. Ahora mismo, cientos de hombres y mujeres están preparándose para acompañarnos. ¡No iremos solos al Refugio!

—¡Es una noticia estupenda! —exclamó Jonay—. Nuestra incursión en el castillo de arena fue de pena.

En ese momento, se abrieron las puertas del edificio principal de la ciudad, situado a las faldas de la colina, y cientos de personas comenzaron a salir. Valeria alzó la barbilla y distinguió el rostro victorioso de Coril, quien, en compañía de Onrom, se felicitaban por el éxito de la reunión improvisada. A pocos metros de ellos, Lark y Sanzar avanzaban junto con un grupo de saltritos. Detrás reconoció a Jersen, quien entablaba una conversación amistosa con unos magos que jamás había visto. Estos se encaminaron hacia donde se encontraba Aldin, y fue entonces cuando Valeria divisó a un pequeño grupo de guardianes.

Los latidos de su corazón se dispararon sin ningún tipo de control, y por un momento tuvo la impresión de que sus sentidos le jugaban una mala pasada. Porque allí, entre ellos, con una sonrisa floreciente, divisó a Nora.

—¡Es Nora! ¡Es Nora! —escuchó gritar a su hermana, quien ya corría hacia ella.

Estupefacta, Valeria indagó en los ojos olivastros de su maestro en busca de una respuesta.

—No ha sido cosa mía, sino de tu amigo: el guardián de Pan. Me hizo recorrer vuestro mundo hasta llegar a un refugio mágico donde magos leales a Bibolum junto con sus respectivos alumnos se habían ocultado.

—¡Te dije que había estado en Inglaterra! No tuvimos que hablar mucho para convencerlos —relató Jonay—. Ya conoces a mi maestro Cheng. —Valeria reconoció de inmediato al dueño del restaurante chino—. Y los otros son Amy Grant, profesora de la Universidad de Cambrigde; Darío Belmonte, un gran deportista, y Jarek Kozlowski. Son algunos de los maestros que desempeñan sus labores en la Tierra. Se encargan de entrenar a guardianes como yo para, una vez preparados, enviarlos a Silbriar. Son nuestro nexo con este mundo.

Nora llegó hasta ella de la mano de su hermana Érika y la abrazó.

—¡Cuánto me alegro de que estés bien!

—¡Y yo de estar aquí! ¡Esta vez no fallaremos! —exclamó la niña con determinación.

—Bien, cuando acabéis con las presentaciones, quisiera reunirme con el guardián de la capa para ultimar unos detalles. Pero antes, Valeria, si me acompañas en mi paseo, te lo agradecería. Los demás podéis descansar organizando carreras o haciendo estiramientos. No es

de mi incumbencia lo que hagáis en vuestro tiempo libre.

El mago le ofreció el brazo y ella titubeó unos segundos antes de aceptarlo. Aldin Moné no era muy pródigo a mostrarse afectuoso, al menos con ellos. Había trazado una fina línea pero sólida entre alumno y maestro que rara vez superaba. Aun así, se alejó del grupo, no sin percibir un atisbo de sentimentalismo en él. Y, extrañamente, eso la incomodó.

Después de caminar unos metros en un mutismo embarazoso, el señor Moné decidió romper el silencio:

—He percibido tu descontento porque Daniel sea el guardián de la capa. A veces, la vida nos sorprende abriendo otra puerta inimaginable y destruyendo nuestros planes más íntimos. Tú decidiste en el oasis renunciar al trono y yo te ofrecí otra posibilidad; una que también podría mantener el equilibrio entre los mundos.

—Nunca llegué a pensar que fuera Daniel...

—Pero lo es, y eso no podemos cambiarlo —sentenció tajante—. Puedo intuir tu dolor, Valeria. Sé que tu corazón se encuentra enfrascado en una lucha continua con tu mente. Deseas permanecer junto a él, pero al mismo tiempo necesitas mantener a salvo a tus hermanas. No quieres abandonarlas porque tu madre ya no está.

Abrumada, bajó la barbilla y ocultó el rostro bajo su cabello. No esperaba tratar temas tan espinosos y personales con él. Jamás habría imaginado una conversación de esa índole con su maestro. Él no era Coril, dispuesto y compasivo. Aldin Moné, a pesar de ser una de las personas más inteligentes y bondadosas que conocía, era algo distante y nada sentimental.

—¡Ya no sé qué es lo que quiero! ¡Silbriar me lo ha arrebatado todo! ¡A mi madre, a Lidia! Y ahora a Daniel... —se sinceró con el mago.

—Valeria, te recuerdo que el amor es una de las armas más poderosas que existen. Es capaz de convertirnos en personas valientes, soñadoras, de acercarnos a la felicidad; o, por el contrario, de acobardarnos, de alejarnos de nuestros sueños y de aniquilar nuestra prosperidad. No hay sentimiento más peligroso que el amor. Él nos aboca a un precipicio constante donde debemos tomar decisiones determinantes para nuestra vida. Y a veces escogemos el camino más sombrío para seguirlo. —Se detuvo un momento para observar el semblante vacilante de la guerrera—. Es muy curioso que te encuentres en la misma tesitura que tu hermana; de una forma muy distinta, pero paralela, al fin y al cabo.

—¿Ha visto a Lidia? —le preguntó, con los ojos de par en par.

—Por supuesto. Fue ella quien me liberó.

—Entonces, el tercer sello...

—El tercer sello se ha roto —reveló apesadumbrado—. De una

manera artificial y poco honrosa, he de decir. Digamos que no con todo su fulgor, pero sí con la suficiente fuerza para levantar a los muertos de sus tumbas.

—¡Oh, Dios mío! —Valeria retrocedió, sopesando las consecuencias de esa nueva información—. ¿Y mi hermana? ¿Por qué no ha venido con usted?

—Querida, es más complicado de lo que parece —le respondió, arrugando la nariz—. Es verdad que ella no quería matarme. Luchó durante días contra ese sentimiento abominable. ¿Puede el amor conducirte hasta la muerte? ¡No lo dudes! Ella fue capaz de renunciar a su familia, a su mundo, por Kirko. Pero lo peor es que ha exterminado una parte de sí misma en el proceso. Se encuentra sometida, y no solo a los caprichos de su novio oscuro, sino a los de Lorius y la bruja. Y aunque se ha rebelado contra ellos, no es capaz de abandonarlos.

—Pero ¿por qué? ¡Tenía una oportunidad de ser salvada! ¡De redimirse! ¡De luchar junto a nosotros! —Su hermana no había sido capaz de ejecutar a su maestro. Valoró ese acto piadoso de manera positiva. ¡Había luz en Lidia!

El señor Moné se detuvo junto a un grupo de relucientes arbustos. Admiró su verdor ligeramente contaminado por los rayos de un ocaso prematuro. Se agotaba el tiempo. Y apenas había intercambiado unas palabras con sus pupilos. Pero debía preparar a la guerrera para lo que se avecinaba. Debía comprender que tendría un encuentro ineludible con el destino.

—Ella me confesó que, aunque huyera, ellos la encontrarían. Y no quería poner en peligro a sus hermanas. No quería que vosotras murieseis. —Lanzó una exhalación disconforme—. Si te digo la verdad, Lidia tiene miedo. Miedo a ser juzgada por su elección. Miedo a ser rechazada porque ha caminado entre oscuros. Miedo a ser incapaz de volver a ser ella misma.

—Pero podemos perdonarla. Silbriar podría...

—Silbriar jamás olvidará que ha ayudado a un tirano. Quiero que tengas bien claro esto, Valeria. Si ganamos y ella sobrevive, el pueblo no la recibirá de nuevo con aplausos. Ha hecho algo muy grave. Y todas las decisiones tienen consecuencias, sean buenas o malas. —Valeria creyó desfallecer. Ese rayo de esperanza que había brotado fulgente y le gritaba que aún podría salvarla se extinguió en una milésima de segundo—. Bibolum podría pedir un indulto. Pero aun así deberá permanecer confinada.

Valeria se aferró con la mano a un árbol de tallo fino. Se sujetaba a él mientras trataba de digerir la cruel realidad. No había futuro posible para su hermana.

—No entiendo por qué me cuenta todo esto. —Una lágrima rodó

por su mejilla—. Por un momento, pensé que podría ser posible, que Lidia…

—Te lo cuento porque sé que existe algo que te ha impedido conciliar el sueño todas estas noches —le dijo con tono severo—. No depende de ti si tu hermana muere o no, ni siquiera de Daniel. No será tu flecha la que la atraviese. Su vida está en manos de ella misma y de las elecciones que decida tomar. No te tortures por eso.

—¡Estoy cansada de luchar!

—Luchas contra tus propias sombras, como Daniel, como Nico, como Érika y como tu hermana Lidia. Solo podremos ganar esta guerra si dejas a un lado tus disputas internas y ves más allá. —Con el bastón, apartó la maleza salvaje que le impedía avanzar hacia ella—. Tu hermana ha cambiado. Ha despertado un don muy poderoso que ha inclinado la balanza hacia el triunfo de los enemigos. Sé que trata con todas sus fuerzas de alejar la oscuridad de ella. Pero cuanto más empeño pone, más sombras la rodean.

Desconcertada, Valeria clavó su mirada en el rostro de su maestro.

—¿También ella? ¿Un nuevo poder? —le preguntó angustiada—. ¿Esos dones están apareciendo porque somos huguis?

—¿Acaso tú has sentido algo?

—No, yo no. ¡Érika! ¡Tiene visiones!

—En ese caso, debería hablar con ella. —Meditabundo, frunció el ceño—. Y, Valeria, no te preocupes si todavía ese don no ha despertado en ti. Tarde o temprano, lo hará. Al fin y al cabo, siempre te resististe a tu parte mágica. Tu lado racional fue incapaz de creer en todo lo bueno que te ofrecía Silbriar. Pero ahora ya lo has visto. —Sonrió de medio lado—. En cuanto a tu pregunta, sí, tu antepasado era el hijo de Ela. Un mago honorable, sabio y de firmes convicciones. La magia habitaba en cada célula de su cuerpo. Y vosotras, como descendientes, gozáis de ciertos dones. Aunque su poder se encuentre diluido debido a vuestra sangre humana, sigue estando presente.

—¿Y poseía un objeto mágico? En el diario de mi madre, ella dice que tenía un sombrero y que intentó que mi abuelo lo usara.

Aldin enarcó una ceja y torció la boca hacia un lado.

—Él era pura magia. No le hacía falta ningún objeto. —Meditó unos segundos mientras frotaba el mango de su bastón—. Yo ni siquiera había nacido cuando la Gran Guerra estalló. No lo conocí… Lo único que se me ocurre es que, para acercarse a tu familia, fingiera ser otro guardián. Su magia era tan virtuosa que podía encantar objetos corrientes. Muchos dicen que siempre vestía con una túnica azul y que rara vez se quitaba el sombrero. Otros, que ha inspirado miles de historias tanto en vuestro mundo como en el nuestro. Para nosotros siempre será Fitz, el hijo de Ela. Vosotros, según creo recordar, lo conocéis como Merlín.

—¡¿Merlín?! ¿Merlín es Fitz? ¿Mi antepasado es Merlín?

Aldin Moné soltó una sutil carcajada.

—¿Lo entiendes todo ahora?, ¿y por qué se esperaba con ansia el regreso de sus descendientes?

Valeria asintió lentamente, todavía sorprendida por tan insólita revelación. Había extrañas leyendas de poco valor histórico que rodeaban la figura de Merlín en la Tierra. Era un mago lleno de misterios, ya que nadie conocía la fecha exacta de su nacimiento ni la de su muerte. Unos decían que fue engendrado por un demonio y que sus poderes estaban ligados a la oscuridad; otros, que su madre había sido una bruja del bosque, y algunos, que era hijo ilegítimo de un rey. ¡Merlín provenía de Silbriar! ¡Era el hijo de Ela y el legítimo dueño del trono!

Después de varias noches descansando sobre un colchón mullido que había logrado que todos sus huesos se entumeciesen, Jonay dormitaba feliz en una cama placentera. Había rehusado ponerse el singular pijama que le habían ofrecido y se había acomodado bajo las sábanas llevando puestos solo los calzoncillos. Apenas había conciliado el sueño cuando notó que alguien lo agarraba por el brazo. Sobresaltado, abrió los ojos y descubrió el rostro de Daniel casi pegado a su cara. Antes de que pudiera protestar o insultarlo, este le indicó que mantuviera silencio llevándose el dedo índice a sus labios.

—¡Vístete! Tenemos que hablar —le ordenó en susurros.

Perplejo, se puso los pantalones y la camiseta verde con la que había llegado a Silbriar. Lo siguió en la noche, procurando no despertar a nadie más, mientras se preguntaba qué sería tan urgente para interrumpir su merecido sueño. Salieron al exterior y advirtió el frescor de un cielo radiante, sin nubes y con las dos lunas plateadas como únicos testigos de sus pasos.

—¿Adónde vamos, tío? —le preguntó por fin al constatar que se alejaban del poblado—. ¿Qué mosca te ha picado? Quedan pocas horas para que nos vayamos. Deberíamos estar en la cama.

Daniel se detuvo y se giró bruscamente hacia él.

—Tengo que pedirte un favor.

Receloso, Jonay entrecerró los ojos. ¿Y para qué tanto misterio? Podría habérselo dicho en la habitación y no sacarlo a la intemperie sin apenas dejarle tiempo para calzarse.

—Bueno, soy todo oídos. ¿Qué es lo que desea su majestad? —le dijo con sorna.

—Eeeh..., ya sabes que después de que termine la guerra y siempre que siga vivo, tengo que quedarme aquí —le contó, masticando las

palabras—. Yo no puedo regresar a casa. Ahora este es mi hogar. Y como guardián que eres, me gustaría que cuidases de Valeria y de Érika.

—Yo no sé si regresaré a Tenerife. También tu hermano es un guardián. ¿Por qué no se lo pides a él? Está más unido a ellas de lo que yo pudiera estar jam… —Enmudeció de repente y torpedeó los ojos grises de Daniel con su mirada esmeralda—. Espera, espera. A ver si me aclaro. Tú no estás pidiéndome que vigile a las descendientes por si a otro déspota se le va la olla. ¡Tú quieres que «cuide» de Valeria en otro sentido! ¡¿Se te ha subido el trono a la cabeza?!

—Ella siente algo por ti. ¡Y yo no soy tonto! He visto cómo sigues mirándola.

—¡Estás loco! ¡No me puedes pedir eso como el que manda a su sirviente a comprar garbanzos al supermercado! ¡Primero, porque no soy tu esclavo, su majestad! ¡Y, segundo, porque Valeria te quiere a ti!

—¡No estoy ordenándotelo! Estás malinterpretándome. —Bufó—. Ella se merece a alguien que la respete y que la quiera. Y aunque no me caigas en gracia, ella te aprecia.

Jonay se cruzó de brazos y adoptó una postura altiva.

—¿Y crees que tachándote a ti de la ecuación, ella se tirará a mis brazos porque sí? —Daniel no respondió. Se limitó a presionar sus labios hasta desdibujar sus líneas—. No sé si eres estúpido o estás completamente enamorado y desesperado a la vez como para pedirme a mí, al antipático guardián de Pan, que seduzca a tu novia. Pero voy a decirte algo, aunque te suene muy chulo. Yo me respeto a mí mismo y no necesito ser el segundo plato de nadie. Ni soy el clavo que saca a otro clavo ni la almohada sobre la que llorar. ¡Quiero a Valeria! Pero ese amor que pude sentir al principio se ha convertido en ternura, en una amistad que no me gustaría perder jamás. Si con el paso de los años ella opta por aceptar a alguien en su vida, que sea ella la que lo decida. Ni tú ni yo.

Daniel apretó los ojos con fuerza para impedir que las lágrimas se le escaparan. No quería mostrarse débil ante Jonay. Pero el peso que sostenían sus hombros era tan grande que no lo dejaba avanzar, no le permitía vislumbrar un futuro mejor. Sin sombras. Sin preocupaciones. Y sin Valeria a su lado.

—Lo siento… —logró decir—. Quería quedarme aquí más aliviado sabiendo que ella va a tener la vida que siempre ha querido: ser una cirujana excelente y estar acompañada de alguien valioso, de un guardián como tú que pueda comprenderla.

Jonay se acercó a él y le dio varias palmaditas en la espalda.

—Joder, tío, vas a hacerme llorar a mí también —le dijo riendo—. Estoy seguro de que tú también podrás rehacer tu vida aquí. Silbriar es un sitio espectacular. Ya cuentas con buenos amigos. ¿Y has visto la

cantidad de elfas guapas que hay? Eso sin desmejorar a las hadas… ¡Vas a vivir en un paraíso! Y seguro que vendré a visitarte y a alardear de que soy amigo del rey. Voy a aprovecharme de ese privilegio, no lo dudes. —Daniel soltó una carcajada—. Yo no sé si mi destino está escrito en un libro, como el tuyo. No quiero ni imaginarlo. Pero dentro de mucho mucho tiempo, espero encontrar también a alguien con quien pueda compartir este mundo. ¡Todavía somos jóvenes! ¡Disfrutemos de eso!

—¡Eres un idiota con tres pares de cojones! Pero empiezas a caerme mejor.

—Dame algo más de tiempo y me convertiré en tu mejor amigo. —Le enseñó una sonrisa artificial—. Y ahora vamos a dormir. Necesito descansar.

El sol no había comenzado todavía su regencia cuando el sonido de unos cuernos estridentes los puso a todos en pie. Nico se restregó los ojos y aprovechó unos minutos más en la cama. Cuando escuchó el ajetreo en el exterior, se levantó y se preparó a toda velocidad usando el poder de sus botas. El señor Moné se dirigía a todos con arrojo en un discurso vehemente, casi frenético. Y lo recriminó con su mirada en cuanto lo vio llegar.

—Vamos a cruzar el océano junto con los dragones. Seremos el batallón aéreo más temible de toda la historia de Silbriar. Por primera vez, no solo los magos tendremos el privilegio de formar parte de él. También los enanos, elfos, mestizos, gnomos… ¡Todo el que quiera alistarse será bienvenido! ¡Ha llegado el día de luchar por nuestra libertad!

Los dragones se presentaron ante ellos guardando una acérrima formación. Sobrevolaban La Principal mostrando su poderío. Con las alas extendidas, demostraban su fuerza y su capacidad de infundir terror, sin necesidad de recurrir a su aliento de fuego. Todos admiraban su disciplina, su precisión y su coraje. Guiados por el dragón dorado, dejaron atrás el poblado y desaparecieron tras una línea de árboles frondosos. Poco a poco, comenzaron a tomar tierra a las afueras de la ciudad emergente, en un campo de hierba extensa, salpicado por algunas flores silvestres.

Érika sujetó la mano de su hermana y ambas se encaminaron al lugar de aterrizaje. Su nerviosismo era palpable. Avanzaban entre el júbilo de los enanos y el silencio sagrado de los elfos, acompañadas siempre de los guardianes. Daniel marchaba por la derecha, junto a Valeria, agarrando la espada con decisión. Detrás de ellos tres estaban Jonay y Nico, intercambiando miradas de complicidad, insuflándose mutuamente ánimo. Muy cerca de estos, Nizhoni se aferraba a su colgante, mientras que Nora encabezaba la expedición de los nuevos miembros: Derek, Carlos y Aleska. Érika se sintió arropada, segura, a

pesar de que las imágenes de su última visión la atormentaban en sucesión. Sangre y muerte; eso les aguardaba en la batalla.

Aldin aceleró el paso y se acercó a la niña. Aunque su semblante era severo, más concentrado en la guerra a la que se dirigían, le dedicó una sonrisa cariñosa.

—Siento no haber estado a tu lado para ayudarte con tu nuevo don —se excusó el mago. Ella lo miró con resignación—. No debes tener miedo de las visiones. Ellas te previenen de un futuro posible, pero no ineludible. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—¿Que no todas se cumplen? —preguntó con su habitual inocencia, deseando que no fueran más que pesadillas.

—Que muchas podemos evitarlas y otras las malinterpretamos por nuestra escasa experiencia.

—Pero Lidia tiene el puñal negro y usted nos ha dicho que existe un ejército de sombras. ¡Yo vi todo eso! —exclamó, expresando su malestar.

—Mi niña, ¿hay algo que te preocupa y no nos has contado?

—Muchos vamos a morir —confesó entre dientes.

El mago la observó con discreción, en un mutismo prudente, examinando su dulce rostro y sus ojos cargados de una honradez intrínseca. Entretanto, Valeria, quien había estado charlando con Daniel, se giró hacia ella al escuchar sus últimas palabras.

—Vamos a intentar que nadie muera. No voy a dejar que te separes de mi lado. Estamos juntas en esto. Como hermanas, como descendientes. ¡Eres la guardiana de los guardianes! —trató de animarla—. Brifin y tú conduciréis a los demás. Y yo voy a volar contigo, agarrada a tu cintura. ¿De acuerdo?

El señor Moné bufó y, con paso presuroso, alcanzó la posición donde se encontraban Onrom y Coril. Estos lo recibieron de buen grado.

—¡Amigo, ha llegado el día con el que tanto hemos soñado! —le dijo el enano.

—No cantes victoria todavía —le recriminó el elfo—. ¡Lorius es una sabandija escurridiza!

El mago ignoró los comentarios y se centró en sus peticiones.

—Coril, quiero que no te separes de Daniel en ningún momento. Te has ganado su respeto y admiración, y él... es nuestra esperanza. No permitas que le ocurra nada. —El elfo asintió con seguridad—. Y Onrom, quiero que vigiles a la pequeña Érika. Hay algo que la atormenta. Y temo que augura un final nefasto.

—¿Debemos preocuparnos? —le preguntó con cierta inquietud.

—En una guerra, siempre debemos preocuparnos.

Al llegar a la pradera, muchos se dirigieron a los dragones con precaución. Antes de subir a sus lomos, pidieron permiso con un

respeto que rayaba el temor. Érika soltó la mano de su hermana y corrió hacia Brifin. Valeria suspiró, expresando su congoja, y Daniel la atrajo hacia él para ofrecerle un beso al que se entregó de inmediato. Un beso fugaz pero intenso, repleto de palabras no expresadas y de sensaciones que hablaban demasiado.

—Volaré muy cerca de vosotras. —Él apoyó la barbilla en su frente mientras sus brazos se negaban a dejarla marchar—. Pase lo que pase, estaré ahí.

Ambos se acercaron a los dragones con los dedos entrelazados. Estos, al ver llegar al guardián de la capa, inclinaron sus cabezas. Daniel titubeó unos segundos. No sabía a cuál de todos escoger. Entonces, se percató de que uno de ellos, uno de piel negra como el hollín, se mantenía alejado del resto. Y después de ayudar a Valeria a montar sobre Brifin, se encaminó hacia él.

Coril acariciaba el hocico de uno de los dragones verdes. No le temía al vuelo ni a cruzar ese océano indómito hasta llegar al continente. Le atemorizaba ser alcanzado por algún proyectil mágico y caer desde las alturas. Esos segundos de angustia hasta estrellarse contra las rocas debían ser interminables. Se maldijo a sí mismo por tener esa clase de pensamientos. Atisbó por el rabillo del ojo a Lark, quien parecía más asustado que él. Era Tímbel quien trataba de tranquilizarlo.

—No me digas que te da miedo este dragón tan tierno. —Anael se permitió hacerle cosquillas en la barbilla.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó sin disimular su sorpresa.

—¡Yo también voy!

—No, tú no estás entrenada para esto.

—¿Acaso tú lo estás? ¿Has volado alguna vez? —El elfo torció el gesto—. Lo que imaginaba. Estoy harta de que todos me digan lo que hay que hacer. Hace mucho tiempo que dejé de ser una princesa. ¡Yo también quiero la libertad de Silbriar! —Se aupó sobre el dragón verde con cierto descaro—. ¿Vamos juntos? ¿O prefieres escoger a otro?

Coril la encañonó con la mirada y mostró una falsa sonrisa. Luego subió al lomo del animal, desplazándola con ello a la parte trasera. Cuando todos estuvieron preparados para alzar el vuelo, Érika se adelantó con su dragón dorado.

—¡Arriba, mis guardianes! ¡Ha llegado el día que todos recordarán! ¡El día de nuestra victoria!

Despegaron como un escuadrón compacto: sin fisuras, sin titubeos. Todo ello bajo la atenta mirada de los saltritos que con una actitud ceremoniosa se despedían del batallón alzando sus tridentes. Surcaron los cielos y dejaron atrás aquellas islas plagadas de leyendas oscuras para esconder un paraíso inmaculado. Apenas podían vislumbrar ya la

silueta del archipiélago misterioso. El inmenso océano desde las alturas se les antojaba cristalino y sereno. Parecía ocultar a todas esas bestias amenazantes que habitaban en sus profundidades a propósito, invitando a los forasteros a adentrarse en él para después ser hipnotizados por su canto o cercenados por las espadas de los piratas.

Mientras tanto, en el puerto, algunos pescadores se afanaban en cumplir sus tareas diarias a sabiendas de que la guerra pronto llegaría hasta allí. Conocían que el sur había sido arrasado, y hasta ellos había llegado la noticia de una batalla sangrienta alrededor del Refugio de los magos. Tampoco las hadas escapaban al control de Lorius, y esperaban que en cualquier momento les anunciaran que el castillo había caído. Entretanto, los enanos se abastecían con la pesca y con otros suministros que compraban en los mercados de verduras. La guerra ya tocaba a sus puertas y el caos se plasmaba en sus calles casi desiertas. Los que no habían huido hacia las montañas, se resguardaban en sus casas, preparándose para la ocupación de los lopiards.

De pronto, varios de ellos vislumbraron una manada de pájaros en el horizonte. Interrumpieron sus quehaceres y observaron el vuelo armónico de estos. A medida que se acercaban, el rumor del batir de sus alas se intensificaba hasta sepultar el murmullo de las olas y apagar las voces de los aldeanos. Comenzaron entonces a correr, pensando que las fuerzas oscuras de las Islas Sin Nombre se habían aliado con Lorius y buscaban su aniquilación. Gritaron despavoridos. Algunos buscaron sus armas, otros se refugiaron en sus casas. Pero uno de ellos permaneció de pie, admirando el poderío de los dragones. Pensaba que después de la destrucción de Draghia, apenas quedarían unos cuantos. Sin embargo, había cientos de ellos aproximándose a la costa. Y cuando casi volaron sobre su cabeza, se percató de que había enanos sobre ellos. Y elfos... Y magos... Y... ¿humanos?

No pudo contener su felicidad. Con los brazos extendidos, corrió tras ellos, gritando:

—¡Son amigos! ¡Son amigos!

Idéntica ovación sintieron al cruzar los Valles Infinitos. Muchos magos relegados a defender su territorio estallaron en un júbilo incontenible. Los más ancianos agitaban sus varitas y los niños los imitaban extendiendo sus brazos, acompañándolos desde la tierra. En cada aldea, cada pueblo y cada rincón de Silbriar que estuviese habitado sucedía lo mismo. Ellos, desde arriba, sonreían gozosos. Estaban consiguiendo que muchos se movilizaran y se unieran a su batallón, formando así un gran destacamento terrestre. La ilusión se contagiaba y el candil de la esperanza brillaba más que nunca.

Como buscaban un ataque por sorpresa, decidieron cambiar el rumbo ligeramente y sobrevolar el desierto Bosque de las Almas.

Desde allí, nadie esperaría su llegada. Podrían planear durante varios kilómetros sin ser avistados. Evitaban ser interceptados antes de llegar al Refugio.

Primero, Roderick escuchó un misterioso bisbiseo mientras cortaba la leña de la mañana. Confuso, alzó la cabeza, pensando que quizá estaba levantándose algo de viento. Después, clavó su mirada en un borrón negro que teñía el horizonte con celeridad. «¡Qué tormenta más extraña!», pensó. Entonces, abrió la boca hasta creer que su dentadura tocaría el suelo. Porque allí arriba estaba Brifin. El dragón dorado capitaneaba a cientos de su misma especie a pesar de ser el más pequeño en tamaño. Agudizó mejor la vista y atisbó una capa azul ondeando sobre un ejemplar negro.

—¡Maldito elfo testarudo! ¡Lo ha conseguido! —Sus carcajadas resonaron por todo el paraje.

Cuando tuvo al batallón aéreo más cerca, reconoció al portador de la capa. Estupefacto, arrugó el rostro. «¿Daniel?». Pero apenas tuvo tiempo de asimilarlo, porque justo detrás de este, sobre un dragón azul, distinguió a Aldin Moné. Mantenía el ceño fruncido y la vista hacia el frente. De vez en cuando, giraba la cabeza para darle instrucciones a todo el escuadrón.

—¡No puedo creerlo! ¡Está vivo! —El leñador no sabía si llorar o reír. Agitando sus brazos, trató de llamar su atención—. ¡Aldin! ¡Aldin! Estoy aquí.

Pero él debía ser como una hormiga entre los enormes troncos para ellos, pues pasaron de largo. Bufó. Sin detenerse mucho más, corrió hacia el granero y montó en su caballo al tiempo que engarzaba el hacha en la correa de su espalda. ¡Había llegado la hora de la verdad! ¡Y él no iba a perdérselo!

25

Sueño

Las arpías habían rodeado el castillo sin mucha dificultad a pesar de que las hadas formaban con sus cuerpos una muralla, *a priori*, infranqueable. Con astucia, se habían organizado creando un círculo y envolviendo la construcción. Se mantenían en el aire, estáticas, pero batiendo sus alas a un ritmo vertiginoso. Eran conscientes de que solo un ataque aéreo podría resultar dañino, ya que el castillo se erigía sobre la cresta de una colina empinada y cualquier intento de invadir sus dominios por vía terrestre sería infructuoso. Por ese motivo, no les extrañó ver a las bestias del aire aproximarse con furia al castillo.

Sus garras, de un tamaño considerable, eran su arma letal. Las arpías no necesitaban mucho más. Amedrentaban a sus enemigos con sus chillidos estridentes, abocándolos a una locura cruel. Los paralizaban, los vaciaban de voluntad hasta dejarlos como seres desalmados, incapaces de reaccionar ante ellas. Luego los destrozaban con sus zarpas o jugaban a lanzarlos desde el aire para contemplar cómo se estrellaban contra el suelo. A aquellos que decidían dejarlos con vida, los apresaban y los mantenían cautivos como esclavos. Estos las servirían entregándose a una vida humillante, donde recibían burlas y golpes. Su única función era distraerlas fuera como fuese.

Moira había aguardado pacientemente a que sus arpías destrozaran las alas de las insulsas hadas. Estas se movían más rápido y esparcían su polvo sobre ellas para tratar de contener su feroz ataque. Después clavaban sus lanzas forjadas con un cristal blanco —que solía crecer alrededor de sus árboles sagrados— en sus gruesas pieles, esperando con ello que las arpías heridas retrocediesen. Pero sus bestias aladas continuaban con su asedio sin permitirse descanso alguno. La bruja alababa su temeridad y su indisciplina. Las arpías luchaban por diversión, por simple placer. Era una forma de desahogo para ellas. Y Moira sabía que por esa misma razón serían insaciables.

Cuando decenas de hadas comenzaron a caer sobre la hierba fresca

de la colina, la bruja se abrió paso entre la batalla, cuya balanza se inclinaba a favor de los suyos. Kayla la seguía muy de cerca, evitando ser golpeada por las horrendas colas de las arpías, las cuales se movían codiciosas, ansiando devorar a sus presas. Moira aterrizó en la puerta principal sin temor alguno. Dirigió su escoba hacia los cerrojos y los hizo volar por los aires. Después entró haciendo alarde de su poder. Una veintena de hadas trataron de rociarla con su polvo, pero ella las apartó con un simple manotazo, como si fueran cucarachas indignas para osar dirigirse a una reina.

Kayla tampoco dudó en usar sus yemas eléctricas para impedir su avance. Y, finalmente, harta de que se multiplicaran como conejos, activó el lazo rosado. Las hadas se arrodillaban a su paso mientras le suplicaban su atención. Ella las despreció como moscas. Le molestaba que la rozasen con sus pieles brillantes y la anhelasen con esos ojos tan coloridos como chispeantes.

Ambas avanzaron sin oposición alguna, buscando los aposentos de la princesa Silona. Al subir las espaciosas escaleras, distinguieron a un hada fornido en el rellano. Este las miró con fiereza mientras dirigía su lanza de cristal hacia ellas. Kayla dudó unos instantes, pero al observar que la bruja seguía subiendo, demostrando ser la nueva dueña del lugar, continuó ascendiendo.

—¡Soy Niber! ¡Máximo general de las hadas! —se presentó el hada de forma petulante—. ¡Os ordeno que os detengáis!

Kayla sacudió el lazo con fuerza. Algo le sucedía al objeto mágico. Había dejado de funcionar. Recordó las palabras de la bruja: ella no era su verdadera dueña y por eso su poder podría fluctuar. Seguidamente, las hadas que había dejado atrás se agolparon al pie de la escalera, dispuestas a matarlas. Recurrió entonces a sus manos, generando de sus dedos varios rayos que rápidamente dirigió contra ellas. Algunas de sus ridículas lanzas se resquebrajaron y se partieron en varios fragmentos. «Puede que esas armas sean útiles contra las arpías o los orcos, pero no son nada en comparación con mis rayos mágicos», pensó, esbozando una sonrisa maliciosa.

Moira continuó su avance mientras murmuraba uno de sus hechizos. Mantenía inmovilizado así a Niber, quien trataba de darle nuevas órdenes a su ejército. Ella, en cambio, se había detenido para aplacar a las hadas que las atacaban desde abajo. Trataba de esquivar el polvo de hada, tan embriagador como peligroso. De un salto, se subió a la barandilla y desde allí se concentró en un ataque más potente. De pronto, el lazo comenzó a brincar y las hadas se postraron de nuevo ante ella. Volvió la vista atrás y contempló cómo Moira se internaba en el pasillo mientras ese tal Niber descendía los peldaños con premura.

—¡Maldito objeto! ¡Vas a volverme loca! —se quejó, sin desviar la

mirada del general de las hadas.

—¡Creo que eres mi musa! ¡La que inspira mis delirios y atormenta mis sueños! —Niber se arrodilló ante ella y le plantó un beso en la mano—. ¿Te gustaría ser la reina de este palacio? Sería un honor que gobernaras junto a mí.

—¡Eres un payaso con mallas!

—Lo que tú digas, mi señora.

Kayla clavó su mirada en sus ojos oscuros y se sorprendió al descubrir que sus iris contenían varios aros amarillos. Había visto alguna que otra hada en su vida, aunque nunca a nadie tan bello como ese. Su rostro era simétrico, pero contenía un gracioso hoyuelo en la barbilla. Su cabello largo y cuidado caía sobre sus hombros acariciando sus orejas puntiagudas y ocultando su atractivo cuello. Se atrevió a apartarle un mechón de sus labios. Y, extrañamente, se sintió atraída por su pequeña pero apetecible boca. Se acercó con decisión a él y lo besó. Quiso sentir esa pasión de la que todos hablaban, ese frenesí que podía hacerte enloquecer. En ese momento, no le importó en absoluto que se tratase de un hada. ¡Era hermoso! ¡Fascinante para cualquier ser!

Él se entregó a ella como un sumiso servidor, arrastrado por el deseo que le provocaba poseerla. Kayla percibió su ambición, sus ansias de poder. Ese hada se parecía a ella. Presionó aún más sus labios contra él al tiempo que acariciaba con sus manos sus alas. Estas vibraban y emitían destellos plateados. Fue entonces cuando se percató de que ambos levitaban a varios palmos del suelo. Refunfuñó. A regañadientes, seccionó con sus rayos las alas de su improvisado amante. Los dos cayeron sobre los escalones, pero Kayla logró mantener el equilibrio flexionando sus rodillas. Niber, en cambio, permanecía tumbado y con el rostro desencajado mientras la observaba.

—Lo siento mucho, pero debo hacerlo —se disculpó, y dirigió una bola de energía hacia su pecho—. No ha estado mal. Pero, seamos sinceros, tampoco ha sido para tanto.

Lo contempló mientras soltaba su último aliento y su piel centelleante dejaba de brillar. Niber se apagó. Allí, en mitad de las escaleras. Sin poder despedirse, sin ordenar el repliegue de los suyos hacia la zona más segura del castillo.

Kayla se sobresaltó al comprobar que la bruja la espiaba desde uno de los pasillos. Sonreía de forma perniciosa.

—Si tu padre te hubiera visto... ¡Dominando a un hada con tus encantos! —Rio sin mesura—. Probablemente, no habría aprobado tu intervención. ¡¿Un hada?! En cambio, querida, yo estoy muy orgullosa de ti. ¡Las victorias hay que celebrarlas!

Continuaron su avance abriendo cada una de las puertas, sin

mostrar piedad por los seres alados que se encontraban tras ellas. Con algunos mostraron clemencia, ya que se habían ocultado detrás de columnas llenas de enredaderas o tapices engarzados con flores vivas. Moira llevaba mucho tiempo en su castillo de arena y había comenzado a odiar la primavera y toda clase de vegetación. No quiso ensuciarse las manos de polen o teñir su ceñido vestido gris de sus pigmentos, así que los dejó allí, con una falsa sensación de seguridad.

Por fin llegaron a la habitación que buscaban, situada en el cuarto piso. Dos hadas temerosas mantenían sus lanzas cruzadas en un intento de impedir el paso a quien no lo tuviese permitido. La bruja caminó hacia ellas contoneando sus caderas a la par que de sus labios nacían frases armoniosas y cargadas de ritmo, tan musicales como destructivas. Ambas hadas se llevaron las manos a la garganta al sentir una notable opresión. No podían articular palabra ni gritar y, lo que era peor, les costaba respirar. Entonces, se desvanecieron, dejando caer tras ellas sus lanzas de cristal. El ruido podría haber alertado a quienes se encontraban en el interior de la habitación, pero a Moira no le preocupó. Disfrutó admirando cómo de las fosas nasales de sus víctimas salía un humo negro que se evaporó en el aire poco tiempo después. Ese hechizo era mortal.

Después hizo saltar la puerta por los aires usando de nuevo su escoba. Entró en los aposentos, resuelta, dispuesta a enfrentarse a más insectos mágicos, como solía llamarlos Lorius. Sin embargo, se detuvo al descubrir únicamente a Silona en el interior. La hada contemplaba la batalla del exterior desde la ventana con rostro sombrío. Sus cabellos pelirrojos no gozaban del brillo de antaño y su cuerpo parecía frágil, indefenso. Moira hizo una mueca, expresando su contrariedad. Silona poseía un gran poder, el ostentado por la casa de Sión durante siglos. Debería haberse encontrado con la hada más poderosa del reino. Sin embargo, no parecía ella.

—¿Ya habéis llegado? —les preguntó la princesa, sin apartar la vista del cristal.

—¿Es lo único que vais a decir? —La bruja la observaba atónita—. ¿Qué os ha pasado?

—La codicia nunca fue un buen consejero.

—Nunca pensé que vos fuerais avariciosa —le replicó ella, todavía extrañada.

—Y no lo soy. Simplemente, fui estúpida, y por eso perdí mi reino incluso antes de que vos llegarais.

—¿Os referís a ese hada presumido? Bueno, si os hace sentir mejor, mi ahijada ha acabado con él.

Kayla gruñó por lo bajo. Odiaba que la bruja se refiriese a ella con ese término. Moira no pertenecía a su familia. ¡Y nunca lo haría! Entretanto, Silona se giró lentamente hacia las dos intrusas. Estaba

desvaída y sus ojos parecían dos cristales licuados. Aun así, su rostro reflejaba gratitud.

—No solo fue cruel conmigo, sino con toda mi corte —confesó con cierta piedad—. Pero no me alegro de su muerte.

—¡Pues deberíais! —le reprochó la bruja—. Ahora que vos también vais a morir, tendríais que hacerlo en paz, dado que ese hada que tanto daño os causó no descansará jamás.

—¡Pues aquí estoy! ¡Soy toda vuestra! —exclamó, extendiendo los brazos.

—¿Acaso no pensáis defenderos? —le preguntó Kayla, desconcertada.

—¿Para qué? Tarde o temprano, sabía que este momento llegaría. Está escrito en las profecías. Es hora de que el linaje de Ela recupere lo que es suyo. Mi muerte favorecerá el ascenso de las descendientes al trono.

—¡No de todas! —la corrigió Moira—. Nos encargaremos de que sea la nuestra la que ocupe ese sitio.

Silona entrecerró los ojos y dibujó una sonrisa apenas perceptible en sus labios.

—Estoy preparada —susurró.

La bruja intercambió una mirada fugaz con Kayla, quien había esperado un combate feroz, incluso sangriento, con la que ahora ostentaba el título de reina de Silbriar. Sin embargo, la hada se entregaba sin más, sin defenderse, sin siquiera insultarlas. Permanecía allí inmóvil, bajo un halo de benevolencia que le resultó insultante pero a la vez digno de una heroína. Escuchó los bufidos de Moira. Ella tampoco pensó jamás enfrentarse a semejante situación.

—Os prometo que tendréis la muerte que merecéis. No os haré sufrir ni cortaré vuestras alas como había pensado. ¡Que nadie jamás diga que Moira de Tirme no respeta a sus enemigos!

Estupefacta, Kayla observó cómo la bruja la ayudaba a tumbarse sobre su lecho. A continuación, se sentó junto a ella y, agarrando sus manos, entonó una canción para hacer dormir a los niños en las noches de insomnio. Solo que la princesa jamás despertaría de su plácido sueño.

Sentado en su cómoda silla de la estancia circular, Bibolum examinó el techo de su cúpula durante unos minutos. Él mismo había apagado las imágenes en cuanto comprobó que el escudo ambarino había caído. Era cuestión de tiempo que los hechiceros de Lorius entraran arrasándolo todo a su paso. Después lo buscarían y tratarían de hacerse con su joya arquitectónica. Pero él tenía que impedirlo. Tal

fuente de magia no podía caer en las manos oscuras de Lorius. Y aunque detestaba hacerlo, era consciente de que en cualquier momento debía destruir su preciada cúpula.

Escuchó el sonido de unos pasos firmes detenerse junto a la puerta. Pero él no se inmutó. Ni siquiera alzó su varita. Se limitó a encañonar la entrada con sus ojos claros, aguardando el momento en el que el misterioso visitante quisiera mostrarse ante él. Sin embargo, Bibolum ya sabía quién se encontraba tras ella. La había visto en lo alto del peñasco y había percibido su poder nada más irrumpir en el patio. Así que en cuanto Lidia decidió empujar los pomos redondos con brusquedad e irrumpir en la estancia, él la recibió con una sonrisa pulcra.

Lidia caminó hacia el centro, donde normalmente se colocaba cuando debía dirigirse al gran mago. Lo observó unos segundos sin mostrar ningún tipo de afecto. Analizaba su rostro ojeroso, marcado por unas arrugas causadas más por la fatiga que por la edad.

—Bien, ya me has encontrado. —El mago rompió un silencio ingrato, una especie de falsa tregua que se habían concedido ambos—. ¿Y qué es lo que quieres preguntarme?

Ella titubeó un instante. Imaginaba que no la recibiría con los brazos abiertos, pero tampoco habría esperado encontrarlo descansando sobre su silla, sin ningún tipo de protección. ¿Acaso no la temía?

—¿Cómo sabía que lo buscaba? —le preguntó, arrugando el entrecejo.

—Bueno, tú también lo has sentido. Algo te atraía hasta mí como un imán que no puede ignorar la llamada.

—Sí, tiene razón. —Ella se acercó aún más a él—. Pero ¿por qué? ¿Por qué no he dejado de verlo en mis sueños?, ¿de pensar en usted? ¿Por qué tenía que venir hasta aquí?

—¿Y me lo preguntas a mí? —El mago se levantó y descendió los dos escalones que la separaban de ella—. Eres tú la que quiere respuestas, la que necesita recordar por qué está aquí. ¿Qué es lo que te preocupa?

—Nada, ya no siento nada.

—¿Estás segura?

Lidia se frotó las sienes para tratar de liberar sus pensamientos encarcelados. El martilleo constante al que estaba siendo sometida por esas voces de los que ya estaban muertos la torturaba. No lograba discernir con claridad.

—Soy mala, lo siento en mi sangre. Tengo el alma envenenada.

—¿Y quieres saber si existe solución para ello?

—Sí. Mi madre me dijo que... tenía que luchar, que todavía había algo de luz en mí. Pero yo no la veo. ¿Es verdad que puede usted

ayudarme?

Bibolum apretó los labios con fuerza. Aquello estaba siendo más duro de lo que él había imaginado. En Lidia convivían dos personas distintas, y no estaba muy seguro de con cuál de las dos estaba hablando.

—¿Quieres entonces volver con nosotros?

Lidia pensó en Kirko. No quería abandonarlo. No se merecía eso. Él era bueno con ella, el único que le había dado días de felicidad en medio de la negrura. ¿Por qué la vida tenía que ser tan cruel con ella? ¿Por qué no podía ser todo más sencillo? ¡Anhelaba una vida junto a su amor, pero con el beneplácito de su padre y sus hermanas!

—Quiero que a mis hermanas no les ocurra nada.

—Y, sin embargo, has destruido el escudo. Podrías haberte negado, haberle dicho a Lorius que no harías algo semejante. Pero no lo has hecho. Y así has favorecido a las tropas enemigas. —Bibolum hizo una pausa para obligarla a reflexionar—. ¿Sabes cuántas personas van a morir aquí dentro por tu falta de juicio? ¿Es así como quieres ayudar a tus hermanas?

—Yo solo quería verlo. —Bajó la cabeza, admitiendo su error—. Usted lo ha dicho antes: no podía resistirme a esa llamada.

—¡Ya basta, Lidia! —le gritó el mago—. ¡Esto no es un juego de niños caprichosos! ¡Estamos en guerra! ¡Una guerra que tú has propiciado! ¡Por el amor de mis ancestros! ¡Has levantado a un ejército de muertos rompiendo el tercer sello! ¡¿Qué esperabas que sucediese?!

—Pero me obligaron a hacerlo. Yo ni siquiera sabía que mi sangre era capaz de eso.

—¿Te obligaron? ¡Tú decidiste quedarte con ellos a sabiendas de lo crueles que son! —Bibolum se llevó la mano al pecho, resentido aún por el dolor de la pérdida de un gran mago, de su pupilo al que quiso como el hijo que nunca tuvo. Entonces, varias lágrimas inundaron su mirada—. ¿Cómo pudiste matar a Aldin? ¡A mi ahijado!

Ella retrocedió espantada. Nunca había visto al mago en tal estado. Torció el gesto. ¡Estaba acusándola de numerosas atrocidades!

—Yo... no... No lo he matado... —se defendió.

—¡El tercer sello está roto! ¡¿Cómo explicas eso?! —Bibolum trataba de contener el temblor de su cuerpo.

—Yo no lo maté... ¡El señor Moné está vivo! —El gran mago entrecerró los ojos e indagó en el rostro de la descendiente—. ¡Tiene que creerme! ¡No fui capaz de hacerlo!

—Y, entonces, ¿dónde está ahora? —le preguntó con recelo.

—No lo sé... Fue al castillo de arena, a liberar a Samara y a algunos guardianes.

Bibolum dudaba de sus palabras. Ya no podía fiarse de ella.

¿Hablaba la niña intrépida que una vez conoció o la descendiente oscura? Masculló entre dientes. Quería creerla. Necesitaba creer en ella. A continuación, la agarró por la muñeca y con la otra mano extrajo de su túnica el saquito que Libélula le había preparado. Esparció su contenido por su rostro, por su cabello, por su cuerpo entero. Toda su piel debía absorber la poción mágica.

—¿Quieres saber si todavía hay luz en ti? —La soltó y la miró de forma altiva—. ¡Pues empieza a recordar!

—¿Qué me ha hecho? —Se quejó ella mientras trataba de quitarse el polvo rojizo de su vestimenta negra. Luego, se encaró con él—: ¡Es usted igual que él! ¡Un mago egoísta! ¡Manipulador! ¡Un mentiroso! ¡Usted no quiere ayudarme! ¿No lo entiende? ¡Yo solo quiero ser feliz!

—¿Y por qué tu felicidad tiene que estar por encima del resto?

Ella no supo qué contestar. Quiso gritarle, pero la voz se le quedó atrapada en la garganta sin poder salir, sin escapatoria. Se inclinó y apretó con las manos su abdomen para mitigar su dolor. Las entrañas le escocían. Había fuego en ellas y no conseguía apaciguarlas. Cayó de rodillas mientras la vista se le nublaba. Un torrente de rabia inundó sus pulmones y presionó el tapón instalado en su laringe. Y gritó. Gritó enloquecida, llevada por la desesperación y la frustración.

Bibolum percibió cómo el suelo vibraba con su alarido. Procurando mantener el equilibrio, se acercó al balcón para comprobar cómo por un instante la tierra había temblado y detenido el combate. Se giró de nuevo hacia la artesana. Yacía en el suelo. Gimoteaba como un cachorro indefenso. Había llegado la hora de que se sumiera en un dulce sueño.

Daniel volaba con soltura sobre el dragón negro. Desde el principio, constató que este no era la primera vez que entraba en combate. Percibía su experiencia, su acusada concentración e incluso su responsabilidad al llevar sobre su lomo al guardián de la capa. Para el animal había sido un honor que el humano portador del objeto sagrado al que habían protegido durante años lo hubiese escogido. No solo debía conducirlo a través de la contienda, sino también protegerlo.

Los dirigía un principiante de alas doradas, pero Bamar confiaba en los atributos innatos de los dragones del desierto. Eran juiciosos, fieles, y jamás ponían en peligro a los suyos. Él, en cambio, debía redimirse por todas las atrocidades que habían cometido los dragones negros durante la Gran Guerra, guiados por un general despiadado y demasiado impetuoso. Por eso, en cuanto atisbó a su derecha un castillo asediado por centenares de arpías, rugió. Soltó una flama por

su ancha boca, advirtiendo así al guardián de la capa.

Daniel arrugó el rostro y clavó sus ojos grises en el castillo de Silona, situado a varios kilómetros de donde se encontraban. Las cúpulas violáceas ardían y una de las torres había caído. Observó también el desánimo en sus compañeros. Nadie se atrevía a pronunciar palabra. Mantenían sus miradas fijas en la colina de las hadas, contemplando su destrucción, pensando que quizá habían llegado demasiado tarde. Puede que incluso ya no hubiese supervivientes.

—Deberías decir algo —lo alentó Coril—. Esperan tus órdenes.

—Está bien... ¡Necesito voluntarios para que se dirijan al castillo! —gritó a pleno pulmón—. ¡No quería que nos dividiésemos, pero Silona corre peligro!

—¡Estupendo! ¡Yo me apunto! —exclamó el guardián de Pan mientras viraba a la derecha.

—¡Yo voy contigo! —se unió Nico.

—¡Maldita sea! —se quejó Nizhoni—. ¡Yo voy con estos dos! ¡Es mejor que alguien los vigile!

Un dragón rojo se acercó por la izquierda de Daniel. Este pronto reconoció a Tímbel junto a Lark, el jefe de La Principal.

—Nosotros también vamos con ellos —se ofreció el elfo—. ¿Te importa si me llevo a algunos de los míos?

El guardián de la capa y la espada negó con la cabeza. Era un sacrificio que debían hacer. No contaría con todos los dragones para defender el Refugio, pero al menos así las hadas tendrían una oportunidad.

—Es mi casa —se sinceró la hada—. Aunque me hayan desterrado, ahí viven mis amigos.

—Tened cuidado. No sabemos lo que está ocurriendo allí —los alertó él, mostrando su preocupación. Entonces, observó cómo un batallón compuesto por una veintena de dragones rompía filas y se dirigía hacia el castillo; entre ellos, su hermano.

—Has hecho bien —le indicó Coril—. Ahora es cuando todos te pedirán permiso y tú tendrás que tomar las decisiones. Esta gente venera la capa. Harán lo que les ordenes.

Daniel lanzó una exhalación. No se encontraba preparado para asumir de pronto toda esa responsabilidad. Bastante tenía ya con cuidar de su hermano y de las chicas. Pero ¿de todo un ejército? ¿Cómo se las ingeniaría para no enviarlos a una muerte segura? Examinó el rostro afable de Coril, el arrojo indiscutible en los ojos de Onrom y, delante de él, la determinación de Aldin Moné, su maestro. No estaba solo. Nunca lo había estado.

Avanzaron un par de kilómetros más y, de pronto, distinguieron en el horizonte el Refugio. Grandes bolas de energías se dirigían hacia él,

impactando contra sus altos muros. Daniel reprimió una mueca de disgusto. De repente, Érika lo instó a mirar hacia abajo. Entre los árboles se disputaba otra batalla. Vio a los feroces orcos blandiendo sus garrotes contra un grupo debilitado de elfos. Estaban cercándolos, haciéndolos retroceder, dejándolos sin escapatoria posible. Desvió su mirada hacia los edificios más altos del poblado. Allí también estaba produciéndose una masacre. Los aldeanos eran personas indefensas, dedicadas a sus quehaceres cotidianos y sin experiencia en la lucha. ¿Con cuántos seres horrendos contaba Lorius Val? ¿Cómo había conseguido unirlos a todos ellos para que lo ayudaran con su plan ambicioso? Le hirvió la sangre. A cada lado que miraba, solo veía destrucción, muerte y oscuridad.

Apretó la mandíbula hasta reunir las fuerzas suficientes y, a continuación, gritó:

—¡Al ataaaqueee!

Una decena de dragones volaron en picado y soltaron su aliento contra los orcos. Otros trataban de ahuyentarlos creando con su fuego un área de maleza quemada a sus pies que les impidiera el avance hacia los elfos.

Estupefacta, Euren miró hacia el cielo y contempló el despliegue de dragones que se abría sobre sus cabezas. Reconoció de inmediato a las dos descendientes sobre el animal dorado. Este no lanzaba su aliento ardiente sobre los enemigos, sino que planeaba sobre ellos con la intención de alcanzar el Refugio. Detrás, un robusto dragón negro lo acompañaba. Había un guardián sobre él, uno que portaba la capa azul. Pero ella ya se había tropezado con ese humano una vez, cuando juntos defendieron su hogar en el exilio, cerca de las cataratas. Frunció el ceño, desconcertada. «¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Qué se me escapa? —se preguntó—. ¡La otra profecía!», dedujo. Esa que hablaba de un libertador capaz de reunir a un ejército dispar, compuesto por todas las especies de Silbriar.

Sonrió al tiempo que distinguió a Coril compartiendo animal con una mujer. «¡No puede ser posible!». No daba crédito a lo que sus ojos contemplaban. ¡Anael! ¡Estaba viva! Esbozó una sonrisa amarga mezclada con cierta culpabilidad. La había dejado en el poblado, desamparada, a merced de los lopiards sedientos de sangre. ¡A su amiga! ¿Cómo había sido capaz de tal cosa? Ella siempre le brindó su mano, la aconsejaba cuando lo necesitaba. En cambio, había sido incapaz de corresponderla con su afecto. «Las guerras sacan lo peor de nosotros mismos —pensó—. Los celos me arrastraron a actuar de ese modo. Casi la condené a una muerte segura. Estuve a punto de clavarle un cuchillo a Coril por anteponer a esa descendiente a mí. Pero ¿qué me ha pasado? ¿Cuándo decidí moverme por la venganza y la ira? —Por un instante, las lágrimas empañaron su rostro—. He

perdido mi propio rumbo y ahora debo encontrarlo de nuevo».

Entonces, miró al frente. Sin dudarlo, corrió y asió la lanza con fuerza hasta enterrarla en el vientre de un orco. ¡Había una guerra que ganar!

Galvian estaba exhausto. Apenas tenía fuerzas para continuar decapitando las cabezas de esos no vivientes. Había ordenado la retirada, pero, ahora, los enanos se resguardaban en varios edificios, los más cercanos a los muros del Refugio. Esos monstruos iban a entrar en él. Y Galvian solo deseó haberles concedido a los magos el tiempo suficiente para prepararse contra el ataque.

—Papá, deberías ver esto.

Él refunfuñó. ¿Qué diantres sucedía? ¿Acaso una nueva bestia de ocho cabezas trataba de cruzar el pueblo? Se acercó a la ventana con prudencia y entonces los vio. Una docena de dragones escupían su fuego contra los muertos y estos chillaban como gallinas desplumadas. De pronto, divisó a Onrom sobre un dragón azul y no pudo reprimir una carcajada.

—¡Condenado, enano! ¡Lo sabía! ¡Te dije que vendría! —le gritó su hija—. ¡Bien, mientras los dragones les fríen el trasero a esos muertos vivientes, nosotros vamos a seguir cortando cabezas!

26

Verdad

Kirko había escuchado el lamento de Lidia. Después, la tierra tembló. A pesar de aquello, quiso ir a su encuentro, descubrir si se encontraba bien. Pero un mago con una túnica blanca embarrada en sus bajos por la arcilla levantada del patio lo detuvo. Ya había acabado con algunos de los magos que protegían los prismas, pero este era diferente. Era un anciano de barbas plateadas y ojos hundidos. Sin duda, se trataba de un maestro. Con rapidez, creó una bola de fuego con sus manos y se la lanzó. Sin embargo, el mago la desvió con un simple gesto de su muñeca. Volvió a intentarlo, pero de nuevo, haciendo girar su varita, el maestro creó un pequeño torbellino que succionó sin más sus bolas ardientes. Kirko usó el sombrero e, introduciéndose en él, desapareció. Quiso coger al mago por sorpresa manifestándose a su izquierda y asestándole un tajo con su cuchillo, pero el mago lo agarró por la garganta y la presionó con fuerza.

—Conocí a tu padre, chico —le reveló, con semblante serio—. Era un gran mago del agua, un estupendo estratega. Disciplinado, ingenioso y de gran corazón. Todavía estás a años luz de ser como él.

Lo dejó caer sobre la hierba y esperó a que se levantase.

—¡Eres un viejo charlatán! —le espetó—. ¡Mi padre es Lorius Val!

—Tú sabes que no es así. Tu verdadero padre se llamaba Hanis Belemis, hijo de Máximus Belemis. De tu madre humana desconozco el apellido, pero la llamaban Lía. Era una guardiana a la que Lorius ordenó matar. Tu padre intentó impedirlo y él también murió asesinado. ¿Sabes quién ejecutó esa sentencia de muerte? —Kirko lo miraba con el rostro desencajado—. El que fuera tu maestro: Peval Nortal.

—¿Por qué me cuentas todo eso? —le preguntó, todavía confuso.

—Porque tienes que saber que ese villano malnacido que se jacta llamándote hijo fue el que mató a tus verdaderos padres. Tu vida habría sido muy distinta de haber sido criado por ellos —añadió el

mago de las Montañas Sagradas—. Tú ni siquiera naciste aquí, sino en un país de la Tierra llamado Argentina.

—¡No creo ni una palabra de lo que estás contándome! ¡Solo quieres confundirme, hacer que odie a mi padre!

—Si no me crees, puedes preguntarle a tu abuelo. Está en una de las mazmorras, apresado por traición y conspiración. ¡Vete! Te dejaré ir. Pregúntale a Máximus Belemis si miento.

Kirko escudriñó al mago. Temió que al darse la vuelta este le arrojara un vendaval mortal. Pero se fijó en sus ojos. Albergaban tristeza y también sinceridad. Poseían el mismo destello de luz que los de Lidia cuando apenas había llegado al castillo de arena. No fingían. Le sonreían de forma compasiva.

—¿Quién eres? ¿Y por qué quieres ayudarme?

—Yo no soy nadie, aunque me llaman Zacarías. También fui engañado por tu abuelo, al que consideraba mi amigo. —Lo dejó pasar, manteniendo su varita dirigida hacia el suelo—. Me causó un daño irreparable. Belemis asesinó a una de mis guardianas más queridas, a Esther, la madre de las tres descendientes.

Kirko siguió avanzando de espaldas a él. De vez en cuando lo miraba de reojo, sospechando de esa actitud tan benévola. No comprendía del todo aquella locura. No entendía por qué el anciano lo dejaba ir. ¿Y era cierto que su abuelo había matado a la madre de Lidia?

Se internó en los pasillos del Refugio y, durante unos segundos, dudó sobre cuál de los caminos escoger. ¿Debía subir hacia los pisos superiores o adentrarse en el sótano en busca de respuestas? Puede que Lidia lo necesitara, quizá la hubiesen retenido. Pero la verdad era que no se imaginaba a esos magos melindrosos acabando con la vida de una descendiente. No, tratarían por todos los medios de convencerla para que volviera a su lado. Farfulló entre dientes. Su amada tendría que esperar.

Iluminó los corredores con una de sus esferas de fuego. Jugaba con ella a lanzarla al aire, para después recogerla mientras inspeccionaba la zona. Pronto dio con las mazmorras, pero se sorprendió al comprobar que no eran cuartuchos malolientes donde las ratas campaban a sus anchas. Eran celdas confinadas, sí, pero habitaciones como cualquier otras del edificio, con mobiliario y camas confortables, aunque probablemente selladas con un conjuro mágico. Las examinaba a través de unas pequeñas rendijas, y no disimuló su asombro al constatar que la mayoría estaban vacías. Poco después descubrió un ala donde sí había prisioneros. Todos magos. Y muchos. Al verlo curiosear por la ranura, le pidieron ayuda. Pero él se centraba en localizar a uno en concreto. Lo recordaba por las varias visitas que hizo, primero, a la Fortaleza de su padre y, luego, al castillo de la

bruja. Belemis era uno de los generales más admirados por Lorius, y por lo que acababa de descubrir, también su abuelo.

Lo halló deambulando por la estancia, elucubrando, soltando palabras sin sentido alguno. De vez en cuando se detenía para escuchar los sonidos de la guerra y entonces sonreía. Kirko entró en la celda tras freír las diversas cerraduras con sus manos. Al principio, Belemis dio un respingo ante la presencia del intruso. Luego, al reconocerlo, se relajó.

—¡Ya era hora! —le espetó—. Pensaba que nadie se atrevería a llegar hasta aquí y liberarme. Pero has venido tú… ¡Esos discípulos de Zacarías son idiotas! Ni siquiera hay soldados apostados en la puerta. Tenemos que darnos prisa y abandonar el Refugio. En cualquier instante, tu padre lo derribará.

—Antes me gustaría hablar con usted —le dijo mientras frenaba su huida—. Tengo unas cuantas dudas en mi cabeza y desearía que me las aclarase.

—Ahora no es el momento, hijo. —Lo apartó y se dirigió a la puerta.

Pero Kirko lo agarró por el brazo antes de que pudiera dar un paso más.

—Yo no soy su hijo, aunque sí estamos emparentados, ¿verdad, abuelo?

Belemis palideció y retrocedió varios pasos hasta conseguir examinar el rostro del muchacho. Mantenía una actitud altiva, seria, y de sus ojos oscuros se desprendía una mirada fría.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Tu padre te lo ha contado? —le preguntó, frunciendo el ceño.

—Él jamás me desvelaría un secreto semejante. Aunque le pregunté varias veces, siempre me respondió con evasivas.

—Entonces, ¿cómo…?

—¡Qué importancia tiene! Mi verdadero padre era su hijo y, por lo que tengo entendido, usted lo dejó morir.

Belemis apretó la mandíbula y percibió que la culpa le perforaba las entrañas; una culpa que no se desvaneció jamás y que tuvo terribles consecuencias. Su mujer se había quitado la vida tres días después de conocer la muerte de Hanis. Recordaba el día en el que había recibido la noticia. Creyó morir. Sus piernas le temblaron hasta tal punto de tener que sujetarse al alféizar de la ventana para no caer. «Su hijo se resistió y me atacó. Tuve que defenderme», le había confesado Peval.

—¡Tú no entiendes nada! Yo nunca quise que Hanis muriera. Intenté protegerlo hasta el final, pero él eligió quedarse con la maldita humana. —Escupió las palabras como si así pudiera alejar el remordimiento de sí, pero este no quería desprenderse de él—. ¡Era mi

hijo! ¡Mi único hijo! ¡Yo no quería ese final para él! ¡Solo quería que recapacitara! Pero él estaba enamorado.

—¿Por qué no podía amar a una humana? —Kirko bajó la cabeza y entrecerró los ojos.

—¡Hay leyes, Kirko! ¡Leyes que no pueden ser transgredidas!

—Pero yo también amo a una humana. ¿Soy entonces un indigno?

—Es distinto, muchacho. Esa chica es una descendiente. —Belemis trató de consolarlo apoyando la mano sobre su hombro.

—¡Y mi madre era una guardiana! —le recriminó entre dientes—. ¡Yo también soy medio humano!

—¡Tú eres un mago de fuego, como lo soy yo! ¡Eres sangre de mi sangre! Y si lo deseas, juntos podremos conseguir grandes logros. Eres valiente, atrevido y estás destinado a gobernar Silbriar. Si me quieres a tu lado, ahí estaré —le dijo con tal aplomo que lo hizo dudar unos segundos.

Kirko lanzó una profunda exhalación mientras negaba con la cabeza.

—Verá, quien gobernará este mundo tan horrendo será mi padre: Lorius Val. A mí no me interesa lo más mínimo el trono. Desde que salí del castillo de arena, en lo único que he pensado ha sido en cómo librarme de mis obligaciones con Silbriar. Y aunque todavía no he encontrado la manera, espero poder vivir alejado de toda esta locura.

—¡No seas estúpido! ¡Lorius no te lo permitirá jamás! Cuando pensaba que eras tú uno de los descendientes, ni siquiera me permitió que me acercase a ti. Me obligó a guardar el secreto sobre la muerte de tus padres y jamás podría revelar que yo era tu abuelo. ¿No lo entiendes? ¡Ha planificado tu vida y la de tu hermana desde el principio!

—¿Y para qué? Después de todo, yo no soy un descendiente.

—¡Pero tu estúpida novia sí! —Kirko lo torpedeó con la mirada—. Kayla puede que tenga una oportunidad, pero a vosotros no va a dejaros en paz.

Mientras caminaba de aquí para allá, trataba de reflexionar. El muchacho se masajeaba la nuca, buscando una salida a todo aquello. Quería confiar en las palabras de Lorius. Le había prometido un pequeño castillo a las afueras, sin intromisiones, sin responsabilidades ni deberes. Pero ¿cuántas veces su padre había pospuesto sus sueños? ¡En innumerables ocasiones! Y después estaba ese mago del fuego, su abuelo, quien lo observaba con cierto estupor y le aseguraba su protección. ¿Acaso podría fiarse de él?

—¿Podemos irnos ya? —le preguntó impaciente—. Lorius estará preguntándose dónde estamos.

—Mi padre no me ha enviado a rescatarlo. He venido yo porque he querido.

—Entonces, debo agradecértelo a ti. Tenemos que liberar a mis hombres. Zacarías ordenó encerrarlos tras conocer que son leales a tu padre.

—¿Y usted es leal a él?

Belemis torció el gesto.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Querido abuelo —dijo con ironía—, tenemos un problema mayor. Si usted viene conmigo, no tendré más remedio que confesarle a Lidia que usted mató a su madre. ¿Qué cree que le haría ella entonces?

—¡No te atreverías! ¡Soy tu abuelo!

—Del que no tenía ni idea de su existencia hasta ahora. —Sonrió con malicia.

Kirko se acomodó en el sofá, alzó una pierna y la apoyó sobre la otra rodilla.

—¡Esto es inaceptable! ¡Yo me voy de aquí!

El mago giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta. En ese instante, Kirko lanzó una de sus esferas de fuego contra el marco de madera, logrando que Belemis se detuviera.

—No hemos terminado de hablar.

Sin darse la vuelta, Máximus le respondió:

—Sí, muchacho. No tengo más que decirte. Cualquier otro reproche que quieras hacerme, consúltalo con tu padre. Él da las órdenes.

Pero Kirko no se dio por satisfecho.

—Entonces, ¿usted es otro títere más? Si mi padre le dice que baile, usted baila. Si le dice que va a matar a su hijo, ni rechista. ¡¿Qué clase de hombre es?!

—¡El mismo que tú! —El mago se encaró con él—. ¿Acaso tú te has opuesto a alguna de sus órdenes? ¿Has buscado por ti mismo ese paraíso que anhelas para vivir con tu novia? ¡No, no has hecho nada! ¡¿Y sabes por qué?! ¡Porque le tienes miedo! ¡Como yo! ¡Como todos!

—¡Basta! —Se levantó de un salto y se dirigió hacia él con los ojos inyectados en sangre—. ¡Yo no le tengo miedo!

Belemis soltó una carcajada estrepitosa que resonó por todos los rincones de la mazmorra.

—Claro que sí. Pero tú prefieres llamarlo «devoción» —lo desafió, con semblante seguro.

Entonces, Kirko lo agarró por el cuello y lo presionó hasta notar cómo la entrada de aire hacia sus pulmones disminuía. El mago apretó los ojos y se concentró en sus manos, las cuales comenzaban a generar salvajes llamaradas. Con ellas, sujetó los brazos del muchacho y quemó su atuendo negro hasta fundirlo con su piel. Kirko gritó. Apartó a su abuelo con tal fuerza que terminó derribándolo. Después, al ver que el mago volvía a lanzar sus flamas afiladas desde el suelo,

no lo dudó dos veces. Se acercó a él con paso seguro y colocó las palmas de su mano en vertical, logrando que todos los cuchillos de fuego rebotasen en ellas y terminasen impactando en el cuerpo de su atacante. Era un tipo de defensa que le había enseñado su padre, propio de la Academia del Cosmos, basado en la refracción de la luz.

—No me dejes aquí —le suplicó su abuelo, malherido—. Yo nunca quise esta vida para ti.

—Pero me entregaste a Lorius sin ni siquiera pestañear —le recriminó Kirko, ya tuteándolo, pues había perdido todo respeto hacia él.

—Tienes que entenderme… Él me amenazó…

—No, abuelo. Tú no te opusiste porque mi sangre está contaminada por mi madre humana. ¡Tú la odiabas! E hiciste todo lo posible para deshacerte de ella. ¡Lástima que todo te saliera mal! ¡Vas a morir solo! Sin nadie que lamente tu pérdida.

Se encaminó hacia la salida y volvió la vista atrás solo para asistir a su último suspiro. Belemis expiró en silencio, sin nadie que cerrara sus párpados y con la mirada clavada en un techo vacío. Kirko no sintió nada, ni una pizca de compasión a pesar de que había conversado con él escasos minutos antes. Su abuelo nunca fue un abuelo. Solo uno de los tantos generales de Lorius. Un fanático codicioso.

Ignoró las llamadas de los otros presos y se dispuso a abandonar las mazmorras. Tenía que buscar a Lidia.

Desde la balconada, Bibolum Truafel trataba de reforzar el escudo enviando toda la energía posible desde su varita. La mantenía alzada, y esta dirigía un chorro imparable de luz azul hacia la esfera que habían creado alrededor del Refugio. La alimentaba. La fortalecía. Y, sobre todo, quería impedir que las potentes bolas lanzadas por los brujos de Lorius siguieran cayendo como bombas sobre sus amigos.

Zacarías intercambió una mirada sombría con él desde el patio. Ambos eran conscientes de que no resistirían mucho más. Aun así, el mago de las Montañas Sagradas hacía grandes esfuerzos por contener los numerosos boquetes en los muros. Los soldados del hechicero penetraban por ellos como una manada de animales salvajes en plena estampida. Pero si Zacarías no se rendía, él tampoco. No permitiría que ninguno de esos artefactos energéticos complicara aún más la batalla terrestre. A pesar del dolor que ya sentía en el brazo, no lo bajó. Se aferraba a su varita, incorporando ese malestar a su concentración. Nada ni nadie podía interrumpir ese estado de abstracción.

De repente, avistó una hueste de dragones en la lejanía; un batallón aéreo que pronto le trajo gratos recuerdos. Milvial. Su dragón blanco.

Su escuadrón del aire. Sonrió mientras su rostro se empapaba de lágrimas. ¡Los chicos lo habían conseguido! ¡Habían encontrado al guardián de la capa! ¡Contaban con un ejército! Y volaban ahora hacia el Refugio. Puede que, después de todo, todavía tuviesen una oportunidad.

Sin embargo, su alegría se esfumó al instante. Bibolum endureció el rostro y dirigió su mirada al patio. Entre los muchos que se internaban en el Refugio distinguió a Lorius Val. Caminaba rodeado por sus brujos de confianza, sin alterar siquiera su semblante cuando alguien trataba de impedirle el paso. No se inmutaba ni arqueaba una ceja. Eran sus leales servidores quienes se encargaban de aniquilar al insecto que quisiera impedirle el paso a su señor.

Entonces, observó cómo Zacarías creaba uno de sus famosos torbellinos y lo dirigía hacia él. Algunos de sus guardaespaldas fueron derribados, otros trataban de contrarrestar los efectos del aire creando muros de agua protectores o tratando de desviar su trayectoria. Bibolum torció el gesto. No era una lucha justa. Diez contra uno. El mago de las Montañas Sagradas no tendría ninguna posibilidad.

En ese momento, Lorius se dignó a alzar la cabeza y lo descubrió en su balcón. Él aguantó su mirada perniciosa hasta que, finalmente, el brujo se preocupó de los continuos ataques de Zacarías y decidió intervenir. Entrelazó sus dedos mientras sus brazos se movían con amplitud. Al separar las manos, Lorius había creado dos esferas violáceas que representaban a las dos lunas silbrarianas. Antes de que Bibolum pudiera advertir a su amigo, el brujo las lanzó contra él con determinación. Zacarías voló. El impacto fue tal que terminó estrellándose contra la escalinata de la entrada.

Sobrecogido, el gran mago volvió a internarse en la estancia y selló la entrada con cerrojos mágicos. Debía darse prisa. No tenía mucho tiempo. Con pesar, activó su cúpula por última vez. Los astros comenzaron a moverse en un universo negro. Se desplazaban enlentecidos, casi empujados por su propia inercia. El cosmos estaba sumido en un vacío estático. Aliviado, vislumbró una estrella fugaz; rápida, imparable. Cruzaba el espacio de derecha a izquierda, estimulando a todos los cuerpos celestes, alentándolos a movilizarse, a continuar existiendo.

Bibolum Truafel suspiró animoso. Ese cometa portador de la esperanza simbolizaba al guardián de la capa. Observó su trayectoria y cómo a su paso se iluminaban las estrellas. Después desactivó la magia de la cúpula y, a continuación, dirigió su varita hacia ella. Tenía que destruirla. No podía permitir que Lorius Val se hiciera con su bien más preciado: la cúpula que tanto le costó diseñar.

Cerró los ojos para evitar contemplar cómo grandes trozos de su techo prodigioso caían sobre la estancia circular, sobre su centro de

mando, sobre su vida.

Lidia bostezó y se arropó mejor tirando de las sábanas. Estaba calentita, segura, dentro de un sueño que la hacía feliz.

Olía el perfume de su madre, saboreaba esas magdalenas que ella compraba en la tienda de la esquina y escuchaba su voz mientras le contaba un cuento. Adoraba esas noches de invierno, cuando ella las cubría con suaves mantas y les daba un beso en la frente. Tanto Valeria como ella deseaban que las estrellas hicieran su irrupción en el cielo para poder disfrutar de ese momento con su madre.

Érika no había cumplido los dos años todavía, y después de dormirla en su regazo, se sentó a los pies de su cama con una fábula en la mano. La mayoría de las veces ni siquiera las abría. Las recitaba de memoria. Y ella admiraba la capacidad de su madre para transportarla con sus palabras a otro mundo, a un mundo de cuentos.

Esa noche, su madre les contaba la historia de una princesa que se sumió en un largo sueño después de pincharse con la aguja de una rueca. Con mucha expectación, atendía a cada frase que se desprendía de sus labios, esperando el ansiado final.

—Cuando crezca, yo también quiero que un príncipe me salve con un beso —confesó ella cuando su madre terminó la increíble historia.

—No seas boba, Lidia —le espetó Valeria—. Los príncipes azules no existen.

—¡Pues claro que existen! ¡Pero tú te quedarás sola porque nadie querrá rescatarte!

—A ver, niñas —intervino su madre—. Tu hermana tiene razón, Lidia. Esto solo es un cuento. Es un relato nacido de la tradición oral y que más tarde decidieron escribir. Por este motivo, hay varias versiones de esta historia. Pero lo que sí debes tener presente es que las princesas como vosotras tienen que aprender a valerse por sí mismas y no esperar a que un chico montado en un caballo blanco las salve.

—Pero, entonces, ¿para qué nos lo cuentas? Si no existe nada de eso, ¿por qué todas las noches vienes con un libro distinto en la mano? —se quejó Lidia.

—Cariño, lo importante de este cuento no es el beso. Es el despertar. Por mucho que una madre haga para protegeros del mal que existe fuera, yo no puedo impedir que no os haga daño. Los padres de la princesa mandaron retirar todas las agujas y objetos punzantes del castillo y, aun así, ella se pinchó el dedo. Por mucho que quiera evitarlo, en vuestra vida

sufriréis decepciones, traiciones, grandes pérdidas y, por supuesto, experimentaréis el desamor.

—Mamá, ¿qué intentas decirnos? —le preguntó Valeria, temerosa.

—¡Mis niñas! —exclamó con ternura mientras sus ojos se inundaban de lágrimas—. Llegará el día en el que vosotras también despertéis y miréis el mundo de otra manera. Yo solo trato de prepararos para ese momento.

Lidia se revolvió en la cama, continuaba enojada por descubrir que los príncipes no eran los salvadores de la historia.

—¿Y por qué nos lees estos cuentos tan estúpidos?

—Porque ellos encierran otra verdad. Una que puede cambiar tu vida. —Lidia frunció el ceño con recelo—. Muchos de los cuentos fueron alterados con el tiempo, modificados para adaptarlos a la sociedad cambiante, a veces, endulzándolos demasiado. En el relato original, Blancanieves no despierta con un beso. En realidad, se ha atragantado con la manzana y tiene un pedazo en la garganta que le impide respirar. Ella consigue por sí misma escupirlo y es así como se produce su despertar. Incluso en otra versión menos extendida, Caperucita tiene un final trágico al ser devorada por el lobo. Y aunque Pinocho termina siendo un niño de carne y hueso, en el manuscrito original, su autor había escrito que terminaba consumido por las llamas.

—¡Es horrible! —se lamentó Valeria—. ¡Los cuentos deberían ser bonitos!

—Los cuentos recogen la realidad. Hay personas buenas, dispuestas a ayudar, y gente malvada, egoísta, ambiciosa, capaz de cualquier cosa para conseguir su objetivo. Y es de estas de quienes quiero preveniros. —Esther contempló durante unos segundos las graciosas muecas que Érika hacía mientras dormía. Después clavó su mirada en sus dos hijas mayores—. ¡Yo quiero que seáis valientes, fuertes y, sobre todo, luchadoras! ¡No os rindáis nunca! Y si un día llega vuestro despertar, quiero que miréis alrededor y que contéis con las personas que están a vuestro lado, porque ellas os definirán. Yo solo espero ser una de esas personas afortunadas para seguir caminando a vuestro lado. ¡Para siempre!

Lidia abrió los ojos sobresaltada y se sentó en la cama. Le dolía la cabeza y le pesaban mucho los párpados, tanto que tuvo que frotarlos para sentirse despejada. Entonces, con alarmismo, examinó la habitación donde se encontraba. No estaba en casa con sus hermanas. Se masajeó ambas sienes y comenzó a recordar. ¡Silbriar! ¡Había llegado a Silbriar! Y debería estar en uno de esos campamentos que Lorius había adaptado para ella. Pero tampoco estaba allí. De pronto, escuchó el sonido de la guerra y se precipitó hacia la ventana. Sí, estaba en el interior del Refugio. Y fuera, en el patio, se libraba una batalla.

Alzó la vista y oteó el horizonte. Decenas y decenas de dragones se dirigían hacia allí. Contenían con su fuego al ejército de orcos, lopiards y demás criaturas para que no entrasen en el Refugio. Entre ellos, un dragón dorado desafió a los hechiceros de Lorius tras aterrizar sobre una de las torres del muro. Lanzó sus llamas contra ellos, obligándolos a retroceder y a esconderse entre árboles y matorrales. Lidia apretó los labios, contrariada. Sobre ese dragón distinguió a sus hermanas. Una sonrisa sincera se dibujó en su rostro. ¡Cuánto las había echado de menos!

Una lágrima se deslizó por su piel hasta desaparecer en una de las comisuras de sus labios. Había despertado de un letargo prolongado. Sola. Sin nadie a su lado. Un sueño que no había durado cien años, pero sí lo suficiente para percatarse de lo egoísta que había sido. Nunca pensó en su familia. Nunca valoró los sentimientos que podrían tener sus hermanas ni sus amigos. Siempre pensó en ella misma y en el amor que estaba experimentando; un amor que la había alejado de la realidad y la había acercado a las sombras. Se encontraba en una burbuja de cristal, ajena al dolor ocasionado. ¡La habían utilizado, manipulado, presentándole una verdad a medias! ¡La habían transformado en un monstruo! ¡Y ella no era así! ¡Ella no quería ser así!

Examinó su antebrazo. El tono negro de sus venas se difuminaba, volvían a su estado normal. ¿Qué estaba ocurriéndole? ¿Por qué le dolía tanto la cabeza?

De improviso, escuchó voces en el pasillo y se acercó al pomo de la puerta. Lo giró con suavidad, tratando de no hacer ruido. Lorius Val había conseguido entrar y caminaba con aire petulante mientras llamaba como un poseso al gran mago: Bibolum Truafel.

—¡No te escondas como un cobarde! ¡Es hora de que hablemos!

27

Secreto

Ruby bufó al comprobar el estado de su broche. Todavía le restaban unos cuantos pétalos antes de que cayeran al suelo y abandonara su condición animal. La batalla estaba consumiendo sus fuerzas a un ritmo acelerado. Miró al frente. Los orcos parecían multiplicarse como conejos salvajes. Eran imparables. Proferían gritos de guerra espeluznantes y luego aplastaban a los aliados con sus garrotes. Aun así, ella no se rindió. Aunque los orcos eran fieros, carecían de astucia para elaborar una estrategia de combate clara. Eran hoscos, desalmados y usaban la fuerza bruta sin control. Y ahí era donde ella los aventajaba. Porque Ruby no era una bestia cualquiera. Era humana. Una guardiana. Y contaba con capacidad de raciocinio.

De reojo, observó a Kwan, quien había comenzado con su ritual antes de hacer sonar la flauta. El guardián giraba sobre sí mismo mientras una estela naranja se desprendía de su objeto. Le faltaba poco. Y Ruby sabía que en cuanto empezara a tocar, los orcos se pondrían a bailar como dementes, arrastrando sus pies al compás de una música hipnotizadora. ¡Kwan los alejaría de allí! Pero, mientras, debía proteger al guardián, evitar que alguien se acercara a él y rompiera su concentración; ni siquiera los dragones, que los apoyaban desde el aire. Ella los había visto llegar. Al principio, su corazón se detuvo al imaginar que serían otra de las especies terroríficas que la bruja se había atrevido a invocar. Pero al distinguir al guardián de la espada sobre el dragón negro, respiró aliviada. Los dragones eran aliados. Arrojaban su fuego sobre los orcos malolientes. Eso había frenado su avance y ayudado a sus amigos a reagruparse.

A su lado se encontraba Nafula, desperdigando sus agujas del sueño con precisión. Se había percatado de que no le bastaba una sola aguja para adormentar a los orcos. Debía acertar clavándoles al menos cinco. Lo bueno era que sus cuerpos toscos les impedían realizar movimientos ágiles para evitar ser agujereados por sus espadillas.

—¡Mierda! —la escuchó lamentarse—. ¡¿Cuándo tendrá lista la flauta Kwan?! ¡La cosa se pone fea!

Ruby giró la cabeza y lanzó su mirada hacia el lugar donde su amiga, con el rostro afectado, mantenía sus pupilas clavadas. Ella se permitió entornar los párpados unos segundos y respiró con calma. Centenares de lopiards hacían su irrupción por el flanco izquierdo. Y ellos, los guardianes, eran su próximo destino.

—¡Bien! ¡Yo voy a por ellos! —gritó osada tras reflexionar—. ¡Encárgate tú de proteger a Kwan!

Ruby corrió a su encuentro y, tras ella, varios guardianes y maestros más. Si los lopiards se unían al batallón de los orcos, estarían perdidos. No podía dejar que eso sucediese. Miró hacia el cielo y observó que algunos dragones pasaban sobre su cabeza. También se habían percatado del arribo inmediato de los caralobos.

Antes de que el primer grupo de lopiards pudiera reaccionar, Ruby, en bestia, se abalanzó sobre ellos con sus garras y colmillos afilados. Los cogió desprevenidos. Con el primero le bastó un zarpazo en el cuello para dejarlo inconsciente. Al segundo, quien osó mostrarle su dentadura, lo derribó de un guantazo en el hocico, consiguiendo que varios dientes volaran con él. El tercer lobo fue más astuto y logró esquivar en su mayor parte el cuerpo pesado de su bestia. No murió aplastado como algunos otros, por lo que Ruby tuvo que ingeniárselas para dejarlo fuera de combate.

El lopiard la desafió con sus refulgentes ojos amarillos. Después consiguió sujetar su lanza, que había caído al suelo, y trató de clavársela en el pecho. Ruby la interceptó antes siquiera de que rozara su piel y, gruñendo con fiereza, la partió en dos. Después le arreó un puñetazo que borró la sonrisa de su rostro. Pero en el momento en el que se disponía a acabar con él de una vez por todas, otro lopiard la agarró por la espalda. A continuación, sintió un ligero pinchazo en el hombro derecho. Le había clavado un cuchillo o, lo que era peor, una espada afilada. No lograba distinguir el arma, pero sí la sangre que manaba y se deslizaba por la extremidad. Gritó de dolor. Aun así, alzó el brazo herido y golpeó el rostro hocicudo de quien la había atacado. Sus mamporros eran contundentes. La mayoría de las veces, sus víctimas necesitaban algunos segundos para recuperarse y continuar el ataque. Pero este lopiard, a pesar de que trastabilló, no cayó al suelo y pronto se dirigió de nuevo hacia ella. Entonces, el otro caralobo, quien todavía permanecía en el suelo, aprovechó para levantarse y blandió su lanza. Ruby titubeó. No sabía de cuál librarse primero. Estaba exhausta. Y recordaba con agitación la limitación de su objeto: antes de que el último pétalo cayera al suelo, sus heridas debían sanar.

De pronto, contempló cómo unos tirabuzones pelirrojos se enredaban en el cuello del lopiard que tenía enfrente y tiraban de él

con una fuerza descomunal. El lobo trataba de librarse del cabello que cubría su cara cada vez más. Ruby sonrió. Giró sobre sus talones y enterró sus zarpas en el vientre del otro lopiard, quien se desplomó mientras la miraba con los ojos vacíos. Después, ella se dejó caer sobre sus rodillas y echó su cuerpo hacia delante. Se alegró al distinguir un par de botas rosadas a su lado.

—Gracias, Nora —le dijo con dificultad.

La niña se arrodilló junto a ella y le colocó la mano en el hombro sano.

—¿Estás bien?

—Necesito unos minutos, nada más.

La voz metálica de la bestia resonaba en sus oídos, haciendo que estos se contrajeran, pero la pequeña sabía que debajo de ese enorme cuerpo peludo se encontraba una muchacha tan luchadora como sensible. Ruby se sentó y contempló los ojos preocupados de la niña. Nora apartó la mirada y se concentró en los lopiards, que continuaban su avance.

—Me quedaré contigo hasta que te sientas mejor. Lo bueno de tu bestia es que las heridas no tardarán en cicatrizar.

Ruby bajó la cabeza y asintió. Abrumada, no encontraba las palabras justas para excusarse por su comportamiento en el desierto. Había visto a la niña caer por el despeñadero, y su primer impulso fue ir a buscarla y comprobar si se encontraba bien. Pero ella había sido la responsable de su caída y se quedó paralizada en lo alto de la montaña, sintiéndose diminuta, miserable y ruin. ¡Ella era una guardiana! Y nunca pensó que les haría daño a los suyos, a una amiga, a una niña, al fin y al cabo.

—Siento todo lo que te hice… Yo no quería hacerte daño… Debí darme cuenta de que todo era un engaño, como hiciste tú. Pero me convencieron de que las hermanas eran malas y…

—Eso no importa ahora. —La pequeña se encogió de hombros—. Estamos juntos todos los guardianes y eso es lo que cuenta.

De repente, escucharon el sonido melódico de la flauta y, aliviadas, estallaron en carcajadas. Kwan lo había conseguido. Los orcos danzaban jubilosos aproximándose a él, como los ratones de Hamelin. Atónitos, los elfos contemplaban cómo pasaban junto a ellos sin siquiera percatarse de su presencia, solo moviendo sus piernas y brazos con una alegría espeluznante.

—Bien, ahora debemos centrarnos en los caralobos —dijo Ruby mientras se levantaba—. Esto todavía no ha terminado.

Roderick Lenk desmontó de su caballo y, con dos palmadas en el

lomo, le indicó que se alejara de allí. Había llegado. Escuchaba el fragor de la batalla: los alaridos, los continuos quejidos, el sonido de las flechas cortar el aire o el de los garrotes golpear árboles. Pero había uno —envolvente, casi festivo, pero al fin y al cabo maldito— que le indicaba que estaba cerca de la posición de los guardianes. La flauta sonaba. Y su música disonante contaminaba el ambiente rancio del combate. Una extraña melodía acompañaba a los recién fallecidos y se propagaba con un eco fantasmagórico por todo el bosque. Quizá fuera mejor así. Esa música alejaría a cualquier osado que decidiese internarse en la espesura.

Descendió la ladera con mucha cautela y aferrado al hacha. Sí, era un lisiado, pero todavía le quedaba un brazo con el que cortar cabezas. Pronto distinguió a Kwan alejándose de los muros del Refugio con un centenar de orcos bailarines. Era una escena tan ridícula que no pudo evitar reír. ¡Esos seres horrendos carecían de dotes artísticas! Después posó su mirada en un grupo de guardianes desconocidos para él. Luchaban en primera línea contra los lopiards. No le importaba mucho qué clase de objetos poseían, solo deseaba que fueran igual de eficaces que la flauta.

Entonces, al reconocer a Nora estirando sus cabellos al máximo y dirigiéndolos hacia el enemigo, corrió hacia ella sin pensarlo. Le había cogido cariño a esa pequeña pelirroja en el desierto. Y cuando resultó malherida, había recorrido Silbriar en busca de una sanadora y de un mago que lo ayudara a devolver a la niña a su mundo.

—¡No sabes cuánto me alegra verte! —le confesó el leñador al tiempo que se situaba a su lado—. Aunque no te habría venido mal quedarte en tu mundo. ¡Estamos en guerra!

Nora consiguió doblegar al lopiard y lo arrastró hacia ella, recogiendo después sus tirabuzones.

—La Tierra también está en guerra, aunque su enemigo allí sea invisible. Destruyendo a Lorius, aniquilaremos a los jinetes. Por eso he venido.

En cuanto el lopiard llegó a sus pies, Roderick no dudó un instante en rematar la faena. Odiaba manchar de sangre su hacha y le repugnaba que ese color escarlata tiñera hasta el mango, por eso maldijo por lo bajo. Él prefería talar árboles, no matar lobos, aunque fuesen unos desalmados.

—¿Y dónde está Aldin? ¿Lo has visto?

—Ha entrado en el Refugio, junto con las descendientes y el guardián de la capa.

—¡Daniel! ¿Quién iba a decir que teníamos a ese guardián delante de nuestras barbas?

De pronto, los músculos del leñador se tensaron y sus dientes comenzaron a castañear sin cesar. La bestia estaba allí, la responsable

de haberle amputado su antebrazo. Ruby, en su forma monstruosa, combatía contra decenas de lopiards arreando guantazos a diestro y siniestro. Debió suponerlo al escuchar la flauta. Si Kwan estaba en ese bosque, era indudable que ella también. Pero no imaginó verla tan pronto. Y aunque ahora luchaba con los aliados con fiereza, no dejó de sentir un repelús que contrajo todos los músculos de su cuerpo.

Cuando ella se libró de ese grupo de lobos, giró la cabeza lo suficiente para cruzar una mirada fugaz pero intensa con el leñador. Y pese a que algo en su interior le gritaba que no se acercase a él, lo hizo, desoyendo esa voz temerosa que le vociferaba que no bajase la guardia. En cuanto llegó hasta su posición, se percató de que su último pétalo rojo se precipitaba solitario hacia el suelo. Ruby había dejado de ser la bestia. Volvía a ser la joven robusta y de cabellos cortos de siempre, una guerrera con gran sentido del deber pero con un enorme pesar en su alma.

—Chica, no deberías abandonar tu forma animal. Así eres vulnerable —le aconsejó el leñador.

—Tengo que esperar a que el broche se recargue de nuevo —le dijo ella, cabizbaja.

—Tienes que buscarte un escondite hasta que eso pase —le sugirió Nora—. Te cubriremos si hace falta, pero necesitamos a la bestia.

Ruby asintió. Pero antes de abandonar el campo de batalla, se arrojó a los brazos del leñador sin previo aviso. Roderick no supo cómo reaccionar y, con su mano derecha, la que sujetaba el hacha, la rodeó durante unos segundos. Él odiaba las escenas lastimeras. Eludía enfrentarse al drama mostrando siempre una actitud jocosa. Incluso después de la muerte de su mujer, evitó encerrarse en casa y soltar unas cuantas lágrimas. Detestaba esas gotas saladas que surcaban la piel, dejando cicatrices profundas en el ánimo. Sin embargo, cuando perdió parte de su brazo y casi vio morir a Nora, algo despertó en su interior: un gigante dormido, un remolino de sentimientos incontrolables que lo devolvía una y otra vez al día en el que murió Zenca.

—Espero que algún día puedas perdonarme —le imploró Ruby entre sollozos—. Porque yo no sé si podré hacerlo.

—Chica, este no es el momento. Déjalo estar y vete a esconderte.

Mientras tanto, Nora desplegaba sus cabellos creando un círculo perfecto. Haciéndolos girar, impedía que cualquier lopiard se acercase a ellos.

—Lo siento mucho.

Roderick, quien mantenía la mirada sobre el terreno, observó cómo tres lopiards lograban esquivar los golpes de los otros guardianes y avanzaban hacia ellos.

—¡Corre! ¡Corre! —le gritó a Ruby mientras enterraba su hacha en

el primer lopiard.

Nora no lo dudó. Tras enroscar sus tirabuzones en las muñecas del segundo soldado, lo lanzó por los aires. Hasta que no vio que su cuerpo se estrellaba contra un árbol, no apartó la mirada de su horrendo rostro. Quedaba el tercero. La niña giró sobre sí misma, activando sus cabellos salvajes. Después dio varias zancadas y arrojó sus bucles a los pies peludos del lopiard. Consiguió derribarlo. A continuación, Roderick se dispuso a machacarlo.

En ese momento, surgieron dos lobos más de la espesura. Uno trató de contener al leñador por la espalda. Había perdido su lanza, pero eso no le impedía agarrarlo por el cuello y tratar de asfixiarlo. El leñador se revolvió. Quería deshacerse del lopiard como fuera, así que, sin pensarlo dos veces, lo mordió en el brazo. Pero el maldito se limitó a gritar sin soltarlo. Nora acudió en su ayuda. Enredó el hocico del caralobo y tiró de él, deseando partirlo en dos. De pronto, el segundo soldado asió su lanza y la dirigió hacia la cabeza de Roderick, quien continuaba apresado entre las garras del primer lopiard. Apenas podía respirar, y vio cómo el arma se acercaba a su frente. El leñador se dispuso a morir. «Siento haberte fallado, Aldin. Lo siento de veras. Debí acompañar a los chicos en esa misión y no lamentarme de mis condiciones. Ahora debo reunirme con mi esposa Zenca», pensó, con un amargo sabor a derrota.

Pero en ese instante, en el que la lanza rozaba su piel, apareció Ruby. Se abalanzó sobre el lopiard, derribándolo sin ningún arma que apoyase su ataque. Roderick esquivó en el último momento la punta afilada de la lanceta y, dándose la vuelta, consiguió que esta se incrustara en la espalda del primer lopiard. Después volvió la vista hacia el lugar donde se encontraba Ruby con el otro soldado. Nora había ido a su encuentro y se había deshecho del soldado.

—¿Estáis bien? —les preguntó el leñador a ambas chicas.

Nora asintió mientras Ruby se incorporaba con cierta fatiga. La pequeña le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Deberías volver a tu escondite —le sugirió la niña—. Estás muy débil, y en tu forma humana, eres un blanco fácil.

—Tenía que hacer algo —se excusó ella—. Os lo debía a los dos.

—Chica, has sido muy valiente. Pero también muy estúpida. Ese lopiard podría haberte herido de gravedad.

Ruby esbozó una tímida sonrisa, agradeciendo su preocupación. Lo había conseguido. Había salvado al leñador de una muerte segura. Avanzó dos pasos hacia él y de pronto se desplomó. Se encontraba muy débil, sin energías, sin fuerzas para continuar. Se llevó la mano al costado y esta se impregnó de un líquido viscoso. Sangre. Era sangre lo que abandonaba su cuerpo.

—¡Ruuubyyy! —gritó Nora mientras se arrodillaba junto a ella.

Roderick se acercó a las chicas y se inclinó para comprobar el estado de la guardiana. La sangre manaba como el agua fresca de un manantial: a chorros y a gran velocidad. Se quitó la camisa y trató de taponar el boquete.

—¡¿Por qué has tenido que meterte en medio?! ¡Malditos lopiards! ¡Voy a sacarte de aquí! ¡Nora, cúbrenos!

De inmediato, la niña se puso en guardia.

—¿Y adónde vas a llevarme? No… hay… tiempo…

—¡Chica, yo nunca abandono a mis compañeros! ¡Nunca!

Ella comenzó a toser y la boca se le empapó de sangre.

—Dile a… Jonay… que… lo siento —logró balbucear.

—¡Escúchame, no me gustan los recados! ¡Vas a decírselo tú misma! ¡Pero, por las barbas de mi bisabuelo, no te duermas!

—Per… dóna… me.

Ruby cerró los ojos. Descansaba mientras se imaginaba a sus padres paseando por la playa de Swanbourne a la par que ella correteaba alrededor de ellos. Era un día soleado, sin nubes que empañaran su visión. El agua, de un azul transparente y apetitoso, la invitaba a sumergirse entre sus plácidas olas. Sonrió. Era la niña más feliz del mundo. Su corazón estaba en paz. Apenas se percató del último aliento que se desprendió de su boca. Finalmente, apagó su luz. No escuchó el llanto de Nora ni los improperios del leñador, solo el sonido del vaivén de las olas acompañarla en su camino a casa.

Nico contempló con horror los alrededores del castillo. Cientos de hadas permanecían en el suelo con las alas despedazadas, y lo peor era que el combate no había terminado. Las arpías seguían dominando el cielo. Sus cuerpos eran más voluminosos; sus garras, más mortales, y sus chillidos paralizaban hasta a las hadas más intrépidas. No quiso pensar en el número de víctimas, sino en los supervivientes que continuaban desperdigando su polvo mágico para tratar de inmovilizar al enemigo.

Cuando los dragones llegaron, no dudaron en arrojar sus lenguas de fuego contra las bestias. Estas se revolvieron para apagar las llamas, las cuales se extendían con rapidez por todo su cuerpo. Algunas, con las alas chamuscadas, caían en picado sobre los cimientos del castillo, otras conseguían deshacerse de él girando varias veces sobre sí mismas, sofocándolo. Pero en un primer ataque habían conseguido reducir el número de arpías de forma considerable. Tal vez para el segundo, estas ya se encontraban preparadas, porque despreciaron los movimientos de las hadas para centrarse en el vuelo de los dragones.

Nico había escuchado el grito de guerra que salió despedido de la

garganta de Tímbel. Imaginaba que para la hada estaba siendo muy difícil observar cómo su comunidad agonizaba, aunque la hubiesen repudiado, desterrado por venganza, por haber querido alzar la voz cuando otros permanecían impasibles ante las órdenes de ese hada soberbio llamado Niber. Pensó entonces en Silona y deseó que la princesa continuara con vida. Esperaba no haber llegado tarde. Miró a Jonay, y este, con una leve inclinación de la barbilla, le indicó que estaba preparado. Ellos se encargarían de internarse en el castillo y buscar a la princesa.

El guardián de Pan abandonó su dragón e inició el vuelo. Nico lo esperaba ya de pie sobre el lomo del suyo. Jonay lo recogió ante la mirada atónita de Nizhoni, quien todavía no lograba dar crédito al disparate que esos dos estaban tramando.

—Pero ¿estáis locos? —les espetó.

—¡Coordina tú el combate aéreo! —le gritó Nico—. Nosotros tenemos otros asuntos que resolver.

Nizhoni bufó al tiempo que giraba a la izquierda y se dirigía a la cabeza del enfrentamiento. Los dos guardianes desaparecieron de su campo de visión al adentrarse en el castillo por una de las ventanas de la torre.

Jonay posó los pies en la fresca alfombra de una estancia un tanto extraña. Parecía un bosque dentro de una habitación. Escuchaba el agua discurrir entre unos árboles de tallo fino y el cantar de los pájaros sin lograr divisarlos. Cruzó una mirada con el guardián de las botas y este se encogió de hombros. No tenía ni idea de cómo las hadas habían recreado todo un vergel en un par de metros cuadrados. Entonces, miró hacia el suelo y descubrió estupefacto que sus zapatos no pisaban una moqueta peluda, sino hierba húmeda.

—¡Son hadas! ¡Qué sé yo! ¡Adoran la naturaleza! Habrán querido traer un pedacito de su hogar aquí —las justificó Nico—. Será su habitación de retiro espiritual.

—¿Y para qué vivir en un castillo cuando puedes reinar desde el exterior? —Jonay abrió la puerta. Asombrado, se encontró con un pasillo cubierto de enredaderas que le impedían ver el techo—. Pero ¿qué demonios es esto?

—Vayamos con cuidado. —Nico se adelantó y se dirigió a inspeccionar la siguiente habitación.

Ambos fueron abriendo una por una todas las estancias del pasillo, pero, para su asombro, todas mantenían una decoración primaveral: campos de flores, manantiales rodeados de grandes plantas y árboles recubiertos de musgo.

—No creo que aquí vayamos a encontrar a Silona —aseguró Jonay, con el rostro contrariado—. ¡Todo el piso está lleno de arbustos! ¿Para qué ponerles puertas?

—Bajemos, será lo mejor.

De pronto, escucharon unas voces provenientes de la planta inferior. Jonay asomó la cabeza con precaución y distinguió a Kayla en el borde de la barandilla. Con rapidez, se llevó el dedo índice a la boca para advertir a Nico. El guardián de las botas se acuclilló de inmediato y se mantuvo detrás de la pared. Jonay se retiró con prudencia, apoyando la espalda en una de esas inconcebibles trepadoras, y deseó que no fuera venenosa.

—Bien, es hora de doblegar a esos insectos molestos. Debemos encontrar la sala de mando de este castillo. Allí debe estar el trono.

Nico jamás había escuchado su voz. Sin embargo, sus piernas le temblaron al oír su tono autoritario y desdeñoso. ¡La bruja estaba allí! Y solo treinta peldaños lo separaban de ella.

—¿Y para qué necesitas sentarte en ese trono? Tú puedes destruir lo que queda de su ejército con tan solo levantar un dedo.

—Querida, lo primero es lo primero. Y proclamarme la reina de Silbriar no es ninguna tontería.

Kayla contuvo un suspiro cargado de irritación. Después entrecerró los ojos y enfocó su mirada en el piso superior. Se sentía observada, y rara vez se equivocaba con sus pálpitos. Examinó la balaustrada, diferente a la que había visto en el resto del castillo. Había decenas de flores en ella que delimitaban el paso hacia otra área de la construcción. Arrugó el rostro. Seguro que se trataba de algún hada cobarde refugiándose en su falso bosque.

A continuación, siguió los pasos de la bruja, quien prosiguió hablando de la importancia de ser reina antes de pedir la rendición de los seres alados. Ella había dejado de prestarle atención. La verborrea de Moira la hartaba. Estaba obsesionada con subir al trono a pesar de que sabía que ese honor debía recaer en la humana andrajosa. Ambas descendieron hasta el piso inferior. La bruja imaginaba que la sala del trono se encontraría cerca del vestíbulo porque desde allí no tardaría en recibir a sus súbditos. En cambio, ellas se habían visto obligadas a subir para detener en primer lugar a ese general imprudente y localizar a la princesa.

—Cuando todos sepan que Silona ha muerto, no tendrán más remedio que postrarse ante mí.

—¿Por qué has sido tan benévola con ella? —Moira era cruel incluso con aquellos que la servían, sin embargo, mostró compasión con la hada. Kayla continuaba preguntándose por qué. Su padre le había pedido que impidiese la muerte de Silona. Pero ante tal escena irracional se había quedado pasmada. La hada estaba preparada para morir con una paz tan aterradora que le fue imposible oponerse a su voluntad.

—A veces hay que valorar la entereza de nuestros enemigos, el

esfuerzo que han hecho. Durante su reinado, Silona trató una y otra vez de unir a pueblos diferentes a pesar de ser una idea descabellada y antinatural. Pero nunca dejó de intentarlo. —Moira hablaba sin echar la vista atrás—. Ahora es nuestro turno. Hay que explicarles a todos que cada cual tiene su sitio y que eso no puede ser alterado.

Por fin, abrieron las puertas de una sala grandiosa. Sus paredes estaban decoradas con flores exóticas que jamás habían visto. En el pavimento, una alfombra verde cubría los mosaicos centrales hasta llegar al ansiado trono. Este estaba incrustado en la base de un árbol blanco, el símbolo sagrado de las hadas.

—Este castillo necesita una remodelación completa. —Moira mostró su disgusto al contemplar el sillón real repleto de raíces y florecillas insulsas—. Las hadas tienen un gusto terrible.

—No deberías proclamarte reina sin el consentimiento de mi padre. Sabes que ese trono no te pertenece.

—Oh, querida, claro que sí —afirmó tajante—. Esa humana caprichosa deambulará por este castillo solo para figurar. Pero tu padre y yo estaremos detrás de ella. Y cuando ya no la necesitemos, cuando Silbriar se haya acostumbrado al nuevo régimen, la eliminaremos. ¿O es que acaso te importuna nuestro plan?

—No, en absoluto. La descendiente no es de mi agrado. Pero no creo que mi hermano esté de acuerdo con esto. Mi padre le ha prometido tierras y un hogar nuevo donde vivir con esa mugrienta.

—¿Y de verdad esperabas que transigiese a sus peticiones? ¡¿Lorius Val?!

—Mi padre adora a Kirko. Él heredará su imperio tras su muerte.

—¿Y eso no te molesta, querida?, ¿que tu padre reparta y a ti te toquen solo las migas? —la provocó la bruja con desdén—. No deberías conformarte con tan poco. Tú eres más inteligente y valiente que tu hermano. Por eso, querida mía, te ofrezco un puesto a mi derecha. Te nombraré general de mis tropas, la máxima autoridad en cuestiones de seguridad. Todos temerán tu brazo ejecutor, te rendirán pleitesía y te convertirás en la primera mujer con un poder ilimitado sobre el mayor ejército que Silbriar ha conocido. Además, yo no estoy tan segura de que tu hermano sea el que continúe con la labor de tu padre.

Kayla acarició con sus dedos el impoluto trono, tallado con exquisitez y devoción.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso mi padre te ha dicho algo?

—No, pero no hay más que ver que Kirko corre detrás de esa andrajosa como un cachorrito lastimero. ¿Quién quiere a un pusilánime como rey? ¡Silbriar se merece a alguien más grande!

Arrugó el entrecejo y escudriñó en los enigmáticos ojos de la bruja. ¿Acaso Moira tenía un plan distinto al de su padre? ¿Conocía al

candidato perfecto o hablaba por hablar?

—Cuando muera, mi padre no dejará que un desconocido herede todo lo que ha construido. Y tú más que nadie deberías saberlo.

Moira soltó una carcajada y, tras limpiar con la mano el asiento, recogió con elegancia su vestido y se sentó en el trono.

—¿Y si no fuese un desconocido? ¿Y si se tratase de alguien de su propia sangre? Un hijo, por ejemplo.

—¿Un hijo? —se extrañó, con los ojos abiertos de par en par—. ¿Qué quieres decir?

—No te hagas la tonta, Kayla. Sabes perfectamente lo que quiero decir. ¡Lorius Val tiene un hijo! ¡Nuestro hijo! Lo que sucede es que todavía no lo sabe. —Torció el gesto—. Tu padre y yo pasamos por una época muy mala, llena de rencores y disputas continuas. No nos entendíamos, me llamaba egocéntrica y desquiciada. Y cuando me abandonó, decidí ocultarle mi embarazo. Al nacer el niño, ¡lo escondí! No quería que creciera en un mundo hipócrita y degenerado. Pero en cuanto acabe esta guerra y restauremos la cordura en Silbriar, iré en su busca.

Atónita, Kayla atendía a sus explicaciones sin comprender los motivos que habían llevado a la bruja a mentirle a su padre, a ocultarle la verdad. La observó con recelo. ¿Así que era eso lo que Moira tramaba? Sin duda, si la bruja no desvariaba y ese hijo existía, cambiaría todos los planes de Lorius Val. Al fin y al cabo, ellos eran los hijos adoptivos del hechicero; huguis, como todos solían llamarlos. Ella también había escuchado los rumores. Sí, por sus venas corría sangre de un mago, pero también de una humana. ¿Qué pasaría con ellos en cuanto su padre se enterara de tal noticia? ¡Un hijo legítimo! Lorius los relegaría a un segundo plano, se olvidaría de ellos, de sus promesas.

De improviso, alguien irrumpió en el salón a gran velocidad. Kayla, inmersa todavía en sus funestos pensamientos, apenas tuvo tiempo de reaccionar. El borrón corría tan rápido que le fue imposible interceptarlo. Desconcertada, trató de generar rayos de sus dedos, pero estos se quedaron en chispas inofensivas.

Moira se levantó de inmediato, abandonando la poltrona. Despegó sus labios para iniciar un canturreo que detendría al instante a ese molesto intruso. Era un conjuro paralizador. Lo mantendría anclado al piso hasta que ella decidiera soltarlo. En ese momento, alguien más entró en la sala, lo que hizo que desviara su atención. Parecía una chinche verde. Volaba haciendo piruetas en el aire mientras trataba de acercarse a ellas.

—¿Quiénes son estos alborotadores?

—¡Guardianes! —le aclaró Kayla.

En ese momento, Moira extendió un brazo hacia la izquierda y el

otro lo dirigió hacia lo alto a su derecha. Los dos guardianes se detuvieron al instante. Jonay quedó inmovilizado en el aire. Apretaba la mandíbula con fuerza mientras trataba de impulsarse hacia delante. Nico tenía los pies clavados al pavimento y no conseguía despegarlos por mucho que se empeñara.

—¡Insolentes! ¡¿Cómo os atrevéis?! —les espetó la bruja—. ¡Interrumpirme de esta manera! ¿Acaso ignoráis que vuestros estúpidos objetos no son nada para mí?

Entonces, Nico consiguió alzar la mano, un movimiento pequeño apenas perceptible para el resto pero demasiado importante para no reparar en él. Moira lo miró de reojo, y fue cuando se percató de que el guardián, en sus correrías, le había arrebatado la escoba. Esta vibraba entre los dedos de Nico al tiempo que la apuntaba con su mango.

—¿Qué es lo que pretendes, idiota?

La bruja alargó el brazo para llamar a su inseparable compañera, instándola a que regresara con ella. Pero antes de que la escoba reaccionara a su señal, Nico consiguió someterla y hacer que una descarga violácea partiera de ella. Disparó. Un potente haz lumínico brotó del mango y se dirigió hacia la bruja. Ella abrió los ojos de tal manera que aparecieron arrugas en la frente donde jamás hubiera pensado que existieran. Trató de crear con sus manos una esfera que la protegiera de su propia arma, pero el rayo la atravesó e impactó contra su abdomen. Moira salió despedida cruzando la sala a gran velocidad hasta que su cuerpo chocó contra la pared.

En ese momento, los dos guardianes recobraron la movilidad. Nico asió con fuerza la escoba y la preparó para un nuevo disparo. Jonay voló para comprobar el estado de la bruja, quien a duras penas trataba de incorporarse.

—¡Sigue viva! ¡Lánzale otro cañonazo! —le gritó al guardián de las botas.

Pero Nico luchaba con una escoba que se sublevaba y buscaba disparatada a su dueña. La condenada parecía haber cobrado vida y lo golpeaba mientras él intentaba dominarla.

—¡La maldita quiere volver con la bruja! ¡Jonay, haz algo!

El guardián de Pan observó inquieto a Moira, quien gruñía como si estuviese poseída por un demonio apocalíptico. Después, de reojo, quiso localizar a Kayla. No quería sufrir un ataque sorpresa por la espalda. Pero la ninja oscura permanecía inmóvil, analizando lo que sucedía a su alrededor y sin mostrar ningún interés en intervenir en la refriega. Jonay extrajo los cuchillos de su cinturón y se los lanzó a la mujer, esperando que algunos de ellos se clavaran en su piel. Sin embargo, la bruja los detuvo en el aire al instante con un movimiento de muñeca magistral y los cuchillos cayeron al suelo sin más.

—¡Gusano verde! ¡¿De verdad creías que unos cuantos trinchetes podrían hacerme daño!? —le espetó mientras se levantaba, haciendo crujir todos sus huesos.

Jonay trató de huir alejándose lo máximo posible de su ira, y fue entonces cuando sintió que le agarraban por uno de los tobillos y lo atraían hacia el suelo. La bruja lo sujetaba por el pie, el cual parecía arderle como si lo hubiesen introducido en una olla caliente.

—¡Niiicooo! —gritó él, desesperado.

De pronto, el guardián de las botas consiguió activar de nuevo la escoba y empezó a disparar sin ningún blanco fijo. El techo, las paredes, la alfombra verde..., todos sufrieron los impactos de un arma enajenada. Mientras decenas de fragmentos caían a su alrededor, Moira, impasible, no contrajo ningún músculo de la cara. Observaba con rabia al guardián que había secuestrado su escoba al tiempo que apretaba aún más la carne del insecto volador que tenía entre sus manos. ¡Iba a acabar con esos dos insolentes! Juntó sus labios y de estos brotó una corriente gélida que se dirigió hacia Nico con un simple soplo. Este advirtió la llegada de la masa fría y puso en marcha sus botas. No quería morir congelado. Pero con la escoba rebelándose una y otra vez, no conseguía correr lo suficientemente rápido, así que tuvo que soltarla. La maldita no dudó ni un segundo en regresar con su ama. Moira la recibió con una sonrisa pérfida y encañonó a Jonay con ella, quien no paraba de revolverse para liberarse de las garras de la bruja.

—¡¿Es que piensas quedarte ahí sin hacer nada?! —le preguntó con rabia a Kayla.

—¡Por supuesto que no!

La chica avanzó hacia el centro de la sala y se concentró para que de sus dedos emergieran decenas de rayos. Luego los unificó en uno solo, uno enorme que condensase toda la energía que estaba liberando. Miró al guardián de las botas, quien no se detenía para no convertirse en un blanco seguro, y después observó el rostro atemorizado del insecto verde. Estaba pálido. El dolor estaba consumiéndolo. Moira lo torturaba antes de ejecutarlo. Recalentaba todas las células de su cuerpo hasta límites insospechados. Quería que estallasen.

Kayla bufó. A continuación, soltó el rayo que contenía en sus manos. Pero lo dirigió hacia la bruja. Sin dudas. Sin remordimientos. Ella era la causa de todos sus males. Ya era hora de que pagase por todo ello. La mantuvo sometida en el castillo bajo sus estúpidas órdenes. Y continuaba manipulándola a su antojo, como si fuera una marioneta. La aborrecía. Y no iba a permitir que su padre la desterrara o algo parecido. Ese secreto nunca sería desvelado.

Moira no esperaba ese ataque. No tuvo tiempo de preguntarle a su

ahijada el porqué. Cayó al suelo; esta vez para no levantarse. El potente rayo impactó en su cabeza, logrando que sus falsos cabellos negruzcos perdieran el color y se tornaran blancos. Su cara se derritió hasta deformar la gracia de sus pómulos y las líneas definidas de su pérfida boca. Kayla contempló su cuerpo inerte durante unos segundos en los que abrazó la libertad. Se había deshecho por fin de la vieja bruja. Y no pudo contener dibujar una sonrisa de victoria en sus labios.

—¡¿Por qué has hecho eso?! —le preguntó Nico, sorprendido.

—¿Hay algo que se nos ha escapado de esta historia? —Jonay, ya en el suelo, mantenía la mirada clavada en ella.

—No paraba de hablar. ¡Era insufrible! —se excusó mientras se encaminaba hacia la puerta—. Podéis hacer lo que queráis con el castillo de Silona. Yo debo reunirme con mi padre.

Nico corrió hacia ella, impidiendo así su avance.

—No puedes irte sin más.

—¡Aparta, maramiau! —le ordenó, mostrando su cara más fiera—. ¡Después de lo que he hecho por vosotros, deberíais estar agradecidos!

—Te conozco, Kayla —insistió Nico—. Tú no haces nada que no sea en tu propio beneficio.

—¡Está bien! ¡Vosotros lo habéis querido!

Se apartó lo suficiente del guardián de las botas y posó una de sus manos en el lazo rosa que todavía adornaba su cinturón.

—¡No la mires a la cara! —le gritó Jonay a Nico mientras iniciaba de nuevo el vuelo.

Pero Nico quedó de inmediato encandilado por la belleza chispeante de la ninja oscura. Sus ojos negros brillaban como dos turmalinas ocultas en las profundidades de un lago transparente. Sus cabellos lacios parecían hilos de seda, y de su piel se desprendía una fragancia hechizante. Se acercó a ella con paso seguro. A Kayla le resultó divertida su cara embobada. Era simplona, y babeaba.

—No me había fijado en tus labios tan apetecibles como las fresas carnosas —le dijo él.

—¡Oh, por Dios, Nico! ¡Eso es demasiado hortera hasta para ti! —Jonay alzó el vuelo y los contempló desde el aire.

—Eres un adulador, pero un buen chico. —Kayla jugaba con el muchacho mientras observaba de soslayo los movimientos del guardián de Pan—. Necesito salir de aquí, mi fiel caballero. Pero hay una mosca verde que está impidiéndomelo. ¿Puedes aplastarla por mí?

—Eso está hecho, mi dulce bizcochito.

—Pero ¡¿qué dices, tío?! —Jonay contempló cómo Nico se dirigía hacia él como un poseso al tiempo que le despejaba el camino a Kayla para su huida—. ¡Tienes que entrar en razón! ¡Has caído en su hechizo!

El guardián de Pan había evitado mirarla a los ojos. Esa era la debilidad del lazo que poseía Kayla. Era efectivo, sí, pero toda esa energía cautivadora se canalizaba en ella a través de su mirada. Era como la flauta de Kwan. Si este no la tocaba con sus labios, no era más que un instrumento inofensivo.

Jonay voló hacia ella mientras esquivaba los saltos desmadrados de Nico, quien trataba de capturarlo ayudándose de su velocidad, para luego brincar como una rana y llegar hasta él. Sin embargo, al guardián de Pan le bastó simplemente con aproximarse más al techo para sortear los arrebatos de su amigo. Sus ojos verdes permanecían clavados en Kayla, quien se disponía a cruzar el umbral sin más.

La sujetó por detrás inmovilizando sus manos sin que ella se percatara de su arribo y luego la alzó en el aire. Presionó su espalda estrecha contra su pecho. No iba a darle la oportunidad de que se girase y lo atrapara con su mirada arrebatadora. A continuación, fingió bailar un vals con ella. Jonay la movía a su antojo a pesar de sus continuos esfuerzos por deshacerse de él.

—Pero ¡¿qué te crees que estás haciendo, chinche verde?! —le espetó con furia.

—Disfruto de la compañía de mi queridísima amada —le respondió con sorna—. ¡Oh, mi bella flor del higo pico! ¡De belleza inigualable! Es hora de que te entregues a mi sincero amor.

Por un instante, Kayla dudó de la veracidad de sus palabras, aunque cabía la posibilidad de que el guardián hubiese caído en el influjo del lazo. Pero, entonces, ¿por qué no obedecía sus órdenes?

—¡¿Quieres soltarme de una vez?!

Jonay simuló que la dejaba caer y ella, asustada, se agarró con más fuerza a su mano.

—¿Segura de que es esto lo que deseas?

—¡No, no! ¡Déjame en el suelo muy despacio!

El guardián de Pan inició el descenso con suavidad, pero a dos palmos de rozar el pavimento, alzó el vuelo de nuevo.

—Creo que voy a llevarte al País de las Maravillas —le anunció victorioso.

—¡Nooo!

Jonay desapareció con ella y, al momento, Nico volvió en sí. Estaba algo confuso y se preguntaba dónde estaba su amigo. Entonces, distinguió a Nizhoni en la puerta. Estaba acompañada por un grupo de magos.

—Soy Lena Tariel —se presentó la que parecía la cabecilla del grupo—. Sentimos no haber llegado antes. Ese tal Niber nos hechizó con polvo de hadas y evitó que nos inmiscuyésemos en sus asuntos. ¿Sabes si la princesa Silona ha logrado huir?

—Me temo que ha muerto —le respondió con un hilo de voz—.

Tampoco nosotros hemos llegado a tiempo.

Mientras el grupo de magos se lamentaba por la pérdida de la princesa, Nizhoni se adentró en la sala y contempló la cantidad de destrozos que había en ella. Localizó un cuerpo arrugado, castigado por el paso de los años.

—¿Qué ha pasado aquí? —le preguntó a un guardián todavía aturdido.

—Creo que he matado a la bruja.

28

Legado

Bamar aterrizó en el centro del patio norte creando una gran expectación. Clavó sus garras en la tierra vilipendiada por la contienda al tiempo que extendía sus majestuosas alas negras. Tanto aliados como enemigos se vieron obligados a retroceder para no ser aplastados por su enorme cuerpo. Otros dos dragones imitaron su pericia. Abandonaron el aire para posarse junto a él mientras lanzaban bocanadas de fuego para demostrar su poderío.

Daniel, ignorando el peligro, saltó del lomo del animal y enterró sus botas en la hierba segada. Sin alejarse demasiado de Bamar, comprobó los alrededores. Magos, gnomos y mestizos unían sus fuerzas para repeler los continuos ataques de los soldados de Lorius. Decenas de lopiards se abalanzaban en la entrada, dispuestos a avanzar y tomar el Refugio. Pero ya había otras bestias en el interior de los muros que trataban de acabar con todo aquel que se interpusiera en su camino. Aquello estaba siendo una carnicería. Había centenares de cuerpos en el suelo y no se auguraba un desenlace inmediato de la batalla.

De pronto y sin previo aviso, la capa se desató sola y abandonó su cuello. Se colocó frente a él, tomó la forma de un escudo circular y aguantó la embestida de un chorro de tierra. Daniel se percató entonces de que era el blanco de algunos de los hechiceros de Lorius. Habían desatendido los ataques de los magos de Bibolum para centrarse en él. Así que, con la espada en alto, esperaba repeler el siguiente asalto si la capa azul fallaba. Pero lejos de esto, la maldita se movía con una agilidad asombrosa. Se encogía y se extendía a su antojo, cubriéndolo por todos los flancos.

Daniel alzó ligeramente la cabeza y descubrió que Brifin se había situado sobre una de las torres del muro. El dragón dorado arrojaba su fuego contra los brujos que lo atacaban al tiempo que Valeria y Érika se escurrían entre el tumulto y se dirigían hacia el Refugio. El

muchacho chasqueó la lengua. No podía permitir que las dos hermanas entraran solas en el edificio. Ignoraba lo que sucedía en el interior, pero temía que se hubiera convertido en una ratonera. Volvió la vista al frente y se centró en el mago de agua, que era quien dirigía ahora la ofensiva.

—¡Esa condenada es imparable! —exclamó Coril, observando los movimientos de la capa.

El elfo había llegado hasta él tras abandonar su dragón y ordenarle que alzara el vuelo con Anael todavía en su lomo. Desde el aire, la joven dirigía las llamaradas del animal contra las bestias enemigas.

—Coril, necesito entrar en el Refugio. Valeria y Érika ya están dentro —lo informó.

—¡Te necesitamos aquí! ¿No has visto cómo te ha mirado toda esa gente en cuanto has irrumpido en el Refugio? ¡Daniel, eres su esperanza! ¡Les has infundido valor para seguir luchando! Mientras continúes en el patio, ninguno de esos monstruos horrendos se atreverá a entrar en el edificio. Incluido esos memos de los elementos.

—Pero ellas pueden estar en peligro.

—Las descendientes saben cuidarse solitas. Además, Aldin se dirige hacia allí.

De repente, un torbellino de agua consiguió empapar la capa, y parte de su fuerza destructiva llegó hasta el elfo y el guardián. Ambos fueron lanzados un par de metros hacia atrás. Entonces, el manto azul asumió la apariencia de una enorme vela y, como si se tratase de un galeón embravecido, surcó el espacio que lo separaba del grupo de magos y arremetió contra ellos. Ya no era un trapo mojado, sino una gruesa malla revestida con el acero más puro. Su ofensiva fue letal y algunos brujos sufrieron la amputación de uno de sus miembros. Después, como si ya hubiera hecho un gran trabajo y necesitara descansar, se colgó de nuevo del cuello de Daniel.

Tanto el guardián como el elfo se encontraban de pie. Coril disparaba flechas de manera incesante contra las bestias aprovechando el fuego amigo. Entretanto, Daniel contemplaba atónito cómo algunos lopiards conseguían hacerse con la entrada principal. Los caralobos alzaban sus escudos y blandían sus espadas sin apenas oposición.

—¡Maldita sea! —gritó, llevado por la impotencia.

Avanzó hacia ellos sin pensarlo dos veces y se detuvo cuando se encontraba a unos tres metros de distancia. Lanzó un resoplido. Se secó el sudor de la frente con el antebrazo y deseó con todas sus fuerzas que su plan funcionara. Alzó la espada por encima de su cabeza y percibió en su piel el viento racheado que los acompañaba en la batalla. Escuchó los latidos de su corazón acelerado y se concentró en su ritmo. Vivaz. Categórico. A continuación, profiriendo un grito

enfurecido, dirigió el hierro contra el suelo. Lo enterró en la tierra con ahínco, seguro de sí mismo. Daniel observó expectante cómo la espada vibraba. Y, entonces, sucedió. El pavimento comenzó a resquebrajarse, formando grietas que avanzaban con premura hacia el grupo de lopiards. La tierra se abría y engullía a todo aquel que se encontrase en su camino.

El guardián de la capa y la espada observó con una sonrisa de satisfacción cómo los caralobos eran derribados como simples fichas de dominó.

Valeria trató de adivinar en qué ala del Refugio se encontraba. Tanto ella como su hermana habían conseguido entrar por una de las ventanas laterales y ahora estaban algo desorientadas. La guerrera examinó con detalle el estrecho pasillo que se abría ante ellas. Apenas estaba iluminado. Los candiles estaban apagados y la escasa luz que penetraba por la ventana no le permitía ver mucho más allá. Había algunos lienzos colgados en la pared que no la ayudaron en absoluto a dilucidar la zona en la que se hallaba. En uno de ellos distinguió la figura del gran mago junto a un dragón blanco. En otro volvió a reconocer el rostro mucho más joven de Bibolum Truafel posando delante de un edificio desconocido para ella. «Academia del Cosmos», leyó en una insignia que sobresalía del marco.

Con mucha precaución, Érika también curioseaba investigando las habitaciones que permanecían cerradas. Saltaba de puerta en puerta, manipulando los pomos y esperando a que alguno cediera. Pero era una tarea imposible, ya que sus cierres eran mágicos.

De improviso, distinguió una silueta al final del pasillo. Quiso advertir a su hermana, pero ella ya se había percatado y encañonaba al extraño con la ballesta.

—¡Érika, la caperuza! —le ordenó.

Valeria era incapaz de reconocer al individuo, quien permanecía en las sombras estático, observando sus movimientos, como si las estudiara o estuviese decidiendo cuál era el siguiente paso. «Si fuera alguien amigo, ya habría dicho algo —pensó—. O puede que no tenga ni idea de quiénes somos y se pregunte por qué hemos entrado por la ventana».

—¡Mierda! —se lamentó entre dientes.

De pronto, el intruso desapareció. Ella no supo dilucidar si se había internado en otro pasillo o se había alejado de su campo visual. Pero ya no estaba. Sin embargo, las obligaría a avanzar con mucha más cautela.

—¡No te separes de mí! —le sugirió a su hermana, quien no debía

encontrarse muy lejos a pesar de su invisibilidad.

—Val… —escuchó llamarla con voz quebrada.

Confusa, Valeria se dio la vuelta y descubrió a su hermana aterrorizada, inmovilizada entre los brazos de Kirko.

—¡Suéltala! —le gritó al tiempo que volvía a apuntarlo con la ballesta.

—No estás en condiciones de darme órdenes, así que baja ese artilugio mágico si no quieres que le haga daño.

—¡¿Cómo demonios has llegado hasta aquí?! ¡Estabas al final…! —Enmudeció al caer en la cuenta. ¡El sombrero loco! Jonay ya la había advertido de que los mellizos habían accedido a los objetos. Y el sombrero tenía la capacidad de teletransportarte a donde quisieras. Así se había situado a su espalda y había cogido a Érika desprevenida. Puede que ese maldito objeto pudiese ver lo invisible en el momento que desaparecía y dejaba de ser visible para el resto. «Seguro que Nico tendría una explicación mejor». Apretó los labios con rabia y después bajó el arma, muy a su pesar—. ¿Dónde está Lidia? ¿Sabe ella que estás amenazando a sus hermanas?

Pero no obtuvo respuesta. Kirko se limitó a sonreír, para luego levantar en peso a la pequeña y lanzarla contra la pared del fondo al tiempo que él volvía a desvanecerse.

Valeria corrió hacia ella y se arrodilló para comprobar su estado. Érika gimoteaba mientras presionaba su brazo derecho. Le dolía mucho.

—¿Estás bien? —le preguntó, con el alma en vilo.

La niña negaba con la cabeza mientras decenas de lágrimas comenzaban a inundar su rostro. Valeria examinó el brazo del que se quejaba y descubrió que tenía una brecha en el codo.

—Solo es un poco de sangre, nada más —la consoló mientras la abrazaba—. ¡Ese idiota me las pagará!

—Val, los zapatos de cristal no están —le confesó—. Los tenía en el bolsillo por si…, por si Lidia volvía con nosotras, pero me los ha quitado. ¡Lo siento!

—¡Tranquila! Ahora eso es lo de menos. Vamos a encontrar a Bibolum. Él nos ayudará.

Lorius apenas tardó un minuto en desactivar los cierres mágicos de la estancia circular. Reconoció el ingenio de su amigo al instalar una pequeña trampa que bloqueaba la puerta por completo. Casi cayó en ella. Pero el flujo energético que desprendían sus manos había advertido la inapreciable alteración y él había retrocedido hasta observar que los diferentes engranajes circulares volvían a su posición. Él no era cualquier mago. Era el mejor. Por eso irrumpió en la sala con una sonrisa vanidosa dibujada en su rostro cumplido.

Enseguida, localizó a Bibolum sentado en una diminuta silla con

cierto semblante de indiferencia. Era evidente que esperaba su visita. Y Lorius pronto se percató de los destrozos ocasionados en la cúpula. Irritado, arrugó el rostro mientras contemplaba los agujeros del techo y las piezas esparcidas por el pavimento.

—¡¿Por qué has hecho tal cosa?! —lo increpó, mostrando su malestar—. Había oído hablar de su belleza, de su precisión adelantándose a los sucesos futuros... Dicen que era una réplica mejorada de la que se hallaba en la biblioteca de nuestra academia y que fue construida por los antiguos. ¡¿Por qué, Bibo?! ¡¿Por qué has tenido que destruirla?!

—Porque tú ni con tus años de estudio has conseguido recrearla —le respondió, sin manifestar atisbo alguno de emoción—. Y sé que la ansiabas en demasía.

Lorius presionó sus labios con fuerza, e intuyendo que los tres brujos que lo habían acompañado hasta allí estaban alterados y podrían intervenir dando un paso en falso, quiso calmarlos ordenándoles con un gesto de la mano que se mantuvieran al margen. Él avanzó hacia el centro de la estancia y se situó frente a su viejo amigo.

—Dime, antes de tu arrebato de locura, ¿conjuraste a los astros para que vaticinaran el desenlace de esta historia?

Bibolum arqueó las cejas y estiró una de las comisuras de sus labios.

—¿Acaso tienes dudas de tu gran final?, ¿el que has planeado durante muchos años?

—No..., por supuesto que no. Tengo a una de las descendientes, he roto el tercer sello y he despertado a los muertos. Tus guardianes no podrán hacer nada para evitar mi reinado.

—Si eso es lo que crees...

El mago oscuro dudó unos instantes. Entrecerró los ojos para tratar de descifrar la mirada bonachona y sensiblera de Bibolum. Le ocultaba algo, de eso estaba seguro. Pero ya era tarde para sacar un hechizo milagroso de la chistera. Había llegado al Refugio. ¡Estaba en la mismísima sala circular! ¡Nada ni nadie podría detenerlo!

Pero el mago gigantón estaba dispuesto a darle quebraderos de cabeza. Se había levantado con cierta fatiga y se había plantado ante una de las ventanas de la estancia, dándole la espalda.

—No alarguemos este final mucho más, Bibo. Los dos sabemos qué es lo que va a suceder —dijo mientras lanzaba un suspiro de resignación—. ¡Al menos trata de defenderte! ¡Haz algo! ¡He arrasado tu casa! ¡Te he humillado! ¡Demuestra tu enojo!

—¿Sabes? Siempre pensé que eras un chiquillo que necesitaba cariño. Tus padres eran demasiado exigentes contigo, y en la academia, a pesar de ser uno de los alumnos más inteligentes, fuiste

maltratado. No solo por los alumnos envidiosos, sino también por algún que otro profesor al que le cuestionabas sus principios. Al fin y al cabo, no eras más que un niño que buscaba reconocimiento a toda costa. ¡Ser querido por los demás! —le confesó con tono afectado—. Yo te ofrecí mi amistad con la esperanza de que vieras el mundo de otra manera. Existen muchas cosas bellas en Silbriar, muchas personas honestas que sacrifican sus vidas por los demás, que anteponen sus sueños a la felicidad de otros y que siempre alzarán sus voces para reclamar justicia. Pero tú… nunca pudiste diferenciar a esas personas del resto. Incluso el panadero, que todas las mañanas nos regalaba una hogaza antes de acudir a la escuela, era para ti un campesino maloliente y sin aspiraciones.

—¿Por qué hablas de ese panadero sucio y cobarde? ¿Qué importancia tiene ahora?

—¡Toda! Nos brindaba su pan cada día con una sonrisa de oreja a oreja. Nos regalaba su trabajo realizado con el sudor de su frente.

—¡Porque quería algo a cambio! ¡Ese adulador sabía la posición que tenían nuestros padres en la comunidad! —soltó, tratando de ignorar su discurso.

—No, Lorius, no. Sabía que tu padre te enviaba a la escuela en ayunas día sí y otro también. Y no quería que pasaras hambre. Porque ningún niño debería escuchar rugir las tripas en su estómago.

—¡Basta! ¡Eso son sandeces! —gritó furioso—. ¡¿Por qué te empeñas en revivir el pasado?! ¡Preocúpate por tu futuro!

—Porque es el pasado el que nos ha llevado a este presente. A ti y a mí. Eres un ser resentido, incapaz de ver la luz en las almas buenas. Todas las personas deben cumplir un propósito en tu vida, incluido esos a los que llamas hijos. Yo mismo fui manipulado por tus intereses. Y lo único que lamento es no haber abierto los ojos antes. ¡Yo creí que podrías ser salvado! E ignoré que tú no querías serlo.

—No llores, Bibo, por lo que pudo ser. —Lorius se encogió de hombros y se acercó a él—. Si te consuela, eres una de las pocas personas a las que he apreciado y respetado durante toda mi vida. Por eso insistí tanto en que pudieras comprender la gran labor que iba a desempeñar: había que limpiar Silbriar de todos esos seres insulsos que querían relegar a los magos a un segundo plano.

Bibolum refunfuñó, evidenciando su desacuerdo.

—¡Mira ahí fuera! —le sugirió—. ¿Todavía crees que esta es una guerra entre las diferentes especies? ¡Elfos, mestizos, magos, gnomos, enanos y hadas se han dado la mano para derrotarte! Esta guerra nada tiene que ver con la hegemonía de los magos. ¡Es una batalla contra tus propias sombras! ¡Tus miedos, tus inseguridades y tus ansias de poder nos han conducido a todos a esto! ¿No lo ves, Lorius?

El hechicero apretó los puños con furia mientras escondía su rostro

encendido del gran mago. No quería que vislumbrara su debilidad. Sus flaquezas.

—¡Tu discurso está hartándome! Claro, que siempre fuiste un gran orador. Nunca te hiciste valer de la fuerza para que los demás siguieran tus ideas descabelladas infladas de quimeras y patrañas —expresó mientras se sacudía la túnica. De pronto, su semblante cambió al distinguir a un dragón negro irrumpir en el centro del patio. No le preocupó la bestia, sino el humano que portaba en su lomo: ¡el guardián de la capa!—. ¡No puede ser!

Bibolum Truafel reparó en sus pupilas dilatadas debido a un miedo desconocido. Lorius había subestimado esa variable. Si las tres descendientes no podían derrotarlo, sí lo haría ese humano ondeando el estandarte de la unidad. ¡La capa azul!

—Me preguntaste si había visto el futuro en mi cosmos. —Se giró con lentitud para observar mejor su rostro empañado—. No vas a ganar esta guerra... Y yo no veré tu derrota. Es el sacrificio que se me exige para devolver el equilibrio a esta tierra. Pero me conformo con ver tus ojos amedrantados y tu cuerpo tembloroso en este preciso instante. ¡Sabes que la cúpula jamás se equivoca!

—¡Basta!

Lidia recorrió el pasillo sin despegar la espalda de la pared. Su ritmo cardíaco estaba acelerado y parecía que el corazón se le hubiese instalado en la garganta, impidiéndole con ello respirar con normalidad. Escuchaba parte de la conversación de ambos magos. Y se sorprendió al comprobar que no discutían, sino que entablaban un diálogo «amigable». Al llegar al umbral, dudó unos instantes. Temía que los brujos de Lorius la descubrieran, así que presionó la cabeza contra el muro como si así pudiera mimetizarse con él. Contuvo la respiración unos segundos y después tragó saliva, que le resultó tan amarga como las almendras sin salar. ¡No tenía ni idea de lo que iba a hacer! ¡No sabía cómo actuar! Se mordió las uñas mientras ideaba un plan.

Ella odiaba a ese maldito hechicero. ¡La había arrastrado por el barro! ¡Obligado a seguir sus órdenes con amenazas de muerte! Nunca le tuvo ni la más mínima simpatía. Ni siquiera cuando más unida estuvo a Kirko, pudo expresarle un afecto respetuoso. Ahora lo veía todo claro. Ella siempre trató de romper el yugo al que tenía sometido a su hijo, a su amado. Pero le había sido imposible. Los grilletes estaban tan enterrados en su piel que ya no le escocían, sino que lo mantenían sometido sin la posibilidad de sublevarse. Kirko no experimentó jamás el dolor por la pérdida de sus verdaderos padres ni

por haber sido arrancado de su mundo y obligado a crecer en otro totalmente diferente. Cuando él despertó, se encontró rodeado de riquezas y de todo lo que a él se le antojase, sin llegar a cuestionarse las ideas sanguinarias de su padre. Se amamantó de ellas, se nutrió de su odio. Y creyó siempre poseer la verdad absoluta: que los magos como ellos debían dominar el universo y que los demás eran seres insignificantes.

Hasta que llegó ella. Entonces, Kirko sintió que sus cimientos se tambaleaban. Sus raíces se resentían y su vida, dentro de esa burbuja de cristal que con tal habilidad le había construido su padre, se quebraba. ¡Oh, cuánto detestaba a ese viejo brujo desgarbado! ¡Sus planes siempre le habían importado un soberano pepino! Pero ¿por qué ahora todo parecía organizarse en su mente? ¡Veía con tal nitidez que llegó a asustarse! «Oh, Dios, qué estúpida he sido. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? ¿Cómo he permitido que todo esto sucediera?», se lamentaba una y otra vez. Entrecerró los párpados para así intentar mitigar el sentimiento de culpabilidad que azotaba su espíritu. ¿Qué demonios estaba ocurriéndole? ¿Por qué ese torbellino de emociones justo ahora? Quiso llorar, pero no pudo. Sus lágrimas seguían secas, muertas. En ese instante, se percató de que el tono de la conversación en el interior se intensificaba.

Y decidió intervenir.

Pero en el momento en el que irrumpía en la sala, observó cómo toda la furia de Lorius Val arremetía contra el gran mago. Bibolum Truafel no se defendió. Recibió el impacto de las esferas energéticas con la cabeza bien alta y una sonrisa tímida dibujada en sus labios. El gran mago se desplomó, sujetando entre sus manos una varita que no había llegado a usar.

—¡Nooo! —gritó ella, alterada.

Y, de nuevo, la tierra tembló. Los restos de una cúpula cercenada se precipitaron contra el suelo, partiendo los mosaicos en varios pedazos. Con las fosas nasales hinchadas, Lorius la miró con furia. Pero Lidia lo ignoró. Mantenía la vista en el cuerpo agónico del gran mago. El brujo, con las venas del cuello ensanchadas, la sujetó por el brazo.

—¡¿Qué es lo que estás haciendo aquí?! ¡Deberías estar en la muralla con Kirko! —le reprochó—. ¡¿Dónde está mi hijo?!

Al no obtener respuesta, la sacudió. A ella no pareció importarle. Parecía ausente, ida. Finalmente, Lorius la apartó propinándole un empujón y se dirigió a la salida seguido de sus tres lacayos.

En cuanto desapareció, Lidia corrió y se arrodilló junto al mago. Esbozó una sutil sonrisa al comprobar que todavía respiraba. Le retiró parte de su cabello rizado, el cual ocultaba sus profundos ojos, y apoyó la cabeza en su regazo para que estuviera más cómodo.

—¿Cómo puedo sanar sus heridas? ¿Qué debo hacer? —le

preguntó, con los labios temblorosos—. Puedo ir en busca de Libélula...

—Lidia, ¿eres tú de verdad? ¿Has despertado? —Le acarició la mejilla—. No sabía si el hechizo daría resultado.

—¿Por qué no se ha defendido? ¿Por qué no ha usado su varita? ¡Usted podría haberlo derrotado! ¡Es mejor mago que él! —Lidia rompió a llorar como una niña desamparada a la que se le había negado el auxilio y vagaba sola por las calles aguardando un milagro.

—Se necesitaba un sacrificio para que diera resultado, para completar el círculo —dijo con un hilo de voz—. Las lágrimas debían volver. Arrastrar toda la oscuridad para que la luz pudiera entrar.

—¿Lo ha hecho por mí? —le preguntó, temiendo la respuesta. No quería llevar esa carga y, sin embargo, la vida ya le pesaba, hundía sus hombros cada vez más, la sumergía en un pozo insondable.

—Lo he hecho por Silbriar.

Bibolum tosió y ella trató de calmarlo. Lo cogió de la mano y lo acarició mientras sus lágrimas, imposibles de contener, se esparcían por toda la habitación.

De pronto, escuchó unos pasos vigorosos adentrarse en la estancia. Lidia no tenía fuerzas para levantar la cabeza y descubrir quién se acercaba. Bibolum agonizaba, y temía que si apartaba la vista de él, su alma se esfumase y ella volviese a perderse en el laberinto. Sin salida. Sin escapatoria.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién le ha hecho esto?

—Ha... sido Lorius —logró balbucear.

Por fin, se atrevió a mirar a su interlocutor. Aunque ya había reconocido su voz, tenía que cerciorarse de que se trataba de él, que no era una ilusión. Y ahogó un llanto aún mayor al descubrir a su lado a su mentor. Aldin Moné había venido a ayudarlos. El mago, con semblante afectado, se había quitado la chaqueta y presionaba con ella la herida en el abdomen de Bibolum. Cuando este advirtió su presencia, sus ojos apagados brillaron de nuevo.

—Hijo mío, estás vivo...

—Sí, y estoy aquí, contigo. No dejaré que te pase nada. —Aldin arrugó el rostro, desesperado. Ignoraba dónde se encontraba Libélula, y Samara estaba demasiado lejos para poder intervenir. Aun así, no desistió. Depositó el bastón en el enorme cuerpo del mago y, uno tras otro, comenzó a recitar conjuros. Todos inútiles. Todos rechazados por la magnitud de las lesiones del mago. Se dibujaban estelas diversas alrededor de Bibolum que pronto se difuminaban—. ¡Maldita sea! ¡Tiene que haber alguno que funcione!

—No..., no lo hay... Escúchame, Aldin. Debo... morir.

—¡No, no, no! ¡No puede ser! —Miró a la chica, apesadumbrado—. Lidia, vete a por un poco de agua.

—¿Dónde...?

—Hay una habitación al fondo, ahí tiene su despacho. —Volvió a depositar su mirada sobre su mentor y le acarició con suavidad la frente.

Del pequeño mago se desprendió una lágrima que rodó por su mejilla hasta caer al suelo. Allí desapareció sin dejar rastro de la profunda tristeza que lo envolvía. Aldin Moné solo había llorado dos veces en su vida, y una no fue cuando su padre murió. Jamás pudo hacerlo, ni siquiera cuando lo recordaba jugando con él al escondite o cuando lo ayudaba a trepar un árbol. Su padre creía que solo los débiles lloraban, y Aldin siempre quiso demostrarle lo fuerte que era.

Sin embargo, cuando había sujetado el rostro de Amelia antes de expirar, no pudo más que confesarle cuánto la había amado mientras las lágrimas empañaban sus ojos. Y, ahora, allí, ante el que se había comportado como un padre, un amigo y el mejor maestro, no pudo imaginar su vida sin él. No quería. No de aquella manera tan cruel. Y Aldin se permitió llorar de nuevo.

—Tú... tienes que... continuar con mi legado... Estás destinado para algo... más grande... ¡El primer... mago mestizo!

Lidia regresó presurosa. Sin embargo, se detuvo al escuchar cómo la respiración del gran mago se apagaba. El aire ya no entraba en sus pulmones y el hombre hacía grandes esfuerzos por aferrarse a su último hilo de vida. Bibolum se fue. Se marchó sin más. Como cualquier otro mortal. En un silencio gélido, dejando un vacío imposible de rellenar con palabras.

Lidia se tapó la boca con la mano para contener un inmenso grito que deseaba aflorar desde sus entrañas. Estaba desgarrada por dentro, partida en dos mitades que tardarían tiempo en reconciliarse. Soltó el vaso, que terminó estrellándose contra el suelo. Su corazón se hizo añicos. No pudo despedirse como habría querido. No pudo confesarle lo mucho que lo sentía y que le estaría por siempre agradecida por haberla despertado, por haber eliminado el veneno de su cuerpo.

Bibolum murió con los ojos abiertos, contemplando por última vez su magistral cúpula ante dos personas que habían cambiado el destino de Silbriar y que lucharían muchos años después codo con codo contra las tinieblas. Pero eso, todavía, ellos lo desconocían. Tenían muchas sombras interiores contra las que combatir primero. ¡Tanto daño que reparar! ¡Tanto que aprender el uno del otro!

El señor Moné depositó la cabeza del gran mago en el pavimento con mucho cariño mientras trataba de recomponerse. La guerra no había terminado. Y su profundo pesar fue transformándose poco a poco en determinación y coraje.

—¿Hacia dónde ha ido Lorius Val? ¿Sabes qué es lo que pretende hacer ahora?

Lidia se secó la cara empapada con los bajos del vestido.

—No ha conseguido la cúpula. Así que quiere destruir el Refugio por completo.

Aldin recogió su bastón y, tras lanzar una mirada de soslayo hacia el cuerpo del gran mago, se encaminó hacia la salida. Haría pagar a Lorius Val por todo el sufrimiento que le había ocasionado.

—Pero ¡señor Moné! —Aldin se detuvo sin darse la vuelta—. Usted solo no podrá con él. ¡Está loco! ¡Y ha reunido mucho poder! ¡No puede enfrentarse a él tan solo con su bastón!

—Eso lo veremos, querida. Lo veremos.

29

Árbol

Cuando la nueva sacudida volvió a hacer que la tierra vibrara bajo sus pies, Daniel se encontraba encaramado en la muralla luchando contra dos seres a los que los demás llamaban los no vivos. Él no quiso discutir sobre el término, pero tenía un nombre mejor para los cadáveres que se abrían paso con trozos de carne colgando: zombis. Y aunque estos no se dedicaban a asaltar a sus víctimas con mordiscos y combatían como cualquier otro ser vivo —con hierros, arcos o garrotes—, sí que cuando conseguían la muerte de su presa, esta se levantaba como si fuese un resucitado y terminaba formando parte del batallón de los muertos vivientes.

Durante esos segundos en el que el suelo tembló, la batalla se detuvo. Todos se miraban entre sí buscando una respuesta a lo que estaba sucediendo. En cambio, Daniel había entrecerrado los ojos y escudriñado cada ladrillo del Refugio. Algo grave estaba ocurriendo en su interior. Se maldijo por no poder dejar el combate atrás y averiguar de dónde provenían esos sismos.

Poco después y tras reanudar la lucha contra sus dos acosadores, ocurrió algo inesperado. Había enterrado la espada en uno de los muslos del atacante más próximo. Este ni se había inmutado. Onrom no paraba de gritarle que debía cortarle la cabeza y él continuaba intentándolo aunque sin mucha fortuna. Esos seres tenían una fuerza sobrehumana. Y agradeció que el escuadrón de enanos dirigidos por Galvian irrumpieran en el patio cercenando cabezas. Pero mientras Onrom acudía en su ayuda trepando por una cuerda, Daniel extraía el hierro de la pierna del no muerto al tiempo que esquivaba sus garrotazos. «Un asqueroso orco zombi —pensó—. No podría haberme tocado un gnomo o un duendecillo zombi, sino esta bestia apestosa».

—¡Daniel! ¡La maldita cabeza! ¡¿A qué estás esperando?! —escuchó a Onrom gritarle desgañitado.

—¡Ya lo sé! ¡Solo estoy divirtiéndome un poco! —El guardián miró

de reojo la capa, la cual permanecía en un silencio irritante, y le susurró como si pudiese oírlo—: Te dan miedo estos bichos, ¿verdad? Por eso no piensas ayudarme.

Entonces, sucedió lo imposible. El orco zombi con quien estaba luchando explosionó. Se convirtió en polvo de repente. Daniel observó su espada como si esta hubiera logrado tal hazaña, pero pronto cayó en la cuenta de que todo el ejército de no muertos se desvanecía tras una nube de cenizas. Uno tras otro, sufrían la temida combustión espontánea, solo que no generaban fuego, sino polvaredas de partículas que terminaban cayendo a la tierra. Los muertos, de alguna manera, volvían a su sepultura, a descansar de una vez por todas.

El ejército enemigo se resintió y poco a poco fueron iniciando la retirada.

—Pero ¿qué diantres ha pasado? —le preguntó el enano al llegar hasta él.

—Los muertos vuelven a dormir —le respondió, sin salir de su asombro—. ¡Lidia! ¡Algo ha debido pasarle!

Daniel volvió a centrar su mirada en el Refugio, esperando encontrar una señal que le contara lo que sucedía en el interior. Se mordió el labio inferior, preocupado. Existía la posibilidad de que Lidia hubiese fallecido, por eso su hueste de no vivos había desaparecido.

—Le he fallado a Aldin. Me encomendó que cuidara de la pequeña, pero Galvian necesitaba mi ayuda —le confesó el enano, quien también miraba el Refugio como si cientos de espectros lo hubiesen asaltado.

—¿A Érika? ¿Por qué? ¿Qué pasa con ella?

Permaneció allí sentada junto al cuerpo de Bibolum Truafel incontables minutos. Las lágrimas ya no solo inundaban su rostro, sino que también habían bañado sus brazos y sus pies descalzos. No quería levantarse. Se había sumido en una apatía silente, una indiferencia que le impedía recobrar las fuerzas, seguir adelante. Pero ¿hacia dónde debía dirigirse? Nada en su vida tenía sentido. Lo había perdido todo: su familia, sus amigos, su futuro.

—¡Lidia, tenemos que irnos ya!

Kirko entró en la sala circular como un torbellino dispuesto a arrasar a cualquiera que le impidiera continuar con su plan. Ella lo miró con ojos indolentes. Y él tiró de su brazo hacia arriba para intentar levantarla.

—Pero ¿qué haces al lado de ese mago muerto?

—No es un mago muerto. No lo llames así. Es Bibolum Truafel.

Kirko se detuvo a observar el cuerpo. Así que su padre lo había conseguido. Había derrotado al gran mago de quien todos hablaban proezas. Allí, rígido como una tabla y con el rostro apagado, no le pareció tan especial. Aparte de su complexión voluminosa, no había nada más que destacase en él.

—Tenías razón desde el principio. Mi padre nos dará su bendición, pero con condiciones. He hablado con uno que decía ser mi abuelo... Nunca nos dejará tranquilos, siempre nos pedirá más. ¡Por eso tenemos que irnos ya! —Kirko trataba de hacerla reaccionar—. Ahí fuera estamos perdiendo cada vez más posiciones. ¡Los guardianes han conseguido la capa! No sé si mi padre será capaz de reorganizar a sus tropas... ¡Lidia, huyamos! ¡Busquemos una vida mejor para los dos!

—¿Y adónde quieres ir? ¿No lo ves? ¡Estamos condenados! Si ganan los magos con ayuda de los guardianes, nos darán caza como a liebres salvajes. Y si lo hace tu padre, nos obligará a regresar y seremos sus marionetas. ¡Nuestra vida será una mierda! ¡Y yo estoy harta! ¡No puedo más! ¡No puedo más! —se lamentó, enterrando la cabeza entre sus piernas.

—No nos encontrarán. Te prometo que te mantendré a salvo.

Lidia retiró las manos de su rostro y clavó su mirada desafiante en él.

—¿Como has hecho hasta ahora? —le espetó con tono suave, sin alzar la voz—. Porque mientras tu padre me torturaba y me obligaba a hacer lo que quería, tú no moviste un dedo por mí.

—Me equivoqué. Y lo siento mucho —se disculpó, con ojos suplicantes—. Pero tienes que creer ahora en mí. Soy el único en el que puedes confiar.

Antes de levantarse y herida en su orgullo, se despidió del mago besándolo en su mejilla. Puede que fuesen verdad sus palabras y ya no tenía a quién más recurrir. No tenía a nadie. Se sentía sola. Miró a Kirko y le pidió que la ayudara a ocultar el cuerpo. No quería que alguien entrase en esa sala y descubriera a Bibolum Truafel, el estandarte de la libertad, en ese estado. Él aceptó a regañadientes. No comprendía su apego a ese mago ordinario que había dejado en evidencia su absoluta ineptitud. No era más que un despojo. Pero accedió a ayudarla para aliviar su dolor. El condenado pesaba lo suyo. Y tuvieron serias dificultades para introducirlo en una pequeña estancia aledaña donde el viejo guardaba una serie de pergaminos de un presumible valor y un escritorio diminuto en comparación con su tamaño.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —volvió a sugerirle—. No podemos huir a pie. Seríamos un blanco fácil. Debemos hacernos con un caballo. ¿Sabes dónde están las cuadras?

—Sí, creo que en la parte trasera, junto al pequeño huerto de

hierbas de Libélula. —Pronunció su nombre con cierto pesar. Ignoraba su paradero y deseó que se encontrara a salvo.

Kirko se acercó a ella y la besó con ternura. Y aunque agradeció el contacto de sus labios, no supo muy bien cómo recibirlo. Sus pensamientos se adueñaban de su mente, confundiéndola, abocándola hacia un abismo al que no quería mirar.

—Te he traído un regalo. —Le entregó un pequeño saco que ella aceptó de buen grado—. Vas a necesitarlos.

Lidia arqueó las cejas y, con estupor, extrajo del fondo sus zapatos de cristal.

—¿Dónde los has conseguido? ¿Cómo puede ser? —quiso saber, aún maravillada por su brillo. ¡Los había echado tanto de menos! ¡No imaginaba cuánto hasta que los tuvo de nuevo en sus manos!

—Se los robé a tus hermanas —le contestó resuelto.

—¿Has visto a mis hermanas? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Por qué no me lo has dicho antes? ¿Están bien?

—Sí, muy bien. Pero no creo que yo les caiga muy en gracia. Ellas nunca entenderán nuestro amor. Nunca te perdonarán que me hayas elegido a mí antes que a ellas. Tienes que olvidarlas para poder empezar nuestra nueva vida. Es lo mejor para ti, para los dos.

Lidia entornó los párpados y contuvo un largo suspiro. No podía permitir que siguieran decidiendo por ella. Ya había cedido demasiado a los intereses de los otros, olvidándose de sus propios sueños, convirtiéndose en una extraña a la que no era capaz de reconocer en un mísero espejo. ¡Basta, no! Ya era hora de que escuchara a su corazón, de que fuera fiel a sí misma. Había cometido demasiados errores y, por ello, muchas personas habían muerto. Hundió la mirada en la estrecha puerta camuflada en la pared. Tras ella se encontraba Bibolum. Había muerto para salvarla, para salvarlos a todos. No, no estaba sola. Nunca lo había estado. Hasta en los momentos más oscuros, un amigo le había brindado su mano. Solo que ella había rehusado aceptarla.

Apretó los labios, contrariada. Depositó su mirada en el techo, en la cúpula inexistente, en los numerosos agujeros que dejaban entrever las nubes grises sobre el Refugio. La magia, por la que tanto había luchado el gran mago, peligraba. Y con ella se desvanecería la esperanza, la ilusión y la alegría de ese mundo, de todos los mundos. Si Lorius vencía, el universo sería un caos, un desfile de marionetas sin alma. Ella se había sentido así: despojada de sus sentimientos, de sus lágrimas y sin control sobre su vida. Bibolum se había ido, pero ella podría mantener viva su llama, el fuego que había inspirado a muchos a luchar. ¡A creer!

—Ve tú en busca del caballo —le dijo mientras besaba su mejilla—. Tengo que hacer algo antes... Y, por favor, si ves que no aparezco,

¡aléjate de aquí! ¡Márchate!

—No voy a irme sin ti.

—Si las cosas se ponen más feas, no me esperes. ¡Busca esa felicidad que mereces en otro lado!

Disconforme, frunció el ceño y contrajo la boca. No quería dejarla allí, pero tampoco tenía otra opción. Lidia era testaruda y una especialista en llevar la contraria a los demás. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, pudo atisbar en sus ojos un brillo que jamás pensó volver a ver: la chispa de la persona de quien se había enamorado. La niña terca, ingeniosa y rebelde había regresado.

Kirko se marchó. Lidia acarició sus zapatos y después, con una seguridad aplastante, se los calzó.

Aldin no tenía tiempo que perder. Recorría incansable los numerosos pasillos del Refugio en busca de Lorius Val. Ahora que la venganza lo impulsaba y la rabia bullía en su interior, solo podía contemplar el viejo rostro del brujo asaltando su mente una y otra vez. Puede que no fuera rival para él, puede que rehusara el combate con un mestizo como había hecho en el castillo de arena. Pero, sin duda, iba a desafiarlo a que recordara siempre el nombre de Aldin Moné. Porque él iba a luchar hasta que su espíritu abandonara su cuerpo. Y si debía morir, qué mejor manera de hacerlo honrosamente defendiendo el último bastión de la magia blanca. Sin embargo, no encontraba a ese bellaco despreciable. Parecía que la tierra se lo hubiese tragado. Y su paciencia estaba agotándose. Su templanza se había quebrado y sus ánimos, encendido. Recordó entonces las palabras de Lidia: Lorius quería destruir el Refugio. Quizá estuviese hablando de forma literal, y si era así, pretendía demoler el edificio. Pero ¿cómo?

Estudió en la Academia del Cosmos, como había hecho él. Era ingenioso y poseía grandes recursos. Pero además era un mago narcisista, opulento y querría que todos contemplasen su obra. Así que no lo haría desde el suelo, ya que muchos no podrían admirar su truco final, sino desde un punto que fuera visible para la comunidad entera. ¿Cómo no lo había imaginado antes?

Corrió hacia los pisos superiores y buscó la escalerilla que lo condujera al tejado. Ese brujo ególatra pensaba ejecutar su plan desde arriba para así poder contemplar cómo el edificio se retorcía bajo sus pies mientras se relamía proclamándose victorioso. Y si lo conseguía, Silbriar estaría perdido. ¡Tenía que detenerlo!

Salió al exterior y percibió el aroma húmedo de las nubes que se habían instalado en la zona y no pretendían abandonarla pronto. El viento azotaba sus cabellos y despejaba su frente estrecha. Aldin Moné

no tardó en distinguir la figura del hechicero cerca de una de las cúpulas centrales. Estaba con dos de sus lacayos, quienes, más que aconsejarlo sobre cómo proceder, se dedicaban a vigilar su entorno con fiereza.

Siempre había admirado la arquitectura de ese edificio. Incluso en el tejado, las cúpulas gozaban de un descansillo y se mantenían unidas por unos corredores amplios que desafiaban la mismísima estructura de la construcción. Recordó todas las noches que pasó junto a Bibolum en esas pequeñas azoteas, observando el cosmos, desentrañando sus misterios. Muchas veces, Aldin dormía allí, a la intemperie, mientras el gran mago le contaba historias sobre estrellas lejanas y planetas asombrosos. Claro, que llegó el momento en el que Bibolum abandonó esa curiosa afición para centrarse en el estudio de las profecías. Y la estancia circular pasó a ser su nuevo hogar. Allí buscaría con ahínco las claves para derrotar al mayor enemigo de Silbriar: Lorius Val.

—¿A qué astro piensas invocar? —Aldin se acercó a él sin mucha dificultad—. Te he visto ejercitar algunos movimientos. Y sí, yo también usaría el meteorito para infligir un daño irreparable.

El mago oscuro se dio la vuelta, ocultando su asombro ante tal desparpajo, y al descubrir al mestizo, les lanzó una mirada intimidatoria a sus asistentes.

—Reconozco que tienes agallas. Podrías haberme atacado por la espalda, pero no lo has hecho.

—Prefiero mirar a los ojos a mis adversarios —le contestó, tratando de contener su creciente ira.

El brujo exhibió una mueca de regocijo. Su túnica púrpura ondeaba con el viento y sus cabellos negros se enroscaban entre sí, destacando sus pómulos sobresalientes y su nariz aguileña. Lorius esbozó una sonrisa pérfida mientras estiraba el cuello.

—Te recuerdo de aquel día en el huerto. No eras más que un chiquillo insolente, y veo que no has cambiado.

—Él te apreciaba, y hasta cierto punto te admiraba. Eras un mago que vivía al margen de la comunidad y de sus normas, un predicador que gozaba de su libertad —le confesó compungido—. Pero después, tu expresión de libertad se convirtió en una condena para muchos otros. ¿Qué clase de visionario te crees que eres? ¡Ningún hombre que se precie trafica con la libertad de otros! Y eso fue lo que te separó de Bibolum. Él nunca alardearía de tener un amigo de mente obtusa.

—Y, sin embargo, sí de instruir a un pupilo mestizo, saltándose todas las leyes morales de un mago. Él no era mejor que yo. ¡Ambos éramos unos inconformistas! Bibolum también luchó contra un sistema caduco, impositivo y que detestaba el libre albedrío.

Aldin Moné sacudió la cabeza al escuchar tal afirmación. Se acercó aún más a él y lo amenazó con el bastón.

—¡Tú quieres tiranizar la magia, corromperla usando hechizos prohibidos! ¡Y no te confundas! ¡No son prohibidos porque cuestionen tu libertad! ¡Lo son porque eliminan los derechos del resto! ¡No puedes usar un conjuro de control sobre alguien que no te ha dado su permiso, no puedes resucitar a los muertos cuando estos no te lo han pedido! La magia no está a tu servicio. ¡Tú estás al servicio de la magia! —Apoyó el bastón de nuevo en el suelo ante la mirada indiferente del brujo—. Bibolum nunca fue como tú. Él quería romper barreras para ayudar a los que con sus propios medios no podían. Él me acogió sin importarle la procedencia de mi sangre. Me abrió las puertas del conocimiento. Me mostró que el mundo podía ser mejor.

—¿Así que de eso se trata? ¡El mestizo tiene sentimientos! ¡Y ha venido hasta mí para desahogar sus penas! —gritó al aire, y sus lacayos respondieron con sonoras carcajadas—. No has aprendido mucho de Bibolum si lo que buscas es venganza.

—Aunque la buscaba, me he dado cuenta al verte de que ese no es el motivo por el que estoy aquí. He venido a terminar su labor y a demostrarle que tenía razón: es la luz la que hace que este mundo gire.

—¡Bonitas palabras, cola de ardilla! Pero te equivocas. No voy a luchar contigo, si es eso lo que pretendes.

Con un leve movimiento de su barbilla, el brujo les indicó a sus siervos que terminasen con su vida. Sin embargo, antes de que estos iniciaran movimiento alguno, Aldin los eliminó de la ecuación dirigiendo su bastón contra ellos. Primero uno y luego otro. Dos ondas certeras de pura energía habían salido disparadas del mango con tan solo un leve giro de su muñeca.

—¡He venido a por ti, no a entretenerme con tus esclavos!

Lorius bufó. El labio superior le temblaba a pesar de que trataba de contenerlo apretando los dientes. Ese mestizo entrometido iba a demorar sus planes y no quería perder el tiempo con él. Así que, de inmediato, comenzó a dibujar varias elipses en el aire con las dos manos, para después colocar el brazo izquierdo detrás del derecho, ambos extendidos, apuntando en una sola dirección.

Aldin Moné no dudó un instante en hacer girar su bastón a gran velocidad. Había descubierto las intenciones del brujo. Usaba la técnica de la alineación de los planetas para realizar un ataque continuado y feroz. Pero el pequeño mago había practicado muchas veces su defensa, por lo que, en cuanto las bolas lumínicas salieron disparadas hacia él, fueron absorbidas por el campo energético creado por su bastón. Seguidamente, Aldin utilizó toda esa fuerza recogida en la madera para arrojarla contra el brujo en una única acometida. Para ello, colocó el báculo de forma horizontal.

Lorius reaccionó mostrando las palmas de sus manos para frenar el

golpe. Y toda esa energía fue devuelta con una doble carga. Aldin no pudo pararla. Voló por los aires al chocar esta contra sus barreras. El pequeño mago se levantó de un brinco y comprobó que una nueva ofensiva se dirigía hacia él. Anillas de un tamaño considerable segaban el viento racheado, ocasionando un extraño remolino. Aldin Moné no se distrajo con este inusual efecto colateral, sino que mantuvo la vista en las anillas, estudiando sus diferentes trayectorias.

Consiguió atrapar la primera con su bastón. La segunda fue más esquiva, así que tuvo que utilizar su brazo izquierdo para detenerla. El aro ascendió desde su muñeca hasta el hombro, ocasionándole un gran dolor. ¡Las condenadas quemaban! Trató de ser más ágil con el bastón, capturándolas a todas mientras se movía como un experto espadachín. Había desechado por completo usar sus brazos para pararlas. La siguiente podría ocasionarle heridas graves. Una a una, fue recogiéndolas, hasta que por fin fueron derritiéndose al contacto con su báculo mágico.

Aldin sudaba, pero no quiso demostrarle al brujo su inferioridad. Bibolum ya lo había advertido de que, durante sus distintas investigaciones, Lorius Val se había empapado de hechizos oscuros y los había modificado a su antojo para no levantar sospechas. Así que no le extrañó verlo levitar a dos metros del suelo, utilizando una especie de conjuro de la gravedad viciado. Nunca había observado nada igual. Parecía que volase como las brujas, sin embargo, era capaz de mantenerse estático en una posición durante incansables minutos.

De pronto, descubrió que iniciaba el complejo hechizo del meteorito, pero no usando sus manos, sino todo su cuerpo. Parecía recrear la imagen del asteroide al tiempo que sus pupilas negras ocupaban todo el espacio de sus ojos. ¡Ese demente iba a derribar el edificio! Debía pensar con rapidez. ¿Cómo podría detenerlo? Todas las opciones que había barajado terminaban con la victoria de Lorius y su propia muerte. No, no le importaba morir. Pero tenía que impedir que ese brujo desalmado se convirtiese en el amo y señor de Silbriar. Si tenía que perecer, tendría que hacerlo llevándose también la vida de Lorius. Se maldijo varias veces. Quizá Bibolum tuviese razón y la cordura no formase parte del egocentrismo del brujo.

Entonces, hizo lo impensable. Aldin actuó llevado por sus impulsos y apartó su genuina templanza. Corrió para tratar de situarse justo debajo del hechicero, donde el flujo de energía que lo mantenía en el aire era más dinámico. El pequeño mago manejaba su bastón como si de un remo se tratara, evitando ser absorbido por la corriente antigravitatoria. Bajo los pies de Lorius, podría encontrar alguna fisura desde donde poder detener su conjuración. Pero en el interior del torrente energético apenas podía mantenerse anclado al suelo. La fuerza lo succionaba cada vez más hacia arriba, obligándolo a

encorvarse y a detenerse. Desde allí, iba a ser imposible una ofensiva. El mago clavó el báculo en el pavimento en un intento desesperado por fijar su posición. Pero sus zapatos, poco a poco, fueron despegándose del suelo y pronto su cuerpo entero alcanzó la verticalidad.

Aldin fue consciente de su error. Allí dentro jamás lograría el control de la situación, así que, lazando un sonoro bufido, liberó al bastón de su cometido. Cerró los ojos y se dejó llevar por la corriente. Primero percibió que ascendía y después que su cuerpo volaba despedido sin ningún control. Entreabrió los párpados y, apuntando con su bastón a la izquierda, creó un minúsculo arcoíris por el que se desplazó imitando a un niño en un tobogán. Aterrizó sobre las tejas, partiendo una docena de ellas, justo sobre uno de los faldones de la techumbre, y se agarró con fuerza para evitar terminar cayendo por la pendiente. Ayudándose de nuevo con su bastón, trepó, y al llegar a la cúpula norte, respiró aliviado en el descansillo. Torpedeó al mago oscuro con la mirada.

Lorius permanecía ajeno a todas las peripecias que él realizaba. Estaba sumido en una concentración extrema. Demoler todo un edificio requería condensar mucha energía en un mismo punto y no podía permitirse distracciones. Aldin volvió a maldecirse. Era evidente que ese brujo no consideraba que estuviese a su altura, y hasta el momento no le había demostrado lo contrario. Nunca había luchado contra un rival tan complejo. Una extensa sabiduría mezclada con la arrogancia más vil, un conocimiento tan milimétrico de la magia enaltecido con una personalidad implacable. ¡Ese era Lorius Val!

De pronto, los puños del brujo se transformaron en puro fuego. Ya no se apreciaban sus dedos huesudos, sino llamas desproporcionadas que buscaban alimento. Y la fortificación de Bibolum se lo suministraría. Aldin Moné no tenía dudas. El ritual estaba llegando a su fin y, con ello, el exterminio de la magia pura en Silbriar.

Sin pensarlo, ascendió hasta coronar la cúpula. Desde lo alto, se atrevió a mirar hacia abajo. Los soldados de Lorius retrocedían, los dragones impedían que se rearmaran de nuevo y algunos aliados, extenuados, mantenían la vista fija en lo que sucedía en el tejado. No podía fallarles. No cuando lo habían dado todo. Si Lorius demolía el Refugio, alentaría a sus tropas y mermaría las fuerzas de los aliados. Volvería a inclinar la balanza a su favor, y tal vez para siempre. ¡No podía permitir que terminase el conjuro! ¡Debía ganar esa batalla!

De repente, se le ocurrió una idea descabellada. Le había surgido cuando se deslizaba por el arcoíris. Este siempre había sido un instrumento de desplazamiento que podía visualizar con anterioridad. De punto a punto. De tierra a tierra. Pero allí, observando cómo el brujo flotaba rodeado de una esfera lumínica defensiva, pensó que tal

vez podría intentar llegar hasta él usando uno de sus famosos arcoíris. Era verdad que no contaba con un punto terrestre de anclaje y que jamás había intentado penetrar dentro de una corriente energética peligrosa, pero puede que esa locura fuera lo más cercano a un plan que funcionase. Trataría de crear un puente de tierra a aire.

Invocó de nuevo a la energía del bastón y pronto aparecieron ante él los colores armónicos del arcoíris. El mago se escurrió entre los destellos, los cuales vibraban eufóricos mezclándose. Mientras viajaba en su interior, Aldin calibraba las posibilidades de su genial salto. Ya pensaría qué hacer cuando se introdujera en la esfera que rodeaba al brujo. En los últimos segundos antes del aterrizaje, rezó para que su báculo consiguiera hacer un agujero en ella y no terminar estampado ante una defensa, *a priori*, impenetrable.

Al llegar, escuchó las paredes circulares ensancharse. El arcoíris era lo suficientemente intenso para traspasar el globo lumínico. Aldin entró en él sin que el brujo se percatara de su arribo y fue sostenido en el aire por el mismo conjuro antigravitatorio que había utilizado Lorius. Al tiempo que conseguía la verticalidad, le asestó a su contrincante un golpe en el pecho con el mango del bastón aprovechando la misma fuerza de empuje con la que se había desplazado.

Fue entonces cuando Lorius Val se dignó a mirarlo directamente a los ojos; desconcertado y, en cierto modo, asombrado. Lo había subestimado. Sí, había infravalorado al mestizo que no era más que una aberración, fruto de una relación prohibida; inferior a su clase, a su estirpe repleta de magos célebres. ¡Esa ardilla había logrado golpearlo! A pesar de ello, Lorius reaccionó casi al instante. Unió sus manos ardientes y las dirigió hacia el rostro cargado de satisfacción del pequeñajo.

Aldin advirtió la bocanada de aire caliente antes de que las llamas rozaran su piel y logró esquivarlas forzando a su cuerpo a inclinarse hasta lo imaginable. El fuego impactó contra la esfera y ocasionó que esta se incendiase. El señor Moné había interrumpido la ejecución del hechizo del meteorito, pero, en su lugar, una bola incendiaria pronto consumiría su interior, si es que no se desestabilizaba antes y se precipitaba contra el tejado del Refugio.

—¡Mira lo que has hecho! ¡Todo esto es culpa tuya! —le espetó el brujo, enfurecido.

—¿Mía? Eras tú el que trataba de invocar la destrucción de un meteorito.

De improviso, la esfera descendió con brusquedad y dos segundos después se detuvo.

—¡El conjuro antigravitatorio está debilitándose! ¡Eres un idiota, has roto el equilibrio que lo sustentaba! ¡Vamos a caer!

Aldin arrugó el rostro. «Al menos, si muero, también lo hará este lunático. Pero el Refugio quedará reducido a cenizas —dedujo—. Piensa, Moné, piensa. ¿Cómo puedo salir de este embrollo?».

Comenzó a rotar el báculo con suavidad, primero a la izquierda, luego a la derecha. Se movía con lentitud, desplazando sus pies con extrema cautela. Despacio. Con pausas.

—¿Qué estás haciendo, mentecato?

—Trato de crear corrientes frías en el interior para no terminar abrasado. Ya lo logré una vez en el desierto concentrándome en la estación primaveral. —El mago obvió confesarle que al mismo tiempo intentaba mover la bola, sacarla de allí para que no ocasionara daños irreparables.

—¡Es un plan estúpido! ¡Podría acabar contigo ahora mismo!

—¡Hazlo si quieres! Sabes de sobra que si realizas un conjuro brusco en el interior, tu esfera mágica podría implosionar. ¡Moriríamos los dos! —Aldin estiró una de las comisuras de sus labios —. Y a mí no me importa morir, pero a ti… ¡Tú mismo acabarías con tus planes de gloria!

Lorius Val bufó. Estiró los brazos hasta acariciar las paredes de la esfera. Sí, sentía el calor abrasador. Pero cualquier mago que se preciara era capaz de regular su temperatura corporal, de adaptarse a las condiciones extremas de frío o de bochorno intenso. Cada cual tenía sus trucos. Y era evidente que el mestizo manejaba bien el poder de las estaciones. En cambio, él prefería nutrirse de las diferentes capas de la atmósfera. Aunque no quería admitirlo, juntos podrían reducir la temperatura de la esfera. Después se encargaría de eliminar por todas al impertinente pequeñajo.

Poco a poco, las flamas disminuyeron, pero también el flujo energético que los mantenía en el aire. Aldin estaba preparado para conjurar otro arcoíris y Lorius para frenar su caída con otro de sus ingeniosos hechizos. Ninguno apartaba la vista del otro. Y en el momento en el que ambos sintieron que sus pies ya no flotaban, iniciaron sus respectivos planes. Con lo que no contaba el brujo era que él también entraba en la estrategia del señor Moné. Y en cuanto se perfiló el arcoíris, el pequeño mago se abalanzó contra él, obligándolo a internarse en la gama de colores y a desplazarse por él.

Al tomar tierra, Lorius Val se percató de que no se encontraba en los alrededores del Refugio. Se hallaba en un bosque espeso, donde la luz apenas incidía en las ramas de los árboles. Chasqueó la lengua y forzó una sonrisa aquejada.

—¿Cómo es que puedes transportarte a cualquier lugar con un mísero arcoíris sin utilizar artilugios precisos como las brújulas de localización ni grandes conjuros? —le preguntó, manifestando cierta envidia.

—El control en el manejo del arcoíris no tiene que ver con mi condición de mago. Es inherente a los sentidos agudizados de los mestizos. Puedo olfatear el peligro, interpretar señales y avistar zonas seguras, entre otras muchas cosas. Los mestizos no nos diferenciamos del resto por nuestra sangre «contaminada». Lo hacemos por unos dones que jamás poseerán ni magos ni hadas ni ningún otro ser mágico. La clave es el apego a la tierra y todo lo que eso conlleva. Bibolum Truafel pudo ver nuestras aptitudes y se encargó de que las aprovechara usando la magia.

Lorius frunció el ceño y mostró su desacuerdo con una mueca desagradable que evidenciaba su asco. No, los magos mestizos jamás igualarían a los verdaderos magos, jamás empañarían su casta. Su herencia era más pura que ninguna otra. El brujo estaba furioso. Un mestizo había conseguido arruinarle sus planes y enviarlo a un bosque lleno de musgo. No quiso achantarse con su próximo ataque. Y por eso liberó cientos de descargas al unísono utilizando una de las constelaciones más peligrosas del cosmos: el mago sentado en el trono.

Aldin no podía hacer frente a todos esos chispazos en forma de agujas. Eran demasiados. Y muy a su pesar, elevó una de sus rodillas y partió su bastón en dos en ella. Así podría manipularlo mejor. El mago se movía de un lado a otro interceptando los afilados aguijones. Cualquiera de ellos podría ser letal. Cuando los primeros se incrustaron en los dos trozos de madera, decidió saltar y apoyar sus pies en el tronco de un árbol. Desde allí, cogió impulso para llegar hasta otro. Y luego otro, y otro más. Saltaba como una ardilla, aferrando sus piernas e incluso sus brazos a los diferentes árboles.

Por fin, cuando valoró que su siguiente brinco podría llegar hasta el brujo, lo realizó sin pestañear. Sus piernas golpearon la cara de Lorius y lo hicieron trastabillar. Deslizando los dos pedazos del báculo entre sus dedos, se los enterró mientras el brujo caía, uno en el cuello y otro muy cerca del corazón. Escuchó el cuerpo chocar contra la tierra húmeda; la tierra que le había regalado sus dones, la que tantas veces había labrado con su madre, la que Bibolum lo ayudó a integrar en su día a día.

—También recuerdo aquel día en el huerto. ¿Cómo olvidarlo? ¡Fue el día en el que juré que te mataría con mis propias manos!

Valeria avanzaba despacio, analizando cada recoveco del edificio, pero esta vez con la ballesta preparada. No quería llevarse otra sorpresa desagradable.

Ante los pasillos poco iluminados, le asombró que, al cargar la primera flecha, esta emitiera un haz de luz como si fuera una linterna.

Su arma, a pesar de ser un objeto mágico, jamás había reaccionado de esa manera. Pero agradeció no tener que recorrer toda aquella área a ciegas. Era verdad que sus flechas habían respondido siempre ante un suceso adverso. Durante la travesía en el barco, se habían prendido como antorchas para aniquilar a los piratas, y un año atrás, habían combatido contra las piedras de hielo de los jinetes, derritiéndolas. Aun así, continuaba maravillándose ante las diferentes soluciones de la ballesta. Le quedaba mucho que aprender de ella.

Érika caminaba a su lado, todavía afectada por su encuentro con el mellizo oscuro. La pequeña, temiendo que volviera a presentarse de improviso, decidió no usar la capa. Prefería mantenerse visible y localizable para su hermana. Así no correría el riesgo de que ese monstruo la secuestrara y la escondiera bajo un montón de escombros.

Después de unos minutos desorientadas por completo, llegaron a un rellano que pronto reconocieron.

—Creo que al entrar nos equivocamos de camino y hemos ido por la zona que Bibolum no utiliza —dilucidó Valeria al atisbar algo de luz al final de una estrecha escalera.

—¿Por eso estaba tan oscuro?

—Puede ser, o tal vez el gran mago quería asegurar una vía libre de huida. Por aquí ha pasado mucha gente. Hay tierra en las alfombras y alguna que otra huella.

—¡A lo mejor Bibolum ha conseguido escapar!

Valeria torció el gesto. No se imaginaba al mago abandonando el Refugio y dejándolo a su suerte mientras fuera se libraba una de las batallas más feroces de la historia de Silbriar.

—¡Subamos! Estas escaleras pueden llevarnos cerca de las habitaciones de invitados. ¿Te acuerdas? Esas donde nos alojamos nada más llegar aquí.

—¡Claro! Tenía un armario enorme para mí sola, con un montón de vestidos de princesa. Y había cojines en las camas que parecían hechos de algodón de azúcar. —A Érika se le agrandaron los ojos al recordar las noches que habían pasado allí mientras entrenaban. Nunca había dormido tan bien.

Valeria se adelantó y, uno a uno, fue dejando atrás los peldaños mientras ascendía. Érika esperó a su señal para reunirse con ella en el descansillo. El silencio era atroz, tanto que la guerrera pensó que se dirigía hacia una emboscada, así que mantuvo el arma en posición.

De pronto, escucharon ruidos procedentes del tejado. Pasos. Voces. Había alguien allí arriba.

—¿Qué es lo que pasa, Val?

—No lo sé. Puede que sea algún dragón que se ha posado en el techo o... ¡Dios! Espero que no sea Bibolum defendiendo el Refugio desde lo alto.

Al aproximarse a las habitaciones para los huéspedes, la luz de la flecha fue atenuándose. Toda la zona estaba iluminada. A pesar de las nubes, los rayos del sol lograban penetrar por las ventanas e inundar con su brillo las paredes. También las antorchas ayudaban a crear un ambiente más acogedor y no tan sombrío como el que acababan de recorrer.

—Val, creo que es por aquí. —Érika tiró del brazo de su hermana y se internó en otro pasillo más amplio.

Valeria suspiró aliviada al hallar por fin el área principal del edificio, esa en la que Bibolum pasaba la mayor parte del tiempo. Las dos apresuraron el paso y se encaminaron primero a su dormitorio, donde solo encontraron una cama deshecha. Luego hacia la estancia circular. La guerrera no tenía duda alguna. Si el gran mago estaba supervisando la batalla, se encontraría allí, observando la cúpula y descifrando las señales.

Al entrar, Érika percibió un ligero escalofrío que recorrió su espina dorsal. Estaba ansiosa por abrazar al gran mago, sin embargo, al mismo tiempo sintió pánico. Algo estaba a punto de suceder. Y cuando descubrió los destrozos en la sala y que un gran agujero había torpedeado la cúpula, se le encogió el corazón.

—¿Hemos llegado tarde? —le preguntó en voz baja a su hermana.

Valeria no supo qué responder. Estaba tan afectada como la niña. Su mirada aterrada recorría cada rincón de la estancia circular buscando un indicio que le desvelara qué demonios había sucedido allí.

De pronto, la silueta del gran mago se presentó cabizbaja ante ellas. Valeria sonrió al verlo y Érika se abalanzó sobre él entre lágrimas. Bibolum Truafel había estado todo este tiempo en el balcón alentando a sus tropas. El hombre, todavía sorprendido por las muestras de afecto de la niña, no pudo pronunciar palabra. Se limitó a acariciar su melena dorada, no sin antes titubear y mirar con cierta estupefacción a la guerrera.

—¡Está vivo! ¡Está vivo! —Érika saltaba de alegría—. Val, lo hemos conseguido. Hemos llegado a tiempo.

Visiblemente emocionada, Valeria se acercó al gigantón.

—Al ver todo esto patas arriba, pensamos que algo grave le había sucedido —le confesó—. Me alegro mucho de que se encuentre bien.

—Pero ¿qué hacéis aquí? Me refiero... a aquí dentro, en esta habitación.

—Hemos venido a rescatarlo, señor mago —le reveló la pequeña—. Ese Lorius es muy malo y quiere matarlo.

Valeria examinó mejor la estancia. Aunque no encontraba señales de lucha, algunas estanterías sí presentaban desperfectos, y apreció que en varios puntos la cúpula parecía carbonizada.

—¿Qué es lo que ha pasado aquí? —le preguntó curiosa—. ¿Soldados de Lorius?

—No, no, querida. Yo mismo destruí la cúpula para evitar que cayera en manos enemigas.

—¿Y por qué no se ha marchado después? ¿Dónde está Libélula? ¿Y el resto? —insistió ella.

—¡Soy el capitán del barco! Seré el último en abandonarlo. —El mago tragó saliva y entrelazó sus dedos, jugando con ellos de una manera pueril.

—¿Y qué estaba haciendo cuando llegamos?

Valeria inspeccionaba el pavimento mientras caminaba. Había mosaicos rotos, quizá por el impacto de los pedazos del techo sobre ellos, pero otros estaban chamuscados, como si una gran energía hubiera colisionado de forma directa contra ellos. No quería ser insolente, pero el gran mago estaba ocultándole lo que realmente había sucedido allí. Puede que para protegerlas, para no asustar aún más a Érika. Quizá no era el momento de inmiscuirse en las batallas personales de Bibolum Truafel. Tenía que centrarse en cómo sacarlo de allí. Y pronto se sintió culpable de haber formulado aquella pregunta.

Él podría haberle contestado que no era asunto suyo y que además era una entrometida. Sin embargo, el mago quiso responderle y no ser grosero:

—Vi llegar a los dragones y a vosotras sobre uno de ellos. Quise que nuestros hermanos supieran que se acercaba nuestra victoria y que yo seguía aquí, velando por todos.

—Estuvimos en las islas y Brifin encontró a su familia. Había muchos dragones viviendo allí y se pusieron contentos al verlo —le relató entusiasmada la niña—. ¡Es un dragón dorado! ¡Es especial! Señor Bibolum, usted tuvo uno enorme, y seguro que lo quería un montón.

El gran mago emitió una sonrisa nerviosa y comenzó a rascarse la barba, algo inquieto. Valeria receló de su comportamiento. No era habitual en él sonrojarse, y menos mostrar cierta incomodidad ante ellas. Aunque solía hablarles con aire paternal, también lo hacía con una seguridad aplastante. ¿Qué le ocurría a Bibolum Truafel?

—Sí, mucho. Lo quería… mucho —confesó entre susurros.

—¿Cómo se llamaba? —insistió la pequeña—. ¿Su dragón?

El gigantón arqueó las cejas y carraspeó varias veces. Después le dirigió una mirada lastimera a la maga. Valeria se mordisqueó el labio y escudriñó en los ojos del mago. ¿Qué le pasaba a Bibolum? ¿Por qué vacilaba tanto?

—Érika, eso ahora puede esperar. Deja de molestar al señor Truafel. Tiene muchas cosas en las que pensar —intervino con

suspicacia—. Tenemos que salir de aquí. Y no quiero que te separes de mi lado. Ese asesino sigue dando vueltas por el Refugio, y antes casi te hace daño. Nos quiere muertas, y hará lo que sea para conseguirlo.

—¿Qué asesino? —le preguntó el hombre con demasiada curiosidad.

—¡Ya sabes de quién estoy hablando! ¡De Kirko! —le reveló ella al tiempo que alzaba la ballesta y lo encañonaba—. ¡¿No te ha dejado los zapatos?! ¡¿Qué coño haces suplantando a Bibolum?! ¡¿Y qué has hecho con él?!

Érika fue retirándose lentamente y se situó detrás de su hermana mayor. A la niña le temblaban las piernas, y no tardó en soltar un grito agudo en cuanto apreció cómo el gran mago se transformaba en Lidia.

—¿Cómo lo has sabido?

—Siempre te delata tu nerviosismo. Cuando Érika empezó a hablar del dragón, tu cara iba cambiando de color. ¡No tenías ni idea de a qué se refería! Solo tuve que sumar dos más dos. Si Kirko está aquí, tú no debías andar muy lejos. Lo enviaste a recuperar tus zapatos. ¡Y casi mata a Érika!

—No, él no haría una cosa así. Jamás os haría daño —lo defendió Lidia con tesón.

—¿Todavía sigues creyendo en los príncipes azules? —le reprochó sin bajar la guardia—. No me has respondido antes. ¡¿Dónde está Bibolum?!

—Ha... muerto. —Afectada, bajó la cabeza—. No he sido yo, Val. Sé que no confías en mí y que todo lo que te diga te sonará a mentira. Pero no fui yo, sino Lorius.

—¡¿Y por qué no hiciste nada para detenerlo?! ¡¿Por qué has dejado que ese malnacido llegase hasta aquí?! —le espetó furiosa—. ¡¿Cómo has caminado entre ellos sin sentirte sucia?! ¡¿Es que no ves toda la gente que está muriendo?!

—¡¡Tú no tienes ni idea de cómo me he sentido!! ¡Así que no te atrevas a juzgarme! ¡Yo no sabía que todo esto fuera a pasar!

—Por favor, no os peleéis —les suplicó la niña—. Nosotras queríamos rescatarte, Lidia. Esas personas son muy malas. ¿No has visto la guerra desde el balcón? ¿Por qué ese chico te ha cambiado tanto? ¿Es que ya no quieres ser nuestra hermana?

—Sí que quiero seguir siendo vuestra hermana —le confesó afligida —. De verdad, no sé qué me ocurrió. La bruja me envenenó y no conseguía pensar por mí misma. ¡Pero juro que yo no quería que Bibolum muriese!

—¿Y qué es lo que querías, Lidia? —Valeria rebajó el tono de su voz—. ¿Qué esperabas que pasara?

—No lo sé... —respondió, tratando de contener las lágrimas—.

¿Puedes dejar de apuntarme con la ballesta? No voy a haceros daño.

Valeria comenzó a retirar el arma muy despacio, todavía mostrando cierto recelo hacia su hermana. De pronto, escuchó a Érika gritar y volvió a colocar la ballesta en posición. Luego se atrevió a mirar de reojo a su izquierda. Kirko estaba allí. Había regresado a por ellas. Y había colocado un cuchillo en la garganta de la niña.

—Kirko, deja el cuchillo —le imploró Lidia—. No han venido a hacerme daño.

—¿Y por qué tu querida hermana está apuntándote con la ballesta?

—Valeria no va a dispararme. Solo estábamos hablando. Por favor, no le hagas daño a Érika.

Lidia trataba de apaciguar el temperamento descontrolado del chico, pero este seguía sin fiarse de las intenciones de sus hermanas. Ya lo habían atacado en el pasado. Querían que se alejara de su amada, deseaban verlo muerto y acabar también con Kayla. Ya no le importaba demasiado el destino de su padre, pues había comprendido que siempre fue un instrumento para él, un medio para llegar a un fin. Pero no iba a permitir que los guardianes le arrebatasen a Lidia ni a su hermana. Eran lo único que tenía. Por eso, presionó aún más la garganta de la niña sin importarle sus gimoteos ni tiritonas.

—Tengo el caballo preparado. He venido a buscarte, no iba a irme sin ti. Sabía que algo malo sucedía, y menos mal que he llegado a tiempo.

—Vale, nos vamos. Pero suelta a mi hermana.

—¡Nooo! En cuanto lo haga, la guerrera te matará. Podríamos llevarnos a la niña como seguro. Así podríamos escapar sin temer que nadie nos apuñale por la espalda.

Valeria indagó en los ojos de su hermana mediana. Era evidente que Lidia también quería que el ninja oscuro soltase a Érika. Pero ella la mantenía encañonada para que ese demente no decidiera acabar con las dos antes de huir como un cobarde. Entonces, cuando escuchó que tal vez se llevarían a la niña con ellos, dirigió el arma hacia Kirko en un movimiento rápido y casi inapreciable. Lidia la miró con pavor.

—No lo hagas, Val. No quiere hacerle daño, de verdad. Está nervioso, solo es eso.

—Está amenazando a tu hermana pequeña con un cuchillo afilado, ¿y todavía lo defiendes? —le dijo entre dientes.

—Es porque tú estás apuntándolo con una de tus flechas y antes pensaba que querías matarme. Si bajas el arma, él soltará a Érika.

Valeria reflexionó sobre lo que estaba pidiéndole. Puede que Lidia tuviese algún tipo de control sobre él, tal vez su hermana lograse hacer entrar en razón a ese loco. Pero ella no se fiaba del todo. Sus manos temblaban más que nunca sujetando la ballesta. Advertía las gotas de sudor agolpándose en su frente y no conseguía humedecer sus

labios resecos. No iba a bajar el arma. Cometió ese error en el pasillo y la niña había terminado con una brecha en el codo. Su hermana estaba pidiéndole un salto de fe imposible para ella en ese momento. ¡No podía! ¡Se trataba de su niña! ¡De su pequeña! ¡Y había prometido protegerla!

—¿Y qué hay de él? ¿Quién me garantiza que la soltará luego?

—¡Vamos a llevárnosla! —volvió a amenazar el ninja oscuro.

—¡Kirko, por favor! ¡Entiéndelo de una vez, no voy a ir a ninguna parte contigo! ¡No quiero huir el resto de mi vida!

El muchacho palideció. Aflojó la presión con la que sujetaba el cuchillo y Érika se permitió inspirar el aire que le había sido negado a sus pulmones. Miró a Valeria con ojos suplicantes y de su boca dejó escapar un leve susurro: «Voy a morir».

Valeria dio un respingo, negando con la cabeza. Trató de acercarse más a ellos aprovechando que Kirko y Lidia se enzarzaban en una discusión. No, no iba a permitir que le sucediese nada a su hermana. Allí, el único que debía morir era el mellizo oscuro.

—¡Estás diciéndolo porque están aquí tus hermanas! —continuó él —. Pero tú y yo sabemos que lo que quieres es vivir en esa casa rodeada de árboles y lejos de todos. Es por lo que hemos estado luchando. ¡No te rindas ahora!... Lidia, me equivoqué y lo siento mucho. No sabía que querían transformarte en alguien distinto, en algo abominable. Debí defenderte, oponerme a todos los imperativos de mi padre, pero no podía. ¡Créeme, he abierto los ojos! Solo quiero nuestra felicidad... Y ahora vuelves a ser tú, la misma de siempre. Lo veo en tus ojos. Ese ser horrible ha desaparecido. ¡Eres tú! ¡La chica del castillo de arena de la cual me enamoré!

—Tienes razón, soy yo. Hacía mucho tiempo que no veía por mis propios ojos. Estuve ciega y perdida. ¡Pero eso se acabó! —Lidia se acercó a él despacio—. Dime, Kirko, ¿qué es lo que estoy viendo en este momento? ¿Quién es el monstruo ahora?

—¿Qué quieres decir?

—¡Te veo a ti queriendo rebanar el cuello de mi hermana pequeña a pesar de que te he suplicado que la sueltes! ¿Y de verdad me pides que me vaya contigo? ¡¿Crees que podría perdonarte si llegas a hacerle daño?! ¡¿Vivir junto a ti por siempre jamás?!

—Lidia, no lo alteres más —le rogó Valeria entre dientes.

Con el puño libre, Kirko comenzó a golpearse la cabeza. Luego apretó hasta lo indecible el mentón y agarró aún con más fuerza a la niña.

—¡Si la suelto, tu otra hermana me matará! —gritó ofuscado—. ¡No te lo repetiré de nuevo! ¡Lidia, ven conmigo!

—Val, voy a morir. Lo vi... —le confesó la niña entre sollozos.

—No, tranquila. Confía en mí, no vas a morir —le respondió con

voz rasgada para tranquilizarla, a sabiendas de que la niña había experimentado visiones en las últimas semanas. Visiones que se habían cumplido—. No voy a dejar que te ocurra nada.

En ese momento, en el que a Érika se le escapaba el valor y a ella la asaltaba un terror atroz a perderla, decidió bajar el arma muy lentamente. Si debía rendirse para salvar a su hermana, no lo dudaría. Pero al tiempo que ella retiraba la ballesta, observó cómo Lidia extraía una daga negra del interior de su vestido. Confundida, frunció el ceño, tratando de adelantarse a sus pensamientos.

—Kirko, es la última vez que te lo pido. ¡Suelta a mi hermana! —La paciencia de Lidia estaba agotándose. Deslizó entre sus dedos el arma y la ocultó detrás de su espalda.

—¡¿Por qué todos me utilizan?! —gritó él—. ¡¿Por qué tengo que ser siempre la segunda opción?! ¡Mi padre siempre prefirió a Kayla! ¡Ella es más obediente y resolutiva! ¡Yo no he hecho otra cosa en mi vida sino fallarle! Y hoy he descubierto que nunca me ha querido. Soy un arma para él, un medio para alcanzar sus objetivos. Pero pensé que tú eras distinta, que tú me amabas, que caminarías a mi lado para siempre. ¡Tú me elegiste a mí en el oasis! ¡Saltaste de la barca porque me preferías a mí!... Dime entonces a qué estás jugando ahora. ¿Por qué antepones la vida de tu hermana a la mía?

—¡Porque tú nunca has sabido lo que es tener una familia de verdad! Si lo supieras, no me harías escoger.

—No entiendo cómo te cuesta tanto. ¿Es que... ya no me amas? —le preguntó, con labios temblorosos y ojos húmedos. Ella fue incapaz de responder. Mantenía la mirada puesta sobre el rostro atemorizado de su hermana. Su amada también le había fallado. Ya no tenía por quién luchar más que por sí mismo—. Adiós, Lidia. ¡Hasta siempre!

Kirko retiró el sombrero de su cabeza y lo dejó caer sobre su mano izquierda. No soltó a Érika. La presionaba contra su cuerpo, intimidándola, mostrándole su superioridad. Se disponía a huir con la pequeña sin ningún tipo de reparo. Valeria reaccionó dirigiendo una flecha a su cabeza mientras Lidia, colérica, se abalanzó sobre él empuñando la daga. Esta era consciente de que su arma estaba hechizada y no podría dañarlo con ella. No le ocasionaría una herida mortal. Lidia quería despistarlo, evitar que escapara con Érika. Y al no tener muchas opciones, se arriesgó usando el único hierro que poseía.

De pronto, un potente fogonazo inundó la habitación. Impotente, Valeria cerró los ojos durante unos segundos. Demasiado tiempo. Desesperada, trató de abrirlos, pero no pudo. El resplandor era tan inmenso que quemaba. Por fin, cuando consiguió entreabrir los párpados, un chillido se desprendió de su garganta. Porque allí, en medio de la estancia circular, yacía Érika. Estaba tumbada en el suelo y una daga negra atravesaba su pecho. La sangre manaba despacio

como si el tiempo se hubiese ralentizado. Valeria se arrodilló junto a ella y trató de taponar la profunda herida con sus manos. Sabía que no podía extraer el puñal sin los medios adecuados. Este podría estar bloqueando el sangrado. Pero ignoraba a quién llamar, a quién pedirle los instrumentos necesarios. ¡Estaban en medio de una guerra!

—¡No, no, nooo! Por favor, mi niña, no te mueras... —Las lágrimas corrían desesperadas empapando su rostro—. ¡Tú no! Érika, no me hagas esto. No puedo... No puedo perderte a ti también.

—Val, no soy yo —escuchó decir.

La guerrera alzó la barbilla para buscar a la persona que le había susurrado. Entonces, descubrió a su hermana pequeña acurrucada en la pared del fondo, lloriqueando.

—¡Érika! ¿Estás bien? —La niña asintió con miedo.

—No soy yo...

Valeria posó la mirada de nuevo en sus manos, que taponaban el agujero ocasionado por la daga. Después, sus ojos se dirigieron hacia el rostro cándido y sereno que parecía dormitar. La vida se le escapaba, se apagaba lentamente.

—¿Lidia? —murmuró desconcertada.

Ignoraba cómo había terminado con su propia daga clavada en el pecho. También dónde se encontraba Kirko, aunque suponía que había utilizado el sombrero loco y ya estaría muy lejos.

—Ella se ha transformado en mí colocándose los zapatos sin que la viéramos para..., para intercambiarse conmigo —le explicó la pequeña entre sollozos—. Val, ¿va a morirse?

Valeria le ocultó el rostro a su hermana. No quería desvelarle la gravedad de la lesión. Pero si no la operaban pronto, Lidia moriría. Y en ese mundo no existían los quirófanos. Para colmo, desconocía si la magia era capaz de sanar una herida mortal. De pronto, percibió su último suspiro. Un último lamento brotó de sus labios mortecinos para despedirse. No fue largo ni grandioso, apenas una brizna de aire casi imperceptible, pero demasiado dolorosa para pasar desapercibida. Lidia había dejado de respirar.

—¡Nooo! —Valeria la abrazó, recogiéndola entre sus brazos—. ¡¿Por qué has tenido qué hacerlo?! ¡Eres una idiota! ¡Una completa idiota! ¡Siempre debías tener la última palabra! ¡Mierda, Lidia! Todo esto es culpa tuya... Debiste hacerme caso. ¡Pero nooo, tú tenías que demostrarnos que ya no eras una chiquilla antojosa y que eras capaz de tomar tus propias decisiones! ¡¿Y adónde te han llevado?! ¿Qué final esperabas tener? —Sus lágrimas regaron el rostro inerte de su hermana, empapándolo, distorsionando su imagen sosegada—. ¿Qué voy a decirle a papá? Él quería que te salvara, que te ayudara a ver la luz... ¡Es culpa mía! Sí, mía. Porque a veces deseé tu muerte para así reparar todo el daño que le habías hecho a este mundo. Al mundo

mágico de mamá. ¡Tú me arrebataste la esperanza cuando soltaste mi mano! ¡Y yo quise que sufrieras! Pero ¿sabes? Aun viendo cómo el cielo se volvía negro y a todos los amigos que dejaba atrás, en el fondo quería que despertaras, que volvieras con nosotras y lucharas con los guardianes… ¡Maldita seas! Eres mi hermana y yo siempre te he querido.

Depositó de nuevo su cuerpo en el suelo y, tras cerrar sus párpados, la besó en la frente. Un beso tibio, húmedo, cargado de una tristeza que se impregnó en sus labios. Escuchaba el llanto desesperado de Érika, a quien no se atrevía a mirar, pensando que de alguna manera le había fallado. No, no le gustaba ese final. Porque, aunque vencieran en la guerra, una parte de ella había sido derrotada.

Permaneció sentada allí contemplando la cúpula destruida y pensando en los miles de sueños rotos que se desvanecían entre las paredes mágicas de la estancia circular. Se sentía acabada, sin fuerzas. Ya no le importaba la guerra, la victoria ni la magia.

De pronto, escuchó el eco de su hermana pequeña, que la llamaba con insistencia.

—¡Val, Val! ¡Mira su mano! ¿Por qué le brilla tanto? —La niña se acercó a ella en el mismo momento en el que un arcoíris glamuroso irrumpía en la habitación. Aldin Moné había llegado.

Entonces, la guerrera, ignorando el arribo de su maestro, se fijó en que la piel de Lidia centelleaba. Confusa, frunció el ceño, para contemplar después cómo sus dedos comenzaban a moverse. A continuación, la artesana parpadeó varias veces antes de volver a abrir los ojos. ¡Lidia estaba viva! Sobrecogida, Valeria intercambió una mirada fugaz con el señor Moné, quien le sonreía con orgullo.

—¡El beso blanco! —exclamó triunfante—. ¡Un beso sincero de la persona que más la quiere en este mundo! Eso es lo que Lidia necesitaba. Amor verdadero.

De repente, la naturaleza rugió. Un estremecedor alarido surgió desde las profundidades de la mismísima tierra, contrayendo los corazones de todos los que luchaban. La guerra se detuvo. Y Aldin, presuroso, se asomó al exterior. Desde el balcón, primero observó el último reducto de Lorius correr despavorido. Sin embargo, algunos, pasmados, prefirieron quedarse junto a las tropas aliadas para descubrir de dónde provenía aquel sonido fantasmagórico. No esperaron mucho.

Bajo sus pies, comenzó a crecer una robusta hierba, sin importar la sangre que se había derramado en ella ni los cuerpos que permanecían tumbados. El fulgurante verdor se extendió por las montañas aledañas, cubriendo el barro de la contienda y las ciénagas que habían usurpado su terreno. Aldin Moné estaba asistiendo a un acontecimiento extraordinario. La luz apartaba a las sombras empleando una

primavera repentina. Las flores lucían sus pétalos coloridos, las ramas de los árboles bailaban victoriosas y los animales que habían permanecido ocultos durante la batalla inundaron los campos verdes. Incluso el cielo reaccionó a ese festival alejando a las nubes y dejando al sol brillar.

La naturaleza había hablado. Clamaba la paz en todos los rincones de Silbriar. Pero ¿cómo? ¿Por qué? Entonces, en el patio, la tierra se abrió y de ella nació un árbol majestuoso, fuerte, valiente. Su tronco crecía sin encontrar oposición. Después brotaron sus ramas y, finalmente, hojas de diversos colores bañaron su silueta: rojas, amarillas, naranjas, verdes... Todas convivían en el mismo árbol, dotándolo de una impresionante aura.

Aldin chasqueó la lengua. Curioseó en el interior de la estancia circular y descubrió cómo la artesana se incorporaba poco a poco. Pero no fue ella quien llamó su atención, sino la guerrera: la dadora de vida.

—¿Qué está pasando ahí fuera? —le preguntó Valeria al verlo despuntar su graciosa nariz.

—Tu don ha despertado. —Ella lo miró confusa—. Cuando Silbriar más te necesitaba, ha hecho su aparición. No solo le diste vida a tu hermana, sino que también se la diste a este mundo. La naturaleza te ha escuchado. Tus lágrimas han conseguido lo imposible.

Estupefacta y sin comprender la mitad de las palabras del mago, se encaminó al balcón. Desde allí, contempló con intriga el asombroso árbol que presumía intocable de ser ahora una parte importante del Refugio.

—La guerra se ha acabado, Valeria. Ningún ser, por muy oscuro que sea, se atreverá a desafiar a la naturaleza. Y el único en grado de hacerlo ha muerto. ¡Lorius ha muerto!

—Pero ¿cómo...?

El señor Moné se encogió de hombros.

—¡Es lo que tiene la magia! A veces, sorprende hasta a los magos más expertos.

Primera entrada en el diario familiar

Escribo mis primeras líneas en este libro que mi madre guardó para mí como parte de la herencia mágica de mi familia. Y no lo hago empezando por el principio, sino por el final. Ahora que aún tengo muy recientes las emociones vividas en mis últimos días en Silbriar, prefiero plasmarlas antes de que el tiempo las deteriore o las haga menos importantes de lo que en realidad fueron.

El día en el que despedimos al gran mago Bibolum Truafel, el sol lucía radiante en el cielo, sin nubes que lo empañaran ni extrañas nieblas en el horizonte que lo amenazaran. Era una mañana preciosa, una mañana de esas que te hacen apreciar las maravillas de los paisajes silbrarianos. Y aunque nuestros corazones estaban encogidos, deshechos por el fallecimiento de una persona excepcional, fue inevitable percibir la atmósfera mágica y a la vez gozosa que rodeaba aquel acontecimiento.

Su cuerpo fue cargado por una docena de guardianes que desfilaban erguidos ante una comunidad más unida que nunca. No importaba su procedencia ni su sangre, y menos aún su especie. Todos estaban allí para rendirle un último homenaje al gran mago, a ese que les ha devuelto la esperanza y les ha enseñado a apartar sus diferencias para apreciar sus semejanzas.

Daniel iba a la cabeza, arropado por Nico y Jonay, mientras que Nizhoni cerraba filas junto a otros guardianes valientes y entregados. Solo fui capaz de reconocer a Kwan entre ellos. En el asedio al Refugio, muchas personas perecieron, demasiadas vidas fueron segadas, y aunque mi simpatía hacia Ruby era casi nula, también sentí su pérdida. Nora me relató sus últimos minutos con ella entre lágrimas que certificaban su afecto. Al fin y al cabo, Ruby no era más que una muchacha que buscaba otra oportunidad, como tantos otros en esa guerra. Jonay, quizá el más apenado, se ofreció voluntario para darles la triste noticia a sus padres. No lo haría solo, sino acompañado por varios magos. Ruby era hija, nieta y puede que hermana de alguien. Y aunque sus padres jamás conocerán la causa real de su muerte, en Silbriar pasará a formar parte de su historia como una valiente, como una guerrera que entregó su alma para que otros pudieran vivir.

Cuando la comitiva llegó hasta el imponente árbol del patio, al cual yo misma he dado vida, Érika, que se encontraba a mi lado, rompió a llorar desconsolada. Estaba destrozada. Y recordé entonces el funeral de mi madre. Ella era tan pequeña que no comprendía por qué mamá había

iniciado un viaje largo hacia el cielo y no había querido que la acompañasen. Me preguntaba una y otra vez por qué lloraba, si debía estar feliz por ella. ¡Se había ido a un mundo mejor! Y cuánta razón tenía, porque nuestra madre llegó a Silbriar y ahora habita entre el verdor de sus bosques y el candor de sus lagos.

Pero Érika está creciendo, y aunque sabe que el gran mago vivirá allí por siempre, en las ramas coloridas del árbol y en el susurro del viento, aún siente una profunda tristeza. Yo tan solo pude sostener su mano hasta que el ritual sagrado de los magos concluyó. Todos agitaron sus varitas e hicieron partir de ellas haces de luz dorados que pareció que rozaran el mismísimo cielo. Luego se unieron hasta conformar en el aire el rostro afable de Bibolum.

Yo contuve mi dolor durante la ceremonia y reparé en las numerosas cascadas que brotaban de los ojos de Lidia. Lloraba angustiada, y juro que jamás he visto a mi hermana tan descompuesta como allí, ni siquiera cuando enterramos a nuestra madre. Lidia sufría. Intuyo que no solo lamentaba la pérdida del mago, sino todas las decisiones que la habían llevado hasta allí. No pude acercarme a ella. Era una prisionera. Muchos opinaron que no tenía derecho a estar presente en ese momento tan sagrado. Pero Aldin intercedió por ella, al igual que ante todos los miembros del Consejo para suavizar su condena. Después de todo, Lidia puede considerarse una afortunada. No la han encerrado en una mazmorra maloliente y lanzado la llave al mar. Ha vuelto a casa con nosotras, aunque tiene prohibido volver a Silbriar por mucho mucho tiempo. Como una vez me dijo el señor Moné: «Todos los actos tienen consecuencias, sean buenos o malos». Y mi hermana, aunque cegada por el amor, había decidido quedarse junto a unos seres despreciables. Y yo debo ocuparme otra vez de ella ahora que hemos regresado a casa.

Agradecí que pudiéramos quedarnos unos días más en Silbriar. Por primera vez en mucho tiempo, pude disfrutar de momentos especiales con Daniel, de esos que ambos necesitábamos y nos habían sido arrebatados. Pero cada vez que contemplaba las dos lunas silbrarianas brillar en el cielo, más era consciente de que mi adiós se acercaba. Y mi yo impulsivo afloraba, volviendo a maldecir al destino por ser tan injusto, por haberme hecho pasar por tanto para ese final amargo. Porque una parte de mí quería regresar a casa con mis hermanas y abrazar a mi padre. Pero la otra quería quedarse allí, junto a Daniel, y deleitarse contemplando un campo de girasoles o el vuelo de las mariposas multicolores. ¡Vivir la magia como no lo había hecho hasta ese momento! Pero no podía seguir luchando contra mí misma, ya que eso estaba matándome. Así que me dediqué a disfrutar de cada momento, pues, para bien o para mal, el final de nuestra aventura se aproximaba.

Asistí a la íntima coronación de Daniel, sin grandes festejos ni celebraciones. Silbriar continuaba de luto. Fue más un mero trámite que

una auténtica proclamación. Para todos fue mejor así. Daniel se limitó a estampar su firma tras un juramento escueto en un libro viejo ante la mirada de una veintena de testigos. Después de la coronación y la designación unánime de Aldin Moné como nuevo presidente del Consejo, muchos decidieron partir.

Zacarías, quien había resultado gravemente herido en la batalla, fue el primero en despedirse. El maestro necesitaba respirar el aire de las Montañas Sagradas, volver a buscar su equilibrio y darle un nuevo sentido a su vida, la cual le había resultado una gran mentira hasta entonces. Tras el arduo enfrentamiento en el Refugio, muchos habían decidido seguirlo, buscar esa paz que tanto predicaba. Entre todos los peregrinos que se marcharon con él, estaba Euren. La elfa había pedido perdón por sus actos anteriores y apenas fue capaz de aguantar la mirada de Coril mientras le hablaba. Ella había perdido el rumbo, sentía un gran vacío en su alma y esperaba encontrar de nuevo su camino en las Montañas Sagradas. Partió en silencio, como otro más del grupo, escuchando las palabras de Zacarías y rezando para que su viaje no fuera infructuoso.

A quien no pudo mirar a la cara fue a Anael. El remordimiento y la culpa todavía le escocían. Quizá fuera verdad que detrás de esa admiración que siempre sintió por su amiga se ocultaban sentimientos más oscuros, como los celos y la envidia. No creo que fuera una amistad fingida, pero a veces la vida es más complicada que distinguir entre el blanco y el negro. Yo misma había odiado a mi hermana por lo que había hecho, sin embargo, jamás dejé de quererla ni anhelar que abriera los ojos.

Lark decidió no regresar a las Islas Sin Nombre. Tenía un cometido mayor en el continente como jefe de los elfos del sur: restaurar su comunidad. Partió junto con Tímbel rumbo a su nuevo hogar, y muchos elfos decidieron seguirlos. Puede que por fin el sueño de Lark se vea cumplido y algún día pueda presentar al hada como su esposa y consorte.

En cuanto a Coril, a pesar de que le ofrecieron liderar a los elfos del norte, rechazó la oferta en favor de Lucian. Después de todo, él nunca se ha sentido parte del entorno místico y hogareño de su pueblo. Ha pasado muchos años de su vida entre magos y ha accedido a su conocimiento gracias a Bibolum Truafel como si fuera otro más. Él jamás será un mago, y tampoco lo pretende, pero tampoco es un elfo común, así que en cuanto Aldin le propuso ser el consejero y mano derecha del guardián de la capa azul, no pudo resistirse. Vivirá a las afueras, pero cerca del Refugio. Era una idea que le encantaba, ya que no sufrirá el ajetreo de la ciudad ni se instalará dentro de los muros del Refugio. Podrá disfrutar por fin de una libertad sosegada.

Aunque Anael estuvo debatiéndose entre marcharse con Lark o volver a su hogar en los bosques del norte, Coril le pidió que se quedara con él. Ella dudó. Porque, a pesar de que todavía alberga un amor sincero y profundo por el elfo, es consciente de que Coril necesita tiempo para poner en orden

su mente, pero, sobre todo, su corazón. No quiso agobiarlo, aunque tampoco despreciar su proposición. Así que decidió permanecer unos días más en el Refugio hasta aclarar sus ideas.

Poco a poco, todos fueron abandonando el recinto. Libélula se encargaba de suministrarles las provisiones necesarias para el viaje. Ella también había querido marcharse, alejarse del edificio que le recordaba tanto a su amigo, pero su sentido del deber y, sobre todo, Aldin, quien necesitaba caras amigas a su alrededor, influyeron en su decisión. Despidió a las tropas enanas entre lágrimas.

Galvian volvió a los lagos, y aunque le suplicó a Onrom que regresara con ellos, él ha preferido vivir como un personaje anónimo en la ciudad. Al fin y al cabo, desde que comenzó la represión y el sometimiento de Lorius, se ocultó allí, con la Resistencia. Planeó numerosas incursiones y asaltó pequeños grupos de lopiards junto con otros opositores del régimen con la esperanza de que algún día fuera derrocado. Onrom continuará allí, cerca del bastión de los aliados, de la fortaleza que creó Bibolum por si algún día fuera amenazada de nuevo.

En cuanto a Roderick, prefirió volver a su cabaña en el Bosque de las Almas Perdidas y continuar sus labores en el huerto y el granero. Quiere fortalecer su relación con los gnomos y también vender sus productos en el nuevo y mejorado mercado de Martel. Allí ha vuelto a establecerse Samara. La bruja ha decidido mantener su negocio de especias y ayudar al que lo necesite en lugar de regresar a Tirme y continuar con los trabajos de reconstrucción de su gran biblioteca.

La vida ha cambiado para todos. Muchos no sabían cómo encauzar su camino en este nuevo comienzo después de tantos años de lucha. Habían olvidado vivir, soñar, ser libres… Y aunque pueda resultar extraño, la mayoría ha preferido seguir con la vida de siempre, como si la guerra fuera un eco lejano que de vez en cuando resuena en las calles pero que pocos se atreven a recordar. Quizá sea mejor así. Rememorar cada día el dolor, el sufrimiento y el odio es un cáncer que termina necrosando el espíritu. No hay que olvidar a los muertos, pero tampoco alimentar el alma con ira y resentimiento.

Durante días estuvieron buscando a Kirko, utilizando rastreadores mágicos para tratar de conectar con el sombrero loco con el que había desaparecido. Pero no había rastro de él por ninguna parte. Muchos pensaron que el hijo de Lorius habría muerto y que era pasto para los carroñeros. A Lidia, aunque evita expresarlo en voz alta, le gusta imaginar que por fin disfruta de su libertad y que ha encontrado una casa alejada de toda civilización donde poder reconstruir su vida. En cambio, Kayla espera su juicio encerrada en una de las mazmorras más seguras de Silbriar. Ya muchos la han sentenciado a muerte, pero con Aldin Moné como presidente del Consejo, cualquier veredicto puede ser posible.

Mis últimos días estuvieron marcados por las numerosas despedidas que

se sucedían. Quería grabar en mi mente todos los rostros de aquellos a los que apreciaba, reconfortarme con sus abrazos y no olvidar jamás sus miradas de orgullo, de ternura y de gran cariño. Dejaba atrás a amigos, compañeros y mentores. Aldin Moné, Libélula Morrigan, Roderick Lenk, Onrom y Coril formarán parte de mi historia, de mi vida. Una historia que jamás podré contar pero sí escribir en estas páginas.

Cuando llegó el momento de mi adiós definitivo, lloré en los brazos de Daniel. No quería apartarme de él, de sus besos, de sus caricias… Él no solo es una parte importante de mi historia; lo es también de mi corazón. Y, allí, todavía no era consciente de mis decisiones futuras, sino del hecho de que jamás podría volver a verlo. Recuerdo que Nico me sujetó de la mano y me colocó delante del espejo. Tenía que regresar a mi mundo, ser la Valeria de siempre y buscar mi propio sendero de baldosas amarillas.

Sí, no voy a negar que tengo unas ganas enormes de descubrir el significado de mi don, de aprender más de él y de conocer hasta dónde podría llegar usándolo. Pero mientras permanezca en la Tierra, ese don quedará enterrado, solo vivo en mi memoria.

Tres semanas después

El bolígrafo se deslizaba por la página en blanco con precisión y dinamismo, llenándola de vida, de palabras hermosas y otras no tanto. Valeria escribía sin descanso. Quería plasmar en el diario familiar su historia, como lo había hecho su madre y su abuelo. Trataba de ser concisa, de centrarse en narrar la aventura que la había llevado hasta Silbriar, pero el torrente de emociones que había experimentado la asaltaba sin tregua, obligándola a plasmar sus sentimientos desnudos en el papel. Hablaba el temor, la alegría, la rabia, pero, sobre todo, el amor que sentía por esas tierras mágicas.

Hizo una pausa mientras de sus labios se escapaba un suspiro sentido. Se deleitó observando desde su ventana a un pajarillo revolotear sobre el viejo sauce. Su canto quedaba apagado por las bocinas y los ruidos del tráfico, pero aun así admiraba su tesón y su brío. Continuaba piando, entonando una preciosa melodía pese a las numerosas interrupciones.

—¿Hoy tampoco piensas ir a la universidad?

Valeria descubrió a Lidia en el umbral de la puerta. Volvía a lucir ese *look* desenfadado que tanto la caracterizaba: vaqueros agujereados, una sudadera ancha y zapatillas desgastadas. Atrás habían quedado esos vestidos pomposos repletos de encajes.

—Me he perdido los parciales y voy muy retrasada con el temario. ¡Voy a repetir! ¡Me dan igual las clases!

—Pero ¿tú estás escuchándote? ¿Quién se ha comido a mi hermana la luchadora que no se rinde jamás? —Valeria no respondió. Ni ella misma se reconocía—. Te pasas todo el día encerrada en tu habitación, escribiendo en ese maldito libro y mirando cómo pasa la vida por el cristal. Val, ¿qué te pasa?

Lidia se atrevió a entrar en la habitación y acercarse a ella. Su hermana la miró de arriba abajo y luego apartó la vista.

—Yo no soy como tú. No puedo olvidar lo que ha pasado y volver a esta vida como si nada. ¡Entiéndeme! Estoy contenta de que hayas retomado tus clases y las salidas con tus amigos, pero yo... necesito tiempo.

—¿Y crees que para mí ha sido fácil? —Lidia la miró a los ojos—. Estoy haciéndolo para poder respirar y no ahogarme en un vaso de agua. ¡Para sobrevivir! ¡Porque tengo pesadillas por las noches que me recuerdan todo el mal que hice y la culpa está matándome! —Las

lágrimas comenzaron a inundar su rostro—. ¡Me equivoqué! Encontré a alguien que me amaba y me perdí en el camino. ¡Estaba tan asustada! No sabía cómo regresar, cómo volver a ser yo. Sentía que mi alma se escapaba y yo me iba con ella. —Se dejó caer en la cama—. Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo, ojalá pudiera cambiar las cosas y borrar el daño que hice. ¡Pero no puedo! Y lo veo en tu cara cada mañana, en tu mirada triste, en tu sonrisa forzada... Y sé que ya no confías en mí. ¡Y sí, me lo merezco! Esto y todas las condenas que me ponga Silbriar. Yo no puedo volver allí hasta que el Consejo decida lo contrario, pero tú sí. Por eso trato de hacerme una vida aquí. Me esfuerzo en levantarme cada día y no pensar en la persona horrenda en la que me convertí.

Valeria agachó la cabeza y ocultó el rostro tras sus cabellos. Siempre supo que la vuelta a casa no sería sencilla para ninguna. Su padre estaba contento de tenerlas de nuevo a las tres, pero obviaba el dolor que anidaba en sus corazones. Habían sufrido grandes pérdidas y eso las había marcado a todas.

—Aquí puedes comenzar de nuevo —le dijo, alzando la mirada—. Eres libre de ser quien quieras, de escoger nuevos caminos y de demostrarte a ti misma que no eres mala persona. Porque no eres malvada, Lidia. Tomaste una decisión errónea que desencadenó una serie de fatídicos acontecimientos. Incontrolables para todos. Pero a pesar de ser arrastrada por la oscuridad, tú liberaste a Aldin y trataste de salvar a Bibolum. —Cerró los ojos un instante al recordar que el gran mago había fallecido—. Tu bondad siempre luchó hasta el final por aflorar. Tú solo eres culpable de enamorarte de la persona equivocada. ¿Sabes a cuántas mujeres les sucede lo mismo y continúan viviendo encerradas en un castillo ficticio creado por hombres para anularlas? ¡Desgraciadamente, no hay que ir a un mundo mágico para vivirlo!

—Dicen que el tiempo lo cura todo. Pero, Val, yo no sé si podré aguantar tanto.

Valeria se sentó frente a ella y cogió sus manos.

—El tiempo no sana las heridas. Las cierra, dejando una cicatriz enorme en el alma; una marca de la que no puedes deshacerte y que nos recuerda lo frágiles que fuimos. Nos impide olvidar del todo, pero nos hace más fuertes. Porque cuando te encuentres en una situación similar, la memoria hará que salten las alarmas y revivas el daño. Así sabrás qué camino debes escoger para no repetir los errores cometidos. Sí, el tiempo es nuestro aliado, pero es esa llaga la que nos advierte de las personas que desean abrirla de nuevo para hacernos sufrir. —Lidia apretó los labios y luego se lanzó a los brazos de su hermana—. Algún día podrás regresar a Silbriar. Aldin lo hizo lo mejor que pudo. Evitó que terminaras encarcelada en una de esas

prisiones malolientes situadas en los confines del mundo. Estás aquí. Has podido regresar a casa. Esa es la condena que tienes que pagar. ¡Buscar la felicidad en tu mundo!

Lidia asintió varias veces y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Tú también tienes que buscar la tuya —le dijo, esbozando una sonrisa.

—Sí, todas tenemos que encontrar nuestro lugar.

—No me refería a eso, Val. Tanto Érika como yo creceremos. No puedes condenar tus sueños porque creas que así estás protegiéndonos. Tienes que vivir tu vida. Si quieres ser cirujana, lucha por ello. Si quieres mandarlo todo al carajo, pues hazlo. Pero que sea porque es lo que tú deseas y no porque papá o nosotras te condicionemos.

Valeria entrecerró los párpados, y por unos segundos le fue imposible respirar. Demasiadas heridas sin cerrar, demasiados sentimientos que aún la torturaban. No, ella tampoco estaba bien. Tenía el corazón roto e ignoraba cómo repararlo.

En ese momento, Érika entró en la habitación como una apisonadora recién puesta en marcha. Traía un folleto consigo y de sus ojos se desprendía la ilusión de un nuevo objetivo.

—Ha llamado Jonay preguntando por ti. Le he dicho que estabas en la ducha.

A Valeria no le pasó desapercibido el gesto interesante de su hermana Lidia. La miraba deseando que de sus ojos se desprendiera una chispa, una pequeña llama de esperanza. Estaba cansada de decirle que solo eran amigos.

—¿Y por qué estás tan contenta? —le preguntó a la pequeña.

Entonces, Érika desplegó el papel que tenía enrollado en sus dedos e hizo que sus hermanas se fijaran en él.

—Han abierto una nueva juguetería. Hay muñecas antiguas, norias y tiovivos clásicos, pistas de trenes alucinantes... ¡Es como una tienda de antigüedades pero de juguetes! ¿A que es divertido? Cuando cumpla nueve años, le pediré a papá que me lleve allí.

Lidia arrugó el entrecejo y examinó con detalle la fachada del nuevo negocio. En la foto, al lado de la puerta, había una anciana de profundos ojos dorados y una sonrisa electrizante. Apartó la vista de la imagen mostrando su espanto. Se le había puesto la piel de gallina.

—¿Es esta la dueña? —le preguntó con cierto temor. Érika asintió triunfante—. ¡Pues olvídate, enana! Parece una psicópata sacada de un libro de terror. Ya sabes, la abuelita buena que después se los come a todos. ¡Al lobo incluido!

—Lidia tiene razón. Hay algo en esa tienda que no acaba de gustarme.

—Podríamos terminar en un mundo de horrores o de pesadillas, enana. ¡Y no pienso desaparecer dentro de una olla o algo parecido! Este año, por tu cumple, abrirás los regalos en casa, como todos los niños. ¡Nada de tiendas extrañas ni de juguetes escalofriantes! ¡Me daría un infarto si un muñeco cobrase vida! ¡Los odio! ¡No quiero que me persiga ni Chucky ni un payaso diabólico!

Tanto Valeria como Érika prestaban atención al discurso hilarante de su hermana. Había perdido el color de sus mejillas de un plumazo y sus ojos de curiel se movían como si estuviesen buscando un fantasma en la estancia. Finalmente, Érika rompió a reír y contagió a Valeria, quien había tratado de contener una carcajada. Lidia frenó su cháchara y las miró con cierta malicia.

—¿Estáis riéndoos de mí? —Se hizo la dolida—. Después no me vengáis con que no os he advertido.

A continuación, sujetó a Érika por la cintura y comenzó a hacerle cosquillas. La niña no paraba de reír. Y Valeria se sumó a la contienda atacando con sus dedos a su hermana mediana.

—¡Esto es la guerra! —gritó Lidia mientras agarraba un cojín para defenderse.

Cruzaba el patio del Refugio a grandes zancadas sin detenerse a mirar las labores de reconstrucción que estaban llevándose a cabo. Todo el edificio había sufrido grandes daños, incluido los muros exteriores, varios torreones y el césped que lo rodeaba. Daniel se permitió admirar el gran árbol situado a su derecha, que se había convertido en un gran símbolo de paz y el custodio de los restos del mejor mago de Silbriar. Allí habían decidido enterrar a Bibolum Truafel. Y ahora era un lugar sagrado, de peregrinaje para todos los que buscaban consuelo después de la guerra. Ese árbol era su arcoíris tras la tormenta.

De reojo, observó a Coril, quien no dudó en aceptar el puesto de su mano derecha y persona de confianza. Caminaba junto a él, resuelto y con rostro decidido.

—¿Sabes para qué me ha hecho llamar el señor Moné? —le preguntó al llegar a las escalinatas.

—Ya lo conoces. No es muy pródigo a entrar en detalles.

Daniel arrugó el entrecejo y se internó en el vestíbulo. Allí lo esperaba Libélula Morrigan, con una gran sonrisa y los brazos bien abiertos. Él se dejó abrazar como el niño pequeño que visita a su abuela después de varias semanas sin verla.

—Aldin está esperándote en la sala circular. Se ha empeñado en arreglar la cúpula y ponerla de nuevo en funcionamiento —desveló con cierto pesar. Esa estancia siempre había sido el centro de mando

del gran mago, por quien ella había sentido una profunda admiración.

Tanto Coril como él la siguieron por los extensos pasillos. Estaba contento de que la mujer decidiera al final quedarse junto al señor Moné, cuidando de él y del Refugio, y no partir hacia las Montañas Sagradas con Zacarías, como había valorado en un principio. Libélula era el alma de esa escuela de magia que intentaba inculcar todas las enseñanzas y valores de Bibolum. Y ella, mejor que nadie, era la encargada de transmitir su mensaje.

Se encontraron con la puerta abierta y con un señor Moné absorto en sus pensamientos. Examinaba el techo con gran precisión mientras una mueca de disconformidad se dibujaba en su rostro. Daniel entró en la estancia con la mirada puesta en la cúpula, impresionado por los avances del mago. La estructura tridimensional se mantenía intacta, como la original, sin embargo, el movimiento de los astros parecía más real.

—Todavía me falta ajustar algunas piezas —se lamentó—. No quedará igual que la de Bibolum, pero al menos espero que le rinda homenaje. He pensado en llamarla la cúpula Truafel.

—Es una idea excelente —lo aplaudió Libélula—. Bibo estaría muy orgulloso.

—Y bien, ¿cómo has pasado estos primeros sesenta días? —Por fin, el mago les prestó atención a sus invitados, en especial a Daniel—. ¿Te hallas en esa casita junto al río?

—Sí, sí, todo está en orden —se apresuró a contestar él.

—Me alegro. —Carraspeó, intentando aclararse la voz—. Te he mandado llamar por un asunto que me incomoda y me resulta espinoso. Ahora que eres el rey y que llevas en el trono un tiempo prudente, muchos pueblos esperan... tu casamiento.

—¡¿Qué?! —Perplejo, Daniel buscó apoyo en el elfo, pero este se limitó a asentir sin apartar la vista del señor Moné—. ¡Llevo poco tiempo aquí! Todavía necesito adaptarme a todas las tradiciones y particularidades de cada comunidad. Estoy leyendo numerosos tratados y empapándome de historia. ¡Pero de ahí a casarme!...

Aldin se acercó a él, sonriendo de medio lado.

—Daniel, ya sé que provienes de otro mundo y que estás haciendo grandes esfuerzos por encontrar tu propio camino sin tus amigos. Sé que los echas de menos, sé que a veces piensas en volver a la Tierra simplemente para saludarlos. ¡Pero eres el guardián de la capa y la espada! ¡El protector de Silbriar! Y eso conlleva también ciertas obligaciones, por mucho que yo pueda pensar que son demasiado... arcaicas.

—Pero ¿con quién voy a casarme? No he tenido tiempo de conocer a nadie. Ni siquiera sé si estoy preparado para eso. ¿No existe la manera de saltarse esa tradición, al menos de momento? —le preguntó

desesperado.

—Bueno, podrías alargar el noviazgo algunos años —intervino Coril mientras sonreía de forma pícara.

—¡Tú sabías a lo que venía! —lo acusó Daniel.

—Si llego a decírtelo antes, no habrías puesto un pie en el Refugio —se excusó él—, y hay citas que son ineludibles.

—¡Oh, por Dios! ¡Tiene que existir algo que me salve de este embrollo!

El señor Moné arrugó la nariz y, tras darle unas contundentes palmaditas en el brazo, volvió a centrar su mirada en la cúpula. Debía ajustar más la precisión de las estrellas fugaces. A veces irrumpían en la escena alborotando al resto de los astros. Sí, él era un mago del Cosmos, podría realizar la tarea sin interferir en la magia intrínseca de la composición.

—Daniel, sabes que a mí estas cuestiones me aburren profundamente —dijo mientras se subía al atril para buscar una mejor perspectiva de la sala—. Tengo que escuchar a todas las partes por el puesto que se me ha encomendado. El pueblo me ha transmitido su preocupación, y varios de los jefes de las distintas comunidades se encuentran en la sala contigua esperando una respuesta. Será mejor que los atiendas tú y les expliques tus motivaciones. Yo tengo asuntos más urgentes que resolver. Y siempre puedes seguir el consejo de Coril: un noviazgo, por largo que sea, los hará callar por el momento.

El muchacho arqueó las cejas, desconcertado. ¿De verdad estaban esperándolo en la otra sala? ¿Debía pronunciarse ese mismo día? Se quedó anclado en el pavimento, incapaz de dar un paso, hasta que Coril, agarrándolo por el brazo, lo arrastró hacia la salida. Allí examinó mejor el rostro de Libélula, quien trataba de apagar su nerviosismo con una sonrisa forzada.

—No tienes por qué escoger ahora —le sugirió ella—. Puedes solicitar meditar tu decisión.

Daniel se llevó la mano a la frente y comprobó que estaba empapado en sudor. Buscó apoyo en los ojos del elfo, pero este se limitó a asentir. Ambos siguieron a Libélula hasta la sala donde aguardaban expectantes los diferentes líderes. La mujer abrió la puerta, anunció su llegada y, antes de entrar, Daniel tragó saliva varias veces.

Agradeció que Coril se encargara de los saludos pertinentes. Él estaba tan conmocionado que apenas distinguió un par de rostros conocidos. Sí, allí estaba Lucian representando a los elfos del norte y acompañado de una joven esbelta de cabellos castaños. Fue incapaz de retener su nombre y trató de ser lo más respetuoso posible con ella. Seguidamente, sonrió al ver a Lark, líder de los elfos del sur, quien le presentaba a una elfa morena de bellos ojos rasgados. Galvian le

estrechó la mano con fuerza al tiempo que empujaba a una tímida enana de cabellos cobrizos a hacer una reverencia. No supo quién era el hada que ahora lideraba a los suyos. Había escuchado que había sido escogido por su paciencia y su capacidad reflexiva. Este presentó a su candidata como la más indicada para la gran labor que desempeñaría como consorte. Daniel apenas atendía a sus palabras. Se había quedado prendado de sus ojos añiles y sus cabellos tan largos como rosados. Su belleza era sobrenatural. Continuó recibiendo a los jefes de comunidades tan dispares como duendes, mestizos, gnomos y, por último, diversos magos. Todos parecían vender a su conciudadana como si fuera un mercado de verduras, resaltando sus atributos y sin importarles demasiado su opinión.

Por fin, la presentación terminó y le ofrecieron sentarse en un lujoso sofá para que pudiera dilucidar. Él lo rechazó. Estaba tan nervioso que sus pies se movían de un lado para otro sin ningún tipo de control. Todos lo observaban expectantes, pero el bajó la barbilla y comenzó a morderse el labio inferior.

—Puede que nuestro soberano necesite un par de días para tomar una decisión, la cual, por lo que hemos presenciado hoy aquí, será muy compleja —se apresuró a manifestar Coril, halagando a todas las mujeres presentes—. Sé que estáis deseosos de tener una reina, pero también hay que tener en cuenta que hace muchos siglos que no contamos con este privilegio. Por eso hay que ser prudentes y no precipitarnos con una boda organizada con demasiada premura.

Daniel escuchó las murmuraciones que provocaron las palabras de su amigo. No, no estaba preparado para un matrimonio, y menos de conveniencia. ¡Joder ni siquiera para un noviazgo formal! ¡Todo en Silbriar transcurría demasiado rápido!

—Me siento muy complacido por vuestras muestras de afecto. —Alzó la cabeza y los miró a todos directo a los ojos—. Para mí significa mucho que hayáis venido hasta aquí con las mujeres más hermosas e inteligentes que jamás he visto. Pero todavía estoy adaptándome a este nuevo mundo, a sus tradiciones... Antes solo estaban permitidas las relaciones entre sujetos de la misma especie. ¡Y hemos logrado un avance! Por eso estoy contento de que todas las comunidades hayan accedido a esta nueva libertad y... no os importe que yo sea humano...

—¡Muchacho! ¿Qué tratas de decirnos? —le preguntó Galvian, harto de tratar de desenmarañar toda la palabrería.

—Pues que no me siento preparado para tomar una decisión así..., al menos todavía —matizó al comprobar los rostros recelosos de los distintos líderes—. Necesito tiempo... No puedo daros una respuesta ahora mismo, ni siquiera en una semana. No quiero ofender a nadie, pero para mí lo primordial en este momento es conocer esta tierra, viajar a las diferentes comunidades y mezclarme entre vosotros como

uno más.

Galvian arrugó el entrecejo y examinó sin reparos al muchacho. No tenía madera de rey, pero parecía una persona sensata sin demasiadas florituras. Quizá fuera lo que Silbriar necesitara en esos momentos: alguien sencillo, alejado de las doctrinas impositivas de ese mundo.

—Por mí, puedes visitar nuestra comarca cuando desees —le ofreció el viejo enano.

—También conocer mejor nuestras tierras. —Lark se acercó a él y le estrechó la mano.

Poco a poco, el resto de los presentes accedieron a sus peticiones mostrándole su aprobación. El casamiento debía esperar. Y cuanto más lo alargara en el tiempo, mejor.

Una vez que todos abandonaron la sala dejándolo a solas con Coril, Daniel se dejó caer en el sofá.

—Bueno, no ha ido tan mal después de todo —suspiró aliviado el elfo.

—Debería haber una ley que eliminara esa clase de matrimonios. ¡Algunas chicas estaban temblando y otras me hacían ojitos con demasiado descaro! ¡Parecía una feria de mujeres!

—No puedes culparlos por su entusiasmo. Estos matrimonios siempre han servido para unir clanes, territorios o sellar alianzas. Pero hasta el momento no estaba permitido entre especies. Y, por primera vez, tú puedes elegir entre mujeres totalmente diferentes. —Daniel volvió a mostrar una mueca de desagrado—. Y no nos juzgues de antemano. Si hubiera sido Valeria la que se hubiera quedado con nosotros, habría desfilado ante ella todo un ejército de hombres dispuestos a desposarla. ¡El reino es importante en Silbriar!

—Creo que hay muchas cosas que cambiar.

—Poco a poco, guardián. Recuerda que vienes de otro mundo.

Tumbado en la hierba, echó la cabeza hacia atrás y estiró las piernas hasta rozar con sus dedos el agua fría del río. Había encontrado ese rincón apacible mientras inspeccionaba los alrededores de su nueva casa. Allí podía perderse, respirar, buscar la calma que anhelaba, ya que su corazón todavía echaba de menos a todos los que había dejado atrás para iniciar su nueva vida. Sí, tenía una casa amplia con un jardín extenso repleto de las flores más hermosas de Silbriar. Además, contaba con dos guardias discretos que velaban por su seguridad y un curioso mayordomo que se preocupaba de mantener todo en un estricto orden. Es más, Coril se presentaba cada mañana para informarlo de las labores de reconstrucción y algunas de las peticiones de los aldeanos. Después, ambos entrenaban hasta la hora de la

comida y se permitían holgazanear una hora o dos. No era de extrañar que muchas de las veces Anael se presentase allí en busca de su prometido. El elfo se había tomado muy en serio su labor de consejero y mano derecha del rey. Daniel soltó una larga exhalación. Aquello iba a ser más difícil de lo que en un principio había supuesto.

Escuchó unos pasos ligeros que se acercaban a él, pero no se inmutó. Pensó que de nuevo era Coril, quien últimamente se había convertido en su sombra.

—Es un sitio precioso.

¡Esa voz! Daniel parpadeó varias veces antes de atreverse a abrir los ojos y girar la cabeza. Al verla, su corazón dio un brinco y no supo qué decir. Permaneció unos segundos contemplándola como si se tratara de un espejismo mágico, una ensoñación real y de la que no quería despertar.

¡Valeria estaba allí!

Ella le sonrió con dulzura y se aproximó al río. Acarició con sus manos el agua transparente, para luego desnudarlo con sus ojos miel.

—¿Qué...? ¿Por qué... estás aquí? —le preguntó con torpeza—. ¿Ha pasado algo en la Tierra?

Valeria se sentó junto a él y desvió su mirada hacia el horizonte.

—Pensé que te alegrarías de verme.

—Estoy muy contento de que hayas venido. Pero, Val, ya lo habíamos hablado... Visitarme no hará otra cosa sino alargar lo inevitable...

—He venido para quedarme.

—¿Qué? —Sobresaltado, trató de comprenderla leyendo las líneas de su rostro. Parecía convencida. Decidida—. ¿Y qué hay de tus hermanas? ¿De tu padre? ¿De tus estudios?

—¡Dani, escúchame! —Le suplicó mientras lo cogía de la mano—. Ha sido Lidia la que ha abierto mis ojos. No puedo ser la protectora de mis hermanas toda la vida. Ellas crecerán, tomarán caminos diferentes y seré yo la que se quede en el mismo sitio, inmóvil, sin saber qué rumbo tomar. Yo no quiero lamentarme de mis decisiones en el futuro. Si tengo que hacerlo, que sea ahora. ¡Y ahora quiero estar contigo! ¡Silbriar también es mi hogar! Estudiaré con Libélula Sanación y Conjuración si es necesario. ¡Ella puede ayudarme con mi nuevo don! Entrenaré con Coril para mejorar mi puntería y mantener mi forma física por si otro demente se atreve a desafiarnos. ¡Haré lo que sea para adaptarme a este mundo! Pero no puedo continuar mi vida en la Tierra cuando tú eres la persona que está en mis pensamientos noche y día... ¡Te quiero!

Daniel la atrajo hacia él, la rodeó con sus brazos y la besó con ansia. No quería soltarla. No quería que se le escapase de nuevo y volviese a la Tierra. La necesitaba allí. Con él. Por eso deseó que ese

beso fuera eterno. Inmortal. Saboreó sus labios sin permitirse apenas respirar, desafiando al tiempo, a la vida misma. Luego apoyó la frente en su rostro y, jadeando, logró pronunciar una simple frase:

—Intentémoslo entonces.

Diez años después

Descendió los escalones de dos en dos esquivando a los alumnos, quienes se apresuraban a llegar a sus aulas después de escuchar el sonido del timbre. Refunfuñó por lo bajo, pues muchos le impedían el paso y ya llegaba tarde en su primer día de clase. Culpó primero al dichoso despertador, pero después se rindió ante la evidencia: era un desastre. Jamás se acostumbraría a levantarse temprano. Necesitaba tiempo para desperezarse en la cama y terminar de restregarse las legañas. No tenía excusa. Sobre todo, porque ya no era una alumna más en ese colegio que tantos disgustos como alegrías le había dado. Ella era una profesora. Sustituta, de momento. Y por ese motivo necesitaba dejar una buena impresión tanto a la junta directiva como a sus niños de cinco años.

Lidia cruzó el patio con presteza y se internó en el edificio de los más pequeños. Su trenza volaba mientras se aferraba a la gran cantidad de folios que portaba en sus manos. No había tenido tiempo de organizarlos e introducirlos en la carpeta. Corrió como el viento, y antes de entrar en el aula, respiró varias veces. ¡Había llegado el día! ¡Su día!

—¡Hola a todos! Durante unos meses voy a ser vuestra maestra. Mi nombre es Lidia Ramos. —Se dirigió a su mesa, ignorando la mirada reprobatoria de la vieja secretaria que había cuidado de ellos hasta su llegada—. Siento el retraso. He tenido que hacer algunas fotocopias que ahora mismo voy a empezar a repartir para que podáis colorear. Son todas diferentes, y en cada una de ellas está retratado un personaje de cuentos.

La secretaria abandonó la clase, no sin antes negar con la cabeza y mirarla de soslayo. Lidia suspiró al comprobar que por fin cerraba la puerta tras de sí.

Después de una hora disfrutando de la imaginación que tenían los niños al utilizar los colores y ayudando a algunos con los trazos, los sentó formando un semicírculo.

—Bien, voy a haceros una pregunta. ¿Cuántos cuentos de hadas conocéis u os han leído alguna vez?

—Yo me sé *Caperucita Roja* —respondió una niña de largos cabellos castaños.

—Y yo el de *El lobo feroz* —se apresuró a decir un niño de ojos tan

grandes como avispados.

Lidia no pudo evitar reír ante el desparpajo del pequeño.

—Y mi padre me cuenta el de *Los tres cerditos* —dijo orgulloso otro de los niños.

—¡Eso es estupendo! —Fue mirándolos uno a uno—. Mientras sea vuestra maestra, dedicaremos todos los días un ratito a hablar de los cuentos, de sus maravillosos personajes y de esos objetos importantes en ellos pero a los que muchas veces no prestamos atención. Y ya que habéis nombrado a *Caperucita Roja*, ¿qué os parece si os cuento un secreto sobre la capa roja que nunca nunca se quita?

Poco antes de terminar su jornada laboral, la secretaria, malhumorada, volvió a presentarse en su clase para notificarle que debía presentarse ante el director. No la informó de nada más, ni de por qué no podía esperar hasta que pudiera entregarles a los niños a sus padres. Esa vez no corrió. Caminaba con un nudo en la garganta, pensando que quizá podrían despedirla por llegar el primer día tarde al colegio. Nerviosa, se dirigió al despacho del director y tocó con los nudillos antes de entrar. El hombre, con semblante severo y algo agriado, la recibió, y ni tan siquiera esperó a que ella se sentara. Debía ser algo muy grave.

—Siento darte malas noticias en tu primer día —dijo mientras se secaba el sudor de la frente con un pañuelo—. Ha llamado tu hermana. Tu padre está en el hospital. Ha sufrido un infarto. Lo siento mucho, Lidia. Puedes irte cuando quieras. Entenderé que necesites unos días para estar con él. Siempre ha sido un hombre que ha colaborado mucho en este colegio y...

Sin embargo, ella ya no escuchaba sus palabras. El tiempo se había detenido en cuanto de la boca del director se escapó la palabra «hospital». Había llegado la hora. El momento que nunca quiso que se produjese. Al fin y al cabo, su padre era lo único que le quedaba en este mundo. Se aferró al respaldar de la silla y trató de recuperar el aliento. Debía ponerse en marcha, y tras un gracias roto y débil por su estado de ánimo, abandonó el colegio a toda prisa.

Llegó al hospital con el corazón encogido, buscando desesperada la habitación de su padre. Al entrar, distinguió a su hermana Érika, quien con ojos llorosos le sujetaba la mano mientras le sonreía con un amor que solo ella era capaz de transmitir.

—Lidia, ¡qué bien que ya estés aquí! —exclamó, apartando su flequillo dorado.

Ambas se fundieron en un largo y sentido abrazo. La pequeña Érika se había convertido en una muchacha hermosa, independiente y

osada. La retuvo unos segundos en sus brazos, ya que apenas la había visto desde las Navidades pasadas, y se permitió acariciar sus largos cabellos. Ahora, su vida transcurría entre Silbriar y la Tierra. Ella era la guardiana de guardianes, encargada de los nuevos reclutas y de supervisar su entrenamiento en el mundo mágico. Además, cada cierto tiempo sobrevolaba a lomos de Brifin los confines de Silbriar asegurándose de que la paz reinaba en cada rincón del mundo. Sí, continuaba siendo esa niña curiosa ante sus ojos, tan sincera como tierna, pero no podía ignorar que había crecido. Y aunque solo tuviera dieciocho años, ya cargaba a sus espaldas grandes responsabilidades; unas que jamás habría imaginado. Había aceptado su destino como la maga, y sus dones, cada vez más evolucionados, rebosaban una profunda sabiduría.

—Te he echado de menos —le susurró al oído—. ¿Cómo está papá?

—Bien, mejor de lo que esperaba —le confesó aliviada—. Ya lo he organizado todo, así que no tienes de qué preocuparte.

—Hola, cariño. No tenéis que hablar como si no estuviera. Todavía no estoy ni mudo ni sordo, y puedo regañaros si es necesario. —Lidia se abalanzó sobre su padre y este emitió un leve quejido—. Tampoco quieras acabar con mi vida antes de tiempo. ¡Vamos a lograrlo! ¡Érika lo ha planeado todo!

—¿Tienes la solicitud de traslado? —le preguntó a su hermana.

—Sí, tras insistir y utilizar algunas influencias, he logrado que el médico responsable la firme. ¡Nos vamos a otro hospital!

En ese momento, la puerta de la habitación se abrió y Lidia, de inmediato, reconoció la narizota de Nico husmeando antes de precipitarse y entrar. Por fin, un médico alto y de tez morena lo obligó a decidirse dándole un ligero empujón. Llevaba una carpeta entre sus manos y, con un bolígrafo corriente, anotaba sus impresiones en un folio que sobresalía de esta. No fue hasta que alzó la barbilla y se sumergió en sus ojos color esmeralda cuando identificó a Jonay.

—¡Qué bien que habéis venido! —exclamó Érika mientras recibía a los dos chicos.

—¿Trabajas aquí?

Desconcertada y con las cejas arqueadas hasta el infinito, Lidia observaba al hombre de la bata blanca, quien la miraba presumiendo de su dentadura perfecta.

—Sí, ¿olvidabas que estudiaba Medicina? Decidí terminar los estudios en Madrid y ahora estoy haciendo la residencia en Neurología. En cuanto supe que tu padre había entrado por urgencias, me interesé por su estado y le conseguí esta habitación más cómoda.

—¿Es que así saludas a los viejos amigos? —le reprochó Nico, acercándose a ella y estrujándola hasta escuchar que sus huesos crujían—. Perdona, es la emoción.

—Aunque tengas ya los veinticinco, sigues siendo el mequetrefe de siempre —le dijo mientras reía—. ¿Qué es de tu vida? La última vez que te vi estabas decidiendo si cogerte un año sabático o ingresar en la universidad.

—Me decanté por Derecho. ¡Ya sabes, alguien debía continuar la tradición familiar! Este año espero licenciarme.

—¡Felicidades! Aunque no logro imaginarte con toga y esas cosas.

Escuchó el carraspeo de su padre, quien estaba impaciente por partir. Los miraba a todos, inquieto, nervioso por si no funcionaba el plan. Jonay quiso ayudar al hombre exteriorizando su desasosiego, además de la urgencia de actuar antes de ser descubiertos:

—Siento interrumpir, pero la ambulancia hace un rato que espera. De un momento a otro preguntarán por el paciente del traslado. Me he deshecho del auxiliar encargado de llevarlo hasta el vehículo. Así que contamos con unos minutos. Podemos ir en mi coche, lo tengo en el aparcamiento. ¡No pienso robar una ambulancia!

—Tranquilo —le dijo Érika, acariciando su hombro—. ¡Nunca hemos sido unos ladrones! ¡Y siempre puedes llevarnos volando!

El guardián de Pan sonrió con picardía al recordar su hazaña: mantener todo un vehículo en vuelo mientras se desataba el caos en la ciudad. ¡Aquellos sí eran buenos tiempos! Ahora, exceptuando algunos viajes a Silbriar, su vida estaba más centrada en el hospital y su carrera.

Condujo hasta las coordenadas precisas que Érika le había suministrado. Brifin, como dragón dorado y líder de su especie, era el custodio de los portales. Velaba por ellos e impedía que ninguna luz oscura consiguiera atravesarlos, manteniendo así la estabilidad de los mundos. Desde el inicio, Jonay estuvo de acuerdo con el plan que había ideado la maga. Llegarían a una cueva de la sierra y él se encargaría de activar su gorra verde para después ayudar al resto a atravesar el portal, sin espejos y sin la necesidad de involucrar a nadie más. Solo ellos.

Al descender del vehículo, Lidia sintió un cosquilleo en el estómago. Estaba nerviosa y calmaba su ansiedad mordiéndose las uñas. No importaba la edad que tuviera, su manía la había acompañado durante años, y llegó a pensar que jamás se desprendería de ese mal hábito.

Tras media hora de caminata, escuchó cómo Nico la alentaba a internarse en la cueva. Ella respiró varias veces antes de introducirse en el agujero. Era la primera vez que le estaba permitido pisar el mundo mágico desde que había aceptado su condena. No le había ido tan mal. Había tenido claro desde el principio que debía escoger una profesión donde pudiera inculcarles a los niños la magia de los cuentos, como había hecho su madre con ella. Los cuentos de hadas

no podían morir, debían seguir transmitiéndose de generación en generación. Sin embargo, debía admitir que la tecnología y, sobre todo, los juegos de ordenador estaban dificultando su tarea. Por eso no dudó en ser maestra de infantil, porque los más pequeños todavía no estaban viciados por la sociedad. Rebosaban inocencia, ilusión y creían que la magia era una realidad.

Entornó los párpados al ser cegada por una luz brillante y argentada. Estaba cruzando el portal y pronto llegaría a Silbriar. Percibió un ligero temblor en sus piernas y cómo la boca se le secaba hasta dejarla sin aliento. Escuchó los latidos de su corazón desbocado y pensó que una montaña rusa no causaría el mismo efecto sobre ella. Temió marearse, no ser capaz de afrontar encontrarse tras tantos años en el mundo mágico, sin embargo, algo en su interior le susurraba que no tuviese miedo y la alentaba a continuar.

Por fin abrió los ojos, y una cascada de lágrimas manó sin control empapando su rostro. ¡Estaba de nuevo allí! ¡En Silbriar! Su olfato fue el primero en sentirlo. El perfume a lavanda invadía sus fosas nasales, después fue el jazmín y, a continuación, las margaritas salvajes. Aromas tan distintos que provocaban un festín en sus sentidos. Los colores danzaban, el canto armónico de los pájaros la envolvía hasta hacerla sentir que flotaba. Miró a Érika con los ojos enrojecidos, y esta, conmovida por su reacción, la abrazó.

A su lado, desde la silla de ruedas, su padre contemplaba el insólito paisaje que se le presentaba. Era tal y como le había descrito Esther, después de sus viajes. Esa había sido su última voluntad: descansar junto al espíritu de su mujer y quizá viajar con ella a través del rumor de la brisa. Observó a su derecha al enorme dragón dorado que se postraba ante él como si fuera una eminencia cuando simplemente era el padre de las descendientes. No era rey ni mago. Era solo un hombre que había amado a la mujer correcta, a quien lo hizo feliz y a quien le regaló a sus tres hijas. Aunque en ese mundo fueran conocidas como la maga, la artesana y la guerrera, para él siempre serían sus niñas.

Tras unos minutos de espera, se alegró al identificar dos carruajes aproximarse por un camino serpenteado y decorado con dos árboles a sus lados. Al detenerse a varios metros de ellos, Nico se apresuró en ir a su encuentro. Aguardó paciente a que la pequeña puerta se abriera, y al ver a Valeria, con un vestido azul típico de ese mundo, le ofreció una sonrisa de oreja a oreja. Ella lo besó en la mejilla y corrió hasta su padre. Allí se arrodilló frente a él mientras algunas lágrimas brotaban de sus ojos.

—No llores, hija mía. ¡Estoy bien! Ha sido un aviso, nada más.

—Vas a recuperarte. He aprendido mucho de Libélula, y aunque aquí la medicina que nosotros conocemos apenas existe, te aseguro que la magia y los remedios naturales son milagrosos.

—Bueno, ya me había preparado para lo peor.

—¡Pues quítate eso de la cabeza! ¡Te esperan unos años de paz en Silbriar!

Observó a sus dos hermanas, quienes la miraban con expectación y una alegría transparente. Ella se alzó y se unió a su abrazo familiar sin dudarlo. Después de tanto tiempo, volvían a estar juntas, allí, en Silbriar. Advirtió los ojos enrojecidos de Lidia, el ligero temblor de sus labios y cómo su pecho se ensanchaba y se encogía con rapidez. Cogió su mano para transmitirle todo el amor que albergaba hacia ella.

—Silbriar siempre ha sido tu hogar, como lo fue para mamá. Estoy muy contenta de que estés aquí. —Trató de calmar su inquietud.

—Gracias por haberme conseguido el salvoconducto.

—No fue tan difícil. Aldin lo redactó sin pestañear. —Hizo una pausa para intentar ocultar su dolor—. Me ha dicho que muy pronto te levantará la condena y que podrás vivir aquí si lo deseas. Es lo que siempre has querido.

—No lo sé, Val —le confesó, con un halo de tristeza—. Ha pasado mucho tiempo. Tú has construido tu hogar en Silbriar, e imagino que ni se te pasa por la cabeza volver a escuchar el tráfico de la ciudad ni pelearte con el despertador a diario. Érika ha conseguido cierta estabilidad viajando entre los dos mundos, reclutando a guardianes mientras vigila que no se rompa el equilibrio. A lo mejor, yo debería quedarme en la Tierra… Allí ya tengo una vida, y por primera vez me siento útil en algo. ¡Y no una carga para nadie! —Rio nerviosa.

—¿Estás segura? —quiso cerciorarse Érika, ya que conocía los anhelos de su hermana mejor que nadie. Después de la marcha de Valeria, fue Lidia quien se ocupó de ella, quien siempre la animó a continuar a pesar de los momentos de tristeza y soledad que a veces la invadían. Fue ella quien la ayudó a cumplir y a aceptar su destino. Eso la condujo a conocer su corazón desgarrado y sus sentimientos más ocultos—. Pensé que era lo que más querías.

—Por el momento, prefiero vivir entre la contaminación y el estrés de cada día. Hay muchas personas que necesitan un rayo de esperanza, creer que todo puede ser posible.

—Has cambiado mucho —le dijo la guerrera, felicitando ese nuevo optimismo, el cual abrazaba con fiereza.

Lidia dibujó una O con sus labios. Entrecerró los ojos y perforó con su mirada a su hermana.

—¡Y tú, en cambio, nada! —La sujetó por la barbilla y analizó mejor su rostro—. ¿Cómo es posible que por ti apenas pasen los años y yo tenga que utilizar cremas hidratantes y demás potingues?

—¿Es que habías olvidado que en Silbriar el tiempo es relativo?

—Sí, ya, Érika me contó que tienes dos hijos. Tú, la que proclamaba a los cuatro vientos que primero sería tu carrera y buscar

un trabajo gratificante. ¿Cómo has podido tenerlos tan pronto? —Valeria quiso responder, pero Lidia la frenó—. ¡No me lo digas! ¡Silbriar es Silbriar! ¡Y aquí la noción del tiempo te hace enloquecer! —Volvió a reír—. Vamos, estoy hambrienta y tengo ganas de conocer a mis sobrinos.

Mientras todos se encaminaban hacia los carruajes, Valeria se acercó a Jonay, quien no había dejado de mirarla desde que había aparecido en medio del bosque vestida como una princesa de cuento y acompañada de sus guardaespaldas.

—Gracias por ayudarnos a traer a nuestro padre hasta aquí —le dijo en voz baja.

—Ya me pedirán explicaciones cuando vuelva y me pregunten cómo he perdido a un paciente en el traslado.

—Espero que no tengas muchos problemas.

Él negó con la cabeza, restándole importancia, y con una mirada pícara, quiso sacarle los colores de sus mejillas.

—¿Así que la reina de Silbriar vive entre algodones y telas de seda? —le preguntó, señalando a su atuendo.

—Podrías llevarte una sorpresa. Los pantalones solo me los quito cuando tengo algún acto oficial al que asistir. Y antes de que vuelvas a cuestionarme, vengo de hacer una visita al poblado élfico. Son muy protocolarios. Además, mis algodones son todas esas personas a las que recibo a diario en mi consulta.

—¿Ahora eres una curandera? —Jonay abrió los ojos de par en par.

—Tengo un don que aprovechar. Ya no se trata de la visión de la ballesta ni de enfrentarme a piratas con mis flechas mágicas. Soy una sanadora. Uso la misma energía que creó al árbol del Refugio para ayudar en lo que puedo a los demás.

Tras ponerse en marcha, todos se afanaron en admirar a través de las ventanillas los impresionantes parajes de los que Silbriar presumía. Lidia los había grabado a fuego en su memoria, diez años atrás, incluso antes de que la destrucción la siguiera. Ahora, mientras escuchaba a Nico y a su padre comentar la luz que irradiaban sus misteriosos bosques, ella se deleitaba contemplando el vuelo de las mariposas multicolores y de los curiosos pájaros con sus picos bermellones y sus plumajes malvas. Sonrió para sus adentros. Se sentía bendecida, agradecida. Su espíritu rezumaba felicidad.

Rodearon un inmenso lago, de aguas tan azules como un cielo despejado, para después internarse en un campo lleno de flores aromáticas. Soltó un ligero estornudo. Tantos perfumes combinados habían colapsado sus fosas nasales. No obstante, continuó observando el prado y cómo un sutil arcoíris brotaba entre los pétalos y tallos húmedos. Respiró calmada, y disfrutó del trayecto de apenas hora y media, suficiente para empaparse de toda la belleza del mundo

mágico.

Al descender del carruaje, admiró el coqueto hogar que su hermana había creado en Silbriar. No vivía en un castillo rodeado de altos muros y torreones consistentes, sino que lo hacía en un sencillo palacete inmerso en un prado donde abundaban los huertos y las flores silvestres. La casa principal constaba de dos pisos únicamente, cubierta con una techumbre rústica y de la que nacía una gruesa chimenea. Un sendero de baldosas amarillas la unía con otro edificio más pequeño pero igual de acogedor. Este tenía un bonito jardín a su alrededor y una fuente con la figura de un mago que lanzaba agua a través de su varita.

—Tuvimos que construir una casita para los invitados —le aclaró su hermana—. Cada vez que llegaba una comitiva de una comunidad lejana, nos veíamos forzados a abandonar nuestro dormitorio para que se alojaran los gobernadores. Era todo un caos.

—Te habrías ahorrado todo este jaleo viviendo en un castillo. Esperaba algo más ostentoso, digno de los reyes de Silbriar.

—¡Como si no nos conocieras!

Lidia estiró una de las comisuras de sus labios.

—¡Es un lugar precioso! Yo también habría preferido un hogar como este, lleno de vida, de flores coloridas y hierbas verdes.

—Hay un lago estupendo por el camino de la derecha en el que puedes nadar sin mirones —le reveló, guiñándole un ojo.

Sin embargo, lo que más llamó la atención de Lidia fueron dos mesas largas de madera dispuestas en uno de los laterales de la casa. Estaban preparadas para una veintena de comensales, ambas con dos bandejas repletas de frutas en el centro y un sinfín de canapés que no lograba distinguir.

—Será mejor que lleve a papá al interior para que pueda descansar un rato —escuchó decir a Valeria—. ¡Ah, ya viene Dani con los dos niños!

Ladeó la cabeza hacia la izquierda y de inmediato reconoció al que llamaban el guardián de la capa y la espada: su amigo Daniel Morales. Avanzaba sonriente junto a sus hijos: un niño de gran parecido con su madre, con sus mismos ojos serenos y cabellos brillantes, y una niña más pequeña, de rostro travieso, oculto por unos tirabuzones de tonos anaranjados. Los pequeños corrieron hacia Érika, llamándola tía y llenándola de besos. Incómoda, no sabía si dirigirse a ellos o aguardar a que terminaran de saludar a la maga. Pensó entonces en saludar a Daniel primero, pero Nico se abalanzó sobre él como un perro sabueso entrenado para halagar a su dueño. Se conformó con un hola desde la distancia, y fue Valeria quien, sujetándola por el brazo, la llevó hasta sus sobrinos.

—¿Os acordáis de vuestra tía Lidia, de la que tanto os he hablado?

¡Pues por fin ha venido a visitarnos! —Los niños le dieron la bienvenida con cordialidad—. Estos son Adriel y Nira.

—¿Nos has traído algún regalo? —le preguntó la niña con descaro ante la mirada reprobatoria de su madre.

—No —le contestó, recordando la urgencia con la que había dejado atrás el colegio—. Pero traigo conmigo un saco repleto de historias sobre el mundo humano. ¿Queréis escuchar alguna?

Ambos asintieron y agrandaron sus ojos hasta llenarlos de curiosidad.

—Eso será después de comer —intervino Valeria—. Ahora tenemos que lavarnos las manos y prepararnos para la llegada de los invitados.

—¿Quién va a venir? Pensé que era algo familiar.

Daniel le plantó un beso en la mejilla y le sonrió con picardía.

—¡Es culpa mía! No pude detenerlos en cuanto se enteraron. No te preocupes, solo estarán Coril, Onrom y Roderick con sus respectivas familias. Y, por supuesto, Libélula. Y aunque estaba deseándolo, el viejo Nims se ha disculpado por no poder asistir. Los gnomos andan algo inquietos construyendo una presa y algunos canales para redirigir el agua.

—¿Y qué hay del señor Moné? —preguntó, temiendo que su presencia lo disgustara.

—Ha dicho que lo intentaría. Dirigir toda una escuela de magos mientras es el presidente del Consejo no lo deja con mucho tiempo libre.

Antes de que el banquete comenzara, decidió recorrer el sendero que la conducía a ese lago tan maravilloso que su hermana le había sugerido. Se internó sola en un área de pinares y se deleitó escuchando los sonidos propios de la naturaleza. Quince minutos después, avistó un claro desde el que podía entrever unas aguas centelleantes y cristalinas. Con gran expectación, se dirigió hacia él y no le defraudó el paisaje pincelado por las colinas de entorno. Sintió las ganas de sumergirse en ese azul tan apetecible, pero desechó esa idea al considerar que en breve debía regresar a la casa. Aun así, se sentó en la orilla, recogió sus piernas y se dejó llevar por esa atmósfera tan cautivadora.

Entonces, al alzar la vista, atisbó la silueta de un hombre observándola desde la cima de una de las colinas. Lo acompañaba un niño, quien se distraía lanzando piedras desde lo alto. Lidia se levantó de inmediato y no dudó en desafiarlo con la mirada. Él, sin embargo, no se amedrentó al ser descubierto. Es más, la examinaba con más ahínco. Lidia tragó saliva mientras trataba de individuar su rostro, cubierto con una capa negra que casi llegaba hasta sus rodillas. Entrecerró los ojos con más interés. ¿Por qué ese desconocido no se limitaba a saludarla y a continuar su camino? ¿Acaso la habría

reconocido? Ella era la descendiente que una vez caminó junto al mal, la que despertó a las sombras y se arrepintió de sus actos cuando fue demasiado tarde. Ella era una simple humana que había confiado en el amor.

Intimidada, retrocedió unos pasos sin apartar la vista del extraño hombre. De repente, él apartó la tela de su rostro y dejó al descubierto sus facciones; tan solo unos segundos, un instante efímero antes de girar sobre sus talones y marcharse. Pero para Lidia fue suficiente. Se tapó la boca ahogando un grito. No podría asegurarlo al cien por cien. No pondría jamás la mano en el fuego. No obstante, esos ojos negros cargados de una chispa intensa no los olvidaría por muchos años que transcurrieran.

—Kirko… —susurró para sí misma, tratando de convencerse.

Oyó un leve crujido a su espalda y, asustada, se dio la vuelta.

—Me ha parecido ver a alguien en la colina. —El señor Moné se situó junto a ella y le lanzó una última mirada a la cima verde—. ¿Lo has visto?

—Sí. Eeeh… Iba con un niño pequeño —le respondió, temiendo desvelar demasiado.

—Es muy extraño que alguien se acerque tanto a estos parajes. Hay muchos soldados que los inspeccionan cada día para velar por la seguridad de tu familia.

—¿Sabe usted quién podría ser?

—¿Y tú, lo sabes?

Lidia dio un respingo y prefirió callar. Exteriorizar sus sospechas podrían dejarla en una situación delicada en su primer día de vuelta a Silbriar y con un salvoconducto que expiraría tras veinticuatro horas.

—Algunos lo llaman la Sombra y otros, el Ermitaño. Se rumorea que habita en los bosques del norte, alejado de toda la civilización. Hay muchas leyendas, demasiadas historias… La verdad es que muy pocos son los que lo han visto, y menos aún los que han conseguido hablar con él. Es inofensivo, y a mí con eso me basta.

—Quizá solo trata de cumplir un sueño —añadió ella con cierta melancolía.

—Quizá… Pero no olvides que a veces para alcanzar nuestros sueños, tenemos que hacer grandes sacrificios.

—Lo sé. Y que también nos equivocamos de camino creyendo llegar hasta ellos.

Aldin presionó los labios, sintiéndose orgulloso de la mujer en la que se había convertido aquella niña impulsiva y descarada.

—Lidia, solo los que caminan se caen o hierran en su dirección. Aquellos que jamás se mueven, no sufrirán estos pesares, pero nunca lograrán sus objetivos. Morirán con un vacío infinito, arrepintiéndose de no haber iniciado nunca el recorrido de la vida. ¿Entiendes lo que

quiero decir?

Ella inclinó la barbilla, sintiéndose reconfortada.

—Gracias por venir a esta especie de fiesta.

—No me habría perdido esta reunión de amigos ni aunque Lorius Val hubiera decidido hoy mismo levantarse de su tumba —argumentó, con un semblante tan severo que por un momento ella creyó que eso pudiera ser posible.

Después chasqueó la lengua y, tras intercambiar una serie de risas cómplices, tomaron el camino de regreso. Poco a poco, fueron escuchando la algarabía y alguna que otra carcajada sobresalir por encima de la copa de los árboles. La fiesta de bienvenida había comenzado. Aldin aligeró la marcha con su bastón mientras ella, algo más rezagada, prefirió contemplar la alegría de sus amigos desde un punto lejano. Pronto, el señor Moné la alentó a continuar y Lidia lo siguió como una fiel pupila, sin rechistar.

Muchos corrieron a su encuentro para saludarlos. Entre abrazos y empujones, Roderick levantó a Aldin en volandas mientras el resto lo vitoreaba. Emocionada ante tal recibimiento, sus ojos se humedecieron al tiempo que Libélula la achuchaba como el primer día que pisó el Refugio. La calidez de sus brazos se mezclaba con los susurros de afecto de Coril y los improperios de Onrom. Después de tanto tiempo buscando afecto donde no lo tenía, había encontrado a su familia. ¡Su verdadera familia!

Antes de su marcha, repasó por última vez el inventario con minuciosidad. Prigmar caminaba entre las estanterías examinando todos los objetos depositados en ellas. Se detuvo un momento para observar el exquisito engarzado del broche negro, el cual contenía la rosa más bella que jamás había admirado. Resignado, suspiró. Tres guardianes habían perecido en la batalla del Refugio y sus objetos regresaron a la tienda envueltos en un silencio respetuoso.

Había llorado en soledad, lamentando el infortunio que habían sufrido sus dueños y temiendo que ante él apareciesen la ballesta, la capa roja o incluso los zapatos. Porque eso significaría que todo estaba perdido. Así que contuvo el aliento durante minutos interminables mientras contemplaba a través del escaparate los crueles nubarrones que acongojaban al cielo. Hasta que no afloró un inmenso arcoíris en el horizonte, no respiró sosegado. La guerra había terminado.

Se dirigió al mostrador sin mucha prisa y se sentó en el taburete con cierta añoranza. Se despedía de la tienda, de esas cuatro paredes que habían sido su hogar durante muchos años. Apretó los labios, consciente de que su tutela había llegado a su fin. Sí, sentía unas ganas irrefrenables de pisar Silbriar, de volver a casa, de recorrer sus bosques mágicos y bañarse en sus lagos transparentes, pero esa tienda de cuentos se había hecho un hueco en su corazón. Y a pesar de sus días aburridos y de sus innumerables viajes por el mundo, él había ayudado a toda una generación de guardianes. Se llevaba consigo esa satisfacción, el orgullo de haber descubierto a esos valientes que pasarían a formar parte de los libros de historia. Y de haber asistido a momentos determinantes de ella: el encuentro con las descendientes, la transformación del *Libro de los Nacimientos* o la intervención milagrosa del mismísimo Aldin Moné.

—Buenos días, mi nombre es Sati. Soy el nuevo encargado de la tienda de cuentos.

Prigmar saltó del taburete y observó a un duende joven ataviado con un traje y una chaqueta de color verde. Sus cabellos pelirrojos, visibles bajo un ridículo sombrero, se ensortijaban alrededor de sus orejas.

—¿Y con qué mago has contraído una deuda?

El joven lo miró desconcertado.

—Disculpe, pero yo me he presentado voluntario. Es un honor regentar este negocio. Por todo Silbriar circulan alabanzas sobre este lugar y la gran labor que usted ha desempeñado. Recibiré un buen honorario y, al jubilarme, dispondré de mi propia casa, como la que está esperándole a usted, señor Prigmar.

El duende agrandó los ojos hasta estirar las cejas y casi hacerlas desaparecer.

—¿Tengo casa?

—Sí, a las afueras de Cernia. Es un lugar precioso. Estoy seguro de que le encantará.

—Bien. —Prigmar cogió la maleta y se encaminó hacia el trastero.

—Antes de irse, ¿algún consejo que deba tener en consideración?

El viejo duende se giró y mostró una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, que te envíen unos de esos aparatos que tanto usan los humanos. Un televisor, creo que lo llaman. Es una forma de distracción para esos días largos y venideros. Ahora que Silbriar goza de una paz presumiblemente duradera, tu labor será de asesoramiento y poco más.

—Gra... Gracias —le respondió Sati, algo desconcertado.

Antes de entrar en el trastero, Prigmar le echó un último vistazo a la tienda. Rezumaba magia en cada rincón, y sonrió satisfecho. Dejaba un buen legado al que mimar, un pequeño negocio donde cada objeto contaba con su propia aventura pero que, juntos todos ellos, conformaban la historia de grandes héroes, valientes que continuarían defendiendo la magia de Silbriar. Soltó una profunda exhalación, sobrecogido. Había un espejo que lo aguardaba para cruzar al otro lado. Se aproximó a él, acariciando ya el aire puro de su mundo, mientras una lágrima rodaba por su mejilla. Había llegado el adiós. Y no quería despedirse. No, no quería pronunciar esa palabra. Esa tienda no se la merecía. Entonces, de sus labios surgió un sentido hasta luego y después atravesó el cristal para abrazar su nueva vida.

Y colorín colorado...

No, no, antes de terminar, debo decirte algo muy importante.

Si alguna vez en tu ciudad, en tu barrio o en tu misma calle aparece una tienda peculiar con un letrero adornado con varias hadas, no pases de largo. Detente y observa las señales que desfilan ante ti. No tengas miedo de entrar ni dudes en saludar a su enigmático dueño, porque puede que tú seas el próximo guardián.

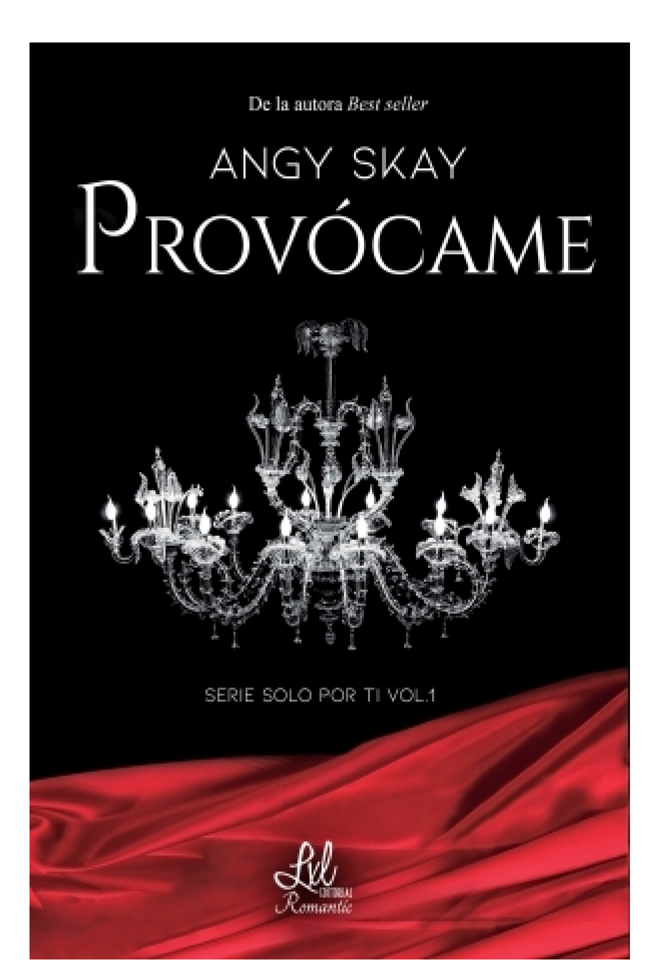
Fin

Biografía de la autora

Nacida en la isla de Tenerife, licenciada en Artes Escénicas y diplomada en Turismo. Mi afán por aprender idiomas me llevó a vivir en Inglaterra y, posteriormente, en Italia. Mi fascinación por otras culturas siempre estuvo unida a mi inquietud por la interpretación y la dramaturgia.

Mi pasión por las artes comenzó desde muy joven. Más que leer libros, los devoraba. Entonces decidí escribir mis propios relatos, para, más tarde, enfrascarme en miles de aventuras interpretando a todos los personajes que creaba.

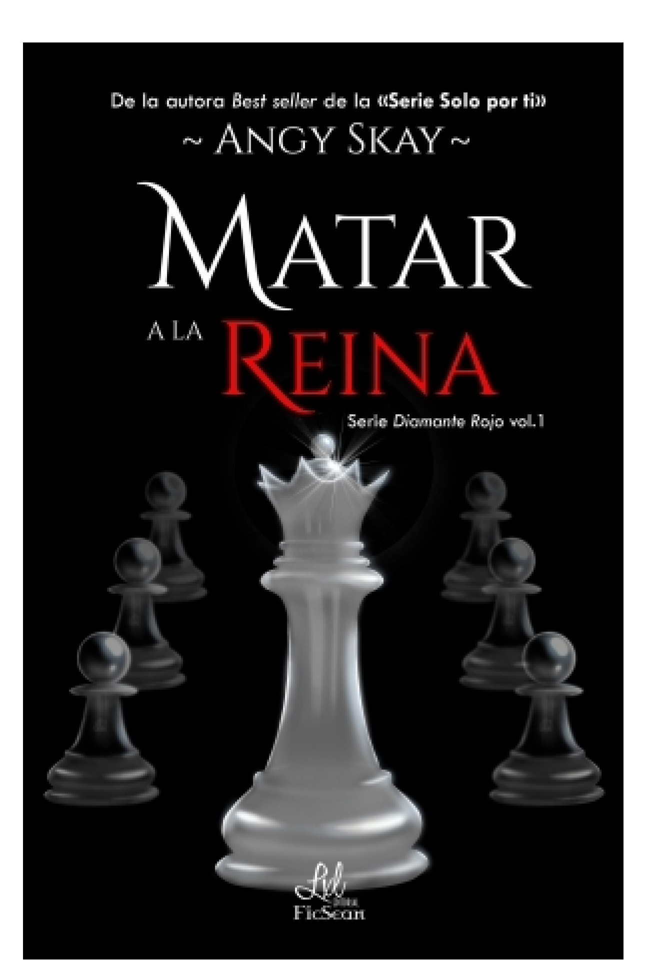
Al conseguir el primer premio en el I concurso de relato corto organizado por la Asociación Down Burgos con *Mi Príncipe Chino*, decidí abrir esos cajones viejos donde había guardado mis obras y sumergirme en la hazaña de ser escritora. Tras la reciente publicación de *El Despertar de la Bruja de Hiel*o, una historia de aventuras sobrenaturales, perteneciente a la trilogía Cazadores de Leyenda, y los dos primeros volúmenes de las Crónicas de Silbriar, *La Tienda de los Cuentos de Hadas*, que fue seleccionada por *Ciif Market Canary Island Film 2019* para la producción audiovisual, y *La Reina en el Castillo de Arena,* llega la ansiada y última parte: *El Guardián de la Capa Olvidada,* donde la búsqueda de la capa llevará a las hermanas a enfrentarse a nuevos peligros y en el que, por fin, muchos secretos serán desvelados. La batalla entre el bien y el mal se acerca, y todos deben escoger sus posiciones.


De la autora Best seller
ANGY SKAY
PROVÓCAME
SERIE SOLO POR TI VOL.1
Lxl Editorial
Romantic

Provócame

Skay, Angy 9788494383212
408 P�ginas C�mpralo y empieza a leer

Bryan Summers es un empresario londinense de prestigio, que decide viajar a Marbella para adquirir una nueva propiedad. Annia Moreno es una mujer independiente que trabaja como personal shopper en la ciudad malagueña. La primera vez que se encuentran, en la puerta de un hotel, Summers no puede evitar sentirse atraído y, aunque ambos han tenido vidas complicadas y ella, además, guarda secretos que pugnan por salir a la luz, se dejan llevar por su instinto y deciden darse una oportunidad. Lujuria, desenfreno y pasión, crearán una mezcla explosiva entorno a una historia de amor. Pero serán vigilados de cerca. ¿Quieres saber algo más? Todo esto y mucho más lo descubrirás en esta fascinante historia. Provócame: el primer volumen de la trilogía Solo por ti. ¿Te atreves a provocarme?


De la autora Best seller de la «Serie Solo por ti»
~ ANGY SKAY ~
MATAR
A LA REINA
Serie Diamante Rojo vol.1
FicSean

Matar a la Reina

Skay, Angy 9788417160661
518 P�ginas C�mpralo y empieza a leer

Las alegres navidades de Micaela Bravo se ven interrumpidas cuando, con solo doce años, alguien, a quién creía de su familia, le arranca la infancia acabando con lo que más quiere. Todos sus seres queridos son asesinados sin piedad y, ella, ultrajada y agredida hasta tal punto que sus agresores piensan que han terminado con su vida.
En su último aliento, su alma se impregna de un sentimiento vengativo que la hará tomar las riendas de su vida unos años después, por un oscuro y tenebroso mundo donde las mafias y el peligro son algo constante.
En otra parte del planeta, un asesino a sueldo recibe una llamada que hará cambiar su existencia por completo cuando descubra una lista con seis nombres, teniendo que asesinar a cada persona por orden correlativo, según su antiguo instructor, Anker Megalos.
Matar a la Reina es la primera parte de la serie **Diamante Rojo**, donde la mafia, los asesinatos, la acción y un amor peligroso se juntarán, dándole lugar a las personas que, al parecer, nunca tienen oportunidad de vivir un futuro a su antojo: los villanos.
En esta ocasión, "**El objetivo, eres tú**".

C�mpralo y empieza a leer


De la autora Best Seller con la Serie Solo por ti
Te robé un beso
ANGY SKAY
SERIE
¿TE ATREVES
A QUERERME?
VOL.1

Te robé un beso

Skay, Angy 9788494383274
333 P�ginas C�mpralo y empieza a leer

Sara Martínez; veintinueve años, soltera, mujer de armas tomar, aunque muy insegura de sí misma. Huye del amor por una turbia relación del pasado y busca una vida normal, tranquila y sin ataduras. Le encanta su trabajo y vivir el día a día junto a su mejor amiga, Patricia.
Cesar Fernández; treinta años, soltero, mirada inolvidable y un cuerpo que incita al pecado. Un Don Juan en toda regla. El típico "chico malo" al que su padre intenta encarrilar, sin éxito alguno. Con una vida desahogada, gracias a un "golpe de suerte".
Sus caminos se juntan sin esperarlo y una atracción letal les arrastra por completo. Lo que Sara no sabe es que César oculta un pequeño secreto que ella jamás esperaría y un encuentro en el pasado que no recordaba.
¿Podrá un ladrón de corazones robarle un beso y derribar las barreras de su corazón?
Comienza la saga *¿Te atreves a quererme?*
Y tú, ¿te atreves a empezarla?

C�mpralo y empieza a leer


De la autora Best Seller
ANGY SKAY
Y QUIÉREME
SERIE SOLO POR TI VOL.2
Romantic

Y quiéreme

Skay, Angy 9788494383229

417 P�ginas C�mpralo y empieza a leer

Cuando el amor golpea devastadoramente tu corazón y se hace paso sin pedir permiso, la pasión y el desenfreno ciegan detalles muy significativos de una pareja. Detalles que, cuando salen a la luz… Atormentan.

Bryan no podrá vivir sin ella, pero ¿y ella? ¿podrá vivir con inesperados y sorprendentes percances que transcurrirán, dejándola completamente fuera de lugar?

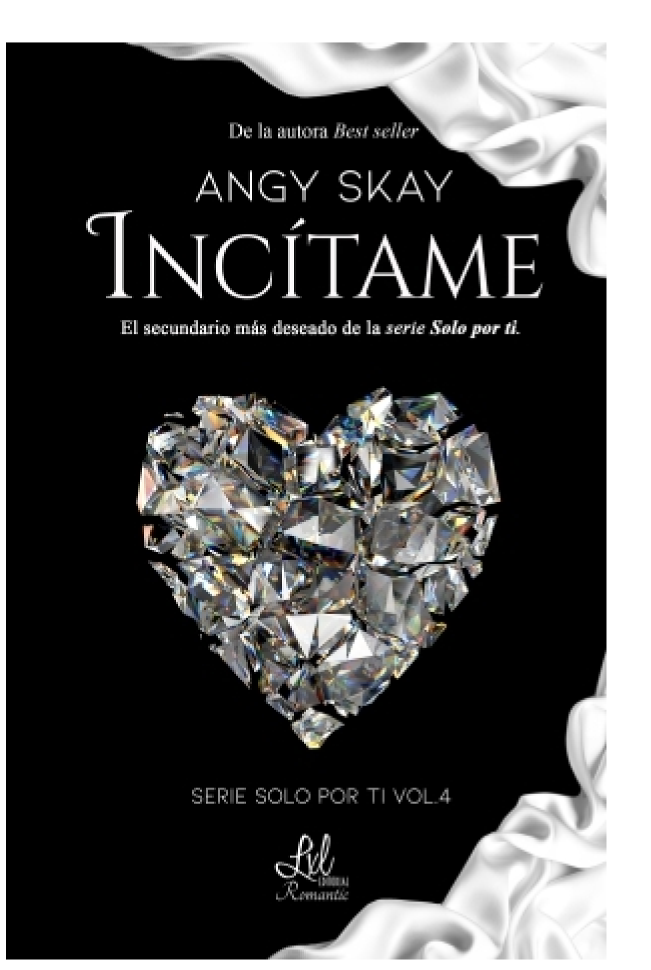
Conoceremos a Annia por completo, pero… ¿Qué pasa con Bryan?

Esta historia abrirá muchos caminos y, con ellos…demasiadas dudas…

Con *Provócame* llega la esperada segunda parte llamada *Y quiéreme* de la trilogía 'Solo por ti'.

¿Podrás quererme?

C�mpralo y empieza a leer


De la autora Best seller
ANGY SKAY
INCÍTAME
El secundario más deseado de la serie Solo por ti.
SERIE SOLO POR TI VOL.4
Lil
Romantic

Incítame

Skay, Angy 9788494436277
408 P�ginas C�mpralo y empieza a leer

El atractivo e irresistible Max Collins, viaja a la ciudad donde su mejor amigo, Bryan, esconde su identidad. En ese trayecto se encuentra con una morena de ojos profundos como la noche, que le hace enloquecer. Tras esa apariencia de hombre noble y romántico, hay un corazón roto... Un corazón, que tendrá que enfrentarse a su mayor temor: el pasado. Un último amor, una familia oculta y un trauma persistente, harán que los días de Max Collins, no sean nada fáciles... ¿Será capaz Max Collins de afrontar todas las trampas que le depara el destino?